
3 1761 09545133 2

EL

GRITO DE INDEPENDENCIA


R. MOLINAS
BARCELONA
EDITOR
BIBLIOTECA
AMENA É
INSTRUCTIVA
ILUSTRADA

EL GRITO DE INDEPENDENCIA

(1807-1813)

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

POR

CARLOS MENDOZA

TOMO SEGUNDO

BARCELONA

RAMÓN MOLINAS, EDITOR

CALLE DE CORTES, NÚMEROS 365 Y 367

Establecimiento tipográfico de Bernabé Baseda.—Villarroel, 17, Barcelona.

LIBRO OCTAVO

LOS GUERRILLEROS

CAPITULO PRIMERO

Ojos Negros

I

La simultaneidad con que se hacía la guerra en las más apartadas provincias españolas nos impide dar cuenta á la vez de lo sucedido en cada una, por lo cual tendremos que retroceder algunos meses atrás para decir algo de las heroicas proezas que venían llevando á cabo los guerrilleros.

Dejamos á Porlier en Covadonga, á fines de Abril de 1810. El *Marquesito* conservó íntegro el cuerpo de su mando en medio de los descalabros sufridos por Moscoso y Bárcena y de las desgracias de Albergotti, encargado del mando supremo del principado. Verificó Porlier varias expediciones notabilísimas, entre ellas una por la costa que le hizo dueño de Santoña y más hubiera logrado á habérsele proporcionado recursos bastantes para fortificarse en aquella plaza, que hubiera podido convertirse en tan inexpugnable como Gibraltar y Cádiz en el mediodía.

Además de esta hazaña, llevó á cabo muchas otras, ya desembarcando en diferentes puntos del Cantábrico, ya desmantelando las baterías de la costa, ya alistando bajo sus banderas gran número de mozos del país, ya haciendo más de doscientos prisioneros que condujo triunfalmente á la Coruña.

En Agosto repitió el activo é infatigable Marquesito otra tentativa del mismo género, derrotando á los franceses en las montañas de Santander y regresando de nuevo á Covadonga.

Mucho mayor fruto se hubiera recogido de la campaña que hacían los jefes asturianos si hubiesen obrado con mayor concierto, pero reinaba entre ellos la mayor desunión, de suerte que se hizo imposible lograr arrojar de aquel punto al enemigo, consiguiendo tan solamente mantenerle en incesante sobresalto y obligarle á tener distraído allí crecido número de fuerzas.

Desde Agosto en adelante mantúvose Porlier quieto en Covadonga y los Puertos-Altos, gracias á lo cual pudo su ayudante celebrar frecuentes entrevistas con la hermosa Teresa del valle de Onís.

Ramón de Pravia había recibido á fines de 1810 una carta de Juanilla reiterándole su más profundo respeto y dándole noticias de la interesante condesa de Latour-Duchesne, con encargo de trasmitirlas á Espinosa, si por casualidad le veía. Según se explicaba Juanilla, la ex-novicia de las Salesas estaba convertida en una de las más brillantes constelaciones de la corte imperial, hasta el extremo de dar celos á la emperatriz María Luisa. Napoleón había tenido por un momento la idea de proponerla por esposa á Fernando cuando el pobre prisionero

de Valencey le pedía que le casase con alguna princesa imperial, de cuyo asunto se había hablado mucho en París.

Decíale también Juanilla á su terrible corresponsal, que habían pasado por Francia el conde Conrado de Walewsky y su esposa Aurora Osorio, con dirección á la Lituania, dejando manifestado el polaco que al punto que estallase una guerra en cualquier parte, entraría á servir de simple voluntario. Juanilla daba asimismo algunos detalles acerca de una visita hecha por Aurora á la antigua novia de Espinosa, en la cual se habló, ¡horror! de la aventura de la abadesa, permitiéndose las dos mujeres excesiva libertad en los comentarios, por demás sabrosos, que hicieron respectivamente acerca de su antiguo novio la una y de su inesperada hermana la otra.

Decididamente la atmósfera parisiense cambiaba enteramente el modo de pensar y sentir de aquellas españolas que tan pronto se habían habituado á la vida y costumbres de la capital. Triste es tener que confesarlo aquí, pero tal vez la que mejor había guardado hasta entonces las formas y con más discreción se había conducido, no era la condesa de Latour-Duchesne, ni la condesa de Walewsky, sino la ex-querida del general Dannecy, que parecía recordar siempre que era española, á pesar, ó tal vez con motivo, de la triste parte que tomó en la campaña de Talavera.

Ramón rompió la carta indignado y abrazando á Teresa exclamó:

—¡Quiera la Virgen de Covadonga que lloren siempre tus ojos al pensar en las desgracias de la patria y que jamás des oídos á un extranjero, aunque te ofreciera una diadema imperial!

Sin embargo de encontrarse en aquellas fragosas montañas, llegaban á veces hasta allí noticias del resto de España, y así pudieron saber el descalabro sufrido en Baza por el siempre digno y no menos siempre desgraciado Blake el 2 de Noviembre de aquel funesto año de 1810, y la criminal conducta del odioso y odiado general D. José Caro al dejar que se perdieran Lérida, Mequinenza y el castillo de Morella, y sobre todo, al huir cobardemente ante Suchet, que sólo llevaba diez batallones, siendo así que él iba al frente de 10.000 hombres destinados al socorro de Tortosa, débil por el número de sus defensores y estrechamente sitiada por el francés.

—¡A lo menos el ejército valenciano no huyó!—exclamó Porlier al saberlo.—Sólo abandonó el campo su menguado general.

Nuevas posteriores dieron cuenta de que Caro había tenido que escabullirse de Valencia disfrazado de fraile por temor de ser ajusticiado por el pueblo, justamente enfurecido al enterarse de las tramas, desafueros y proscripciones que urdía aquel despreciable y siniestro figurón que todo lo debía á ser hermano de La Romana. El gobierno habiale dado por sucesor á D. Luís de Bassecourt, del cual se sabía cuando menos que era valiente y deseaba trabajar en favor de la patria, si bien distaba mucho de poder ser tenido por entendido general.

Porlier iba aumentando cada día más su hueste y á fines de 1810 contaba con más de 3.000 hombres, convertidos en bizarros y apuestos soldados, siendo digna de especial mención la caballería que había creado, la cual debía, á no tardar, hacer gala de lo mucho que valía.

II.

Traslademonos ahora á Aragón, donde nos esperan varios conocidos.

Villacampa había entrado, como ya sabemos, en Teruel, ahuyentando de allí á los franceses; en Mayo de 1810 los había sorprendido en Calatayud, causándoles grandes pérdidas y haciéndoles muchos prisioneros, pero debió luégo retirarse á Cuenca, perseguido por Klopicky, empeñado en cogerlo sin poder conseguirlo nunca. Allí permaneció algún tiempo, cuando á primeros de Setiembre apareció de nuevo el brigadier en los valles de Andorra, cogiendo en aquel territorio un destacamento enemigo y luégo un convoy en las Covas de Cañart.

Precisamente entonces acababa la Regencia de dar una soberana muestra de la mala mano que tenía (y que otros han heredado) en materia de credenciales para cargos de importancia. Ocurriósele, pues, nombrar capitán general de Aragón á un don José María de Carvajal, grande oficinista, el cual estableció en Teruel unas magníficas covachuelas para despachar expedientes, si bien tenía por otra parte enteramente vacíos los almacenes. Estaba continuamente don José María dictando proclamas oficiales desde la mesa del despacho; metíase en todas las menudencias imaginables y ocupábase tan sólo en documentaciones y tramitaciones que si de-

notaban ser don José un Papiniano echado á perder, disgustaban en cambio soberanamente á los que se batían por aquellos andurriales.

Villacampa, sobre todo, hombre de acción, no podía sufrir con paciencia las chinchorrerías del tal Carvajal, celoso del renombre de los que exponían su vida en el campo de batalla en vez de pasar las horas entre las taquillas de los negociados.

Diversos combates hubo de sostener Villacampa, convertido en eterna pesadilla de Suchet, si no siempre con fortuna, invariablemente con gloria. Atacado por fin en Alventosa por fuerzas numerosísimas, sacadas expresamente para ello de entre las que estaban sitiando á Tortosa, fué de bastante consideración el contratiempo para obligarle á evacuar Teruel, que estaba en poder de los españoles desde la expedición de Suchet á Valencia, que tan mal le salió.

Klopicky creyó que tras de la derrota de Alventosa no había que pensar ya más en Villacampa, pero el bizarro guerrillero, cuya fuerza se había conservado entera y briosa, le demostró lo contrario fortificándose en el santuario de Fuensanta, á espaldas de Villel, aguardando allí el ataque del enemigo.

III.

Garroyo no se había distinguido menos durante estas operaciones que en las primeras que se emprendieron. Así es que después de haber entrado en Teruel, creyendo en la seguridad de dicha capital, envió á decir á Petra que la esperaba allí.

La valerosa madrileña salió de Madrid en el mes de Julio, el mismo día que el Empecinado había tenido la osadía de presentarse en la Casa de Campo, tan mejorada en estos últimos tiempos.

Unióse Petra á la partida, manifestando á D. Juan Díez el objeto que la traía allí, y continuó en ella hasta los límites de Guadalajara con Cuenca.

En este último punto se incorporó Petra á la partida del médico D. José Martínez de San Martín, después ilustre general, hasta que por fin vió colmados sus deseos encontrando á su amante en aquel fragoso terreno.

¡Pobre niña! ¡Cuánto había sufrido desde que Garroyo se separó de su lado! Dos años hacía que no se habían visto, de cuando el regreso de Dinamarca. La hermosa joven había demostrado sus buenos sentimientos cuando las ocurrencias del convento de las Salesas, á fines de 1808, y desde entonces no había vuelto á tener noticias de nadie; sólo sabía de Garroyo por lo que se decía de público en Madrid. Habíase ganado la vida todo aquel tiempo bordando y cosiendo, con lo cual apenas si alcanzaba lo necesario, dada la fatal carestía y la miseria que sufría la capital. Al recibir la noticia de que Garroyo la esperaba en Teruel, creyó volverse loca de alegría y corrió sin pérdida de tiempo á arrojarse en brazos de su fiel amante.

Acostumbrada Petra á las fatigas de la guerra, siguió á Garroyo en sus expediciones á Andorra, estuvo con él en los combates de Andorra, Cañart y Alventosa y á últimos de Octubre se encontraba con las tropas de Villacampa en la ermita de la Virgen de Fuensanta.

IV.

Tenía el buen Carvajal un sobrino capitán, más dado al expedienteo que á las refriegas, el cual debió seguir también hacia Fuensanta, donde se encontraban ya Petra y Garroyo. Don Benito Villalba, que así se llamaba el burócrata, había hecho la carrera agarrado á los faldones de la casaca de su pariente, pero á parte de esto era una perversa criatura. Sus principales prendas eran la maledicencia y la envidia; era rastrero con sus jefes y altanero con los soldados; enciclopedia de escandalosas crónicas y constante Zoilo de todas las operaciones; inclinábase á la causa francesa más que á la española, aunque disimulándolo, pero era, sobre todo, furioso fernandista. Jugador, cobarde y ruín como pocos. Por lo demás, era muy rencoroso y vengativo, más dado á tretas felinas que á varoniles armas; incansable delator, gran inquisidor de honras y consumado fiscal de vidas ajenas, verdadera mujerzuela con uniforme militar, gacetilla ambulante de secretos, horno de chismes, comadre del regimiento.

Este interesante joven pareció haber quedado prendadísimo de la sal y sandunga de la madrileña, y aprovechando una ausencia de Garroyo creyó oportuno descubrir á Petra su atrevido pensamiento. La joven le dió por respuesta uno de aquellos formidables sofiones cuyo privilegio poseían antes las heroínas de D. Ramón de la Cruz y que han heredado modernamente las dignas descendientes de aquella

admirable clase social conocida con el nombre de *manolería.*

El sofocón del audaz don Benito fué de marca mayor y juró tomar de él tremebunda venganza.

A este objeto constituyóse en infatigable espía de la rumbosa ex-castañera, siguió sus pasos como una sombra y no cesó de buscar un indicio cualquiera que pudiese servirle para levantar alguna odiosa calumnia.

Don Benito no tenía talento ni travesura, pero era muy malo y su cobardía servíale para urdir impunemente cualquiera maraña.

Un día, ¡oh dicha! descubrió á Petra en flagrante conversación con un joven capitán llamado Manuel Antequera, muy guapo y valiente; era, á no dudar, una cita, pues la entrevista se celebraba en un solitario pinar, muy apartado de la ermita, y se había tocado ya retreta.

El capitán servía en el mismo regimiento de Garroyo y era uno de los oficiales que más apreciaba éste.

V.

Al día siguiente don Benito acudió al pinar, antes de que compareciesen Antequera y Petra, y ocultóse entre los árboles.

A las ocho oyó pasos y pudo ver dos siluetas muy juntitas.

Acercáronse hacia donde estaba oculto y prestando atento oído pudo oir la conversación que tenían al llegar allí.

—Nunca te podré pagar los favores que te debo,—decía una voz, que reconoció ser la del capitán Antequera.

—No tienes para qué agradecerme nada,—oyó que contestaba Petra.—¿Qué no he de hacer yo por tí? Harto hemos tardado en encontrarnos y ahora has de ver si soy ó no digna de tí y de que me quieras como yo te quiero.

—¿Cómo no adorarte, Petra mía? Con pasión, con orgullo.

—Sin embargo, no quiero que se trasluzca nada hasta más tarde.

—Pésame, en verdad, pero haré todo cuanto me exijas.

—¡Qué dulces son estas horas en que podemos hablarnos sin testigos!

—¡Dulcísimas, sí, Manuel! ¡Nunca he sido tan dichosa!

—Al verte en Stralsunda no sé qué extraño sentimiento me arrastraba hacia tu persona; no podía sufrir que te requebrasen ni te mirasen siquiera. Hasta llegué á odiar á Garroyo.

—También yo me sentía conmovida al verte y te encontraba el más gallardo de todo el regimiento.

—¡Al fin somos ya felices, Petra mía! ¿Querrás separarte ya nunca más de mi lado?

—¡Oh, jamás! Siempre he de ver á mi Manuel para decirle que le idolatra su pobrecita Petra.

Don Benito no oyó más.

La pareja se retiró.

Al día siguiente regresó Garroyo.

VI.

Don Benito tenía dos caracteres de letra, y con el que sólo empleaba en las grandes ocasiones, escribió una carta que decía así:

«Un amigo tiene el profundo sentimiento de manifestar al comandante Garroyo que Petra le engaña miserablemente. Si esta noche, entre ocho y nueve, se digna aguardar un poco en el pinar de la ermita, á mano derecha, pasado el puente del torrente, podrá convencerse de que el capitán Antequera es el que le ha sustituído en los favores de la bella maja.»

Garroyo, hombre al fin, sintió en su corazón cual si le hubiesen clavado un frío puñal. Disimuló todo el día y por la noche se dirigió al pinar, pretextando antes un nuevo viaje.

Esperó un rato y vió dirigirse hacia allí una mujer y un hombre.

Eran ellos.

Garroyo apenas podía contener su furor; el puñal que empuñaba parecía que le quería arrastrar hacia donde estaba el misterioso grupo.

Oyó rumor de voces y escuchó.

—Petra,—decía Antequera,—á tí deberé el ser feliz eternamente; si no te hubiese encontrado en mi camino, jamás hubiera podido experimentar este afecto que ha sido hasta el presente el más dulce de toda mi vida.

Garroyo se precipitó hacia donde estaba la joven pareja. Petra y Antequera lanzaron un grito, más de sorpresa que de terror, pero el comandante, sin re-

parar en ello, les cogió violentamente por las manos haciéndoles caer á sus piés.

—¡Villanos! ¡Aquí vais á morir!—exclamó blandiendo el puñal.

—¡Es mi hermano!—prorumpió diciendo Petra.—¿Quién ha podido engendrar en tí tan miserable sospecha?

Cayó el puñal de la mano de Garroyo y quedóse éste como asombrado al oir aquella revelación.

Levantóse Antequera y con grave acento repuso:

—Garroyo, esa mujer es mi legítima hermana. Si hasta hace pocos días no he tenido la dicha de reconocerla, no es por haber dejado de buscarla lo mismo yo que nuestros padres. Petra fué robada en Córdoba cuando áun no había dejado los pechos de la nodriza, exigiendo por su rescate los secuestradores un caudal enorme, que no fué posible aprontar á pesar de haber empeñado para ello toda nuestra fortuna. Sin embargo, Dios quiso que los bandidos fuesen bastante humanos para no matarla y la dejaron en Ocaña, en mitad de una calle, donde fué recogida y depositada luégo en la inclusa de Madrid. Yo sabía que mi hermana tenía dos antojos en forma de tres rayas formando como una estrella, uno en la palma de la mano derecha y otro en la espalda; que al ser robada llevaba un vestido de terciopelo negro y un escapulario de San Pedro y que en su ropa había bordadas las iniciales de su nombre. Al poco tiempo de llegar ella aquí, hablábase en un corro de oficiales de vuestra hermosa Petra, cuando uno del grupo manifestó...

Antequera pareció algo confuso al tener que dar cuenta de lo que iba á decir.

—Hablad,—repuso Garroyo.

—Perdonad, mi comandante, si os ocasiono un gran disgusto al revelároslo.

—Seguid,—exclamó Garroyo.

—Dijo, pues, ese oficial que había conseguido introducirse una noche en el alojamiento de Petra y que había visto un lunar en forma de tres rayas en su espalda.

—¿El nombre de ese oficial?—preguntó secamente el comandante.

—Mi comandante, el nombre no os lo diré,—repuso Antequera con firmeza.—Aquí estoy yo, con más derecho que vos para castigarle. Eso queda de mi cuenta.

—Yo lo diré,—exclamó Petra,—el capitán Villalba.

—¿Y cómo lo sabes tú?—dijo Garroyo.

—Es el que me ha venido molestando con sus declaraciones y persiguiendo brutalménte desde que estoy en Fuensanta.

—Continuad, capitán,—repuso Garroyo.

—Esto fué para mí un rayo de luz. Fuí corriendo á encontrar á Petra y como un loco la cogí las manos, viendo el lunar en la palma de la derecha. Preguntéle anhelante si tenía una señal igual en la espalda y cuando después de vacilar, me contestó que sí, no cupe ya en mí de alegría, seguro de que ella era mi hermana. Supe luégo todos los detalles que corroboraban ser cierta tanta dicha. Cuando la encontraron en las calles de Ocaña, llevaba un vestido de terciopelo negro y bordadas en la ropa blanca las iniciales P. A.; colgado del cuello un escapulario del santo de su nombre; su edad era de quince meses; los zapatitos tenían los talones encarnados. Esas eran todas las señas de cuando fué robada en Córdoba. ¡Contad mi alegría, comandante! ¡Contad cuánta fué nuestra ventura!

VII.

—Todo te lo queríamos contar enseguida,—repuso Petra,—pero era preciso enterarte de como vino á descubrirse y era obligarte á saber que Villalba había cometido una indignidad que tú no perdonarías. Por eso esperábamos que él estuviese lejos para decírtelo. Ahora, ya está demás guardarle ninguna consideración, pues él ha sido sin duda el instigador de tu venida á este sitio, movido por su rencor contra mí, y creido de que nos matarías á los dos.

—¡Pobre Petra!—exclamó Garroyo.—¡Perdóname que en un momento de locura me haya atrevido á dudar de tí!

—Todas las dichas han llovido sobre mí desde que encontré á esa prenda adorada mía,—repuso Antequera.—Nada puedo, ni debo ocultaros mi comandante. Yo adoro con toda mi alma á una mujer...

Interrumpióse Antequera cual si tuviera algún reparo en continuar hablando.

—Mi comandante, es una mujer casada,—dijo por último con alguna turbación.

Garroyo frunció el ceño y repuso con gravedad.

—Id diciendo.

—Es una aragonesa leal, amante de su patria, muy orgullosa de ser española y con eso muy infeliz. Su

marido era un espía de los franceses, servía en el Estado Mayor de Cuesta y á él se debieron todos los sospechosos movimientos que el general ordenó antes y después de la batalla de Talavera.

—¿Habláis, pues, del comandante Aráztegui?

—Del mismo. ¿Sabiais algo acaso?

—Sí, poco tardé en saberlo.

—Así que hube encontrado á mi hermana, fijóse sobresaltada en mi tristeza y me preguntó la causa. Todo se lo confesé, y al decirle que la mujer que yo adoraba era la esposa de ese hombre, exclamó:—Aráztegui es un traidor.—Quedé sorprendido al oir tales palabras y entonces Petra me refirió que Aráztegui estaba en connivencia con los franceses y que se valía de una mujer de singular belleza para comunicarse con los enemigos. Pedíle una prueba de ello y me entregó un pliego suyo dirigido á Víctor.

—¡Extraño caso! ¿Cómo pudo llegar á tus manos ese pliego?—exclamó dirigiéndose á Petra.

—Me lo entregó un asistente que había tenido Méndez, el cual lo encontró entre unas junqueras á orillas del Tajo,—contestó la joven.—El pobre estaba locamente enamorado de Encarnación y yendo en su busca se vino á Madrid, creyendo encontrarla allí. Un día desesperado ya de poder dar con la fugitiva, topó conmigo y reconocióme al punto, pues me tenía presente de cuando estuvimos en Dinamarca. Díjome si seguíamos queriéndonos Garroyo y yo, y al contestarle que sí, me entregó el pliego para que Garroyo le vengase de Aráztegui, por no querer presentarse más ante su amo al cual había faltado en un momento de arrebato. Al oir ponderar á mi hermano el españolismo de la mujer á quien ama y saber que su marido era el infidente y desleal aventurero de Talavera, le conté lo mismo que acabáis de oir y le entregué la prueba de la traición del miserable.

—Corrí al punto á Daroca,—repuso entonces el joven y ví allí á mi Pilar.—¿Si tu marido fuese un infame traidor á nuestra causa,—exclamé,—le querrías aún?—Con mis propias manos le arrancaría la vida, si así fuera,—contestó ella.—¿Y me amarías entonces?— repliqué. — Aunque no te amase; sólo para infamarle más, me entregaría al que me quisiera por manceba.—Entonces arrojé á sus piés el pliego firmado por su marido...

—¿Pero cómo tardó ella tanto en saber que su marido se había pasado al campo francés?

—El fingía que había sido hecho prisionero. He obrado lealmente en todo, os lo juro. ¡Oh, Garroyo! No queráis nunca encontraros en mi caso, porque he sufrido todo cuanto cabe padecer en el infierno. Bien veía yo que Pilar me quería con esa ardiente pasión con que aman las nobilísimas hijas de esta tierra, pero el deber se oponía á que sus labios me lo confesasen, aunque no lo callasen sus ojos, pero por fin y gracias á este dichoso encuentro, Pilar me quiere y me lo dice sin cesar. ¡Mirad si le debo yo inmensa gratitud á mi hermana! ¡Ella ha sido la vengadora! Ahora ¡ay de Aráztegui si osa presentarse en mi camino! Todos saben ya que soy el amante de su mujer. Sólo le aguardo á él para matarle y llamarme el marido de su viuda.

—Es lo que debéis hacer,—replicó Garroyo, con tranquilo tono,—y nada he de decir en contra lo que habéis hecho. Aráztegui renunció á todos los lazos que le unían á su patria desde el punto que consumó su inicua traición; nada que sea español debe ser suyo, y así como se confiscan los bienes y la hacienda de los infidentes, la justicia exige también que pierda para siempre la estimación de sus deudos. ¡Odio y guerra á muerte al traidor! ¡Maldición sobre él! ¡Maldígale su mujer, maldíganle sus hijos! Todos los hombres honrados deberían tener el derecho de matarlo como á un perro. Por mi parte no he condenado nunca ni condenaré jamás los terribles escarmientos hechos en los traidores, por el pueblo enfurecido. Desde el momento en que cualquiera reniega de su patria, todo queda roto y todo sufre una completa mutación. Ya su familia no es la suya ni son suyos sus bienes. Vuestra es Pilar, defendedla y amparadla y no consintáis que el traidor quiera llevársela á compartir su oprobio.

—Gracias por vuestras palabras, Garroyo,—contestó Antequera.

—Precisa, sin embargo, que todos estemos muy prevenidos, porque temo que se cierne sobre nosotros la traición. Ahora, permitidme, Manuel, que os llame hermano mío para siempre más. Vuestra hermana será mi esposa cuando quiera, pero en el entretanto no me neguéis este título, más verdadero que el de amigo. ¡Sí, hermano mío! ¡Velemos por la patria, ya que hay malos hijos que la venden! Vente conmigo y celemos cuanto se hace en nuestro rededor.

—Cuenta conmigo para todo, hermano mío,—repuso Antequera.

—¡Cuán feliz soy al vernos los tres unidos por tan dulces lazos! Dichoso día aquel en que participé á Petra mi deseo de que nos reuniésemos. Sin ello no os hubierais reconocido y no estaríamos ahora dulcemente embargados por esa tierna emoción que hace asomar las lágrimas á mis ojos. Bien sé que no tenéis padres, hijos míos, pero allá en el cielo deben experimentar inefable alegría al contemplaros unidos. Dignos sois uno de otro y encuentro admirable vuestro parecido. Tal vez por eso y sin darme cuenta de que tal fuese esta la causa, sentía yo por tí, Manuel, extraña simpatía...

—Sí, Garroyo, es cierto lo que dices, siempre me trataste de otra manera que á los demás.

—Ahora, conservemos secreta esta feliz alianza entre los tres, y repito que es muy necesario que vigilemos lo que pasa. En cuanto á ese malvado Villalba, creo que queda tiempo para que reciba su merecido; es un cobarde y lo mejor será obligarle á dejar el servicio para que no nos deshonre figurando á nuestro lado.

VIII.

Al día siguiente Garroyo encontró á la comadre del regimiento y le dijo con voz breve á la par que imperiosa:

—Seguidme. Tengo que hablaros.

—¿A mí?—replicó turbado el chismoso.

—A vos.

—¿Pero, adónde queréis llevarme?

—Detrás de la ermita...

—Mirad que el duelo no entra en mis principios religiosos...

—¿Y de dónde habéis sacado vos que yo me rebaje á batirme con hombrecillos de vuestra ralea?

—Me estáis provocando, siendo así que el artículo 18, libro 5.°, título 2.°...

—¡Silencio! Nadie puede batirse con trastos como vos, pero oidme bien: no os abofeteo por lenguaraz y mal nacido, porque ni áun eso merecéis, pero sí os mando que esta tarde sin pérdida de tiempo estéis fuera del campamento.

—¿Yo? ¿Y quién sois vos para dictar semejante disposición, potestativa, en todo caso, del general, y para la cual están taxativamente marcados los casos en las Reales Ordenanzas?

Como se vé, el sobrino no abandonaba el lenguaje covachuelesco ni áun en las más solemnes ocasiones.

—Tened entendido que si mañana os veo aquí, os voy á matar á palos.

—Lo veremos. Iré á dar en seguida parte al general, á mi tío.

—Os repito que si mañana os vuelvo á encontrar en el campamento, os apaleo hasta que os quede vida. Decídselo así también á vuestro tío.

El capitán se retiró meditabundo, pensando qué partido debía tomar para librarse de ir al otro mundo de una paliza y no tener que desamparar, sin embargo, los negocios que le retenían en el campamento.

IX.

Sucedió esto el 12 de Noviembre. Era inminente de un día á otro el ataque de la posición, y se realizó aquel día.

Villacampa tenía á sus órdenes unos 3.000 hombres, mientras Carvajal se mantenía prudentemente á una legua de distancia de la posición, al frente de algunas fuerzas. El sitio escogido por Villacampa en la Fuensanta era fuerte, aunque sobrado extenso para ser bien defendido por tan escasas fuerzas. Lucharon los aragoneses dos horas seguidas, siendo excusado decir que el valor de cada uno llegó al heroísmo, mas por último, envuelta y atropellada una de las alas, hubo que emprender la retirada.

Pocos murieron en la refriega, pero al cruzar el puente sobre el Guadalaviar, cedieron las carcomidas tablas al peso de los fugitivos, pereciendo ahogados bastantes de aquellos bravos defensores de la patria.

Don Benito siguió á Carvajal hacia donde pudiesen montar otras oficinas.

X.

Villacampa no quedaba nunca desbaratado, por más deseos que abrigase Suchet de aniquilarlo; la contrariedad experimentada en Fuensanta no produjo más resultado que el de hacerle cambiar el teatro de sus operaciones.

A primeros de Diciembre andaba el incansable brigadier por las cercanías de Ojos Negros, en el partido de Daroca, desde donde se divisaba el san-

tuario del Tremedal, testigo de una anterior gloriosa resistencia.

Excusado es decir que no faltaba en la columna quien se mostrase muy satisfecho de la tal expedición á aquel pueblo de Ojos Negros, patria de cierta hermosa muchacha que los tenía azules, llamada Eugenia, dueña y señora del corazón de un joven y valeroso sargento.

Don Juan Ortego era, en efecto, el modelo de los amantes finos y constantes; pocas noticias había recibido de la garrida aragonesa desde la retirada del Tremedal, y sin embargo, su fe no había vacilado un solo momento. Sabía que podía tener entera confianza en la doncella y sólo anhelaba verla de nuevo para repetirla que la quería con todo el entusiasmo de un sargento primero, dispuesto á pedir su mano así que ascendiese á subteniente.

La columna de Villacampa marchaba al calor de un hermoso sol de Diciembre, alegres y animados los soldados y esperanzados los jefes. Sabíase que estaba sitiada la plaza de Tortosa, pero se confiaba en que el conde de Alacha, famoso por su retirada desde Tudela á Cuenca, consecutiva á la batalla de Lerín, correspondería á lo que se esperaba de él.

A fines de aquel año de 1810 seguía la partida en Ojos Negros; los franceses estaban en Daroca, á siete leguas de allí, mirando, empero, con respeto á la fuerza mandada por el brigadier. La posición del pueblo, situado en lo más alto de unos cerros que subían desde la ciudad ocupada por el enemigo, permitía á los españoles permanecer á la defensiva, si bien los franceses tenían, en cambio, á su disposición los abundantes recursos que les suministraba la feraz vega en que estaban acuartelados.

Todos los montes aparecían cubiertos de espesos bosques, que han desaparecido después miserablemente; eran en gran número los enebros, sabinas, aliagas y romeros, los carrascales y pinares y no eran menos las olorosas plantas y flores que suministraban abundante libación á las abejas.

El terreno, quebrado y fragoso, se presta á la guerra de partidas, abundante en sorpresas y emboscadas.

En Ojos Negros estaba á sus anchas Villacampa, y la lealtad de los moradores le hacía estar seguro de no sufrir ningún ataque inesperado, pues todos le habían de avisar cualquier movimiento que intentase el francés desde Daroca.

Don Juan Ortego se alojaba naturalmente en casa de Eugenia, cuya familia se ocupaba en la explotación de la mina de hierro y de las salinas que hacen célebre aquel pueblo.

Era el día de Navidad de 1810 y los aragoneses lo celebraban con el buen humor y la franqueza propios de su noble tierra. Rondaban por las calles los mozos de la villa entonando picantes jotas sobre los franceses, mezcladas con amorosos cantares inspirados por las bellas del lugar. No parecía nadie hacer caso del intensísimo frío que se dejaba sentir, y el ruído de la algazara de zambombas, guitarras, vihuelas y panderos no había cesado todavía al toque de ánimas.

El sargento y Eugenia estaban al anochecer solos, junto al hogar. Era una vasta pieza de ahumadas paredes, de cuyo techo colgaban mazorcas de panizo y racimos de uvas. Una inmensa sartén llena de magras, chirriaba encima los tizones, y sobre una mesa brillaba un colosal porrón de vidrio verde, tapado con un corcho. Un hermoso gato se calentaba arrimado al fuego, y de vez en cuando, un dormido canario batía las alas como asustado y exhalaba un ligero trino.

—Eugenia,—decía Ortego,—te aseguro que es cierto todo cuanto te he contado y que aquella ha sido la única vez que he tenido miedo en mi vida. Aun me figuro oir la voz de la fantasma, cuando al brindar por ella mis amos, exclamó desde lo más hondo y oscuro de uno de aquellos corredores:—*¡Héme aquí! ¡Yo soy Matilde!*—Ahora que haya duendes en Ojos Negros, eso sí que lo pongo en duda. Estas montañas no son á propósito para ello. ¡Vieras como yo he visto los castillos del Rhin! ¡allí sí que parece se toquen y se vean á cada momento trasgos y aparecidos!

—¡Pues, no hay más! Cada tres noches sale una fantasma en la ermita de Santa Marta, y antes de romper el día sube en un caballo negro y se retira, echando fuego por donde pasa.

—¿Y cómo no ha de hacer saltar chispas el caballo, andando sobre una cantera de pedernal?

—Mi madre es incapaz de decir jamás otra cosa que la pura verdad, y al pasar anteayer por cerca la ermita, muy antes del alba, vió el caballo negro que arrancaba á correr, y en torno suyo, como cien mil llamas que chisporroteaban.

—Y la fantasma, ¿de qué color era?

—Negra también, cubierta la cara con un antifaz.

—Bien está. Estoy acostumbrado ya á esa clase de seres y no he de parar hasta ver si la fantasma negra es tan guapa como la azul que ví en el castillo de Rehinsberg.

—Pero, ¿dices de veras que quieres ir?

—De veras lo digo.

—¿Y no temes que esa fantasma sea una aparición maléfica y que cuando la veas te sientas desvanecido, arrastrándote ella entonces á los profundos abismos del infierno?

—¡No me hagas desternillar de risa! Demasiado sé yo que las fantasmas son todas de carne y hueso como nosotros.

Llamaron en esto reciamente á la puerta.

XI.

—¿Quién será?—dijo algo azorada Eugenia.—Mi madre está rezando arriba y no se esperaba á nadie.

—Abramos,—replicó Ortego.

Era un soldado con una carta. Entrególa á Ortego, y acercándose, le dijo en voz baja:

—Mi primero, el comandante os pide que os enteréis en seguida.

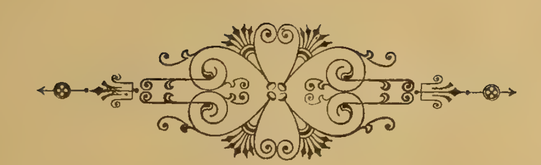
Ortego se aproximó á un candil que ardía colgado de un clavo en la pared, y leyó: «Decidme si podréis estar esta noche á la una en la ermita de Santa Marta. Id bien armado y guardad completo silencio. —Garroyo.»

El sargento, algo demudado el semblante é insegura la voz, dijo al soldado:

—Contestad que iré.

Todo el resto de la velada pasólo Ortego asaz distraído, sobresaltándose cada vez que Eugenia le salía hablando de fantasmas.

El pobre sargento era una verdadera víctima de las apariciones nocturnas.



CAPÍTULO II

La ermita de Santa Marta

I

Ojos Negros tiene salida por una parte á un extenso llano llamado el *Campo de Monreal*, y por la parte opuesta está dominado por varios fragosos cerros, en cuyas cimas se encuentran varias ermitas. La más lejana era entonces la de Santa Marta, oculta entre espesos carrascales y avellanares y abandonada desde que empezó la guerra.

Daban las doce de la noche en el reloj del pueblo cuando Juan Ortego, armado hasta los dientes, emprendía el camino de la ermita, tomando por escabrosos senderos que atravesaban los intrincados matorrales de los cerros, llegando al cabo de una hora al pié del santuario.

—¡Alto!—dijo una voz que conoció ser la de Garroyo.—¿Quién vá?

—Amigo.

—¡Buenas noches, Juan!—repuso el comandante.

Garroyo estaba emboscado en un pinar contiguo y con él había otro militar que el sargento conoció ser el capitán Antequera.

Permanecieron los tres inmóviles y mudos, y al cabo de media hora vieron venir en dirección de Daroca una persona á caballo.

—Hé ahí la fantasma,—dijo el jefe.—¡Quietos todos!

El caballo se detuvo ante la ermita y el que montaba saltó en el suelo, dirigiéndose hacia la puerta de la vetusta iglesia, cerrada hasta entonces, pero que cedió ante el desconocido. Iba éste envuelto en una larga capa y parecía ser joven, según la soltura de su aire.

La puerta quedó entreabierta y á los pocos instantes se vió que el misterioso visitante había encendido lumbre.

Como si esto hubiera sido una señal, advirtieron que en lo alto de una loma distante de allí un cuarto de legua, apareció una hoguera, que se apagó al cabo de algún tiempo.

Los tres emboscados esperaron, y pasado un largo rato oyeron otra vez el galope de un caballo.

Montábalo una forma humana en todo semejante á la anterior, y bajando del caballo, entró también en la ermita, cerrando la puerta tras sí.

La iglesia recibía luz por varias ventanas no muy altas. Subiendo un hombre sobre otro, podía verse lo que pasaba en el interior.

Garroyo y sus amigos se adelantaron hacia el muro de la ermita y sirviéndole Ortego de sostén al comandante, encaramóse éste sobre sus espaldas y miró, sintiendo un desvanecimiento.

II.

La ermita era una antiquísima fábrica bizantina, baja y espaciosa, de redonda bóveda incrustada de mosaicos representando escenas de la Pasión.

Las piedras de los muros estaban corroídas por la acción del tiempo y crecían entre sus intersticios

jaramagos y cambroneras. No había más que una sola capilla en el ábside, estando las demás paredes desnudas enteramente.

Mirado aquel interior por donde lo veía Garroyo, producía el efecto de un subterráneo; todo chorreaba humedad.

Garroyo contemplaba un espectáculo horrible.

En medio de la nave había dos féretros y dentro de ellos un hombre y una mujer, sólidamente sujetos con cuerdas que daban vuelta á los dos ataudes.

Junto á ellos otro hombre y otra mujer, sentados en un ancho banco, se entregaban al más desenfrenado libertinaje y á las más impuras acciones, dando cuenta de una opípara cena y arrojando de vez en cuando algún trozo al rostro de los amortajados, que devoraban con avidez lo que podían alcanzar.

Garroyo bajó de su mirador sin poder dominar el espanto que le había causado aquel espectáculo monstruoso y en su lugar se colocó el capitán Antequera.

Pero apenas hubo asomado su rostro á la abertura, cuando se arrojó al suelo, como si hubiera contemplado una visión infernal.

Cogió fuertemente á Garroyo por un brazo y con voz sorda exclamó:

—¡Es ella!

—¡Ella! ¿Quién?

—¡Pilar!

—¡Horror, corramos á salvarla!

—¡No, no es la amortajada, es la otra!

—¡Imposible!

—Sí, esa que has visto abrazada con aquel hombre, es ella.

—¡Delirio!

—No, no es delirio.

—Espera, voy á ver.

Otra vez subió Garroyo al mirador para ver si podía sorprender lo que decían aquellos inhumanos seres.

Habíanse levantado y estaban *echando de comer* á las desventuradas víctimas, á las que dieron después agua y vino.

—Ya veis cómo no dejamos de visitaros con la frecuencia que merecéis,—exclamó la mujer,—y espero que nos agradezcáis nuestro interés en que podáis permanecer eternamente juntos como os prometiais. Tal vez no estaréis aquí tan bien como en el palacio real, pero día llegará en que os podamos trasladar allí.

—¿Estás contenta, Esther?—exclamó á su vez el hombre.—¿No ves realizada ya tu ambición de vivir y morir con el fiel y honrado caballero D. Pedro Arázteguí, dignísimo coronel del regimiento Real Extranjero? ¡Cuánto le quieres! ¿verdad? Por él abandonaste la ley de Israel y dejaste á tu pobre Samuel reducido á la más completa indigencia. Ese amor sublime despertó en nosotros el afán de emulación, y aquí nos tenéis viniendo á compartir vuestra alegre compañía. Sin duda creiais que jamás sería descubierto el dulce nido de vuestros amores, pero nada se escapa al ojo penetrante del judío y un día visteis aparecer en vuestra tibia alcoba la sombra terrible del esposo ultrajado.

El hebreo miró entonces fijamente á Arázteguí, que cerró los ojos como para evitar el encuentro de los de su verdugo, y prosiguió diciendo:

—Ya viste entonces de lo qué era capaz un miserable asentista del ejército. Te mandé agarrotar, te eché en un carro y así te traje ante tu mujer para decirle que eras un afrancesado y que te habías encanallado con una israelita. Ella ya había tenido noticia de tu traición á la patria y te había reemplazado con un lucido oficialillo, pero al saber que habías faltado también á la fe conyugal, quiso que un judío la vengase de la afrenta, y así es hoy mi querida bien amada. ¡Mira, mira cómo nos adoramos!...

Y Samuel y Pilar se hicieron mil abominables caricias ante los desdichados.

Esther lanzó un rugido de rabia.

—¿Qué tienes, gacela mía? ¿Duélete, acaso, ver cómo nos queremos esta cristiana y yo? ¡Si supieras hasta qué punto nos amamos! Sólo esperamos que estén los españoles en Zaragoza para bautizarme y unirnos en santo matrimonio. Dice que quiere me llame Pablo, como buen converso y decidido adversario del judaísmo.

III.

Quedaba descubierto el horrible misterio.

Garroyo no quiso ver ni oir más, y dirigiéndose á su futuro hermano, le enteró de cuanto había oído.

El capitán sintió que los celos le atenaceaban el corazón y no quería marcharse sin matar á los dos vengativos verdugos, pero Garroyo consiguió hacerle desistir de su empeño, prometiéndole que lo harían en su lugar y tiempo.

A los primeros albores de la mañana salieron Pilar y Samuel, tomando ella el camino de Daroca y él la vereda que conducía á Montalbán, ocupado también por los franceses.

Una vez hubieron desaparecido aquellos espantosos personajes, resolvieron nuestros tres amigos entrar en la ermita para libertar en seguida á las dos víctimas, que consideraban sobrado castigadas de sus crimenes después de tantos días de horripilantes martirios.

Penetraron, pues, en aquel frío recinto, y se dirigieron hacia donde estaban los amortajados.

La hoguera se había apagado, por lo cual Ortego encendió una antorcha de viento que traía.

Los desdichados lanzaron un grito de alegría al ver á sus salvadores, pero nada más que un débil grito. Estaban amordazados.

Al punto los tres militares rompieron las cuerdas que sujetaban á las desdichadas víctimas, y ayudándolas á levantarse, les hicieron sentar en el banco que habían ocupado sus verdugos y les quitaron en seguida las mordazas.

Entonces pudieron examinar á los dos infelices. La mujer era un verdadero tipo de belleza oriental, el tipo judío en todo el desarrollo de su hermosura profundamente perturbadora; frente y nariz rectas, rasgados ojos, boca pequeña y talle escultural; rostro de pálida morenez, negros cabellos y una mirada que expresaba todas las sensaciones de un alma apasionada y ardiente. El hombre era una vulgaridad en todo, guapo, rubio y joven.

—Aunque os veais ante tres leales militares, no temáis nada, comandante Aráztegui,—dijo Garroyo. —Venimos á salvaros, no á haceros ningún daño. Hemos sido testigos de las atroces torturas á que habéis estado sujetos ambos y creemos que habéis expiado ya sobradamente vuestras culpas. A caer en mis manos os hubiera hecho pasar al punto por las armas pero jamás os hubiera sujetado al martirio que habéis sufrido.

Antequera se adelantó hacia el tránsfuga y con voz sombría exclamó:

—Yo he sido el amante de vuestra mujer antes que aquel judío, y por lo tanto, me pongo á vuestras órdenes.

Aráztegui se sonrió amargamente y dijo:

—¿Qué puedo yo hacer? Deshonrado, humillado, apenas sér viviente, ni tengo fuerzas para vengarme ni alientos para sentirme herido. Dejadme estar donde pueda morir como un miserable gusano y seguid vosotros vuestro triunfal camino. Sólo os recomiendo á esa pobre mujer, víctima de una ruín calumnia; tan pura é inocente es como el rocío de la mañana; jamás otro hombre que su marido ha recibido un beso de su casta boca ni yo la había visto jamás, hasta que un día se refugió en mi casa, huyendo de un malvado que quería abusar de su debilidad.

Cayó una lágrima de los negros y admirables ojos de Esther, quien contestó:

—Es cierto.

—¿Qué partido pensáis tomar ahora?—interrogó Garroyo.—¿Queréis que os acompañemos hasta incorporaros de nuevo á los franceses?

—¡Oh, no!—respondió Aráztegui.— Si quisieseis admitirme en el último puesto de la partida, os juro que colmariais todos mis deseos. Aunque nadie me habría de conocer, mi nombre es harto sabido de todos; dadme vos otro y consentid que os siga; yo os juro que dejaré bien lavados mis crimenes siendo el primero en el peligro, y si jamás llegáis á dudar de mí, sin vacilar un momento matadme de un pistoletazo al oído, como á un perro; yo llevaré siempre encima papeles que prueben que he sido el traidor Aráztegui.

—Y esa desdichada, ¿dónde podrá estar segura?—repuso Antequera.

—Petra cuidará de ella,—respondió Garroyo.

—Extraño es que se haya cebado de tal modo la calumnia en vosotros,—dijo Ortego.—¿Quién era el que os quería tanto mal?

—Una mujer diabólica, de la cual quiera el cielo que os podáis librar si la encontráis jamás; una cierta Juanilla, que, furiosa porque el general Delincourt, cuya querida era, la abandonó, ciegamente enamorado de Esther, juró vengarse de sangriento modo. Vió cómo, perseguida por Delincourt, se refugiaba en mi casa, y corrió á avisar al judío, que nos sorprendió en el momento en que ella me rogaba la protegiese; la Juana, empero, había inventado ya una embustera historia sobre los dos, y el marido llegó, presa de furiosa cólera, bien creído de cuanto le había dicho la gitana.

—¿Cuándo acabará de ser causante de tamañas desgracias la infame bruja?—exclamó Garroyo.—¡Ah, la he de hacer morir en una hoguera si alguna

vez vuelvo á cogerla, como el año pasado! Ea, apoyáos en mi brazo, Arázteguí; dáselo tú á Esther, Antequera, y Ortego nos precederá. Vamos ya.

A las siete y media llegaban los viajeros á Ojos Negros, inspirando vivo interés los desconocidos personajes que venían con los militares. Arázteguí iba vestido de paisano, lo cual favoreció poder ocultar su procedencia.

—¿Cuándo venían vuestros verdugos? — preguntó Antequera á Arázteguí.

—Cada tres días.

—¿Y cómo os alimentabais entretanto?

—A veces venía el judío solo, durante el intervalo entre una y otra cita, y nos traía algo.

—¡Desdichados! ¿Y hacía mucho tiempo que duraba este martirio?

—Cerca de un mes.

—¡Infelices!

IV.

Dos días pasaron sin que Antequera diese muetras de abrigar ninguna resolución respecto á Pilar y su horrible amante.

La noche del tercero, sin decirles nada á Garroyo ni á Ortego, se dirigió solo á la ermita y esperó la llegada de los dos feroces seres.

No tardó en acercarse en dirección de Daroca un caballo con un ginete.

El caballo se detuvo, bajó de él una forma humana, abrióse la puerta, y á los pocos minutos divisóse un ligero resplandor dentro del templo, al mismo tiempo que resonaba un grito de mujer y se veía salir por la puerta la figura de Pilar, corriendo despavorida.

Antequera se lanzó hacia ella y la empujó otra vez hacia dentro.

Pilar quedó aterrada, llena de estupor. Por fin, exclamó:

—¡Tú aquí!... ¿Y qué vienes tú á hacer en este sitio?

—No te sabía tan aficionada á la gente que espera la venida del Mesías.

Pilar lanzó un rugido de fiera y cayó al suelo, presa de espantosas convulsiones.

—¡Engañarme por un judío!— repuso Antequera. —¿No te bastaba decirme que te creías ofendida como esposa para que yo te vengara?... Pero no es verdad nada de lo que te han dicho; tu marido y esa pobre mujer no se conocían siquiera ni se habían visto jamás; todo procedió de una venganza, y quien causó todo este mal, fué una afrancesada, celosa de la judía.

Pilar, con la mirada extraviada, exclamó:

—¡Mientes, se querían como dos infames; ella era su manceba!

—¡No!

—El judío me los trajo y me juró ser cierto.

—Le engañó esa gitana maldita.

—¡Oh, espanto! ¡Yo me entregué á ese inmundo sér para cubrir de la más negra infamia la honra de mi esposo!...

—Adiós, nada es posible ya entre nosotros. ¡El cielo tenga piedad de tí!

—¡No te vayas aún, Manuel, óyeme!...

—No, jamás nos hemos de volver á ver ya.

—Te ruego por nuestro desdichado amor que permanezcas aquí un instante más.

En aquel momento oyóse el rumor del galope de otro caballo.

El rumor se fué acercando hasta que cesó de pronto.

El judío iba á entrar en la ermita, pero retrocedió al ver á Antequera.

Este corrió tras él, mas ya Samuel huía á uña de caballo y estaba lejos.

Rápida como una visión, montó Pilar de un salto en su negro potro y partió tras él.

Antequera, atónito, no sabía qué pensar.

Oyóse al poco rato una detonación y seguidamente vió cómo volvía Pilar.

La joven se acercó á Antequera y exclamó:

—El judío no podrá contar á nadie que yo he sido suya. Adiós, para siempre.

El capitán quiso coger al caballo por las riendas, pero el fogoso animal, corriendo como una exhalación, partió á escape al través del bosque.

Antequera, desesperado, procuró en vano ir á su alcance.

V.

El bosque terminaba bruscamente en una elevadísima cortadura á cuyos piés bullía impetuoso un torrente.

Antequera distinguió una silueta negra que se aproximaba corriendo al borde del abismo...

Clavados en ella los ojos con anhelante ansiedad, vió como la sombra se acercaba más y más á la cortadura en vertiginosa carrera.

De pronto desapareció y una nube de sangre oscureció la vista del horrorizado testigo de aquella escena espantosa.

El capitán, trémulo de terror, se encaminó hacia donde había visto por última vez la negra imagen de sus sueños y miró en el hondo abismo.

Pero su vista nada vió más que la blanca espuma del torrente.

Aplicó el oido con atención al suelo y nada oyó más que el mugiente y amenazador ruído del agua al despeñarse de roca en roca.

Levantó los ojos al cielo, y lo vió negro, como un paño fúnebre.

Antequera sintió apoderarse de su pecho la desesperación. Sin ánimo para dar un paso, apoyóse contra el tronco de una encina, silencioso y sombrío.

De pronto oyó junto á sí una voz de mujer.

—Habéis perdido á vuestra amante y yo á mi marido. Roguemos por ellos vos y yo.

Era Esther, que había seguido los pasos del capitán desde el pueblo.



CAPÍTULO III

Las partidas

I

Al siguiente día corrió por Ojos Negros la noticia de haber aparecido asesinado un hombre en las cercanías de la ermita de Santa Marta, atravesada la cabeza por un balazo; suponíase que lo habían disparado por detrás, quedando marcadas en la vereda las pisadas de dos caballos hasta el sitio de la ocurrencia, y de allí hacia adelante las de un caballo solo. Nadie supo dar razón de quién era el muerto, sino que iba muy bien vestido de caballero. Al poco tiempo llegó también la noticia de que en un molino de Ojos Negros habían arrojado las aguas el cadáver de una mujer y el de un caballo; los que fueron á verlo no tardaron en darse razón de lo que era: tratábase, á no dudar, de la fantasma, pues la mujer llevaba un vestido negro y el caballo era del propio color.

Garroyo y Ortego supieron todo lo ocurrido la misma noche y ardían en deseos de alejarse pronto de aquel funesto lugar. En cuanto á Antequera y á Esther, permanecieron mudos y sombríos, mirándose extrañamente.

No tardaron en cumplirse los deseos de Garroyo; avisos llegados de Daroca participaron la salida de Kliski con numerosas fuerzas en dirección á Ojos Negros, al mismo tiempo que comunicaban la noticia de la desaparición de Pilar, que nadie sabía á qué atribuir.

Villacampa dió orden de emprender la retirada y se puso en marcha antes de que consiguiera sorprenderle Kliski con sus polacos.

La columna se dirigió á Castilla la Nueva, sentando sus reales en las fragosidades de la provincia de Cuenca.

A mediados de Enero de 1811 recibiéronse gravísimas noticias. El menguado conde de Alacha, á quien estaba confiada la plaza de Tortosa, había traidoramente capitulado el día 2 del mismo mes, á pesar de la resistencia del vecindario y de la guarnición, deseosos de emular á los gloriosos defensores de Zaragoza, Gerona, Astorga y Ciudad-Rodrigo. Un consejo de guerra celebrado en Tarragona, había condenado al felón á ser degollado, ejecutándose la sentencia en estatua por haberse escapado el reo (1).

El general Bassecourt, general de Aragón y Valencia, participaba á Villacampa que Suchet se disponía á poner sitio á Tarragona y que por lo tanto había dispuesto que él y el Empecinado adelantasen hacia Aragón ó se uniesen al ejército de su mando, para ocasionar diversión al enemigo.

El infatigable brigadier abandonó en vista de ello sus estancias y pasó á la inmediata provincia de Guadalajara, haciéndose fuerte en la villa de Chueca.

II.

Esther y Antequera, unidos por lazos de la común desgracia, se miraban con intensa simpatía, pero sin

(1) Abierta de nuevo la causa á la vuelta de Fernando, fué absuelto Alacha, lo mismo que Imaz, el de Badajoz, de quien ya se ha hablado.

haber cruzado la menor palabra que revelase ninguna inclinación.

Garroyo no tenía más que corazón para adorar de cada día más á la generosa Petra y Ortego criticaba á Bassecourt por sus disposiciones, sosteniendo que Ojos Negros era una posición inexpugnable, proponiendo en su fantasía atraer á los franceses á la mina de hierro y previamente cargada ésta de pólvora, hacerlos volar á todos.

Ningún cuidado pasaba Villacampa tocante á un próximo ataque, pues se encontraba en un sitio difícil dé descubrir, metido en Castilla la Nueva, donde había muy pocas tropas francesas á la sazón, y sabiendo que las de Aragón se estaban quietas en Zaragoza y Teruel, de donde saldrían en todo caso más bien para Tarragona que hacia Castilla.

No se había fijado, sin embargo, en las frecuentes visitas que en un principio hacía al campamento cierto cura de Sigüenza, llamado el padre Morales, tipo acabado de desvergüenza y grosería, jactancioso de ser muy liberal y más asiduo de lo que convenía al decoro de la clase para con Petra y Esther. Algo gordo debería de pasar que no ha llegado á nuestros oidos cuando un día salió del alojamiento de Petra, saltando las escaleras de cuatro en cuatro, rojo como un pimiento riojano y mascullando frases que parecían amenazas. En cuanto á Petra, estaba pálida y convulsa, pintándose en su semblante cierta expresión de profundo asco. Nada traslució Garroyo de lo ocurrido, á pesar de haberse fijado en la alteración de la fisonomía de su amante, ni tampoco Esther, que se encontraba ausente durante la visita del reverendo.

III.

A fines de Enero y cuando hacía algunos días que la columna permanecía en Chueca, encontráronse al caer de la tarde el joven capitán y la judía y empezaron á hablar apaciblemente de cosas sin importancia, pero cual si les pesara acabar tan pronto su plática y sin que ninguno de los dos se diese cuenta de ello, tomaron por un camino y siguieron por él durante un largo rato.

No tardó en cerrar la noche, apareciendo clara y espléndida la luna en un cielo sereno, cuajado esplendorosamente de infinito número de centelleantes astros que relumbraban á manera de las antorchas de una fiesta nupcial, pero no tan brillantes como los ojos incomparables de la bella Esther.

Encontrábanse al pié de la sierra que va de Sigüenza á Cuenca, cuyas cimas, coronadas de nieve, parecían á la luz de la luna inmensos panteones de blanquísimo mármol. Los argentados rayos del astro nocturno apenas podían atravesar el túpido ramaje de los altos y copudos pinos, entre cuya espesura corría el sendero que habían emprendido.

Al llegar junto á una cruz de piedra, cercana al linde del bosque, oyeron resonar lejanamente siete campanadas dadas por el reloj de Chueca y al propio tiempo ruido de pisadas y el paso de un caballo, en opuesta dirección uno y otro.

Esther y Antequera se ocultaron en los matorrales y se echaron á tierra. El capitán aplicó el oido al suelo y escuchó.

Habían cesado los rumores que habían notado antes y en su lugar distinguieron el murmullo de una conversación.

—Es la voz del padre Morales,—dijo Esther.

—Y el otro es un sargento de mi regimiento,—repuso Antequera.—¿Qué estarán tramando?

Nada pudieron oir de lo que se decían los dos interlocutores. Por fin el caballo arrancó otra vez y los dos jovenes vieron pasar ante ellos al sargento con el fusil al hombro.

Al poco tiempo, y cuando dejó de oirse el trote del caballo, Antequera corrió, pistola en mano, hacia el presunto espía y á los pocos pasos gritó:

—¡Sargento Gómez, alto ú os mato!...

Pero el sargento en vez de pararse, volvióse y disparó, llevándose la bala la escarapela del sombrero del capitán.

Este no respondió, sino que desenvainando el sable se lanzó tras el sargento, que huía, y le descargó un terrible golpe en el brazo, haciéndole caer el arma.

—¡Tente, miserable!—exclamó Antequera.—¿Qué traición es esa que estás maquinando con Morales?

—Perdón, mi capitán. Todo os lo confesaré si me prometéis perdonarme la vida,—exclamó el sargento cayendo de rodillas.

—¿Y qué me importa á mí tu vida? ¡Habla ó te atravieso!

—¡Señor, por piedad!...

—¡Habla, canalla!

—Pues bien, mi capitán; el cura, resentido porque

doña Petra le dió de bofetadas, fué á Zaragoza á ver á Suchet, enterándole de que debían reunirse en Chueca el Empecinado y Villacampa para ir á reunirse con Bassecourt.

—¡Miserable!

—Suchet mandó entonces que saliesen de Zaragoza el general París y de Teruel el general Abbé para sorprenderles á ambos por separado, y yo venía de dar el parte de que Villacampa se hallaba descuidado en Chueca... Los franceses estarán ahora quizás á media legua de aquí, pues Morales viene con ellos con promesa de que le entregarán á la comandanta...

—¡Infame! Vamos corriendo, Esther. Y tú, villano, anda delante, áun cuando debas quedarte muerto en el camino.

—Mi capitán, os he dicho la verdad...

—Bien está. En pago te alistaré en mi compañía y eso será bastante castigo.

Los tres llegaron precipitadamente á Chueca, apresurándose Antequera á participar á Villacampa la sorpresa que amenazaba.

La columna abandonó al punto el pueblo y los franceses quedaron burlados, no encontrando á nadie en él.

El general París mandó llamar á Morales á fin de pedirle explicaciones.

El inmundo clérigo, trémulo y acongojado, manifestó que, sin duda, el sargento le había dado una confidencia falsa ó equivocada.

París no quiso entenderse de razones y mandó que el clérigo fuese expulsado de la columna, conminándole con la pena de ser pasado por las armas si á la media hora no había abandonado el pueblo.

Eran las diez de la noche cuando se le comunicó la orden; el miserable tomó el camino del bosque y se extravió.

Al día siguiente por la tarde se encontró en la vega de Prado-Redondo, temblando como un azogado al ver dirigirse hacia él á un guerrillero á caballo con insignias de coronel, ennegrecido por la pólvora y lleno de agujeros el uniforme.

Era D. Juan Martín, el Empecinado, que acababa de batirse con el general París.

IV.

Villacampa había contramarchado, pero creyendo que el enemigo venía en su seguimiento, volvióse á Chueca, tropezando entonces con París, que también se dirigía allí, después del combate de Prado-Redondo, á fin de rehacerse del quebranto que le había causado el valiente D. Juan Martín.

El Empecinado oyó desde donde se encontraba el ruido de las descargas y un vivo cañoneo y corrió en auxilio de Villacampa, que se había fortificado en el pueblo.

La acción fué ruda y sangrienta. Batíanse los guerrilleros con terrible furia, causando espantoso estrago en las filas francesas, no acostumbradas á aquellas violentas acometidas ni á aquellas desesperadas luchas á brazo partido. El Empecinado y Villacampa se batieron como dos leones. Durante las largas horas que duró aquel tremendo choque, no cedió ni por un momento la violencia con que se peleaba por una y otra parte. Los nuestros no cedían, defendiendo palmo á palmo las calles; costaba raudales de sangre apoderarse de una casa y los guerrilleros vendían caramente sus vidas.

París, admirado de tanta bravura y de aquel valor indomable, en que entraban por igual la tenacidad y el ímpetu aragonés con la bizarra y siempre admirable pujanza castellana, se vió seriamente comprometido y mandó á buscar refuerzos.

Por desgracia, éstos acudieron antes de lo que esperaba el general francés. Los españoles vieron que era imposible poder luchar con tan superiores fuerzas y en tal trance decidieron la retirada.

V.

Separáronse D. Juan Martín y Villacampa, altamente satisfechos de haberse conocido y dispuestos á renovar su alianza en ocasión oportuna. Aquellos dos leales guerreros peleaban movidos tan sólo por puro patriotismo, como sucedía por lo demás con cuantos militaban en las partidas. La guerra de la Independencia, no nos cansaremos de repetirlo, fué sobre todo, y más que nada, guerra de paisanaje, y las batallas ganadas no influyeron tanto en favor del triunfo de nuestra causa como la incesante y jamás amortiguada lucha de guerrillas. La campaña de las partidas hacía más daño á Napoleón que Talavera y la tenacidad de los sitios, largos y empeñados á causa del entusiasmo de los moradores, era también otro elemento de consunción para los franceses.

Sí; el pueblo, el noble pueblo español fué el ver-

dadero héroe de aquella guerra porfiada; el pueblo, que dentro de las murallas ó en las asperezas de los montes protestaba con las armas en la mano contra las pretensiones del déspota de Europa y se mostraba superior á él, y superior, inmensamente superior, á las degeneradas naciones que doblaban su cerviz ante el tirano al ser derrotados sus ejércitos en una batalla. No hay ninguna nación que pueda compararse en tiempo alguno con la España de á principios de este siglo.

No queremos disminuir en nada el mérito de los caudillos oficiales de aquella época ni los servicios prestados por las tropas regulares, pero sin embargo, es bien evidente que todas las ventajas que se conseguían las obtenían principalmente los guerrilleros. Y en prueba de ello, véase como los mariscales hacían más caso del misterioso *tambor del Bruch* que no de un marqués del Palacio, de un Empecinado que no de un Cuesta, de un Villacampa que no de un Bassecourt, de un Espoz y Mina que no de un Carvajal, de un Manso que no de un Campoverde, de un Porlier que no de un Ancelotti, de un D. Julián Sánchez que no de un Mahy, de un Villalobos que no de un Areizaga. Los sitios eran otro ejemplo: más de una vez se vió que el general entregaba la plaza en medio de las invectivas del vecindario, que veía en mal hora penetrar en los muros de la ciudad al aborrecido francés precisamente cuando más coraje sentía y con mayores bríos se encontraba para rechazarlo. Así pasó en Badajoz con el flojo Imaz y en Tortosa con el traidor Alacha. Otros sitios veremos en los cuales toda la culpa recayó en algún empingorotado personaje. Bien se batían las tropas, pero el principal daño lo hacían los guerrilleros.

Nacido este sistema de guerra en el principado de Cataluña, pronto trascendió á las demás provincias, siendo la primera que siguió el ejemplo de los catalanes la hermosa Galicia.

El año 1810 formaban las partidas cuerpos numerosos y perfectamente disciplinados, pues en tales aventuras, como decía Fernando del Pulgar: «*Crece el corazón con las hazañas y las hazañas con la gente y la gente con el interés.*»

Los franceses eran, en honor á la verdad, los principales fomentadores del incremento de las guerrillas, porque jamás se han visto llevados á más odioso extremo la arbitrariedad y el despotismo que mientras duró su opresión. Era el pillaje su norma constante, y no contentos con dejar esquilmados á los pueblos con enormes repartos y derramas, exigían después á las personas de arraigo, sin reparar en sexo ni edad, y á las autoridades locales, que respondiesen con su vida ó su libertad de la tranquilidad de los pueblos, siendo pasados por las armas ó desterrados á Francia ó encerrados en inmundos calabozos á la menor sospecha de simpatizar con los guerrilleros.

Por todos los caminos y veredas habían los enemigos debido establecer de trecho en trecho puestos fortificados al objeto de mantener expeditos los caminos militares. Aprovechábanse para este objeto de los antiguos castillos de moros, de los monasterios, palacios, atalayas y cuantos edificios ofrecían resistencia, pero lo mismo en las casas fuertes que en los pueblos ocupados, sólo eran dueños del terreno que pisaban y más de una vez tuvieron que oir con reprimido furor las patrióticas jácaras que á la misma vera del lugar venían á entonar los guerrilleros.

Todas las vías presentaban tristísimo espectáculo; aparecían desiertos y arruinados muchos pueblos y en la mayor soledad las carreteras, por las que únicamente transitaban convoyes escoltados. De vez en cuando tropezábase con algún puesto fortificado de entre cuyas empalizadas salían de tarde en tarde recelosamente los franceses.

Para poder mantener sus comunicaciones, asegurar su línea de operaciones y custodiar los depósitos de víveres y pertrechos, necesitaba el enemigo emplear la más exquisita vigilancia y destinar para ello gran número de gente. Nada más que en las dos Castillas, las Vascongadas y Navarra, había distribuidos 70.000 hombres, en columnas volantes, rondas, contra-guerrillas y resguardos.

Las partidas que había levantadas á mediados del año 1810, eran más de doscientas, unas fijas en determinadas provincias y otras que se corrían de una á otra, según las conveniencias de la estrategia.

Recorrían la serranía de Ronda y Sierra-Nevada, Uribe, Alcalde, Moreno y Villalobos. Operaba en Sevilla el Mantequero, que tuvo la audacia de penetrar en el barrio de Triana uno de los días de Setiembre, causando indecible pánico en los franceses. Continuaban en la Mancha Francisquete, Mir, Giménez, Díaz, Orovio, Abad (Chaleco) y Pastrana (Chambergo). En Toledo se cubría de gloria D. Juan Palarea (el Médico), habiendo muerto heróicamente

D. Toribio Bustamante, conocido por *el Caracol*, convertido en guerrillero por haber asesinado los franceses á su esposa y á su tierno hijo en el saco de Rioseco. Campeaba en Guadalajara el inmortal Empecinado, haciendo á menudo expediciones tan atrevidas que llegaba á poner en sobresalto á José, llegando más de una vez hasta las tapias de Madrid. En la sierra de Guadarrama lidiaba con valor y fortuna D. Juan Abril; en Avila D. Camilo Gómez, en Toro D. Lorenzo Aguilar y en Valladolid la guerrilla de caballería de D. Tomás Príncipe. En Palencia corría D. Juan Tapia, Merino en Burgos, D. Bartolomé Amor en la Rioja y Durán en Soria. Tomó á su cargo la montaña de Santander el partidario Campillo, dechado de valor, honradez, patriotismo y caballerosidad, adorado por los pueblos y terror del enemigo. Igual fama adquirió por iguales conceptos D. Juan de Aróstegui (Bocamorteros), que acaudillaba en Vizcaya una partida considerable. D. Gaspar Jáuregui (el Pastor) y D. Francisco Longa rebullían en Guipúzcoa y Álava. Porlier y Espoz y Mina, Renovales y Manso se ilustraban en Asturias y la costa del Cantábrico, en Aragón y Cataluña.

Había, pues, guerrillas no en cada provincia, sino en cada rincón; algunas como las de Porlier, Mina y el Empecinado, contaban con 2 y 3.000 hombres; la mayor parte no bajaban de 500 á 1.000, desapareciendo paulatinamente las pequeñas para refundirse en las más numerosas.

Si algún inconveniente se originó, en alguna ocasión, de estas partidas, sus incomparables méritos no dejaron que se fijase en ellas la atención y siempre los servicios que prestaron fueron incomparablemente superiores al inevitable daño que alguna vez se pudo ocasionar. Sin las guerrillas, dice el admirable Toreno, puédese afirmar resueltamente que hubiera corrido riesgo la causa de la Independencia. Sin ellas, hubieran podido los franceses transitar pacíficamente de un extremo á otro de la península; sin ellas no hubieran podido nuestros ejércitos, por más valientes que fuesen, resistir á la superioridad numérica y á la disciplina de las tropas imperiales; sin ellas no hubiera podido contemplar la Europa admirada como existía un pueblo que se negaba á doblar la cerviz bajo el yugo extranjero.

¡Gloria eterna, pues, á aquellos bravos españoles que trocando la esteva, el cayado, la azada ó los útiles del taller por la espada, el fusil, la escopeta ó el trabuco, y ablandadas sus encallecidas manos en sangre enemiga, dieron á la patria días de gloria, fueron terror del enemigo y corrieron denodados al martirio ó al triunfo!



CAPÍTULO IV

Esther

I

El general París había quedado muy quebrantado á consecuencia del violento combate sostenido con Villacampa y el Empecinado en Chueca y no se atrevió á proseguir las operaciones antes de que se le hubiese reunido el general Abbé, que debía haber salido hacía ya días de Teruel con aquel objeto.

Abbé se dirigió hacia donde se le había designado, pero al pasar por Moya se encontró inesperadamente con la Junta de Aragón, presidida por el aguerrido general Carvajal. Grande fué el espanto que causó la llegada del francés, corriendo cada uno á refugiarse donde primero se le ocurrió. El ilustre presidente, temeroso, sin duda, de que la patria no perdiese uno de sus más incontrastables apoyos si por acaso era cogido, abandonó las oficinas en compañía de su valeroso ayudante y creyendo que el francés les perseguiría sin tregua ni descanso, no paró *hasta Cádiz*, donde aquel rayo de la guerra no pudo contar ni una sola acción, ni una sola escaramuza, ni un solo triunfo, ni nada que no se refiriese á expedientes, razón, sin duda, por la cual fué nombrado el año 1812, *ministro de la Guerra*. ¡Oh cosas de España!

En Aragón lo vieron partir con la alegría de cuando se marcha el humo, pues ninguna condición había demostrado más que la de servir tan sólo para estorbar y papelotear y los guerrilleros pudieron respirar al quitarse de encima á aquel quisquilloso y envidioso personaje oficial.

Luégo que el Empecinado se hubo separado de Villacampa, fué á situarse en las fragosidades de la provincia de Cuenca, y el brigadier, vivamente perseguido por el francés, estableció sus estancias en la fuerte posición de la Hoya del Infantado, donde estaba á cubierto de cualquier sorpresa.

II.

Parte de sus tropas estaban acuarteladas en el Villar, punto de confluencia del Gallo con el Tajo, hallándose la restante fuerza instalada en la cúspide de uno de los más altos picos de la sierra. En este último punto estaba Garroyo con su batallón.

Servíales de alojamiento un antiguo castillo de templarios, semi-arruinado. Desde las orillas del Tajo veíanse las altas almenas de sus torres y los negruzcos murallones del recinto, pero á medida que el viajero iba subiendo al través de los carrascales y pinares del monte, hacíase más distinta la fortaleza y aparecían en sus peregrinos detalles las obras exteriores. Caprichosos ajimeces ojivales, monstruosos canalones con figuras de dragones y quimeras, miradores de reminiscencia oriental, agujas peregrinamente caladas y torreones coronados de saeteras, constituían un acabado modelo de arquitectura militar mediévica. Un ancho foso separaba el castillo de los contiguos peñascales, entrándose en el recinto por un puente levadizo de sólido maderamen.

Ya en el interior del castillo, encontrábase des-

pués de un sombrío pasadizo abovedado, una gran plaza de armas, flanqueada por cuatro torreones ochavados, unidos por altas y robustas cortinas de piedra de sillería; siguiendo siempre en línea recta, se atravesaba otro corredor que conducía á otro patio rodeado de murallas almenadas, levantándose en uno de los ángulos la torre del homenaje. Una puerta practicada en el muro de levante, conducía á las dependencias de los antiguos señores, rodeadas de nuevas murallas y torres. Allí estaban el templo, el palacio del maestre, los dormitorios, cuarteles, salas de armas y cámaras, todo de extraña arquitectura, que recordaba las construcciones de la Palestina. El conjunto revestía un estilo compuesto de bizantino, gótico y algo de salomónico. Veíase por do quier esculpida la cruz del Temple y la imaginación creía ver vagar por las desiertas salas los nobles caballeros aragoneses revestidos con la túnica de lana blanca y la cruz roja de aquella orden monástico-militar.

El castillo era antiquísimo, pero sólido. Los soldados quedaron admirados al encontrarse dentro de aquella fortaleza tan extraña, edificada, sin duda, en la antigua frontera de Castilla cuando las guerras de la Reconquista.

III.

Era un hermoso día de Febrero de 1811 aquel en que los bravos de Villacampa se posesionaron del castillo. Arriba estaba el cielo azul y sereno; abajo un mar de amarillentas hojas, formado por los bosques, y en lo más hondo veíanse resplandecer las ondas del Tajo y del Gallo, unidas ya para correr juntas hasta el Océano. Reinaba profunda quietud en toda la comarca, interrumpida solamente por el gorjeo de los pájaros y el susurro de la arboleda. Cercanas de allí alzábanse altas y nevadas montañas y esparcidos en el valle superior del Tajo, los pueblecillos de la Hoya del Infantado, besados por el magnífico río.

Tras de las fatigas de aquel invierno podía la partida prometerse unos cuantos días de descanso, pues no había que contar con que fuese el francés tan imprudente que osase aventurar un ataque contra aquella mole de granito.

Garroyo recorrió con Ortego todo el castillo, que les trajo á la memoria el para ellos inolvidable de Rehinsberg y dispuso el sitio donde debía alojarse su gente. Un centinela desde lo alto de la torre del homenaje estaba atendiendo á las señales que pudieran hacer las demás tropas acuarteladas en el Villar y Cuevas Labradas.

Petra y Esther fueron aposentadas en una preciosa cámara situada en uno de los torreones contiguos al templo, cuya estancia había servido, sin duda, de morada á los grandes maestres ó priores, según los numerosos escudos de armas esculpidos en los muros. Un ajimez de estilo árabe, revestido de preciosos follajes de piedra y de fantásticas molduras, daba vistas al inmenso valle formado por el Tajo, que separa en aquel punto la provincia de Guadalajara de la de Cuenca. El mobiliario era escasísimo, reducido á una vieja mesa de taracea y á algunos desvencijados y polvorientos sillones de guadamacil.

Las dos mujeres quedaron admiradas del hermoso paisaje que se descubría desde el mirador y permanecieron asomadas largo rato en el alfeizar de la ventana, contemplando la puesta del sol.

Instaladas en aquella cámara de afiligranada arquitectura, parecían dos castellanas del tiempo en que ondeaba en la fortaleza el estandarte del Temple.

Contrastaban, sin embargo, poderosamente sus figuras; iba Petra vestida de señora con un traje de terciopelo castaño, llevado con singular desembarazo. La antigua maja era la muestra acabada de la gallardía y la belleza española y ostentaba en sus mejillas tintas que avergonzaban los arreboles de la aurora, al paso que la judía presentaba todos los rasgos de las heroínas de su raza, alterados, empero, por una expresión de inefable melancolía. Su hermoso rostro parecía, á pesar de su juventud, como si empezara á marchitarse, revelando profundísima amargura y marcándose en sus líneas las huellas de crueles sufrimientos. Tenía espesa cabellera de un negro mate, ojos oscuros como la noche, empañados y sin embargo bellísimos, tersa la frente y modelada cual la de una estatua griega la nariz; su piel, de color algo aceitunado, parecía de raso de incomparable finura; vagaba una inquieta y triste sonrisa al rededor de sus adorables labios y era su voz tan armoniosa como dulce.

Majestuosa en sus movimientos y de estatura elevada, constituía la suya una belleza escultural, desprovista de donaire á primera vista pero altamente conturbadora á poco de fijarse en ella.

No pasó mucho tiempo sin que compareciese Garroyo. El sol acababa de ocultarse en el ocaso y veíase aparecer la luna en lo alto de los montes, allende el río. Petra se separó del mirador para abrazar con cariñoso abandono al bizarro comandante, y Esther quedó inmóvil, destacándose su negra silueta sobre el azul del cielo, que servía de fondo al mirador.

Entró luégo Antequera, quien saludó á la judía con cortesana reverencia, pero al ir á dirigirle la palabra, vió separados á Petra y Garroyo, sumidos en interesante coloquio. El capitán pareció contrariado al verse ante testigos y dijo:

—¿Os gusta ver cómo sale la luna, Esther?

—Sí, en verdad; tiene para mí tal encanto ese espectáculo, que no me cansaría nunca de mirarlo.

—Pues mejor que aquí puede contemplarse como se levanta la luna desde la cercana galería. Si os dignárais pasar allí...

—Con mucho gusto, capitán Antequera.

IV.

El joven y la hermosa hebrea dejaron solos á sus dos amigos, y siguiendo por un corredor, no tardaron en encontrarse en una preciosa galería gótica, alta y larguísima, la cual ponía en comunicación dos torreones por la parte que miraba al río.

Era la noche apacible y serena, verdaderamente primaveral. Todo yacía en silencio, sólo interrumpido por el rumor del Tajo, que corría en lo más hondo del paisaje y en cuyas ondas trazaba la luna argentadas franjas.

Antequera no separaba sus ojos de la joven, que parecía profundamente abstraída.

—Muy desgraciada habéis sido, Esther,—exclamó después de un largo silencio.—Parece imposible que así puedan cebarse los infortunios en un sér como vos.

—¿No os ruborizáis al sentir lástima de mí?—contestó con amargo acento la judía.

—¿Por qué me decís eso?—replicó Antequera con viveza.

—¿No soy, acaso, una despreciable israelita?

—¿Y qué me importa á mí la raza á que pertenezcáis ni el culto que profeséis?

—Conque, ¿no os da vergüenza el que vean que me otorgáis algún respeto?

—¡Me hacéis daño con esas palabras, Esther! ¿Quién ha podido faltaros jamás por la circunstancia de ser judía?

—¡Desgraciada de mí! ¡Todos!

—¿Todos? ¿Porque sois hebrea? ¿Y qué se me dá á mí de lo que seáis si sólo miro en vos á una mujer que necesita amparo y defensa; si sois una víctima de la más infame calumnia y si en todo reveláis vuestra bondad, vuestra honradez y vuestra desventura?

—Gracias por semejantes palabras, capitán. Desde que tuve la dicha de encontrarme entre vuestros amigos, me he visto por primera vez en la vida tratada como una mujer; á vosotros deberé las primeras palabras de consideración y respeto que haya oído. ¡Es tan dulce verse apreciada y no siempre desdeñada y escupida!

—¿Pues, acaso, jamás se ha atrevido alguien á inferiros un desprecio?

—¡Y cómo no, si los de mi raza sólo inspiran horror á cuantos saben quiénes somos!

—¡Triste es lo que decís! ¡Quiera Dios que jamás puedan verlo mis ojos!

—Estando vos, nadie se atreverá á demostrarlo, aunque lo sienta.

—Por lo mismo no me separaré jamás de vuestro lado.

—¡Pobre capitán! Supieseis todo mi pasado, no diriais eso.

—¿No sois una mujer honrada?

—Como la más honrada de la tierra.

—¿Pues qué os obliga á hablar así?

—Yo no tengo nombre, Antequera. No he conocido más cariño que el de mi madre; amé á un hombre y tuvimos que huir uno de otro, horrorizados, y entonces, para poder sostener á mi madre, debí dar la mano de esposa á quien siempre se mostró duro y cruel conmigo. La pobre anciana murió de pena al considerar mi desdichada suerte, siendo inútil el sacrificio que hice de todos mis sentimientos al aceptar el casamiento con aquel horrible verdugo mío. Razón tendría el mundo en aborrecer la raza de Judá si todos fuesen como el que murió á manos de la desventurada mujer de Aráztegui.

—¿Y ese hombre á quien amasteis y os abandonó, era también judío?

—¡Oh, no! Era un francés de noble familia. No cabía más bondad que la de su alma, más amor, más

ternura, más delicadeza, pero un día supo el secreto de mi origen, lo supe yo también... ¡Terrible recuerdo! Y huyó de mí, huí de él, y nos perdimos para siempre, traspasado el corazón, helados de terror...

La joven no pudo continuar hablando, ahogada por lastimero llanto.

—¿Por qué lloráis así, Esther?—repuso Manuel.

—¡Ay de mí! ¿Cómo queréis que no llore?

—¡Extraño misterio!

—¡Desdichada de mí!

La luna había perdido el rojo resplandor con que había aparecido al levantarse en el horizonte y lanzaba melancólica claridad. Todo yacía sepultado en mortal silencio. Esther y Antequera, apoyados en la balaustrada de la galería, contemplaban el inmenso paisaje que se desarrollaba ante sus ojos. Los árboles parecían agitar sus flexibles ramas grises, desprovistas de hojas, que formaban como un ejército de fantasmas; el río asemejaba yacer inmóvil y las mismas estrellas no lanzaban sus destellos sino que se mostraban como apagadas. Las piedras y los peñascos destacábanse con intensa blancura sobre el oscuro suelo á manera de sepulcrales mármoles, y los torrentes y hondonadas abrían sus cauces, que parecían gigantescas fosas. El castillo cubría con su enorme sombra hasta lo más profundo de la pendiente sobre que descansaba, y entre las dos negras masas proyectada por los torreones, surgía como una franja verdosa la sombra de la galería, con las rayas formadas por las columnas y la silueta de los personajes reclinados en la baranda.

V.

Antequera y Esther permanecían en silencio, dominados por la fúnebre impresión que producía aquel gran espacio sumido en imponente lobreguez.

El grito de *¡alerta!* dado por los centinelas, les hizo volver al mundo de la realidad.

—¿Deciais que era un misterio horrible, Esther?—preguntó Antequera, como si saliera de una profunda meditación.

—Sí,—contestó con voz ahogada la judía.—¡Mi madre había sido la concubina del padre de mi amante!

—¡Horror!—exclamó Antequera.—¿Y vos?...

—Su hija.

Otra vez quedaron mudos los labios de ambos interlocutores, anonadado cada uno en su propio dolor.

—¿Y qué hicisteis?—repuso el capitán al cabo de un breve rato.

—Huimos el uno del otro, cual si sintiéramos fulminar sobre nuestras cabezas terrible maldición. El se alistó en el ejército que peleaba en Polonia y murió en Friedland. Yo quedé en París, sufriendo con mi madre todos los horrores de la miseria y del abandono; mientras vivió el anciano duque, mi madre no careció de nada, tenía el hogar y el sustento asegurados, pero así que murió, los herederos la arrojaron de su casa; ella era muy vieja y yo, criada en la indolencia, me encontré sin medios con que ganar el pan; habíanme dado una educación propia de una gran señora; parece que tenía disposición para todo lo difícil, pero al tener que contar con mis solas fuerzas, ví que de nada me servía tanto caudal de saber. Muchos se me acercaron para hacerme al oido vergonzosas propuestas que me hacían llorar de tristeza... ¿Quién sabe si hubiera acabado por ceder, al ver á mi madre muriéndose de hambre y desnudez? Un día vino á vernos Samuel para pedirme por esposa. Todo lo que había de pasarme lo sabía yo bien, pero no vacilé en darle mi mano á cambio de no ver á mi madre carecer de lo preciso. Mi marido sólo me había querido para ayudarle en sus codiciosas especulaciones, figurándose que sabiendo yo la *kábala*, podría guiarle en sus negocios. Cuando vió que la *kábala* no servía para ganar pronto muchos millones, trocóse en ciego aborrecimiento la antigua frialdad; fué brutal con mi madre y cruel conmigo, mostróse celoso sin tenerme amor, persiguióme de continuo con locas exigencias para que le revelase el resultado de las operaciones que emprendía y me amenazó mil veces con la muerte. Mi madre no pudo resistir la pena que le causaba mi triste suerte y falleció; lo demás, ya lo sabéis. Un día, á punto de ser arrebatada violentamente por un militar francés, que desde hacía mucho tiempo parecía haber concebido por mí una incomprensible pasión, logré librarme, refugiándome en casa de mi triste compañero de infortunio. Ignoraba yo quién habitase allí y quién fuese el coronel Aráztegui, pero había al parecer, alguien que deseaba hacerme pagar cara la pasión del francés, y fueron á avisar á mi marido de que yo me encontraba en casa de un extraño, lanzando contra mí y acumulando contra los dos las más

monstruosas calumnias. Nada consiguió vencer el furor de Samuel y hacerle entender la verdad; el desventurado coronel y yo fuimos entregados á la cólera de Pilar...

—¡Espantosa historia! — exclamó Antequera. — Pero vos no podéis continuar así, abandonada y sin amparo de nadie...

—La desgracia me acompaña siempre y persigue al que va conmigo.

—Sois joven, hermosa, buena. ¿Cómo haber quien no os ame?

—No pronunciéis, por favor, delante de mí esta palabra, que no se ha hecho para que la percibieran mis oidos.

—Imposible que no la oigáis sin cesar, por hondo que os ocultéis. El amor os sigue como la claridad al sol.

—Si nunca tuviera tal desgracia, rogaría por piedad al que me hablara de amor que huyera de mí sin dilación, para evitarle amargos días de luto.

—¿Y si no quisiera huir?

—Huiría yo de él al punto mismo que lo comprendiera.

—Cruel seriais.

—No cruel, sino compasiva.

—¿Pues qué esperáis?

—Sólo me sostiene la esperanza de morir muy pronto.

—Sobrado desdichada habéis sido hasta el presente para que merezcáis ser feliz un solo instante antes de que se cierren para siempre vuestros ojos.

—En nada confío.

—¡Tristes palabras las que decís!

Callaron los dos.

VI.

Era avanzada la hora, pero ni uno ni otro se movían de la galería.

La luna iluminaba tranquilamente aquel espacio, prestándole intensa melancolía. A su pálido fulgor distinguióse en el suelo una losa sepulcral, en la cual fijó inadvertidamente los ojos la bella Esther.

Aproximóse más y vió trazados en uno de los ángulos algunos signos cabalísticos.

Pareció que Esther leía con avidez en el triángulo que formaban las misteriosas cifras, quedando luégo como presa de un convulsivo temblor.

—¿Qué tenéis?—preguntóle Antequera, extrañado de aquel cambio.

Esther se pasó la mano por los ojos como si hubiese contemplado alguna imagen deslumbradora.

—¿Qué dicen esas letras,—repuso el joven,—ni qué influencia pueden tener sobre vos para que así os turbéis?

La judía miró al cielo y se fijó en Sirio, que centelleaba con enorme brillo.

—¿No sabéis vos,—replicó Esther,—que todo está encadenado y enlazado? La madera atrae al fuego, el fuego es avivado por el aire, el aire absorbido por el cuerpo y éste atraído por otro. El gusano se comunica con la estrella, la piedra con el pájaro. Piedras y brutos, árboles y hombres, tienen establecidas perpetuas relaciones con los astros. Todos los cuerpos semejantes se atraen y van en busca una de otra las almas hermanas, regidas por la influencia de las luminosas estrellas, hijas del cielo, emanación de la Providencia. Yo tengo el hilo de esta correlación, yo puedo descifrar la misteriosa clave cabalística.

Esther se detuvo.

—¡Hablad, hablad!—exclamó el capitán con suplicante acento.

—Hablad vos,—replicó ella.

—Pues bien, ¡te adoro! Bien debes saberlo.

—¡Oh, sí! ¡Amame! ¡¡Debes amarme, y yo debo amarte, con toda mi alma, con todo mi corazón!

—¿Qué dices?

—Nuestras almas están encadenadas por esa estrella que nos está mirando y de cuyo centro parecen salir torrentes de brillantes. Era yo hermana del otro por nuestros comunes padres, pero de ti soy hermana del alma.

—¡Esther! ¿No es un sueño escuchar de tus labios esas frases de amor?

—No; mira aquí los sagrados signos, mira allá la estrella; mira nuestros nombres, mira qué emblema...

Manuel Antequera no vió sino que los ojos de Esther se parecían á Sirio, cual si la estrella fuesen sus ojos y sus ojos aquella estrella reflejada dos veces.

Empezó entonces á oirse un verdadero coro de ruiseñores; los astros de oro lanzaron repentinamente vívidos destellos y la luna cambió su palidez por argentina luz.

—¿Me amas, es cierto que me amas, Esther mía?



NUESTRAS ALMAS ESTAN ENCADENADAS POR ESA ESTRELLA QUE NOS ESTA MIRANDO

—Sí, te adoro.

—¿Y no huirás de mí?

—No; sólo muriéndome podré separarme de tu lado.

—¡Oh felicidad, oh bien supremo!

—Te adoro, Manuel; mira como todo nos acompaña en nuestra dicha.

Todo, en efecto, parecía haber cobrado nueva vida; los viejos torreones habían trocado su fiera silueta mostrándose cual gallardas obras de arte; la sombra en que estaban envueltos había desaparecido y en su lugar se veía verde y túpida yedra; todo respiraba paz y ventura. El gallo matinal dió al aire su estridente canto cual nuncio de victoria.

Horas y más horas pasaron hasta que en el lejano horizonte vieron aparecer una amarillenta raya.

—Se acerca el día,—exclamó Antequera.—¿Volverás aquí esta noche?

—¡Oh, sí, volveré, bien mío!

—Nunca nos separaremos, nunca.

—¡Manuel mío!

—¿Cómo vivir yo sin tí?

—¿Y cómo vivir yo sin mi bien amado?

—Seremos felices, inmensamente, más que nadie.

—Contigo siempre, ¿qué más gloria?

—Adiós. Ya la alegre diana me llama con mis bravos compañeros.

—Vete, Manuel... ¡pero no me olvides!

—¡Oh, cuánto te amo! ¡Pero más te amaré aún!

—Adiós, adiós, mi alma.

—Adiós, mi bien. ¡Esther mía!

Los dos amantes se estrecharon las manos y se separaron.

Petra quedó sorprendida al ver que las mejillas de la judía habían perdido su palidez y que el carmín que las cubría rivalizaba con el encendido color que ostentaban siempre las suyas, suaves como el terciopelo.



CAPÍTULO V

El Empecinado

I

Aráztegui no había sido conocido y era uno de los más valientes soldados de la compañía de Antequera. Su semblante había cambiado totalmente y en vez de la belleza algo afeminada que antes le distinguía, manifestábanse en su rostro rasgos de rudeza y energía que lo hacían digno de figurar entre los más acabados tipos de guerrilleros. Con la barba encanecida y enmarañada, torva la mirada, fruncido el entrecejo, contraída la boca y apretados los labios, era imposible tomarle por el apuesto oficial de Estado Mayor. Era poco hablador y comunicativo, no tenía camaradas y únicamente parecía animarse al oir hablar de refriegas y choques con los franceses. En el castillo había resultado ser el primero de los tiradores cuando se verificaban ejercicios de fuego. Algunas veces lo había encontrado Garroyo, quedando sorprendido al ver como aquel antiguo cortesano y coronel cumplía los penosos deberes del soldado con la rigidez de un veterano. Había tomado el nombre de Gaspar López y se hacía pasar por antiguo labrador de tierra de Salamanca.

Era enteramente cierto que al penetrar Esther en su casa, huyendo de caer en manos del general Delincourt, no había visto jamás á la judía. Sorprendido por Samuel en ocasión en que trataba de hacer volver en sí á la desmayada joven, fué secretamente aherrojado y conducido á Daroca, contando con la complicidad de los sicarios de Satini, jefe de policía de Madrid, al mismo tiempo que sufría igual suerte la desventurada hebrea. Delincourt tuvo por conveniente no comprometerse en hacer averiguaciones y tardó mucho tiempo en saber que habían sido encontrados en Ojos Negros los cadáveres de la terrible aragonesa y del judío. En cuanto á la desaparición de éste pronto quedó olvidada, al fin como poco querido en la corte de José.

Vino por fin el día en que fué preciso abandonar el castillo por temerse no lo bloquearan los franceses y la columna de Villacampa se puso en marcha.

II.

Era á primeros de Marzo de 1811, por los mismos días en que Imaz entregaba la plaza de Badajoz. Recibíanse allí las noticias por conducto de una gaceta chuscamente redactada por la Junta de la Mancha en el castillo de las Peñas de San Pedro, publicación que no era ni de mucho un modelo de imparcialidad pues á creer sus informes eran innumerables las derrotas que sufrían los gabachos en todas las batallas, siendo en cambio los sucesos altamente favorables á la causa nacional; determinación muy laudable en el fondo por mantener así encendido el fuego del patriotismo. Pintábanse, no obstante, exactamente las hazañas que en los manchegos campos llevaban á cabo Osorio con su caballería y Velasco y el Abuelo con sus infantes. Sabíase también en realidad de verdad la apuradísima situación de Massena y la desastrosa retirada de aquel que hasta entonces había sido llamado *invicto* mariscal y venían también deta-

lladas noticias de las provincias del Norte, causando viva alegría la sorpresa hecha por Romay en la Bañeza y el saber que los bizarros Santocildes y Porlier estaban al frente de los ejércitos de Galicia y el Cantábrico. Santocildes había conseguido fugarse después de la capitulación de Astorga y no pudiendo Castaños desempeñar á un tiempo el mando del quinto y sexto cuerpos, había confiado el último al digno gobernador. En cuanto al séptimo, era su general don Gabriel de Mendizábal, pero no quiso ponerse al frente hasta rehabilitarse de la mala opinión en que incurrió por el descalabro de San Cristóbal y servía de soldado raso, quedando de primer jefe en el entretanto el Marquesito.

III.

Abandonó, pues, Villacampa la Hoya del Infantado y se dirigió á Sigüenza en busca del Empecinado, de quien sabía que acababa de causar gran descalabro á los franceses, obligándoles á encerrarse en el castillo de Molina.

No tardaron en toparse los dos caudillos y viéndose con fuerzas bastantes para ello, decidieron acometer alguna empresa, resolviendo por último atacar la villa y puente de Auñon, en lo cual puso particular empeño el Empecinado.

Movíale á ello el mandar en dicho punto el coronel Luís Hugo, hermano del general Abel, padre, como es sabido, del incomparable autor de *La leyenda de los siglos*. El general Hugo estaba á la cabeza del distrito de Guadalajara y tenía á su especial cuidado la persecución del gran guerrillero. Había empezado ésta en la primavera del año anterior (1810) á cuyo objeto disponía de una columna volante de 3.000 infantes y 400 caballos, entre cuyo número figuraban muchos españoles de los que se habían pasado al partido de José (vulgarmente *jurados*), pero que comunmente sólo servían para ir á engrosar las filas de los perseguidos.

Al principio obtuvo el general Hugo alguna que otra ventaja, pero no contándose seguro hizo fortificar Brihuega y Sigüenza. En ello estaban ocupados los franceses cuando de improviso atacó el Empecinado la última ciudad y obligando á los enemigos á encerrarse en el fuerte, entró en ella. Desde entonces fué el Empecinado la pesadilla de Hugo, amenazándole en todo punto y ocasión, rindiendo de fatiga á las tropas francesas con sus marchas y contramarchas, presentándose inesperadamente en todas partes y manteniendo en continuo sobresalto á sus perseguidores. Escapábasele de las manos al general napoleónico cuando creía haberle cortado la retirada, y aparecía en Burgos ó en Soria, donde se rehacía con más vigor que antes la partida, después de haberse dispersado. Eran incesantes las sorpresas que hacía al enemigo, cogiéndole prisioneros y pertrechos, y otras veces sostenía acciones que duraban todo un día, como la de Cifuentes, cuya villa entregaron á las llamas los franceses al huir de ella, vencidos por el Empecinado.

A fines de Octubre de 1810 componíase la partida de D. Juan Martín de 1500 infantes y 600 caballos; por este tiempo derrotó otra vez á Hugo en Cantasillas y le apresó un convoy. A consecuencia de tantos descalabros vióse obligado Hugo á pedir refuerzos á Madrid, que le fueron concedidos y le llegaron á primeros de Diciembre. Engrosada la columna, dirigióse el francés á Humanes y el día 7 escribió una carta al Empecinado ofreciéndole á él y á sus soldados cuantos empleos y recompensas quisiesen si querían pasar al servicio de José, proposición disparatada y que denotaba en Hugo mucha candidez. El honrado guerrillero respondió tan briosamente como cumplía, rechazando con indignación la propuesta del general. Enojado éste y deseoso de poner fin á aquella lucha desesperada, cerró contra la partida, pero sin ocasionarle daño alguno, pues aunque hizo algunos prisioneros, los recobró pronto D. Juan Martín. «Tal era,—dice el general Hugo en sus *Memorias*,—la pasmosa actividad del Empecinado, tal la renovación y aumento de sus tropas, tales los abundantes socorros que de todas partes recibía, que me veía obligado á ejecutar continuos movimientos... Para la completa conquista de la Península se necesitaba acabar con las guerrillas.»

IV.

Resuelto, pues, por los dos guerrilleros el ataque, se adelantó hacia Auñón el bravo Villacampa. Era el puente de Auñón el único intacto, por haber sido rotos ó quemados cuantos había sobre el Tajo en aquella provincia. Estaba la villa fortificada perfectamente, lo mismo que Sacedón, separado de ella por el puente. Los franceses habían atronerado las ca-

sas, levantando barricadas y parapetos en las calles y plazas y prevenídose para una defensa enérgica en caso de agresión. El coronel Luís Hugo estaba al frente de 600 hombres, aguerridos y ávidos de habérselas con los que á tan mal traer les tenían. La posición era sobre todo importante, por ser, como hemos dicho, el único punto que franqueaba ambas orillas del Tajo é interesaba, por lo tanto, su ocupación á unos y á otros.

El 23 de Marzo por la mañana llegó Villacampa á las cercanías del pueblo y por medio de una habilísima maniobra, digna de su alta capacidad militar, acometió á los franceses por el frente y por la espalda.

Resistieron los sitiados, sobre todo en el puente, sólidamente fortificado, el cual debió ser tomado á la bayoneta. Refugiáronse entonces los franceses en la iglesia, fortificada también, y dudaba Villacampa en embestirles cuando se presentó el Empecinado y así empezaron ambos á verificarlo.

Desde el puente hasta la iglesia encontraron los nuestros cubiertas de cadáveres las calles. Distinguióse en causar tal mortandad el que llamaremos ahora Gaspar López, verdadero demonio, cuyos disparos eran mortíferos y cuyos bayonetazos no perdonaban vida. Veíase que no hacía prisioneros y que mataba á cuantos se ponían al alcance de sus armas. El fué el primero que saltó por las trincheras del puente, él quien iba delante al tomar las barricadas, él quien hirió gravemente al coronel Hugo, al cual divisó en uno de los ventanales de la iglesia. Con su barba erizada y sus roncos gritos de ira y amenaza, parecía un aborto satánico que gozase sembrando la muerte en su rededor.

Antequera, al paso que prorumpía en exclamaciones de admiración al ver las proezas de su soldado, no sosegaba moliendo á sablazos al sargento Gómez, el amigo del cura Morales, empeñado en volver la espalda, hasta que por fin una bala francesa vino á libertarle de tal apaleamiento y el vil traidor cayó sin vida á los piés del caballo del capitán.

V.

El ataque de la iglesia seguía con indecible furia; Villacampa y el Empecinado estaban resueltos á apoderarse del puesto y coger prisionera toda la guarnición, pero sobrevino de repente una deshecha tempestad que retardó los últimos ataques que faltaban, sirviendo de mucho á los franceses y contrariando completamente los planes de nuestros bizarrísimos caudillos.

Eran horrorosos los truenos, cuyo fragor ahogaba el de las descargas de los combatientes; la lluvia tenía calados á los españoles y estorbaba el fuego y cada vez arreciaba más, dejando convertidas las calles en torrentes. La oscuridad del cielo impedía apuntar bien. Era aquel un contratiempo doloroso para nuestra causa, pues de no desencadenarse tan espantosa tormenta, las armas españolas hubieran alcanzado un triunfo completísimo.

De pronto algunos ginetes del Empecinado llegaron á escape, trayendo la noticia de que llegaban refuerzos al enemigo. Venían, efectivamente, los generales Hugo y Blondeau con sendas columnas en socorro de los sitiados. Los españoles destruyeron todas las obras de fortificación del puente y se retiraron con ligeras pérdidas, llevándose más de un centenar de prisioneros y dejando tendidos por las calles otros tantos cadáveres franceses.

El enemigo evacuó á Auñón, siendo conducido en una parihuela el coronel Hugo. Villacampa y el Empecinado se despidieron, deseosos de emprender en habiendo oportunidad, otras aventuras como aquella. El general Hugo, cabizbajo y contrariado, se confesaba impotente para destruir las partidas, base de la guerra de la independencia, y demandaba más refuerzos todavía.

VI.

En vista de la insuficiencia de aquel general para el objeto que se le había encomendado, determinó el gobierno intruso que se le juntase el general Lahoussaye, comandante general de Toledo y de algunas otras provincias. Reunidos ambos generales, creyeron poder dar cuenta del Empecinado en breve plazo, persiguiéndole sin descanso, pero D. Juan Martín había traspuesto ya los montes cuando los franceses empezaban á moverse, y acometiendo á los que se encontraban en la provincia de Segovia, los escarmentó en Somosierra y en San Ildefonso, mientras Hugo y Lahoussaye le andaban buscando por levante, á doce leguas de distancia. No contento con esto, envió destacamentos camino de Madrid, los cuales se apoderaron de los convoyes que iban allí.

El general Hugo, más mareado que nunca, tuvo que volver atrás, perdiendo mucha gente de resultas de aquellas fatigosas marchas, no menos que de las balas de los partidarios, que en todas partes acechaban el paso de los invasores.

Separáronse los dos generales sin haber alcanzado más que desengaños y reveses, y Lahoussaye pasó á Cuenca á mediados de Abril de 1811, retirándose de allí San Martín, el médico guerrillero.

Siempre ha parecido pesar sobre aquella ciudad un verdadero fatalismo en tratándose de entradas. Varias veces habían penetrado allí los bonapartistas y en cada una de ellas habíanse cubierto de baldón é infamia. Jamás se les había opuesto resistencia armada, pues siempre encontraron desamparada la ciudad, y con todo, los excesos que allí cometían sobrepujaban á cuanto puede concebir la imaginación; quemaban casas, destruían muebles y ornamentos y hasta inquietaban las cenizas de los muertos, desenterrando cadáveres, en busca de tesoros y alhajas. Deshonrábanse allí las armas francesas, ya las gobernara Forestier, ya cualquier otro oscuro coronel y no se deshonraron menos cuando penetraron en la solitaria ciudad al mando del general Lahoussaye. Muchos pueblos de la misma provincia y no pocos de la Mancha, experimentaban iguales desgracias, siendo dignos de recordación Alcázar de San Juan, Huete, Herencia y Huertaherrando, víctimas de la brutal codicia del extranjero.

No es de extrañar, pues, que las venganzas que esto ocasionaba fuesen atroces y proporcionadas á los crímenes de que nacían.

VII.

La corte estaba desesperada al ver que todo resultaba impotente para acabar con D. Juan Martín, y en vista de que nada se conseguía con las armas ni con el soborno, se apeló á la intriga; algunos miserables oficiales se dejaron corromper por el oro francés y comenzaron á promover altercados y á introducir divisiones, en términos de ocurrir una verdadera dispersión en Alcocer de la Alcarria, pasándose luégo á las filas de Hugo los fautores de la asonada. ¡Siempre ha sido dado á tamañas disidencias el carácter español! Los escándalos de la conquista de Méjico se han reproducido demasiadas veces, y llámense Hernán Cortés, Pizarro ó el Empecinado, han debido nuestros héroes sufrir la amargura de verse desobedecidos por miserables ambiciosos.

Para colmo de desdicha había una Junta en Guadalajara que andaba á la greña con las demás, según costumbre, y no se le ocurrió nada mejor que nombrar comandante general de la provincia á un cierto marqués de Zayas (no don José), poniendo á sus órdenes al heroico guerrillero, con lo cual dicho se está que la partida de D. Juan Martín, que antes constaba de 3.000 hombres, quedó enteramente mermada.

Alarmáronse las Cortes al enterarse de tales ocurrencias y mandaron al de Zayas que dejase en seguida el mando, lo cual hizo el señor marqués, pero teniendo buen cuidado de reclamar, cobrar y embolsar las correspondientes pagas, atrasos, gratificaciones, emolumentos, gajes, derechos, pluses y todos los demás *momios* inherentes á su cargo, regresando á Valencia, si no con fama y gloria, á lo menos con todos sus honorarios estrictamente satisfechos. ¡Oh, patriota!

Convencidas entonces las Cortes de que la Junta de Guadalajara no servía más que para pagar sueldos á los marqueses, le dió la despedida, nombrándose otra á tenor del reglamento que entonces se formuló para aquella clase de corporaciones. El Empecinado recobró el mando de su división y á los pocos días en nada se echaba de ver lo que había ocurrido, presentándose la fuerza con más brillantez que nunca.

VIII.

Por toda España bullían también guerrillas y partidas sueltas, haciendo grave é incesante daño al enemigo.

Más de tres años hacía que había empezado la guerra; 300.000 franceses pugnaban por arrancar á nuestra patria su sagrada independencia, y de ellos, 240.000 estaban destinados á combatir á los guerrilleros.

Esto no había pasado en nación alguna; era un alzamiento en masa, un campo de batalla que ocupaba toda la extensión del reino. Desde el Pirineo á Tarifa, desde las playas del Mediterráneo á las costas del Cantábrico, en las montañas y en las llanuras, en las villas y en los despoblados, do quiera había un corazón español había un guerrillero.

CAPÍTULO VI

Las justicias de Gaspar López

I

Separados Villacampa y el Empecinado después de la victoria de Auñón, dirigióse el brigadier hacia la provincia de Cuenca.

Petra y Esther salieron para Valencia, como punto que ofrecía mayor seguridad, al paso que bastante cercano. Antequera acompañó á las dos mujeres con alguna caballería, dejándolas perfectamente instaladas en la ciudad.

A su regreso á la partida llamóle la atención no ver á Aráztegui en la compañía de su mando, pero Garroyo le enteró de que Gaspar López había pedido licencia para separarse de la guerrilla al objeto de ir á incorporarse á las del Norte. Semejante resolución debía fundarse en algo que no habían podido traslucir los dos amigos. Gaspar López se había despedido bruscamente de sus compañeros de armas y no se le vió más.

El ex-coronel no había mentido, y á primeros de Abril de 1811, poco después de Auñón, figuraba como voluntario en la partida de Espoz y Mina.

Había éste sucedido en el mando á su sobrino Mina el Mozo, hecho prisionero por los franceses hacía un año y encerrado desde entonces con inaudito rigor en el castillo de Vincennes.

No tardaron, sin embargo, en convencerse los franceses de lo poco que habían ganado en el cambio. Reciente la desgracia de su sobrino, pareció Espoz y Mina querer demostrar al enemigo que, en lugar de abatirse sus fieles guerrilleros, habían crecido en audacia y clavado en su favor la rueda de la fortuna. Con escaso número de gente empezó el ilustre caudillo navarro sus terribles acometidas y ya no hubo desde entonces escolta segura ni puesto libre de verse atacado á la hora menos pensada.

Seis meses pasaron de esta manera, hasta que furioso Suchet con la continua alarma en que tenía á sus tropas el jefe español, decidió hacer un último esfuerzo y envió contra él 30.000 hombres al mando del general Reille.

Treinta mil hombres divididos en numerosas columnas y mandados por coroneles escogidos, era imposible que no alcanzasen su objeto, pero Mina supo burlar la persecución de sus contrarios y demostrar que no eran suficientes para un estratégico como él.

Desparramó su gente, y quedándose con sólo algunos hombres, señaló el lugar en que debían reunirse de nuevo.

Parte de su guerrilla se dirigió á Aragón y el resto á Castilla, evitando de este modo el encuentro con las columnas que recorrían Navarra en todos sentidos.

Acompañado de la corta fuerza que conservó á su lado, tuvo en Aragón un choque con Reille, quedando gravemente herido.

El caudillo no quiso refugiarse en las provincias vecinas sino que en ninguna parte se creyó más seguro que en el corazón de Navarra, precisamente allí donde más le buscaban, y así que pudo abandonar el lecho, se trasladó á su provincia.

Antes de abandonar á Aragón dió nueva organiza-

ción á la fuerza de su mando, que ascendía á más de 3.000 hombres, formando tres batallones y un escuadrón, al mando, entre otros, de Curuchaga y de Gorriz.

La Regencia le nombró coronel y comandante general de las guerrillas de Navarra, con facultades para operar donde creyese más conveniente.

Restablecido de su herida á últimos de Octubre de 1810, renovó sus empresas sembrando el espanto entre los franceses y llevando sus armas por Castilla y Aragón, siempre con terrible quebranto de los invasores. Tievas, Monreal y Aibar fueron testigos de sus victoriosos hechos y se vieron convertidos en sepultura de innumerables enemigos.

Al comenzar el año 1811 la situación de éstos era insoportable. Desde la costa de Santander hasta la Rioja todo era un hormiguero de partidas. Estaba al frente del distrito el intrépido y jamás vencido don Juan Díaz Porlier y á la cabeza de las partidas Renovales, Espoz y Mina, Campillo, Tapia, el Pastor, Merino, Aróstegui, Longa y cien otros, contra los cuales había en movimiento 70.000 hombres al mando del mariscal Bessieres.

Los franceses habían determinado sembrar el terror entre los guerrilleros, logrando sólo un resultado contraproducente.

Además, no hacía falta que dijesen que iban á ser crueles, pues no podían ciertamente sobrepujar á los horribles actos de canibalismo que habían llevado á cabo anteriormente.

Preso el hijo de un latonero de Valladolid, muchacho de doce años escasos, por haberse probado que llevaba pólvora á las partidas, y no queriendo descubrir quién le enviaba, *aplicáronle, de orden del bárbaro Kellermann* (el que mandó sacar los ojos á los caballos), *fuego lento á las plantas de los piés y á las palmas de las manos*, para que con el tormento declarase lo que no quería decir de grado. EL NIÑO NO DESPEGÓ LOS LABIOS. Conmoviéronse con tanta heroicidad los ejecutores del martirio, pero no Kellermann y sus seides, que dieron muestra de tener el corazón de tigre, y mandaron seguir adelante el castigo.

Las guerrillas de la Rioja habían sufrido un contratiempo en Setiembre del año 10. Veinte soldados españoles seguían resistiendo heroicamente cuando el general Rognet les envió un parlamentario manifestándoles *que les concedía la vida* si cesaban en su porfiada defensa. Cedieron los veinte soldados, y el general Rognet *les mandó arcabucear así que los tuvo en su poder.*

Tales eran los dignos generales que tenía aquí Napoleón.

No es, pues, de extrañar que las venganzas y represalias fuesen sangrientas.

Nuestros partidarios *respetaron siempre*, en un principio, á sus enemigos, pero cuando éstos empezaron á ahorcar á los prisioneros ó á fusilarlos sin compasión, los guerrilleros no se creyeron ya obligados á irles á la zaga y se cobraron con usura. A veces á lo largo del camino del Pardo ó en las otras avenidas de Madrid, y hasta junto á sus tapias mismas, aparecían colgados tres y más franceses; esta era la tarifa por cada español muerto contrariamente á las leyes de la guerra.

No era ojo por ojo y diente por diente. Eran tres por uno.

El francés quedaba advertido.

II.

Aráztegui sabía, en su calidad de antiguo palaciego, que José debía hacer un viaje á Francia cuando naciese el hijo que esperaba tener el emperador. El hecho debía realizarse á últimos de Marzo de 1811 y por eso se separó de Villacampa por aquel tiempo, con ánimo de situarse al paso del intruso.

Batía la campaña por la carretera de Francia un destacamento de la partida de Espoz y Mina y pidió ser destinado á él.

El día 23 de Abril salió de Madrid José Napoleón, acompañado del ministro de la Guerra Gonzalo O'Farril y del de Estado, M. Urquijo, hombre que actualmente sería llamado *listo*. Acompañábanle dos mil soldados, precaución no sobrada, y aprovechando la ocasión se habían unido á la comitiva muchos comprometidos.

Inspiraban un miedo cerval las partidas; desde que comenzó el año 1811 se había desplegado contra ellas una ferocidad inaudita, ahorcándose y fusilándose cuantos prisioneros se hacían. Sabíase que no había cuartel. Por eso en todos los caminos aparecían soldados franceses colgados de los árboles.

El destacamento en que iba Gaspar López se encontraba en Arlabán. El sitio era magnífico para una emboscada; por allí pasaba la carretera de Fran-

cia. No debía tardar en aparecer José con su acompañamiento.

Gaspar López era sargento y tenía á sus órdenes veinticinco hombres. Espoz y Mina le había ascendido desde soldado á aquel empleo, maravillado de su temerario valor.

Era uno de los primeros días de Mayo. Los guerrilleros, emboscados en un bosque de hayas, en lo más alto de una elevada montaña, vieron asomar por la carretera una avanzada de caballería, al propio tiempo que algunos flanqueadores se internaban por ambos lados de la ruta, recorriendo las faldas de los montes y apareciendo de vez en cuando en lo alto de las lomas que dominaba á su vez la montaña.

Gaspar López vió que iban muchos coches, precedidos por una fuerte escolta y seguidos de numerosa caballería.

Había llegado el momento esperado, pero lo numeroso de la escolta parecía imposibilitar los planes preconcebidos.

Dentro aquellos carruajes iban de seguro los causantes de sus tormentos. De seguro que por la carretera pasaban entonces Juana y Delincourt...

Los tenía á su alcance y no podía aproximarse, verdadero suplicio de Tántalo.

Gaspar López sólo había tenido una idea desde que fué encerrado en el coche que le condujo á Daroca: vengarse de Juana. Para ello se había alistado en la partida de Villacampa, para ello se encontraba en la de Espoz y Mina, para ello había permanecido tantos días, fijo é inmóvil, en las alturas de Arlabán.

La comitiva y la escolta iban desfilando; pronto se perderían de vista... él no tenía caballos... todo iba á desaparecer...

Gaspar López exclamó con voz sombría:

—¡Preparen! ¡Marchen! ¡Silencio!

Y colocándose al frente para guiar deslizóse calladamente por la montaña cubierta de bosque hasta llegar al margen de la carretera, situándose en la espesura de una arboleda.

Sus hombres le seguían callados y silenciosos como fantasmas.

Ocultos tras de los robustos troncos de los robles y los álamos vieron pasar al batallón que iba de descubierta.

Venían luégo muchos coches, llenos de señorones de facha extranjera, alegres y risueños, todos muy colorados.

Luégo otro en cuya portezuela había pintada una corona de príncipe. Aráztegui creyó soñar al ver en aquel carruaje la antigua vivandera del Puerto de Mirabete, Encarnación Díez, vestida de riguroso luto. Iba acompañada de un empaquetado personaje que la trataba al parecer con profundo respeto.

Seguía aquella procesión de vehículos, cuando de pronto Aráztegui lanzó un ahogado rugido.

Acababa de ver á Delincourt y á Juana...

—Cuatro hombres conmigo, resueltos á todo,—exclamó en voz breve.—Los demás, cuando oigan hacer fuego, disparen á la retaguardia y retírense á la cumbre.

Al momento vió á su lado cuatro guerrilleros.

—¡Al coche!—gritó.—¡Fuego!

Resonaron cinco trabucazos, seguidos de otras detonaciones que salieron de la arboleda, rociando de balas á la escolta que venía detrás, produciéndose terrible pánico.

—Desenganchad los caballos,—gritó Gaspar López.

Los caballos fueron desenganchados en un abrir y cerrar de ojos.

Abrió entonces la portezuela y vió á Delincourt herido y á Juana sin conocimiento. Cogió á la mujer, la echó sobre uno de los caballos y agarrando luégo por un brazo á Delincourt, lo arrastró fuera, disparándole un tiro en la frente.

—¡A caballo todos!—gritó en seguida.

Los caballos eran cinco, cada guerrillero montó uno y Aráztegui subió al en que había echado á Juana.

No tardaron en desaparecer los partidarios en lo más intrincado del bosque.

Todo había pasado en un minuto, produciéndose desde el primer momento la más espantosa confusión. Por fin, la caballería se repuso del pánico que se introdujo en los escuadrones y algunos ginetes se lanzaron en persecución de los temerarios.

¡Vano empeño! Era imposible alcanzarlos por aquellas espesas arboledas, cuyos senderos no conocían, y tras de infructuosas tentativas hubieron de retirarse.

No todos fueron tan afortunados, sin embargo, pues dos quedaron prisioneros.

Al medio día, los veinticinco hombres de Gaspar López aparecían formados en la cumbre. Los dos franceses y Juana estaban echados en el suelo, rendidos de fatiga, vigilados por dos centinelas.



ESA MUGER ES VUESTRA, LLEVÁOSLA PERO VOLVEDMELA VIVA.

—Hemos hecho tres prisioneros,—exclamó con siniestro tono el sargento.—Les convidaremos á comer.

III.

Juana estaba aterrada y parecía haber envejecido de veinte años en aquel breve espacio de tiempo. Cuando creía á Áráztegui muerto hacía muchos meses, se le aparecía transformado en guerrillero, hecho un fiero partidario, rudo, espantoso el gesto, ceñudo el semblante, como una visión formidable.

No era posible imaginar situación más espantosa para aquella mujer.

Estaba ante su víctima, pero ¡qué víctima!

Un hombre que había sido amortajado y agarrotado luégo en un ataud; que había padecido hambre crudelísima, sed abrasadora, frío horrible, todo lo que puede inventar la más refinada crueldad.

Un hombre que al sentirse libre de sus ligaduras, había concebido tan profundo apetito de venganza que de coronel francés habíase sometido á ser guerrillero español; un hombre endurecido en los combates, cansado de matar, sediento, sin embargo, de sangre y desolación.

Aquel hombre era su mortal enemigo, el que sólo vivía para devolverle á ella golpe por golpe.

No se trataba ya del bravo y generoso ayudante de Porlier, ni del noble Garroyo; con esos cabía la esperanza: con el marido de Pilar sólo podia abrigarse la certeza de una muerte feroz.

Juana temblaba presa de una convulsión continua, sin ánimo para levantar los ojos del suelo.

Gaspar López se acercó á ella y la dió un golpe en la espalda.

Estremecióse Juana y se tapó la cara con las manos.

—¡Ven!—exclamó.—¡Levántate!

IV.

—No puedo,—contestó ella, horrorizada y agarrándose con desesperación á una roca.

Áráztegui la cogió brutalmente por un brazo y la puso en pié.

—¡Sígueme!—repuso.

Pero Juana no podía dar verdaderamente ni un paso.

El guerrillero la cogió por una muñeca y se la llevó medio arrastrando.

Bajo una haya y sobre un rústico tronco estaba puesto una especie de mantel con cuatro platos.

Los dos prisioneros se sentaron en el suelo, á un lado, y el sargento y Juana al otro.

Nadie comió. Los franceses bebieron un poco de vino pero ni Áráztegui ni Juana lo probaron.

El sargento y sus tristes convidados se levantaron. Áráztegui llamó á su gente y señalando á los prisioneros dijo:

—Ahorcadlos.

Los desventurados húsares aparecieron al poco rato colgados de una encina.

Juana haciendo un esfuerzo miró á Áráztegui y exclamó en tono suplicante y desgarrador:

—¡Matadme pronto!

—Queda tiempo,—contestó el guerrillero.—He de dar un poco de esparcimiento á mi gente. ¡Eh!—repuso.—Esa mujer es vuestra. Lleváosla, pero volvédmela viva.

Áráztegui quedó solo, paseándose ante los dos ahorcados.

—Ya os harán compañía,—exclamó.—Han de ser tres por uno.

Pasaron largas horas, hasta que á la puesta de sol compareció la gente, llevando en medio á Juana.

La gitanilla daba miedo; su semblante desencajado y su andar jadeante parecían los de una desenterrada que hubiesen sepultado en vida.

—¡Camaradas!—exclamó Áráztegui.—Dejadme ya; desde este momento no soy ya vuestro sargento. Ya ha acabado para mí la vida de guerrillero. Olvidadme todos y sed más venturosos que yo.

—¿Qué? ¿No seguís en la partida?—exclamó uno de los soldados.

—No.

—¡Tan valiente! ¡Vos que érais el más audaz y afortunado de nuestro batallón!

—Todo concluyó. Idos ya y no me busquéis.

El destacamento se puso en marcha.

Áráztegui y Juana quedaron solos.

La desdichada, sin fuerzas ni aliento, cayóse al suelo, sin lágrimas para llorar.

V.

Era una noche oscura; oíanse aullidos de lobos y

chillidos de aves nocturnas. Soplaba frío y huracanado el viento y crujían las ramas, rompiéndose al ímpetu del vendabal.

—Estamos solos,—dijo Aráztegui.—Hablemos.

—Matadme,—exclamó con débil acento Juana.

—Ya te mataré, pero de un modo què tú no esperas.

—Como queráis, mientras sea pronto.

—Mi suplicio dura desde el día de aquella gran infamia. ¡Bien se ve que conocías de lo qué era capaz un judío!

—Yo no quería haceros ningún daño á vos.

—¿Y qué conciencia tienes tú? Sabe, sin embargo, que no te sirvió de nada tu calumnia. Esther es inmensamente feliz.

—¡Vive!—exclamó la mujer.

—¡Vive! ¡Si vieras como la ama el hermano de Petra! ¡Y si supieras cómo me torturaba á mí el contemplar su dicha! Porque, óyelo ahora, miserable. Jamás había visto yo á Esther hasta el día que nos entregastes al judío, pero desde entonces la amé con toda mi alma.

Juana lanzó un gemido.

—La rabia devoraba mi corazón al ver á la judía y al capitán siempre unidos, prodigándose incesantes caricias, y toda aquella ira reconcentrada convertíase luégo en odio hacia tí, causa de todo. Sin tí, jamás se hubieran encontrado Esther y Antequera; sin tí, yo no la hubiera visto, y áun viéndola no la hubiera amado; no, no se hubiera despertado en mí esa pasión maldecida. ¡Ay de tí, ahora, porque en tí me vengaré de todo!

—¡Tened piedad de mí, Aráztegui! ¡Matadme luégo!

—Calla, Juana. Yo era un miserable traidor y no tenía dignidad ni remordimientos. A tí debo tan solamente que la vergüenza y el oprobio se me hayan aparecido, para remorderme, cubriéndome de ignominia y haciéndome ver en toda su horrible podredumbre mi villano corazón. Los malvados carecemos de conciencia; yo estaba contento, ufano, en Madrid. Tú me arrancaste la venda de los ojos y me enseñaste la gangrena que me corroía; tú has hecho que me mire con asco, con espanto. Cuando he visto pasar á Encarnación convertida en princesa, he sentido náuseas.

—¡Aráztegui, os pido por compasión que no me dejéis vivir un momento más!

—Me has atenaceado el alma. Yo era miserable, ahora soy un condenado del infierno. La traición me engendró y me sostuvo; tú me devolviste la luz del honor y me hiciste sufrir como no haya otro sér en todo el universo capaz de sufrir tanto. Amortajado en aquellas cuatro tablas, toda mi vida se me apareció en su repugnante fealdad y me ví tan infame como tu misma.

Juana sollozaba.

—Podemos mirarnos cara á cara; solo para esto nos es lícito levantar la frente, sólo para esto podemos separar los ojos del suelo. ¡Qué par de infames estamos aquí!

Los lobos aullaban con furia y se veían relucir sus ojos, encendidos como tizones en la espesura del bosque.

—Somos dos fieras también, Juana,—siguió diciendo Gaspar López, mirando hacia allí.—Los hombres debieran cazarnos para exterminar seres como los de nuestra raza.

Juana no paraba de sollozar, ahogada en llanto.

—No debiera quedar rastro de nosotros; somos dos traidores que hemos vendido la patria por dinero; por nuestra culpa han perecido inocentes; do quiera ponemos nuestro pié, la yerba queda seca.

—¡Matadme!—volvió á decir la mujer.

—¿Qué tormentos no aplicaría Gaspar López al coronel Aráztegui y á Juanilla? Gaspar López, el feroz guerrillero, ¡qué no inventaría en castigo del infidente y de la espía!

—¡Por favor! No sigáis martirizándome. Acabad pronto conmigo.

—Siento que no vengan aquí las brujas á celebrar su aquelarre para desposarnos. La mujer de que se han saciado ese tropel de hombres, es la única digna de ser mi esposa.

—¡No tenéis alma!—exclamó Juana.

—Soy como tú. ¡Ea! Complétese mi infamia, ¡antes de morir, he de decirte que eres mi hembra adorada!

Pasó algo monstruoso, tras de lo cual Aráztegui lanzó una carcajada de demonio.

—¡Cómo silba el viento! También él celebra nuestro himeneo. Sírvanos este bosque de nupcial antorcha.

Aráztegui levantó violentamente del suelo á la infeliz y la amarró al tronco de un árbol, amontonando en su derredor ramas y hojas secas. Atóse él en

seguida al lado de la gitana, quedando libre de los brazos y pegó fuego á la espantosa fagina. Pronto un vivo resplandor iluminó la cumbre de la montaña; el incendio se propagó velozmente con la violencia del viento y los dos miserables, envueltos por las llamas, quedaron abrasados, confundiéndose los carbones de su cuerpo con los tizones de la hoguera.

VI.

Allá, muy lejos, desde la carretera, Encarnación Díez vió cómo ardía el bosque de Arlabán y tuvo miedo.

En la misma época que nos ocupa, ocurrían en Portugal los terribles sucesos que conocemos ya por la relación del coronel Gauthier. Digamos ahora que el príncipe de Essling, quebrantado hondamente con el malogro de la empresa que tan confiadamente había creído llevar á feliz término y viéndose al cabo de sus años en la nunca soñada situación de vencido y humillado, emprendió tristemente la vuelta de Francia. Génova, Zurich, Ebenberg, todo se oscurecía al recuerdo de Portugal. El *niño mimado de la fortuna* había perdido su última campaña, dejando cuarenta mil cadáveres ante Torres-Vedras, siendo su única gloria haber podido salvar los otros cuarenta mil. El primer militar del Imperio volvía á Francia sin un laurel, lleno de amargura el corazón.

Ponerse desde Torre-Vedras á Ciudad-Rodrigo, había sido cosa difícil, pero no era mucho más fácil el camino desde Ciudad-Rodrigo á la frontera francesa. El general Foy que lo había andado, podía dar razón de ello y de cómo en Pancorbo se libró de caer en manos de los guerrilleros, dejando en su poder la cartera y el equipaje.

Massena estaba intranquilo por lo mismo; no se trataba ya de salvar un ejército, pero tenía que velar por la seguridad de una mujer que llevaba siempre consigo y quería con senil apasionamiento.

Esta mujer era una muchacha como otra cualquiera; algo parecida á la mariscala princesa de Lugano, antes Encarnación Díez.

El 24 de Mayo del año 1811 el duque de Rivoli había llegado ya á Vitoria, despues de trece dias de viaje. Caminaba el mariscal juntamente con un convoy compuesto de unos ciento cincuenta coches y carros y de más de mil prisioneros ingleses y españoles, custodiados por mil doscientos infantes y doscientos caballos.

A la madrugada volvió á ponerse en marcha la columna, pero en el instante de subir al coche dióle un vahido á la compañera del mariscal y el viejo enamorado dejó que partiese la expedición para atender ante todo á la joven que tanto quería.

Alejóse el convoy y el mariscal se quedó en Vitoria.

A las seis de la mañana pasaba la columna por el puerto de Arlabán. Iba á la vanguardia un escuadrón de húsares y seguían detrás los coches.

Hábian salido ya los batidores del desfiladero cuando, como si hubiera surgido del fondo de la tierra, vióse atacado el convoy por una numerosa partida de guerrilleros.

Era Mina que se había puesto en acecho para sorprenderlo.

Terrible fué la refriega, que no cesó hasta las tres de la tarde, cayendo prisioneros de Mina personas y efectos. Más de ochocientos franceses, y entre ellos cuarenta oficiales, perdieron allí la vida ó cayeron en poder de los españoles. Mina en persona cogió al coronel Laffitte. Parte del caudal y las joyas se destinaron á la caja militar y lo demás se lo repartieron entre sí los vencedores. Permitióse á las mujeres seguir su camino á Francia y se dió el mejor trato á los prisioneros, á pesar de recientes crueldades ejercidas por el enemigo contra los de la propia partida. Calculóse el botín en más de cuatro millones.

La indisposición de su querida libró á Massena de caer en poder del intrépido D. Francisco Espoz y Mina.

La noticia del hecho produjo un extraordinario acrecentamiento de las guerrillas, disponiendo en su consecuencia el emperador que se formase un gran cuerpo de ejército al mando de Reille y de Musmer para activar la persecución de las mismas, pero el emperador, con ser tan sabio, no había de descubrir el medio de vencer á los que peleaban sintiendo arder en su pecho la sagrada llama del amor á la patria.

El príncipe de Essling salió tiempo después de Vitoria y consiguió atravesar la frontera sin contratiempo alguno.

CAPITULO VII

El cerro del Puerco

I

Otros sucesos requieren ahora nuestra atención.

Después que á fines de Marzo del año 11, Méndez y Espinosa hubieron dejado al cuidado de Belmonte al marqués Octavio, fuera ya de peligro, dirigiéronse hacia la costa de Huelva con ánimo de embarcarse para Cádiz.

Con sorpresa suya supieron que en aquel entonces se encontraba Zayas en el vecino condado de Niebla y sin perder momento se encaminaron á su encuentro, logrando dar con él en la isla de la Carcajera.

El bravo general les recibió con los brazos abiertos, no ocultándoles lo disgustado que estaba con Ballesteros, que no sólo no le había secundado sino que sobornaba á sus soldados para que fueran á engrosar su división.

Viendo que Ballesteros le dejaba entregado á sus solas fuerzas, reembarcóse el general el día 31, calmado el furioso temporal que sobrevino en aquella costa la noche del 27 al 28, tan terrible que no se recordaba otro igual, ni áun el del año anterior, del cual hablamos á su tiempo. No se perdieron barcos de guerra, pero sí infinidad de buques mercantes, siendo lo más sensible que sólo en Cádiz perecieron más de trescientas personas ahogadas, á pesar del auxilio de los marinos ingleses que en aquella ocasión se excedieron en intrepidez, humanidad y pericia.

La división, embarcada en algunos buques de guerra, se encontró en alta mar al mediodía.

—Toda la culpa de lo sucedido la tiene el general Peña,—oyó que le decía á otro un oficial, cuya voz reconoció Espinosa, que se paseaba por la cubierta.

—¿Dónde le he visto á V., teniente?—le preguntó el brigadier, acercándose á él.

—Mi brigadier, tuve hace dos años el honor de presentarme á V. E. en Oviedo, como ayudante del coronel Díaz Porlier,—contestó el interrogado.—Cuando Renovales verificó su expedición á la costa del Cantábrico, estábamos peleando en los alrededores de Gijón, y al retirarnos, atacados por doble número de enemigos, no tuve más remedio que refugiarme á bordo de los barcos en que iba la fuerza expedicionaria, para no caer prisionero. Seguí con Renovales corriendo la suerte de los demás y cuando se perdieron la fragata *Magdalena* y el bergantín *Palomo* con la mayor parte de las tripulaciones, tuve la fortuna de poder salvarme asido de una tabla hasta que una embarcación inglesa me recogió, llevándome á Cádiz. Fuí destinado al punto al batallón ligero de Alburquerque y desde entonces he tomado parte en todos los hechos de armas que han ocurrido en esta costa.

—Mucho le agradecería á V., teniente Pravia, me digese algo de lo que ha pasado por aquí, porque no ha llegado nada á mi noticia desde que me metí en Badajoz, traidoramente entregado.

—Si no le molesto á V. E. le enteraré, pues, de lo sucedido en Cádiz.

—¡Oh, no! Hable V., que me importa mucho cuanto me refiera.

II.

—Asediada Cádiz por el mariscal Víctor,—dijo el joven astur,—trató la Regencia de distraer las fuerzas de la línea sitiadora y tras de algunos preliminares salió por fin la expedición proyectada con rumbo á Tarifa, donde llegamos el 27 de Febrero, después de una feliz navegación. Componíase el ejército de operaciones de una división formada casi toda con gente de la serranía de Ronda, á las órdenes del general Begines de los Ríos, la cual se encontraba ya anticipadamente en Algeciras; de tropas inglesas de Tarifa, al mando de Brown, de las de Graham, y por fin, de las divisiones de Peña, nombrado general en jefe. Ibamos embarcados en más de doscientos buques y pasada revista en Tarifa se contaron 11.200 hombres, de los cuales 4.000 eran ingleses, con 800 caballos y 24 cañones.

—Conociendo lo meticuloso y pusilánime del carácter de Peña y sus no muy aventajadas prendas militares, no se debía nombrarle para tamaña empresa,—dijo Méndez, que se había acercado al grupo.

—Empezaron á sobrevenir ya desde un principio mil contratiempos. Peña siguió por el peor de los dos caminos que hay para dirigirse á Cádiz, desde el puerto de Facinas, después de haber tomado el otro en un principio. El general Zayas, que mandaba en la isla de Leon, debía obrar en combinación con él, pero ignorando que hubiese mudado de itinerario, no pudo prestarle auxilio alguno, desventura que dependió de haber sido puesto equivocadamente preso por los mismos ingleses el oficial que traía á Zayas la noticia del cambio acordado por Peña.

—¡Fatal equivocación!

—Tenía, además, el general Zayas, el encargo de echar puentes en la embocadura de Sancti-Petri y así se ejecutó, pero descuidada nuestra guardia, fué sorprendida de noche por los tiradores franceses, quedando prisioneros muchos de los desprevenidos.

—Merecido lo tuvieron,—repuso Espinosa,—y gracias que el francés no se apoderara de la isla, valido de tamaño desorden y de la oscuridad de la hora.

—Así hubiera podido suceder, en efecto,—contestó Pravia.—Seguimos por Conil para tomar la vuelta de Sancti-Petri, marchando lenta y perezosamente. Todos censurábamos que Peña nos llevase por allí cuando por el primer camino que habíamos tomado nos apoyábamos en la serranía de Ronda, llena de belicosos partidarios, y nos protegían Tarifa y Gibraltar. Supo Víctor nuestro movimiento y colocó hábilmente su escasa fuerza, de manera que cuando Lardizábal creía atacar por la espalda los atrincheramientos franceses, encontróse con la división Villatte emboscada en un pinar. La pelea fué reñida, pero rechazamos al enemigo quedando franca la comunicación con la isla. Allí se cubrió de gloria el regimiento de Murcia con su coronel D. José María Muñoz, lo mismo que tres batallones de guardias españolas y el regimiento de Africa, que tomaron parte en la acción.

—¿Conque se pudo romper la línea francesa?

—Sí, el ejército expedicionario y la isla, podían darse la mano. Entonces Peña quiso continuar persiguiendo al enemigo por los pinares que van á Chiclana y dispuso que Graham abandonase el cerro del Puerco, donde estaba apostado, y cooperase á los movimientos de la vanguardia, quedando únicamente en el cerro una corta división. Apenas vió Víctor que Graham abandonaba aquella posición y aparecía en el llano, dirigió contra él la división Leval, mientras por su parte corría á apoderarse del cerro con la división Ruffín. Posesionado de la cima, que era la llave de toda la posición, interpúsose entre la división que permanecía allí y el contingente que había quedado apostado en Casas Viejas.

—¡Incomprensible maniobra ordenó Peña!—exclamó Méndez.

—Al verlo Graham, comprendió, como todos, que la intención de Víctor era arrinconarnos contra el mar y envolvernos por todos lados, por lo cual dejando de continuar la ruta para reunirse con la vanguardia contramarchó rápidamente con objeto de recobrar sin tardanza el cerro. A este objeto mandó romper con diez cañones un fuego abrasador contra Leval, encargado de contenerle, logrando mantenerle á raya. Al punto dió orden de arremeter la posición de que se habían apoderado los franceses y embistiendo Dilkies y Brown impetuosamente cuesta arriba y tras de un combate sangriento, porfiado y verdaderamente mortífero fué suyo otra vez el cerro. Pocas veces he visto un fuego tan nutrido. Cayó mortalmente herido Ruffin...

—¡Ruffin murió! ¡Era un valiente!

—Sí, y á su lado el general Rousseau. La artillería inglesa fué la que causó el mayor destrozo. Los franceses huyeron precipitadamente, y Graham, contento con el triunfo, no juzgó prudente perseguirlos en vista de lo rendidas que estaban sus tropas.

III.

—Así, pues, toda la gloria de la batalla fué para los ingleses,—exclamó Méndez.

—Realmente; los ingleses fueron los que recuperaron la posición; pero al rematar la pelea presentáronse de refresco en auxilio de Graham los de Ciudad-Real y los guardias walonas, que acudieron allí sin orden de Peña, movidos tan sólo por su pundonor y entusiasmo. Hora y media duró el combate y en tan breve tiempo perdieron los ingleses más de 1.000 soldados y 50 oficiales y los franceses 2.000, y 400 prisioneros, además de sus dos generales, muertos en la refriega.

—¿Y no hizo nada la caballería al ver la dispersión del enemigo?

—Nada absolutamente; D. Santiago Witthingam alegó la excusa de que había tomado por franceses á los españoles que habían quedado de observación en Casas Viejas. ¡Lástima de equivocación, teniendo como tenía 800 caballos á sus órdenes! Sólo unos 200 húsares ingleses, al mando de Ponsomby, embistieron á los fugitivos.

—¿Y qué fué de la vanguardia de Lardizábal?

—Siguió peleando con la división Villatte, quedando también herido este general. Ya veis que los franceses no fueron muy afortunados aquel día. Nosotros perdimos unos 400 hombres é igual número Villatte. Terminada la batalla empezaron los disgustos entre Graham y Peña. El inglés se mostró quejoso y ofendido con razón de que el señor de la Peña no se hubiese movido de donde estaba, cual si tuviera miedo de alejarse de Sancti-Petri, cuyo puente se había reparado, pasándolo el general Zayas. Disculpóse Peña alegando que ignoraba la contramarcha de Graham para recobrar el cerro del Puerco del poder de Ruffin, pero esa excusa era harto inocente, pues todos habían oído el cañoneo que se percibía en aquella parte. Si Peña hubiese acudido como debía, hubiéramos podido deshacer completamente al enemigo en su desordenada fuga. Graham, altamente resentido, metióse en la isla, resuelto á no salir más fuera de las líneas, Peña no se atrevió á hacer nada por sí solo, y así entramos el 7 de Marzo en Sancti-Petri, á los nueve días de haber salido. Nada se alcanzó con esta expedición, pues Víctor viendo que nadie le molestaba volvió al día siguiente tranquilamente á Chiclana, ocupando de nuevo todos los puntos de la línea y reforzándolos en lo posible.

—¡Lástima de resultado! Verdaderamente se dejó perder una ocasión segura de hacer levantar el sitio. Peña se portó malísimamente y merecía se le castigase con toda severidad por su inepcia y falta de brío.

—Harto castigado quedó con el clamoreo que se levantó contra él. Quedó probado que el mal éxito de la expedición fué debido á la irresolución y á la desconfianza que de sí mismo abrigaba. Graham, sobre todo, mostróse irritadísimo, sin que nadie consiguiese aplacar su enojo. Ahora está la cuestión á informe de una junta de generales para que decidan si hay motivo para proceder contra él, pero de seguro que se dirá que no resulta nada y que se portó como entendido jefe.

—De seguro que eso dirán,—repuso Méndez,—si es que áun no le premian y le dan la gran cruz de Carlos III.

—Es lo más probable, dada la protección de que disfruta,—replicó Espinosa.

IV.

—Las consecuencias del malogro de la expedición fueron más graves de lo que era de esperar,—continuó diciendo el antiguo ayudante de Porlier.—Los franceses reanudaron el bombardeo, aunque con poco daño, y esas mismas desgracias del otro día, esos naufragios y esas muertes se deben achacar á Peña, que es lo que V. E. me ha oído decir cuando se ha servido preguntarme; sí, porque si Peña hubiese conseguido levantar el sitio de Cádiz, como podía y debía, los barcos hubieran fondeado en sitio de mayor abrigo y no hubieran estado tan expuestos. Gracias á su impericia han tenido que deplorarse tantas desdichas.

—Y esa expedición al condado de Niebla, ¿á qué vino?

—La Regencia tomó esa decisión para ver de compensar el malogro de la empresa de levantar el cerco y para distraer al enemigo del sitio de Badajoz, cuya

capitulación se ignoraba todavía. Salimos el 18, llegamos el 19 á Huelva, conseguimos arrojar de Moguer á los franceses y nos disponíamos á internarnos cuando supimos que les habían llegado refuerzos de Extremadura. Nos reembarcamos entonces, en vista de que no venía á juntársenos Ballesteros y de que el francés nos apretaba de cerca, pero como todo debió hacerse precipitadamente tuvimos que abandonar caballos, sillas y arreos, dando fondo en la isla de la Cascajera. Muchos de los caballos, entregados á su generoso instinto, pasaron á nado el brazo de mar que les separaba de sus dueños, y son los que veis ahora á bordo de estos buques.

Los barcos navegaban viento en popa y en la madrugada del 2 de Abril desembarcaban en Cádiz los expedicionarios, á los quince días de haber salido.

El brigadier Espinosa y el teniente coronel don Enrique Méndez se presentaron al general Blake, presidente de la Regencia. El digno patricio abrazó á sus compañeros de armas y recordó al brigadier sus proezas en la infausta jornada en que peleó á sus órdenes.



CAPÍTULO VIII

Un periodista de antaño

I

Méndez encontró muy cambiada la ciudad de cuando salió, poco después de la partida de Albuquerque, en los primeros meses del año anterior, 1810.

La sorpresa que recibió Matilde al sentirse de nuevo en brazos de su esposo, casi fué superada por la que le causó la presencia de Espinosa, al cual no había vuelto á ver desde cuando partió de Hamburgo para España.

El brigadier encontró á Matilde más bella que nunca, habiendo añadido á su hermosura de siempre la gracia incomparable de las moradoras de Cádiz.

Muchas horas pasaron dándose y pidiéndose noticias unos á otros; Matilde dió muestras de discretísima delicadeza al hablar de Rosario, lo cual le agradeció profundamente Espinosa. Viva alegría les causó á todos saber que Garroyo y Petra se hallaban reunidos y que el bravo comandante seguía cubriéndose de gloria á las órdenes de Villacampa, según cartas que habían venido por Valencia.

No tardaron Espinosa y Méndez en ser invitados á las diversas tertulias de que hablamos en otra ocasión, y aunque Méndez no fué nunca á ninguna, entregado enteramente al placer de estar al lado de su esposa, concurrió á varias el celebrado brigadier, siendo en todas partes cumplimentado y obsequiado extraordinariamente en atención á la fama de que venía precedido.

Una de las noches en que concurrió á la tertulia de doña Margarita de Virués, encontróse con que no habían parecido todavía los habituales concurrentes, estando allí únicamente un joven llamado Ogirando, principal y casi único redactor del periodiquillo: *El Conciso*, si bien muy diferente en su lenguaje de como se titulaba su diario.

Él satisfizo por completo la natural curiosidad del brigadier respecto del estado de los negocios, relatándole todo cuanto había pasado desde el año anterior.

—Es imposible que pueda V. formarse idea,—le decía,—del entusiasmo que hubo aquí cuando se reunieron las Cortes; aquello fué una locura, pareciendo imposible á muchos el placer de ver convertido en hecho real y tangible el sueño de toda su vida. No eran pocos, sino en gran número los que se habían nutrido de lecturas liberales y revolucionarias, y esos podrá V. comprender cuánto no fué el gozo que experimentaron al oir la palabra admirable, hermosa y arrebatadora de Muñoz Torrero, retumbando como la voz de la libertad y de la emancipación.

—Comprendo, en efecto, que debía ser aquella una impresión enteramente extraña y antes de todo punto desconocida,—replicó Espinosa.—Plantear el régimen parlamentario en tan solemnes circunstancias y oir la voz de tan grandes oradores, á la verdad, es un hecho casi único en la historia.

—En punto á oradores no hay más que pedir. Por las veces que habrá oido V. aquí á Quintana, podrá co-

nocer hasta qué altura raya su grandilocuencia. A mí me tiene encandilado. Todavía recuerdo sus palabras el día que en la isla de Leon se presentó á las Cortes el duque Luís Felipe de Orleans, vestido de capitán general español, solicitando se le diese un mando en nuestro ejército como esposo de la princesa real de Nápoles, de la raza de Borbón. Parece que quien le metió esta idea en la cabeza fué el regente Saavedra, que luégo le desamparó. Entró, pues, Luís Felipe por la puerta del vestuario del teatro, digo, por una de las puertas laterales del Congreso, y salió por allí mismo al poco rato, saludando con mal gesto á los que esperábamos en qué paraba aquello. En esto apareció en el corrillo don Manuel José Quintana, cuya figura severa revelaba en aquel entonces la mayor satisfacción y exclamó: «Los tiranuelos,—¿entiende V., brigadier? *tiranuelos*,—los tiranuelos de Nápoles, Portugal y Cerdeña están dando pasos encaminados á adquirir mandos é influencias en España, pero será vano su intento, porque no es éste el espíritu de las Cortes.» ¿No le parece á V. admirable esto de llamar *tiranuelos* á los monarcas aliados? ¡Cuándo hubiera podido imaginar nadie que el poder popular tratara á los reyes de igual á igual y aún como á inferiores! Indudablemente se están cumpliendo ahora las palabras del Evangelio: *Levantaré á los humildes y serán humillados los soberbios.*

—¿Y va gente á oir á los diputados?

—¿Que si va gente? No cabemos allí, nos ahogamos. ¿Cómo no conformarse, sin embargo, con sufrirlo todo para oir la palabra del divino Argüelles, de Pérez de Castro, de D. Juan Nicasio Gallego, de Muñoz Torrero, de D. Isidoro Antillón, Calatrava, Toreno, D. Joaquín Villanueva, Oliveros, Mejía y tantos otros ilustres oradores liberales que dejan atrás á los Demóstenes, Cicerones y Mirabeaus? Sin embargo, le confesaré á V. que tanto como me gusta oir á aquellos insignes varones cuando hablan, me aburre oir leer los discursos á muchos que no poseen el don de producirse con facilidad. ¡Oh, cuánto fastidia oir leer horas enteras!

—¿Y qué tal su periódico de V., señor Ogirando?

—Crea V., mi brigadier, que su publicación era una necesidad que se dejaba sentir, pues como las sesiones se celebraban hasta hace poco en la isla de Leon, era un inconveniente tener que salir de Cádiz para asistir á ellas, y por eso, para que pudiese saberse sin demora lo que pasaba en las Cortes, fundé yo mi *Conciso*, supuesto que el *Semanario Patriótico* había cesado en su publicación y la *Gaceta de Valencia* sólo puede leerse para reir un rato con sus graciosas bufonadas y la manera como satiriza los boletines del ejército francés, y no me hable V. de la *Gaceta de la Mancha*, atrozmente escrita y ya difunta, de manera que con mi *Conciso* tiene ahora el público gaditano una guía á que atenerse, noticias de todo lo más importante, y en fin, un periódico que sirve para estar al corriente de cuanto pasa. Ahora, ya sabrá V. que además del *Conciso* publico juntamente con él *El Concisín*, figurando que es un hijito que viene á dar á su papá noticias del Congreso, en estilo chistoso, ameno y agradable.

—Sí, he leido algunos números y me ha parecido bien su *Concisín* de usted.

—Hay que animar esto, brigadier; propagar las ideas liberales, poner cada uno su grano de arena en nuestra regeneración política y social, ya que no faltan ni entusiasmo, ni resolución. ¡Hubiera V. visto el caso que hicimos aquí del bombardeo, cuando en Febrero vinieron á establecerse las Cortes en San Felipe Neri! No parecía sino que aquello hubiese sido la señal para que se abrieran teatros, salones, diversiones y espectáculos al aire libre, de manera que desde entonces fué cuando dió más en salir la gente, no cabiéndose en los paseos y redoblándose en todos el buen humor y la animación de siempre.

—Eso es digno de un gran pueblo,—contestó Espinosa.—Esas muestras de confianza honran á los ciudadanos y demuestran la fortaleza y el aliento de que se sienten poseidos, puesto que no son fanfarronadas ni alardes de pueril terquedad sino que salen del fondo mismo de los ánimos. Cádiz se cree invencible, apoyada en la justicia y el derecho de la causa que sustenta, y obra en consecuencia. Por mi parte, al notar el calor con que se discuten en todas partes los asuntos públicos, me siento conmovido, pues veo que se han acogido con verdadera pasión las ideas de regeneración política; un pueblo que quiere igualarse á los más adelantados y que se considera capaz de poder gobernarse á sí mismo es un pueblo que ya lo tiene todo.

II.

Aquí debieron interrumpir nuestros amigos su

conversación por haber ido entrando varios tertulianos, deseosos de dar salida cuanto antes á las noticias que traían de las Cortes.

—Sí, ese descaro ha mostrado el desvergonzado canónigo,—exclamaba uno de los más ilustres diputados.—Fiado en su calidad de eclesiástico y amparándose en ser hermano del señor La Peña que parece anda hecho una furia contra los ingleses desde la batalla del Cerro del Puerco, ha tenido la audacia de presentarse á la Regencia para tratar de una componenda entre Pepe Botellas y el Gobierno Nacional. Los regentes han creído prudente que no se diera conocimiento á las Cortes de tan incalificable embajada y que se procure no trascienda tampoco al público para evitar á La Peña algún desagradable contratiempo, cosa que por cierto ya no sucederá, pues que han echado ya de Cádiz al descocado clerizonte.

—Los regentes se han portado dignamente, como debía esperarse de ellos,—dijo el señor Ogirando.—Nadie excede en patriotismo ni en lealtad á Blake, Ciscar y Agar.

—Lo grave son las noticias de América,—repuso otro de los presentes.—Además del cura Hidalgo, ha aparecido en Nueva España otro clérigo llamado Morelos, de tan brutales instintos, feroces costumbres y ruda ignorancia como es Hidalgo instruído, culto, juicioso y sagaz. Ya sólo esto nos faltaba después del levantamiento de Venezuela y Buenos-Aires. Yo no comprendo esto, y sobre todo, el grito de Hidalgo de: *Viva Fernando VII y mueran los gachupines*, como llaman allí á los europeos. La Regencia hace cuanto puede en favor de las provincias ultramarinas; se las concede igual representación en las Cortes que á las demás de la península, se las mima, se las atiende en todo, y en cambio persisten cada vez con mayor ahinco en sus ideas de emancipación.

—El ejemplo está dado, y no hace más que cumplirse una ley histórica y fatal,—dijo un eminente diputado americano.—A ello ha ayudado el comportamiento de la metrópoli y la impericia de las autoridades que allí mandó el gobierno absoluto, ó mejor dicho, Godoy. Por lo demás, el triunfo de la independencia americana es seguro, pues los revolucionarios cuentan adherentes en todas partes y están en connivencia con quienes menos podría creerse...

—En eso no tiene V. razón,—replicó Ogirando.—Las connivencias de los sublevados son bien sabidas. Desde el escándalo que dieron el año pasado el ministro de Hacienda, marqués de las Hornazas, y su secretario Albuerne, falsificando una orden de la Regencia, ya quedaron para siempre descubiertos los traidores. Sabido es también que los falsarios estaban patrocinados por uno de los regentes.

—Por Lardizábal,—dijo otro tertuliano.—¡Todo el mundo lo sabe!

—No había querido decirlo,—replicó el americano,—pero una vez que ya no es un secreto, no he de negar que así es en efecto. Por lo demás, tranquilas y sumisas estaban las Américas españolas al sobrevenir el alzamiento de los Estados-Unidos. Carlos III cometió el gran error de ponerse de parte de los americanos contra los ingleses, esclavo del desastroso Pacto de familia. Triunfó la causa que con tanto ardor apoyó la dinastía borbónica; ¿qué tiene de extraño que los americanos españoles quieran ahora hacer lo mismo que con tanta fortuna habían conseguido los del Norte? Si un pique de familia movió á Carlos III á declarar buena la causa de los sublevados de Boston, allá se las hayan sus sucesores. Harto bien comprendió todo lo que iba á pasar el conde de Aranda cuando aconsejó que se mandasen á América á algunos infantes de España para mantener en buena amistad con la metrópoli á aquellos imperios, pero no sólo no se hizo sino que en estos críticos momentos se ha colocado al frente de las colonias á cuantos no pueden tener colocación aquí. Así se ha visto para lo qué han servido el general don Vicente Emparau en Venezuela, D. Baltasar Hidalgo de Cisneros en Buenos-Aires, D. Antonio Amat en Nueva-Granada. ¡Vaya unos vireyes esos, que al punto, sobrecogidos y cuitados, se han dejado destituir y deponer sin resistencia!

—Es una triste verdad lo que V. dice,—exclamó su interlocutor.—Las Américas se nos van á escapar de las manos por culpa de nosotros y por la ingratitud de los naturales y criollos, pero como no están ni de mucho en disposición de poder compararse con los ciudadanos del Norte, desde ahora les auguro largos, larguísimos años de incesante malestar, de espantosa anarquía, de retroceso y escándalo.

III.

Tal vez la discusión se hubiera desviado fuera de los límites convenientes á no haber surgido un nue-

vo personaje de burocrático aspecto y severo rostro, vestido con esmerada pulcritud y armado con unas enormes antiparras que le prestaban todavía más imponente facha.

—Buenas noches, señoras y caballeros,—exclamó con grave entonación.—Aquí podré al menos distraer un rato mi imaginación, verdaderamente agostada con esa continua é incesante reflexión acerca de los importantes problemas de nuestra hacienda.

—No se preocupe V. tanto, don Germán,—contestó la distinguida señora de la casa;—el señor de Canga Argüelles se basta y sobra á sí mismo para calentarse la cabeza con esos números y esos presupuestos, como ahora dicen.

—Señora,—contestó don Germán,—no niego la alta capacidad de don José, pero no crea V. que yo haya dejado de tomar parte, sí, alguna parte, en la formación de ese presupuesto de gastos y entradas á que V. alude.

—Pues que sea enhorabuena, señor don Germán.

—Ya sabrán Vdes. que, gracias á mis desvelos, se ha podido saber á cuánto sube el importe de los gastos, que es de 7.194,266.839 reales vellón, ascendiendo los réditos á 216,691.473 de igual moneda.....

—No, señor, no lo sabíamos,—dijo el hermano de doña Margarita, algo sulfurado.

—Y que yo he sido también el que...

—Pero V. no habrá sido, sin duda, el que ha tenido el valor, raro en un ministro de Hacienda, de contar por mucho los gastos y quedarse muy corto en los productos; no habrá sido V. tampoco quien ha fijado las salidas en 1.200,000.000 y los rendimientos tan sólo en 225; tampoco creo haya sido V., de seguro, el que ha escrito este párrafo: «...Pero una administración desconcertada de veinte años, una serie de guerras desastrosas, un sistema opresor de Hacienda, y sobre todo la mala fe en los contratos de ésta y el desarreglo de todos los ramos, sólo dejaron en pos de sí la miseria y la desolación; y los albores de la independencia y de la libertad rayaron en medio de las angustias y de los apuros... A pesar de esto hemos levantado ejércitos y combatiendo con la impericia y las dificultades mantenemos aún el honor del nombre español y ofrecemos á la Francia el espectáculo terrible de un pueblo decidido que aumenta su ardor al compás de las desgracias.» ¿Usted no ha escrito esto, verdad?

—Con la ingenuidad que me caracteriza, le manifestaré á V., don Diego, que es cierto lo que V. dice y que yo no soy el autor de ese párrafo, que me parece algo irreverente para la gestión administrativa del anterior reinado, ó sea el del Sr. Don Carlos IV de Borbón.

—Pues Dios haga que ningún ministro de hacienda del porvenir se vea jamás en el caso de tener que hacer suyas las palabras del actual. Por lo demás, nunca será bastante elogiada la conducta de Canga Argüelles al calcular en tan baja escala los rendimientos, lo cual nada importa para que siga pujante la lucha. No es la nuestra una guerra de gabinete sino una guerra nacional, y á donde no alcance el gobierno oficial alcanzará el patriotismo de los particulares. Hombres acaudalados dan el fruto de sus propiedades, sus rentas, sus capitales para el sostenimiento de la fuerza armada; el soldado nada exige y sobrelleva con gusto la miseria, la escasez y las penalidades; y, por fin, poniéndose en juego todos los resortes de la nación surgen milagrosamente los recursos de todas partes. Nada importa el desfalco que se nota entre lo que debe gastarse y lo que podrá hacerse efectivo; el patriotismo suplirá á todo.

—Sin embargo, yo he sostenido que debería generalizarse el arbitrio de tomar represalias y confiscar los bienes de los infidentes...

IV.

—Pues crea V., señor don Germán,—dijo á este punto un diputado de los más jóvenes, tan joven que debió dispensársele la edad, siendo con el tiempo uno de los más ilustres historiadores españoles contemporáneos,—crea V. que esas represalias y confiscaciones de que V. habla, apenas han servido más que para arruinar familias y alimentar la codicia de gente rapaz y de curia. Hay que borrar esa legislación, herencia de edades bárbaras, buena sólo para que la empleen los hermanos Bonaparte. Hemos de obrar con lealtad y nobleza y así procederemos siempre. Ya hemos dado el primer paso para restablecer nuestro crédito en el mero hecho de reconocer solemnemente la deuda pública.

—Sí, se trabaja mucho y bien,—exclamó otro diputado, perteneciente á la comisión de guerra.—Estamos resueltos á restaurar la disciplina militar cuyo abandono desde hace largos años ha sido la causa de la mayor parte de nuestras derrotas. Hemos adopta-

do y llevado á la práctica la creación de un Cuerpo de Estado Mayor General, á pesar de la violenta oposición que nos han hecho algunos militares viejos, apegados á añejas costumbres. Así habrá unidad en las operaciones, ramificándose en todos los ejércitos los individuos del cuerpo, pero obedeciendo á un centro común cerca del gobierno. Blake ha dado muestras de ser un ilustrado general al formar y plantear dicho instituto. Con esto y con la nueva organización de las juntas provinciales es de esperar que la guerra cobre nuevo aspecto, sin que deban desanimarnos nunca los reveses.

—¿Y qué se dice de la proposición del divino Argüelles?—preguntó Ogirando.

—Pronto se promulgará el decreto aboliendo la tortura y el empleo de los llamados *apremios* contra los acusados, en virtud de la propuesta presentada por el gran orador,—respondió el diputado joven.—No es que la tortura se aplique con mucha frecuencia en la actualidad, pero áun así no ha caido todavía en total desuso. En cambio, los *apremios* que inventó veinte años atrás el famoso y cruel Cantero se aplican, sí, abusivamente. Todo va á desaparecer ahora, en virtud de las ideas del ilustre Beccaria. Las Cortes han votado por unanimidad lo propuesto por Argüelles y sólo ha defendido débilmente la tortura el señor Hermida.

—En verdad que causan horror esos espantosos apremios. Una vez ví aplicar á un acusado, que después resultó inocente, *los grillos á salto de trucha*, y áun me dura el estremecimiento,—dijo Ogirando.—¡Quiera Dios que para nunca jamás reaparezca en España tan infame tormento!

Alguien de la tertulia murmuró algunas frases ininteligibles.

—¿Qué está V. diciendo de Fernando VII?—preguntó doña Margarita.—¿Qué él no consentiría que se aplicasen si volviese?

—Nada, señora, nada,—contestó el interpelado.—Decía que sería una ferocidad el empleo de los grillos á salto de trucha, fuese quien quiera el que lo mandara, aunque fuera Fernando el Deseado.

—No solamente han quedado abolidos esos suplicios,—repuso el diputado joven,—sino que van á serlo también los señoríos jurisdiccionales y otras reliquias que nos han quedado del feudalismo, uniformándose de este modo en toda la península la administración de justicia. Van asimismo á abolirse muchos derechos, prestaciones y privilegios inmorales y estrambóticos, incompatibles con las costumbres de un pueblo libre. Así desaparecerá, por ejemplo, la servidumbre llamada *luctuosa*...

—¿*Luctuosa*?—dijo el americano.—¿Y qué es eso?

—Es un derecho que tiene el señor de recibir cuando muere un padre de familia la mejor prenda ó alhaja de la casa del difunto.

—¡Valiente consuelo para sus deudos!—exclamó Leon y Pizarro.

—También será abolido el derecho de *pernada*, ese vergonzoso y deshonroso tributo que debe pagar el marido para gozar libremente del derecho legítimo que le conceden sobre su esposa el contrato y la bendición nupciales.

—¡Cómo!—replicó el americano.—¿También en España existe el derecho de pernada? Yo creía que sólo era conocido en Francia, donde lo introdujo San Luís en sus *Etablissements* ú ordenanzas.

—Pues existe también en España,—contestó el diputado joven.—Los monjes de Poblet disfrutan de ese privilegio, cobrando actualmente setenta libras catalanas de la villa de Verdú en resarcimiento de uso tan profano. Ninguna dificultad cabrá en extirpar todas esas prerogativas, pero en otras cosas habrá que ir con más cuidado y requerirán madura reflexión. Pueden considerarse como derogados los privilegios exclusivos de hornos, molinos, almazaras, tiendas, mesones y derechos de caza y pesca, pero habrá que indemnizar, tal vez, á alguien. ¿Cómo no, cuando, por ejemplo, los descendientes de Guzmán el Bueno disfrutan del goce exclusivo de pescar atunes en Conil? No es cosa de privarles *ab irato* de esta merced, concedida á raiz de la heroica defensa de Tarifa. Lo mismo digo acerca de ciertas alcabalas y tercias que perciben algunas casas linajudas y de las fincas enagenadas de la corona, no hechas con pacto *de retro*, pues en éstas no cabe vacilación. Hay en el seno de las Cortes muchos que están por medidas radicales y es fácil que García Herreros consiga atraer á sus ideas á muchos diputados. Es gran orador y tiene manifestado ya cuál es su criterio:—*Abajo todo*,—dice;—*fuera señoríos y sus efectos y de este modo todo está concluido*. ¡Bien defiende la causa el digno diputado por Soria!

—Creo como él,—dijo el americano.—No hay que reconocer otro señorío que el de la nación. En esta parte, García Herreros me tendrá á su lado.

—Y de guerra, ¿qué tenemos?—preguntaron á Espinosa.

V.

—Ya sabrán Vdes., — contestó el brigadier,—que Beresford está sitiando á Badajoz; en poco tiempo han debido evacuar los franceses Olivenza y Almeida, y es de creer que ahora les pasará lo mismo. Pronto va á salir de aquí la expedición que ha de mandar el regente Blake para operar en Extremadura, y unidos anglo-portugueses y españoles, es fácil se pueda dar una gran batalla, gloriosa para nuestras armas y provechosa para la causa de nuestra independencia.

—Mucho pueden hacer, en efecto, unidos los ejércitos aliados,—dijo Ogirando.—Tenemos á Ballesteros en el condado de Niebla, y cabe disponer del lucido ejército en mal hora confiado á Peña y ahora á Zayas. Blake es un buen militar, aunque poco simpático por su excesiva frialdad y sus cortas palabras, pero si se lleva á Burriel de jefe de Estado Mayor, tendrá un sabio asesor y consejero.

—Así se dice que será,—contestó Espinosa.

—Todo marchará perfectamente,—repuso Ogirando,—pues si bien Blake no está en los mejores términos con Wellington desde que se opuso con tanta energía á la pretensión del inglés de que se le diese el mando de las provincias aledañas de Portugal, en cambio Castaños es muy amigo de los generales británicos y procurará conciliarlo todo. Por lo tanto, brigadier, espero pronto noticias de V. y que me escriba desde Badajoz.

—Se lo prometo á V. así, señor Ogirando,—contestó Espinosa,—y para entonces he de pedir á Villavicencio que mande representar en el teatro su linda comedia de V., *Los titeres*, para celebrar la derrota de los franceses.

—¿Con que conoce V. mi traducción de *Les Marionettes* de Picard?

—Y he oido también cantar á Manuel García su opereta de V., *Una travesura;* crea V. que pasé un buen rato con la bellísima música que tiene y que llegué á creer que el argumento era original de usted por su castizo lenguaje y la corrección que noté en el diálogo.

—No, señor, no es original, es una traducción de *Une folie*, con música de Mehul. Son obrillas ligeras, al fin como de un atareado periodista, esclavo del público.

Retiráronse los tertulianos y Ogirando, lleno de alegría corrió á la redacción del *Conciso* para publicar al día siguiente un número que causase profunda sensación por el cúmulo de noticias que iba á contener.

Así fué, en efecto, y el insigne periodista tuvo la satisfacción de ver agotada en una hora la primera tirada, debiendo proceder á una segunda para satisfacer la justa curiosidad del pueblo gaditano.

Espinosa recibió al día siguiente orden de incorporarse al ejército, que iba á darse á la vela, y el 16 de Abril se embarcó en la fragata *San Fernando*, con rumbo otra vez al condado de Niebla. Méndez iba á sus ordenes, prometiéndose volver en breve á los brazos de Matilde, que derramó tiernas lágrimas al despedirse de él.

El día 17 dieron tierra los expedicionarios, llenos de las más risueñas esperanzas.



CAPÍTULO IX

Antoñita

I

Una vez hubo tomado tierra la expedición, púsose en marcha hacia Extremadura, siguiendo la orilla izquierda del Guadiana.

El 25 de Abril de 1811 llegaron las tropas á Sanlúcar del expresado río, en cuyo punto se encontraba la división Ballesteros.

Así que hubo entrado en la villa la fuerza expedicionaria, presentóse á Espinosa su antiguo ayudante Luís Belmonte, que se había incorporado á la división del general asturiano.

—¿Por qué no os vinisteis á Cádiz?—le preguntó el brigadier, algo extrañado de encontrarle todavía allí donde lo dejó.

—No encontré ocasión de hacerlo, mi brigadier,—contestó Belmonte.

—Vamos, ya; sin duda esa ocasión la buscaría cierta arrepentida beldad que yo me sé, pero de todas maneras, vuestro deber era veniros á donde yo estuviese.

—La persona que decís, mi brigadier, hace tiempo que no está aquí; no sé si habrá llegado á vuestro conocimiento que el príncipe de Lugano se casó con ella *in extremis*.

—¡Cómo! ¿Se os fugó Encarnación?

—No, no se fugó.

—¿Pues qué pasó aquí?

—Mi brigadier... comprendió que yo no podía amarla y abandonó estos lugares...

—¿Pero qué causa tuvo para creer que vos no pudieseis amarla, como decís?

—Hay aquí una joven, mi brigadier, que merece que yo la ame...

—Basta. Cometiste una mala acción, teniente Belmonte; Encarnación había dado hartas pruebas de quereros con el más completo desinterés para que os fuese decentemente permitido romper vuestras relaciones con ella. ¡No obrasteis bien; no es eso lo que era de esperar de vos!

—Mi brigadier, yo no puedo obligar á mi corazón á querer por fuerza.

—Estaba por encima de todo vuestra palabra.

—¡Fué una pasión fugaz, una engañadora ilusión!..

—Debiais haberlo conocido desde un principio.

—¡Mi brigadier, ya veis que una mujer como aquella!..

—Os amaba, y vos le habiais hecho entender lo mismo.

—Pero después ví que me había equivocado. ¿No me creéis por eso digno como antes de vuestro aprecio y estimación?

—Os soy franco, Belmonte, ya entre los dos no puede existir el lazo que antes nos unía.

—¡Mi brigadier! ¿No volveré á vuestro lado?

—No, podéis retiraros.

II.

Belmonte bajó la cabeza y se fué, hondamente afectado.

Antoñita, la hermosa ribereña cuya cara ya dijimos que era un fiel trasunto de las Vírgenes de Murillo, estaba esperando en su casa á Belmonte, y por rara casualidad tocóle á Espinosa alojarse en la morada de la niña.

Belmonte se encontraba con Antoñita cuando se presentó el brigadier ante ellos.

El joven palideció al verle llegar á caballo seguido de un nuevo ayudante.

Belmonte hizo el saludo al cual contestó friamente su antiguo jefe, retirándose á otra habitación.

Sucedía esto una deliciosa mañana de Abril, llena de sol.

Sentáronse á la mesa Espinosa y el ayudante y aproximóse Antoñita preguntándoles si querían almorzar.

—No, niña,—contestó el brigadier.—Tráenos una botella de amontillado.

Antoñita fué por lo que había pedido Espinosa, compareciendo de nuevo al poco rato.

—Beberemos á tu salud, hermosa niña,—dijo el héroe.—El brigadier Espinosa te desea largos años de vida y un buen marido.

—Señor brigadier,—contestó Antoñita,—creo que mi marido habrá de ser del gusto de V. E., pues ha tenido el honor de ser su ayudante.

—¿A cuál te refieres?—repuso el brigadier.—Dos ayudantes he tenido; el uno murió á manos de un amigo de ese francés que estuvo hospedado aquí y á quien cuidaste durante su herida; del otro, sólo sabía que mantenía estrechas relaciones con la mujer que vino con nosotros y á quien tú debiste tratar con intimidad, con Encarnación Díez, en una palabra.

—¿Belmonte tenía relaciones con Encarnación?—exclamó palideciendo Antoñita.

—¿Pues no lo echaste de ver?

—¡Oh, no! Yo creía que era la amante del herido.

—No, era la amante de ese que dices ha de ser tu marido.

—¡Ya no lo será, señor brigadier!

—Tanto mejor, Antoñita.

III.

Ya hemos dicho que Belmonte no había presenciado la anterior escena, pero abrigaba profundos temores de que resultase algo grave del hecho de poder hablar Espinosa con su nueva conquista.

Levantáronse el brigadier y su ayudante y dejaron á Antoñita dominada por la emoción de aquel doloroso desengaño.

Belmonte sintió aumentarse su inquietud al ver qne Antoñita no salía tras de los dos alojados y penetró en la sala, lleno de febril ansiedad.

—¿Qué te han dicho?—exclamó.

—Todo. Me has engañado villanamente. La mujer que vino con vosotros era tu querida y no la del herido. Déjame y no quieras que sigamos un momento más como hasta aquí.

—¿Quieres matarme?—replicó amargamente Belmonte.

—Me engañaste y engañaste á la otra. ¡Pobre señora! ¡Por eso ví que lloraba tanto al marcharse!

—¿Pero tú no crees que sólo te he amado á tí?

—Antes que á mí le dijiste lo mismo á aquella mujer.

—Eres cruel conmigo más de lo que merezco.

—¡Aparta!

—Cuando yo creía poder estar gozando en breve de tu amor para siempre, ¿tendrás valor bastante para lanzarme á la desesperación? Te juro, Antoñita, que esos amores de que has hablado no son dignos ni de que te fijes en ellos ni de que los comprendas. El amor del alma, la pasión pura y santa son los que siento por tí. No me castigues más de lo que merezco. Si me amas, como dices, olvidarás mi conducta antes de conocerte para no recordar más que las felices horas que hemos pasado juntos.

—Cometiste una acción que no tiene excusa al atormentar á aquella desventurada dejándola ver que la despreciabas por un nuevo capricho.

—La fatalidad hizo que se descubriera mi amor hacia tí; yo jamás la martiricé dándoselo á comprender.

—De esta manera tu afán porque no se divulgase nuestro cariño era sólo cobarde precaución...

—¿Qué había de hacer? Te amaba, te adoraba y me dolía que aquella mujer que me quería, sufriese al ver cual se había desvanecido el fantasma de nuestro desvarío.

—Déjame, nada me convencerá de que te portaste traidoramente.

—Yo no me puedo portar jamás traidoramente. Te dejo, Antoñita, quizás para no verte nunca más.

—¿Qué vas á hacer?

—No temas que atente á mi existencia. Si crees

que he faltado en algo á las leyes del honor sabré en el campo de batalla rehabilitar mi fama. ¿Qué exiges de mí?

—Exijo que quien tiene derecho para ello diga que eres un hombre que merece ser amado por una honrada joven.

—Espera, pues. ¡El brigadier ha de ser quien venga á pedir tu mano para mí!

Belmonte salió, quedando la joven llena de ansiedad. ¿Cómo dejar de amar á aquel bizarro mancebo, por más que le achacase el delito de una pasión anterior á la que ella le había inspirado? Sin embargo, Antoñita era noble y generosa y le daba horror el menor vestigio de inconsecuencia ó falsía. Dejó ir en buen hora á Belmonte, resuelta á no escuchar de nuevo sus palabras si no venía redimido de su mal comportamiento con Encarnación mediante un regular balazo ó cuando menos con una porción de citas en las órdenes del día. La única manera de quitarse de encima la acusación de desleal, femeninamente hablando, que pesaba sobre Belmonte, era dar inequívocas pruebas de no titubear en materia de andar á linternazos con los franceses. Capaz era Antoñita de absolver de los mayores crímenes y barbaridades al que demostrase ser un azote de los soldados de Napoleón; efectos del entusiasmo por la sagrada causa de la independencia nacional, dignos de admiración y aplauso. ¡Quiera el cielo que las mujeres españolas sean en todo tiempo capaces de olvidarlo todo en aras del bien de la patria!

IV.

Tambores y cornetas daban al aire sus marciales ecos; era llegada la hora de la marcha. Blake estaba contento. Por un instante, ¡cosa inaudita! se había mostrado locuaz y entusiasta. Hablando con Espinosa, Ballesteros, Lardizábal, Zayas y otros oficiales generales, habíase mostrado confiado y hasta alegre. Aquello era un prodigio. Nunca se había visto al general-regente tan animado. Siempre había gustado de batallar, pero nunca su semblante había demostrado la seguridad de vencer que por entonces revelaba.

Disolvióse el grupo que rodeaba á don Joaquín, y cada uno de los generales fué á ponerse á la cabeza de las fuerzas de su mando. Espinosa quedó al frente de una brigada de la división Zayas.

De pronto vió á Belmonte que le saludaba militarmente y le hacía ademán de querer hablarle.

—¿Qué queréis?—le preguntó el brigadier.

—Mi brigadier, un puesto en las filas de la brigada.

—Está bien; agregáos á los fusileros de Africa, como abanderado del primer batallón.

—¡Gracias, mi brigadier!—contestó Belmonte.

Dadas las órdenes oportunas quedó el ex-ayudante en posesión de su nuevo cargo.

La columna salió al poco rato y el flamante abanderado vió como Antoñita contemplaba el desfile desde lo alto de unas rocas junto al río.

Belmonte miró á la niña sin dar ninguna señal de que la conociese, pero ella no pudo contener las lágrimas al verle partir.

V.

Hermoso ejército era aquel.

Componíase de las divisiones 3.ª y 4.ª del 4.° ejército, ó sea el de Cádiz, y de una vanguardia, al mando respectivo de Ballesteros, Zayas y Lardizábal; capitaneaba la caballería D. José Loy, y era jefe de Estado Mayor el sabio oficial D. Antonio Burriel. Iban además 12 piezas de artillería. Contábase con que en tiempo oportuno se les reuniría Castaños con el 5.° cuerpo (de Extremadura y Castilla) y que el ejército anglo-portugués, al mando de Beresford, secundaría los planes del general-regente.

Todos marchaban contentos y esperanzados. A últimos de Abril se encontraba el ejército español en Jerez de los Caballeros, aguardando el momento de que llegasen las tropas aliadas y las de Castaños para tomar la ofensiva.

Méndez mandaba un regimiento de caballería y hacía diariamente excursiones y reconocimientos.

Un día avanzó hasta Santa Olalla y fué hecho prisionero con varios oficiales.

No sabía que Soult había llegado allí el día antes, procedente de Sevilla.

Su excesivo valor le había perdido. El bizarro jefe no sentía la desgracia tan sólo por lo que se refería á su persona, sino, más que por nada, por los que le acompañaban.

Eran estos tres valientes oficiales de su regimiento que habían querido seguirle á reconocer un estrecho desfiladero que convenía tener presente para

cuando se trabase batalla en aquella comarca. Méndez creyó distinguir reflejos de armas en la entrada de la oscura garganta y se fué allá para acabar de salir de dudas, pero antes de que hubiese llegado á la desembocadura del angosto paso, se vió rodeado por varios dragones que le cortaron la retirada. Acudieron en su auxilio los oficiales y sólo consiguieron correr la misma suerte que su querido jefe, obligados á rendirse ante la superioridad numérica de los contrarios.

Al punto fueron conducidos á presencia del duque de Dalmacia, que creyó poder sacar gran partido de la dichosa presa, seguro de que los cautivos le revelarían cuanto supiesen acerca de los planes de los aliados.

VI.

El mariscal Soult les recibió con inaguantable arrogancia; conocíase que le tenía de mal humor el haber dejado las dulzuras de su serrallo de Sevilla para ir á meterse por aquellos desiertos y barros de Extremadura. A pesar de su cara de arzobispo, parecióles el mariscal un dechado de sibaritismo, un egoísta sin convicciones ni entusiasmo, curtido en las crueldades y rapiñas que señalaban su paso por todas partes, y sin nobleza para tomar jamás una resolución generosa, como sucedía á veces con Miguel Ney.

—¿Cómo os llamáis?—preguntóle Soult á Méndez.

El teniente coronel le contestó, dándole razón de su nombre y cargo.

De pronto un comandante del Estado Mayor de Soult exclamó:

—Fué uno de los que se fugaron de Badajoz, condenados á muerte por el consejo de guerra.

—¿Quién es ese miserable que así deshonra el uniforme militar, convirtiéndose en vil delator?—exclamó Méndez.

—No se fugaron,—contestó otro.—Tenían concedida la libertad por el príncipe de Lugano. Yo ví el papel.

Méndez se volvió hacia el que había dicho estas últimas palabras y reconoció con alegría á M. de la Fanfare, el antiguo comandante de la cárcel de villa durante la prisión de fray Anacleto.

—¡Gracias, mi comandante!—exclamó Méndez.—Sois siempre un digno militar.

—¡Calle!—contestó asombrado M. Firmín.—Yo os he visto en otra parte... ¿Pero dónde diablos ha sido?

—¿No os acordáis, mi comandante, del insoportable parlanchín de Piccolomini, que os venía siempre á sacar de quicio cuando guardabais en Madrid al recoleto?

—¡Pardiez! ¡El mismo sois, buena pieza! ¡Dios os perdone los terribles ratos que me disteis! ¿Con qué no erais el sublime profesor de clavicordio y flauta? Bien me engañasteis, á fe mía, si bien cualquiera puede considerarse dichoso de poder ser burlado por hombre de tanto ingenio.

—Es favor, M. de la Fanfare,—contestó Méndez, sin atender al mariscal.

Soult le miraba, en cambio, fijamente, y dijo:

—¿Os queréis entender conmigo, coronel?

—No, señor duque,—contestó Méndez,—jamás.

—En ese caso, no puedo garantizaros nada.

—No os lo pido tampoco,—replicó el prisionero.

—Quede detenido y bien custodiado,—dijo Soult, volviéndose á un oficial que estaba cercano á él. —Giraud, conducidle al depósito, lo mismo que á los demás españoles.

Giraud era el que había delatado á Méndez.

—Mucho siento,—exclamó éste, cuando estaban cerca de Santa Olalla,—verme obligado á sufrir de nuevo la ignominia de tener que veros y que oiros. Sois un hombre despreciable; podréis ser excelente carcelero, pero no un militar honrado.

—Cada uno se venga como puede,—contestó el miserable.

—¿Y de qué os tenéis de vengar vos de mí? ¿Cuándo he cometido la avilantez de haceros ningún bien ni de pensar en vos para causaros ningún mal?

—Yo soy hijo natural del príncipe de Lugano, ¡todo lo que debía ser mío, es de una infame manceba, á la que hizo su esposa antes de morir, y esa manceba es vuestra amiga, á la que explotáis todos!

Méndez dió un terrible bofetón al deslenguado.

—¡Bien se vé que eres hijo de una vil prostituta, infame!—exclamó indignado.

Ebrio de coraje, el impostor tiró del sable con ánimo de asesinar á Méndez, cuando se encontró de pronto detenido por dos brazos de hierro.

VII.

Era M. de la Fanfare, que intranquilo acerca de

lo que podría pasarle á Méndez, le había ido siguiendo:

—¡Nos deshonráis á todos!—exclamó el digno militar.—Vuestra acción es de un cobarde; lo que debéis hacer es salir al punto afuera, y despojándoos de vuestro carácter de carcelero, mediros con ese hombre cara á cara y frente á frente, espada ó pistola en mano.

—Nadie os pide vuestro parecer,—contestó Giraud.—Yo me basto para saber lo que he de hacer. Retiráos al punto, y si no lo hacéis, mandaré á la escolta que dispare sobre todos vosotros.

—Sois un mal nacido,—contestó La Fanfare,—pero os advierto que esos prisioneros están bajo mi protección y que me respondéis de su vida con la vuestra.

—¿Me amenazáis?—replicó Giraud.

—Os advierto.

—Vuelvo á mandaros que os retiréis.

—Y yo me niego á obedeceros; por lo tanto, falto á la ordenanza y debo constituirme preso. Vuestro deber es conducirme, por consiguiente, donde quede detenido.

Giraud se mordió los labios y contestó:

—Está bien. Seguid.

Los españoles y el francés llegaron de este modo hasta la casa del ayuntamiento de Santa Olalla, en cuyos bajos quedaron encerrados, pero en distinto aposento cada uno, Méndez, Fanfare y los tres oficiales de caballería españoles.

El digno comandante se paseaba agitado por la sala que le servía de prisión.

Al día siguiente se le presentó de mañana el comandante Giraud y le manifestó que él y los demás debían ser trasladados á Córdoba, confiados á su cargo.

—¡Bien está!—dijo La Fanfare.

Salieron los cinco detenidos y pudieron ver formado todo el ejército de Soult, compuesto de más de 20.000 infantes, 5.000 caballos y 40 piezas de artillería. Iban al frente de las divisiones Girard, el feroz Latour-Maubourg, Godinot, Maransín y otros.

Partieron los presos, escoltados por un fuerte piquete, á pié y atados, llegando al anochecer, después de una fatigosa marcha de quince horas, á Cazalla de la Sierra.

—Habéis de pagarme caro vuestro insulto,—exclamó con rabioso coraje Giraud, dirigiéndose á Méndez cuando éste entraba en el lugar destinado á prisión de tránsito.

—Os daría otro bofetón si tuviese libres las manos,—contestó Méndez,—pero á falta de ello, daos por abofeteado una y cien veces.

Y tras de estas palabras le volvió Méndez la cara con desdeñoso gesto.

Iba el comandante á cometer algún atentado, cuando oyéronse de pronto en la plaza grandes gritos de: *¡Muera Napoleón!* y *¡Viva España!*

VIII.

—¡Fuego á esa canalla!—gritó Giraud, lanzándose á la puerta para hablar á la guardia.

Poco antes de que hubiese acabado de decir tales palabras quedó inmutado al ver invadida la plaza por una inmensa multitud armada.

Las franceses se vieron rodeados en un momento por numerosa caballería en cuyas lanzas lucían banderolas con los colores nacionales.

—¡Vivan los guerrilleros!—exclamaban las gentes del pueblo.

—¡Viva España!—contestaban los ginetes.

De pronto, Méndez lanzó un grito de alegría mezclado de sorpresa, al ver entrar en la estancia al jefe de los guerrilleros.

—¡Miranda!—exclamó.

—¡Méndez!—contestó el intrépido caudillo.

Era, en efecto, Miranda que había dejado la serranía de Ronda con su guerrilla para ir á incorporarse al ejército de Blake, encontrándose inesperadamente en Cazalla con aquella fuerza enemiga.

—¡Es posible! ¡Tú aquí!—dijo Miranda.

—Caí prisionero ayer,—respondió Méndez,—con esos amigos.

—¿Y qué tal os han tratado?

—Muy bien,—contestó Méndez,—así es que te pido como especial favor que pongas en libertad al jefe de la escolta.

—Concedido,—contestó Miranda.

—Mil gracias, Fernando. En cuanto al comandante francés que iba preso conmigo,—repuso Méndez,—será mejor que no lo sueltes, pues es una dignísima persona y los suyos podrían jugarle alguna mala pasada.

—Quédatelo, pues, aunque no sé qué le sería mejor, si volverse con los suyos, aunque debiesen fu-

silarle, ó tener que seguirnos en esta condenada vida que llevamos.

—Ese comandante es el que desempeñaba el cargo de jefe de la cárcel de villa cuando estaba allí fray Anacleto.

—Pardiez, pues nadie le tocará un cabello; recuerdo que se nos portó muy bien entonces y dió muestras de poseer un corazón excelente.

—Mucho que sí. Ahora he de pedirte que seas padrino mío en un duelo con ese comandante que acaba de recibir de tí su libertad.

—¿Un desafío con el jefe de la escolta?

—Precisamente. Le he abofeteado y agraviado.

—Siendo así, no hay más que hablar. ¿Pero á qué vino eso?

—Vino de ciertas expresiones á propósito de una antigua espía convertida luégo, por gracia del amor, en benemérita española, y otra vez vuelta ahora á poder del francés con la graduación de mariscala.

—¿De mariscala? ¿Y qué mariscala es esa?

—La princesa de Lugano. Una pasión de viejo llevó al príncipe á darle su mano en la hora de la muerte. Parece que ese comandante Giraud es hijo natural del difunto y pensaba heredar su fortuna cuando este casamiento vino á frustrar todas sus esperanzas.

—Vamos, se comprende que siendo así esté desesperado.

—La daifa se enamoricó de un ayudante de Espinosa, pero el mocito la dejó plantificada, á lo mejor, prendado de una ribereña de los barros del Guadiana, por lo cual la abandonada Dido volvió á los brazos del viejo, que le perdonó su escapatoria. Giraud se atrevió á decirme á la cara que esto había sido un complot urdido por nosotros y por eso le dí de bofetones.

—Al avío, pues, y despachemos pronto; luégo hablaremos largo y tendido de nuestras cosas. ¿Y Matilde?

—Tranquila y buena en Cádiz. ¿Y tu Carmen?

—En Madrid. La ví áun no hace dos meses.

—¿Que la viste? ¿Y dónde?

—¿Pues no te lo he dicho? En Madrid.

—¿Y fuiste desde la Serranía á Madrid?

—Fuí á Madrid desde la Serranía; verdad es que fuí solo.

—Eres admirable.

—Gracias.

—¿Viste á Petra?

—No, había salido hacía poco para ir á reunirse con Garroyo. No sé si llegó á tus oídos lo que le pasó á Aráztegui.

—No sé nada.

—Estaba de coronel del regimiento de jurados cuando de pronto desaparecieron él y la mujer de un asentista judío, sin que se volviese á saber de ellos.

—Huirían á Francia.

—No, ni los franceses ni los guerrilleros les vieron atravesar la frontera.

—Es un misterio incomprensible, pero tiempo nos quedará para hablar de ellos; vaya, despachemos eso.

—Sí, voy á ver á tu adversario para que nombre padrinos y escoja armas y sitio; en cuanto á hora, ha de ser sin tardanza, pues deberemos partir cuanto antes.

IX.

Miranda fué á encontrar á Giraud, al cual sorprendió temblando.

—Quedáis libre, señor comandante,—le dijo,—pero antes de permitiros que os incorporéis á vuestro ejército, es necesario que arregléis el asunto pendiente con el señor teniente coronel Méndez, al cual lanzasteis una imperdonable injuria.

—¿Qué queréis decir?—contestó Giraud.

—Quiero decir que me designéis personas con las cuales pueda entenderme para arreglar las condiciones del duelo. En cuanto á vos, mi apadrinado os deja la elección de sitio y armas.

—¿Y á quién queréis que nombre yo padrino, si no tengo aquí ningún amigo?

—Perdonad, pero cayendo, como ha caído prisionero, un escuadrón de dragones, creo que todos y cada uno de los subalternos y soldados son dignos de que les confiéis el cargo de entender en reparar la ofensa que os ha inferido mi amigo Méndez poniéndoos la mano en el rostro.

—Está bien. Id á veros con el capitán Lanjuinais y decidle que haré lo que le parezca.

Miranda fué á ver á Lanjuinais y le enteró de lo ocurrido.

—Excusado es decir,—repuso,—que desde el momento que vengo á tratar con vos, es á condición de que quedáis también en plena libertad.

—Gracias,—contestó Lanjuinais.—Acepto ser testigo del comandante, pero dispensadme si no admito la libertad que me concedéis. Quiero seguir la suerte del escuadrón.

—Como queráis,—repuso Miranda;—no tengo facultades para llevar más adelante mis consideraciones.

Después de algunas conferencias se convino en que el duelo sería á pistola, á treinta y cinco pasos, pudiendo adelantar diez cada adversario, escogiéndose como sitio más á propósito la carretera.

Pusiéronse en marcha Méndez y Miranda, y al poco rato comparecieron Giraud y Lanjuinais. Contáronse los pasos, cargáronse las pistolas y se colocaron en línea los adversarios. Dos rayas trazadas en el polvo del camino señalaron el límite de los diez pasos que cada uno podía avanzar.

Armados los dos contrarios, retiráronse los padrinos y se colocaron á un mismo lado.

—*¡Marchez!*—exclamó Lanjuinais.

A esta voz Giraud avanzó precipitadamente, y al llegar al límite de los diez pasos disparó.

Méndez, inmóvil, sintió que una bala le rozaba el cuello.

Luégo hizo fuego á su vez y oyó, simultáneamente con la detonación, un grito.

Giraud había caido, atravesadas las sienes, falleciendo en el mismo instante.

Lanjuinais se acercó á Miranda y le dijo:

—¿Dónde hemos de enterrar al muerto?

—En el cementerio,—contestó el guerrillero;—voy acto seguido á dar las órdenes necesarias para que se le tributen los honores militares.

Lanjuinais se acercó al cadáver y aguardó que volviesen Miranda y Méndez.

Al cabo de poco rato oyéronse clarines de caballería. Seis dragones franceses llevaron el cadáver sobre tres lanzas y detrás seguía el escuadrón de Miranda.

Giraud fué sepultado en la fosa común del camposanto y una descarga dió la señal de quedar terminado el acto.

X.

—La razón estaba de vuestra parte,—dijo Lanjuinais á Méndez.—La querida del mariscal jamás tuvo nada de común con vosotros, cuya nobleza y pundonor me constan por lo que he visto y por lo que me tenía referido el marqués de Lagarde.

—¿Conocéis á M. de Saligny?—le dijo Méndez.

—Hemos sido compañeros de armas desde que servimos. El fué quien indujo á Encarnación á que se compadeciera del mariscal, volviendo á su lado, una vez que el joven á quien ella quería la hubo abandonado por una nueva pasión. Este joven sabía que Encarnación era inmensamente rica y la despreció para rendir su corazón á una humilde labradora.

—Os agradezco las frases que habéis dicho, M. de Lanjuinais, — contestó Méndez, — y sólo siento que las distintas banderas que defendemos nos impidan ser buenos y excelentes amigos.

—Donde quiera me encontréis sabré portarme como leal adversario,—contestó Lanjuinais.

—Lo mismo os digo yo,— repuso Miranda,— pero creed que me dariais una prueba de consideración aceptando la libertad.

—No la quiero, mas no por eso quedo menos reconocido á vuestra generosidad.

—Como queráis, capitán.

Miranda dió orden de proseguir la marcha. El y Méndez marchaban al frente, llevando entre ambos á Lanjuinais y detrás seguían los guerrilleros, yendo entre filas y á caballo también los prisioneros.

Al siguiente, y después de haber andado casi siempre á galope tendido, llegaron á Fuentes de Leon y por fin el 13 de Mayo pudieron reunirse en Jerez de los Caballeros con las tropas de Blake.

La sorpresa de Espinosa fué tan grande como su alegría al ver rescatados á Méndez y á sus compañeros, y sobre todo, al estrechar de nuevo la mano de Miranda.

El héroe de la serranía de Ronda fué recibido con entusiastas aclamaciones, aumentadas al ver traer prisionero al escuadrón de Giraud; Blake le felicitó y todos á porfía querían que Miranda les contase las inauditas hazañas que de él se referían.

Lanjuinais y sus ginetes fueron destinados á Cádiz, aunque por de pronto quedaron detenidos en el castillo de Jerez, sombrío torreón perteneciente á los templarios y en el cual es fama perecieron éstos degollados.

En cuanto á La Fanfare, dirigióse desde Cazalla á Sevilla, con ánimos de sincerarse, y sobre todo muy confiado en la pasión por Cimarosa y Mehul que compartía con él el gobernador de la plaza.

CAPÍTULO X

Noche de juego

I

—Dinos ahora qué fué de tí, Miranda, desde tu llegada á España, después del complot de Viena,—exclamó Espinosa al llegar con sus amigos á su alojamiento de Jerez de los Caballeros.

—Triste recuerdo suscitas en mi ánimo,—replicó Miranda,—pues aún me dura la terrible impresión que me causó el suplicio de Staaps. Salí de Austria, y mediante los más variados disfraces y pasando mil peripecias, conseguí llegar á Barcelona, en cuyo puerto desembarqué á primeros de Febrero de 1810. Pude desde allí llegar á Tarragona, y conducido por una fragata inglesa me encontré en Gibraltar al principiar la primavera. Conocía yo palmo á palmo el terreno en aquel punto y contaba con buenas y leales relaciones con los serranos de la Alpujarra y los de Ronda, que habían tomado en casi su totalidad las armas y luchaban con denuedo y fortuna. Busqué una partida en que incorporarme y sabiendo que el alcalde de Montellano había uno de aquellos días rechazado de las calles del pueblo á los franceses, decidí ir á ponerme á sus órdenes. Encontrábame yo al frente de un numeroso grupo cuando topamos en Grazalema con una fuerte columna que de nuevo se dirigía á Montellano á vengar la afrenta anteriormente sufrida. Recia fué la pelea que sostuvimos, hasta que no nos fué ya posible impedir por más tiempo el avance del enemigo hacia el pueblo amenazado. Yo, cierto de que iba á acaecer una catástrofe, mandé en seguida emisarios á recoger más gente, y una vez reforzado fuí tras de la retaguardia francesa, pero con el sentimiento de que los feroces imperiales hubiesen llegado ya á Montellano. Desde lejos vimos una inmensa hoguera, pero áun con eso oíase incesante tiroteo dentro del lugar. Era que el francés, desesperado por la resistencia heroica de aquellos moradores, había reducido á pavesas la villa, siguiendo, no obstante, la defensa casa por casa. No cesaba de retumbar el cañón, pero al vernos los franceses todo acabó y emprendieron rápidamente la retirada. Encontramos Montellano convertido en un montón de escombros. El enemigo estaba atacando á nuestra llegada el campanario y la casa de Romero. Este, rodeado de su mujer y de sus hijos, había hecho una resistencia desesperada, poniendo en jaque á más de mil franceses que le tenían cercado y le asaltaban. Lo que hizo Romero no es para creído; los franceses caían á granel bajo el certero fuego de su fusil; arredrados los contrarios, y considerando con espanto aquella carnicería inaudita causada por el heroico alcalde, resolvieron atacar con artillería la morada desde que sembraba el estrago y la muerte. Tal era el significado del cañoneo que oimos al divisar Montellano. Nuestra aparición y el terror que sintieron los franceses al verse tan vergonzosamente rechazados por aquel solo hombre, fué causa de que emprendieran la fuga. Esto conseguimos: librar á D. José Romero y á su familia de la horrible muerte á que les hubieran condenado los franceses, ávidos de saciar en él la sed de venganza que sentían. A duras penas pudimos arrancar á Ro-

mero de los escombros de su pueblo, contestando:—*¡Alcalde de esta villa, este es mi puesto!*

—¡Admirable comportamiento, digno de un gran español!—respondió Espinosa.—¡No se ha extinguido aún en nuestra patria la raza de los Villadrandos!

—Estuve luégo en Tarifa y allí escarmentamos también á los gabachos que querían entrar de rebato en la plaza, causándoles numerosas bajas y ahuyentándoles. Tomé en seguida parte en la expedición que hizo Lacy á la serranía en Junio siguiente, y de acuerdo con Aguilar, Valdivia y Becerra molestamos continuamente al enemigo. Más se hubiera podido hacer á haber habido mayor armonía entre las tropas de línea y nuestras partidas, pero áun con eso causamos graves pérdidas al francés.

—¿Estuvisteis mucho tiempo en la Serranía?

—Estuvimos allí todo el año diez, obligando al cuerpo francés que sitiaba á Cádiz á separarse del de Sebastiani, alojado en Granada. Mandábanos siempre como jefe superior el general Valdenebro, y por su parte el general Begines de los Ríos nos auxiliaba con su bizarra división. Aquello fué un pelear sin tregua ni descanso, rechazando cada vez que nos atacaban á las columnas que contra nosotros se enviaban de Granada, Sevilla y la línea de Cádiz. Nos dispersábamos cuando nos tenían acosados de cerca, para reconcentrarnos á las pocas horas; sólo se oían toques y gritos de guerra por montes y valles, y no teniendo cornetas ni tambores nos valíamos de rabeles y zampoñas. La insurrección creció así hasta el extremo de quedar erizados de cañones los riscos más escarpados. Portáronse bien sobre todo las rondeñas, dignas de eterno reconocimiento. Estad seguros de que nadie ni nada será capaz de apagar el fuego que arde en las sierras. Sus naturales han querido en todo tiempo conservar su fama de invencibles y no han de portarse menos bizarramente ahora que en otras ocasiones.

El toque de llamada hizo cesar la conversación de los tres amigos y cada uno acudió á su puesto. Todo hacía presagiar que en breve se daría la batalla que deseaba Blake.

II.

Aquella tarde Lanjuinais se paseaba tristemente por la plataforma del torreon viendo como pasaban revista las tropas españolas y percibiendo claramente las voces y exclamaciones de alegre confianza en el triunfo en que prorumpían nuestros soldados.

Estaba encargado de la custodia de los prisioneros un teniente de infantería del regimiento de Africa, conocido por su desenfrenada pasión por el juego, pero en todo lo demás excelente oficial, disciplinado y valiente.

Los dragones ocupaban una de las salas altas del castillo, habiéndoseles quitado en seguida los caballos, que montaban ahora los soldados españoles.

Diego López, que así se llamaba el teniente, sentíase asaz aburrido al considerar que iba á verse obligado á hacer de carcelero en tanto que sus camaradas se disponían á marchar á una de las batallas que prometían ser más encarnizadas, según el cariz que iban tomando las cosas. Era hombre Diego López que no supo jamás estarse quieto y mal podía habituarse, por lo tanto, á la pasividad de un cargo que tanto contrastaba con la animación de la vida de campamento.

Aquel día estaba ya cansado de jugar al monte con el subteniente y los dos sargentos que tenía á sus órdenes, cansado de vigilar á los presos y cansado de encontrarse á cada momento con Lanjuinais, que no menos impaciente que él, tampoco se daba un punto de reposo, subiendo y bajando.

Por fin llegó la noche, oyéndose de continuo toques de tambores y cornetas. Encendiéronse luces en el castillo y López mandó llamar á Lanjuinais invitándole á cenar con él.

El francés aceptó. Aunque no sea posible ponderar la frugalidad de la cena, verdadera colación digna de un anacoreta, como tenían los dos mucho apetito, no dejaron sobre el mantel ni una migaja.

—¿Jugáis?—le preguntó Diego López á Lanjuinais.

—A dados,—contestó el francés.—Os propongo una partida, teniente.

—Acepto,—contestó López.

Principiaron á rodar los cubiletes. A media noche Diego López, pálido y sombríamente taciturno había perdido todo cuanto poseía y la suma que se le había entregado para atender al transporte de los prisioneros.

—Vaya, la puesta final,—exclamó.—Yo, todo lo ganado; vos, vuestra libertad y la de todos los prisioneros.

—Acepto,—contestó Lanjuinais.

Diego López echó los dados, cerrando los ojos convulsivamente.

—¡Tres!—repuso Lanjuinais.—¡Libres!

—Libres,—repitió maquinalmente Diego López.

Los dos jugadores se levantaron.

—Decid al subteniente Salas que se me presente,—exclamó López, dirigiéndose á un ordenanza que había permanecido en la antecámara.

El subteniente Salas, que era un gallardo ex-estudiante de Alcalá, moreno y bien parecido, entró en el aposento.

—Retirad los centinelas del rastrillo y ponedlos á la puerta del dormitorio de la compañía con orden de no permitir á nadie la salida.

Salas miró asombrado al teniente, pareciendo no haber comprendido la orden.

—Os repito que quitéis los centinelas del rastrillo y los pongáis á la puerta del dormitorio con la consigna de no dejar salir de allí á ningún soldado de la compañía. No me obliguéis á que tenga que repetirlo por tercera vez.

El subteniente salió y volvió al cabo de algún tiempo diciendo:

—Está cumplida la orden, mi teniente.

Este, que durante aquel rato había escrito una breve comunicación, repuso:

—Ahora, vais á poneros en marcha en seguida para la ciudad, donde entregaréis este pliego al general Zayas, y os encargo que fijándoos en la urgencia del caso no os detengáis un solo minuto hasta dejarlo en sus manos. Si duerme, es preciso despertarle sin pérdida de tiempo.

III.

Diego López cerró el pliego cuidadosamente y lo pasó al subteniente.

Atónito éste ante las incomprensibles órdenes del comandante de la torre, salió del aposento, oyéndose al cabo de algunos momentos el galope de un caballo.

López se acercó á una ventana y vió descender por la colina al subteniente.

—Venid,—dijo, volviéndose hacia Lanjuinais.

El francés le siguió y se dirigieron á la cuadra donde estaban custodiados los prisioneros.

—Id á acostaros,—dijo Diego López á los centinelas.—Yo haré la guardia.

Los dos soldados de facción se retiraron.

Diego López entró en la cuadra y exclamó:

—Todos los franceses tienen libre la salida del castillo.

Los dragones se levantaron y se encaminaron, guiados por él, hacia el rastrillo.

El teniente descorrió el cerrojo y vió cómo iban saliendo silenciosamente.

El último de todos fué Lanjuinais.

—¿Venís?—preguntó á Diego.

—Me quedo,—contestó el teniente.

—Adiós,—repuso Lanjuinais, tendiéndole la mano.

IV.

Los dragones tomaron el camino opuesto á Jerez y al cabo de una hora, una hoguera encendida en la cumbre de una loma dió á comprender á Diego López que los prisioneros estaban en salvo.

El teniente permaneció en el rastrillo toda la noche, esperando que apareciesen en el sendero que conducía al torreón los hombres que él esperaba.

Al amanecer, vió, en efecto, al subteniente á caballo, acompañado de un cura y de una escolta de lanceros.

Diego López, inmóvil y sereno, no se separaba del puente levadizo.

Cuando vió que la comitiva estaba ya cercana, arrojó el sable al foso y se quitó las insignias que llevaba en el sombrero y en los hombros, tirándolas también.

El subteniente echó pié á tierra, y acercándose á López le dijo, con voz embargada por la emoción:

—¡Teniente López, entregáos preso!

Diego López dió un paso hacia él y murmuró:

—Ahí me tenéis. ¡Atadme!

Salas volvió la cabeza, profundamente afectado, haciendo como que no había oído.

Entraron todos en el castillo y al llegar á una sala del piso bajo se detuvieron.

—¡Alto!—exclamó Salas.—Sargento, leed ese papel.

Un sargento con voz balbuciente leyó lo que sigue: «En vista del resultado de la causa formada al teniente D. Diego López por delitos de traición é infidencia, de los cuales está confeso y convicto, según declaración escrita de su propia mano, el Consejo le condena á pena de muerte, que será ejecutada con las formalidades de costumbre.—Doy fe.—El sar-

gento-escribano, *Segundo Martínez Vázquez.*»

—¿Tenéis algo que alegar, teniente López?—preguntó Salas.

—Nada,—contestó el reo.

—Disponéos, pues, á morir. Este sacerdote os prestará su ayuda.

El cura se acercó á López y tuvo con él algunos minutos de plática.

Salas, con los ojos humedecidos de lágrimas, se acercó entonces á López y lo llevó á un oscuro rincón de la estancia.

Abrazóse á él estrechamente y exclamó:

—¿Qué has hecho? ¿Por qué no huías ó te pegabas un tiro?

—Ha de cumplirse la ordenanza,—contestó con voz entera Diego.—He faltado y hay que fusilarme.

—¿Quieres huir?

—No.

—Se hará de manera que nadie resulte culpable.

—No.

—Adiós, pues.

Bajaron todos al patio.

V.

El sol doraba ya las almenas de la torre.

Salas montó á caballo y dió la voz de *¡marchen!*

Llegaron á un bosque é hicieron alto allí. López y el cura hablaron otra vez; el teniente se arrodilló y el padre le bendijo, apartándose luégo.

Formaron algunos soldados junto al subteniente; la distancia á que estaba Diego López era bastante considerable.

Los soldados encararon los fusiles contra el reo.

—¡Pelotón!—gritó Salas...—¡Preparen! ¡Apunten!

—¡Fuego!—repuso en seguida, sin dejar tiempo á que pudiesen tomar bien la puntería.

Resonó una detonación y López cayó al suelo.

—¡Marchen! ¡Paso redoblado!—exclamó precipitadamente.

La pequeña columna volvió al castillo, y una vez hubieron pasado el puente levadizo todos los hombres y caballos, Salas picó el suyo y volvióse á galope hacia el lugar de la ejecución.

VI.

El subteniente buscaba á López, vivo ó muerto, extrañándose mucho de no encontrarlo donde había caído.

Fué observando si podría encontrar alguna señal y no tardó en notar huellas de un caballo en uno de los senderos, las cuales eran en dos sentidos, como si después de haber llegado hasta allí hubiese vuelto grupas la cabalgadura.

—¡Se lo han llevado!—exclamó Salas, asombrado de la extrañeza del caso.

El subteniente meditó un momento y repuso:

—Si se lo han llevado, es que estaría vivo. De todas maneras, no me arrepiento de lo que he hecho. Diego López era un valiente oficial y delinquió gravísimamente; jugó, perdió, pero él cuidará de resarcir á la patria el daño que la ha hecho soltando á esos prisioneros. ¡Ea! No pensemos más en ello. Un día ú otro nos volveremos á encontrar y entonces mediarán las explicaciones.

Salas llegó al torreón, y así que se levantaba para darle paso el pesado puente, llegó un ayudante de Blake con orden de que la compañía que daba la guarnición del castillo fuese á incorporarse á su respectivo regimiento.

VII.

A las primeras horas de la mañana salía el ejército español de Jerez de los Caballeros y llegaba á Valverde de Leganés por la tarde, haciendo una rápida jornada. Allí encontraron á Beresford con las tropas inglesas que venían del cerco de Badajoz, levantado después de varias infructuosas tentativas contra la plaza.

No parecía que los ingenieros militares ingleses hubiesen hecho alarde de ser muy hábiles en los trabajos de trinchera.

El gobernador francés había demostrado, en cambio, ser un bravo militar, y era inútil, por lo tanto, pensar en rendir la plaza si no se conseguía antes una señalada victoria en batalla campal. Esperábase á D. Carlos de España para el día siguiente, siendo su división la última que había quedado cercando la plaza.

Los aliados habían perdido setecientos hombres entre muertos y heridos en aquel sitio tan infructuoso en sus resultados.

Por la noche entró en el alojamiento de Miranda el subteniente Salas y le dijo:

—Mi comandante, si puedo contar con vuestra reserva, os he de decir una cosa.

—Decid,—contestó Miranda.

—Esta mañana ha sido pasado por las armas el teniente D. Diego López, confeso y convicto de haber procurado la fuga del escuadrón de dragones que hicisteis prisionero.

—Lo sé,—repuso Miranda.

—He vuelto allí para dar sepultura al cadáver y no lo he encontrado.

—¿Sabéis bien que Diego López había quedado cadáver?—exclamó el guerrillero.

—Lo supongo, mi comandante.

—Ved,—contestó Miranda, alargándole un pliego.

Salas tomó el papel y leyó esto: «El teniente López, herido en un brazo, queda prisionero de las tropas francesas.—*El capitán Lanjuinais.*»

—¿Lo comprendéis ahora?—repuso Miranda.—Lanjuinais conocería claramente que el papel que os entregó López era su propia delación y quedó observando lo que iba á suceder. Seguramente se haría cargo de que vuestra intención era no matarle, puesto que así lo daba á sospechar la gran distancia á que mandasteis hacer la descarga, y en uso del derecho de guerra, se apoderó del prisionero herido.

—Puede ser que no os equivoquéis, mi comandante; ahora, vos mismo decid qué queréis que se haga conmigo.

—Nada, Salas; sólo os agradecería quisieseis quedaros á mi lado como ayudante de campo. Mando en jefe y con independencia en mi partida.

—Mi comandante, servir á vuestro lado sería para mí la mayor honra á que pudiese aspirar.

—Muchas gracias, Salas; seréis desde ahora mi edecán. A ver, pues, cómo os portaréis en la próxima batalla.



CAPÍTULO XI

Noche de amor

I

Las presunciones de Miranda eran ciertas. Al ser puestos en libertad Lanjuinais y los suyos, el capitán había mandado seguir á su gente hacia Constantina, suponiendo encontrarían por el camino al ejército de Soult, mientras él quedaba observando lo que pasaba en el castillo. Al rayar el día vió subir por el sendero que conducía al torreón, una escolta de caballería que volvió á salir al poco rato, dirigiéndose precisamente al bosque en el que estaba oculto. Vió formarse el pelotón á más de cincuenta pasos del oficial sentenciado, vió como el reo caía sin que se repitiese la descarga, y como, por fin, se retiraba precipitadamente el piquete. Aproximóse entonces á donde estaba Diego López y lo encontró que presentaba una herida en un hombro, grave, al parecer, por interesar algo la articulación. Cargó en seguida sobre su caballo al herido, medio exánime, y siguió con él por la ruta de Constantina. Al poco rato topóse con un pobre labrador que iba á Valverde y le entregó la carta que hemos visto recibió Miranda, con encargo de no entregarla á otro que á dicho jefe.

Al mediodía atravesaron los dos militares la sierra de Jerez, llegando por la noche á Zafra, donde supieron que el ejército francés se encontraba en Villafranca.

Durante el camino había Lanjuinais dirigido pocas palabras á Diego López; una vez en Zafra hubo de manifestarle que le iba á dejar allí al cuidado de la familia en cuya casa se hospedaban, pues él no podía menos de marchar á incorporarse á la división de Latour-Maubourg, á que pertenecía.

La casa en que estaban alojados los dos compañeros se encontraba situada en las afueras del pueblo y la habitaban tan sólo una anciana viuda y una hija suya. Lanjuinais encargó á las dos mujeres cuidasen bien al herido, que supuso ser un prisionero suyo, y que nada dijesen acerca de su permanencia en aquella casa hasta que él mismo resolviese lo que quería hacer. Despidióse luégo de López, y á las once de la noche partió para Villafranca, cuyo pueblo divisó á la madrugada del día siguiente, que era el 15 de Mayo de 1811.

II.

La primavera se manifestaba en todo su esplendor. Lanjuinais no pudo resistir al deseo de aspirar el aroma de tantas flores como alfombraban los bosques y praderas y así bajóse del caballo para coger una rosa que crecía lozana al pié de un añejo roble, cuando vió venir hacia él una bella aldeana que llevaba prendido en el pelo un rojo clavel, no tan bello como sus labios.

La niña, sin duda para no desmentir la fama de las mujeres de aquella tierra, alegres y burlonas, cuanto adustos y taciturnos los hombres, creyó del caso deber lanzar á Lanjuinais una mirada capaz de derribar al dragón más hábil en aguantar saltos de carnero.

Era la moza alta de cuerpo, trigueña y agraciada, con grandes ojos negros, graciosa nariz y esbeltísimo talle, digna de una hurí del mahometano paraíso, que eso y mucho más se encuentra en nuestras hermosas provincias del mediodía y no menos en las del norte, levante y occidente, sin olvidar aquel foco del centro, archivo y compendio de la gracia mujeril española, capital de la nación, más en el sentido de la sal que en el de todo lo demás.

Lanjuinais, que era pintor en sus ratos perdidos, pensó en Fragonard, pensó en Watteau, pensó en Boucher, pensó en Lavreince y hasta llegó á pensar en Rafael; pero no, no era nada de eso, puesto que la niña presentaba todos los rasgos de una beldad de la época del célebre Abderrhamán II.

Lo primero que se le ocurrió á Lanjuinais después de haberse sentido el corazón atravesado por amorosa flecha, fué ofrecer la rosa á la niña, deseándole á la par los buenos días.

La muchacha volvió la cabeza, divisó muy lejos el campanario de Villafranca, y segura de que nadie la veía, aceptó la flor con una graciosa sonrisa.

—¿Vais á Villafranca, señorita?—preguntóle Lanjuinais.

—¿Yo señorita? ¡Qué risa! Soy una pobre labradora, señor capitán, y voy, en efecto, á Villafranca.

—¿Sois de allí?

—Sí, pero tuve quehacer ayer en la Fuente, de donde he salido esta mañana. ¿Y vos, vais también á Villafranca?

—También voy, pues pienso encontrar allí á mi regimiento.

—No creáis eso; yo me he topado hará dos horas con el ejército francés que se dirigía camino de Santa Marta.

—Gracias, niña, pero, á la verdad, más hubiera querido que no se hubiese movido de vuestro pueblo.

—¿Y por qué, señor capitán?

—Porque así hubiéramos hecho el camino juntos.

—¡Jesús! ¿Qué hubieran dicho al verme con un francés?

—Pues que traíais un prisionero.

—No me tengo por tan valerosa como es eso.

—¿Que no? Sois capaz de rendir un regimiento.

—Según eso, sería yo una heroína.

—Sí, una nueva Juana de Arco.

—Parecéis andaluz, que no francés, y si Napoleón llega á saberlo...

—Sabrá que soy de vuestro partido, se entiende, del partido de vuestra persona.

—Eso no cuesta nada de decir.

—Os lo probaré.

—Vaya, aceptado. Os espero esta noche aquí.

—Aquí estaré, pero no si no podéis antes darme ese clavel.

—Guardado lo tendré para vos. Venid á buscarlo.

—No faltaré.

—A las ocho.

—A las ocho. ¿Cómo os llamáis?

—Andrea. ¿Y vos?

—Armando.

—Hasta la noche, pues, capitán Armando.

—Hasta la noche, Andrea.

El capitán picó al caballo, volviendo la cabeza á cada momento. Finalmente, al mediodía, pasado el pueblo de Fuente del Maestre, alcanzó el ejército de Soult.

III.

Lanjuinais se excusó de no haber llegado con el escuadrón libertado por la suerte que le favoreció en la fatal apuesta con Diego López, alegando que se había entretenido en recibir confidencias de varios naturales de la sierra de Jerez.

Al poco rato recibió orden de presentarse al mariscal.

El duque de Dalmacia estaba inquieto y preocupado.

—¿Sois vos el capitán Lanjuinais?—le preguntó de mal humor.

—Yo soy, señor mariscal.

—Habéis demostrado ser hombre de feliz fortuna y por eso voy á confiaros á vos un encargo que de salir bien puede salvar al ejército. Quizás con la dichosa estrella que os acompaña, lograréis lo que no alcanzaría otro.

—¿Qué me toca hacer, señor mariscal?

—Mañana se dará, de fijo, la batalla; faltan, pues, muy pocas horas. Estamos á tres leguas del ejército aliado.

Lanjuinais se estremeció.

—Nada podemos prometernos de bueno si no nos llegan refuerzos. Tiene que acudir Drouet y no aparece; tiene que acudir Erlón y no viene tampoco. Es preciso, pues, que al punto y reventando caballos os

dirijáis camino de Córdoba á ver si los encontráis y les digáis que se presenten aquí á marchas forzadas. Partid al punto y entended que sabré recompensaros bien.

Pero á la par que la sombría voz del mariscal, resonaban en los oidos de Lanjuinais unas palabras que decían con tentadora caricia: «¡Hasta la noche, pues, capitán Armando!...»

—Está bien, señor mariscal,—contestó el joven.—Parto al instante.

Ciego de desesperación montó á caballo y traspasando la sierra se encontró á las pocas horas en Acenchal. Dos caminos se le ofrecían allí: su deber le mandaba seguir hacia Córdoba; su pasión, si naciente, incontrastable, le arrastraba hacia Villafranca.

—¡Mi honor ante todo!—exclamó de pronto Armando.—¡A Córdoba!

IV.

A las seis de la tarde llegaba á Almendralejo. Parecía que se hubiesen multiplicado las campanas de la villa y que con burlón tañido le repitiesen la hora para irritar más su ánimo.

—¡Puedo estar en Llerena esta noche!—murmuró.

En aquel momento vió pasar á una aldeana con un clavel en la cabeza, y otra vez la hechicera imagen de la mañana vino á turbar su mente.

¿Qué hacer? Si, después de todo, no conseguía encontrar á Erlón ni á Drouet; si la batalla se perdía y el ejército francés debía retirarse hacia Sevilla, sino á Madrid, tal vez jamás en su vida volvería á ver á la hermosa niña que se le había aparecido como una visión celeste, turbando la paz de su alma.

Era la noche serena y despejada y daban tanta luz las estrellas que parecía durase todavía el crepúsculo vespertino.

—A las ocho puedo estar en Villafranca,—dijo para sí.—Deteniéndome una hora allí el retardo será de cinco horas; poco influirá este tiempo en que pueda encontrar á los que busco. Tal vez es mi destino perderme para siempre. ¿Y qué me importa á mí Napoleón? ¡Basta ya; Andrea es lo primero! ¡La dí palabra!

El desventurado torció su camino, y en vez de dirigirse directamente á Llerena tomó por la vereda que conducía á Villafranca.

Daban las ocho cuando llegaba junto al roble, testigo de su encuentro de por la mañana.

Una forma de mujer parecía estar allí esperando.

—¡Andrea!—exclamó Lanjuinais muy quedo.

—Habéis tenido palabra, Armando,—respondió una voz de mujer.—Tomad la flor.

El capitán sintió el roce de una mano que le entregaba un clavel.

Echó pié á tierra y vió á Andrea, sonriente y seductora como una tentación.

V.

—¡Eres bella como un ángel!—exclamó Armando.—Por tí acabo de vender á mi patria, cual si esto debiese abrirme las puertas del cielo. No me engañes, ¿quieres á alguien?

—No, á nadie quiero.

—¿Y á mí?

—Bien lo merecéis, si es cierto lo que habéis dicho.

—Cierto es, por desgracia, pero no me trates ya más de vos, llámame de tú, bien mío.

—¡Te amo!

—¿Me amas con todo y ser francés?

—¿No dices que has vendido á tu patria?

—¡Horror! Sí.

—Pues ya no eres francés.

—¿Amas á un traidor?

—¿Traidor á quién? ¡No á mí! ¡No á los míos tampoco!

—¡A los tuyos! ¡Verdad es, á los tuyos no los he vendido!...

—Eso no es amarme. ¡Yo valgo tanto como tu rey!

—Más, niña mía. Así es como debemos hablar. Tú has iluminado mi corazón. Yo, en verdad, á quien he vendido es al emperador, no á la Francia.

—No pienses más en ello. Cuando te he visto esta mañana me has parecido tan hermoso y tan bueno que no he llegado á comprender que fueses un extranjero hasta que nos hemos separado. Entonces he vacilado en venir, pero más ha podido en mí el deseo de verte de nuevo que no el temor de parecer desleal á la causa española, y he venido.

—Gracias por esas palabras, niña de mi alma, pero es lo cierto que muchos de mis más valientes y generosos amigos han quedado presos y cautivos de españolas que han demostrado en sus actos ser la vuestra una raza incomparable. Tú misma eres la

belleza ideal y la discreción encarnadas. Cualquiera humilde mujer del pueblo parece nacida para dictar su voluntad al más bizarro militar de nuestros ejércitos.

—Eres lisonjero en demasía.

—No lo soy, niña. ¿Cómo podría yo explicarte lo que siento? Solos estamos y sin testigos. He de confesarte que la guerra que os estamos haciendo la creo abominable, insensata y bárbara, una guerra sin razón ni justicia. Esto me hace bajar la cabeza avergonzado; cada español me parece que tiene derecho á llamarme miserable instrumento de un déspota, servil esclavo de un tirano sin conciencia ni corazón. Por otra parte, el papel que está haciendo aquí el ejército francés es indigno de su glorioso pasado; esto es pelear en un abismo, sin luz ni gloria. Lúchase y muérese oscuramente; nada se consigue, las victorias son inútiles, las persecuciones no dan resultado; todo se agosta y languidece. El soldado francés, aburrido y siempre burlado, conviértese en inhumano y feroz, sin serlo. Perdóname, bien mío, pero á veces creo que vuestro clima africano le infiltra una crueldad que en otras partes no manifiesta. A todo esto se agrega el continuo conflicto ocasionado por esas mujeres como tú. Es que no estamos acostumbrados á vuestros ojos, que nos aturden y deslumbran. Cuando no tenemos enfrente los guerrilleros y las tropas, topamos con vosotras, que os encargáis de herirnos no menos fieramente. Y sin embargo, todos los que yo conozco han sucumbido llenos de gratitud hacia su española. Sí; tengo amigos que como yo se han sentido presa de vehemente amor; sus amadas se han mostrado tan nobles y tan dignas que parecían resucitar los tiempos de la caballería. Será influencia de este país, de este tiempo, resultado del choque de esas dos razas tan afines y no obstante tan poco conocidas, pero los amores entre franceses y españolas han sido sublimes, admirables. Ninguna ha faltado á su patria, todas han sido tan adorables como tiernas, tan heroicas como divinas.

—¿Y vuestros amigos os han contagiado el deseo de querer á una española?—dijo Andrea, dejando de tutearle.

—No te negaré que hayan dejado de influir en mí esos recuerdos, pero lo que era sólo vago temor, curiosidad anhelante, deseo vivo y atormentador, ha tomado hoy forma y nombre al encontrarte. No parece sino que iba buscándote hasta que al fin he dado contigo.

—Soñador me parecéis.

—Venía asaz preocupado con un extraño suceso recién acaecido y pensando en la terrible condición de los españoles, duros y tenaces, cuando te he visto. Tu rostro dorado por los albores de la mañana y tus ojos inflamados por misterioso ardor, me han parecido natural emblema de tu raza. Al punto, mi corazón, que se desbordaba, se ha sentido como atenaceado y comprimido. Tu mirada me ha llenado de turbación, tu imagen me ha envuelto en su vaporoso nimbo y todo el día he visto vagar ante mí el divino contorno de tu cuerpo, á la vez que sentía agitarse mi sangre con el hervor causado por tus ardientes ojos. Como lanzan los indios envenenada flecha que amortigua los movimientos y deja entera la sensibilidad del cuerpo, me he sentido yo sin ánimo para resistir tu voz á pesar de las tormentas que se desaaban en mi espíritu. Sí, me has hecho tu prisionero; has aniquilado mi voluntad y eres dueña de todo mi sér. Ahora, quiéreme ó mátame; levántame hasta el cielo ó dime una palabra para que me hunda en el abismo de la muerte.

—Decís cosas que nunca había oído,—respondió la niña. Yo sólo os podré repetir que os amo porque me habéis parecido antes gentil caballero y valeroso militar que hombre de otra raza y enemigo de mi patria. Si os agrado, creed, sin embargo, que no soy yo tan hermosa como os he parecido, ¡oh, no! y que vuestro gusto más habrá dependido de extrañeza que de verdadero motivo.

—Eres bella como ninguna otra,—repuso con acalorado acento Lanjuinais.

—Yo os amaré á pesar de pelear contra España, porque el amor se impone y no se elige; aunque fuérais de distinta religión os amaría también. ¡Pero ay de mí!

—¿Qué tienes?

—Quisiera que fuese más oscura la noche de lo que es ahora. Te digo que te amo, te juro que te quiero, y sin embargo, apenas hace algunas horas que te he visto. No creerás en la verdad de mis palabras porque he sido tan fácil en ceder á tus preguntas; quizás hubiera debido mostrarme ceñuda y ofendida y retardar días y días mi respuesta. Yo no he sido jamás esquiva ni fingida, no, Armando. No creas que haya sido fácil ni liviana con otro alguno como con-

tigo he sido. Te he dicho demasiado, pero si más á oscuras estuviéramos, más te diría aún, sí, más, mucho más. Yo te amo, Armando, puedes creerlo, y no me preguntes ahora ya por qué, porque no lo sé; por lo mismo que tú me dices que me quieres. ¡Oh, cuánta claridad derraman esas estrellas! Sí, te amo, aunque todos los astros del cielo quieran deslumbrarme con su centelleo. ¿No es verdad que las estrellas son de todos, lo mismo de españoles que de franceses? Pues yo te amo como si fuese una de esas estrellas que aman á todos. Yo creo que cada una debe ser la protectora de una feliz pareja de enamorados. Vamos allá abajo, Armando, allá abajo donde no podrás ver cómo me ruborizo, porque quiero decirte una y mil veces más que te adoro.

En aquel momento resonaron pausadamente nueve campanadas.

Armando se estremeció y permaneció inmóvil.

—¿No vienes?—exclamó Andrea.—¿Dices que me amas y no quieres oirlo de mi boca? Pues aquí no te lo diré más, porque me ahoga ese resplandor. Yo quisiera estar siempre en un sitio muy oscuro donde no pudiese verse más luz que la de nuestros ojos. ¡Cómo relumbran los tuyos! No temas, francés, no temas que la española te venda; te habla Andrea y nadie más. ¿Qué se me dá á mí lo que tú seas? Tú no sabes mi vida; yo no tengo padre, ni madre, ni hermanos, yo soy Andrea, y después, nada. ¿Por qué no eres como yo un sér sin nombre? Quizás mis padres fueron franceses ¿qué me importa á mí lo que fueren? Pero te amo. Esta mañana, cuando te he visto; quería correr hacia tí, y decírtelo, y darte el clavel; me ha dado vergüenza y me he portado como una loquilla. Jamás nadie me habia mirado aún de la manera que me has mirado tú, eso es lo cierto. Aquí me tienes; faltemos los dos, nada me importa, falte el uno ó el otro, igual me dá. Armando, te adoro. Créeme, que te lo digo en verdad.

—¡Niña!—exclamó Lanjuinais.

—Déjame,—repuso Andrea.—Ahora ya no temo nada, todo te lo he dicho. Quizás todo lo que se me ha escapado de los labios lo tenía ya á punto de salir hace años...

Lanjuinais se sonrió exclamando:

—¿Cuántos tienes?

—Veinte,—repuso Andrea,—pero yo, desde niña, desde toda mi vida me he sentido inclinada á amar, sin poder decir á quién amaba. Cuando te he visto me ha parecido que había encontrado aquella imagen que nunca quería presentarse clara ni visible en mis horas de solitarios ensueños. Pero oye, tú habrás visto muchas mujeres hermosas, ¿no es verdad? Ya sé yo que en París hay tales bellezas que ofuscan y enloquecen. Tú habrás sentido tal vez más de una pasión por aquellas mujeres, pero yo no, Armando; mi corazón es tan virginal como el ampo de la nieve. Sí, te lo juro, vida mía, créeme, ni la luna es tan pura como yo. Hasta que te ví esta mañana no supe á lo qué podía arrastrar el amor de un hombre. ¡Oh, Armando! ¡Esta mañana me vistes, risueña y alegre, mírame ahora, mírame postrada á tus piés!

Y Andrea se arrojó, al decir esto, á las plantas del capitán, que la miraba asombrado y perdida la cabeza.

Dieron las diez...

VI.

Lanjuinais se pasó una mano por la frente, que estaba abrásando.

Largas horas transcurrieron, sin embargo, sin que el capitán llegase á percibir las campanadas que las iban señalando. Por fin, un ligero resplandor en el Oriente le hizo volver en sí, representándole la terrible realidad de su situación.

La niña, rendida de amor, embelesada y absorta, parecía no comprender al ver el demudado semblante del capitán.

—Andrea,—exclamó éste haciendo un esfuerzo,—adiós, adiós; nada me digas, sólo te ruego que no te muevas de Villafranca, pero no me busques. Después, dentro poco, volveré y huiremos, nos esconderemos, nos ocultaremos donde jamás pueda encontrarnos nadie. Adiós, calla, no me hables. Soy tuyo, Andrea; sí, te amo con toda mi alma, por encima de todo, pero debo irme. ¡Pobre niña! No me hables, por piedad. Espérame aquí mismo. Ven cada día aquí á esta hora hasta que yo vuelva. ¡Oh, Andrea mía!

La niña, loca de dolor, no quería desasirse de Lanjuinais, pero el joven, haciendo un violento esfuerzo, consiguió desprenderse de ella y montando á caballo no tardó en desaparecer en un momento de la vista de la infeliz enamorada.

Loco de desesperación, corria el capitán como un rayo por montes y valles, salvando barrancos y to-

rrenteras y atravesando desiertas campiñas y espesos matorrales.

A las tres de la tarde llegó á Llerena, en medio de una lluvia torrencial, á punto que entraba también en el pueblo un trajinero, que miró con insistente curiosidad al apuesto ginete.

Reparando en ello Lanjuinais y embargado por cierta emoción díjole al arriero:

—Paisano, ¿podríais decirme si ha ocurrido algo nuevo de ayer á hoy entre los dos ejércitos contrarios?

—¡Cómo!—replicó el interpelado.—¿Ignoráis que esta madrugada ha comenzado la batalla?

—¿La batalla? ¿Y dónde?

—¡Pues! En la Vega de la Albuera; desde la Casa del Toro se oían las descargas y los cañonazos al amanecer.

—¡Miserable de mí!—exclamó Lanjuinais.

El trajinero, asombrado, vió como el francés salía del pueblo á todo escape, desandando lo que había caminado. Inútil era ya ir en busca de Erlón ni de Drouet.

Caía más furioso que nunca el aguacero, desencadenándose á la vez un terrible vendabal; el cielo estaba encapotado y no era de creer que volviese á lucir el sol.

El día se presentaba muy distinto del que amaneció en Austerlitz.



CAPÍTULO XII

La Albuera

I

El día 16 de Mayo de 1811 será eternamente memorable en los fastos de nuestra historia. Aquella fecha recuerda el brillante triunfo alcanzado por las armas españolas contra las veteranas y aguerridas huestes del duque de Dalmacia, derrotadas en toda la línea.

Victoria fué que llenó de sorpresa y asombro á toda Europa, dando á comprender ser esta la única nación capaz de hacer frente al que había vencido y humillado á los mayores imperios y monarquías.

La Albuera es un lugarcillo situado en la carretera real de Sevilla á Badajoz, distante cuatro leguas de esta última ciudad. Ocupa el centro de una vega de medio cuarto de legua de latitud por una de longitud, la cual se eleva insensiblemente por ambos lados y forma á espaldas del pueblo una cadena de montecillos, paralela al curso del río Albuera, que corre de S. O. á N. O. Dicho río está formado por la confluencia de dos arroyos llamados Nogales y Chicapierna, los cuales se reunen más arriba del *Puente Nuevo*, á un cuarto de legua al Sur del pueblo, que ocupa la ribera izquierda.

El terreno es despejado y llano, convertido todo él en secanos, excepto á la derecha del río, donde hay un carrascal que no deja ver la carretera hasta estar muy cerca.

El día 15, antes del anochecer, colocóse el ejército aliado en la cresta de los montecillos de la izquierda, formando el río la línea divisoria del campo de batalla.

Por la noche llegó el ejército de Blake y se colocó á la derecha de la posición, en dos líneas, compuesta la primera de las divisiones Lardizábal y Ballesteros y la segunda de la de Zayas. La caballería de las tres naciones colocóse, también, en dos líneas, á la derecha de nuestra infantería. El centro lo formaron las tropas inglesas, y el ala izquierda, dispuesta perpendicularmente al ala española, los portugueses, que habían cuidado de obstruir con barricadas el Puente Nuevo, colocando además una batería que lo barría y se apoyaba á espaldas de la iglesia. Tanto los ingleses como los portugueses estaban extendidos en una sola línea. En el pueblo había tropas ligeras aliadas y en las inmediaciones la artillería.

Colocado ya así el ejército llegó Castaños con seis cañones y la división España, situándose en segunda línea, á ambos lados de la división Zayas.

También compareció el general inglés Kole con dos brigadas, y juntas con otra de Hamilton sirvieron de segunda línea á la única que habían formado hasta entonces los anglo-portugueses.

La fuerza total de los aliados ascendía á 31.000 combatientes, á saber: 27.000 infantes y 3.600 caballos. Los españoles eran 15.000; 12.000 que habían venido con Blake y 3.000 que correspondían al quinto cuerpo, ó sea al de Castaños.

Convínose en que quedaría como general en jefe el que hubiese traído mayor número de soldados, por lo cual se encargó del mando el mariscal Beresford.

II.

Rayaba el día; el cielo se presentaba anubarrado, presagiando tempestad. Los ginetes se escaramuceaban desde las cinco de la mañana con las avanzadas de las fuerzas que venían por el camino de Santa Marta.

A las ocho desembocaron en el llano dos regimientos de dragones al mando del general Briche, con una batería rodada, en tanto que el general Godinot, á la cabeza de algunos batallones, mostraba querer acometer La Albuera por el puente. Tronó la artillería portuguesa y pareció que iba á empeñarse una reñida acción.

Blake, Castaños y Beresford estaban á aquella hora almorzando, junto con sus estados mayores y algunos jefes, en un ribazo cerca del pueblo, entre las dos líneas españolas.

Todo parecía anunciar que el enemigo atacaría el ala izquierda ó el centro, y así lo daban ya por seguro los generales cuando salió una voz que dijo:

—El francés atacará por aquí, por la derecha. ¡Mirad, por allí vienen!

Era quien daba tales pruebas de penetración y sagacidad el bizarro coronel alemán Herr Bertholdo Schleper, que había venido á España á servir como voluntario bajo nuestras banderas. El inteligente oficial no había perdido de vista un momento el carrascal de la opuesta orilla, frente al cual estaban formados los españoles, y atento siempre, vió de pronto relucir las bayonetas del enemigo entre la espesura de los árboles.

—Coronel,—contestó Blake,—tenéis razón. Hacedme el favor, os lo ruego, de acercaros vos mismo á explorar los movimientos del enemigo y lleváos algunos oficiales de Estado Mayor para que os auxilien.

No tardó en regresar Schleper con los militares que le habían acompañado, confirmando su anterior aserto. El francés iba á atacar por la derecha.

Blake nada dejó traslucir, pero aquello era una grave contrariedad.

Hacíase indispensable verificar un cambio general de frente sobre la derecha para evitar que el enemigo pudiese realizar el movimiento envolvente que sin duda proyectaba, fiado en la colocación del ejército español. Había que convertir aquel flanco en frente de batalla.

Iba, por consiguiente, á demostrarse si las tropas españolas, tan valerosas y arrojadas en las refriegas, eran capaces de evolucionar con la serenidad, precisión y destreza que se hacían indispensables en tan crítica situación.

La evolución se hizo admirablemente bien.

Las tropas que estaban en segunda línea pasaron á cubrir el flanco derecho de la primera, desplegándose en batalla y formando martillo con ella.

Los aliados quedaron sorprendidos de la rapidez y orden con que se había efectuado aquella maniobra.

Entonces empezó realmente la lucha.

III.

Los enemigos habían ido adelantando por el bosque. Formaba su izquierda la caballería de Latour Maubourg; estaba en el centro la artillería de Ruty y á la derecha dos divisiones del quinto cuerpo, con Girard al frente, viniendo detrás otra división de reserva mandada por Werle.

Luégo que hubieron atravesado los dos arroyos y se encontraron á la otra parte, hicieron un movimiento de conversión sobre su diestra para ceñir el ala derecha de los aliados y cortarles el camino de la sierra, de Olivenza y de Valverde. Probablemente era su intento estrechar á los españoles contra Badajoz ó el Guadiana, para cogerles entre dos fuegos ó precisarles á arrojarse al río.

El combate se trabó, pues, por aquel lado, aunque Briche y Godinot continuaban amenazando al centro y la izquierda anglo-portuguesa.

Hemos dicho ya que la segunda línea española se había formado en batalla cubriendo á la primera y haciendo martillo con ella. Mandábala, como queda también referido, el general Zayas, cuyas tropas fueron las primeras en resistir la terrible acometida del francés. Acudió luégo Lardizábal y por fin se empeñaron en la pelea todos los españoles, excepto dos batallones de la división Ballesteros que quedaron haciendo frente al río Albuera.

El francés, ebrio de coraje, embestía con ímpetu furioso, y era preciso, urgente, contenerle.

Entonces la división Ballesteros, dando prueba de un arrojo y serenidad admirables, arremetió con bravísima pujanza el flanco derecho de los acometedores, haciéndoles retroceder y obligándoles á sus-

pender el fuego. Nuestra artillería les hacía mortífero fuego á corta distancia. La división española precipitóse contra la infantería de Girard como una tromba y los franceses, no pudiendo resistir aquella avalancha, hubieron de cejar.

Girard, furioso, repartía sablazos que era un gusto, pero aunque vino en su auxilio la reserva de Werle, todo fué inútil; no podían unos ni otros adelantar un paso por impedírselo Ballesteros. La infantería francesa se veía vencida por la infantería española.

Acudió, en su vista, Latour Maubourg, con sus dragones, y Ruty, con su formidable artillería. Una simple división española no podía resistir tantos elementos de ataque y los nuestros debieron declararse por de pronto en retirada, coronando al poco tiempo los franceses la cresta de las lomas que ocuparan los españoles en un principio.

Stewart, cuya división había estado formada antes junto á la de Ballesteros, voló al punto en su auxilio, poniéndose á la derecha de Zayas y dejando encargado á Kole que hiciera lo mismo. La caballería inglesa, al mando de Lumley, tomó el camino del arroyo Valdesevilla para evitar que la derecha española fuese envuelta por el enemigo, siendo entonces la nueva posición del ejército aliado perpendicular al frente en donde primero había formado.

Lleno de ardor Stewart, precipitóse contra la artillería, infantería y caballería de Girard, al frente de la brigada Colburne, obligándolas á retroceder, no obstante lo desigual de sus fuerzas, cuando de pronto surgió otro grave contratiempo, gracias al cual no fué posible desalojar de las crestas de las lomas á sus nuevos ocupantes.

IV.

Lo ocurrido era lo siguiente:

El vendabal no había cejado, antes bien redoblaba á cada momento con mayor furia; el agua caía á torrentes, á mares, engrosando la corriente de los arroyos, convirtiendo la llanura en un inmenso lodazal y privando de distinguir los objetos más cercanos. Las descargas de la infantería y el continuo cañoneo de la artillería habían producido, á su vez, densa humareda y era enteramente imposible poder discernir lo que pasaba. El enemigo podía aprovecharse de aquella confusión, y se aprovechó.

Varios regimientos de húsares y lanceros polacos, dando pruebas de su acreditado arrojo, doblaron el flanco de los aliados y embistieron por retaguardia, introduciendo el pánico en la brigada Colburne, que ocupaba el extremo de la línea. Al verse atacados por la espalda, desbandáronse todos los regimientos menos uno, cayendo en poder de los franceses más de ochocientos prisioneros y tres cañones. Entre tanto la mayor parte de los polacos se habían embocado entre las dos líneas de los aliados y creyendo los de la segunda del centro que la primera había quedado desbaratada en toda su extensión, hicieron fuego sobre el punto en donde se encontraba Blake con su estado mayor. Todo dimanado del aguacero y del humo, que impedían distinguir las grandes masas áun á corta distancia.

Sin embargo, duró poco semejante error, y para remediarlo en seguida, dispuso Blake que algunas compañías de dicha primera línea diesen frente á retaguardia é hiciesen fuego á los lanceros del Vístula.

La disposición del general produjo las naturales consecuencias, quedando así frustrada enteramente la valerosa tentativa de los polacos, cuya mayor parte pagaron con la vida su arrogante audacia, acuchillados por nuestra caballería.

El regimiento que había quedado entero cuando la desgracia de la brigada Colburne, sirvió de base para atacar de nuevo á los franceses. Ayudado por Zayas, continuó Stewart la comenzada tentativa para reconquistar las perdidas posiciones de la derecha, en tanto que la caballería del ejército de Castaños, al mando del conde de Peune Villemur, reprimía al enemigo por el llano.

Al mediodía combatíase encarnizadamente en toda la línea. El tiempo se había serenado algo, permitiendo ya obrar á las claras. La lucha habíase tornado porfiada y sangrienta. Hacíanse las descargas á medio tiro de fusil; cruzábanse las más atroces imprecaciones de uno á otro lado; el vocerío de españoles y franceses era indescriptible y confundíanse de una parte y otra los rugidos y las descargas. Sólo los ingleses, silenciosos como siempre, hacían fuego como hileras de terribles estatuas.

Todos combatían: combatían las tropas portuguesas, que guarnecían el primitivo frente de batalla, defendiendo el puente; combatíase en la defensa del pueblecillo; combatíase en el ala derecha, y los fran-

ceses se veían rechazados en todas partes, y ya faltaba únicamente arrojarlos de las posiciones que habían conquistado en las lomas de la derecha.

En medio de aquel espantoso fuego era de ver un soldado que se encontraba siempre en primera línea animando á los demás. El era quien más gallardamente se había portado en la arremetida que había dado Ballesteros al principio, cuando hizo retroceder á Girard, y él era quien ahora se distinguía en los combates parciales contra Latour-Maubourg, á las órdenes de Zayas. Parecía que el intento de aquel hombre era buscar la muerte ó satisfacer una profundísima ambición.

Espinosa, que mandaba una brigada de la división Zayas, le hablaba en tono respetuoso y deferente; Stewart le saludaba cada vez que le veía; los soldados le llamaban *mi general*, y sin embargo, llevaba uniforme de soldado raso...

Aquel valiente era D. Gabriel de Mendizábal, que deseoso de recobrar su honra militar, lastimada en el descalabro de Gévora, peleaba como voluntario en las avanzadas y puestos de mayor peligro; rasgo digno de tan pundonoroso guerrero. La prueba bastó para afirmar su reputación y el concepto público le devolvió entera y brillante su anterior nombradía.

V.

Soult se veía perdido y quiso intentar un supremo y último esfuerzo.

Hizo formar su ejército en masas paralelas y arrojólo contra las líneas de los aliados, al objeto de ver si podía cortarlas. Terrible fué el choque, pero en vez de arredrarse españoles y anglo-portugueses, sintiéronse poseidos de sobrehumano arrojo.

Kole, al frente de las brigadas Harvey y Myers, lanzóse á la carga contra el enemigo. Quedóse él con la primera y mandó á Myers que fuese á socorrer á Stewart. Al poco rato Stewart caía herido y Myers y Hougton muertos; Kole recibía un balazo, casi al mismo tiempo, en tanto que los franceses veían sucumbir á Papín y Werle y tenían que retirar á Gazán, Maransín y Bruyer fuera de combate.

Atacado Blake por los granaderos y reserva del ejército francés, que por cuarta vez repetían su embestida, los rechazaba causándoles grandes pérdidas. Pasó una bala, rozándole el cuello al general, mientras á su lado caía exhalando el postrer suspiro el oficial de E. M. D. Emeterio Velarde, exclamando al espirar: «¡Nada importa mi muerte si hemos ganado la batalla!» Palabras que ha recogido la historia y son dignas de eterna recordación.

También quedó herido cierto general español, de origen francés, pero no merece que se cite su nombre al lado del de los nobles combatientes de que hemos dado noticia. ¡Baldón eterno sobre el verdugo de Cataluña, sobre el infame traidor cuyo recuerdo horroriza todavía hoy á los que tuvieron la desgracia de verle una sola vez!

VI.

Entusiasmado Zayas por las brillantes cargas de Harvey y Kole y deseoso de emularlos, manda á sus tropas formar en columna cerrada, pónese al frente y grita:

—¡Arma al brazo! ¡Carguen!

Lánzase impetuosamente contra las armas francesas aquella imponente falange, y pasmado ante tal arrojo el enemigo, titubea, oscila, vuelve la espalda, arremolínase y huye.

La batalla estaba ganada. El pánico del enemigo no tuvo límites. Aquellos franceses resueltos á arrojar á los aliados sobre el Guadiana ó á lanzarlos contra los muros de Badajoz, retrocedían despavoridos, precipitándose desde lo alto de las crestas ladera abajo, cayendo los soldados unos sobre otros, rodando por la pendiente y viendo como los españoles eran otra vez dueños de las posiciones con tanto brío reconquistadas. Gracias á su numerosa caballería, pudo conseguir el enemigo que la retirada no fuese un verdadero desastre como el nuestro de Ocaña. Repasaron, pues, los arroyos y situáronse en las eminencias de la orilla derecha, donde colocaron artillería para proteger la reunión de sus desbandadas huestes contra la persecución de los españoles.

Las armas francesas, al mando del duque de Dalmacia, habían sido humilladas rudamente. Sus pérdidas subían á más de 8.000 hombres y la retirada había sido un verdadero pánico.

Al cabo de tres años de guerra, en lugar de una nación sin aliento ni confianza, resultaba que España poseía ejércitos capaces de humillar á las veteranas tropas de Soult y contaba con generales, como

Ballesteros y Zayas, que superaban en bravura y arrojo al famoso Latour-Maubourg y al célebre Girard. Blake mismo fué esta vez dichoso y pudo ganar una batalla, no porque dejase de ser un entendido y bizarrísimo y leal militar, sino porque hay buenos generales que se ven constantemente perseguidos por la mala sombra El sucesor de Massena en Castilla la Vieja, el célebre mariscal Marmont, era también uno de esos militares: jamás podía ganar. Gracias á Dios, por aquella vez fué Blake afortunado y pudo lucir sus grandes y realmente superiores dotes de táctico.

No fué, en efecto, aquella batalla simplemente una lucha llena de encarnizamiento, una demostración del valor de nuestros soldados, sino que fué menester acudir á las más difíciles combinaciones de la táctica para cambiar con orden y rapidez la disposición de las líneas. Los regimientos españoles maniobraron admirablemente, las evoluciones se hicieron con acabada maestría y desde aquella jornada púdose contar con un ejército digno de figurar al lado de los más adiestrados.

La Albuera fué el triunfo de la inteligencia tanto como del valor. Sin los cambios de frente tan gallardamente ejecutados, quizás no se hubiera alcanzado tan señalada victoria. España contaba ya con excelentes tropas.

VII.

El enemigo vivaqueó en el bosque y dehesa de la Natera, en el mismo punto donde lo había descubierto Schepeler por la mañana, y allí pasó el día siguiente.

El capitán Lanjuinais vió desde lo alto de los montes de Corte de Peleas las hogueras del vivac francés, brillando tristemente en la oscuridad de la noche. Puso su caballo al paso corto y fué bajando lentamente.

Había durado tan pocas horas la jornada que evidentemente era imposible que hubiesen podido llegar los refuerzos con que contaba Soult.

¿Qué iba á decir? ¿Mentiría? ¿Se haría fusilar diciendo que por una noche de amor había olvidado el sagrado cumplimiento de su deber?

Lanjuinais vió ante él, sonriente y seductora, una carita morena, y no quiso morir. Ninguna culpa podía caberle en la pérdida de la batalla.

El capitán manifestó á Soult que había llegado hasta Llerena y que no había encontrado á nadie, siéndole imposible poder pasar más adelante porque le había salido al paso una guerrilla, persiguiéndole hasta cerca del campamento.

Soult, indiferente, se encogió de hombros.



CAPÍTULO XIII

Después de la Albuera

I

Nuestros héroes se encontraban todos muy satisfechos.

Miranda había dado muestras del mayor arrojo á las órdenes de Ballesteros, Espinosa y Belmonte á las de Zayas, y Méndez, cargando denodadamente al mando del conde de Penne-Villamur.

El brigadier llamó á Belmonte, que había hecho prodigios, y le dijo:

—Te has portado como un valiente y sé lo que me toca hacer.

—¡Gracias!—contestó enternecido el joven.—¡Ya no os dejaré más!

Miranda fué felicitado por los generales, testigos de su extraordinaria temeridad. Gracias á él quedaron rescatados la mayor parte de los prisioneros ingleses. En cuanto á Salas, deseoso de hacerse perdonar su generoso comportamiento para con Diego López, procuró recibir una buena herida al lado de Miranda para probarle que nadie le ganaba en arrojado. También había resultado herido Ramón de Pravia, como tantos otros.

La jornada había sido ruda, en virtud de pelearse tan de cerca. Los españoles habían tenido 1.365 bajas entre muertos y heridos, los portugueses 363 y los ingleses 3.614; en todo, la mitad que los franceses.

Todo el día 17 estuvieron los dos ejércitos enemigos frente á frente, hasta que á la mañana siguiente emprendió Soult sigilosamente la retirada.

El ejército francés, confiado en que no sería perseguido, caminaba despacio en dirección á Llerena cuando de pronto se vió atacado en Usagre por la caballería aliada. El choque fué sangriento de tal manera, que á pesar de la inferioridad de los nuestros causáronse más de doscientas bajas á los ginetes enemigos.

En la pelea desapareció el capitán Lanjuinais, figurando su nombre en la relación de los extraviados ó prisioneros.

Por fortuna, el capitán Armando no era lo uno ni lo otro, sino que tuvo por conveniente, una vez terminada la brega, torcer de camino y presentarse en Villafranca de Barros, donde había cierta paisana que tenía el don de hacerle mentir delante del duque de Dalmacia y de separarle de las etapas de los suyos.

II.

Cada noche, al dar las ocho en el campanario del pueblo, Andrea se encaminaba al bosque y permanecía largas horas en triste soledad, pensando en el amado ausente.

Así pasaron algunos días.

La pobre niña, sin embargo, esperaba siempre confiadamente.

Una noche creyó oir el trote de un caballo; el rumor fué acercándose, cesó luégo y al poco rato se distinguió una sombra que se dirigía al roble testigo de ciertos amorosos juramentos.

—¡Andrea!—dijo una voz.

—¡Tú! ¡Tú, bien mío!—exclamó la niña arrojándose en brazos de Lanjuinais.

—He venido para llevarte conmigo. ¡Es preciso, indispensable!

—¡Huir!

—No hay más remedio. Hemos perdido la batalla y nos retiramos; no tardará mucho el ejército español en ocupar todos estos pueblos; entonces me será imposible poder acercarme aquí y ya no podría verte y sin verte no podría ya vivir.

—Vamos cuando quieras.

—¡Qué corazón tienes! ¿Y no me preguntas á dónde?

—Sea donde fuere. Estando á tu lado estaré como en el cielo.

—¿Y no me aborrecerás? ¿No pensarás en la diferencia de nuestra patria?

—No, yo te amo sin saber de qué país eres hijo; sólo te pido que no hagas ningún daño á los míos.

—¡Ninguno, te lo juro! Iremos á Sevilla, donde permaneceremos tranquilos y libres, luégo á Francia, y cuando se mueva una guerra con otra potencia entonces se verá si Armando de Lanjuinais es hombre capaz de excusarse de ir al fuego.

—¡Gracias, Armando mío!

—Vamos ya. Aun me queda otra cosa que hacer antes de incorporarme á mi escuadrón. Tengo que pasar por Zafra para dar un aviso á un amigo. ¡Qué bien vamos á ir en mi caballo! ¡Pobre *Noir!* ¡Con esa divina carga que te añado vas á desquitarte de la mala vida que hace una semana estás llevando!

Los dos jóvenes emprendieron la marcha, guiándoles en su camino la claridad de las estrellas. Por lo demás, el terreno era llano, cubierto de dehesas y sin más accidente que el curso de los riachuelos.

III.

Extraño misterio el de la irresistible simpatía que había unido desde el primer momento los corazones de aquellos enamorados. ¿Qué había de común entre aquel aristocrático capitán de caballería, hijo de una de las más antiguas familias de la Turena, joven, rico, elegante, bien parecido y valiente, y la pobre y desamparada extremeña? Sólo puede explicarse esta conjunción de dos almas por el desquiciamiento universal que había producido en todas las esferas la Revolución francesa. Vióse entonces pedir limosna á los antes opulentos magnates, encumbrarse á los antiguos siervos, transformarse en generales los curas y en místicos los ateos. Convertíanse en príncipes, mariscales y cancilleres hombres procedentes de las últimas capas sociales; asistíase á una renovación universal y parecía que las aristocracias y las democracias quisiesen aliarse y fundirse, buscándose mutuamente, atrayéndose con fuerza invencible y mezclándose de todas maneras y bajo todas las formas.

Napoleón llevaba á cabo en Europa un trasiego formidable; trasladaba á los hijos del Vístula á las riberas del Ebro y del Guadalquivir y á los asturianos y andaluces á las playas de Dinamarca. Los partidarios de Aragón hacían la guerra mezclados con rusos desertores. Holandeses, westfalianos, daneses, italianos, egipcios, todos confundidos y revueltos, se encontraban de un día para otro en los más distintos climas y países. Había generales casados con circasianas, con austriacas, con danesas. En tiempo de la Revolución figuraban entre los más prepotentes republicanos, españoles como Miranda, Guzmán y el abate Marchena. Una española, la Tallién, derribaba á Robespierre y abría el camino á Napoleón. Pocas veces se ha visto más violenta sacudida. Un soldado con suerte podía aspirar á una corona real y llevarla con tanta gallardía como pudiera hacerlo viniendo de regia estirpe. Si jamás pudo concebirse un estado de verdadera anarquía, fué entonces, á pesar del férreo yugo que oprimía á toda Europa.

Las pasiones se resentían de aquel estado de convulsión general y veíase de pronto aparecer de no se sabía dónde, un hombre influyente ó una mujer soberana. Las improvisaciones estaban á la orden del dia; á nadie se le pedían pergaminos ni certificados; la audacia, la belleza ó el servilismo abrían todas las puertas. ¿Quién podía responder de mañana? Mañana, el rico podía ser un mendigo y el mendigo un poderoso.

En este libro hemos visto algunos amores desiguales por la posición social de los amantes; lo raro hubiera sido encontrar amores paralelos y equivalentes. La ecuación más general era la de la belleza y el heroísmo; parecía que agotado el espíritu de la antigua dominación aristocrática, quisiese renovar las sensaciones buscando lo inesperado y nuevo.

A la par, todo se hacía con rapidez. Nadie hubiera podido decir lo qué sería de él al día siguiente. La

guerra imprimía en todo el sello de su brutal premura. Las dilaciones son buenas y factibles en tiempos de reposo. Cuando ruge el cañón y cunde el incendio, no hay minuto que perder.

Las mujeres de nuestra España parece que han heredado este privilegio de infundir vehementes pasiones á los enemigos que invaden su suelo. Corren de boca en boca cuentos y leyendas de moros y cristianas, romances de caballería, historias de princesas encantadas, de monjas robadas, de poderosas esclavas de las reinas árabes. No se extrañaban, pues, de ver reproducidos al cabo de siglos los lances y aventuras de las anteriores invasiones.

Sirva esto de formal explicación á los que no considerando aquella época bajo su verdadero punto de vista, pudiesen creer que las cosas habían de pasar como en estos, no sabemos si felices ó malhadados, tiempos que corremos.

IV.

Andrea sabía decir las cosas más bonitas del mundo sin que se las hubiese enseñado nadie. Lanjuinais quedaba pasmado ante las agudas respuestas de la niña, su buen juicio y la adorable sinceridad con que revelaba lo que sentía. Su asombro subió de punto al oirle hablar de los santos de Zurbarán y de Murillo, por los cuales manifestaba la más viva admiración.

—¿Sabes leer?—preguntóle el capitán.

—No, ¿para qué lo quiero? El campo, el cielo, las catedrales, las coplas y cantares, las comedias, los sermones y lo que se oye decir á las gentes, me enseñan todo lo que deseo y necesito saber. Eso de ser leidos y pasarse el día entre libros y papeles es bueno para vosotros, pero las pobres muchachas como yo, si tenemos siquiera una ligera ráfaga de inteligencia, pronto aprendemos lo que nos hace falta. ¿Os figuráis que todo se alcanza á saber leyendo libros? Para sentir, para amar, para agradar y para ser bonita, es de todo punto insuficiente revolver tomos y mamotretos si no llega á salir de dentro ó llevarlo ya de nacimiento.

El capitán quedó pensativo, y ella continuó:

—¿Crees tú que te podría querer más sabiendo tanto como un hombre?

Armando respondió como si hablara para sí y revelara un pensamiento íntimo:

—Menos. El emperador hace bien en no conceder importancia á madama Staël. ¡Me gusta más cualquiera bailarina... madame Saquí!...

—¿Qué dices?—replicó Andrea.

—Digo que nada te falta para ser adorable y que eres la más graciosa morenita que pudo soñar la imaginación de un fervoroso musulmán. ¡Quién sabe si no eres acaso quinta ó sexta nieta de alguno de aquellos bravos moriscos que tan valerosamente levantaron en la Alpujarra el grito de insurrección contra Felipe II!

Andrea quedó algo cortada y al cabo de un breve rato replicó:

—¿Has oido decir algo de mí?

—¿De tí? ¿Dónde quieres que haya yo oído hablar nunca de tí?

—Es que un viejo cura del lugar me decía siempre lo mismo que tú acabas de decirme.

—¡Pues mejor que mejor, sultana mía!

—No, no tu sultana, eso sería decir que tenías otras mujeres, y en esta parte soy muy cristiana..... En todo caso he de ser tu Isabel y tú mi Diego.

Lanjuinais se alegró mucho de que Andrea no le hablase de Pablo y Virginia, que en su calidad de capitán de dragones le gustaban menos que ciertos otros enamorados celebrados por el abate Prevost; sin embargo, no sabía la historia de los amantes de Teruel y así rogó á la niña se la contase.

El capitán se entusiasmó más de una vez al escuchar la animada relación que de la trágica leyenda hizo la amada niña, que parecía identificarse con la situación de la desdichada amante al referir sus cuitas.

—¡Qué tierra esta de España!—exclamó el capitán.—¡Parece que hayan nacido aquí el honor y el heroísmo! De cada día me convenzo más de que hacemos una infamia al querer sujetar á este gran pueblo. Todo es admirable en vosotros, hasta vuestros defectos. El día que perdáis vuestro modo de ser tradicional, el día que esta nación se inficione de las manías que debilitan á las otras, desaparecerá todo lo que ahora le presta vigor y resistencia. ¡Dios conserve á este suelo tal como es! A lo menos aquí se puede pensar en lo ideal, en el espíritu, en el amor y en la patria. ¡Nosotros, con ser la gran nación, tenemos que venir á pediros vuestros tipos para expresar los arranques de nobleza y abnegación, las pasiones que más distinguen el alma del hombre del

resto de los seres, la gravedad, la justicia, el respeto á la mujer, el culto de la honra! ¡Así seáis siempre!

V.

Ya clareaba el día. Vieron desde lejos el campamento de los Santos y torciendo el camino para no entrar en el pueblo, llegaron á las ocho á Zafra, villa situada en los *Barros*, es decir, en la porción más feraz de todo el suelo español.

—Espérate aquí,—le dijo Lanjuinais á su compañera, dejándola junto á una cruz de piedra á la entrada del pueblo.—Vuelvo en seguida.

El capitán fuése á la casa donde había dejado á Diego López. El pobre teniente estaba muy desmejorado, más tal vez por pasión de ánimo que por la gravedad de la herida, si bien no había desaparecido aún todo peligro.

—¿Cómo estáis?—le preguntó Lanjuinais.

—No es necesario que os conteste, capitán,—replicó Diego.—Miradme la cara y veréis lo que estoy pasando.

—Animo, amigo mío, urge tomar una determinación sin perder tiempo. El ejército francés, derrotado en Albuera, emprende la retirada hacia Sevilla. De un momento á otro van á llegar aquí los vuestros y os pueden sorprender. Ved qué resolución queréis tomar.

—¡Horror! ¡Tener que huir yo de mis compañeros de armas que vuelven victoriosos! ¡Jamás!

—Estáis acusado de infidencia y condenado á muerte.

—¡Ojalá se hubiese cumplido como debía la pena que se me impuso!

—López, sed hombre de valor como habéis sido siempre. Aun podéis ser útil á vuestra patria.

—Estoy cansado de la vida. Que me pasen por las armas y les quedaré agradecido. Esta es mi última palabra.

—López, os he advertido.

—Gracias, capitán.

Lanjuinais salió, volviendo á entrar después de dar algunos pasos por un corredor.

—Creo, López,—repuso,—que lo que vais á hacer es un absurdo. Os hirieron, estáis curado y queréis morir ahora.

—Lanjuinais... Os repito que os doy las gracias,—respondió con voz sombría Diego López,—pero no queráis indagar el motivo de mi resolución. Adiós.

El capitán volvió á salir y encontró á Andrea esperándole junto á la cruz. Montaron á caballo otra vez y al poco rato perdían de vista las vetustas casas de Zafra.

VI.

Diego López miraba desde la ventana cómo se alejaba el capitán, extrañando la compañía de aquella joven vestida á usanza de las mujeres del país.

—¡Dichoso él!—murmuró.

De pronto sintió que le daban un golpecito en la espalda, y volviéndose vió ante sí á la hermosa niña de la casa, la misma que le había cuidado mientras yacía herido.

—¡Cristina!—exclamó con indecible acento de angustia al ver la dureza de su expresión.

—Todo lo he oído. Estábais condenado á muerte por infidencia y os salvó ese francés.

—No,—repuso Diego López.—¡No me salvó él.

—¡Mentís!

—¡Me dices que miento!

—Sí. El francés ha venido á deciros que partiéseis con él para que no os cogiesen los españoles, que están á punto de llegar, pero yo os juro que no os moveréis de aquí hasta que vengan y os encuentren.

—¿Y quién dijo que yo quisiera huir?

—Eso mismo le asegurabais á ese francés, pero era para engañarle. ¿Qué podiais hacer vos más que poneros en salvo?

—Te engañas, Cristina. Nunca fué esa mi intención. Aquí me encontrarán, vivo ó muerto.

—¡Oh, sí! Estad bien seguro de ello. Poco más de una semana hace que entrasteis en esta casa, y en tan pocos días me habéis tenido engañada infamemente. Yo, la hija del pobre viejo que murió quemado por los bandidos de Soult, cuando huían de Talavera, he dado hospitalidad y quizás he salvado de la muerte á un traidor que ha vendido á su patria y da la mano de amigo á un capitán francés. Estas paredes que oyeron los gritos desgarradores del anciano mártir cuando sus verdugos le abrasaban las carnes para que les diese el dinero que no tenía, han oído de vuestros labios ¡horror! palabras de amor y de cariño que hubiera rechazado la más infame ramera viniendo de un sér sin fe, ni honra, como vos. ¡Yo escuché al renegado, al afrancesado, al traidor!...

Justo es que me vengue de tamaña impostura. Tened entendido, pues, que se os pondrán aquí centinelas de vista para que no podáis escaparos y que el último favor que podéis esperar de mí es que no me acuerde más de vos cuando os hayan metido en la cabeza algunas onzas de plomo.

—Sea como queráis,— repuso López horriblemente pálido.

En aquel mismo momento resonaron á lo lejos clarines de caballería.

—¡Ellos!—gritó frenética de entusiasmo Cristina, corriendo á la ventana.¡—Oh! ¡Cómo tremolan nuestras banderolas! Venid, mirad lo que hacen los hombres honrados. Esos no dan la mano á los franceses, sino que les hunden la lanza en mitad del corazón.

Cada vez se acercaba más el marcial rumor de los clarines, cuyos vibrantes ecos anunciaban la feliz victoria.

VII.

La fuerza que se divisaba en la carretera se componía de cuatro regimientos de caballería española, con los cuales venía además una partida de voluntarios de Ronda, la misma que había estado en la batalla agregada á la división Ballesteros. Wellington había dispuesto que toda la caballería se acuartelase en Villafranca y Zafra, por sus feraces pastos.

Así que llegaron, dirigiéronse hacia la casa algunos jefes de la guerrilla y abriéndose la puerta de la sala en que estaban Diego López y Cristina, apareció la enérgica y acentuada fisonomía de Miranda, seguido de Salas.

Inmutados quedaron los tres hombres al verse allí, notándolo Cristina, que no sabia atinar de qué procedía tal sorpresa.

Por fin Miranda dijo, con tono más bien de extrañeza que de rigor:

—Teniente López, os creía prisionero del capitán Lanjuinais.

—Lo fuí, comandante, y quedé aquí para restablecerme de mi herida, en tanto veniais para entregarme de nuevo á mis jueces.

—¿Ha sido grave lo que habéis tenido?—replicó Salas muy turbado.

—¡Oh, no, señor oficial! Un simple balazo en el hombro; pero ya veis como empiezo á poderlo mover.

—López,—repuso Miranda,—no podéis continuar privándoos y privándonos de defender á la patria. Todos necesitamos de vuestros servicios. En mi partida encontraréis un puesto de peligro para rehabilitaros, y espero que tras de algunas refriegas en que mostraréis vuestro valor lograréis alcanzar completo indulto de vuestra calaverada.

—¡Comandante! ¿Me decís eso para desesperarme ó habláis en razón?—exclamó con ansiedad Diego López.

—Ni vos ni yo somos hombres á quienes cuadren burlas. El escuadrón que se os escapó, lo deshice yo otra vez en Albuera, y el teniente coronel D. Enrique Méndez dió cuenta en Usagre de todo el regimiento, ocasionando su completa desbandada.

—¿Era de ese regimiento que decís un capitán que se llama Lanjuinais?—exclamó Cristina que escuchaba atentamente la conversación.

—El mismo que decís era, ¡es extraño cómo pudo librarse de la batalla!

—Pues áun no hace una hora que salió de aquí, después de estrechar la mano de ese teniente al que tanto parece que apreciáis.

—Vino á decirme que estabais para llegar y que me pusiese en salvo,— contestó Diego con arrogancia.

—Hizo lo que debía,—replicó Miranda.—Niña,—repuso luégo dirigiéndose á Cristina, si os ha parecido inusitado el caso de darse la mano dos adversarios, tened entendido que se trata de dos hombres que han entablado entre sí una verdadera lucha de generosidad. Yo en persona ofrecí la libertad á Lanjuinais y no quiso aceptarla, á menos de tomársela por sí mismo; de ello resultó culpado el teniente López, pero en lugar de esquivar el castigo denuncióse él mismo y si no resultó muerto después de haber sido pasado por las armas no fué ciertamente culpa suya. No se le podría exigir más de lo que hizo. Tendido en el lugar de la ejecución hubiera espirado acaso sin auxilio humano á no haber acudido á socorrerle ese mismo capitán, del cual, de hecho y de derecho, quedó prisionero. No queráis mal á un hombre que ha sido muy desgraciado y que sólo anhela redimirse de su falta, no le arrojéis á la desesperación cuando puede prestar aún grandes servicios á nuestra causa. Callad, pues, bella niña. Yo, su jefe, lo tomo bajo mi amparo y os respondo de él.

Cristina miraba á Diego con llorosos ojos.

—Mi comandante,—dijo López,—¿puedo estar se-

guro por lo tanto de que me admitiréis en vuestra partida?

—Sí; admitido quedáis, Diego, y estad seguro de que mis valientes recibirán con los brazos abiertos al bravo oficial que ha ganado todos sus grados uno á uno, desde que empezó sentando plaza de soldado raso al principiar la guerra, abandonando la opulencia de su casa y olvidando la alteza de su origen.

—Vuestras palabras me han devuelto el valor y la fortaleza que ya empezaban á faltarme,—respondió López, que se llamaba además Aragón de la Cerda.

—Todos pasamos amargos trances en la vida,—replicó Miranda.—Ea, descansad un rato y al caer de la tarde nos pondremos en marcha para Sierra Morena. Veremos si podremos conseguir que Soult deje de comunicarse con Sevilla. Vos sois práctico en el terreno y podréis servir de mucho. Adiós, pues, y hasta luégo. Niña, dadnos algo que comer, que á fe bien lo necesitamos.

No tardaron mucho los alojados en dar cuenta de multitud de pollos y gallinas, magistralmente aderezados por Cristina, y concluida la comida se retiraron, diciendo volverían antes de marchar.

VIII.

Diego López, profundamente conmovido, parecía entregado á graves meditaciones, de manera que no reparó en Cristina cuando ésta entró de nuevo en la sala.

Después de un largo rato, levantó la cabeza, que tenía apoyada en la mano libre, y se estremeció al ver á la joven, que le estaba mirando con rostro en que se revelaba piadosa compasión.

—¡Diego!—exclamó, volviendo á tutearle.—Te había juzgado mal; ahora que lo sé todo, te pido humildemente que me perdones.

—¿Cómo me hablas así, Cristina? ¿Qué he de perdonarte yo?

—Diego, te he ofendido gravemente, pero, dime, ¿vas á partir hoy mismo?

—Sin falta, esta misma tarde.

—Dicen que la guerrilla de Miranda es la más temeraria de cuantas corren y que todos los que le siguen están condenados á muerte por los franceses.

—Es cierto.

—Oí decir que Soult ha jurado exterminarlos hasta el último; que prodiga el oro para apoderarse de ellos y que tiene puesto precio á la cabeza de Miranda.

—Sí, verdad.

—Cuéntase que los guerrilleros de esa partida para demostrar que no tienen miedo, cometen todo género de atropellos; que un día cogieron la guardia del puente de Triana...

—En todo lo que hacen se revela el denuedo de su jefe.

—También se refiere que Miranda ha estado en Madrid más de una vez y que ha llegado á penetrar en el palacio real estando dentro Pepe Botellas.

—Es fácil que eso haya sido.

—En esa partida todos deberán ser robustos, ágiles y fuertes. Pienso, Diego, que tú estás herido...

—No es nada ya; casi todo está cicatrizado.

—Diego... te pido un favor.

—Dí, Cristina.

—Aguarda unos días más á reunirte á la partida.

—Imposible, ha de ser hoy mismo.

—Sea, pues, ya que no quieres escucharme.

Quedaron en silencio los dos amantes.

Sonaron las cinco en el reloj de péndola que adornaba el comedor.

Cerrábanse las pasionarias que escalaban los balcones y oíanse toques de llamada, piafar de caballos y carreras por la calle.

—¡Diego mío!—exclamó Cristina, arrojándose de pronto á los piés de López y abrazándose á él.—¡Yo no podré vivir sin tí!

—¡Niña!—murmuró López, cual si acabara de salir de un sueño.—¿Qué palabras me has dicho? ¿Tú me quieres? ¿Tú? ¿Sí?... ¿No es verdad que he oido como lo decías?...

—¡Siempre te hubiera querido, Diego de mi alma! Te quería porque me parecías bravo y honrado; cuando por un momento creí que eras un traidor me figuré que me habías engañado también á mí y te lo juro... ¡te hubiera muerto! Ahora sé toda la verdad, Miranda responde de tí, vas á ir con él, ¿qué más prueba de que eres leal y bueno?

—No basta eso; yo falté y necesito lavar la mancha que cayó sobre mí para que otra vez brille mi honor más limpio y resplandeciente que el sol mismo. No soy yo, es mi sangre, mi nombre...

Oyóse ruido de caballos en el patio y una voz que gritaba:

—¡Diego! ¡En marcha!

—Llévate *Hernán*,—exclamó Cristina.—Acéptalo como un recuerdo de esta mujer que te adora y que siempre estará pensando en tí.

—Gracias, Cristina; ya verás como saldré en bien de todo.

IX.

Diego y Cristina fueron al zaguán, donde estaba *Hernán*, que era un hermoso tordillo cordobés.

—¡Adiós, mi bien!—exclamó López.—Dios hará que podamos vernos pronto.

—¡Adiós!—murmuró con voz desfallecida Cristina. —¡Adiós, mi Diego!

Diego montó con ligereza en el noble animal que relinchó de alegría y haciendo un último ademán de despedida corrió á incorporarse donde estaba formada la fuerza. El teniente había dejado su casaca y sombrero y llevaba montera y marsellés.

—Vamos ya,—exclamó Miranda.

Rompieron marcha los clarines y la partida emprendió al trote corto el camino de Llerena, cuyas casas divisaron al amanecer del día siguiente.

De pronto distinguieron dos personas á caballo, una de las cuales llevaba el uniforme de capitán de dragones franceses, no siendo bien distinto el traje de la otra, que era una mujer, joven al parecer.

Miranda envió á Salas con dos ordenanzas para indagar qué objeto les llevaba allí.

Salas quedó sorprendido al encontrarse con Lanjuinais y más todavía cuando en lugar de interrogarle él, le interrogó el francés.

—¿Dónde vais?—exclamó.—¿No sabéis, acaso, que el mariscal Soult se encuentra en Llerena con todo su ejército?

—¿Qué decís?—repuso Salas.—¿Soult se ha detenido ahí?

—Sí, ciertamente. Aquí esperará los refuerzos que deben llegarle. Apartáos, pues, en seguida de este radio si no queréis que os hagan prisioneros.

—Gracias, capitán,—respondió Salas.—No podéis figuraros el servicio que nos habéis prestado.

El subteniente corrió á avisar á Miranda, el cual dió orden de contramarchar, y atravesando el Zújar llegaron al día siguiente sanos y salvos á la sierra de Alcocer.

Allí supieron que se había reanudado el sitio de Badajoz, destinándose á él por parte de los españoles al general D. Pedro Agustín Girón y siendo inglés el resto del ejército sitiador.

Miranda empezó desde entonces sus correrías bajándose al llano é incomodando continuamente la espalda del ejército de Soult.



CAPÍTULO XIV

Saligny ante lo inesperado

I

Octavio de Saligny no había asistido á la batalla de la Albuera por formar parte de la asediada guarnición de Badajoz, donde se encontraba desde su regreso de Portugal, después del desafío con Espinosa.

Había pasado todo el mes de Abril amargado por el dolor de estar separado de su querida Julia, y así que Beresford descercó la plaza, el día antes de darse la batalla, recibió orden de pasar á Madrid para enterar de la situación al ministerio y pedir fondos.

Era cuando estaba en Francia el rey intruso.

Nada estorbó su marcha y el marqués llegó felizmente á la corte de José á últimos de Mayo, habiendo hecho el viaje enteramente solo, disfrazado de manchego.

Al punto corrió hacia la quinta de Carabanchel, sintiendo cómo palpitaba violentamente su corazón al pensar que otra vez iba á estrechar en sus brazos á su bella amante.

Cual si un secreto presentimiento le hubiese anunciado la llegada de Octavio, Julia se asomó á la ventana al oir el acelerado galope de un caballo que franqueaba la verja del jardín.

Apresuróse á adelantarse la hermosa salamanquina, y bajando Saligny del caballo, pronto se confundieron sus besos, murmurándose dulces frases de amor.

—¡Qué divina eres, vida mía! —exclamó Saligny.—En medio año que he dejado de verte, parece que cada día hayan aumentado tus hechizos.

—¿Eso crees, Octavio?—respondió ella.—Pues no he hecho más que sufrir sin tregua ni descanso, creciendo mi dolor á cada momento que pasaba. ¡Oh! ¿Cómo vivir sin tí? No tengo otro sér en el mundo que me ame; sólo pensando en mi Octavio, siento calmarse la amargura de mi desgracia.....

—Calla, Julia; día ha de llegar en que te veas otra vez amada de quien ahora cree aborrecerte.

—¿Has visto... á alguien?

—Sí. Es un completo caballero.

—¡Octavio! Comprendo lo que significan tus palabras. Os batisteis...

—Nos batimos, sí, pero ya ves, los dos estamos bien vivos.

—¿Y quién resultó herido?

—Fué cosa de poca monta.

—¿Luego fuiste tú?

—A mí me tocaba serlo.

—¡Oh, Dios mío! ¡Por mi culpa!

—¡Tú culpada, angel mío! Todo ha pasado ya, no pensemos más que en nosotros.

—¿Cómo quieres que pueda olvidar yo jamás que por mí has derramado tu sangre?

—¿Y por quién podía hacerlo mejor que por tí? ¿Qué me importa á mí todo lo demás? Pero ahora podremos estar juntos mucho tiempo, pues hasta que regrese el rey José, no se resolverá nada de lo que me ha traído á Madrid.

—¡Qué dicha! ¡Al fin podré ser feliz algunas horas!

Los dos amantes no se cansaban de repetirse lo que muy bien sabían, pues era en verdad vehementísima la pasión que mutuamente se profesaban. Saligny había encontrado con razón más bella que nunca á Julia, convertida en modelo de elegancia y distinción. Como la crisálida se transforma en mariposa, así, bajo la túnica de monja parecían haberse conservado incólumes su juventud y su hermosura, apareciendo entonces encantadora y tierna cual si estuviese en la florida edad.

De este modo pasaron dulcemente días y más días. Saligny no se movía del lado de Julia, sino raras veces, cuando le precisaba tener que ver á algún palaciego figurón, cosa que le repugnaba en extremo, pues despreciaba profundamente á los afrancesados.

II.

Una tarde de Junio, bochornosa como suelen serlo en Madrid, dirigíase á pié hacia el palacio real para tratar de ciertos asuntos de la guerra con uno de los generales que allí habitaban, cuando al pasar por delante de ciertas ventanas de unos bajos de la calle Mayor oyó un grito, contenido al momento.

Volvió la cabeza hacia el balcón de donde había salido la voz y vió desaparecer tras las blancas cortinas interiores, una forma femenina, pero sin poder en manera alguna distinguir quién fuera.

No pensó más en tal incidente y siguió tranquilo su camino. Entró en palacio, donde celebró una larga y pesada conferencia con Jourdán, y salió de allí al oscurecer. Dirigíase con rápido paso hacia la Puerta del Sol, donde le esperaba su caballo, cuando al pasar por el Arco de la Armería se le acercó una vieja mal vestida y le entregó un papel, después de lo cual desapareció al momento.

Saligny rompió el lacrado sobre y á la incierta luz del crepúsculo de la tarde, leyó lo siguiente: «Una antigua amiga del marqués de Lagarde tendrá sumo placer en volverle á ver y le suplica que se encuentre esta noche á las diez en el Prado. De no acudir, M. Octavio de Saligny dará pruebas de ser muy cobarde ó muy ingrato.»

La carta estaba escrita en español, pero el carácter de letra era francés.

Octavio de Saligny, muy acostumbrado á mujeriles misivas, no reconoció la letra, pero recordó el grito que había oído en la calle Mayor.

Pasó por allí otra vez, pero todo estaba herméticamente cerrado.

Preguntó á unos vecinos si sabían quién habitaba aquella casa y le respondieron que una señora recién llegada, pero que no habían podido averiguar quién fuera porque los criados no se habían franqueado con nadie, á pesar de que había algunos españoles, siendo, empero, franceses la mayoría.

Octavio volvió á Carabanchel algo preocupado, encontrando á Julia más hermosa y apasionada que nunca. Aquel día llevaba un vestido blanco con guarniciones azules, que la hacían parecer un fiel trasunto de las Vírgenes de Murillo. Nunca los ojos de Saligny habían contemplado más graciosa imagen; nunca había visto mayor ternura en su semblante de mujer; nunca había escuchado vibrar con tanta pasión la argentina voz de su amante; nunca habían sido más ardientes las frases que ella le dirigía. En cambio, Saligny parecía preocupado y al dar las nueve sintió como un estremecimiento.

—¿Qué tienes?—exclamó Julia.

—Nada, bien mío, pero otra vez he de acudir sin falta á palacio...

—¿Otra vez, después de tan larga estancia esta tarde?

—¡Ese mariscal es tan fastidioso!

—Guárdate bien, amor mío; á estas horas está todo desierto y vagan por el camino multitud de malhechores.

—Nada temas, Julia mía; pronto habré de estar de vuelta.

—¿Saldrás á caballo?

—No, á pié.

—Es extraño.

—Quizás podría llamar la atención yendo montado.

—Verdad es.

—Adiós. Antes de media noche estaré de vuelta.

—Adiós.

III.

A las diez llegaba Octavio al Prado, y al pasar por frente la subida del Retiro, oyó una voz de mujer que le dijo:

—Seguidme, caballero.

El comandante fué detrás de la desconocida y vió que se detenía en uno de los más oscuros trozos del paseo, junto á un banco.

Vió como se sentaba y le hacía señas de que también lo verificase, como así lo hizo, encontrándose junto á una mujer que ocultaba casi toda su cara con el rebocillo.

Nada decían uno ni otro, notando sólo Saligny que la misteriosa tapada le miraba con insistencia.

—Señora,—exclamó, por último,—¿podré saber á quién tengo el honor de hablar y qué servicios puedo prestaros?

La dama descubrió entonces su semblante y Saligny se puso en pié sin poder contener la emoción que le había causado la inesperada aparición que contemplaba.

—¡Tú en Madrid, Diana!—exclamó.

—¿Pues dónde me creías? ¿Muerta quizás? Ya supe yo todas tus aventuras; sin duda, encontrándote en España, quisiste emular las glorias de Don Juan Tenorio...

—¿Y tú qué sabes?—contestó Octavio algo picado.

—Tus amoríos monjiles, tus duelos, tu ardiente amor y tu inverosímil constancia á esa mujer. Bien poco tiempo ha pasado desde que lo supe, tan poco, que sólo hace tres días que estoy aquí. Quería tener el gusto de conocer á tu última conquista y de verte á tí de vuelta de Badajoz, pero antes he logrado lo segundo que lo primero, muy rara casualidad, por cierto.

—¿Pero á tí quién te ha contado todo eso?

—Cierta flamante mariscala á la cual fuimos con mi marido á dar el pésame por la muerte de su caro esposo, y vino á recaer en tí la conversación. Parece que en Badajoz se hablaba mucho de tus místicos amores y por eso nada le costó decir todo lo que sabía del nuevo caballero andante.

—No seas cruel, Diana. Mucho siento que esa señora de quien me hablas no comprendiera el mal que hacía.

—La pobre parecía muy contenta con poder hablar de su país; por lo demás, te puso hasta las nubes.

—¿Y el general, dónde está?

—Lo he mandado al Austria. Continuando en París me hubiera impedido esta escapatoria á la península, so pretexto de las partidas que asaltan á los viajeros. De allí no se irá hasta que yo quiera, pues así quedamos con Clarke. Tengo, pues, tiempo suficiente para intrigar aquí cuanto me plazca hasta librarte de ese espantoso ridículo en que te has puesto convirtiéndote en galán de monjas.

—Diana, si es para eso por lo que te proponse permanecer en Madrid, creo que habrá sido inútil tu viaje. Estoy resuelto á conservar mi monja, pese á quien pese y suceda lo que quiera.

—¿Tanto la amas?

—Delante de tí, ¿cómo quieres que diga que la amo?

—Gracias por tus delicadísimos distingos. Veo que has aprendido más retórica de la que sabías.

—Diana, te ruego que no trates de deshacer lo que es un hecho consumado; quizás vas á labrar el infortunio de una pobre mujer sin que en nada se mejore tu situación.

—Nunca te hubiera creido capaz de despreciarme tanto. ¿Es decir, que crees que yo, que la mujer de tu general, cuyas canas deshonraste haciéndome ser perjura á la fe que le debía, voy á contemplar impasible como otra mujer escucha frases de amor de tus labios, como recibe tus caricias, como las devuelve? ¡Me dejas asombrada! ¿No llegas, pues, á concebir que yo esté poseida de esa terrible pasión que se llaman celos y que me sienta resuelta á romper por todo?

—Haces mal en estar celosa. Fuí muy culpable, lo confieso, y con toda mi sangre quisiera borrar la mancha que arrojé sobre el honor de tu marido, pero tú lo eres más aún persistiendo en el crimen. ¿Por qué no consagrar todos los instantes de tu existencia á hacer dichosa la corta vida que le queda á tu anciano esposo? Ese debiera ser tu único objeto. Ya que no sea posible confesarle la infidelidad cometida, á lo menos que vea en tí toda la abnegación, el cariño é interés del que busca el perdón con sus actos, no con sus palabras.

—Mucho celebro los progresos que has hecho en la moral. Haz tú, pues, lo mismo que me aconsejas. No pienses más en esa virgen del Señor y mándala á hacer dura penitencia, y yo te prometo que llamaré otra vez á mi marido y que seré para él tan fiel y rendida que van á concederme en el Instituto el primer premio de la virtud.

—Diana, estás diciendo absurdos. ¿Cómo quieres que ella pueda volver á un convento? Para tener que morir, prefiero matarla yo, que no el fanatismo y el rencor de los demás.

—Pues siendo así, tendremos que hacernos guerra á muerte.

—¡Diana! Me daña el oirte hablar de esta manera.

—Te repito que vamos á hacernos guerra á muerte, sin compasión, feroz.

—¿Qué vas á hacer?

—Ante todo, mostrarle al general todas tus cartas.

—¡Qué infamia! Tú no harás eso.

—Luégo mandarte á tí á Viena, otra vez, de ayudante suyo ó de agregado á la embajada ó con cualquiera otra excusa.

—¡No iré, no, jamás!

—Si el emperador lo manda, tendrás que obedecer. Luégo, hay periódicos, libelos, operetas... ¡Oh, qué lindo argumento para el teatro de la Feria! ¡Qué monólogo para Arlequín!

—¡Calla, por piedad!

—Y finalmente, quiero hablarle á esa mujer.

—¡Oh, eso nunca! ¡Eso sí que nunca!

—Tú verás, sin embargo, si será pronto. Cuando partiste de Francia lloré, lloré, Dios mío, hasta secarse mis ojos. Mil veces estuve tentada de huir de París y venir á tu lado, ¡así lo hubiera hecho! Un año ha pasado de este modo; al principio ,todas tus cartas respiraban fervoroso amor, ardiente pasión, pero cuando empezaste á escribirme desde Salamanca, noté horrible frialdad en las líneas que me enviabas; luégo inquieta tardanza, y finalmente, ni áun el consuelo de ver letra tuya me concediste. Yo quería engañarme, suponiendo que el rigor del sitio de la plaza en que te hallabas te impedía hacer llegar hasta mí ninguna carta, pero luégo ví otras fechadas en Badajoz; ví mujeres con cartas de sus esposos ó de sus amantes que se encontraban donde te encontrabas tú, y desde entonces empecé á sentirme atormentada. Yo frecuentaba mucho la casa de la condesa de Latour-Duchesne y comprendí que sabía algo, quizás mucho, de lo que ocurría contigo, pero jamás pude arrancarla una palabra más de las que me quiso decir; eso sí, tenía un verdadero placer en desollar á la pobre abadesa. Por mi desgracia, llegó, sin embargo, el día de saberlo todo, al fin. La mariscala de Lugano, que quizás no tendría los motivos de la condesa para callarse nada, me lo reveló todo, áun no hace quince días. Tú eras el amante de la monja que robaste del convento. ¡Un año me has tenido engañada y llena de ansiedad!

IV.

Saligny callaba, hondamente preocupado.

—¿No quieres, pues, abandonar tu idea?—exclamó como si saliera de un pesado sueño.

—Por nada de este mundo. ¿Ignoras que soy hija del país de las *vendettas*? Una corsa no puede perdonar á un hombre que me ha ofendido como has hecho tú.

—Diana, siempre te conocí buena y generosa. ¿Por qué no serlo también ahora?

—Porque me has herido en todo lo más delicado de mi sér; ¡no hablo ya de mi amor vendido ú olvidado, sino de tu comportamiento, dejándome morir de ansiedad, helándome con tu indiferencia, humillándome con tu desvío! No, no hay transacción posible; ó esa mujer ó yo.

—¡Basta!—exclamó Octavio.—Ya que tú lo quieres, sea. Veamos quién podrá más.

—Así me gustas, decidido como yo á jugar el todo por el todo. ¡En guardia, pues, marqués de Lagarde!

Diana se levantó y no tardó en desaparecer de la vista del comandante, que permaneció como clavado en aquel banco de piedra.

V.

Era una imprudencia volver á Carabanchel; la generala, podía, quizás, tener apostados sus espías para ver hacia dónde se dirigía el marqués; harta fortuna había sido ya que no le hubiesen seguido los pasos al volver á pasar por la calle Mayor, si bien el comandante recordó que había dado un largo rodeo para volver á la quinta, como poseído por un involuntario presentimiento.

No, en manera alguna iba otra vez á dirigirse á la quinta de Julia. Reflexionó un momento acerca de la resolución que tomaría y tras de un breve rato de vacilación, se encaminó al cuartel del Retiro.

Aquel hermoso sitio estaba convertido por entonces en bélica fortaleza; las elevaciones del terreno veíanse erizadas de cañones y ocupaban los edificios del recinto varios regimientos de artillería; las obras construídas y el militar estruendo que allí se oía de continuo, hacían asemejar el delicioso edén de Felipe IV á inexpugnable ciudadela.

Saligny respondió al *¡quién vive!* del centinela y franqueó la entrada.

Salió el oficial de guardia á su encuentro y Saligny exclamó:

—¡Buenas noches, Revel! ¿Está el capitán Maupín?

—Sí, mi comandante; podéis pasar al cuarto de banderas, donde le encontraréis jugando.

—No, hacedme el favor de decirle vos mismo que tenga la bondad de salir, sin decir que esté yo aquí.

Cumplió el encargo el oficial y á los pocos momentos el capitán Maupín quedaba sorprendido con la inesperada visita de Saligny.

—¿Queréis escucharme, capitán?—dijo Octavio.—He de hablaros á solas y con gran reserva.

—Estoy á vuestras órdenes, marqués,—contestó Maupín.—Demos una vuelta por esa alameda de los reyes, donde podremos estar seguros de toda indiscreción.

Los dos amigos se encaminaron al citado sitio; reinaba profundo silencio, solamente interrumpido por el monótono cantorrio de las ranas que chirriaban en los estanques.

—Maupín,—exclamó Saligny,—vengo á solicitar de vos un delicado servicio.

—Hablad.

—No he de ocultaros que mis relaciones con Diana dieron fin hace ya algunos meses.

—No lo sabía,—replicó Maupín,—pero lo siento por la pobre condesa, que os quería infinitamente.

—De todas maneras, la cosa tenía que suceder así. Los adulterios siempre acaban en una vergüenza...

—Seguid, Octavio.

—Mientras estuve en Salamanca, tuve ocasión de conocer á una mujer que no tardé en adorar.

—No fuisteis el único que recibió flechazo de aquellas bellas enemigas.

—Es una mujer digna de mí, Maupín; generosa, llena de abnegación, buena y hermosa. Tened presente que la adoro con toda mi alma.

—Vaya, os felicito, pues. ¿Y la hicisteis vuestra querida?

—Mi querida, ciertamente. Mientras he estado en Badajoz ella ha estado aquí oculta, y podéis comprender que corrí en seguida á su lado así que llegué.

—Cosa muy natural.

—Esta tarde, al volver de palacio, recibí una carta cuya letra me era desconocida, pidiéndome una entrevista para esta noche. Ahora bien, la mujer que me había dado la cita era Diana, que está en Madrid, deseosa de vengarse de mí y de mi amante.

—¡Diablo!

—Conociendo como conocéis á Diana, es inútil que os encarezca cuánto me interesa preservar á mi amante de sus furiosos celos. En cuanto á mí, ya sabéis el caso que suelo hacer de las amenazas de nadie.

—Sí, lo sé.

—Acabo de dejar á Diana, presa de violenta agitación; es de creer que tenga apostados quienes me vigilen y espíen donde se oculta mi española. Por lo tanto, me veo precisado á despistarlos, pero, al propio tiempo, no puedo dejar á mi querida llena de zozobra al ver que no regreso.

—Comandante, ved lo que me ordenáis.

—Nada, mi buen Maupín, nada os ordeno, sólo os suplico.

—Decidlo al momento.

—Quisiera, pues, que fuerais á ver á Julia ahora mismo y le dijerais que no volveré hasta mañana por la noche, y que el motivo es un arresto, ¿os parece?

—Perfectamente.

—Carabanchel de Arriba, quinta de los Gorriones, al entrar en el pueblo á mano izquierda, junto á una acequia. Hay un cordón en la verja, dad dos campanillazos y os abrirá un viejo inválido; decidle que venís de parte del comandante Angely, pues ignora mi verdadero nombre, por exceso de precaución.

—Descansad en mí.

—Tratad sobre todo de tranquilizar á la pobre criatura, que estará, sin duda, muerta de angustia.

—Tened por seguro que la dejaré enteramente confiada. ¿Y vos?

—Yo esperaré aquí vuestro regreso. Son las once y media, podéis estar de vuelta á las tres.

—Antes de las dos me tendréis aquí.

—¡Gracias! ¿Por dónde saldréis?

—Por la carretera de Alcalá, fuera la puerta de Carlos III.

—Me parece lo mejor.

—Hasta luégo, pues, mi comandante.

—Adiós, mi buen Maupín. No sabéis cuán grande es el favor que os deberé.

VI.

El capitán salió por el palacio de San Juan y le llamó la atención oir al poco rato el galope de un

caballo que se alejaba en dirección opuesta á la suya. Siguió su camino y no pensó ya más en ello, llegando felizmente á la quinta, que reconoció al instante.

Después de haber llamado repetidas veces, fueron á abrir, por fin, apareciendo con una linterna el viejo criado, cuando de pronto se vió Maupín agarrotado por cinco hombres, que como sombras surgieron de unos sembrados contiguos al camino, tapándole la boca al oficial.

El viejo se acercó á la reja y preguntó que quién llamaba.

—Tengo que dar en seguida un recado á la señora de parte del marqués de Lagarde,—dijo uno de los del grupo, mientras los demás se ocultaban á la vista del inválido portero.

—¿Quién es el marqués de Lagarde?—respondió el anciano.

—¡Pardiez! Pues es vuestro amo.

—Os equivocáis, amigo. Yo no conozco á ningún marqués de ese nombre. Además, aquí no hay amo, sino señora.

—¡Ea! No perdamos tiempo, pues es un recado urgente el que he de dar. Id á avisar á la dueña de la casa que he de hablarla en seguida de parte del marqués de Lagarde. Despertadla si duerme, y despachad.

—No lo entiendo,—replicó el buen hombre.—Pero, en fin, iré á decirle lo que me habéis manifestado. ¡El marqués de Lagarde! Se habrán equivocado; no creo que ese comandante Angely que se nos ha descolgado por aquí, sea marqués de nada.

En tanto que el criado iba á cumplir el apremiante encargo del nocturno mensajero, llegó un coche hasta la verja, donde se detuvo, bajando de él una encubierta señora. Al punto, el que había hablado con el viejo despidió á los cuatro hombres que le habían ayudado á sujetar á Maupín, al cual dejaron sólidamente atado á una encina con una mordaza en la boca.

—¿No han abierto aún, Dubois?—preguntó con breve acento la tapada.

—Al momento van á hacerlo, señora condesa,—respondió el llamado Dubois.—El conserje no comprendía de quién le hablaba al referirme al marqués de Lagarde y le he mandado fuese á avisar á su ama diciendo que le traía un recado urgente de su parte.

—Bien está. Pero oigo ruido de llaves. Sígueme y obedece á cuanto te mande.

Dubois hizo una profunda inclinación y al levantar de nuevo la cabeza vió al inválido, que introducía la llave en la cerradura.

—Entrad, entrad, señor mensajero,—exclamó.—No se ha llevado poco susto mi señora al trasmitirle el recado que me habéis dado.

Entró Dubois, pero con gran sorpresa del criado, entró también con él una señora.

—Va conmigo,—dijo Dubois.

—Sí, yo soy quien ha de dar el recado á vuestra ama. Llevadme á su cuarto.

—¿A quién he de anunciar, señora?

—No importa el nombre que yo lleve, decidla que es de parte de Octavio.

El viejo y la que Dubois había llamado condesa se dirigieron hacia la casa. Julia, impaciente, esperaba al pié de la escalera, y no pudo reprimir un movimiento de asombro al ver á una mujer cuando le habían anunciado á un hombre.

La inesperada visitante, que no era otra que Diana de la Chategneraie, se adelantó hacia la sobresaltada amante de Saligny, haciéndole una cumplida y cortesana reverencia, y luégo la siguió hasta que llegaron á una linda salita, amueblada con sumo gusto.

—Señora,—exclamó, acompañando sus palabras con una graciosa sonrisa,—permitidme, ante todo, que os tribute el homenaje de mi más profunda admiración al contemplar vuestra belleza. Sois realmente hermosa entre las hermosas, mucho más de lo que me habían dicho. No pudo el marqués de Lagarde rendir su corazón ante más encantadora dama.

—Señora,—repuso Julia,—aunque no tengo el honor de conoceros, os doy mil gracias por vuestras benévolas palabras, pero bien debéis comprender cuánto anhelo saber el recado que me traéis de parte del comandante.

—Verdad decís, querida mía, soy una aturdida. El motivo, pues, que me ha obligado á turbar á tales horas vuestro sueño, aunque bien veo que no dormíais, pues llorabais, el motivo de mi visita se reduce á deciros, para que podáis estar completamente tranquila, que el comandante Saligny no podrá venir á veros hasta mañana por la noche por haber sido arrestado de resultas de una discusión con no sé qué afrancesado de esos que hay en palacio, pero vos, en cambio, tenéis facultad de verlo, si tal fuese vuestro gusto.

—¡Oh, sí, al momento! ¿No me engañáis, señora?

¡Tened lástima de mí y no me ocultéis nada si acaso le ha sucedido alguna desgracia!

—Vuestro amor os tiene enteramente ciega. Os afirmo que podéis verle dentro de una hora, si es que queréis.

—¡Oh, gracias, mi buena señora! ¿Pero cómo os habéis querido encargar vos misma de venir á traerme noticias de M. de Saligny?

—El marqués fué, por muchos años, ayudante de mi esposo, el general de La Chategneraie, y dió la casualidad que me encontrase yo precisamente en la galería donde ocurrió la ligera discusión que ha motivado su arresto. Ví que me miraba como suplicándome que me acercase y entonces me manifestó cuánta era su pena por el sobresalto en que estariais no viéndole volver y me pidió encargase á algún amigo suyo os viniese á traer la noticia. Yo, sin embargo, deseosa de no entregar á la indiscreción del primer oficial que encontrara el secreto de vuestro retiro, preferí no decírselo á nadie y venir yo misma á tranquilizaros respecto al motivo de la tardanza de vuestro enamorado Octavio.

—Yo os lo agradezco con todo mi corazón, señora, y no sabré jamás cómo demostraros la estimación que desde ahora me merecéis. ¿Pero estáis segura de que realmente podré ver á Octavio?

—¡Si es un arresto ridículo!... Figuráos que está detenido en las habitaciones del general gobernador de Madrid, entre espejos y cortinajes. Vestíos, pues, y corramos. Tengo mi coche que nos espera y podremos llegar á la corte antes de una hora.

VII.

Diana quedó sola en la habitación, y su rostro, hasta entonces risueño y gracioso, fruncióse y palideció mostrando terrible expresión de odio. La condesa era joven, bonita y elegante; pálida, de regular estatura y voluptuoso talle, pero había en su mirada algo que daba miedo; sus ojos, de un verde oscuro, brillaban con reflejos metálicos cual si fuesen de acero y su voz tenía á veces acentos de una dureza que dañaba el oído. Era una verdadera corsa, digna por la corrección de sus líneas de ser tomada por una Bonaparte, pero marcada á la vez con el sello de la violencia propia de aquella raza.

Casada casi niña con el viejo general La Chategneraie y olvidada por éste al cuidado de su gallardo ayudante, no pasaron muchos meses sin que se estableciese entre ambos una intimidad que se convirtió luégo en criminal traición. Sin embargo, jamás se había traslucido nada acerca de sus relaciones y la condesa gozaba de una fama de virtud poco común en aquella época. Octavio se sentía atormentado por la hipocresía con que tenía que fingir ante el mundo, á la vez que se veía sin cesar perseguido por los violentos celos de Diana, apasionadamente enamorada de él, hasta el extremo de inducirle mil veces á deshacerse del general por medio del crimen. Siete años hacía que duraba aquella vida. El conde de La Chategneraie sintió vivamente la ausencia de Saligny cuando éste fué enviado á servir bajo las órdenes de Kellermann y á todas horas citaba á Octavio como el modelo de los cumplidos caballeros.

Al marqués de Lagarde, en cambio, le pareció que salía de un antro horrible al verse libre de los amargos goces del adulterio y comprendió que hasta entonces no empezaba á vivir honradamente. Sintió un placer inmenso al poder decir siempre la verdad, al arrojar de sí el disimulo y la falsía y al mirar y hablar cara á cara á todo el mundo sin que la conciencia le ahogase la voz en la garganta ni le hiciese bajar los ojos al suelo. Encontrándose en tal disposición de ánimo y sintiéndose el corazón anegado en generosidad y entusiasmo vió á la abadesa y experimentó por primera vez la verdadera emoción de un amor nacido en sus propias entrañas. La inquietante imagen de Diana borróse de su memoria como antes había huído de su pecho y Saligny tuvo por seguro que ya jamás volvería á encontrarse con la terrible corsa.

Ella, sin embargo, seguía pensando en el cómplice de su crimen y sentíase á veces atenaceada por feroces celos. Si no hubiese sido tan intenso el amor de Octavio hacia la hermosa freila, tal vez hubiera comprendido que con una mujer como Diana era imposible obrar del modo que él lo hizo, cesando de repente en toda clase de correspondencia. La condesa se sintió herida y maltratada por aquel silencio y juró vengarse.

VIII.

Julia salió de su habitación, envuelta en un negro manto, y dijo:

—Amiga mía, podemos ponernos en camino cuando gustéis.

—Vamos, pues,—respondió Diana.

Y bajando las escaleras se encontraron en el jardín de la quinta.

Julia dió algunas órdenes al criado y la condesa habló breves palabras con Dubois, que salió del jardín.

El coche partió, llevándose á las dos mujeres.

Dubois se acercó á donde estaba Maupín y le dijo:

—Caballero, por sensible que me sea tener que manifestároslo, he recibido órdenes terminantes de no soltaros hasta rayar el día.

La noche seguía siendo oscura, como á propósito para cometer todo linaje de fechorías.

A las tres de la mañana entraba en Madrid el carruaje que conducía á las dos mujeres y se detenía ante una casa de la calle Mayor.



CAPÍTULO XV

Diana

I

—Apeémonos, querida mía,—exclamó Diana, siempre sonriente.

—¿Aquí es?—repuso Julia.

—Sí; aquí veréis á Octavio.

Las dos viajeras bajaron del coche y entrando por un ancho portalón subieron una magnífica escalera que les condujo á una estancia adornada con ostentoso lujo.

—Sentáos, señora,—dijo Diana, señalando un sofá ante el cual acercó un velador.

—No os molestéis, amiga mía,—contestó Julia, algo contrariada en sus impacientes deseos por ver cuanto antes á su amante.

—¡Oh, creed que no me molesto en nada, pero dejad que vuelva á miraros bien, porque en verdad que sois deliciosamente bonita!

Y diciendo esto fué á tomar un candelabro y lo dejó sobre el velador.

Julia, sonrojada con aquellas palabras, bajó los ojos y repuso:

—Os vuelvo á dar las gracias por vuestras lisonjeras frases, pero comprended, señora, que nunca me han tardado tanto en pasar los instantes como ahora.

—No os impacientéis, amiga mía, que tiempo os quedará para ver á vuestro galante marqués, y así, entretanto viene, podréis pasar el tiempo leyendo estos papeles, que á fe se me antoja han de interesaros mucho.

Y al decir esto arrojó con sarcástico ademán sobre el velador un paquete de cartas.

Julia palideció al ver la letra de Saligny, mientras la implacable corsa añadía:

—Es de advertir, señora, que esta Diana soy yo.

La desdichada mujer cogió con febril temblor una de las cartas y cayó desfallecida después de leer las primeras líneas.

—¿Qué os parece, condesa, de vuestro gallardo comandante? Pensad ahora de lo qué sería capaz el general La Chategneraie si llegase á descubrir que su leal edecán era el amante de su adorada esposa.

—Señora,—repuso Julia sin aliento,—mucho es el daño que me habéis causado, pero es mayor aún el miedo que me inspiráis. Decidme, por Dios, qué sentido encierran esas amenazadoras palabras que habéis dicho. No veáis en mí la que os ha robado vuestro amor sino una pobre mujer resignada á hacer cuanto la mandéis para no comprometer al que tanto os ha querido.

—Sois inteligente, señora, y veo que seriais capaz de adivinar los geroglíficos mejor que Champollión. Me alegro, porque así será más fácil que nos entendamos. Y á propósito, ¿cómo os llamáis?

—Julia de Montespino, condesa.

—¡Extraña coincidencia á fe mía! Así se llamaba también si no me es infiel la memoria cierta abadesa de quien se habló mucho en Salamanca y en París...

—¡No sigáis, señora, por piedad! ¡Compadecéos de esta desventurada!

—¿Seriais acaso esa novelesca esposa del Señor?...

—¿Con que lo ignorabais, Diana? ¿Y nada más sabéis?—repuso con amargo tono Julia.

—Lo sé todo, Julia. La condesa de Latour Duchesne no se cansa de contarlo á sus amigas...

La pobre mujer palideció hasta el punto de parecer fría estatua de marmol y bajó la cabeza rompiendo en ahogados sollozos.

—¡Verdaderamente es dar pruebas de un amor sin límites sacrificar á un hombre, no sólo Dios, sino hasta su propia hija!—exclamó la implacable generala.

—Así Él me castiga poniéndome en vuestras manos,—replicó Julia con desaliento, mirando á la condesa.—En cuanto á esas cartas, guardadlas, señora. Nada dirán que no me figure.

—Esas cartas, Julia, tan poco interesantes para vos, pueden serlo mucho para otra persona.

Julia se estremeció y repuso:

—Hablad. ¿Qué queréis de mí?

—Es preciso ante todo deciros que mi esposo es el hombre más meticuloso del mundo en puntos de honor. Sé sus opiniones respecto al adulterio y cree que el marido que no arranca la existencia al hombre que le deshonra, es un marido infame. En esta parte es, señora, un verdadero héroe de vuestro admirable Calderón. Por consiguiente, ved qué situación más crítica la de vuestro buen marqués si el conde de la Chategneraie supiese que su fiel edecán era el que infamaba su lecho y cubría de lodo su inmaculado honor.

—Está bien, señora. Me amenazáis con enviar esas cartas á vuestro esposo; decidme ahora si hay medio de arrojarlas al fuego en este instante mismo.

—Precisamente de esto iba á tratar. Nada más fácil que entregaros las cartas, sólo con una salvedad.

—Decid, señora,—replicó Julia, más pálida aún que antes, cubierta de un sudor frío.

—Es condición precisa que jamás, jamás en vuestra vida volváis á ver á mi antiguo amante; que partáis ahora mismo; que huyáis de su lado y que no sepa donde podáis estar oculta; pensadlo bien y decidme si aceptáis el trato que os propongo.

Julia sintió que se le rompía el corazón, pero recogiendo todas sus fuerzas tuvo aún aliento para contestar:

—Acepto.

La condesa miró á Julia fijamente y repuso:

—Está bien, pero necesito que no me quepa duda alguna sobre vuestras intenciones.

—¿Más todavía?—replicó Julia con espanto.

—Poca cosa, una consecuencia natural de vuestra nueva vida. Vais á escribirle una carta á Saligny, carta que yo dictaré, diciéndole que de pronto os han asaltado escrúpulos de monja ó cosa por el estilo y que os es enteramente imposible seguir amándole.

—¡Decirle que no le amo, que no le adoro! ¡No! ¡Eso nunca!

—En ese caso, ya no hay nada de lo dicho. Yo me vuelvo á París, el general estará allí dentro quince días y, así que llegue, cualquier criado indiscreto hará por manera de entregarle el paquete que tenéis á la vista. Yo me arrojaré á sus piés, acusaré al vil seductor y el conde de la Chategneraie correrá en seguida en busca del criminal autor de su deshonra para realizar prácticamente sus inquebrantables teorías acerca de los maridos engañados. Y contad, señora, que aunque Octavio huyese á América, á los Estados Unidos, á Inglaterra, si es que fuese capaz de tanta bajeza, llegaría por fin un día en que el general daría con su escondite y figuráos entonces el dolor que traspasaría vuestro sensible corazón al ver á vuestro amante acribillado á puñaladas ó con la cabeza atravesada de un balazo.

—¡Oh, callad! ¡Me estáis matando, señora! Haré cuanto exigís. Dictad y acabemos.

—Escribid, pues: *Octavio...* Octavio á secas, ¿entendéis? *Desde este momento cesan nuestras abominables relaciones...*

Julia escribía llorando.

Perjura á mi Dios, madre desnaturalizada...

—¡Tenéis corazón de tigre!—exclamó Julia con desesperado acento.

—¡Pobre paloma!—contestó con sarcasmo Diana. Vaya, seguid: *He resuelto acabar mi vida entregada á la penitencia y al arrepentimiento. No me busquéis, pues, os lo prohibo, y contad con que ha dejado de ser vuestro para siempre el corazón que cometió el horrible crimen de amaros.—Julia.*

El papel quedó todo humedecido de lágrimas.

Diana lo leyó y exclamó:

—Perfectamente. Ahora, decidme qué camino queréis tomar. El coche está esperando. Oid cómo piafan los caballos, impacientes por llevar tan preciosa carga.

Julia contestó:

—Quisiera volver á Salamanca.

—Bien está. No tenéis que molestaros para nada respecto á los pormenores del viaje. Irá con vos una persona de toda mi confianza que estará enteramente á vuestras órdenes y cuidará absolutamente de todo.

—Señora,—repuso Julia,—nada necesito.

La pobre mujer, como movida por extraño presentimiento, había en efecto llevado consigo gran cantidad de diamantes, por si era preciso apelar á negociaciones de dinero para libertar á Saligny.

—Tomad,—dijo Diana, entregándole el paquete de cartas.

Julia, sin contestar palabra, se acercó á la chimenea y arrojó las cartas al fuego, una á una, hasta quedar todas convertidas en pavesas.

Dirigióse enseguida hacia la puerta saludando ligeramente con la cabeza á su rival, pero Diana, sin poderse contener, la salió al paso exclamando con salvaje acento:

—¡Sois bella y hermosa, mucho, infinitamente ¡Oh, si supieseis cuánto os aborrezco!

—¡Desdichada!—murmuró Julia, y sin mirarla salió del aposento en que había mediado la terrible escena.

Al encontrarse en el zaguán vió un coche y un hombre con trazas de mayordomo junto á la portezuela.

Julia subió al carruaje y dirigiéndose al que debía acompañarla, dijo:

—Si habéis de ser mi espía, subid; si es para servirme, no os necesito.

—Señora,—contestó el hombre, he recibido orden de no perderos de vista.

—Subid, pues, pero os suplico que no me habléis.

En breves momentos arrancó el coche, franqueando la puerta de San Vicente al dar las cuatro.

II.

Mientras ocurrían los hechos que acabamos de relatar, Octavio de Saligny se paseaba agitadamente por el paseo de las estatuas, contando anhelante los minutos que transcurrían.

Dieron las dos los relojes de la villa y Octavio se estremeció.

—¡Maupín no volverá!—exclamó.—¡Todo está perdido!

Sin embargo, tuvo paciencia bastante para esperar otra hora, y viendo que no regresaba, decidió ir él mismo á la quinta de los Gorriones.

Pidió un caballo y como llevado en alas del viento que silbaba, emprendió el camino de Carabanchel, á donde llegó antes de las cuatro.

Tiró fuertemente de la campanilla y no tardó en comparecer el inválido.

—Luís,—exclamó Saligny,—abre en seguida.

Al punto giraron las hojas de la puerta sobre sus goznes, penetrando apresuradamente Octavio en el jardín.

—¿Está despierta la señora?—repuso mientras se encaminaba á la casa.

—¿La señora? ¿Pues no sabéis que ha salido?

—¿Ha salido?—exclamó Saligny, sintiendo correr por sus venas un frío mortal.—¿Se ha ido con el capitán?

—No, señor, se ha ido con una señora. Aquí no ha venido ningún capitán, sino esa señora que os he dicho, acompañada de una especie de intendente ó mayordomo, de muy mal humor por cierto.

—¡Ira de Dios! ¿Era una señora pálida, joven?

—Sí, una muy bonita y elegante, con aires de duquesa.

—¡Imbécil! ¿Qué has hecho?

—Yo no quería abrir, señor, pero al decir á la señora que venían á traerle un recado del marqués de Lagarde, á quien no conozco, ha mandado que pasasen en seguida y al poco rato se ha ido en el coche de la otra.

—¡Oh desgracia! ¿Qué hora era?

—La forastera ha llegado á la una y se han marchado juntas después de haber estado aquí media hora escasa.

Saligny sin contestar ni decir más emprendió en sentido contrario el camino por donde había venido.

Su cabeza, desvanecida por terrible vértigo, dábale mil vueltas y á cada momento creía oir el ruido de un coche que marchaba delante de él. ¡Vana ilusión! La carretera estaba completamente desierta.

Octavio decidió abordar de frente la situación y marchó en dirección á la morada de la condesa.

Comenzaba á alborear cuando llegaba al palacio de la calle Mayor. La puerta estada cerrada y todo parecía reposar en la más profunda calma.

Sin reparar en lo intempestivo de la hora, Saligny llamó dando recios aldabonazos.

—¿Quién va?—preguntó al poco rato una voz soñolienta.

—Abrid en seguida.

—¡Eh! Paréceme que andáis harto de prisa, compadre. ¿Quién sois para mandarme de este modo?

—Abrid al punto ó bien echo la puerta abajo. Soy el comandante Saligny y necesito ver al momento á la condesa.

—Perdonad, comandante, pero he recibido orden de no abrir á nadie sin permiso de mi señora. Esperad un rato para que vaya á avisarla.

Pasó algún tiempo durante el cual Saligny experimentó todos los martirios imaginables, hasta que por fin se abrió la puerta.

El comandante se precipitó hacia las escaleras y en un minuto estuvo en el salón.

III.

Poco después aparecía Diana, graciosa y sonriente, envuelta en un seductor *deshabillé*.

—¿Octavio? ¿Vos aquí á estas horas? ¿Qué ocurre? —exclamó fingiendo admirablemente una viva sorpresa.

—Habla pronto. ¿Dónde está Julia? ¿La tienes aquí?

—¿Julia? ¿Quién es Julia?

—Mira, no quieras martirizarme más. Esta noche has estado en mi casa y te has llevado á mi amante. ¿Qué has hecho de ella?

—¡Estáis loco!

—¡Diana! Te suplico no niegues lo que vengo á pedirte. Devuélveme á mi Julia y luégo dime qué bajeza he de cometer ó qué infamia he de llevar á efecto; pero vuélvemela á ella.

—Saligny, os repito que no os entiendo.

El comandante empezó á dar vueltas por la habitación, mirando maquinalmente todos los muebles y la alfombra.

De pronto vió un objeto en el suelo y se bajó á recogerlo.

Era una violeta.

Saligny se acercó á Diana y dijo:

—Esta violeta es de mi jardín.

Diana se encogió de hombros.

—Decidme dónde está Julia,—repuso.—Espero que me digáis dónde está.

En aquel momento se fijaron sus ojos en el montón de ceniza que había en la chimenea y aproximándose más reconoció el olor inherente á una quemazón de papeles. Tomó con cuidado uno de los restos y pudo distinguir algunas letras, que decían *Oct.*

Saligny volvió á acercarse á la condesa y murmuró:

—Mis cartas han sido arrojadas al fuego. No me negaréis esto.

Diana no contestó, demudado el color.

—Sé que sois implacable, pero áun me atrevo á suplicaros que tengáis compasión de mí. Diana, decidme dónde está mi pobre Julia.

Entonces la condesa, mirándole con dura expresión exclamó:

—Creo, comandante Saligny, que estáis abusando de mi posición para inferirme molestias y sujetarme á interrogatorios indignos. Permitidme que me retire antes de que os atrevais á dirigirme mayores insultos.

Y diciendo esto le volvió la espalda, desapareciendo bajo el cortinaje de la puerta de sus habitaciones.

Octavio, perplejo en el primer momento, volvió en sí, removió las cenizas de la chimenea y pudo reunir algunos diminutos fragmentos que no había consumido el fuego, convenciéndose de que eran todos de su propia letra.

Dando entonces un rugido salvaje, penetró en la cámara donde se había retirado Diana, á la cual encontró sentada junto á un velador.

La condesa, sorprendida por la aparición de Saligny, ocultó en su seno un papel, pero no sin que el marqués se apercibiera de su acción.

—¡Caballero!—exclamó Diana, trémula de coraje. —¿A tanto llega vuestra insolencia que os atrevéis á sorprenderme en mi propia alcoba?

—A tanto y á mucho más todavía,—repuso Saligny. —Dadme ese papel que habéis ocultado en el pecho.

—¡Infame!

—Al punto.

—Salid, ó he de hacer que mis criados os arrogen como á un perro.

Pero Saligny, ciego de ira, se había arrojado ya sobre la condesa, arrebatándole la carta, después de haber rasgado á trozos el delgado tul guarnecido de encajes que cubría el seno de la dama.

—¡Sois un miserable!—exclamó la joven,—pero vuestra acción os ha de costar la vida.

El comandante, sin atender á las palabras de la ofendida dama, leyó ansiosamente el papel, tornándose lívido su rostro.

—¡Es mentira, mentira todo!—exclamó con terrible acento. Tú le has hecho escribir eso. ¡Oh, pobre ángel mío! Todavía están húmedas las lágrimas que ha derramado sobre este papel. Dime, ¿dónde ha ido? ¿A qué infierno la has mandado?

Diana, mirándole con espantable expresión exclamó:

—No lo sabrás, pero de fijo que más le valiera estar muerta y enterrada que no encontrarse donde se encontrará.

—¡Imbécil! ¡Te has vendido!—exclamó Saligny.—Va camino de Salamanca, pero yo sabré impedirlo.

IV.

Diana, como herida en lo más hondo de su alma, lanzó un grito de rabia, tratando de oponerse á la salida del comandante, pero el marqués, rechazándola con fuerza, la hizo caer al suelo y atravesando á todo correr las habitaciones y saltando las escaleras, salió á la calle.

Al llegar al palacio de Oriente tomó un fogoso potro de las caballerizas y lanzándolo á todo escape salió por la puerta de San Vicente, habiendo sabido por la guardia de aquel punto que, efectivamente, había pasado por allí un coche hacía poco más de una hora.

Saligny apuraba las distancias con una rapidez vertiginosa. En Aravaca, Las Rozas y Torrelodones, lo mismo que en las paradas de postas, le manifestaron que habían visto pasar un carruaje en el cual iban una señora muy llorosa y un caballero muy encogido. Por fin, al entrar en el puerto del Guadarrama distinguió á lo lejos la berlina tras de la cual corría.

Había andado diez leguas desde las cinco de la mañana.

Anochecía cuando vió que el coche se detenía en un parador del pueblo.

Saligny, palpitante de emoción, bajó de á caballo y entró en la venta.

Sentada en un banco y oculto el rostro entre las manos estaba una mujer.

Octavio, silenciosamente, fué á sentarse á su lado sin que ella se apercibiese de su presencia. Veíanse regadas de lágrimas sus manos.

El hombre que la acompañaba estaba dando órdenes para servir algún refrigerio. Era un personaje de mediana edad, de aspecto militar y rostro duro.

La llorosa dama dejó un momento descubierto el rostro y lanzó un grito indefinible, mezcla de alegría y espanto, abrazándose estrechamente á Octavio.

—¡Julia mía!—exclamó Saligny, al ver que su amante parecía desfallecer con la violencia de la emoción.

El hombre que estaba hablando con el ventero, al reparar en la inesperada aparición del comandante, se dirigió hacia él y exclamó bruscamente:

—Esta mujer queda confiada á mi cargo y os prevengo la dejéis de hablar y de estar á su lado. Señora,—repuso,—al coche.

Octavio, pálido de ira, repuso:

—Buen hombre, creed que me encontráis de tan feliz talante que no os arranco la lengua de puro alegre y satisfecho que me hallo. Salid, pues, y volvéos á Madrid á decir á vuestra dueña que el marqués de Lagarde ha recobrado ya á su idolatrada mujer.

—Comandante, me conocéis muy poco cuando me habláis así.

—Pues os hablaré de otra suerte. ¡Fuera de aquí, esbirro miserable!

El hombre sacó una pistola y apuntando á Octavio exclamó friamente:

—Salid ó hago fuego.

Los venteros y su hija presenciaban apartados aquella escena, en tanto que el comandante sostenía á Julia, desmayada en sus brazos.

V.

Octavio miró á aquel hombre y exclamó:

—Mataréis, pues, al comandante Saligny.

—Mataré á cuantos se opongan á los designios de mi ama.

—¿Aceptáis un duelo?

—No. Soltad á esa mujer y retiráos al momento, en la inteligencia de que si volvéis á perseguirnos, ella responderá con la vida de cualquier tentativa vuestra.

—Disparad,—respondió Octavio.—No la dejo.

El hombre no había visto que la hija del ventero se aproximaba hacia él, hasta colocarse detrás.

Tenía encarada ya el arma contra la frente de Octavio cuando la niña le dió un violento golpe debajo



el brazo y salió el tiro, yendo á clavarse la bala en el techo.

—Gracias,—exclamó Saligny, y arrojándose sobre el hombre le derribó al suelo.

Julia había vuelto en sí con el ruido de la detonación, desprendiéndose de los brazos de Octavio.

Este y el hombre, fuertemente agarrados, rodaban por el suelo, luchando á brazo partido.

El emisario de Diana demostraba un vigor hercúleo.

Julia, fuera de sí al contemplar á Octavio en situación tan crítica, se lanzó contra su enemigo y estrechándole el cuello con ambas manos, logró que desasiera á su amante.

Octavio, viéndose ya libre, ayudó á levantar á su contrario, que miraba á todos con ojos de recóncentrada ferocidad, en especial á la moza de la venta.

—Vuestra ayuda ha sido muy eficaz,—exclamó.—El comandante Saligny puede estaros eternamente agradecido.

—Ibais á asesinar á un hombre,—respondió la niña,—y era mi deber evitarlo. Ahora, luchad los dos si gustáis, pero con armas iguales.

—No merecéis que cruce una bala con vos, y así, no puedo mataros,—repuso Octavio,—pero como sois un sér peligroso, tendré que evitaros por algún tiempo. Ventero, decidme dónde tenéis guardado el trigo.

El ventero le señaló con el dedo un rincón del suelo, en el cual se veía una losa redonda.

—Bien,—contestó, y dirigiéndose al esbirro añadió:

—Quedaréis detenido aquí hasta que recibáis orden mía para volveros. Bajad al silo.

El hombre se disponía á lanzarse de nuevo contra el comandante, pero éste sacó la espada y le acercó la punta al corazón.

—Os voy á atravesar sin el menor escrúpulo,—repuso Octavio.—Ventero, levantad la piedra.

El serrano obedeció, quedando abierta la entrada.

El mayordomo se acercó á la abertura y saltó en el silo, despidiéndose de Saligny con un gesto amenazador.

—Ventero, gracias,—dijo el comandante.—En cuanto á vos, niña, no sé cómo manifestaros mi agradecimiento, y así espero queráis aceptar esto como un sencillo recuerdo de dos seres que os deberán su eterna felicidad.

Octavio entregó á la muchacha una hermosa sortija de brillantes.

—Aunque francés, no veáis en mí á un enemigo,—añadió;—desde este momento dejo de ser soldado. Adiós, amigos míos; si nunca oís hablar de aquel que fué el comandante Octavio de Saligny, pensad que jamás olvidará el servicio que le habéis prestado. En cuanto á ese hombre, soltadle al rayar el alba. Nada temáis de lo que os pueda resultar, pues voy á entregaros una relación firmada que de seguro os librará de toda clase de molestias por parte de los franceses.

Octavio escribió algunas líneas, haciéndose responsable de la detención del enviado de Diana y de todo lo ocurrido.

Luégo que hubieron reparado un poco sus fuerzas salieron Julia y Octavio, y ocupando el mismo coche dieron la vuelta á la carretera, llegando al Escorial á las diez de la noche.

Allí dió orden al cochero para que siguiera camino de Madrid; dicho servidor era un antiguo húsar, cansado de aventuras y convertido en escéptico filósofo, por lo cual presenció impasible la escena de la venta, sin quitar ni poner rey. Hizo, pues, chasquear el látigo y partió.

Octavio buscó una nueva silla de posta al llegar á Aravaca y al punto que la hubo encontrado acomodó en ella á Julia, y subiendo él después, mandó guiar hacia Móstoles y Navalcarnero para encontrar la carretera de Madrid á Badajoz.

Los dos enamorados experimentaron una emoción indecible al encontrarse de nuevo juntos después de las ocurrencias de la noche anterior. Octavio supo la verdad de todo y casi no podía contener las lágrimas al pensar en el terrible sacrificio que se había impuesto Julia para salvarle de los rencorosos propósitos de Diana.

Ni una palabra, ni una sola alusión le dirigió á propósito de sus antiguos amores con la generala. Octavio, hondamente agradecido á tanta delicadeza, vió claramente que su amante era una mujer extraordinaria, y entonces más que nunca comprendió cuán digna era Julia de ser amada, y juró amarla antes que á todo, antes que á su causa.

CAPÍTULO XVI

Jaque á la reina

I

Mientras el coche que conducía á los dos enamorados cruzaba llanos y montañas desde el Escorial á Aravaca, llegaba á la venta del Guadarrama una partida de guerrilleros destacada de la que acaudillaba en aquella comarca D. Juan Abril.

Eran en todo veinte serranos, recios y valerosos, armados de fusiles y navajas, acostumbrados á la dureza del clima y á las inclemencias del tiempo.

Mandábalos un mocetón de veinte años escasos, de arrogante figura y abierta expresión, el cual montaba un caballo lujosamente enjaezado con una manta de seda, bordada en oro, con los colores nacionales.

El ventero y su familia habían salido al encuentro de la partida y al punto que el jefe los hubo visto puso pié en tierra corriendo hacia la muchacha.

En el entretanto y fiado en el silencio que reinaba en el parador, había conseguido salir del silo el detenido emisario de Diana, y viendo una ventana abierta, saltó por ella.

Sin embargo, no pudo librarse de que los guerrilleros le divisaran y le dieran la voz de alto, ignorando de dónde había salido.

Mas no por eso se detuvo, sino que siguió corriendo, buscando ampararse en los cercanos bosques.

El jefe mandó hacerle fuego y la detonación de la descarga fué seguida de un grito.

Aproximáronse al lugar hacia donde habían visto caer al fugitivo y le encontraron atravesado el cuerpo por varios balazos.

—¿Quién sois?—preguntó el jefe de la partida.

Pero con sorpresa de todos, el herido no contestó, á pesar de estar evidentemente vivo.

—¡Hola! ¿No queréis hablar?—repuso el joven.—¡A ver, una luz!

Al punto se acercó uno de los guerrilleros con una linterna, á cuya roja claridad pudo ver el capitán el rostro del silencioso personaje.

—¡Ira del cielo!—exclamó.—¡Fustiguiéres, el jefe de policía de Satini! ¡El aborrecido esbirro, terror de las gentes honradas! ¡Miserable, bien dignamente has acabado tus días, como un bandido, como un salteador! ¿A qué habías venido aquí?

El polizonte no contestó tampoco esta vez.

—De fijo que estabas maquinando alguna nueva fechoría,—repuso el guerrillero.—Por fin se verá el mundo libre de tu presencia. ¡Prepárate á morir, sér maléfico! ¡Donde tú te encuentras sólo hay que esperar crímenes y horrores! ¿Quieres algo antes de que el demonio se lleve tu alma condenada?

El herido lanzó un grito de rabia y exclamó:

—¡Brigante infame! Si tienes corazón no debes seguir perdiendo el tiempo conmigo. Anda en busca del marqués de Lagarde que huye de aquí con una monja que robó en Salamanca, y si los encuentras mándalos á la partida de Julián Sánchez, que hay allí quien los descuartizará á los dos.

—¡Hasta en tus últimos momentos has de ser un malvado, Fustiguiéres! Deja estar á esos tortolillos; el francés de quien hablas debe pensar más en la

monja que en hacer daño á inocentes criaturas, como es tu oficio. Vaya enhorabuena el galán, que yo no persigo enamorados, sino enemigos. ¿Quieres un cura? Llevo uno en la partida.

—No, déjame en paz.

—Como quieras, Fustiguiéres. Ahí te traeremos un cántaro y cuando te hayas muerto vendremos á enterrarte para que no infeciones estos bosques con la podredumbre de tu cuerpo, digno asiento de tu alma corrompida. ¡Camaradas!—exclamó,—ese hombre fué uno de nuestros más sanguinarios perseguidores; sirvió á Napoleón, después de haber servido á Robespierre, y el Dos de Mayo hizo fusilar más gente de la que hubiera bastado á satisfacer la sed de sangre del príncipe Murat; luégo ha pertenecido á la policía secreta, siendo el azote de todas las gentes de bien; Madrid estaba acongojado mientras él ejercía sus funciones de polizonte; era el brazo derecho del infame Satini y ahora estaba á las órdenes del monstruoso Pablo Arribas para hacer requisas de trigo. Arrepiéntete de tus crímenes, Fustiguiéres, y si te queda un minuto de vida pide á Dios te perdone todo el daño que has hecho. Por lo demás, da gracias de encontrarte ahí exánime y postrado, pues de no ser así te hubiera ahorcado en una encina.

—También yo tenía ya meditada la manera como os había de matar,—respondió Fustiguiéres.—Os hubiera tostado en unas parrillas, como dicen murió vuestro tocayo San Lorenzo.

—¡Ruge, ruge, fiera rabiosa!—repuso el capitán.—¡Muere como un tigre!

Retiráronse los guerrilleros, dejando á Fustiguiéres retorciéndose en las convulsiones de la agonía.

II.

El jefe de la partida, que se llamaba, en efecto, Lorenzo, según había dicho el polizonte, dió á su gente algunas órdenes y entró solo en el parador con los venteros y su hija.

—No te esperábamos hoy,—dijo el dueño.—¿Qué ocurre de nuevo?

—Primero, he de daros una feliz noticia. Hemos ganado una gran batalla en la Albuera. Soult ha sufrido una completa derrota y si los ingleses se mantienen firmes, tal vez podremos recobrar á Badajoz.

—¡Gracias á Dios, Lorenzo! ¿Con que ganamos ya batallas en regla?

—Esta es una de las causas que me han movido á venir. Lo otro, es que he recibido órdenes para ir á estorbar el paso de una división que va á salir de Avila con objeto de incorporarse á Soult, que está en Córdoba esperándola. Los guerrilleros de don Juan Abril nos reuniremos en el Barco con la partida de D. Camilo Gómez y hostilizaremos al enemigo hasta los montes de Toledo. Mucho ha de ser que cuando menos no dificultemos su marcha y con ello tengan tiempo los ingleses para acumular todos los medios necesarios para rescatar Badajoz.

—¡Qué vida estáis llevando, Lorenzo!—exclamó la hija del ventero.

—No la cambiaría por otra, Casilda,—respondió el joven.—Además, eres tan hidalga y valerosa que bien he de arriesgar algo el pellejo para merecer que me quieras.

—Calla, Lorenzo,—respondió la niña.—¿Cómo no amar á un defensor de la patria que ha recibido ya cuatro heridas en las refriegas?

—Gracias por el recuerdo, Casilda. Por lo demás, ese pajarraco que hemos dejado tendido en el bosque, era un verdadero demonio. Yo le conocía de cuando vivía en Madrid y sé todas sus fechorías.

Una de sus últimas proezas fué apoderarse de la mujer de un judío y del coronel de los jurados, denunciados por la principal espía que tenían los franceses en Madrid, y entregarlos atados y bien seguros á la esposa del afrancesado, que era una de las más ardientes patriotas de Aragón, ignorante de que su marido hubiese renegado de la causa española. Pues bien, nada más se ha sabido de aquellos dos infelices; pero áun no es eso lo más extraño, sino que uno de la partida de Mina escribió hace poco que una ronda de la cual formaba parte había apresado en Arlabán á la espía de Madrid, y que el jefe de la fuerza les había despedido, quedándose solo con la mujer. Fuéronse los guerrilleros, pero al hacerse de noche y cuando estaban lejos, vieron arder el bosque en que se habían quedado el partidario y la mujer, apareciendo al día siguiente humeantes todavía los restos de sus cadáveres.

—¡Horror!—exclamaron todos.

—¡No podía Fustiguiéres acabar mejor que su ama!

III.

De pronto resonaron por fuera algunos tiros, oyén-

dose al propio tiempo galope de muchos caballos.

—¡Los franceses!—exclamó Casilda.—Escóndete en el silo.

Obedeció Lorenzo y el ventero ocultó la piedra que tapaba la boca de la excavación con haces de leña, trojes y jalmas.

A los pocos minutos entraban los dragones, sable en mano.

—Ventero,—exclamó un teniente que iba en el grupo,—un prisionero nos ha revelado que teniais escondido aquí al jefe de la partida. Dádnoslo al momento.

—Os han engañado, señor oficial,—contestó con resolución el dueño.—No hay aquí escondido nadie.

—¿No? Bien está. Os doy dos minutos para reflexionar, y si no me entregáis al jefe de la banda, mando fusilar aquí mismo á vuestra mujer y á vuestra hija.

—Podéis hacerlo en seguida,—repuso el heróico serrano.—No he visto al que me decís.

—¿Os burláis de mí? Pues vais á ver ahora, pero antes, hablemos de otra cosa. ¿Habéis visto pasar un coche con una señora y un caballero?

—Sí.

—¿Y un comandante francés?

—No.

—¿Sabéis si el coche ha atravesado ya la sierra?

—Lo ignoro.

—¿Hace mucho que pasó el coche?

—Esta tarde.

—Corriente; ahora volvamos al mismo asunto de antes. Entregadme al jefe de los brigantes.

—No lo he visto, os repito.

—¡Basta, pues! De rodillas vosotras. ¡Soldados, apúnten!

Las dos mujeres se arrodillaron rezando el acto de contrición, en tanto seis dragones encaraban contra ellas las bocas de seis carabinas.

—¡Padre!—exclamó la joven.—¡Dejadlos! ¿Qué importa un crimen más? pero, ¡vengadnos!

De pronto entró un capitán y al ver la actitud de los dragones gritó con voz de trueno:

—¡Alto! ¡Salgan todos de aquí!

Los soldados, sorprendidos, pusieron en el seguro las carabinas y desalojaron el aposento.

—Vuestra acción ha sido propia de un Guzmán el Bueno, y hubiera sido una deshonra consentirla hasta el fin,—dijo el capitán.—No me cabe duda en que tenéis aquí escondido al guerrillero; bástale, sin embargo, la protección de un hombre como vos para que yo no quiera insistir. Sin embargo, las órdenes que dió el teniente eran las que traíamos. Vuestro protegido puede salir cuando quiera, pues os doy mi palabra de honor de que nadie le tocará un cabello. Tomad, aquí están mis armas, todas. Ved si me fío de vos y si os podéis fiar de mí. Ahora, os estimaría en el alma me fueseis franco en lo que voy á preguntaros.

—Decid.

—Soy el capitán Maupín, el mejor amigo del comandante marqués de Lagarde. Decidme si ha estado aquí y qué ha pasado.

—Esto es hablar en razón,—repuso el dueño.—Leed, señor capitán.

Y sacando del bolsillo el papel que el marqués le había dejado, se lo dió á Maupín para que se enterara.

El capitán no pudo disimular su alegría.

—¿Conque ha logrado recobrar á su pobre amiga? ¿Y por dónde han ido?

—Se han dirigido al Escorial.

—¡Gracias á Dios, ya están salvados! Nada temáis, ventero. Ahora mismo van á alejarse mis gentes. Guardad ese papel y os servirá en toda ocasión de garantía.

Maupín dió orden de marchar y el escuadrón se alejó en dirección á Segovia.

IV.

¿Qué había ocurrido desde que Maupín hubo quedado atado en el árbol?

Al llegar el día, el llamado Dubois había aflojado las ligaduras del capitán y quitádole la mordaza; no anduvo tan ligero, sin embargo, que Maupín no consiguiese alcanzarlo, por haberse librado fácilmente de las ataduras que lo habían mantenido sujeto. Lívido de cólera y ébrio de indignación, propinó al miserable una ferocísima tunda, dándole con el sable de plano hasta quedar abollada el arma de puro golpearle.

—¿Quién te mandó atarme?—exclamó.

—Mi capitán, no me matéis y os lo diré.

—No he de matarte, cobarde, sino romperte todos los huesos como á una bestia.

—Mi capitán, todo lo hecho ha sido dispuesto por

la condesa Diana, celosa del comandante Saligny.

—¿La condesa se llevó consigo á la señora de la quinta?

—Sí.

—Anda con Dios, ahora, vil esclavo, ¡pero ay de tí si en tu vida vuelves á cruzarte en mi camino!

Maupín corrió hacia Madrid, presentándose en las habitaciones de la generala.

Los criados le dijeron que su dueña descansaba, no siendo aquélla hora de recibir á nadie.

El capitán dió á comprender que no era hombre de hacer antesala, ni acostumbrado á esperar, y mandó que al punto se pasara recado á la condesa.

La generala se presentó, mostrándose ceñuda y altanera.

—¿Quién sois vos y con qué derecho os permitís amenazar á mi servidumbre y presentaros ante una señora que no os conoce?

—Yo, en cambio, os conozco mucho, condesa,—respondió el capitán.—Por orden vuestra he sido agarrotado como un malhechor, atado á un árbol como el caminante por los salteadores de caminos, y villanamente espiado y guardado para que no pudiera ir á dar cuenta de vuestras altas proezas á Octavio de Saligny. Vengo ahora á enterarme del paradero de la señora que habéis secuestrado. Decidme, pues, dónde la tenéis.

—¡Me insultáis, capitán, olvidando mi sexo y mi posición!

—En cuanto al sexo, poco importa, tratándose de un delito, de un abuso de confianza y de un rapto, y por lo que toca á vuestra posición, la primera interesada en que nada sepa el general La Chategneraie sois vos. Conozco desde niño al conde y me conoce á mí, y sabe que de mis labios no ha salido ni saldrá nunca más que la verdad.

Diana, con admirable aplomo repuso:

—Vuestro cariño al marqués de Lagarde os hace presumir que haya sido yo la autora de ese rapto de que me habláis y que ignoro por completo. ¿Quién os ha inducido á buscarme á mí para explicaros tal desaparición? No creía yo tener enemigos que, como vos, no reparasen en arrojar sobre mí calumnias tan insensatas.

—Señora, no creo que Dubois sea ningún calumniador.

—¡Dubois!—replicó Diana, ciega de ira.—¡Villano!

—Ya veis que la noticia ha llegado hasta mí por inmejorable conducto. Ahora, hablemos. ¿Dónde está Julia?

—Octavio ha ido en su seguimiento, camino de Salamanca.

—Bien está. ¡Haga el cielo que no tarden en reunirse, pues de lo contrario, señora, tal vez el general tome alguna resolución que os podría ser poco agradable!

Diana, encendida de cólera y mordiéndose los labios con desesperación, repuso:

—Esperad.

—Espero,—respondió flemáticamente Maupín.

—Ha salido un destacamento hace poco, camino del Escorial.

—Comprendo. No digáis más. Señora, quedad con Dios. Sois en verdad más digna de compasión que de odio. Nadie sabrá nada; ¡harto castigada quedáis viendo deshecha vuestra intriga!

Maupín se presentó al jefe de su regimiento pidiéndole una orden para tomar el mando del destacamento que acababa de salir de Madrid y al cuarto de hora se reunía con la fuerza.

Y hé ahí por qué el capitán apareció tan inesperadamente en la venta de Guadarrama.

V.

Luégo que hubo cesado de percibirse el rumor de los caballos que se alejaban, el ventero fué á sacar á Lorenzo de su escondrijo.

El bravo mozo, medio sofocado, no había percibido nada de lo ocurrido.

Los venteros callaron, pero el guerrillero hubo de comprender que había pasado algo terrible.

Persistieron, sin embargo, en su silencio, hasta que un partidario, descolgándose medio chamuscado de la chimenea, donde se había escondido al oir los tiros sin que se hubiese apercibido nadie, exclamó:

—Ya os diré lo que ha ocurrido, capitán, y cuando lo sepáis, caeréis de rodillas ante esas honradas gentes.

Lleno de horror y asombro escuchó Lorenzo la explicación del soldado, abrazándose estrechamente al ventero y cubriendo de besos las manos de las dos mujeres.

Madre é hija, dando expansión á su comprimido pecho, deshacíanse en lágrimas, en tanto que el ventero y Lorenzo pugnaban por mantenerse serenos.

—¡Al capitán, mi gratitud eterna!—exclamó el jefe.—Pero en cuanto á ese inhumano teniente, ¡ay de él, porque he de darle mil muertes á la vez! Yo sabré encontrarle.

En aquel momento entró un guerrillero y dijo:

—Capitán, en la refriega ha quedado sobre el campo un herido francés.

—Traedle aquí con cuidado,—respondió Lorenzo, —y con toda clase de miramientos.

Poco después entraron al herido.

—Nada temas,—le dijo Lorenzo.—Aquí te cuidaremos hasta que estés bueno. Dí, ¿á qué escuadrón perteneces?

—Al 3.°, del 5.° regimiento,—respondió el francés.

—¿Es del mismo escuadrón también el teniente que ha entrado aquí?

—Sí, capitán. Es el teniente Houdelot de Limoges.

—¡Houdelot! Le tendré presente.

Instalaron al herido en una cama, prestándole los necesarios auxilios y el capitán dió orden á su gente para que fuese á descansar.

No durmieron, en cambio, los venteros ni Lorenzo y al ser de día se despidieron, internándose los guerrilleros en la sierra.

Casilda miró como partían, siguiendo con los ojos á los partidarios hasta que se hubieron perdido de vista en lo alto de los montes.

La pobre niña amaba con toda su alma al joven jefe y había probado que estaba resuelta á dar su vida por él. ¡Dignos y santos amores, en los que se confundía con el cariño de amantes el sagrado culto á la patria!

Al mediodía se detenía en la venta una silla de posta, conduciendo á una hermosa señora, llorosa y pálida, escoltada por un numeroso piquete de caballería.

Era la condesa Diana, que se volvía á Francia después de perder la partida.



CAPÍTULO XVII

En el que se cuenta el fin trágico que tuvieron varios personajes de este libro

I

Siguieron su camino Octavio y Julia, llegando á Mérida felizmente.

Un espectáculo espantoso á la vez que sublime se ofreció á su vista al contemplar de lejos aquella antigua ciudad. Todos los montes y heredades de la izquierda del Guadiana, desde Badajoz hasta allí, estaban convertidos en una inmensa hoguera. Mieses, caseríos, bosques, dehesas y chaparros estaban ardiendo hacía una semana, propagándose el fuego con violencia tal que en tres días se acercó desde la capital al punto dicho, salvándose Mérida de la quema por la interposición del anchuroso Guadiana.

La causa de aquel terrible incendio fué una hoguera encendida por unos artilleros portugueses en los contornos de Badajoz.

En Mérida supo Octavio los detalles de la batalla de la Albuera, librada un mes antes, así como el mal éxito alcanzado por los ingleses en el cerco.

Soult estaba en Belalcázar con refuerzos y esperaba la llegada de Marmont, sucesor de Massena, antes de ir á hacer levantar el sitio á los ingleses.

Marmont salió, en efecto, de Salamanca, y sabedor entonces Wellington de los movimientos de los franceses, á la vez que receloso de comprometerse, se retiró á Portugal, levantando el sitio de la capital extremeña.

Soult y Marmont se encontraron en Badajoz. Los espías trajeron la noticia de que Blake se había separado del ejército aliado, descontento con la supremacía de Wellington, y que se dirigía por Portugal hacia las provincias españolas del litoral del Océano.

Octavio, que se había incorporado á Marmont al llegar éste á Mérida, quedó tristemente impresionado al ver el estado de los ejércitos franceses, de cuyo efectivo estaba perfectamente enterado. Los 70.000 hombres con que contaba Massena al dirigirse á Torres-Vedras habían quedado reducidos á 30.000 y los 80.000 de Soult habían venido á parar en 36.000. ¡En menos de un año, Francia había perdido 74.000 hombres, sepultados en el occidente de la península!

El marqués de Lagarde, fiel á su promesa, pidió al mariscal licencia para retirarse á Francia, alegando motivos particulares. Marmont, que no podía dudar del valor de Saligny, puesto á prueba mil veces, le concedió la licencia y los dos amantes partieron á Sevilla.

II.

Al pasar por Zafra llamóles la atención una partida de guerrilleros, cuyo jefe parecía persona de exquisitos modales.

Mandó á uno de sus ayudantes fuese á pedir el pasaporte á los viajeros, y una vez cumplida la orden y enterado el jefe, vió con sorpresa que éste se acercaba á ellos, saludándoles cumplidamente.

—Sé que sois amigo del brigadier Espinosa,—le dijo,—y no extrañéis que siéndolo yo también muy suyo, venga á ofreceros mis servicios. Tal vez ha-

yáis oido hablar alguna vez de Fernando Miranda.

—Celebro en gran manera la ocasión que he tenido de conoceros, comandante,—respondió Octavio, —pues he oido mil veces celebrar vuestro heróico valor.

—Es favor,—repuso Miranda.

—¡Oh, no! Puedo hablar con toda imparcialidad por no ligarme actualmente ningún lazo al ejército francés, y he de deciros que la campaña que estáis haciendo, pues supongo dependéis del general que manda esas guerrillas...

—Realmente; estoy á las órdenes del general don Pablo Morillo.

—Pues bien, esa campaña es un modelo de estrategia. En pocos días se han verificado tres ó cuatro sorpresas brillantísimas y es seguro que nuestras columnas no podrán coparos teniendo que habérselas con tan inteligentes jefes.

—Morillo es uno de nuestros mejores generales, marqués, y así no es de extrañar que haga verdaderos prodigios en punto á sorpresas y marchas.

Después de haber estado juntos algún tiempo los dos militares, prosiguió Octavio su camino y la partida se dispuso á partir también para reunirse con el grueso de las fuerzas que mandaba Morillo, sabiéndose que iban á dar otro golpe de mano.

III.

—Diego López,—dijo Miranda á uno de los soldados, así que se hubo alejado el coche que conducía á Octavio,—veníos conmigo.

El antiguo capitán, convertido en simple guerrillero, se juntó con Miranda, dirigiéndose ambos á casa de Cristina.

La muchacha se estremeció al ver á su antiguo novio.

—Cristina, vengo á pedir vuestra mano para el más bravo y valiente de mis guerrilleros,—dijo Miranda.—Él fué quien ayudó en la Albuera á disipar la confusión que por un instante se introdujo en nuestras líneas; él quien en Belalcázar y Talarrubias hizo más prisioneros en las sorpresas que causamos á los franceses; él quien se ha hecho digno de que se le cite en todas las órdenes del día y á quien veréis pronto con las honrosas insignias de capitán, que ha trocado en este tiempo por el uniforme del soldado raso.

Diego López esperaba la anhelante respuesta.

La joven, en vez de responder, se arrojó en sus brazos.

—¡Bravo!—exclamó Miranda.—Vayámonos ahora á sorprender á un regimiento francés que está en Villanueva del Duque, ajeno de suponer que nos plantemos allí en pocas horas, y á la vuelta será el casamiento. ¡Diego López, ahí tenéis las charreteras, pero antes venga también un estrecho abrazo!

El comandante y el capitán, profundamente afectados, se dieron las manos, y la partida quedó tan sorprendida como satisfecha al ver al intrépido guerrillero convertido en segundo de Miranda.

Todo sucedió conforme habían previsto. El hecho de armas fué brillantísimo y Morillo acabó de cimentar su reputación.

Pero si dignas de aplauso eran tan audaces sorpresas más lo fueron los movimientos con que aquel general eludió después la persecución de tres columnas enemigas por lo más intrincado de Sierra Morena, logrando conservar los 300 prisioneros que había hecho en sus correrías por los límites de Badajoz y Córdoba y molestando al mismo tiempo las comunicaciones de Marmont con los otros ejércitos y las capitales, hasta que por último entró en Cáceres, feliz y gloriosamente.

El duque de Ragusa cruzó el Tajo y se colocó en Plasencia, en tanto que Castaños se acuartelaba en Valencia de Alcántara, tornando así ambos ejércitos á los mismos puntos de donde habían partido.

Los aliados, empero, habían libertado Portugal, de manera que la balanza se inclinaba en su favor, sin contar con que las pérdidas de los franceses habían sido enormes.

Tal era el estado de la guerra en aquella parte de España al mediar el año 1811.

IV.

Mientras acaecían estos hechos en Extremadura, Blake, separado del ejército anglo-portugués, había hecho una tentativa contra el condado de Niebla, en la cual si bien dieron nuestras tropas cumplida muestra de su arrojo, no se alcanzó el objeto apetecido, sin duda para no desmentir la costumbre de lo que ocurría siempre en aquella parte.

Las escalas de asalto resultaron cortas y no se había traido artillería para batir las viejas, pero sólidas

y reforzadas, murallas de Niebla. Blake hubo de retirarse y se situó en Sanlúcar de Guadiana.

En aquella villa moraba una joven en la cual había constantemente pensado cierto bizarro teniente que parecía buscar la muerte en los combates según las temeridades que cometía, y que había caido noblemente herido en el campo de batalla de la Albuera...

Luís Belmonte, en efecto, no tenía otra idea que la de congraciarse con Antoñita, y Espinosa decidió que Antoñita debía necesariamente dar su mano á Belmonte.

Presentáronse, pues, los dos en casa del vivo trasunto de las Vírgenes de Murillo y después de encarecerle el brigadier los méritos y servicios de su antiguo ayudante, otra vez á sus inmediatas órdenes, quedó concertado el futuro enlace, celebrándose de momento los esponsales.

No había tiempo que perder, pues los franceses venían sobre Sanlúcar en crecido número.

No sabemos si el brigadier observó cierto animado coloquio, rapidísimo y acalorado, que tuvieron aparte los dos jóvenes y que terminó estampando un ruidoso beso en la mano de Antoñita, pero ello es que se retiró muy satisfecho de haber restablecido la paz y concordia entre aquellos amantes.

El ejército de Blake atravesó el Guadiana, desembarcando en la ribera portuguesa. Una vez en Alcoutim, pudo todavía Belmonte distinguir de noche el campanario de Sanlúcar, sobre el cual, después de restregarse muchas veces los ojos, creyó ver algo extraño, singular, portentoso, anómalo.

Hecha la parte que le correspondía al amor, digamos también, en honor á la verdad, que uno de los motivos que inducían á Belmonte á pasarse la noche de claro en claro mirando al cielo, fué el espantoso, insoportable, hórrido y abrasador calor que se dejaba sentir, un calor jamás experimentado, terrible, anómalo.

Belmonte miraba, pues, al cielo cuando de pronto vió una luna, una verdadera luna que no había visto nunca.

Era un enorme cometa, *que alumbraba de noche al modo de una luna la más clara, acompañado de larga y rozagante cabellera* (1).

Belmonte creyó que aquello era una señal de que el cielo protegía sus amores, pero como no era él quien únicamente velaba en el campamento interpretáronlo otros en muy diverso sentido, creyendo que designaba guerras (¿qué más guerra?), pestes, plagas, hambres y terremotos.

Al siguiente día áun fué más profunda la general desolación, pues el cometa brillaba en pleno día, siempre con aquella terrorífica cola y siniestro resplandor.

Después de permanecer algún tiempo en Portugal resolvió Blake emprender alguna expedición en España y se dirigió á Ayamonte, reembarcándose con la división que trajo de Cádiz y con la del horrible conde de España. Ballesteros se quedó en el condado y la caballería de Penne Villemur, unida con alguna infantería de D. Pedro Agustín Girón, permaneció en las márgenes del Guadiana acercándose á Extremadura.

Méndez siguió á Blake, pero Espinosa y Belmonte, á quienes sus ternezas llamaban hacia el Norte, se incorporaron á Girón.

V.

A últimos de Junio salía de Sevilla un velero bergantín francés que navegaba muy arrimado á la costa.

El curioso que hubiese podido leer el rol hubiera encontrado, entre otros nombres, dos que le hubieran llamado la atención. Decían así:

M. Octavio de Saligny con madama Julia de Osorio de Montespino.

M. Armando de Lanjuinais con su esposa madama Andrea de Villafranca.

Indudablemente Neptuno protegió á aquellos enamorados, pues no aparecieron en toda la travesía los cruceros ingleses.

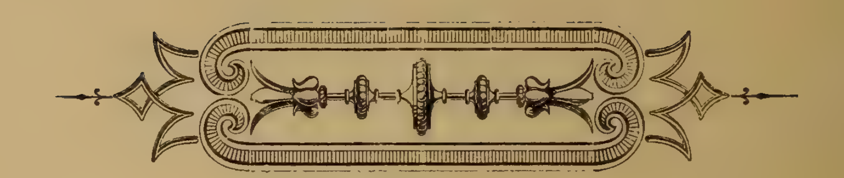
Llegados á Marsella siguieron juntos hasta Nevers, donde Lanjuinais se despidió para la Turena, continuando Saligny su ruta hacia París.

El marqués y su amante no estuvieron mucho tiempo en la capital, pues fueron á instalarse en su castillo de Borgoña, pero por corto que fuese el tiempo que permanecieron en la capital del imperio, no dejaron de llegar hasta sus oidos sorprendentes noticias: la mariscala princesa de Lugano decíase que se casaba con un arrogante general de división; la condesa de Latour-Duchesne había despreciado la

(1) Toreno, libro XIV.

mano de un príncipe alemán, soberano de uno de los estados de la confederación germánica y los condes de la Chategneraie se disponían á dar un suntuoso baile al cual concurriría el *tout Paris* (aún no se había inventado el cursi *highe-life),* haciéndose lenguas todo el mundo del vehemente amor que se profesaban el viejo guerrero y la virtuosa condesa, que parecía, no obstante, estar muy triste.

La amazona de raso color de rosa, forrado de pieles, que llevaba Diana cuando fué á Viena á buscar á su esposo hizo profunda sensación y fué el ideal de la moda durante tres meses.



LIBRO NOVENO

TARRAGONA

CAPÍTULO PRIMERO

Cómo estaba Cataluña

I

Ocupadas por los franceses con fementido engaño á principios del año 1808 las principales fortalezas del Principado, lanzaron indignados los catalanes el grito de guerra contra los desleales enemigos que en mal hora se habían hecho dueños de todos los centros de resistencia. Sin duda se figuraba el francés que privando á los naturales de los inmensos recursos de una ciudad como Barcelona haría imposible todo levantamiento. Barcelona y el castillo de Figueras, atestados de armamentos, vestuarios, oficiales, tropas y provisiones, habían caido efectivamente en poder de Duhesme, siendo otros tantos elementos de menos en favor de la insurrección, pero no por esto dejó de surgir en breve el alzamiento, si en mil fragmentos, no menos imponente y ardoroso. Todo Cataluña, pueblo tras pueblo, se levantó unánime, sin reparar en las dificultades que para la común inteligencia oponía el ejército invasor.

Las conmociones populares empezaron á últimos de Mayo de 1808; el 31 de aquel mes fueron arrancados y hechos trizas en Barcelona las proclamas y bandos que daban cuenta del advenimiento de la nueva dinastía. Sobrevinieron, como consecuencia, bullangas y motines, llegaron á las manos catalanes y bonapartistas y hubo muertes y prisiones. El paisanaje confiaba en el auxilio que podrían prestarle 3.500 soldados de buena tropa española que permanecían todavía dentro de la plaza y que se sabía estaban deseosos de medirse con los extranjeros, pero fué vana esperanza. Los alborotos fueron cruelmente sofocados y no volvió á suceder nada por de pronto en la ciudad condal.

No así en las restantes poblaciones. Levantóse Lérida la primera contra Napoleón y atentos los habitantes á no dejarse sorprender por los franceses, hacían ellos mismos la guardia en las murallas. Un día vieron venir al regimiento de Extremadura en demanda de entrar en la plaza, y recelando no fuese una estratagema del francés, contestaron que esperase extramuros hasta deliberar. Efectivamente, no tardó en aparecer el francés, que iba á la zaga del regimiento, pero no pudo conseguir su objeto. Extremadura se retiró á Zaragoza y una vez allí prestó grandes servicios.

Manresa, Tortosa, Villafranca, Igualada, Gerona, todos los pueblos y lugares secundaron el grito de independencia y por fin se formó una junta suprema de defensa que escogió para su asiento la ciudad de Lérida.

Creido Napoleón que con ser dueño del castillo de Figueras y de la Ciudadela y Montjuich de Barcelona era árbitro del Principado, mandó que se envia-

sen socorros á Aragón y Valencia. A este objeto, el 4 de Junio salieron dos expediciones de Barcelona; la una, fuerte de 3.800 hombres, al mando de Schwartz, debía dirigirse á Zaragoza, castigando á su paso la ciudad de Manresa, y la otra, de 4.200, á las órdenes de Chabrán, tenía que apoderarse de Tarragona y Tortosa, y seguir después hacia Valencia.

Salió Schwartz, y al llegar á Martorell descargó recia tormenta que le obligó á detenerse. Con tan feliz demora hubo tiempo para avisar á los somatenes de Igualada y Manresa para que se preparasen, como así lo hicieron, apostándose en los desfiladeros del Bruch, por siempre inmortales. Emboscados en los matorrales y la arboleda de las alturas, aguardaron los somatenes el paso del francés. Ibà el enemigo muy ajeno de pensar en tan inesperada resistencia, que tomó en un principio por insignificante aventura; trabóse un rudo combate y no siéndoles favorable replegáronse los somatenes tomando los unos la vuelta de Igualada y los otros la de Casa-Masana. Embistió Schwartz á los manresanos, que se habían hecho fuertes en este último punto, obligándoles á declararse en retirada. Batíanse con desesperación los catalanes, sosteniendo valerosamente su movimiento retrógrado, cuando de pronto dió Schwartz órden de dejarlos. Admirados los manresanos de la suspensión del fuego, volvieron á la carga, uniéndoseles el somatén de Sampedor y un tambor cuya personalidad ha sido siempre un misterio, el cual, haciendo las funciones de general en jefe, dirigió en lo sucesivo la acción.

Con el refuerzo de los de Sampedor y la dirección del tamborcillo, cobró nuevo aspecto la batalla, viéndose precisados los franceses que habían atacado Casa-Masana á refugiarse al amparo de la columna, que comía el rancho á retaguardia. Al ver Schwartz llegar en desorden su vanguardia y oir el ruido del tambor, creyó que la tropa de línea se había unido al paisanaje, y formando el cuadro para no ser envuelto, decidió retroceder á Barcelona.

En tal formación llegaron á Esparraguera, cuyos vecinos al saber que los franceses se retiraban atajaron la larga y angosta calle que atraviesa el pueblo, levantando barricadas. Quisieron aventurarse dentro los franceses, pero apenas habían penetrado en el interior de la calle, llovieron sobre ellos calderos de agua hirviente y una granizada de balas, piedras y tejas, obligándoles á retirarse. Formada su gente en dos trozos caminó á derecha é izquierda del pueblo incesantemente hostigada por los somatenes, que no le dejaron hasta Martorell, cogiéndole un cañón en la Riera de Abrera. No imitaron los vecinos de Martorell el ejemplo dado por los de Esparraguera, gracias á lo cual pudo Schwartz entrar en Barcelona el 8 de Junio. Sin embargo, el abatimiento que expresaban en sus rostros los soldados y lo destrozado de sus uniformes, indicaban bien claramente la derrota experimentada. La columna de Schwartz había quedado más que diezmada.

Así, fueron los catalanes los primeros que tuvieron la gloria de abatir las arrogantes armas francesas y la primera victoria alcanzada se llama *El Bruch.*

Comprendió Dúhesme lo crítico de su situación, expuesto como estaba á ver cortadas sus comunicaciones con Francia, y en su vista se apresuró á enviar órdenes á Chabrán para que regresase á Barcelona. Chabrán se encontraba en Tarragona al recibir la orden, habiendo atravesado pacíficamente todo el país desde Barcelona hasta allí. Grande fué, pues, su sorpresa al encontrarlo levantado en armas á su vuelta, pasados tan pocos días. Resistiéronle el Vendrell y Arbós, cuyos pueblos sufrieron los rigores del general, siendo á su vez Villafranca del Panadés teatro de espantoso saqueo, incendios y horrorosos estragos en vidas y haciendas.

La catástrofe del Bruch había herido en lo más vivo el orgullo de los invasores, por lo cual, una vez reunidos en Barcelona Duhesme, Schwartz y Chabrán, resolvieron ir á vengar la afrenta sufrida por las banderas napoleónicas. La ira catalana, más encendida que nunca á consecuencia de los abominables excesos cometidos por Chabrán en su retirada y por haber sido entregados á sangre y fuego Martorell y Esparraguera, anhelaba ocasión de desahogarse. Por otra parte, interesados los manresanos en no dejarse arrebatar la gloria conquistada, habían fortificado el Bruch en espectativa de futuras acometidas. Los victoriosos somatenes de Manresa y Sampedor, varios soldados escapados de Barcelona y cuatro compañías de voluntarios de Lérida, con algunos cañones traidos de las fortalezas libres del Principado, defendían las posiciones. Trató Chabrán de forzarlas el 14 de Junio, atacando con dobles fuerzas, pero fué ignominiosamente rechazado, es-

trellándose su desapoderado orgullo contra los casi inermes somatenes catalanes y aquellos pocos y mal regidos soldados. Vanos fueron cuantos ataques dirigió, y eso que fueron muchos. Los franceses mordieron el polvo y debieron volver cara, dejando 500 cadáveres en el Bruch; perdieron su artillería y fueron hostilizados por los paisanos, que no les dejaron de perseguir hasta verles entrar vergonzosamente en Barcelona.

Urgíales, pues, dejarse de proyectos de venganza y aprestarse á mantener libres las comunicaciones con Francia, á cuyo objeto decidió Duhesme verificar una expedición contra Gerona, al frente de siete batallones, cinco escuadrones y ocho piezas de artillería, que salieron de la capital el día 17 de aquel mismo mes que tan funesto les había sido.

Nueve mil paisanos del Vallés esperaban al enemigo en Mongat, pero creyendo en su inexperiencia que iban á atacarles de frente, no pararon mientes en vigilar sus alas, viéndose sorprendidos por la derecha, después de algunos ataques falsos. Dispersáronse los somatenes, cometiendo Duhesme espantosas crueldades con los prisioneros. Dueño el enemigo de Mongat, parecía que Mataró, que está detrás, no debía pensar en oponer resistencia, pero no fué así. Temerarios, audaces y resueltos no cejaron los mataroneses en su intento, haciendo vivo fuego de cañón y fusilería contra el enemigo, pero éste, ayudado por el número y la experiencia, acabó por desbaratar á los heróicos defensores de la ciudad, entrándola á saco y cometiendo las más asquerosas infamias, enlodándose allí desde el general hasta el último *troupier*, confundidos en iguales torpezas y perpetradores de comunes crímenes.

Siguieron los franceses á la mañana siguiente el camino de Gerona, dejando en su ruta un rastro de sangre y duelo. Llegaron á la vista de la inmortal ciudad, guarnecida tan sólo por 300 hombres y confiada al gobierno de D. Julián de Bolivar; empero, si los soldados eran escasos, todo el pueblo estaba allí para defenderse y perecer en la demanda. Corto y terrible fué el sitio; en lóbrega noche osó el francés arrimar escalas al muro, trabándose en la oscuridad espantoso combate. La aurora alumbró el campo sembrado de muertos franceses, precipitados desde lo alto de los muros á los fosos, acribillados á metrallazos, abiertos á cuchilladas, desgarrados á bayonetazos. Retiróse Duhesme profundamente quebrantado hacia la capital, quedando 700 cadáveres al pié de los muros de Gerona.

A la vuelta dejó en Mataró á Chabrán con una división, de la cual dieron cuenta en breve los somatenes de Moncada y Granollers, arrebatándole la artillería y causándole gran número de bajas.

A orillas del Llobregat pululaban las partidas sueltas, que tenían estrechado á Duhesme dentro de Barcelona y osaban presentarse á veces á la vista de la ciudad.

Todo el Ampurdán estaba también alzado en armas. Bloqueado el castillo de Figueras por los somatenes, estaba á punto de rendirse cuando llegó de Perpiñán el general Reille con copiosos refuerzos, consiguiendo hacer levantar el sitio pero siendo en cambio rechazado de Rosas al intentar apoderarse de dicha villa.

II.

El terrible percance de Gerona le había llegado al alma al orgulloso Duhesme y resolvió volver de nuevo á sitiar aquella ciudad, destinada desde siglos á humillar la gente de Francia. «*El 24 llego, el 25 la ataco, la tomo el 26 y el 27 la arraso,*» exclamaba públicamente el gran fanfarrón, y efectivamente, después de sufrir sendos descalabros en Caldetas y San Pol, en cuyo punto tuvo que aguantar las andanadas que le mandaba una fragata inglesa y varios buques españoles; después de otro julepe más que regular que le propinó en Vallgorguina D. Francisco Milans y después de intentar en vano rendir Hostalrich, llegó el 24 á la vista de la fatal ciudad, reuniéndosele antes Reille con 2,000 hombres. No principió el ataque hasta primeros de Agosto, y el día 16, vencido, humillado, cubierto de oprobio y espumarrajeando de rabia, huía de nuevo Duhesme, buscando su salvación por entre los montes, perseguido por los somatenes, dejando por el camino su artillería, sus pertrechos y su honor militar. Por segunda vez había tenido el francés que levantar el cerco, siendo doble el número de los sitiadores que el de los sitiados.

III.

Había entretanto desembarcado en Tarragona (23 de Julio) una expedición procedente de Mallorca,

compuesta de 4.630 hombres con muchos víveres y pertrechos, al mando del general marqués del Palacio, que fué nombrado presidente de la Junta de Cataluña, instalada ahora en aquella ciudad, de cuyo cargo se posesionó el 6 de Agosto.

El nuevo presidente organizó más regularmente las fuerzas españolas, estableció una línea de somatenes á lo largo del Llobregat y mandó al conde de Cadaqués para que al frente de alguna tropa, á la cual se unieron numerosos somatenes, fuera en socorro de Gerona. Sin embargo, no llegaron á tiempo dichos socorros, pues los gerundenses por sí solos habían ahuyentado ya á Duhesme, según dejamos dicho.

A primeros de Setiembre la Junta de defensa trasladó su residencia á Villafranca, para estar más cerca del teatro de la guerra, y reconcentrándose allí todas las fuerzas de la provincia, reforzóse la línea del Llobregat, otra vez mandada por el conde de Cadaqués.

Temeroso Duhesme del incremento que tomaba aquel foco de resistencia, determinó hacer una excursión al Panadés, poniéndose al frente de 6.000 hombres de infantería y numerosa caballería. Trabóse la acción en Molins de Rey y San Baudilio, y tuvo el francés que retirarse sin poder romper la línea. Quiso luégo probar fortuna en el Besós, en cuyo punto se mantenía Milans, y fué igualmente derrotado, y habiéndose atrevido á correrse hasta San Cucufate del Vallés, fué también allí nuevamente escarmentado, viéndose obligado á ampararse vergonzosamente de los muros de Barcelona, sin osar salir de su recinto.

La Junta de defensa del Principado mostrábase admirable; nada igualaba á su discreción, á su sabiduría, al esmero con que cuidaba de todo, pero en cambio, el marqués del Palacio se había hecho insufrible, siendo por lo mismo llamado á Aranjuez por la Junta Central, reemplazándole el capitán general de Mallorca D. Juan Miguel de Vives, que tomó posesión el 28 de Octubre.

El nuevo general reorganizó el ejército de Cataluña, fuerte de 20.000 hombres, entre ellos 800 de á caballo con 17 cañones, distribuyéndolo en una vanguardia, cuatro divisiones y reserva. La vanguardia, al mando de D. Mariano Alvarez de Castro, fué destinada al Ampurdán, en observación del enemigo, mientras Vives con la restante fuerza se encaminaba á bloquear á Barcelona, sentando sus reales en Martorell el 3 de Noviembre.

El mando de Duhesme en la capital era para ser envidiado por el más feroz procónsul; ejercíase la policía en Barcelona con inquisitorial aparato, prestándose á tan villano servicio un tal Ramón Casanova, pero sin que bastasen sus crueldades á reprimir la mal comprimida rebelión de los patriotas, vejados, saqueados, esquilmados y oprimidos por el tiránico y siempre escarnecido Duhesme.

Criticóse, sin embargo, el plan de Vives, pues para rendir la plaza por bloqueo se necesitaba mucho tiempo, en cuyo intermedio podían llegar refuerzos de Francia.

Así sucedió por desgracia. El 5 de Noviembre entraba en Cataluña el ilustre Gouvión Saint-Cyr con las divisiones Souham, Pino y Chavert, procedentes de Italia, las cuales, unidas á las ya existentes, formaban un total de 25.000 infantes y 2.000 caballos. Eran soldados sacados de todas las naciones, bisoños, mal intencionados y ávidos de sangre y pillaje.

Comenzó Saint-Cyr su campaña poniendo sitio á Rosas, á pesar de haberle encargado Napoleón muy particularmente que no pensase más que en conservar Barcelona, «pues si se perdía,—dijo,—serían necesarios 80.000 hombres para recobrarla» *(sic)*. Resistió Rosas valientemente los asedios repetidos de que fué objeto; fué porfiadísima, obstinada, digna de catalanes la resistencia, y al cabo de 29 días de cerco, capituló, agotados los medios de defensa, honrosísimamente. Digamos en honor á Gouvión Saint-Cyr, que se mostró humano, como era de esperar dada su personalidad tan antitética á la del emperador, que jamás dejó de tratarle con desvío, celoso tal vez de sus luces y talentos militares.

Caida Rosas, adelantóse Saint-Cyr á socorrer á Barcelona. Aquella era ocasión oportuna para lucirse Vives saliéndole al encuentro, pero no fué así. A pesar de que el ejército de Cataluña había recibido refuerzos de Granada y Aragón, constando la división granadina de 11.800 hombres y 670 caballos al mando del insigne héroe de Bailén, D. Telesforo de Reding, y de 4.000 la aragonesa, regidos por el marqués de Lazán, nada hizo Vives por de pronto, entreteniéndose en negociar con el general Lecchi y con el polizonte Casanova la entrega de la plaza.

El conde de Cadaqués había manifestado repetidas veces su opinión de que convenía ir á atacar á

Saint-Cyr, pero Vives se limitó á enviar á Reding hacia Granollers el 11 de Diciembre, reuniéndosele él un poco después, sumando las fuerzas de ambos nada más que unos 8.000 hombres y encargando á Lazán que fuese siguiendo al enemigo á retaguardia desde Gerona. Saint-Cyr, en tanto, dispúsose á verificar una rápida marcha para burlar los planes de los españoles y aprovisionando á sus tropas para cuatro días, logró salvar peligrosos puntos en los cuales una corta fuerza hubiera podido oponer irresistible obstáculo á su paso; pero áun con todo eso era crítica la situación del hábil general, que se encontró á una legua de distancia de donde estaba don Juan Vives quedándoles sólo á sus soldados municiones para una hora. Trabóse la batalla en Cardedeu y después de muchos cambios y peripecias quedó la victoria por el francés, no sin haberse los nuestros cubierto de gloria y haber estado muy en peligro la brigada Pino, que en contravención á lo mandado por Saint-Cyr, se desplegó, siendo así que aquel general había resuelto combatir en una sola columna que rompiese la línea española.

Nuestra pérdida fué de 500 hombres y 1.000 heridos y prisioneros, pero mucho mayor la del enemigo. Huyó Vives á pié y como pudo y Reding tomó interinamente el mando, retirándose á la derecha del Llobregat.

Saint-Cyr entró en Barcelona el 17 de Diciembre, empezando acto seguido las desavenencias con Duhesme, y salió el 20 para el Llobregat, llevando de refuerzo cinco batallones de Chabrán.

IV.

No subían los españoles á más allá de 10.000 hombres, nuevamente mandados por Vives, que había conseguido embarcarse en Mataró, si bien el inepto general tuvo el buen acuerdo de dejar las fuerzas á cargo de Reding, á orillas del Llobregat marchándose él á Villafranca, donde estaba la Junta.

Indeciso Reding sobre lo que tenía que hacer, al ver asomar á los franceses consultó á Vives sobre si debía retirarse ó no, pero el general en jefe contestó como suele hacerse en España, oficinescamente, en semejantes casos, dejándole tan enterado como antes. Llevado de sus nobles impulsos, decidió don Teodoro hacer cara al francés, sin reparar en la superioridad del enemigo en punto á fuerzas y disciplina. Batiéronse españoles y franceses en Molins de Rey, siendo derrotados los nuestros á pesar de los desesperados esfuerzos que hicieron, y desbandados y tirando cada uno por su lado, pudieron librarse de un copo, de otra manera inevitable.

Tristísimas fueron las consecuencias de la batalla de Molins; perdiéronse infinidad de armas, abandonáronse los almacenes y quedó deshecho el ejército. Para colmo de miseria, el francés pudo forzar el paso del Bruch, para él tan ominoso, y ébrio con la victoria, esparció por do quiera la desolación y el espanto. El brigadier Laserna murió en Tarragona de resultas de las cuchilladas recibidas en la brega; el bravo conde de Cadaqués cayó prisionero y quedó en poder del enemigo toda la artillería. Tachóse á Reding de sobrado imprudente, pero en parte tuvo la culpa, sino toda, Vives, por no dar más claras instrucciones, como general en jefe, cuando se las pedía el valeroso suizo.

Así lo comprendieron los tarraconenses, que se alborotaron contra Vives, amenazándole de muerte. El general resignó el mando en Reding y éste procedió á formar un nuevo ejército con los dispersos que iban presentándose en la plaza.

A pesar de la ventaja alcanzada por Saint-Cyr, no se encontraba éste muy satisfecho, pues como hombre de suma inteligencia, comprendía la gravedad de que no desaparecieran los somatenes y además se veía muy apurado con la falta de subsistencias.

V.

El 1.° de Enero de 1809 estalló en Lérida un lamentable alboroto contra unos prisioneros franceses que habían sido conducidos al castillo, siendo asesinados en unión con el oidor de la Audiencia de Barcelona D. Manuel Fortuny y su señora esposa, tachados justa ó injustamente de infidentes. Tres días duró la bullanga, hasta que llegó Reding y consiguió apaciguar los ánimos.

Durante los meses de Enero y Febrero nada ocurrió de notable, á no ser las insuperables dificultades que experimentaban los franceses en procurarse víveres, debiendo para ello librar incesantes escaramuzas, en las que perdieron mucha gente y gastaron más de *dos millones* de cartuchos.

Escarmentado Reding con lo de Cardedeu y Molins de Rey, atúvose á los prudentes consejos del gene-

ral D. José Joaquín Martí, encaminados á evitar batallas, molestar al enemigo al abrigo de las plazas y convertir la defensa en guerra de montaña, muy adecuada al carácter de los catalanes y al terreno en que se peleaba. Así se hizo, mostrándose llena de nobilísimo y acendrado patriotismo la Junta corregimental de Tarragona, que no se daba punto de reposo en acuñar la plata de las iglesias y de los particulares para allegar caudales, no menos que en proporcionar víveres y vestuarios. Así pudieron alcanzar los *miqueletes* numerosas ventajas parciales que aumentaron más el entusiasmo de todos.

Por desgracia, no se siguió mucho tiempo tan prudente sistema. Impaciente Reding por guerrear y dando crédito á los rumores de que Barcelona se levantaría en masa así que se aproximase el ejército libertador, resolvió dar un ataque general.

El ejército de Cataluña ocupaba una enorme línea de diez y seis leguas, desde Tarragona á Olesa, pasando por el Coll de Santa Cristina, La Llacuna, Igualada y el Bruch. Las tropas que estaban fuera de Tarragona ascendían á 15.000 hombres, al mando del general Castro; las de dentro la plaza llegaban á 10.000, regidas por Reding.

Castro debía avanzar é interponerse entre el enemigo y Barcelona, y Reding aparecería en el Coll de Santa Cristina con 8.000 hombres y el auxilio de los somatenes que bajarían de las montañas.

Saint-Cyr, calculando lo fácil que le sería romper aquella tan dilatada como endeble línea, dejó hacer, y el 18 de Febrero de 1809 salió de Villafranca del Panadés, no tardando en cortar á Castro, gracias á sus diestras maniobras, y en entrar en Igualada. Revolvió en seguida sobre la izquierda, desalojando de la agreste Brufaganya al brigadier Iranzo, que se refugió en Santas Creus, sin poder el francés forzar las puertas de aquel histórico monasterio, verdadera fortaleza de la Edad media según su singular arquitectura religioso-militar.

Noticioso Reding de lo ocurrido con Castro, salió de Tarragona acompañado de una brigada de artillería, 300 caballos y un batallón de suizos, al objeto de reunir á los dispersos y socorrer á Iranzo, pero Saint-Cyr, que sólo tenía á su lado la división Pino, temeroso de verse atacado por fuerzas superiores, reunióse con la de Souham, que había dejado en el Vendrell, y colocóse entre Tarragona y Reding. Quiso éste retroceder entonces á la ciudad, moviéndose hacia Montblanch con los 10.000 hombres que llevaba, y el día 24 convocó allí una junta para decidir si se retiraría á Tarragona ó iría al encuentro de Saint-Cyr. El intrépido general sentíase atravesado el corazón de dolor al pensar que tenía que volver la espalda sin combatir, pues ha habido pocos hombres más arrojados y valerosos que él. Después de larga discusión convínose en que Reding se retirase á Tarragona con la artillería y los bagajes, siguiendo por la carretera que corre á orillas del Francolí, y así se hizo, cuando al llegar al Pont de Goy tropezaron nuestras tropas con las avanzadas francesas, las cuales, después de cruzar algunas descargas se retiraron, incorporándose á la división Souham, que se encontraba situada en las alturas de Valls.

En vez de proseguir Reding su marcha á Tarragona, retrocedió con la vanguardia y se unió con el grueso del ejército, colocado en la cima de unas colinas á la derecha del río, empeñando en seguida una acción general y logrando nuestras tropas ligeras al principio rechazar al enemigo. Cuatro horas pelearon los nuestros con la división Souham, haciéndole perder terreno sin cesar, hasta que sabedor de ello Saint-Cyr, corrió con la división Pino en auxilio del comprometido general. En su vista, fueron de parecer varios jefes españoles que no se aventurasen las ventajas conseguidas y que volviendo á ocupar la primera línea, se prosiguiese el camino hacia Tarragona; nada quiso, empero, escuchar Reding, pues llevado de su bizarría y contando con que también le mandarían refuerzos de la capital, mandó que continuara la batalla.

Vueltos los nuestros á las cimas de las colinas paralelas al río, viéronse furiosamente embestidos por las tropas de refresco que Pino había traido. La resistencia de los españoles excedió los límites de la bizarría, pero rota al fin la línea no se consiguió rehacerla á pesar de todos los esfuerzos de Reding, desbandándose nuestras tropas y salvándose por entre las malezas y barrancos. Reding, acorralado por la caballería contraria, salió con cinco heridas, de las que sucumbió después. Nuestra pérdida fué de 2.000 hombres, y entre ellos algunos jefes. Reding llegó por la noche á Tarragona, siendo recibido con el más profundo respeto, noticioso el pueblo de la bizarría de tan denodado caudillo. Algunos dicen si abofeteó al gobernador de la plaza por no haberle mandado los socorros que le había pedido, cosa muy

verosímil, dado el impetuoso carácter del heroico general.

Los franceses entraron al día siguiente en Reus, siendo recibidos por el ayuntamiento los nuevos huéspedes. Dicha corporación estableció además una contribución para auxiliarlos, permaneciendo pacíficamente por su parte los vecinos en sus viviendas, actos todos que irritaron sobremanera á los buenos catalanes y que merecieron una agria y violenta desaprobación por parte de Reding, como de mal ejemplo.

De resultas de la batalla del Pont de Goy quedó cortada la comunicación por tierra de Tarragona con el resto de España.

Creía Saint-Cyr tener ya por suya la plaza por padecerse en ella una enfermedad contagiosa de índole tifódica y estar atestados los hospitales. Tan cierto estaba el francés de entrar pronto en la ciudad que no quiso alejarse de sus muros mientras sus tropas pudiesen contar siquiera con la cuarta parte de una ración, pero bien pronto se convenció de que nada bastaba á abatir el ánimo de aquellos esforzados patricios.

Entonces empezó una nueva guerra, mortífera y destructora. Migueletes y somatenes diéronse á batir el cobre. Diez mil de ellos, mandados por Wimpfen, Milans y Clarós desalojaron de Igualada á Chabrán, obligándole á guarecerse en Villafranca; bloquearon luégo de nuevo á Barcelona, cortando las comunicaciones de Saint-Cyr con la ciudad condal y rechazando las tentativas de Chabrán, repetidas veces, hasta que logró por fin abrirse paso á mediados de Marzo.

No pudiendo sostenerse por más tiempo Saint-Cyr en el campo de Tarragona, dispúsose á salir de allí enderezando su marcha hacia Vich, situado en un llano muy feraz y próximo, además, á Gerona, cuyo sitio meditaba.

Las comunicaciones se habían hecho más difíciles que nunca, los ánimos hervían de coraje, cada habitante era un enemigo enconado y todo daba á entender que aquella era una guerra sin término ni fin. Saint-Cyr permaneció en Barcelona hasta el 15 de Abril, acabando de oprimir á la ciudad, ya harto tiranizada por Duhesme, siempre sobresaltado con las incesantes conspiraciones que se urdían para libertarse del yugo francés. Verdad es que algunas de esas conjuraciones las tramaba Casanova para recomendar su buen celo... y apoderarse de los bienes de los acusados, como lo echó de ver Saint-Cyr.

El general francés llegó á Vich el 18 de Abril, sin encontrar en toda la ciudad más que los enfermos, seis ancianos y el obispo. Allí se preparó para emprender el sitio de Gerona, á lo cual le animó la noticia de la muerte de Reding, acaecida en Tarragona el 27 de Abril, de resultas de las heridas recibidas en la batalla del Pont de Goy y de las aflicciones y sinsabores por razón de su cargo. Sucedió interinamente á Reding el marqués de Coupigny.

La guerra de somatenes seguía incesantemente y con mayor pujanza cada vez, jurando que antes vería el francés convertido todo el país en un montón de ruinas que doblar los catalanes su cabeza al yugo de Napoleón.

Tal comportamiento sirvió de ejemplo al resto de España y desde entonces se hizo general aquel linaje de guerra, verdadera base, supremo baluarte y principal elemento de la defensa nacional.

VI.

En el curso de esta obra hemos hecho repetidas alusiones al sitio de Gerona, por lo cual no daremos ya más detalles sobre el mismo, sabidos, por otra parte, de todo aquel que de buen español se precie. Baste decir que sitiada por tercera vez el día 6 de Mayo de 1809, bombardeada, afligida por terrible epidemia, asaltada repetidas veces, exhausta de hombres y municiones, hambrienta, convertida en un montón de ruinas y en viva imagen de espantoso cementerio, no consiguió entrar en ella el francés hasta el 11 de Diciembre, siendo así que, según el tratadista Carnot, «no puede prolongarse más allá de cuarenta días la defensa de las mejores plazas.» Encargado en un principio del mando de los sitiadores el general Reille, fué reemplazado poco después por Verdier, concluyendo por pasar allí Gouvión Saint-Cyr con todo su ejército. En Setiembre fué relevado Saint-Cyr por el mariscal Augereau, que llegó con inmensos refuerzos.

Los franceses atacaron á aquella débil y defectuosa plaza con formidables aprestos y levantaron contra sus muros cuarenta baterías, desde las cuales arrojaron más de 60.000 balas y 20.000 bombas y granadas contra la ciudad.

Gerona se rindió por hambre y á haber estado me-

jor avituallada hubiera resistido indefinidamente; la defensa fué sapientísima, hábil y sublime, digna de Alvarez de Castro.

Durante el asedio se intentó varias veces socorrer la plaza; el primero que lo probó fué D. Rodolfo Marshal, irlandés al servicio de España, pero fué interceptado el convoy, logrando entrar solamente él en la ciudad.

En Julio fué nombrado capitán general de Cataluña el general Blake, en reemplazo de Coupígny, resolviendo acudir en socorro de los sitiados. A este objeto se apostó en Vich y el día 10 de Setiembre logró introducir en Gerona un convoy y refuerzos á las órdenes de García Conde, pero ya no fué tan dichosa otra expedición salida á fines de Setiembre, pues fué apresado el convoy por los franceses. Por tercera vez trató inútilmente Blake de socorrer la plaza el 20 de Octubre, subiendo de punto, con el malogro de la empresa, el hambre, las enfermedades y las lástimas. Sólo una cosa no decaía, el esforzado ánimo de los habitantes.

Rendido Alvarez por la terrible epidemia que devastaba la ciudad, no profería otras palabras que la frase: «¡No quiero rendirme!» Conducido á Francia después de la capitulación y encerrado luégo en un calabozo del castillo de Figueras, supónese que murió de muerte violenta, apareciendo en el cadáver señales como de si le hubiesen estrangulado ó dado garrote.

La caida de Gerona llenó de consternación á España entera.

¡Gloria eterna á la inmortal ciudad!

VII.

Blake no consiguió ser muy querido de los catalanes. Además de la mala estrella que siempre le acompañaba, contribuyó á enagenarle las simpatías del pueblo la impertinente oposición que hizo á los planes del Congreso catalán, que quería levantar un somatén de 40.000 hombres en vista de los excelentes resultados que había dado aquel género de guerra. El gobierno supremo dió la razón al Congreso y Blake dejó el mando el 10 de Diciembre, quedando encargado de la capitanía general el marqués de Portago, hombre de muy medianas dotes militares.

El 21 de Enero de 1810 fué nombrado para aquel cargo un militar que se había distinguido grandemente en el primero y tercer sitio de Gerona, dando relevantes muestras de pericia, valor, patriotismo é intrepidez. Hablamos de D. Enrique O'Donnell. Joven y simpático, adoraban en él los catalanes tanto como habían murmurado de Blake, al cual acusaban por no haber ocasionado alguna diversión á los sitiadores de Gerona, atrayéndolos hacia la frontera ó simulando algún amago. Por eso decían de él: *Blaka may ataca.*

Después de la caida de Gerona, el grueso del ejército de Cataluña permaneció en Vich, trabándose varios combates entre las tropas de Souham y Verdier, y las partidas de Clarós y Rovirà. Atacado Vich por Augereau, el 1.° de Enero de 1810, fué rechazado el francés, retirándose de allí los españoles al cabo de doce días, continuando empero las refriegas, siempre con ventaja por parte de los nuestros. En Moyá se distinguió singularmente don Enrique O'Donnell, que peleó como soldado, cuerpo á cuerpo.

Dueño de Vich Augereau, pensó apoderarse de Hostalrich, cuyo castillo dejó bloqueado, y marchó precipitadamente con un convoy á Barcelona, muy estrechada por los somatenes y las guerrillas del Llobregat. Duhesme salió de la ciudad condal al encuentro del duque de Castiglione, y atacado en Mollet por el marqués de Campoverde, sufrió un rudo descalabro. Felizmente para él llegó á tiempo Augereau y después de libertar á un batallón que había caido en poder de los nuestros, pudieron entrar juntos en la apretada capital del Principado.

Así que O'Donnell se encargó de la capitanía general pensó en desalojar de Vich á los franceses, y trabándose la batalla en las inmediaciones de aquella ciudad, quedó vencedor el contrario, no sin experimentar tantas pérdidas como los nuestros.

Escasa de víveres nuevamente Barcelona y reforzado Augereau con numerosas tropas procedentes de Francia, púsose otra vez en camino para la capital, cuyo movimiento obligó á O'Donnell á replegarse á Tarragona.

Una vez allí, mandó á don Juan Caro que atacase á los franceses que estaban en Villafranca, como así lo hizo éste bizarramente á fines de Marzo, cayendo en su poder 700 prisioneros y quedando herido él, por lo cual fué reemplazado por Campoverde.

Procuró luégo O'Donnell distraer del bloqueo de Hostalrich al enemigo, á cuyo efecto marchó Campoverde á Manresa, pero la plaza capituló á mediados

de Abril, después de una gallarda defensa, sin que el enemigo lograse hacer prisionero más que al digno gobernador, el valiente Estrada, que tuvo la desgracia de errar de camino, después de salvar á los 1.200 hombres que componían la guarnición.

No le valió, sin embargo, al duque de Castiglione este ligero triunfo para conservarse en la gracia de Napoleón, siendo reemplazado por Mac-Donald, duque de Tarento.

Suchet, que mandaba en Aragón, dejó aquel reino y enderezóse á sitiar á Lérida, en cumplimiento de las órdenes del emperador. No tardó en apoderarse de Balaguer y el 31 de Abril embistió la amenazada plaza. Quiso O'Donnell acudir en su socorro, pero desgracióse la tentativa, viéndose obligado á replegarse á Montblanch. Entró el francés en Lérida, sin dar cuartel á los habitantes, que corrieron á refugiarse en el castillo. El gobernador, D. Jaime García Conde, capituló, siendo tachado de traidor por la flojedad que mostró en la defensa, contribuyendo á hacer creer que fuese esto verdad el hecho de pasarse algo después al bando napoleónico.

Los franceses hallaron en Lérida 105 cañones, un millón y medio de cartuchos, 105.000 libras de pólvora, diez mil fusiles y una guarnición de 6.000 hombres que quedaron todos prisioneros.

O'Donnell publicó á los pocos días una terrible orden del día que decía entre otras cosas lo siguiente: «El general en jefe prohibe á todos los cuerpos de este ejército el recibir en ellos á ningún oficial ó sargento de los que componían la infame guarnición de la plaza de Lérida... y hasta que las circunstancias permitan se verifique el ejemplar castigo de cuantos han interesado en la abominable capitulación de los castillos de dicha plaza, los declaro traidores á la patria, y como tal infames... y mando que cuantos bienes ó alhajas se hallen en este Principado de los jefes ó individuos de la Junta corregimental de Lérida... que tomaron parte en dicha capitulación, sean confiscados... Tan inaudita perfidia y cobardía no debe desanimar en modo alguno á los valientes oficiales y soldados de este ejército: nada hay perdido cuando queda valor, brazos y hierro...»

Y en una proclama dirigida á los catalanes decía: «...Cayó Lérida, pero no está conquistada Cataluña. Tarragona, Cardona, Tortosa, Berga, Seo de Urgel, Coll de Balaguer y Mequinenza son aún los baluartes del Principado... Y aunque después de muchos años cayeran estas plazas, las montañas de Cataluña son otros tantos puntos de apoyo para aquellos que prefieren su mansión á la esclavitud...»

¡Nobles y dignas palabras, propias de tan esclarecido caudillo!

VIII.

Durante los meses de Mayo y Junio del propio año 10, hubo incesantes choques entre los somatenes y el enemigo. El gobernador español de las islas Medas, situadas en la desembocadura del Ter, don Agustín Caillaux, las entregó al francés, para que llegase hasta el colmo la medida de los desastres.

O'Donnell, lleno de heridas, dejó el mando por unos días, ocupando su puesto D. Juan de Villena, pero volvió á encargarse de la capitanía general el primero de Julio, instalando en Tarragona, como base de las operaciones, un nuevo Congreso catalán atento á levantar el decaido espíritu público, tanto más en cuanto Mac-Donald parecía dispuesto á obrar activamente.

No tardaron en tocarse los felices resultados de los acuerdos de la Junta, cuya alma era D. Enrique O'Donnell. Organizáronse los alistamientos y los tributos, restablecióse la disciplina, adiestráronse las tropas y mejoróse la instrucción de los oficiales. Los pueblos aprestaron los contingentes de soldados y todo adquirió regularidad y solidez.

Mac-Donald portóse en un principio de manera que contrastase su benevolencia con la ferocidad de Augereau, el hombre-patíbulo, el hombre-cadáver, el sanguinario verdugo que guarneció de horcas y sembró de víctimas todas las carreteras. ¡Oh duque de Castiglione! ¡Fuiste verdugo para España y Judas para Napoleón!

O'Donnell resolvió evitar las batallas campales y limitarse á molestar incesantemente al enemigo, aniquilándole con continuas sorpresas, á cuyo efecto distribuyó oportunamente los 22.000 hombres de tropa regular que estaban á sus órdenes y los somatenes y guerrillas que hormigueaban en el Principado. El cuartel general se hallaba en Tarragona, una división ocupaba el Llobregat y la montaña de Montserrat, otra permanecía en Falset, una tercera cubría las avenidas del valle de Arán, y la reserva, distribuida en dos trozos, se encontraba parte en las Borjas, para contener á la guarnición de Lérida y

parte en el Coll de Alba, en las inmediaciones de Tortosa. Húsares y tropas ligeras recorrían la comarca de Olot y los guerrilleros batían la demás tierra.

Con tal sistema de lucha era dificilísimo á Mac-Donald llevar convoyes á Barcelona, cuya operación le impedía pensar en otra empresa alguna.

Laval, divisionario de Suchet, estaba sitiando á Tortosa, habiendo acudido O'Donnell en socorro de la plaza, pero después de algunos ventajosos combates debió retroceder á Tarragona, amenazada por el duque de Tarento, que se iba á reunir con Suchet. No creyó oportuno Mac-Donald cercar á Tarragona tanto por escasear los víveres en aquella comarca, cuyos granos había mandado O'Donnell recoger de antemano, como por haberse visto expuesto á rendirse por hambre, bloqueado en Reus. El mariscal sufrió un descalabro al intentar un reconocimiento del lado de Tarragona y el 25 de Agosto tomó el camino de Lérida.

Al pasar por el desfiladero de la Riba encontróse Mac-Donald detenido por el brigadier Georget, que estaba allí apostado por orden de O'Donnell, ocasionándole los nuestros un rudo descalabro, haciéndole perder más de 400 hombres y cogiéndole 150 prisioneros. Pudo con todo llegar á Lérida y avistarse allí con Suchet, que le aguardaba impaciente.

No podían los franceses verse libres nunca de la escasez de víveres á que estaban condenados, y por otra parte, sus más insignificantes movimientos veíanse estorbados por las innumerables partidas que estaban siempre en acecho. O'Donnell cuidaba esmeradamente de que tales contratiempos acompañasen en todo tiempo y lugar al enemigo, siendo admirable la diligencia que ponía en hacer que el francés no encontrase granos en ninguna parte.

Mientras que Suchet se disponía á cercar formalmente á Tortosa, Mac-Donald se colocaba en Cervera al objeto de enseñorearse de tan considerable extensión de país que le fuese posible sacar de allí vituallas, pero no tardó en comprender O'Donnell la intención del francés y se preparó á hacerla fracasar. El ilustre don Enrique, demostrando una admirable capacidad militar y un golpe de vista digno de un gran capitán, imaginó entonces atacar bruscamente los puestos que los franceses mantenían á retaguardia, cuyas guarniciones estaban muy ajenas de pensar que pudiesen presentarse allí los españoles. Suscitados tan impensados estorbos no tenía más remedio Mac-Donald que acudir al quite, dejando la feraz comarca en que se había ya aposentado.

Mac-Donald había llegado á Cervera el día 4 de Setiembre y el día 6 transportaba ya O'Donnell el teatro de la guerra al Norte y Levante de Cataluña. Partiendo de Tarragona dicho día, púsose en seguida en Villafranca, siguió hacia Esparraguera, metióse por San Cucufate del Vallés, Mataró y Pineda, mandó parte de su gente á Palamós y San Feliu de Guixols y al amanecer del día 14 sorprendía gloriosamente á la guarnición de la Bisbal, obligando á capitular al general Schwartz. Además de la Bisbal, habían caido en nuestro poder San Feliu y Palamós, cogiendo más de 1.200 prisioneros y 17 cañones. El valiente O'Donnell resultó por desgracia gravemente herido en una pierna, siendo posteriormente agraciado con el título de conde de la Bisbal.

Creció con tales triunfos la guerra en el Norte del Principado, hasta el punto de invadir el marqués de Campoverde la Cerdaña francesa, exigiendo contribuciones en territorio imperial.

Mac-Donald que había bajado de Cervera vióse estrechado en Calaf por el brigadier Georget, en tanto que el barón de Eroles causaba en el Ampurdán incesantes daños al enemigo.

Campoverde detenía también en Cardona á Mac-Donald, cuyas tropas habían pegado fuego á la catedral de Solsona.

A todo esto sentíase en Barcelona angustiosa escasez; no había que esperar llegaran convoyes de Francia por estar todo el Ampurdán erizado de guerrilleros, por lo cual debió trasladarse Mac-Donald á Gerona y gracias al subido número de su gente pudo entrar otro convoy en la capital.

Como se ve, el enemigo se veía estorbado en todos sus movimientos y en cada marcha sufría mil entorpecimientos y dificultades.

IX.

No adelantaba entretanto el sitio de Tortosa; las tropas españolas oponíanse al paso de los convoyes que se enviaban allí, trabándose cada día combates parciales á orillas del Ebro.

Desesperado Suchet con tan irritante sistema de guerrear, atacó la división que estaba apostada en Falset, consiguiendo desalojarla de allí.

Por su parte Mac-Donald, después de haber introducido el convoy en Barcelona y de dejar asegurada en lo posible la comunicación con Francia, púsose en camino para Tortosa á la cabeza de 15.000 hombres, formalizándose, por último, á primeros de Diciembre el sitio comenzado en Julio.

Sesenta mil franceses había en el Principado y á tal situación se veían reducidos por la porfiada resistencia de los naturales.

Los españoles, después de dejar una división en el Llobregat y de confiar al barón de Eroles el cuidado de mantener encendida la guerra en el Ampurdán, colocáronse fronteros á Mac-Donald, formando un arco desde Montblanch á Lent.

D. Enrique O'Donnell, debilitado por la herida recibida en la Bisbal, tuvo que resignar el mando, á fines de Diciembre, desempeñando interinamente el cargo de general en jefe D. Miguel Iranzo.

X.

Dimos ya cuenta anteriormente de la lamentable caida de Tortosa. Gobernaba la plaza el conde de Alacha y sordo á la voz de sus tropas y del paisanaje que no querían consentir en la rendición, entró en secretos tratos con el francés y el 2 de Enero de 1811 entregó infamemente la plaza á Suchet, dejando consternado al vecindario y rabiosamente ofendida á la guarnición.

Resonó en todo el Principado un grito de desesperada ira al saber la villana conducta de Alacha y los pormenores de la defensa, digna de toda clase de censuras por su flojedad, impericia y desidia. Reunido en Tarragona un consejo de guerra, condenó á Alacha á ser degollado, ejecutándose la sentencia en efigie. Alacha, sin embargo, pudo decir:—«¡Ahí me las den todas!»—pues á la vuelta de Fernando fué restituido en todos sus grados, preeminencias y consideraciones. Nada perdió sino el honor.

Dueño Suchet de Tortosa no tardó en apoderarse del fuerte que había en el Coll de Balaguer, teatro en otro siglo de la lucha entre los catalanes y las tropas de Felipe IV, inmortalizada por la pluma de Melo. Parte de la guarnición capituló y la otra, más leal ó menos despavorida, hizo vía á Tarragona. En esta ciudad no cesaban las asonadas y alborotos á consecuencia de la catástrofe de Tortosa. Había caido en desgracia con el pueblo el general Iranzo, sucesor de O'Donnell, y gozaba en cambio de gran prestigio el marqués de Campoverde, señalado por brillantes hechos de armas y no menos simpático por su apostura y buen trato, que le habían granjeado numerosos amigos.

Reunidos gran número de tarraconenses y vecinos de los pueblos inmediatos en el *Hostal de la Serafina*, cercano á la ciudad, proclamaron á Campoverde por capitán general, haciendo en seguida Iranzo dejación del mando y encargándose el marqués de la dirección suprema. Esto evitó que se desbandase el ejército reunido dentro los muros de aquella antiquísima capital, contrariando vivamente las esperanzas de Mac-Donald que confiaba mucho en la indisciplina de la guarnición y estaban en secreta correspondencia con algunos infames traidores de dentro la plaza.

El 10 de Enero se presentó el duque de Tarento ante las murallas de Tarragona, pero no encontrando la ciudad en el estado que creía y privado, además, de víveres, tomó la vuelta de Lérida dejando para más adelante establecer el asedio. En el pueblo de Figuerola tropezó la vanguardia francesa con la división de Sarsfield, librándose á duras penas de un completo destrozo, pero no sin dejar sembrado de cadáveres el campo; 800 contrarios perdieron allí la vida, entre ellos el general Eugene, que mandaba dicho trozo, compuesto de tropas italianas.

Nuevos alborotos estallaron en la capital al susurrarse que iba á ser reemplazado Campoverde por don Carlos O'Donnell, pero sosegáronse los ánimos al no ver confirmada la noticia, con lo cual Campoverde tomó posesión en propiedad del cargo que ejercía interinamente. Mucho contribuyó él tras cortina á promover tales desasosiegos.

El marqués creyó político convocar un nuevo congreso, reuniéndose en Tarragona el día 2 de Marzo, mas no tardaron en surgir disensiones y piques entre dicha asamblea y la Junta de la provincia, lo cual dió motivo á Campoverde para atropellar y perseguir á varias personas, bien que á gusto del partido popular. Disolvióse á poco el congreso y quedó en su lugar una junta encargada del régimen económico del Principado.

Muy satisfecho Napoleón de los servicios de Suchet le nombró general de la Cataluña meridional, poniendo á sus órdenes las tropas del mariscal Mac-Donald, de cuyo desaire se mostró naturalmente

ofendido el de Tarento, por no ser Suchet más que general de división. Encargábale además Napoleón que pusiese sitio á Tarragona, confiriéndole amplias facultades para todo.

Viéronse en Lérida los dos rivales y quedaron en que Mac-Donald cuidaría de conservar á Barcelona y apoderarse de las plazas y puntos fuertes de la Seo de Urgel, Berga, Montserrat y Cardona, mientras Suchet empezaba el sitio.

Partió Mac-Donald para Barcelona al frente de 17.000 hombres, después de haberse visto acorralado en Lérida. Sin embargo, como si tuviera ganas de poner en planta aquel dicho de los quinientos gallegos *que iban solos,* prestóle Suchet 9.000 hombres y 700 caballos, al mando de Harispe, para acompañarle á él y á los 17.000 que traía, hasta dejarles en Barcelona seguros, sanos y salvos.

Seguíanle en su camino al mariscal el barón de Eroles y don Pedro Sarsfield; aprovechándose, sin embargo, los franceses de la delantera que llevaban á los nuestros, cometieron la hazaña de pegar fuego á Manresa, devorando el incendio más de ochocientas casas y entregándose al saqueo y al asesinato sin respetar siquiera á los enfermos de los hospitales, á pesar del escrupuloso miramiento con que cumplían los españoles la convención acerca de los heridos.

Airados los manresanos con tal barbarie, rogaron á Eroles y á Sarsfield les vengasen. Embistieron los nuestros al punto la retaguardia, cebándose en ella y desquitándose algo del proceder inhumano del enemigo. Los napolitanos de Palombini dejaron allí en gran número sus vidas, distinguiéndose entre los españoles el infortunado don José María Torrijos, futura víctima del feroz absolutismo.

No pararon aquí las desventuras de Mac-Donald, el cual fué nuevamente derrotado en el Coll de David por el comandante de Montserrat don Manuel Fernández Villamil, hasta que pudo por fin meterse en Barcelona, habiendo perdido en el trayecto desde Lérida más de 1.000 hombres y 600 heridos.

Regresó á la expresada ciudad el de Harispe, inquietado sin cesar por don José Manso, cuyo nombre expresa el valor, la serenidad y la pericia.

X.

El incendio de Manresa llenó de indignación todos los pechos catalanes y Campoverde expidió en su consecuencia una circular previniendo no se diera cuartel á ningún francés aprehendido dentro ó en las inmediaciones de un pueblo que hubiese sufrido saqueo, incendios ó asesinatos. Las obras siguieron á las palabras y las represalias llegaron á un extremo de furor espantoso.

El nuevo capitán general dió principio á sus movimientos intentando recobrar el castillo del Coll de Balaguer, pero aunque no se consiguió, obtúvose con todo la ventaja de rechazar á los franceses desde Cambrils á la Ampolla causándoles cuatrocientas bajas. Intentó luégo tomar Barcelona, ó á lo menos Montjuich antes de que pudiese llegar allí Mac-Donald, pero á pesar de que algunos soldados llegaron hasta á saltar los fosos de aquella fortaleza, no fué posible realizar el plan por la vigilancia ejercida por el gobernador del fuerte.

En cambio, fué tomado el castillo de San Fernando, de Figueras. Corrían por aquel país los valientes guerrilleros Fábregas, Llovera, Milans, Clarós y sobre todo Rovira. Un capitán llamado Casas logró hacerse con una llave falsa de la poterna y dada cuenta de la proyectada empresa á Rovira, Llovera, Dresaire y otros, ejecutaron una noche felizmente el proyecto. En una hora quedó despachado todo, no llegando la noticia de la toma á oidos de la guarnición de Figueras hasta lá mañana del siguiente día, 10 de Abril de 1811. Quedaron prisioneros seiscientos franceses. Por su parte el barón de Eroles se había apoderado de los fuertes de Olot y Castellfullit, cayendo en su poder 548 franceses y aniquilando en la sierra de Puigventós un regimiento enemigo.

Los franceses estaban consternados por el sesgo que tomaba la guerra. Además de haber perdido el castillo de Figueras era dificilísimo el mantenimiento de Rosas; Gerona y Hostalrich estaban como bloqueados por los somatenes y los catalanes mostrábanse fieros y bravíos en sus venganzas desde el bárbaro incendio de Manresa.

El general Hilliers, que estaba al frente del Ampurdán, vióse obligado á desamparar una porción de puntos fortificados al objeto de reconcentrar sus fuerzas, continuamente en peligro de caer prisioneras.

Azorado Mac-Donald escribió á Suchet en demanda de auxilio, so pena de ver perdida toda la Cataluña del Norte.

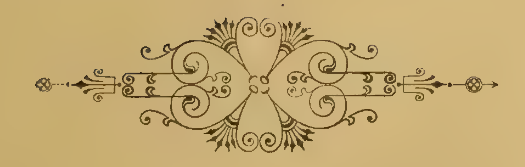
Flojo se mostró Campoverde en tan propicia ocasión. Supo el 12 de Abril la toma del castillo de Figueras y no se movió de Tarragona hasta el día 20, dando tiempo á Hilliers para reconcentrar sus tropas y dejando que Suchet pudiese continuar preparándose para el sitio, cuando á haber obrado con más presteza, no hubiera tenido más remedio el sanguinario déspota que desistir del sitio para acudir en socorro de Mac-Donald.

Llegó Campoverde á Vich el 27 de Abril, en ocasión en que los franceses habían podido reunir fuerzas bastantes para cercar el castillo de Figueras. Aproximóse el 3 de Mayo á esta ciudad y cuando estaba á punto de poder introducir el refuerzo en el castillo pidieron capitulación los franceses, engañosamente, con mengua é irrisión de las leyes de la guerra. Suspendido, pues, el ataque por los nuestros pudieron ellos agolpar gente contra el punto débil de los españoles y así se perdieron 1.100 hombres entre muertos, heridos y prisioneros, sufriendo 700 bajas por su parte los franceses. Consiguióse hacer entrar 1.500 soldados en el castillo, pero de todas maneras, el ardid de guerra, si tal fué, de que se valieron los franceses, impidió dar feliz cima á la empresa y puso de relieve con la mala fe de los bonapartistas la poca experiencia de Campoverde.

Colocado Suchet en la alternativa de marchar en socorro de Mac-Donald para recobrar el castillo ó de seguir adelante en la empresa de sitiar á Tarragona, decidióse por lo último. Ordenó acordonar, pues, el castillo, y ocupóse febrilmente el futuro mariscal en el negocio que de tiempo atrás le preocupaba.

Dejó, en su vista, guarnecido Aragón en los puntos estratégicos, aseguró sus comunicaciones con Francia por el Pirineo, puso á Zaragoza y Calatayud en estado de defensa, cuidó de tener sujeta Tortosa, precavióse de cualquiera tentativa del intrépido Mina, haciendo vigilar los confines de Navarra por cuatro batallones y 700 húsares á las órdenes de Klopicki, y una vez hubo cubierto Aragón de puestos fortificados y bien custodiados y asegurado sus espaldas del lado de Lérida, avanzó hacia Tarragona al frente de 20.000 hombres, almacenando en Reus provisiones de boca y guerra en abundancia.

Era aquel día en que principió el cerco de Tarragona el 2 de Mayo de 1811.



CAPÍTULO II

Tarragona

I

Por el rápido relato que en el anterior capítulo dejamos hecho de la historia de la guerra en el Principado de Cataluña se comprenderá hasta qué punto había llegado la exaltación de los ánimos por una y otra parte. El francés era en verdad dueño de todas las plazas fuertes, excepto del castillo de Figueras y de Tarragona, y bloqueaba el uno á la vez que sitiaba á la otra, pero eso en nada lograba disminuir el entusiasmo ni la bravura de los catalanes, resueltos á perecer en la demanda antes que dejar de hacer guerra á muerte al invasor.

Quedaba viva en Cataluña la memoria de los agravios recibidos del francés. Su falsía é ingratitud en las alteraciones del tiempo del Conde-Duque y la ferocidad con que se había portado en la guerra de sucesión. La aversión á todo lo francés era general, se había mamado con la leche de la madre y seguía perpetuándose en las tradiciones de familia.

Por lo demás, le importaba mucho al enemigo apoderarse de la antigua capital romana, base entonces de las operaciones de toda Cataluña y plaza marítima, difícil por lo tanto de ser bloqueada sencillamente.

Formaba en aquella época Tarragona un paralelógramo bastante regular; asentada en lo alto de una colina, bésala el mar por levante y mediodía y riega su parte occidental el río Francolí, al cual se baja por un suave declive que forma contraste con lo escarpado de la costa. Rodeábala una muralla singular: *ciclópea* en su basamento, romana en algunas partes é ibérica en otras, hasta cerca del parapeto, y moderna en su parte superior, habiendo varios lienzos en que subsisten aún almenas árabes. Destruidas estas murallas por el lado de levante en tiempo de la guerra de sucesión, fueron reemplazadas mediante un ancho terraplén, guarnecido con cuatro baluartes llamados respectivamente de E., á O., de Cervantes, Jesús, San Juan y San Pablo. Entre este terraplén y el mar había un arrabal, que creciendo con los años forma hoy la parte baja ó *puerto* de la ciudad, y al objeto de resguardarlo construyóse otra línea de fortificaciones que empezando en el baluarte de San Pablo, al extremo oeste de la muralla del Este, terminaba en el fuerte de Francolí, junto á la desembocadura del río, constituyendo así una larga prolongación de la muralla del Norte, que era doble con una falsa braga. Cubrían también esta nueva línea varios baluartes, dos lunetas, una batería y dos cortaduras. En lo interior de este segundo recinto construyóse un fuerte llamado Real, cuadrado y abaluartado en situación á propósito para dominar la campiña y el mar.

Al norte de la ciudad levántanse varias colinas, áridas y peñascosas, coronadas entonces de fuertes y reductos; la más cercana estaba defendida por el fuerte del Olivo y las dos más á levante por los reductos del Lorito y de los Ermitaños, nombre de las respectivas lomas.

De estas obras la más importante era el fuerte del Olivo, á 400 toesas de la ciudad, construido en forma

de hornabeque irregular con fosos únicamente por el frente y camino cubierto, aunque no acabado; dentro y en lo más elevado había un reducto con un caballero y dos rastrillos del lado de la gola, siendo más de contar para su defensa con la protección de los fuegos de la plaza y la aspereza del terreno que con la solidez de la fortificación.

II.

Al presentarse Suchet el día 2 de Mayo, distaba mucho la plaza de contar con el número de defensores que era necesario. En efecto, para ser regularmente defendida necesitaba Tarragona 14.000 hombres y sólo tenía al principiar el sitio 6.000 escasos. Contaba la ciudad unos 11.000 habitantes, formándose al punto con todos los hombres útiles dos batallones con dos compañías de artillería, componiendo un total de 1.200 milicianos.

Era gobernador de la plaza D. Juan Caro, señalado por la victoria alcanzada en Villafranca del Panadés.

III.

La ciudad de Tarragona no había olvidado lo que debía á su gloriosa historia. Había sido siempre su lema la fidelidad y todos sus habitantes decidieron ser fieles y leales hasta la muerte al trono y á la patria.

Si escasa en vecindario, era en cambio la capital verdadero dechado de noble alteza de miras; formaba el núcleo de sus habitantes una clase media de austeras costumbres, estando compuesta la clase popular de honrados agricultores y marinos. La aristocracia era numerosa y con muchos *peros*. Nunca había abdicado Tarragona su pasada preponderancia y seguía conservando á lo menos una exquisita cultura en las costumbres y laudable gravedad en todos sus actos. Si no había seguido á otras poblaciones en la corriente del progreso material, mostrábase celosa guardadora de la antigua dignidad y pureza en los procedimientos y del tradicional carácter de sus restauradores, enérgico, desinteresado y tenaz. Era un pueblo poco aficionado á las ventajas materiales, poco amigo también de novedades, español antes que provincial, notable por la calidad de sus habitantes y la unión entre todos ellos. No preponderaba, como ha querido decirse, el elemento religioso, sino el elemento político. Los más patriotas eran los más considerados.

Sus murallas, cuya fundación desafía la sagacidad de cuantos arqueólogos quieran estudiarlas, recordaban á los hijos de Tarragona los cien sitios que habían sufrido en todas épocas. Tarragona, la ciudad prehistórica, la capital reedificada por Escipión, la corte romana, la metrópoli goda, la fortaleza árabe, combatida por las tribus troglodíticas, defendida por los aborígenes, asaltada por las hordas de francos y visigodos y por los ejércitos de Muza; la que estuvo al lado del príncipe de Viana y se mostró en todo tiempo partidaria de la justicia y enemiga de Francia, no podía menos de dar la más sublime prueba de su patriotismo y se aprestó á la lucha, pensando en Numancia y en Zaragoza, queriendo no ser menos que Sagunto y que Gerona.

Nadie faltó, del más alto al más bajo. Todos se mostraron unidos y resueltos, poniéndose entonces de manifiesto el heroísmo que se conservaba en los pechos de los descendientes de Roberto Aguiló y los que le acompañaron en la Reconquista.

Desde el comienzo de la guerra estaba convertida la ciudad en capital del Principado y en base de operaciones. Cuantos se albergaban en ella sentíanse poseídos de igual ansia y animados por idéntico deseo. Militares y paisanos, togados y plebeyos, sólo abrigaban un pensamiento único. Recibíanse allí noticias de toda España, siendo puerto de mar constantemente visitado por los barcos de guerra de España é Inglaterra, y así se supieron con dolor los sucesivos desastres experimentados en el Principado. Caidas Gerona, Lérida, Tortosa, Cardona, quedaban tan sólo Tarragona y Montserrat como puntos fuertes para resistir al invasor. Cada vez, empero, que se recibía la noticia de que se había perdido una plaza, aumentaban los bríos de los tarraconenses para conservar aquélla. El francés miraba con rencoroso encono tan porfiada resistencia y estaba resuelto á aterrar á la ciudad si llegaba á caer en sus garras.

IV.

Mac-Donald y Suchet habían apelado á mil estratagemas para apoderarse de la ciudad; habían prodigado el oro y las promesas en busca de traidores que les abrieran las puertas de la plaza, pero los

traidores se habían estremecido al considerar el tremendo fin que les cabría en caso de malograrse su intento ó de ser descubierta su infamia, y no se habían atrevido á nada. Aun estaba reciente la memoria de los alborotos contra Vives y la ejecución de la imagen del conde de Alacha; parecía que el muerto Reding hubiese dejado en la ciudad su espíritu indómito y batallador, abrasado en el más ardiente patriotismo. Reding, en efecto, que había sido el ídolo de la ciudad, en vida, había dejado con su muerte el ejemplo que debían seguir todos los leales. Nada importaba la epidemia, ni la escasez de fuerzas, ni la falta de buenos generales. La ciudad resistiría en cumplimiento de lo que exigían sus tradiciones y su españolismo, resueltos todos sus defensores á perecer en la demanda antes que abrir las puertas á Suchet.

El día 3 de Mayo el ejército francés se encontraba al otro lado del río, formando una dilatada línea. Desde las murallas veíanse relucir los cañones y brillar las bayonetas, semejantes á campos de aceradas espigas. Eran 20.000 hombres con numerosa caballería, extendida en larguísima hilera.

Tristeza causaba ver convertida en marcial campamento la bellísima huerta en que estaba acampado el ejército enemigo. Aquel jardín de verdura y aquellas hermosas arboledas veíanse devastadas por el invasor, poseido de un afán de destrucción y estrago digno de hordas bárbaras.

Estaba ya concluida la muralla desde el baluarte de San Pablo hasta el fuerte de Francolí, junto á la orilla del mar y ladero á la desembocadura del río. Las obras habíanse llevado á cabo con sin igual presteza y por todas las troneras asomaban sus bocas formidables cañones.

Soldados y milicianos sentíanse impacientes por romper el fuego, pero no pensaba todavía Suchet en disparar contra la plaza, sino en apoderarse antes de los fuertes que coronaban los cerros del Norte y de Levante.

Son por aquella parte los alrededores tan pintorescos como melancólicos. Están las lomas cubiertas por romeros, tomillares y palmitos, que crecen en los intersticios de las rocas de que están formadas dichas eminencias. Desnudas de árboles y verduras, surcadas por pedregosos barrancos y torrenteras, áridas, enhiestas y peñascosas, parecen aquellas moles restos de monstruosos esqueletos petrificados. Desde sus alturas divísase el azul Mediterráneo y las encantadoras playas comprendidas entre los numerosos cabos y puntas en que está recortada la costa, desde Salou á Tamarit, forman graciosas ensenadas.

Asentada en lo más elevado de un cerro, domina la ciudad vastísimo panorama. A sus piés extiéndese en todos sentidos el mar inmenso, á poniente el río y la feraz campiña llamada el *Campo*, ceñida por la elevada cordillera de Prades, de la que se destacan la enorme Mola, casi inaccesible, el Grau de la Teixeta y el Coll de Balaguer, junto al mar. Por el oriente sigue la vista la carretera de Barcelona, que va ondulando contigua á la costa, hasta detenerse en la punta de la Mora, y por el norte limitan el paisaje los cerros coronados de fuertes de que antes hemos hablado Compréndese, por lo tanto, que debe divisarse la ciudad desde lejanas distancias, dominando, como domina, tal extensión de tierra y mar, y así es, en efecto, percibiéndose sus torres y murallas de muchas leguas á la redonda y apareciendo como digna cabeza y centro del fértil campo de su nombre. Contemplada desde el río, vénse sólo sus murallas, pero desde el mar aparece en anfiteatro, tan bello como majestuoso.

V.

Tan extensa línea de murallas, además de los fuertes exteriores, no contaba con suficiente número de defensores, pero nada bastó á hacer decaer la confianza en el triunfo, creyéndose que no dejarían de llegar auxilios teniendo libre el mar.

Estaban prestando el servicio de guarnición los suizos de Wimpfen, los regimientos de Almansa, Ultonia, Almería é Iberia, y algunos batallones de granaderos provinciales y artilleros, compartiendo con ellos las fatigas la milicia ciudadana.

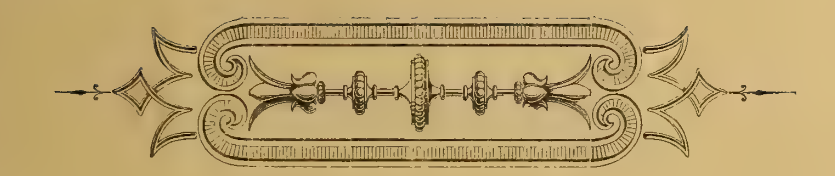
Don Juan Caro no era hombre que inspirase muchas simpatías, pero teníalas en cambio en alto grado el gobernador del fuerte del Olivo, don José María Gámez, y no menos el comandante don Tadeo Aldea, pundonoroso militar probado en los sitios de Gerona y uno de los más resueltos defensores del castillo.

En ellos confiaban todos, bien ciertos de que sabrían cumplir con su deber y de que no les moverían bastardas ambiciones.

Porque á la verdad, se murmuraba bastante acerca de piques y rencillas que ocurrían á cada instante entre los jefes de la plaza y el pueblo no comprendía cómo estando el enemigo al frente no cesaba toda ojeriza para no pensar más que en defender la patria.

Así estaba la plaza al moverse el general Suchet el día 3 de Mayo.

Ya veremos en el transcurso de esta obra como no tuvo remedio el mal que deploramos; como no tuvieron fin las disputas y desavenencias; como se esterilizaron los esfuerzos del paisanaje ante las incesantes malquerencias de que daban muestra unos jefes respecto á otros. Cambios importunos, murmuraciones mutuas y displicencia tanto en los que mandaban como en los que obedecían fueron grave obstáculo á que las cosas marcharan como debían. No cabe negar á nadie gran valor personal, abnegación y espíritu patriótico, ¿pero de qué servía todo si no existía la armonía necesaria entre las autoridades? Sea como fuere, esto no fué obstáculo á que la defensa fuese heroica; lo que allí se hizo fué digno del pasado de aquella hermosa capital y á lo menos si la suerte no coronó los esfuerzos de los defensores, no les faltó gloria ni renombre.



CAPÍTULO III

Duos y tercetos

I

Suponemos que el lector no habrá echado en olvido á la rubia duquesa de Orgiva y á Antonio Albenza, refugiados en Tarragona desde fines del año 8 con ocasión de huir de la persecución, así de los franceses como de Floridablanca.

Admirable les había parecido aquel retiro, sin ocurrírseles ni por un momento la idea de abandonarlo. Antonio, íntimo amigo de Reding, se había encontrado con él en la batalla de Pont de Goy, llegando á ser en breve uno de los más queridos jefes de la milicia de Tarragona.

Leonor, que no había querido llevar por mucho tiempo el luto de la viudez, otorgó su blanca mano al pintor poco después de haberse establecido en la ciudad, aunque cuidando de ocultar su noble alcurnia; así es que la mayoría de las gentes conocíanles en un principio por el *pintor* y la *pintora*, si bien ante la esplendidez que en todo revelaba el feliz matrimonio, les cambiaron al poco tiempo dicho nombre por el de *los condes*, ¡y áun quedaban cortos!

¡Dichosa existencia la de aquellos dos seres, enteramente entregados el uno al otro! Antonio había cumplido siempre como bueno, sacrificando mil veces su vida, pero cada vez que volvía de una expedición le juraba á Leonor que aquella vez era la última que se exponía. La duquesa quedaba consolada y no tardaba en sentirse orgullosa al ver que ya Reding, ya el general O'Donnell, ora el Congreso, ora el Ayuntamiento, se apresuraban á atestiguarle su alto aprecio llenándole de cruces y distinciones.

Al llegar la época del sitio, Antonio y la duquesa se sintieron arrastrados por el torbellino de la general exaltación que reinaba en la ciudad. Había sonado la hora de prueba, el instante solemne, el trance supremo de morir ó vencer.

Puede decirse que los dos esposos se habían naturalizado como hijos de la sitiada ciudad. No había devota más asidua de la catedral que la duquesa; no había tampoco mayor admirador de los paisajes de Tarragona que Antonio. Anticipándose á nuestros contemporáneos, había pintado cien *marinas*, tomadas de las playas del *Milagro*, la *Arrabasada*, la *Sabinosa* y *torre de la Mora;* había dibujado la *torre de los Escipiones*, el *puente del Diablo* y el *Lorito*, como los dibujan hoy nuestros artistas; había examinado con ardiente curiosidad los *muros ciclópeos*, subido infinidad de veces al torreón de Carlos V, asomádose á las almenas de la torre del Arzobispo y bajado en varias ocasiones al *pozo* labrado en peña viva que se encuentra en la plaza hoy llamada de la Fuente, pozo que mide 47 metros de profundidad, dividido en once pisos.

Gustábale discurrir con los sabios eclesiásticos y frailes, numerosos entonces, y visitaba con frecuencia á los mercenarios, descalzos, capuchinos y agustinos que moraban en la ciudad, encontrando en ellos grandes cualidades y sublimes sentimientos que le hacían considerar las órdenes monásticas bajo diferente aspecto del que había hasta entonces tomado por general y verdadero.

Era Antonio popular y querido, tanto por su entero carácter como por las pruebas de patriotismo que sin cesar y voluntariamente prodigaba, y era no menos ensalzada la duquesa, caritativa y franca como bella y distinguida. El pueblo reconoce siempre al que merece su favor, y por eso, á la par que bendecía á la duquesa, tenía depositada toda su confianza en su marido.

Al formarse las compañías de artillería y los batallones de milicianos, Antonio Albenza fué nombrado capitán de una de las primeras.

No tardó en distinguirse aquella fuerza por la marcialidad y disciplina de los individuos que la componían y Albenza pudo vanagloriarse de tener á sus órdenes un cuerpo verdaderamente escogido. Sus artilleros se ejercitaban diariamente en el tiro al blanco y no tardaron en adquirir magnífica puntería, que había de dar más de un disgusto al francés.

Toda la compañía estaba uniformada, usando un vistoso traje parecido al de la artillería de la guardia real: morrión con penacho, chaqueta, pantalón y polainas.

El coronel de artillería D. Cayetano Saqueti, había felicitado repetidas veces al bravo capitán, manifestándole que su gente era para dar envidia á los artilleros del ejército.

—Guarde V. para más tarde esos cumplidos,—le respondía Albenza.—Eso se verá cuando llegue la ocasión de obrar.

Y había seguido desde entonces mejorando en cuanto podía la organización de la fuerza que tenía á su mando.

II.

Leonor y Antonio esquivaban siempre toda conversación acerca de Rosario.

La desesperación del hermano había sido infinita; su corazón había recibido una herida profundísima, imposible de cicatrizarse jamás. Todo se lo hubiera perdonado Antonio á Rosario menos aquello. Considerábala mil veces más culpable todavía de lo que era en realidad, y si alguna vez había Leonor querido interceder por la condesa, Antonio le había suplicado cesase en ocuparse más del asunto. Cuantas cartas había recibido Albenza de su hermana las había devuelto sin abrirlas. Su pasión más viva, después del amor de su esposa, era la de vengarse de la afrenta arrojada sobre su nombre, y esperaba con ansia ocasión de llevar á cabo el tremendo castigo que proyectaba. Dos años y medio habían transcurrido desde la fuga de Rosario y ni un solo día había dejado Antonio de pensar en la afrancesada, *caragirada*, como decía el enérgico lenguaje de la tierra.

Consolábale, empero, de la amargura que le causaba el proceder de Rosario, el noble patriotismo de Leonor. Esta sí que era una verdadera española, incapaz de abandonar por nada ni por nadie la santa causa de la nación. Leonor era, en efecto, la providencia de los heridos, el consuelo de los enfermos, el amparo de las viudas y huérfanos. Aquella gran señora, aquella dama de tan admirable hermosura, estaba de continuo en los hospitales, en las viviendas de los pobres, semejante á una nueva Santa Isabel de Murillo. Cuando aparecía en la calle todos la saludaban, todos la aclamaban y bendecían, grandes y pequeños.

Desde que habían empezado las desgracias en Cataluña, cayendo, por culpa de sus miserables gobernadores Lérida y Tortosa, la duquesa se había vestido de luto, sintiéndose herida en lo más vivo de su alma. Desde entonces no se la había vuelto á ver risueña y placentera, sino preocupada y pensativa, dejando escapar á cada momento frases de odio inextinguible contra el francés. La duquesa aborrecía las traiciones y estaba segura de que la traición había sido la causa de perderse aquellos pedazos de tierra española, sin honor ni resistencia.

III.

Reuníanse en aquel tiempo en casa de un boticario de la plaza del Oli varios personajes de la localidad: un médico, notable por su elevadísima estatura; un propietario, conocido entre mil por su vozarrón y gárrula facundia y un abogado más celebrado por sus triquiñuelas que por su civismo. Los tres eran hombres tenidos por altamente juiciosos, sesudos, importantes, autorizados y graves.

Poco antes del anochecer del día 3 de Mayo estaban reunidos dichos ilustres varones en la trastienda, junto con otros no menos insignes personajes, á saber, un procurador, un comerciante de vinos, un capitán retirado y un hacendado del Priorato.

Habíase dado comienzo á la tertulia rezando el

santísimo rosario ante una vieja estampa del glorioso mártir San Magín, y se acordó por unanimidad suspender la partida de *mediator* que se jugaba de luengos años en aquel augusto recinto de la ciencia, afanosos todos por departir acerca de lo que estaba ocurriendo.

Tomó, pues, la palabra, el insigne propietario y anticuario D. Pedro Sabidor, y con aquella elocuencia que le caracterizaba, soltó el siguiente discurso:

—Señores, va á empezar para esta ciudad, en donde radican nuestros más sagrados intereses, nuestras más preciadas propiedades, una nueva era; sí, era de perjuicios, de contrariedades y de molestias sin número. Ved, sino, á la otra parte del río, allí donde se crían aquellas hermosas lechugas y donde ostentan sus frutos los más suculentos melocotoneros, ved extendido el ejército del señor general Suchet, fuerza respetable, fuerza...

Oyéronse algunas toses que obligaron al orador á retener la vivacidad de sus expresiones.

—He dicho fuerza respetable, señores, en atención á lo numerosa que es, suplicando á Vdes., de paso, que no vuelvan á toser mientras yo esté hablando. Decía, pues, que tenemos ya enfrente á las tropas del señor general Suchet, persona á quien he conocido en mis viajes por Rusia, Austria, Prusia, Países-Bajos, Inglaterra, Nápoles y Andorra. Sí; el señor general Suchet, jefe de estado mayor de Massena en el memorable sitio de Génova, es una excelente persona.

Renováronse las toses.

—He dicho, señores, excelente persona, porque me consta que es un excelente padre de familia. Pues bien, señores; yo no dudo que si se acercase al señor general una comisión de personas pudientes como nosotros, graves y entendidos, quizás daría las oportunas órdenes para que fuesen respetados aquellos productivos huertos, porque no hay que olvidar, señores, que nada es tan conveniente á un país, como la prosperidad de la agricultura. Sí, la agricultura...

—Aquí no se trata de agricultura, sino de bombas y metralla,—exclamó impetuosamente el capitán retirado, que era algo sordo, pero que había comprendido perfectamente que don Pedro estaba hablando, como siempre, de la agricultura.

—Señores,—repuso el preopinante,—no me opongo á que hablemos de bombas y de cañonazos; á eso voy, precisamente, á eso voy; imaginemos por un momento que una bomba cae sobre el tejado de nuestras casas, derriba la chimenea, rompe los vidrios en mil pedazos, tal vez echa abajo una puerta, un tabique, un balcón. ¡Qué susto, señores! ¡Qué terribles desperfectos! ¡Qué desmérito para la finca! Vamos, pues, á inquirir, á buscar, á escogitar un medio para evitar esto, para que nuestras casas, nuestras propiedades, nuestro moviliario, nuestros ajuares no sufran las calamitosas consecuencias de un sitio, porque yo, señores, me aparto en este punto de Lucano cuando dice: *Causa victrix placuit Diis, sed victa Catonis.* Yo, señores, preferiría una honrosa transacción, que espero no nos había de negar el señor general Suchet, mayormente si la comisión que se nombrase para ir á conferenciar con él, estuviese compuesta, como antes he dicho, de personas respetables, de arraigo, formales y sesudas...

—¡Tratar con el francés!—exclamó el procurador. —Antes ahorcarme, antes degollarme, antes arrojarme desde lo alto de la *Copona*.

—Es V. muy imaginativo, señor Rosiñol,—exclamó don Pedro,—y extraño que un hombre como usted, propietario, padre de familia y con tan buenas relaciones entre las personas pudientes, se exprese de esta manera.

—Aun me he expresado menos claramente de lo que hubiera debido,—replicó el procurador.—Si un hijo mío se hubiera permitido hablar como ha hablado V., ya le hubiera yo á estas horas arrojado de mi casa y echado de la ciudad.

—Cuidado como habla V., señor Rosiñol, pues cualquiera creería que mis palabras no son propias de un buen ciudadano, siendo así que pago más que ninguno de los que estamos aquí.

—Pague V. cuanto quiera, pero hablar de transacciones con los bandidos de ahí fuera es cosa que no puedo aguantar. Hable V. de otra cosa si quiere.

En esto, tomó la palabra el médico alto, y con voz campanuda dijo:

—Señores, los que como yo, los que como un doctor como yo, miran las cuestiones desde un punto de vista filosófico, inspirados en las sublimes máximas de Bossuet, Malebranche, Fenelón y el padre Astete, comprenden más que los ignorantes lo que hay que hacer en semejantes casos. Yo, señores, desearía extenderme mucho tiempo en el dilucidamiento de las ideas filosófico-médico-sociales que me sugie-

re el caso que nos ocurre, pero en vista de que mis ocupaciones no me permiten alargarme en las consideraciones reflexivas que dejo apuntadas, me limitaré á encerrar la cuestión en este dilema, pues hay que convenir, señores, en que la doctrina peripatética, perfeccionada luégo por el Angel de las Escuelas, el sublime Tomás de Aquino, es la primera de las doctrinas, es la doctrina fundamental, la doctrina incontrovertible y sana. Así, pues, siento, establezco y planteo el dilema siguiente: O servimos para algo ó no servimos. Yo, señores, no soy cirujano, sino médico y comadrón; por consiguiente, creo que no serviría para nada en donde ha de haber más heridos que parturientas; además, estoy muy ocupado, y las ocupaciones de un sabio, de un hombre de valer, de un doctor como yo, son ocupaciones sacratísimas. Por lo tanto, he decidido embarcarme mañana para Palma de Mallorca.

—Para eso no necesitaba V. hablar tanto, don Damián,—exclamó el procurador.—Por lo demás, tanto usted como los que piensan como V., harán bien en largarse en seguida, ya que aquí no han de hacer más que estorbar.

—¡Estorbar!—exclamó rojo de ira don Damián.—¡Decirme eso, un procurador, á mí, que estoy tan ocupado, que he escrito un tratado sobre los lobanillos de las fosas nasales, un compendio de terapeutica y unos apuntes acerca de los aforismos de Hipócrates, con aplicación al arte de dar la teta á los parvulillos! ¡Decirme que estorbo, cuando si yo quisiera tendría al momento el cargo de gran comadrón de la reina de Etruria y sería médico del convento de trinitarios, que no saben dónde ponerme al oirme citar á Sydenham, Galeno, Anaxágoras, Plutarco, Horacio, San Basilio y San Ambrosio! ¡Oh, ignorante! ¿Pero, V. sabe lo qué es una idea? ¿Pero, V. sabe lo qué es un juicio, un raciocinio, un epiquerema? ¡Oh, señores! ¡Y cuántos disparates hace cometer la falta de lógica, la carencia de erudición, la negación de lo que Aristóteles llama *el intelecto!* Quédense ustedes con Dios, que no es para hombres de mi mérito y valer, rozarme con gentecillas sin autoridad ni instrucción...

—¡Fuera de ahí!—repuso el procurador con la autoridad que le daba el ser cuñado de la boticaria.—¡Largo en seguida, don Perantón, y no pare V. hasta el moro, que con esos zancajos que Dios le ha dado puede V. ponerse allí en menos que canta un gallo!

El doctorazo salió bufando, derribando al salir el mostrador, que se vino al suelo con espantable estruendo de redomas y cacharros rotos en mil pedazos.

—¡Ha sido V. muy duro con el doctor Pinares, señor Rosiñol!—exclamó don Pedro.

—Pues todo lo que le he dicho á él, se lo repetiré á V., si piensa hacer como su amigo.

—¡Calma, calma, señores!—continuó diciendo don Pedro.—No exageremos, sigamos los dichos de Horacio: *Est modus in rebus... Festinare lente...* Yo, señores, deploro amargamente lo que está ocurriendo, pero no tendré más remedio que imitar el prudente proceder de don Damián...

—Pues váyase V. en seguida, y que tenga V. la del humo.

—Suplico á V. no me interrumpa, señor Rosiñol. Yo me iré á Mallorca, es cierto, pero allí estará sólo mi cabeza, mi corazón estará aquí. Sí, allá, la cabeza, aquí el corazón, y si acaso, por lo mucho que durase el sitio, tuviese que acabar mis días en la ciudad de Palma, podrá decirse de mí lo que dice el poeta: *Et dulce moriens reminiscitur Argos.*

—Sí, hombre, sí, y si no vuelve V., ya nos veremos en el valle de Josafat,—contestó Rosiñol.

—Indudablemente allí estaremos todos, señores. ¡Oh día terrible! *Dies ira, dies illa...*

—¡Usted es quien me da á mí la ira; fuera de aquí, también!—repuso encolerizado el capitán retirado, que á las pocas palabras se ponía hecho un tigre.

—¿Y V., don Justiniano, se va también á Mallorca?—exclamó Rosiñol dirigiéndose el abogado.

—¿Yo? ¡Oh! Soy yo muy tuno, como saben todos ustedes, señores, para incurrir en el desagrado popular. No, yo no me moveré de aquí. ¡Qué tontuna! Yo me reservo para cuando llegue el caso de desplegar habilidad, astucia, maña. ¡Poquito avisado soy yo para que nadie me perjudique en nada! La cuestión, señores, consiste en saber nadar entre dos aguas; cuando uno tiene qué perder, hay que mirarse mucho en lo que hace. Astucia, astucia, hé ahí lo que más interesa en estos momentos.

—Vamos, ya veo que de V. no hemos de esperar nada de provecho,—replicó el procurador.—¡Siempre queriendo ser habilidoso! Pero crea V. que ahora de poco han de servir sus habilidades, y que el sitio no se arregla con componendas, sino á tiros.

—Ya sé, pero yo soy, ante todo, hombre de pluma.

de bufete. Tengo á mi cuidado cuantiosos depósitos y no me pertenezco, señores, pues no soy yo solo quien se perjudicaría si una bala me rompiese un brazo ó una pierna, serían mis clientes, mis amigos...

—Bien está. Ya sabemos dónde ir á buscar un fiel de fechos cuando llegue el caso,—dijo el propietario del Priorato.

—Por lo demás, me retiro de esta grata y patriótica reunión, señores, porque me parece que están cayendo algunas gotas. Lluévame Mayo y lluévate todo el año...

—Sí, hombre, sí, retírese V., porque sería verdaderamente lamentable que fuese V. á pillar un constipado. Sobre todo, ¡cómo quedarían sus clientes si se pusiese enfermo! ¡Cúidese V., cuídese V., don Justiniano, y si acaso oyese V. mañana cañonazos y descargas, llévese V. un poco de agua de melisa y algún espíritu anti-espasmódico!—exclamó con chunga el procurador.

Don Justianino hizo como que no oía, tomó un polvo y desapareció.

—¡Vayan con Dios!—repuso el capitán,—pero á fe mía que me alegraría que se los tragase el mar á todos! En cuanto á ese abogado de las trampas hay que vigilarle, porque le considero capaz de todo.

Los dignos tertulianos, desembarazados de aquella villana trinidad, pasaron el resto de la noche trazando todo género de planes de defensa que hubieran dado envidia á un general de ingenieros.

IV.

Como si hubieran obedecido á una consigna, encontráronse la noche siguiente, en la calle de Granada, los dos valerosos personajes próximos á salir para Mallorca.

—¡Don Pedro!

—¡Don Damián!

—¿Adónde va V. á estas horas, tan tarde?

—¿Pues dónde quiere V. que vaya? A despedirme de la señora doña Leonor.

—Igual camino llevaba yo.

—Iremos, pues, los dos juntos.

—Con mucho gusto.

Habitaban los jóvenes esposos una magnífica casa de aquella calle, con preciosas vistas al mar, que está de allí muy cerca y se dilata anchurosamente.

Eran las nueve de la noche. Antonio se encontraba fuera, ocupado en ejercicios, y la duquesa estaba haciendo gruesos paquetes de hilas. Junto á una larga mesa, cargada de vendajes, había un gran rimero de sacos con letreros que decían: *Pólvora,* estando el resto de la casa ocupado por pertrechos militares de todas clases.

Así que llegaron al recibidor sintieron nuestros héroes un ligero estremecimiento: arrimados á la pared y amontonados en el suelo había infinidad de trabucos, pistolas, fusiles, retacos y carabinas.

—¿Estarán cargados?—murmuró débilmente don Damián al oido de Sabidor.

—Me temo que sí,—contestó éste.—¡Qué imprudentes hemos sido en venir!

Atravesaron luégo varias salas atestadas de cartucheras, cananas, parihuelas, mochilas y correajes, y por fin, llegaron á donde estaba Leonor.

La duquesa les recibió como sorprendida.

—Señora,—exclamó don Pedro,—no extrañará usted que antes de entregarnos á los peligrosos azares de una navegación larga y difícil vengamos á ponernos humildemente á las plantas de V. S., manifestándole cuánta es nuestra gratitud por la gallarda longanimidad con que siempre nos ha acogido usía en su casa.

—¿Qué dicen ustedes?—contestó algo secamente la duquesa.—¿Que se marchan?

—Ya vé V. S., somos padres de familia, estamos poco habituados al ruido de las armas y á las mil incomodidades de un sitio, y, francamente, deseosos de evitarnos el lastimoso espectáculo que amenaza presentar Tarragona si el señor general Suchet no desiste de su empresa, hemos decidido trasladarnos á Mallorca...

—¿Y para eso han venido Vdes. aquí?—repuso Leonor.—¿Para participarme que les dan miedo los franceses? Les confieso que me sorprende que hayan Vdes. osado á tanto.

—Señora,—exclamó el iracundo doctor,—la sabiduría...

—Sí, ya sé que V. es muy sabio,—le interrumpió diciendo Leonor,—y por lo mismo, yo, que soy una ignorante, no le entendería á V., por lo cual le ruego se sirva V. retirarse en seguida de mi casa, lo mismo que ese otro señor.

Tomaron la puerta los dos amigos, pero no sin que enterado el mayordomo de la mala pasada de aquellos dos pozos de ciencia les echara un enorme mas-

tín, que se agarró fuertemente á las interminables piernas del aristotélico filósofo.

Los dos graves señores, olvidando su ciencia y saber precipitáronse escalera abajo, llegando á la calle en lastimoso estado perseguidos siempre por los aullidos del feroz can. El doctor pudo ponerse pronto fuera de su alcance gracias á sus espléndidas extremidades abdominales, pero don Pedro, que era más obeso, no pudo alcanzarle en su briosa correría, hasta que por fin, jadeante y lleno de dentelladas, consiguió refugiarse en la portería del convento de la Trinidad.

Ocultó á los padres como pudo el motivo de su desventura, y después de curado y cepillado, púsose otra vez en camino para su casa.

V.

Una vez en sus lares, exclamó don Pedro, enjugándose el sudor, y muy bajo, como si hablara maquinalmente:—...*Tamen, ¡heu! ferus adulteros—crines pulvere collines.*

A lo cual respondió una destemplada voz de mujer:

—¿También has ido esta noche á ver á esa castellana de Madrid? Pues si crees que me la pegas, andas muy equivocado, Pedro. Hace tiempo que te veo muy *embabiecado* con ella y te juro...

—Calla, calla, esposa, y anda á ver si ponen presto la mesa.

Al mismo tiempo que esto sucedía en el cuarto de don Pedro, llamaba á la puerta de su casa el doctor Torrellas, é ínterin venían á abrir murmuraba:

—Es la última vez que voy, pero hoy no me ha cabido duda en que ese hipopótamo de don Pedro recibió también flechazo. Afortunadamente, mi corazón está revestido con el duro peto de la filosofía escolástica y sabré olvidar esa pasión, ¡ay! que se apoderó de mis sentidos, aunque sin interesar en lo más mínimo mi intelecto.

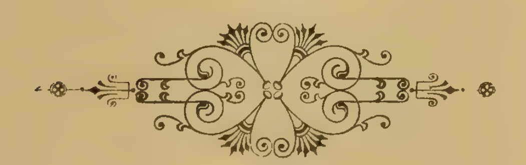
Al día siguiente salían los dos valientes en sendos jabeques con rumbo á la capital de las Baleares, con buen tiempo y viento en popa.

En cuanto al profundo abogado don Justiniano Trampis, pretextando un viaje al fuerte de la Reina, contiguo al mar, consiguió meterse en una lancha pescadora y mediante engaños y embustes se hizo trasladar á las pintorescas playas de Salou, desde cuyo punto se encaminó á Reus, acuartelamiento de Suchet y población enteramente sosegada y tranquila.

Desde el campanario de Reus vió al amanecer del 4 de Mayo cómo avanzaban las columnas francesas desde orillas del río al Olivo y se frotó las manos de gusto al considerarse sano y salvo en tanto que llegaban distintos hasta sus oidos los ecos de descargas y cañonazos y se veían coronados de humaredas los cerros cercanos á la capital.

Don Justiniano había dado ya la primera prueba de sus habilidades.

Cuando se supo en Tarragona la fuga de los tres sabios y que al propio tiempo habían salido de la ciudad con rumbo á Mallorca algunos de los más granados títulos, hubo un movimiento general de desprecio y todos los pechos leales latieron de ira é indignación. Fuera aquellos egoistas sólo quedaban los esforzados, los patriotas y los leales. Así fué de gloriosa la defensa.



CAPÍTULO IV

Jordi

I

Grande animación reinaba en el campamento francés al rayar el alba el día 4 de Mayo de 1811. Al ruido de tambores y clarines, músicas y trompetas anunciando la diana, sucedió en breve el discordante rumor de las voces de mando, galopar de caballos y ruido de batallones que iban á ponerse en marcha.

Suchet quería dejar aquel mismo día establecido el asedio de la ciudad y á este objeto mandó que la división Harispe se encaminara por la izquierda, mientras que Habert permanecía quieto en la derecha, ocupando desde el puente del Francolí á la playa, cercando por consiguiente la población por el sudoeste. La división Frère se colocó más arriba, ciñéndola por poniente. Salme se situó cerca y por detrás del Olivo, al norte, y Palombini se extendió por noroeste y levante, quedando de esta manera completo el acordonamiento, excepto por el sur, limitado por el mar.

No fué con todo tan fácil empresa como habían creido los generales franceses la de cercar la ciudad, ya que en cada puesto encontraron vigorosa resistencia, dejando por el primer día doscientos cadáveres en el campo. Sin embargo, la línea de circunvalación establecida era sólida y compacta, haciendo honor á la inteligencia de Suchet y del ingeniero Rogniat, empeñados en hacer un modelo de sitios de aquel de Tarragona.

Colocado Habert en el extremo derecho de la línea, seguían, pues, Frère y Salme, habiendo correspondido á Palombini apoderarse de las defensas levantadas en la parte de oriente.

Los fuertes de Nuestra Señora de Loreto (Lorito) y los Ermitaños no podían ofrecer seria resistencia al enemigo, siendo por lo demás su posesión de escasa utilidad. Más que fuertes, eran simples reductos improvisados, levantándose sobre las pedregosas colinas cubiertas de brezos y romerales que dominan la carretera de Barcelona; así es que los españoles resolvieron abandonarlos, por embarazosos, inutilizando antes las viejas piezas de artillería colocadas allí, más por respeto que para daño de los acometedores.

La operación se efectuó durante la noche del 3 al 4, guareciéndose las fuerzas que los presidiaban en el fuerte del Olivo, el más próximo á la plaza y más susceptible de defensa, no encontrando por consiguiente Palombini ninguna oposición al acercarse á aquellos recintos.

Nada más imponente que el vasto panorama que contemplaron los franceses al entrar en los Ermitaños y el Lorito. Todo respira soledad y tristeza desde aquellos sitios no viéndose más que el mar inmenso delante y yermos y roquerales por los lados y detrás. Sin embargo, ellos consideraron como un gran triunfo la toma de los reductos apresurándose á izar en los mismos la bandera francesa, en tanto flotaba en el Olivo el glorioso pabellón nacional.

Mucho les llamaron la atención á los franceses unas como garitas hechas con pedruscos, colocadas en hilera desde la cumbre hasta la falda de los ce-

rros; garitas de forma especial, formando una especie de torreones circulares de una poca más altura que la de un hombre. No faltó sabio oficial *du genie* que hablase ya de *dolmens* y *medirs* y de druidas y sacrificios humanos, pero, ¡oh vanagloria de la ciencia! las pretendidas construcciones célticas eran simplemente lo que llaman los tarraconenses *paranys* ó paranzas, barracas de piedra destinadas á cazar pájaros con redes, constituyendo una curiosa variedad del arte cinegético, preferentemente cultivado por aquellos naturales.

Practicado un minucioso registro de todas y cada una de las susodichas paranzas dió por resultado el hallazgo de infinidad de *telas* (redes), porrones vacíos, cestas, barras, redes, alpargatas y ropa de uso, muy usada, *ad usum* de los cazadores.

Desilusionados acerca del origen antiquísimo de aquellas fábricas, volviéronse á meter los franceses en los fuertes, contemplando las azules ondas del Mediterráneo y oliendo los aromáticos perfumes que exhalaban los romerales, tomillares, retamares y musgos que en abundancia crecen entre las peñas y en las márgenes de las torrenteras de aquellos montes, tras de lo cual y de haber echado una ojeada á los fuertes de las Horcas, plaza de armas, la Cruz, San Jorge y la Reina, edificados sobre la roca de la costa, fuéronse á descansar tranquilamente.

II.

Lleno completo por la noche en la tertulia del boticario, exceptuados naturalmente los tres atletas de quienes hemos hablado en el capítulo anterior.

—¡Don Magín!

—¡Don Fructuoso!

—¡Don Gregorio!

—¡Don Silvestre!

Advirtamos que esos señores eran respectivamente el intrépido procurador, el propietario del Priorato, el comerciante de vinos y el capitán retirado, tertulianos perpetuos de la botica.

—¡Magnífico, señores, magnífico!—exclamaba don Gregorio.—Me han dicho los mozos del almacén que han visto más de dos mil cadáveres entre la puerta del Rosario y el *Portalot*.

—Sí, es cierto, porque lo mismo me ha manifestado mosén Verderol, que ha estado contemplando la acción desde las saeteras de la torre del Arzobispo.

—Pues se han lucido por el primer día.

—La gran carnicería será cuando los migueletes les ataquen por la espalda. Entonces salimos nosotros y, claro está, no dejamos ni uno por remedio.

—¡Y cuenta que las fragatas inglesas harán también por su parte alguna de las suyas!...

—Ya hubieran debido empezar echando á pique los jabeques en que se han embarcado el señor Sabidor y don Damián.

—¿Y don Justiniano?

—¡Otro que bien baila! ¿Pues no saben Vdes. que se ha marchado á Reus?

—¡A Reus!

—Sí, pero dejarlo, porque según noticias no ha de tardar Reus en caer en poder de los nuestros. Miren ustedes sino la prisa que se da Suchet en fortificar *Floris Campis* convirtiendo en fortalezas los conventos y la iglesia. ¡Como que sabe que van á acometerle sin pérdida de tiempo los de Montblanch y todo el Campo!

—Pues, hombre, me alegraría que le pegasen cuatro tiros á don Justiniano. No me gustan á mí esos hombres tan sutiles, que se quiebran de puro habilidosos y astutos.

—Lo malo será si nos cortan el acueducto.

—Pueden cortarlo cuando gusten,—dijo en esto un nuevo personaje entrando en aquel mismo momento, hombre doctísimo, ilustradísimo, buen patricio y entusiasta defensor de las glorias de Tarragona.

—¿Está V. loco, don Bienvenido?—exclamó el comerciante de vinos.—¿Que no importa que corten el acueducto? ¿Pues qué vamos á beber?

—Sin duda creerá que la cisterna de esta botica es inagotable,—exclamó queriendo decir una gracia el propietario del Priorato, gran cristiano de zumos de la vid.

—Señores, cuando don Bienvenido dice una cosa, —repuso el procurador,—es siempre con su cuenta y razón. A ver, pues, explíquenos V., amigo Henríquez, lo que le mueve á decir que no hay cuidado aunque rompan los franceses el acueducto.

—Me explicaré, señores, sí,—dijo don Bienvenido.—No sé si sabrán Vdes. que en la plaza del Corralet existe un pozo, labrado en peña viva, nadie sabe cuándo ni por quién, ni se sabrá nunca.

—Sí, algo hemos oido de eso.

—Pues bien, esta mañana se me ha ocurrido lo que después ha empezado á susurrarse, que pudie-

sen cortarnos las aguas, y acto seguido he querido saber qué había en el fondo del pozo *ciclópeo*. A este objeto he mandado comprar muchas *canas* (1) de cuerda, fuerte y resistente; me he provisto de una linterna y me he descolgado hasta el fondo del pozo, como don Quijote en las cuevas de Montesinos, sólo que abajo no he encontrado princesas encantadas sino otra cosa mejor.

—¿Qué ha encontrado V., don Bienvenido?

—Una gran cuenca de agua, suficiente y sobrada para el consumo de la población, buena, sabrosa y fresca.

—¡Estamos salvados! ¡Oh, don Bienvenido, vamos á levantarle á V. una estatua!...

—Esperen Vdes. todavía un poquito. El agua se encuentra á doscientos treinta palmos de profundidad. Por consiguiente, no es muy fácil, que digamos subirla en galletas con una palomilla.

—¿Y V. bajó hasta el fondo?

—Y aquí traigo una botella por si quieren ustedes probarla.

Así lo hicieron todos, quedando sorprendidos de su buena calidad.

—¡Magnífica!—exclamó don Magín, siempre animoso y optimista.

—Al punto, pues, de efectuado mi descubrimiento, púseme á pensar de qué manera lograríamos elevar fácilmente el agua de la corriente subterránea. Hay, á la verdad, en el pozo, un artificio de barras de bronce, como si fuesen restos de una antigua bomba, pero es imposible aprovechar nada de aquello. Sin embargo, hay aquí quien llevará á cabo la empresa.

—¿Está V. seguro de ello, don Bienvenido?

—Me he ido á ver á Anastasio, el carpintero de la calle de la Nao, me lo he llevado á inspeccionar el pozo y á estas horas está trazado ya el montaje de un maravilloso ingenio, tan sencillo y poderoso, que bastará lo mueva un borriquito para que á cada vuelta suba un gran caudal de agua.

—Gracias, gracias, don Bienvenido, y gloria también á ese inteligente artesano que tan altas pruebas da de su talento.

—Estemos, pues, tranquilos respecto á ese punto; en cuanto á víveres, claro está que no han de faltarnos teniendo libre el mar. De esta manera, señores, es indudable que no podrá caber en modo alguno la posibilidad de rendirnos...

—¡Oh! ¡Jamás! ¡Jamás la rendición!

—Suchet no perdonará medio ni manera de lograrlo. Tiene prometido el bastón de mariscal para cuando haya entrado en Tarragona.

—¡Diablo!

—Ni más ni menos, pero creo que de aquí á que él pueda pisar el sagrado suelo de esta ciudad ya habrá llovido mucho.

—¡Claro está que sí! Pero, ¿es cierto que mañana hacen una salida nuestros milicianos?

—¡Si andan todos alborotados! Por ahí me he encontrado á *Cañón* y á *Sixus*, como dos energúmenos, pidiendo les dejasen salir esta misma noche para irles á dar un susto á los de Suchet. Nuestros labradores arden en entusiasmo y los marineros han manifestado que en manera alguna van á disparar sus fusiles sino que quieren andar con los gabachos á la *barreija*, á puñalada limpia. Acaudillados por los honrados prohombres de los gremios forman las tres más vistosas compañías del segundo batallón. Creo que van á dejar en los franceses funesto recuerdo de sus afiladas facas. ¿Y qué diremos de la brillante compañía de zapadores formada por los alumnos de náutica, al mando de su valiente maestro D. José Masanés?

—Todos harán prodigios,—repuso don Bienvenido, pero vámonos ya á casa que es hora de rezar el rosario y de meternos en camita para madrugar mañana. Viejo como soy, no he de faltar cuando salgan nuestros valientes paisanos.

III.

Al día siguiente verificóse en efecto una salida por la puerta del Rosario, tres veces repetida luégo por distintas partes causando numerosas bajas al francés. Los marineros cumplieron lo prometido arrojándose faca en mano sobre las tropas de Habert y causando á los agredidos disformes heridas, inferidas casi todas en el vientre, mortales. Al ver los franceses á aquellos marineros de ruda fisonomía no creyeron que supiesen maniobrar siquiera, pero avezados al régimen militar por haber servido todos en la armada, mostráronse más disciplinados que ninguna otra fuerza, causando en el enemigo extraordinario pavor.

Atezados y de recia complexión aumentaba la fie-

(1) Medida de dos varas.

reza de sus embestidas el áspero acento de sus voces al lanzar ciertas tremendas imprecaciones que causaban singular efecto en los franceses. Aquellos roncos gritos y horribles juramentos parecían extraños á los enemigos que todavía no habían oido el catalán pronunciado en toda su mayor dureza, cerrado y seco como el sonido de una piedra rebotando contra una roca.

Las cuatro salidas hechas por los tarraconenses habían sido para los franceses una muestra de los ánimos de los defensores, pero si indomables les habían parecido los habitantes de la ciudad, pronto habían de tropezar con la gente del campo que sin duda haría gala de ser una verdad el dicho de: *Gent del camp, gent del llamp* (gente del campo, gente del rayo).

IV.

Al regreso de la última expedición extramuros fueron acogidos los milicianos con entusiastas aclamaciones, haciéndose iluminaciones en la Rambla y la calle de la Mercería. En la plaza de San Antonio, barrio habitado casi en su generalidad por marineros, duró la zambra toda la noche, alegrando á los vecinos el estridente y animado són de un par de dulzainas y tamboriles que no se dieron punto de reposo mientras duró la gresca.

Muchos fueron los que tomaron parte en los bailes de la plazuela, pero sin duda tendría otras cosas que hacer un arrogante marinero de varonil y apuesta figura que se había distinguido en primer término en los combates trabados con los franceses á orillas del Francolí.

Dirigióse, pues, el mancebo á la desierta y entonces abandonada plaza de Palacio, y no tardó en distinguir una sombra de mujer que apresuró el paso hacia él al tiempo que el joven corría hacia la aparecida.

—¡Cándida!

—¡Jordi! ¡Oh, qué angustias he pasado! ¿Te ha sucedido nada?

—Nada, ya ves, sino quererte más que nunca.

—Es que he oido decir que te habías expuesto demasiado. No hagas eso, por Dios. ¡Ay, si te matasen!

—No me matarán, Cándida de mi alma

—¿Traes el escapulario?

—¿Cómo no traerlo si tú lo bordaste?

—¡Jordi! ¡Jordi!

—¿Qué tienes?

—Quiéreme de veras, no me engañes, porque me volvería loca si supiera que no es cierto tu cariño.

—¿Estás loca? ¿Por qué dices eso?

—Porque he de hacer una cosa de que tendría que arrepentirme por toda la vida si me abandonases después.

—¿Qué ocurre? ¿Jamás te he visto tan agitada?... ¿Qué tienes?

—Mi madre no quiere esperar y está resuelta á que entre en el convento el día de Pascua...

—¡De aquí á ocho días!

—¡Sí!

—¡Qué locura! ¡Qué horror y qué espantoso tormento! ¡Tú monja! ¡No me hables nunca de esto porque sería capaz de cometer un sacrilegio! ¡Tu madre! ¿Pero es que hay madres que no tienen entrañas?.. ¿Acaso no sería yo un buen esposo, para negarse tan obstinadamente á que nos casemos?

—Ya sabes que siempre ha tenido intención de hacerme tomar el hábito; consejos de mosén Lladós.

—Sí, consejos para apoderarse del dote de la *pubilla.*

—No digo que sea por eso, pero él siempre la ha inducido á que me encerrara en las Carmelitas.

—Aunque deba robarte y atravesar contigo las líneas francesas, no será, ni ahora, ni nunca, que te sepulten en ese siniestro calabozo. ¿Y cómo podrías tú engañar á Dios, amándome á mí? ¿Y cómo podrías jurar que renuncias al mundo si me quieres, si me amas? ¡Cándida de mi alma, no, no te verás nunca secuestrada bajo los cerrojos de un convento, porque, ¡vive Dios! que antes de que así fuese arderían la iglesia y la ciudad entera!

—Tus palabras me dan ánimo, Jordi. ¿Qué podríamos hacer?

—Si estás segura de que no ha de ser antes de Pascua, no hay que apelar al recurso que se me ocurre hasta la vigilia.

—Mosén Lladós ha dicho que no podía ser hasta el día de Pascua.

—Siendo así, prométeme que harás solamente lo que yo te diga, si es que tienes confianza en mí.

—¡Confianza en tí! ¿Quién es mi dueño? ¿De quién soy yo? ¿A quién me dí?...

—Bien está. Yo te salvaré, nos salvaremos los dos y viviremos siempre, siempre, uno al lado del otro...

¡Cándida! ¡Nada nos ha de separar! ¡Nadie te arrancará de mi corazón!

—Dime, Jordi mío, ¿me prometes no volver á salir hasta ser esposos?

—Eso es imposible. Si mandan salir al batallón, ¿cómo no he de salir yo también?

—¿Y si te matan? ¿Y si quedas herido?

—Tranquilízate, vida mía. No me ha de acertar ninguna bala. Tu escapulario me salvará de todos los peligros. Nadie muere hasta que le llega su hora, y siendo así, ¿qué más riesgos de morir hay delante del fuego que flotando en una barca sobre el mar? Pues á fe que hartos temporales he corrido y aquí me tienes resuelto á arrostrar muchísimos más.

—No sé qué tienes que siempre me dejas consolada y tranquila. Pero oigo que dan las diez y mi madre extrañará la tardanza, pues le he dicho que iba por agua á la fuente.

—Hasta mañana, pues; aquí mismo, como hoy.

—¡Cuánto tardarán en pasar las horas!

—Adiós. ¿Me quieres mucho?

—¡Con toda mi alma, con todo mi corazón!

Separáronse los dos amantes y Jorge se fué por la Bajada del Rosario, atravesó la Rambla y se dirigió al cuerpo de guardia de la puerta de San Juan, donde estaba de retén.

Desde la muralla veíanse las hogueras del campamento francés y como una masa negra se distinguía en lo alto de la colina próxima, el fuerte del Olivo. Cruzábanse los *¡alerta!* de los sitiados con los de los sitiadores, único rumor que turbaba el silencio de la noche.

Salió luégo la luna y á su pálido resplandor pudieron distinguirse las fragatas inglesas surtas en la ensenada que forma el cabo de Salou hasta la desembocadura del río. ¡Qué paisaje! ¡Cuánta poesía!

V.

Jorge pensaba en Cándida, sujeta á una madre fanática é influida por un clerizonte avaro y sórdido; desde niños habían sentido uno por otro invencible afición, trocándose en amor apasionado lo que antes fué infantil cariño. Era el marinero modelo de honradez y de valor, habiendo figurado en la desdichada expedición de Renovales al Cantábrico y siendo uno de los que lograron escapar con vida de los naufragios que distinguieron aquella descabellada empresa. Ausente durante seis años del lado de su amada, habíanse mantenido fieles y leales los dos jóvenes, siéndole negada á Jorge, á su vuelta, la mano de la niña una y repetidas veces. Desde entonces veíanse á escondidas ambos enamorados, no sin que la madre dejase de recelar siempre tales entrevistas. El temido día del noviciado iba, pues, acercándose rápidamente y Jorge estaba resuelto á romper por todo antes de dejar que se sacrificase á su adorada.

—Sí,—murmuró, mientras guarecido en la garita observaba las cercanías del baluarte;—si ella quiere, todo está conjurado. No hay más que dejarla en casa del padre Lorenzo y tenerla allí oculta hasta que yo obligue al miserable clérigo á que haga variar de pensamiento á la otra. Por lo demás, ella tiene veintitres años y es libre de casarse sin el consentimiento de su tiránica opresora.

Jorge veía á los franceses ir y venir, pasar sus rondas y patrullas y hasta divisaba cómo se dirigía un grueso trozo de enemigos camino de Reus. Al fin, empezaron á cantar los gallos y fué relevado de su puesto á las cinco de la mañana.

En el cuerpo de guardia reinaba la mayor algazara, cantándose coplas de subido color, más patrióticas que ingeniosas. Hablábase con entusiasmo de las salidas verificadas el día antes y del bizarro comportamiento de los milicianos.

—La compañía que más valor ha demostrado es sin duda la décima del 2.°,—exclamaba el físico del cuerpo.

—¡Quiere V. callar, señor Santa Coloma!—respondió el ayudante del 1.°—No dispute V. la palma á la quinta del primer batallón. Esa es la que ha introducido la dispersión en las filas francesas. Yo ví como *Chamorro* y *Chicuelo* degollaban tres franceses cada uno.

—¡Hombre!

—Sí, señor. Yo mismo lo ví.

—Crea V., pues, que no los hacía yo capaces de tales hazañas.

—Estáis disputando sin ton ni son,—replicó un tercer personaje, hombre de pocas palabras.—Quienes han sido los héroes de la jornada han sido los marinos. *Jordi* parecía un leon y cuando hemos entrado por la puerta de San Francisco ha tenido que ir á lavarse corriendo por estar lleno de sangre hasta los codos.

—Sí, es verdad; allí le dejaron una blusa para

mudarse, pues en lugar de azul era roja la que traía.

Entró en esto Jorge y se sentó en el corro formado alrededor del brasero.

—Estábamos hablando, Jordi,—siguió diciendo su panegirista,—de que ayer tarde diste tú un ejemplo que deben imitar cuantos quieran acreditarse de valerosos y dignos. Nadie hizo correr tanta sangre francesa como tú, y el comandante ha hablado ya con el general para que el gobierno te dé una recompensa.

—Yo no he hecho ni quiero nada, y os suplico no habléis más de esto,—contestó Jorge.—Vamos á lo que importa, ¿qué irán á hacer á Reus los franceses? He visto que salía una columna hacia allá.

—Sin duda los migueletes amenazarán con entrar en la villa,—respondió el ayudante.

—Pues yo sé que también se preparan los migueletes para atacar á Montblanch. El señor don Bienvenido habló con un oficial de ellos y le sugirió una idea para que pudiesen atacar con ventaja el convento de la Serra, que han convertido en fuerte.

—¡Don Bienvenido dando consejos sobre cosas de guerra! ¡Quién lo creyera!

—Sí tal, y me parece que su traza ha de producir buenos resultados. Ello es que manifestó á ese oficial de quien os hablaba, que para acercarse al fuerte se cubriesen los migueletes con unas tablas acolchadas, imitación de una antigua máquina que usaban los romanos, y que de esta manera, convertidos en una especie de tortugas, les sería fácil colocarse al pié de los muros de la Serra sin detrimento. El oficial pareció muy satisfecho con aquella idea y aseguró que así atacarían y que ya le comunicaría el resultado que diese la estratagema.

—¡Ese don Bienvenido es el hombre más sabio que se ha visto!

—Sí, más de lo que aparenta y mucho más de lo que se le concede.

De este modo siguió la conversación, hasta que llegó el día, disolviéndose entonces el retén hasta la noche y quedando sólo la guardia del baluarte.

VI.

Pasaron de esta manera los tres primeros días del sitio sin que el enemigo demostrase todavía por qué punto pensaba abrir brecha, absteniéndose por su parte los sitiados de toda nueva salida. Súpose que los migueletes habían atacado efectivamente el convento de la Virgen de la Serra, en la forma que les había aconsejado don Bienvenido, y que cuando estaban ya á punto de prender fuego al edificio llegó un grueso trozo procedente de Reus que les obligó á desistir, por aquel día, de su intento. De resultas de aquella tentativa reforzóse la guarnición de la iglesia y se hicieron considerables obras. Parece que Rogniat quedó muy sorprendido al recibir el parte en que se le daba cuenta de la original estratagema de los migueletes, cayendo en la cuenta de que se habían valido de la *testudo* romana.

—¡En este país todo nos persigue!—exclamó.—Hasta la historia de la dominación romana se convierte en daño nuestro.

El francés había cortado el acueducto, pero Anastasio tenía ya terminado su ingenio y al punto en que dejó de manar la contigua fuente de la plaza, brotó un grueso caño del fondo del pozo ciclópeo, siendo frenéticamente victoreados don Bienvenido y su hábil colaborador.

En cambio los franceses pagaron cara su barbaridad, pues sabedores los migueletes de que en la ciudad no hacía falta el agua, cortaron el acueducto más arriba de donde tenía sus reales el francés, y así no tuvo más remedio Suchet que distraer parte de sus fuerzas para vigilar el acueducto en un trecho de seis leguas, amenazado de continuo por los somatenes.

VII.

Jordi y Cándida se vieron las dos noches siguientes en el llano de Palacio. Favorecíales la oscuridad y lo solitario del lugar, altamente á propósito para citas de enamorados. Limitaban la plaza por un lado algunas humildes casas de poca elevación y por el opuesto un alto baluarte, á cuyo pié yacían ruinosas construcciones. A un extremo se levantaba la casa de Huérfanos y por el otro una esplanada árida, con algunas pobres viviendas pegadas al lienzo de la muralla.

Aquellos sitios, desiertos durante el día, parecían durante la noche la imagen de la soledad y del silencio. Todo era allí misterio y sombra, recogimiento y vaguedad. La mole imponente de la torre del Arzobispo parecía el gigantesco centinela de aquellos vastos parajes cubiertos de escombros en donde

la fantasía podía evocar á su placer todo linaje de apariciones y rumores.

La noche del 7 al 8 se vieron, como de costumbre, los dos amantes; arrimados á una de las colosales peñas de que está formado el muro ciclópeo murmuraban frases de apasionado cariño cuando creyeron distinguir entre un montón de pedruscos una siniestra figura, semejante á negro murciélago de extendidas alas.

Jorge se acercó y al ver que la sombra huía corrió tras ella, hasta que por fin cayó al suelo la fantasma al tropezar con un capitel que yacía por tierra.

—¡Aborto del infierno! ¡Bastardo seductor!—exclamó levantándose la sombra.—¡Al fin te he sorprendido! ¡Tú y esa perversa criatura vais á llevar vuestro merecido!

Jorge, primeramente asombrado, sintió agolparse á su corazón toda la sangre y subirle un vértigo á la cabeza. Pálido de coraje y sin saber lo que hacía, cogió por el cuello al que le había insultado y le arrojó violentamente al suelo.

—¡Condenado!—vociferó la sombra.—¡Me vas á asesinar como un cobarde!

—¡Vos, vos aquí, Lladós!—exclamó Jorge.—Gracias al cielo, podremos de una vez arreglar nuestras cuentas sin testigos, á solas ante Dios que nos vé....

—¿Te atreverás á profanar estos sagrados hábitos que visto, villano seductor?

—¡Vive Cristo, que no será profanarlos si los arranco de vuestra miserable persona, indigna de revestir el traje de los ministros del altar! Mejor os sentaría, ¡pardiez! la aborrecida vestidura del judío que no esas ropas; pero el tiempo urge y no debemos perderlo en estériles disputas. Aquí se ha de decidir la contienda entre vos y yo. Acabemos.

—¿Qué vais á hacer?—repuso el clerizonte, no menos azorado que colérico.

En aquel momento pareció volver en sí Cándida, que había caido de rodillas, trémula y anonadada al oir la voz del hombre negro. Púsose en pié y acudiendo á donde estaban Jorge y el cura, exclamó:

—¡Jordi! ¡Acuérdate de que tienes madre y de que yo he de ser tu esposa! ¡No te pierdas con ese hombre! ¡Ay! ¡No le mates, déjalo!...

—¡Yo matarle!—respondió el joven con desdeñoso acento.—¿Cuándo ha sido él digno de que yo quiera su vida? Miserable pulpo, yo no he de hacer más que darle con el pié; no merece que le hiera mi mano. Oye, pues, cura, vas á salir al momento de la plaza.

—¡Yo!

—No me repliques, cura. Yo te conduciré ahora mismo á la puerta del Socorro; se abrirá el portillo y te marcharás á donde mejor te cuadre.

—¿Eso harás? ¿Y crees que no tengo yo medios para confundirte y hacer que se nieguen á cumplir tus órdenes?

—No eres tú capaz de que nadie te crea más que á mí. Además, hoy están de guardia allí los zapadores, todos amigos míos, y al momento harán cuanto les diga.

—Hablaré, gritaré, ahora mismo, sí. ¡Favor! ¡Asesinos!

Jorge le tiró violentamente de un brazo y con voz colérica exclamó:

—¡Calla, bandido! ¿Quieres acaso que te haga fusilar por espía? ¿Me creías tan poco al corriente de tus cosas que no supiese todo lo que estás maquinando? Desde tu casa, cuyas ventanas dan vista al campo, se cruzan á todas horas señales con los enemigos.

—¡Mientes!—gritó desesperado Lladós.

—No digas eso, cura, que bien sabes que es toda la verdad lo que yo digo.

—Me quieres separar del lado de la madre de esa infeliz para casarte con ella y apoderarte de la dote, pero antes la matará que consentir en que sea tu esposa.

—¡Calla, miserable!—grito Jorge.—¿Qué sabes tú lo que es amar? Anda, anda, y hazte cuenta de que jamás has de volver ya á pisar el suelo de Tarragona. Sal de aquí y vete con tus amigos, infame *caragirat* y no oses resistir mis órdenes si no quieres que pase contigo lo que le pasó á la efigie del conde de Alacha.

El cura, echando espumarajos de rabia, siguió á Jorge y ambos se encaminaron á la puerta del Socorro, seguidos de Cándida.

El centinela les dió el *¡quién vive!* y al ir á contestar Jorge, echó á correr el cura gritando:

—*¡Franceses!*

El centinela disparó, convencido de que eran enemigos, con tanto más motivo al ver que Jorge corría en pos del que había primeramente huido.

Inmediatamente salió la guardia y al ver á dos hombres que corrían por la calle de Puigdenpallas



¡CONDENADO! VOCIFERÓ LA SOMBRA

en dirección á los Descalzos, destacóse un pelotón para dar la vuelta por las calles del Portal del Carro y Puig den Sitjes, consiguiendo apoderarse de los dos desconocidos junto al convento de los citados frailes.

—¡Jorge!—exclamó el comandante de la guardia. —¿Qué es eso? ¿A qué traes de este modo á mosén Lladós?

Jorge, en efecto, tenía fuertemente cogido por el cuello al indigno sacerdote, medio estrangulado.

—Iba á llevároslo para expulsarle de entre nosotros, haciéndole salir por el portillo del Socorro, cuando al dar el centinela el *¡quién vive!* ha contestado del modo que habéis oido, echando á huir, con la piadosa intención de que una descarga me dejase en el sitio. Comprenderéis fácilmente que antes de deshacer yo el engaño me importaba no dejar impune su maldad, y por eso he seguido tras del traidor, olvidándolo todo ante su infame proceder.

—Creed que es así,—repuso una voz de mujer.—Jorge dice verdad.

—¡Tú aquí, Cándida!—exclamó un miliciano, un si es no es pretendiente suyo, aunque desgraciado.

—No le digas nada á ella, Miguel,—repuso gravemente Jorge,—ni te importe nada el por qué esté aquí. Ved qué hacemos de mosén Lladós.

—¿Y qué motivos tenías tú para que se le expulsase, Jorge?—preguntó el comandante del puesto.

—No soy delator. Si lo hacía, es porque alguna causa habría para ello.

—Basta que tú me lo asegures para creerlo,—repuso el teniente Ribas;—esto no obstante, conviene dar parte á la Junta para lo que haya lugar. Tal vez la expulsión no sea lo procedente y sea preciso más rigor...

—Yo cumplía con mi deber haciendo lo que hacía, pero desde ahora dejo á otros el cuidado de averiguar si ese hombre es ó no digno de permanecer entre los leales.

—Barrunto que habrá gresca,—exclamó un sargento.—Eso de querer comprometer á un honrado miliciano gritando: *¡Franceses!* no tiene, en verdad, perdón de Dios.

—¡Vaya, pues, seguid ambos á donde está la Junta! Allí decidirán.

Eran en esto las diez de la noche y la pobre Cándida estaba aterrada, tanto por lo que ocurría como al pensar en el terrible escándalo que iba á haber en su casa, cuando volviese á ella tras de tan larga ausencia.

VIII.

No pensaba tampoco en otra cosa Jorge, y así llamando aparte á la joven, le dijo en voz baja, sólo de ella oida:

—¡Cándida de mi alma! lo que tenía que suceder más tarde, ha sucedido hoy; no es mía la culpa, sino de ese villano. A no obligarle yo á salir, hubiérase ido corriendo á enterar á tu madre de nuestras entrevistas. Ahora ya es inútil ocultar nada. No puedes exponerte á volver al lado de la que llamas madre, y áun extraño como no haya parecido ya por aquí. Obedece cuanto te diga. Vete ahora mismo á la casa de huérfanas y pide allí hospitalidad para esta noche. Sor Dolores es buena y no te negará el asilo si le dices que yo se lo suplico. Mañana por la mañana vendrá á verte el padre Lorenzo y te dirá lo que haya que hacer. Confía en mí. Carlos te acompañará, pues no me atrevo á dejarte ir á solas á estas horas y por aquellos desiertos sitios. ¡Adiós! ¡Yo te salvaré! ¡Yo te ampararé! ¡Confía en Jorge!

Y volviendo á donde estaba el pelotón, dijo á uno de los del grupo:

—Carlos, pide al comandante te deje ir por un momento á tu casa y acompaña á Cándida hasta la casa de Huérfanas. Nada digas, y que nada se trasluzca.

—¿Y si encuentro por el camino á su madre?

—La noche está oscura; toma por la Falsa braga y sal después por el Fuerte Negro.

—Tienes razón.

Al punto quedó concedido el permiso y Cándida y Carlos se pusieron en marcha.

El resto de los hombres se dirigió á la calle Mayor, donde estaba instalada la Junta. Nadie se apercibió de lo que ocurría, en razón á que todo yacía en la más completa soledad.

Jorge dió de nuevo la explicación de lo ocurrido con la traidora contestación al *quién vive*. El delito de Lladós era evidente, pero sobre los gravísimos motivos que habian inducido á Jorge á echar de la plaza á aquel mal clérigo, no quiso el joven decir una palabra.

—Respeto vuestro silencio,—dijo el vocal que estaba de guardia,—pero será fácil enterarnos de si

Lladós tramaba ó no tramaba algo, practicando acto continuo un registro en su habitación.

Lladós perdió el color al oir aquellas frases, deshaciéndose en denuestos y maldiciones contra todos y prorumpiendo en las más terribles blasfemias.

IX.

A la luz de varias linternas se puso en marcha la comisión nombrada para practicar la visita domiciliaria.

Después de alborotar la calle de Ermitaños con ruidosos aldabonazos, bajaron, por fin, á abrir la puerta. Era la sirvienta una gentil moza que no había cumplido aún los treinta abriles y que no demostró gran temor ante aquella fuerza armada. Entraron todos y quedó cerrada de nuevo la puerta.

—Condúzcanos V. al despacho del señor Lladós,—dijo el vocal.

La fámula les guió á un espacioso cuarto que recibía la luz por una ventana practicada en la muralla.

—¿Qué diablos hace el señor cura en esta ventana? —dijo un miliciano.—Todo el antepecho está lleno de cera. ¿Acaso pone aquí algún San Magín y le coloca velas? Pero, ¡oiga! ¡También hay señales de haberse quemado aquí *monjuichs!*...

Entre tanto, procedían algunos otros á registrar la mesa y el armario, hasta que dieron con una carpeta de pergamino, oculta en un cajón de doble fondo colocado en el interior del armario.

Eran comunicaciones del enemigo, algunas en clave y otras en escritura corriente. Encontráronse, además, linternas con cristales de varios colores y una escala de cuerda muy larga y con barro reciente en los travesaños.

En aquel momento llamaron de nuevo á la puerta.

—Baje V. á abrir, pero antes de dejar franca la puerta, apague la luz,—dijo el vocal de la Junta á la criada. —Acompáñenla dos números y silencio todos.

Hízose así.

La persona que había llamado entró en el portal, y como si estuviese muy habituada á pisar aquel terreno, no pareció prestar atención á la oscuridad que reinaba.

—¿Dónde está mosén Lladós?—preguntó de pronto.—¿Duerme ya?

—Dí que sí,—exclamó en voz baja un miliciano, dirigiéndose á la criada.

—Sí, señora Tecla,—contestó la moza.

—Bien. Le despertarás en seguida. Dí que le aguardo en la sala.

La señora Tecla era la madre de Cándida.

Quedóse en la sala, aposento muy apartado del en que estaban los milicianos.

La criada y sus dos acompañantes regresaron al cuarto del espía y dieron cuenta de la visita de la señora Tecla.

—¿Quién de vosotros se cree capaz de fingir bien la voz de mosén Lladós?—preguntó el vocal de la Junta.

—Para eso no hay como Maristany,—contestaron todos los presentes, menos el interesado.

—Pues bien, Maristany. No tiene V. más remedio que hacer de cura por algunos minutos y ocupar su cama. La señora Tecla entrará á verle á usted.

—¡Hum!—repuso Maristany.—Mejor preferiría que me entrase el chocolate la *majordona* (1).

—Cuento con su discreción de usted. Retírense todos y haya completa oscuridad y silencio. Muchacha, acérquese V. á la sala, sin entrar, y avise V. á esa señora que mosén Lladós la espera en su cuarto. Le va á V. la vida á la menor imprudencia.

La criada cumplió exactamente lo ordenado, aunque algo temblorosa, y se encerró después en su cuchitril.

La señora Tecla entró en el cuarto y exclamó con voz llena de cólera:

—¡Mi hija no ha vuelto todavía á casa! Creo que no te empeñarás ya en demorar más la hora de obrar. Mañana haré lo que convenía haber hecho ya mucho tiempo antes. Convido á comer á Jorge fingiendo una reconciliación, y á los postres le doy jicarazo.

—¡Hem!—murmuró el fingido presbítero.—¡Hem! Eso, esó...

(1) Ama.

CAPÍTULO V

Horrida mater

I

—Sí,—prosiguió diciendo la señora Tecla,—pues supongo no habrás cometido la tontería de ir á espiarle y hacerle prender, como me decías esta mañana...

—No, no,—contestó su interlocutor.

—Créeme que no hay más que ensayar los polvos mañana mismo; además, así veremos si sirven para el caso.

—Justo, justo,—repuso Maristany, fingiendo admirablemente la voz.

—En caso de que Jorge reviente, le echaremos al pozo y buenas noches.

—Justo,—replicó el otro.

—¡Oh, qué hija nos ha dado Dios! Cree que es para hacernos purgar en vida nuestros pecados.

—¡Dios mío!—murmuró el pseudo-padre.

—Es desobediente hasta el exceso. ¡Y qué escándalo! ¡Estarse fuera de casa á estas horas! Me dijo que iba á casa su prima *Siona* á hacer un novenario á San Magín, y la miserable ni siquiera ha puesto allí los piés. ¿Cómo saber dónde habrá estado tantas horas?

—¡Hum! Ya veo...

—Lo que es esta noche la mato, la mato sin misericordia.

—Sí, mátala.

—¿Tú no los has visto, por supuesto?

—¡Quiá!

—¡Bien hecho; yo no aprobaba tu intento! Es un descastado y si te hubiese sorprendido espiándole á él y á su desvergonzada currutaca, Dios sabe de lo qué hubiera sido capaz.

—¡Oh, sí!

—Además, yo no creo que se vean en ninguna calle ni plaza. Debe ser en casa de alguien que los encubre, tal vez en casa del padre Lorenzo.

—Sí, justo.

—La mandé seguir la otra noche, pero mi cuñado fué tan torpe que la perdió de vista al llegar á la plazuela de San Juan. ¡Ah! ¡Si yo tuviese las piernas más ligeras no hubiera tenido menester que nadie me ayudase!

—Sí, verdad.

—¡Pero, hombre, apenas hablas! Esto no puede seguir así y es preciso tomar en seguida una determinación.

—¡Hem! Los polvos...

—¿Te parece?

—¡Bien, sí!

—Pues entendido; por de pronto, esta noche la voy á encerrar á esa bribona en el sótano, con el cerdo...

—Sí, justo.

—Mañana envío un recado á Jordi proponiéndole hacer las paces, y cuando llegue la hora de beber *garnacha*, le echo aquello en la copa y *tururut*.

—Sí, *tururut*. Veremos qué tal...

—De esta manera sabremos si obra ó no el veneno.

—Y lo otro...

—Lo otro después; desde hace algunos días me he hecho muy amiga de la tahonera de la munición, he entrado en el horno varias veces y todo está lleno de sacos y barriles de harina, descubiertos. Me llevaré papalinas de los polvos y los iré echando en cada saco.

—Pero pronto, pronto...

—Cuando pueda, hombre. ¡No parece sino que tengas más interés en envenenar á los soldados que á ese infame!

—No, mujer, pero...

—No sé cómo te encuentro esta noche. ¿Estás malo?

—No, la gota...

—¡Bah! Es que comes demasiado; toma un poco de crémor tártaro mañana. Pero me voy, pues están dando las once. ¡Ay de aquella cuando ahora me la encuentre! Con que, adiós, hasta mañana.

—¡Adiós, adiós, Tecleta!...

Tecla dió algunos pasos fuera de la alcoba y murmuró:

—¡Qué oscuro está esto!

—¡Alto! ¡Dáos presa!—dijo de pronto una voz imperiosa y amenazante.

En este momento salieron los milicianos con las linternas, exhalando Tecla un horroroso grito.

Precipitóse despavorida dentro la alcoba, prorumpiendo en desesperadas imprecaciones, y exclamó:

—¡José! ¡José! ¡La tropa!

Pero con mayor espanto que nunca vió que en lugar de José ocupaba la cama Maristany, siempre socarrón y jovial.

—Soy yo, Tecla. ¡Mosén Lladós me ha encargado que ocupara su puesto!...

—¡Cobarde!—repuso la fiera viuda.—¡Tiene más alma que tú!

—No hay que gritar,—repuso el vocal.—¡Ea, marchen!

II.

La lúgubre comitiva cruzó por el llano de la catedral y penetró luégo en las Casas Consistoriales, donde estaba establecida al mismo tiempo la cárcel.

Jorge esperaba allí el regreso de los milicianos que habían ido á practicar el registro y se paseaba con agitación por el patio.

Al rumor de la fuerza armada miró hacia la puerta y quedó helado de terror al ver entre bayonetas á la madre de su amante.

—¿Qué es eso?—preguntó á un sargento que formaba entre los que acababan de entrar.

—La señora Tecla y Lladós tenían arreglados unos polvos para envenenar el pan de la tropa; pero no es eso lo único, sino que mañana debían convidarte á comer y dártelos á tí en la garnacha.

—¡Imposible! ¡Es una calumnia!

—¿Una calumnia? ¡Si ella misma lo ha dicho!

—¿Ella? ¿Cómo?

—Se figuraba que estaba hablando con Lladós y hablaba con Maristany, oyéndolo todo nosotros, que estábamos ocultos en un cuarto contiguo.

—¡Oh, desgracia!

—No hay más. Les hemos de ahorcar á los dos. ¡Habráse visto mayor infamia! ¡Tratar de envenenarte á tí y á la tropa!

—*Gori*, ¿es cierto todo cuanto dices?

—¡Pues hombre, claro está que sí! Hemos descubierto cosas asombrosas. Según resulta, la Cándida es hija de esos dos tigres. ¡Vaya, que poco se lo creería el difunto *Pau de la Verema*, que tanto quería á su chiquilla!

Jorge, cada vez más aterrado, no sabía qué responder, hasta que vino á sacarle de su conturbación un oficial que le dijo:

—¡Jorge, estás libre! Puedes retirarte cuando quieras.

El joven no tenía ánimo para dar un paso y tuvo que sentarse en un poyo. De pronto le hizo estremecer la aparición de un siniestro grupo. Vió pasar ante sí un cura entre dos milicianos, precedidos del carcelero, y luégo una mujer, escoltada también. El farol del zaguán alumbraba aquella escena. Jorge, mudo de espanto, oyó luégo ruido de puertas, cerrojos y cadenas, y después de un rato aparecieron de nuevo los milicianos, pero sin el cura ni la mujer.

Gori vió á Jorge y acercándose á él le dijo:

—¿Qué es eso? ¿Te va á dar algo? Ea, valor. No les tengas lástima.

—Déjame, Gori. ¿Está ya en el calabozo la señora Tecla?

—Sí. Dice que quiere matar á su hija que la ha vendido.

—¡Desgraciada!

—No he visto fiera como aquella. Oye, desde aquí

se dejan sentir sus gritos, y eso que está en un subterráneo donde no entra un rayo de luz.

—Adiós, Gori, — exclamó súbitamente Jorge. — Adiós. No tengo valor para estar más tiempo aquí

—Sí, vete, Jorge, y si algo puedo hacer por tí, sabes que te serviré al momento.

El motivo porque Gori había dicho á Jorge que se fuera era por el temor de que oyese las terribles blasfemias y amenazas que contra él profería la presa, cuyas palabras llegaban á veces distintamente hasta el zaguán.

III.

Jorge se dirigió á casa del padre Lorenzo, no temiendo interrumpir su sueño. No eran más que las doce de la noche, pero en tan pocas horas, ¡qué terribles transformaciones en su suerte! ¡qué inesperados acontecimientos! ¡qué mutaciones tan dolorosas!

El padre Lorenzo era un modelo de sacerdotes caritativos y humildes; viejo ya, se consagraba por completo á remediar las necesidades de los pobres, haciéndolo siempre ocultamente y repartiendo de continuo abundantes limosnas, en lo cual invertía su patrimonio y la asignación que le correspondía como beneficiado de la catedral. Había sido en su juventud notable predicador, renunciando repetidas veces las mitras que se le habían ofrecido. Era de mediana estatura, de rostro afable, cariñoso en su trato y respetado por todos. Su amistad con Jorge procedía de cuando la epidemia empezó á cernerse sobre la plaza; Jorge se prodigaba en auxilio de los atacados y el padre Lorenzo no hacía otra cosa tampoco, siendo de este modo mutuos testigos de sus caritativos actos.

En todo tiempo ha sido modelo de abnegación y desprendimiento la clase marinera de aquella ciudad y en todas épocas ha contado en su seno héroes que se han sacrificado sin reparo para hacer bien á los demás. Avezados los marineros á luchar con las embravecidas tormentas del mar, ostentan igual valor al combatir las calamidades que de vez en cuando afligen á los pueblos.

El padre Lorenzo, pues, profesaba tiernísimo cariño á Jorge, que éste pagaba con ciega confianza y profundísima veneración. El marinero no vaciló en dirigirse al sacerdote y llamó á su puerta.

No tardó ésta en abrirse y el joven subió rápidamente las escaleras, penetrando en la modestísima habitación del anciano cura.

Vivía éste en una humilde casa de la calle de la Nao, divisándose desde allí el anchuroso mar, plateado por los rayos de la luna en aquel entonces.

—¡Padre!—exclamó Lorenzo.—¡Ocurren cosas espantosas, cosas inimaginables!

—¡Jorge! ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?

El joven le refirió todo lo que había acontecido aquella noche, sin disimularle ni ocultarle nada; á cada detalle arrasábanse en lágrimas los ojos del pobre viejo. Cuando Jorge acabó de hablar, el padre Lorenzo se encontraba sin fuerzas para pronunciar una sola palabra.

Largo rato duró el silencio, hasta que el anciano exclamó:

—¡Sólo un milagro de Dios es capaz de evitar una catástrofe!

—Bien, ¿pero qué haremos de Cándida? ¿Qué la digo? ¿Cómo la entero de que su madre está próxima tal vez á ser condenada á muerte?

—No la veas tú, por ahora. Yo iré á llevarle la fatal noticia y desde hoy en adelante tendrá en mí quien la proteja y la sirva de arrimo.

—¿Y yo?

—Tú serás su esposo cuando yo disponga; ahora, déjala que llore y que rece.

Aquellos dos hombres de corazón de oro estuvieron juntos toda la noche; la bondad del padre Lorenzo era tanta que Jorge sentía como un bálsamo consolador á cada palabra del santo sacerdote.

—Amala, Jorge, y házla dichosa cuando llegue el día,—exclamó el cura;—entretanto, déjalo todo para mí. ¡Esta es mi misión! Cumple ahora con tu deber y piensa que ante todo perteneces á la patria.

En aquel instante escuchóse un violento cañoneo, extraño en el silencio de la noche, y Jorge se asomó á una ventana.

Era la escuadra inglesa que había roto el fuego contra los franceses, que levantaban un reducto junto al mar, á la derecha del río.

IV.

Jorge se despidió de su amigo al amanecer y al oir el toque de llamada se fué á su casa en busca del arma para dirigirse al cuartel.

Su madre, inquieta por no haber visto á su hijo

durante tantas horas, no pudo menos de notar las señales de las violentas emociones que había experimentado aquella noche y exclamó:

—Jorge, no quieras ocultarme que te agobia un gran pesar. ¿Qué ocurre?

—Nada, madre mía. Creed que no tengo nada y que estoy más alegre que nunca. Vamos á tener fuego otra vez con los bandidos y bien comprenderéis que este es para mí el motivo más poderoso para estar animado y satisfecho.

—Tu cara no expresa nada de lo que dices. ¿Te ha pasado algo con Cándida?

—No, madre.

—¿La viste anoche también?

—La ví, sí. ¿Por qué me preguntáis eso?

—¿Y á qué hora te despediste de ella?

—Tarde.

—Muy tarde sería, pues á las once de la noche no había vuelto todavía á su casa.

—¿Cómo sabéis eso, madre?

—La señora Tecla preguntó al tonelero de enfrente si habías vuelto tú, diciendo que su hija no había comparecido todavía, y serían ya cerca las once.

—Es verdad. Estábamos distraidos...

—¡Jorge! Tú me engañas con tus palabras, pero en tu cara se adivina bien que estás muy trastornado.

—Madre, ¿no oís ruido de tiros y cómo redoblan los tambores? No tengáis esos cuidados y dejad que vaya al punto á reunirme con el batallón. Adiós, madre. Hasta la noche.

—¡Ay, hijo mío!—exclamó la pobre mujer.—¡Qué desgracias habrán sobrevenido! ¡Dios haga que no vengan sobre nosotros más desventuras que las del sitio!

El cañoneo era terrible.

Las campanas repicaban á rebato y por todas partes se oía el redoble de tambores tocando llamada á la carrera.

Los franceses comprendieron que el lado más débil de la plaza era la muralla que desde el baluarte de San Pablo se extendía hasta el mar, paralela al río, destinada á resguardar el arrabal.

Para tomar aquel lienzo había precisión de alejar de la costa á la escuadra y con aquel objeto principiaron á construir el reducto que hemos dicho, al otro lado del Francolí. La escuadra había hecho un vivo fuego contra los franceses y lo mismo el fuerte español, levantado en la márgen izquierda del río, casi tocando á la muralla, junto á unas lagunas pobladas de junqueras y plantas acuáticas.

Los franceses sostuvieron bien el fuego y pasaron adelante con su intento. El reducto quedaba terminado al anochecer, demostrando la gran pericia de Rogniat, empeñado en hacer de aquel sitio un dechado de precisión matemática. Y efectivamente, si nos es dado prescindir por un momento de la pasión debida á todo lo que sea español, debemos manifestar que los franceses se mostraron admirables en todos los trabajos de brecha, practicados con magistral corrección.

La decantada moderna ciencia de los prusianos quizás queda muy por debajo de la fría y estudiada táctica de los franceses en el sitio de Tarragona. La artillería de Suchet se convirtió allí en una asamblea de calculistas.

Llevábanse registros de todas clases, escribíanse memorias, resolvíanse ecuaciones, y de todo se hablaba menos de valor y arrojo. Era una obra de demolición llevada á cabo con un esmero digno de una vivisección.

La infantería enemiga murmuraba de tanta exactitud y rugía de impaciencia por dar el primer ataque en brecha, pero la artillería seguía en su tarea y los ingenieros en su calmosa obra; aquello no eran los terribles asaltos de Gerona ni las épicas embestidas de Zaragoza: era la obra de una destrucción sabia ante una resistencia tenaz.

Suchet daba pruebas de ser un general entendido.

V.

Jorge fué por la noche á ver al padre Lorenzo.

—¿Y Cándida?—preguntó lleno de ansiedad el joven, así que vió al anciano.

—Se encuentra aquí. La pobre está verdaderamente enferma desde que la han enterado de todo lo ocurrido.

—¿Conque se lo habéis revelado? ¡Oh, padre mío! ¡Cómo la habréis atormentado!

—No, Jorge, no he sido yo el portador de las infaustas nuevas. Harto se ha apresurado á ir á contárselo su buena prima, esa Siona, sacristana perpetua de no sé qué santos y santas, pero en suma, envidiosa y murmuradora, celosa de la belleza de Cándida. Yo, ¿qué había de hacer? La he dicho que su

madre estaba detenida por unos días á causa de una calumnia y que no tardaría en ser puesta en libertad. Apenas si he podido estorbarla de que fuese á las Casas Consistoriales, pero por fin la triste naturaleza ha alcanzado más que yo, y rendida y sin aliento ha tenido la infeliz que echarse en cama, presa de lamentable delirio.

—¡Virgen santa de la Soledad! ¡Oh, padre, dejadme que la vea!

—Vas á aumentar su agitación. He mandado llamar enseguida á Santa Coloma, el médico, y me ha recomendado la más completa quietud y silencio.

—¿Pero creeis que no hay peligro?

—No, hijo mío. ¿A qué albergar en tu corazón nuevos tormentos? Bástete con los terribles sinsabores que te están acibarando el alma y no quieras forjarte nuevos motivos de inquietud.

—¡Cuán bueno sois, padre mío! Sabiendo que Cándida está bajo vuestro amparo, sí, es verdad, no temo nada por ella. Vos sabréis cuidarla y Santa Coloma la salvará, estoy cierto de ello. Pero, decidme, padre, ¿no os pesará tenerla en vuestra casa hasta que llegue el día venturoso en que pueda yo hacerla mi esposa ante Dios?

—No hables así, Jorge. Cándida estará aquí toda la vida, si preciso fuera, y no ha de tardar mucho sin que tú la veas, pero eso será cuando no pueda acarrearla ningún peligro. Ahora voy á ver á su madre. ¡Dios haga que haya para ella misericordia!

—¿Sabéis que está privada de comunicación?

—El padre Lorenzo sabe hacerse abrir todas las puertas. Espérame aquí, pero guárdate de cometer ninguna imprudencia. Sé capaz de dominar los impulsos de tu querer y darás una nueva prueba de que eres hombre.

—Padre, id con Dios y confiad en mi palabra. No veré á Cándida.

El buen anciano tomó su bastón para apoyarse y se encaminó á la cárcel, pidiendo al alcaide le dejase ver á la señora Tecla.

Era la hora en que se repartía el primer rancho á los presos. El carcelero se disponía á bajar al calabozo de la madre de Cándida y después de una débil resistencia, accedió á que el padre Lorenzo le acompañase.

Horrible era la mazmorra en que yacía la desventurada presa. Aquel antiguo subterráneo cavado en la roca viva, había servido en lejanas épocas de encierro á las fieras que debían combatir en el circo; lóbrego, lleno de humedad, estrecho, fétido y frío, más que calabozo era aquello una guarida propia de un tigre ó una pantera. Un sér humano tenía que morir de horror al contemplarse sepultado en aquella inmunda covacha, sin más lecho que un montón de paja corrompida ni más aire que el que penetraba por un estrechísimo tragaluz practicado en el suelo de las cuadras del piso bajo.

El carcelero dejó en el suelo la linterna que llevaba y dijo:

—Ahí fuera hay un cura que viene á veros.

—¿Un cura? ¿Es mosén Lladós?

—Ese está, poco más ó menos, como vos, aunque con esposas. Pero, ved, ahí está ya el que os decía.

Adelantóse el padre Lorenzo y exclamó en tono grave:

—Tecla, creo que no os molestaré si vengo á compartir por un momento vuestra tribulación.

—¿A qué venís aquí?—repuso desabridamente la presa.—¿Traéis acaso el encargo de sonsacarme lo que todavía no se haya descubierto? ¡Ah, infames, infames todos vosotros! ¿Creéis que no me figuro que estamos presos por habernos delatado aquella mala hija que parí en hora maldita? ¡Y vos, vos, el amigo de aquel tahur de marinero, habréis contribuido sin duda como el que más á que nos pusiesen á la sombra! ¡Claro está! Así no estorbaremos, así podréis apoderaros de todos mis bienes y gastároslos en comilonas y mujerzuelas. ¡Pillos! ¡Herejes! ¡Demonios!

El padre Lorenzo repuso, sin dar muestra alguna de enojo ni resentimiento:

—¡Tecla, no estáis para hablar así! Vuestra hija está muy enferma desde que le han dicho que os habían conducido aquí. La tengo en mi casa y venía á pediros que me dijerais qué intenciones tenéis respecto de ella. En cuanto á Jorge, le conocéis muy mal si habéis dicho de veras las palabras que habéis proferido contra él. Tecla, en vez de entregaros á esos arrebatos de ira, poned la confianza en Dios y rogad que os saque en bien de esta tremenda situación en que os encontráis. Mostráos con vuestro arrepentimiento digna de la misericordia de los que os han de juzgar aquí en la tierra y perdonad á cuantos os hayan ofendido y á cuantos profeséis odio y mala voluntad para que seáis á vuestra vez perdonada. Los instantes son preciosos; no los desaprovechéis dando á conocer la flaqueza de vuestro corazón. Mos-

tráos humilde y contrita, llorad; eso os hará bien.

—No parece sino que os estáis mofando de mí,— exclamó Tecla.—Yo no sé perdonar, yo no sé mentir, yo no sé decir una cosa con la boca y sentir otra en el pecho. Mirad como soy que moriría contenta en la horca si conmigo ahorcasen también á esos dos malvados que me han perdido.

—¡Tecla! ¿Será posible que seáis madre?

—¡En mal hora lo soy, y si la tuviera aquí á esa malvada, aquí mismo había de hacerla trizas y comerme en tu presencia su infame corazón!

—¡Dios mío! Pensad, Tecla, que estáis diciendo tan horrendas palabras que no parece sino que os las inspira un espíritu infernal.

—Idos, idos, porque siento crecer mi cólera á medida que os oigo; en cuanto á *aquella*, no quiero que la tengáis un minuto más en vuestra casa, para que allí pueda estar á todas horas á disposición de Jordi; aunque se esté muriendo quiero que acto continuo la lleven á casa de mosén Lladós.

—¡Nunca!—replicó el cura.

—¿Que no? ¿Acaso una madre no tiene derecho á hacer de su hija lo que se le antoje?

—Estáis equivocada. ¿Yo consentir que una infeliz doncella sea entregada á la abominable custodia de esa majordona de mosén Lladós, de quien es público el relajamiento y la codicia? Yo haré que lo que es ahora una obra de caridad sea en breve un mandato de la ley, y nadie, ni vos misma, podrá venir á arrancar de mi honrada casa la hija que os concedió el cielo, equivocado, sin duda, al creeros con entrañas de madre cuando las tenéis de fiera.

—¡Vete, repito que te vayas, mal sacerdote, encubridor de torpes amoríos; pero por tu alma que el día que entren aquí los franceses, yo misma he de ir á arrastrarte por las calles y yo misma he de apretar el dogal con que ahorquen á aquella perdida que te has llevado por manceba tuya!

El padre Lorenzo salió contristado del calabozo, perseguido por la imprecación de la fiera humana que estaba allí encadenada.

Al verle volver lloroso y con el rostro desencajado, comprendió Jorge que había mediado alguna violenta escena y no se atrevió á preguntarle nada. Bajó los ojos y sin fuerzas para sostenerse, asemejába el pobre marinero la imagen del dolor.

Pasó así un breve rato, que pareció interminable, hasta que el padre Lorenzo, levantándose y poniendo su mano sobre la cabeza de Jorge, exclamó:

—Sí, hijo mío, todo ha sido inútil. Aquella desdichada no quiere oir hablar de olvido ni perdón. Sólo amenazas y blasfemias han salido de su boca, hasta parecer imposible que un sér dotado de entrañas de madre, pueda proferir tamañas monstruosidades. Sin embargo, tenemos el deber de trabajar por la salvación, no sólo de su alma, sino de su vida. Hagamos lo que nos dicte el corazón y si otro estímulo no fuese menester, hagámoslo por esa desventurada niña, sobre la cual va á caer tal vez el estigma de una pena infamante, exigida por la tremenda traición de los que la dieron el sér.

En este momento se oyó una débil voz que llamaba al padre Lorenzo. El buen sacerdote entró en el cuarto de la enferma.

—¡Padre! ¡Qué sueño tan espantoso me ha atormentado desde que no os he visto! ¡Mi madre, mi madre, colgada de una horca, y una nube de negras aves destrozando sus carnes!... ¡Y cómo me miraba con las cuencas de sus ojos vacíos! ¡qué muecas tan horribles me hacía con su boca descarnada! ¡cómo movía hacia mí los brazos, lívidos y crispados! ¡Oh, padre! ¿Dónde está mi madre? ¡Madre de mi vida! ¡Madre mía de mi alma!

—Serénate, Cándida. ¡Qué locuras estás diciendo! Tu madre está buena, deseosa de abrazarte y no ha de tardar en volver á casa, donde las dos viviréis siempre felices y dichosas.

—Pero yo ya me siento bien. Llevadme á verla. Me parece que hace un año que no la he visto. ¡Qué mala he sido! ¡Pobre madrecita! Vamos, vamos al punto hacia allí. Decid que me traigan en seguida la ropa para vestirme. ¿Qué hora es ya?

—Cándida, eso que pides es imposible por hoy. Tienes todavía calentura y el médico ha prohibido en absoluto que te agitaras. Yo acabo de ver á tu madre y te puedo asegurar que no le pasa nada malo. Por tu bien y por el suyo, conviene te cuides ahora, y luégo que no haya peligro alguno, iremos los dos allí, aunque tal vez ella salga antes de lo que creemos.

Cándida no contestó, miró con ojos extraviados al anciano y presa de una violenta convulsión y exhalando agudos gritos, exclamó:

—¡Mi sueño! ¡La han de matar! ¡A la horca! ¡Madre! ¡A la horca!

Pegado á la cortina que separaba la alcoba del

cuarto estaba Jorge, entregado á la más desesperada desolación.

Cándida vió al trasluz la sombra del joven y siguiendo en su delirio empezó á murmurar trémula y despavorida:

—¡El verdugo! ¡Miradlo, allí está!... ¡Ha de matar á mi madre, él, él!...

Jorge, fuera de sí, apartó bruscamente la cortina y corrió hacia la enferma.

—¡Vida mía! ¡Cándida!—exclamó.—¿No amas á tu Jorge? ¡Mírame, soy yo, yo, que te quiero más que nunca, triste mía, Cándida, Cándida!

La joven le miró con espanto y quedó desvanecida.

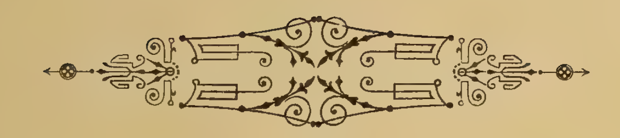
En aquel momento oyéronse en la calle músicas y gritos de alegría, junto con vivas y aclamaciones.

Era el marqués de Campoverde que acababa de desembarcar de Mataró y era conducido en triunfo á su casa en medio del más frenético entusiasmo, del más indescriptible alborozo.

Mientras los demás se entregaban á tales demostraciones de júbilo, el padre Lorenzo y Jorge contemplaban mudos de dolor el semblante de Cándida, blanco como el mármol; de pronto pareció que Jorge despertara y exclamó:

—¡Se muere!

Y dando un salto, abrió la puerta y se precipitó corriendo á la calle en busca de Santa Coloma, tropezando con un gentío inmenso que no cesaba de aclamar al recién llegado general.



CAPÍTULO VI

La calesera

I

Aunque no necesit ban los tarraconenses que viniesen auxilios de fuera para sentirse alentados y mantenerse decididos á defender hasta morir la ciudad que les vió nacer, con todo, la llegada de Campoverde aumentó si cabe el general entusiasmo, más por poder contar con un jefe simpático que por los refuerzos que traía.

Efectivamente, los dos mil hombres que vinieron con él de Mataró no desembarcaron en la plaza, sino que fueron destinados á operar en el territorio vecino, con encargo de hostilizar á Suchet y estorbar en cuanto fuese posible sus comunicaciones.

Los franceses tenían precisión de apoderarse previamente del fuerte del Olivo para asegurar su ataque contra el recinto, pero era esta una empresa más para deseada que para ser llevada á cumplido efecto sin dificultades, por reunir el fuerte á su estratégica situación poderosos medios de defensa, aunque no tan perfectos como hubiera sido menester.

Gran confianza reinaba en Tarragona respecto á la suerte futura de aquella fortificación, tenida por inexpugnable y suficientemente guarnecida; cada día acudían multitud de curiosos á presenciar desde la torre del Arzobispo y el fuerte de Staremberg las salidas que hacía la guarnición del castillo, siempre con grave quebranto del sitiador, para el cual se hacía ya intolerable aquella situación.

Corría la noche del 13 al 14 de Mayo, oscura y lluviosa, cuando se escuchó de pronto un recio cañoneo hacia aquella parte. Los franceses estaban atacando, en efecto, unos parapetos avanzados que servían de amparo al fuerte, acumulando numerosos batallones para apoderarse de ellos.

Mandaba allí el denodado jefe D. Tadeo Aldea, uno de los defensores de Gerona, y envuelto por aquellas espesas masas de contrarios, vióse obligado á retirarse tras de una larga y obstinada resistencia, para evitar que cayesen prisioneras las tres compañías que defendían las obras. Mas no por eso desmayaron los defensores del castillo; aprovecharon los franceses el resto de la noche para atrincherarse formidablemente en las recién conquistadas posiciones y una vez bien fortificados allí, enviaron parlamentarios al Olivo proponiendo una capitulación. Los españoles respondieron á cañonazos y destacaron tres columnas al mando de Aldea para ir á recuperar las perdidas trincheras. Terrible fué el ímpetu con que los nuestros embistieron, dando ejemplo de sin igual heroísmo los valerosos oficiales del regimiento de Iberia. Allí cayeron atravesados á balazos varios de ellos que habían conseguido plantar ya nuestras banderas dentro de los primeros parapetos, pero gracias á las nuevas trincheras levantadas por los franceses en pocas horas y á la numerosa artillería que trasportaron para su defensa no fué posible reconquistar dichas obras avanzadas, resultando inútil tanto heroísmo por parte de los intrépidos soldados de Iberia.

Al rayar el día mandóse practicar un reconocimiento á orillas del mar; salió una columna á las

órdenes del general D. José San Juan, y causó graves daños en los puestos que iba sucesivamente sorprendiendo; los franceses se refugiaron apresuradamente en el reductò que habían construido á la otra parte del río, molestándoles allí la escuadra con certero fuego. Hubo de acudir á todo correr el general Habert, retirándose entonces los nuestros en buen orden, deseosos de volver á salir cuanto antes para continuar hostilizando á los sitiadores y destruir las obras que construían.

II.

Hombres y mujeres se ocupaban febrilmente en la defensa; el odio á los franceses se centuplicaba en vista de las crueldades cometidas con algunos infelices labradores que no habían tenido tiempo para retirarse á la ciudad ó habían sido cogidos al intentarlo; pobres ancianos, mozos inofensivos ó jornaleros fiados en su propia insignificancia para no temer nada de las huestes francesas. En este número figuraba un pobre calesero, casado y padre de familia, bárbaramente ahorcado por los soldados de Palombini al regresar de la fuente de las Moriscas, al pié de la montaña del Lorito, sin que hubiese cometido otro delito que ir allí en busca de agua para alivio de un hijo que tenía enfermo.

Llena de ansiedad la esposa de aquel desventurado no vaciló en salir de la plaza, dirigiéndose al Lorito, tropezando á mitad del camino con el cadáver de su esposo colgado de una encina. Ante aquel espantoso espectáculo no corrió el llanto por las mejillas de la viuda, sino terrible juramento de vengar con creces la muerte de aquella víctima infeliz.

La Calesera regresó á la ciudad después de haber enterrado por sí misma al adorado esposo, colocando una cruz formada con dos ramas de encina en el sitio que yacía el cadáver del ahorcado.

Pronto se esparció por la ciudad la noticia del funesto fin del calesero. Era el difunto muy apreciado por toda clase de personas como dechado de honradez y generosidad; muchos le estaban agradecidos por favores recibidos, otros le querían por su jovialidad y hasta quizás había alguna dama que le admiraba como el más diestro ginete de la plaza. Mucha gente acudió á hacer presente su sentimiento á la viuda por la desgracia que la afligía, pasmándose todos al verla con los ojos enjutos, si bien contraida y ceñuda la cara, cual si estuviera dominada por secreta resolución.

La Calesera, cuyo nombre era Rosa, era considerada como una de las más bonitas mujeres de la ciudad por sus hermosos ojos azules, garboso aire y espléndida cabellera rubia. Risueña y decidora parecía no haber conocido nunca la tristeza, por lo cual fué verdaderameute extraña la impresión que produjo en cuantos la vieron aquella sombría expresión que tomó su rostro á la muerte de su marido. No era dolor lo que reflejaba su cara sino reconcentrada ira y sangrienta intención.

Pasaron así cuatro días sin que se hubiesen verificado nuevas salidas cuando en la madrugada del 18 oyóse redoble de tambores batiendo marcha.

El general San Juan, al frente de dos regimientos de línea y de un batallón de milicianos, se dirigía de nuevo al arrabal, sin duda para verificar otra salida.

Rosa saltó de la cama apresuradamente al oir el marcial rumor y vistiéndose con rapidez escondió en su seno un puñal, tomó una cortante hacha, colócose dos pistolas en la cintura y salió rugiendo, terrible y pálida.

No tardó en alcanzar los á expedicionarios y junto con ellos salieron todos por un portillo abierto en el baluarte de San José, no lejos del río, levantándose otra vez el puente levadizo después que hubieron pasado.

La Calesera no quiso obedecer la orden que se le dió de mantenerse á retaguardia, sino que se colocó al lado de la primera fila de la vanguardia, formada de granaderos de Almansa.

La columna atravesó la huerta de la izquierda del río y vadeándolo se dirigió á atacar las obras que levantaban los franceses á la otra orilla.

El entusiasmo de los nuestros no conocía límites y sin reparar en nada, con agua hasta la cintura, se encontraron en un momento á la parte opuesta del Francolí.

Los franceses, inmutados por un momento ante la rapidez de aquella marcha, empezaron á hacer un fuego terrible, pero los nuestros, ávidos de luchar y poseidos del más ardiente afán de vencer ó morir, se precipitaron contra las trincheras enemigas con la bayoneta calada y la navaja entre los dientes.

Al frente de todos iba una mujer blandiendo un hacha...

Rápida como un rayo aquella hacha hendía, sega-

ba, destrozaba y hería. Parecía que una furia del Averno se cerniese sobre los defensores de los parapetos, quienes caían en tierra redondos, sin cabeza, sin miembros, abiertos, partidos. Dentro del recinto atacado sólo se veía una balsa de sangre, mientras el hacha corría de una parte á otra, volaba, relampagueaba, se hundía, surgía de nuevo en alto, rodaba y volvía á centellear lanzando sangre, cabellos, piltrafas, trozos de uniformes, restos de cráneos, trozos humanos, briznas y miembros...

Los nuestros habían caido furiosamente sobre los defensores de las obras empezadas junto al reducto. No se oían tiros; el combate era cuerpo á cuerpo, á la bayoneta, á navaja. Los franceses estaban sobrecogidos, aterrados; su esgrima era impotente contra aquella lucha africana, pero más que nada, les daba espanto aquella terrible hacha que partía cráneos sin cesar, sin tregua, vibrante y horrible como si la agitara un espectro.

Los franceses, diezmados, guillotinados, destripados y mutilados, huyeron...

Sí, huyeron vergonzosamente...

¡Porque fué una *fuga vergonzosa*, y así lo repite la historia!

Huyeron abandonándolo todo, despavoridos por el acero de nuestros valientes soldados y por el hacha de la Calesera...

Rosa estaba vengada. Doscientos cadáveres de franceses lo atestiguaban, sin contar los heridos. Doscientos muertos dentro el espacio de un proyectado reducto.

Los mismos soldados españoles parecían sentir cierto terror á la vista de la Calesera, cubierta de sangre de piés á cabeza, encendido el rostro y rojos de cólera los ojos, que lanzaban chispas...

La columna regresó á la ciudad en medio de incesantes aclamaciones.

En cuanto á Rosa, desapareció al penetrar en el interior, pero los soldados no tardaron en referir su comportamiento en aquella jornada.

Los generales franceses, exasperados al ver puestos en fuga á los veteranos de Marengo y Friedland, se mostraron severísimos con los vencidos del 18, jurando á la vez que el paisanaje de Tarragona había de pagar cara su osadía.

En efecto, si el sitio de Zaragoza se distinguió por lo heróico y el de Gerona por lo tenaz, el de Tarragona se distinguió por lo sanguinario.



CAPÍTULO VII

Noche de horror

I

Cada vez más resueltos los franceses á apoderarse del Olivo en vista de los continuos daños que les ocasionaban las salidas que hacía la guarnición de aquel fuerte, abrieron la trinchera á la izquierda de los parapetos ganados días antes, en dirección á un terromontero allí cercano. Dificultaba en gran manera su trabajo el encontrarse con un suelo de roca viva, como es toda la montaña y las vecinas, pero gracias á las numerosas compañías de zapadores empleadas en las excavaciones y obras de aproche, pudieron por fin el 27 de Mayo terminar el emplazamiento para cuatro baterías. Tan escabroso era el paraje que los soldados tenían que tirar de los cañones para irlos subiendo, y á pesar de las largas horas invertidas y de emplearse grandes esfuerzos, no se había logrado todavía dicho objeto al ponerse el sol.

Entretanto reinaba dentro del fuerte la mayor excitación contra los sitiadores. Decidióse verificar al día siguiente una salida para estorbar que pudiesen acabar de subir hasta las trincheras los cañones y al romper el alba abriéronse los rastrillos, bajóse el puente levadizo y el regimiento de Iberia se precipitó lleno de intrepidez y coraje contra las fuerzas que tenían bloqueado el castillo, cayendo furiosamente sobre el trozo que custodiaba el terromontero.

Al ímpetu con que los nuestros atacaban á la bayoneta, huyeron los aguerridos soldados napoleónicos, mientras la artillería del fuerte sembraba el estrago en sus filas. No tardaron en pronunciarse los franceses en desastrosa retirada y muchos de ellos se despeñaron desde los escabrosos senderos de la colina hasta las cañadas, rodando otros por el montecillo, en cuya cima se levantaban las obras de sitio.

Tremendo era el espectáculo que ofrecían los sitiadores. Cada paso que intentaban dar les costaba enormes bajas; la montaña estaba rojiza de sangre y alfombrada de cadáveres; los soldados huían y el general Salme, desde el pié de la colina, procuraba en vano contener á sablazos á los fugitivos.

Viendo que todo era inútil, para evitar la dispersión, espoleó al caballo y dirigiéndose á los que venían bajando, gritó:

—¡Ved, cobardes, lo que hace el general Salme! ¡Adelante!

Púsose al frente de una columna compuesta del sexto de línea, italianos casi todos, y subió á escape por la rápida ladera del monte, seguido por sus soldados, atónitos al ver al general puesto al frente del regimiento.

Los defensores redoblaron entonces el fuego de cañón. La metralla española acribillaba á los que subían, hasta que de pronto vióseles pronunciarse otra vez en retirada.

El general Salme acababa de caer del caballo, exhalando el último suspiro al gritar de nuevo: *¡Adelante!* Un casco de metralla se le había llevado media cabeza.

Al cabo de muchas horas de fuego y cuando los

franceses se veían imposibilitados de continuar en su tarea de ir arrastrando los cañones, llegaron de la derecha tropas de Palombini y de la izquierda algunos regimientos de la división Frére, y vueltos en sí los dispersos y derrotados acometedores pudieron conseguir entre todos que los valientes del Olivo se replegaran otra vez dentro el recinto.

II.

Emplazadas las piezas, empezaron á vomitar contra el fuerte balas y más balas, contestando los nuestros con nutridos metrallazos. Todo el día 28 no paró un instante el fuego, hasta que al amanecer se debilitó algo, por nuestra parte, á causa de haber sido desmontados por los obuses enemigos algunos cañones y haber quedado destruidos los parapetos.

Al día siguiente lograron abrir brecha en el ángulo derecho mirando á Tarragona, pero no probaron siquiera de asaltar por allí, bien convencidos de que habían de ser rechazados. Por desgracia, pudieron, sin embargo, desencabalgar todas las piezas que tanto estrago les habían causado, al mismo tiempo que caían desmoronadas todas nuestras baterías. El Olivo no podía hacer ya fuego de cañón, pero aún había dentro pechos españoles y brazos capaces de disparar un fusil.

Avido Harispe de apoderarse cuanto antes del fuerte, decidió dar el asalto aquella noche, amagando al mismo tiempo toda la línea del sitio.

A las diez de la noche rompieron los franceses el fuego contra todos los fuertes y la plaza, apareciendo al momento convertida ésta en un cráter. De todos los fuertes, baluartes y troneras de la muralla salían torrentes de fuego y proyectiles que se cruzaban con los del enemigo. Los tarraconenses demostraron que no dormían, y si violento fué el cañoneo del francés, no tronaron con menos estrépito las piezas que defendían los muros de la antigua metrópoli. La campiña mostrábase iluminada con el incesante resplandor de las bombas y granadas, de las balas y frascos de fuego que arrojaban los nuestros contra los franceses.

¡Espectáculo grandioso y sin igual! El casco de la ciudad aparecía como el asiento de un inmenso incendio, y cual si no fuera bastante tanto fuego y tan siniestra claridad, empezó la escuadra inglesa á lanzar cohetes y mortíferas luminarias contra la división Habert, cercana á la playa, «añadiendo horrores y grandezas al nocturnal estrepitoso combate (1).»

¡Noche de horror, sí! Desaparecieron sus tinieblas ante la roja luz del cañón y de los fuegos voladores. Aquellos muros de piedra parecían de pronto haberse abierto para dar paso á las llamas y al hierro que vomitaban. Oíase espantosa gritería, más siniestra aún en el silencio de tales horas y cruzaban sin cesar la atmósfera esferas ardientes con atorbellinada rapidez, que ora explotaban en lo alto con estrépito atronador, ora reventaban después de haber rebotado contra las peñas, deshaciéndose en trozos candentes y levantando roja polvareda. Veíanse clara y distintamente los defensores de la muralla y los sitiadores como sombras alumbradas por infernal resplandor. Fuertes y murallas, falsa-bragas y torres, terraplenes y reductos, lanzaban contra el enemigo tremendas rociadas, mientras el francés disparaba bombas y más bombas, bala rasa y metralla. Era un duelo en la noche, una lucha en la oscuridad, lo sublime en medio de lo espantoso. Parecía que en aquel asedio hubiesen jurado todos apurar los últimos medios de destrucción y exterminio.

Surgiendo de pronto en las sombras de la noche, cada bomba, cada frasco de fuego, cada metrallazo y cada cohete inspiraba hondo terror. Lo nocturno tiene siempre algo de imponente. Un bombardeo y una explosión de troneras en las tinieblas llega á lo sublime. Tarragona parecía un foco de rayos rodeado por una aureola de volcanes. La luz no se apagaba ni un momento; de vez en cuando quedaba sumido en la sombra un fuerte, una torre, un lienzo de muralla, pero al momento surgía de allí el espantoso fulgor de veinte fogonazos uno tras otro y las paredes negras escupían furiosamente chispas que eran metralla, bocanadas de balas y granadas y enormes burbujas rojas que reventaban sembrando el estrago.

A la vista de aquel encastillado grupo de edificios plantados en lo alto de una montaña de piedra y convertido todo él en incandescente boca de un volcán, los franceses experimentaron como un sagrado terror. Nunca habían visto una noche igual. Los napoleónicos al morir lanzaban un grito de espanto como si hubiesen perecido en los propios dinteles del infierno.

---

(1) Toreno.

Los que se encontraban junto al mar veían caer las bombas de los fuertes de Francolí, de Orleans y el Príncipe; los que se estaban más arriba se sentían abrasados por la batería de San José, el fuerte Real, la muralla y el fuerte de la Cenia. Más al norte recibían los fuegos del baluarte de San Francisco, del Rosario, Fuente Negro, San Diegó, fuertes de San Jerónimo y Staremberg y baluarte de San Magín; al Este hacía contra ellos terribles disparos el baluarte de San Antonio, obra de Escipión, y desde Oriente al Sur vomitaban su metralla de un lado la muralla y la escuadra por el otro.

Eran dos cuadrados concéntricos; el de dentro, rígido é inquebrantable, el de fuera... retrocedía y se ensanchaba.

III.

En tanto la plaza de Tarragona introducía el estrago entre el ejército sitiador, los franceses que tenían asediado el Olivo, iban á intentar un desesperado ataque para apoderarse de la fortaleza.

Formados los enemigos en dos columnas, encamináronse al castillo; uno de los trozos debía dar el asalto por la brecha, en tanto la otra rodeaba el fuerte y le entraba por la gola.

Pero la brecha no estaba lo bastante practicable, y así se arrojaron á los fosos más de cien escalas, que resultaron cortas, por lo cual fué preciso que un gigantesco granadero, llamado Meunier, prestase sus hombros, y de este modo, encaramándose sobre él, pudieron algunos asaltantes alcanzar el extremo de una de ellas. Lograron varios subir así hasta el adarve, pero no les costó gran trabajo á los nuestros matarlos á todos, arrojarlos al foso y acabar por romper todas las escalas. Era inútil pensar en el asalto de aquella manera.

Sin embargo, la fatalidad, primero, y la traición después, vinieron en auxilio de los enemigos.

Los caños del acueducto que antes surtían de agua á la fortaleza, permanecían intactos, formando un paso á nivel entre la cornisa de la muralla posterior y el terreno circunvecino; aquella obra inútil, que hubiera debido ser derribada como un grán peligro, se conservó, no obstante, por descuido. Los contrarios no necesitaban ya escalas para subir, teniendo un puente para pasar. Uno tras otro desfilaron los franceses por encima las arcadas, se encaramaron al parapeto, y cuando los españoles corrieron hacia allí, advertidos del peligro, ya un fuerte pelotón francés era dueño de toda la muralla. Una vez allí los más animosos, no les fué difícil pasar á los restantes. Las tropas francesas acampaban dentro del fuerte.

IV.

En tanto ocurría esto en la parte posterior, acontecía un nuevo desastre en el frente. Tocaba aquel día relevar la guarnición, lo cual se verificaba cada semana, y debía salir el bravo regimiento de Iberia para entrar en su puesto el de Almería. Marchaba éste á favor de las sombras de la noche cuando vino á topar con la columna francesa que se dirigía á atacar el fuerte por la gola.

Todo hubiera podido remediarse, sin embargo, pero había la traición por en medio. Al frente de la columna francesa marchaban algunas filas de soldados vestidos con el uniforme español, y en el momento en que nuestro regimiento chocaba con los franceses, salió disimuladamente un sargento de entre filas, acercóse al coronel enemigo y le entregó un papel.

Era el santo y seña.

V.

El sargento de guardia abrió confiadamente el rastrillo exterior y penetraron en el fuerte las primeras filas enemigas, merced á su disfraz, apresurándose los invasores, ó como quiera llamárseles, á degollar al infeliz. La escasa fuerza que estaba de guardia, hizo fuego en seguida, consiguiendo cerrar otra vez el rastrillo, pero ya era tarde. Entre los de dentro y los de afuera pudieron derribar á hachazos las dos puertas de la gola. Los de Almería entraron también en el fuerte revueltos con los engañosos intrusos, trabándose entonces sangrienta y espantosa refriega. Batíanse los nuestros ya no como hombres, sino como leones, inflamados por el odio, indignados por la felonía de los sitiadores. Así que estuvo dentro el fuerte la columna que había entrado por la gola, viéronse los nuestros atacados por la espalda por los que habían penetrado por el acueducto, quedando de este modo cogidos entre dos fuegos.

El gobernador del fuerte batíase pistola en mano, sin reparar en la sangre que manaba de las heridas

de que estaba acribillado. El combate era á la bayoneta, á mordiscos, á navajazos; el francés conquistaba el terreno literalmente á pulgadas. Los nuestros ofrecían una masa sólida, viéndose embarazados para maniobrar en el reducido límite en que estaban confinados. Replegados por último en la izquierda del fuerte y en el caballero, convirtieron su último refugio en abrasador volcán. El interior del fuerte era estrecho para contener el número de cadáveres. La carnicería era horrorosa, verdaderamente horrorosa. Habian soldados que se degollaban, otros que iban á hacerse matar, metiéndose navaja en mano entre los pelotones franceses; los fusiles se convertían en mazas, rompiéndose en mil trozos las culatas, y en vez de palabras oianse tan sólo como rugidos de fiera. Ya no se peleaba con furor, sino á ciegas, delirando, con frenesí. Nada enardece tanto el ánimo como el deseo de vengarse de una traición. Los franceses, poseidos de una especie de pánico, se mostraban rehacios en avanzar, viéndose obligados los oficiales á dar ejemplo.

El fuerte estaba convertido en una balsa de sangre, que se escapaba por los rastrillos. Dentro de aquel estrecho recinto se estaban degollando y abrasando 4.000 hombres, que apenas si cabían puestos en fila. Los franceses arcabuceaban á mansalva á los que no habían ganado el caballero y la muralla, distinguiéndose por su ferocidad el 6.° regimiento.

¿Qué habían de hacer los nuestros, si apenas quedaban algunos para contarlo? Y sin embargo, como si el francés no se encontrase todavía bastante seguro, vino con nuevas tropas el general Harispe á reforzar á los suyos, pero como no paraban de enviarle bombas desde la plaza, una reventó á sus piés.

Los españoles que quedaron vivos descolgáronse por el muro y entraron en Tarragona. El gobernador del fuerte, D. José María Gómez, espiró atravesado por diez heridas de bala y bayoneta.

Allí murieron 1.100 bravos de los nuestros; los franceses dejaron 500 cadáveres, muchos de ellos de oficiales. Al rayar el día, pudo leerse, escrita en un muro, con sangre española, esta inscripción: *Vengada queda la muerte del general Salme* (1).

¡Vengada con el asesinato de los soldados acorralados! ¡Vengada degollando á los que no podían hacer uso de sus armas! No se vengaban así los españoles.

(1) Histórico.

VI.

La entrada de los restos de Iberia y Almería produjo un desconsolador efecto en la ciudad. No regresaban ni la mitad de los que habían ido.

Pero, sobre todo, causaba terrible ira y despecho el contemplar izada la aborrecida bandera tricolor en los muros donde había tremolado hasta entonces la gloriosa enseña española. Todos á una no hablaban más que de recobrar el fuerte, tenido como un sagrado emblema del pasado, como el más poderoso auxiliar de la defensa, en el cual confiaban grandes y pequeños, teniéndolo por inexpugnable, con bien escaso fundamento por cierto.

Al rayar el nuevo día, tras de aquella noche de horroroso recuerdo, brotó espontáneamente la idea de formar un cuerpo de hombres decididos á todo para rescatar el fuerte. Hubo más alistamientos de los que se necesitaban y al declinar el día formóse la columna en la falsa-braga.

Jorge era uno de los voluntarios, estando la mayor parte de la expedición compuesta de milicianos, al mando del bizarro jefe irlandés D. Edmundo O'Ronam.

Había cerrado ya la noche cuando salieron de la ciudad, haciendo un rodeo por el camino llamado del Angel, á propósito para ocultarles á la observación del enemigo, por ir encajonado entre cercas y ribazos que le esconden á la vista de los de arriba.

La columna llegó, por fin, á la cima del monte, y desembocando de pronto, tocaron á los parapetos, introduciendo la confusión entre los nuevos conquistadores y aplicando al punto las escalas para dar el asalto.

Rompieron los franceses vivo fuego de cañón, pero los nuestros se metían por las troneras y mataban á los artilleros. Un atrevido sargento, llamado Domingo López, clavó dos cañones él solo. Sin embargo, la lucha era desigual. Los franceses habían reparado durante el día todos los destrozos causados en el fuerte y los valientes voluntarios se encontraron detenidos en su victorioso avance.

No hubo más remedio que retroceder, quedando nuevamente sentado el alto patriotismo de los tarra-

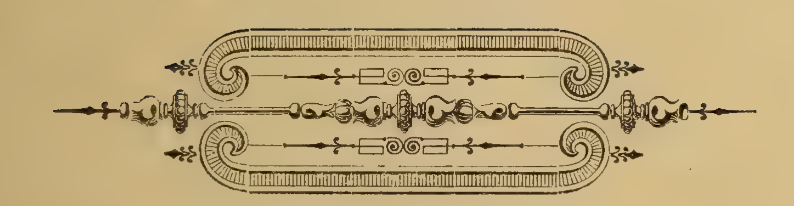
conenses y su firme obstinación en no doblar el yugo al poder imperial.

Cuando los expedicionarios volvían á Tarragona, ocurrióseles á Jorge y á Domingo López ir á apagar su sed en una fuente de cristalina agua que brotaba en una viña, cerca del fuerte; aproximáronse silenciosamente y les llamó la atención una sombra que se deslizaba entre los olivares y algarrobos. Corrieron los dos tras él, sorprendidos de que no diera el grito de alarma, y por fin alcanzaron al nocturno aventurero.

—Os doy un tesoro si me dejáis ir,—exclamó en castellano el aprehendido.

—Ni que me dieses el cielo,—contestó Domingo López.—Tú eres Gallardo, el que vendió al francés el santo y seña.

El vil traidor bajó la cabeza y los dos leales le hicieron seña de que echase á andar delante de ellos.



CAPÍTULO VIII

Tres

I

La inesperada captura de Gallardo pareció compensar el amargo sentimiento que produjo la definitiva pérdida del fuerte. El infame Judas había caido providencialmente en poder de los nobles defensores de la patria. Conducido al consejo de guerra fué condenado á la pena de horca, y en seguida, al descuartizamiento, como era uso entonces y áun duró muchos años después.

Con todo, no era él solo el único reo de muerte que yacía sepultado en las mazmorras de la cárcel. Había allí también otros dos contra los cuales se había proferido la misma pena, un cura y una mujer...

Cándida seguía en casa el pobre padre Lorenzo, inspirando de continuo gravísimo cuidado. Tres semanas habían transcurrido desde la noche fatal en que su madre se descubrió á sí misma en el registro domiciliario practicado en casa mosén Lladós y ni por un solo momento había respondido de la vida de la joven el médico Santa Coloma, temeroso de aquella fiebre cerebral.

Por fin, al alborear la mañana del 31 de Mayo pareció como que despertara de un largo sueño para volver á la realidad.

Jorge se encontraba á su lado, pálido como un difunto, desencajado, más aún que la misma enferma.

—¡Jorge! ¿Dónde estás? —exclamó mirando á su alrededor.—¿Dónde está mi madre?

El joven no respondió sino que de pronto fijó con espanto sus ojos en los de su amada, apretándole la mano como poseido de terror.

Había oído el lúgubre rumor de tambores destemplados y la lejana salmodia del *Miserere*.

—¡Jorge!—repitió la niña.—¿Por qué no me hablas? ¡Jorge mío!

Pero el desventurado parecía tener pegada la lengua á los labios y miraba á Cándida con extraviados ojos.

El rumor iba acercándose más claro y distinto.

De pronto la enferma dió un grito espantoso, sobrehumano, indefinible, y se arrojó del lecho.

Jorge, como alelado y perdido el instinto, la miró correr hacia el balcón que caía á la parte opuesta de la casa. Lanzóse luégo en pos y antes de que pudiera alcanzar á Cándida oyó como un alarido estridente que decía:

—¡Madre!

La horrible realidad se apoderó otra vez del desdichado amante.

Cándida, abalanzada al balcón, miraba la fatal comitiva: una bandera negra, un enorme crucifijo, multitud de encapuchados silenciosos, con hachas encendidas, un fuerte piquete de infantería y luégo... ¡Visión horrenda!

Montados sobre tres carros y con un cura á cada lado, venían como tres espectros: delante un hombre por bajo cuya hopa asomaban las polainas de militar, luégo la repulsiva figura de mosén Lladós, verde é hinchado, mirando con ojos desencajados las gentes que formaban fila á cada lado, y en pos de ellos, una mujer que forcejeaba y rugía. Tecla no había

perdido su rabiosa expresión habitual y clavaba sus feroces ojos en cuantos osaban mirarla. Siempre seca y rígida, parecía en aquel momento una bruja que acudiese al sábado, siniestra y maléfica.

Al oir el grito de su hija levantó la mujer la cabeza y con voz que parecía el chirrido de una formidable rueda, ahulló:

—¡Maldita, maldita, maldita y maldito ese!...

La pluma se resiste á trasladar la abominable imprecación de la condenada.

Jorge, cada vez más aterrado, cogió á Cándida y la lanzó dentro el cuarto, con tanta furia cual si la hubiese debido desgajar de los hierros del balcón.

La miró y vió que la joven reía, reía espantosamente, señalándole y diciendo:

—¡Tú, tú la has hecho ahorcar! ¡Ja, ja, ja!

II.

El fatídico rumor se fué alejando.

Cándida, después de las primeras señales del delirio, había quedado fría como un cadáver, contraidos todos los miembros, sin fuerza humana para desdoblarlos, cerrados convulsivamente las mandíbulas y los párpados, asomando por los labios ligera espuma, desfigurada, desconocida.

El pobre amante se olvidó de todo al ver á Cándida en aquel estado, y corriendo á la escalera comenzó á gritar:

—¡Socorro! ¡Cándida se muere!

Acudieron algunas personas, pues la mayor parte de los vecinos habíanse dirigido á los glacis del fuerte Real, donde se verificaban las ejecuciones, y prodigaron todos los remedios caseros imaginables á la pobre infeliz, mas todo fué inútil.

Santa Coloma no parecía, cosa natural, supuesto que formaba parte de la congregación de encapuchados que acompañaba á los reos al patíbulo, institución existente todavía con la misma piedad que siempre la ha distinguido.

—¡Cándida se va á morir!—exclamaba Jorge horrorizado.—Se va á morir sin auxilio de nadie. ¡Maldito el día fatal en que yo mismo produje estas desgracias!

Por fin, á las dos de la tarde llegó Santa Coloma.

—¡Salvadla ó tendréis que enterrarnos á los dos!—exclamó Jorge.

—Es un ataque de eclampsia,—dijo el médico.—Hay que sangrarla. Yo mismo lo haré; no hay que perder tiempo.

Pareció que á medida que salía la sangre iba aflojando la tensión de los músculos.

Cándida lanzó un suspiro.

El médico prescribió algunos remedios y quedó en que volvería al poco rato.

—¿Lo ha visto V. todo?—preguntóle al despedirse una vieja á la cual sus achaques le habían impedido ir á presenciar la sabrosa función.

—No. Sólo sé que los tres desventurados han sufrido horriblemente. ¡Dios tenga misericordia de sus almas!

Todo el día fué un continuo entrar y salir por las puertas de la ciudad para ir á ver á los tres ahorcados, cuyos cuerpos se balanceaban lúgubremente pendientes de tres dogales suspendidos de una viga horizontal formando ángulo con otra muy alta y derecha en la cual había apoyada una escalera.

Al pié de la horca varios soldados custodiaban los cadáveres.

Desde el campo francés podían verse los ajusticiados, que llevaban en el pecho sendos carteles en los que en gruesas letras se leía: *Traidor*.

III.

Terminada la espantosa escena convocó Campoverde consejo de guerra al objeto de tomar una determinación que viniese á remediar el apuro en que se encontraba la plaza.

La pérdida del Olivo y la heroica muerte de 1.500 defensores dentro de sus muros, no quedaba ni de mucho resarcida con la llegada de 1.700 quintos valencianos y 400 mallorquines. Tras de largas deliberaciones acordóse que Campoverde saliese de la plaza y que reuniendo todas las fuerzas del Principado atacase á los sitiadores para hacerles levantar el cerco. Quedóse en que Sarsfield dejaría la jefatura de las tropas que operaban hacia Montblanch para encargarse del mando del arrabal y la marina, quedando en su lugar el barón de Eroles, y por último túvose la peregrina ocurrencia de reemplazar al gobernador D. Juan Caro enviándole á Valencia en busca de auxilio, siendo nombrado en su lugar D. Juan Senén de Contreras, que acababa de llegar de Cádiz y era nuevo enteramente.

—Perdido el Olivo y estando como está tan adelan-

tado el sitio,—dijo Contreras,—obedezco, sin embargo, la decisión del Consejo y acepto llevar sobre mis hombros la pesada carga que se me impone, por más que no sea mía la responsabilidad que toca al que desde un principio ha gobernado la plaza.

Callóse D. Juan Caro, no mostrándose en manera alguna pesaroso del relevo, como parecía natural, aunque tampoco lo sintieron mucho los defensores.

Abandonada Tarragona desde principios del sitio por la Junta de guerra del Principado, que se había trasladado á Montserrat al objeto de quedar expedita para atender á los demás lugares, causó mayor impresión la partida de los dichos, pues la Junta tenía motivos poderosísimos para buscar toda la seguridad posible. Pero con todo, no fué la marcha de los generales lo que más amargó los ánimos patrióticos sino la multitud de familias principales que salieron en pos de ellos de la ciudad, amedrentadas por el bombardeo y las privaciones inherentes á todo sitio.

Quedaron tan sólo en Tarragona los que nada tenían que perder: modestos artesanos, tenderos, humildes comerciantes, labradores, pastores y marineros. En cambio los que eran dueños de todo, pues la propiedad estaba en muy pocas manos, siguieron el ejemplo de los insignes varones á quienes encontramos más atrás en la tertulia del boticario, y pasaron perfectamente el sitio, y algunos años más, en Palma de Mallorca. Digamos, sin embargo, que ninguna falta hicieron los fugitivos, antes al contrario, prestaron un gran favor con dejar libre á la ciudad de sus pusilánimes personas. El tendero dejaba de serlo para convertirse en épico combatiente, el labrador se trocaba en denodado campeón, el menestral en fiero patriota, el pastor en terrible soldado; todos servían y á ellos se dirigía preferentemente el odio del francés, pues los soldados, aunque siempre bravos, eran diferentemente conceptuados por el sitiador.

Sí; el paisanaje era lo que preocupaba á Suchet; el atildado mariscal conocía bien las acciones del ejército y las de la milicia. Sabía que los soldados se batían bien, porque así se han batido siempre los soldados españoles, pero cuando veía hacer más de lo que se podía, en seguida comprendía que era cosa de los paisanos. En mil ocasiones se había evidenciado esta diferencia y los franceses estaban decididos á cebarse, ¿qué á cebarse? á aniquilar al paisanaje, hasta dejar memoria eterna... ¡de la generosidad francesa!

En Zaragoza y en Gerona habían sido demasiado nobles, fuera del estrangulamiento de Alvarez y de mil muertes crueles y mil bárbaras venganzas. En Tarragona debían dar muestra cumplida de su civilizadora misión.

¡El borrón que cayó sobre el ejército napoleónico en aquella época, no podrá borrarse jamás, jamás!



CAPÍTULO IX

Un canibal franco-italiano (1)

I

El bizarro D. Juan Senén de Contreras había tomado sobre sí una carga pesada por demás; claramente comprendía que no era posible que Tarragona pudiese resistir un sitio en regla á causa de los muchos defectos de sus fortificaciones, débiles, sin concluir las más de ellas, sin consistencia, sin fosos, ni por consiguiente, caminos cubiertos, sin puertas para poder comunicarse y hacer fuertes salidas contra el enemigo para arrojarle de sus obras y recobrar las de que se había apoderado. Inútilmente había alegado que siendo forastero no conocía los jefes, las tropas, las autoridades, los habitantes, ni la plaza (de la cual ni siquiera existía plano), ni los recursos del país; nada bastó para que Campoverde le relevase del espinoso cargo de regir la ciudad. Contreras obedeció sumisamente y aunque desconfiado de la salvación de Tarragona, juró que la defensa sería tal que no pudiesen excederla jamás las más empeñadas y gloriosas.

Por su parte sentíase Suchet cada día más ansioso de acabar, pues del éxito de su empresa dependía su suerte ó su desgracia. Ganando, alcanzaba el mariscalato de Francia; perdiendo, la destitución y el desconcepto para con el emperador.

Pero si la plaza era *indefensable*, como se decía en el lenguaje de aquel tiempo, quedaban los moradores, cada uno de cuyos pechos era una muralla y había además la guarnición, siendo los soldados viejos guerreros de probado valor y bizarría.

Contreras dió desde el primer momento gallardas pruebas de talento organizador y actividad febril. Arregló el servicio de las tropas, estableció una policía militar, reformó las compañías de la milicia, ocupó á las mujeres en hacer cartuchos, hilas, etcétera, y animaba á todos, multiplicándose y dando ejemplo de resolución y confianza, por más que interiormente estuviese seguro del malogro de tanto heroismo.

Como los almacenes reales estaban exhaustos, formó otros con los objetos útiles abandonados en su fuga por las familias acomodadas y ricas, que por otra parte tuvieron buen cuidado en llevarse todo lo precioso que pudieron. Las tropas estaban sin pagar hacía cuatro ó cinco meses y la caja militar sólo contenía cinco ó seis mil duros, lo cual le obligó á imponer una contribución de sesenta mil duros, cuya suma fué entregada al ministro de Hacienda Pombo, que había quedado en la plaza para suministrar á la guarnición; dióse á ésta una paga, y al objeto de que si entraba el francés no se apoderase de los veinticuatro mil duros restantes, depositáronse éstos á bordo de uno de los buques de guerra.

Por su parte no descansaban tampoco los franceses un momento; una vez dueños del Olivo resolvieron empezar en seguida el ataque contra la plaza, abriendo la primera paralela en la noche del 1 al 2 de Junio.

Era el alma de todas las operaciones que empren-

(1) Véase Balzac: *Las Maranas*.

dían un ingeniero italiano llamado Vaccani, el mismo que había hecho el fatal descubrimiento de los caños por donde podía penetrarse en el recinto del Olivo. Después de un acabado reconocimiento de las murallas hizo decidir á Suchet á que se abriese brecha por el punto que era efectivamente el más débil, á saber, el lienzo de muralla comprendido entre el baluarte de Orleans y el fuerte á orillas del mar, cuya muralla era la que protegía el arrabal, hoy *Puerto.* Establecióse, pues, la trinchera, á 200 varas de la obra y en una longitud de 400 toesas.

II.

Mientras los franceses estaban ocupados en los trabajos antedichos, celebrábase en el Olivo una verdadera bacanal. Era el anfitrión un oficial italiano llamado Bianchi, especie de Don Juan Tenorio, truhán de profesión, más lenguaraz que valiente, y jugador hasta el escándalo. Comióse y bebióse, blasfemóse de todo, murmuróse y por último vino la indispensable banca. Bianchi perdió todo cuanto tenía y lo que no tenía. Entonces, dirigiéndose al que se había embolsado los luises y duros del tahur, exclamó:

—Una apuesta. Cien napoleones á que me cómo el corazón de un centinela español.

—¿Y qué perdéis si no lo cumplís?

—La vida.

—No acepto,—contestó el jugador ganancioso.

—Acepto yo,—repuso un oficial llamado Beauregard famoso por su desenfrenada pasión por el juego.

—No fío en tus promesas, Luís,—contestó Bianchi.—Vengan antes los cien napoleones.

—Ahí van,—contestó Beauregard, sacando del bolsillo un puñado de oro.—Toma. Traerás aquí el corazón y te lo comerás delante de todos, pero ha de ser esta misma noche.

—Dentro una hora.

El italiano se proveyó de un uniforme de soldado español, cosa fácil, habiendo sido despojados los cadáveres de los valientes defensores del fuerte, y salió del Olivo, bajando apresuradamente hasta la hoya que forma la ladera del monte con la colina en que está asentada la ciudad. Allí cambió de uniforme, vistiéndose el que se había llevado, y se dirigió hacia un rastrillo que cerraba la entrada al camino de circunvalación junto al fuerte de Staremberg. Pegado á la escarpa de las murallas y descalzo para no ocasionar el menor ruido, fué acercándose el miserable como lobo en acecho hasta tocar á la pared del rastrillo, y ágil como un tigre, apoyándose en el ángulo formado por la tapia y la muralla y agarrándose á las yerbas y las piedras salientes, escaló la altura y ganó la opuesta parte. Rápido como el rayo, hundió su puñal en el pecho del centinela, pobre bisoño recién sacado de las montañas de Valencia, asombrado por aquella aparición, y una vez caido le tapó la boca. Entonces con una ferocidad sin ejemplo hizo una cosa sin nombre que ocultaron las sombras de la noche y escalando de nuevo la pared, regresó al Olivo, arrimado como antes al muro de la falsa braga.

Por horrible é increible que parezca esta escena de canibalismo, ya la refirió anteriormente el gran novelista francés en las *Escenas de la vida de París* y en sus *Cuentos fantásticos.*

Los camaradas de Bianchi quedaron, pues, agradablemente sorprendidos al verle comparecer con el *objeto* de la apuesta; el asesino, con todo, quiso que no quedara duda alguna acerca de la *legitimidad* de la procedencia y mostró un escapulario de la Virgen de los Desamparados, algunos cuartos y varios botones con el número del regimiento de la víctima.

Bianchi cumplió en seguida lo ofrecido...

Al rayar el día se encontró el cadáver del centinela horriblemente mutilado y despedazado, levantada la tabla del pecho y arrancado el corazón.

III.

La noticia del crimen llenó de espanto y estupor á los defensores. El odio á los franceses se trocó en repugnante desprecio, pero de todos los pechos salió un grito de rabiosa venganza. Sin duda que nadie era capaz de pensar en aplicar la pena del Talión, pero no por no ser capaces de convertirse en caníbales los españoles, había de ser menos terrible la represalia.

Por de pronto la artillería de la plaza causó enorme estrago en los sitiadores. Los franceses, desdeñando distraer la atención con ataques simulados, convirtieron todas sus fuerzas al trabajo de brecha, proporcionando así ocasión de lucirse á nuestros artilleros. Un espantoso cañoneo de obuses y morteros desde el fuerte de Francolí y las lanchas cañoneras,

combinando los fuegos directos con los verticales, al objeto de impedirles sus trabajos é inutilizarles gente, produjo maravillosos resultados, *tout-á-fait* soberbios.

Desde entonces puede decirse que no cesaron un instante los disparos, contrariando al enemigo en la tarea de extender y perfeccionar sus obras y establecer sus baterías. Por desgracia, á pesar de las mortíferas salidas de los sitiados, pudieron los franceses zanjar la segunda paralela á sesenta varas del fuerte de Francolí y ya el día 7 comenzaron á batirlo en brecha con 25 piezas de á 24 colocadas en 5 baterías. La metralla del fuerte y las bombas y granadas de la plaza les causaron gran pérdida, sin lograr, empero, apagar sus fuegos, que destruyeron pronto el revestimiento de aquella endeble obra y los espaldones de las baterías, quedando desde las diez de la mañana descubierta al enemigo la guarnición del fuerte.

Hasta las siete de la tarde permaneció allí firme y denodada la fuerza española encargada de custodiar el reducto, al mando de D. Antonio Roten, á cuya hora evacuó la guarnición el desmoronado recinto, llevándose la artillería y entregando tan sólo al enemigo un montón de ruinas, rodeadas por cenagosas junqueras.

No valía ciertamente la posesión de aquel desmoronado fortín el sinnúmero de vidas que había costado, pero Suchet, ávido de empuñar cuanto antes el bastón de mariscal y sabedor de que le iba su perdición si no tomaba cuanto antes á Tarragona, sacrificaba *d'un cœur leger* á sus soldados, únicos que podía dedicar á los trabajos de sitio, pues los prisioneros se dejaban hacer trizas antes que tomar un azadón para echar una paletada de tierra en contra de su patria.

Apoderados los enemigos del fuerte de Francolí, emplazaron allí una batería de seis piezas de á veinticuatro, tratando de arrojar del fondeadero á las embarcaciones, pero éstas ya se habían colocado fuera de tiro. Ocupáronse entonces en adelantar por el centro la segunda paralela y se arrimaron á setenta varas del ángulo saliente del camino cubierto del baluarte de Orleans.

La noche siguiente callaron los cañones de la plaza, con gran sorpresa del enemigo, no acostumbrado á aquel silencio. ¿La plaza desfallecía acaso? ¿Sentíanse acobardados los defensores?

IV.

Rendidos de sueño y de cansancio, tras nueve días de incesante cañoneo, bendijeron los franceses aquel tranquilizador silencio de los ruidosos muros, preparándose á pasar una noche feliz y descansada. La plaza callaba; todo yacía en profundo silencio; la oscuridad era completa. Sólo trabajaban los zapadores, ocupados en levantar la segunda paralela, custodiados por las guardias y los centinelas de la trinchera.

Aquel inusitado sosiego obró incontrastablemente sobre los centinelas y los guardias y todos quedaron dormidos. La plaza seguía callada.

Los zapadores continuaban trabajando sordamente, como gigantescas hormigas. Cavaban, transportaban gaviones, levantaban la trinchera, incansables, laboriosos. De vez en cuando oíase un soñoliento grito de *¡alerte!* repetido semibostezando por los *troupiers*.

Era una noche calurosa, calmosa, pesada. Los mosquitos picaban cruelmente á los invasores sin lograr hacerles despertar.

V.

Abrióse la puerta de San Francisco y salieron trescientos granaderos, armados de fusiles y hachas, quietos y silenciosos.

Caminaban de puntillas, con las armas á la funerala, las hachas á la espalda, de dos en dos, semejantes á una procesión de fantasmas.

Arrimados al muro deslizáronse por los fosos de los baluartes de Santo Domingo y Santa Catalina y al llegar á unas cien varas de las obras francesas se detuvieron.

Los granaderos echáronse entonces boca abajo y arrastrándose por tierra llegaron al pié de las trincheras. Entonces, ágiles y temerarios, metiéronse por las troneras y comenzó una espantosa carnicería.

Centinelas y guardias fueron todos degollados; á nadie se dió cuartel; oficiales y soldados, todos perecieron. La sorpresa había sido completa; todos estaban dormidos; el silencio de la plaza les había narcotizado...

Hartos de exterminio y de venganza retiráronse

otra vez, trayendo cada granadero un montón de gorras y mochilas, empapados en sangre los uniformes.

Vengado quedaba el asesinato del centinela del rastrillo de Staremberg.

Contreras estaba contento. La orden de *alto el fuego* había producido el efecto deseado.

VI.

La ciudad ardió en entusiasmo á la vista de los trofeos que habían traido los granaderos. Expuestos los morriones y las mochilas en el llano de la Catedral. hicieron comprender que era muy factible degollar algunos centenares de gabachos.

El fuego de la plaza continuó ya sin interrupción.

Aquel sitio, sin embargo, debía distinguirse, además de lo sangriento, por acaecer siempre de noche los más importantes sucesos. Es tan transparente y sereno el cielo de aquella comarca que no parece propio para presenciar escenas cual las que narramos, llenas de horror y desolación.

Ello es que al dar las diez de la noche del 11 de Junio, tres días después del degüello que hicieron los granaderos, el brigadier Sarsfield recibió una orden de Contreras para que á las doce hiciera una salida con los 3.000 hombres que estaban á sus órdenes. Obedeció Sarsfield, compareciendo también muchos vecinos y algunas mujeres dispuestas á socorrer á los combatientes.

Sarsfield cumplió bizarramente lo mandado: la salida fué impetuosa, huyeron los zapadores franceses, destruyeron nuestros soldados sus trabajos y acudieron solícitas las mujeres en auxilió de los heridos. Los franceses lanzaban bombas y balas contra los asaltantes de sus trincheras, pero en nada reparaban los bravos soldados de Sarsfield ni las heroínas de Tarragona, que no se retiraron hasta haberlo visto destruido todo.

Un oficial de Almería había quedado gravemente herido al pié de un cañón de la segunda trinchera. Las tropas estaban ya en marcha. Las mujeres iban al lado de la columna. De pronto una de ellas creyó oir un plañidero grito y sin decir nada volvió á los parapetos, á pesar de continuar el cañoneo de los enemigos.

La mujer saltó por una tronera y se encontró con un herido, que había vuelto en sí hacía pocos minutos, atravesado el pecho.

—¿Podriais levantaros apoyándoos en mí?—preguntóle.

—Sí,—contestó el oficial.

—Animo, pues.

En un momento estuvieron fuera de las obras del sitio; para bajar desde la tronera la mujer había tomado en brazos al herido, abrazado á ella.

—Dadme el brazo,—repuso, al encontrarse en tierra firme.

—Os deberé la vida,—dijo el oficial.—¿Cómo os llamáis?

—Dejad eso. No hago más que cumplir con mi deber.

De pronto cayó una bomba á su lado, reventando con ruidoso estruendo. Al fulgor del mortífero proyectil el oficial distinguió el rostro de una peregrina belleza.

—Sois Clara,—exclamó;—os conozco por haberos visto muchas veces con vuestra madre en la iglesia. Gracias por mi vida.





LA MUJER HABIA TOMADO EN BRAZOS AL HERIDO

CAPÍTULO X

Clara Margenat

I

El oficial no se había equivocado. Su salvadora era la misma cuyo nombre había dicho.

Las tropas de la guarnición iban á misa á la catedral, por no ser suficientes los demás templos, mezquinos y pequeños en comparación de aquella grandiosa fábrica, y Clara solía asistir á la expresada misa, que se celebraba en el altar de Santa Tecla, patrona de la ciudad.

El oficial había reparado más de una vez en la bella devota, encantado al verla tan bonita y sencilla, con el elegante traje de burguesa de la época, ó *Torcuata*, traje sin igual en ningún tiempo ni país, gracioso, adorable y denunciador de todas las perfecciones del modelo y por lo mismo universalmente preferido por nuestros pintores contemporáneos para representar sus más seductores tipos.

Al presentarse envuelta la ensortijada cabeza en blanca mantilla de encaje, corto el corpiño y asomando los menudos piés bajo la estrechísima basquiña de seda verde, dirigíanse todas las miradas hacia aquella hechicera criatura, de modesto aire y correctísima belleza. Era deliciosamente trigüeña y rosada, de grandes y negros ojos, corta nariz y encarnada boca, á cuyo través se divisaba blanquísima dentadura. Su estatura gentil, su esbeltez y gracioso andar robaban todos los corazones, siendo innumerables sus víctimas, ignoradas absolutamente por su parte.

Hija de un modesto tendero de paños de la calle Mayor, había sido educada en el convento de monjas de la Enseñanza, saliendo de allí instruida más de lo que puede creerse en los actuales tiempos de doctoras y bachilleras. Muchas eran sus habilidades en toda clase de labores, pero no sabía menos en muchas otras materias, aunque se abstenía rigurosamente de aparentarlo. En aquel tiempo había algunas relaciones comerciales entre Tarragona y Venecia y el tendero había llevado consigo á su hija en un viaje que tuvo que hacer allá, á primeros de aquel mismo año 11.

Dió la casualidad de que se hospedaran en una posada dónde la dijeron que se albergaba una gran señora española. Clara se extrañó, sin embargo, de no ver ningún nombre español en la lista de viajeros. Aquella misma tarde, sin embargo, recibió la visita de una elegante y hermosa dama que se expresaba en correctísimo castellano y hasta con cierto dejo andaluz.

La visitante manifestó á Clara que se llamaba Rosario Albenza, cuyo nombre recordó á la viajera el del esposo de la duquesa de Orgiva, como así lo hizo presente á la dama. Muy sorprendida y á la vez alborozada se demostró Rosario al ver que Clara conocía á su hermano y le hizo mil preguntas acerca de la vida que llevaban los esposos. Clara ponderó más que nada su patriotismo y caritativos sentimientos, chocándole, empero, la especie de contrariedad que revelaba el rostro de su interlocutora al oirla referir las pruebas de españolismo que había dado Antonio durante la guerra.

Ello es que á la hora de retirarse, como Clara quisiera ir á dar las buenas noches á su compatriota, la dijeron que la condesa de Latour-Duchesne acababa de abandonar á Venecia. Al oir aquel título francés llevado por una española, apoderóse de la catalana la más amarga indignación, comprendiendo que había estado horas enteras en amigable compañía con una afrancesada.

Tal vez aquel incidente hizo estallar en su seno el invencible aborrecimiento á Francia de que dió posteriormente incesantes pruebas. Ello es que desde que hubo tropezado en extranjero suelo con aquella tránsfuga, sufrieron un brusco cambio sus apacibles sentimientos, sintiéndose poseida, no ya de ferviente amor á la patria, ingénito en ella, sino de enconado odio contra el invasor del suelo español.

Vuelta á Tarragona distinguióse por su devoción y retirada vida; era, sin duda, discretísima y callada, pero sorprendía el ardor con que se expresaba al tratar de los franceses; desde la entrega de Tortosa por el conde de Alacha vistió siempre de luto si antes con elegante sencillez. Tenía entonces veinte años.

No había hablado nunca con Antonio, pero sí con la duquesa, que solía ir á menudo á hacer compras á la tienda del buen Margenat. Leonor parecía prendada de la hermosa niña, la cual siempre se excusó de ir á visitar á la duquesa, por más que ésta la invitaba cuantas veces la veía. Lo que hacía, sí, era mirar con singular insistencia á Antonio, que no podía descifrar el significado de aquella mirada. Clara misma no sabía darse cuenta de lo que sentía por el bravo jefe de milicianos: si admiración por su laudable comportamiento ó tal vez injusto desprecio por ser hermano de la afrancesada que encontró en Venecia.

Desde que había empezado el sitio había trabajado la Margenat con febril ardor, haciendo hilas, cosiendo uniformes y pasando largas horas en el hospital curando los heridos. El día de la salida de Sarsfield había salido ocultamente de su casa para ir con algunas otras amigas á socorrer á los heridos. Ya hemos visto lo que hizo y de qué intrepidez dió pruebas. La conducta de las mujeres en aquella época puede parecer extraña, pero áun modernamente se han visto hechos análogos cuando el sentimiento general ha rayado en delirante frenesí. Testigo sino nuestra guerra de Africa, y áun más recientemente, algunos sucesos de la vecina Francia cuando la *Commune*. Además, no puede medirse la situación de entonces con la de ahora. A Dios gracias no ha vuelto el extranjero á pisar el suelo patrio, pues no debe considerarse como guerra formal la vergonzosa intervención del año 1823. Durante la lucha contra Napoleón todos los corazones nobles estaban dominados por un verdadero fanatismo y de ahí que las mujeres se condujesen de una manera inconcebible hoy, muellemente mecidos todos en la confianza de nuestra indestructible unidad é independencia.

Los franceses se habian portado de tal manera en casi todas partes que su triunfo equivalía á la ruina, á la violación y á la deshonra. El hombre defendía su patria y su hacienda, la mujer su honor, y una mujer que obra en defensa de su honor, raya en lo sublime y llega hasta lo inaudito.

La historia de la invasión estaba señalada en todas partes con sangrienta señal. Violaciones en Rioseco, en Uclés, en Cuenca, en Galicia y Cataluña; asolación en todas partes; robos, saqueos, incendios y falsías. Era imposible que nadie dejase de hacerse contra ellos con los dientes y con las uñas.

Las familias todas tenían hijos, hermanos, deudos y amigos en las partidas de guerrilleros y migueletes; los paisanos en armas eran ahorcados y raro era quien no debiese lamentar una víctima. Así es que el sentimiento popular hervía en cólera infinitamente más que los cuerpos militares, que se batían por la patria y el honor pero sin personales agravios de que tomar venganza, ni ultrajes que lavar en sangre, ni ruinas ni devastaciones que hacer pagar caramente á los causantes.

II.

Al llegar al portillo del baluarte de Santo Domingo, por donde entraban las tropas de Sarsfield, Clara entregó el oficial á los soldados, que lo llevaron sobre los fusiles á guisa de parihuela.

—¿Va al hospital?—dijo un sargento.

—Donde los demás vayan,—contestó Clara.

—¡Es que el hospital debe estar lleno y no van á coger todos los heridos!

Clara reflexionó un momento y repuso:

—Llevadlo á casa, calle Mayor, 3.

—Gracias, señorita,—contestó el sargento.—Así habrá sitio para los pobres soldados. Por lo demás, no os quejaréis del teniente Villarrubia, pues es todo

un caballero. ¡Lástima que me parece que no lo va á contar!

El sargento Blázquez se acercó al teniente y vió que estaba frío como el mármol.

—¡Aprisa, muchachos!—exclamó.

Al llegar Clara á su casa, juntamente con los soldados que conducían al moribundo teniente, encontró á sus padres sumidos en la más honda desesperación, que se trocó en férvida alegría al abrazar de nuevo á su hija.

Componían la familia del tendero aquella hermosa niña, otra menor y tres niños de corta edad. Los pobres hermanos besaron mil veces á Clara, mirándola á la vez que con profunda ternura con cierta especie de respeto.

El teniente quedó instalado en la mejor habitación de la casa. El cirujano que reconoció la herida pronosticó gravemente, pues el proyectil no había salido y quizás había penetrado en el pulmón, según hacía temer la penosa respiración del enfermo y el aparecer algunos esputos de sangre. Sin embargo, probó de extraerlo, no con el sacabalas sino mediante una atrevida incisión, y con alegría de todos apareció el proyectil, que estaba alojado entre dos costillas que había fracturado.

Clara reconoció al oficial herido en el momento en que quedó alumbrada la alcoba por la viva luz de varios velones. Era un joven que la miraba obstinadamente durante la misa, y por una inexplicable casualidad, Clara se encontraba siempre cercana á él.....

Al rayar el día salió de casa y se dirigió á la catedral, permaneciendo largo rato arrodillada ante la hermosísima imagen del *Santo Cristo de la Salud.*

¿Por quién rogaba la niña con tan fervoroso anhelo? ¿Por quién permanecía tanto tiempo suplicando de hinojos al sagrado Crucifijo, tan venerado por todos, tan consolador siempre, tan imponente y amado á un tiempo?

Gruesas lágrimas rodaban por las mejillas de la joven. La grandiosa Seo, sumida en profundo silencio y envuelta aún en la oscuridad, parecía encerrar en sus majestuosas y severas líneas toda la patria, la familia, el hogar, el amor, el porvenir, la esperanza, el consuelo. Clara se sentía confiada, segura, á los piés del Cristo. Apareció el sol por Oriente filtrando sus rayos por los pintados vidrios del soberbio y misterioso rosetón del crucero, encima la gótica capilla del Redentor, y creyó que Dios la mandaba un raudal de caricias y la sonreía. Cayó sobre su cabeza una luz irisada y al levantar del suelo la humillada frente le pareció que el Cristo de la Salud la miraba dulcemente desde la Cruz...

Clara se levantó; henchida de alegría y esperanza pasó bajo las bóvedas de la izquierda nave, ora inundadas de luz, ora sepultadas á intervalos en sombra y salió del templo, consolada, alegre, y... ¡sabedora de que estaba enamorada!



CAPÍTULO XI

La toma del arrabal.—Trabajos de aproche

I

Hermosa era la noche del 16 de Junio. Los franceses contemplaban desde el fuerte de Francolí cómo se estrellaban las blandas olas en las escarpas del recinto; á ochenta toesas de allí, los españoles que guarnecían la luneta del Príncipe, yacían tranquilos y desprevenidos después de haber presenciado cómo habían caido durante el día 1.600 bombas sobre la ciudad.

Mandaba el puesto español un valiente jefe llamado D. Miguel Subirachs, pero confiado en el foso y creido de que todo el afán del enemigo se reducía á reparar los destrozos causados por los nuestros en la salida de la noche del 11 al 12, no tomó las precauciones que eran necesarias para poner á cubierto de cualquier golpe de mano aquella obra exterior. Bien se aprovechó del descuido el enemigo; dos columnas francesas embistieron de pronto la luneta, la una de frente y la otra por el punto donde terminaba el foso. A la primera descarga de los nuestros cayó muerto el valiente coronel Javersac, que mandaba la columna de ataque del frente, desbandándose en consecuencia los franceses; empero no sucedió lo mismo con la acometida por el flanco, pues los contrarios penetraron fácilmente, favorecidos por lo flaco del sitio, y degollaron un centenar de soldados, haciendo otros tantos prisioneros, logrando salvarse los doscientos restantes que componían la guarnición. Los fugitivos, perseguidos por los victoriosos franceses, entraron en la plaza por el portillo del baluarte de San José, á cuyo efecto se levantó el puente levadizo. Envalentonados los enemigos, no cesaron en su persecución, hasta el extremo de llegar juntamente con los españoles al portillo, cortando las cuerdas de dicho puente para que no se pudiese levantar.

Era inminente la entrada en el arrabal, gracias á la necesidad de tener que estar libre la puerta para los fugitivos que iban llegando. Ya la columna francesa se preparaba á desembocar en el interior del recinto murado cuando de pronto resonaron fuertes detonaciones que les causaron sin igual dispersión, cayendo prisioneros los que habían penetrado ya dentro nuestro campo y tendidos muchos otros, gravemente heridos.

¿Qué era aquello?

Desde lo alto de la muralla un hombre había arrojado una tras otra quince granadas de mano, hechas de vidrio, siendo incomprensible su temeridad en ponerles á todas una mecha de casi instantánea duración, pues en menos de un minuto cayeron en las filas francesas todos los quince proyectiles.

Aquella proeza la había llevado á cabo Jorge, que previniendo lo que ocurriría en caso de ser tomada la luneta del Príncipe, se había dirigido hacia el portillo, impaciente por ensayar el efecto de aquellos destructores globos de grueso vidrio, recibidos poco antes de Mataró.

II.

El francés, dueño ya de la referida obra, formó en

un terraplén con sacos de tierra una nueva batería de brecha, cerrando cada vez más el frente atacado y abriendo la tercera paralela. Al cabo de dos días coronaba la cresta del glacis y emprendía la bajada al foso del baluarte de Orleans.

La lucha era cada día más encarnizada y como se cambiaban los tiros desde muy cerca, cruzábanse entre sitiados y sitiadores los más sangrientos insultos, fieras amenazas é inauditos baldones. Las pérdidas del contrario eran enormes: en los cuarenta y tres días que duraba el sitio habían caido muertos ó heridos un general, dos coroneles, quince comandantes, diez y nueve oficiales de ingenieros, trece de artillería, ciento cuarenta de las armas generales y tres mil soldados. Eso, cuando aún tenían que apoderarse del arrabal y empezar el sitio contra la ciudad.

Dependían las grandes pérdidas de los franceses del incesante fuego de los morteros de la plaza, que les arrojaban de continuo bombas y granadas; las de vidrio, sobre todo, les causaban mortífero efecto, siendo general en los *troupiers* la creencia de que los tales proyectiles eran contrarios al derecho de guerra.

Previendo Contreras por dónde abrirían brecha los franceses, hizo construir los atrincheramientos necesarios detrás de los parajes amenazados y mandó contraminar el baluarte de Orleans, cuyos hornillos estaban ya cargados. El 21 de Junio, tres días después de concluida la tercera paralela, empezó el francés á batir la muralla, apareciendo á las cuatro de la tarde abiertas tres brechas, dos en los baluartes de Orleans y San Carlos y la otra en el fuerte Real, aunque aislado y dentro del muro. La facilidad con que el francés pudo abrir dichas brechas demuestra lo endebles que eran por aquella parte las obras de la plaza, cosa que no había escapado á la penetración de sus ingenieros. Menos de diez horas bastaron para hacer aportillarlas, cuando con la artillería de aquel tiempo se necesitaban treinta y seis tratándose de una fortificación regular.

Todo se conjuraba en contra de los nuestros. Sarsfield, que hasta entonces había demostrado sin igual valor é inteligencia en la defensa de las obras exteriores de la marina, que estaban á su cargo, abandonólas, poco antes de asaltarlas los franceses, dando aviso por oficio al general Contreras de que se hallaba contuso, pero en realidad, á causa de la poca armonía que reinaba por lo común entre los jefes españoles, siendo, en último resultado, las poblaciones y los paisanos los que pagaban los vidrios rotos. Funestísima fué la resolución de Sarsfield al abandonar sus tropas en el momento de presentarse el enemigo, que es cuando se requiere el valor, la constancia, la serenidad, la inteligencia. Dañoso es siempre faltar á la obediencia ciega y á la subordinación absoluta, pero más aún en circunstancias tan críticas cual las que narramos.

Las brechas estaban practicables y los defensores desanimados con el abandono de Sarsfield, por más que hubiese ocupado su puesto el intrépido y entendido coronel de artillería D. Manuel de Velasco, pues siempre perjudica la moral del soldado una repentina mudanza de jefe en el supremo trance de un asalto inminente.

Ello es que al oscurecer de aquel mismo día cinco columnas francesas, llenas de denuedo y arrogancia, atacaron á la vez las brechas de los dos baluartes, llevando el francés todas sus reservas. Recibiéronlos con bizarría los nuestros, mas después de una vigorosa resistencia, abandonaron las obras exteriores y se retiraron hacia la plaza. Los franceses penetraron entonces por las brechas, mezcláronse con los defensores y de esta mezcla resultó un horrible degüello de unos y otros. Muchos españoles murieron atravesados por la espalda, sorprendidos en la defensa de una brecha mientras estaba ya abandonada la otra y los franceses dentro. Nadie cuidó de hacer volar el baluarte de Orleans, encendiendo á tiempo los hornillos ya cargados. Hacia la marina Velasco rechazó bizarramente los primeros ataques y no se retiró hasta que vió amenazado su flanco derecho por los franceses que bajaban de los baluartes. Los ingleses disparaban desde sus barcos recias andanadas, si bien perjudicaban poco al enemigo. El fuerte Real fué escalado y tomado casi sin resistencia.

Contreras se encontraba en la muralla del cuerpo de la plaza, encima de la puerta de San Juan, con tropas para socorrer á los que se retirasen después de haber rechazado de las brechas al enemigo; pero viéndolos venir mezclados con franceses hizo cerrar la puerta, sin cuya precaución amigos y enemigos se habrían colado dentro, como sucedió el día de la pérdida de la luneta del Príncipe.

El general gritó á los españoles que se formasen en batalla al pié de la muralla, lo cual ejecutaron

bien y prontamente los dispersos soldados, separándose de los franceses, y luégo que estuvieron bajo la protección del fuego de la plaza, comenzó ésta á hacerle terrible de fusilería y metralla contra los invasores, obligándoles á retirarse con una pérdida horrorosa de muertos y heridos, de que dejaron cubierto el suelo. Un capitán de granaderos, enemigo, tuvo la temeridad de llegar hasta la misma puerta al frente de los suyos, que la empujaron con las culatas de sus fusiles, pero pagaron caro su atrevimiento, pues murió casi toda la compañía y de los primeros el capitán y el tambor, que cayeron y quedaron á dos pasos de dicha puerta. Hasta las tres de la mañana estuvieron entrando los nuestros, saltando por encima las cortaduras de Cervantes y del Rosario.

III.

Luégo que se vieron los franceses dentro del primer recinto y pudieron llegar á las casas del arrabal, asesinaron á multitud de vecinos, sin distinción de sexo ni edad. Eran en su mayoría mujeres y niños de pobres pescadores, modestos comerciantes y honrados payeses. El francés, sediento de sangre y azuzado por las voces de los jefes y generales que incitaban al degüello y al saqueo, cebáronse bárbaramente en los inermes habitantes. Aquel era el preludio de la gran matanza que debian llevar á efecto después. En el silencio de la noche vieron asaltadas sus moradas los infelices vecinos de aquellas desparramadas viviendas y pronto el rojo fulgor de las llamas alumbró la nocturna carnicería. Almacenes, depósitos, barracas y fábricas, todo ardió El francés celebraba con aquellas luminarias su victoria. ¡Ya era dueño del primer recinto; ya estaba al pié de las murallas de la vieja ciudad!

Nuestras pérdidas no pasaban de 500 hombres; las suyas habían sido incomparablemente mayores, y sin duda para igualarlas, dió Suchet la orden de asesinar á los habitantes del arrabal, sin compasión, sin disculpa y á sangre fría.

Contreras, desde la muralla, distinguió en el campo enemigo señales de si quería entrar en capitulación. Repitió el francés la propuesta numerosas veces, pero el dignísimo gobernador no se dignó contestar á ella, limitándose á disponer que recrudeciese el fuego de artillería. Ante el altanero silencio del valiente general, sintióse herido en lo más vivo el orgulloso Suchet y dispuso que se abriese aquella misma noche la primera paralela contra el cuerpo principal de la plaza, apoyando la izquierda en el convento de Capuchinos y la derecha en un despeñadero á cuyos piés se estrellaban las olas del Mediterráneo. ¡La muralla que tenía que batir el enemigo era más débil, si cabe, que la que amparaba el arrabal!

IV.

La plaza se veía estrechadísima. Reinaba general disgusto contra Campoverde porque no acudía á atacar á los sitiadores, obligándoles á levantar el cerco. Nadie quería hacerse cargo de que los franceses eran 40.000, con 8.000 caballos, cien gruesos cañones y un tren de batir y que Campoverde contaba escasamente con 9.000 hombres.

Aumentaba también la amargura de los tarraconenses el ver que muchos oficiales se fugaban de la plaza, huyendo del trabajo y del peligro sin la competente licencia, y que otros la solicitaban con pretextos poco decorosos, ora fingiéndose enfermos, ora cometiendo bajezas para ocultar su timidez.

Esta escandalosa deserción de muchos oficiales, tenía exasperado no sólo á Contreras sino á todos los militares dignos y pundonorosos, y de ahí que el cirujano mayor D. Antonio de San Germán, pasara un oficio al general dándole cuenta de que *muchos maulas*, lo mismo oficiales que soldados, se colaban en los buques al tiempo de embarcarse los enfermos y heridos, no conociéndoseles luégo, como era natural, enfermedad alguna. Asimismo faltaron á sus deberes algunos físicos, castigados incontinenti por aquel dignísimo jefe de sanidad militar.

Llegó á tal extremo la deserción del ejército de Tarragona que los más de los cuerpos estaban mandados por capitanes, porque los jefes se habían marchado y estaban regalándose en Villanueva y otros parajes; para esos indignos militares había pedido Contreras la inmediata destitución, así como el mando en propiedad para los valientes capitanes, *sin lo cual*, decía el general, *no se hará justicia como se debe*, y *es preciso hacerla*.

En cambio los oficiales que quedaron dentro de la plaza demostraron que conservaban íntegro el incomparable espíritu de los antiguos tercios españoles. Bizarría, sobriedad, temerario valor, desprecio

de la vida, ardiente amor á la patria, caballerosidad, ánimo inquebrantable y severa disciplina, fueron las cualidades que demostraron en toda ocasión. El grito de guerra era: *Antes morir que rendirse*, y así lo hicieron.

V.

Si la guarnición no se había portado en su totalidad como era de esperar, brilló en cambio hasta rayar en lo sublime el heroísmo de los milicianos y de los vecinos en general. Bien notaban los franceses quiénes eran los que con más odio les combatían. En la sangrienta jornada de la toma del arrabal, cuando se hacían las descargas á pocos pasos de distancia y se arrojaban de uno á otro campo las más odiosas imprecaciones, bien distinguieron los franceses de dónde partían los más feroces aullidos y las más tremendas maldiciones; bien percibían entre el vocerío de los defensores, gritos de mujeres; bien sabían á quién atribuir las disformes heridas de arma blanca, inferidas en el vientre, de que morían gran número de los suyos, pereciendo despachurrados; todo aquello era obra de los paisanos, rencorosos y exasperados, frenéticos y rabiosos.

Jorge, distinguido ya por haber sido el principal autor del rechazo de los enemigos al penetrar por primera vez en el arrabal, era el alma de las compañías de marinos. Luchaba á todas horas, cual si buscara empeñadamente la muerte, que no le quería; había matado más franceses él con su faca que otro ninguno con la bayoneta ó el fusil.

Cándida no había recobrado la razón; sumida en constante melancolía, habíase encerrado en el más completo mutismo, negándose á comer y siendo preciso valerse de toda clase de medios para sostener sus fuerzas. Cuando Jorge iba á verla, ella le miraba largo tiempo fijamente, acabando con una carcajada estridente seguida luégo de copioso llanto.

Por más que el pobre joven la prodigara toda clase de caricias y la hablara con la más tierna efusión, no conseguía disipar la nube que empañaba la inteligencia de la desdichada huérfana; esto le había hecho aborrecible la vida, transformando en ciega temeridad su antes sereno valor de hombre de mar.

El enemigo no perdía el tiempo: al día siguiente de entrar en el arrabal, abría ya apresuradamente junto al convento de Capuchinos la primera paralela contra la muralla de San Juan. Las fragatas inglesas y los baluartes de la plaza hacían terrible fuego contra los trabajadores enemigos, contra las tropas que los apoyaban y contra los que andaban saqueando las casas abandonadas del barrio de la marina, de manera que por este fuego y el de la plaza, que era continuo, perdió el francés al construir su obra una cantidad prodigiosa de hombres.

VI.

Ya no podían hacerse las salidas por donde antes se solía; la muralla amenazada carecía de toda obra exterior, fosos y camino cubierto, de suerte que para inquietar al enemigo no había más remedio que confiar á cincuenta ó sesenta hombres decididos la empresa de acercarse á sus trincheras saltando por encima de las cortaduras que había á cada extremo del frente atacado, una en el baluarte de Cervantes y otra en el del Rosario.

Jorge figuraba siempre en tales sorpresas, que costaban diariamente la vida á muchos franceses. Al rayar el alba aparecían indefectiblemente degollados multitud de centinelas y guardias. Durante el día era excesivo y mortífero el fuego de la plaza, inutilizando gran número de individuos del ejército sitiador.

Suchet condujo entonces las operaciones con una precipitación desusada en todo otro sitio, lo cual le hacía perder doble número de soldados de lo que hubiera sucedido á obrar con el método que lo había hecho anteriormente. Prodigaba la sangre de su gente sin escrúpulo alguno, atento sólo á reducir cuanto antes la plaza para obtener el empleo de mariscal que tenía prometido. Temía que si llegaba Campoverde y la guarnición hacía una salida, no tuviese que levantar el cerco, pues á veces se distinguían en las alturas del *campo de Tarragona* las avanzadas españolas que parecían ir á caer sobre los sitiadores. Contreras, en cambio, pensaba ya en salvar la guarnición abriéndose paso al través del círculo de hierro en que estaba aprisionada la plaza, pero las noticias que recibía de Campoverde diciéndole que sin pérdida de tiempo iba á atacar á los franceses por la espalda, le hicieron desistir de su propósito y resolvió no abandonar la plaza, en la creencia de que Campoverde y la guarnición lograrían ahuyentar al sitiador.

VII.

Don Juan Senén estaba enemistado con Campoverde, con Sarsfield, con Velasco, con todo el mundo. Era hombre de singulares bríos, noble, honradísimo, pero á la vez pecaba de descontentadizo, de algo vano y de sobradamente hablador y aficionado á la pluma, defecto este último hermanado, sin embargo, con una más que regular instrucción y amor al estudio. Dolíale haber debido encargarse del mando de una plaza cuyas fortificaciones eran tan defectuosas habiendo tenido Campoverde tiempo de sobras para dotarla de la debida solidez; quejábase de haberse visto precisado á dirigir la defensa estando adelantado ya el sitio, y estaba enojadísimo al ver que el marqués no le proporcionaba el socorro que sin cesar le prometía.

Por valiente que fuese el general Contreras, confiaba sobradamente en la cooperación de los otros y daba pábulo á que el pueblo murmurase de los demás jefes. Si no hubiera contado más que con la guarnición y los moradores, hubiera habido mayor unidad en el plan de defensa.

Llegaba hasta la pesadez el buen don Juan en su manía de manifestar á todas horas que no había más remedio que rendirse si en breve no era socorrida la plaza y en no parar de censurar á Campoverde porque no venía.

No era esto lo único capaz de descorazonar á los naturales: el día 14 de aquel mes de Junio había llegado á Tarragona una división valenciana, fuerte de 4.000 hombres armados y 400 desarmados, al mando del mariscal de campo D. José Miranda, y en vez de quedarse en la plaza, como se esperaba, se habían reembarcado para Villanueva, dejando sólo en Tarragona los 400 quintos.

Verdad es que con aquel refuerzo contó Campoverde con 9.500 hombres y 1.200 caballos, pero hasta el 25 no se decidió á intentar algo contra el enemigo. Dicho Miranda, al frente de los 4.000 valencianos y de la división del barón de Eroles, fuerte de 1.000 infantes y 700 caballos, fué destinado á atacar los campamentos franceses de las cercanías de Tarragona... y efectivamente, no los atacó, excusándose con que no conocía el terreno y alegando dudas y temores que no se le habían ocurrido la víspera. Aquella indigna defección de Miranda, merecedora de severísimo escarmiento, quedó lavada hasta cierto punto por D. Juan Caro, el antiguo gobernador de la plaza, el cual, vuelto ya de Valencia, acuchilló en Torredembarra á unos 200 franceses.

Habíase malogrado, pues, el tan esperado socorro para libertar la plaza, gracias á la cobardía de don José Miranda, que hubiera debido inmediatamente ser pasado por las armas, y los tarraconenses resolvieron defenderse sin esperanza hasta morir, mostrando que sabían sacrificar la vida antes que la honra.

Cuando se creía todo perdido, volvió á renacer, sin embargo, por un momento, la más alegre confianza. Acababa de entrar en el puerto una expedición inglesa compuesta de 1.200 hombres. Desembarcaron su jefe y algunos otros oficiales, pero así que vieron el estado de la plaza y juzgaron ser imposible la resistencia, volvieron á largarse, acabando con su determinación de trastornar los ánimos.

VIII.

Llevado Contreras de su carácter quisquilloso y murmurando más de lo que convenía á su superior jerarquía, habíase puesto en términos absolutamente incompatibles con el general en jefe. Llegaron á conocimiento de Campoverde las jeremiadas del gobernador y sus desmayados discursos, y á este efecto le escribió que, si no estaba contento, entregase el mando á Velasco. Contreras, que por más que hablase, jamás había pensado en rendirse, tomó á mal semejante conminación y mandó salir en seguida á Velasco. Así se conjuraba todo contra la sitiada ciudad: refuerzos que no hacían más que aparecer y desaparecer como un relámpago; divisiones y piques entre los jefes; coroneles y comandantes *in absentia;* destierro de bravos oficiales; desavenencias entre las autoridades, y sin embargo, no conseguían tantos contratiempos amenguar la resolución de los habitantes, si bien trascendían lastimosamente en perjuicio de la moral del soldado.

IX.

Extraño aspecto presentaba la ciudad. Desde el 21 no había cesado el bombardeo, contestado admirablemente por nuestra artillería. Al cabo de cinco días tenía ya establecida Suchet su segunda paralela

á 160 varas de la muralla, quedando armadas, el 27 por la noche, las baterías de brecha, á pesar de no haber callado un instante nuestros cañones.

La campana de la catedral conocida por la *Copona,* daba la señal cada vez que venía un proyectil; Contreras había dispuesto, desde que comenzó el bombardeo, que todas las casas estuviesen abiertas y las gentes alerta en los portales; que al dar la *Copona* una campanada, lo cual indicaba granada real, ó dos, que significaba bomba, mirasen todos al paraje donde se dirigía el proyectil, particularmente la bomba, que da tiempo y descubre su dirección por la espoleta, como la granada por su ruido, y que esperasen la caida, no saliendo afuera hasta haber oido la explosión si hubiese caido en la calle. No tardaron en familiarizarse todos con las bombas, sirviendo de diversión y entretenimiento por las calles á mujeres y niños, que tomaban á broma aquellos poco agradables globos de hierro y metralla. En cambio, los fuegos verticales de los franceses ocasionaban sensible daño entre los soldados y milicianos que se encontraban en la muralla, pues no podían resguardarse de los cascos con la seguridad que los de dentro.

La catedral estaba llena de gente que se amparaba bajo sus robustas bóvedas y que se creía, además, mejor preservada encontrándose en aquel sagrado lugar. Muchas bombas cayeron, en efecto, pero no causaron daño alguno.

Otros se refugiaron bajo las bóvedas del antiguo circo romano, una de las más singulares y prodigiosas obras que puede admirar el viajero en aquella monumental ciudad. Figurémonos un inmenso subterráneo rectangular labrado en la peña viva; sosteniendo encima de su bóveda casas en vez de la antigua gradería, pero no un subterráneo bajo y estrecho, sino alto como una catedral, ancho, magnífico, siguiendo la pendiente de la colina y capaz de dar abrigo á todo un ejército. Muchas calles están edificadas sobre aquellas gigantescas construcciones; los dueños de las casas han tabicado luégo la parte de subterráneo perteneciente á cada una de ellas y así no es posible hoy dar toda la vuelta, pero si uno penetra, por ejemplo, por la bóveda que ocupa el parque de ingenieros, es fácil que se extravíe una vez se interne algún trecho bajo aquella gran nave.

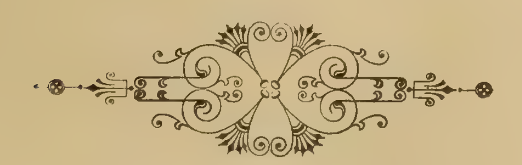
X.

Era inútil forjarse ilusiones: no había salvación para la ciudad. Tratábase ya únicamente de morir matando y de sucumbir cual cumplía á un pueblo desgraciado, pero heróico.

Algunas familias se habían instalado desde la noche del 26 á bordo de las numerosas embarcaciones surtas en la playa del Milagro y esperaban el desenlace de los acontecimientos para saltar en tierra ó hacerse á la vela para Mallorca. Digamos, empero, que eran, en su mayoría, familias principales, pues las restantes no habían querido desamparar sus hogares, sin ponerse siquiera en salvo las mujeres ni los niños.

Así amaneció el 28 de Junio de 1811.

Había sonado la hora suprema.



CAPÍTULO XII

Un mar de sangre

I

«Temo, si la guarnición de la plaza espera el asalto en su último recinto, verme obligado á dar *un ejemplo terrible y espantar para siempre Cataluña y toda España con la destrucción de una ciudad entera.* El ardor y buena voluntad que anima á todo el ejército aumenta y aspira á dar un golpe que termine *con estruendo* esta larga lucha.»

Así decía el mariscal Suchet en el parte que daba á su amo dos días antes del asalto final.

La noche del 27 al 28 de Junio las tropas que estaban sobre la muralla amenazada podían ver cómo los franceses iban adelantando sus baterías hasta emplazarlas á sesenta varas del recinto.

En la oscuridad de aquellas horas aparecían como siniestros fantasmas que transportaban sacos y gaviones para formar la trinchera. Los nuestros hacían certeros disparos; oíase un grito, una exclamación de rabia y luégo el sordo rumor de azadonazos, de paletadas de tierra, voces de mando y martillazos. Aquella terrible laboriosidad parecía la de unos sepultureros abriendo la hoya y el apagado ruido de la zapa resonaba lúgubremente en las tinieblas.

¡Cuántas noches de fuego y devastación desde el 2 de Mayo! Pero aquella tenía otro carácter; las trincheras enemigas estaban allí tocando con los endebles muros y el terraplén era harto endeble para resistir los terribles proyectiles que debía recibir. Los soldados miraban con ceñudo rostro aquellos montones de sacos y faginas que se levantaban allí enfrente y deseaban llegase el momento de pelear.

En el interior de la ciudad levantábanse barricadas; contábase disputar el terreno palmo á palmo, como en Zaragoza. En el llano de la catedral se colocaron dos cañones de los llamados *violentos*, que enfilaban la calle Mayor y estaban destinados á barrer de allí á los franceses en cuanto asomasen, si acaso penetraban en el recinto. Dichos cañones estaban servidos por la artillería de la milicia al mando de Antonio Albenza.

Estaba expuesta Su Divina Majestad en todas las iglesias, siendo innumerables los fieles que acudían á impetrar la protección del Dios de los Ejércitos. Celebrábase el trisagio en todas las casas, hacíanse votos, prometíanse penitencias... y se afilaban los cuchillos.

La duquesa de Órgiva, que había permanecido constantemente en la ciudad y dejádose ver más de una vez en las murallas, estaba entregada á angustiosas reflexiones. Clara Margenat atendía á todos los rumores y de buena gana hubiera dejado la cabecera del lecho en que yacía Villarrubia para correr á la defensa de los baluartes. En cuanto á Cándida, Jorge la había hecho cambiar de casa, llevándola á una habitación cerca de la ermita de San Magín, en los barrios altos de la población.

Toda la noche se pasó en mortal impaciencia. La plaza hervía en desesperada ira. Cincuenta y siete días de incesante fuego habían demostrado la tenacidad de los defensores. Se habían ido perdiendo uno tras otro todos los elementos de defensa; el Olivo, la

luneta del Príncipe, las obras exteriores de la marina, el fuerte Real, el arrabal. La cobardía de Miranda había hecho fracasar la tentativa de liberación tardíamente llevada á cabo por Campoverde; los jefes no se entendían; los regimientos estaban mandados por los capitanes; los ingleses no habían querido prestar su auxilio en el último trance. Sin embargo, todos estaban resueltos á hacer comprar cara á los franceses su victoria. Aun quedaban los pechos catalanes, áun quedaba el pueblo de Tarragona, desembarazado de los pusilánimes varones titulados *principales.*

Sin embargo, entre tantos hombres como había, enardecidos por la sed de llegar cuanto antes á las manos y seguros de que la brecha quedaría abierta á las pocas horas, figuraba uno dotado de frescura sin igual y de confianza sin límites. Era un tal don Facundo de la Alcantarilla, maestro de fortificaciones de la plaza, varón tan íntegro como angélico y sobradamente desdeñoso de las obras de sus colegas transpirenáicos. Aquel entusiasta de la ingeniería militar española, decía á todas horas:

—¿Qué queréis que hagan los cañones franceses contra los inexpugnables muros de esta plaza? Quinientas baterías vomitando balas sin cesar, no conseguirían remover una sola piedra de nuestras fortísimas escarpas. Dejadles que tiren, pues lo que de seguro sucederá es que sus balas rebotarán y les matarán á ellos. Dormid á pierna suelta y no penséis en brechas imposibles de abrir. Me diréis que aportillaron por tres partes la muralla de la marina, pero aquello fué debido á una traición. No sucederá lo mismo ahora. Todos los *caragirats* han sido expulsados. Nada, muchachos, los terraplenes de los muros no los atraviesa toda la artillería de Bonaparte, os lo aseguro como hombre práctico que soy, como que fuí uno de los que más trabajaron en la cortadura de la isla de Leon; pero mejor que aquello es todavía la muralla de San Juan.

Esto decía el buen Alcantarilla, cómodamente instalado en el parque de ingenieros, bajo la robusta bóveda del circo. Verdad es que, para estar perfectamente tranquilo, había situado su mesa y la taquilla correspondiente muy adentro del subterráneo, donde no penetró jamás la claridad del día, debiendo tener constantemente encendida luz artificial.

Extraño aspecto presentaba aquella especie de gigantesca cueva labrada en la dura roca. Algunos soldados y milicianos estaban allí al objeto de recoger útiles y herramientas que el señor Alcantarilla les iba entregando, empleando grandes oleadas de tinta, pues el digno funcionario era aficionadísimo al tradicional papeloteo oficinesco.

Desde aquel retirado asilo era imposible ser perturbado por ruido ninguno del exterior. Era un verdadero lugar para estar separado completamente del mundo y sus vanas pompas. A la madrugada, don Facundo quedó solo y se acostó en compañía de un su asistente y admirador, gaditano como él, aunque sin contar en su gloriosa historia de portero el hecho de haber tomado parte en el levantamiento de la famosa Cortadura.

II.

Al romper el alba resonaron los cañonazos más ruidosos que nunca, como más próximos á la plaza. En cada batería tenían emplazadas los franceses catorce piezas de á veinticuatro, batiendo furiosamente en brecha la cortina del frente de San Juan por el ángulo que formaba con el flanco izquierdo del baluarte de San Pablo, sitio ocupado hoy por el jardín botánico.

El fuego de los nuestros era acertado y no menos horroroso, destruyéndoles al enemigo los espaldones de sus baterías, con lo cual quedando en descubierto los artilleros y permaneciendo á tan corta distancia, sucumbieron en grandísimo número. De vez en cuando callaban los cañones de los sitiadores, faltos de hombres para servirlos. La infantería competía en heroísmo con la artillería de la plaza siendo mortíferos los tiros que disparaba. Los trabajos de brecha veíanse interrumpidos á cada momento, mostrándose Suchet ferozmente furioso por cada nuevo retardo.

De pronto resonó una espantosa explosión; una bala francesa había ocasionado la voladura de un polvorín en el estrecho fuerte de Toro ó de Cervantes, apagándose por lo tanto sus fuegos.

Mandaba el frente atacado el bizarro brigadier don Félix María de Messina y el recinto opuesto, muy lejos de aquél, el general Courten. El comandante general de ingenieros, Cabrer, recorría la muralla dictando útiles instrucciones y Contreras se multiplicaba, yendo de una parte á otra.

Entretanto comenzaba á rasgarse el lienzo de mu-

ralla contra el cual asestaba sus tiros la artillería sitiadora...

Era tiempo de poder capitular honrosamente para evitar los horrores del asalto, pero ni uno solo de los defensores abrigó semejante pensamiento. Militares y paisanos estaban resueltos á perecer en la demanda.

III.

Y la muralla se iba desmoronando y el boquete era cada vez mayor y se veían formadas las columnas de ataque.

Contreras tenía á sus órdenes 8.000 soldados y unos 1.500 milicianos.

Era imposible poner en salvo aquella fuerza por mar, á causa de no haber buques capaces, ni tiempo para hacerlo por tierra, á causa del círculo de hierro que formaban los sitiadores y que era temerario pensar en romper.

La capitulación era deshonrosa después de cincuenta y siete días de heroica defensa.

No quedaba más recurso que morir con las armas en la mano, recibiendo á los franceses en la brecha y tratando de rechazarlos.

Los soldados se batían bien; el francés sufría grandes pérdidas.

Todo el interés se reconcentraba en el frente atacado; el resto de la ciudad permanecía envuelto en profundo silencio.

Caía aquel día un sol abrasador; las mujeres acudían á la muralla, cargadas de cántaros, dando de beber á los sedientos combatientes.

Y el boquerón se abría cada vez más y el terraplén se desmoronaba y á su través veían ya los franceses los árboles del huerto de los franciscanos, cuyo convento estaba situado detrás del lienzo atacado.

Así pasaron largas horas de ansiedad hasta que á las cinco de la tarde Suchet dispuso el asalto, por ser ya practicable la brecha.

Contreras se presentó en la muralla é hizo formar en frente del boquete dos batallones de granaderos provinciales y el regimiento de Almería. Acto seguido repartióles vino, aguardiente y tabaco y les arengó para enardecerlos en aquel terrible trance.

La orden era no tirar ni un solo tiro, cargando á los contrarios cuando subiesen.

Resonaron los tambores de los franceses, tocando paso de ataque, y salió de las trincheras impetuosa, imponente, una columna, que muda, silenciosa, terrible y con la bayoneta calada, atravesó como una exhalación la distancia que separaba la trinchera de la brecha.

Una lluvia de metralla abrasó la cabeza de aquella falange, retrocediendo despavoridos los que iban detrás. Rehízose la columna de ataque y otra vez asomó por la fatal abertura; los morteros, cual si quisieran aprovechar los últimos momentos de su glorioso papel, arrojaron entonces nuevas y terribles rociadas contra los asaltantes, que segunda vez se retiraron, dejando cubierta de cadáveres la brecha. Entre los muertos había el célebre Bianchi, el antropófago, al cual un franciscano mató de un tiro desde su celda.

Los generales Habert, Ficatier y Montmarie, obligaban á sablazos á avanzar á los rechazados y maltrechos granaderos, pero era inútil pensar en acercarse; era ir á la muerte con toda seguridad, era como arrojarse al cráter de un volcán: la artillería no cesaba en su terrible cañoneo, los soldados de á pié, inmóviles tras de la brecha, esperaban el momento de cargar.

Hacía más de una hora que duraba aquel horroroso espectáculo; las columnas de ataque, despavoridas y presas de indecible pánico, se negaban ya á acercarse á la brecha. Acúdese á la reserva; los ayudantes mismos de Suchet se ponen á la cabeza, pero la nueva columna sufre igual suerte que las demás.

Inmenso júbilo reinaba entre los nuestros, ¡un poco más de esfuerzo y la victoria era segura!

Suchet, furioso y desesperado, manda formar un batallón de oficiales para que suba á la brecha. Avergonzados entonces los franceses de semejante determinación, piden ser mandados otra vez al asalto. Dos mil granaderos, apoyados por 6.000 más, lánzanse *por quinta vez* al boquerón y vuelve á oscilar de nuevo la columna, presagio de decisiva retirada.

Contreras grita entonces al regimiento de Almería:

—¡Carguen! ¡A ellos!

Pero el regimiento, en vez de obedecer, retrocede y se dispersa. En vano los oficiales persiguen sable en mano á los fugitivos; el desorden es completo y la brecha queda desamparada y empiezan á desembocar por ella regimientos y más regimientos enemigos.

Todas las tropas de la muralla abandonan sus puestos, contagiadas por el pánico, pudiendo así los invasores correrse á lo largo del adarve, en toda la extensión del recinto exterior.

Las tropas y milicias, apostadas en el llano de la catedral, estaban esperando la aparición de los franceses por el frente.

El regimiento de Almansa, apostado en las casas de la acerca izquierda de la Rambla, previamente atroneradas, detiene á los franceses, impidiéndoles franquear las boca calles, obstruidas con barricadas.

Parecía que iba á empezar de nuevo la defensa de Zaragoza; á ello estaban dispuestos todos los habitantes y aquel valiente regimiento. Ya la Rambla estaba cubierta de cadáveres y los franceses se veían obligados á refugiarse en el Seminario, conventos de San Francisco y San Agustín y el Hospital para abrigarse del fuego de las casas del frente, convertidas en murallas.

—¡Valor!—gritaban los oficiales.—¡Los bandidos habrán de establecer un sitio en regla para arrojarnos de aquí!

Pero de pronto viéronse los bravos de Almansa atacados por retaguardia, desde las casas de la plaza de la Fuente. Era que el enemigo, no habiendo encontrado á nadie en la cortadura del Rosario, habíala salvado sin ningún obstáculo y bajando por la rampa, se había podido meter en el centro de la ciudad, flanqueando las barricadas y cortaduras de la primera línea de defensa interior.

Al mismo tiempo otra columna seguía por el baluarte de Tras Palacio y desembocaba inesperadamente en el llano de la Catedral, sorprendiendo también por retaguardia á los retenes que esperaban el ataque por delante. ¡Irrisoria fatalidad!

Acosados por todas partes los defensores del Llano de la Seo, fueron inhumanamente degollados cuantos paisanos se encontraban allí. En las gradas cayó acribillado á bayonetazos el gobernador militar don José González, hermano de Campoverde. Los oficiales de la guarnición no paraban de correr tras de los fugitivos soldados, pero éstos, sin atender á nada y prefiriendo ser acuchillados por sus jefes que caer en poder de los franceses, tiraban las armas, negándose á rehacerse. Corrían los unos hacia la muralla de San Antonio y desde allí se descolgaban en los roquerales, figurándose hallar expedita la carretera de Barcelona, pero los franceses, que tenían perfectamente circunvalada la plaza y tomadas todas las avenidas, les cogían fácilmente, dándoles cuartel sin embargo. Las guarniciones de los fuertes de San Jorge, Las Horcas y La Reina, contiguas al mar, huyeron también, abandonando los recintos, y cayeron asimismo prisioneras.

Contreras, al frente de algunos restos semi-disciplinados, dirigióse hacia el portillo del Socorro, abierto en la muralla romana, junto á la ermita de San Magín; empero, perseguido por los franceses y cortado á su salida por la caballería apostada en el exterior, cayó herido de un bayonetazo en el vientre, siendo al punto recogido con grande algazara por los enemigos.

Avanzaba en esto la noche; ya no quedaba ningún soldado libre. Suchet los mandó sacar de la plaza por pelotones y aquellos 7.800 soldados que tanto habían flaqueado á última hora, después de haberse portado bizarramente durante todo el sitio, fueron enviados á Constantí.

La carnicería del llano de la catedral había sido tan espantosa que la sangre iba saltando de escalón en escalón, formando un ancho reguero, corriendo luégo por la pendiente de la calle Mayor hasta la Rambla.

A las ocho de la noche toda resistencia había concluido. Los milicianos, cogidos en las calles, habían perecido todos. ¡Ya podía el francés proceder con entera tranquilidad á dar el *espantoso ejemplo para aterrar á Cataluña y á España entera* de que hablaba Suchet en su parte del 26!

IV.

Las hordas francesas se desbandaron por calles y plazas; derribaban á culatazos las puertas que no estaban abiertas y acto seguido mataban á todos los moradores; cuantos procuraban ponerse en salvo y eran sorprendidos en la calle, eran asimismo asesinados. Los bravos granaderos del Imperio arrebataban á los niños de pecho del seno de sus madres y ensartándolos en las bayonetas los paseaban por las calles, atravesados por el vientre. En el convento de Santa Clara ocurrieron repugnantes escenas de violación; la tea incendiaria alumbraba la vergüenza del francés.

Las mujeres y niños asesinados eran en mayor número que los hombres. Todas las calles estaban

convertidas en charcos de sangre. Oíanse de vez en cuando pequeñas descargas. Eran pelotones de bandidos que fusilaban familias enteras.

Algunos oficiales iban por las calles tratando de contener á la soldadesca, pero en vez de escucharles eran amenazados con sufrir igual suerte que los *brigantes*.

Las casas que ardían, los gritos de las víctimas, los aullidos de los sicarios de Suchet, los tiros que resonaban, como si se tratase de una cacería y no de una guerra, las voces de los soldados ebrios, los clamores de los vecinos, caballos corriendo por aquellas empinadas cuestas, el estruendo del saqueo, toques de cornetas, juramentos y blasfemias, formaban un horrible conjunto y hacían de Tarragona la imagen del espanto.

De pronto el digno D. Facundo de la Alcantarilla, que se encontraba hacía dos horas ocupado en hacer sumas de *cal y canto*, creyó distinguir un leve rumor desde las profundidades de su abovedado albergue.

—¡Bah! Algún motín que habrán armado los milicianos,—murmuró.—Vamos á ponerles en paz.

Y diciendo esto apagó el velón para ahorrar aceite al erario.

El buen hombre se adelantó entonces á tientas hacia la salida de la cueva, pero creyó soñar al ver que había penetrado hasta allí una partida de franceses, con hachas de viento, conduciendo algunas mujeres en medio de la más feroz algazara. Los bandidos no habían visto á don Facundo. Este emprendió una retirada en buen orden y se internó en lo más profundo del subterráneo. El digno maestro de fortificaciones no había tenido noticia de la entrada de los franceses hasta que los vió dentro de su *oficina*. El estruendo del asalto no había conseguido llegar hasta sus oidos.

Entonces don Facundo experimentó una extraña sacudida; creyó que aquellas bóvedas se desmoronaban, que revoloteaban por los aires los soldados del Imperio á guisa de sanguinarios fantasmas, que España había quedado enterrada bajo los ejércitos napoleónicos, que había llegado el día del juicio, que reinaba lo imposible, que sucedía lo absurdo, que el honor, el valor y la patria habían sido colosalmente estafados por el destino. Pensó que estaba entronizado el mal en las regiones celestes y que no valía la pena de hacer coro á los triunfales brutos y malvados que habían invadido su *oficina*, aquella oficina que él consideraba como sagrado patrimonio de la nación española.

Apostóse detrás de una porción de gaviones y faginas y desde allí pudo contemplar lo que hacían los granaderos, sin ser notado.

Y vió cómo aquellas mujeres eran deshonradas, escarnecidas y luégo acribilladas á bayonetazos; vió cómo profanaban los cadáveres de las desdichadas de una manera que hubiera dado horror á una hiena y oyó muchas veces pronunciar el nombre de *Bianchi*, que era el del capitán de la compañía, muerto, como sabemos, en el asalto, por un franciscano que disparaba desde la ventana de su celda.

Don Facundo miraba aquella escena espantosa, clavado en su sitio, sin poder desgajar sus plantas del suelo ni desviar sus ojos de la matanza. Al cabo de dos horas todo quedó en silencio; habíanse apagado las antorchas y alumbraba tan sólo la bóveda una mortecina linterna.

El digno maestro de fortificaciones notó con extrañeza que sus manos estaban llenas de sangre.., Era que, sin advertirlo, se había clavado profundamente las uñas en la carne.

V.

Don Facundo empezó á buscar con cuidado á su alrededor. Estaba avezado á la oscuridad y podía distinguir vagamente los objetos.

Tomó un saco grande y repleto y lo arrimó al muro.

Luégo tomó otro no menos pesado y lo fué vaciando lentamente, mientras se internaba paso á paso; el reguero empezaba junto al saco repleto y seguía siempre al pié de la pared.

Volvió otra vez junto al primer saco y completó su obra poniendo encima pesados objetos de forma redonda, grandes y negros, disimulándolo todo bajo una porción de gaviones.

Don Facundo permaneció allí toda la noche y al amanecer oyó otra vez los gritos y juramentos de los soldados que habían penetrado allí la víspera.

Contó cuántos eran y vió que serían un centenar; casi todos le parecieron italianos.

El maestro de fortificaciones adelantóse entonces hasta unos sesenta pasos del lugar en que estaban tendidos los enemigos y gritó:

—¡Pelotón! ¡Fuego!

Y D. Facundo, obedeciéndose á sí mismo, descargó los cuatro tiros de dos pistolas de dos cañones, cuyas detonaciones resonaron terriblemente bajo las bóvedas, mientras retrocedía apresuradamente.

Al punto se dirigieron hacia allí algunos de los sorprendidos invasores, pero se detuvieron ante la profunda oscuridad en que estaba sumido el subterráneo.

VI.

Don Facundo volvió á disparar y gritó de nuevo:

—¡Muchachos! ¡Valor! ¡Muera Napoleón! ¡Muera Francia!

Los franceses encendieron entonces antorchas y avanzaron con precaución.

Don Facundo no estaba contento. No le seguían más que unos diez ó doce, que se iban internando, asombrados al encontrarse bajo aquellas imponentes techumbres.

—Será preciso hacer buena puntería,—dijo para sí.—Si mato á tres ó cuatro, tal vez vendrán más refuerzos.

Sus perseguidores habían rebasado ya el montón de faginas que ocultaba el saco. Los franceses arrimados á cada lado de la pared y preocupados con los fogonazos del fondo y la elevación de la bóveda, no miraban al suelo.

Habían caido ya algunos á los certeros disparos del digno guarda-almacén.

De pronto don Facundo se detuvo, refugiándose detrás de una porción de barriles y escaleras.

Tenía delante un centenar de franceses, dispuestos al asalto de aquella barricada levantada en mitad del subterráneo.

Entonces, con voz poderosa, cuyos ecos repercutieron por toda la extensión del recinto, ahogando el estruendo de las descargas que le hicieron los invasores, gritó de nuevo:

—¡Muera Napoleón!

Y como si aquellas dos palabras hubieran sido mágico conjuro, corrió desde donde él estaba como una cinta de fuego, arrimada al muro, seguida de un pavoroso estallido.

La pólvora esparcida por don Facundo, puesta en comunicación con un saco de un quintal de peso lleno de lo mismo y cubierto de granadas reales, había ocasionado ya la voladura del subterráneo.

A la explosión de la pólvora y las granadas, derrumbáronse los muros y la bóveda y aplastaron á cuantos había.

Por largo rato estuvieron reventando todavía granadas y desplomándose enormes pedruscos. Aquella espantosa oscuridad sólo cesaba cuando explotaba algún proyectil ó se inflamaba la cartuchera de algún soldado.

El subterráneo quedó obstruido por los cadáveres y los escombros. La humareda de la pólvora y el polvo de las ruinas asfixiaban á los moribundos.

VII.

Don Facundo había quedado ileso. Satisfecho de su obra echó pedernal y yesca, encendió una linterna, tomó una escalera y una piqueta y se puso en marcha.

Anduvo unos quinientos pasos, hasta que se vió detenido por un espeso tabique.

Según sus cálculos, debía encontrarse debajo de alguna casa de la bajada del Rosario.

Aquella hora era propicia para verificar cualquiera exploración, pues los franceses debían estar ausentes de los alojamientos para acudir á la lista.

Dió algunos golpes de piqueta en el tabique y se encontró en un lagar. Estaba, pues, en casa de un labrador.

Afortunadamente el desprendimiento de ácido carbónico propio de aquellos receptáculos y que tan fatal hubiera podido serle, no pudo tener efecto porque de tres años antes no había contenido vino dicho depósito.

Don Facundo apoyó la escalera en la pared del lagar y levantó con precaución una de las tablas de madera con que suelen estar cubiertos.

No había nadie en la entrada de la casa ni se oía el menor ruido.

Alcantarilla salió del lagar y subió por la escalera arriba.

Encontróse en la cocina. Por el suelo estaban esparcidos en desorden multitud de utensilios.

Fué subiendo más y llegó al primer piso. Los cofres y arquimesas estaban descerrajados, con señales de haber sufrido un completo saqueo.

Continuó en su visita á los pisos superiores y al hallarse cerca del tercero oyó los sordos aullidos

de un perro. Don Facundo entró y dió un grito.

Cuatro cadáveres yacían en tierra: un viejo, marido y mujer, jóvenes, y un niño.

Era un vasto desván lleno de trojes, de grandes costales de habichuelas, de montones de mazorca, de paja y algarrobas, dando vistas á la calle por un destartalado ventanal.

Don Facundo creyó oir pasos y se refugió en el pajar.

Al poco rato penetraban en la pieza algunos soldados del 6.° de línea, moviendo grande algazara.

El sargento que iba en el pelotón movió los cadáveres y fijándose en la mujer la arrancó una pobre sortija que se habían descuidado de robar los asesinos.

Don Facundo comprendió que el sargento daba orden de arrojar los cadáveres á la calle, echándolos por la ventana. Así lo había, en efecto, dispuesto Suchet. Todos los muertos debían estar expuestos en la calle.

Los bandidos arrastraron los cadáveres por los piés, y mirando antes por el ventanal y viendo que no pasaba ningún francés, los precipitaron desde lo alto al arroyo, volviéndose riendo á carcajadas.

Don Facundo dejó su escondite y murmuró:

—Conviene verle, conviene verle. El hierro es inútil; hay que apelar á lo otro. Son del 6.° de línea; los mismos que hablaban de Bianchi en la *oficina*.

VIII.

Daban las cuatro de la tarde de aquel mismo día, 29 de Junio, siguiente al del asalto, cuando salía una extraña prôcesión del convento de Santo Domingo, convertido en cuartel.

Componíase de un centenar de alcaldes, corregidores y dependientes de las justicias de todo el campo de Tarragona que habían llegado aquella mañana. Iban atados codo con codo y entre dos filas de granaderos, precedidos de una banda de tambores. Salieron del convento y pasaron por la Rambla, Pescadería, calles de Granada, Descalzos, Llano de la Catedral, Cebadería, Bajada del Rosario, Caballeros, Mayor, Mercería, Caldereros, Nao y Bajada de Misericordia.

¿Para qué?

Para contemplar los SEIS MIL cadáveres (1) de hombres, mujeres y niños de que estaban cubiertas las calles y plazas; para contemplar el degollamiento de aquellos seis mil españoles; para que á su regreso contase cada magistrado en el pueblo de su jurisdicción cómo sabía sacudirse las pulgas S. E. M. Eugenio Suchet...

(1) Histórico.

¡Seis mil cadáveres! ¡Seis mil seres degollados en una población de 11.000 habitantes, de los cuales una tercera parte, la parte rica y acomodada, había huido á Mallorca!

Agréguese á esto, que durante el sitio habían perecido 6.000 hombres y se tendrá un total de 12.000 españoles que perecieron en el sitio de Tarragona; la mitad en las murallas y en las salidas. la otra mitad degollada después del asalto.

Aun corrían algunos granaderos con los niños de pecho clavados en las bayonetas.

Aun gemían algunos moribundos, que la escolta de los alcaldes remataba de un tiro al oido.

Aun quedaban algunos supervivientes.... que infundían á los sicarios de Suchet cierta especie de terror, cual si fuesen aparecidos...

Aun seguía manando sangre por las escaleras de la Catedral...

Aun quedaban en las calles y plazas grandes charcos rojizos, trozos de miembros, sesos, piltrafas, tripas humanas...

Los alcaldes lo vieron todo. Vieron cómo ardían las casas, cómo la ciudad estaba convertida en un mar de sangre, cómo había seis mil cadáveres para sepultar.

Los franceses habían tenido *doce mil* muertos durante el sitio.

¡Habían querido igualar el número!

IX.

«La defensa de Tarragona, plaza de suyo irregular y defectuosísima honró á nuestras armas y afianzará por siempre á Contreras un puesto glorioso en los fastos militares de España. El enemigo para apoderarse de aquel recinto tuvo que abrir nueve brechas, dar cinco asaltos y perder 4.295 hombres, pues según la de otros pasaron de 7.000 (1).»

(1) Sin embargo, Contreras habla así: «Los franceses confiesan »que la resistencia de Tarragona ha sido la mayor, pues aunque »otras plazas han prolongado más el sitio fué por no haber sido ata- »cadas tan en regla, con un tren de artillería tan formidable y con

Esto dice la historia.

La mayor parte de los 6.000 hombres que cayeron durante el sitio lo fueron por las bombas y granadas del enemigo y balas de fusil tiradas por elevación.

Sobre la ciudad cayeron 7.000 bombas y granadas. De las 1.300 casas de que se componía, 460 quedaron enteramente arruinadas y 650 en muy mal estado. Sufrieron también casi total destrucción 16 conventos é iglesias y 10 edificios públicos. Las pérdidas en fincas y géneros subieron á OCHENTA Y OCHO MILLONES Y MEDIO DE REALES, sin contar las alhajas y el metálico robados, pues en aquella época era Tarragona el puerto mercantil más rico de toda la península.

Contreras fué conducido al día siguiente en unas parihuelas al cuartel general de Suchet, que lo tenía en Constantí, donde encontró asimismo á los generales Courten y Cabrer y al brigadier Messina, con los 7.400 soldados y 400 oficiales prisioneros.

Suchet le echó en cara que él era el responsable de las desgracias acaecidas por no haber querido capitular antes del asalto, una vez abierta la brecha, y le dijo que merecía pena de muerte por haber prolongado la resistencia más de lo que permiten las leyes de la guerra, pero el digno general le contestó: «Ignoro qué ley de guerra prohiba resistir al asalto; además, esperaba socorros. Mi persona debe ser inviolable, como la de los demás prisioneros. La respetará V. E., y donde no, el oprobio será suyo, mía la gloria.»

Suchet calló y después envió á Contreras al fuerte de Vincennes, en duro cautiverio.

»tesón tan constante; por cuya causa ha sido el sitio más mortífero »que se ha conocido, pues pasan de 18.000 hombres los perdidos entre »sitiador y sitiado, lo que no admirará todo el que haya presenciado »el fuego constante y terrible que nos haciamos recíprocamente día »y noche de toda especie de armas y los muertos y heridos en las sa»lidas. Así han perdido los franceses por nuestros proyectiles prin»cipalmente, 19 oficiales, etc., y más de 12.000 hombres. Nosotros he»mos perdido 32 oficiales de artillería y sobre 6.000 hombres en to»tal.» (Parte de D. Juan Senén de Contreras al ministro de la Guerra de la Regencia.)



CAPÍTULO XIII

Tienen ojos y no ven...

I

Mientras ocurrían las escenas anteriormente narradas, acaecían otras en diversas partes de la ciudad, no menos extraordinarias y terribles que la voladura del Parque de ingenieros.

«A pesar de lo bien disciplinado que el mariscal Suchet tenía su ejército, no pudo impedir algo de desorden y confusión en los primeros momentos de la toma de Tarragona. Según informes de militares concienzudos, esta embriaguez de la victoria se parecía mucho á un saqueo, que el mariscal reprimió inmediatamente... La causa del saqueo es más fácil de saberse que no la duración... (1).»

El saqueo duró, pues, mucho tiempo. Por supuesto que Suchet, ¡oh, Suchet! estaba muy enojado y protestaba de aquella infame degollación y latrocinio.

Después del espantoso degüello del *Llano de la Seo*, cuando circunvalados los heroicos soldados de González morían cobrándose dos vidas por cada una suya, las tropas francesas, ávidas de saqueo, se esparcieron por las calles contiguas en busca de joyas, dinero y mujeres.

Varios soldados penetraron en casa de un curioso anticuario y á falta de hermosuras de carne y hueso se dedicaron á pintar bigotes en los semblantes de una *Madona* de Andrés del Sarto y de una *Danáe* de Veronese; pero entró de improviso un ex-ayudante de Soult, aficionadísimo á las bellas artes, y sacudiendo enormes sablazos les obligó á borrar los mostachos y á quedarse allí custodiando las pinturas hasta nueva orden. Como se vé, abundaban los *amateurs* en las filas de Suchet.

Era dicho capitán un italiano del tristemente célebre 6.° de línea, grande amigo y compinche del difunto Bianchi. Se le conceptuaba por hombre de bastante capital, debido á su competencia en los saqueos; según se murmuraba habíase *incautado* de un sinnúmero de lienzos de Zurbarán después de la batalla de Medellín y se le tenía por agente de las *operaciones artísticas* del señor duque de Dalmacia.

Llamábase el inteligente *priseur* Victorio Mancini. Satisfecho del feliz hallazgo y sin prestar grande atención al tiroteo de las calles ni al degüello del paisanaje, encaminóse de la casa del anticuario al convento de Mercenarios, donde sabía existían peregrinos lienzos de la escuela italiana y un *Cristo* de Morales.

Acertó á pasar por las inmediaciones de la Puerta del Socorro en ocasión en que Contreras hacía un supremo esfuerzo para poder salir de la plaza con los pocos combatientes que le seguían, y el capitán fué detenido en su marcha, con harto descontento por su parte.

Quedóse, pues, en la calle del Arco de San Lorenzo, esperando tener franco el paso, y como no era hombre que gustase de perder el tiempo en balde, examinó una á una las fachadas de los edificios, esperando deducir de su exterior las probabilidades del valor del moviliario.

(1) Balzac. *Las Maranas*.

La casa que formaba esquina con la calle de Puig den Pallas le llamó la atención por lo espaciosa y por cierto estilo monumental que observó en el patio. Entró en ella, oyó el rumor de una fuente que manaba en el zaguán y subió por la anchurosa escalera, pistola y espada en mano.

II.

Era la hora del crepúsculo. Reinaba en la casa profundo silencio, sólo interrumpido por el rumor de la fuente que susurraba con rítmica intermitencia.

Mancini se encontró en una vasta pieza cuyo moviliario denotaba más antigüedad que lujo; anchos balcones daban entrada á la moribunda luz del día; todo respiraba tranquilidad y placidez.

El capitán se encontraba bien allí; sentóse en un cómodo sillón de baqueta y se sintió como adormecido.

De pronto reparó en un cuadro que adornaba una sala contigua y se dirigió apresuradamente allí.

Era un soberbio retrato de mujer, al pastel, firmado *Antonio Albenza*.

—Cualquiera diría un Fragonard,—exclamó Mancini.—¡Qué prodigio! Bueno es el dibujo, pero áun me gustaría más el original.

Mancini husmeó por distintas piezas.

—Busquemos si hay acaso un oratorio,—dijo.—Tal vez estará allí la *Belle au bois dormant*.

El italiano, medio á tientas, subió al segundo piso. La puerta estaba cerrada, pero por una ventana de la escalera se veía luz en un aposento.

El capitán no pareció contrariado en lo más mínimo. Sacó de sus bolsillos una ganzúa y la puerta cedió sin resistencia ni ruido.

Entonces, muy de puntillas aproximóse hacia el aposento iluminado y pudo ver un singular espectáculo.

El original del retrato estaba allí como dormida, echada, semi-desnuda, sobre una humilde cama. Una Dolorosa alumbrada por dos cirios parecía contemplarla desde el lienzo.

Mancini penetró en el aposento y se dirigió hacia la joven.

No dormía, como se había figurado el capitán, sino que tenía perfectamente abiertos sus grandes ojos.

La joven no pareció darse cuenta de la presencia del capitán y no hizo el más ligero movimiento.

Mancini tuvo miedo, y dió un paso atrás.

Sin embargo, fascinado por la belleza de la misteriosa desconocida, adelantó de nuevo resueltamente, hasta ponerse junto á ella.

—¡Señorita!...—exclamó el italiano.

Pero ella siguió silenciosa, mirándole vagamente.

Aquel silencio inquietaba cada vez más á Mancini.

—Señorita,—repuso,—nada temáis, pero decidme si sois la dueña de esta casa.

Igual silencio.

Mancini estaba más admirado cada vez de la superior belleza de aquella mujer. La ligera ropa que la cubría apenas conseguía disimular el admirable contorno de sus líneas. Era algo morena, de ojos garzos y rasgados, ovalado rostro y espléndido pelo castaño; la boca divinamente arqueada, deliciosamente dibujada la nariz y redondo el cuello, y sin embargo, era indecible el virginal efecto del conjunto, á pesar del voluptuoso desarrollo de algunos detalles.

¡Extraña figura! Hubiérase dicho ser una estatua de Cánova ó de Bernini, animada por el soplo vital.

El capitán no recordaba haber visto un modelo de mujer más perfecto en todas sus campañas artístico-amatorias.

Cogióla una mano, pero ella seguía en completo éxtasis sin hacer la menor resistencia.

Mancini se sentía enteramente rendido y abrasado; la joven seguía con los ojos abiertos y los labios inmóviles.

El italiano permaneció largo tiempo allí. La desdichada no había hablado ni dado muestras de comprender lo que había ocurrido.

III.

La noche envolvía en sus sombras la devastada ciudad, como para no ver los horrores que cometía la soldadesca napoleónica. Sólo alteraban la universal negrura los reflejos de las casas que ardían en distintos barrios, formando rojizos resplandores en el seno de las tinieblas.

Mancini profanó con un último beso á su víctima. Los cirios de la Dolorosa parecían chisporrotear, negándose á prestar luz á aquella escena de brutal violación.

El capitán buscó á tientas la puerta y bajó con cuidado la escalera, enteramente á oscuras.

El cobarde italiano tenía miedo. Aquella lobreguez aumentaba el terror de que estaba poseido.

De pronto exhaló un grito ahogado.

Al ir á poner el pié en terreno firme, habíanle hundido en el pecho un largo puñal, fino y acerado.

Mancini cayó al suelo, bañado en sangre, lanzando en pos del primer suspiro una terrible imprecación.

Pasaban á la sazón algunos soldados con hachas de viento, y al oir la voz del capitán penetraron en el portal.

A los pocos pasos vieron al oficial tendido junto á las escaleras y á su lado un anciano sacerdote, terrible y sublime, que les miraba con arrogante expresión de desprecio.

—Yo lo he muerto,—exclamó el cura.

—¡Arrastrémoslo!—vociferaron todos.—¡A la horca el viejo!

Y arrojándose sobre el infeliz, se lo llevaron, infiriéndole mil bárbaras torturas.

El preso les miraba con desprecio cada vez más provocativo.

IV.

El cura había mentido.

No era él quien había sepultado el puñal en el corazón del italiano. No era el padre Lorenzo quien había quitado la vida al que había robado su honor á Cándida: era Jorge.

El joven se había salvado milagrosamente de la matanza. Había estado primero en la brecha, después en la Rambla y luégo en el llano de la catedral.

Había visto morir á su lado al general González y á Antonio Albenza y luégo se había refugiado bajo los arcos de la calle de la Mercería, ocultándose en los sótanos de una tienda, desde donde habían oido el ruido de las últimas descargas.

A las nueve había vuelto á salir. Jorge se había dirigido al cementerio viejo, donde había encontrado al padre Lorenzo, encaminándose ambos desde allí á la casa en que habían dejado á Cándida.

Los dos habían quedado sorprendidos al no oir rumor alguno en los primeros pisos. Seguramente la familia á cuyo cargo estaba Cándida, había sido asesinada ó bien había emprendido la fuga.

Subieron al primer piso y oyeron ruido de pasos en el segundo, donde estaba la joven, pasos que se dirigían hacia la puerta.

¡Terrible sorpresa! La sola presencia de un hombre allí, exigía la muerte.

—¡Hay que matarlo!—murmuró Jorge al oido del padre Lorenzo.—¡Silencio!

Y los dos fueron bajando hacia la entrada, en espera del desconocido.

Jorge estaba en acecho, oculto tras del cancel, y avezado á ver en la oscuridad, distinguió las insignias de un capitán francés y acabó de cerciorarse de lo que había pasado al verle bajar con tanto sigilo.

Y entonces fué cuando le hundió en el pecho hasta el mango su faca de marinero.

—¡Seguidme arriba!—exclamó Jorge, dirigiéndose al cura luégo que hubo caido el francés.

Y sin reparar en si venía tras él ó no, encontróse al cabo de un minuto junto á su adorada.

La espantosa realidad se demostraba en todo harto patente.

Jorge buscó de nuevo la faca, pero la había dejado clavada en el pecho de Mancini. Miró á Cándida é iba á estrangularla, tal vez, cuando oyó en la escalera voces de soldados que subían lanzando feroces imprecaciones.

Corrió hacia la puerta, la atrancó, formó detrás una barricada con cuantos muebles pudo haber á la mano y seguro de que podía contar con algunos minutos antes de que consiguiesen penetrar hasta allí, cargóse á Cándida sobre los hombros y por una escalera interior se dirigió al desván.

El techo de aquella pieza lo formaban las tejas de la cubierta; subió sobre un montón de sacos, levantó una teja y por aquella estrecha abertura salieron él y la pobre joven, pasiva é inerte.

Desde lo alto del tejado vió Jorge multitud de casas ardiendo y al fulgor del incendio ganó otras azoteas y tejados y fué á parar cerca de la ermita de San Magín.

La casa contigua al santuario, grande y magnífica por cierto, estaba ya casi hecha pavesas.

Jorge vió una azotea en la cual había una porción de tablas. En frente tenía el convento de la Enseñanza, edificio inmenso. Allí estaba la salvación. Hizo con las tablas unidas por una cuerda como una especie de palanca para cruzar la calle y miró si pasaba alguna patrulla.

Nadie se encontraba abajo, pues la soldadesca se entretenía en saquear los barrios de mejor apariencia.

Jorge, con Cándida en brazos, cruzó el abismo y se encontró en los tejados del convento.

Recorrió la techumbre sin ver por de pronto ninguna abertura, hasta que descubrió un ventanillo que daba á una buhardilla. Arrancólo y se dejó caer dentro con su preciosa carga.

El refugio era tal vez seguro, pero, ¿cómo dar á entender á sus moradores que estaban allí los fugitivos?

Era aquella una destartalada pieza, grandísima, de forma cuadrangular. Al través de una abertura practicada en el muro, por la cual entraba el resplandor del incendio, distinguíanse sus vastos ámbitos y sus paredes enteramente desnudas.

Jorge resolvió esperar á que llegase el día para tomar una determinación.

Sentó á Cándida en el suelo, apoyada en la pared, y se colocó á su lado.

—¡Cándida!—exclamó.—¡Oh, Cándida!... ¡Qué ha sido de tí!

La joven, en vez de contestar, empezó á hablar extrañamente, repitiendo de un modo automático todas las palabras que le había dicho á ella y había dicho para sí el italiano.

Jorge sentía como una lluvia de plomo derretido que le cayese en el alma.

Salió la luna y curiosa penetró en la abandonada buhardilla por el ventanillo.

Y acarició con su dulce claridad el rostro de Cándida, encendido y transfigurado.

Jorge se estremeció y se sintió atraido por el abismo.

Al fin penetró en el desván un rayo de sol dorado y Jorge se sintió poseido de horror.

¡Mancini y él se habían confundido en un mismo crimen!

V.

Daban las ocho cuando se abrió una puerta y entraron dos hombres.

Eran, al parecer, dos curas, aunque no vestían hábitos.

—¿Dónde os parece?—dijo el uno.

—A la derecha,—respondió su compañero.

Oyóse luégo un ruido como el que produce el arrastre de un cuerpo pesado, y otra vez se oyó, y otra, y otra, hasta seis.

Jorge no sabía qué determinación tomar, pero cuando vió que además de los dos curas había en la buhardilla seis cadáveres de oficiales franceses, se dirigió hacia los recién venidos.

—¡Nada temáis!—exclamó el marinero.—He llegado aquí con esta joven, huyendo de la persecución de los bandidos, por haber dado muerte á un capitán suyo. Si me necesitáis, os ayudaré.

—¿Erais miliciano?—preguntó uno de los curas, algo desconfiado.

—Sí, de la octava compañía del segundo, como marinero.

—¿Cómo os llamáis?

—Jorge Altés.

—¡Jorge Altés! ¡Vaya un abrazo, Jorge! Siendo así, bien podréis ayudarnos á esconder en cualquier parte á esos gabachos que hemos pescado mientras saqueaban la sacristía. Hemos creido que nada mejor que ocultarlos aquí interinamente, pues esta buhardilla es un verdadero cementerio. A la derecha hay un espacio que no está á la línea del resto y pueden meterse allí los cadáveres, haciendo luégo un tabique. Así, pues, manos á la obra. Aquí tenemos mortero, ladrillos y paletas más que suficientes para el caso.

No tardó en quedar terminado el lúgubre emparedamiento.

—¡Malvados!—exclamó uno de los curas.—Habían robado los cálices y las custodias de la Trinidad y San Lorenzo, y no tenían bastante todavía, sino que les hacían falta los nuestros. Sépase que no se juega impunemente con las monjas de Nuestra Señora y Enseñanza. Aquí no son Clarisas, todas violadas y asesinadas sin socorro de nadie. A ver, que prueben de metérsenos en casa otra vez. Pero, ocupémonos de vos, Jorge. Sois conocido y podriais tener algún disgustillo si aparecierais por la calle; quedáos, pues aquí entretanto, seguro de no ser descubierto, pero en conciencia, no podemos tolerar que esta joven permanezca á vuestro lado. Ya sabéis, ó mejor dicho, no sabéis, puesto que probablemente ignoráis el latín: *Solus cum sola in loco remoto non cogitabuntur orare pater noster*. O lo que es lo mismo, el hombre es fuego y la mujer estopa. Por lo tanto, la muchacha bajará ahora á presentarse á las muy reverendas madres y figurará como educanda ó novicia.

Jorge respiró y murmuró:

—Gracias, mis buenos amigos, pero adviertan, sin embargo, sus mercedes, que esta joven está enferma y que tal vez la superiora tendrá inconveniente en admitirla.

—¿Y de qué mal padece?—preguntó uno de los curas con cierta socarronería.

—Como una especie de locura melancólica,—repuso Jorge.

—¿De locura?—replicó el sacerdote, siempre chistoso.—Pues mejor que mejor, ¡si es una enfermedad de monja!

Cándida se dejó conducir sin resistencia y Jorge quedó solo en la buhardilla.

Al poco rato entró un monago trayéndole un caldero de sopas de tomillo y un jarro de vino.

El monago miró por algún tiempo á Jorge y le dijo:

—¿No sois vos amigo del padre Lorenzo?

—Sí,—repuso Jorge, sin poder dominar una terrible sospecha.—¿Qué le pasa?

—Pues está en la cárcel, acusado y confeso de haber asesinado anoche á un capitán del sexto de línea.

El marinero se puso lívido y repuso:

—¡Déjame salir de aquí!

—¿Salir? ¿Queréis que os fusilen en seguida?

—¡Nada me importa, pero he de salvar al padre Lorenzo! ¡Yo fuí quien mató anoche al capitán!

—Siendo así, claro está que debéis hacer todo lo posible para que no perezca un inocente. Pero antes comed esas sopas, que están muy buenas. Yo mismo fuí, yo, á coger el tomillo en el Lorito, el día del Jueves santo, y está bendecido.

—Gracias,—respondió Jorge, poco atento á las excelencias de la sopa,—pero sácame cuanto antes á la calle. Si no vuelvo, díles á los curas que deseo permanezca aquí siempre la joven que estaba conmigo. Tiene alguna hacienda para pagar el dote. Adiós.

Desgarrado el corazón por encontrados y dolorosos sentimientos salió Jorge del convento en que dejaba á Cándida, tal vez para no verla más, y se encaminó hacia la cárcel.

Al llegar á la bajada del Patriarca vióse detenido por la procesión de los alcaldes, que recorría las calles para contemplar los seis mil cadáveres de mujeres, niños, frailes y hombres indefensos asesinados la víspera. Torció por la calle de Santa Tecla, cuando quedó sorprendido al oir que le llamaban por su nombre desde la ventana de un cuarto bajo.

Levantó Jorge la cabeza y vió á un camarada de su compañía.

—¿Dónde vas?—exclamó.—Te andaba buscando. Sube, pues me importa hablarte.

Jorge entró en la casa y se halló en presencia de un extraño espectáculo.



CAPÍTULO XIV

Ninón

I

En una pequeña pieza, baja de techo y modestamente amueblada, paseábase silbando entre dientes el dueño de la casa, á la vez que se oían gemidos de mujer que salían de un aposento algo apartado.

—¿Quién llora aquí?—preguntó Jorge, extrañado.

—Una buena moza á quien cogí anoche, juntamente con dos gabachos á quienes enviamos en seguida al otro mundo, y te he llamado para ver si por su medio podremos conseguir algo que tal vez te interesa. También lo hubiera hecho sin tí, pero ya que ha dado la casualidad de encontrarte, mejor que mejor. El padre Lorenzo va á ser ahorcado. Le acusan de haber despachurrado á un capitán, pero claro está que no ha sido él sino tú el que ha tenido esa gloria. La cosa pasó en casa de Cándida y á Cándida se la llevó uno que iba con el cura, cuyo uno todos sabemos quién es...

—Y acertáis todos, yo fuí. ¿Qué piensas, pues, que hagamos?

—Mi prisionera se llama Ninón y parece que anda perdido por ella el coronel que ha de presidir el consejo de guerra que ha de juzgar al padre. Ninón le escribirá una carta á su *payo* diciendo que van á descuartizarla si se llega á condenar á aquel inocente, con lo cual de fijo que mandan soltar al preso así que el coronel se entere de la indirecta. No veo otro remedio. Si tú te presentas diciendo que has sido el verdadero matador, sólo alcanzarás que os ahorquen á los dos en vez de ahorcar únicamente al padre Lorenzo.

—Quizás tengas razón, ¿pero cómo hacerle entender eso al coronel?

—Fácilmente. Va uno cualquiera á la botica de la calle Mayor, á comprar dos cuartos de emplasto de *Ciri-groc*, y deja la carta al boticario, en cuya trastienda parece que hay siempre una animada tertulia de gabachos y afrancesados.

—¿El señor Magín se ha pasado, pues, al partido francés? ¡Otro *caragirat!*

—Eso no te importa,—contestó bruscamente el camarada.—Estoy en acecho en la ventana por si pasa alguien de quien fiarme y así que tengamos un dador seguro, escribiremos las cuatro líneas que hacen al caso.

El camarada, que era un cordonero llamado Gatell, se puso tras los cristales en espectativa.

—¡Calla! Por ahí pasa la hija de la Balda.

Y abriendo una hoja de la ventana, exclamó:

—¡Balda! Un recado.

La interpelada miró, y penetró al punto en la casa.

Era la recién llegada una muchacha contrahecha y fea, que renqueaba.

Gatell la recibió en la cocina y dijo:

—Toma, almuerza entretanto.

La chica no se lo hizo de rogar y devoró el bodrio que le puso en la mesa el amo.

II.

Este fué á llamar al cuarto de Ninón y la saludó

respetuosamente al encontrarse en su presencia.

Era Ninón un acabado tipo de parisiense; joven, bonita y elegante. Distinguíase más por la gracia de sus facciones que por la pureza de las líneas, pero tenía en sus ojos y había en todos sus movimientos tantos atractivos que bastaban á compensar toda irregularidad de la fisonomía.

—Señorita,—exclamó Gatell,—se trata de salvar á un inocente cura llamado el padre Lorenzo, acusado de un crimen que no ha cometido, por más que haya empeño en sostener que sí. Convendría, pues, escribir á alguna persona influyente pidiéndole sea puesto en libertad en seguida, so pena de que los que os tienen en su poder no puedan responder de las consecuencias. Tal vez creeréis que en esta tierra de Don Quijote lo procedente sería dejaros ir libre y suelta á pedírselo vos misma á algún poderoso coronel, pero los seis mil degüellos de anoche me hacen dudar por un momento acerca de la oportunidad de este medio.

—¿Y no teméis que el mariscal mande tomar represalias si me matáis á mí?—repuso con dulzura Ninón.

—No nos arredraremos por eso. Por desgracia, hartos franceses hay de quienes echar mano para desquitarnos. Dejémonos, pues, de discusiones, y dispensadnos el honor de escribir á quien mejor os parezca en el sentido que os he dicho.

Ninón escribió una carta al coronel del 92 de línea, haciéndole presente que su vida corría peligro si no se ponía en libertad al padre Lorenzo, inocente del asesinato de Mancini.

—Está perfectamente,—dijó Gatell, leyendo el papel y mirándolo una y otra vez por si encerraba alguna contraseña.—Mil gracias, *mademoiselle.*

Salió del cuarto y fuése de nuevo á la cocina donde encontró á Balda.

—Toma,—dijo,—vete á la botica de Santa Filomena y después de pedir cualquier cosa dejas esta carta sobre el mostrador.

—¿Y qué más?

—Nada más.

—¿Y volveré aquí?

—No. Procura despachar cuanto antes y ven á encontrarnos en casa de Isidro, tu primo.

—¿En la calle de San Lorenzo?

—Sí, allí. Silencio.

Por un exceso de precaución Gatell y su prisionera, juntamente con Jorge, abandonaron la casa de la calle de Santa Tecla, pasando á otra de la calle de San Lorenzo por varios subterráneos y pasadizos cuyas puertas se abrían á una señal dada.

Balda cumplió en todas sus partes el encargo. El boticario recogió la carta aparentando no haber visto quién la había dejado y la entregó á un oficial que estaba en la trastienda examinando unos magníficos herbarios.

El oficial corrió á entregar la epístola al coronel, al cual encontró preso de desesperada cólera.

Al ver en el sobre letra de su amante dió un grito de alegría; leyó rápidamente las líneas, trazadas con trémula mano y regadas con lágrimas, y palideció.

—Gracias, teniente Rochard,—exclamó.—¿Se sabe quién ha dejado esta carta?

—No, había mucha gente y no acierta el boticario á quién atribuir el recado.

—Podéis retiraros, teniente Rochard.

El coronel quedó solo.

III.

Sentóse á la mesa de su despacho y escribió: «Por convenir así al mejor servicio de S. M. I., dispondréis que el preso Lorenzo Vilarroma, acusado y confeso de haber dado muerte en la noche de ayer al capitán Mancini, sea conducido al anochecer de hoy á los calabozos de la Falsa Braga.»

Llamó luégo á su ayudante y dijo:

—Entregaréis al punto este pliego al comandante de las prisiones militares y le diréis que irá un agente de policía castrense á recoger al preso, por lo cual no hay que nombrar escolta. Es negocio secreto; quizás se deba hacer desaparecer á este hombre sin meter ruido. A la vuelta pasáos por el gobierno de la plaza y decid al capitán de gendarmería que me mande al anochecer un hombre de confianza.

El ayudante debió de cumplir fielmente cuanto se le tenía ordenado, pues á la caida de la tarde se presentó al coronel cierto *caporal* de gendarmes de siniestra facha.

—Paolo,—exclamó el coronel, hablándole en el dialecto de Córcega,—el encargo que has de desempeñar es muy delicado.

—Ya sabéis, mi coronel, que Dios me ha criado para estos casos y que he servido diez años como ordenanza del general Savary.

El coronel dejó escapar cierta sonrisa inexplicable, que lo mismo podía expresar satisfacción que desprecio y siguió diciendo:

—Hay un cura preso en la cárcel que tiene que ser trasladado á las mazmorras de la Falsa Braga. Por el camino...

—Debe desaparecer, entiendo. Desaparecerá.

—Debe desaparecer, pero vivo y muy vivo.

—¡Mi coronel, de esta manera ya no lo veo tan fácil!

—Paolo, hay unos galones de sargento.

—¿Y qué he de hacer del cura?

—Decirle que se vaya á su casa.

—¿Pero no veis que voy á quedar en descubierto? Se formará sumaria...

—Declararás que al llegar á la plaza que está tocando en la Puerta del Rosario se te ha escapado, que le has hecho algunos disparos, dejándole herido, y que unos paisanos lo han recogido y se lo han llevado. Además, yo soy amigo de Ficatier y si se instruye el proceso presidiré el consejo, y más aún, nombraré el fiscal.

—Eso es diferente. El cura desaparecerá vivo.

—Bien, Paolo.

El caporal se dirigió á la cárcel llevando una nueva orden del coronel para que se le entregase el preso. El digno gendarme no pudo menos de contemplar con respeto al venerable sacerdote y le hizo involuntariamente el saludo militar.

IV.

Empezaba á cerrar la noche cuando el cabo y el cura salieron de la cárcel. Echaron á andar en silencio y al llegar á la esquina de la calle de Caballeros con la de Mediona, el gendarme dijo bruscamente:

—Cura, idos á vuestra casa. Nadie os inquietará más, pero hacedme en cambio el favor de no dejaros ver en público.

El padre Lorenzo le miró con asombro y dijo:

—¿Qué decís?

—Que yo me vuelvo de espaldas y me meto las manos en los bolsillos; que os marchéis en seguida donde más os acomode y que bueno será que no perdamos tiempo.

—¿Pero quién ha mandado eso?

—Quien puede mandarlo. ¡Ea, cura, basta de charla, y si no yo mismo os llevo hasta la primera casa que me parezca y allí digo que no os dejen salir hasta que estemos fuera!

—Gracias, señor militar,—exclamó el padre Lorenzo,—y decid á la persona á quien debo la vida que me tendrá á todas horas á su disposición sin más que dignarse ordenármelo. ¡Pero si ha de costar eso algún disgusto!...

—Descuidad, padre cura. Constará que os he herido y que unos paisanos se os han llevado á cuestas, yéndoos todos al diablo.

La frase no era muy ortodoxa, pero el padre Lorenzo se abstuvo de todo aspaviento, creyendo, con razón, que un cabo de gendarmes de á caballo, encargado de la policía castrense, no podía ser un modelo de lenguaje comedido.

—Dios os pague el beneficio que me habéis dispensado, amigo mío,—dijo el buen anciano,—y recibid la bendición de este pobre sacerdote que perdona á vuestro emperador el daño que nos hace tan injustamente.

El gendarme quedó sorprendido con aquellas palabras y con toda la dulzura de que era capaz repuso:

—Vaya, id en buena hora, padre cura, y rezad por mí alguna vez.

El padre Lorenzo se dirigió corriendo á casa de Jorge, que había regresado ya á ella. Este le dió un estrecho abrazo y sin explicar nada de lo que había mediado, corrió á encontrar á Gatell.

—El padre ya está en casa, libre,—exclamó.—Soltemos ahora al momento á esa pobre mujer.

—Es muy justo,—respondió el camarada.

Entró en el cuarto donde estaba Ninón y saludándola con tan poca gracia como buena voluntad, exclamó:

—Señora, merced á vuestra carta está ya en libertad aquel inocente cordero. Estáis, pues, libre y os ruego perdonéis nuestro atrevimiento y falta de cortesía. Permitidnos ahora infligiros una última molestia y es el vendaros los ojos hasta dejaros en lugar seguro. Ya estaréis acostumbrada á ello, desde anoche, cuando os sorprendimos rondando extraviada por las callejuelas de San Magín.

Gatell, en efecto, con dos paisanos más, se había arrojado sobre dos franceses que escoltaban á Ninón en el momento de pasar por la desierta calle de Ermitaños; todos los invasores se encontraban á la sazón distantes de allí, ocupados en el saqueo de la

parte baja de la ciudad. Los tres paisanos habían matado á los dos franceses y llevádose á la joven hasta la cercana calle de Santa Tecla.

Ninón se dejó vendar, sin la menor resistencia, y Gatell la acompañó hasta el llano de la Catedral, después de hacerla dar un rodeo por algunas calles enteramente solitarias á la sazón.

—Vuestra precaución ha sido inútil,—dijo Ninón,—pues podríais contar absolutamente con mi silencio. Id, pues, y no tengáis ningún cuidado.

—Gracias,—exclamó Gatell.—¡Quién sabe si algún día podré volveros favor por favor!

V.

Jorge había salido de casa de Isidro al caer de la tarde, yéndose á la suya, bien seguro de que allí iría el padre Lorenzo en caso de conseguir su libertad; luégo corrió á la de Gatell, según hemos visto, y regresó otra vez á su humilde vivienda.

Pasaron algunos días sin que se moviesen de allí ni él ni el anciano sacerdote; estaba descansado respecto á la suerte de Cándida, pero le roía incesantemente el corazón la idea de la deshonra de su amante, harto evidente por las palabras que repetía Cándida en su delirio.

Habría transcurrido una semana desde los acontecimientos anteriormente referidos cuando vino á visitarle el amigo Gatell.

—Jorge,—le dijo,—me ha pasado una cosa extraña.

—¿Qué te ha pasado?

—Iba yo por la Rambla cuando veo venir á escape dos caballos, montados por un coronel y una señora. La señora era Ninón, nuestra prisionera. Yo creía que no reconocería mi fisonomía, pues siempre la hablé á oscuras ó bien muy encubierta la cara, y ¡cátate ahí que hace retroceder su caballo y aprovechando la ocasión de que no pudiese notarlo el coronel me saluda de la manera más risueña! Primeramente me creí perdido, pero nada de eso. Siguió su camino como si tal cosa.

—Dios le premie su generoso comportamiento,—respondió Jorge.

—Aún no he acabado. Vóime á casa corriendo y al poco rato oigo bajar por mi calle dos caballos, metiendo un ruido de mil demonios. Salgo á la ventana lleno de curiosidad, y ¡cátate otra vez á aquella señora y al coronel, y otra vez el saludo, á hurtadillas de éste! ¿Qué te parece? ¿Estamos seguros?

—Seguros,—dijo Jorge.—Si ella abrigase algún mal propósito contra nosotros, nos hubiera delatado en seguida, pues bien se vé que conoció dónde había entrado y de dónde había salido, y han pasado ya ocho días desde entonces.

—También soy de ese parecer,—dijo el padre Lorenzo.—En todas partes hay buenos corazones y almas elevadas.

—Vuestra opinión me devuelve el ánimo,—repuso Gatell,—pero de todos modos, la cosa parece extraña.

—Dejemos pasar tiempo y quizás se aclare,—añadió Jorge.

—Pues siendo así, buenas noches, amigos míos, y permitidme que si ocurre algo más, venga á pediros consejo.

El buen Gatell no cometió la insigne majadería de figurarse que una joven como Ninón hubiese ido á enamorarse de su poco seductora persona; era más bien feo que guapo, atezado, torpe en sus modales y más propio para inspirar admiración por su robustez que por su galantería. Por otra parte su humilde traje de menestral tampoco brillaba por la elegancia ni el buen gusto, ni su elocuencia era propia para cautivar á dama al parecer de tan alto copete. Esto, que era evidentísimo, le daba más que pensar acerca de las muestras de simpatía con que le había distinguido la francesita.

Nada ocurrió de particular durante algún tiempo, pero al volver una mañana de oir una misa en las Descalzas, por celebrarse la festividad de Nuestra Señora del Carmen (hacía diez y ocho días que estaban los franceses en Tarragona) quedó asombrado al entregarle el mozo una carta que había llevado un desconocido, manco y viejo, vestido de paisano, sin haber hablado palabra.

VI.

Gatell leyó la carta, que decía así:

«Una persona á quien un día manifestasteis que desearíais volverle favor por favor, os quedaría muy agradecida si esta noche á las diez os dejaseis ver junto á la puerta del claustro de la Catedral. Se os suplica el mayor silencio sobre el particular, sin participarlo absolutamente á nadie, ni áun á vuestros más íntimos amigos.»

No digamos que la ortografía fuese la misma que empleamos nosotros, ni muy castellanas todas las palabras, pero Gatell, poco fuerte en achaques de gramática, pudo leer de cabo á rabo la misiva, gracias á lo muy claro de la letra, que era de hermosa redondilla.

Al punto atinó de qué mano procedía y juzgó un deber de conciencia cumplir la palabra que dió en un arranque de generosidad, puesto que no había para qué estarle agradecido para nada á Ninón de la libertad del padre Lorenzo, siendo como era resultado de un verdadero canje de prisioneros. Sin embargo, lo dicho, dicho quedaba. Gatell se armó hasta los dientes, estuvo impaciente toda la tarde y las primeras horas de la noche, y por fin, al marcar su reloj las diez menos cinco minutos, se dirigió valerosamente hacia el punto de la cita.

Al mismo tiempo que él llegaba por la calle de Escribanías, bajaba una encubierta las escaleras de la casa de Huérfanas. Dirigiéronse los dos hacia la puerta del claustro, retirada en el fondo de una especie de callejón, y la mujer, alargando su mano á Gatell, exclamó:

—Gracias por vuestra amabilidad.

Era Ninón, en efecto, como había presumido el valeroso cordonero.

Gatell saludó á su ex-prisionera y preguntóla qué quería.

—Me puede costar la vida si me encuentran aquí con vos,—exclamó ella,—y por lo tanto, seré breve. Hay en Tarragona un oficial francés cuyo nombre es Beauregard, alojado en casa de un tendero de paños de la calle Mayor, llamado Margenat. Ese oficial está enamorando á la hija del tendero, una tal Clara, á quien debéis conocer, y que tiene cincuenta mil duros de dote.

—Sí, la conozco, pero no sabía lo del dote; es la única mujer con quien yo me casaría, si un pobre como yo pudiese soñar siquiera en merecer una mirada de aquel ángel.

—Ella le desprecia por ser francés, primeramente, y luégo porque ama á un oficial español herido, que está hospedado en su casa desde hace tiempo. El oficial nada sabe; además, no puede batirse con Beauregard porque está en cama enfermo. Pues bien, necesito la vida de Beauregard. Dicen que matáis cuantos franceses podéis... pues bien, matad á ese.

—Señora, quizás han muerto algunos, obedeciendo á un sentimiento de represalia por las incalificables atrocidades cometidas en la entrada del francés, pero no para servir de instrumento á los fines de nadie.

—¡Pensad que puedo perderos!

—No importa.

—Quizás esta misma noche Beauregard hará víctima de su brutalidad á Clara y vos podéis evitarlo.

—Señora, yo podré evitarlo, pero no asesinando á ese hombre que decís, sino corriendo á avisar á Margenat de lo que le amenaza.

—No lo haréis.

—¡Oh, sí!

Ninón cogió á Gatell por ambas manos.

—¡Soltadme!—exclamó éste.

—Una palabra.

—Decid.

—Ya que no queréis matar á ese enemigo de vuestra patria, hacedme á lo menos un pequeño favor.

—Decid.

—Mañana, á la caida de la tarde, tened en vuestra casa un traje de señora española, de *Torcuata,* como decís vosotros; dejadlo allí y no volváis hasta la mañana siguiente. No quitéis la llave de la cerradura y entornad la puerta.

Gatell no contestó.

—Nada temáis, no os comprometeré en lo más mínimo.

—Bien está,—replicó el vecino de la calle de Santa Tecla.—Se hará como decís.

—Estamos pagados,—contestó Ninón.

Los dos se separaron y era de notar que el hombre estaba hondamente conmovido y cabizbajo y la mujer arrogante y serena.

VII.

Gatell cumplió lo prometido. Dejó sobre una silla el consabido traje y se fué.

Al caer de la tarde entraba en su casa un joven cadete de afeminado porte y salía al poco rato una elegantísima petimetra, tapada la cara por un espeso velo.

Dirigióse la encubierta hacia la plaza llamada entonces del *Corralet* y hoy de la Fuente, donde había establecida una guardia, y se detuvo en el portal de una casa, permaneciendo allí hasta que salió del

convento de Santo Domingo, convertido en cuartel, un oficial de bizarra apostura y seductora fisonomía.

La niña salió entonces del portal y echó á andar delante del barbilindo, volviendo con insistencia la cabeza hacia él.

El oficial pareció encantado del garboso aire de la desconocida y fué siguiendo tras ella por la bajada de la Misericordia, calle Mayor y escaleras de la Catedral.

Al llegar á la última grada, la perseguida joven dejó caer un blanco pañuelo que el oficial recogió y devolvió galantemente á su dueña, no sin mirar antes las iniciales, que eran una *M* y una *L*.

A pesar de los expresivos requiebros del militar, la señorita permanecía callada como una esfinge, si bien mostrándose cada vez más insinuante en sus ademanes.

El militar, resuelto á ir hasta el cabo de la aventura, continuó en pos de la bella, que dobló la esquina de la calle de Santa Tecla, volviendo graciosamente la cabeza hacia el gallardo perseguidor.

El galán creyó del caso colocarse al lado de la encantadora *Torcuata*, que no hizo ninguna oposición, sin salir, empero, de su obstinado silencio.

Llegaron ambos de esta manera junto al portal de la casa en que vivía Gatell y la joven empujó suavemente la ancha puerta, que se abrió sin resistencia.

Entró la niña y el Tenorio colóse de rondón tras ella. Oyóse entonces el ruido ocasionado al dar la vuelta la llave, la cual quitó la joven de la cerradura.

La entrada estaba enteramente á oscuras. El francés echó yesca, encendió un papel y á favor de la improvisada luz, subieron ambos la escalera. La joven tomó un velón que estaba en la mesa de la cocina y acercando á la mecha el papel, que aún ardía, quedó débilmente alumbrado el aposento. Todo esto se efectuaba en medio del más profundo silencio.

La joven salió de la cocina y atravesando varias piezas se internó hasta un cuarto que daba á un estrecho y oscuro patio, seguida siempre por Beauregard, el cual empezaba á sentirse algo inquieto.

VIII.

Cerró la puerta del cuarto la misteriosa tapada y con un brusco movimiento levantó el velo que encubría su cara.

—¡Ninón!—exclamó el oficial, más estupefacto que inmutado.

—Sí, Ninón,—repuso ella con sordo acento.—Por fin te tengo entre mis manos y soy dueña de tu vida. Mucho me has hecho sufrir, Raul, pero hoy voy á desquitarme de tantas torturas viendo cómo corre tu sangre y cómo se te escapa la vida bajo las plantas de mis piés.

—¿Qué dices? ¿Estás loca? ¿Tú matarme? Por Dios, no me hagas reir, querida mía; el ardiente sol de la romancesca España, se te habrá metido en la cabeza y te hace delirar, ¡pobre Ninón! ¡Tú convertida en émula de las heroínas de Calderón y Lope!

—Justamente, y sino, ¡mira!

Rápida como el pensamiento, Ninón había sacado de su corpiño una agudísima daga adamasquinada, un verdadero juguete, cincelado por Benvenuto Cellini, y lo había hundido hasta la empuñadura en el corazón del oficial.

El desdichado se apoyó por un momento en una silla, pero al punto cayó al suelo, brotando de la herida un raudal de sangre.

—Ya ves cómo he sabido hacerme justicia y cómo tengo palabra,—exclamó Ninón.—¡Revuélcate, implora mi compasión! ya verás qué caso hago de tus palabras. ¡Infame!

El oficial se retorcía, llevándose la mano al pecho para detener el torrente de sangre que manaba por aquella estrecha abertura.

—¿Te parece que he sido demasiado cruel contigo? ¡Triste de mí! No te he dado, sin embargo, más que un castigo dulce y suave en comparación de lo que mereces. Porque has sido tú mil veces peor que un vivorezno, mil veces más indigno que el último rufián... ¿Pero qué miro? ¿Lloras? ¿Ahora lloras? Pues mira, infinitamente más me has hecho llorar tú.

La implacable joven puso un pié sobre el pecho de Beauregard y como si hablara sola, murmuró:

—¡Pobre Ninón! ¡Tenías quince años, quince tan sólo! ¡Qué bonita! ¡Cuán querida de todos! En San Dionisio no había nadie que no se hiciera lenguas de la linda pensionista, de la divina Ninón de Letoilliére, huérfana del general muerto en el puente de Arcola, junto á Bonaparte. ¡Qué encantadora estaba con su traje de colegiala del Consulado! Cuando salía con las demás colegialas, no había mariscal que no la saludase; Josefina la sentaba á su mesa continuamente y quería hacerla camarista; el emperador

la tenía destinada para el mejor de sus divisionarios y más de uno se hizo matar por sus bellos ojos... Ninón, sin embargo, no quería amar á nadie, creida de que nadie era digno de la hija del general Letoilliére. Un día vió á un joven oficial de los cien guardias de la emperatriz y se sintió presa de ardiente amor. Se amaron, se adoraron; ella se entregó á él como una pobre tortolilla y huyeron. No tardó el oficial en mostrarse tal como era, villano, jugador, grosero, cobarde, egoista...

El herido, haciendo un esfuerzo, exclamó:

—¡Mientes, mientes!...

—¡Bah!—repuso ella.—¿Tú qué has de decir? ¿Quién eres tú para atreverte á desmentirme? Anda y acaba de entregar tu alma al infierno. Tan poseido estaba del demonio del juego que apostó cien napoleones con Bianchi por comerse el corazón de un centinela español. Bianchi ganó, por supuesto... Y luégo, arruinado y lleno de trampas, quiso enamorar á la hija de un tendero de paños para que le diesen el dote de la muchacha y jugárselo también...

Beauregard hizo un supremo esfuerzo y exclamó:

—¡Oh, no! A Clara... ¡la adoro!

—¿Con que la adoras?—murmuró Ninón.—¡Cosa rara en tí! También me decías á mí que me adorabas y me obligaste á ser la querida de tu coronel para que me diese dinero con que poder entregarte al juego. ¡Capitán Beauregard, en toda tu vida no has hecho más que explotar mujeres para tus vicios! ¡Vil mercenario, no te ha guiado más afán que el del negocio y has negociado hasta con tu madre!

Beauregard lanzó un rugido.

—Muérete, ¡cuánto tardas!—repuso Ninón.—Por un duro venderías el santo y seña á cualquier miguelete. Si el amo de esta casa te diera una onza, le entregarías á tu Clara, de la cual parece anda enamorado.

Beauregard hizo un esfuerzo para incorporarse y exclamó:

—¿Qué dices?

—Sí, el amo de esta casa está enamorado de Clara y ¡pardiez! no he de parar hasta hacerla su manceba...

—¡Maldita cortesana!

—¡Pero cuánto tardas en morirte! Anda, acaba, que me espera el coronel, impaciente por prodigarme las caricias que le vendo.

—¡Ninón! ¡Ten piedad de mí!...

—Cuando pienso de qué manera me has envilecido y deshonrado, de qué manera me has convertido en infame mercancía, no sé qué siento, sino que me doy asco y horror. ¡Ay de mí! ¡Parar de azucena en impura cortesana, transformarme de blanca paloma en despreciable entretenida! Dí, ¿qué castigo sería bastante para tí? Y sin embargo, yo, ciega de amor, hubiera devorado todas las humillaciones y envilecimientos; me hubiera bastado leer en tus ojos una mirada de cariño para levantar orgullosamente mi cabeza y sentirme bañado de rocío el corazón. Ni áun eso has querido concederme y no te has tomado siquiera la molestia de encubrir bajo un velo de hipocresía tu desprecio hacia mí, y últimamente, tu pasión por esa Clara, que Dios confunda; es decir, no por ella, por su dote...

—¡Por ella! ¡Por ella, sí, sí!—exclamó Beauregard, con enérgico acento.

—¡Y aún te atreves á afirmarlo!—repuso Ninón.—¡Muere, pues, y que el infierno cargue con tu alma villana!

Y clavó de nuevo el puñal en el infeliz, dejándole espantosamente degollado.

Abrió en seguida la ventana que daba al patio interior y miró hacia abajo. Había un pozo.

Ninón tomó el cadáver en sus brazos, lo llevó arrastrando hasta el alfeizar y arrojólo desde allí, cayendo en el agua con sordo estruendo.

Acto seguido se quitó la mantilla, el corpiño y la basquiña; lavó el suelo, manchado de sangre, y se vistió el uniforme de cadete, con el cual había entrado por primera vez en la casa, saliendo después de haber apagado la luz. Cerró la puerta, arrojó la llave por un agujero practicado en su parte inferior y se fué calle arriba, esquivando el encuentro con los soldados que pasaban.

Así llegó hasta la habitación del coronel, que tenía su alojamiento en una suntuosa casa de la calle de Caballeros. Entró en el cuarto en que estaba el amartelado jefe sin quitarse el vestido de militar y saludando conforme á ordenanza, exclamó:

—¡Presente, mi coronel!

—¡Loca! ¿Has logrado ya lo que te proponías?

—Completamente. El bueno del novio va á tener unos celos que ni Otelo, cuando le digan que han visto á su Dulcinea toda la tarde colgada de mi brazo.

—¿Cómo resistir, en efecto, á un Lovelace como tú?

—¿Con que te parezco capaz de conquistar el corazón de una sensible marinera?

—¡Fuego de Dios! ¿No has conquistado el mío?

El coronel trató al cadete con demostraciones inauditas en los fastos guerreros, y ambos se perdieron en las sombras de un largo corredor.

VI.

Al día siguiente, al dar las nueve el reloj de la Catedral, entraba Gatell en su casa. Vió sobre la mesa el traje de señora, lo examinó y no observó de particular sino que exhalaba un suave perfume. Entró en el cuarto en que había tenido presa á Ninón y le llamó la atención ver que había sido cuidadosamente lavado. Ningún otro indicio revelaba que se hubiese perpetrado allí ningún horrendo crimen. Fijóse luégo en la ventana, y entonces vió una ligera mancha de sangre en el antepecho.

—¡Diablo! ¡La cosa ha tenido realmente efecto!—exclamó.—Ninón, después de matar al infiel, lo ha precipitado en el pozo. Habrá que arrojar algunas piedras para que no flote alguna parte del cuerpo cuando se descomponga.

Esta fué la oración fúnebre del capitán Beauregard.



CAPÍTULO XV

Un banquete

I

Habían pasado algunas semanas desde la entrada de los franceses en Tarragona.

Don Facundo de la Alcantarilla, el ignorado artificiero de las cavernas del Circo, parecía hacer muy buenas migas con los invasores, al igual que el boticario de la calle Mayor, en cuya trastienda había una constante tertulia de oficiales.

Todos los patriotas habían cesado de cruzar el más ligero saludo ni la mirada con aquellos miserables *caragirats* (afrancesados). Verdad es que no sabían las proezas de don Facundo, porque éste había tenido á bien callarse como un muerto y que no sabían tampoco que los granaderos habían ensartado en sus bayonetas á dos hijos del boticario, que no por serlo naturales dejaba él de querer con toda el alma de un padre. El vió todo el horror de aquella inaudita escena; vió á sus hijos, clavados en la punta del arma, retorcerse en lo alto de los fusiles, saliéndoles el acero por el pecho, arrojando sangre por todas partes, destripados, agujereados, despachurrados. El uno tenía próximamente dos años y el otro seis meses.

¿Por qué, en vez de lanzarse contra los asesinos, trabuco en mano, había el discípulo de Esculapio callado y recogídose á su casa, luégo de haber besado con silencioso llanto los desgarrados restos de las criaturitas?

¿Por qué desde el siguiente día no había ocultado su adhesión á la causa napoleónica, brindando hospitalidad á cuantos se habían distinguido por su mayor barbarie y convirtiendo su tienda en sucursal del gobierno militar?

Y si esto le hizo perder casi toda su parroquia, ¿qué hubiera sucedido á saber la gente que los dos niños, de cuya muerte fué testigo, eran propios hijos suyos? Pero la gente ignoraba esto, como ignoraba las travesuras del señor de la Alcantarilla.

Ello es que el boticario dió pruebas de imponderable indignación al correr la voz de que el capitán Beauregard había desaparecido sin poder nadie atinar qué suerte le había podido caber. Tomóse declaración á Margenat, á Clara, al oficial herido, pero viendo que era inútil acosarles con preguntas, pues claramente se echaba de ver que nada sabían, no se les molestó más.

—Hay que desengañarse,—exclamaba el boticario.—El crimen se ha cometido fuera de la plaza; nadie habría tenido ánimo bastante para perpetrar un asesinato, sabiendo que nada se escapa al ojo penetrante de la gran policía francesa. Lo habrán degollado en las cuevas del Lorito ó lo habrán arrojado al mar, ó quizás lo han enterrado en alguna viña del término; pero lo que es dentro de Tarragona, de fijo que no está.

II.

Grande fué, por lo tanto, la sorpresa de Gatell al recibir un día la visita de don Serapio, que tal era el nombre del digno farmacéutico.

—¡Vos en mi casa!—exclamó el patriota.—¿Qué hay de común entre vos y yo para que os permitáis poner aquí los piés?

Don Serapio era un tipo de boticario clásico; jamás dejaba de cubrir su cabeza el negro gorro tradicional; larguísimo levitón, calzón, medias y sombrero negros y monumentales antiparras, componían el revestimiento exterior de su persona escuálida y larguirucha.

El boticario sacó una preciosa tabaquera de rapé, tomó un polvo y repuso:

—Señor Gatell, vuestra casa echa un olor altamente sospechoso. No parece sino que se esté pudriendo ahí un cadáver. Esto os podría acarrear algún serio disgusto.

—¿Vais á delatarme, pues?—exclamó Gatell.

—No, voy á aconsejaros que os procuréis en seguida un barril de cal y que lo más pronto posible quitéis el muerto de donde está.

—No sé de qué muerto me habláis,—replicó Gatell,—pues no me consta que en esta casa haya ocurrido ninguna muerte.

—Lo sé yo,—repuso el boticario.—Hay en el fondo del pozo el cadáver del capitán Beauregard, arrojado por la señorita Ninón de Letoilliére, la querida del coronel del 92 de línea.

Gatell miró al boticario con ojos de espanto, cual si fuera un brujo ó un diablo.

—¿Vos sabéis eso? ¿Vos? ¿Pero cómo podéis saberlo? ¿Quién os lo ha dicho?

—Lo ví.

Gatell creyó que era presa de una pesadilla.

—Primero le dió una puñalada en el corazón y luégo otra en el cuello. Es extraño que no hayáis cuidado de disimular la existencia del cadáver.

—Pero, ¿cómo pudisteis vos ver eso que decís?

—Muy fácilmente. Estando entornada la puerta de esta casa, no me costó ningún trabajo empujar y subir.

—¿Y con qué derecho penetrasteis?

—Venía á veros. Creía encontraros, no estabais, y así que me retiraba oí pasos y no tuve más remedio que quedarme agachado detrás de un montón de cofres que tenéis en el mismo cuarto en que se consumó el asesinato. Así es que no se me escapó el menor detalle ni la menor palabra.

—¿Vos queriais verme?

—Seguramente que sí. Sabía que Ninón se había informado de si érais valiente y discreto, y suponiendo que os tenía que menester para algo, iba á avisaros para que aceptaseis cualquier asunto que os propusiera.

—Pues no acepté.

—Eso mismo comprendí al ver que degollaba *manu propia* al capitán. No tenía más remedio que obrar así; él la había seducido y echado á perder y no encontró nada mejor para hacerse perdonar que hacer diez mil monadas á Clarita, añadiendo al antiguo despecho espantosa tortura de celos y sed de venganza. Ninón tiene malas pulgas; por algo nació en Ajaccio, aunque se educó desde niña en el colegio de San Dionisio. Pero vamos al caso. Los franceses alojados en la casa contigua, empiezan á extrañarse del mal olor que se percibe; el agua de este pozo comunica con la del pozo contiguo, pues tienen un fondo común, y algún día podría sacarse algún indicio... No hay, pues, otro remedio que sacar el muerto.

—Me dejáis sorprendido con vuestro proceder. Yo os creía del partido francés, aunque algunas veces he dudado si obrabais ó no con sinceridad.

—No tengo que daros explicaciones. Yo obro según un plan que tengo muy meditado. Cuando veáis los resultados podréis decir si soy ó no un malvado *caragirat*.

—Desde ahora os pido perdón por el concepto que había formado de vos. Bien se conoce que sois un gran patriota.

Don Serapio no contestó, miró el reloj y dijo:

—Espero que pondréis, pues, manos á la obra y que quitaréis eso del pozo.

—¿Y qué voy á hacer del cadáver?

—Tened preparado un barril de cal, como os he dicho antes, y echadlo dentro.

—Bien.

—Adiós.

—Buenas tardes, amigo mío. Si jamás me necesitáis, disponed de mí en un todo.

—Gracias, no os necesitaré.

III.

Gatell procedió por la noche en unión de Jorge á la extracción del cadáver, el cual arrojaron luégo en el barril de cal, dejándolo en un oscuro rincón de una pocilga, desapareciendo entonces el mal olor,

—Señores,—exclamaba al día siguiente en su trastienda don Serapio,—faltaría á un deber de fidelidad y adhesión hacia la noble causa que todos los presentes defendemos si no celebrara dentro de mi humilde esfera la festividad del grande emperador. Para dicho día he resuelto, pues, dar un modesto banquete á cuantos me dispensan la honra de frecuentar mi pobre casa, que es la casa de un ferviente imperialista, de un partidario *á outrance* de la política francesa. Porqué, yo, señores, no me contento con que ciña la corona de San Fernando el ilustre hermano del vencedor de Austerlitz, sino que abogo porque se agregue á Francia todo el territorio español comprendido á la parte de acá del Ebro.

—¡Muy bien!—exclamó un oficial, aficionado á la diplomacia.

—Os invito, pues, á celebrar en esta casa la fiesta del 15 de Agosto, citándoos para las ocho de la noche. Será una verdadera colación, algún lechoncito, pavos, mariscos y otras zarandajas, pero en cambio saldrán de lo más recóndito de la bodega Priorato y Málaga del 1711. ¿De qué mejor manera podrían terminar su centenario que sirviendo para conmemorar el feliz día del héroe de las Pirámides?

—Aceptamos gustosos vuestro noble ofrecimiento, —repuso un gallardo comandante.—¿Pero no habrá nada más? ¡Alguna Hebe para escanciarnos ese Priorato y ese Málaga!...

—¡Oh, eso por de contado, comandante Audouard, —repuso don Serapio,—pero no será hasta los postres!

—Sea cuando quiera.

—Pues no hay más que hablar. Hasta el 15.

—¡Hasta el 15, incomparable *apothicaire!*

Los oficiales salieron frotándose las manos de gusto y don Serapio lanzó una diabólica carcajada.

Don Facundo de la Alcantarilla quedó encargado de los preparativos del banquete, prometiendo que la sala quedaría convertida en un verdadero aposento de las Tullerías, estilo Luís XVI.

—¿Vendrá?—le dijo don Serapio.

—Sí, ella servirá el vino.

—¿No temerá la conozca nadie?

—Del modo que irá ataviada, no hay cuidado.

—Está bien. Será, pues, una fiesta completa.

—Inmejorable.

Al anochecer del 15 de Agosto el vasto salón del primer piso de la botica estaba convertido en una exacta copia del gabinete de María Antonieta. Las paredes estaban enteramente cubiertas por tapices, tan buenos como los de los Gobelinos. Cornucopias de Venecia, jarrones, tibores, candelabros, cortinajes y sillones, todo estaba estrictamente ajustado al modelo.

IV.

La mesa estaba puesta para doce personas, incluyendo al anfitrión y á don Facundo.

A las ocho fueron llegando los convidados y con una puntualidad ordenancista se sirvió al punto la comida, espléndida y casi regia. Don Serapio había echado verdaderamente la casa por la ventana.

A los postres subió de punto la sorpresa y satisfacción de los comensales. Había aparecido la esperada Hebe, vestida con un precioso traje de corte, digno de la más encopetada mariscala. Plumas en la cabeza, grande escote, brazos desnudos, cuerpo ajustado bajo los pechos, falda estrechísima, abierta hacia abajo por uno de los lados, mostrando la bien torneada pierna, y menudos zapatitos de raso rojo. El rostro era un encanto, una verdadera visión escapada de un cuadro de Watteau ó de un pastel de Fragonard, rubia, provocativa, deliciosa. ¿De dónde había sacado don Serapio aquella beldad? ¿De dónde venía?

Nada más claro, sin embargo; no sólo había podido traerla don Serapio sino que la mayor parte de los muebles eran suyos y ella había corrido con todo el gasto de la fiesta.

Aquella sublime belleza era Leonor, era la duquesa de Órgiva, que el día del asalto se había visto villanamente ultrajada por aquellos convidados tan *hommes du monde*, tan elegantes y *espirituales*.

Leonor había sido befada, escarnecida, brutalmente entregada á la torpeza del granadero beodo; había perdido, atravesado á bayonetazos, á su esposo, que murió como un héroe defendiendo la independencia de la sagrada patria. Aquellos mismos oficiales que ahora se mostraban tan admirados ante su soberana hermosura, la habían tratado peor que á la más desarrapada ramera, la habían hecho conocer los últimos escarnios, la habían dejado como una andrajosa meretriz, hartos, cansados, apaleándola, escupiéndola, como infames *Saca-mantecas*... ¡Poco faltó para que no le abrieran el vientre á sablazos, ebrios y ahitos!...

La duquesa era fuerte y joven; su alma, toda amor y franqueza, se había replegado, como la corola del lirio marchita por el abrasador sol del estío, y había ido fermentando en su interior espantosa sed de venganza.

Leonor estuvo por espacio de dos días mirando de hito en hito el cadáver de Antonio Albenza que mandó traer á su casa... y el cadáver la miraba...

Aquella mirada le decía á Leonor que vengase al muerto y se vengase ella. Leonor cogía las manos del muerto y le parecía que ardían. Besábale, abrazábase á él, dormía con el rostro junto al suyo y parecía escucharle y comprenderle. En cuanto á lágrimas, tantas derramaba el cadáver como ella. Los ojos de Leonor estaban secos.

La duquesa de Órgiva parecía haber enmudecido; nadie la oía hablar; nadie sabía lo que pasaba en aquella conciencia.

La patriota, la esposa, la amante, la mujer, la aristócrata, la cristiana, estaban á su vez heridas, taladradas, destruidas, aniquiladas. Sólo quedaba una española infamada, con el alma convertida en un infierno de rencor y venganza.

Don Serapio supo todo lo inenarrablemente ocurrido y corrió á casa de la duquesa.

—Señora,—dijo.—He de vengarme hasta quedar harto. ¿Puedo contar con vos?

—¿Vengaros?—contestó ella.—Es poco para mí.

—¡Matar, matar diez por uno, veinte, ciento... y lo más enorme, lo más feroz!... Dos hijos míos murieron ensartados en las bayonetas de los granaderos de Ficatier.

—Contad conmigo,—dijo ella.

Y desde entonces don Serapio y la duquesa de Órgiva se vieron cada día, por intermediación de don Facundo de la Alcantarilla, el pirotécnico anónimo.

V

Los oficiales quedaron maravillados ante aquella divina aparición.

No se oyó de pronto más que un murmullo de asombro. Acostumbrados á toda clase de portentos de hermosura, no habían, sin embargo, visto jamás sus ojos prodigio igual.

¿Qué otra cosa podía suceder si Leonor sintetizaba la ardiente eflorescencia del mediodía con los atributos de la espléndida belleza del Norte?

Todos los convidados se levantaron al verla, como movidos por un resorte.

—Señores,—dijo con gravedad don Serapio,—tengo el honor de presentaros á mi sobrina doña Leonor de Guzmán.

—¿Soltera?—murmuró al oido del boticario el comandante Audouard.

—No, viuda,—repuso el boticario.

—Brindemos, brindemos,—exclamó un hermosísimo oficial de húsares.

—Leonor, destapa esas botellas,—repuso el boticario.

La divina aparecida llenó las copas de todos hasta el borde.

—¡Brindemos por la incomparable doña Leonor de Guzmán!—exclamó el comandante.

Todos chocaron las copas. Los franceses apuraron hasta la última gota, pero don Serapio, don Facundo y la escanciadora volvieron á dejar la entallada cristalería sobre la mesa sin haber absorbido ni una gota.

—¡Cómo!—exclamó Audouard.—¿No bebéis?

—No, no bebemos,—repuso don Serapio, tirando la copa al suelo, siguiéndole en igual desprecio don Facundo y Leonor.

—¿Qué? ¿Qué es eso?—exclamó un grueso capitán. —¿Por qué no bebéis?

—¡Traición!—gritó de pronto uno de los comensales.—¡Nos han envenenado!

Pero ya, al decir esto, estaban los demás franceses con las fisonomías horriblemente desencajadas.

—¡Ea,—repuso don Serapio, riendo,—es cuestión tan sólo de cinco minutos! Hago un experimento de toxicología con un ácido que he sacado de las almendras amargas...

Don Serapio no decía más que la espantosa verdad. El vino estaba mezclado con una enorme cantidad de ácido cianhídrico.

VI.

Los desventurados franceses parecían tener gran pesadez de cabeza y experimentar irresistibles vértigos. Algunos se levantaron, vacilantes, cayendo á los pocos pasos; su respiración era difícil y se oía á distancia el violento palpitar de su corazón.

Esto duró poco; pronto, después de algunas violentas convulsiones, quedaron sentados, en completa

rigidez, con la cabeza fuertemente doblada hacia atrás, inmóviles y tiesos...

Luégo aparecieron como dormidos; oíanse sus respiraciones estertorosas, quejidos, ahogados gritos...

Al cabo de una hora había diez cadáveres en torno de la mesa.

Leonor los fué tocando uno por uno.

—¿Están muertos todos?—preguntó clavando su mirada en don Serapio.

—Señora duquesa, muertos,—contestó el boticario.

—Tomad,—repuso ella, alargando una bolsa al farmacéutico.

—Señora,—replicó el hijo de Esculapio,—habéis sido mi auxiliar, no mi dueña; guardad vuestro dinero.

—¿Pero qué vais á hacer de ahí en adelante?—repuso ella.—¿De qué vais á vivir? Pensad que debéis desaparecer al momento de la ciudad...

—Saldremos juntos, si queréis, señora, pues vos debéis huir también.

—Ved, pues, pronto, hacia dónde podríamos dirigirnos.

—Ya lo tenía determinado de antemano, pero, corramos, señora, que urge el tiempo.

—Un momento, nada más; esperadme aquí mientras voy á cambiar mi traje.

VII.

Al cabo de algunos minutos se presentaba otra vez la duquesa en casa de don Serapio, vestida de menestrala. Don Serapio cerró su botica y saliendo por una puerta falsa que daba á la calle de Caldereros, dijo:

—Conviene que ahora mismo nos pongamos en salvo.

—¿Adónde vamos?—exclamó Leonor.

—A Valencia. En la plaza del Milagro nos espera una barca, pronta á darse á la vela,—dijo don Serapio.

Don Facundo se retiró á su casa, más amigo que nunca de los franceses, que ignoraban su participación en el banquete.

Al día siguiente, en vista de que faltaban diez oficiales, el general Bertoletti dió orden de buscarlos y apareciendo cerrada la botica de la calle Mayor, fueron allí, encontrando los diez cadáveres.

En cuanto al boticario, se supo que había desaparecido la noche antes, juntamente con una desconocida. La guardia de la puerta de Santa Clara les había franqueado la salida sin dificultad en vista de que don Serapio era uno de los más caracterizados *caragirats*.

Antes de partir, la duquesa había dejado á su camarera una carta para entregar á la estafeta. La camarera, curiosa, leyó el sobre y vió que decía: «A madame la comtesse de Latour-Duchesne, rue Saint-Germain, 15, París.»

—¿Quién será?—dijo para sí la doncella, pero sin cuidarse de saber más, la entregó al ambulante, que se disponía á salir en aquel momento para Barcelona.

VIII.

Pocos días después el teniente Villarubia era conducido á Francia, prisionero de guerra, dejando á Clara Margenat convertida en un mar de lágrimas.

El valiente militar fué primeramente transportado á Zaragoza, donde encontró á D. Juan Senén de Contreras, preso en la Aljafería. Ambos fueron dirigidos á la frontera en el mismo convoy, juntamente con cuatrocientos oficiales que cayeron prisioneros en Tarragona.

Cándida permaneció en el convento de la Enseñanza. Jorge y el padre Lorenzo iban á verla con frecuencia. La pobre joven no parecía dar ninguna señal de recobrar el uso de su razón, hasta que, pasados algunos meses, la superiora llamó aparte al padre Lorenzo y sostuvo con él una animada conversación.

El padre Lorenzo parecía consternado. Jorge le preguntó qué tenía, pero él, en vez de contestar, dejó escapar dos gruesas lágrimas.

—¡Todo lo comprendo!—exclamó Jorge.—Cándida no puede permanecer más tiempo en el convento...

—Sí, hijo mío,—repuso el buen sacerdote.—¿Te negarás á dar tu mano á esa desventurada?

—No, será mi esposa, hoy, mañana, así que vos dispongáis.

—Será tu esposa y serás el padre de su hijo...

—¡Jamás!—replicó Jorge.—¡El hijo no es mío, es del que maté!

—¿Pero abandonarás al infeliz fruto de sus entrañas? ¿No tendrás compasión de un inocente? ¡Oh, Jorge! Sé generoso, ampara á una inocente criatura...,

—No es mía, es de un infame francés.

—¿Quién puede saberlo?

—El corazón jamás me engaña. Cándida era ya madre cuando, en un momento de delirio, profané su ya mancillado honor.

—Sólo Dios puede decirlo.

—Padre, yo os lo aseguro.

—No te niegues á extender tu mano para bendecir el desdichado engendro de una hora de desgracia.

—Nada me liga á ese hijo.

—Yo te lo suplico. Si no has de ser el amparo del fruto de la madre, ¿á qué unirte con ella como esposo? ¡Oh, pobre Cándida!

—Padre...

—¡Hijo de mi alma! ¡Sé compasivo y Dios tendrá también piedad de tí!

Los dos hombres se arrojaron uno en brazos de otro y lloraron.

No pasó mucho tiempo sin que Cándida y Jorge se casaran.

Semejante cambio produjo en Cándida lo que no habían conseguido todos los recursos de que entonces disponía el arte. Disipóse por completo la nube que oscurecía su razón y volvió á ser la discreta y enamorada joven que conocimos.

Jorge aceptó con sublime abnegación la paternidad del futuro hijo, acerca del cual no podía Cándida dar el menor detalle. Aunque escarnecida por Mancini, estaba ignorante de todas las circunstancias que mediaron en el crimen de que había sido víctima. Por otra parte, nadie había traslucido lo ocurrido en la noche del asalto.

IX.

Tarragona quedó convertida en un cuartel francés. Cuantos pudieron abandonaron la plaza y entre los que quedaron no se vió una sola defección.

Los franceses se aburrían soberanamente. La ciudad parecía un cementerio. Nadie transcurría por las calles. Ningún francés contaba con un amigo.

Mas no era esto sólo: diariamente faltaban soldados y diariamente se encontraban cadáveres en las calles.

Los *troupiers* no se atrevían á probar bebida alguna en las tabernas y comían con recelo el rancho. Eran innumerables los envenenamientos y las muertes violentas. Cierto pozo situado al pié del fuerte de San Jerónimo había llegado á inspirar una especie de terror por haber sido precipitados en él docenas de franceses. Se puso, por fin, un centinela para vigilar aquella insaciable fosa, y al segundo día desapareció también, siendo arrojado dentro.

Las seis mil víctimas degolladas el 28 de Junio, quedaban bien vengadas.

X.

La botica quedó regentada por un químico francés. Don Facundo continuó frecuentando la casa, haciéndose tan amigo del nuevo boticario como lo había sido de su antecesor. Así sabía muchas cosas de suma utilidad para los españoles.

Con la asistencia de Suchet, que estaba en Reus, á un *Te-Deum* celebrado en acción de gracias por la toma de la capital, encendióse más todavía el odio al francés. Los tarraconenses calificaban con razón de sacrílego fingimiento el acto de Suchet, muy dado á tamaños golpes de efecto, según vimos ya al referir la toma é incendio de San Juan de la Peña, donde fundó luégo una misa perpetua.

El *Te-Deum* de Reus fué un verdadero sarcasmo. ¿Cómo se atrevían á blasonar de creyentes, ó siquiera de respetuosos para con la religión, aquellos brutales saqueadores de templos, profanadores de sagrarios, violadores de monjas y asesinos de pobres frailes y curas? Ellos que habían pisoteado las sagradas formas y hecho servir los óleos para alumbrar sus bacanales, ¿cómo osaban penetrar fastuosamente en la parroquia de San Pedro para asistir bajo palio al *Te-Deum* por la feliz conquista de la saqueada, incendiada y ultrajada Tarragona?

La pérdida de esta plaza produjo general descontento contra Campoverde. Los catalanes que servían en las filas del ejército, desertaron en su mayor parte para ir á engrosar las guerrillas, pues tenían más confianza en los jefes del país que no en los forasteros, sobrándoles en esto la razón.

El día 1.° de Julio, á raíz del asalto y pérdida de aquella ciudad, convocó el general en jefe un consejo de guerra y se decidió por mayoría de votos evacuar el Principado, resolución digna de la más acerba censura, pues aún conservábamos Figueras, Berga, Cardona y la Seo de Urgel. Hay que confesar que nuestros generales cometían sin cesar sobradísimas y gravísimas faltas y que gracias al indomable

espíritu del país pudo aquella guerra durar tanto y acabar en bien.

XI.

La división valenciana no cesaba de clamar á todas horas por volver á su país, consiguiendo embarcarse por fin en Arenys de Mar. Unos quinientos hombres de aquella tropa, más impacientes que los otros, habían pasado á Aragón, juntándose con Mina y otros guerrilleros.

El *humanitario* Suchet se había dirigido á Barcelona una vez celebrado el *Te-Deum* de Reus; era su intento ver de aniquilar el ejército de Campoverde y á la vez continuar *aterrando* el Principado con el sistema tan pródigamente empleado en Tarragona. A este objeto, habiendo cogido en Molins de Rey algunos prisioneros, todos soldados, y entre ellos uno con veinticinco años de servicios, los mandó ahorcar sin compasión ni clemencia, sin escuchar las súplicas que le dirigían, hincados de rodillas á sus piés, sin respeto al honroso uniforme que vestían; Suchet, sediento de sangre, hizo cumplir el fallo en su presencia. Ahorcados ya los prisioneros, dió orden de ahorcar también á algunos paisanos y mujeres para seguir *aterrando* al país (1).

XII.

Campaba, empero, por las orillas del Llobregat un hombre que, como militar, valía tanto como Suchet y le aventajaba en inteligencia, astucia y travesura, con ser éstas reconocidas cualidades del general francés. Manso se indignó con la atrocidad de Molins de Rey, pues los ahorcados eran soldados de los que peleaban á sus órdenes, y publicó una protesta llena de energía, tras de lo cual colgó de un árbol seis franceses prisioneros. Así respondía aquel grande é insigne caudillo al *sistema* empleado por Suchet. Torpe anduvo éste en no conocer que nada iba á ganar acosando á un hombre como D. José Manso y llevándole al terreno de las represalias.

(1) Histórico.

El día 9 de Julio, encontrándose Campoverde en Vich, se presentó en dicha ciudad el ilustre general D. Luís Lacy, nombrado por la Regencia para reemplazar al poco afortunado marqués. Campoverde, que en un principio había sido el ídolo de los catalanes, acabó su mando aborrecido por todos, despreciado y sin que nadie le demostrase el menor afecto. ¡Así suelen gastarse en la guerra las mejores nombradías! Estaba de Dios que los generales sufriesen de continuo reveses y desgracias. Venegas, Infantado, Areizaga, Carvajal, Mendizábal, el mismo Blake, Palacio, La Peña, Imaz, Campoverde, Bassecourt, José Caro y Alacha eran otros tantos jefes desconceptuados é inutilizados. Quedaba Castaños, con el inmarcesible lauro de Bailén, pero sobre todo se confiaba en D. Enrique O'Donnell, en Carrera, Zayas, D. Juan Caro, Obispo, Copons, Freire, Porlier, Lacy, el barón de Eroles y otros. En cuanto á los guerrilleros, jamás se habían elevado á tanta altura; ellos mantenían encendido el sagrado fuego de la insurrección; Mina, Durán, Manso, el Empecinado, Villacampa y cien más, eran los verdaderos héroes de la guerra y el nervio de la resistencia.

Para una nación sin rey aquellos eran los más indicados caudillos.

Ya veremos como el nuevo capitán general de Cataluña pudo, gracias al indomable esfuerzo de los catalanes y á las altas dotes que le adornaban, pudo, decimos, alcanzar importantísimas ventajas contra los franceses. Hombres como D. Luís Lacy fueron por desgracia escasos en aquella guerra.

¡Por eso le dió posteriormente tan inolvidables muestras de gratitud el señor Don Fernando VII de Borbón!

Respecto á Suchet, fué elevado por Napoleón á mariscal de Francia, según lo prometido. El emperador, no contento con haberle largado tan alta distinción, le encargó, además, la toma de Montserrat, empresa confiada anteriormente á Macdonald.

El Principado tenía, empero, á su cabeza dos hombres que valían más que los dos mariscales: Lacy y el barón de Eroles iban á demostrar que eran capaces de vencer en todas ocasiones á los franceses.

CAPÍTULO XVI

El general don Luís Lacy

I

Así que tomó el mando del ejército de Cataluña el joven y bizarro caudillo, trasladóse á Solsona, donde favorecido por la fragosidad del terreno y convenientemente protegido por las plazas de Cardona y La Seo de Urgel, se dedicó á reorganizar sus destrozados regimientos y á reclutar nuevos combatientes, cuidando con especial esmero de fomentar las guerrillas.

Envió á Montserrat á Eroles con encargo de defender aquella montaña, para lo cual contaba el barón con unos 2.500 á 3.000 hombres, pertenecientes en su mayoría á los somatenes.

Entre otras providencias que tomó don Luís, merece citarse el haberse desprendido de gran número de oficiales, que no tenía donde colocar, así como de unos quinientos caballos, que no hubieran hecho más que servir de estorbo para el género de guerra que se iba á emprender. Formada con ambos elementos una columna, manifestó á los oficiales y soldados que fuesen á plantar bandera de ventura ó se uniesen á otros ejércitos, donde podrían prestar servicios y mantenerse más fácilmente y dió en seguida el mando de la expedición al brigadier D. Gervasio Gasca, con orden de ir á parar donde mejor le pareciese.

Entonces se realizó otra de aquellas admirables marchas que tan alto renombre proporcionaron á algunos jefes españoles. El brigadier Gasca, cual si quisiera emular las famosas combinaciones estratégicas del conde de Alacha, Garroyo y Romana, decidió que la marcha que estaba encargado de dirigir figurase en la historia al lado de las más asombrosas. Habiendo partido de Solsona el 25 de Julio, hizo rumbo hacia los Pirineos, caminando por sus faldas y vadeando ríos, siempre perseguido por el enemigo. El día 5 de Agosto llegaba la columna á Luesia, cerca de Jaca, donde Klopicki les causó alguna dispersión; juntáronse de nuevo en Eybar (Navarra) y habiéndoles Mina proporcionado guías, cruzaron el Ebro el 12 del mismo mes, incorporándose al ejército de Valencia sin que el francés hubiese podido estorbarlo. En aquel rodeo de 186 leguas murieron bastantes caballos á causa del hambre y las fatigas; hombres pocos. Gasca llegó al término final de la expedición con la columna casi intacta, pues tan sólo algunos soldados le abandonaron para alistarse en las partidas.

Esta prodigiosa marcha del brigadier Gasca merece ser recordada para demostrar lo que puede conseguir una voluntad inteligente y las combinaciones que permite realizar el accidentado suelo de nuestras provincias pirenáicas.

II.

Cayó Montserrat, á pesar de la desesperada defensa del barón de Eroles, pero no fué este el único desastre. El castillo de Figueras, cuya guarnición estaba desde largo tiempo á media ración, y que había consumido luégo los caballos y toda clase de inmun-

dos animales, no pudiendo soportar más el hambre, de que perecían multitud de soldados, cayó también. Su bizarrísimo gobernador, émulo de Alvarez de Castro, D. Juan A. Martínez, trató de salvar á su gente, abriéndose paso por entre la doble línea de circunvalación con que el duque de Tarento tenía estrechada la fortaleza. ¡Vano heroismo! Frustróse la tentativa y Martínez, juntamente con 2.000 hombres extenuados y enfermos, debió rendirse. Era aquel día el 19 de Agosto.

Macdonald encontró entre los heridos á Floreta, Marqués y á algunos otros que habían entrado en el complot para apoderarse del castillo, y sin consideración á su estado los ahorcó en un patíbulo que se levantó en un rebellín. Macdonald demostró que no había sabido vencer; el castillo había sido simplemente bloqueado, no se había dado asalto ni hecho más que vigilarlo como una ratonera; pero Macdonald demostró en cambio que sabía ahorcar y que entendía en dogales, si no en tomar castillos.

Pero no se crea que tales desgracias fuesen capaces de abatir el ánimo formidable de los catalanes. —*¡Ara mes que may!*—exclamaban, echando fuego por los ojos, *(¡Ahora más que nunca!)*. Crecía el furor en sus heroicos pechos al compás de las desgracias. Sobre todo, había entonces lo que no había habido desde el inmortal Reding, ¡había D. Luís Lacy!

III.

Permítasenos citar aquí lo que dice con inimitable brío y gallardo estilo el admirable historiador de aquella guerra, el Tácito español, Toreno: «Ni por »eso cesó la guerra en Cataluña, antes bien, renacía »como de sus propias cenizas. Lacy, activo y bravo, »formaba batallones, sostenía á los débiles, enardecía á los más valerosos y metiéndose por aquellos »días en la Cerdaña francesa, repelió á 1.200 hombres, exigió contribuciones y sembró el espanto en »el territorio enemigo. Por todas partes rebullían los »somatenes; Clarós apareció cerca de Gerona; en »Besós, Milans; otros en diversos lugares, y no les »era lícito á los invasores caminar sino primero con »fuertes escoltas. La Junta del Principado y Lacy »decían en sus proclamas: *¿No hemos jurado ser libres ó envolvernos en las ruinas de nuestra patria? »¡Pues á cumplirlo!* Podíase exterminar la gente, no »conquistarla.»

Lacy no descansaba un momento. Los franceses estaban por entonces (Setiembre de 1811) muy atareados en la empresa de tomar á Valencia. Suchet, con 22.000 hombres, avanzaba hacia allí. Lacy no podía hacer más que atraer las fuerzas contrarias y lo conseguía en la más cumplida medida de sus deseos. Severo y equitativo, ayudado por la Junta del Principado, levantó el espíritu de los catalanes, «quienes,—dice Toreno,—á fuer de hombres industriosos vieron también en las reformas de las Cor»tes, y sobre todo en el decreto de señoríos, nueva »aurora de prosperidad.» Fortificó Cardona más de lo que estaba é hizo lo mismo con otros pueblos, hasta formar una cadena con la fuerte Seo de Urgel, y atrincheró las montañas de Abusa, cercanas á Berga, donde adiestraba á los reclutas. «Y todo eso, ro»deado de enemigos y vecino á la frontera de Fran»cia,—continúa diciendo Toreno,—pero, ¿qué no po»día hacerse con gente tan belicosa y pertinaz como »la catalana? Dueños los invasores de casi todas las »fortalezas, no les era dado, menos aún aquí que en »otras partes, extender su dominación más allá del »recinto de las fortificaciones y áun dentro de ellas, »según la expresión de un testigo de vista imparcial »(el ingeniero Vaccani), *no bastaba ni mucha tropa »atrincherada para mantener siquiera en orden á los »habitantes.* Más de una vez hemos tenido ocasión »de hablar de semejante tenacidad, á la verdad he»roica, y en rigor no hay en ello repetición. Porque »creciendo las dificultades de la resistencia, y ésta »con aquéllas, tomaba la lucha semblantes diversos y »colores más vivos, desplegándose la ojeriza y des»pechado encono de los catalanes al compás del hos»tigamiento y feroz conducta de los enemigos.»

Catalán el que estas líneas escribe, no ha querido ponderar por sí el esfuerzo y bizarría de sus paisanos. El testimonio del conde de Toreno basta á probar lo que hizo Cataluña en aquel trance.

Dueño el enemigo de los principales puntos de la costa, no fué poco el lauro conseguido por Lacy apoderándose de las islas Medas, situadas en la desembocadura del Ter, de las cuales eran dueños los franceses. Tomó el barón de Eroles el fuerte por asalto, después de abierta brecha. Momentáneamente abandonadas dichas islas fueron de nuevo ocupadas. Distinguióse en aquel entonces doña María Amengual, esposa del teniente coronel D. José Masanés, gobernador de las conquistadas Medas, pues cuando

su esposo tenía que ausentarse del fuerte quedaba ella allí, demostrando saber mantenerse firme si por acaso atacaban los enemigos.

La posesión de las Medas fué muy provechosa, pues sirvieron en primer lugar de depósito militar y luégo de punto de embarque de los géneros fabricados en el Principado, siendo así doble su utilidad mercantil y estratégica.

Respecto al derecho de guerra, Lacy no se anduvo en quijotadas é hizo presente al mariscal Macdonald que tomaría represalias de cuantas atrocidades cometiese, indignado con la bárbara ejecución de don Francisco de Montardit, comandante de un batallón, el cual hecho prisionero en Balaguer fué inhumanamente arcabuceado. Lacy dirigió con dicho motivo una carta á Macdonald, en la que decía: «Amo como »es debido la moderación, mas no seré espectador »indiferente de las atrocidades que se ejecuten con »mis subalternos y haré responsables de ellas á los »prisioneros franceses que tengo en mi poder y pue»da tener en lo sucesivo.»

Trató luégo don Luís de romper la línea de puestos fortificados que tenían los franceses desde Barcelona á Lérida, principiando por acometer la villa de Igualada, acompañado del barón de Eroles, cuyo valor y talento se ponían cada día más de relieve. Perdieron en Igualada los franceses más de 200 hombres, viéndose obligada toda la guarnición á refugiarse en un convento fortificado, del cual no pudo Lacy apoderarse, falto de artillería.

Pasaron luégo el general y Eroles á sorprender un convoy que se dirigía á Cervera, para lo cual dividieron sus tropas en dos porciones. Eroles llegó antes, causó otras 200 bajas al enemigo y nada dejó que hacer á Lacy.

Sobrecogidos los franceses con la irrupción del valiente general en el centro del Principado, juzgaron prudente abandonar todos los puntos en que estaban destacados, y evacuaron Igualada, Can Masana y Montserrat, incendiando el monasterio y cuanto pudieron, sin mirar si era sagrado ó profano. La quema de Montserrat fué un acto de vandalismo imperdonable y áun hoy día se siente el ánimo alborotado al considerar aquella brutal destrucción, de la cual quedan elocuentes y acusadores vestigios.

Precisado Lacy á ausentarse del teatro de la guerra para acudir á tomar parte en las deliberaciones de la Junta, dejó encomendado al intrépido é inteligente Eroles la conclusión de la tan felizmente comenzada empresa.

Don Joaquín Ibáñez atacó á los franceses en Cervera, obligándoles á rendirse, y cayeron en su poder 643 hombres, pero no fué ésta la mejor presa, no; lo importante fué la captura de un infame afrancesado, de un monstruo de maldad, digno de figurar entre los más execrables criminales de cuyo nombre abomina la historia, de *D. Isidro Pérez del Camino*, en fin, corregidor de Cervera en nombre de los enemigos de la patria. Este hombre, esta fiera mejor dicho, complacíase en martirizar á cuantos se mostraban morosos en el pago de las contribuciones, ó sencillamente á cuantos no se plegaban á sus desatentados caprichos. Con este objeto había inventado una jaula en la que metía á sus víctimas, cuya cabeza quedaba fuera, aprisionada en una argolla. Inmovilizados de este modo los infelices presos untábanles el rostro con miel para que les atormentasen las moscas. Ibáñez entregó á Pérez del Camino á sus víctimas... y no hay para decír el fin que tuvo.

Rindióse poco después al barón la guarnición de Bellpuig, pereciendo en la refriega multitud de franceses y haciendo 150 prisioneros.

Rota ya la línea de comunicaciones entre Lérida y Barcelona, remontó Ibáñez hacia la alta Cataluña y obrando en combinación con el gobernador de la Seo, Fernández Villamil, rigió la vanguardia de una expedición destinada á asolar la Cerdaña francesa. Los nuestros incendiaron la villa de Marens, después de derrotar á los franceses que defendían el pueblo, entraron á saco la población de Ax, sembraron el espanto en toda aquella comarca y repasaron tranquilamente la frontera.

IV.

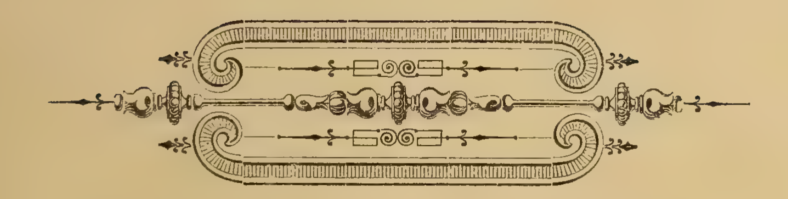
La adhesión y cariño de los catalanes hacia Lacy no conoció límites. El ilustre general, á la vez que disciplinaba y organizaba su ejército lisonjeaba á los naturales escogiendo por jefes á los más acreditados guerrilleros del país y fomentando los somatenes y partidas de *miquelets*, base de las operaciones militares más propias por entonces en el Principado. Cada día surgían nuevos partidarios, hormigueando en toda Cataluña los guerrilleros. Los jefes que caían eran al punto reemplazados, pero, además de esto,

cada día se sabían proezas de otros que empezaban entonces su carrera.

El 28 de Octubre dejó Macdonald el mando; antes que él se habían estrellado ya en la empresa de pacificar á Cataluña otros dos mariscales de Francia. Sucedióle el general Decaen, que se vió harto apurado para poder mantener expedita la comunicación con Francia. Lacy sorprendió en Diciembre un gran convoy y tuvo en jaque al nuevo general, obligándole á dejar libre el llano de Vich.

Tal era el estado de Cataluña al final del año 1811. Las grandes ventajas que creían reportar los franceces de la toma de Tarragona, se habían convertido en amargos reveses. Era que el Principado contaba con un bravo general, dignamente secundado; no con un militar de salón sino con un verdadero patriota y hombre de guerra, conocedor del país y sus costumbres y hasta preocupaciones. Don Luís Lacy y el barón de Eroles demostraron que á falta de murallas de piedra, era una muralla el pecho de cada catalán. Estos que vieron de lo qué era capaz su general, sintiéronse más animados y confiados que nunca, y de ahí los triunfos de las Medas, Cervera, Bellpuig, Igualada, San Celoni y cien otros, sin contar la invasión de la Cerdaña.

Por desgracia, mientras Lacy y el barón de Eroles triunfaban, remediando los anteriores descalabros, en otras partes sobrevenían catástrofes tras catástrofes, según vamos á tener ocasión de referir en el capítulo siguiente.



CAPÍTULO XVII

Lo de Valencia

I

La duquesa de Órgiva y don Serapio consiguieron embarcarse en Tarragona sin experimentar ningún contratiempo, llegando á Valencia el 20 de Agosto.

Pocos días antes había llegado también allí el Regente Blake, en reemplazo del marqués de Palacio, cuyas medidas habían sido en todas ocasiones más propias de un pacato devoto que de un militar bravo y diligente. El buen marqués, en efecto, creía que con celebrar cada día procesiones y novenas, ya lo tenía todo hecho. Así, para fortificar las murallas más de lo que estaban, adoptó el medio de pasear por el derredor de la plaza la Vírgen de los Desamparados, confiando que con ello se convertiría en inexpugnable muradal el débil recinto de la ciudad.

Mala suerte había cabido á los valencianos en punto á los generales que les mandaba la Regencia. Después del célebre José Caro les había tocado el inepto Bassecour, y en pos de éste, el pobre Palacio. Así anduvieron las cosas en aquel reino. Por fin les iba á gobernar un militar de veras, aunque desgraciadísimo é incomprensible á veces.

El motivo de la expedición de Blake á Valencia era proteger aquel reino, muy amenazado desde la caida de Tarragona, y distraer hacia Levante los ejércitos franceses de las provincias occidentales. Wellington se había mostrado muy satisfecho de semejante plan, pues no corria bien con Blake y prefería mejor entenderse con Castaños, de carácter más dúctil y condescendiente.

Blake había salido de Andalucía contando con la cooperación del 2.° y 3.° ejércitos, además de las tropas expresamente escogidas para la expedición. Había primeramente desembarcado en Almería, anticipándose á sus divisiones para llegar cuanto antes á Valencia, por lo cual la expedición se agregó al tercer ejército, mandado por D. Manuel Freire, el cual se dirigió contra el general Leval.

Al saberlo Soult, salió de Granada y mandó á Godinot que cayese sobre los españoles. Trabóse en Zuejar una sangrienta batalla, en la cual tuvimos 438 muertos y perdimos más de 1.000 prisioneros, debiendo Freire emprender precipitadamente la retirada. Brilló en aquel trance D. José Antonio de Sanz, comandante en jefe de la 3.ª división, cuyas tropas anduvieron 37 leguas en seis días, comiendo sólo tres ranchos, penuria incapaz de ser soportada por otros que los soldados españoles.

Por su parte Freire hacía á veces 13 leguas por día, corriéndose hacia Murcia, donde fué relevado por Mahy, pero de la información que se hizo acerca de la responsabilidad de aquella aciaga derrota, no resultó en manera alguna comprometido el digno general, sino que aparecieron como causantes del descalabro D. José O' Donnell y D. Ambrosio de la Cuadra.

No por eso habían dejado los guerrilleros de molestar al francés, lo mismo en la Alpujarra que en Murcia; muchos fueron los triunfos que consiguieron, rescatando no pocos prisioneros y recobrando á menudo el botín que recogían los franceses.

II.

Al encargarse Blake del mando en jefe contaba con el 2.º ejército ó sea el de Valencia, las divisiones aragonesas de Obispo y Villacampa, parte del tercer ejército, que había podido salvarse del desastre de Zuéjar y las fuerzas expedicionarias, que subían á unos 10.000 hombres, al mando de Zayas, Lardizábal y Loy, este último general de la caballería.

Las primeras providencias de Blake se encaminaron naturalmente á remediar los desbarros del marqués del Palacio, activando los medios de defensa, reforzando las fortificaciones de Murviedro, haciendo ejercitar á los reclutas y reforzando el castillo de Oropesa, situado en carretera real de Cataluña.

Por su parte no se descuidaba el mariscal Suchet, á quien tanto sonreía la fortuna desde algún tiempo á aquella parte. Dejó aseguradas sus espaldas y flancos por Cataluña, Aragón, Murcia y Cuenca, y tomó la vuelta de Valencia al promediar el mes de Setiembre, al frente de 22.000 hombres repartidos en tres columnas de marcha. La una (Harispe) salió de Teruel, la segunda (Palombini) tiró por Morella y San Mateo, tan famosos en la guerra de los siete años, y la tercera, en la cual iba Suchet, estaba formada de la división Habert, reserva de Robert, caballería y artillería de campaña y procedía de Tortosa.

El 21 de Setiembre se encontraba ya Suchet frente los muros de Murviedro, dejando tras sí el castillo de Oropesa que no había conseguido rendir.

Blake no esperaba tan pronto á Suchet, pues no había podido todavía uniformar y disciplinar á su gente ni reunir todas las fuerzas que estaban bajo su mando. Con todo, había logrado guarnecer suficientemente Murviedro y atrincherar Valencia, convirtiendo á Alcira en segunda línea de defensa y mandando allí á la Junta y al engorrosísimo marqués del Palacio, nombrado general, nadie sabía de qué ni de dónde.

III.

Para excusar tristes detalles diremos que Suchet probó de tomar Murviedro por escalo, sin resultado; que luégo formalizó en toda regla el sitio; que perdió más de 1.000 hombres en infructuosos asaltos; que Blake acudió en auxilio de los sitiados, trabándose una batalla, que, por supuesto, perdimos, costándonos 900 muertos y heridos, 4.000 prisioneros y 12 piezas, y sólo 800 bajas á Suchet; que Villacampa se cubrió de gloria y que Blake se mostró tan indeciso y frío como de costumbre, falto de presteza y resolución, tibio y retraido por no faltar á su habitual condición, y en fin, tan *rigor de las desdichas* como desde que empezó á servir. Loy y D. Juan Caro cayeron prisioneros, después de heridos, ambos cubiertos de gloria. Lardizábal estuvo felicísimo y el celebérrimo D. José Miranda, á quien vimos asomar en Tarragona las narices, tan *heróico* como de costumbre, siendo la causa principal del desastre, para evitar el cual hizo prodigios Villacampa con los bizarrísimos regimientos de Molina, Cuenca y Avila. Zayas se mostró denodado y admirable como en todas ocasiones. Suchet y Paris resultaron heridos. La batalla, que había estado á punto de ser ganada por el esfuerzo de Villacampa, Zayas, D. Juan Caro y Lardizábal, se perdió por la imperdonable necedad de Miranda, la floja dirección del flemático Blake y la cachaza del pobre Mahy, sucesor del intrépido Freire; este Mahy era más propio para gobernar una comunidad de rollizos cistercienses que un ejército de españoles.

¿Qué había de suceder tras de tan descomunal derrota? Rindióse Murviedro y faltóle tiempo á su atolondrado gobernador, D. Luís M. Andriani, para aceptar la capitulación con que le brindaba Suchet. El fracaso de Blake le había dejado atontado, y sin parar mientes en que la brecha abierta era, según confesión de Suchet, de difícil acceso, y que antes de conseguir apoderarse de la plaza era preciso vencer grandísimos obstáculos, accedió Andriani á la capitulación (26 de Octubre de 1811.) No era así como se habían portado Palafox, Alvarez, Herrasti, Santocildes, Contreras, Estrada, Martínez, Massanés, la Amengual y otros defensores de sitiadas plazas, que no habían prestado atención á que hubiese brecha abierta; Andriani se portó como un hombre atortolado. «No era el hacha ni la pala oficiosa del gastador enemigo la que debiera haber allanado la salida á los defensores de Sagunto,» dice con razón Toreno. Efectivamente, el tal gobernador, su ayudante don Joaquín de Miguel y 2.572 hombres salieron de Murviedro con los honores de guerra, tributados por el francés, no por la historia.

Andriani, en vez de acobardarse por la derrota de

Blake, hubiera debido recordar Zaragoza, Gerona, Astorga, Ciudad-Rodrigo y Tarragona, pero no lo hizo.

IV.

Blake volvió á Valencia, no cubierto precisamente de gloria.

Acabemos pronto de narrar lo que allí pasó.

Blake era enemigo de los guerrilleros; era un militar de colegio.

(Y por eso le fueron tan bien las cosas.)

Es decir, que no era un D. Luís Lacy, el arrogante vencedor de los franceses en cien combates.

Blake se desatendía de todo lo que no fuese oficinesco y oficial.

El paisanaje le miraba con desapego.

En cambio, sus reglamentarias tropas de línea no le miraban tampoco con sobrada confianza.

A mediados de Diciembre, Suchet, reforzado con las divisiones de Reille y Saveroli, procedentes de Navarra y Aragón, contaba con 34.000 hombres excelentes y aguerridos con que poner sitio á la capital.

El mariscal vadeó el Turia, empleando la modernamente preconizada *infantería de á caballo* (200 húsares llevando en las ancas del caballo á otros tantos peones) y ahuyentó á los tropas de línea españolas que encontró á la otra orilla.

El bizarrísimo D. Martín de la Carrera, que estaba á las órdenes de Blake, (¿por qué no había de estar Blake á las suyas?) hizo proezas.

Suchet atacó los puestos que rodeaban el recinto de Valencia.

Zayas, no hay para qué repetirlo, portóse con todo el admirable denuedo que tenía por costumbre, obligando á huir ante sus fuegos á Palombini, Saint-Paul y Balathier.

Tropezó luégo el mariscal con Mahy, que se condujo con toda la inepcia y estupidez de siempre.

Harispe había caído sobre Catarroja y Musnier sobre el pueblo de Manises, ahuyentando el segundo los destacamentos apostados en Cuarte.

Don Juan Creagh y el valeroso militar D. José Pérez, al mando del batallón de la Corona, hicieron en Mislata inútiles prodigios de valor, concluyendo por retirarse, á pesar de su temeridad.

Los tiradores de Cádiz y Burgos, el regimiento de la Princesa y el provincial de Alcázar de San Juan, con sus respectivos jefes, sostenían una lucha homérica, plantando cara á los enemigos á cada paso que osaban avanzar, sin reparar en su incomparable superioridad numérica.

Por fin, Palombini consiguió arrojar á Zayas de Mislata. Los refuerzos que debía mandar Blake no habían parecido cuando hubieran sido necesarios.

Mahy, juntamente con Creagh, D. Martín de la Carrera, Villacampa y D. José Obispo, es decir, con cuatro bravísimos generales, hubo de separarse del grueso del ejército, retirándose á la segunda línea, por lo cual sólo le quedaron á Blake las divisiones Zayas, Lardizábal y el celebérrimo D. José Miranda, con las cuales se encerró en los atrincheramientos de Valencia, circunvalada ya estrechamente.

Miranda, encargado de la defensa del Grao, se portó como en Zuéjar. En cambio, Zayas causó gran número de bajas á los sitiadores, entre ellas unos cincuenta oficiales.

V.

En vez de mostrarse animoso y decidido el general-regente, se manifestó desde entonces, de cada día más desmañado y flojo. No era él hombre capaz de convertir á Valencia en otra Zaragoza, y no porque los valencianos,—¡harto lo han demostrado después!—no fueran capaces de hacer otro tanto de lo que hicieron los heróicos habitantes de la capital aragonesa. La culpa era del general en jefe, que en vez de animar enfriaba y en vez de entusiasmar helaba, gracias á su ceremoniosa prosopopeya ordenancista y oficialesca.

Blake creyó necesario celebrar consejo de guerra (siempre según la ordenanza, la Real orden, la pragmática, el Real decreto, la circular, el reglamento, etcétera, etc., etc.) Propúsose la salida de la guarnición á viva fuerza, rompiendo el cerco, y gracias á las innumerables dudas y escrúpulos de Blake, difirióse por dos veces la empresa. Blake era el hombre de las dificultades y los peros. Había tenido dos meses de tiempo para preverlo todo, pero no había previsto nada.

Decidióse, por fin, que la guarnición evacuase la plaza la noche del 28 al 29 de Diciembre, debiendo quedar en Valencia D. Cárlos O'Donnell, al objeto de extender las condiciones de la capitulación.

Inútil es decir que la salida se malogró, como cosa de Blake. Incapaz de pensar nada y de decidirse con resolución, la salida hizo un completo fiasco. En vez de verificar la evasión por distintos parajes, sólo se escogió uno, sin cuidar de proveerse de las herramientas, tablones y enseres necesarios para pasar las acequias. Sólo la vanguardia, al mando del coronel Michelena, consiguió librarse.

Lardizábal, que hubiera podido también escurrirse, mostróse amilanado, desdiciendo de su anterior conducta. Blake, tan fresco siempre

Los valencianos, hartos ya de semejante general y dejando á un lado la paciencia bíblica de que se habían revestido durante dos meses, no pudieron aguantar más y le dijeron á Blake las verdades del barquero. Porque, á la verdad, el regente les había llegado ya á cargar hasta lo sumo y lo inaguantable. Casi hubiera valido más no haber tocado al inolvidable y seráfico señor marqués del Palacio.

Blake nombró una Junta popular, la disolvió apenas creada, enfurecióse contra el pueblo y dijo... que no quería intentar una salida contra Suchet en atención á los desordenes populares que podrían sobrevenir en su ausencia.

¡Oh, presciente conservador! ¡Cuántos imitadores te han salido después! Víctor Hugo llama á eso *tropchuer*, en honor á Trochú.

VI.

Abreviemos. Semejante narración acongoja el ánimo. Preferir que Suchet se acercase cada día á los muros que intentar un supremo esfuerzo por temor á los tumultos populares, es una resolución que más que irritar, da asco.

Día 1 de Enero de 1812.—Suchet abre las primeras paralelas á 60 toesas.

Día 4.—Blake se mete en el recinto interior con todo su ejército.

Día 5.—Empieza el bombardeo. Caen 1.000 bombas y granadas en un día.

No se había blindado nada; no había nada á prueba de bomba.

Días 7 y 8.—Grandes destrozos. Blake, hecho un témpano de hielo, amortigua todo aliento. Los naturales dicen que tiene horchata de chufas en vez de sangre. Nada se había dispuesto para defender el interior de la ciudad. Eso de barricadas, casas atroneradas, cortaduras, etc., olía á popularidad y todo debía hacerse según ordenanza y expedientes de oficina. ¡Oh! ¿Qué hubiera dicho el cuerpo de Estado Mayor? Sin embargo, Zayas, que estaba encargado de la Puerta de San Vicente, preparó la defensa de varias calles.

Día 9.—Blake prende á una diputación de paisanos que va á pedirle que no capitule. No así con otra que va á pedirle lo contrario. Blake capitula.

Día 10.—Salen para Francia 16.000 soldados de línea y Blake.

Así acabaron las *continuas y lastimosas desventuras* de aquel prototipo de militares profesionales, atento sólo á las frías reglas del colegio y ciego ante la realidad de los hechos. Sólo una cosa le honra: que Cuesta le tuviese envidia.

VII.

Los franceses se apresuraron á cometer todo linaje de arbitrariedades una vez hubieron penetrado en la encantadora ciudad del Turia. Desarmaron á los vecinos é hicieron una cuerda con muchos de ellos para llevarlos á Francia. Algunos días después recibió Suchet una orden de Napoleón Bonaparte para que enviase á los depósitos de allá cuantos frailes pudiese coger. Suchet tuvo la gloria de prender á *mil quinientos* religiosos y los condujo al bello país gobernado por el señor Bonaparte y Ramolino.

Suchet, sin duda para hacer boca, lleno de nostalgia por no haber podido ensangrentar Valencia de la manera africana con que ensangrentó Tarragona, fusiló en Murviedro á cinco frailes, luégo dos en Castellón de la Plana y finalmente, en el camino de Segorbe á Teruel, mandó matar *¡doscientos soldados aspeados!* precediendo así de veinte años al tigre de la guerra civil.

El arzobispo de Valencia, que había estado agazapado en Gandía durante el sitio, presentóse radiante de entusiasmo napoleónico una vez hubieron entrado en la ciudad los sitiadores, «esmerándose en obsequios y lisonjas hacia Napoleón y sus huestes.» Igual hicieron muchos clérigos.

Los mismos valencianos no mostraron gran desvío hacia Suchet; verdad es que Blake les había dejado hartos y disgustadísimos con su helada rigidez *militar* y su carencia de entusiasmo patriótico.

El francés tomó luégo á Denia, sin resistencia

por parte del gobernador don Esteban Echenique.

Los restos del segundo y tercer ejércitos, al mando del siempre funesto general D. José O'Donnell, se refugiaron en las montañas de Murcia y Cartagena.

El valiente y bravísimo D. Martín de la Carrera, que mandaba la caballería, atacó un día, de improviso, á Soult, que se encontraba banqueteando en la capital de aquel fértil y rico reino, y pereció noblemente en las calles de Murcia, espada en mano. Gran pérdida fué la de aquel bizarrísimo militar que se vió cobardemente abandonado por sus tropas al penetrar en las calles de la ciudad. Solo, con cien hombres, combatió contra seiscientos ginetes que tenía Soult. «No por eso se abatió,—dice la historia,—y antes de ser estrechado, paseó calles y plazas acuchillando y matando á cuantos contrarios topaba. Duró tiempo la lid. Costó el terminar la sangre al francés, mas á lo último cogidos, muertos ó destruidos los soldados de Carrera, quedó éste solo y rodeado por seis de los enemigos en la plaza Nueva. Defendióse gran trecho, mató á dos, y si bien herido de un pistoletazo y de varios sablazos, sostúvose aún, no quiso rendirse y peleó hasta que, exánime y desangrado, cayó tendido en la calle de San Nicolás, donde espiró;» (26 de Enero de 1812).

Era Carrera, joven y membrudo, de elevada estatura, noble fisonomía y apostura arrogante y gentil. Murió heroicamente, perdiendo en él, la patria, á un hijo digno de eterna memoria y recordación.

Hombres así son los que honran el nombre español, hombres que llevan el valor hasta la temeridad é inmolan su vida en aras del patriotismo y de la gloria.

Los franceses, sobrecogidos de terror y temerosos de algún descalabro, saquearon aceleradamente la ciudad y se largaron.

VIII.

Acabemos este capítulo relatando una infamia.

El general Severoli había ido, de orden de Suchet, con sus italianos, á poner sitio á la fuerte plaza de Peñíscola, especie de Gibraltar, provista de magníficas obras de defensa y situada en una posición casi inexpugnable, unida al continente por un estrecho istmo.

Era gobernador de la plaza *Pedro García Navarro*. La guarnición constaba de mil hombres; nada faltaba allí, víveres, municiones, comunicación libre por el mar, defensas naturales, cuanto pueda favorecer una plaza.

El día 20 de Enero se presentó Severoli delante la plaza y arrojó algunas granadas, *á seiscientas toesas de distancia*. *García Navarro* procuró enterar á Suchet de que quería rendirse, accedió el mariscal y el día 4 de Febrero se posesionaban los franceses de Peñíscola.

La capitulación empezaba en estos términos: «El gobernador y la Junta militar... convencidos de que los verdaderos españoles son los que, unidos al rey Don José Napoleón, procuran hacer menos desgraciada su patria...»

Pedro García Navarro entró luégo, como es de suponer, al servicio del intruso, recibiendo en premio de su infamia condecoraciones y honores de todo linaje. Antes, sin embargo, escribió á Suchet una carta que decía, entre otras abominables frases, las siguientes: «Vuecencia debe estar bien seguro de mí; la entrega de una plaza fuerte, que tiene víveres y todo lo necesario para una larga defensa... es una garantía de mis promesas...»

Basta. No olvidemos jamás que hubo en España quien fué todavía más infame que Kindeland, Alacha, García Conde, Echenique y otros miserables canallas y fementidos villanos: *Pedro García Navarro*.

¡Gloria eterna á quienes, como D. Martín de la Carrera, morían en defensa de la causa nacional! ¡Odio y vergüenza sobre los *García Navarros* de todas épocas y partidos!



CAPÍTULO XVIII

Donde don Serapio revela inesperados conocimientos navales

I

Villacampa, disgustadísimo del modo como se habían portado Blake y Mahy, resolvió regresar á Aragón al fenecer Enero.

Mucho había trabajado desde que, en obediencia á órdenes superiores, trocó el teatro de sus correrías por el reino de Valencia, pero al fin podía volver á su tierra dejando bien sentado el nombre de la división.

Garroyo no era dueño de contener la irritación en que le tenía la flojedad de los generales, que no habían sabido hacer de Valencia un segundo Zaragoza. Mucho había sentido que Petra y Esther hubiesen debido permanecer en la ciudad cuyos jefes tan desgraciadamente se habían conducido, y así hizo por manera de que se reuniesen á los expedicionarios, logrando verse todos juntos en Chelva.

Las dos mujeres, más enamoradas que nunca, pudieron convencerse, á su vez, de cuánto las adoraban su esposo la una y su amante la otra. Manuel Antequera no había querido indicar nada á Esther respecto á casamiento, al objeto de no inquietar á la hermosa judía en sus creencias religiosas, que estaba resuelto á respetar, por lo cual se limitaba á quererla con el amor más puro.

Ocasión tendremos de seguirles, por lo cual les dejaremos por ahora para dar cuenta de la situación de la duquesa de Órgiva.

Si grande había sido la amargura de cuantos se habían dolido del triste papel que hizo Blake, llegó á su colmo la de Leonor, cuya exaltación contra los invasores no conocía límites; así fué que, desafiando toda clase de riesgos y derramando oro, pudo procurarse un barco en el cual se hizo á la vela con rumbo á Cádiz, juntamente con don Serapio, con pasaporte extendido á nombre de un señor canónigo y su sobrina.

Mandaba la barca un valiente marino español, yendo de piloto uno al parecer catalán, á lo menos por el habla. El patrón era ya anciano, joven el otro y de siniestra catadura.

La barca navegaba arrimada á la costa, llevando enarbolado el pabellón nacional; de vez en cuando un crucero inglés se acercaba al jabeque y dirigía algunas preguntas al patrón, tras de lo cual seguía su rumbo. Pasado el estrecho, el patrón se retiró á descansar un momento; un marinero dormía sobre cubierta y velaban solamente el piloto y el grumete. Los dos pasajeros estaban en la popa, sufriendo un violento mareo.

II.

Eran las nueve de la noche, fría y serena ésta. El piloto se dirigió al timón y el barco orzó.

Don Serapio extrañó la maniobra y dijo, sobreponiéndose á su malestar:

—¿Por qué no seguís el rumbo como antes?

—No os importa,—contestó el piloto.—Pero áun estamos á tiempo. O me dais cuanto dinero traéis los dos ó el barco entra en Tarifa antes de cinco minu-

tos. Ya sabéis que Tarifa está en poder de los franceses.

—¡Infame!—exclamó el patriota.

—Diez mil hombres fueron á sitiarla hace más de un mes. ¡Contad si hará tiempo que flota allí la bandera tricolor!

—¡Patrón!—gritó don Serapio, que apenas podía tenerse por la angustia del mareo.

—No gritéis, porque es inútil. He clavado todas las escotillas.

—Y vosotros, ¿qué hacéis?—siguió diciendo el boticario.

—¡Eh! Esos están de mi parte,—contestó el traidor, apuntando una pistola á don Serapio.—¡O la bolsa ó en poder del francés! Resolved pronto y no me lo hagáis repetir.

—Tomad,—dijo la duquesa, alargándole un cofrecito.

—Bien está,—repuso el pirata, cogiéndolo en sus manos.

La barca llevaba á remolque un bote; saltaron en él los tres bandidos y desaparecieron en las tinieblas.

III.

En aquel momento se escuchó una voz que desde la plaza gritaba:

—*¡Centinela, alerta!*

—*¡Alerta está!*—contestó otra voz.

—*¡Alerta!*

—*¡Alerta!*—repitieron otras.

—¡Son españoles!—exclamó la duquesa.

—Sí, españoles,—prorumpió diciendo lleno de alegría don Serapio.—Vamos tras el miserable pirata. Yo regiré el timón.

Y haciendo un supremo esfuerzo, venciendo el mareo y guiado por el instinto, hizo como decía.

En medio dela oscuridad se distinguía un bote que venía en dirección contraria de la que llevaba el jabeque.

—¡Son ellos!—exclamó la duquesa.

—Sí. ¡Viva España!—gritó don Serapio, con voz que resonó fuertemente en el silencio de la noche.

Acercóse un guardacostas y luégo de responder el improvisado piloto al ¡quién vive! repuso:

—¡En ese bote van tres piratas, señor oficial, corramos tras ellos!

El falucho partió como una exhalación, alcanzando á los pocos minutos á los fugitivos.

—¡Alto!—gritó el oficial de marina que mandaba el barco de guerra.

Pero en vez de detenerse el bote, remaron desesperadamente los que lo tripulaban.

—¡Fuego!—gritó entonces el bravo marino.

Resonó una descarga y á la luz de los fogonazos vióse que iban tres hombres en el bote y que los tres habían caido heridos, quedando inmóvil la navecilla.

El falucho amarró el chinchorro con un cable y lo condujo remolcando á la playa, donde había fondeado ya el jabeque.

Don Serapio enteró de todo lo ocurrido al comandante del barquito de guerra, sabiendo con infinita alegría que los franceses habían tenido que levantar vergonzosamente el sitio, perdiendo más de dos mil hombres y la artillería de batir y cubriéndose en cambio de gloria los tarifeños y la escasa guarnición de aquella endeble plaza.

Desclaváronse las escotillas, quedando libres el patrón y los dos marineros, llenos de estupor é indignación por la villana traición de los que creían honrados hombres de mar.

El reconocimiento practicado en el bote dió por resultado encontrar muerto al marinero y gravemente heridos el piloto y el grumete.

El oficial de la armada se apresuró á devolver la cajita á la duquesa, sin admitir las gracias que ésta le daba.

Los dos heridos fueron transportados al hospital.

IV.

—¿Cómo un marino catalán puede haber cometido una acción tan indigna?—exclamó con severidad el oficial.

—No soy catalán, soy sardo,—repuso el interrogado,—y francés de corazón. Mi oficio era espía.

—¿Y tú, desgraciado?—repuso dirigiéndose al grumete.—¡A tu edad, tan pervertido ya!

La gravedad de la herida, ocasionada por un balazo en la nuca, impidió poder contestar al paciente. Estaba agonizando.

—¡Pobre Francesca!—murmuró el espía, volviendo la cabeza hacia el moribundo.

—¿Qué nombre habéis dicho?—replicó el oficial.

—Es una mujer,—respondió el sardo.—Por no apartarse de mi lado, se conformó en servir de grumete. ¡Ah! ¡Ya no nos veremos más!

Era, en efecto, una mujer.

—La encontré en el muelle de Marsella muerta de hambre y de frío; la socorrí y desde entonces me siguió á todas partes con la fidelidad de un perro. Gracias á ella he podido dar muy buenos golpes. ¡Hoy ha salido el último, por desgracia! ¡Desventurada!

La voz del miserable se iba debilitando.

—Moríos pronto,—exclamó un marinero,—pues ya sabéis que si no, os toca bailar colgado de una entena.

—La desgracia ha sido topar con ese pasajero que ha sabido encaminar el barco.

—Pues, hijo, —repuso don Serapio,—ha sido la primera vez que me he visto en tales trances.

—Dad con todo gracias á Dios,—contestó el sardo, —pues íbamos á volver al jabeque y hubiérais perecido todos en el abordaje.

—Hé ahí lo que tiene haber ido á ver muchas veces cómo entran las barcas de la pesca del *bou*,—exclamó el boticario.—Sin eso, no hubiera sabido cómo se empuñaba el timón ni cómo se hacía dar la vuelta á una nave.

Dejaron al infame en el hospital y la duquesa y don Serapio, acompañados del oficial, se dirigieron á una posada donde pasar la noche.

Leonor preguntó al marino si sabía que estuviesen en Cádiz el brigadier Espinosa ó el teniente coronel Méndez.

—Los dos están allí, señora,—contestó el oficial, —después de haber peleado con Ballesteros en la Serranía de Ronda. No ignorará V. los gloriosos hechos que allí han acontecido, derrotando al enemigo en Bornos, Veger y Estepona.

—Gracias, caballero oficial,—contestó Leonor.—¡Me dais muy buenas noticias!

V.

La joven no había reparado que el marino la miraba con harta terneza, por lo cual se retiró á descansar sin pensar más en él.

En cambio, don Serapio, muy ufano con sus proezas náuticas, no abrigó ni por un momento la idea de dormir, prefiriendo departir con el posadero y algunos huéspedes que en el parador se alojaban.

—Tenía V. que haber visto Tarifa durante el sitio, —exclamaba el mesonero.—Todas las calles estaban cortadas, sirviéndonos para atajarlas de las rejas que arrancábamos de las ventanas; las casas estaban á su vez atroneradas y todo el mundo armado hasta los dientes, esperando las órdenes de D. Francisco Copons, que sin cesar aumentaba nuestra confianza, ya que fuese imposible hacer subir á más alto punto nuestro valor y lealtad, dignos ambos de los hijos de Guzmán el Bueno.

—Sí, señor,—dijo á este punto un algecireño, de dudoso tipo nacional, grueso y rubio como un inglés aunque tan exageradamente ceceoso como el más perfecto andaluz;—todos hicimos lo que pudimos; el valor y la temeridad eran moneda corriente; figúrese V. que yo solo maté cincuenta franceses y nadie lo extrañó...

—¡Cáspita!—exclamó don Serapio.—¡No maté yo tantos!

—¡Qué había V. de matar, don Aquilino!—replicó el posadero, dirigiéndose á aquel azote de las tropas francesas.—¡Si estaba V. en su casa muy achantadito!...

—¡Yo, yo en mi casa! Es que no me vió V. bien, tío Matatunes; pero no sé qué tiene para Vdes. de particular el que yo matase esos cuarenta franceses que he dicho, cuando me costó bien poco trabajo.

—¿Cuarenta? ¿Pues no había dicho V. cincuenta antes?—exclamó don Serapio.

—Cuarenta, dijo cuarenta,—repuso con sorna un maleante contrabandista.

—¿Y cómo lo hizo V. para tumbar á tantos?—siguió preguntando el boticario, algo celoso de la superioridad de don Aquilino.

—Muy sencillamente. Desde una tronera que practiqué en la azotea de mi casa, apuntaba á cuantos se me ponían á tiro, especialmente á los ingenieros, y así conseguí dar muerte á los veinte que he dicho.

—¿Veinte?

—Sí, señor, veinte, todos de artillería.

—¿De artillería?

—Al día siguiente de haber ocasionado tanto estrago, áun no se habían atrevido los franceses á retirar los doce cadáveres, que tenían metidas en la cabeza las doce únicas balas que disparé, como decía, desde el palomar.

—¡Doce! ¡Desde el palomar!

—Yo mismo me sentía como horrorizado de tanta matanza. ¡Pensar que en un momento había mandado ocho húsares al otro mundo!

—Realmente fué una proeza que rayó en exceso, don Aquilino.

—¡Me parece que áun estoy viendo á aquellos desgraciados granaderos! Iban cuatro y un cabo, y ¡pataplum! disparo á la vez desde el balcón dos fusiles cargados de balines hasta la boca y caen todos atravesados por el vientre.

—¡Jesús! ¡Qué horror!

—¡Tan jóvenes! Figúrense Vdes. que el uno tendría á lo más veintiun años y los otros dos veinte.

—¡Qué lástima!—dijo el contrabandista.

—¡Tal vez eran hermanos!—repuso el boticario.

—Muy fácil, ¡y quién sabe si hasta no serían gemelos!—añadió el mesonero.

—En fin, los pobres muchachos murieron abrazados tan fuertemente ambos que no se les podía separar.

—¡Oh prodigio!

—Sí, porque el pobre era todo un valiente.

—¡Un valiente!

—Y la herida, quizás, quizás mortal. La bala que disparé le atravesó el penacho de su morrión de lanceros.

—¡Caramba!

—Por lo tanto, es muy fácil que muriera.

—Muy fácil, don Aquilino.

—Eso de haber herido, quizás, á un semejante, me tiene desde entonces fuera de juicio.

—Sí, se conoce, se conoce, don Aquilino. Pero, ¿y los cincuenta que mató usted?

—No dije cincuenta, pero, en fin, el dragón que maté bien valía por otros tantos.

—¿Pero lo mató usted?

—Digo que lo maté porque le causé una herida mortal.

—¿Mortal? ¿Pues no lo hirió V. en el plumero?

—Precisamente, en el sitio más delicado para un gendarme.

—Vaya, don Aquilino, vaya...

—A mí nadie me da de vaya, señores,—repuso el gran tirador amoscado,—y con eso, buenas noches, pues no quiero permanecer por más tiempo entre quienes tan poco crédito prestan á mis hazañas.

El extravagante algecireño desapareció y don Serapio, que sabía el inglés, creyó entonces que podía ser verdad la famosa escena de *Enrique IV*, cuando Falstaff cuenta que le han atacado cien hombres, haciendo cara á doce ladrones que luégo se reducen á dos, vestidos de bucaran verde, siendo la noche tan negra que no se podía distinguir la propia mano.

VI.

La desaparición de don Aquilino hizo que don Serapio rogara al posadero que siguiera refiriéndole el comenzado relato del sitio de Tarifa.

—El enemigo se presentó á la vista de la plaza el 19 de Diciembre,—prosiguió diciendo el huésped,—obligando á Copons á encerrarse dentro los muros; á los diez días rompieron el fuego con seis cañones y tres formidables obuses, hallándose por la tarde practicable una brecha de seiscientas varas. Intimaron la rendición, como es costumbre, antes de asaltar, pero Copons no quiso dar oidos á propuesta alguna y así se dió el asalto el 31 de Diciembre, embistiendo la brecha veintitres compañías, á cuyo frente iba el general Chassereaux, pero los gabachos no contaban con la huéspeda: habíamos levantado detrás de la muralla una escarpadura y varios parapetos hechos con colchones, y desde allí y desde las casas contiguas, les hicimos un fuego horroroso que les obligó á retroceder, dejando en el campo 500 muertos y heridos. En vista de semejante descalabro nos pidieron un armisticio, y no sólo se lo concedimos sino que nosotros y la guarnición les ayudamos á recoger sus heridos y á enterrar sus muertos, demostrando así que no éramos menos generosos que valientes. Como si esto no hubiera sido bastante, parece que la naturaleza quiso protegernos también, pues empezaron á reinar tan terribles temporales que las trincheras enemigas quedaron anegadas, los caminos hechos un lozadal y sin un palmo de tierra enjuta donde poder los franceses reclinar la cabeza, por lo cual el 5 de Enero tomó Leval las de Villadiego, dejándonos tan tranquilos como ve V. ahora.

—¡Bien empieza el año 12,—exclamó entusiasmado don Serapio,—pues no cuento para nada lo de Valencia!

—Aquí tuvimos la suerte,—dijo el posadero,—de que el bravo Copons y los ingleses corrieran siempre muy bien, contribuyendo mucho al buen éxito de nuestra defensa los consejos de Skarret. Además, todos los jefes estaban muy unidos; Dabán, Yraur-

gui, Sánchez, Parra, artilleros, ingenieros, marinos, militares y paisanos, todos, en una palabra, no teníamos más que una sola voluntad.

—Así es como se vence,—repuso don Serapio, pensando en las desavenencias y piques de Tarragona.

—Lo que es ahora sí que los franceses van de capa caida,—repuso el contrabandista, que estaba leyendo una carta que acababa de recibir,—porque no sólo no han podido entrar en Tarifa, teniendo que escurrir el bulto, sino que, según me escriben de Cádiz, se sabe ya que lord Wellington ha tomado Ciudad-Rodrigo, ayudado por D. Julián Sánchez y secundado gloriosamente por los nobles castellanos.

—¡Nuestra otra vez Ciudad-Rodrigo! — exclamó lleno de júbilo don Serapio.—Dispensadme, señores, pero esto es todavía más importante que la bizarra defensa que hicisteis aventando á los franceses. ¿Será posible tanta suerte?

—Me lo participa quien puede saberlo tan bien como el que más,—contestó el contrabandista.—El ejército anglo-portugués dió principio al asedio el día 8 del presente, el 19 se dió el asalto y después de media hora de pelea se rindió la plaza, cayendo prisioneros 1.800 enemigos y muriendo 200. Se hacen grandes elogios del buen orden con que procedió Wellington, no menos que de la bizarría de los generales Mackinson y Crawford, muertos gloriosamente en el asalto. No hubo el menor desmán en la entrada, portándose los aliados con intachable comedimiento.

—¡Bien por Wellington!—exclamó el mesonero, que tenía vivas simpatías por los ingleses.

—La plaza ha sido entregada ya á Castaños,—repuso el contrabandista,—y creo que no puede estar en mejores manos.

—Así lo creo también,—contestó don Serapio.—¡Oh qué felices noticias he tenido la dicha de recibir aquí esta noche! ¡Y pensar que si llego á no saber mandar el barco estaríamos ya la señora y yo en el otro mundo, ignorando que la bandera española seguía tremolando en Tarifa y volvía á ondear en Ciudad-Rodrigo!

—¿Esa señora que va con V. es su esposa, doctor? —preguntó el contrabandista.—¡Valiente *barbiana* pescó V., compadre!

Don Serapio miró á su interlocutor, tomó un polvo de rapé y dijo con gran prosopopeya:

—Si esa señora fuese mi esposa, yo sería duque y no boticario.

—¡Cómo! ¡Es una duquesa!

—Ni más ni menos, camarada, pero una duquesa de piés á cabeza, descendiente en línea recta de los godos.

—¿Y por qué va con V. por esos mares de Dios?— preguntó de nuevo el matutero.

—¡Eh, sonsoniche!—repuso el huésped.—Cuando los señores viajan así, es porque así les convendrá.

—Justamente,—replicó don Serapio.—Nos convenía viajar así. Y ahora, si Vdes. gustan descansar un ratito...

—Lo mismo digo,—contestó el posadero.

—Pues si Vdes. se van á dormir, buenas noches, —repuso el contrabandista.

VII.

El matutero salió de la venta embozado hasta las cejas y apretando el paso llegó hasta una casita cercana al fondeadero.

Llamó y un marinero le preguntó desde una ventana que á qué venía.

—Dí á tu amo que he de verle,—respondió el nocturno visitante.

Al punto se abrió la puerta y el contrabandista entró con el desembarazo de quien conoce bien la casa.

Apareció en esto el oficial de marina que había capturado á los piratas y exclamó:

—¡Vos! ¿Qué hay?

—Niño,—repuso el recién llegado,—una palabrita. Vamos á tu cuarto.

Hiciéronlo así y el matutero dijo con sorna:

—¿Qué apuestas á que sé en lo que estabas pensando?

—Decid, y si acertáis no os lo negaré.

—Pues claro está que acertaré. No me vengas con que esa pasajera que has libertado de los horrores de un abordaje no te ha flechado en mitad del pecho.

El oficial no contestó.

—Sabe, pues, *esgalichao*, que la tal persona no es lo que te figuras y que jamás ha sido la mujer del fantasmón que la acompaña...

—¿No es casada?—exclamó con viveza el joven marino.

—Eso no lo sé, pero no es boticaria, sino otra cosa.

—¿Qué?

—Duquesa.

El oficial, de sonrojado que estaba, se puso pálido.

—¿Te has asustado, *gaché*? ¡Pues no creo que sea tan mala noticia!

—¿Yo? ¿Pero á mí qué me importa todo eso?—replicó el marino, muy turbado no obstante.

—¡Paquillo!...

El matutero se acercó al joven, abrazólo con efusión y murmuró en voz baja y con extraña ternura:

—¡Pobre Paquillo! ¡No te pongas triste! Ya sabes que tu padre es más rico que Fúcar y tiene con que cubrir de oro á más de veinte duquesas... Sigue adelante y se hará cuanto convenga. La chavala me gustaría y no encontraría otra tan buena para tí.

Retiróse el misterioso visitante, y al abrirle de nuevo la puerta, el marinero le saludó diciendo:

—Buenas noches, Terrible.

—Oye,—respondió el interpelado.—Ténme mucho cuidado con ese y avísame si pierde las ganas de comer. Vaya, adiós.

El criado quedó asombrado del encargo y dijo para sí:

—¡Mi amo no tener gana de comer! ¡Pues si áun no hace tres horas nos hemos comido un caldero de gazpacho y medio jamón con tomate! ¡El Terrible debe de soñar!

Sin embargo, debió rectificar pronto su opinión al ver que su amo estaba atrozmente pálido y hablaba solo.

—¿Estarán locos todos?—repuso el marinero.—En fin, allá se las hayan, que yo me vuelvo á mi coy.

Pero en aquel instante resonó la voz de Paquillo que decía:

—Telmo, no te acuestes, que vamos á salir.

Empezaban á caer gruesas gotas de lluvia y oíase el lejano rumor del trueno.

Amo y criado, embozados en sendos capotes, emprendieron á buen paso el camino del parador.

—Entra en el mesón,—le dijo el joven,—y así que esté levantada la señora que ocupa el cuarto que hay á la izquierda del comedor, corre en seguida á avisarme. Aquí esperaré. Observa si enciende luz ó se oye ruido. Anda y no te descuides.

El oficial se guareció de la lluvia bajo el arco de medio punto de un antiguo portalón y aguardó.

Daban las cuatro en el reloj de Santa Catalina.

Al romper el día Telmo fué á participar á su amo que la señora del cuarto de la izquierda se había levantado ya.

VIII.

Paquillo, ó por decirlo más exactamente, D. Francisco Revoredo, entró al momento en el parador y esperó á que apareciese su flamante ídolo.

No tardó Leonor en salir del cuarto. La palidez ocasionada por las emociones de la víspera y la molestia del viaje, aumentaban la interesante hermosura de la enlutada viajera.

—¿Habrá perdido á su esposo ó á su hermano?—se preguntó el joven.

Leonor, al ver al marino, le saludó con amable sonrisa.

Francisco se sintió violentamente conmovido al tener que contestar y balbuceó algunas frases de cortesía.

Sobreponiéndose luégo á la emoción que le embargaba, dijo:

—¿Vais á partir ya, señora?

—Sí, señor oficial,—contestó la duquesa.—Deseo llegar cuanto antes á Cádiz, pues no me siento bien y temo caer enferma de cuidado.

—No abriguéis tales presentimientos, señora,—contestó el marino en tono harto vehemente.—Dios no quiera que pueda peligrar vuestra preciosa salud.

—Gracias, caballero,—replicó Leonor, algo sorprendida del calor con que se había expresado Revoredo,—pero creed que me importaría muy poco tener que dejar este mundo.

—¿Por qué, señora? ¿No sois feliz, acaso?

—¡Oh, no! Pero no hablemos más de eso, caballero; de todas maneras, os repito mi agradecimiento por lo que hicisteis por nosotros y por el interés que me habéis demostrado luégo. ¿Sabéis si podríamos encontrar un barco para salir ahora mismo?

—Señora, difícil será, pues el jabeque en que vinisteis ha quedado sin tripulantes y su patrón se puso enfermo así que llegó. No obstante, voy ahora mismo á averiguar si hay alguna embarcación disponible.

IX.

En aquel momento entró Telmo con un pliego que entregó á Revoredo.

Este lo abrió y leyó en voz alta: «Por convenir así al mejor servicio dispondrá V. lo necesario para hacerse inmediatamente á la vela para Cádiz, donde recibirá V. órdenes.»—Señora,—repuso radiante de alegría,—si os dignáseis aceptar un sitio en mi barco, podriais llegar á Cádiz esta misma tarde, pues ningún otro excede en velocidad al cañonero *Gaviota*.

—Si no fuese ocasionaros ninguna molestia, sería un favor á que os quedaríamos profundamente reconocidos mi mayordomo y yo.

—Señora, será el mayor honor que me haya cabido en toda mi vida,—repuso Revoredo.

A este punto apareció don Serapio y exclamó:

—Buenos días, caro alumno de Neptuno, salvador de nuestras vidas y haciendas. ¿Sabe V. que toda la noche no hago más que soñar con usted?

El oficial no pudo contener una sonrisa ligeramente burlona y repuso:

—¿Y qué soñaba V., señor doctor?

—Que estaba V. á mis órdenes.

—¡Extraño sueño! ¿Yo convertido en mancebo de botica?

—No, nada de eso; es que yo era almirante y usted nada más que jefe de escuadra. Los dos, sin embargo, dábamos cada día una batalla naval y un día que los corsarios franceses nos habían robado á la duquesa, volábamos por los aires á consecuencia de una explosión, después de haber echado á pique todos los navíos enemigos. La duquesa, que iba á bordo en la capitana francesa, se salvaba milagrosamente montada en un delfín y nosotros caíamos junto á ella.

—¡Hermoso sueño!—exclamó Revoredo.

—Entonces, ella que veía que nos íbamos hundiendo, exclamó: «¡No temáis!» y con un gesto sublime nos arrojó un magnífico par de calabazas para que nos sostuviéramos.

Nublóse la frente del oficial y mirando á don Serapio, repuso:

—Un nadador como yo, no necesita de eso; además, soy hombre para perecer antes que deber la vida á un mezquino sentimiento de compasión.

La duquesa notó el calor con que se expresaba el oficial y dijo:

—Si nunca os viereis en peligro de muerte, creed, caballero, que no os había de salvar como ha soñado don Serapio.

—Señora,—repuso Revoredo,—tengo por tan eficaz vuestra hermosura, que me bastaría una sola mirada vuestra para retirarme del abismo, á manera de hierro atraido por poderoso imán.

Cesó la conversación, chocándole mucho á don Serapio la especie de disgusto que había demostrado el oficial al oirle hablar de las calabazas, determinando vivir en lo sucesivo sobre aviso.

X.

La *Gaviota* abandonó al poco tiempo el fondeadero de Tarifa, llevando á bordo á los dos viajeros. La navegación no ofreció la menor novedad y al anochecer fondeaba el cañonero en la bahía gaditana, saltando en tierra los dos pasajeros acompañados del marino.

—Señora,—exclamó Revoredo,—¿me será permitido alguna vez presentarme en vuestra casa por si en algo puedo tener la dicha de serviros?

—Siempre seréis bien recibido, caballero,—replicó la duquesa,—aunque poco podrá molestaros en lo sucesivo quien como yo ha hecho voto de entrar en un convento.

—¿Vos? ¿En un convento?

—Estoy resuelta.

El oficial se despidió consternado y la duquesa se dirigió á casa la condesa de Torrenegra, la no menos terrible Locusta de la venta del Cuervo.

XI.

Brianda y Leonor se conocían desde la infancia y se habían profesado siempre estrecha amistad. Tal vez el recuerdo de la espantosa escena de la venta de Sierra-Morena inspiró á la duquesa la venganza de Tarragona.

La viajera refirió á Brianda cuanto le había ocurrido desde que se había ausentado de Madrid, á consecuencia del duelo de Albenza con el marqués de la Flor del Valle, hasta la horrible muerte de su esposo cuando la entrada del general Suchet en Tarragona.

Brianda no había dejado la sombría expresión que caracterizaba su hermoso semblante, parecido al de irresistible y aterradora esfinge. ¡Sublime duo el de aquellas dos mujeres! La una había cometido un crimen en venganza de su honor, la otra en venganza de su marido asesinado. La expiación había sido lí-

cita en uno y otro caso. Las dos amigas se estrecharon las manos y lloraron.

Eran dos bellezas enteramente opuestas, y, sin embargo, igualmente irresistibles. Brianda era morena, ardiente, pálida, de negros ojos y cenceño talle, al paso que Leonor era rubia, indolente, algo gruesa y parecida á las mujeres de Rubens ó el Ticiano.

Las dos viudas, cada una por sí, eran un tipo acabado de belleza ideal.

Harto conocedoras de sus corazones, hablaron de amor. Brianda se manifestó resuelta á entrar en un convento, Leonor lo mismo. Nadie era capaz de reemplazar á los esposos perdidos. Las dos mujeres eran además de hermosas, aristócratas. El conde de Torrenegra había sido un héroe, Antonio Albenza un caballero.

Al poco tiempo todo quedó acordado. Terminada la guerra entrarían las dos en las Salesas Reales.

Leonor no pudo resistir á las súplicas de Brianda y se hospedó en su casa.

Las dos amigas no se separaron ya un momento más.

Un día recibieron el anuncio de la visita de la brigadiera Espinosa.

—¿Espinosa se ha casado?—preguntó Leonor.

—Hace ya tiempo. ¡Verás qué mujer encontró! Una estrella, como su nombre.

—¿Y Méndez?

—También tiene una esposa incomparable, pero jamás se deja ver.

Brianda explicó largamente á Leonor toda la historia de una y otra, entrando en los menores detalles.

En esto penetró en el salón una encantadora dama, alta, esbelta, trigueña, con magníficos ojos negros.

—¡Estrella!—exclamó la condesa.

XII.

Besáronse cariñosamente las dos amigas, dejándose comprender el mutuo afecto que se profesaban, presentando Brianda en seguida Estrella á Leonor.

Estrella no pudo ocultar como cierto movimiento casi imperceptible de esquivez. Brianda adivinó la causa y una vez sentadas las tres, dijo á Leonor:

—Estrella no sabe todavía que tú y yo lloramos de igual manera á nuestros maridos.

—¿Es viuda también esa señora?—preguntó con vivo interés Estrella.

Leonor no pudo contener las lágrimas que la embargaban y rompió en amargo llanto.

—Sí, los franceses hicieron sufrir largo martirio á su esposo en venganza de las altas heroicidades que llevó á cabo durante el sitio,—replicó Brianda.—Así murió don Antonio Albenza, en aras de la patria, en defensa de la ciudad que tanto le quería y en holocausto al sagrado deber de soldado español.

—¡Oh, señora!—exclamó Estrella.—Viva simpatía me habéis inspirado desde el momento que os he visto, pero ahora que sé la desgracia que os aflije, siento más que nunca por vos la más vehemente estimación; concededme, pues, vuestro afecto como la prenda que me puede ser más cara y no dudéis que nadie me excederá en admiraros y en ser vuestra mejor amiga. Bien sabía yo las nobles prendas que hacían de quien fué vuestro esposo un caballero de intachable reputación, pero su gloriosa muerte ha de aumentar más todavía el cariño que le profesaban sus leales amigos. ¡Digna y envidiable suerte la suya! Ha muerto en vuestros brazos, llorado por todos los buenos españoles y por los valerosos defensores de Tarragona. ¡Oh, señora! Sirva la sangre en que se tiñeron vuestras manos de eterno motivo para no olvidar jamás quiénes fueron los asesinos que lo inmolaron; sirva también de infranqueable abismo para que jamás perdonéis á los que no le quisieron y le abandonaron.

Leonor miró á Estrella y comprendiendo el sentido que encerraban sus palabras, contestó:

—Señora, Albenza fué siempre digno de mí y jamás, ni por un instante, titubeé en reconocerle como el más cumplido caballero y leal patriota. No porque uno tenga en su familia una mujer traidora, deja de ser lo que es. De Albenza sé decir que la conducta de su hermana no hizo más que enardecer sus sentimientos contra Francia y si yo conociese otra persona que se encontrase en su caso, ni por un momento sería capaz de desconfiar de ella, aunque fuese su propia madre la villana tránsfuga.

Palideció Estrella y bajando los ojos se enjugó una lágrima.

XIII.

Reinó luégo embarazoso silencio. Brianda miraba á una y otra de sus amigas hasta que por fin exclamó:

—Gracias á Dios, ninguna de nosotras ha dado jamás entrada en su pecho á esa clase de sentimientos. Ninguna de nosotras puede dejar de tenerse por tan española como la que más y hasta Leonor y yo quizás hemos llevado nuestra venganza más allá de lo que puede conceptuarse lícito. Estrella, tú has sido una heroína de valor, has demostrado en todas ocasiones un arrojo increible, y por eso eres más digna de envidia que nosotras, antes vengadoras que heroínas.

—¿Y creéis que no he de vengarme yo también? Mucho tarda en acercarse el día, pero ya llegará el momento en que el castigo del cielo caiga sobre los culpables, realizado por mi mano.

Parecían entonces las tres como las *Erynnias* de Esquilo, de tal manera estaban encendidos sus semblantes por la violenta pasión del odio.

Miráronse en silencio; Leonor y Brianda, enlutadas, y Estrella con un traje rojo, formaban un grupo que hubiera inmortalizado al pintor que lo hubiese trasladado al lienzo.

Despidióse Estrella estrechando fuertemente la mano de la duquesa y quedaron otra vez solas Brianda y Leonor.

—La más fuerte de las tres es ella,—dijo Brianda.

—¡Desdichada!—exclamó Leonor.—¡Terrible situación la de un corazón que desea destrozar la dicha de una madre!



CAPÍTULO XIX

Donde se verá cómo un marino puede también marearse

I

Espinosa y Méndez, sabedores de la llegada de Leonor, se apresuraron á visitar á la inconsolable viuda de su antiguo amigo.

El brigadier y el teniente coronel habían tomado parte en todas las acciones de guerra ocurridas en Andalucía desde que Blake se había separado de Wellington, después de la batalla de la Albuera, y se encontraban en Cádiz desde últimos de Noviembre del año anterior, de vuelta de la gloriosa expedición de Ballesteros.

Espinosa y Estrella vivían tan felices como Méndez y Matilde; eran cuatro almas en una, cuatro corazones que latían siempre al unísono, cuatro temperamentos fundidos en uno solo. Habían surgido extrañas simpatías entre las dos mujeres, que excedieron en viveza á la honda amistad que unía desde su niñez á los dos intrépidos militares. Estrella y Matilde habían conocido ambas las duras privaciones de la miseria; la una había vivido como huérfana desde la niñez y la otra desde hacía largos años. ¡Quién sabe si en el fondo no era Estrella tan artista como Matilde y Matilde tan capaz de ardientes arrebatos como Estrella! Las circunstancias no habían exigido que se verificase esta demostración, pero era de creer que si algún día llegaba la ocasión ambas apareciesen perfectamente acordes en sus instintos y aptitudes.

Contrastaba hasta lo más extremado el carácter de su belleza. Rubia, escultural, olímpica é indolente Matilde; delgada, alta, cenceña y cimbreadora como una palmera Estrella; empero había en sus ojos igual expresión y querían á sus maridos con no desigual impetuosa pasión. Fácil es decirlo, y baladí el concepto, pero es seguro que ni Estrella ni Matilde hubieran podido sobrevivir á la muerte de sus maridos. No decimos á una infidelidad porque Espinosa y Méndez no podían cometer jamás la más insignificante falta en ningún terreno.

II.

Después de la visita en la cual Estrella se encontró con Leonor, la esposa del brigadier fué á ver á Matilde y le contó lo ocurrido. Las dos mujeres no tuvieron más que una sola palabra para juzgar á la duquesa, considerándola como la más sublime de las mujeres y disponiéndose á reverenciarla más que á tratarla de igual á igual.

—¡Si vieses cuán hermosa es!—exclamaba Estrella.—No hay hombre que ante su belleza no se sienta poseido de inefable admiración.

—Amó á su esposo tanto como nosotras,—repuso Matilde.

—Y de ello ha dado hartas pruebas,—replicó la brigadiera, contando la espantosa cena de Tarragona.

Por su parte, Brianda y Leonor vivían profundamente retiradas, sin tratarse absolutamente con ninguno de los numerosos personajes de ambos sexos que por entonces se albergaban en la ciudad de Alcides.

III.

Un día Espinosa se encontró sorprendido al recibir una orden en que se le prevenía que en lo sucesivo tendría á sus inmediatas órdenes al teniente de navío D. Francisco Revoredo, en atención á próximas operaciones que debían verificarse en combinación con la marina.

El joven se presentó el mismo día al brigadier, el cual había renunciado á tener ayudante desde que se encontraba en Cádiz.

Espinosa quedó contento de su nuevo subordinado y éste demostró ser tan inteligente como activo.

Un día, el 18 de Marzo de 1812, el brigadier le dió un extraordinario recado.

—Revoredo, -le dijo,—vaya V. á casa la señora condesa de Torrenegra y diga V. de mi parte que si quieren mañana asistir, ella y la duquesa, á la ceremonia de la jura de la Constitución, pueden disponer de esos billetes para la tribuna reservada.

El ayudante no se lo hizo repetir y corrió como una exhalación hasta la morada de la condesa.

Dijéronle que doña Brianda estaba en misa.

—Esperaré,—dijo el porfiado mensajero.

Entró en la sala y se sentó en un sillón, quedando sumido á poco tiempo como en un delicioso ensueño.

Creía, ya que no ver á la duquesa, percibir á lo menos el suave perfume de su presencia; creía á veces distinguir su flotante sombra en el aire, moverse el ambiente al influjo de sus movimientos y surgir del suelo la imagen de su huella; imaginaba que había dejado algo de su sér en cada uno de los objetos de la estancia, que aún permanecía reflejado su rostro en los espejos, que áun conservaba la alfombra la señal de su paso y que no había desaparecido completamente del espacio el eco de su voz. Tanta ilusión había acabado por adormecerle, como un fumador de opio bajo la influencia del humo del *narghilé*, y se encontraba divinamente mecido por la esperanza y la alucinación.

IV.

De pronto vino á sacarle de sus fantaseadores ensueños una aparición, una mujer.

Era la duquesa, que atravesaba el salón sin saber que hubiese allí nadie.

Revoredo se levantó como fascinado.

Reconocióle al punto la bella y le miró con no disimulado asombro.

—Duquesa,—exclamó el joven oficial,—he venido con un recado para la señora condesa de Torrenegra y como no ha de tardar en volver, según me han dicho, me he tomado la libertad de esperar aquí un momento.

Leonor hizo un signo al oficial para que no se moviera de su sitio y se sentó en el sofá, á su lado.

—¿Y cómo no ha venido V. á verme, caballero, según me dijo que haría?—exclamó la hermosísima visión.

—¡Oh, duquesa!—contestó el oficial.—No quería presentarme á V. de esta manera, sino que deseaba antes ganar algún título con que ser digno de que usted pudiese dirigirme la palabra, no por pura bondad, como ahora, sino como recompensa á una acción renombrada y famosa.

—No es menester que añada V. nuevos timbres á los que ha alcanzado ya,—replicó Leonor.—Nadie mejor que yo puede estar convencida y cierta de su valor y abnegación.

—Gracias, duquesa, pero exagera V. grandemente mis hechos si da la menor importancia á lo que ocurrió cuando tuve el incomparable honor de conocer á usted.

—Mucho fué lo que hizo V. entonces.

—Absolutamente nada, señora. Esto es lo que me desespera é irrita: que á mis años no haya podido todavía demostrar lo que tengo aquí,—y al decir esto señaló su corazón.—¡La marina no ha sido feliz en esta guerra!

—Veo que es V. muy ambicioso,—repuso la duquesa.

—Más de lo que V. puede figurarse; tan ambicioso soy que tendría á menos ser rey de España, vencer á Napoleón y descubrir como Colón un nuevo mundo si lograse lo que es mi único anhelo.

—¿Tanto es?

—Y áun digo poco; es como gozar del cielo en esta vida terrenal, como participar de la belleza divina en este mundo perecedero; es más que ser noble, famoso, dichoso y envidiado.

—Pero tanta gloria, ¿en qué estriba?

—Duquesa, ese es mi secreto. Si fuese V. á creer que iba yo á decirle á quien amo, se equivoca usted grandemente, ¡oh, no! Jamás lo revelarán mis labios

aunque el pecho se me deba hacer pedazos. Por eso anhelo que llegue pronto ocasión de poder acallar de un modo ú otro la angustia que me atormenta sin cesar; por eso me tarda que llegue el día en que salir al mar ó al campo y encontrarme en medio de una tempestad de fuego ó agua, y allí saciarme de sentir, buscar la muerte y que ella se lleve de mis labios el adorado nombre. Una vez caido, ella sabrá que yo la amaba y que por ella he buscado en la muerte un motivo para que me recuerde alguna vez.

Leonor calló, pero todo lo había comprendido.

V.

Revoredo estaba pálido. Era un joven de unos veinticinco años, algo parecido en lo físico á Antonio Albenza; despejada frente, rostro ovalado, negros ojos y gallarda figura, con expresión á la vez inteligente y apasionada, elegantes modales y voz insinuante y elocuente.

El marino no pudo reprimir un suspiro, Leonor bajó los ojos, y hubieran quedado ambos violentamente cortados si no hubiera aparecido doña Brianda.

El oficial se levantó y en breves palabras explicó el objeto de su visita.

—¿Quieres ir, Leonor?—preguntó la condesa á su amiga.

—Sentiría en el alma no corresponder á la cortés invitación del brigadier,—contestó la duquesa.

—Diga V., pues, á don Ricardo, que aceptamos gustosamente la oferta,—repuso la condesa.

—El brigadier Espinosa quedará á Vdes. muy agradecido,—contestó Revoredo.

El pobre enamorado salió de la casa cual si hubiera debido bajar la escalera de Jacob después de haberse asomado á las puertas del cielo.

VI.

La noticia de la jura de la Constitución trajo á Cádiz multitud de forasteros, procedentes de los pueblos vecinos, así como numerosos voluntarios.

Espinosa recibió la mayor alegría al anunciarle su ayudante que quería verle el bizarro guerrillero de Ronda, D. Fernando Miranda.

Corrió el brigadier á la antesala, donde estaba su amigo, y se abrazaron los dos con tierna efusión.

El valiente partidario estaba más arrogante que nunca, más hermoso que en todos los días de su vida. Sentábale á las mil maravillas su traje de guerrillero rondeño, que hacía resaltar su varonil figura y curtido rostro.

—¿Con que tan entusiasta eres por las nuevas ideas que no has podido resistir al deseo de venir á presenciar la jura?—exclamó gozosamente Espinosa al abrazarle.

—Miranda no se permite nunca darse ningún gusto,—contestó el valiente voluntario.—Me traen por acá cosas de mayor importancia.

—¿Siempre conspirador?

—No, siempre sobre aviso. Hay quien está intrigando, y juguete de miserable mujerzuela, abriga infames designios.

—Sin duda te engañas, Fernando,—contestó Espinosa.—¿Quién es capaz de cometer ninguna felonía entre los que ocupan el poder?

—Las Cortes han hecho una elección desacertadísima al nombrar la nueva Regencia. Para cometer tal disparate no había para qué estar encerrados veinticuatro horas y darse aires de cónclave. No niego que conviniese reemplazar á Blake, aunque no fuese más que para librarnos de semejante *rigor de las desdichas*, pero ha sido altamente impolítico no confirmar en sus cargos á Ciscar y á Agar. Eso de que no eran bastante capaces, es una pura necedad.

—No sé qué escrúpulos pueden despertar en nadie los recién elegidos. El duque del Infantado, los generales conde de la Bisbal y Villavicencio y los señores Mosquera y Rivas, creo son todos unas excelentes personas.

—El duque del Infantado no me inspira confianza; en esta parte soy del parecer de Argüelles. Villavicencio no es liberal, Mosquera un tipo. En cuanto á O'Donnell, temo que habrá de ocasionar más de un grave disgusto.

—No tiene nada que ver que el duque del Infantado haya sido infortunado como general, siendo como es, un patriota á toda prueba. Además, no ha tomado posesión todavía, pues sigue de embajador en Londres.

—El duque del Infantado está funestamente sometido al influjo de una espía francesa. José siembra el dinero para ganar partidarios entre los diputados que hay aquí. El ministro N*** está vendido en cuerpo y alma á Napoleón Todas las provincias están

trabajadas por emisarios y hay que vigilar incesantemente.

No hizo gran caso Espinosa de los temores de Miranda, creyéndolos nacidos de su idiosincracia de conspirador, pero no conspiraba por entonces Miranda ni pertenecía á ninguna sociedad secreta, puesto que todas las que existían á la sazón en España las habían fundado los franceses, dominando en ellas más bien las corrientes favorables al intruso que no á los defensores de la patria. No, las noticias de Miranda procedían de Inglaterra y de Madrid y eran fundadísimas.

VII.

En esto empezaba á susurrarse que no tardaría en estallar la guerra entre Francia y Rusia, lo cual no podía menos de influir favorablemente en el sesgo que tomaría la campaña de la península.

A últimos de Marzo presentóse en Cadiz un ruso con una misión reservada. Vió á varios diputados y luégo se avistó con Espinosa.

Larga fué la conferencia que celebraron, y tras de ella el ruso se dirigió á la Serranía de Ronda en busca de Miranda, encontrándole, por fin, en lo más intrincado de aquellos montes.

—Caballero,—dijo al jefe de la partida,—mi país va á verse otra vez envuelto en una guerra con el déspota de Europa. Si hasta ahora ha sido lo corriente el decidir una campaña ganando una batalla, el ejemplo de España ha hecho comprender que debe prolongarse la resistencia, convirtiéndose en guerra nacional la que antes sólo corría á cuenta de los ejércitos. Os invito, pues, en nombre del emperador Alejandro, á pasar á Rusia con el empleo de general, al objeto de organizar las guerrillas y asesorar á los generales moscovitas en las operaciones propias del nuevo sistema que va á emplearse. El brigadier Espinosa, á quien primeramente me habian dirigido, me ha manifestado que nadie tan competente como vos para este objeto. Al separaros del lado de vuestros guerrilleros, no por eso dejaréis de servir la causa de vuestra nación, pues del buen éxito de nuestra guerra depende en gran parte la caida del usurpador.

Miranda pidió algún tiempo para reflexionar, dirigióse á Cádiz en compañía del ruso, para ver á Espinosa, y en la entrevista que los tres tuvieron, quedó acordada clara y terminantemente la aceptación.

VIII.

Al ir á retirarse Miranda y Teglew, que así se llamaba el emisario, de casa del brigadier, el teniente Revoredo les suplicó se detuvieran un momento.

—Mi brigadier,—exclamó,—suplico á V. S. me conceda un favor, que encarecidamente le pido.

—Diga V., amigo mío,—contestó Espinosa.—Bien sabe V. que tendré en todas ocasiones el mayor gusto en complacerle.

—¡Gracias, mi brigadier!—repuso el joven.—Quisiera, pues, que si el comandante Miranda no tiene inconveniente en ello, me concediera V. S. licencia para pasar con él al servicio de Rusia.

Sorprendido Espinosa, pero sin preguntarle el motivo que le inducía á tan extraña determinación, le contestó:

—Aunque sentiré en el alma que la nación deje de contar con tan valiente oficial como es V., accedo de buena gana á lo que V. me pide. ¡Miranda!...

El guerrillero se acercó.

—Ahí tienes á un joven de todas prendas que desearía marchar contigo. Si no hay inconveniente en ello, te ruego aceptes sus servicios, pues arde en deseos de participar de la gloria que vas á adquirir en la próxima guerra.

—Con mil amores, joven,—contestó Miranda.—Disponedlo todo y mañana por la tarde nos daremos á la vela.

Revoredo saludó militarmente á su nuevo jefe y pareció respirar más libremente que antes.

IX.

Al día siguiente fué á despedirse de la duquesa, á cuyo efecto se presentó en casa de la condesa de Torrenegra.

Así que le hubieron anunciado, salió Leonor á recibirle, acogiéndole con marcadas muestras de afectuosa amistad.

—Duquesa,—exclamó Revoredo,—vengo á recibir órdenes de V. antes de emprender un largo viaje. El estado de mi ánimo no me permite continuar en Cádiz, ni áun en parte alguna de la península. Hay una idea que me atormenta y me priva de toda otra aspiración. Ofrécese ocasión ahora de hallar una

distracción á mi amargura en la guerra que va á estallar próximamente entre Rusia y Francia. El comandante Miranda marcha allí, encargado de organizar la resistencia de los pueblos, y yo le sigo. Quiera Dios pueda adquirir en tal empresa toda la gloria que ambiciono para presentarme de nuevo ante V. con la conciencia de mi valer.

—Señor oficial,—contestó Leonor,—¿acaso no hay en España sitio donde recoger esos laureles que usted desea, no sé para qué, pues á todos constan su hidalguía y valor?

—Señora,—repuso Revoredo,—quiero estar frente á frente con Napoleón en persona y habérmelas con alguno de su séquito, pero además, crea usted que hay en España algo que se opone á que mis facultades se desplieguen en todo su poder. Aquí estoy siempre como preocupado por tenaz idea; asáltanme á cada instante negros pensamientos y me siento cohibido y triste. Creería que si hiciera algo que valiese la pena, no se atribuyese á interesadas miras y á egoistas deseos. Allí podré ser valiente sin que nadie pueda sospechar por qué lo soy; una vez concluida la guerra, volveré, y entonces tendré derecho á decir lo que ahora no quiero revelar. Sólo una cosa suplico á V., señora, y es que no tome V. el velo antes de que otra vez la vea á V.; no sea V. tan cruel de privarme de contemplarla en libertad...

—Caballero,—replicó Leonor,—extraña me parece su petición y no sé si podré atenderla, aunque me pese no poder complacerle.

—Duquesa, nada le costará á V. pasar un año antes de entrar en el convento. No he de apelar, por desgracia, á su gratitud para obligarla á V. á tal demora, pero sí apelo á su bondadoso corazón.

—Sea,—respondió la duquesa.—A la vuelta me encontrará V. aquí, si es que no muero antes.

—Señora, no será, gracias al cielo. En cuanto á mí, si tuviera la desgracia de perder la vida en esa expedición, haré porque llegue á su noticia de usted para que me encomiende á Dios. Sabiendo que ocuparé un lugar en sus recuerdos, moriré feliz. Señora, disponga V. siempre de mí.

—El cielo le acompañe á V., amigo mío,—contestó Leonor,—y le conceda la realización de todos sus deseos.

La partida del oficial dejó á Leonor más triste de lo que ella se figuraba, llegando hasta á escapársele una lágrima de que sintió como un remordimiento.

En cuanto á Revoredo, salió singularmente animado y contento, ostentando en su pecho una flor que había arrancado de una maceta que estaba en el balcón de la sala, la cual había visto regar algunas veces por Leonor. Era un hermoso pensamiento tricolor, de aterciopelados pétalos.

Por la tarde dióse á la vela la fragata que había de conducirlos al Norte.

Revoredo vió desde cubierta una mujer que miraba desde la muralla la partida del buque.

El oficial creyó soñar. ¡Aquella mujer era Leonor!

Sacó un pañuelo blanco y lo agitó. La mujer sacó otro y lo agitó también.

Apoyado en la orla del barco estuvo largo rato mirando á la duquesa, hasta que todo desapareció. Al volver en sí de la emoción que había experimentado no se veía más que el cielo arriba y el mar á los piés.

X.

Leonor adivinó al punto el motivo que había inducido á Revoredo á tomar la violenta determinación de abandonar á España.

El joven comprendía que para llegar hasta la duquesa le hacía falta ostentar otros títulos que el de simple oficial y así aspiraba á mucho más, creyendo que lo podría obtener en Rusia más fácilmente que en España. No porque el marino no fuese asaz bizarro para conquistar gloria y honores, pero necesitaba para eso otras condiciones que no tenía; aborrecía la intriga y el favoritismo y jamás hubiera sabido mendigar una recomendación. No que muchos generales entonces muy de viso no hubiesen ganado leal y bizarramente sus grados, pero había una porción que, cual ha sucedido escandalosamente después, más bien los debían á manejos de política que á su propio mérito.

Al recalar el barco en Gijón, tuvieron noticias de los últimos acontecimientos ocurridos en el Centro y Norte de España por aquel entonces. La traición del Manco, segundo del Empecinado, que después de haber intentado entregar la partida á los franceses, de cuya emboscada se libró D. Juan Martín echándose á rodar por un despeñadero abajo, había levantado guerrillas tituladas de *Contra-Empecinados;* la entrada en Cuenca del valiente jefe ya nombrado, derrotando al infame que lo había vendido; las proe-

zas de Villacampa, escarmentando á Palombini y Panetier; la toma de Soria y Tudela, por Durán; la evacuación de Asturias; el brillante comportamiento de D. Gabriel de Mendizábal, que tenía estrechados á los franceses dentro del mismo Burgos; las hazañas del invencible y afortunado Porlier; las correrías de Renovales, el Pastor y Longa, y las terribles represalias del cura Merino.

Efectivamente, enojados los franceses con las juntas de las Vascongadas y Norte de Castilla por lo mucho que fomentaban y atendían á las guerrillas y cuerpos francos, habían logrado sorprender, á mediados de Marzo, en el pueblo de Grado á los vocales de Burgos, D. Pedro Gordo, D. José Ortiz Covarrubias, D. Eulogio Muro y D. José Navas, con algunos dependientes suyos, trasladándolos de allí á Soria, donde fueron bárbaramente fusilados y colgados luégo sus cadáveres en los dogales de una horca. No miraban los napoleónicos que Merino tenía 110 prisioneros en su poder y que les podía costar muy cara su bárbara conducta. Así fué, en efecto; Merino dió orden de que fuesen pasados por las armas veinte franceses por cada vocal y los otros treinta en represalias de las otras ejecuciones. «Tal retorno tiene la violenta saña,» dice Toreno en su clásico estilo.

Indudablemente el 7.° ejército, que mandaba Mendizábal, era el más temible para los franceses, pues además de Porlier y Renovales, pertenecía á él don Francisco Espoz y Mina. Dignos eran, respectivamente, el uno de mandarlos y los otros de ser mandados. Allí estaban los mayores héroes, los jefes populares, el ardor verdaderamente nacional. Si bravo era Mendizábal, no lo eran menos los gloriosos Porlier y Mina, nombres que todo buen español debe pronunciar con orgullo y gratitud.

XI.

El 11 de Enero de 1812, estando presente Mendizábal, Mina derrotó completamente en Sangüesa al general Abbé, cogiéndole 2 cañones y 400 prisioneros, logrando escaparse Abbé gracias á la oscuridad de la noche, pues estaba enteramente envuelto.

El 9 de Abril sorprendió y se apoderó por segunda vez de otro convoy en Arlabán, á pesar de que, escarmentados los franceses con lo ocurrido anteriormente, habían levantado allí un castillo, guarnecido fuertemente y armado con cuatro cañones. Mina hizo quince leguas de marcha en un día, y cuando se le creía en el Alto Aragón, apareció de improviso en Arlabán. Los españoles formaron un círculo que rodeó todo el convoy, escoltado por 2.000 hombres, y atacaron á la bayoneta. Al cabo de una hora, 600 de ellos quedaban tendidos en el campo de batalla, cayendo en poder de Mina 150 prisioneros, un rico botín, dos banderas y la correspondencia de José á Napoleón, muriendo de un sablazo el portador de ella, M. Deslandes, secretario del rey intruso. Cinco niños que no supieron dar razón de quiénes fuesen sus padres, fueron enviados por Mina á Vitoria, diciendo en su parte al gobierno, estas sentidas palabras: «Estos angelitos, víctimas inocentes en los pri»meros pasos de su vida, han merecido de mi divi»sión todos los sentimientos de compasión y cariño »que dictan la religión, la humanidad, edad tan tier»na y suerte tan desventurada... Los niños por su »candor tienen sobre mi alma el mayor ascendiente »y son la única fuerza que imprime y amolda el co»razón guerrero de Cruchaga (su segundo).»

Así se conducían nuestros guerrilleros.

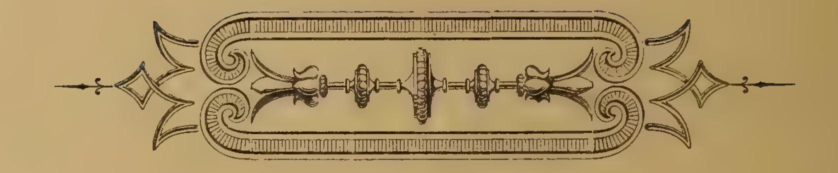
Después de Arlabán, regresó Mina á Aragón, estando á punto de ser hecho prisionero en Robres. En terrible apuro se encontró allí el bizarrísimo guerrillero, defendiéndose en la puerta de la casa en que se alojaba con una tranca, por no tener otra arma, hasta que acudiendo en su auxilio su bravo y fiel asistente Luís y llamando éste á otros compañeros, pudieron escapar casi milagrosamente de manos del enemigo.

Pero no sólo se portaba Mina como un héroe homérico, sino que daba pruebas de entender tanto en administración como en armas. Todas las autoridades propias de un país bien regido iban en su cuartel general, funcionando en los pueblos en que entraban; el país acataba aquellos jueces, administradores, comisarios, recaudadores y demás funcionarios trashumantes, sabiendo que Mina tenía malas pulgas y que no había que jugar con él. A tanto llegó su poderosa iniciativa, que estableció hasta derechos de aduana en la frontera, ajustando un convenio con los franceses, en virtud del cual unos y otros beligerantes nombraron cada uno un comisionado, recaudando juntos y distribuyendo entre ambas partes los derechos devengados por las mercancías que entraban y salían. De este modo ganaban

españoles y franceses y quedaba expedito el comercio.

Las guerrillas hacían un daño inmenso á los franceses, y así lo reconocía lord Wellington, que en un parte dado por aquellos días, escribía con su acostumbrado lenguaje verídico, severo y frío: «Las »guerrillas obran muy activamente en todas las par»tes de España y han sido felices muchas de sus úl»timas empresas contra el enemigo.» Semejante testimonio, viniendo del futuro vencedor de Waterloo, es el mejor elogio del sistema de guerra empleado preferentemente por los españoles en aquella época.

Miranda y Revoredo se sintieron poseídos de gozo y entusiasmo al recibo de tan faustas noticias, y al finalizar Abril prosiguieron su navegación con rumbo á Inglaterra, viendo de lejos las costas francesas, doblando la Bretaña y cruzando el canal de la Mancha; después de una corta permanencia en Londres sortearon los difíciles pasos del Báltico y entraron finalmente en el golfo de Riga, en cuyo puerto desembarcaron en los comienzos de Junio de aquel año, 1812, tan funesto á Napoleón I.



LIBRO DÈCIMO

LA CONSTITUCIÓN

CAPÍTULO PRIMERO

Cádiz en 1812

I

Don Serapio se encontraba en su verdadero elemento dentro los muros de Cádiz; la *tacita de plata* era en aquellos días un trasunto de Madrid, lleno de animación y de vida. El buen boticario, grande aficionado á periódicos y á comedias, á discusiones y tertulias, disfrutaba de cuanto podía halagar sus gustos é inclinaciones, siendo por otra parte muy bien recibido donde quiera se introducía, pues era realmente hombre instruido y de no escaso ingenio.

Así es que tuvo el honor de ser presentado á Quintana, de cuyas poesías era grande admirador, á la vez que sectario de sus doctrinas político-filosóficas, y pudo gozar también del incomparable placer de oir hablar en *petit comité* al ático, donosísimo, agudísimo y discretísimo D. Juan Nicasio Gallego, mil veces superior á Voltaire en la finura y oportunidad de sus admirables dichos, pullas, gracejos y chistes. Deleitábase don Serapio siguiendo el curso de las polémicas que sin cesar sostenían D. Juan Bautista Arriaza y el inglés Whitte (Blanco se firmó después) instruido este último y más diestro que el primero, aunque hablando siempre mal de España. La comunidad de patria hizo que don Serapio trabase viva amistad con D. Antonio Capmany, poseido de una verdadera manía de purismo y de una galofobia de que no podía curarse, ni áun en el curso de las más abstrusas discusiones parlamentarias.

Otros escritores entretenían también los ocios de don Serapio con sus fecundas lucubraciones; esgrimían por entonces la pluma en Cádiz, además de los antes dichos, los periodistas de *El Conciso*, á cuyo director conocemos ya, de *El Redactor general*, de *El Robespierre*, de *El Tribuno*, de *El Mercantil*, y el absolutista *Procurador de la Nación y del Rey;* Beña, que agregaba á su cualidad de militar la de poeta; el futuro autor del portentoso *Don Alvaro;* Martínez de la Rosa, un D. Santiago Jonama, cierto D. Pablo de Jérica y Costa, el hábil y acertadísimo traductor don Antonio Saviñón, de quien hablamos en otras ocasiones, Carnerero y sobre todo Gallardo, que merece algo más que una simple mención.

Debido, en efecto, á la libertad de imprenta proclamada en la Constitución, salieron á luz multitud de folletos cuyos autores hubieran merecido ciertamente de un famoso vate contemporáneo la calificación de *foliculario*s, si por entonces hubiese estado en su mano dictar bandos. El padre Alvarado publicaba las *Cartas del filósofo rancio* y los contrarios *El tomista en las Cortes*, saliendo á luz también *La Inquisición sin máscara*, cuyo asunto era el indicado en el titulo y estaba perfectamente desenvuelto. La profusión de folletos hacía que se difundiesen mucho los conocimientos útiles y las nuevas ideas, pues en general estaban muy bien escritos y contenían abun-

dante doctrina, aunque á veces se saliesen del tono templado y diesen origen á apasionadas polémicas.

II.

Sin embargo, no habían llegado todavía las cosas hasta el extremo, cuando vino á caer como una bomba un titulado *Diccionario razonado manual*, «parto de un alma aviesa,» dice un contemporáneo, dirigido á atacar violentamente las nuevas doctrinas, lanzando todo linaje de sarcásticos insultos á las Cortes, á sus decretos, á los diputados y á cuanto oliese á liberal ó simplemente á moderno.

Era por entonces D. Bartolomé Gallardo bibliotecario de las Cortes y autor muy aplaudido de un lindo folleto satírico, titulado: *Apología de los palos dados á D. Lorenzo Calvo de Rozas*, escrito con la pureza de estilo de quien era tan íntimo de Capmany, pero rebosando á la vez primoroso aticismo y chispeante malicia. No era D. Bartolomé Gallardo hombre que tuviese pelos en la lengua ni gustase de coserse los labios ante un ataque tan rudo como el dirigido á los liberales en el *Diccionario razonado;* de carácter acre y obstinado, no muy modesto ni sufrido, y acostumbrado á obrar siempre según le dictaba su razón, dió las tornas á las invectivas de los absolutistas con otro *Diccionario* que tituló *crítico-burlesco*, destinado á adquirir una celebridad no alcanzada por publicación alguna desde hace muchísimos años, hasta rayar en escándalo.

Sea como quiera, y prescindiendo de que Gallardo fuese un verdadero perantón en punto á su físico, hay que reconocer que era altamente conveniente el que hubiese quien recogiera el guante lanzado por los *serviles*, y dado que el que pega primero dá dos veces, no es de extrañar que Gallardo resolviera dar cuatro, y áun ocho en la respuesta. Llámesele *progresista* y cuanto se quiera, ello es que Gallardo, el Gallardo de 1812, se portó gallardamente. *Progresista* creemos que lo fué cuando se inventaron, y fué lástima, pero á lo menos, Gallardo, el sabio, el erudito, el ilustradísimo Gallardo, no dejará un nombre como el de otros autores de *Diccionarios*, verdaderamente *burlescos*, aunque no *críticos*, dados en pago á los retirados ó impuestos por fuerza á los ayuntamientos.

Gallardo pegó fuerte, no hay que negarlo, pero no había otra manera de contestar á la provocación. El vapuleo fué tan estupendo que los mismos *reformadores* se asustaron, dejando á don Bartolomé en las astas del toro y *desavouant* la parte que les había cabido en el *Diccionario*. ¡Y todo porque Gallardo se permitía hablar clara y terminantemente acerca de todas las hipocresías, mentiras, vilezas y otros embustes que continuamente usaban y explotaban los serviles!

El escándalo causado por el *Diccionario crítico-burlesco*, fué realmente enorme. No quedó escriba ni fariseo, beata santurrona, ni dama liviana ni devota, que no pusiese el grito en el cielo, llegando el caso de que las Cortes tuviesen que ocuparse en el asunto. Achacábase á Gallardo ser propagandista del ateismo, del filosofismo, del jacobinismo y del democratismo. Los pobres reformadores, dando pruebas y ejemplo de esta *memeria* que siempre les ha distinguido, abandonaron á Gallardo, que por otra parte nada esperaba de ellos, porque les conocía bien. «*Desaprobóse universalmente el libro*,—dice Toreno, —pero no por eso fué menos leido por los de uno y otro bando, y sobre todo, no por eso fué menos profunda la sensación que causó, *quod erat demostrandum*.»

Don Serapio, á fuer de impío como cabalísimo boticario, dado á la química, botánica y á la entonces naciente geología, aplaudía á rabiar el libelo de Gallardo, que comparaba al *Diccionario filosófico* del mismísimo Voltaire, y tal vez no andaba descaminado en ello.

Por fin llegó el día en que trataron del asunto las Cortes, si bien en sesión secreta. Hubo quien propuso que inmediatamente se llevase á Gallardo al quemadero; otros que simplemente se le ahorcase y los más prudentes que se le pusiese un grillete, sin faltar por eso algunos españoles de castizo abolengo que opinaron porque el asunto pasase *á la Comisión*. Por último se tomó el acuerdo de «excitar con es»fuerzo la atención del gobierno, (lenguaje del tiem»po) manifestando á la Regencia la amargura y sen»timiento que ha producido á las Cortes la publica»ción de un impreso titulado: *Diccionario crítico-»burlesco*, y que en resultando comprobados debida»mente los insultos que puede sufrir la religión por »este escrito, proceda con la brevedad que corres»ponda á reparar sus males con todo el rigor que »prescriban las leyes, dando cuenta á las Cortes de »todo para su tranquilidad y sosiego.»

III.

¡Estos eran los doceañistas, aquellos demagogos, aquellos ateos y jacobinos, aquellos liberalotes descreidos, volterianos, rousseausistas, corta-cabezas y anti-dinásticos, tan calumniados, zarandeados y escarnecidos después!

Cuatro días después de votada tan estupenda moción y envalentonados los serviles con tanta pusilanimidad, tomó la palabra cierto diputado inquisidor para pedir el restablecimiento de hecho del Santo-Oficio. Digamos, antes de proseguir, que el señor inquisidor general últimamente nombrado, se había pasado á los franceses el año 1808. Era un tal Arce. Digamos también que los doceañistas, *¡no habian abolido la Inquisición!* y que si no funcionaba era porque los inquisidores tenían miedo de *celebrar* y estaban muy achantaditos, cobrando, empero, la paga de sus prebendas.

Aquellos pobres diputados se encontraban en un continuo estado de contradicción de ideas. Después de haber votado la *libertad de la imprenta*, ¿no se les ocurrió entregar á la calificación del Santo Oficio un folleto titulado *La Triple Alianza?* El caso era que el Tribunal de la Fe carecía de condiciones de legitimidad, pero no por eso la intención era menos estúpida y bestial. Nombróse, en la duda, una comisión compuesta de Muñoz Torrero, el obispo de Mallorca, (ambos liberalísimos), Valiente, Gutiérrez de la Huerta, (despreocupados los dos) y Pérez de la Puebla, (único partidario declarado de la Inquisición) y ¡oh asombro! la tal comisión opinó, por mayoría de votos, que, efectivamente, *pasase el asunto al Santo Oficio* y que desde luégo volviese á funcionar el Tribunal de la Fe. ¡Qué cosas tenemos en España!

Databa tan estupendo dictamen del año antes, pero dormía, como es de suponer, tratándose de comisiones, cuando se presentó de nuevo ocasión de hablar de lo mismo con motivo del *Diccionario* de Gallardo.

Tomó, pues, la palabra, como íbamos diciendo, el diputado inquisidor, que era un Sr. Riesco. Hablaba el tal por boca de ganso, apuntándole el papel los serviles; no era, en fin, sino un *echadizo*, como escribe un diputado de aquellas cortes. Pidió Riesco que se diese cuenta del dictamen formulado por la comisión cuando el asunto de la *Triple Alianza;* acababan de recibirlo precisamente los secretarios en aquel mismo momento, y la *derecha*, impaciente por votar cuanto antes, no consintió siquiera que se registrase previamente antes de la lectura, de pura priesa que tenían por acabar.

IV.

Don Serapio, muy asiduo concurrente á las *galerias*, notó con extrañeza que aquel día estaban cuajadas de frailes, que revelaban su alegría con toda desfachatez y provocativo modo de mirar.

—¿A qué viene esa gente?—dijo para sí.—*¡Malum signum!* ¡Y están alegres! Otro que tal.

Levantóse Riesco. Pidió la lectura de que hemos hablado y resultó que había sido ponente de la comisión el diputado D. Juan Pablo Valiente, quien á consecuencia de un motín contra su persona hubo de embarcarse en un buque de guerra el verano del año anterior, redactando el dictamen á bordo del navío. Tachóse ya desde entonces de apasionado el documento, pues era evidente que el diputado Valiente lo había escrito poseido de rencoroso ardor contra el pueblo que tanta ojeriza le tenía por sus ideas antireformistas. Faltaba, además, en el dictamen la firma de Muñoz Torrero, que no había presentado por otra parte voto particular por falta de tiempo, según dijo.

Creyéndose ya seguros del triunfo aullaban y palmoteaban en las galerías los frailotes, con terribles protestas por parte de don Serapio, cuando se leyó un acuerdo tomado el año antes por las cortes, á propuesta de D. Juan Nicasio Gallego, en previsión de lo que entonces ocurría, en virtud del cual toda proposición relacionada con las bases de la constitución debía pasar antes de ser discutida á una comisión que mirase si era ó no contraria á alguno de los fundamentos del código político.

Los diputados de la derecha quedaron anonadados cuando el presidente dijo:

—Se suspende esta discusión. Pase el asunto á la comisión respectiva y se señalará día para continuar el debate.

Don Juan Nicasio Gallego sonreía socarronamente.

¡Gracias á él, gracias á su admirable previsión no había podido restablecerse el Santo Oficio á pesar de contar sus partidarios con mayoría en las Cortes!

A veces sirven de algo las proposiciones.

Gallardo estuvo preso tres meses, pero salió en vista del giro que tomó el debate. De no ser así, es seguro que el pobre don Bartolomé se hubiera visto quemado, ó por mejor decir, hubieran visto los gaditanos quemar al pobre don Bartolomé en la plaza de San Felipe.

V.

Don Serapio no faltaba tampoco cada noche al teatro, excelente para aquel tiempo. Trabajaba allí una compañía que ¡ojalá pudieran tener hoy más de cuatro capitales de primer orden! Carretero, el galán compañero de Rita Luna; Díez, discípulo de Máiquez; el célebre gracioso Querol, el después ilustre Guzmán, y la bella, deliciosa y apasionada Agustina Torres, cuyas relaciones con Martínez de la Rosa no eran un misterio para nadie.

Representábanse comedias antiguas, modernas, y algunas del género patriótico, siendo las más celebradas, entre las últimas: *Las vísperas sicilianas, La viuda de Padilla*, de Martínez de la Rosa, *Roma libre*, traducción de Alfieri por el docto Saviñón, y otras, indignas hoy de recordación. Entre las modernas gozó de loco aplauso la comedia: *Lo que puede un empleo,* original del ilustre autor de *La conjuración de Venecia.*

Ello es que, como ha sucedido después en Madrid, divertíanse entonces más y más en Cádiz á compás que iban aumentando las desdichas. El bombardeo era tan ridículo é ineficaz que en vista de que los proyectiles no reventaban por venir rellenos de plomo, nació la famosa y sabida coplilla de:

Con las bombas que tiran
los fanfarrones,
se hacen las gaditanas
tirabuzones,

queriendo decir que empleaban el plomo para ceñirse las delgadas mechas de pelo, que una vez quitado quedaban ensortijadas en espiral.

El embajador inglés daba suntuosos bailes; dióse principio á una plaza de toros; verificábanse juegos de sortija; divertíase á los moradores con fuegos artificiales; establecióse una feria en paraje fuera del alcance de las bombas, con un tablado para dar conciertos de música vocal é instrumental, y reinaba á todas horas la más alegre algazara á la vez que el mayor convencimiento de que todo lo arreglarían las provincias.

VI.

Don Serapio se había hecho muy amigo del mayordomo de doña Brianda, aquel D. Julián Palomeque á quien encontramos antes en Cádiz,—cuando la instalación de la primera regencia,—tan compinche del secretario del obispo de Orense.

Ambos sostenían de continuo vivas discusiones por pertenecer á los opuestos bandos de *liberales* y *serviles.*

—¿Qué quiere V. que le diga, don Serapio?—exclamaba el señor Palomeque, paseando con el boticario por la Alameda.—Me da muy mala espina la suerte de esa Constitución. Eso de que el día en que se juró se desataran tan espantablemente los elementos, me hace creer que la Divina Providencia no vé con buenos ojos que un país monárquico y católico por excelencia como el nuestro, tenga que tragar un pastel tan jacobino como el que han amasado los Muñoz Torrero, Argüelles, Toreno y Nicasio Gallego.

—¡Hombre de Dios! ¡Código jacobino llama V. al que empieza invocando á la Santísima Trinidad y cuyo primer artículo dice textualmente: *Todos los españoles deben ser buenos y virtuosos!* Por lo demás, que lloviera á mares, que rugiera furioso el vendaval y que el día fuera de aquellos *de que hay pocos en lo malo*, nada tiene que ver. De mí sé decir á usted que jamás, jamás, jamás en toda mi vida he experimentado un júbilo igual al que sentí aquel día. Porque aquel cruzarse las salvas con que la plaza saludaba la jura con las salvas disparadas por los sitiadores con ocasión de los días de Pepe Botella, me pareció un combate mil veces más terrible que una batalla, pues eran dos ideas expresadas á cañonazos, dos sentimientos traducidos por la ronca voz de la artillería, más elocuente que los mejores discursos. En vano rugía el aquilón y procuraba el aguacero ensordecer los ecos de la multitud; en aquella porfiada controversia entre el firmamento y nosotros, quedó por nosotros la victoria. Sí, nuestros *¡vivas!* dominaron la voz del trueno, los bramidos del viento y el rumor de la lluvia, y del mismo modo que apagamos el ronco són de la tempestad con nuestras voces, hubiéramos vencido al ardiente rayo con el

entusiasmo que hervía en nuestros pechos. ¡Oh, no! ¡Nunca, nunca se volverá á ver tan inmenso entusiasmo, que me recordaba aquel hermoso día en que se celebró en todos los pueblos de Francia la tiernísima é inolvidable *Fiesta de la federación*, día inmortal en que todos los corazones latían á impulsos del más sublime amor, en que fué un hecho la fraternidad! Así pasó también en Cádiz el día de la jura de la Constitución.

VII.

Cayó en esto una bomba á corta distancia de los dos paseantes, pues la Alameda no estaba fuera de tiro en toda su extensión y don Serapio había traspasado los límites de lo racional, llevado de su entusiasmo oratorio.

—¡Caramba! ¡No nos vayan á dejar sin piernas ó brazos aquí!—exclamó D. Julián Palomeque.—Retirémonos, caro amigo.

—No, hombre, no. Ya no hay cuidado ahora,—respondió don Serapio.—Veo que no se ha fijado usted en el sistema que estilan los franceses. Tiran quince granadas cada cuatro horas y no vuelven á tirar hasta que el reloj señala que ha transcurrido el intervalo convenido. Ahora son las doce, pues hasta las cuatro no volverá V. á oir los quince estampidos de los obuses y las quince campanadas de la Torre de San Francisco. Continuemos hablando, don Julián, continuemos.

—Es que no parece sino que me persiguen á todas partes los dichosos *Villantroys*. ¿Creerá V. que el día que cayó la bomba en el teatro estaba yo junto al autor, aplaudiendo á rabiar: *Lo que puede un empleo?*

—Celebro mucho, don Julián, que aplaudiera usted á ese novel alumno de Talía. Martínez de la Rosa hará carrera, yo se lo prometo á usted.

—Realmente es un muchacho simpático y muy fino. ¡Lástima que sea liberal!

—Peor sería que fuera un *servilón* como el señor Calomarde.

—Ese sí que nunca hará cosa de provecho. Es un hipócrita, pero de nada le habrá de servir.

—Pues por lo demás, y á pesar de las bombas, no podemos quejarnos, señor don Julián. ¿Cuándo se ha gozado en parte alguna de mayor abundancia que la que gozamos aquí? ¿Dónde ha encontrado V. gente más alegre? ¿Le parece á V. poco estar abastecido de víveres todo el mundo, poderse vestir con las mejores telas que á uno se le antojan y hasta gozar del placer de tomar *sorbetes* á cualquier hora? Sí, señor, sorbetes; por no faltar nada, ni siquiera falta en Cádiz nieve.

—En casa tomamos todos los días, y por cierto que ha de hacer V. porque no tome tantos la señora duquesa. Consumiría de una vez todos los helados de una nevería si la dejasen. ¡Jesús! ¡No parece sino que tenga un volcán dentro del cuerpo!

—¡Déjela V., señor de Palomeque! Esto le hace bien.

—¡Pero es que toma cuatro ó seis helados al día!

—Le repito á V. que la deje hacer. No se morirá por eso. ¿Y la señora condesa, no es aficionada?

—Si he de hablarle á V. con franqueza, la veo muy distraidilla...

—¿Eh? ¿Tendríamos, quizás, algún amorcillo en puerta?

Don Julián acercó su boca al oido de don Serapio y dijo con voz muy queda:

—Creo que tenemos algo de eso...

—¡Diablo! ¡Dos viudas así, son capaces de causar mayores estragos que el mismo bombardeo!

—Sí; el coronel Fraser, un inglés que se portó valientemente en Talavera y es muy amigo del teniente coronel Méndez, parece que anda perdidamente enamorado de mi señora, no tan prendado de su belleza, con ser mucha, como entusiasmado por aquellas atrocidades de Sierra-Morena, cuando hizo con los franceses lo que después se le ocurrió también á la señora duquesa.

—¡Oiga! Pues no tiene mal gusto ese coronel, porque, á la verdad, doña Brianda tiene un tipo español capaz de hacer perder la chabeta al mismo rey de Inglaterra, si bien ese la tiene ya perdida.

—No diga V. nada de lo que le he dicho, por Dios. Lo traen todo muy callado...

—Descuide V., amigo Palomeque. Seré mudo como una estatua.

—¡Ojalá lo fueran también esos parlanchines de las Cortes!

Aquí cesó la conversación de los dos vejetes y siendo llegada la hora de comer se despidieron respectivamente para su vivienda.

CAPÍTULO II

Lord Claymore

I

Estrella no había olvidado ni un solo momento la conducta de su madre y hermana y no se había dado por bastante satisfecha con el desafío de Espinosa y Octavio de Saligny. ¡Cosa inaudita! Abominaba de muerte á su madre, impulsada por su ardor patriótico, y no la perdonaba que el amor á un hombre hubiese apagado en ella los sentimientos maternales. En cuanto á Aurora de Osorio, confiaba en que alguna vez se toparían Enrique y el capitán Walewski y que entonces se decidiría la cuestión.

Matilde no había conseguido hacerla desistir de sus rencores, á pesar del mucho ascendiente que había adquirido sobre ella, pues realmente Estrella la veneraba y la daba mil pruebas de la profundísima estimación que la tenía.

Empero, pronto debía dar fin aquella envidiable dicha de que gozaban el bizarro teniente coronel y su adorada esposa.

Fué el caso que llegó á Cádiz un enviado de Wellington, coronel de un regimiento de highlanders, joven apuesto y valiente á la vez que sabio, profundo y consumado artista. Llamábase el jefe escocés, lord Alfredo Claymore y pertenecía á una de las más célebres y antiguas familias montañesas.

No dejó de ocasionar cierta sensación en Cádiz el traje del emisario, que era el usado por los de su tierra.

Había en los rasgos de la fisonomía de lord Claymore algo que recordaba las leyendas de su nación, cierta poesía agreste y una ruda elegancia peculiar á los hijos de los *clans*. No hay para decir que era rubio, con hermosos ojos de un azul oscuro y de gallarda estatura y complexión.

Una noche, á últimos de Mayo, disponíase á partir el enviado cuando oyó desde la calle la voz de Matilde que cantaba una deliciosa melodía de Mozart, un aria de *Cosi fan tutte*.

Lord Claymore quedó inmutado al escuchar aquellos acentos y perdió el color.

Quedóse parado largo rato hasta que cesó de oirse el divino canto, y se fué á su posada, profundamente abstraido.

En seguida, en vez de partir, llamó á su ayudante y le manifestó que no podía en manera alguna ausentarse por poderosos motivos, encargándole del mensaje que debía llevar á Wellington.

El ayudante no extrañó nada de lo que le manifestaba lord Claymore, pues sabía que estaba sujeto á violentas crisis nerviosas, y partió al momento en un buque de guerra inglés con rumbo á la ciudad de Lisboa.

Apenas quedo solo el coronel, se apresuró á cambiar su traje por otro de paisano y se dirigió á la calle de San Francisco, donde vivía Matilde.

En el momento que el escocés llegaba ante la casa, salía de ella Matilde, del brazo de Méndez, vestido de uniforme.

Claymore vió el rostro de Matilde iluminado por la clara luna que brillaba esplendorosamente en el cielo y quedó como petrificado.

II.

¿Y cómo no había de ser así cuando Claymore había sido en su tiempo uno de los más apasionados adoradores de Matilde, con la cual había recorrido en noches semejantes á aquella los poéticos canales de Venecia? Nunca más había dejado el escocés de tener grabada en el corazón la imagen de la gran cantatriz. Cuando supo en Londres la tentativa de asesinato de que había sido víctima en Madrid, corrió á la capital de España en alas de su inextinguible afecto, encontrándose á su llegada con la noticia de su misteriosa desaparición.

Desde entonces había hecho incesantes indagaciones en busca de su paradero, invirtiendo en ello cuantiosas sumas, siendo infructuosos todos sus pasos. Júzguese de la emoción que debió experimentar al reconocer la voz de Matilde y al verla después en persona, más hermosa que nunca.

El cúmulo de sentimientos que experimentó en un segundo es más para comprendido que para ser descrito: mezclóse la abrasadora llama recién avivada del antiguo amor con la feroz tortura de los celos, el placer de volver á ver á la criatura amada con la punzante tortura de encontrarla del brazo de un hombre, que era quizás un esposo.

¡Cuántas veces no le había ofrecido su mano lord Claymore cuando en Venecia llevaba aquella vida de disipación á que la obligaba el villano autor de su deshonra! ¡Cuántas veces le propuso huir con él á su castillo de Dingwall, rodeada de tanto respeto como una reina, de tantos honores como la más alta dama de la vieja aristocracia escocesa!

Lord Claymore había procurado apagar la pasión que le consumía, entregándose en cuerpo y alma á la religión de la milicia. Había estado en Vimeiro y detrás de Torres-Vedras; se había encontrado en los combates contra Ney en la célebre retirada de Massena y se había distinguido brillantemente en la toma de Badajoz, llegando á ser uno de los coroneles que en más estima tenía Wellington, que sólo le tachaba de ser un poco entusiasta y excesivamente arrojado.

Toda su suerte iba á cambiar desde aquel momento. Comprendió que Matilde no podría amarle, que amaba al que iba con ella del brazo, y se sintió como condenado por la fatalidad, sin esperanza ni apelación.

Sin embargo, no se sentía bastante fuerte para irse sin oir otra vez una sola frase de labios de la que tanto amó. Ni por un momento pasó por su imaginación la idea de intentar que Matilde faltase á sus deberes, ni él hubiera querido nunca encanallarse robando ó pretendiendo robar su honor al esposo de Matilde, si es que era su esposo aquel militar que la acompañaba.

III.

Matilde y Méndez se dirigieron al paseo de la Alameda, donde un gran gentío contemplaba la función de fuegos artificiales con que el embajador inglés entretenía á los leales gaditanos, costeándola de su peculio.

A la vez que el estampido de las ruedas, estrellas, soles, cohetes y candelas romanas, españoles, ensordecían el espacio las granadas francesas que disparaban los Villantroys con acompañamiento de campanadas. No dejaba de producir un extraño efecto aquella mezcla de explosiones de fuegos recreativos y destructores.

Lord Claymore seguía á la pareja, absorto en la contemplación de Matilde, cuya gallarda manera de andar le hacía enloquecer y morir de desesperada envidia, envidia empero puramente pasiva, tormento para él solo.

La luz de los fuegos de artificio y de las bengalas le ofrecía ocasión de examinar á su sabor á la bella curiosa, cuyo semblante se había modificado perdiendo su antigua expresión, como algo fatigada y voluptuosa, y ofreciendo todos los rasgos de la más candorosa y apacible existencia.

Milagros semejantes y áun mayores produce el amor verdadero, que logra trocar en sabios á los idiotas y en honrados y castos á los más desenvueltos y criminales, según se ofrecen numerosos casos en la historia y se ve todos los días.

No produjo otro resultado tal metamórfosis que aumentar la vehemencia del afecto que sentía el coronel. Patente y visible era que Matilde había dejado de ser la mujer de antes y que un abismo más profundo que el Océano separaba su existencia actual de su vida anterior; el coronel creía con perfecta exactitud que nada quedaba de la antigua artista y que la historia de aquella divina criatura habíase convertido, más aún que en pavesas, en sueño invero-

símil, enteramente extraño á su actual estado. Había una solución de continuidad tan enorme cual si hubiesen mediado veinte siglos entre el año 6 y el año 12. ¡Bien claro se veía que aquella mujer se había transformado hasta lo más íntimo de su sér y que su pasado debía aparecérsele como fantástica pesadilla!

—¿Iré á despertar en ella los apagados recuerdos de una vida aventurera y galante?—decía para sí lord Claymore.—¿Iré á recordarla la época de su degradación, las escenas de envilecimiento y libertinaje, aquellas noches de Venecia, aquellas locas orgías y desenfrenadas bacanales del palacio Dotti? ¡Ah! ¡Eso sería romper á trozos la hermosa estatua reconstituida á fuerza de tiempo y de laboriosa habilidad; mancillar la tabla restaurada á pura paciencia y delicado tino; arrancar la venda de la mal cerrada llaga!... No, imposible. ¡Jamás!

Y combatido por mil embravecidos y encontrados afectos, miraba Claymore á Matilde, devorándola con los ojos, cual un caminante poseído de abrasadora sed miraría cristalino manantial; y la encontraba más bella cada vez y deliraba de amor y se sentía como corroido por miríadas de insectos que le aguijoneasen todas las fibras de su cuerpo, á manera de azuladas y menudas serpientes.

Seguíanse uno á otro los soles y las ruedas y las bengalas, y Claymore hubiera dado su vida porque hubiese durado horas y más horas el popular espectáculo. Pero todo tiene fin en este mundo, y en especial los árboles de fuegos artificiales, y sólo quedó la blanca y pálida luna para alumbrar el rostro de Matilde.

Llegó el momento de retirarse la gente del paseo y el escocés siguió otra vez hasta su casa á los felices enamorados. Claymore esperó en vano que Matilde dejase oir de nuevo su voz, y tras de un rato de espera, volvióse á la Alameda, cual si intentara evocar allí la dulce visión de que había gozado durante aquellas fugitivas horas.

No pudo conciliar el sueño en toda la noche; inquieto y calenturiento, contó los minutos que transcurrieron hasta el nuevo día y abandonando el lecho paseábase con agitación por su aposento.

IV.

Daban las once cuando le pasaron una esquela de la embajada.

Era una invitación para un baile que debía darse aquella noche.

Hay que advertir que los bailes de la embajada habían debido suspenderse por radicar el edificio ocupado por el diplomático inglés dentro de la zona en que podían caer las granadas que lanzaba el sitiador. Sin embargo, Sir Enrique Wellesley quería probar que tenía buenas noticias y mejores esperanzas, y al propio tiempo, dar ocasión á que hiciesen alarde de su valor los guapos y guapas de la buena sociedad gaditana.

Un extraño presentimiento asaltó á Claymore.

—¡Ella irá también!—exclamó.

¿En qué se fundaba? En nada. ¡Misterios del corazón!

Todo el día se mostró el escocés animado y activo como nunca. Al anochecer empezó los preparativos de la *toilette* y revistiéndose de su magnífico uniforme de coronel de *highlanders* reconoció á la fuerza y sinceramente que estaba realmente hecho un héroe caledoniano. (Aún no se había escrito nada sobre el último castellano de Ravenswood.)

Por fin sonaron las diez en el reloj de la catedral. Era la hora señalada en la invitación.

Lord Alfredo Claymore salió de su casa, impasible el rostro, turbado el espíritu, agitado el corazón como las hojas del álamo movidas por el viento.

Sentíase henchido el pecho cual si quisiera estallar, preñada de ideas la cabeza, poseido de una imperiosa necesidad de moverse y sacudir aquella especie de entumecimiento que estorbaba la acción de sus miembros.

Dirigióse á la muralla de mar y vió el encrespado oleaje del Océano, y su corazón se puso al unísono con la efervescencia del agua al estrellarse contra las rocas. Y acudieron á su mente las imágenes de Ossián, las figuras de Shakespeare, y veía á Desdémona, á Ofelia, á Julieta, á Perdita, á Cordelia, á Imogenia, á Porcia y á Miranda con un mismo rostro siempre; y repercutían en sus oidos las melodías de *Cosí fan tutte* y de *Armida*, los ecos de doña Ana y de Ifigenia, los suaves ritornellos de Paisiello y Cimarosa, y le venían involuntariamente á la memoria las estrofas del joven Byron y divisaba entre claridades inefables y fantásticas figuras, celestes y diabólicas imágenes, y soñaba en mil absurdas aventuras y le asaltaban mil ideas insensatas.

Dieron las once.

V.

El coronel sacó un cigarro, lo encendió y se puso en marcha, cual si en vez de dirigirse á un baile marchara al combate, única ocasión en que fumaba.

Llegó á la puerta de la embajada y al poner el pié en el primer escalón vió delante de él la imagen adorada.

Matilde había, en efecto, obedecido á Méndez, que había creido cuestión de delicadeza aceptar la invitación del enviado de Inglaterra. Era preciso demostrar, en efecto, que el peligro no retraía á las españolas de acudir á donde acudían las inglesas.

Con todo, no tuvo muchos imitadores la conducta de Méndez y muchos personajes fueron allí sin sus esposas, no por falta de deseos de éstas.

Rompió el baile. La orquesta inició un rigodón. El gobernador de la plaza tuvo por pareja á la señora del embajador y el embajador á Matilde.

El coronel seguía con la vista los menores movimientos de la hermosa rubia. Cesó el baile y Claymore, cada vez más enloquecido, iba á dirigirse á Matilde para pedirle la gavota que preludiaban ya los violines, cuando vió que se acercaba á ella el brigadier Espinosa.

Mordióse los labios y otra vez se convirtió en afanoso espectador de la sin par manera como bailaba la antigua compañera de sus noches de libertinaje.

Claymore no quiso aguardar más, y al punto que hubieron cesado los acordes de la orquesta presentóse ante Matilde en súplica de que le concediera el honor de bailar el wals que debía seguir á la gavota.

Matilde, distraida é indolente, hizo una ligera señal afirmativa con la cabeza, sin fijarse en el apuesto highlander.

VI.

Dióse la señal y la orquesta dejó oir las primeras notas de un wals verdaderamente arrobador, lánguido y voluptuoso como las fantásticas ondinas del Rhin, interrumpido de vez en cuando por unas como sarcásticas frases que daban razón de su título de *Scherzo-wals*. Su autor era un maestro alemán del siglo XVI, de ignorado nombre. Quizás aquel mismo ritmo había resonado en las fiestas de Cárlos V y en las cortes de Gustavo Adolfo y Federico de Prusia.

Arrastrado por su pasión y no siendo ya dueño de sí, Claymore exclamó:

—¡Oh, Matilde! ¡Dejadme deciros que ni por un momento he dejado de pensar en vos desde que os perdí y que os idolatro como siempre, hasta la muerte, por encima de todo, como os amaba en Venecia, como sabe amar Alfredo Claymore!

La pobre mujer levantó los ojos, miró á su pareja, y dando un agudo grito, cayó sin sentido sobre el pavimento.

VII.

Al oir el grito de su esposa, acudió Méndez, que estaba separado del centro del salón, hablando con Espinosa y el coronel Fraser.

Acercóse á donde yacía Matilde y vióla cubierta de mortal palidez, fría, inerte.

Aquel desvanecimiento no era un simple desmayo de mujeril carácter. Veíase como la muerte se cernía sobre la adorada víctima.

Trasladóse á Matilde á las habitaciones del embajador, acudiendo al punto varios médicos.

Los labios de la infeliz estaban cárdenos y su rostro adquiría un tinte violáceo; la respiración era sofocada, un sudor glacial bañaba sus manos.

Méndez, mudo y aterrado, miraba cómo se estaba muriendo su mujer. Echado sobre la cama, á su lado, miraba sus ojos, que iban tornándose vidriosos, y recogía las apagadas palpitaciones de su seno.

Una larguísima hora transcurrió así.

Daban las dos cuando Matilde exhalaba su postrer suspiro.

VIII.

Méndez no pudo llorar, pero no consintió que le separasen del lado de su mujer. Parecía que no sabía lo que le pasaba.

De pronto fijó la vista en una especie de cadáver que estaba en pié al lado de la muerta.

Era Claymore.

—¡Vos habéis asesinado á mi mujer! ¿Qué la habéis dicho?

Claymore no contestó.

—¡Pero aún vivís, voto al cielo! ¡Aún no os habéis arrancado vuestro miserable corazón!

El escocés miró á Méndez y contestó:

—Vos debéis ser quien me mate.

—Al momento. ¡Creo que me volvería loco si supiese que había de tardar un minuto más!

Nadie estorbó la salida de los dos hombres.

Dirigiéronse al jardín, acompañados de Espinosa y Fraser.

—¡En guardia!—exclamó Méndez, desnudos los aceros.

El escocés desvió su espada y el arma de Méndez se hundió en su corazón, cayendo Claymore en tierra, bañado en sangre.

Espinosa se acercó al herido y dijo:

—Os habéis portado como un digno caballero. Morid en paz.

—Hablé á Matilde recordándola el amor que la tuve en pasados tiempos, y esto bastó á matarla,—murmuró el moribundo.—¡Qué corazón!

—No podía suceder de otra manera,—repuso Espinosa.—¡O loca ó muerta!

—Decid á su marido que me perdone. No tuve jamás intención de atentar á su honor. Sólo quise que supiera mi bien que yo la había amado siempre, y morir luégo.

—¡Desdichada criatura!—murmuró Espinosa.—Donde quiera que ha estado, ha ido con ella la fatalidad. ¡Trágica existencia la suya!

Méndez y Fraser estaban apartados, silenciosos.

Espinosa se acercó á ellos y dijo á Méndez:

—El moribundo implora tu perdón. Dale la mano y estréchala cual la de un cumplido caballero.

—Lord Claymore fué y ha sido siempre un *gentlemán*,—repuso Fraser.

Méndez se dirigió hacia donde yacía el escocés y le dió la mano.

—¡Gracias!—murmuró con débil voz el moribundo.—Muero como quería. ¡Adiós!

Méndez sintió el frío de la muerte en la mano que tenía cogida.

—Vamos de aquí,—dijo Espinosa.—¡Fraser!...

—Yo respondo del suceso,—contestó el bravo inglés.—Lord Claymore será encontrado muerto aquí, apareciendo señales de haberse suicidado.

Así quedó probado, en efecto.

Al día siguiente, el cadáver de Claymore era conducido á Escocia, y á la vez que se le hacían los honores militares y las descargas de ordenanza anunciaban la fúnebre ceremonia, doblaban las campanas por Matilde, tocando á muertos.

Aquella naturaleza de sensitiva, aquella criatura á la cual había redimido de la abyección el amor de Méndez y que había recobrado la razón á fuerza de olvido y de ternura, de consideración y respeto, de cariñosa solicitud y delicadas atenciones, no había podido resistir á la herida bruscamente abierta de su pasado, al agolpamiento de su vergüenza, al terror y al sonrojo que le produjeron las palabras de Claymore, y murió como el que recibe envenenada flecha en medio del corazón.



CAPÍTULO III

En el que se habla del amor

I

La noticia de la inesperada muerte de Matilde ocasionó profunda sensación en cuantos habían tenido ocasión de tratarla, que eran pocos, y verdadero sentimiento en todos los que la habían visto alguna vez, encantados de su peregrina hermosura.

Estrella, más que ninguna otra, se mostró inconsolable, pues había cifrado en ella todo el amor que no había podido profesar á su madre y á su hermana, considerándola como una y otra cosa, y no ganándola nadie en punto á admiradora de su belleza y generosos sentimientos. Esto no obstó para que dejara de hacer justicia á la nobleza con que lord Claymore se había conducido, una vez causada la irremediable desgracia que produjo en un momento de arrebatada pasión.

La animosa heroína de Astorga no opuso la menor resistencia á que Espinosa dejase el mando que desempeñaba en Cádiz para ir á donde estuviese la guerra en mayor pujanza, con ánimo de que Méndez encontrase manera de rehacer su quebrantado ánimo en medio de la vida de campamento y en las emociones de los combates.

Decidieron, pues, incorporarse á la división del general España, que operaba en Castilla la Vieja á las órdenes de Wellington, movidos á ello también por el deseo de combatir en compañía de Fraser.

Fijóse la partida para últimos de Junio, debiendo desembarcar en Lisboa y pasando desde allí á reunirse con el ejército anglo-hispano-portugués que amenazaba á Salamanca.

Fraser, más prendado cada día de doña Brianda, se había convertido en asiduo devoto, siguiendo á la condesa á todas las innumerables novenas, octavas, setenarios, triduos y funciones á que concurría con la duquesa.

Sin embargo, aquel valiente joven, tan bravo ante la metralla, era tímido como una doncella tratándose de acercarse á su adorado tormento.

II.

Doña Brianda no había dejado de fijarse en la tenacidad del inglés, y si de ello no se hubiese apercibido, se lo habría hecho notar la duquesa, á quien la vida de la corte había hecho más finamente conocedora que ella de las más ocultas intenciones y disimulados sentimientos de los hombres.

Espinosa acertó un día á hablar de la firmeza de ánimo de doña Brianda, comparándola á la duquesa, más impetuosa, aunque menos inflexible.

—La condesa es una castellana de Aragón,—dijo Espinosa,—y Leonor una andaluza de Castilla. Brianda se hace respetar y querer, la duquesa se hace querer, pero es más temible que la otra, porque en ella es más viva la determinación. Además, la condesa sabe odiar y amar hasta la muerte; Leonor es una tempestad que arrasa en un momento y desaparece.

Esto no hizo más que encender todavía en mayor grado la pasión de Fraser.

—La condesa Brianda hubiera debido nacer en Inglaterra,—dijo.

Espinosa le miró, y sonriendo casi imperceptiblemente, repuso:

—Hacedla inglesa.

—¡Brigadier!

—Coronel...

—¡Habéis dicho!...

—He dicho...

—Habéis dicho: *Hacedla inglesa.*

—Eso mismo.

—¿Y lo repetís?

—Lo repito. ¿Qué os asombra?

—¿Pero, vos creéis?...

—Creo, mi queridísimo Fraser, que estáis enamoradísimo de doña Brianda, que tiene unos ojos de primera fuerza y dió jicarazo á un montón de franceses en Sierra-Morena.

—¡Oh, mi buen amigo! Es cierto.

—Doña Brianda es digna del héroe de Talavera. Wellington os citó cuatro veces en la orden del día.

—Calláos eso.

—La condesa de Torrenegra no aceptaría á un cualquiera, pero se honraría con que el coronel Fraser pidiese su mano.

—No; bien sabéis su resolución de entrar en un convento...

—Aun no lo ha hecho.

—¡Si es tan inflexible como decís!...

—Bien vale un hombre como vos la pena de que se reflexione.

—¡Oh, mi querido brigadier!

—Fraser, soy vuestro amigo del alma, Ricardo Espinosa.

—¡Espinosa! ¡Sería un sueño!

—Acabemos. Será una realidad. Veníos conmigo, Fraser.

III.

Los dos amigos se encaminaron á la plaza de San Antonio, donde vivía la condesa, saliendo á recibirles el digno Palomeque, no muy devoto de Espinosa por constarle que éste se inclinaba al bando liberal, pero con todo, siempre deferente y atento con tan importante personaje.

Manifestaron sus deseos de ver á la condesa y al punto corrió don Julián á anunciarles.

Salió al momento doña Brianda y no pudo disimular un involuntario movimiento de sorpresa al ver al inglés.

—Señora,—dijo el brigadier,—he creido un deber de amistad venir aquí á despedirme de Vdes. antes de salir para el Norte á unirnos al ejército aliado, y aprovechando esta coyuntura, me cabe, á la vez, el honor de presentar á V. al coronel sir John Fraser, uno de los más ilustres y valerosos oficiales de su nación.

Doña Brianda hizo una graciosa cortesía y una profunda reverencia el coronel.

—Recomiéndase mi amigo, señora, por su proverbial hidalguía y lealtad, á la vez que por su admiración hacia las personas que se distinguen por su elevación de carácter, entre cuyo número os contáis en principal lugar.

La condesa dió con los ojos las gracias á Espinosa y se ruborizó al notar que Fraser no la dejaba de vista.

—Señores,—contestó,—me han honrado Vdes. demasiado juzgándome como dicen, pero su bondad será un motivo más para que les tenga siempre presentes y ruegue á Dios les conserve la preciosa vida que van á exponer en defensa de la santa causa. ¡Oh, no! No olvidaré yo á los buenos amigos que estarán combatiendo gloriosamente, rodeados de peligros y sufriendo los rigores de la campaña.

Inundóse de alegría el rostro de Fraser y exclamó:

—Sabiendo que estaréis pensando en vuestros amigos, señora, todos los instantes serán para ellos tan placenteros cual si tuvieran la incomparable dicha de miraros. Nada les faltará sabiendo que ocupan un lugar en vuestros recuerdos, y si algo fuese preciso para incitarles todavía más á cumplir como buenos y honrados caballeros, la esperanza de oir de vuestros labios la más ligera palabra de afectuosa aprobación les moverá á que busquen á todas horas ocasiones de hacerse dignos de tal recompensa.

Doña Brianda tendió su mano al coronel, que la estrechó vivamente.

IV.

En esto apareció Leonor y después de cambiar con los visitantes algunas frases de cortesía y de desearles feliz suerte en su expedición, preguntó con mal disimulado interés á Espinosa.



DOÑA BRIANDA HIZO UNA GRACIOSA CORTESIA

—¿Habéis tenido noticias del comandante Miranda, brigadier?

—Señora, sé que llegaron buenos á Londres, él y su ayudante.

Un ligero carmín tiñó las mejillas de la bella duquesa, la cual repuso:

—¿Y creéis que va á empezar pronto esa guerra de Rusia?

—Muy pronto, señora, pero áun siento que tarde tanto, porque de seguro será el golpe que remate la caida del usurpador. Nosotros le hemos hecho bambolear, pero la Rusia lo acabará. Por lo demás, Miranda tendrá ocasión de desplegar allí, en gran escala, sus talentos y es de creer que le veamos regresar cubierto de gloria y honores.

Nada contestó la duquesa, pero bien claro se vió el placer que le habían causado las palabras del brigadier.

Despidiéronse los expedicionarios de las dos mujeres y por pura casualidad dejó caer doña Brianda su pañuelo en tierra.

Apresuróse á recogerlo Fraser y antes de devolvérselo dijo con enamorado acento:

—Señora, ¿creéis en los talismanes?

—¿Por qué no?—contestó la condesa.

—Esta prenda vuestra, sé de cierto que me libraría de todos los peligros.

—Guardadla, pues, coronel,—repuso la hermosa viuda.

—Día llegará, señora, en que os lo recuerde agradecido.

—Coronel, quiera Dios que sea pronto.

Fraser salió loco de alegría de aquella morada en la que vivía su amor y sin poderse contener abrazó estrechamente á Espinosa.

—¡Oh, mi buen amigo! — exclamó. —¡No sabéis cuán grande es el servicio que me habéis prestado! Disponed de todo cuanto valgo, de mi vida, de mis servicios, de mi cooperación para cuanto gustéis. ¡Gracias á vos he logrado el honor más ambicionado, la prueba de que tal vez pueda ser eternamente feliz, la esperanza de una dicha sin fin, la gloria de saber que no soy indiferente á la que adoro con toda mi alma!...

No hubiera tenido fin el discurso del buen inglés si Espinosa no se hubiese decidido á cortar aquel rapto de entusiasmo diciendo:

—Mi querido Fraser, conquistaréis á doña Brianda con tanta facilidad como la con que vamos ahora á darles la gran paliza á los gabachos. Vais á ser el Wellington de la Torrenegra y desde ahora os felicito por vuestra victoria, como felicito al Duque-de-Hierro por los próximos triunfos de Salamanca.

V.

Pasaron algunos días durante los cuales las dos mujeres no pudieron disimularse mutuamente la tristeza de que estaban poseidas por la partida de Fraser, la una, y por la idea de cierto marino que se encontraría ya entonces en Rusia, la otra.

Don Julián de Palomeque no había dejado de notar aquella variación y dió cuenta de ella á don Serapio, que también había notado la tristeza de que daba muestras de estar poseida la duquesa.

—¿Quién nos tenía que decir, amigo Palomeque,—decía el boticario,—quién nos tenía que decir que habíamos de ver desvanecerse como el humo aquellas resoluciones de conventos y clausuras de que tan poseidas se mostraban esas señoras? ¿Y todo por qué? Por las carantoñas de un barbilindo y los suspiros de un coronel vestido de encarnado. ¡Oh, mujeres! No sé si lo habrá dicho alguien antes que yo, pero yo le aseguro á V. que lo mismo da decir fragilidad que mujer.

De seguro que si se hubiese encontrado presente Fraser, hubiera quedado sorprendido de la coincidencia de ideas entre don Serapio y el inmortal Shakespeare.

Sin embargo, no se atrevía ninguna de las dos mujeres á revelar á la otra lo que interiormente experimentaba; habían sido, al parecer, tan espontáneos sus deseos monjiles que constituía una verdadera abjuración la nueva manera de pensar de las dos aristocráticas damas.

Tres años y medio habían transcurrido desde la infausta derrota de Uclés y de las infames violaciones que la subsiguieron. Doña Brianda había enviado á su hijo á un colegio de Inglaterra y libre de los cuidados maternos, había consagrado su existencia entera al ascetismo más riguroso, mitigado únicamente desde que Leonor se había instalado en su casa. Doña Brianda se mostraba decidida entonces á recogerse en un convento, y ya que no pudiese profesar, pensaba permanecer en clausura por todo el resto de su vida. Las noticias que recibía de su hijo

lo pintaban como un joven de clara inteligencia y varoniles sentimientos, dignos de su heroico padre y de su enérgica y apasionada madre. Brianda lo había destinado á la carrera militar y proyectaba que entrase en la academia de artillería de Woolvich Tenía entonces quince años y según los retratos que la enviaba era de un parecido extraordinario con ella.

Desde que Brianda empezó á notar la insistencia con que la miraba el coronel Fraser, sintió que algo extraño ocurría en su corazón y que á la constante idea de su hijo se añadía como una imagen indecisa de otro hombre. Redobló entonces el celo con que se entregaba á las prácticas religiosas, pero semejante al que lucha por arrancar punzante espina y sólo alcanza que se clave más profundamente, así aquellos arrobamientos místicos no hicieron más que enardecer la sensibilidad de doña Brianda y preparar el terreno para la explosión de sentimientos por largo tiempo comprimidos y ahogados.

Aquella mujer de gran corazón y alma sublime se asustó al ver que se había apoderado de ella una vehemente pasión que se le aparecía como profana y casi criminal. Pugnó por desterrar de su pensamiento la caballeresca imagen de aquel militar que llevaba estampada en el rostro la bravura y se mostraba en sus actos tan respetuoso y casi tímido, y avasallada por la fuerza de la simpatía se atrevió ya á mirarle á hurtadillas. Placíale aquella fisonomía blanca y delicada, con ojos azules que relampagueaban; fijóse en la expresión triste y desdeñosa y en su porte, más de hombre de mundo que de militar. Impacientábase á veces la condesa, deseosa de decidir de una vez la crisis á que estaba sujeta, y por eso al ver entrar en su casa al brigadier, acompañado de Fraser, experimentó la impresión del viajero que vé por fin cercano el término del viaje, rendido por la fatiga del peligroso y cansado camino.

Mujer al fin, descubrióse quizás Brianda más de lo que era de esperar de una mujer de treinta y dos años, y aún más que en sus palabras, en su sonrisa y en el contento que revelaba su rostro. Resuelta á dar su mano á Fraser, si llegaba á pedírsela, creyóse ya ligada á él para el porvenir y resolvió conducirse como si realmente se hubiesen confesado el uno al otro su amor.

En cuanto á Leonor eran de diferente carácter sus sentimientos. Alma generosa y vibrante, inclinada al entusiasmo y fácilmente conmovida por un acto heroico ó un rasgo de nobleza, habíase sentido como descargada de un ineludible deber al vengar de la atroz manera que referimos la muerte de Albenza. Desde entonces pensó en él más con el dolor de patriota que con corazón de amante; el héroe se sobrepuso al marido y llegó á trocarse en admiración sublime la antigua ternura de esposa. Leonor era toda fuego y viveza, y no pudo menos de sentirse atraida por el comportamiento del joven oficial de marina y de quedar conmovida por la ardiente declaración de Revoredo al partir para Rusia.

VI.

No estaba tan prendada de él como de Fraser la condesa, aunque no por eso pensaba menos en el ausente oficial.

Las dos viudas eran mujeres capaces ambas de inspirar una pasión á cualquiera, pero esto mismo hacía que fuesen susceptibles de experimentarla también ellas si chocaba contra su corazón otro tan digno y levantado como el suyo.

Además, en tiempos revueltos y agitados como eran aquellos y han sido otros, parece que todos los sentimientos se hacen más intensos y que los corazones laten con mayor violencia. El nivel *pasional* sube muchos grados y la atmósfera moral que se respira tiene algo de embriagadora y arrebatada. Muchas cosas no comprensibles en tiempos serenos y apacibles, son hechos corrientes en épocas calamitosas. Nadie está seguro de vivir mañana, y por eso se siente y obra más rápidamente. El espectáculo de la general tristeza, el universal lamento que se exhala de todos los ámbitos, hacen ambicionar con mayor anhelo las emociones que subliman el alma y le prestan paradisíacas sensaciones. A los unos se les vé llevar el heroismo de la caridad hasta la insensatez, á los otros amar con la impetuosidad de la locura, y donde quiera hay un espíritu vibrante, se puede observar que vibra como sacudido por incontrastable impulso.

VII.

Estrella iba con frecuencia á visitar á sus dos amigas. La joven esposa del brigadier adoraba á su marido con verdadera idolatría y era tanta la fuerza de

su carácter que de seguro jamás habría contraido un nuevo enlace si una bala le hubiera arrebatado al amado de su corazón.

Así se expresaba un día ante las dos enamoradas viudas que defendían la posibilidad de sentir un nuevo amor, muerto el primer esposo. Bien comprendió Estrella lo que motivaba aquella defensa de las que no se resignan á imitar á las Artemisas y Juanas, pero como apreciaba á Fraser y sabía que Revoredo era un bravo oficial, no juzgó discreto insistir en su idea.

Por lo que mira á don Serapio y don Julián, los proyectados casamientos eran un disparate.

—Sin embargo,—añadió don Serapio,—es ley de naturaleza para ciertas mujeres que no puedan estar sin amar á alguien, de todas maneras; vale más que se casen que no que se metan á monjas y dejen toda su fortuna á un monasterio.

—No estamos conformes en eso, don Serapio,—contestó Palomeque.—La vida del claustro es la más digna para cualquier señora que se encuentre en el caso, no digo de doña Brianda, porque ésta tiene un hijo, sino de doña Leonor.

—Lo que yo no apruebo,—dijo don Serapio,—es que la duquesa preste oidos á un oficialillo. Para ella hubiera estado mejor algún elocnente diputado, alguno de esos brillantes oradores que tienen aquel pico y saben decir aquellas cosas.

—Doña Leonor tuvo ya un marido consejero y otro artista; seguramente deberá preferir ahora á algún hijo de Marte, por la novedad.

—Sea como ellas quieran. ¡De todos modos, no he de ser yo quien se ha de casar! ¡Oh, no! No paso yo por eso. Pero diga V., ¿lo ha sido V. alguna vez, don Julián?—preguntó el boticario.

—Sí, señor; tuve la dicha de llevar á la vicaría á una de las principales jóvenes del Tomelloso, un ángel en toda la extensión de la palabra; murióse de un tabardillo y quedé tan contento que resolví no casarme otra vez en mi vida.

—¡Hombre! ¿Quedó V. contento de quedar viudo?

—No, señor, no me ha entendido V. bien; quedé contento de las virtudes de mi difunta Leocadia, porque era tan virtuosa, amigo mío, que creo debe estar gozando de la eterna bienaventuranza, al lado de las Mónicas, Catalinas de Sena, Ritas de Casia y Juanas Franciscas Fremyots que moran en el cielo.

—Celebraría infinito que así fuese, don Julián.

—¡Oh, pues no lo dude usted! Murió en olor de santidad.

—¡Caramba!

—Era una mujer sin igual. A la verdad, su cara no era portento de hermosura, pero con todo, imponía á todo el mundo, y á mí el primero, un respeto tal que rayaba en temor. Tenía algo de esas imágenes morenas que se veneran en Montserrat, el Tremedal y otros santuarios, sólo que ella era así, más adusta. Por lo demás, cualquiera hubiera creido que era una verdadera santa de palo santo. Era parca en el hablar y siempre lo hacía con un tono digno de una rígida madre abadesa. Nada de esas ficticias demostraciones de ternura ni de esas coqueterías impropias de una mujer de peso y gravedad; siempre me trató con una especie de austera secura, peculiar á las almas devotas. No tuvimos hijos, no señor; cinco años duró aquella feliz unión sin que ninguno de los dos pensase en salirse de lo que prescribe el más perfecto ascetismo. Si alguna vez el maligno espíritu me hizo que la dirigiera alguna terneza, al punto con su gesto de santa y su voz breve y digna de un instructor de reclutas, me hacía comprender que estaba atentando á su virtud, y lleno de fervoroso arrepentimiento me apresuraba á rezar el santísimo rosario. ¡Qué orden había en mi casa! Los criados, incapaces de comprender el tesoro que tenían por ama, se apresuraban á despedirse de nosotros, alegando que era un carácter intratable el suyo. En fin, yo fuí feliz, feliz inmensamente con mi Leocadia, y convencido de que si daba con otra como ella lo sería demasiado, y si no era tan virtuosa como ella, me arrepentiría, no quise unirme á otra ninguna, conservando á mi única consorte una respetuosa veneración, tan muda como inextinguible. Y V., don Serapio, ¿ha estado también casado?

—No, señor. No he tenido como V. la dicha de compartir el lecho, digo, no, no el lecho, puesto que según se ve, no lo compartieron ustedes, sino la dicha de compartir la mesa, el pan y la sal con ninguna virtuosa esposa.

—¿Pues yo creía que los franceses le habían asesinado á V. dos hijos?...

—Así es, en efecto, pero eran hijos naturales...

—¡Qué horror! ¡Justo castigo del cielo!

—¿Qué está V. diciendo, hombre? ¿El cielo había de castigar á aquellos pobres angelitos? En todo caso yo debía ser el culpable y merecedor de la pena.

—¡Don Serapio! ¡Un hombre como V., encenagado así en el vicio y en la crápula!

—¡Qué quiere V., don Julián! Son más los pecadores que los escogidos. Mi pobre Magdalena era una mujer á quien su marido había abandonado dejándola enferma y sin recursos. Yo la cuidé, la socorrí, la amparé, y la hubiera hecho mi esposa á no haber sido casada. Si luégo la amistad se trocó en cariño de marido y mujer, si el agradecimiento y la piedad se convirtieron en más viva pasión, si faltamos los dos, culpa es de no haber podido unirnos en matrimonio. Desde el momento en que su miserable esposo la había dejado en el desamparo, creíme desligado de todo miramiento y como si se hubiera roto todo compromiso. Fuí feliz con Magdalena, matáronmela los franceses al matar á nuestros hijos, pero la quería tanto que me sería imposible sentir de nuevo la más ligera afición á mujer alguna, no por mis años, sino por la inmensidad de mi desconsuelo. Magdalena era una pobre mujer, sencilla, que sólo vivía para sus hijos y para mí; no se metía en nada ni con nadie, no sabía nada, no pensaba en hacer mal ni en ganar el cielo á fuerza de mascullar oraciones. ¡Pobre infeliz! Era sólo una madre y una amante.

Don Julián no quiso proseguir oyendo aquella horripilante apología de una mujer perdida, y dijo:

—Lo mejor será, don Serapio, que dejemos á un lado esas conversaciones, pero conste que yo profesaré eternamente un religiosísimo respeto á aquella matrona con quien estuve unido durante cinco años, dos de ellos bisiestos, naturalmente, y que siempre me humillaré al recordar que murió en olor de santidad, virgen y fundadora, pues fundó una misa perpetua en honor á San Simeón Estilita.

—Y yo, don Julián, sentiré siempre en mi corazón la estimación más ardiente por aquella Magdalena, que si no murió con ninguna clase de olor, gracias á las fumigaciones guytonianas que empleé, murió como tierna madre y como mártir de la patria.

Diéronse las buenas noches los dos sexagenarios y se separaron, pero desde aquel día reinó entre ellos una frialdad tal que parecía que la sombra de doña Leocadia del Tomelloso se hubiese interpuesto entre ambos.



CAPÍTULO IV

Eponina Nauchet

I

Desembarcaron en Lisboa Fraser, Espinosa y Méndez, y atravesando el Portugal reuniéronse en Ciudad-Rodrigo al ejército anglo-hispano-portugués, acaudillado por el futuro vencedor de Waterlóo.

Muchos pensamientos acudieron á la mente del brigadier al encontrarse en aquella plaza, testigo un tiempo de sus valerosas hazañas.

Presentóse al duque, que le recibió afectuosamente, y supo que se encontraba en la ciudad D. Julián Sánchez con sus famosos lanceros.

Al punto se puso Espinosa en busca de su buen hermano político, encontrándolo en su alojamiento.

Enrique Osorio habíase convertido en un gallardo capitán de marcial y bizarro continente. Al reconocer á Espinosa sintió una verdadera èxplosión de alegría, demostrándole en apasionadas palabras el vivo afecto que por él experimentaba.

Espinosa no pudo menos de asombrarse del parecido que tenía Enrique con Estrella, que llegaba hasta hacer idéntico el propio acento.

El joven había ganado bien sus galones de capitán; veíasele una cicatriz en la cabeza y otra en la muñeca, y reparando que Espinosa miraba con atención aquellas honrosas señales, exclamó alegremente:

—Ya ves que el pellejo ha experimentado algunas roturas, pero algo había de hacer para parecerme á ti, que recibiste un balazo en la cabeza en Espinosa. Por lo demás, eso tiene haber muerto á dos *gros fréres* y á tres *citrouillards*, como dicen los gabachos, esto es, á dos coraceros y á tres dragones.

—¡Caramba! Veo que estás fuerte en francés. ¿De dónde has sacado esos conocimientos, que no creo tuvieses cuando nos separamos?

—¡Eh! Eso es querer saber demasiado. Ya lo sabrá otro día el curioso lector.

—¡Bah! Ya lo he adivinado. ¡Alguna prisionera!...

—Mi brigadier... es V. E. un verdadero zahori. Precisamente, una prisionera.

—¡Cuidado con que no hagas como el otro y no te quiera soltar!...

—No, la tengo rendida á discreción. ¡Oh! ¡Lo que he sabido por ella no tiene precio!...

—¿De veras? ¿Y qué es ello?

—En primer lugar, la mariscala Encarnación hace en París *la pluie et le beau temps*. Esos orgullosísimos divisionarios, que se creen unos seres aparte, están locos por ella, aspirando al honor de emparentar con una tan acabada y principal princesa.

—No me extraña. Es bonitilla y discreta...

—Luégo, la condesa de Latour-Duchesne ha sido reemplazada en la intimidad de la Borghese por la susodicha Encarnación. Cánova, después de haber acabado la estatua de la Bonaparte en traje de Eva, ha empezado la de la antigua camarera leonesa con iguales atributos... Pero supongo que todo eso te importará un comino...

—¡Oh, nada de eso; continúa, Enrique!

—Decía, pues, que la condesa de Latour-Duchesne cesó en la intimidad de la princesa Paulina. Parece que la muerte de su hermano en el sitio de Tarrago-

na y unas cartas que recibió de la duquesa de Orgiva, la causaron un efecto desastroso... terrible...

—¿Qué?—preguntó Espinosa con cierta viveza.

—En fin, que Rosario parece haber dado señales de estar atacada de un mal que no perdona, habiéndola los médicos ordenado que pase los inviernos en Cannes y los veranos en Suiza... ¡Tísica, en una palabra!

Palideció Espinosa, pero nada contestó.

—¿Y ha seguido siempre viuda?—preguntó luégo, haciendo un esfuerzo para contener su emoción.

—Viuda como Clitemnestra, aunque sin Orestes ni Egistos.

El capitán Osorio quería dar pruebas de que las armas no le habían hecho olvidar enteramente de las letras.

—Está bien,—repuso Espinosa con alguna brusquedad.—¿Pero cómo sabe tantas cosas tu prisionera?

—¡Calla, hombre, calla!... ¡Pues no lo ha de saber si es toda una odalisca de los teatros de París! Llevábala consigo un coronel de *citrouillards*, digo ,de dragones; lo maté y quedé dueño de todo su equipaje, del cual formaba parte la encantadora Eponina.

—¿Eponina?

—Este es su nombre, pero se hace llamar Niní.

—¡Uff! Me quedo con Eponina.

—Con el nombre, se entiende

—¿Pues qué?

—Bien, hombre, bien. ¡Pero no puedes tú figurarte lo entusiasmado que me tiene esa muchacha! Bien puedo decir de ella aquello de *Grecia capta...*

—¡Por compasión, no me vengas con más citas ni alegorías! Vamos á otra cosa. ¿Os gusta Wellington?

El capitán cambió su aire de Tenorio tomando su expresión la más completa gravedad y contestó:

—Es un general admirable, mejor que Napoleón.

—¿Tanto?

—Tanto. Los dos polos, pero Wellington acabará por llevar ventaja. ¡Qué golpe de vista! ¡Qué sangre fría! ¡Qué cálculo! ¡Qué manera de tenerlo todo previsto! ¡Qué modo de estar en todo, desde el conjunto á los menores detalles! No me entusiasmo porque sólo con verle se siente uno sin humor para ello, pero le admiro y le respeto. Es un general incomparable; hace más él con su flema que los otros con sus ímpetus. Hay que verle, impasible y firme, para sentirse subyugado y comprender lo que hay en aquella gran cabeza y en aquel corazón de héroe sin aparato.

Espinosa quedó pensativo al oir aquellos elogios, que en boca de un hombre como Enrique Osorio, podían tenerse por exactísimos y acertados.

II.

Despidiéronse los dos hermanos y al llegar Espinosa á la puerta de la calle topóse con una desconocida que entraba en la casa; era una joven de elegante aspecto, cuidadosamente envuelto el rostro en el rebocillo, vestida con un traje modesto, pero de última moda.

—¡Será Eponina que va á ver á Enrique!—pensó Espinosa.

Ella, á su vez, le miró con alguna atención, cual si le hubiese despertado cierto interés el brigadier.

Vacilaron uno y otro un momento hasta que, por fin, Espinosa decidió dirigirle la palabra.

—Señorita,—dijo,—supongo vais á ver al capitán Osorio.

—Así es, caballero,—repuso ella.

—En ese caso, y valiéndome de la autoridad que me da el ser su amigo y cercano pariente, os ruego que os conduzcáis con él sin otra mira que la de una amorosa correspondencia. Vuestra calidad de extranjera podría comprometerle á la menor imprudencia que uno ú otro cometieseis. El es todo corazón y sería capaz de daros la vida si se la pidierais. Portáos, pues, vos de igual manera y jamás intentéis que sacrifique el deber á la pasión.

—Caballero,—contestó ella en bastante buen español,—desde que conozco á Enrique, no he permitido que jamás hablase delante de mí de cosas de la guerra. No os alarméis por verme casi siempre á su lado, pues en nada peligra su honor ni se compromete su reputación de valiente oficial. Yo me he conducido y me conduciré siempre tan lealmente que nada podrá decir de mí el brigadier Espinosa.

—¿Me conocíais ya?—preguntó el militar.

—¡Oh, no! No tenía el honor de haberos visto nunca personalmente, pero no me era desconocido vuestro semblante por haber visto un retrato vuestro de exactísimo parecido.

—¿Un retrato mío?

—Sí.

—¿Y dónde lo visteis?

—En París.

—¿Cuándo?

—Hará unos seis meses...

—¡Cosa extraña! ¿Y dónde estaba ese retrato?

—En un palacio de la calle de San Germán.

—¡Qué decís!

—En casa de la condesa de Latour-Duchesne. Están allí vuestra imagen y la del hermano de la condesa, juntos ambos cuadros y cubiertos con un negro crespón.

Espinosa se puso serio.

—¿Decís la verdad ó bien os han mandado que me dijerais eso si me vierais?

—Digo la verdad, y permitidme que no me enfade de vuestras ofensivas suposiciones porque sé que realmente debéis encontrar incomprensible lo que he tenido el honor de participaros, pero así es la verdad. La señora condesa sufrió un cambio radical en sus costumbres y sentimientos desde la pérdida de su hermano y parece resuelta á sacrificar todos los placeres y satisfacciones para no pensar más que en honrar la memoria de aquel sér querido.

—¿Pero cómo estáis tan bien informada de todo?

—Todo se sabe en el cuerpo de baile de *Feydeau* (1). Además, yo era la íntima amiga de un bravo guerrero á quien distraje de los amargos ratos que le hicieron pasar los desdenes de la bella desconsolada. Pero os estoy entreteniendo demasiado, brigadier.

III.

La desterrada estrella del *foyer* despidióse de Espinosa haciendo una cortesía digna de la misma madama Saquí y el brigadier siguió su camino extrañamente afectado.

—No es hora de pensar en niñerías,—exclamó de pronto para sí.—Perdóname, Estrella, si por un momento has sido reemplazada en mi pensamiento. Tuyo seré siempre y jamás mi corazón dará un solo latido por otra mujer que no seas tú.

Encontró Méndez á Espinosa algo cambiado y le preguntó que si le ocurría alguna novedad.

—Nada,—contestó Espinosa,—pero me ha dejado un poco asombrado una noticia que he tenido de París.

—¿Qué?—preguntó el teniente coronel.

—Que Rosario tiene mi retrato en su casa; debe ser, sin duda, una amplificación de la miniatura que tenía, pintada por Antonio.

—¡Raro es, en verdad, el hecho!

—Pero de todas maneras, en nada ha de alterar ni mis antiguas resoluciones ni hacerme olvidar de ninguno de mis deberes.

—Haces bien en tomarlo así. Rosario no merece perdón. Sacrificó un amor noble y honrado por una miserable cuestión de orgullo, más que de celos. Ricardo, olvida lo que te haya dicho esa francesa y no pierdas de vista á Osorio, pues esas mujeres son astutas como la serpiente.

En esto entró Fraser y dijo:

—El duque acaba de llegar de Fuenteguinaldo y creo que mañana empezaremos el avance. A Dios gracias, la guerra tendrá en España una dirección superior y acertada, cesando la discordancia de las operaciones y obedeciendo todos los ejércitos á un plan común.

IV.

Al día siguiente, 13 de Junio, púsose efectivamente en marcha el ejército aliado, repartido en tres columnas: derecha, centro é izquierda, al mando respectivo de Sir Graham, Wellington y Picton, yendo agregada á esta última la división de D. Carlos de España y la guerrilla de D. Julián Sánchez, que juntas formaban una cuarta columna. Además iba al lado de Wellington el distinguido y por él tan apreciado general don Miguel Álava, una de las personas más allegadas al duque y más íntimamente tratadas por el frío general inglés.

Pasaron el día 16 el Valmuza, riachuelo cercano á Salamanca, y allí supieron que los enemigos habían evacuado la plaza, dejando sólo 800 hombres en los fuertes levantados por ellos sobre las ruinas de los magníficos conventos que habían destruido con el incendio.

Los franceses se habían portado, en efecto, en Salamanca de una manera tan vandálica y brutal que hubieran causado envidia á Omar, Gengis Kan y Pougeneff si hubiesen resucitado. Veintidos conventos quedaron enteramente destruidos, de los veinticinco que tan majestuosa apariencia daban á *Roma la Chica*, todos notables por su magnífica arquitectura y gloriosa historia. En ellos se habían cultivado las letras, las ciencias y las artes desde

(1) Nombre vulgar de la Ópera Cómica.

largos siglos, constituyendo cada uno por sí un brillante foco de ilustración.

El espectáculo que presentaban aquellos arrasados monumentos era para inspirar odio eterno á los que habían convertido en montones de escombros los albergues del saber y la piedad. Mal se compaginaban tales devastaciones con la misión de civilizarnos de que se vanagloriaban los seides napoleónicos.

V.

Tres eran los puntos de la ciudad fortificados por el enemigo: el principal el de San Vicente, antiguo convento de benedictinos, sobre un roqueral junto al río, y á 250 varas los de San Cayetano y la Merced, no tan aspillerados y atronerados como el primero. Así vinieron á parar en obras estratégicas los venerandos monasterios que ocuparon un tiempo aquellos solares.

Tenían por especial objeto dichos fuertes no tanto poner á cubierto á Salamanca de una insurrección de sus moradores como defender la ciudad contra todo ataque de las guerrillas y sobre todo hacer dueños del paso del puente á los franceses, puesto que sus cañones enfilaban dicha construcción en todo su trayecto.

Wellington buscó un punto por donde vadearlo sin necesidad de exponerse al fuego de los fuertes y así atravesó su ejército el Tormes por el Canto y San Martín, sin perder un hombre.

El duque mandó en seguida á Clinton que atacase inmediatamente los puestos fortificados, defendidos tan sólo por los 800 hombres, únicos que, como dijimos habían quedado en la plaza después de la reciente evacuación por el ejército de Marmont, entrando sin dificultad en Salamanca los aliados y siendo recibidos por los habitantes con férvido entusiasmo, después de tres años de aborrecida dominación extranjera.

Los salamanquinos, poseidos de la más santa y pura alegría acogieron á los ingleses con sin iguales agasajos, colmándoles de toda suerte de regalos y atenciones, hasta el extremo de sentirse Wellington hondamente afectado con aquella espléndida y generosa hospitalidad, testimonio del agradecimiento de un pueblo leal y desprendido.

Otras cosas sorprendieron también á Wellington y fueron la escogida calidad de los soldados y jefes franceses que habían quedado para la defensa de los fuertes y la importancia de éstos, de mucha mayor solidez y perfección de lo que había creido antes de entrar en la población, pues eran realmente capaces de prolongada resistencia.

Desprovistos de artillería y municiones para pensar en poner sitio en seguida á los tres fuertes que seguían en poder de los invasores, tuvo que mandarse á buscar á Almeida el tren de batir, aplazándose en consecuencia los trabajos del cerco.

VI.

Al cabo de tres días de haber entrado Wellington en la plaza, presentóse el mariscal Marmont al frente de numerosas tropas, colocándose en observación de las posiciones que había tomado el ejército aliado.

El 23 intentaron los ingleses escalar los fuertes de San Cayetano y la Merced, menos robustos que el de San Vicente, pero fueron rechazados por los escogidos soldados encargados de la defensa, que eran, repetimos, lo mejor de lo más granado que figuraba en las filas contrarias, no menos que sus jefes y oficiales, todos acreditados y distinguidos.

Por su parte Wellington y Marmont competían en las maniobras que ordenaban, vigilando mutuamente todos los movimientos que uno y otro hacían y alardeando ambos caudillos de sus altas dotes estratégicas, mudando los frentes, tanteando avances, calculando todas las contingencias y acabando por volver uno y otro á su campo en vista de la oportunidad con que contrabalanceaba cada general en jefe los planes del otro.

Llegaron en esto la artillería y municiones sacadas de Almeida y el 26 de Junio rompióse el fuego contra el reducto de San Cayetano, abriendo brecha, y se consiguió incendiar el convento de San Vicente, disparando bala roja contra las construcciones que se habían habilitado de las del antiguo edificio.

Los comandantes hicieron señal de capitular, pero Wellington, desconfiado y suspicaz, creyendo que era una simple estratagema para poder dominar los estragos que causaban las llamas y dar tiempo á que acudiese Marmont, concedió sólo cinco minutos para verificar la rendición, y de no ser así, proceder al asalto.

Esto último fué lo que se hizo, entrando los ingle-

ses en el fuerte de San Cayetano por la brecha practicada ya y apoderándose del de la Merced por escalada. En este apuro pidió capitulación el gobernador de San Vicente, la cual fué otorgada, saliendo la guarnición con los honores de guerra y dejando en poder de los vencedores inmensos depósitos de vestuarios y pertrechos militares.

Al punto mandó Wellington derribar aquellas fortificaciones, útiles sólo para oponerse á las embestidas de los guerrilleros y dominar el paso del río, pero no para resistir á un ejército regular y bien provisto de artillería.

VII.

Los franceses, declarados en vergonzosa y precipitada retirada, no encontraron medio mejor para desquitarse de la pérdida de los fuertes de Salamanca que pegar fuego á los pueblos de Huerta, Babilafuente, Villoria y Villoruela, incendiando también las mieses y destruyendo las plantaciones, hecho brutal y denigrante á la vez que altamente deplorable por ser aquella cosecha una de las más abundantes que de muchos años había habido. Así quedó perdida aquella esperanza con que la naturaleza había querido compensar los dolorosos trances de la guerra.

Iban los franceses corriendo más que de prisa, acosados por Wellington, que les obligó á repasar el Duero.

Una vez á la otra parte del río, detúvose por fin Marmont y estableció sus cuarteles en Pollos, Tordesillas y Simancas, aumentando su caballería del modo que pudo y mandando se le reuniese la división Bonnet, que tuvo que venir de Asturias.

No pasaron muchos días sin que Marmont decidiese repasar el río, y á este objeto volvieron los dos ejércitos á maniobrar del modo verdaderamente magistral con que lo habían verificado en las cercanías de Salamanca, brillando de nuevo la pericia de uno y otro general. Por fin, y obligando á sus tropas á hacer una marcha de diez leguas sin parar un momento consiguió Marmont repasar el Duero, presentándose de improviso en Nava del Rey, bonita operación y notable, sobre todo, por haber efectuado el ejército francés una marcha rápida y penosa de que había dadó pocos ejemplos hasta entonces.

Envalentonados los franceses decidieron nada menos que atreverse á envolver á los ingleses, á cuyo efecto se mandó al general Clausel que fuese á caer sobre la izquierda de Wellington, pero no salió bien el movimiento y dejaron en poder de los aliados muchos prisioneros, muriendo en la acción el general Carrier.

Cual si jugaran sobre un tablero de ajedrez, moviéronse otra vez ambos ejércitos, evolucionando diestramente y dándose el caso de que marchasen paralelamente, á medio tiro de cañón, sin entablar batalla, caminando uno y otro aceleradamente y formados ambos en igual disposición, por masas unidas, hecho también raro en la guerra, pero que revelaba las profundas disposiciones militares de los dos generales.

Observaba cuidadosamente Wellington á Marmont y Marmont á Wellington para aprovecharse de la menor falta cometida y espiar la ocasión propicia para trabar batalla; eran los dos generales bastante parecidos en su carácter y talentos, pues al igual que Wellington, distinguíase Marmont por su prudencia, firmeza y buen juicio, si bien no tenía la gran capacidad y la admirable penetración de su contrario.

Por fin, el 21 de Julio reconcentró el duque su ejército y se colocó en San Cristóbal, á una legua de Salamanca, llegando allí antes del amanecer, pasando entretanto los franceses el río por Alba de Tormes, situándose entre esta villa y la capital.

Cambió Wellington luégo de posición y ocupó en Arapiles uno de los dos cerros que hay cerca del pueblo á que dan nombre, siendo el uno mayor que el otro; pero cometiendo el general inglés el desacierto de situarse en el Arapil chico, dió ocasión á que corriese á apoderarse Bonnet del cerro grande, más ancho y elevado.

Wellington, obrando prudentemente y estando todavía á tiempo de enmendar su error, abandonó el Arapil chico y se preparó para la retirada.

Así estaban las cosas la noche del 21 al 22 de Julio de 1812.

VIII.

Don Carlos de España mandó á media noche un emisario á Salamanca para participar que el ejército aliado se vería, quizás, obligado á replegarse y que estuviese todo dispuesto por si llegaba el caso.

El encargado de llevar el parte fué Enrique Oso-

rio, con harto contentamiento suyo, pues Eponina había trasladado sus penates á la ciudad del Tormes y así podía tener ocasión de verla.

Partió, pues, á las once de la noche y llegó á la una á la ciudad, presentándose en seguida á las autoridades, que quedaron sorprendidas con la noticia, pues no contaban con que Marmont se atreviese á tomar la ofensiva, dado que era de presumir que lord Wellington se hubiese posesionado de los puntos más propios para resistir cualquier ataque ó amago del francés.

Pero, sin embargo, había sucedido lo contrario y Bonnet había ganado la delantera al vencedor de Vimeiro, Talavera y Ciudad-Rodrigo.

Despachada su comisión corrió Enrique á casa de su amante, encontrándola bien despierta y avisada á pesar de la hora.

¿Qué motivo obligaba á Eponina á velar en aquellas horas en que todo el mundo estaba entregado al descanso?

Esto es lo que se preguntó el capitán de lanceros y lo primero que le dijo á la ex-bailarina.

Eponina hizo quince mil monadas antes de contestar, desesperando á Osorio, cuya mayor virtud no era precisamente la que inmortalizó al inolvidable Job.

—He tenido una visita importante no hace mucho, —contestó.

—¿A estas horas?—repuso Enrique algo violentado.

—Es la hora á que se puede llegar de Madrid, saliendo de allí hace tres días en una silla de postas sin encontrar en todo el camino ningún obstáculo.

—¿De Madrid es la visita?

—Precisamente de Madrid, no; de más lejos, de mucho más lejos.

—¡Acabemos!—exclamó Osorio.—¿Quién es el que se ha permitido venir aquí en mi ausencia?

—No es ningún *él*, es una *ella*.

—¡Ella!

—Adivínalo.

—¿Qué sé yo quiénes son tus amigas?

—¿Y no sabes tampoco quiénes son ó han sido las de tus amigos?

Quedó absorto Enrique y exclamó:

—¿Sería, acaso, la condesa de Latour-Duchesne?

—Esa, precisamente. Hay que hacer honor á tu profunda perspicacia.

—¿Y qué viene á hacer aquí esa mujer?

—¡Pues! Va en busca de tu cuñado para que la perdone y la absuelva.

—¡Qué imprudencia!

—¿Por qué imprudencia? No va á pedirle, de seguro, que se digne admitirla otra vez en su gracia, ni trata de jugarle ninguna mala pasada á la digna esposa del brigadier, pero la pobre necesita que Espinosa la perdone y la prodigue alguna palabra de consuelo.

—¡Imposible! ¡Espinosa no perdonará jamás á una traidora!

—¡Oh, sí! De seguro la perdonará.

—¡No, mil veces no, jamás!

—¿Ni aunque se encontrase en el trance de la muerte?

—Entonces...

—Pues entonces, habrá de perdonarla, porque la pobre condesa se está muriendo en esta casa, y ha venido tan sólo para oir de tu hermano una sola frase que mitigue su amargo dolor por todo lo que hizo.

—Bien está. O en retirada ó vencedores, mañana estará aquí Ricardo Espinosa, á menos de no quedar tendido en el campo de batalla.

—Gracias, Enrique de mi alma. ¡Eres tan bueno que me avergüenza que me quieras!

—¡Tú eres buena también, pobre Eponina! Franceses ó españoles todos son lo mismo los seres de buena voluntad y en todas partes se encuentran corazones generosos. Desde que te conozco en nada ha disminuido, antes bien, ha aumentado mi odio hacia esos culpables esbirros de la tiranía napoleónica, pero he comprendido que no eran malos todos los franceses y que los hay tan dignos de ser amados y queridos como los mejores españoles. ¡Oh, qué día aquel en que terminada la guerra y libre Francia del vil despotismo de ese hombre que la hace aborrecible y desgraciada, podremos sin rubor decir que nos amamos con toda nuestra alma y hacer ver que somos todos hermanos, separados hoy por la mala y desastrosa voluntad de un ambicioso!

Eponina, profundamente conmovida por aquellas palabras, no pudo contener el llanto. La pobre muchacha amaba á Enrique con toda la pasión del primer amor.

CAPÍTULO V

La batalla de Salamanca

I

La célebre batalla de Salamanca, según la llamaron durante muchos años los españoles, ó de los Arapiles, empleando la denominación que la dieron los franceses, fué de resultados tan decisivos é importantes como inesperados, casi, teniendo en cuenta la equivocación de lord Wellington en no posesionarse del cerro grande desde un principio, lo cual le obligó á pensar en la retirada cuando su posición primera había sido la propia de la defensiva.

Sin embargo de todo y al objeto de proceder con la más escrupulosa imparcialidad, cúmplenos manifestar, á riesgo de que se nos tache de poco *chauvins* ó patrioteros, como diríamos en castellano, que los españoles tomaron poquísima parte en la tal batalla. En Talavera y la Albuera desempeñamos un papel bastante activo para que nos atribuyamos en su mayor parte el éxito de la pelea, pero en Arapiles no sucedió lo mismo, pues combatieron únicamente los ingleses. *Suum cuique.*

Por eso seremos parcos en la narración del hecho, quedándonos tiempo para referir las magníficas consecuencias de la batalla, de las que se aprovecharon no poco nuestros bravos guerrilleros y valientes tropas.

Abandonado por Wellington el Arapil pequeño y temeroso de que no lograsen de un momento á otro reunirse á Marmont el ejército francés del Norte y el del Centro á las órdenes de José en persona, decidió, pues, emprender la retirada.

Penetrando Marmont las intenciones del duque y á favor de la ventaja de tener por suyo el Arapil grande, maniobró durante la noche de manera que pudiese molestar en grandes términos á Wellington en su repliegue y áun envolverle si se ofrecía coyuntura. Era Marmont, como hemos dicho, buen estratégico y sabía manejar bien las masas.

A su vez traslució Wellington el plan de su contrario y anticipó la marcha retrógrada, poniéndose en movimiento á las diez de la mañana del 22.

Envalentonado Marmont en demasía y creido ya de tener segura la victoria, prolongó más de lo conveniente su izquierda.

Al punto notó Wellington la falta y dispuso que Packenham con su división y Urbán con la caballería, adelantasen en cuatro columnas y envolviesen dicha izquierda, en tanto que las divisiones Leith y Cole, la brigada Bradfort y la caballería de Cottón atacaban el frente.

II.

Todo salió como quería el duque. Packenham flanqueó el ala izquierda con admirable bizarría, arrollando cuanto se oponía á su paso; las divisiones lanzadas contra el centro contrario desalojáronlo de una en otra altura, y por último Pack, ya que no podía apoderarse del Arapil grande, entretenía por lo menos al francés, privando á la fuerza que allí había de ir en socorro de los trozos rechazados.

Marmont, que había abrigado la creencia de en-

volver á Wellington, afectóse hondamente al ver arrollada su izquierda y maltrecho el centro y corrió á remediar aquella desbandada, pero apenas había picado á su caballo para llegar á escape al lugar del desorden, cuando cayó gravemente herido de varios balazos en el hombro y costado derechos. Iba á tomar el mando el general Bonnet, su segundo, y asimismo cayó gravemente herido, correspondiendo entonces la dirección de la batalla al general Clausel.

Procuró éste reforzar la desbaratada izquierda y hacer que se sostuviese á toda costa la posición del Arapil grande, atacada por la división Cole, que fué efectivamente rechazada con terribles pérdidas. Apresuróse Wellington á reemplazarla con la división Clinton, que acabó por ahuyentar del Arapil á las tropas que lo defendían. Aun quedaba firme la derecha, que resistió tenazmente hasta el anochecer, á cuyo tiempo empezó á replegarse.

Todo el ejército francés se declaró entonces en retirada, encaminándose en buen orden hacia los encinares del Tormes. No permitió la oscuridad de la noche que Wellington lo persiguiera como hubiera sucedido en otro caso, y así pudo el francés repasar el río sin obstáculo, pero yéndoles siempre al alcance los vencedores. Al día siguiente, atacada la retaguardia por los aliados, fueron copados tres batallones, parándose los ingleses en Peñaranda, dejando de perseguir más al derrotado ejército invasor.

Tomaron parte en la batalla 47.000 franceses y 47.000 aliados, cuyo hecho viene á hacer más rara aquella campaña tan equilibrada entre unos y otros generales. Por parte de los franceses quedaron heridos Marmont y Bonnet; muertos, Ferey, Thomieres y Desgraviers. La pérdida de oficiales y soldados fué muy grande; dejaron también en poder de los vencedores dos águilas, seis banderas, once cañones y setecientos prisioneros. Por parte de los aliados fueron también grandes y sensibles las bajas, ascendiendo á 5.520 los muertos y heridos, contándose entre los últimos muchos jefes.

Don Carlos de España y D. Julián Sánchez, aunque quedaron colocados en la reserva, experimentaron también algunas pérdidas, ejecutando con acierto y corrección las maniobras que les dictó el duque durante la pelea.

Mucho golpe, y con sobrada razón, dió en España la victoria de los Arapiles, viéndose colmado Wellington de los más altos honores, justo tributo á su gran talento y pericia. Las Cortes le concedieron el toisón de oro, regalándole las insignias la infanta doña María Teresa de Borbón, esposa de Godoy, que por aquel tiempo se hacía llamar condesa de Chinchón por lo mal que hubiera sonado la denominación de princesa de la Paz.

III.

No pararon los franceses en su retirada hasta Puente de Duero, á la derecha de este río.

Había, entretanto, salido de Madrid el rey intruso al frente de 10.000 infantes y 2.000 caballos, figurando entre las divisiones la de Palombini, sacada de Aragón con aquel propósito y llegada á Madrid el mismo día 21 de Julio, en que se puso en marcha el pobre Pepe I.

Llegó la expedición á Blasco Nuño el 25, enterándose allí José del descalabro de Marmont. Dispúsose que el ejército tomase el camino de Segovia, siguiendo una ruta oblicua sobre el Eresma y cuidando de no alejarse mucho de las faldas del Guadarrama, al objeto de amagar de esta manera el flanco de los ingleses.

Poco cuidado le daban, sin embargo, á Wellington tales expedientes, por lo cual continuó persiguiendo á los franceses que se habían detenido en Puente del Duero, obligándoles á evacuar á Valladolid, en cuya ciudad entró el duque el 30 de Julio, encargando á Picton y Graham que continuasen tras de Chausel mientras él marchaba sobre Madrid.

IV.

Espinosa había quedado sorprendido cuando al terminar la batalla le dijo Enrique:

—He dado palabra de que mañana estarás en Salamanca. Es inútil que te haga presente que cuando lo he hecho es porque media un motivo poderoso. Irás, pues, á casa de Eponina, plaza Mayor, junto á la relojería. Pregunta por D. Pedro Menéndez.

—¿Qué dices? ¿Yo separarme ahora del ejército? ¿Y qué motivos voy á alegar?

—Anda á ver á D. Miguel Alava y dile que es necesaria tu presencia en la ciudad por una cuestión de delicada índole.

—Para que veas cuánto te estimo y lo mucho que atiendo cuanto me dices, voy al momento á hacer lo

que me dices y te prometo que antes de dos horas sabré qué quiere Eponina.

—Bien, Ricardo. Así llevarás á cabo una noble acción que el cielo te recompensará.

No podía atinar Espinosa en cuál fuese el motivo que hubiese obligado á Enrique á dar palabra de que se hallaría sin falta en Salamanca aquella noche, pero confiado en la formalidad de su hermano político y en el respeto que siempre le había inspirado, emprendió resueltamente el camino, después de haber recibido de D. Miguel Alava el necesario permiso á la vez que le encargaba fuese portador del parte de la victoria.

A media noche llegaba Espinosa á Salamanca y cumplido el honroso encargo de participar lo ocurrido á las autoridades congregadas en el ayuntamiento, corrió á la plaza Mayor en busca de la casa de don Pedro Menéndez, según le había indicado Enrique.

No tardó en dar con la vivienda que ocupaba Eponina. Así que hubo llamado abrióse en seguida la puerta, apareciendo ante él la amante de Osorio bañada en lágrimas y demudado el color del semblante.

—Señorita, ¿qué ocurre aquí?—preguntó Espinosa, que se sintió extrañamente agitado.

—¡Oh, señor!—repuso la parisiense.—¡Cuán bueno sois y qué preciosa será vuestra presencia en esta casa!

—¿Pero qué pasa?

Eponina quedó turbada y replicó:

—¿No os ha dicho nada Osorio?

—Nada le he preguntado,—contestó Espinosa.—Bastábame que me dijera que había respondido de mi venida para ponerme sin tardanza á vuestra disposición.

—Pues bien, tened valor para escuchar lo que voy á revelaros. Hay aquí una persona, ¡oh desdichada! que en su agonía pide como único consuelo que os dignéis pronunciar una palabra de perdón...

V.

Palideció Espinosa y con voz sofocada exclamó:

—¿Ella aquí?

—Sí,—contestó con firmeza la joven.

El brigadier bajó la cabeza y se sintió angustiado el corazón.

—¿No temeis que le haga daño esta emoción?—preguntó al cabo de un momento.

—Esperad un momento para que entre á prepararla, pero os está aguardando con ansia, contando las horas.

En esto oyóse una voz que con débil acento exclamaba:

—¡Ricardo! ¡Ricardo! ¡Ven!

Espinosa se estremeció al oir aquellas palabras y exclamó:

—Eponina, entrad vos antes y... decidla que estoy aquí.

La francesita dirigió una mirada de inmenso agradecimiento al brigadier y corrió á la habitación de la enferma.

Salió al breve rato y desde un corredor exclamó:

—¡Vamos, Rosario os aguarda!

Espinosa sintió como un desvanecimiento y corrió hacia donde le había llamado Eponina.

Una nube oscureció su vista al penetrar en la habitación.

En el fondo de una alcoba, amueblada con relativo lujo, y en un lecho medio oculto por blanquísimas cortinas de muselina, había una mujer.

VI.

Una lámpara, suspendida del techo, bañaba con su débil claridad el aposento.

Espinosa vió que se fijaban en él unos ojos ardentísimos y que una mano enflaquecida le hacía señas para que se acercase.

Dió algunos pasos y se encontró junto al borde de la cama.

La mano que le llamaba se apoderó de la suya y Ricardo sintió imprimirse en ella un apasionado beso.

—¡Perdóname!—dijo una voz dulce como un suspiro de amor.

Espinosa tuvo entonces como un arranque de valor y miró la cara de la pobre mujer que le estaba hablando.

¡Rosario! ¡Rosario con sus ojos negros y flamígeros, con su tipo andaluz, pero minada por la formidable tisis, estaba allí, junto á él, estrechándole cada vez más la mano que tenía cogida entre las suyas!

Espinosa no pudo menos de sentirse horriblemente afectado, por más que, haciendo un violento esfuerzo, contuvo la expresión de su rostro, que hu-

biera denunciado á Rosario la inmensa consternación de que estaba poseido.

—Ya lo ves, me muero,—siguió diciendo la desdichada.—Dios me ha castigado sin misericordia. ¿No me perdonarás, Ricardo mío?

—¡Rosario!...—murmuró Espinosa.

—¡Oh! ¡Dí!

—¡No digas eso, pobrecita mía!...

—¡No me quieres!—contestó ella.

—¡Sí!...

—¿Sí, Ricardo?...

—¡Cálmate, no te agites, yo estaré aquí!.

—¿A mi lado?

—Sí.

—¿Hasta que muera?

—¿Tú morir? ¡Qué delirio! ¡Morir!...

—¡Qué corazón tienes, mi buen Ricardo!

—¡Calla!

—¡Bien, pero mírame!

Eponina salió discretamente del aposento.

La pobre niña quería ocultar sus lágrimas á la moribunda.

—¡Cuánto me habrás aborrecido!—exclamó otra vez Rosario.

—¿Yo aborrecerte? Nunca.

—¿De cierto?

—De cierto.

—¿Pues qué pensabas de mí?

—¡Rosario!...

—¡Díme!

—¡Estabas obcecada!...

—¡Oh! ¡Sí! Todo porque te compadeciste de otra como de mí ahora.

—¿De tí? No es igual el caso...

—¡Si me muero!

—¡No!...

—¡Mira, áun no viviré una hora...! ¡Si dejases de mirarme me moriría en seguida!...

—¿Qué dices, niña mía?

—¡Sí!...

—¡Oh, calla!

—¿Me... ¡Ah! ¡No, no!

—¡Rosario!...

—¡Ricardo, Ricardo de mi alma! ¡Ah! ¡Te juro que te he amado siempre!

Espinosa quedó aterrado al oir aquellas palabras.

—¡Qué felices, qué dichosos hubiéramos sido siempre!—repuso la desdichada al cabo de un momento.

—Rosario, no pienses en esas cosas,—contestó Espinosa, más afectado cada vez.

—¡Noche horrible aquella! Mis manos teñidas en sangre...

—¡Deja eso!...

—¡Si el cielo parecía tener envidia de nosotros! Allí, junto á un cadáver supe que habías amado á otra.

—¡Amar!—exclamó Espinosa.—¡No, pobre Rosario!.. Siempre te había querido á tí, tan solamente á tí, con toda mi alma con todo mi corazón. Te amaba donde quiera que yo estuviese y tú eras mi único pensamiento y mi único recuerdo... ¡Oh, mi Rosario! ¿Cómo no adorarla á aquella noble criatura, á la valerosa camarada de Hamburgo, á la generosa compañera del Norte?... ¿Quién había de decir que tenía que ocurrir todo lo que pasó después? ¡Desgarrarse dos corazones, apartarnos, romperse nuestra dicha!..

—¡Oh, Ricardo mío!

—¿Acaso desde niños no sabíamos tú y yo quiénes éramos? ¿Cómo se pudo destruir aquel amor que parecía más fuerte que eterna la luz del sol? ¡Tristes de nosotros! ¡Qué desdicha! Pero ahora ya sabemos que nos amábamos...

Rosario hizo un esfuerzo sobrehumano é incorporándose del lecho se abalanzó á Espinosa rodeando su cuello con sus brazos.

—¿Me amas ahora?—exclamó imprimiendo en sus labios un beso desesperado.

—¡Rosario!—contestó Espinosa.—¡Te amo! ¡Sí, te amo, te amo y te amaré siempre!

El brigadier dijo aquellas palabras como si salieran de otro corazón que el suyo.

Rosario, desvanecida, se dejó caer sobre los almohadones, sin sentido.

—¡Rosario! ¡Rosario!—exclamó alarmado.

Tocó sus manos y estaban heladas, al paso que ardía su frente.

—¡Rosario! ¡Mi bien!—repuso lleno de congoja.

Ella abrió los ojos y le miró con expresión de infinita dulzura.

—¡Adiós!—exclamó.—¡No me olvides! ¡Adiós! ¡Quiere á mi hijo!

—¡No, mírame, mírame!—replicaba Espinosa.

VII.

Pero ella ya no le oía.

Ricardo Espinosa tenía un cadáver en sus brazos.

Espinosa se sintió desfallecer.

¡Allí estaba el ídolo de su juventud, la que había sido su gloria, la que le había inspirado las más altas proezas, la que él había querido, la que tantas pruebas de amor le había dado!...

¡Muerta!

¡Muerta la que le había acompañado á Dinamarca, la que había cooperado tan generosamente al descubrimiento del crimen de Dupuy, la que le había salvado la vida, la amiga, la camarada, la noble patriota!

Espinosa parecía despertar de una pesadilla para caer al momento en otra.

¿Qué horrible fatalidad había separado violentamente aquellos dos corazones que siempre habían latido á un tiempo?

¡Ah! Eran la deslealtad y la traición. Era el satánico influjo de Dupuy, que después de muerto daba todavía ocasión á tremendas catástrofes.

¡Bien vengado quedaba de la justicia que en él se habían tomado los amigos de Matilde! Si desde el otro mundo podía contemplar las consecuencias de su obra, bien satisfecho debía estar.

Espinosa bajó la cabeza y creyó en la fatalidad. Hubiera podido hacer de Rosario la más feliz de las mujeres y la pobre mujer había acabado por morir consumida por la tisis.

Singular suerte la de aquel hombre, destinado á dar sólo un momento de dicha á las que le amaban.

Mirando á Rosario, pensaba en Julieta. Dos moribundas habían experimentado la misma inefable felicidad al trasponer los umbrales que separan esta vida del *más allá*.

Las dos habían muerto en sus brazos suplicándole que las consolase con una frase de amor.

Bien debió comprender Rosario la situación de Espinosa cuando dejó oir á Julieta una palabra de cariño. ¿Quién podría negarla en el trance de la muerte? ¡Oh, cuán culpable había sido al sentirse tan profundamente agraviada por aquella generosa acción! ¿Acaso ella misma no ponía á Espinosa en el mismo caso, obligándole á olvidar por un momento humanos votos? ¡Cómo comprendió entonces que por encima del deber mezquino hay otros deberes ideales, otras obligaciones sagradas que sólo sabe descifrar quien posee la grandeza de alma y el espíritu de caridad sublime de que había dado Espinosa buen ejemplo!

Esto pensaba Rosario mientras se moría y por ello se le apareció Espinosa todavía más digno de ser amado de lo que ella misma le había querido.

¡Tremendos conflictos esos que inspiraron á Víctor Hugo *Una tempestad bajo un cráneo!*

El corazón humano parece que va á estallar como comprimido vapor sin válvula, que va á perderse como nave sin brújula, vacilante y rodeado de abismos.

Preséntase ante el hombre la idea de la colisión entre sus deberes ingénitos é imprescriptibles y los que ha dictado la ley de la sociedad.

Sin embargo, Espinosa no había vacilado en faltar dos veces á lo que no debía, y procedió con Rosario respecto de Estrella, como había procedido con Julieta respecto de Rosario.

¡Oh, caridad! ¡Cuántas formas no revistes, cuántos cambiantes no resplandecen en tu celeste túnica!

Espinosa permaneció junto al cadáver, sin aliento para llorar, sin fuerzas para murmurar una oración, entregado al dolor, agitado por angustiosa meditación.

Una débil claridad penetró al través de los entornados postigos y se oyó el canto de una solitaria avecilla.

Al mismo tiempo entró Eponina, que rompió en sollozos al ver cadáver á la desgraciada condesa de Latour-Duchesne.

VIII.

La pobre mujer no podía contener las lágrimas.

Aquella era la que tantos adoradores había tenido, la que tanto la había favorecido á ella.

Porque Eponina no lo había dicho todo: Rosario había conseguido salvar la vida de su padre, condenado á muerte por un consejo de guerra bajo la acusación de conspirador contra la forma de gobierno, conmutándola con la de deportación, habiendo exigido de la familia que jamás revelaría á quién era debida la gracia. Rosario había luégo protegido á la madre de Eponina, desvalida y ciega, hasta que murió, y nunca había negado á la joven su consejo y su amistad.

Rosario había sabido con inmensa alegría que Eponina estaba en España, casada en secreto con el coronel Danjeau, amigo de su marido, y desde entonces hubo entre las dos mujeres un cambio de co-

rrespondencia incesante, reducido á tratar de qué manera podría saber Rosario dónde estaba Espinosa para poderle ver.

Murió el coronel y al apoderarse Enrique Osorio del convoy que conducía Danjeau, encontró á Eponina, asustada al oir hablar de los guerrilleros. Tranquilizóla el gallardo capitán, prometiéndola que la escoltaría hasta un puesto de franceses para que pudiera volver á su patria, pero no sin dirigirla algunas miradas que revelaban la viva impresión que le había causado la simpática prisionera.

Por el camino y mientras la acompañaba hasta la carretera de Valladolid, donde había una casa-fuerte, oyó la joven el nombre de Enrique Osorio, cuyo apellido sabía que era el de la esposa del brigadier. Esto la hizo reflexionar si tal vez aquel joven sería pariente de Estrella, y con tanta habilidad que nada pudo sospechar Enrique, sacó á colación las hazañas de Espinosa en Ciudad-Rodrigo y Astorga.

—Gracias por el buen concepto que os merece, señorita,—contestó entonces el capitán.—El brigadier Espinosa está casado con mi hermana.

IX.

La joven resolvió aprovechar aquella ocasión, y como digna individua de un *corps de ballet* en el cual hacen sus primeras armas los diplomáticos, empezó á usar de tales coqueterías y empleó en tanto grado lo que hoy se llama anglicanamente *flirtatión,* que Enrique Osorio se dejó coger en sus redes y en vez de conducir á Eponina á Francia se la llevó á Ciudad-Rodrigo, ya en poder de Wellington.

En cuanto al coronel, confesemos que no mereció muchas lágrimas de Eponina, pues aunque se había casado con él en secreto, lo hizo por pura caridad, ya que el buen hombre se hubiera creido en ridículo sino hubiera podido llevar consigo una *ballerine* como algunos otros, para lo cual no encontró más medio que el de la vicaría castrense. Eponina, que conocía los móviles del coronel, el cual, por otra parte, era una vulgaridad completa, no tuvo ocasión de amarle y menos de desesperarse por su pérdida, tanto más en cuanto que más de una vez había tenido el mal gusto de quejarse de su longanimidad casamentera.

Dicho esto, se comprenderá cuán profunda era la adhesión de Eponina á Rosario. En cuanto á Enrique no tardó en dar tan gallardas pruebas de rendimiento y delicadeza que no tuvo la francesa más remedio que quererle, hasta convertirse en idolatría lo que había empezado por un simple manejo femenil.

X.

Largo rato estuvo Eponina abrazada al cadáver de la infeliz condesa. Colocó luégo sobre su pecho un crucifijo y abriendo un cofrecito sacó un pliego.

—La condesa,—dijo,—quiso confesarse y recibir el viático antes de que vos pudieseis llegar y entregó al padre Alvarado este pliego, con el encargo de que se abriese ási que acabase de morir. Va dirigido, como veis, al brigadier Espinosa.

Espinosa rompió el sobre y leyó el papel que contenía.

Era una serie de disposiciones concernientes á la suerte de su hijo, que estaba al cuidado de los padres de San Sulpicio, en el seminario de San Nicolás du Chardonneret. Nombraba curadores á dos célebres jurisconsultos los cuales deberían cesar en su cargo cuando terminase la guerra, en cuyo caso recaería la tutela, si querían admitirla, en Espinosa y Osorio. Manifestaba el deseo de que su hijo siguiese igual carrera que el conde de Latour-Duchesne, legándole íntegra toda su fortuna. Pedía á Estrella que la perdonase y rogase por ella y dejaba á Eponina todas sus joyas, acabando por disponer fuese enterrada en Madrid sin título ninguno en la lápida y sólo con el nombre de *Rosario*.

Todo el día se pasó en los fúnebres preparativos del entierro, que se verificó por la tarde, sin más acompañamiento que el de Eponina y Espinosa. ¡Triste contraste el de su dolor con la alegría que reinaba en la ciudad!

Llegaron al cementerio cuando se ponía el sol. Los sacerdotes cantaron un responso á la muerta y se alejaron.

Espinosa mandó abrir la caja, y al ver por última vez el rostro de Rosario, corrieron por fin las lágrimas que hasta entonces no habían podido salir de sus ojos.

Arrodillóse junto al cadáver y dirigiéndole una mirada de inmensa piedad, cogió una de sus manos y la llevó á los labios.

Pronto quedó encerrado el ataud en un nicho. Allí reposarían los restos de Rosario mientras lle-

gaba el día de cumplirse su última voluntad, trasladándolos á Madrid.

Era de noche cuando salieron del campo-santo. Desde los umbrales se divisaba el resplandor de las luminarias con que se celebraba en Salamanca la victoria de los Arapiles.

Al llegar á casa de Eponina y ver vacío el lecho en que había reposado la bien amada, renováronse con vehemencia las lágrimas del desventurado brigadier.

—Adiós, Eponina,—exclamó.—¡Dios me perdone lo que he hecho!

—Habéis hecho vuestro deber,—contestó ella con viva entonación.—¡Desgraciado quien no comprenda la nobleza de vuestro comportamiento!

El brigadier salió en seguida de la ciudad y pudo incorporarse al día siguiente á la división del conde de España.

Enrique Osorio le estrechó la mano y dijo:

—¡Te admiro!



CAPÍTULO VI

Ecos de la capital

I

Grande agitación reinaba en Madrid al comenzar el mes de Agosto de aquel memorable año de 1812, tan fausto para la causa de la independencia española.

La capital de España volvía á presentar aquel aspecto de loca alegría, tan pronto trocada en desesperada rabia, que precedió á la tremenda rota de Ocaña, cuando confiados los españoles en el magnífico ejército puesto á disposición de Areizaga vieron en un momento deshechas todas sus esperanzas, gracias á la funesta incapacidad de aquel imbécil y menguado general.

Pero ahora no se trataba, ya como en el célebre día de Santa Ana de 1809, de una batalla que debiese ganar un Areizaga, sino de un triunfo decisivo alcanzado por Wellington.

Las guerrillas tenían bloqueado á Madrid, siéndole imposible á ningún francés pensar siquiera en poder asomarse á sus cercas. Todos los caminos y carreteras estaban ocupados por las partidas y no había más remedio que esperar á que saliese José para ir con él, aprovechándose de la escolta que llevaría.

Los afrancesados iban por las calles mendigando un gesto de protección, pero sin encontrar más que rostros burlones y miradas de desprecio.

Había desaparecido todo linaje de temor á los soldados y polizontes y nadie se recataba de entregarse á la mayor expansión y de hablar y cantar cual si la capital fuese otra vez española.

Un numeroso gentío acudía á las puertas por donde se suponía había de entrar el ejército de Wellington, oyéndose los más punzantes dichetes y tremebundas proposiciones para cuando hubiese llegado.

Por fin, el día 11 de Agosto súpose que José Napoleón abandonaba la corte, seguido de un numeroso convoy del cual formaban parte los que tenían sus razones para no esperar que la villa estuviese otra vez regida por los buenos españoles.

El pobre Bonaparte *ainé* había designado el Tajo como punto de parada, contando con establecerse en Toledo.

Al día siguiente evacuaron la villa las tropas de la guarnición, dejando sólo 200 hombres en el Retiro para custodia de los enfermos y heridos, que nada tenían que temer por otra parte.

A las diez de la mañana un repique general de campanas anunció que se divisaban ya las fuerzas libertadoras, apareciendo en un momento adornadas con colgaduras todas las casas, presentando un admirable golpe de vista.

El pueblo entero ocupaba las avenidas de la puerta de San Vicente, hirviendo de impaciencia para ver cuanto antes á los valientes soldados que luchaban por la santa causa.

Una inmensa aclamación de frenético entusiasmo acogió á los primeros que penetraron en la villa.

¿Cómo no, si eran el ilustre Empecinado, y con él Palarea, Martínez, Abril y otros heroicos guerrilleros?

Aquellos eran los hombres cuyas hazañas homéricas corrían de boca en boca; los que tantas veces habían humillado á los mejores generales del Imperio; los bravos, los invictos hijos de España que tan altos servicios habían prestado á la patria. Ellos eran; los hombres de la guerra implacable, el terror de los regimientos enemigos, el ídolo de los pueblos.

A poco de haber entrado el Empecinado, llegó el grueso del ejército, yendo á su frente el gran Wellington, cuyo solo nombre bastaba en aquella época para inspirar el más ardiente entusiasmo.

El ayuntamiento, nombrado ya desde el día antes, estaba á recibirle, prodigándole toda suerte de demostraciones de inmenso agradecimiento, que el duque rechazó con rara modestia.

Wellington, en efecto, se pagaba muy poco de exterioridades y no pecaba ciertamente de vanidoso ni de finchado. Era, sí, muy serio y frío, pero no ambicionaba los ruidosos aplausos de la popularidad.

El pueblo presenció luégo, cada vez más poseído de alegre júbilo, el desfile de las magníficas tropas inglesas, sin cesar un momento los atronadores ¡vivas! colmando, al propio tiempo, á los soldados de cuantos obsequios permitía el triste estado en que se encontraba la capital.

La inmensa multitud se trasladó luégo á la plaza de Palacio, donde se hospedaba el general inglés.

Ante las continuas aclamaciones de que era objeto salió Wellington á uno de los balcones, acompañado del Empecinado, á quien abrazó con no fingida cordialidad.

Esto produjo una indescriptible explosión de entusiasmo, redoblándose los ¡vivas! y no cesando los gritos con que eran vitoreados uno y otro caudillo.

¡Tierna escena la que presenció aquel día la capital de España! ¡Digno motivo el que hacía vibrar todas las fibras del sentimiento y confundía en una sola todas las aspiraciones!

II.

El mismo día apareció nombrado gobernador de la plaza el célebre conde de España, único general, como dijimos, que se hubiese encontrado en Arapiles, además de D. Miguel Alava, agregado al cuartel general del duque.

Lord Wellington mandó que al día siguiente fuese solemnemente proclamada la Constitución debida á la sabiduría de las Cortes de Cádiz, como así se hizo presidiendo el acto el general Alava y ¡oh irrisión! ¡el conde de España!

Acto seguido mandóse prestar el juramento por parroquias, acudiendo todos los vecinos con el mayor entusiasmo y espontaneidad. Todos juraban en alta voz y con enérgica convicción, viendo en el Código de las Cortes de Cádiz no sólo la expresión de su dignidad y la garantía de sus derechos sino el símbolo de la fidelidad á la patria.

Carlos de España cumplió aquel deber en Santa María de la Almudena, haciendo un extravagante discurso y accionando como un energúmeno, jurando que defendería la Constitución hasta derramar la última gota de sangre y haciendo mil exageradas protestas de su frenética pasión por la ley fundamental de España.

Esto desagradó á los madrileños, que desde el primer momento sintieron que se hubiese confiado á aquel hombre el gobierno de la capital.

Wellington, que por algo era llamado el *duque de Hierro* (Iron-Duke), no se durmió sobre sus laureles, y siempre práctico y sobre aviso, dispuso que se procediese sin tardanza á la toma del Retiro, convertido en ciudadela por los franceses.

Así es que aquella misma tarde del 13 y mientras se procedía al juramento de la Constitución, mandó á Packenham que empezase el ataque.

Habían los franceses hecho tabla rasa en aquel ameno sitio de cuantas bellezas y primores habían acumulado en su recinto Felipe IV y Fernando VI, destruyendo los mejores edificios y devastando las notables obras de arte que los adornaban, al fin como cosa que no era suya y que podía quizás oscurecer ó cuando menos distraer la admiración de los Versalles y Saint-Clouds, que algo había también de envidia y de soberbia en muchos de los actos de los invasores.

Packenham se presentó en el Prado y sin gran trabajo se apoderó del primer recinto, compuesto del Palacio, el Museo y las tapias, vivaqueando allí.

Al amanecer del 14 acometió el segundo recinto, formado por una línea de nueve fuertes, construidos á modo de obra de campaña con un rebellín y una media luna, pero después de una corta defensa, capituló el gobernador coronel Lefond, sin ánimos para prolongar la resistencia á pesar de contar con un tercer recinto, consistente en una estrella de

ocho puntas que circunscribía la casa de la China.

Quedaron en poder de los aliados, de resultas de la capitulación, 2.506 hombres, apoderándose, además, de 189 piezas de artillería, algunos miles de fusiles y considerables existencias de municiones de boca y guerra.

III.

Una porción de ganapanes y perdidos había admitido la proposición de entrar al servicio del rey intruso y formaban un regimiento de guardias á los que dió el pueblo en llamar *jurados*, sin duda en vez de perjuros. Tal laya de personajes estaban terriblemente azorados á causa del nuevo orden de cosas, no llegándoles la camisa al cuerpo. Había, además, en Madrid, no pocos que se habían pasado al bando de José y era natural que no las tuviesen todas consigo.

El general Alava, poseido de generosos sentimientos y deseoso de atraer á la causa española á los jurados, muchos de los cuales habíanse alistado por pura miseria, como sucederá siempre para aceptar los más odiosos empleos, dió una proclama ofreciendo olvido y perdón, dando por resultado que á las pocas horas se presentasen más de ochocientos jurados entre soldados y oficiales, pidiendo se les destinase donde pudiesen servir honradamente á la nación.

Este proceder del general Álava fué violentamente censurado, pues los bárbaros abusos de la policía de Satini y del infame D. Pablo Arribas, habían exasperado durante cuatro años seguidos á los madrileños, que ardían en deseos de castigar á tanto miserable como se había cebado contra dignísimas personas de intachable conducta, ocasionando males y desgracias sin cuento. El hervor popular, siempre siniestro, hubiera quizás dado lugar á excesos lamentables, pero de todas maneras la clemencia de que dió pruebas el excelente general, fué quizás excesiva, contrariando demasiado abiertamente los deseos del pueblo para que se castigase á los verdaderos criminales.

No obró de esta manera D. Carlos de España, adoptando la línea de conducta brutal y despótica que hacían esperar sus antecedentes. Aquel hombre execrable, aquella fiera humana, aquel monstruo sanguinario, digno de figurar al lado de Marat, pero inferior á él en cuanto á los móviles que le guiaban, dióse á perseguir á cuantos se le antojaba, publicando antes un edicto en que se ordenaban malos tratamientos, escrito en chabacano estilo y expresando sentimientos de persecución y venganza dignos del futuro tirano de Cataluña y mastín de Fernando VII.

Empezaron, pues, las persecuciones, pero viéndose claramente desde un principio que iban dirigidas en primer término contra los que se suponía tenían dinero, *apropiándose haberes ajenos atropellada y descaradamente*, dice un historiador de gran renombre y autoridad. Vése, pues, que no era el cuidado de lavar antiguos agravios ni la mira de reparar agravios y castigar delitos lo que movía á Carlos de España á aterrorizar á muchas gentes, empleando sus crueles procedimientos habituales, sino una baja cuestión de cuartos. ¡Oh, qué de males causó durante su nefasta existencia aquel villano apóstata de todos los partidos!

Esto empezó á aguar el contento de los madrileños, según se desprendía de las conversaciones de las gentes en público y privado, si bien con cierta cautela, para no exponerse á las bestiales venganzas de M. d' Espagne, que este era el verdadero apellido del tristemente célebre conde.

IV.

Politiqueábase, como es natural, sobre todo en los cafés, siendo el de la Corredera Baja uno de los en que con mayor animación se discutía.

Faltaba de allí Alcalá Galiano, en otro tiempo tan asiduo concurrente, pero continuaban asistiendo don Cleto y sus amigos, tan ávidos de noticias de sensación como cuando les presentamos al lector al referirnos á los acontecimientos del principio de la guerra.

—Señores,—exclamaba don Cleto,—esto no se anima. Yo creía, francamente, que mi comercio marcharía mejor saliendo de aquí los gabachos, pero no hay quien haga entrar á nadie, ni á tiros, á comprarme una vara de paño ó una tira de terciopelo, del mejor que se fabrica en Barcelona.

—Y aquí estoy yo, no menos disgustado que usted, pero con mayor motivo,—dijo un covachuelista que venía al café por primera vez.—¡Pues no se trata de echarnos á todos á la calle! ¡Quitarme el destino á mí que tanto he trabajado por la buena causa!

—¡Qué ha de haber trabajado V., hombre!—contestó un afamado cirujano.—Lo que podrá V. alegar en su defensa, es que tampoco ha trabajado en contra para no tener que trabajar de ningún modo.

—¡Señor González, V. abusa de mi benignidad!

—No, señor. Yo lo que hago es decirle á V. que este gobierno que nos desgobierna, es un gobierno de agua de malvas, ya que no manda procesar en seguida á cuantos no han reparado en servir al vil usurpador. ¡Oh! Si yo estuviese en Cádiz, ya me habían de oir esos señores. ¡Cómo se entiende no haber arrojado todavía de sus covachuelas á esos zánganos que se han estado allí achantaditos emborronando decretos encabezados por Pepe Botellas! Pero ya se vé, luégo nos viene el bueno del general Álava predicando un sermón de caridad y perdón, y nadie puede decirles nada á esa cáfila de jurados y empleados que están comiendo ahora á dos carrillos. Para esos se ha hecho la guerra, sí, para esos. Dios me libre de jurar que hasta no les vayan á dar un ascenso á todos los afrancesados.

—Repito que muchas cosas de las que están pasando me traen disgustado,—replicó don Cleto, siempre atento á los intereses materiales.—Cada día me convenzo más de que los que hacen las leyes no saben para quién las hacen. Ya están Vdes. viendo lo que pasa con la moneda. Nadie me gana en patriotismo, pero francamente, eso de que uno sufra tantas mermas en sus pobres haberes, pasa ya de la raya. Es imposible vivir con el quebranto del 9 y 11 por ciento en las monedas de plata y de un 2 por ciento en las de oro, que resulta de la nueva tarifa de equivalencia entre nuestros duros y sus napoleones y sus napoleones de oro y nuestros doblones. Todo sube; el pan está por las nubes, los comestibles cada vez más caros, todo cuesta un dineral, mucho, mucho más que antes. Por Dios, que es preciso ser español para tener todavía ganas de andar á tiros y no dar el brazo á torcer.

—¿Qué importa todo cuanto está V. diciendo?—exclamó el cirujano.—Esas son cosas de mujeres. Los hombres no debemos hablar de eso.

—¡Oh! Es que V., don Santiago, no se encuentra como yo con siete hijos, mujer y dos nodrizas á quienes dar de comer; de otro modo, otro gallo le cantara. Ya vería V. si le interesaría ó no que un napoleón valiera ahora un 11 por ciento menos que antes. ¡Bien nos amoló el Consejo de Castilla al aprobar el arancel del año 1808, hecho á completo gusto de los gabachos!

—¡Bah! Dejemos eso, don Cleto, y en cuanto á usted, señor covachuelista, no creo deba quitarle el sueño el pensar que vayan á echarle, pero conste que yo, cirujano ante todo, cortaría de raíz todo ese gangrenado miembro de los oficinistas, que no han vacilado en rascar la pluma para copiar las órdenes del tuerto.

El apabullado funcionario temblaba al ver los formidables gestos del gran amputador, pareciéndole que iba á cercenarle uno de aquellos miembros de que había hablado.

V.

Mucho más ardiente era la animación que presentaba otra mesa del propio café, en la cual la discusión tenía trazas de acabar á palos y puñetazos.

—¡Qué siempre haya de ser él!—exclamaba un joven de grave figura, en cuyo rostro se expresaba la más violenta cólera.—Todos lo hacen bien, todo marcha, pero en medio de la alegría que causa cualquier victoria hay que esperar siempre que nos venga alguna funesta noticia respecto á ese hombre. Mengua y bochorno da tener que decirlo. «Al mismo tiempo que naciones extranjeras lidiaban afortunadamente por nuestra causa y derramaban su sangre en los campos de Salamanca, huían nuestros soldados con baldón en Castalla ante un ejército enemigo inferior en número.» ¡Qué dolor! ¡Ver que por culpa de ese malhadado general D. José O' Donnell, perdíamos en Castalla 800 hombres entre muertos y heridos, 2.800 prisioneros, 2 cañones, 3 banderas, fusiles, municiones!... ¡Y eso cuando á la misma hora se empezaba á librar la gloriosa batalla de Arapiles! ¡Buena comparación entre nuestros generales y los ingleses! No comprendo el empeño en sostener de tal manera á ese don José sino diciendo que son cosas de España. Desde que huyó de Santander dejando su batallón en las astas del toro, no he podido volver á tragarle. ¿Acaso su comportamiento de siempre no hacía preveer lo que sucedería? ¡Y áun para mayor befa y escarnio, se trata ahora de nombrarle general en jefe de la reserva que se está organizando en la isla de Leon! ¡Oh, no, no será por más que se empeñe en ello su hermano el regente! Aprecio los talentos y servicios del conde de la Bis-

bal, pero no hasta el punto de que nos lleve á la perdición, conservando en ninguna jefatura á quien huyó á mitad de la batalla, cuando se estaba en el trance más apretado. Hay que pedir para ese hombre la responsabilidad que marcan las ordenanzas militares, y se hará, sí, se hará, mal que les pese á los regentes.

—Por Dios, don Vicente,—repuso un señor que tenía la manía de querer conciliarlo todo.—Su amor á Valencia le hace tal vez exagerar la importancia de la acción de Castalla...

—¡No exagero nada! Fué un baldón para nuestras armas¡ Buena manera de preparar el terreno para la expedición anglo-siciliana que está para llegar! Hay para desesperarse de lo que está pasando en Valencia. Parece que hay un empeño especial en mandarnos todos los generales ineptos y zotes. Después de Caro, Bassecourt; después de éste, Palacio; luégo nos mandan al rigor de las desdichas de Blake; cae éste prisionero y nos largan á D. José O' Donnell. No falta sino que nos envien á D. Carlos de España. Nosotros hacemos cuanto podemos, pero viene el gobierno y lo esteriliza todo. Teníamos una porción de guerrillas y Blake las mandó cesar, por no parecerle, sin duda, eso de guerrillas bastante *estado mayor*, su manía. Ahora tenemos al Fraile, que hace buenas cosas; veremos si también dispondrán que se retire ó bien vendrá un general bastante torpe para que todo lo que gane el P. Nebot lo pierda él.

—Está V. atacando al general D. José O'Donnell sin motivo,—exclamó un caballero con trazas de curial.—Quien tuvo la culpa del desastre de Castalla fué el coronel Santistéban, pues si éste hubiese acudido á tiempo con la caballería, no se hubieran visto nuestros soldados acuchillados por los dragones franceses cuando salieron de los olivares en que estaban emboscados.

—¿Pero á quién se le ocurre dar una batalla sin artillería ni caballería, disponiendo, en cambio, de ambos medios el contrario?

—Usted, don Vicente, es que le tiene ojeriza á don José por ser V. republicano...

—Y V. no se meta en lo que no le importa, don Isidoro.

—¡Claro está! Como O'Donnell fué el que disolvió la Junta de Oviedo, creerá V. que también podría disolver un día ese Congreso de Cádiz, en el cual tantos habladores pueden despacharse á su gusto.

—Hable V. con más respeto de las Cortes, señor servilón.

—¡A mucha honra; todo antes que liberal! ¡Oh, si estuviese aquí nuestro muy amado rey, de otra manera haría marchar las cosas!

Encogióse de hombros don Vicente y repuso:

—La cuestión está en que al mismo tiempo que Wellington vencía en Arapiles, el ejército español de O'Donnell sufría en Castalla una deshonrosa derrota.

VI.

—¿Y áun habrá quien no adore á esos guerrilleros?—gritaba en otra mesa un señor gordo y jovial, llámado D. Canuto Barrientos, uno de los más atareados noticieros de la corte.—Desengáñese V., amigo Regueral, más hacen ellos que nadie, y si vemos pronto toda España sin un solo francés, á ellos solos lo deberemos. ¿Pues no vé V. lo que está haciendo don Juan Martín? Otro que él se hubiera quedado dormido sobre sus laureles ó hubiera intrigado para no moverse de la corte y darse la vida de canónigo que se están dando los que yo me sé, pero ¡quiá! apenas se retiró del balcón donde se abrazaron él y Wellington, le faltó tiempo para pensar qué golpe daría, y ¡paf! ahí me le tiene V. dueño de Guadalajara. ¡Y flojito que anduvo al tratar de la capitulación!

—¿Y desde cuándo eso?—replicó el Sr. de Regueral, que era un honrado cosechero de Getafe llegado á la corte aquel mismo día.

—¿Cómo desde cuándo? Pues hace ya una porción de días; desde el 16 de este mes, cuatro días después de su entrada con Wellington. ¡Veo que están ustedes muy atrasados de noticias en Getafe! Pero, en fin, voy á decirle á V. lo que hizo D. Juan Martín para que sepa V. los humos que gasta y las pulgas que tiene. Preséntase con su partida á la vista de Guadalajara; estaba dentro de general un antiguo oficial de nuestros suizos, cierto monsiú Preux, con 800 franceses, y al saber que va á atacarle el Empecinado, empieza á santiguarse. Intímale D. Juan Martín la rendición, pero el muy ganso, temeroso de que el Empecinado le arreglara las cuentas por su traición, pues está que trina desde la infamia del Manco, contesta que quiere entenderse con el lord y que en seguida que el lord se presente entregará á Guada-

lajara. ¿Eso dijiste? Pues si al momento no se me rinde V., entro aquí y le degüello á V. con toda la guarnición, replica don Juan. No se lo hizo repetir dos veces el estrangis, y D. Juan Martín entra en Guadalajara y me los coge á todos 800.

—¡Bravo!

—Crea V., don Gregorio, que á poderme quitar de encima veinte años de lo · 75 que llevo sobre las espaldas, me tenia V. con D. Juan Martín desde el primer día. ¡Qué francote! ¡Qué valiente y qué liberal!

—No le niego á V. que tiene mérito lo que ha hecho el Empecinado,—repuso de súbito un concurrente que estaba tomando café á sorbitos en una mesa contigua y parecía enteramente embebecido leyendo un periódico,—pero hay otros hechos tanto ó más importantes todavía. Yo, señores, soy para servir á Vdes., hijo de Astorga...

—Tierra de mantecadas,—dijo Barrientos, que tenía la manía de querer saber de todo.

—Precisamente soy el que proveía de ellas á la Real Familia cuando teníamos la suerte de disfrutar de su presencia...

—¿Y qué?—le interrumpió diciendo don Canuto, celoso de que nadie más que él supiese noticias.

—Pues, que siendo natural de Astorga cábeme el mayor gozo en que los franceses que allí había se hayan rendido al coronel Enrile, siendo otra vez nuestra la ciudad. Gracias sean dadas á Dios por tal triunfo, pues ya sabrá V. que nada menos se cogieron allí 1.200 prisioneros, y entre ellos el general Remond, viéndose burlado Foy, que estaba ya para llegar con la gran división que han sacado de Portugal para socorrer á las guarniciones sitiadas, pero buenas noches. Ya era tarde cuando se acercó á Astorga y trabajo le mando si quiere asediarnos otra vez, pues harto le consta de qué manera sabemos defendernos.

—Efectivamente, es también esa una gran ventaja, —contestó D. Gregorio Regueral,—pues hemos recobrado Astorga tras de Tordesillas. Está visto que este año vamos á cansarnos de darles leña á esos malditos.

—Pero ahora que caigo en ello, ¿por dónde andará Pepe Botellas?—exclamó de pronto el antiguo proveedor de mantecadas de la Real Casa.

Don Canuto vió el cielo abierto para sacar á colación sus informes, tenidos siempre en grande estima, y dijo:

—El tuerto se va á vivir en Valencia para cambiar de aires y tener cerca el charco, pero de todas maneras, parece fué poco divertida la viajata. Don Pepe y sus compinches estuvieron casi á punto de morirse de hambre y de sed, pues los vecinos de los pueblos por donde se contaba habían de pasar los afrancesados, cuidaron de destruir las fuentes y cegar los pozos para que no pudieran beber; en cuanto á la pitanza, corrió parejas con la bebida. Afírmase que el monstruo de Arribas estuvo sediento tres días seguidos, empezando ya á padecer aquí las penas del infierno, que le abortó sin duda. Me dijo uno de la partida del Abuelo, que estuvo aquí á traer un parte, y paró en mi casa (pues yo soy muy amigo del Abuelo), que los franceses dejaron la carretera sembrada de cañones que iban abandonando por estorbarles poder ir aprisa, así como de muchas municiones, todo destruido, por supuesto, para que no pudiesen utilizarlo los nuestros.

—¡Hombre, V. lo sabe todo!—exclamó admirado el astorgano.

—Gracias, amigo mío,—repuso modestamente don Canuto,—pero no lo extrañe usted. ¡Tengo tantas relaciones en la corte!... Porque, vamos, creo inútil decir á Vdes. que soy hijo de Madrid...

—Ya lo creíamos así,—contestó humildemente Regueral, que sólo era hijo de Getafe.

—Así es que nada me cuesta recibir cada día veinte confidencias. Soy soltero, buen católico, amigo de todo el mundo y me encuentro en situación bastante desahogada para contemplar tranquilamente el estado del país. En cuanto á popularidad pregunten Vdes. por D. Canuto Barrientos desde las Vistillas á Lavapiés y desde Palacio á Buenavista y no habrá grande ni chico que no les dé razón de mí.

—Es V. una alhaja,—exclamó admirado el cosechero de Getafe.

—¿Y qué le parece á V. de la vuelta de nuestro amado rey y señor?—añadió por su parte el astorgano.

—Va largo todavía,—respondió don Canuto.—Pero al fin, no dude V. que volverá.

—¡Así sea!—exclamó lleno de entusiasmo el de las mantecadas.

—Sea cuando Dios quiera,—repuso Regueral.—Lo que importa ante todo es echar del trono al tirano Napoleón.

VII.

A los pocos días traía el *Diario de Avisos* algunas noticias no menos importantes que las que circulaban por el café de la Corredera Baja de San Pablo, por lo cual no será preciso que las sepamos por don Canuto Barrientos.

El 24 de Agosto y después de dos años y medio de cerco, habían levantado los franceses el sitio de Cádiz, llevándose los 600 cañones que estaban emplazados entre Ronda y Chiclana y destruyendo los muchos que no pudieron transportar. Lógicamente era de creer que al descercamiento de Cádiz seguiría la evacuación de Sevilla por el mariscal Soult.

Los franceses se habían retirado del condado de Niebla, después de volar el castillo de la villa del mismo nombre.

El duque de Wellington, que había salido de Madrid el día 1.° de Setiembre, se encontraba en Arévalo, donde debían reunirse sus fuerzas principales.

El día 10 de Agosto había desembarcado en Alicante la expedición anglo-siciliana, fuerte de 6.000 hombres, aunque sin caballería, al mando de Sir Tomás Maitland, debiendo reunírsele la división que estaba organizando en Mallorca el general Whittingham, cuyo total era de 4.500 plazas.

El rey intruso había entrado en Valencia el 26 de Agosto con unos 12.000 hombres, recogidos de todas partes, siendo recibido con gran agasajo por Suchet.

Don Juan Díaz Porlier había entrado en Santander el día 2 de Agosto, proclamando en seguida la Constitución y obligando á los franceses á evacuar toda la costa del Cantábrico, excepto Santoña.



CAPITULO VII

Gabriela

I

Al disponerse Espinosa para marchar con lord Wellington recibió una comunicación del ministro de la Guerra para que sin pérdida de tiempo se reuniera al ejército de Ballesteros al objeto de encargarse del mando de una de las brigadas. El tono conminativo en que estaba redactado el oficio no dejó de llamarle la atención, pues creía entrever que algún poderoso motivo había para indicarle que pasase á Andalucía con tanta premura.

Nada se resolvió relativamente á Méndez, que siguió al duque en compañía de Fraser.

A primeros de Setiembre salió, pues, de Madrid el brigadier en dirección á Granada, donde se le decía encontraría al general Ballesteros.

Mucho sintió Espinosa su separación del ejército aliado, pues seguía con vivísimo interés las operaciones de Wellington, ante cuyo talento se inclinaba poseido de admiración. Este fué el motivo por el que rogó á Méndez le tuviese al corriente de todas las maniobras que se iban á verificar en Castilla la Vieja.

Púsose Espinosa en camino sin consentir se destinase ningún oficial para acompañarle y antes de mediados de Setiembre se encontraba ya en Córdoba, de cuya ciudad acababa de apoderarse el coronel Schepeler, gracias á hábiles estratagemas.

Después de breves horas de permanencia en la bellísima perla de los califas, salió de allí, siguiendo por las orillas del Guadajoz y el río de Marbella, atravesando aquella feracísima y deliciosa campiña y llegando finalmente á Baena sin novedad alguna.

No era expuesto el camino, en efecto, pues Drouet d' Erlón se había corrido desde Extremadura á Jaen, sin quedar un solo francés en todo el reino de Córdoba

Espinosa supo en Baena que Soult estaba en Granada, dirigiéndose hacia Murcia y Valencia, donde debía reunirse su ejército, reforzado con el de Drouet, con los que mandaban José y Suchet, al objeto de combinar la manera de volver á apoderarse de la capital y de hacer levantar á los ingleses el sitio de Burgos.

Hasta entonces había podido hacer el brigadier todas las marchas sin guía, pero no conociendo los pasos de las numerosas sierras que se interponen entre el término de la campiña de Córdoba y Granada, tuvo que buscar un práctico que le condujese por entre aquel dédalo de colinas.

II.

No tardó en presentarse con tal objeto un arrogante mozo cuya genealogía arábiga era de todo punto indiscutible; representaba tener unos veinticinco años y era alto, nervudo, de más corteses maneras que el común de aquellos naturales y á la par dotado de cierta expresión recelosa que hacía sospechar que no tenía el tal muy limpia la conciencia. Llamábase Fidel Villarias, y esto era lo único que se sabía de él en el pueblo.

—Mi amo,—exclamó,—cuando V. E. guste nos pondremos en camino y le iré contando todo lo notable que encontremos. Conozco estas sierras igual que mi propia casa, como que soy hijo de Santafé, que ya sabrá V. E. quedó arruinada por el terremoto de hace tres años.

Montaron los dos en sendas cabalgaduras y empezaron á subir por las risueñas colinas pobladas de frondosos árboles y alfombradas de mullido césped que forman aquellas sierras. La hora era calurosa, pero haciendo el viaje bajo aquellos entretejidos ramajes de gigantescos álamos y chopos y alegrado el paisaje por numerosos arroyuelos que serpenteaban á cada paso por entre la yerba, era agradable y deliciosa la caminata.

Pernoctaron aquel día en el castillo de Locubi y atravesando los días siguientes las sierras de los Frailes y Parapanda, no menos deliciosas que las que primeramente habían recorrido, llegaron por fin á Pinos-Puente. al pié de Sierra Elvira.

Destacábase ésta imponente y siniestra, con sus desoladas colinas de color cobrizo, sin que ni un árbol ni una planta produjesen la más ligera mancha sobre aquel amontonamiento de informes peñascos vomitados por un volcán. Sólo algunos matorrales ocultos entre los riscos, daban indicio de que fuese posible allí la vida.

—Aprisa, mi amo,—exclamaba el guía,—pues si nos coge la noche nos van á dar tal vez un qué sentir las ánimas del purgatorio.

—¿Qué dices?—repuso extrañado Espinosa.

—No sea V. E. como otros que no lo creían y luégo se han arrepentido. De noche vienen aquí las ánimas y poniendo espanto en el corazón de los caminantes ocasionan tales desvanecimientos que muchos se han despeñado por esos precipicios.

Era la hora bastante avanzada, siendo horrible con todo el calor que se experimentaba; parecía que bajo las peñas de la sierra ardiese una inmensa hoguera.

III.

Iban el brigadier y el guía desfilando por aquellos vericuetos, atravesando barrancos y trepando, más que caminando, por pedregosos senderos, llevando de la rienda á sus cabalgaduras y anhelosos por salir cuanto antes á la vega, cuando oyeron distintos silbidos, como si fuesen señas con que se correspondiesen varios.

—¿Quiénes serán?—exclamó el guía algo receloso.

—Adelante,—respondió Espinosa.—Deben ser los nuestros.

No tardó el brigadier en encontrarse en la cumbre de una colina y vió desde allí como se dirigían hacia una alameda que había en un inmediato valle, dos partidas de guerrilleros que venían en dirección contraria.

Espinosa dejó su cabalgadura al cuidado del guía y se puso en marcha hacia aquellas pequeñas fuerzas, que ascendían todo lo más entrambas á un centenar de hombres.

Corrió hacia él, al verle, el que parecía jefe, pues Espinosa iba con su uniforme de campaña, y saludóle militarmente, exclamando:

—¡Bien venido sea el brigadier Espinosa! Diego López, antiguo soldado de la guerrilla de Miranda, tiene el honor de ponerse á sus órdenes.

Sorprendido quedó el viajero de que le hubiesen reconocido en aquellos solitarios parajes y preguntó al guerrillero:

—¿En qué ocasión me visteis?

—Después de la Albuera, mi brigadier, juntamente con vuestro amigo el teniente coronel Méndez. Entonces fué cuando me incorporé á la partida de Miranda en calidad de soldado raso, pero la suerte ha querido que pudiera ganar, como veis, las charreteras de capitán.

Contentísimo quedó Espinosa con el encuentro de Diego López, cuyos dramáticos amores con Cristina, la de Zafra, no habrá olvidado el lector, pero en cambio no reparó en la turbación del guía al verse en presencia del capitán.

Diego López le había echado un terrible mirada, preñada de amenazas, pero sin dirigirle la palabra.

—Podemos llegar esta misma noche á Venta-nueva, mi brigadier,—dijo el jefe,—y quizás encontraremos allí al general Ballesteros, que va á la zaga del mariscal Soult.

—Vamos allá, pues,—replicó Espinosa.

—¡Muchachos, marchen!—repuso López,—y que se guarde profundo silencio. Guía, id vos detrás.

No podía imaginarse nada más triste que aquel paisaje desnudo y árido, del cual empezaba á desaparecer la claridad del día.

De pronto empezaron á revolotear por el aire miles de azuladas lucecitas, produciendo un efecto fantástico y siniestro.

Oyéronse algunos cuchicheos y el ligero murmullo de algunos soldados que rezaban padre-nuestros por las almas del purgatorio que erraban penando en demanda de quien las hiciera bien.

Por lo demás, creemos excusado manifestar que se trataba de la aparición de fuegos fatuos, fenómeno muy común en Sierra-Elvira.

IV.

Villarias seguía silenciosamente á la partida, con todas las trazas de ir más bien prisionero que libre.

De este modo llegaron á Venta-nueva, á tiempo en que la luna en su cuarto creciente iluminaba las cumbres por donde habían pasado.

La columna se alojó en un parador cercano al pueblo.

Espinosa se retiró á descansar, despidiéndose antes de su acompañante.

Este no hizo nada que diera á comprender tuviese intenciones de ponerse nuevamente en camino, sino que sentándose bajo un emparrado contiguo á la casa, silencioso y preocupado, parecía esperar á alguien que debiese verle.

No tardó mucho en aparecer el jefe de la partida, estremeciéndose al divisarle Villarias y levantándose en actitud humilde y temerosa.

Diego López se acercó al guía y le puso la mano en el hombro.

—¿Qué ibas á hacer con el brigadier?—le preguntó.—¿Hacia dónde le dirigías?

—Hacia aquí,—repuso con aplomo el guía.

—Mientes,—exclamó secamente López,—pero sea como fuere, ya no habrás podido prestar este otro servicio á los franceses. Has sido muy torpe en exponerte á cruzar la sierra sabiendo que yo vagaba por aquí. Pero es hora ya de que ajustemos cuentas. Vas á decirme al momento dónde está Gabriela ó aquí mismo te mato como un perro, soplándote un tiro al oido. Fuiste un infame; no sólo un traidor á la santa causa sino también un villano ladrón de honras.

—Ya os lo diré todo, pero no me matéis todavía, capitán López.

—Aquí no soy capitán, ni López; soy tu juez.

—Como á tal os hablaré, pero dejadme que me siente, pues estoy desfallecido.

—Acaba pronto.

—Un día que estaba en Sevilla mirando como los franceses se llevaban los cuadros de la Catedral, se me acercó un teniente de ingenieros que dirigía la operación y me preguntó que si yo quería mal á los de su bando. Temeroso de lo que pudiera costarme la contestación si le era franco, repliquéle que ningún rencor me inspiraban y que hacían bien en querer llevarse á Francia aquellos cuadros, ya que el cabildo se los regalaba, según decían. Manifestóme entonces que tenía necesidad de un criado español, fiel y leal, y que si yo quería entrar á su servicio. Piense V., capitán, que entonces me estaba yo comiendo los codos de pura hambre, sin encontrar trabajo en parte alguna, sin tráfico, sin cosechas. Yo era antes marchante, pero con la guerra todo estaba paralizado y no había faena de ninguna clase.

—¡Había las guerrillas!—contestó López.

—De buena gana me hubiera yo alistado en cualquier partida, pero era difícil salir de Sevilla para meterme en la sierra de Torcal ó en la de Ronda; todo lo tenían vigilado ellos. Además, capitán López, había en Sevilla una persona que me importaba mucho...

—Anda, sigue.

—El teniente me ofreció ocho duros al mes y el mantenimiento. Creí abiertas para mí las puertas de la gloria y acepté en seguida. Al principio nada me mandó que me pareciese fuera de razón, pero una noche me dijo le siguiese hacia la calle de la Gracia de Dios, bien armado. Dimos vuelta á una casa de pobre apariencia y abriendo mi amo la puerta falsa de un jardinillo me ordenó que le siguiera y obedeciera en cuanto me mandase. Ocultámonos detrás de unos árboles y no tardó en salir una joven que fué á sentarse cerca de un surtidor que había en medio de la huerta. Entonces nos acercamos hacia ella de puntillas, la sorprendimos, la tapamos la boca y nos la llevamos á una casucha allí cercana.

—¡Qué infamia!—exclamó López.

—La joven se resistía desesperadamente á que la sacáramos, pero éramos dos contra ella sola y de nada le sirvieron aquellos desesperados esfuerzos que hacía. Luégo que estuvimos en seguro, quedóse mi amo con ella...

—Ya lo sé, sigue,—repuso el guerrillero con áspero acento.

—Llegó el día y mi amo me mandó que no me moviera de la casa, con orden de hacer fuego si alguien intentaba penetrar. Estaba yo mirando á la calle por las rendijas de una ventanilla cuando me sentí arrebatado de furor al ver pasar á mi novia del brazo de un manolo. Ciego de celos dejé á la presa sola en casa cuidando antes de asegurarla, y fuí al encuentro de Mariquita, que se echó á reir al verme.—¡Quita, jurado!—me dijo, acompañando estas palabras de un insultante gesto. No me manches tocándome con tus manos de Iscariote.—Saqué yo la navaja é iba á matarla de seguro, cuando ví que la robada se iba escapando calle arriba, precisamente, á tiempo que aparecía el amo. No sé entonces lo que me pasó; sólo sé que dejé estar á Mariquita y corrí tras de la prisionera, á la cual había detenido ya su raptor. Pasaba en aquella ocasión un carromato de su regimiento y haciéndole detener entregó la joven al carrero, hablándole al oido y alargándole una bolsa. Yo me llegué temblando, y él, mirándome con cruel desprecio me mandó que siguiese también en el carro junto con la joven. Ví con sorpresa que salíamos fuera de Sevilla, sin más escolta que el carrero y dos lanceros. Pregunté que á donde nos conducían, pero no quisieron decírmelo. Llegamos al anochecer á Carmona y quedamos solos en el carro la joven y yo. No había ella cesado de llorar en todo el camino y una vez nadie podía oirnos me dijo que me ofrecía todo cuanto poseía si la libertaba. No precisamente por la oferta, sino porque tenía rabiosos celos de la otra, juré que la libraría. Ella me dijo que me perdonaría todo el mal que le había hecho y entonces supe que se llamaba Gabriela Noriega.

—¡Pobre niña!—murmuró el capitán.

V.

—Iba yo atado de manos, pero no ella, y así pudo romper prontamente mis ligaduras. El carrero no estaba muy sereno y los dos lanceros se habían separado dejando pacer sus caballos por la huerta. Fácil fué la evasión; subimos cada uno en un caballo y corriendo toda la noche no paramos hasta llegar á Ecija, por cuyos contornos suponíamos que encontraríamos alguna partida de españoles. Allí supimos que vos estábais recorriendo la comarca, pero al mismo tiempo dió la funesta desgracia de que me reconociesen unos heridos franceses diciendo que yo era el criado de un teniente de su regimiento. Apresuróse Gabriela á desmentirlo, dando su nombre en garantía, pero temiendo yo que si llegábais diéseis más crédito á los heridos que á la fugitiva, resolví partir al momento hacia Baena, donde casi nadie me conocía y donde sabía una casa en que poder vivir casi oculto. Marchamos al romper el alba y durante todo el camino de aquel día, sentíme agitado por mil malas tentaciones, de esas que tan fácilmente se apoderan de quien como yo había padecido cuanto se puede padecer humanamente; al principio no me llamó la atención más que la hermosura de mi compañera; acrecióse luégo el deseo con la vida inseparable que veníamos haciendo durante aquel tiempo, y por fin, una tarde, antes de llegar á Baena, llevado de mi naciente y arrebatada pasión y de cierto infernal apetito de hacer daño, sin escuchar sus ruegos ni hacer caso de sus indignados gritos, sin ser dueño de luchar con mi tentación, la arranqué los girones que áun quedaban de su ultrajado honor.

—¡Así pagaste los beneficios que la debías!

—¡Vos no sabéis lo que pasó por mí!... Yo no me acordaba de nada...

—Sigue, y acaba presto.

—Llevémela al pueblo, perdido el conocimiento, procurando entrar de noche para que nadie se enterase de que yo venía con ella, pero topamos con vos á corta distancia y entonces os dije que la había encontrado por el camino y que la había recogido con ánimo de que se curase en mi casa de la enfermedad que al parecer tenía, mientras ella exánime y desfallecida se encontraba imposibilitada de poder hablar. Pasaron algunos días sin que yo me separase un solo momento de su lado, hasta que, temeroso no se descubriese algo, saqué á Gabriela y la trasladé á una ermita cerca del castillo de Locubi. Allí está, enferma todavía. Ahora, haced de mí lo que queráis, pero os juro que ninguna intención me había movido á servir de guía á ese jefe más que la de proporcionar algún socorro á mi necesidad y á la de aquella infeliz.

—¡Brava hazaña la tuya! La madre sin ventura de aquella desdichada doncella me había dado todos los pormenores del rapto; supe luégo en Lora lo que tú temías me dijesen, y te andaba buscando, y precisamente me ponía en marcha para Baena, cansado de no dar contigo en toda la sierra, cuando te he encontrado. Ahora bien, me acompañarás al castillo de Locu-

bi, me entregarás á Gabriela y allí decidiremos de tu suerte.

—Os pido una gracia, capitán López,—replicó Villarias.

—¿Qué hay?

—Ya que tan mal he vivido, permitid que muera como un guerrillero. Dejadme formar en vuestra partida hasta el primer encuentro y me haré matar entonces por una bala francesa.

Diego López se turbó ligeramente y repuso:

—Si Gabriela no se opone, tienes concedido lo que pides.

El capitán esperó á que amaneciese, despidióse de Espinosa y llevándose unos veinte hombres emprendió con Villarias el camino de Locubi, en tanto que Espinosa se dirigía al encuentro de Ballesteros, que suponía andaría por los alrededores de la capital.

VI.

Iban Diego López y Villarias silenciosos y preocupados; el capitán no le había dicho á Fidel que había venido á encontrarle la propia madre de Gabriela para suplicarle averiguase el paradero de su desdichada hija.

Eran las dos mujeres unas pobres costureras de Sevilla, sin más medio de subsistencia que sus manos; Gabriela no había conocido á su padre, muerto en las guerras con la República francesa cuando la llevaba su madre en el seno, hacía de ello diez y nueve años. Gabriela tenía corta instrucción, pero la suplía con su discreción y habilidad, sin contar con que sabía vestirse bien, aunque modestamente, y que era su belleza digna de competir con las más afamadas de aquella tierra clásica de las *barbianas.*

Sin embargo, jamás dejaba la niña de mostrarse triste, como una Madona de Rafael, con esa expresión de sublime ternura que se nota en la *Virgen de la Silla.* Muchos galanes de aquella patria inmortal de D. Juan Tenorio, la habían pretendido; pero jamás había escuchado ella una sola palabra ni contestado una sílaba; jamás desaparecía aquella melancolía que era un encanto más en su semblante. Cuando la ocupación francesa, fué requerida, cual si hubiese estallado una verdadera epidemia, por cuantos oficiales se las echaban de imitadores del héroe de Tirso, afrancesado por Molière, pero siempre experimentaron deplorables reveses en sus pretensiones. Finalmente, uno más malvado que los otros, cierto teniente *du genie*, gran calaverón y jugador de *primissimo cartello*, ciego de despecho y llevado de su brutal concupiscencia, logró que una criada de la casa le dejase la llave de la puerta del jardín y amoldándola en cera pudo así mandar hacer otra en el taller de su cargo y cometer la infame acción que dió por resultado la villana deshonra de la infeliz.

La pobre madre, al ir á reunirse con su hija en el jardín y no verla, creyó que perdía el juicio. Acudió al momento á las autoridades francesas, que la recibieron con altanero menosprecio, y entonces fué cuando, recordando la fama de Diego López, corrió á su encuentro implorando que buscase á su hija, ya que el teniente había manifestado que la había robado Fidel Villarias, sobre quien, en último resultado, recayeron todas las culpas, excusándose su antiguo amo de toda participación en el asunto.

De ahí la primera impresión de López al encontrarse con Fidel y el terror de éste al verse en presencia del guerrillero, con el cual se había topado ya cerca de Baena, según sabemos. Rectificada la opinión de López después de las explicaciones de Villarias, creyó que éste estaba realmente arrepentido y quizás que se lograría remediar en lo posible el triste estado de Gabriela.

VII.

Caminaban, pues, deshaciendo Fidel el camino que había primeramente andado y llegaron á Castillo de Locubi al día siguiente, cuando se ponía el sol.

—Allí está,—dijo Fidel á Diego López, señalando una ermita contigua.

—¡Alto!—gritó el jefe á su gente.—¡Desmonten!

Los veinte ginetes echaron pié á tierra.

—Id á alojaros en el pueblo y esperad,—repuso López.

El capitán y Fidel siguieron hacia el Castillo, torciendo á la izquierda, al través de un frondoso bosque de chopos, álamos negros de extraordinaria altura, encinas y nogales, alfombrado de verde y tupida hierba.

Estaban ya á poca distancia del santuario.

La campana dió el toque de ánimas, vibrando con imponente sonido.

¡Cuán melancólicamente resonaron sus ecos en la agreste soledad de aquellas colinas!

Había desaparecido la luz solar y aparecía en la cumbre de la sierra el creciente de la luna, que parecía recorrer perezosamente la trazada órbita. La vista sólo podía distinguir oscuras masas llenas de singulares rumores allí donde de día se extasiaba ante aquellas macizas arboledas.

El sendero que recorrían nuestros dos ginetes hacíase cada vez más lóbrego, al través del bosque.

Por fin se encontraron ante el pórtico de la ermita, edificio de humilde traza, quizás destinado un tiempo á mahometano morabito.

—Aquí es,—dijo Villarias, con acento que no se hubiera sabido si expresaba espanto ó alegría.

—Llamad vos,—replicó López.

El prisionero obedeció á lo que se le mandaba, y descabalgando, dió tres recios aldabonazos.

Reinó algún tiempo profundo silencio, hasta que abriéndose un ventanillo practicado en la pesada puerta, dijo una cascada voz:

—¿Quién llama?

—Abrid, hermano Rafael, soy yo, Villarias, con un amigo.

—A buen tiempo llegáis, Fidel,—repuso el solitario.

Abrióse en seguida la puerta, bajó Diego López de caballo y entraron él y Villarias, llevando de las riendas á sus potros cordobeses.

—¿Ha ocurrido algo?—preguntó Fidel con ansiedad.

—¡Hum!—repuso el hermano Rafael.

—¿Dónde está Gabriela?—replicó con ansiedad el pobre Villarias.

—¿Que dónde está? Preguntádselo al viento que se la llevó.

Villarias quedó como si hubiese caido un rayo á sus piés.

Diego López, al ver su turbación, encarándose con el ermitaño exclamó:

—¿No está ahí la joven?

—No, hermano. Se la llevó no sé quién.

—¡Ira de Dios, miserable! ¡Me has engañado!—gritó con tremenda voz, agarrando á Villarias por el cuello.

—¡Ella, ella fuera de aquí!—replicó éste.—Matad á ese traidor, capitán, no á mí. Yo se la dejé confiada y la ha dejado huir.

El ermitaño encogióse de hombros y repuso:

—¿Yo qué sé?

VIII.

Haciendo un desesperado esfuerzo desasióse Villarias de las garras de López y arrojándose sobre el viejo exclamó con ronca voz:

—¿Dónde está Gabriela?

El ermitaño no contestaba.

—¡Te va la vida en ello!—repuso semi-estrangulando al anacoreta.

Parecióle sin duda á éste que la cosa iba de veras, y así repuso:

—Gabriela se fué hoy al amanecer á una cueva que hay en lo hondo de la cañada que está ahí á un lado, con ánimo de entregarse el resto de sus días á la mortificación y la penitencia. No contradigáis sus santas inclinaciones y dejadla que rescate con la vida solitaria los pecados de que necesita redimirse para poder alcanzar la gloria del cielo.

—¿Qué hablas tú de pecados, imbécil frailucho?—exclamó Villarias lleno de cólera.—Anda, guía hacia donde está mi bien.

Villarias entró en la ermita, saliendo al cabo de un momento.

Santiguóse el ermitaño y echó á andar por un peligroso sendero, que serpenteaba por el borde de unos hondos precipicios.

Bajando con cuidado por aquel infernal camino, llegaron á una pequeña plazoleta, escondida entre grandes peñascos, apareciendo disimulada su entrada por un espeso matorral.

Acercáronse á una ancha abertura que se veía debajo de tres ó cuatro enormes rocas y Villarias penetró en la cueva. Era una honda caverna, alta, abovedada, habitada sin duda en las edades prehistóricas, según los numerosos restos que de aquellos remotos tiempos estaban esparcidos por el suelo. Hachas y cuchillos de pedernal en inmenso número, flechas de lo mismo, balas, huesos labrados y groseros utensilios domésticos.

Esto pudo ver Villarias á favor de la débil claridad que despedía un cabo de cirio que se había llevado de la ermita y que consiguió encender, después de haber echado con gran trabajo yesca y pajuela.

Nada se distinguía que denotase en la cueva la presencia de persona viviente, por lo cual siguió andan-

do buen trecho, despertando con la luz que proyectaba el cirio, los gigantescos buhos y lechuzas que anidaban en las agrietadas bóvedas de aquella extraña caverna.

Por fin divisó una forma blanca en el suelo y se acercó.

Era Gabriela, profundamente dormida.

Villarias la miró con amor inmenso, pero áun con mayor piedad.

La pobre niña parecía una de esas santas penitentes de que hablan las leyendas cristianas; sus facciones habían perdido su expresión humana para adquirir como un divino tinte y en medio de aquella lobreguez aparecían como dotadas de resplandeciente aureola.

IX.

Fidel se acercó á la dormida joven, conteniendo su aliento, y quedó como estático, pareciéndole un sueño que se encontrase allí la bellísima niña que había robado del jardín de Sevilla y con la cual había hecho aquel fatal viaje hasta Baena, abusando de su debilidad.

Gabriela hizo un ligero movimiento y al cabo de un momento abrió los ojos, dando un agudo grito y levantándose despavorida, cual si quisiera huir.

—¡Mi bien! Perdón, perdón,—exclamó Fidel.—Vengo por tí, para llevarte á tu madre, para que seas otra vez feliz y dichosa á su lado. Cuanto me mandes lo haré en seguida, todo, todo lo que quieras, pero no estés más en esta espantosa madriguera. ¡Vente, vente conmigo!...

—¡Oh, Dios mío!—exclamó ella.—¿Por qué quieres otra vez tentarme? Tan sólo haciendo esta vida de penitenta puedo borrar mis culpas; nó quieras que ahora me condene...

—¿Qué culpas has cometido tú jamás, ángel mío?—exclamó Villarias.—¿Quién te ha trastornado de este modo los sentidos? ¿Culpable tú, pobre víctima de dos infames, yo más, mil veces más que el otro?

—Aparta, aparta, quita,—repuso angustiosamente Gabriela.—¡Huye de aquí si no quieres condenarte también! ¿Cómo has sabido donde estaba escondida, cuando todos ignoran este lugar?...

—El ermitaño me ha guiado,—contestó Fidel.

—¿El hermano Rafael? ¡Oh, no, imposible!

—Te lo juro.

—No, no puede ser.

—Sal y le verás en la plazoleta.

—¡Mentira todo! El fué quien me mandó que viniese aquí para que me fuesen perdonadas mis culpas.

—¡Qué miserable! ¿Pero qué culpas tienes tú?

—¡Oh, Fidel!...

—¡Gabriela!. .

—¡Húndame en el infierno, pero... te quiero, te quiero, y no puedo vivir sin pensar en tí!

Villarias quedó mudo de espanto y por fin, loco y delirante, repuso:

—¿Tú, tú me amas?

Gabriela no pudo responderle porque había quedado desvanecida.

Hízola volver en sí el joven y cogiéndola con la facilidad que hubiera levantado una pluma, corrió hacia fuera.

El ermitaño y López esperaban, no osando entrar en la cueva á causa de la oscuridad y de no ir, como había hecho Villarias, prevenidos de luz.

La luna alumbraba con claridad bastante para poderse aventurar por el estrecho sendero que conducía hasta aquel sitio desde la ermita.

Regresaron los cuatro al santuario, llevando Villarias en sus brazos á la desmayada joven, y una vez en la única habitación de que se componía la vivienda del ermitaño, dejó Fidel á Gabriela sobre un montón de paja con un haz de palmitos por almohada, que servía de lecho al ermitaño, quedando Diego López á su lado.

—Os perdono el mal que ibais á causar porque creo que lo que prevenisteis á Gabriela lo hicisteis movido de interés religioso,—exclamó Fidel,—pero tened entendido que no es á la vida de penitente á la que se ha de consagrar, sino á otra muy distinta. Ya sabéis que ella me ama; pues bien, yo la adoro. Ni vos ni nadie tenéis derecho ni poder para desgarrar nuestros corazones. Yo puedo reparar el mal que causé y hacer feliz á mi víctima. No os opongáis á ello porque sería inútil.

—¡Os rebeláis contra las amonestaciones de un ministro de Dios!—exclamó el hermano Rafael con terrible ademán.—¡Queréis entregar al diablo un alma que yo tenía ya ganada para el cielo! No será; pensad que Gabriela...

—Ya lo he pensado todo...

—No tanto como creéis; Gabriela me ha confesado

que tenía hecho voto de consagrarse á la vida del claustro y luégo ha faltado á él para amar á un hombre. ¡Horrible perjurio!

—¿Y qué me importa á mí? Ella me ama...

—Había jurado ser de Dios...

Fidel, como poseido de una idea extraña, corrió á donde estaba Gabriela, mirólа con penetrante intención y volviendo hacia el ermitaño exclamó:

—Gabriela lleva en sus entrañas el fruto de un atentado. ¡No puede ser esposa del Señor la que debe ser madre!...

Palideció el hermano Rafael y dijo:

—Fué contra su voluntad...

—Yo seré el padre de ese hijo que ella ha de tener y por tal me reconoceré ante el mundo entero.

Volvió entonces en sí Gabriela y exclamó:

—¡Fidel!. .

—Aquí estoy, mi bien,—repuso Villarias.—¡Oh, capitán! ¡Ved, ved que me ama!...

Diego López le miró y contestó:

—Esa suerte tienes.

—Salgamos de aquí, capitán,—exclamó luégo el enamorado serrano.—No estoy bien, ni ella tampoco.

—¡Salir ella de aquí!—prorumpió diciendo el fanático solitario.

—¡Vive Dios, que ahora vais á verlo! ¡Ay del que me lo estorbe!

Villarias cogió á la niña, que echó á correr al ver con qué ojos la miraba el hermano Rafael y Fidel salió tras ella, lanzando á fray Rafael una mirada de desafío.

Diego López detuvo al fraile que quería perseguirlos, y le dijo:

—Dejadlos ir. Hay una madre que espera á su hija. Si conocisteis vos á vuestra madre, comprenderéis que no tenéis derecho á privar á la suya del bien que llora por perdido y que va pronto á recobrar.

Fray Rafael contestó con sordo acento:

—Ha faltado á sus votos. ¡Caiga sobre ella el castigo de Dios!

—Dios es clemente,—repuso Diego López.—Hermano, el cielo os guarde.

X.

Subió á caballo el capitán y vió á la enamorada pareja junto á las murallas del castillo, donde le aguardaban.

Entraron los tres en el recinto, donde estaba alojada la partida, y al romper el día se pusieron todos en marcha.

—Villarias,—le dijo López, así que iban á cruzar la sierra de los Frailes,—tomad este pase y vos mismo devolved á su madre á la que espero será vuestra esposa, y en cuanto hayáis cumplido, venid á incorporaros á la partida.

—Gracias, mi buen capitán, don Diego,—repuso conmovido Villarias.—¡Cuánto me costará hacerme digno de tantos favores como os estoy debiendo!

Diego López sonrió tristemente y no tardó en desaparecer con sus guerrilleros por las espesas arboledas de aquellas paradisíacas regiones.



CAPÍTULO VIII

El sueño de una noche de verano

I

Villarias había nacido de una familia de acaudalados labradores avecindada en Santa Fe. Malos negocios de su padre, la guerra y el terremoto del año 9 mermaron hasta dejarla exhausta la hacienda que tenían, y Fidel, que estaba destinado por sus inclinaciones á ser tal vez un hombre de brillante renombre en las artes ó en las letras, vióse cerrado el porvenir y obligado á ayudar con su trabajo á sus padres y á sus dos hermanos. Murieron los primeros, sentó plaza de soldado el menor de los otros y el segundo se lanzó á la vida del mar, como corsario, causando espanto en los mares de Centro América, donde capturó numerosos buques de la Guayana y la Martinica.

Fuése á Sevilla, siempre apesadumbrado por la ruina de su casa y la consideración de su desdicha. El, que habia soñado con la toga de Campomanes ó la esplendente reputación de un Jovellanos, se veía obligado á vender por las calles géneros catalanes, y quincalla, y áun en eso había debido cesar, por lo cual, el ambicioso de las altas magistraturas y el aspirante á sabio profesor, debió meterse á criado de un teniente *du genie* y á guía de las sierras de Granada y Córdoba, para no morirse literalmente de hambre.

Pudo convertirse en baja y humilde su posición, pero nunca fueron malos sus gustos. Quizás nadie como él conocía el mérito de los cuadros de Murillo y Zurbarán que se llevaba Soult; quizás nadie como él apreciaba toda la indignidad del duque de Dalmacia al robar los mejores lienzos de los divinos pintores andaluces y guardarlos para sí, pero le irritaba aún más la pusilanimidad con que el pueblo sevillano dejaba perpetrar aquellos latrocinios y en su cólera de artista olvidaba la amargura del patriota.

Villarias no creía deber hacer nada cuando los demás dejaban hacerlo todo.

Se entiende, los demás del cabildo de Sevilla... y del reino de idem.

Por eso, descorazonado y acosado por el hambre, viendo que ni un solo monago de ninguna iglesia protestaba de los robos de Soult, herido en su instintiva conciencia artística, no hizo ningún repulgo para aceptar el sueldo de un francés.

En cuanto á la infame acción que cometió con Gabriela, fué un fenómeno psicológico de delicada explicación.

Todos han leido *Los Miserables*. ¿Por qué Jean Valjeais robó la moneda de cuarenta sueldos á Petit-Gervais?

Lo mismo fué el crimen de Fidel Villarias, una insensata propensión á cometer un delito, una tendencia absurda é ineluctable á la perversidad. Triste fruto de amarguísimas premisas, cual si decaido socialmente hubiese querido aquel hombre decaer también en la esfera moral. La desesperación arrastra á veces al crimen.

Nada más terrible que esos *irregulares* de la sociedad, que esos *refractarios* de las clases inteligentes; una levita raida conviértese en blusa sangrien-

ta; un caudal de conocimientos inútiles, cuando el estómago siente las contorsiones del hambre, fermenta y engendra los más horrorosos deseos de hacer daño. La historia de las convulsiones sociales ofrece de ello hartos ejemplos.

II.

Fidel Villarias que había leido muchos libros, aunque sin criterio ni orden, que se había llenado la cabeza de ideas y experimentado mil diversos sentimientos, por decirlo así, ideales, había, de pronto, quedado aplastado bajo el peso de la ruina de su casa, y el que se sentía nacido para realizar las más altas empresas y dar forma á las más generosas aspiraciones, se vió reducido á cambiar bruscamente de ocupaciones y de hábitos, debiendo dar un eterno adiós á sus sueños de gloria. Metióse á lo primero que le pareció podía proporcionarle sustento, vió que le volvían las espaldas cuantos hubieran podido protegerle, miróse aislado y se volvió feroz. Para colmo de desdichas, amaba á una mujer y ésta le vendió, ó por patriotismo, lo cual era muy problemático, ó por conveniencia.

Quizás el primer móvil que le impulsó á hacer víctima de su brutalidad á Gabriela, fué el deseo de igualarla á él en degradación, rompiendo así la diferencia que les separaba con ánimo de que no pudiese creerse más honrada que él.

¿Qué pasó, en cambio, en el corazón de la joven? ¿Cómo podía amar al hombre que le había arrebatado por dos veces el honor? La primera había sido cómplice pagado, pero en el hecho de Baena sólo había obrado movido por impulsos propios. ¿Acaso conoció Gabriela que aquel hombre era muy desgraciado y que tenía sed de que le amasen?

Brotó en los dos, á la par, la abrasadora llama del amor. Si Villarias no le declaró su pasión por vergüenza, ella debía callarse por dignidad; pero Gabriela, que poseía esa perspicacia propia de la mujer, sospechó primeramente, y estuvo cierta después, de que Villarias la quería.

Y Villarias la quería, en efecto, con toda la vehemencia de un alma semítica, dada á los cultos exclusivos y avasalladores, con toda la grandeza del que experimenta un sentimiento único, absorbente, supremo.

La costurera de Sevilla no era para él una mujer: era un símbolo. Todo lo había olvidado á su lado, mientras la velaba en su enfermedad: la patria, la miseria que se cernía sobre él, batiendo sus negras alas, el porvenir, el pasado.

Y pensaba que nada valia lo que aquel angel.

Y sentíase cada vez más indisolublemente unido á aquella criatura.

Pero la dura realidad se hacía sentir de pronto, haciéndole despertar de sus ensueños con sus punzantes alicates.

Y Villarias se veía reducido á las más horribles privaciones.

Entonces se marchaba y buscaba cualquier género de trabajo.

Pero toda Andalucía estaba entonces convertida en un pueblo de mendigos.

El procónsul francés, el inolvidable Soult, repetía allí las célebres extorsiones de Verres, en Sicilia, y todo lo entregaba al espolio y á la rapacidad.

En 1812 Andalucía era la región más desolada de la península; allí era donde podía verse el sistema de los franceses aplicado con todas sus consecuencias.

Frutos, sobornos, cohechos, robos, derramas, contribuciones en dinero, exacciones de todo el que mandaba, desde el cabo de escuadra al mariscal, habían reducido aquellos edenes á la indigencia. Hasta las caballerías, hasta los jumentos, arrebataban los franceses.

De ahí que Villarias se encontrase cada día en más terribles angustias, sin nada con que poder atender á la adorada enferma. Gracias á que algún raro viajero quisiese emplearle para conducirle por las sierras.

En tal apuro acudió á fray Rafael, el cual no carecía de todo, como á él le pasaba.

Fray Rafael acogió á Gabriela, y con lo que le sobraba pudo asistirla.

Pero un día que la joven se confesó con él y le reveló los votos que había hecho y el amor que sentía, estalló formidablemente en cólera y la impuso aquella horrible penitencia que sabemos.

La joven, sobrecogida de terror y asaltada de remordimientos, se había sujetado á los mandatos del fraile, desgarrado el corazón y á punto de extinguirse su vida.

Iban los dos amantes alegremente camino de Sevilla, montados en un mulo lujosamente enjaezado,

que se habían los franceses descuidado de llevarse de un cortijo de la Rambla.

III.

Aunque estaba próximo el otoño, reinaba una temperatura canicular.

Después de haber dado un rodeo para costear la laguna de Zoñar, internáronse los viajeros en las colinas que van hacia Ecija, encontrando allí regalada sombra.

Era al caer de la tarde; iban los dos jóvenes bajando al valle por entre espesos olivares, frondosos chopos y altísimos álamos que elevaban al cielo sus hermosas copas. Estaba alfombrado el suelo de aliagas y tomillos, retamas y madroños, salvias, beleños, juconias y romero, y el aire, cargado con los perfumes de tan variadas plantas, parecía como que recibiese los vapores de los árabes pebeteros de un harem.

A la incierta luz del crepúsculo rielaban en el fondo del valle las tornasoladas ondas del Genil, de cuya cristalina superficie parecían desprenderse plateados destellos.

Hondo era el silencio y áun asemejaba ser mayor, acompañado del chirrido de los grillos y de las ranas lanzando su monótono cantorrio.

Las puntiagudas cimas de las colinas, doradas con los últimos rojizos rayos del sol poniente, producían el efecto de celestes nimbos sobre el sombrío tono de las laderas.

Arroyos murmurantes mezclaban su argentino y suave rumor con el flébil susurro de las hojas, cimbreadas por la brisa.

El mulo caminaba perezosamente; montada en él iba Gabriela, y á pié, á su lado, Fidel. La dicha que de repente habían experimentado, les había devuelto la alegría y transformado sus rostros.

Bonita por demás era la sevillana. Más bien alta que baja de cuerpo, esbeltísimo el talle, de cisne el redondo cuello. Iba con la mantilla caida, dejando al descubierto la cabeza, digna de inspirar á Goya. La cabellera negra y opulenta formaba mil rizos á cada lado y sobre la estrecha frente; el ovalado rostro era ligeramente moreno y pálido, de cutis tan suave como el terciopelo; los ojos tenían extraños y cambiantes reflejos, ora negros, ora de un verde oscuro; la nariz, verdaderamente árabe, delgada y aguileña; la boca chiquita, de encarnado coral, dejaba ver dos hileras de blanquísimos dientes, y campeaban, en fin, por todo el rostro multitud de hoyuelos, lunares y sonrisas.

Iba vestida de menestrala la niña, pero si era de percal el ceñido traje, no parecía sino de seda.

De pronto una ligera ráfaga levantó la orla de su falda morada y dejó ver con la presteza de un relámpago, por encima del zapatito, el comienzo de una media de encarnado color.

La ráfaga había recordado á Fidel la mujer, ángel hasta entonces.

—Descansemos, mi bien,—exclamó.—El sitio convida.

Bajó de su cabalgadura Gabriela y se pintaron dos rosas en sus mejillas de jazmín.

IV.

Sentáronse los dos enamorados junto á un arroyo de transparentes aguas; en su fondo se retrataban los árboles y se veían delicados musgos. Campanillas y botones de oro crecían en sus márgenes y rosales silvestres y clavellinas orillaban su corriente.

Callaron ambos.

—¡Vida mía!—exclamó de pronto Fidel.

—¡Tuya!—repuso Gabriela con voz que parecía un suspiro.

—¡Qué dicha! ¡Qué felicidad la nuestra! ¡Juntos y solos!

—¡Imposible parece!

—¡Amarme tú!

—¡Y que tú me ames!

—Siempre he de estar como ahora, á tus piés, embriagado de amor.

—¡Oh, Fidel!

—Fidel no es bastante. He de demostrarte quién soy y que valgo alguna cosa.

—Demasiado te adoro siendo sólo mi Fidel.

—No estoy contento con eso.

—¿Pues qué quieres?

—No he podido ser lo que ambicionaba, pero aún queda campo que correr.

—¿Me dejarás?

—Dejarte hasta el día en que pueda presentarme ante tí con un poco de renombre, no será doloroso para ninguno de los dos.

—¿Qué dices? No, mi bien. ¡Para nada necesito yo de tu renombre!

—Hay que pensar en la realidad de la vida.

—Trabajaremos.

—No basta, no siempre se puede.

—¿Qué piensas hacer?

—Nada, mi vida, nada que pueda dolerte.

—¡Ah! ¡La guerra!

—La guerra, sí. Diego López me espera. Tengo dada mi palabra.

—¡Triste de mí!

—No llores...

—¡Sin tí, sin tí me será imposible la vida!

—Poco será el tiempo que estemos separados.

—Una eternidad para mí.

—¿Te quiero yo menos de lo que me quieres tú?

—¡Oh! ¡no, no! Haz lo que creas deber hacer. Al fin, ¿qué soy más que tu esclava?

Cantaba un ruiseñor en un árbol y sus trinos no eran tan dulces como el acento de Gabriela.

—¡Eres un ángel!—repuso Fidel después de un momento de silencio.

—¡Pobre de mí!

—Eres bella como la luna de Abril.

—¡Calla!

—Hermosa como el lucero de la mañana, como las rosas de los cármenes.

—Es el amor quien te hace decir eso.

—Cuantos te ven han de decir lo mismo. ¡Oh, qué mujer eres! ¿Por qué te hizo Dios tan bella si al fin soy yo á quien debía pertenecer tu hermosura?

—Y yo quien debía amarte.

—Sueño parece oir esas palabras de tu dulce boca.

—¡Te quiero!

—¡Y yo te adoro, Gabriela!

V.

Había oscurecido; todo estaba ya invadido por las sombras de la noche. Las luciérnagas corrían por el césped. Una de ellas se había parado sobre el seno de Gabriela, luciendo con los destellos de un enorme diamante.

—¡Qué hermosa noche!—exclamó la niña.

—Andaluza, como tú.

—Mira la luna cómo asoma en su lleno.

—¡Eres de su color, pálida mía!

—¡Qué bien estaríamos aquí siempre! ¡Siempre de esta manera!

—El cielo nos tendría envidia.

—Fidel, siempre te amaré así, donde quiera que estemos.

—Siempre te amaré así también, Gabriela mía, aunque esté muerto.

—¡Dichosas las flores y los árboles que no se mueven nunca de este sitio!

—¿No eres tú tan encantadora como esa rosa que dormita á nuestro lado? Parece hermana tuya.

—Crece á su lado un clavel fragante. Hermano tuyo parece.

—El pobre clavel parece morirse de amor por su gentil compañera.

—Y ella se inclina hacia él.

—Y él... la hace así.

Y diciendo esto, Fidel dió un sonoro beso en la mejilla de Gabriela.

Callaron otra vez. La luna iluminaba esplendentemente el paisaje.

—¡Qué bien pasaríamos aquí la noche!—dijo Fidel. —Pena me da abandonar las orillas de este arroyo. La frescura de la tierra halaga al cuerpo prestándole dulce alivio al calor del día. Oye cómo cantan los ruiseñores.

Un concierto de avecillas alegraba la soledad del bosque. El cielo parecía formado de trasparente gasa azul, de un matiz inefable, de un color mágico; á veces presentaba un tono verde claro y otras aparecía cual si fuese todo él un trozo de arco iris.

—Si yo fuese poeta,—dijo Fidel,—creo que este espectáculo me inspiraría un canto inmortal. Era yo niño cuando leía cosas así y me sentía transportado.

—¿Qué leías?

—Viejas historias, fabulosas. En una noche como esta, Troilo, el hijo del rey de Troya, se vió en los jardines de palacio con la bella Crésida, que venía á escondidas del campo de los griegos; en una noche como esta Tisbe se encontró ante espantable leon y huyó dejando en tierra su velo, tras de lo cual, llegando Píramo y creyéndola muerta, se quitó la vida...

—¡Triste historia!...

—¡Oh, más sé todavía, pero bien alegres! Amáronse en noche semejante á ésta la bella Julieta y el gentil Romeo en el balcón de Verona.

—Cuéntame eso...

Fidel le contó la inmortal leyenda de Romeo y Julieta, según la versión de los *Castelvines y Monteses* de Lope de Vega.

—¡Pues yo te quiero como Julia á su amante!—repuso Gabriela.

—¡Y yo como Calisto á Melibea,—contestó Fidel,—como Troilo á Crésida, como este clavel á esa rosa, como este arroyo á la tierra, como el gusano á la estrella!

No era por desgracia conocida en España todavía la deliciosa comedia de Shakespeare: *El sueño de una noche de verano*, pero de no haber sido así, de fijo hubiérase creido Fidel Villarias transportado á aquellos bosques llenos de elfos y geniecillos, de espíritu foletos y de hadas, de espíritus invisibles y silvestres ninfas, compañeras de Diana.

VI.

A falta de saber esto, debióse contentar con reparar que los gusanos de luz parecían más agitados que nunca, que temblaban los capullos de los rosas, que la luna parecía lanzar con el ardor del sol sus argentados rayos, cual si buscara á Endimión; que cantaba el arroyo, que centelleaban como brillantes las estrellas y que de todas partes se elevaban misteriosos y penetrantes efluvios cual en los antiguos sagrados bosques. Los diegos de noche mostraban erguidas sus corolas rojas y doradas, los sauces agitaban sus verdes y flexibles cabelleras, el ambiente parecía embalsamado con todas las aromas de las más fragantes plantas y la tierra mostrábase blanda y mullida cual suave plumón de cisne.

Los dos amantes, sometidos á los efluvios de aquella universal sensación, durmiéronse uno en brazos de otro y cuando se despertaron, al rayar el alba, la cabellera de Gabriela estaba tachonada de rocío, cual las flores, y su semblante encendido como las encarnadas rosas.

Fidel tomó una mano de su amante é imprimiendo en ella un apasionado beso, exclamó:

—¡Oh, bien mío! ¡Cuánto te amo!

—¡Como yo á tí, mi alma!—repuso ella.

Los dos prosiguieron el viaje y al siguiente día divisaron la llanura de Sevilla.

Cuando Fidel entregó Gabriela á su madre, le dijo:

—Señora, os pido la mano de vuestra hija, porque los dos nos queremos.

Sorprendida quedó la anciana y miró á Gabriela.

—¡Madre! ¡Sí, le quiero con toda mi alma!—contestó.—Dadnos vuestra bendición.

Fidel salió aquella misma noche de la ciudad y á los pocos días formaba en la vanguardia de la guerrilla de Diego López.



CAPÍTULO IX

Un pronunciamiento, un quid pro quo y una retirada

I

Ballesteros entró en Granada el 17 de Setiembre, dando orden de que marchasen algunos regimientos á la sierra de Cogollos, al objeto dehostilizar á Soult, que debía pasar en dirección á Huéscar, donde había de reunírsele Drouet d' Erlón.

Tomó Espinosa el mando de las fuerzas, inclusa la partida de Diego López, y corriendo noche y día sin parar, encontróse en el punto señalado antes de que Soult hubiese conseguido atravesar aquellos desfiladeros.

El mariscal francés marchaba receloso, escarmentado como estaba á causa del continuo tiroteo que venía aguantando desde Sevilla. No iban sus tropas menos sobresaltadas, pues habían aprendido á costa suya lo expuesto que era topar con alguna guerrilla española.

Espinosa, escondido con su gente en las breñas por entre las cuales discurre el pintoresco Darro, esperaba una confidencia, creyendo que podría descalabrar á los franceses de manera que se acordasen en mucho tiempo.

Era cuestión de añadir un nuevo triunfo á los alcanzados durante aquel mes de Setiembre en Córdoba, Osuna, Loja, Sevilla, Torcal, Málaga y Carmona.

¿Pero por qué le habían destinado tan de repente á las órdenes de Ballesteros y por qué Ballesteros se desprendía de él mandándole á la Sierra en lugar de escoger otro jefe?

Esto es lo que Espinosa no comprendía por entonces. No conocía á Ballesteros lo bastante para hacerle presente su extrañeza, pero sí era harto amigo del príncipe de Anglona para pedirle una aclaración, suponiéndole enterado de algo.

El bizarrísimo Girón le había mirado, sonriéndose tristemente y le dijo:

—Ya lo sabréis más tarde, mi querido brigadier, pero todo lo que os pasa debéis atribuirlo al alto concepto en que sois tenido como militar ordenancista y leal caballero.

No queriendo saber más, pero vislumbrando algo, prometióse Espinosa estar á la mira de cuanto ocurriese en Granada, si bien haciendo de los franceses su principal objetivo.

II.

Espinosa había decidido fijarse en los Dientes de la Vieja para llevar adelante su propósito.

Era aquella la parte más enriscada de la sierra y tan extrañamente configurada que parecía desde el río un hacinamiento de titánicos monumentos.

Las tropas estaban emboscadas en los matorrales y tras de las rocas, atento todo el mundo á la señal de fuego.

Pasóse así toda una mañana, lluviosa en extremo. Al mediodía salió el sol y vióse venir á un hombre á caballo, rendidos los dos de fatiga.

—Es Villarias,—dijo Diego López á Espinosa.

—El es, verdad. ¿Qué vendrá á decirnos ese guía?

—Pertenece ahora á mi partida.

—Le creo mozo de provecho,—repuso el brigadier.

Era en efecto Fidel, lleno de barro, sin aliento, reventado el caballo.

Dirigióse á Espinosa y dijo:

—Mi brigadier, los franceses están á la vuelta.

Al cabo de un momento apareció la cabeza de la columna en la falda de los cerros.

Los soldados, inmóviles, estaban todos tendidos en el suelo.

Los flanqueadores franceses empezaron á subir las agrias pendientes en cuyas cumbres estaban apostados los españoles. Sin embargo, no llegaron tan arriba, y así fué desembocando todo el grueso de la división.

Espinosa mandó tocar á ataque y colocándose á la cabeza de su gente se precipitó monte abajo, arrollando á los flanqueadores y empezando las descargas.

Aquellos soldados que parecían haber brotado de la tierra, arrebatados por el ejemplo de su jefe, entusiasmados al ver el destrozo que causaban y alentados con el pánico que se había apoderado de los franceses, acabaron por abandonar del todo la montaña, mezclándose entre las filas de los contrarios.

Diego López veía siempre ante sí á Fidel, que trabuco en mano y la navaja en los dientes sembraba el estrago entre los enemigos.

De pronto desapareció en la confusión; el combate no era ya á tiros, sino con arma blanca.

El desorden introducido en la columna era terrible; la falda de los cerros estaba cubierta de cadáveres franceses y veíanse escapar los soldados en opuestas direcciones.

El azoramiento causado no era menor que las pérdidas sufridas. Por fin, vino la noche en auxilio de Soult y pudo escapar quizás á una total destrucción.

Los nuestros encendieron hogueras en lo alto de las colinas.

Los Dientes de la Vieja parecían desde Sierra Nevada un volcán cada uno.

III.

Fidel Villarias no parecía.

Diego creyó que había querido cumplir su palabra de hacerse matar y no pudo reprimir un sentimiento de lástima y como cierto remordimiento.

Sin embargo, no le duró mucho semejante estado, pues Villarias compareció á media noche en el vivac.

López había mandado se le diese noticia si por acaso volvía, y cumpliendo la guardia la consigna, despertaron al capitán, que dormía echado en el suelo, apoyada la cabeza en un montón de yerbas.

—¡Villarias!—exclamó.

—Presente, mi capitán,—repuso el joven.

—¿Tenéis novedad?

—No, mi capitán.

Fidel no decía la verdad, pues traía un profundo sablazo en la cabeza.

—Me alegro, pues,—continuó diciendo López.—Os he visto y es inútil deciros que os propongo para la cruz de San Fernando, además de nombraros cabo.

—No lo merezco, mi capitán.

—Sí. ¿Pero qué tenéis?

Fidel, desvanecido, había tenido que sentarse y luégo echarse en el suelo.

—¡Voto al demonio! Estáis herido...

—No es nada...

—¡Eh! Guardia... ¡Luz, luz!

Al punto comparecieron varios soldados, que se apresuraron á encender una hoguera.

López vió el estado de Villarias y le dijo:

—Vamos, no será cosa de cuidado, pero tenéis que dejar de prestar servicio. Os mandaremos á Granada y allí acabaréis de poneros bien, pero entre tanto hay que hacer algo.

Mandóse llamar á uno de los cirujanos que había en cada regimiento y después de curarle de primera intención manifestó que no era herida peligrosa.

Fidel se resistió á que se le extendiese la baja, alegando que no quería dejar la partida.

—Tiempo habrá para todo, señor teniente,—dijo entonces presentándose de pronto Espinosa, que iba de ronda.—A vos se debe en mucha parte el éxito de la acción y además se ha encontrado esto que supongo os pertenece.

Eran unas insignias de teniente de ingenieros, una cartera y una cruz de la legión de honor.

—Lo habéis dejado caer cuando habéis respondido al *quién vive* del centinela,—repuso Espinosa,—y me lo han entregado. Ahí os lo devuelvo; bien ganado lo tenéis.

Así que alboreaba púsose en marcha Espinosa, entrando en Granada al frente de sus regimientos y conduciendo numerosos prisioneros.

Diego López siguió en la vida de guerrillero y consintió en que Villarias no pasase al hospital.

Fidel lucía los galones de teniente de que había despojado al cadáver de un oficial de ingenieros francés, muerto por su propia mano y en otro tiempo amo suyo.

IV.

No tardó mucho Villarias en estar restablecido y únicamente hasta entonces no se acordó de registrar su maleta en busca de la cartera de que había despojado al teniente francés, como trofeo de su acción.

Nadie sabía, sin embargo, que el teniente había sido muerto en duelo singular.

Villarias había preguntado durante la refriega á un *voltigeur* por el teniente Leblond, pretextando tener que revelarle un importante secreto.

Y es el caso que Villarias no mentía al hablar así.

No tardó en encontrar al teniente, hijo de un gran dignatario de la corte imperial, el cual le reconoció al momento.

—Gabriela es mi prometida,—le había dicho Villarias de buenas á primeras.—Hago mío el crimen de que fuí solamente cómplice. Ella me ama, me quiere... y lo ha probado; lo que en vos fué un delito, en mí ha sido un compromiso de honor. Sacad la espada y batámonos. Yo traigo otra mejor aún que la vuestra. Era de un coronel á quien he hundido en el corazón mi navaja hasta el mango.

Villarias blandía, en efecto, una primorosa espada.

—¡Villano!—exclamó Leblond.

Los dos aceros chocaron, lanzando chispas, pero después de dos encuentros caía al suelo Leblond, bañado en un mar de sangre y muriendo instantáneamente.

Villarias le había atravesado el cuello rompiendo la carótida y la yugular izquierdas. Su espada de dos filos había obrado como un hacha.

Apoderóse de los objetos ya dichos y sin reparar en que se encontraba en medio de la refriega, atravesó sin precaución alguna el campo de batalla.

De pronto un violento golpe en la cabeza le hizo volver en sí.

Un húsar había descargado un sablazo sobre su cabeza. Villarias irritado, había arrojado de su caballo al agresor, le había muerto y con su mismo caballo había atravesado el sitio de la acción, llegando al pié de los cerros cuando estaba todo para terminar.

Sin embargo, la hemorragia era considerable; Fidel se sentía debilitado y como el caballo empezara á dar terribles saltos de carnero, no tuvo fuerza y serenidad bastante, y á la cuarta vez fué despedido de la silla.

Durante cuatro horas permaneció sin sentido, hasta que el frío de la noche le hizo volver en sí.

Entonces fué cuando, columbrando las hogueras del vivac de los españoles, se había dirigido hacia las alturas que ocupaban los vencedores.

V.

Decíamos que cuando Fidel Villarias estuvo restablecido se había acordado de la cartera del teniente Leblond.

Sucedía esto á fines de Setiembre, en la sierra de Torcal, guarida predilecta de Diego López, no porque tuviesen otra vez que acontecer allí nuevos hechos de armas sino porque el capitán estaba enamorado de aquellas pintorescas breñas y aquellas extrañísimas rocas, que parecen labradas por los cíclopes.

Fidel encontró dentro la bolsa muchos papeles y retratos y un montón de brillantes.

Los papeles eran cartas de cierta princesa imperial, tan célebre por su hermosura como por sus devaneos, la misma que Napoleón llamaba la *reine des colifichets*.

Más aún. ¡Cartas amorosas de la princesa de Lugano! Estaba visto que Encarnación Díez no podía remediar su afición á los subalternos. De esta manera Leblond venía á ser el lugar-teniente del furriel y de Luís Belmonte. ¡Oh, cuántos celos estaba en mano de Villarias darles á aquellas condesas y mariscalas, si así se le antojaba, al hacerlas ver que Leblond las había olvidado por una pobre costurera de Sevilla, á la cual había amado sin duda con más ardor que á ellas!

Había aún más correspondencia. Cartas de un primo de Leblond, general de división, mostrándose resuelto á pegarse un tiro en vista de los desdenes

de la condesa de Latour-Duchesne (4 Enero 1812); algunas de cierto capitán Conrado Walewsky, pintándole su dicha y las incomparables cualidades de su mujer Aurora de Osorio, adorada por todos los vasallos que el conde tenía en Kowno, y otras de un llamado Lanjuinais, que se hacía lenguas de una tal Andrea de Villafranca, una extremeña convertida de pronto en parisiense.

Nada de esto le interesaba á Villarias, por lo cual resolvió entregar á Diego López todos aquellos papeles.

Mayor caso hizo de los brillantes, que eran muchos y gruesos.

Sin embargo encontró en el fondo de la cartera un papel singular, escrito en caracteres ininteligibles, pero no era ésta la única extrañeza, sino que además contenía un magnífico retrato en miniatura representando una hermosísima mujer, con el cabello cortado y rizado y vestida con un traje verdaderamente escultural.

—¡Diablo!—exclamó Villarias.—¿A qué otra cara se parece la de esta mujer?

Y después de mucho reflexionar cayó en la cuenta de que se parecía mucho, pues, sí, indudablemente, que se parecía mucho al ogro de Córcega, pero con toda la diferencia que puede existir entre la mujer más hermosa de la época y su hermano.

Más tarde supo Villarias que aquel retrato era el de la princesa P***.

Decididamente Leblond era un antecesor del *Don Juan* de Zorrilla.

VI.

Al comenzar Octubre recibió Diego López un oficio de Espinosa previniéndole que sin pérdida de tiempo se presentase en Granada con toda la partida.

Sabíase que lord Wellington y Castaños estaban por entonces ocupados en el sitio del castillo de Burgos, ocupado por los franceses.

Era indudable que el verdadero centro de las operaciones activas y regulares de la guerra era entonces el ejército aliado anglo-portugués, que al mando del duque de Ciudad-Rodrigo había alcanzado la brillante victoria de los Arapiles, y este fué el motivo porque muchos diputados creyeron del caso deber proponer se confiriese á lord Wellington el mando en jefe de todas las fuerzas que operaban contra el invasor.

Presentóse, pues, la proposición, firmada entre otros por D. Andrés Angel de la Vega, Toreno, Argüelles, Calatrava, Golfín y Martínez de la Rosa, reuniéndose el Congreso en sesión secreta.

Atacó violentamente la idea de aquellos dignos diputados el que lo era por Cataluña D. Jaime Creus, futuro arzobispo de Tarragona, cuyo retrato estará hecho con decir que fué el modelo del célebre Caixal, tristemente célebre en nuestras discordias civiles.

Defendió la proposición D. Francisco Ciscar y votóse, siendo aprobada.

Los únicos que no estuvieron contentos con la resolución que acababa de tomarse eran los afrancesados y algunos generales, envidiosos ó celosos de la fortuna que acompañaba al duque.

Figuraba á la cabeza de éstos el siempre descontentadizo Ballesteros, improvisado general desde simple capitán retirado y visitador de rentas, y el cual, á pesar de algunos felices éxitos conseguidos, tenía algo, y áun algos, en su hoja de servicios merecedor de severísima censura.

Era con todo muy popular Ballesteros y sus murmuraciones acerca los ingleses complacían al vulgo, siempre opuesto naturalmente á toda intervención extranjera, por útil y eficaz que fuese ésta por aquel entonces en la contienda que sosteníamos contra el inmenso poder del capitán del siglo.

Dirigió, pues, Ballesteros un oficio á la Regencia, ni muy comedido ni muy exacto en lo tocante á la reseña de los servicios prestados por él, requiriendo que antes de conferirse á Wellington el cargo de general en jefe se consultase á los ejércitos y al pueblo español, para retirarse él á su casa si por ventura fuese aprobado por aquella especie de plebiscito el proyectado nombramiento.

VII.

Así que la Regencia recibió la inconveniente comunicación de Ballesteros, decidió separarle inmediatamente de la capitanía general de Andalucía, enviando al efecto á Granada á un oficial de artillería, portador de pliegos firmados en blanco para los futuros nombramientos de jefes.

Correspondía el mando al brigadier Virués, se-

gundo de Ballesteros, pero no admitiendo la pesada carga que se trataba de echarle, hubo que recurrir á don Pedro Téllez Girón, príncipe de Anglona, cuya lealtad, firmeza de carácter y sano juicio eran universalmente reconocidos.

Estaba al frente de los guardias españoles Espinosa y esto era una garantía de absoluta subordinación, contándose además con Diego López para defender en caso de resistencia las órdenes del gobierno.

Ballesteros trató de apoyarse en sus tropas, pero al ver éstas la actitud de los guardias españoles, no quisieron secundarle en su *pronunciamiento*, y así tuvo que dejar el mando, siendo desterrado á Ceuta.

Es seguro que sin la decidida actitud de los guardias y la energía de Girón, hubiera tenido que lamentarse el escandaloso espectáculo de un general español resistiendo violentamente las órdenes de la Regencia y aumentando así la debilidad de los medios de defensa de la nación contra el francés.

Desde Granada á Ceuta dió rienda suelta Ballesteros á sus poco meditadas murmuraciones contra la Regencia, las Cortes y los ingleses, motivo por el cual se continuó formándole la causa á que se le tenía sujeto y de la cual salió bien por la noble conducta que con él observó el príncipe de Anglona, que calló todo cuanto pudiese perjudicarle y le favoreció en toda la extensión que pudo. Conducta más loable si se tiene en cuenta que D. Pedro Téllez Girón estaba con motivo disgustadísimo de Ballesteros por el modo como había procedido antes con él.

Entonces comprendió Espinosa por qué le habían mandado á Granada.

Era menester un jefe leal á toda prueba y aunque todos lo fuesen, sabíase de él que era el tipo acabado de la subordinación y la disciplina.

VIII.

Andalucía había quedado libre de franceses, pero no eran tan buenas las noticias que se recibían de Burgos.

Después de varias escaladas, asaltos y tentativas de voladuras, los aliados habían tenido que descercar el castillo.

Más de un mes se había invertido en aquella malograda empresa, siendo así que bien preparados los ingleses hubieran debido apoderarse de la fortaleza al cabo de ocho días, según los inteligentes. Por segunda vez se encontraba Wellington defraudado por su desdeñoso desprecio á la resistencia de las obras en que se amparaban los franceses, antes en Salamanca y ahora en Burgos.

La orgullosa altivez británica perjudicaba al ilustre duque y á costa suya aprendía que algo valían las fortificaciones españolas y más aún en poder de los imperialistas.

Reunidos los ejércitos franceses en Fuente la Higuera, conferenciaron José, Soult, Jourdán y Suchet y decidieron que este último siguiese en Valencia, y que José, con Soult y Jourdán, tomase la vuelta de Madrid.

Avisados nuestros *caros* aliados de semejante movimiento, evacuaron la capital, haciendo volar el general Hill la Casa de la China, fábrica inapreciable de primorosísimas porcelanas dignas de competir con las de Sévres, según puede verse por las muestras subsistentes hoy en los palacios de Oriente, Aranjuez y San Ildefonso. Así destruyeron aquellos buenos amigos una joya peregrina de nuestra industria.

Verdad es que lo hicieron con su cuenta y razón... comercial, ya que no estratégica.

Hill fué á reunirse con Wellington, que marchando en retirada hacia Portugal se encontraba á la sazón en Alba de Tormes. Iban con Hill además de los anglo-portugueses algunas divisiones del ejército español de Extremadura. Las otras, al mando de Elío, quedáronse en la Mancha, incorporándose luégo á ellas las de Valencia y Murcia.

José entró de nuevo en Madrid la tarde del día de difuntos, en ocasión en que estaban doblando fúnebremente las campanas de todas las parroquias.

Conviene aquí que estampemos el nombre de un insigne patricio, del qué mientras Madrid estuvo huérfano de autoridades, una vez fuera los ingleses, evitó los gravísimos males que hubieran acaecido, entregada la población á sí misma en tan terribles circunstancias, *D. Pedro Sainz de Baranda,* que movido sólo de su patriotismo se puso al frente de todo, erigido en guardián del orden, las vidas y las haciendas de los moradores de Madrid.

Ausente de nuevo José el día 7, volvió Baranda á ocupar su puesto de honor, portándose no menos admirablemente y hallando recursos con que satisfacer las excesivas exigencias pecuniarias de los guerri-

lleros que se presentaron y las menos exorbitantes del general Bassecourt, que compareció también allí el día 11.

Grande, sí, inmenso fué el servicio prestado por aquel modesto y honrado patricio, que con sus enérgicas y atinadas disposiciones logró destruir las maquinaciones de los que iban á aprovecharse de aquellas tristes circunstancias para ocasionar amargos días de luto á la abandonada capital.

IX.

Unido Wellington con Castaños, Porlier y D. Julián Sánchez continuó en su retirada repasando sucesivamente el Duero y el Tormes, acompañada la marcha por lamentables privaciones y más lamentables desórdenes todavía por parte de los ingleses.

Señalemos un cómico incidente ocurrido cerca de Tamames, el cual prueba que no son sólo los batanes los que pueden infundir en España pavor en los más esforzados pechos, como sucedió al gran hidalgo manchego.

Fué el caso que habiendo vivaqueado los aliados en un bosque y persuadidos, como era la verdad, de que venían tras ellos los franceses, oyeron al amanecer extraños rumores y confusos gritos que partían de los vecinos encinares; creyeron todos que aquellas voces procedían del enemigo, y así rompió la retaguardia un vivo fuego de fusilería que con general extrañeza no fué contestado en lo más mínimo hasta que reconocido el terreno resultó que la causa de aquel espantable rumor no eran ciertamente los belicosos guerreros del imperio, sino unas piaras de inofensivos cerdos que por allí pacían y que en gran número quedaron cadáveres sobre el campo de batalla. Corridos quedaron con el *quid pro quo* aquellos cazadores de nueva especie, echándose unos á otros la culpa de tan inaudita contienda.

Wellington se enojó, haciéndole muy poca gracia lo que había pasado y murmurando entre dientes:

—¡*Sholing!*

Aquel incidente fué causa de que se entibiaran bastante las relaciones entre los españoles y sus aliados, por lo cual, una vez estuvieron todos en Portugal, tornóse Porlier á Asturias, Castaños se situó de nuevo en el Vierzo y el ejército de Extremadura fué á acuartelarse en Cáceres, tomando Wellington los suyos en el reino lusitano.

Wellington se preparaba; tenía esparcidas sus tropas de manera que á la menor señal pudiesen reconcentrarse. La retirada emprendida había sido un verdadero ardid, digno de su talento. El zorro inglés sabía más que todos los cachorrillos bonapartistas y pronto debía tomar el desquite.

José volvió á entrar en Madrid el 7 de Diciembre, acabando la corte por convertirse en unos verdaderos órganos de Móstoles según el pavor, la confusión, el barullo y la desconfianza de los unos, por comprometidos con los unos, y de los otros, por amigos probados de los otros. Aquellas idas y venidas, aquellas oscilaciones que sufría el valimiento de cada uno de ambos bandos según se acercaban y entraban los guerrilleros ó regresaba Pepe Botellas, habían acabado por equilibrar en igual instable confianza españoles y afrancesados, aunque en último resultado todo se resumía en contribuciones más y más onerosas. Pepe Botellas mandó que la gente se divirtiera tres días seguidos, y unos lo hicieron y otros no, aunque de todas maneras ya no experimentaban los madrileños aquel enconado odio de antes contra los franceses, ni éstos se permitían los atropellos que en otro tiempo contra los moradores, vista la mudable fortuna de las armas.

X.

Wellington dirigió una circular á sus divisionarios que es la mejor comprobación de los hechos á que antes nos hemos referido á propósito de la retirada de los aliados: «La reputación del ejército de mi mando,—decía el *duque de Hierro,*—en la última campaña, ha decaido á tal punto que nunca he visto ni leido semejante cosa. Sin tener por disculpa desastres ni lamentables privaciones... se han cometido desmanes y excesos de toda especie y se han experimentado pérdidas que no debieran haber ocurrido...»

Achacaba Wellington la culpa de todo al descuido de los oficiales de los regimientos, y como sabían que las circulares del duque no eran palabras vacías, como sucede en ciertas partes, sino que eran advertencias muy serias y formales, atendieron en un todo á las prevenciones que en su severo y seco estilo les dirigió Wellington, corrigiéndose todos con una presteza maravillosa.

A primeros de Diciembre salió Wellington para Cádiz al objeto de conferenciar con la Regencia acer-

ca de la campaña que debía empezar la próxima primavera de 1813.

El duque llevó consigo á su estado mayor, en el cual figuraban Méndez y Fraser.

El bizarro teniente coronel tuvo, pues, el placer de reunirse otra vez con Espinosa, que se encontraba en Cádiz desde que desbarató el célebre conato de pronunciamiento de Ballesteros, igualmente que Diego López.

Este había entregado ya á Espinosa las cartas halladas por Villarias en la maleta del teniente Leblond.

Espinosa las leyó todas atentamente, convenciéndose de que Rosario le había amado sin cesar una vez pasado el primer arrebato de celos; que Encarnación Díez era siempre, á pesar de sus títulos, la mesonerilla de Mansilla de las Mulas; que Octavio de Saligny era un dignísimo caballero; que la condesa de la Chategneraie era una locuela; que la princesa P... había hecho bien en hacerse retratar desnuda por el escultor Cánova; que Aurora, la hermana de Estrella, tenía disculpa en haber amado tanto á Conrado Walewsky, ya que éste la amaba tanto á ella, y que finalmente, el más feliz de todos era él, casado con una mujer como la que tenía.

Razón tenía en esto el bravo brigadier, pero de fijo que si le hubiese oido el dueño de la cartera le hubiese dicho:

—Alto, señor mío, que nadie hay tan feliz en este mundo como el marido de Gabriela.



CAPÍTULO X

Polémica

I

Aunque D. Serapio Dalmau y D. Julián Palomeque seguían siendo amigos, imitando en esto el ejemplo y obedeciendo las indicaciones de sus respectivas amas y señoras D.ª Leonor de Toledo, duquesa de Órgiva, y D.ª Brianda de Guzmán, condesa de Torrenegra, eran sin embargo, más empeñadas y violentas de cada día sus disputas, como que don Serapio se había decididamente declarado *reformador* y *anti-reformador* don Julián.

—¡De veras me hace V. mucha gracia, señor Palomeque!—exclamaba el ex-farmacéutico, encendidos los ojos y triturando entre índice y el pulgar una dracma cuando menos de polvos de rapé.—¡Sí, de veras, mucha gracia! ¿Con que no es esa una gran medida? ¿Con qué es un disparate convertir en propietarios á tantos como hoy carecen de todo recurso?

—Pero, hombre,—respondía don Julián.—¿Estamos hablando junto al surtidor de la plaza del Carmen ó se figura V. que nos encontramos en las Batuecas? Digo y sostengo que es un verdadero desatino como tantos otros, lo que acaban de decretar las Cortes; que la venta de los baldíos y propios no producirá un cuarto y que no es dando tierras á los soldados, clases y oficiales, como ha de prosperar la labranza (entonces la agricultura se llamaba labranza). Mire usted que yo sé de qué pié se cojea en el particular; el *quid*, el toque, la cuestión, está, no en cultivar mucho sino en cultivar bien, y esto no se logrará dando terrenos á cuatro pelafustanes sino rocurando que los hombres acaudalados, los propietarios pudientes, los ricos, en fin, quieran hacerlo. Usted cree que siendo todo el mundo propietario de unas cuantas fanegas de tierra está remediada ya España. Pues yo le digo á V. que se equivoca lastimosamente. Sin capital, un propietario no es nada. Déle V. á uno de esos que piden ahí á la puerta del convento un jornal de tierra y á ver qué hará, á ver cómo se las compondrá para sembrar, para labrar, para recolectar, para estar siempre á la mira de lo que le conviene más plantar; á ver cómo sin medios se sale del paso y saca provecho de la tierra baldía que le regale usted.

—No quiero disputar con V. sobre eso, don Julián, porque harto se vé que le hace á V. hablar el cargo que desempeña de administrador de la señora condesa, dueña de media Mancha; sólo sí deseo rectificar su dicho de que las Cortes no hacen más que disparatar. ¿Dónde me deja V. esa gran medida tocante á la abolición del *voto de Santiago* que acaba ahora de decretarse con universal aplauso? Respeto sus opiniones de V., don Julián, pero mucho me hubiera gustado que hubiese V. oido á Villanueva, al P. Villanueva, afirmando en medio de las aclamaciones de los señores diputados, que *el origen del voto era una vergonzosa fábula, tejida con artificio y astucia bajo la máscara de la piedad y la religión, abusando descaradamente de la ignorancia y credulidad de los pueblos.*

Como la abolición del voto de Santiago traía consigo un gran alivio para los labradores, pues consis-

tía en pechar cierta medida del mejor pan y el mejor vino, cuyo pecho importaba muchos millones en toda España, D. Julián Palomeque no se dió por entendido, ya porque estuviera convencido tal vez de que el diploma atribuido á Don Ramiro I de Leon, 872 años después de la era cesariana, era una superchería, ó ya porque se hubiese enterado del memorial elevado en 1770 á Carlos III por el duque de Arcos, pariente de la condesa, sobre igual materia, pidiendo la abolición de aquel saca-dinero.

II.

—Vamos, comprendo,—repuso triunfalmente don Serapio.—Usted está agradecido á las Cortes porque han declarado á Santa Teresa de Jesús patrona de España y les perdona la abolición del voto de aquel santo, que, según dicen los herejes, jamás puso los piés en España.

—No señor,—contestó secamente don Julián.—No crea V. que me haya halagado mucho semejante decreto. Para mí no hay más patrón de España que Santiago. Eso se ha hecho para dar gusto á los americanos y á esos carmelitas en cuya iglesia se celebraron las ceremonias de la jura de la Constitución.

—¡Pero, hombre, creo que Santa Teresa...

—Repito á V. que para mí no hay más que Santiago. Esto es un mal precedente y si no temiera hablar en términos profanos de las cosas sagradas, le diría á V. que lo creo altamente contrario al espíritu de la ley sálica, de esa gran ley francesa, borbónica, que proscribe de los tronos á las hembras. Por lo demás, no doy importancia á eso, al fin y al cabo pasatiempo de las Cortes para no ocuparse en lo que realmente desea y necesita el país. ¿Dónde me deja usted ese modo de contemporizar con los afrancesados? ¿No hubiera debido acaso fusilarse en seguida á Álava por el escandaloso bando publicado á raíz de la entrada de Wellington en Madrid, predicando paz y conciliación?

—Pero, hombre de Dios, ¿qué quiere V. que hagan las Cortes más de lo que hacen en contra de los comprometidos con el intruso? Se les ha echado á todos, hasta á los prelados; se les ha negado el voto, se ha mandado formar causa á los que hubiesen dado motivo para ello, se ha exonerado de sus títulos á los nobles que hubiesen pedido al gobierno intruso el reconocimiento de sus dignidades y me tiene V. sin ellos á una porción de condes, duques, marqueses y barones convertidos en caballeros particulares por haber pedido al tuerto la confirmación de sus blasones; se ha sentado fuertemente la mano á esos infames que han comprado bienes nacionales procedentes de los propietarios embargados por el gobierno de Botellas. ¿Qué quiere V. más?

—Pues encuentro en todo eso harta blandura. Yo, todos fusilados.

—Don Julián, se fusila á un hombre, á una docena, se diezma un batallón, pero no se fusila un regimiento, y cuente V. que podrían formarse varios regimientos con los comprometidos con los franceses. Yo, por el contrario, creo que las Cortes se han mostrado demasiado rigurosas y que en vez de perseguir á los vencidos con ese espantoso medio de pesquisas, purificaciones ó depuraciones, hubiera sido más político, sí, señor, no vacilo en decirlo, más político, conceder una amplia y generosa *amnistia* á cuantos hoy se ven vejados y espoliados en las provincias que felizmente volvemos á ocupar. Me horroriza todo aquello en que tengan que intervenir los curiales y para verme perseguido prefiero serlo por un escuadrón de caballería que por una trailla de corchetes y escribanos.

—Basta por hoy, basta por hoy, don Serapio; para mañana le espero á V. aquí, y ya que es V. tan asiduo *galerio*, espero me dará V. cuenta de lo que se diga en las Cortes sobre no sé qué intriga que traen armada los americanos con esa Doña Carlota. ¡Paréceme imposible que una tan excelsa infanta como la hermana de nuestro celestial Fernando se haya atrevido á felicitar á las Cortes por la promulgación de ese cúmulo de disparates y herejías llamado Constitución!

—Vamos, don Julián, que otra vez se le va á usted la burra. Calma, hombre, calma, y hasta mañana.

Conviene decir que la serenísima princesa del Brasil, Doña Carlota, había dirigido desde Río Janeiro una calurosa y ardiente manifestación á las Córtes, llena de enhorabuenas y aplausos y protestas de adhesión con motivo de la jura del código político promulgado en Cádiz. «Guardando exactamente la Constitución,—terminaba diciendo la hermana de Fernando,—venceremos y arrollaremos de una vez al tirano usurpador de la Europa.»

Como puede comprenderse, semejante papel, que

podía calificarse de verdadera salida de tono, tenía su intríngulis, cuyo intríngulis era su nombramiento para regenta, cuyo negocio tenía por muñidores á varios diputados americanos.

III.

Prometíanse, pues, los galeríos una sesión interesantísima cuando les vino á aguar el contento la resolución del presidente D. Andrés Jáuregui, que acababa de tomar posesión de su alto cargo, mensual entonces, manifestando que la sesión iba á ser secreta. Salieron todos los concurrentes de las galerías y los más obstinados quedáronse esperando en la plaza de San Felipe á que saliesen los diputados para saber *qué había*, pues entonces estaba ya como ahora estereotipada en los labios de los que en política se ocupaban la eterna frase de: —*¿Qué hay?*

No tardó un minuto en saberse. El diputado por el Perú, D. Ramón Feliu, hombre extravagante cuanto osado, se había atrevido á apoyar la proposición de la regencia de Doña Carlota, con el aditamento de que en vez de dirigirse directamente desde Río Janeiro á Cádiz, pasaría antes á Méjico para apaciguar desde allí la revuelta de las colonias. Un clamor horrísono acogió las palabras del desventurado y harto desmañado orador, pues se traslució al punto que lo de que se trataba era de convertir á la tal doña Carlota en instrumento de los sublevados. Los leales españoles que tan dignamente ocupaban los augustos escaños de aquella inmortal asamblea, protestaron agria é impetuosamente de la villana intención que movía á Feliu, sin atender á los llamamientos al orden que hacía el presidente, cómplice de los torpes manejos de los separatistas y así acabó aquello, quedando los americanos completamente hundidos en sus locas aspiraciones. Podían perderse las colonias, pero no con la criminal ayuda de los legisladores de Cádiz. Podían las demás provincias seguir el funesto ejemplo del Río de la Plata, Venezuela, Santa Fe y Cartagena, pero nunca alentadas por la levantada conducta de aquellos sabios y honrados constituyentes cuya veneranda memoria será eternamente bendecida.

IV.

Pasaron algunos meses sin que dejasen apenas un solo día de disputar don Serapio y don Julián.

Espinosa seguía en Cádiz; Wellington había llegado allí el 24 de Diciembre, procedente de Lisboa, según dijimos ya, y Fraser estaba engolfadísimo en sus amores con doña Brianda, que se había vuelto otra desde la llegada del bravo inglés, ocupada todo el día en aderezarse y componerse. La duquesa de Orgiva pensaba en Rusia y leía con no disimulado anhelo los papeles que traían noticias de aquella guerra y que sabremos un poco más adelante, y por consiguiente quedábales tiempo á los dos politicones para echar largos párrafos sobre las Cortes, ya que no se ofrecía ocasión de hablar de la guerra por estar descansando á la vez unos y otros combatientes, que se aprestaban á medir de nuevo sus armas al entrar la primavera.

Era á primeros de Febrero de 1813. Don Serapio estaba sonriente y lleno de no disimulable satisfacción, paseándose bajo los frondosos árboles de la Alameda, cuando vió venir hacia él á don Julián, lívido, convulso, terrible.

—Por fin, por fin, esas Cortes de judíos y herejes han consumado la gran iniquidad. ¡Oh! No me venga V. con bromas, don Serapio, no me venga usted con bromas porque le juro á V. que no estoy hoy de humor para aguantar cuchufletas ni chascarrillos. Ha sido una infamia lo que han hecho Vdes., sí, señor, una infamia, pero descuide V., que Dios ha de pedirle estrecha cuenta de esa atrocísima perfidia, de ese atentado contra la fe, de esa arma arrojada á nuestros enemigos que hoy han alcanzado la mayor victoria que jamás hubiesen podido soñar. ¡Oh, España! Tu perdición es ya un hecho, tu ruina una triste verdad. ¡Puedes dar gracias á don Serapio!

—¿A mí? Pero si yo no soy más que *galerio*.

—Es verdad, pero es como si fuese V. diputado. Para mí lo mismo es V. que ese infernal cura Villanueva que tiene ojos de demonio con voz que parece de santo; es V. para mí como Mejía ó como esos apóstatas de sotana de Muñoz Torrero, Ruiz Padrón, Espiga y Oliveros. ¡Qué sacerdotes, Dios mío! ¡Reformadores vendidos al diablo!

—Pero, hombre, yo creo que á V. le convendría un poco de antiespasmódico,—exclamó don Serapio al ver que don Julián le igualaba á aquellos elocuentísimos diputados, á él, cuyo acento catalán era insoportable y cuya oratoria olía más á Dioscórides que á Demóstenes.

—¿Con que un antiespasmódico, señor mío? No necesito yo antiespasmódicos. Lo que necesito es un quemadero en cada calle y pegar fuego yo mismo á las fajinas que devorasen con sus llamas á todos esos francmasones.

—¿Y también á Inguanzo y al padre Riesco?

—¡Eh! Déjese V. de burlas, don Serapio. Esos dos han sido los mártires, las víctimas de aquella legión de diablos.

—Algunos más habrá, don Julián. La inquisición ha sido abolida por 90 votos contra 60.

—No lo sabía,—exclamó don Julián algo consolado.—¿Con que 60 señores diputados se han opuesto á la abolición del Santo Oficio?

—Sesenta, ni más ni menos, pero, además, no se puede V. fijar en tales extremos cuando se instituye en cada diócesis un *Tribunal protector de la Fe*. Por cierto que el diputado Serra, cura también, pronunció un excelente discurso en apoyo de la jurisdicción episcopal. Ya ve V. como hago justicia á nuestros adversarios cuando tienen el saber y la modestia del señor Serra.

—Esos tribunales protectores de la fe son una añagaza para hacerse perdonar el gran crimen cometido suprimiendo el Tribunal de la Fe; ya sabía yo eso, pero se equivocan miserablemente los diputados si se figuran que el clero les va á obedecer en esa humillante, en esa indecorosa prescripción de que se lea en las parroquias tres domingos consecutivos el *Decreto de abolición de la Inquisición* y *establecimiento de tribunales protectores de la Fe*, todo en una pieza, y áun para hacer más horrendo el escarnio, previniendo que se lea antes del ofertorio. ¡Me parece que sí! En fin, don Serapio, al freir será el reir.

—Pues *rirá bien qui rirá le dernier*, don Julián,—contestó secamente don Serapio.

Y los dos hombres se retiraron sin despedirse, cual si desde entonces se hubiesen convertido en irreconciliables enemigos.

V.

No le faltaba razón á don Julián para emplear el tono amenazador que había usado. El asunto de la inquisición estaba dando margen á gravísimos temores.

Corría válida la voz de que la Regencia iba á disolver, ó por mejor decir, á suprimir las Cortes, publicando en este sentido descarados artículos los periódicos anti-reformadores y dando suelta á su lengua algunos ministros, entre ellos aquel célebre don José Carvajal, que lo era de la Guerra y á quien vimos echando á correr de Aragón después de haber establecido unas monumentales oficinas, *hombre desafortunado y de fofo y mermado seso*, dice Toreno, y que tal vez por esto llegó á ser ministro en España.

Otros indicios corroboraban además que se tramaba algo, y era que había llegado O'Donnell, el de la Bisbal, que había renunciado lleno de coraje al cargo de regente cuando el desaguisado de su hermano don José en Castalla, presumiendo todos, no todavía que fuese capaz de hacer lo que hizo el año 20, pero sí que era hombre tornadizo y ambicioso, á pesar de los servicios prestados en la guerra, y ave de mal agüero.

Puso colmo á semejantes temores el ver que había sido separado del cargo de gobernador de Cádiz el dignísimo, el integérrimo, el leal, caballeroso y honrado general de marina, D. Cayetano Valdés, varón digno de Plutarco y verdadero trasunto de un don Alvaro de Bazán ó un Antonio de Leiva, dándole por sucesor al sospechosísimo D. José María Alós, entregado enteramente á los anti-reformadores.

Sin embargo, no era el motivo que presumía el público el que originó la separación del dignísimo gobernador. Era que D. Cayetano Valdés, sabedor de que el clero de Cádiz se había conjurado para no leer, como estaba mandado, el decreto de abolición de la inquisición, hubiera tomado contra los rebeldes alguna medida propia de su carácter grave y entero y la Regencia estaba convenida con los párrocos para que no se llevase á efecto la lectura.

VI.

Llegó en esto la sesión del lunes y se dirigió una interpelación al gobierno sobre la desobediencia de la clerigalla. Tomó la palabra el señor Terán, conmovido y afectadísimo, y exclamó: «Ojalá se hubiese tenido siempre el respeto y decoro debidos á tan santos lugares y no se hubiese profanado la casa del Señor y la cátedra del Espíritu Santo, alabando... ¿á quién? al perverso Godoy, á ese infame favorito símbolo de la inmoralidad y corrupción que ha precipitado á la nación en un abismo de males!... Profanación de templo por leer un decreto de V. M., *cuando*

hemos visto colocar el inmundo retrato de aquel privado á la derecha del altar mayor? ¿Cómo no lo rehusaron entonces? ¡Ah, señor!» La emoción de Terán era tan vehemente que á mitad del discurso exclamó: —*No puedo más,*—arrasados en lágrimas los ojos.

Acto continuo tomó la palabra el que era con razón llamado *el divino* Argüelles, proponiendo que cesase al momento la Regencia y se formase otra á tenor de lo que prescribía la Constitución, para lo cual debía componerse de los tres consejeros de Estado más antiguos, siendo aprobada la moción del gran orador por una gran mayoría.

VII.

Serían las once de la noche y estaba en su mayor animación la tertulia que se celebraba en casa doña Margarita, cuando penetró en el salón como una bomba nuestro amigo don Serapio, radiante de satisfacción.

—Por fin cayó la Regencia del *Quintillo*, señores, —exclamó,—y estamos ya libres de ese envidioso y soberbio Villamil, del mamarracho de Mosquera, del pobre Rivas y del desidiosísimo Infantado, que tan mal lo han hecho. Nada digo de Villavicencio, porque se ha portado siempre como un cumplido caballero, á pesar de sus defectos. Ya pueden venir ahora con que si O'Donnell se va ó no á comer crudas á las Cortes, como si se tratara de la Junta de Oviedo, que disolvió su hermano. He tenido el gusto de ver como acaba de jurar la Regencia, y me parece que no tendremos por qué quejarnos de ella. Verdad es que han puesto de presidente al cardenal de la Escala, que tan calurosamente felicitó á los franceses después del Dos de Mayo, pero como al pobrecito lo han tenido siempre encerrado en seminarios y conventos, cuento que aquello debió hacerlo porque así se lo exigirían. No es tonto, aunque sí muy corto de genio, pero al lado de Agar y Ciscar se portará como debe y de seguro acabará por ser más echado para adelante de lo que es hoy. Vamos, gracias á Dios habrá cesado ya la desunión entre el poder legislativo y el ejecutivo, que tan insoportable se había hecho últimamente. Ahora sí que todo marchará *sur des roulettes,* como dicen los gabachos.

Estaba presente en el salón un redactor del *Robespierre español,* y contestó:

—No le faltarán disgustos, con todo, al partido reformador, señor don Serapio. No se desarma tan fácilmente al partido del fanatismo, y la cuestión de la lectura del decreto sobre la inquisición, dará todavía mucho que entender.

—No lo crea V., señor redactor,—contestó don Serapio.—No se atreverán ya á rebelarse.

—¿Conque á V. le parece que no? Pues yo le aseguro á V. que sí.

—¿Acaso pertenece V. al partido anti-reformador?

—Por Dios, don Serapio. ¿No sabe V. que soy del *Robespierre español?*

—Pues extraño mucho que hable V. de esta manera.

—¡Cómo! ¿Quiere V. que deje de decir que ahora es de noche, si realmente lo es?

—Pero yo no veo tan claro como V., que tengamos que esperar todavía más disgustos de los curas.

El periodista metió mano en las profundidades de las faltriqueras de su casacón y sacó tres ó cuatro folletitos.

—Lea V., lea V., pues, ya que no está V. enterado de la algarada que están levantando los obispos.

Don Serapio leyó uno de los papeles titulado: *Instrucción pastoral al clero y pueblo de sus diócesis,* á cuyo pié iban las firmas de sus ilustrísimas de Lérida, Tortosa, Barcelona, Urgel, Teruel y Pamplona.

Era, como puede suponerse, una violentísima diatriba contra los diputados que habían votado el decreto de abolición, cebándose especialmente en los virtuosísimos, sabios y grandilocuentes eclesiásticos que habían prestado su concurso á aquella medida. Sus ilustrísimas, olvidando las tradiciones de sus inmortales antecesores del siglo XVI, de quienes decía Melchor Cano al emperador Carlos V: «No fuera mucho que su escuadrón y el de hombres doctos de acá hiciera más espanto en Roma que el ejército de soldados que S. M. allá tiene,» sus ilustrísimas, decimos, mostrándose imbuidos del ultramontanismo más intransigente, declarábanse agraviadísimos por la abolición del Santo Oficio, que se vió obligado Carlos V á suprimir, resucitándolo luégo Felipe II.

—¡Cosas de ellos!—exclamó don Serapio.—¿Pero de cuándo acá tiene ninguno de esos hombres, elevados á la prelacía por Godoy, derecho á injuriar á un Muñoz Torrero, á un Oliveros, á un Ruíz Padrón ó á un Villanueva, que vale cada uno por sí tanto como todos ellos reunidos? A eso se atreven porque ven

que las Cortes no se decidirán á hacerles nada, pero de otra manera sonaría el pandero si en vez de tener en frente á una asamblea de personas incapaces de toda violencia, debiesen oponerse á una asamblea como la Convención ó á un régimen como el que impera en Francia.

—Pues hay otro que se ha atrevido á mucho más que los que V. ya sabe.

—¿Y no se le castiga?

—No lo merece.

—¿Que no lo merece? Pues ya vería V. como lo arreglaría yo.

—Usted tampoco le castigaría, y sino, lea V. el papel que viene á seguida.

VIII.

Don Serapio tomó el opúsculo y por algunos momentos estuvo como si no pudiese comprender.

—¿Qué? ¿Qué dice eso?—exclamó.

Y fijando de nuevo la vista en la primera página, leyó: *El sin y el con de Dios para con los hombres, y recíprocamente de los hombres para con Dios, con su sin y con su con, por D. Clemente Pastor de la Montaña.* Coruña, 1813.

—Renuncio á leer el contenido,—repuso horrorizado don Serapio, al ver que estaba escrito en octavas, rimas y en asonantes. ¡Pobres gallegos!

—No, señor, *El sin y el con*, etc., no lo ha escrito el prelado de la Coruña, sino el de Santander.

—¡Pues vaya unos obispos tiene Santander! Si son así sus alcaldes, medrados estarán los pobres montañeses.

—Pero además de todo esto,—siguió diciendo el redactor del *Robespierre*,—tenemos en puerta un complot, cuyo principal director es el Nuncio.

—¡Hombre! ¡Qué lástima que este señor Gravina sea hermano del héroe que tan gloriosamente pereció en Trafalgar! Aquel dió muestras de ser un gran carácter, pero éste no es más que un intrigante, que yo, á ser del gobierno, ya hubiera despedido á cajas destempladas.

—Don Pedro Gravina había escrito en tiempo de la anterior Regencia á los obispos de Jaen y otros puntos, pidiéndoles hicieran causa común con el resto del clero para oponerse á la lectura del manifiesto y decreto sobre la inquisición. Mañana mismo presentará D. Miguel Antonio de Zumalacárregui una proposición para que pasado mañana domingo y los dos siguientes se lea el decreto, y por consiguiente, pronto veremos si se cumple ó deja de cumplir lo dispuesto por las Cortes, que votarán, indudablemente, lo propuesto por el señor Zumalacárregui.

—Pues le prometo á V. que no faltaré á misa mayor, señor redactor.

—Ni yo tampoco, don Serapio.

IX.

Efectivamente, don Serapio y el *diariista* asistieron el próximo domingo á los oficios de la Catedral, esperando con ansia que llegase el ofertorio.

¡El decreto fué leido!

Nada de particular ocurrió durante su lectura.

—Vamos, más vale así,—dijo don Serapio á su nuevo amigo, que se llamaba Patricio Viedma.

—Veremos, veremos,—repuso el suspicaz redactor del *Robespierre*, siempre á caza de acontecimientos de sensación con que dar interés al periódico. Aun queda el rabo por desollar. La proposición de Zumalacárregui no comprende solamente la parte que hemos visto que se ha cumplido ya, sino que dispone también que «en lo demás se proceda conforme á las leyes y decretos.» Por lo tanto, hay que proceder contra los que se habían conjurado para desobedecer las órdenes del gobierno, so pena de dejar impune un acto de grave rebeldía. El clero no tiene disculpa; en mi pueblo, durante el reinado del favorito, se leian desde el púlpito hasta los reglamentos contra los que entraban tabaco de contrabando. Creo que si así obedecian antes lo que les mandaba el *choricero*, mejor debían obedecer ahora lo que decretasen las Cortes soberanas.

Así sucedió, en efecto, formándose causa á varios canónigos, y ¡oh, abominación! suspendiéndoles durante el proceso sus temporalidades. El primer impulso fué de humildad y acatamiento, pero repuestos un tanto, acudieron los procesados á las Cortes en queja contra el ministro de Gracia y Justicia, Cano Manuel, que lo era ya desde la anterior Regencia, en cuyo tiempo pertenecía y apoyaba á los canónigos, volviéndose su contrario en la nueva situación, conducta falaz y muy imitada en los presentes aciagos tiempos. Cano Manuel se defendió bien, porque sabía hablar perfectamente, pero no pudo disipar la desestimación en que le tuvieron muchos diputados

liberales por la doblez con que se había portado. Los canónigos fueron expulsados de Cádiz.

También fué, no expulsado, sino extrañado, el Nuncio, ocupándole sus temporalidades y dándole los pasaportes, conducta que tenía muchos precedentes, habiendo obrado de igual manera monarcas tan cristianos y devotos como Fernando V y Felipe II.

Así acabó aquel negocio, cuya relación hemos creido interesante que figurase en este libro como ejemplo de la alta sabiduría y admirable civismo de las Cortes de Cádiz, que tan perfectamente desempeñaban la ardua misión de dirigir en aquellos turbados tiempos la nave del Estado, haciendo frente lo mismo á los ejércitos invasores que á los rebeldes que se oponían á sus justos y soberanos preceptos.

X.

Al principiar la campaña de la primavera de 1813, el ejército anglo-portugués ocupaba la frontera lusitana que hace cara á Ciudad-Rodrigo, siendo considerado como la base de las operaciones de toda la península.

A derecha é izquierda de dicho ejército se alojaba el 4.° español, al mando de Castaños, convertido en modelo de instrucción y disciplina gracias al esmero y pericia del jefe de Estado Mayor D. Pedro Agustín Girón.

Estaba dividida aquel contingente en tres cuerpos, llamados ala derecha, centro y ala izquierda. El 1.° constaba de las divisiones Morillo y España y permanecía en Extremadura y Castilla. El 2.°, de las divisiones Losada, Bárcena y Porlier, y se alojaba en el Vierzo y Asturias, y el 3.°, de las divisiones Longa, ó de Iberia, Mendizábal y Mina. Estas divisiones se llamaban también 1.ª, 2.ª, etc., según el orden en que las hemos nombrado. Había, además, otra de caballería, al mando de Penne Villemur, adscrita generalmente al Centro.

Dicho ejército formaba un total de 40.000 hombres, de ellos 3.600 ginetes.

El tercer ejército nacional, mandado por el duque del Parque, constaba de 23.000 hombres y 1.400 caballos, formando tres divisiones de infantería y una de caballería, respectivamente regidas por el príncipe de Anglona, D. Pedro Téllez Girón, el marqués de las Cuevas, Mourgeón y D. Manuel Sisternes. Estaba apostado en Sierra Morena y la Mancha y se daba la mano con la reserva que organizaba en Andalucía el conde de la Bisbal, la cual constaba ya de 16.000 infantes y 700 caballos.

El 1.° y 2.° ejércitos operaban en Cataluña, Aragón y Valencia, al mando de Copons y Elío, formándose, finalmente, otra reserva en Galicia, bajo la dirección de Lacy.

A su vez tenían los franceses distribuidas sus fuerzas del siguiente modo: *Ejército del Mediodía*, al mando de Gazán, situado en Toledo; del *Centro*, al mando de Drouet d' Erlón, en Madrid; de *Portugal*, ocupando Castilla la Vieja y Leon, al mando de José, que fué á residir en Valladolid y tomó la dirección de todas las fuerzas una vez hubo marchado á Francia el mariscal Soult, llamado por Napoleón para destinarle á la guerra de Alemania; y del *Norte*, al mando de Caffarelli, con residencia ya en Vitoria, ya en Burgos.

El total de estos cuatro ejércitos no ascendía más que á 80.000 hombres con 7.000 caballos, siendo debida semejante merma al continuo envío de socorros á Napoleón. Soult sólo se llevó más de 6.000 hombres.

Tal era la situación respectiva de los dos ejércitos en Marzo de 1813.

XI.

En vista de la nueva campaña que se preparaba, debieron salir para ir á ocupar su puesto los valientes militares que tenían en Cádiz sus amores ó sus recuerdos. Espinosa fué destinado á las órdenes de don Pablo Morillo, juntamente con Méndez; Fraser siguió á lord Wellington y Diego López y Fidel Villarias formaron parte del ejército de reserva que organizaba O'Donnell.

Triste quedó Estrella, triste la condesa Brianda y triste Gabriela.

En cambio, la duquesa de Orgiva estaba muy alegre; empero, para saber de qué procedía su contento, conviene que retrocedamos algunos meses atrás, cuando Miranda y Revoredo partieron á tomar parte en la guerra de Rusia.

LIBRO UNDÈCIMO

RUSIA

CAPÍTULO PRIMERO

Donde se encuentra á más de un conocido

I

Salidos de Cádiz á últimos de Marzo de 1812, á bordo de un buque de guerra inglés, llegaron Teglew, Miranda y Revoredo á Londres quince días después, permaneciendo allí dos meses; embarcáronse luégo en un hermoso pailebot que se dirigía á Goteborg, en Suecia, y dieron vista á aquella plaza, que no habrán olvidado nuestros lectores, al comenzar el mes de Julio.

Atravesaron rápidamente, los tres viajeros el mediodía de Suecia, siendo en todas partes cordialmente recibidos, pues los naturales guardaban de los españoles agradables recuerdos de cuando la retirada de La Romana, y vueltos á embarcar en Karlscrona llegaron por fin á Riga el 1.° de Agosto, presentándose acto seguido al gobernador con las credenciales que les acreditaban de agregados al cuartel general del príncipe Bagratión. Inútil es decir que el viaje había corrido á cargo del gobierno ruso, que había conferido al conde Teglew las más amplias facultades para el caso.

A la fecha en que desembarcaban en Riga nuestros tres expedicionarios, el ejército francés había pasado sin obstáculo el Niemen y se aprestaba á atravesar el Dnieper para caer sobre Moscou.

Componíase la *Grande Armée* de 400.000 hombres, sesenta mil caballos y mil doscientos cañones, distribuidos en 12 cuerpos de infantería y 4 de caballería, además de la guardia imperial, los parques, las guarniciones prusianas movilizadas, la división danesa y los 5.000 españoles que quedaron en Dinamarca, restos de la que mandaba La Romana (1).

Nada más extraordinario que la composición del *Grande Ejército*. El 1.°, 2.° y 3.° cuerpos estaban formados exclusivamente de franceses á las respectivas órdenes de Davout, Oudinot y Ney; el 4.°, constituido por italianos y la guardia imperial, lo acaudillaba el virey de Italia, Eugenio de Beauharnais; el 5.° era de polacos, á las órdenes de Poniatowsky; el 6.° de bávaros, al mando de Gouvión Saint-Cyr; el 7.° de sajones, regidos por Reynier; el 8.° de westfalianos, con el rey Jerónimo y el mariscal Junot al frente; del 9.° había solamente cuadros, á cargo de Víctor; el 10.° se componía de los prusianos y la división Grandjean, dependiendo de Mac-Donald; del 11.° estaba encargado Augereau, duque de Castiglione, y el 12.° era enteramente austriaco, acaudillado por el príncipe de Schwartzemberg. Mandaban los cuatro cuerpos de caballería Nansouty, Montbrún,

---

(1) A uno de ellos, que había ejercido las importantes funciones de tambor mayor, lo conoció el autor desempeñando la plaza de conserje del Instituto en que estudió.

Grouchy y Lautour-Maubourg, bajo el superior gobierno de Joaquín Murat, rey de Nápoles.

Allí se hablaban todas las lenguas: francés, italiano, alto y bajo alemán, lithuanio, danés, holandés, croata, español y portugués; era además muy grande el número de mujeres y niños que seguían á sus amantes, esposos y padres.

El ejército ruso constaba de dos cuerpos, bajo el nombre de 1.° y 2.° ejército de Occidente, al mando del barón de Tolly y el príncipe Bagratión, formando un total de 47 divisiones, de las cuales ocho eran de caballería.

Hasta entonces no había opuesto casi resistencia alguna á la invasión, dejando que los franceses se fueran internando y vencieran.

Verdad es que las victorias que alcanzaban los franceses eran peores que las de Pirro.

Los polacos les habían acogido como á sus libertadores (¡pobres polacos!), por más que al recibir el emperador á los comisionados de Varsovia y oir que le hablaban de independencia y libertad, hubiese hecho una desagradable mueca. No le gustaba á él que le hablasen de estas cosas. Los polacos debían darse por harto dichosos con que él se dignase ceñirse la corona de los Jagelones y Casimiros.

Tales eran los dos enormes ejércitos que estaban frente á frente, regidos en jefe cada uno por un emperador.

II.

Después de una fatigosa marcha de quince días, divisaron nuestros dos españoles y su amigo las torres de la catedral de Smolensko. El sol era tan abrasador que recordaba á Miranda el de las Antillas.

Mal debían pasarlo los franceses cuando habían topado por el camino con una porción de ellos que vagaban extraviados, los cuales les dieron cuenta de que el ejército napoleónico sufría en gran manera los rigores de la sed y el hambre, empezaba á mostrarse muy indisciplinado y tenía además gran número de enfermos á consecuencia de lo insalubre de aquel terreno pantanoso.

Era Smolensko una de las mejores ciudades de Polonia, llena de soberbios palacios y suntuosas casas y rodeada por una muralla de treinta piés de altura y doce de espesor, flanqueada á intervalos por enormes torres que formaban bastiones, en cuyas troneras había emplazadas piezas de grueso calibre.

Habíanse reunido allí, poco antes, los ejércitos de Tolly y Bagratiou, retirándose á corta distancia, después de dejar una guarnición de 30.000 hombres á las órdenes del general Doctorow.

Miranda pudo dar al gobernador algunas importantes noticias, entre ellas la de que al día siguiente se presentaría Napoleón ante la plaza con el grueso de su ejército.

Doctorow le dió las gracias, como si nada le hubiera importado lo que acababa de decirle el recién llegado.

Cumplióse exactamente el anuncio de Miranda. Al amanecer del 16 de Agosto pudo verse desde la muralla al emperador.

El ejército francés empezó á maniobrar. Mandaba la izquierda, Ney; la derecha, Poniatowsky, y el centro, el ilustre Davout.

Hubo dos días de combates parciales sumamente sangrientos; una y otra artillería rivalizaban en destreza, hasta que el día 19 abrieron brecha los franceses y se dispusieron al asalto.

Llegaron refuerzos á los sitiadores, con lo cual pudo prolongarse la lucha hasta la noche.

Al retirarse nuestros dos amigos juntamente con Teglew, dijo Miranda:

—Veremos mañana.

—¿Mañana?—contestó Teglew.—Mañana no existirá ya Smolensko.

Daban las doce de la noche cuando el conde despertaba á sus dos camaradas, exclamando:

—*¡Aprisa! ¡A Moscou!*

A la una salían de la ciudad densas columnas de humo y torbellinos de llamas que alumbraban la retirada del ejército ruso; Smolensko parecía exactamente el Vesubio.

Cuando á las dos, los franceses fueron á dar el asalto, pudieron ver que la plaza había sido evacuada completamente. En todas las calles y plazas había hacinados inmensos montones de cadáveres ó moribundos iluminados por el lúgubre y fatídico resplandor del incendio.

Al rayar el día entró en la ciudad el resto del ejército francés. No se veían por todas partes más que ruinas y cadáveres; los palacios, presa aún de las llamas, sólo ofrecían paredes agrietadas y cuarteadas por la acción del fuego, yaciendo bajo sus en-

negrecidos escombros, los carbonizados cadáveres de los habitantes consumidos por la quema.

Este fué el único resultado obtenido de aquella encarnizada batalla: la conquista de una ciudad hecha pavesas.

Los soldados alojáronse como pudieron en las contadas casas que habían sido respetadas por el voraz elemento, mientras multitud de andrajosos judíos de luengas y sucias barbas y repulsivo aspecto, lamentábanse á grito herido con la familia superviviente de la muerte de sus hijos y la pérdida de sus hogares y riquezas.

Los rusos que habían logrado salvarse se habían refugiado en la soberbia catedral, una de las mejores de Europa. El aspecto del templo era desgarrador; aquel venerando santuario hallábase convertido á la vez en baratillo y hospital. Todos lloraban; los moribundos se despedían de sus hijos; las madres corrían desesperadas de un lugar á otro, llorando perdidos sus pequeñuelos, en tanto entraba el sol por las bizantinas ventanas derramando su resplandeciente claridad y se oían los ecos de las músicas francesas tocando: «Velemos por la salud del Imperio.»

Los invasores completaban la ruina del incendio, saqueándolo todo.

Al saberse en París que la batalla de Smolensko sólo había producido la adquisición de un montón de ruinas, fué general la consternación.

III.

Pasaba por la plaza de San Sergio un escuadrón de húsares de la 4.ª división ligera cuando un oficial ruso, que yacía en tierra herido, haciendo un esfuerzo para incorporarse, volvióse hacia el jefe que mandaba la fuerza y exclamó:

—Una palabra, mi comandante.

Dirigióse hacia quien le llamaba el jefe francés, y echando pié á tierra, contestó:

—¿Qué se os ofrece?

—Primero, deshacer una equivocación. He sabido que se ha acusado al valiente oficial polaco Conrado Walewsky, de haber dado traidora muerte al general Roussel en el bosque de Ostrowna, cuando la batalla del 26 de Julio, siendo así que el general murió á mis manos, en lo más recio del combate, de un pistoletazo.

—¿Vos lo matasteis?—exclamó el comandante con acento de espanto.

—Yo, sí. Debéis, por consiguiente, hacer que se ponga en seguida en libertad al capitán á quien se ha creido autor del hecho.

—Está fusilado ya,—repuso el comandante, horriblemente pálido.—Le pasaron por las armas en Varsovia al siguiente día.

—Pues se cometió un asesinato.

—Creed que intercedí por él, como presidente que fuí del consejo de guerra, haciendo presentes las maravillas que ví hacer á vuestros tiradores.

—Yo fuí también quien mató ayer al general Grabousky, á cuyo lado estabais al atacar el arrabal.

—Murió como un valiente.

—Ahora bien, dicho esto, creo que no tendréis inconveniente alguno en creer interesada la súplica que voy á dirigiros. ¿Leísteis la proclama que esparcimos en vuestro campamento cuando os disponiais á atravesar el Dwina?

—No; yo no me reuní con Latour-Maubourg hasta Witebsk.

—Pues bien, lo que decía la proclama es la verdad. No os dejéis engañar de nuestros primeros movimientos; pensad en que vendrá un ejército tras otro y que por vuestra parte estaréis enteramente imposibilitados de recibir refuerzos, hallándoos á más de seiscientas leguas de Francia y dejando á retaguardia un país desolado y árido. No huimos de Napoleón, puesto que ya veréis cómo aceptaremos el combate en lugar y ocasión oportunos, pero entonces, ¡ay de vosotros! porque os será imposible la retirada. Todos conocemos vuestra bravura; hemos peleado en Austerlitz, Eylau y Friedland y sabemos hasta dónde llega el valor de los franceses. Somos enemigos vuestros, pero al propio tiempo somos cristianos. Si queréis evitar, pues, que perezcan en medio de los más espantosos horrores centenares de miles de vuestros hermanos de armas, conminadles á que se retiren de este país, donde les aguarda, no la gloria, sino una muerte oscura y miserable, la muerte horrible, la muerte sin honor ni renombre. Comandante, no os aconsejo ninguna cobardía, sólo, sí, que ceséis de obedecer á ese hombre, azote de las madres, plaga de Europa, egoista sin corazón, cabeza trastornada por una ambición satánica y absurda. Os lo dice un moribundo: ó la retirada acto continuo ó no salís de aquí ninguno de los que habéis entrado.

—Capitán, — repuso el húsar, — agradezco vuestras intenciones, pero bien veis que lo que me proponéis es una defección.

—Os propongo salvar al ejército francés.

—Faltando al honor.

—Desobedeciendo á Napoleón.

—Es faltar á lo jurado.

—Bien, como queráis, pero haga Dios que algún día no os acordéis de mis palabras. ¡Dios quiera que algún día no os arrepintáis de no haberme escuchado!

—Os repito que agradezco vuestras caritativas intenciones y que si jamás puedo corresponder con otro favor al que tratabais de prestar al ejército francés, me consideraré como muy dichoso.

—Lo mismo os digo.

—¿Vuestro nombre?

—Alejo Tchernicheff, capitán del 5.° de tiradores de Volinia; si para algo me necesitáis, para acreditar la inocencia de Walewsky, y no muero, me encontraréis en el hospital. ¿Cómo os llamáis vos?

—Octavio de Saligny, jefe de escuadrón del 1.° de húsares.—Os ruego me mandéis una declaración firmada respecto á vuestra única participación en la muerte del general; á lo menos salvaré una honra.

IV.

Era, en efecto, Octavio, que retirado en Borgoña desde que se separó del ejército de España, había vivido feliz y dichoso con Julia hasta que estalló la guerra con Rusia; entonces había pedido otra vez la vuelta al servicio activo y una vez concedido había sido destinado á mandar un escuadrón de húsares, á las órdenes de Latour-Maubourg, jefe del 1.° cuerpo de caballería, como queda dicho.

Las palabras de Tchernicheff habíanle causado al joven comandante profunda impresión, tanto porque no se le ocultaba la tremenda verdad que encerraban y que confirmaba el fin de Smolensko, muestra de lo que se proponían hacer los rusos, como también por otros motivos que sabremos más adelante.

Saligny fué á encontrar al general duque de Orthez y habló con él por largo rato con mucha exaltación, sin que el duque contestara más que con desdeñosas sonrisas, hasta que por fin exclamó:

—Comandante Saligny, creo que no me pondréis en la precisión de recordaros que los fallos de los consejos de guerra no pueden ser anulados y que ningún inferior tiene derecho á hablar de ellos en los términos que os habéis permitido usar. Comandante Saligny, os mando, pues, que os abstengáis en lo sucesivo de decir una palabra más acerca de esta cuestión.

El ejército francés, después de ser revistado en Smolensko por el emperador, siguió su marcha hasta Moscou, sin víveres, almacenes, ambulancias, ni caballos, pues éstos todos estaban estropeados de fatiga. En vez de contentarse con ser dueño de los destinos de Polonia, el loco déspota quería hacer firmar la paz á su contrario en su propio palacio imperial, según era su ley.

No pensaba que tenía á su izquierda el cuerpo de Wittgenstein y que dejaba á sus espaldas el ejército ruso que operaba en Moldavia contra los turcos y que hecha la paz podía de un momento á otro precipitarse sobre él, pues era hacerse una completa ilusión acerca de la sinceridad de la cooperación de los austriacos contar con que se opondrían al paso de los rusos al dirigirse desde la Moldavia á atacar á los franceses por la espalda.

V.

Napoleón salió de Smolensko el 23 de Agosto, atravesando por un país que, á diferencia del anteriormente visto, abundaba en granos, frutas, ganados y todo género de víveres, por no haber sido talado ni haberse saqueado ni desamparado ninguna casa. Cruzaron sus tropas el Vop, riachuelo de lecho muy profundo y encajonado entre rápidas pendientes, habiendo costado mucho el paso de la artillería en atención á lo escarpado de sus márgenes, hasta el extremo de tener que doblar los tiros para arrastrar los cañones. Por lo demás, apenas pasaba agua por el río. Era en verano. Saligny, sin embargo, demostró alguna preocupación ante tales dificultades.

Continuando su marcha, los franceses volvieron á ver el Dnieper, cuyas orillas pantanosas cubiertas de bosques de pinos tocaban casi en la colina por donde iba el camino que seguían.

El paisaje era nuevo y hermosísimo; ora se presentaba á la vista del ejército un tranquilo lago dominado por soberbio castillo de pintorescas almenas flanqueadas de imponentes torres, ora valles y cam-

pos cultivados, habitados por laboriosos y pacíficos campesinos; la marcha era, pues, descansada, padeciéndose tan sólo insoportable calor, digno de Egipto, Madrid ó Sevilla.

Sin embargo, una cosa llamaba la atención, y era la guerra incesante y eficaz que empezaban á hacer los aldeanos, como si quisieran remedar á los terribles guerrilleros españoles. Vagaban numerosas partidas en seguimiento del ejército francés, haciendo hábiles sorpresas y capturando con mucha frecuencia á los numerosos rezagados.

¡Desdichado del que llegaba á caer en manos de los *moujiks!*...

Los veteranos que habían hecho la guerra de España encontraban muy particular el caso.

—¿Habrán venido á enseñarles á esos tártaros la táctica de guerrillas?—decíanse entre sí.

Y no se equivocaban: Miranda y Revoredo habían fundado ya una escuela de partidarios, que, como principiantes, no lo hacían mal, hasta el punto de haberse visto obligado Beauharnais á formar contraguerrillas, encargadas especialmente de guiar y recoger á los rezagados.

El 27 llegó la vanguardia bonapartista á Agopochina, donde hizo alto su ejército.

Llamó la atención de los franceses aquel lugar por un grandioso castillo y una magnífica iglesia de piedra que allí había, con cuatro hermosos peristilos á sus lados; llenos de curiosidad penetraron muchos en el templo quedando sorprendidos ante la profusión de cuadros y pinturas murales que lo adornaban, los cuales recordaron á los inteligentes los que habían visto en Italia de las escuelas que los griegos fundaron después de la caida de Constantinopla.

Estaba muy embebido contemplando aquellas bellas imágenes el bizarro comandante Saligny cuando acertando á pasar el general duque de Orthez le llamó, diciéndole en tono frío y extrañamente desabrido:

—Comandante Saligny, partiréis al momento á llevar estos pliegos á S. M. el rey de Nápoles; buscadle hacia el camino de Moscou y no volváis sin su respuesta. ¿Entendéis, señor comandante?

El marqués de Lagarde salió de la iglesia, montó á caballo y partió, tomando por un llamado camino que era apenas un mal sendero, cortado á cada momento por barrancos. Largas horas anduvo galopando por aquella solitaria vereda hasta que entrada ya la noche divisó un almenado castillo al través de cuyas ventanas resplandecían varias luces.

—¿Será Murat,—se preguntó, deteniéndose,—ó serán los rusos?

Pero antes de que tuviese tiempo de contestar á su mental pregunta, vióse envuelto por una partida de cosacos que lanzando sus feroces gritos de:—*¡Hurra! ¡hurra!*—lo llevaron al castillo de Pokrow.

VI.

Los cosacos llegaron á una pieza que servía de cuerpo de guardia y entregaron el prisionero al que parecía ser su jefe. Hízole éste una seña á Saligny y entraron ambos en un gran salón amueblado con todas las preciosidades que puede soñar una imaginación oriental y con todo el gusto de la más exigente moda de aquel tiempo.

La arquitectura era una mezcla de estilo moscovita y árabe. Multitud de cuadros de Rembrandt, Rubens, Rafael y Velázquez encerrados en severos marcos hacían de aquella estancia una galería, digna rival de la célebre del *Ermitaje*. Preciosas aguasfuertes y rarísimas estampas del siglo XVIII, porcelanas de Sèvres y de la Casa de la China, arañas de prodigiosa labor, divanes, sillones y sofás de original estilo, todos de raras telas orientales, y grandes espejos de Venecia, completaban la riqueza artística de la suntuosa pieza.

Multitud de bujías colocadas en las arañas y en candelabros de bronce y cristal de Bohemia iluminaban espléndidamente la estancia.

Octavio vió á una mujer vuelta de espaldas, cuyas largas trenzas rubias se destacaban como dos gruesos cordones de oro sobre su negro vestido.

Volvióse la dama al oir los pasos de los dos recién llegados y exclamó con indefinible acento de sorpresa y amenaza:

—¡Vos aquí, marqués de Lagarde!

Octavio, turbado y preso de violenta emoción, respondió:

—Señora, he caido prisionero.

—¡Azares de la guerra! ¿Tenéis que darme alguna queja de nuestros soldados?

—No, condesa, absolutamente ninguna. Han cumplido con su deber.

—Deploro, sin embargo, vuestra desventura, comandante.

—Señora, permitid que no admita ni favor ni benevolencia. Soy francés, y por lo que veo, vos rusa. Hagamos, pues, la guerra y resulte lo que resulte. Cuando yo pedí volver al servicio para combatir á los moscovitas, sabía ya á lo que me exponía.

—Y si os hubiesen dicho que teniais que caer en mi poder después de lo que ha ocurrido, ¿hubierais pedido también la vuelta al servicio... como mi marido?

—También, señora. Ni los cosacos me intimidan ni me pueden ofender nunca las duras y desdeñosas miradas de dama que se encuentre en el caso que vos.

—¡Quizás fiáis demasiado!...

—Señora, confío absolutamente en que me mandaréis fusilar.

—Comandante, no creería cometer ninguna injusticia si así lo dispusiese, pero de todas maneras cuidaría antes de someteros á algún consejo de guerra...

—La viuda de Conrado Walewsky tiene motivos de sobras para vengar en cualquier francés la muerte de su marido, y más si logra tener prisionero, como tiene, al que presidió el tribunal que condenó á muerte al desdichado conde.

—Pues no hay que hablar más; la que se honra llamándose hoy condesa de Teglew va á mandar se cuelgue de una almena de su castillo al señor marqués de Lagarde. Tenéis de tiempo hasta mañana, para que no se diga que no os he dado tiempo para dictar vuestras últimas disposiciones.

—Gracias, señora condesa. Todas mis disposiciones están ya arregladas desde que salí de Borgoña.

—¿Allí está vuestra... señora?

—Sí, está allí.

—¡Ella en Francia y yo en el corazón de Rusia! ¡Extraño destino el nuestro!

VII.

Octavio de Saligny no había perdido por un momento la serenidad; en cambio Aurora Osorio estaba pálida y agitada.

—¡Comandante!—exclamó de pronto con tono breve y amenazador.—¿Por qué no defendisteis á vuestro amigo cuando fué llevado á Varsovia y fusilado en los fosos de la ciudadela?

Lagarde no contestó.

—¿No sabiais acaso que la acusación de que fué objeto era debida al miserable despecho de ese duque á quien abofeteé por infame y mal nacido? ¿Cómo vos, su compañero de armas, podiais creer que Conrado hiciese traición á la causa francesa y asesinase al general Roussel en el bosque de Ostrowono? ¡Él, él, asesino!

—Condesa, fué una fatalidad, es cierto. El matador del general Roussel es un capitán de tiradores rusos.

—¿Lo sabiais, pues? ¡Oh, me dais horror!

—Lo he sabido.

—¿Y las pruebas? ¿Por qué no las habéis presentado en seguida?

Octavio calló.

—Hablad. ¿Vive ese capitán? ¿En dónde está?

—Quizás, sí. En Smolensko.

—¡Ah, Dios mío! ¿Cómo se llama? Decídmelo, hablad, Octavio...

—Alejo Tchernicheff, del 5.° de tiradores de Volinia.

—¿Y sabiéndolo, no habéis proclamado en seguida la inocencia de vuestro amigo?

Octavio de Saligny calló de nuevo.

—Corred, corred al punto y decídselo al virey, decidle que mande á buscar en seguida á ese oficial y rehabiliten la memoria de mi esposo. Corred, corred, Octavio. Tomad los mejores caballos de los cosacos, todo, tomadlo todo.

—Señora,—repuso Octavio,—si salgo de aquí será para ir en busca del rey de Nápoles; esa es la orden que he recibido.

—¿Y la memoria de vuestro amigo? ¿Y mi honor?

—Señora, el duque de Orthez me ha mandado lo que os he dicho. He de cumplirlo.

—¿Pero pertenecéis acaso al estado mayor del duque?

—No, condesa.

—¿Y por qué os ha mandado, pues, abandonar vuestro escuadrón?

—El duque estaba en su derecho al darme la orden, —replicó Octavio.

Miróle Aurora y cogiéndole por una mano exclamó rápidamente:

—Nada me neguéis. El duque os ha enviado hacia aquí para que os matasen. Sí, para que os matasen, porque le habéis revelado la confesión del oficial. ¡Comandante marqués de Lagarde, estáis libre! La condesa de Teglew lo manda. Desde este momento



GRACIAS, GRACIAS, MARQUES DE LAGARDE

podéis disponer cuanto os convenga. No esperaba yo menos de vos, Octavio.

—Gracias, señora,—contestó Lagarde.

VIII.

Reinó profundo silencio en la estancia.

Saligny, de pié, estaba al parecer muy distraido; muy pensativa Aurora.

Un reloj, maravilla del siglo xv, construido por un artífice de Friburgo, dejó oir su argentino són, señalando las once de la noche.

El armonioso toque pareció que despertaba de su ensimismamiento á los dos personajes.

—Octavio,—murmuró Aurora,—¡Conrado fué villanamente asesinado!

—Sí, —respondió Saligny. — Fué asesinado por orden del duque; había siete bolas en el consejo, yo, su presidente, fuí el único que dió bola blanca. Los demás estaban comprados. Todos son ya coroneles. ¡Pobre Conrado!

—El duque me vió en Varsovia y creyó que podría fácilmente ponerme en la lista de sus conquistas, entre la mariscala de Lugano y la condesa Diana de la Chategneraie... Ignoraba que mi hermano se llama Enrique de Osorio y es capitán de lanceros de don Julián Sánchez. Ignoraba que mi hermana está casada con el brigadier Espinosa...

Nublóse el rostro de Saligny.

—Perdonad, marqués, que haya evocado estos recuerdos, pero jamás mi corazón ha dejado de palpitar al oir el nombre de mi patria y jamás he podido soportar la vista de un afrancesado. Yo no soy afrancesada, Octavio. Yo no he amado más que á mi Conrado, sin ver á qué nación pertenecía, como tampoco es afrancesada la condesa de Montespino; ella amaba al marqués de Lagarde, no al comandante de Saligny.

—Es verdad, —repuso Octavio.

—Jamás dejaré yo de tenerme por la más envidiable de las mujeres, siendo mi hermano capitán de guerrilleros; ¡quién sabe si el orgullo más grande de la marquesa de Lagarde no consiste en ser madre de la mujer de Espinosa!

—Me estáis matando con vuestras palabras, condesa,—repuso Saligny.—¡Ah! ¡Decís la triste verdad! No se puede borrar de vuestro corazón la imagen de los que pelean por su patria contra nosotros. ¡Sois españolas! ¿Por qué en vez de serlo no sois francesas, como bonapartistas nosotros?

—Sin repararlo he estado haciéndoos sufrir, Octavio. Perdonadme. ¡Oh, cuánto os parecéis á mi Conrado!

—¡Pobre Walewsky! Era más que amigo, mi hermano del alma. Lo que Méndez y Miranda para Espinosa.

—¿Los conocéis?—preguntó Aurora.

—Sí, condesa. Los conozco á todos y esa es una de las pocas dichas que he tenido en el mundo. Tres héroes, tres corazones. Espinosa, el honor, la lealtad en persona; Méndez, el entusiasmo, la hidalguía y la generosidad; Miranda, el tesón, la fortaleza, el ánimo inquebrantable y el gran servidor de los nobles ideales. ¡Ah! ¿Por qué ocultar nada? Pues bien, sí, os lo juro: si por algo me considero inferior á nadie es por no ser español, por no haber nacido en aquella tierra que tales caracteres produce. ¡Oh, condesa! ¡Qué fortuna la vuestra! No hagáis caso de nuestros mariscales-príncipes ni de nuestros duques-divisionarios, ni de nuestras enfáticas victorias. Saint-Cyr, Augereau, Víctor, Mortier, Mac-Donald, Latour, todos se han estrellado al querer venceros. Nada me conmueve tanto como ver á un Empecinado, á un Mina, á un Manso ó á un D. Julián Sánchez derrotar á los veteranos de Austerlitz, sin más auxilio ni inspiración que el de su patriotismo. Ahora mismo, si por algo encuentro grandeza en esta guerra que ha de ser causa de nuestro completo aniquilamiento es por ver algo de España: el pueblo batiéndose, guerrilleros que nos hostigan, un alzamiento de labradores que se sienten ofendidos por nuestra presencia. Creedlo, Aurora, he preferido ver arder Smolensko que no habérsenos entregado. ¡Arda todo, pero que no ceda nadie por respeto á nuestros tambores mayores y al emperador!

IX.

Mientras de esta suerte estaba hablando Saligny, un hombre que hasta entonces había permanecido de pié en un ángulo del salón, envuelto en un caftán negro, pues se dejaba sentir el frío aquella noche á pesar de lo caluroso del día, se fué acercando y cogiendo afectuosamente una mano de Saligny exclamó:

—¡Gracias, gracias, marqués de Lagarde! Los sol-

dados de la Albuera saludan á los vencedores de Smolensko.

—¡Miranda!—repuso Octavio, sorprendido al reconocer al guerrillero.

—El mismo, vuestro amigo, el que os ha traido aquí.

—¡Vos jefe de cosacos!

—¿Qué queréis? Me mandaron venir y vine. Os sorprendí y lo siento.

—¡Pues creed que si algo puede consolarme es pensar que me cogió Miranda!

—Gracias, comandante, pero admitid mis cordiales y sincerísimas excusas por haber tenido semejante honor. En cambio, si la señora condesa de Teglew cree deber disponerlo así, Miranda será quien os guie al cuartel general del virey... una vez sea ineficaz el parte que le traéis.

—Soy un prisionero de guerra,—respondió Saligny.

—Comandante Saligny, estáis en poder de la hermana de Enrique Osorio y del comandante Miranda, —repuso Aurora.

Y dirigiéndose hacia él y hablándole casi al oido, murmuró:

—Erais el amigo de Conrado Walewsky...

Octavio se estremeció.

—Mañana partiréis, comandante Saligny,—continuó diciendo,—solo, libre, con un pasaporte que os garantizará de todo tropiezo con nuestras tropas. Entre tanto, permitidme que me retire, Octavio. Vuestra vida será sagrada para todo soldado y patriota ruso; estáis tan seguro entre nosotros como si os encontrarais en vuestro castillo de Borgoña. Marqués de Lagarde, la condesa de Teglew sabe los deberes que impone la hospitalidad.

—Dormid tranquilo, marqués de Lagarde. Miranda es el jefe que os ha de custodiar hasta dejaros en salvo en el cuartel general francés.

El marqués de Lagarde saludó á ambos personajes y al encontrarse solo en el espléndido retrete que se le había destinado, exclamó, mirando un medallón que llevaba oculto en el pecho:

—¡Oh, Julia! ¡Hija tuya parece la condesa de Walewsky!



CAPÍTULO II

Táctica

I

Al rayar el alba salía el marqués de Lagarde del castillo, acompañado de Miranda, después de despedirse de la condesa Aurora.

Los dos hombres llevaban sus caballos al paso y guardaban embarazoso silencio. Por fin dijo Miranda:

—Suerte ha sido, comandante, que os toparais con mi partida y no con ninguna otra, pues de no ser así, era segura vuestra muerte. No podéis imaginaros en qué estado de irritación se hallan los paisanos rusos. Si Napoleón comprendiera el espíritu del país, no se atrevería á prolongar más esta lucha que ha de ser su total ruina. El sol de Austerlitz, eclipsado en Bailén, acabará por hundirse enteramente en estos áridos desiertos.

—Sois militar, Miranda, y comprenderéis que no nos toca más que observar una obediencia pasiva. El emperador lo manda y esta es la suprema ley para la nación y para el ejército.

—Era un consejo que me permitía daros para que obraseis en consecuencia, tanto más, en cuanto no sé cómo seréis recibido en el cuartel general en vista de vuestro percance.

—Diré la verdad y nadie podrá acusarme.

—No os fiéis mucho. Ya veis cómo se hizo aparecer criminal al conde Walewsky, sin serlo.

—Jamás dudé de su nobleza un solo momento.

—Pero el consejo lo componían siete y sólo vos votasteis la absolución. Pues así puede formarse otro tribunal para que os juzgue.

—Yo sabré demostrar la inocencia de Conrado y hacer que se rehabilite su memoria.

—Por lo mismo que el duque de Orthez sabrá que os habéis visto con la viuda, tendrá más interés en perderos.

—¿Pero qué misterio se encierra en ese fusilamiento?

—El duque de Orthez, digno seide y cortesano de Bonaparte, creyó deber seguir con la castellana de Kownoo, el procedimiento que suele seguir su amo cuando quiere apoderarse de una mujer, y trataba de cometer contra ella un verdadero atentado. Aurora, sin embargo, no era de esas *Rosettes* que cantan llenas de agradecimiento:

¡Quel honneur!
¡Quel bonheur!
¡Ah, monsieur le Senateur!

Y en vez de doblegarse á las brutales embestidas del duque, lo rechazó con toda la fiereza y desdén de una española, no empero sin que llegara á apercibirse de ello el noble conde. Retóle éste al momento, pero el infame señorón no quiso admitir el duelo y prefirió comprar á un sargento para que declarase que el capitán Walewsky había asesinado al general Roussel.

—¿Y cómo Aurora es ahora la esposa de un magnate ruso, viuda apenas de un patriota polaco?

—Comprenderéis que el asesinato de Conrado le

dejó poca afición á los franceses. Si hubiese podido trasladarse con facilidad á España, de fijo que allí hubiera acudido para tomar venganza. No tuvo por lo tanto, otra alternativa para combatir á los franceses que pasarse á los rusos. Dirigióse, pues, hacia Smolensko para desde allí presentarse al emperador donde lo encontrase y aquí fué, precisamente, en este castillo, donde tenía su cuartel general el czar. Alejandro la consoló y mandó que le aguardara allí mismo, mientras él se dirigía á Smolensko. Volvió á los pocos días junto con Teglew y yo. Al saber que en su castillo se hospedaba una española, apresurámonos los dos á presentarnos á ella, siendo indecible mi sorpresa al ver á Aurora de Osorio en un castillo de la Kaluga. Hace de esto seis días, el 22 de este mes de Agosto. Teglew se sintió desde el primer momento perdidamente enamorado de la viudita y le faltó tiempo para implorar del emperador que interpusiese su mediación para que Aurora se dignase quedarse en el castillo como dueña. El czar aceptó gustoso el ruego de su fiel vasallo y consiguió que Aurora consintiese aquella misma noche en la boda, celebrada al ruido de clarines y entre la agitación de una marcha. Una vez el pope les hubo enlazado con los vínculos del matrimonio, volvió Teglew á montar á caballo, despidióse de la condesa y la dijo:—Guardiana sois desde ahora de mi honor y espero que sabréis cumplir con todos los deberes que nos imponen las circunstancias. Quedáos en el castillo, acordáos de que sois mi mujer y obrad en consecuencia y confiad en que sabré vengaros.—Yo debí quedarme también como jefe de las partidas levantadas y ahí tenéis explicado todo lo que os haya podido extrañar de cuanto os pasa y habéis visto.

De pronto se detuvieron. En el horizonte, hacia poniente, aparecía como una aurora fantástica.

—¡Es Wiazma que arde!—exclamó Miranda.—Pronto encontraremos á los rusos, que después de haber pegado fuego á la ciudad, se replegarán hacia esta parte.

En efecto, al poco tiempo vieron aparecer por la carretera la vanguardia rusa.

II.

—Dejadlos pasar,—dijo Miranda.—Son los únicos rusos que quedaban ya hacia allí. Ya sabéis ahora dónde encontraréis á vuestras tropas: en las ruinas de Wiazma. Ayer era una ciudad hermosísima, llena de magníficos palacios, una población casi recién construida, modelo de buen gusto. ¡Nada queda ya de ella!

—¡Esto es espantoso!—exclamó Saligny, que no podía contener el estupor que le causaba ver salir aquellos torbellinos de humo y llamas de la infeliz ciudad.

—Pues os queda aún mucho que ver. Reparad que os encontráis á seiscientas leguas de París.

Desfiló toda la columna y al despedirse Miranda de Saligny le dijo:

—Espero que por vuestra parte no descuidaréis el asunto de la rehabilitación de Walewsky.

—Lo haré, Miranda,—respondió el francés.

Volvió el español grupas á su caballo y fué á reunirse con la columna, que marchaba hacia Proskow.

Lagarde llegó á Viazma al cabo de una hora, después de haberse hundido varias veces en las cenagosas orillas del río que da nombre á aquella capital, y vió que era cierto lo que Miranda había dicho. Wiazma había sido una ciudad lindísima, según atestiguaban sus rectas y bien empedradas calles y los restos de los bellos edificios que el fuego había devorado. Los rusos la habían dejado á los franceses sin un solo techo que pudiera cobijarles.

III.

El ejército francés estaba acampado en la llanura de Wiazma, imposibilitado de poder guarecerse dentro los muros de la plaza.

Lagarde se dirigió al cuartel general del virey de Italia, situado en una colina á corta distancia del río.

El príncipe Eugenio recibió á Lagarde con exquisita cortesía.

—Señor,—le dijo Lagarde,—enviado á entregar un parte á S. M. el rey de Nápoles, me ha sido imposible desempeñar mi encargo por haber tenido la mala suerte de haber caido prisionero de los rusos.

—¿Pues cómo estáis ya de vuelta?—preguntó Beauharnais.

—Gracias á una señora española he podido tener la suerte de poder regresar al lado de mis camaradas.

—¿Una española en la provincia rusa de Kaluga?

—Sí, señor. La condesa viuda de Walewsky, hoy condesa de Teglew.

—¿La conocíais ya?

—Sí, señor.

—Os felicito por vuestra buena fortuna, comandante.

—Gracias, señor, ya que esta buena fortuna me permite militar otra vez á las órdenes de V. A. y á las de S. M. el rey de Nápoles.

—Volved, pues, á tomar el mando de vuestro escuadrón, comandante. Pero si no fuese indiscreción tener que responder, ¿no podríais darnos alguna noticia acerca del enemigo?

—Ninguna, señor.

—Basta, marqués. Sois un excelente soldado. Tomad, por lo tanto, el mando del regimiento; el coronel actual pasará á mandar el 2.° y el de éste ascenderá á general de brigada, incorporándose por ahora á mi cuartel general. Vuestro regimiento irá á la vanguardia, á vuestras inmediatas órdenes.

—Gracias, señor. Aunque no merezco el honor que me otorgáis, acataré ciegamente vuestras órdenes.

El príncipe Eugenio tendió su mano á Octavio de Saligny y la estrechó con singular cordialidad.

IV.

El marqués de Lagarde no tardó en lucir sus nuevas insignias y se presentó al general de su división, duque de Orthez.

El orgulloso aristócrata quedó al parecer asombrado viendo al marqués de Lagarde ascendido de dos empleos á un tiempo.

—Mi general,—exclamó Saligny,—tengo el honor de participar á V. E. que el encargo que tuvo á bien confiarme, no he podido realizarlo con motivo de haber caido prisionero de las tropas rusas.

—Celebro en el alma, señor marqués,—contestó el duque con irónico acato,—que se hayan mostrado tan humanos con vos nuestros enemigos y que el sensible contratiempo que habéis experimentado os haya valido, sin embargo, esos galones tan ambicionados que ostentáis.

—No lo extrañéis, mi general. He podido recoger en el castillo de Proskow curiosas noticias, que una vez puestas en conocimiento de quien debe saberlas, no dudo han de dar lugar á alguna medida que ha de aplaudir mucho nuestro ejército.

—¿Qué habéis sabido en Proskow, señor marqués?

—Permitidme que guarde el secreto por ahora, mi general. Sólo os diré que en virtud de ejercer el mando del primer regimiento de húsares de la cuarta división del 4.° cuerpo de caballería, voy á tomar algunas medidas que habrán de influir en gran manera en el concepto formado acerca el difunto conde Conrado Walewsky.

Palideció el general al oir estas palabras y repuso:

—¡Mirad bien lo que hacéis, coronel!

—Os prometo por mi honor que lo miraré con toda la paciencia, calma y atención de que soy capaz, mi general. Tanto, que hasta vendrán á declarar capitanes del 5.° de tiradores rusos de Volinia, si llegase el caso.

El duque de Orthez perdió todavía más el color y exclamó con sarcasmo:

—¡Veo que la flamante condesa de Teglew os ha enterado á las mil maravillas!

—La condesa de Teglew no me ha enterado de nada, señor duque, sino de que hicisteis asesinar á su primer marido. Quienes me han enterado han sido otros. Por consiguiente, ó bien os batís conmigo en seguida ó tendré el sentimiento de acudir en contra vuestra al gran canciller de la Legión de Honor para que se os degrade de las insignias que ostentáis.

—Coronel, quedáis preso. Id á presentaros para que se os arreste.

—General, obedezco.

Saligny saludó al duque y se dirigió en seguida á encontrar al general de su brigada.

—Vengo á deciros, general,—dijo,—que debo constituirme preso por orden de S. E. el general duque de Orthez.

—¡Vos preso!

—Sí, mi general.

—¿Pero, qué motivos habéis dado?

—He acusado á S. E. de haber hecho asesinar al capitán Walewsky.

—Gran responsabilidad contraéis, coronel Saligny.

—Lo sé de cierto, mi general, pero tendré pruebas; testigos que lo declararán.

—En este caso,—exclamó el brigadier sonriendo,—no tenéis más remedio que ir arrestado. Sin embargo, estamos en vísperas de tener, por fin, ese famoso encuentro con los rusos que siempre se desvanece y no puedo privar al regimiento de su coronel. En vista, pues, de las circunstancias, espero que os

presentaréis en el Kremlín para que se os juzgue, quedando entre tanto libre bajo mi única responsabilidad. Y á propósito: como sois, además de buen ginete, inteligente politécnico, quedaréis á mis órdenes como jefe de Estado Mayor.

—Gracias, mi general,—repuso el coronel.—¡Hasta Moscou!

V.

El ejército siguió su marcha y llegó al cabo de la jornada á Proskow.

Saligny esperaba con cierta ansiedad encontrarse de nuevo en aquel castillo donde había pasado algunas horas felices oyendo hablar á Aurora en la lengua que hablaba su mujer.

Como iba á la vanguardia fué el primero en penetrar en aquel suntuoso alojamiento que había abandonado aquella misma mañana, pero no pudo sufrir el espectáculo que se ofreció á su vista, verdadera imagen de la devastación.

Aurora había comprendido perfectamente el sentido de las recomendaciones del conde Teglew y el castillo no contenía un solo objeto que no estuviese hecho trizas. Los muebles todos aparecían rotos á pedazos; los cuadros arrancados de sus marcos, esparcidos por el suelo y reducidos á fragmentos; los ricos objetos de arte destruidos y convertidos en inútiles trozos; todo mutilado, triturado y deshecho. Hasta las provisiones se habían hecho inservibles por estar mezcladas con tierra, yeso y quizás con veneno. ¡Triste recibimiento!

Los franceses que contaban encontrar allí facilidades para avituallarse y habían abrigado esperanzas de rico botín, se encontraron reducidos á contemplar un cuadro de completa ruina y horrible desorden. Todo indicaba que los habitantes del castillo habían destruido todas las riquezas que encerraba en vista de la imposibilidad de llevárselas y antes de que pudiese aprovecharse de ellas el enemigo.

El ejército francés experimentó un profundo desaliento; dejaba tras sí Wiazma ardiendo y se encontraba con el castillo de Proskow sin más que las murallas.

Saligny, recordando las palabras de Tchernicheff y la conversación de Miranda, estaba preocupado.

Inquietábale sobre todo que Napoleón obrase como emperador y no como general. Todo lo hacían Berthier y Murat, en quienes no fiaba gran cosa. Si hubiese visto á Davout al frente, quizás hubiera abrigado más confianza, pero no se la inspiraba ninguno de los otros dos mariscales.

A la vista de aquellas extrañas masas de gente recordaba las antiguas epopeyas; parecíale el príncipe Eugenio un noble Héctor, todo dulzura y valor; un Carlo-Magno Napoleón; un Menelao el príncipe de Eckmül, Davout; un Ulises, Daru; un Aquiles, Murat; pero pensaba también que además de los paladines podía haber también los Ganelones y le inquietaban aquellos generales bávaros, sajones y austriacos que ejercían mando al frente de sus contingentes.

Al día siguiente continuó su marcha el ejército, apoderándose de Ghiat.

El emperador dió orden de que las tropas descansasen tres días, acantonándose allí, en Paulowo y Woremiwo, y de que limpiasen las armas.

Era seguro que se acercaba una gran batalla.

Sabíase que había tomado el mando en jefe del ejército ruso el héroe de las guerras de Turquía, Kutusoff, viejo y astuto guerrero, que abrigaba contra los franceses odio implacable.

Los rusos estaban cansados de retroceder y deseaban la pelea.

VI.

Una vez hubo dejado Miranda á Saligny delante de Wiazma y presentádose al jefe de la columna rusa, corrió hacia Proskow á participar que los franceses no tardarían en llegar, en vista de la retirada del ejército ruso.

Aurora le preguntó si había adquirido alguna noticia respecto al paradero del capitán de tiradores Tchernicheff, que era precisamente el principal motivo porque se había incorporado momentáneamente el guerrillero á la columna rusa.

—El capitán Tchernicheff se encuentra en Smolensko, señora,—respondió el español,—pero declarará cuando llegue el caso. Lo que urge ahora es precavernos de cualquier sorpresa y hacer inútil á los franceses la posesión del castillo.

—Encargadlo á vuestros cosacos,—repuso Aurora.—Que vea el conde Teglew que sé comprender sus órdenes.

—¡Pobres salones!—exclamó Miranda, dirigiendo

una mirada compasiva á aquellas magníficas estancias.— En fin, arda Troya y hágase todo conforme á la táctica rusa.

No tardaron en dar cuenta del castillo la tea incendiaria y la destructora piqueta.

En un momento quedó todo destruido. Parecía que hubiesen caido sobre Proskow las hordas de Atila ó un ejército de iconoclastas.

—¡Adelante!—exclamó Miranda, una vez no quedó nada por destrozar.—¡Lástima que no le hayan dado un mando al señor duque de Dalmacia! A él que le gustan tanto los cuadritos, le habría causado un verdadero placer ver todo esto... entero y cotizable.

Extraño espectáculo presentaba el ejército ruso al proseguir su retirada. Los reveses que había sufrido habían producido en él igual efecto que el que ocasionaban á los españoles las batallas que perdían. Unos y otros sabían que sería suya al cabo la victoria; la tenacidad ibérica y el estoicismo ruso habían de triunfar fatalmente de la actividad francesa, movida por el servilismo hacia un déspota.

Iban, pues, los soldados alegres y contentos, cantando con sarcástico tonillo siniestras canciones. Sabían que quemando las ciudades y albergues se perjudicaban ellos, pero que perjudicaban más todavía á los franceses. Corrían de boca en boca las legendarias hazañas de Gerona y Zaragoza, no abultadas, ciertamente, pero sí magnificadas por la distancia.

El calor que se dejaba sentir les impacientaba extrañamente, pareciéndoles que combatían en otro clima que el suyo.

—Nos falta el gran feldtz-mariscal,—decían con cierta nostalgia del invierno.

—Sin embargo, no es mal suplente el incendio,—respondían otros.

—Los dos reunidos van á hacer maravillas.

—¡Pobre Napoleón! Va á quedarse sin narices y achicharrado.

—¡Él y todos!

—¿Vamos derecho á Moscou?

—Sí, derechitos, á menos que el viejo no disponga otra cosa.

—Pues de veras siento no pelear antes un poquito.

—Creo que Kutusoff querrá ensayar alguna batalla.

—¡Malo! Yo que de él no me expondría.

—Si nos derrotan queda Rostopchine.

—Queda Rostopchine, es verdad.

Todos los soldados hablaban á la vez de Rostopchine, pero no así como así, sino como si hablaran de algo diabólico y formidable.

VII.

—¡Cómo arde todo! Desde aquí se ven las llamas de Wiazma y de Proskow,—decían unos soldados rusos, al verse á la otra parte del riachuelo de Lonzos.

—¡Ya hemos quemado Smolensko, Wiazma y Proskow!

—¡Qué infierno para los franceses!

—¡Pronto refrescarán!

En aquel momento pasó á galope una amazona, seguida de dos acompañantes.

—¿Quién es esa?—preguntáronse los soldados.

—¿Quién ha de ser? ¡la condesa!

—¿Qué condesa? ¿De qué?

—La condesa de Teglew. Una española que se llama Aurora.

Advirtamos que este nombre se pronuncia lo mismo en ruso que en español, por lo cual era simpático y familiar á los cosacos.

—¿Aurora? Pues se llama como mi novia. Igual.

—Tiene un hermano que hizo prisionero al general Renaud y un pariente general. Miranda es amigo de ellos.

—Bien se ha portado. Ella misma ha dado la orden de pegar fuego al palacio.

—¿Nos vamos ya á Moscou?

—No se trata de eso. Antes hemos de probar fortuna.

—Lo que es yo no entro en la capital sin descargar antes mi fusil. Ya estoy cansado de volver la cara á los franceses.

—¡Alto!—se oyó decir entonces, repitiéndose la palabra como un eco de una en otra compañía.

Los rusos se detuvieron junto á una casa de postas llamada de Ghridneva, fortificándose rápidamente.

Empezaron á retumbar los cañonazos de la artillería francesa.

Los cosacos se aprestaron para ir de descubierta, topándose al cabo de un rato con la caballería bávaro-italiana de Napoleón.

Retiráronse los ginetes rusos, cediendo la palabra á las baterías.

Los cañones rusos empezaron á vomitar metralla contra los invasores.

Al frente de la caballería napoleónica se veía un general que hacía prodigios de intrepidez, único que llevaba penacho blanco.

Era un rey, el de Nápoles, Joaquín Murat.

VIII.

Sin reparar en las balas que diezmaban su estado mayor, detúvose para hablar con otro general, superior suyo, Eugenio Beauharnais, virey de Italia.

—Si esperan pasar la noche en donde están,—decíanse los rusos,—tendrán que resignarse á hacer un riguroso ayuno.

—Pues no les vendrá muy bien, después de la jornada que han llevado hoy.

—No hay más que tener paciencia.

La acción se prolongó hasta la noche, sin que los rusos hubiesen sido arrojados de sus posiciones.

Los cosacos se habían esparcido, entre tanto, á uno y otro lado, talándolo todo.

Antes de la madrugada se dió orden de retirar, abandonando los rusos la casa de postas.

Al rayar el alba estaban formados los escuadrones de retaguardia en lo alto de una colina, alrededor de un hermoso castillo previamente saqueado; aguantaron allí las embestidas de la caballería bávara y luégo siguieron replegándose, atravesando un bosque y tomando posición en un inmenso cerro á media legua.

Allí estaba Kutusoff.

Los franceses divisaban á su derecha en una hondonada la abadía de Kolotskoi, cuyas altas torres la hacían asemejar de lejos á una gran ciudad. Brillaban al resplandor del sol levante las rojas tejas de sus tejados y cúpulas, por entre la espesa polvareda que levantaba la caballería, cuyas lanzas, sables y tercerolas lanzando acerados reflejos hacían resaltar más el aspecto desolado y salvaje de la campiña, sin frutos ni plantas, arrasada toda.

Estaban convertidos en rastrojos los sembrados, en montones de humeantes ruinas los lugares, en un raso los bosques.

¡Ay de los napoleónicos si los rusos hubiesen conseguido detenerlos allí tan sólo cuatro días! ¡Más les hubiera valido encontrarse en medio del desierto de Sahara!

Nada encontró que comer el ejército francés una vez hubo desembocado en la llanura, al pié del cerro donde se había hecho fuerte Kutusoff. Ni forraje ni grano para los caballos, ni un albergue para los que lo necesitaban.

Pasaron algunas horas.

Los franceses, acampados en la llanura, ardían en deseos de embestir cuanto antes la posición donde estaba atrincherado el enemigo.

IX.

A las dos de la tarde presentóse Napoleón en el campo de batalla.

Entablóse la acción, tomando los polacos de Poniatowsky un reducto avanzado, aunque costándole la victoria la pérdida de un batallón entero del 61."

Prolongóse la refriega toda la tarde y siguió entrada ya la noche.

Los franceses no habían podido avanzar, contenidos por las fortificaciones levantadas por Kutusoff.

Los lugares incendiados prestaban desde gran distancia su rojiza claridad á un espectáculo horrible.

Los gritos furiosos de los combatientes, los ayes é imprecaciones de los heridos, la confusión de un combate librado al fulgor de los fogonazos de cien cañones vomitando balas y metralla, ofrecían un cuadro de espantosa devastación.

El cuerpo de ejército del virey Beauharnais, en medio de la oscuridad, aguardaba sólidamente las acometidas de los rusos, sin hacer uso de las armas, apretándose á cada hueco que causaban en sus filas las balas moscovitas.

Sin embargo, las sombras de la noche envolvían á cada momento con mayor lobreguez el campo de batalla; poco á poco fué cesando el tiroteo.

Los franceses vivaquearon allí mismo donde habían combatido.

Los rusos, acampados en una colina, en forma de anfiteatro, encendieron infinidad de hogueras cuya resplandeciente claridad producía un efecto mágico, contrastando con las tinieblas en que yacían los vivaques de los franceses, privados de leña por haber talado los rusos en su retirada todos los bosques que habían encontrado al paso.

De pronto empezó á caer una lluvia menuda y fría, casi helada, á pesar de ser aquel día el 5 de Setiembre.

Algunos generales se habían guarecido bajo tiendas de campaña, pero el ejército estaba echado sobre los matorrales, insensible á la lluvia de puro rendido.

En el vivac reinaba profundo silencio, sólo interrumpido por el rumor de los pasos de los centinelas y los gritos de:—*¡Alerta!*

A media noche un grupo de hombres se acercó á la tienda de un oficial.

—Comandante Saligny, el emperador os manda llamar,—dijeron.

El marqués de Lagarde se puso en marcha hacia la tienda imperial, donde se encontraba Napoleón con varios mariscales.

—¿Sois vos el autor del plano del terreno donde están acampadas las tropas?—preguntó en tono de satisfacción el déspota.

—Sí, *sire*.

—Partid, pues, ahora mismo, para rectificarlo. Acercáos cuanto podáis á las líneas enemigas y traedme cuantos detalles podáis adquirir. De vuestra actividad depende que os haga general después de la batalla.

—Señor, sabré cumplir lo que me mandáis,—respondió Octavio.

Cuando Lagarde hubo salido de la tienda volvióse Napoleón al duque de Orthez y le dijo:

—¡Famoso oficial tenéis, *mio caro ducca!* Lo que es á ese os guardaréis muy bien de mandarle fusilar sin mi permiso.



CAPÍTULO III

El Moskowa

I

Saligny, libre bajo la palabra de su general, había demostrado ser un brillante oficial de estado mayor.

Desde que se había reincorporado al ejército en Wiazma hasta la tarde en que acamparon las tropas al pié de las posiciones rusas, eran inapreciables los servicios que había prestado.

Sacábanse entonces, y áun creemos que ahora, en Francia, los oficiales de estado mayor de entre los que más se distinguían en los cuerpos por sus condiciones especiales. Saligny era conocido de todos por sus variados conocimientos, habiendo figurado en su juventud como uno de los más aventajados alumnos de la Escuela Politécnica.

Napoleón había quedado muy satisfecho del plano levantado la víspera por el marqués de Lagarde. Precisamente con objeto de favorecerle habíale su general indicado para aquel objeto.

Saligny salió del campamento en seguida de recibir la orden imperial.

En Rusia es sabido que son cortísimas las noches, no siendo raro poder leer con la luz del día á las diez de la noche en la primavera y el otoño.

Dirigióse el nuevo coronel, solo, hacia las trincheras rusas y cumplió lo que se le había encargado, no sin recibir algunos tiros que no le ocasionaron afortunadamente daño alguno.

Los tiradores rusos tenían en aquella época la desgracia de entregarse con demasiada intemperancia á la bebida, lo cual desvirtuaba en gran manera la eficacia de su puntería, certera si estaban serenos.

Algunos cosacos corrieron á escape tras él, pero de todo se salvó.

Presentóse al emperador, entrególe el plano y cuando á una seña del emperador iba á retirarse, le dijo éste:

—Id á agregaros al cuartel general del virey.

Sonaron clarines y tambores anunciando la diana y empezó á moverse el ejército francés.

En aquel momento recibía el emperador el parte de la derrota de Marmont en los Arapiles.

II.

Del plano rectificado por Saligny se deducía que el campamento ruso estaba detrás del río Kaluga, en un cerro muy estrecho, y que la parte más flaca era su derecha, á consecuencia de la pérdida del reducto tomado el día antes.

En frente del cuerpo del virey estaba la aldea de Borodino, formidablemente fortificada, siendo el punto de confluencia de un arroyo con el Kaluga, de quien era tributario.

En lo alto tenían establecidos dos grandes reductos, uno de ellos levantado al rededor de las ruinas de una aldea, derruida con el objeto de emplazar allí la artillería.

Dicho reducto se comunicaba con Borodino por medio de tres puentes sobre el río antes citado, de manera que la aldea y el río servían á los rusos de primera línea.

Todo este terreno estaba defendido por los dos grandes reductos y otros muchos más levantados á lo largo del río, pero cubiertos.

Tal era la derecha rusa.

En cuanto á su izquierda, la formaba el cerro, al cual estaban bastante próximos los franceses, detenidos por el reducto mayor.

Todo el día se pasó en nuevos reconocimientos, en levantar espaldones á causa de haberse levantado las baterías sitiadoras y en conferencias con los jefes de cuerpo, quedando todo dispuesto para una acción decisiva.

Por la noche recibieron los generales una proclama bajo sobre, con orden de no leerla al día siguiente á los soldados sino en caso de que se entablase la batalla.

Creían algunos que los rusos continuarían en su sistema de rehuir todo combate, pero no era lógico suponer tal cosa habiendo reemplazado el belicoso Kutusoff á Barclay y Bagratión. El viejo héroe de las guerras con Turquía era de otro temple, además de que no podía aplazarse más la resistencia activa por distar sólo tres jornadas la capital moscovita.

Además de esto, el ejército francés estaba muy mermado á consecuencia de las grandes fatigas padecidas en tan continuas marchas, quedando en su virtud igualadas las fuerzas de los dos adversarios.

No estaban menos extenuados los caballos que los hombres, lo cual sabido por los rusos les animaba á esperar en la victoria.

Por su parte, los franceses, sabiendo que no les quedaba más recurso que vencer ó morir, deseaban salir de una vez de aquella angustiosa situación en que se encontraban, seguros de que una vez en Moscou se resarcirían de tantas penalidades y escaseces como padecían desde el principio de la campaña. La desesperación les sostenía y animaba y así estaban resueltos á ganar á toda costa para no perecer miserablemente en medio de aquel desolado país, á donde no podían llegar ni convoyes ni auxilios.

Lo que más atormentaba á los franceses era la falta de sueño, de modo que las guardias de noche se hacían por voluntarios que se encargaban de velar, «hombres,—dice un testigo presencial,—que en las tinieblas de la noche, cuando las hogueras de los vivaques despedían aún algunos moribundos resplandores, con las armas puestas siempre en pabellones y acostumbrados á meditar sobre el campo de batalla, reflexionando sobre lo extraordinario de su expedición y las consecuencias que tendría una batalla que debía decidir la suerte de los dos imperios, comparaban entonces el silencio que reinaba en la noche con el tumulto y estruendo del día siguiente. Creían en su imaginación ver cernerse la muerte sobre las cabezas de sus compañeros de armas, pero la oscuridad de la noche no les permitía distinguir las víctimas que se apropiaba. Ellos mismos pensaban entonces en sus padres, en su patria y en los objetos más caros que en ella tenían, pero pronto las ideas melancólicas que les sugerían estos pensamientos eran arrebatadas por el torbellino de otras que revolvían en su mente.»

Así pasó para muchos la noche del 6 al 7 de Setiembre de 1812.

Saligny había velado escribiendo una larga carta á su mujer. Como conocía bastante el idioma ruso, cuidó de trazar algunos renglones en dicha lengua, rogando que si la carta caía en poder de algún soldado ruso, la hiciese llegar á su destino.

III.

Aun no había rayado el alba cuando clarines y tambores tocaban diana.

Formáronse en seguida en batalla los regimientos, después de lo cual redoblaron los tambores y cada capitán, rodeado de su compañía, leyó la siguiente proclama que no vacilamos en dar á conocer aquí por la energía de su estilo, modelo de elocuencia militar, dictada por Napoleón. Decía así:

«¡Soldados! ¡Hé aquí la batalla que tanto deseabais! La victoria está en vuestras manos; la necesitamos para proporcionarnos la abundancia, buenos cuarteles de invierno y el pronto regreso á la patria. Repetid los prodigios de Austerlitz, de Friedland, de Witepsk y de Smolensko y la posteridad más remota recordará con orgullo vuestro comportamiento en esta jornada, diciendo de vosotros: —¡Estuvo en la gran batalla de las llanuras de Moscou!

Napoleón.»

Inmensas aclamaciones acogieron las palabras del emperador.

Los ambiciosos de gloria veían ya la ocasión de adquirir mayor renombre; cada cuerpo ó división, señalado por su heroismo, quería añadir nuevos

timbres á los ya conquistados; animaba á muchos la esperanza de la recompensa; otros, persuadidos de que una derrota era un decreto de muerte, ansiaban llegase el momento de salir de aquel insoportable estado.

Al general instinto de conservación añadíanse las ideas de deber y honor, el espíritu de cuerpo y la aspiración de distinguirse para legar un nombre al aplauso de la posteridad.

Una sola circunstancia cohibía el general entusiasmo, y era la pálida luz del alba del Norte. Los pechos inflamados se encontraban mal en medio de aquella sombría llanura, envuelta en densa niebla.

Súbitamente rasgóse la bruma y apareció explendoroso y radiante el astro del día.

—¡Ved ahí el sol de Austerlitz!—esclamó Napoleón, saliendo de su tienda.

Al punto corrió por todo el ejército la histórica frase del emperador, acabando de entusiasmarse las tropas con aquel glorioso recuerdo.

Los dos ejércitos se encontraban frente á frente, á la vista uno de otro. Los artilleros junto á sus piezas con la mecha encendida, los soldados preparándose á hacer fuego, los jefes esperando una señal.

Dieron las seis.

Disparóse al punto un cañonazo desde el reducto de que se habían apoderado los franceses el día antes, y ciento veinte piezas, colocadas al extremo de la derecha francesa, contestaron á la señal.

Había comenzado la batalla de la Moscowa.

IV.

La derecha napoleónica era la encargada de abrir el fuego.

Estaba á su frente el admirable príncipe de Eckmül, el noble, desgraciado, dignísimo y valiente Davout, uno de los pocos hombres merecedores de universal respeto, la más honrada y caballeresca figura del primer imperio, ejemplo de lealtad, de virtud, de prudencia, de humanidad y decoro.

Mandaba Davout el primero y quinto cuerpos; eran los únicos bien organizados, revelando la dirección bajo que estaban.

Por lo demás, todos los prodigios de organización de aquel ejército se debían igualmente al príncipe de Eckmül, siempre malquisto de Napoleón, que estaba celoso de él.

—No parece sino que este ejército sea suyo y que Davout sea el que mande,—decía Bonaparte al ver en todas partes la huella del talento organizador de aquel ilustre guerrero.

La batalla comenzaba furiosamente.

V.

El general Peretti con treinta piezas de artillería había rodeado las trincheras rusas, cuyos defensores hacían un fuego mortífero.

A las seis y media caía muerto el general Compans. A las siete mataban el caballo de Davout. Todos los coroneles estaban á la cabeza de sus regimientos dando ejemplo, batiéndose como simples soldados.

Hacia el centro Ney, protegido por sesenta cañones en batería y apoyado por el cuerpo de caballería de Latour-Maubourg, cargaba á la cabeza de sus ginetes las masas rusas formadas en cuadro al rededor del reducto grande.

La división Delzons entraba en Borodino á la bayoneta, encontrándolo ya pasto de las llamas.

Una vez allí, atacó el 106 de línea uno de los tres puentes sobre el Kaluga, que, como hemos dicho, unían el cerro con el pueblo, costando la vida al general Plansonne y estando á punto de caer prisionero el regimiento.

A las ocho, el príncipe Eugenio se apoderaba del reducto, coronando la artillería francesa las alturas poco antes ocupadas por los rusos y cogiendo gran parte de sus piezas.

Los rusos se retiraron á su segunda línea.

¿Así habían de perder la batalla cuando apenas estaba comenzada?

VI.

Kutusoff se vió apurado, pero no por eso desmayó.

Comprendiendo que todo estaba perdido para Rusia si no hacía un supremo esfuerzo, trató de dar otro aspecto á la batalla y de tomar la ofensiva en vez de permanecer á la defensiva. La resistencia iba á cambiarse en ataque. Quizás áun era tiempo de salvar la patria.

Además, sus cincuenta años de gloriosos servicios no podían verse anulados por un combate de dos horas.

Sublime espectáculo era ver á aquel valiente anciano arengando á sus generales, arengando á sus soldados y comunicando á todos el fuego que le inflamaba.

—¡La reserva!—exclamó.

Agregóse la reserva á las anteriores fuerzas y todo el ejército ruso embistió las trincheras de que acababa de ser arrojado.

Trescientos cañones franceses vomitaban un diluvio de proyectiles contra los contrarios, sin conseguir detenerlos.

Los rusos, lejos de retroceder, avanzaban como una avalancha.

—¡Adelante!—gritaba Paskewitz.

Un *¡hurra!* inmenso ahogó el estrépito del combate.

Los rusos habían recobrado su reducto, cogiendo prisionero al general Bonamy y rechazando con grandes pérdidas á la división Morand.

Kutusoff quiso entonces completar la ventaja adquirida rompiendo el centro francés, sobre el cual había girado la derecha de Davout.

Estaban ya los rusos á punto de reconquistar el otro reducto, perdido dos días antes, cuando se presentó Friant con su división y ochenta cañones, deteniéndose las columnas de la guardia imperial de Alejandro y la reserva.

Aquella irresolución fué causa de que perdieran la batalla.

Murat mandó á la caballería de Latour-Maubourg que embistiera y los escuadrones se lanzaron impetuosamente por entre los claros que había abierto la metralla de Friant en las apiñadas masas de los contrarios.

El centro ruso cedió.

Quedaba ahora por tomar una segunda vez el gran reducto.

Beauharnais manda á su derecha que ataque, formada en batalla.

El reducto hace, empero, un fuego tan espantoso que los franceses titubean y retroceden.

Al ver aquel movimiento corre Beauharnais hacia los fugitivos, detiéneles, arenga á cada batallón, á cada regimiento, apostrofa á los soldados y colocándose por fin al frente de las columnas, desatendiendo el peligro y olvidado de todo riesgo, consigue enardecer el decaido ánimo de sus tropas, que marchan de nuevo á los parapetos.

Los rusos resistían, empero, heróicamente dando muestras de una tenacidad á toda prueba y resueltos á no ceder.

Mandaba en el reducto el conde de Teglew y pensaba en Rusia.

Y pensaba también en Aurora.

La consigna era: *Morir antes que rendirse.*

VII.

El fuego del reducto era más que mortífero, más que devastador, era horrible, sobrehumano, espantoso. Parecía imposible que de aquellos muros salieran tanto hierro y tantas llamas.

Beauharnais recorría desesperadamente la línea de circunvalación.

Atacaban Broussier con sus regimientos de línea, Nansouty con la caballería pesada, los carabineros de Lepaultre, los húsares de Pajol y los coraceros de Montbrún.

Estos últimos se arrojaron sobre los parapetos exteriores, coronando sus adarves, pareciendo el reducto por un momento como un monte de hierro que se moviese.

¡Espectáculo magnífico en medio de su horror! El resplandor de las lanzas, sables, cascos y corazas que reverberaban á los rayos de un sol refulgente lanzando una inmensa irradiación de destellos, se mezclaba con la blanca humareda y los rojos fogonazos de los cañones, que vomitaban mortíferas rociadas de metralla. Según la enérgica expresión del ilustre general Felipe de Segur, historiador insigne de aquella memorable campaña, el reducto asemejaba «á un volcán en medio del ejército.»

Valientes y denodados eran los coraceros de Montbrún, pero también certero y vigoroso era el fuego que les hacía la infantería de Ouvaroff.

De pronto, una bala mató al valiente general, honor de la caballería francesa, y la división se retiró en desorden.

Nublóse el semblante del príncipe Eugenio, tanto por la pérdida de Montbrún como por la desastrosa huida de los coraceros y desesperadò gritó:

—¡Grouchy! ¡Salvad la Francia!

El general en jefe del tercer cuerpo de caballería púsose entonces á la cabeza de sus regimientos de húsares y cargando impetuosamente á la infantería de Toutchkoff y de Baggobouth, apostada en un ba-

rranco, se apoderó otra vez de las trincheras, muriendo el general A. Caulaincourt, que había reemplazado al malogrado Montbrún.

Al propio tiempo el virey, al frente de la división Broussier, atacaba por la gola y entraba dentro, viendo caer á su alrededor muertos ó heridos la mayor parte de sus ayudantes.

VIII.

No esperaba Kutusoff aquel desesperado ataque, por lo cual fué grande su consternación al ver el reducto en poder otra vez del enemigo.

Mandó, pues, que los coraceros de la guardia imperial fueran á caer sobre los coraceros franceses obligándoles á evacuar aquel sitio.

Horrible fué el choque entre las dos trombas de hierro; el encarnizamiento con que se degollaban unos y otros era monstruoso. Por fin, repelidos los coraceros moscovitas no quedaba más que apoderarse de los últimos atrincheramientos y del interior del fuerte.

Presentaba esta parte un aspecto desgarrador: pirámides de cadáveres amontonados, heridos que se arrastraban lastimosamente por el suelo lanzando dolorosos gemidos, apenas perceptibles en medio del infernal fragor de gritos y descargas; esparcidos por tierra miles de pertrechos, fusiles, tambores, ruedas, morriones, cajas, lanzas, informes restos humanos, balas, cornetas, culatas, banderas, correajes y cartucheras. Los parapetos estaban desmoronados, arrasados los espaldones y derribadas las troneras, cuyo sitio anterior sólo se conocía por los cañones desmontados que se ofrecían á la vista, destrozadas las cureñas.

Un grupo de soldados se detuvo con respeto ante un artillero ruso moribundo que llevaba tres placas en el ojal de la casaca. Aquel valiente tenía en una mano una espada rota y con la otra estaba abrazado al cañón que con tanta fidelidad había servido. Ningún soldado ruso quiso rendirse, prefiriendo todos morir acuchillados, como así fué.

Teglew rodeado de un corto número de oficiales, resistía aún en un rincón del reducto, matando á balazos á cuantos se atrevían á presentarse ante su vista. Por fin arrojó sus pistolas y empuñando la espada arrojóse sobre los franceses para recibir la muerte, cumpliendo con lo antes jurado de vencer ó morir.

La brutal soldadesca, empero, movida por el deseo de poder presentar á Beauharnais un prisionero de tanta entidad, en vez de atravesarle á bayonetazos lo llevó ante el virey.

Este recibió afablemente al heroico gobernador y llamando á un coronel mandó lo presentase á Napoleón.

Teglew, lleno de sangre, destrozado el uniforme, desnuda la cabeza, pálido y altanero, exclamó:

—¡Matadme! Debéis matarme ó sino me mataré yo.

—¡Oh, no!—respondió en ruso el coronel encargado de conducirle ante el emperador.—Habéis hecho por la patria lo que basta á inmortalizar vuestro nombre. Pensad en la condesa.

Teglew se estremeció y mirando al coronel le dijo:

—¿Conocéis vos á mi mujer?

—De largos años. Soy Octavio de Saligny, vuestro admirador antes que enemigo. Seguidme, pues, y confiad en mí.

Los dos hombres salieron del reducto y se encaminaron detrás del centro de batalla, donde se encontraba el emperador.

IX.

La toma del reducto y el rompimiento del centro no había decidido todavía la jornada.

La izquierda rusa resistía todavía con obstinación, al mando de Bagratión, siendo menester que Ney en persona se pusiese al frente. Bien se portó el denodado general.

De la derecha rusa arrojáronse entonces grandes masas de cosacos de Platoff, obligando á la brigada de Debrous á formarse en cuadro á un lado de Borodino. El cuadro resistió, por lo cual los cosacos se lanzaron entonces contra la caballería de Ornans, que formaba en la extrema izquierda francesa, y la desbarataron.

El virey, que se hallaba á la sazón en dicho punto, debió entonces encerrarse en el cuadro que mandó formar al 84 de línea, y haciéndole mover consiguió escapar.

Los rusos retrocedieron otra vez hacia sus líneas, avanzando en cambio las baterías francesas.

Beauharnais regresó al reducto grande y se colocó en un parapeto para observar desde allí los movimientos de los rusos. Una lluvia de balas hacía

milagrosa la existencia en aquel paraje. No podía decirse que el príncipe Eugenio no expusiese su vida de una manera temeraria, á pesar de la criminal conducta de Napoleón al repudiar á su madre. Habíanle muerto el caballo y habían caido exánimes á su lado multitud de ayudantes, los generales Giffengo y Bellisomni y varios caballerizos.

A pesar de la pérdida de los dos reductos, todavía les quedaba otro á los rusos, separado de los anteriores por el profundo barranco de Psarewo y situado en lo más alto de un elevado cerro.

Desde allí hacían un mortífero fuego contra los franceses que estaban en los dos fuertes, obligándoles á resguardarse en los caminos cubiertos y al amparo de las trincheras. Allí murió de una bala de cañón el general Huard, hermano de armas del general Plansonne, de quien ya hemos dicho que cayó atravesado de un balazo al cabo de una hora de comenzada la batalla.

La inseparable amistad que unía á aquellos dos valientes hizo que fuera más sentida su muerte; fueron enterrados juntos en el campo de batalla.

Por lo demás, no había división que no hubiese perdido algún general, cosa nada extraña siendo continuos los combates cuerpo á cuerpo. Los más conocidos fueron: A. Caulaincourt, Plansonne, Huard, el valiente Montbrún, Bonamy, Compere, Mario, Lanabere, Lepe y Romeuf. Cayeron heridos: Davout, Grouchy, Nansouty, Latour-Maubourg, Friant, Rapp, Compans, Dessaix, Lahoussaye, etc.

El verdadero héroe fué Eugenio Beauharnais, que escapó cien veces de milagro de una muerte cierta.

El príncipe de Eckmul contribuyó en gran manera al éxito de la jornada tomando á los rusos por la espalda sus posiciones de la derecha desde el principio de la batalla, con lo cual facilitó el rompimiento de su centro. Sin embargo, nada pareció agradecerle Napoleón al inteligente mariscal que le había organizado aquel ejército. Entre Davout y Bonaparte no era posible que hubiese jamás inteligencia, pues el déspota no gustaba de caracteres tan enteros, graves y enérgicos como el del mariscal, mortalmente odiado por Berthier y Murat y no menos aborrecidos por él. El disfavor de Napoleón no se alteró, pues, por el servicial papel representado por Davout en la batalla.

No fué sólo esto, sino que al proponer al emperador una maniobra que había empleado en Wagram, haciéndole dueño de la victoria, y con la cual hubieran podido tomarse los reductos acto continuo de empezar la batalla, rehusó Bonaparte aceptar el plan, escuchando mejor los consejos de Berthier y de Murat que no los del vencedor de Auerstaedt.

En cuanto á Ney, su heroismo y bravura fueron admirables aquel día; gracias á su denuedo, rechazó á los rusos, que le dejaron dueño del campo derecho, pero no hizo tanto como Eugenio Beauharnais ni como Davout. A pesar de esto fué premiado con el título de príncipe de la Moscowa. ¡Misterios!

X.

La victoria era de los franceses, pero no por eso cejaron los moscovitas en hacer fuego, disparando su artillería y haciendo considerable daño.

Los polacos, apostados detrás del reducto grande, se vieron obligados á echar rodilla á tierra para librarse de las balas de Kutusoff.

Al anochecer mandó Beauharnais cesar el fuego. El último reducto ruso que quedaba, en vista de que no se contestaba á sus disparos calló también y sólo de vez en cuando enviaba algún proyectil al campo francés.

A las diez de la noche el ejército moscovita evacuaba la fortaleza y se retiraba por Mojaisk. Napoleón no quiso continuar la persecución de Kutusoff porque para ello hubiera sido preciso valerse de la guardia imperial y quería conservarla intacta.

El tiempo, que durante el día había sido magnífico, cambió enteramente al oscurecer, dejándose sentir un frío glacial.

Soldados y caballeros conocieron aquella noche lo qué era el clima ruso. Expuestos á la intemperie, debieron sufrir por vez primera la crudeza de una noche pasada en campo raso.

Pasáronse por fin aquellas horas de insufrible desabrigo y los vencedores se convencieron de que los rusos estaban ya muy distantes del campo de batalla.

Dióse orden de practicar un reconocimiento en toda la extensión del mismo y púdose entonces juzgar de las pérdidas experimentadas por una y otra parte.

En más de una legua no había un palmo de terreno que no estuviera cubierto de muertos y heridos.

Muchos de ellos formaban un círculo alrededor de un hoyo; eran victimas de una bomba que había estallado en medio de un grupo.

Hombres y caballos yacían revueltos, formando pirámides. El suelo estaba como sembrado de balas y trozos de granada y cubierto de pertrechos.

En los barrancos se habían refugiado millares de heridos; hacinados unos sobre otros, desamparados y bañados en charcos de sangre, exhalaban horrorosos gritos y prorumpían en lastimeros clamores, pidiendo agua, socorro ó la muerte.

—No podemos hacer nada por vosotros,—les contestaban los franceses.—Nuestros hospitales de sangre están atestados. Morios pronto.

Otros menos inhumanos les prodigaban estériles consuelos, pero pasaban de largo.

A pesar de haber costado la victoria á los franceses nueve mil muertos y trece mil heridos, la pérdida de diez generales de distinguida historia y un gran número de bajas de oficiales, con todo había distado mucho la batalla de producir un resultado decisivo.

Debieron contentarse con la toma de 50 cañones y algunos miles de prisioneros, no muchos, pues los rusos se habían hecho matar antes que rendirse.

Kutusoff marchó hacia Mojaisk.

Con él iba Miranda, convertido en general y llevando á su lado á un apuesto coronel.

Era Francisco Revoredo, que aquel día había hecho prodigios de valor; Revoredo, que al frente de un escuadrón de cosacos había recobrado el reducto la primera vez que se perdió, matando al general Bonamy, y que había estado diez horas seguidas peleando cuerpo á cuerpo con los franceses.

Kutusoff le había hecho coronel sobre el campo de batalla.

En cuanto á Miranda, había sido el alma de la defensa, logrando escaparse del lado de Teglew cuando éste se arrojó espada en mano sobre los franceses.

XI.

A la mañana siguiente recibió Beauharnais orden de marchar adelante, y costeando por la orilla del Kolonga, pernoctó en el castillo de Krasnoe. A la otra jornada, atravesaron las tropas el Moscowa y llegaron á los arrabales de Mojaisk, cuya ciudad había caido pocas horas antes en poder de Napoleón, después de una obstinada resistencia y de haber sufrido un completo saqueo por parte de los cosacos.

Continuaron su marcha los invasores pasando por algunos lugares lindísimos, entre otros Vendenskoe, que saquearon completamente. Hízose después el terreno quebrado y escabroso y entraron en la aldea de Vronin-Kovo, en cuyo punto recibieron orden de marchar á Rouza, hacia cuyo punto se adelantó el virey.

Mucho les dolió á los soldados de Beauharnais tener que dejar Vronin-Kovo, pues reinaba allí la mayor abundancia, pero obedientes siempre y enamorados de aquel su general, digno por más de un concepto de ser comparado al Héctor homérico, continuaron su camino sin murmurar.

—Pronto llegaremos á Moscou y allí nos desquitaremos de tantas fatigas,—se decían.

¡No sabían que en Moscou estaba Rostopchine!



CAPÍTULO IV

La abadía

I

Al llegar á las cercanías de Rouza, presentóse á la vista del 4.° cuerpo del ejército francés un extraño espectáculo.

Multitud de aldeanos, niños, ancianos y mujeres, salían de la ciudad llevando en un gran número de carretas todo cuanto poseían en muebles, objetos y ganados.

Mandóseles detener y se envió á Saligny para que explicasen qué motivo les inducía á abandonar de tal manera sus hogares.

—Nuestro *padrecito* (el czar) quiere que esta guerra sea, como en España, una guerra nacional (1) y con tal objeto todos los siervos están levantados ya, guiados por sus señores. En ninguna parte como en Rouza ha sido tan imponente el movimiento y en ninguna se ha procedido con mayor actividad en la ejecución del plan. Los nobles y los sacerdotes acaudillan las numerosas partidas que se han formado ya y que van á reunirse al ejército de Kutusoff. Cuantos hombres se alistaron están ya en las guerrillas armados de estacas, picas, hoces y escopetas. No creíamos que vosotros entraseis en Rouza estando la ciudad á seis leguas de la carretera real, por lo cual, así que hemos visto llegar la vanguardia francesa hemos huido por este lado llevándonos nuestros pobres muebles y ganados.

Lastimoso era el espectáculo que entonces se ofreció. Los húsares, dragones y lanceros, arrojaron de sus carretas á aquellos desvalidos, repartiéndoselas juntamente con los caballos, únicos medios de subsistencia de semejantes desgraciados.

II.

Al entrar en Rouza subió de pronto aquella lamentable escena, llegando á su colmo, dice un testigo presencial francés, la imagen del horror y la devastación. Hasta la plaza no se veía más que un tropel de soldados de la vanguardia que había llegado con Beauharnais, que saqueaban las casas sin compasión ni clemencia.

Algo hubiera podido decir Miranda de semejantes procedimientos, recordando las escenas de Rioseco, Uclés, Córdoba, Salamanca, Tarragona y Murcia, y áun fué fortuna que en lugar del noble ex-entenado de Bonaparte no estuviese allí Soult ó Suchet.

«Pero nada era capaz,—sigue diciendo el testigo francés,—de enternecer á aquella soldadesca cuyos corazones empedernidos eran á prueba de bomba. No puede negarse que este ardor del botín era excusable en algunos, que habían llegado rendidos de cansancio y medio muertos de hambre y sólo buscaban algunos víveres para satisfacer sus necesidades; pero otros muchos, valiéndose de este pretexto, lo saqueaban todo, robando hasta el menaje y la ropa de las mujeres.»

¡Infelices! ¡De cuán poco había de aprovecharles el bárbaro botín!

(1) Segur.

Pero como los soldados no tenían el don de profecía, estaban muy contentos y satisfechos.

Encontrábanse, pues, en Rouza los franceses cual otro Aníbal en las delicias de Capua.

El grueso del ejército no había entrado en la ciudad, permaneciendo acampado entre la plaza y la aldea de Vronin-Kovo.

La vanguardia, descuidada y contenta, pasaba el tiempo alegremente bebiendo cerveza, tomando té de legítimo samovar, comiendo *schicht* (sopa de coles), á la moda rusa, cortejando y haciendo conquistas de judías.

De pronto corrió la voz de que venían los cosacos, produciéndose un verdadero pánico, pues sólo había sesenta hombres dentro la plaza, encontrándose los demás esparcidos por los alrededores en busca de vino y buenos manjares.

Por fortuna los cosacos no eran más que doce y estaban muy lejos, no pareciendo que intentasen empresa alguna atrevida ni peligrosa.

El virey, sin embargo, mandó llamar dos batallones y con tal refuerzo pudo cada uno entregarse sosegadamente al placer de una buena mesa servida con exquisitos vinos y cantar canciones á la paz y sosiego que va inherente á la vida de una ciudad tan bonita como era y es Rouza.

Llegó empero el día de acabarse aquello y dejando allí una guarnición y un gobernador, continuó su marcha el príncipe Eugenio.

III.

El escandaloso y desapiadado saqueo de Rouza había producido en los paisanos rusos un terror sólo comparable con su indignación.

Tanto era el odio y el espanto que causaba en los campesinos el nombre francés que el ejército napoleónico encontró despoblados cuantos lugares, aldeas y caseríos tuvo que atravesar camino de Moscou.

Por todas partes cundía la desesperación y muchos de los que huían no lo hacían sin pegar antes fuego á sus casas, sus quintas, sus granos y forrajes, recolectados apenas.

Aquello era peor todavía que la guerra de España, pues faltaban las guerrillas, que en manera alguna podían aclimatarse, á pesar del talento organizador de Miranda.

Los pobres *moujicks* no eran de la madera de los intrépidos gallegos, asturianos, vascos, aragoneses, catalanes, manchegos, castellanos y serranos de Ronda.

Algunos rusos que habían servido con Renovales y Sarasa en Aragón, acaudillaban, empero, algunas partidas que ocasionaban graves daños al invasor.

A medida que se acercaban los franceses á Moscou, crecía en ellos la esperanza de que haciéndose cargo los ciudadanos de la capital de que el motivo porque saqueaban los soldados las poblaciones del tránsito era por hallarlas abandonadas, no se moverían de sus casas, tanto más en cuanto el apego á la propiedad es inherente á los vecinos de las capitales populosas.

¡Necia presunción, propia de la incurable ligereza francesa!

No sabían que las tierras cercanas á Moscou no eran propiedad de sus habitantes, sino de los nobles, los cuales una vez declarados contra los franceses y sabedores de que éstos se acercaban, habían mandado á sus siervos, bajo pena de muerte, que se retirasen al interior de los bosques y ocultasen allí todo cuanto pudiese ser de utilidad á los bonapartistas.

Harto se convencieron de ello sin embargo, al entrar en la aldea de Apatchtchonina, en donde se veían desiertas las casas, abandonado el castillo, rotos los muebles é inutilizadas todas las provisiones que habían debido dejar.

Veíase claramente, pues, ante semejante imagen de devastación, que los rusos estaban decididos á llegar hasta el extremo, resueltos á sacrificar sus bienes, sus riquezas, sus tesoros y hasta la propia vida de sus hijos en aras de su independencia.

Muchos oficiales quedaron hondamente afectados por el espectáculo que se les ofrecía.

—¿De qué nos sirve ganar batallas,—exclamaban,—si no hacemos más que apoderarnos de ciudades hechas pavesas, de campos devastados y de pueblos más desiertos que un cementerio?

Y cuantos profundizaban algo y reflexionaban en lo que venía ocurriendo desde que había comenzado la invasión, se estremecían al pensar en lo que iba á suceder.

Y sin embargo, ni áun los más pesimistas, ni áun los más dispuestos á medir rigurosamente las consecuencias de aquella fatal expedición, llegaban á imaginarse el espantoso porvenir que les aguardaba.

La más negra previsión era pálida comparada con lo que le iba á pasar á la *Grande Armée*.

Los rusos habían perdido las batallas, pero á la manera que los españoles tenían por divisa el célebre: ¡No importa! el distintivo suyo era: *¡Paciencia!*

—*¡Paciencia!*—decía Kutusoff.

Nuevo Fabio, dejaba al tiempo el cuidado de aniquilar al enemigo.

IV.

El ejército francés se dirigía sobre Moscou en tres columnas: Napoleón, por el camino de Smolensko, impetuosamente; Poniatowsky, por la derecha del Kaluga, y Beauharnais, por la orilla izquierda.

Este último, luégo de haber salido de Rouza y dejado atrás la aldea de Apatchtchonina llegó á Karniskoe, á mitad del camino de Zwenighorod, en cuyo punto debían pernoctar las tropas.

Desde allí, y en la cumbre de una colina, descubríase rodeada por espesos álamos una majestuosa abadía de denegridas paredes, coronada por elevados y esbeltos campanarios.

Fuéronse acercando hacia allí las guerrillas y no tardaron en ser recibidas á tiros por los cosacos emboscados en las alamedas. Al fin se pudo desalojarles y la columna se encontró al pié del monasterio.

Era una verdadera fortaleza de murallas altas de más de veinte piés y de seis de espesor, coronadas de almenas. Cuatro formidables torreones atronerados flanqueaban el recinto exterior, quedando encerrada dentro la iglesia, con sus gallardos campanarios de arquitectura rusa.

A la vista de tan suntuosa fábrica, creyeron los franceses que iban á encontrarse en un rico convento, lleno de comodidades y tesoros, confirmándose más en esta idea al ver que la puerta era de hierro, sólidamente atrancada.

Aprestábanse ya los zapadores á descerrajarla cuando se abrió de súbito, apareciendo en el umbral un anciano fraile, revestido de blancos hábitos, con una luenga y nevada barba.

V.

Saligny fué el encargado, como siempre, de entenderse con él, por poseer con perfección el idioma ruso.

—Padre,—le dijo con respetuosa cortesía,—el virey de Italia, príncipe de Beauharnais, comandante en jefe del 4.° cuerpo, tendría el mayor placer en que le presentaseis á vuestro prelado por tener que tratar con él de importantes asuntos.

—Seguidme, señores,—contestó el fraile.

El virey y su estado mayor fueron siguiendo por un pasadizo que les condujo á un gran patio en cuyo centro se levantaba la iglesia.

Los visitantes quedaron algo desencantados al ver lo sencillo y pobre del edificio interior, muy distinto de lo que hacía suponer el imponente aspecto de las murallas.

Penetró la comitiva en el templo y el fraile en vez de conducirles á donde se le había indicado, los llevó á una capilla de estilo griego, donde les sorprendió un extraño espectáculo.

Al pié de un altar había postrados cuatro monjes que así que vieron entrar á los generales franceses se arrojaron á sus piés, suplicándoles que no profanasen la iglesia ni violasen las sepulturas, según habían hecho algunas veces sus tropas, entre otras, cuando la desastrosa retirada de Massena delante de Torres-Vedras, en cuya ocasión fueron saqueados los enterramientos de los reyes de Portugal en Alcobaza.

El fraile de la barba blanca dirigiéndose á Saligny exclamó:

—Bien podéis conocer por nuestra miseria, señor coronel, que no ocultamos aquí tesoro alguno; pero además de esto, son tan sobrios nuestros alimentos que áun vuestros mismos soldados se desdeñarían de probarlos. Todas nuestras riquezas consisten en sagradas reliquias y en altares en donde veneramos á los santos como los veneráis vosotros, pues nuestras religiones son muy parecidas, más parecidas que ningunas otras.

Saligny repitió al virey las palabras del monje, y Beauharnais, que era muy dulce y bueno, contestó que nadie se atrevería á tocar el más insignificante objeto y que para inspirar á aquellos pobres solitarios mayor seguridad, se hospedaría en aquel mismo convento.

El fraile se manifestó rendidamente agradecido é invitó á Saligny á hospedarse en su celda, que ya que no otra cosa, tenía magníficas vistas, dominándose desde allí el sublime paisaje del Moscowa atravesando la llanura inmensa por donde se deslizaba.

Aceptó Octavio la propuesta y siguiendo al fraile, se instaló en una celda sin más muebles que una cama de tablas con un jergón de paja ni más riquezas que un crucifijo colgado en la pared.

El aposento daba realmente quince y raya á la celebrada sencillez espartana.

VI.

—Hablemos como amigos, padre Alejo,—le dijo Octavio.—Sois un santo religioso y yo un honrado militar. ¿Qué opináis de esta guerra?

—Os aprecio en el alma el caso que hacéis de mi escaso conocimiento. Esto me demuestra que aunque hayáis adelantado doscientas cincuenta leguas desde la frontera acá, no sabéis todavía cuál es el sentimiento dominante en Rusia. Pero podemos hablar en francés, lo comprendo perfectamente y hasta me atrevo á pronunciarlo.

—Gracias, padre; por lo demás, tenéis razón al decir que no sabemos nada de este país; no hemos dado más que con pueblos quemados y no hemos tropezado más que con judíos que mentían ó cosacos que nos hacían fuego.

—Pues bien, oid lo que voy á deciros con la mano puesta sobre el corazón, con tanta sinceridad como le hablaría á un hijo de mis entrañas si lo tuviera. Jamás doblarán los rusos su cerviz al yugo extranjero de Napoleón, y entended que os engañáis miserablemente si creéis que intimidados por las inmensas fuerzas con que habéis invadido nuestro país, renunciaremos á nuestra independencia y sacrificaremos nuestro orgullo nacional. Nunca, jamás, ningún ruso acatará á vuestro tirano. De nada os han de aprovechar cuantas divergencias puedan existir entre el czar y la nobleza; de nada os ha de servir ir halagando á los moujiks y prometerles que les libraréis del yugo de sus señores; no encontraréis más que patriotas; no encontraréis un solo hombre, libre ó siervo, que antes que nada no sea ruso; no encontraréis un solo fraile que antes que religioso no sea enemigo mortal del déspota de Córcega. Antes mil muertes, antes la condenación eterna que tal afrenta. Porque lo que venís á hacer aquí, lo que habéis hecho do quiera os ha mandado ese monstruoso aborto de todos los crímenes, es infame, es inicuo. Nosotros somos rusos, tenemos una historia gloriosa; somos la nación de los Wladimiros, los Ivanes, Pedros y Catalinas, el czar es nuestro padre, tenemos nuestras leyes, nuestras costumbres, nuestra religión, nuestras virtudes y nuestros vicios, pero todo es propio, peculiar, ruso. ¿Por qué queréis arrebatarnos lo que constituye nuestro modo de ser? ¿Por qué ese hombre que la historia maldecirá eternamente como le maldicen hoy todas las madres, lleva su insaciable ambición hasta creer, ¡oh necio! que podrá humillarnos y dictarnos su voluntad? Bien se conoce que los triunfos alcanzados le han desvanecido. En su satánico orgullo cree que todos los pueblos se dejan vencer como esos pobres italianos y alemanes, que ha reunido á su corona; no ve que hay pueblos contra los que no pueden nada los reveses. No ve que si allá, en el hermoso jardín de las Hespérides, hay un pueblo indómito que lucha hace cuatro años y que luchará ochocientos otra vez, si así es preciso, hay en estas regiones del helado Norte un pueblo misterioso que tiene por auxiliares la mortífera nieve y el incendio devastador. ¿No os dice nada nuestra manera de proceder? ¿Nada os enseña encontrar hogueras donde antes se levantaban opulentas ciudades, ruinas humeantes donde había emplazadas florecientes villas, arrasadas calvas en vez de frondosos bosques, y rastrojos y barbechos lo que eran anteriormente campos de espigas y deleitosas huertas? ¿Adónde vais, desdichados? Sólo una demencia puede explicar esta expedición. Cuando os miro, cuando pienso que quizás muchos de vuestros soldados son tan buenos y dignos de ser amados como vos lo parecéis, creed que no puedo contener que se escape de mi pecho una maldición. ¡Oh, sí! ¡Maldito, maldito sea ese vil tirano, azote de Europa, que así destruye las vidas que Dios ha lanzado al mundo! ¡Maldito el infame bandido de coronas, saqueador de naciones, opresor de pueblos, rey ingrato y desleal aliado, que os manda á la muerte, sí, á la muerte oscura y miserable, sin gloria, sin consuelo, sin heroismo! Aquí quedaréis todos, todos, enterrados en la nieve, hambrientos, disputándoos un trozo de putrefacta carne ó un mendrugo que no recogería un pordiosero. Moriréis de miseria, de sed, de frío, en las sombras de la noche, solos, sin una voz que os aliente, sin una mirada que os compadezca, sin testigos, como pájaros que hiela el frío cierzo de Siberia, y cuando en la agonía os veáis abandonados y aparezca en vuestro pensamiento la imagen del verdugo que os ha mandado al matadero,

exclamaréis llenos de rabia, no ¡viva la Francia! sino lo que yo digo y repito y repetiré hasta la muerte: *¡Maldito, maldito, maldito el usurpador!*

—¡Oh, callad!—exclamó Saligny.—Aunque cuanto habéis dicho debiese ser verdad, no por eso me creería yo, ni se creería nadie, obligado á servir con menos celo al emperador. Cumplimos nuestro deber como soldados, y esto nos absuelve.

—¡Es verdad!—repuso tristemente el padre Alejo. —¡Sois soldado!

VII.

Callaron los dos hombres.

La fisonomia del fraile, transfigurada por la pasión patriótica mientras hablaba, había recobrado su dulzura habitual. En cambio Saligny, no podía ocultar la profunda impresión que le habían causado las palabras del monje, que parecía haberlas pronunciado bajo la influencia de profética inspiración.

El padre Alejo se acercó á Saligny, que estaba sentado sobre el jergón, y le preguntó con suave acento:

—¿Sois incrédulo, hijo mio?

—No, no lo soy, padre.

—En este caso, no os burlaréis de mí si os entrego una santa reliquia destinada á preservaros de los peligros. Eso en nada se opone á vuestro valor; no es ningún peto, ni armadura, sino un diminuto pedacito de la túnica de San Sergio, cuya milagrosa memoria se venera en el sagrado convento de Toitra. Mirad.

El fraile puso en manos de Saligny un relicario del tamaño de una moneda de plata, cubierto con un cristal, debajo del cual se divisaba un fragmento de tela de oro.

—Llevadlo colgado del cuello ¡y que Dios os proteja como yo os bendigo!—exclamó con solemne entonación el padre Alejo.

VIII.

Retiróse el fraile y quedó Saligny solo en la celda.

El paisaje que se desarrollaba ante su vista era realmente sublime, pero de una sublimidad siniestra.

No se veía atravesar ningún pájaro por los aires ni brillaba en el agrisado fondo del cielo ningún rayo de sol ni se divisaba ningún tapiz de verdura sobre el terroso color del suelo, ni reflejaban la luz las aguas del río, ni se percibía el murmullo del agua, ni se descubría figura humana en toda la extensión que abarcaban los ojos. Sólo los álamos como centinelas gigantescos se erguían alrededor de las murallas y los bosques lejanos rompían la monotonía del conjunto; un cementerio no hubiera producido más fúnebre impresión.

El terreno era accidentado, pero desde la alta cumbre en que estaba edificado el convento parecían las demás colinas ligeras ondulaciones.

De vez en cuando divisábase una humareda á lo lejos. Eran haces de heno que los rusos incendiaban.

El cuerpo de ejército de Beauharnais pasó el día en el convento. Reinaba en los soldados general impaciencia por acercarse cuanto antes á la capital, ansiosos por disfrutar de los placeres que suponían les aguardaban allí.

Al anochecer Saligny buscó al padre Alejo para manifestarle que podía disponer de su celda, por estar destinado aquella noche al servicio de vigilancia.

Fácil le fué encontrarle; el fraile seguía postrado en la capilla.

¿Por quién rezaban? ¿Qué le pedían á Dios aquellos hombres que habían renunciado al mundo para consagrarse por completo al culto de la divinidad?

¡Ah! Es que si habían renunciádo al amor, á la familia, á la ambición, al placer y á la gloria no habían renunciado, no, á la patria.

Por la patria rogaban, por la patria en peligro, por la patria hollada por los insolentes vencedores de Europa, que querían sujetar también bajo su yugo á la nación de los Dimitris y los Pedros.

La Rusia es para sus hijos más que una patria, más que una madre; se llama y la llaman *La Santa Rusia*.

Gentes al servicio de un audaz aventurero querían aherrojar en sus cadenas á *La Santa Rusia*, á la gran nación, á la gran potencia, cuna de Pedro el Grande.

IX.

Los frailes rezaban fervorosamente por el triunfo

de las armas de sus hermanos; rezaban porque Dios conservase en los pechos moscovitas el aliento necesario para vencer ó morir, para que no decayese el ánimo de los soldados, para que ninguna consideración se opusiese á los planes de resistencia, para que si era preciso reducir todo el imperio á cenizas, nadie sintiese ni por un momento la menor vacilación.

¡Idea que hacía desbordar de indignada ira el corazón de aquellos monjes! En aquel monasterio erigido hacía 600 años por cuyas puertas había entrado el czar llevando la brida del caballo en que iba montado el gran patriarca de Moscou, se albergaban ahora los enemigos de la Rusia, dispuestos á hollar con su profana y extranjera planta el sagrado Kremlín...

—Padre, perdonad que venga á interrumpiros en vuestras preces,—dijo Saligny dirigiéndose al monje, —pero he creido de mi deber manifestaros que esta noche he de prestar servicio y que no me será posible, por lo tanto, aceptar la hospitalidad de vuestra celda.

—Yo velaré también, hijo mio; sin embargo, y entended que hablo ahora no al coronel francés, sino al amigo, id prevenido cuando os encontréis á orillas del río. Os lo digo por algo que ha llegado por rara casualidad á mi noticia. Aprovecháos, pues, de tan feliz coyuntura y obrad como os parezca. No os he avisado antes porque sabiendo que debiais pasar la noche fuera he creido vendríais á verme, pero si no hubiese sido así, también os hubiera sabido encontrar.

—Gracias, padre,—respondió Octavio.

X.

El coronel marqués de Lagarde, acompañado tan sólo de su asistente el húsar Allaín Gautier, salió á media noche del convento y empezó á recorrer la línea, á pié, cerrada la linterna, pistola en mano.

Al llegar á un remanso que formaba el Moscowa y de entre unas junqueras contiguas al río, oyó una doble detonación, rozándole la cara las dos balas.

Al punto disparó sus pistolas hacia el sitio de donde habían salido los tiros, lo mismo que su asistente y oyó simultáneamente un grito de mujer, al mismo tiempo que se escapaba un hombre.

—Anda tú á la junquera mientras yo persigo al fugitivo,—dijo Saligny á Gautier.

El coronel corrió tras la sombra que huía y gritó:

—¡Alto!

Pero en vez de detenerse disparó de nuevo dos tiros y siguió corriendo.

—Ya que tú lo quieres, sea,—murmuró Saligny,— y aclárese el misterio.

Entonces se detuvo, ajustó el tiro, disparó y la sombra cayó en tierra.

Acercóse Saligny y á la rojiza luz de la linterna que descubrió, vió al general duque de Orthez revolcándose sobre un charco de sangre.

—¡Vos, vos, el asesino de Walewsky, queríais, pues, asesinarme á mí también!

El herido miró con ojos de profundo odio al coronel y rugió:

—Sí, mucho siento haber errado el golpe. ¡Tuya otra vez! ¡Todos felices y yo muerto!

—¿Quién? ¿Acaso me queríais mal por otro motivo que por saber yo que habíais hecho fusilar infamemente á Conrado?

—Le hice matar para gozarme en tu desesperación de tener que presidir el consejo que le condenó y para que al morir te maldijera y quise seducir á su esposa sólo por ser española como la tuya.

—¿Pero qué os he hecho yo?

—Has sido el amante de una mujer que sólo á tí ha querido siempre. Gracias á Dios, la has muerto tú mismo.

—¡Miserable bandido! ¿Qué has hecho? ¿Quién es esa mujer?

—La he traido engañada desde París prometiéndola que alcanzaría que tú la amases otra vez; esta noche la he dado á entender que podríais veros y cuando has aparecido he disparado para que en vez de las caricias que de tí esperaba sólo recibiese en sus brazos tu cadáver.

—¡Oh, infame! Muérete ahí, pero antes habrás de jurar que los villanos individuos que componían el consejo de guerra que nombraste, fueron tus esbirros, asesinos de un inocente. Antes que nada conviene probar la inocencia de Conrado.

Y dirigiéndose hacia la junquera gritó:

—Gautier, corre á avisar en seguida para que se presente mi general. Yo quedaré aquí.

XI.

Gautier estaba harto apurado para restañar la

sangre que manaba del pecho de la mujer herida y aceptó gustosísimo aquel encargo.

—¡Diana!—murmuró Saligny, reconociendo á la condesa de la Chategneraie.—¡Desdichada! ¿A qué venías?

—Perdóname, Octavio; fuí una loca cuando estuve en Madrid, pero te amé todavía más que antes; nada me detenía en París; soy viuda y quise verte temerosa de que quizás morirías en este lejano país y no podría repetirte que te adoro... Jamás he podido olvidarte; cuanto más desdeñoso te has mostrado conmigo, más, mucho más te he querido. Pero dime, y por piedad te suplico que no me engañes... Yo estaré buena pronto; esta herida no es nada, ¿cómo puedes tú matarme? Cuando esté restablecida y vuelva á ser hermosa, más, mucho más que antes, dí, ¿no me querrás, nada más que un poco, solo para que pueda ser feliz un momento?

—Sí, pobre Diana. Té querré mucho.

—Ya ves que no son tan sólo las españolas las que saben querer. Yo te he visto todos los días y he tenido fortaleza bastante para no arrojarme en tus brazos... Esta noche creía que podría tener esa dicha; el duque me lo había prometido; me había dicho que tú ya lo sabías y le habías indicado este sitio para vernos. ¡Oh, qué malo ha sido! Pero dime otra vez que me amas...

Octavio murmuró algunas palabras de consuelo y poco después el rumor de una patrulla le hizo recordar que allí cerca yacía el duque, mortalmente herido.

Saligny fué al encuentro del general de su brigada, dejando por un momento á Diana.

—Mi general,—exclamó,—hay dos heridos, una mujer y un hombre, pero os ruego pasemos antes á ver al hombre.

—Como gustéis, coronel,—repuso el jefe.

La comitiva se encaminó hacia donde yacía el duque de Orthez.

El general Beaulieu, que así se llamaba el que mandaba la brigada de Saligny, exhaló un grito de sorpresa al ver al duque en tierra, lleno de sangre.

—¡Vos, mi general!—exclamó.

—¿A qué venís?—repuso duramente el herido. Dejadme.

—Venimos para que declaréis que mandasteis fusilar al capitán Walewsky sabiendo que era inocente del crimen que se le imputaba.

—¡Idos todos al infierno!—repuso el duque.

—Antes de que vos vayáis á él, juro, sin embargo, por mi honor, ante todos los que aquí están, que cometisteis un asesinato en la persona de mi pobre amigo, que lo hicisteis matar para infligirme á mí la odiosidad de ser el que lo condenase, todo movido por vergonzosos celos; esta noche, llevando engañada á la pobre mujer que gime herida ahí cerca, habéis atentado contra mi vida para poder entregar un cadáver á la que habíais hecho entender que llevaríais un amante. Decid si todo cuanto he dicho no es cierto.

—Soy corso,—replicó el herido;—sé que he de morir, pero no creáis que por eso se interrumpirá mi venganza.

—¿Luego es cierto todo cuanto ha manifestado el coronel y el capitán Walewsky fué víctima realmente de un tribunal de prevaricadores?

—Debía vengarme.

—Fuisteis, sin embargo, un miserable, general. Ya lo oís todos, amigos míos,—repuso el digno jefe, volviéndose hacia sus acompañantes;—sólo una mira vengativa contra el marqués de Lagarde, motivó la ejecución del capitán Walewsky, víctima de una infame calumnia. Si Dios perdona eso, no sé si puede llamársele justo. Al punto constará en la orden del día vuestra declaración y se devolverá á la memoria del valiente y malogrado oficial la fama de hidalguía y generosidad de que se le intentó despojar. Lleváos á ese hombre al hospital de sangre y que se encarguen de él los frailes de la abadía. Vamos ahora á ver á esa desventurada.

XII.

Dirigiéronse el general y sus ayudantes hacia la junquera, donde encontraron á la infeliz Diana, tendida en el suelo, apoyada en una mano la cabeza y conteniendo con la otra la sangre que salía de la herida.

—Vamos, vamos en seguida,—exclamó Beaulieu. —Os llevaremos á la abadía y pronto estaréis restablecida. No tengáis cuidado alguno; vuestra herida es insignificante y sólo os obligará á guardar unos cuantos días de reposo. Saligny y yo os conduciremos; ya veis que estáis entre conocidos: ambos tuvimos el honor de ser ayudantes del bravo general de La Chategneraie.

Beaulieu notó que corría un frío glacial por las manos de la condesa.

—¿Qué tenéis?—exclamó.

—Nada, la impresión del fresco de la noche,—contestó ella.

Pero el general comprendió bien que la alteración de Diana no provenía del frío sino del recuerdo que había despertado en ella y no vaciló un momento en dar por sentado lo que era realmente verdad: que Octavio y Diana habían sido amantes en aquella época.

No tardaron en llegar á la abadía, dejando á Diana en la celda del padre Alejo, con un médico. Saligny preguntó á un bedel por el digno monje y al cabo de un rato vió que éste se acercaba al corredor.

—Vuestra advertencia me ha sido útil, padre,—exclamó el coronel,—tan sólo que he tenido la desgracia de causar dos víctimas en vez de una. En vuestra celda hay una mujer con una bala en el cuerpo.

—No sabía que debiese esperaros ninguna mujer,—contestó el fraile,—y sí únicamente ese general que acaban de traernos agonizante. Certera puntería tenéis, coronel Lagarde.

—Quizás llegue el caso de demostrarlo con más gloria que en este innoble ataque nocturno,—contestó con alguna sequedad Saligny.—Entre tanto confío en que prodigaréis vuestros más tiernos cuidados á esa pobre mujer; no la consideréis como francesa sino como una desgraciada que sufre y necesita toda clase de consuelos.

—Estará tan segura en mi celda como pudiera estarlo en el regazo de su madre,—contestó gravemente el padre Alejo.

Esta conversación teníanla Octavio y el fraile en el corredor, después de lo cual entraron en la celda.

El fraile dispuso que se amueblara en seguida de la mejor manera posible, y en efecto, gracias á una mesita, á varios taburetes de nogal tallado, á unos candelabros y á una vieja alfombra, el cuarto perdió su aspecto ascético.

Salió fray Alejo después de un breve rato de conversación con el médico, retiróse á poco también éste y quedaron solos Diana y Saligny.

XIII.

La pobre mujer estaba muy cambiada desde las ocurrencias de Madrid, y á pesar de que la herida no era de mucha consideración parecía que estuviese gravemente enferma.

Era el mismo rostro de siempre, pero disminuido su tono trigüeño en fuerza de la palidez; los ojos parecían más grandes y sus antiguos cambiantes verdosos eran ahora enteramente negros; la nariz estaba afilada, la boca arqueada tristemente, pequeña siempre, ligeramente levantadas hacia arriba las comisuras; expresaba todo el semblante como una dulzura infantil y la misma voz había perdido sus inflexiones, á veces duras, haciéndose verdaderamente musical.

Diana era delgada, fina, de talle de avispa; herida, todos sus rasgos se habían acentuado, atenuádose la morenez, suavizado el acento y entristecido la sonrisa; parecía de aquel modo como una virgen melancólica y vagamente misteriosa cual las de Leonardo de Vinci.

—¿Os sentís mejor, Diana?—preguntó Octavio.

La joven en vez de responder miró á Saligny y con triste sonrisa repuso:

—¿No me tuteas ya?

—Perdóname que no haya querido demostrar la intimidad que nos une,—replicó Octavio.

—¡Todos la saben! ¿Cómo no sospecharla si las circunstancias en que ha ocurrido el lance revelan claramente que sólo el amor podía hacer que me encontrase yo esperándote á semejantes horas de la noche?

—Las revelaciones del general han probado que habías sido engañada.

—¡Triste de mí! ¡Perdóname el mal que te he causado, Octavio mío!

—¿Hablas de mi mal y estás tú herida? ¡Por Dios, piensa en tí solamente!

—Cuando este triste suceso se divulgue y llegue á oidos de tu mujer, maldecirás á la causante de tamaño escándalo.

—Nada temas; Julia sabe quién soy.

—¡Ay de mí! ¡Sabe que la quieres con toda tu alma y que jamás dejarás de adorarla!

—Sabrá que eres una desgraciada víctima de un pérfido engaño.

—¡Octavio! ¡Me tienes lástima! Gracias por tu piadoso proceder...

Estas palabras las dijo Diana con tan amargo tono que Saligny se sintió lleno de turbación.

—¡Lástima! No es que me inspires lástima, como

tú piensas, sino que ante todo veo en tí á un sér que sufre y que padece por mi culpa. Tengo por lo tanto deberes que cumplir contigo.

—¿Qué deberes?—preguntó ansiosamente la condesa.

—Naturalmente, atenderte, cuidarte...

—¿Conque no te irás?

—Volveré en seguida; mañana estaremos en Moscou y una vez instalado el ejército, volaré á tu lado.

—Pocas horas faltan, pues, para que te vayas...

—Pocas, pero luégo estaremos días y más días juntos y cuando estés ya restablecida te llevaré á la capital...

—Quiero que me escribas cada día mientras estés ausente...

—Te escribiré.

—¿Y si todo el mundo llegara á figurarse que era yo tu amante?...

—Nadie se atreverá á imaginarlo. Saben que eras la esposa de mi general.

—¡Ay! ¡Saben que eres el esposo de la condesa de Montespino!

—No te agites, ni atormentes...

—¿Cómo quieres que pueda estar jamás tranquila?

—Sosiégate...

—¡Cuán desgraciada he de ser siempre!

—No, no lo serás.

—¡Octavio, Octavio! ¡Ah, Dios mío! ¡Octavio!... ¡Horror! No, no... ¡Octavio!...

—¿Qué tienes?

—¡No te vayas, no, no te vayas!...

—¿Qué dices? ¡Cálmate!

—¡No te irás, por compasión, dime que no te irás!...

—¿Pero qué tienes?...

—¡No te vayas!

—Bien... Pero serénate...

—¡No te irás... no te dejaré!

—¡Diana!...

—¡Oh, qué ensueño!

—¿Soñabas?

—Pero no era un sueño, no; eras tú... mi Octavio.

—Tienes fiebre y te hace delirar.

—No deliro... ¡Oh, qué espanto!

—Sosiégate...

—¡Octavio, no te vayas!...

—Niña...

—Yo sabré sujetarte... ¡No, no te moverás de mi lado! ¡Huyamos, huyamos!...

—¡Huir!

—¡Salvémonos!

—¡Pero qué estás diciendo!...

—Corramos...

—¡Diana!

—Si no por tí, por tu mujer. ¡Huyamos!

—Diana, tu cabeza está ardiendo. No hables.

—Octavio, tú, allí... un cadáver helado... y yo junto á él...

—¡Está delirando!—exclamó Octavio contristado.

—Mira, mira, allí... Muertos los dos...

—¡Oh, calla!...

—¡Cuántos muertos! Miles, miles de muertos como nosotros...

—¡Diana!

—¡Huyamos de aquí! ¡Corre, cógeme, llévame de aquí!...

—Luégo, en seguida.

—¡Sálvame, Octavio!

—Sí, te salvaré, te lo juro.

—Ahora...

—Pronto, de aquí tres días.

—Es tarde... ¡Huyamos!

—Diana, serénate, te lo suplico, te lo pido de rodillas.

—¡Muertos! ¡Todos muertos! ¿No sientes ese frío que hiela? ¿No sientes cómo adormece, cómo arrebata traidoramente?... ¡Qué oscuro está todo!... Ven, Octavio...

—¡Pobrecita!—repuso el coronel.

XIV.

Diana tiritaba en efecto, castañeteaban sus dientes y estaba cubierto su rostro de una palidez marmórea no menos fría también que el mármol.

El coronel creyó que Diana iba á morir y saliendo al corredor, gritó:

—¡Socorro! ¡Venid! ¡Diana se muere!

El médico, que se encontraba en una celda próxima, acudió al oir aquella voz y penetró en el aposento que ocupaba la enferma.

—Haced que preparen una infusión fuerte de té, —exclamó.—Parece que se le escapa la vida. Voy á buscar almizcle.

Al punto estuvo hecho el té, verdadero samovar.

El médico añadió un poco de polvos de almizcle y lo hizo beber á la enferma con objeto de contrarrestar la frialdad de su temperatura.

El té almizclado pareció reanimar á la paciente.

—¡Octavio!—exclamó de nuevo, buscando con los ojos al coronel.

—¿Qué quieres?—repuso dulcemente Saligny acercándose al lecho.

—¡Quiero estar á solas contigo, nada más que un momento... pero solos, solos!...

—Doctor...—dijo Saligny, dirigiéndose al médico.

—Prudencia,—murmuró éste.

Así que el doctor hubo traspuesto los umbrales de la puerta, Diana se arrojó al cuello de Saligny estrechándole con todas sus fuerzas.

El coronel, horripilado al ver á Diana incorporada siendo tan crítico su estado, la obligó á acostarse de nuevo exclamando:

—Dime cuanto quieras, pídeme lo que quieras, todo, pero estáte quieta. Te estás matando así.

La joven se dejó acostar sin replicar con la docilidad de una esclava.

—Habla. ¿Qué quieres?—dijo Octavio.

—Morir contigo,—repuso ella.

—¡Morir! ¿Quién piensa en morir? ¡Qué desvarío!

—Pronto moriremos, sin embargo.

—¡Delirio!

—No, lo sé, te lo aseguro...

—Bueno, pero ya verás cuán felices seremos á pesar de tus pronósticos...

—¡Felices! ¡Cómo puedo ser yo feliz!

—¿Por qué?

—¡Ay de mí! ¿Por qué me preguntas?

—Diana... si de mí depende, ¿por qué no has de ser dichosa, muy dichosa?...

—Octavio...

—Diana, pobre Diana mía...

—¡Qué escucho!... Esa es tu voz...

—Yo soy, Diana, yo, quien te hablo...

—Acércate, más, mucho más... oye...

—¿Qué?

—¿Me has dicho que sería dichosa?

—Sí.

—¿Dichosa, por qué?...

—Sí.

—¿Por eso?

—Sí...

—¡Octavio!...

—¡Tuyo!

—Octavio...

—Diana...

—¡Ay! ¡Al fin!

—Siempre...

—¡Sueño!

—¡No, mírame!

—¡Sí, sí, eres tú, mi Octavio!...

—¡Y tú, mi Diana!

—¿Te acuerdas? ¡Qué día tan feliz!

—Sólo de eso me acuerdo...

—¿Te acuerdas de cuánto me dijiste?...

—Que te adoraba, sí.

—Era el día que volviste de Austerlitz.

—El día que el emperador dijo al verte:—*El sol de Austerlitz debiais ser vos, generala.*

—Y repuso:—*¡Famosos húsares los vuestros, La Chategneraie!*

—Yo era valiente para que mi generala supiese que había quien la adoraba.

—Ya lo sabía y por eso te adoraba.

—¿Me querías mucho?

Diana volvió á incorporarse y rodeando de nuevo con sus brazos el cuello de Saligny exclamó sordamente:

—¡No te adoraba tanto como te amo ahora!

XV.

Saligny se estremeció.

Diana á pesar de su herida ó quizás precisamente á causa de su herida, se había convertido en un sér irresistible.

Sus ojos parecían desmesuradamente grandes. Su boca pequeñita habíase contraido con tal expresión que parecía un imán que atrayese todos los besos. Caíale el cabello sobre la frente con la ingenuidad de un niño; su voz era como una caricia, su palidez una seducción.

Saligny tenía deberes sagrados, proferidos sino al pié del altar, ante la ley de la conciencia.

Saligny pensó en Julia.

Julia era el amor ardiente y avasallador, el amor victorioso de todo, hasta de la religión. Era una pasión grande, la pasión de un héroe, de un guerrero.

Diana era la juventud, la ligereza, el capricho, convertidos entonces en lamentable drama.

Lo primero, era lo primero.

Julia era sublime en todo, heroica en todo, en todo incomparable.

No había de importarle á la altiva española lo que Saligny quisiera decirle á la gentil parisiense. La paciente del convento de Zegnivorod no debía inquietar para nada á la antigua abadesa de Santiago.

Saligny se dejó llevar de un impulso generoso.

—Diana,—exclamó.—¡Te amo como siempre!

—Morir, morir ahora,—exclamó ella.—¡Ya soy feliz!

Un toque de corneta hizo volver en sí á los dos amantes.

—¡Llamada!—exclamó Saligny.

—¡Irte ahora!—repuso la joven.

—Es la seña.

—¡Partir!

—No hay excusa alguna posible.

—¡Octavio! ¡Por piedad, no te alejes!...

—Es mi deber.

—¡A Moscou!

—Sí.

—¡Muerte, muerte! ¡Oh, desgracia!

—Estás exaltada.

—Bien, vete. Adiós.

—Adiós.

Octavio estampó un beso en los labios de su antigua amante.

Ella le miró y se le cayeron las lágrimas, mientras Saligny salía hondamente impresionado.

Los augurios de Diana semejaban tener algo de proféticos.

XVI.

Amaneció. La campiña parecía alegre.

Agregóse el coronel al estado mayor del virey y le pareció encontrarse en un mundo distinto.

El príncipe Eugenio le llamó, así que le hubo distinguido.

—Coronel,—exclamó,—de resultas del lance de esta noche, queda patentizada la inocencia del capitán Walewsky y así constará en la orden del día que va á darse. Los vocales del consejo de guerra quedarán todos sujetos á sumaria, excepto vos, cuyo voto favorable se ha hecho evidente luégo de tomadas las primeras declaraciones. Lamento la desgracia que habéis tenido al herir á la condesa de la Chategneraie, pero al propio tiempo delaro altamente que de nada se os puede acusar respecto á este particular. Coronel, quedáis libre completamente y la causa que se os seguía por desacato al duque de Orthez queda sobreseida.

Octavio dió las gracias al noble Beauharnais y volvió á su puesto.

El 4.º cuerpo de ejército abandonó la abadía y se puso en marcha hacia Moscou.



CAPÍTULO V

Rostopchine

I

Había terminado apenas la batalla de Borodino cuando partía hacia Moscou un general ruso, acompañado de un ayudante. Franqueóseles al momento el paso por la puerta de Petersburgo y se dirigieron al palacio de la Slobode, residencia del gobernador.

Rostopchine se encontraba en su gabinete juntamente con varios generales y boyardos. Al ver el semblante de los recién llegados, comprendió al punto el mensaje que traían y les hizo una seña de que nada dijeran.

—Señores,—exclamó dirigiéndose á los que estaban con él,—permitidme por un momento que pueda quedar á solas con esos dignos enviados del valiente Kutusoff, que nos traen de seguro el anuncio de la feliz victoria. ¿No es verdad, general?

—Así es, en efecto,—repuso el recién llegado.—La victoria ha sido completísima.

Retiráronse todos y quedaron solos el conde y los dos emisarios.

—Hablad,—murmuró Rostopchine.

—Todo está perdido. El ejército ruso viene en retirada hacia aquí, donde no tardará en llegar, perseguido por los vencedores.

Rostopchine escuchó la nueva impasible.

—¿Creéis que pueden tardar mucho?—repuso después de un momento de silencio.

—Tratábase aún de resistir en Mojaisk.

—Cerca están; con todo, áun podemos disponer de tres ó cuatro días.

—Creo lo mismo.

—Bien está; conviene decir que la victoria ha sido nuestra y espero que así lo haréis.

—Así lo diremos, general.

Rostopchine mandó llamar de nuevo á los que estaban con él.

—Señores,—exclamó;—la situación del imperio ha cambiado completamente de faz; Napoleón huye perseguido por los nuestros; pronto entrarán en la ciudad cien mil soldados rusos á descansar de sus fatigas, saliendo yo luégo con ellos para completar el aniquilamiento que les ha causado el noble Kutusoff. Confianza, pues. En cuanto á vosotros, bravos mensajeros, id á descansar ahora.

Salieron el general y su ayudante y fueron conducidos á un lujoso aposento; pocos momentos hacía que se encontraban allí cuando entró Rostopchine.

—No conviene decir todavía la verdad,—exclamó dirigiéndose al enviado de Kutusoff.—Si Moscou apareciese deshabitado y fuera de su estado normal, podría recelar el enemigo y echarse á perder mi plan. Una vez estén dentro, se darán los avisos oportunos, pero por ahora precisa que todo presente el aspecto acostumbrado.

La expresión de Rostopchine habíase tornado de impasible en aterradora. Era un hombre de elevada estatura, de aire distinguido y hermosa fisonomía, que reflejaba el tipo oriental. Nada indicaba en él al tártaro sino al armenio ó circasiano; al hablar con los dos enviados su voz había resonado con siniestra entonación, acompañada de indescriptible sonrisa.

Los dos hombres miraron al conde como si no comprendieran.

Rostopchine lanzó una carcajada y repuso con sarcástica entonación:

—Mister Andrews me está esperando, señores, lo cual me priva del gusto de estar más tiempo con vosotros. No ceséis de repetir que Napoleón huye á estas horas hacia Francia y que nuestros generales han tomado ya el desquite de Eylau y de Friedland.

II.

Pasaron tres días en los cuales todo eran fiestas y regocijos en Moscou, creidos sus habitantes en la verdad de la victoria. Por fin, vino la realidad á disipar aquellas locas ilusiones. El ejército ruso se encontraba á las puertas de Moscou, conduciendo treinta mil heridos y seguido de inmenso número de campesinos que huían de las aldeas comprendidas entre Borodino y Moscou.

La consternación de la ciudad fué inmensa. Todos corrían á la plaza de la Slobode para saber qué debían hacer en aquel trance. Rostopchine mandó se le presentaran comisiones de la nobleza, el comercio y el pueblo, y reunidos en una gran sala, les habló así:

«¡Valerosos moscovitas! Nuestro enemigo se acerca, y es preciso oponerle todas nuestras fuerzas. El pérfido pretende derribar un trono cuyo resplandor ofusca el suyo. Hemos cedido el terreno, pero no hemos sido vencidos. Bien sabéis que nuestro imperio, á imitación del de nuestros antepasados, reside en el campo. Nuestros ejércitos están casi intactos y reciben cada día considerables refuerzos, al paso que los suyos al contrario vienen abatidos y aniquilados. El insensato pensaba que su águila victoriosa, después de andar errante desde las orillas del Tajo hasta las del Volga, podría despedazar á la que criada en el seno del Kremlín, ha alzado su rápido vuelo y cerniéndose sobre nuestras cabezas extiende una de sus alas hasta el polo y la otra más allá del Bósforo. Tengamos perseverancia, y me atrevo á aseguraros que la patria saldrá de sus ruinas más grande y majestuosa, pero, amigos míos, para llevar á cabo tan grandes proyectos es preciso renunciar á lo más amado y hacer grandes sacrificios. Mostrad cuando llegue la ocasión que sois los dignos émulos de los Pajaskhis, de los Palitzires y tantos otros, que en tiempos más calamitosos aún que los actuales establecieron, á fuerza de valor, la creencia de que el Kremlín era sagrado. Mantened esta piadosa tradición, y para defenderla arme cada uno su brazo contra el cruel enemigo que quiere destruir nuestro imperio y derribar nuestros altares. Para alcanzar la victoria todo se debe sacrificar, pues sin ella perderéis vuestros bienes, vuestra honra y vuestra independencia. Pero si por uno de aquellos efectos de la ira celestial, que no le es dable al humano penetrar, permite Dios que el crimen triunfe por un instante, acordáos que vuestro deber más sagrado, que vuestra obligación más perentoria es huir á los desiertos y abandonar una tierra que deja de ser vuestra patria desde el momento que pisan su suelo los opresores que vienen á invadirla. Recordad el heroismo de los habitantes de Zaragoza, los cuales teniendo siempre ante los ojos el indomable valor de sus abuelos, á quienes no pudieron jamás sojuzgar los romanos, han preferido perecer entre las ruinas de su ciudad á doblar la cerviz al tiránico yugo de los mismos que vienen hoy á amenazarnos con sus horrores; mostrad, pues, á la faz del mundo que el heroico ejemplo de la España no ha sido perdido para la Rusia» (1).

III.

Rostopchine había pronunciado el anterior discurso embargado por la más profunda emoción. Todos los congregados se sintieron inflamados de ardiente entusiasmo al oir aquellas patrióticas palabras y pidieron se votase en seguida la proposición de incendiar á Moscou. El acto fué solemne; sólo hubo siete votos en contra.

Al momento que se comunicó esta resolución al pueblo, esparcióse por las calles gritando que era preferible morir á vivir sin patria, sin religión y á merced de los invasores. El nombre de *Zaragoza* corría de boca en boca. Unos corrían al arsenal en busca de armas y otros se retiraban á sus casas para ver si podían librar á sus familias de la catástrofe que se acercaba.

---

(1) Por lo que tiene de lisonjera para nuestra patria hemos transcrito literalmente la magnífica arenga de Rostopchine, tomada de la obra del conde de Segur, uno de los más brillantes generales que formaban parte del ejército invasor.

IV.

El ejército derrotado en Borodino entraba en la ciudad, ofreciendo un lastimosísimo espectáculo. Era el día 14 de Setiembre de 1812.

A las once de la mañana oyóse un vivo fuego en las cercanías; la vanguardia francesa estaba á las puertas de Moscou y algunas bandas de cosacos hacían resistencia. Dispersados empero por la caballería francesa, entraban en la capital y corrían al Kremlín.

El ejército de Kutusoff no hizo más que atravesar la ciudad, dejando allí los heridos y siguiendo luégo en dirección á la línea del Volga.

Rostopchine contemplaba el silencioso desfile desde uno de los balcones del palacio cuando de pronto pareció sorprendido al ver pasar á Miranda y Revoredo, que iban con el general Milarodowitch.

Llamó á un oficial y dióle orden de que fuera á avisar á los dos españoles que se le presentaran.

A los pocos minutos estaban ambos en presencia del gobernador.

Rostopchine les conocía muy bien por haberlos visto en el castillo de Teglew.

—Señor comandante,—le dijo en correcto francés, —me prestaréis un señalado favor quedándoos á mi lado, juntamente con vuestro compatriota.

—Estamos á vuestras órdenes, señor conde,—contestó Miranda.

—Gracias. Ya recibiréis mis instrucciones.

A las doce de la mañana hacía su entrada Napoleón en la capital moscovita.

V.

Impotente sería nuestra pluma para describir las escenas que se sucedieron, por lo cual creemos que el lector no nos dirigirá ningún cargo si transcribimos las páginas en que dá cuenta de ello el conde de Segur, testigo presencial de todo y escritor de primer orden. Hé aquí lo que dice:

«Moscou, edificada por el estilo asiático, tiene cuatro recintos, unos dentro de otros. El primer recinto está formado por unas torres altas y un muro almenado que se ven salir del medio de la ciudad y se llama el Kremlín. Esta fortaleza es célebre en los anales rusos y, según la tradición que sobre ella existe, no había sido tomada jamás hasta que se apoderó de ella Napoleón; su plan fué trazado por unos arquitectos italianos por el siglo XIV, y su figura es triangular. Dividióse su interior en dos partes; la primera, llamada Krepots ó ciudadela, no contiene más que los edificios reales é iglesias, cada una de las cuales está coronada de cinco cúpulas: distínguense á gran distancia, ya por su elevación, ya también por el dorado de sus cúpulas y torres y lo caprichoso de su arquitectura. En el segundo recinto se encuentran hermosas casas, calles en que hay tiendas de mucho comercio, y la plaza que llaman Kitaye-Gorod, ó ciudad chinesca de los tártaros, que la fundaron.

»Forma la tercera circunferencia en torno del Kitaye-Gorod, el Beloye-Gorod ó ciudad blanca; contiene bellas casas de piedra, pero sin embargo, le sobrepuja en magnificencia el Zemlenoye-Gorod, que es donde existen los mejores edificios. La circunferencia de la ciudad, inclusos los arrabales, tendrá unas treinta verstas. La población que en ella se encierra, asciende en invierno á trescientos mil habitantes, pero al llegar la buena estación disminuye por lo menos en una tercera parte, porque todos los pudientes tienen tierras y quintas fuera de la ciudad y se van á vivir á ellas.

»Al acercarse á la ciudad el 4.º cuerpo, observaron con sorpresa los soldados que no tenía murallas y que un parapeto de tierra era la única obra que formaba su primer recinto. Hasta entonces nada veían que indicase estar habitada la ciudad, antes por el contrario, era tal la soledad de aquella parte por donde iban llegando, que no sólo no se dejaba ver un moscovita, mas ni siquiera un soldado francés. Era tanta la tristeza que se respiraba en aquel sitio, donde no se oía ni una voz, ni el menor ruido, que se apresuraron á alejarse pronto de allí. Sólo el ansia guiaba sus pasos, y ésta creció al ver elevarse desde el centro de la ciudad una espesa columna de humo que formaba negras ondulaciones á impulsos del viento.

VI.

»Desde luégo se figuraron que sería de algunos almacenes que los rusos, según costumbre, habrían quemado al retirarse, pero no dejó de cruzar por su mente la idea de lo qué podrían haber proyectado los

rusos, por lo cual aumentaba su impaciencia y zozobra.

»Entró el virey en Moscou y eligió para su alojamiento el palacio Momonoff, propiedad del príncipe de este nombre, en la calle de San Petersburgo, que es una de las más bellas de la capital, por los magníficos palacios que la hermosean, los cuales, á pesar de ser casi todos de madera, ostentan un lujo y magnificencia imponderables. Este mismo cuartel se designó para que en él se alojase el 4.° cuerpo; los oficiales de éste pudieron, pues, elegir cada uno para sí el palacio que más le acomodaba, puesto que todos los magistrados habían abandonado á Moscou, y en su precipitación por huir, habían dejado amueblados y arreglados los que ellos habitaban; de manera que hubo oficial subalterno que tenía á su disposición vastos aposentos lujosamente adornados y podía llamarse dueño de todo, puesto que nadie se le presentaba, á excepción de un portero sumiso que con mano trémula le entregaba todas las llaves de la casa, poniendo el colmo á su admiración.

»Era tan vasta la ciudad, y tan despoblada estaba, que sin embargo de ocupar á Moscou desde el día anterior, las tropas del cuarto cuerpo no habían visto en el cuartel donde iban á alojarse, ni moradores ni soldados.

»En todas partes reinaba el más profundo silencio que conmovía los corazones más intrépidos, oyéndose sólo el monótono y acompasado ruido de los pasos; las calles eran sumamente largas, en términos que de un extremo á otro no podían reconocerse los soldados de caballería, y algunos, ignorando si los del otro cabo eran amigos ó enemigos, se iban retirando poco á poco, y hasta los hubo que sobrecogidos de terror huyeron al ver aparecer soldados aunque eran unas mismas sus banderas: tanto era lo que habían influido en los ánimos las extraordinarias circunstancias en que se hallaba la capital.

»Conforme se iba tomando posesión de otro cuartel, se enviaban delante exploradores para reconocerlo y registrar las casas é iglesias; pero en las primeras no se encontraban más que niños y ancianos, ú oficiales rusos que no habían podido seguir la marcha del ejército por haber quedado estropeados en las batallas de los días anteriores, y en las segundas estaban adornados los altares como en las grandes solemnidades, mil hachas encendidas en honor del santo protector de la patria argüían que los piadosos moscovitas no habían cesado de implorar su protección hasta el momento de emprender la fuga.

»En medio de tan horrorosa soledad, ya no se atrevían á andar los franceses sino con paso tímido y vacilante; á lo mejor se paraban para mirar hacia atrás y se detenían á escuchar, porque asombrados de la manera con que les habían recibido se figuraban ver en todas partes asechanzas ó lazos que el enemigo les habría tendido y el menor ruido les alarmaba haciéndoles pensar en el estruendo de las armas y los alaridos de los combatientes. Imposible parecía, en fin, que les impusiese tanto la inmensa conquista que acababan de hacer.

VII.

»Cuando empezaron á ver algunos habitantes fué al llegar al centro de la ciudad, especialmente en las inmediaciones del bazar. Vieron, al llegar á esta plaza, algunos desdichados que andaban alrededor del Kremlín; confiados en una antigua tradición, lo tenían por inexpugnable, por lo cual el día anterior habían opuesto alguna resistencia á la vanguardia de los franceses, mandada por el rey de Nápoles, pero pronto reconocieron, á su pesar, que nada podía resistir á aquellos valientes. Llenos de consternación al verse vencidos, contemplaban con tristeza aquellas altas torres en que habían fundado su última esperanza y que hasta entonces habían considerado como el paladión de la ciudad.

»Pasando adelante, vieron un gran número de soldados que vendían públicamente muchos objetos que habían robado; porque la guardia imperial no más había puesto centinelas en los principales almacenes de comestibles; más adelante crecía el número de estos soldados, que iban sueltos, vendiendo piezas de paño, panes de azúcar y fardos enteros de mercancías. No sabían los que acababan de llegar á qué atribuir aquel desorden hasta que unos fusileros de la guardia les noticiaron que el humo que habían visto al entrar en la ciudad salía de un grandioso é inmenso edificio lleno de mercancías, llamado la Bolsa, al cual habían pegado fuego los rusos antes de retirarse. Dijeron también que el día antes, cuando entraron en Moscou, no observaron el menor asomo de incendio, y que aquel día por la mañana al declararse el fuego habían corrido todos para apagarlo, pero luégo les dijeron que el gobernador de la

ciudad había mandado que se llevasen todas las bombas é instrumentos á propósito para la extinción de incendios, á fin de perjudicar así á su disciplina y arruinar al cuerpo del comercio, que había resistido con todas sus fuerzas al proyecto de abandonar á Moscou.

»Cuanto más se adelantaba hacia el lugar de la catástrofe, veíanse por las calles cada vez más soldados y mendigos que llevaban todo género de efectos, y muchas veces viendo algunos que excitaban su codicia arrojaban los más despreciables y se apoderaban con ansia de los de más de valor, y así por las calles se veían esparcidas muchas mercancías y géneros de toda clase. La Bolsa no era ya aquel edificio celebrado por su magnificencia; presa de las llamas, parecíase más bien á un horno espacioso, del cual se desprendían por todas partes vigas y maderos ardiendo. No se podía pasar ya más que por los pórticos, en que había también muchos almacenes, y allí era donde los soldados, violentando las cajas, cogían un botín que excedía con mucho sus esperanzas. En esta desagradable escena, iluminada por el rojizo resplandor de las llamas, ni se oían gritos ni había tumulto, puesto que todos encontraban con qué satisfacer su codicia: no se percibía otro rumor que el crujido de la tablazón que ardía, el estrépito de las puertas que venían abajo á los redoblados golpes de los soldados, y de repente el espantoso estruendo que hacía alguna bóveda al desplomarse.

»Allí se veían arder con violencia las cotonías, las muselinas y cuanto de más precioso fabrica la Europa y el Asia: en los sótanos habían metido los géneros coloniales y todas las materias inflamables como alcohol, aceites, resina y vitriolo, las cuales ardiendo juntas en aquellos subterráneos arrojaban torbellinos de llamas por entre las rejas de hierro. Espectáculo horrible, que parecía imposible hubiesen podido llevar á cabo los mismos que pretendían salvar á aquella nación, convirtiéndola en un vasto montón de ruinas.

»Entonces se observó que pululaban por las calles multitud de prostitutas, presidiarios y la hez de la sociedad, aumentando el horror del triste acontecimiento que tenía lugar y promoviendo toda clase de desórdenes. Como se ve, pues, el enemigo empezaba á poner en ejecución sus abominables proyectos: el primer edificio que entregó á las llamas podía suministrar recursos de toda clase al ejército francés durante todo el invierno por los inmensos acopios que en él se habían hecho.

»Esperaban éstos que el incendio no causaría más pérdida que la Bolsa, pues los zapadores y soldados habían trabajado mucho á fin de aislarla de los demás edificios para que no comunicase el fuego; pero al otro día al amanecer, quedaron atónitos al ver que la ciudad ardía por sus cuatro puntos y que el viento que soplaba con violencia esparcía á todos lados torrentes de fuego.

VIII.

»No cabe en la imaginación la horrible escena que tuvo lugar entonces. Parte de la población de Moscou que no había huido intimidada con la introducción de los franceses, se había ocultado en el interior de las casas; pero el fuego que cundía por todas partes los hacía salir de sus asilos: todos estos infelices salían de sus casas llevándose sus alhajas más preciosas sin proferir la más mínima queja, porque el miedo enmudecía su dolor: las almas sensibles en las que dominaba sólo el sentimiento de la naturaleza llevaban en brazos á sus tiernos hijos, siguiéndoles otros más crecidos, quienes por no perderse aceleraban el paso yendo en pos de sus padres. Los ancianos, abrumados más por el dolor que por los años, apenas podían seguir á sus familias, y muchos de ellos, llorando la suerte de su patria, se dejaban morir junto á la casa que los viera nacer. Las calles, las plazas y sobre todo las iglesias estaban llenas de estos infelices, quienes tendidos sobre los harapos que les quedaban gemían sin dar la más leve señal de desesperación: no se veía la menor riña entre el vencedor y el vencido, porque ambos estaban embrutecidos igualmente, el uno por exceso de felicidad, el otro por exceso de infortunio.

»El incendio continuaba haciendo estragos, y bien pronto cundió por los barrios más hermosos de la ciudad. Todos aquellos palacios, que poco había eran admirados por la elegancia de la arquitectura y el buen gusto de sus muebles, quedaron envueltos en aquel mar de fuego: las soberbias fachadas, embellecidas con bajos relieves, faltándoles sus apoyos, caían con estruendo sobre los trozos de sus columnas: las iglesias, aunque cubiertas de hierro y plomo, se desplomaban también, y con ellas las cúpulas suntuosas que el día anterior resplandecían con

el oro y la plata y habían sido admiración de todo el ejército: incendiaron también en breve los hospitales, en los que había más de doce mil enfermos, viéndose á los pocos que quedaron con vida, arrastrarse á duras penas por el suelo, medio quemados; otros lanzaban gemidos que enternecían los corazones más empedernidos, abrumados por montones de cadáveres que les impedían ver la luz.

»No es posible describir la confusión y el tumulto que hubo, luégo que se toleró el pillaje en aquella dilatada ciudad. Un gran número de presidiarios y mujeres perdidas corrían por las calles, entraban en los palacios abandonados y allí cogían todo lo que excitaba su codicia: lo demás lo rompían para que si iba otro tras ellos no se aprovechase de lo que dejaban. Unos se cubrían de telas de seda y oro, otros se echaban á las espaldas mantos de pieles las más estimadas, sin elección ni discernimiento; muchos se vestían los ropones de las mujeres y de los niños, y hasta los presidiarios cubrieron sus andrajos poniéndose encima trajes de gala. Los demás iban en tropel á las bodegas, violentaban las puertas, embriagábanse con los vinos más exquisitos y se llevaban el inmenso botín que cogían en todas partes.

»Aquel horroroso saqueo no se redujo á las casas abandonadas, porque la codicia del populacho lo extendió á las demás, y era tanto lo que se desmandaban, que sólo los que tenían en su casa oficiales ó soldados pudieron librarse de la desgracia común; pero fué en vano también, porque el fuego fué propagándose cada vez más y disipó toda esperanza. Entonces Napoleón, no creyéndose seguro en una ciudad cuya ruina parecía inevitable, dió orden para evacuarla, y él mismo salió del Kremlín al anochecer con su comitiva, trasladándose al castillo de Peterskoe.

IX.

»Los generales al recibir aquella orden hicieron cuanto estaba en su mano para reunir á los soldados y precisarles á abandonar la ciudad, pero éstos se habían entregado con nuevo ardor al pillaje, y sin que les contuviese la presencia de sus jefes, cometieron todos los excesos imaginables; no quedó morada segura ni lugar santo que les inspirase respeto ó escapase á sus pesquisas.

»Lo que más debía excitar su codicia era la iglesia de San Miguel, donde había el panteón de los emperadores rusos; habíaseles dicho que en ella había inmensas riquezas, por lo cual se fueron allá unos granaderos, y bajaron con hachones encendidos á aquellos vastos subterráneos á turbar la paz de los sepulcros; mas en vez de tesoros hallaron tan sólo sepulcros de piedra, cubiertos de terciopelo encarnado, y unas delgadísimas láminas de plata en que estaban escritos el nombre del emperador, el día de su nacimiento y el de su muerte; descontentos entonces de ver frustradas sus esperanzas, abrieron los sepulcros y arrebataron lo poco que en ellos había.

»A todos los excesos de la codicia se juntaron los de la depravación: nada era respetado, ni la nobleza de la sangre, ni el candor de la edad, ni las lágrimas de la hermosura. El populacho había dado ejemplo, empezando á violar los asilos más sagrados, y la insolente soldadesca le imitó, y áun hizo más que él. Consternados los habitantes, deseaban que la noche cubriese con sus sombras tan horroroso cuadro, pero lejos de eso hicieron aparecer más terrible el incendio, resaltando más la violencia de las llamaradas, que se agitaban en todas direcciones, semejantes á una inmensa serpiente de fuego, y no hizo más que poner el colmo al terror de los pocos moradores que estaban allí todavía, pues el silencio de la noche era interrumpido tan sólo por los gritos de los infelices que eran degollados ó por el llanto de las vírgenes, que refugiándose en el seno palpitante de sus madres, servían tan sólo sus esfuerzos para inflamar más y más la rabia de sus despiadados verdugos.

»A esto hay que añadir los ladridos de los perros que no podían huir del fuego que les rodeaba por estar atados con cadenas á las puertas de los palacios, y se conocerá si tenían razón los habitantes en temerlo todo de aquellas furias que nada perdonaban. Muchos oficiales franceses salvaron no obstante á un gran número de estos desgraciados, pues los hallaban en los subterráneos y los ponían bajo su salvaguardia. Aquellos infelices, al salir de los sótanos en que podían haber sido sepultados, contemplaban con sangre fría la pérdida de todas sus riquezas y sólo se admiraban de que se les concediese aún la vida. Ni tampoco daban muestra alguna de reconocimiento, aunque veían claramente que no se les quería hacer daño alguno: semejante á aquellos que conducidos al suplicio, quedan estupefactos al con-

cedérseles el perdón, pues las angustias de la muerte les hacen insensibles al don de la vida.

X.

»Por la noche, ya el fuego se había extendido por toda la ciudad y Moscou no presentaba á la vista más que una inmensa hoguera. No se distinguían los parajes en que había habido casas sino por algunos pilares de piedra, calcinosos y negros; por todas partes caían las enormes planchas de hierro de que estaban cubiertos los palacios; hacia cualquier punto que se volviese la vista, no se veían más que desolación y ruinas. Al través de un humo muy denso se veía una larga fila de carruajes, cargados todos de botín. Los frecuentes obstáculos que encontraban por el suelo, les hacían pararse á cada momento. Los conductores temiendo quemarse daban gritos espantosos para que los caballos pasasen adelante.

»Por todas partes corrían soldados quienes al irse derribaban las puertas, temiendo dejar algo sin registrar, y si entonces encontraban algún objeto que les pareciese de más valor que lo que llevaban, tiraban esto para cargar con lo otro; muchos de ellos, á más de lo que habían llenado en sus carros, traían al hombro el resto de lo que habían cogido y como el fuego les cerraba el paso en algunas calles, tenían que volver atrás y andar de una parte á otra por una ciudad inmensa que no conocían, buscando el paso libre para salir de aquel laberinto de fuego. Muchos en vez de acercarse á las puertas por donde debían salir, se alejaban cada vez más, pereciendo no pocos víctimas de su codicia.

»Los soldados impelidos del ardor del pillaje y sin hacer caso del extremo peligro á que se exponían, penetraban en las casas incendiadas, andaban por lagos de sangre y cayendo y levantándose á cada paso salían otra vez, chamuscados por las llamas y tiznados por el humo, hasta que por fin no pudiendo soportar por más tiempo aquella atmósfera sofocante, salieron todos al campo.

»El cuarto cuerpo había también recibido la orden de salir de Moscou y en virtud de ella se dirigió á Peterskoe, en cuyas cercanías estaban acampadas las divisiones que no habían entrado en la ciudad. Vióse entonces á algunos moradores que llevaban en unos malos carros los objetos que habían podido salvar de la rapacidad de la soldadesca, y como hasta sus caballos les habían quitado, tiraban de los carros los hombres y mujeres, algunos de los cuales llevaban además sobre sus hombros á un padre paralítico ó una madre enferma, yendo seguidos de los niños casi desnudos y formando un cuadro tierno y terrible que conmovía los corazones más empedernidos y destrozaba las almas sensibles que presenciaban aquel espectáculo. Hasta los niños manifestaban el sentimiento de horror que les inspiraban los soldados, pues al acercárseles alguno de éstos corrían á refugiarse en los brazos de sus madres, viéndose retratada en sus semblantes la tristeza, tan poco natural en su edad. Por lo demás, sin asilo ni socorro, vagando por los campos ó refugiándose en los montes, ¿dónde habían de encontrar estos infelices un albergue que no les recordase sin cesar el objeto de su terror? Donde quiera se encontraban con los vencedores de Moscou, quienes ponían el colmo á su exasperación maltratándoles y vendiendo en su presencia los objetos que habían sacado de sus propias casas, al entregar la ciudad al pillaje.

La ruina de Moscou era ciertamente una pérdida irreparable para la Rusia, pero todavía era más sensible para los franceses al ver que daba á sus enemigos la seguridad de lograr el fruto que se habían propuesto sacar del rigor del clima.

XI.

»El motivo que impulsó á Rostopchine á incendiar Moscou fué creer que este heroico ejemplo era el único medio para salvar la patria, hacer revivir la energía de la nobleza é introducir en sus naturales aquel odio violento que la sublevó y que tanto contribuyó á hacer de los franceses el objeto de su execración. A más de que estando abastecida esta ciudad por ocho meses, si la ocupaba el ejército francés podía esperar dentro sus muros á que principiara el buen tiempo y entrar en campaña juntamente con las reservas que estaban acampadas en Smolensko y cerca del Niemen, al paso que le era sumamente forzoso emprender su retirada en la estación más rígida con el incendio completo de la ciudad. Las esperanzas fundadas en este cálculo parecían seguras, si se atiende á que este ejército formidable á pesar de haberse puesto en camino en la mejor estación, había perdido ya el tercio de la gente por la celeridad de su marcha. Tampoco era posible que este ejército

pudiese tomar posición en ninguna parte, porque la indisciplina había convertido en áridos desiertos todas sus conquistas y la poca previsión de Bonaparte no había pensado en los medios de facilitar su vuelta. Por último, y para acabar de describir los apuros de este ejército en medio de su aparente victoria, bastará con decir que el ejército entero estaba desanimado y sin ganas de marchar. La caballería estaba próxima á su ruina y el inmenso tren de artillería no podía ser arrastrado á causa de la debilidad que producían en los caballos los malos alimentos. Mas aunque aquel brillante ejército fué víctima desgraciada del incendio de Moscou, no por eso dejó de admirar en sus habitantes aquella resolución heroica que á igual de los españoles les ha elevado á aquel grado de gloria que caracteriza la grandeza de una nación.

XII.

»Retiráronse las tropas rusas al camino de Wladimir el día que el ejército francés hizo su entrada en Moscou, y como si quisiesen demostrar que deseaban por última vez dar una mirada á aquella ciudad que ellos habían destruido, pasaron cerca de los muros de Moscou seguidas de toda la población fugitiva dos dias después que los franceses se habían establecido en lo que quedaba de ella y cuando todavía el resplandor de las llamas les alumbraba en la oscuridad de la noche y el mismo viento que soplaba con violencia llevaba hasta sus filas los despojos de su patria, reducida á escombros. A pesar de tan horroroso espectáculo guardó un profundo silencio aquella numerosa tropa y prosiguió su marcha con un orden admirable. Tal resignación á la vista de tan funesta catástrofe daba á esta marcha un aspecto sumamente grande y majestuoso; la mayor parte del ejército francés, siguiendo la corriente del Moskowa, pasó á Kolonna y se estableció en la orilla del río.

»Durante los días 17, 18, 19 y 20 de Setiembre en que el ejército francés estuvo en Peterskoe, no cesó de arder Moscou, y áun cuando caía la lluvia á torrentes, no fué posible dar abrigo á las tropas ni al ganado, en atención que era muchísima la gente que estaba reunida y muy pocos los edificios en donde poder albergarse, de manera que hombres, soldados, caballos y equipajes, todos estaban al raso y á la inclemencia del tiempo.

»Los estados mayores estaban colocados al rededor de las casas donde estaban sus generales, en jardines á la inglesa; se alojaban en las grutas, en los pabellones chinescos ó en las enramadas, teniendo sus caballos atados á las acacias y á los tilos y en medio de las flores y el verdor de los cuadros. Todo esto hacía que el campo tomase un aspecto muy pintoresco, contribuyendo muy poderosamente á ello la vista de algunos soldados que para guarecerse de la intemperie llevaban un traje enteramente nuevo, que se usaba antiguamente en Moscou y que presentaba una gran variedad en el bazar de esta ciudad; así se veían pasear por el campamento los soldados vestidos de tártaros, de cosacos y de chinos, llevando unos gorras polacas, otros persas, y otros, finalmente, de barkires, de calmucos y de otros diversos países, formando su conjunto una verdadera imagen del carnaval, dando lugar á que se dijese después que la retirada había empezado con máscara y acabado con entierro.

»Mas la abundancia que disfrutaba el ejército le hacía olvidar sus penosas fatigas. Cayéndoles el agua á torrentes y con los piés en el lodo no se advertían de ello mientras pudiesen comer bien y hacer sus granjerías con el botín que sacaban de la ciudad, no obstante la prohibición absoluta que tenían de acercarse á ella; faltando de este modo, por el cebo de la ganancia y el deseo de la rapiña, á las órdenes y á la disciplina. Con el pretexto de salir á merodear, se iban al Kremlín y á sus inmediaciones, y revolviendo las ruinas y las cenizas, sacaban toda especie de objetos y mercaderías de muchos almacenes que el fuego había conservado ilesos. Hé aquí por qué este extenso campamento, lejos de asemejarse á un ejército, se parecía más bien á una feria donde cada soldado transformado en mercader, procuraba vender á un precio sumamente bajo los objetos más preciosos, de suerte que no era raro ver aquellos miserables soldados, expuestos á la intemperie, comer en platos de porcelana, beber en vasos de plata y pasear todo lo más rico y elegante que ha podido inventar el lujo para las comodidades de la vida.

XIII.

»Al ver Napoleón que la mansión de Peterskoe y sus jardines era tan insalubre como incómoda, resolvió volverse al Kremlín, que todavía se conserva-

ba intacto, y con este motivo entraron de nuevo en la ciudad la guardia y los estados mayores, en 20 y 21 de Setiembre. Del reconocimiento practicado por los ingenieros geógrafos resultó que la décima parte de las casas habían quedado ilesas, las cuales repartidas por cuarteles, sirvieron de asilo á los cuerpos del grande ejército; esta vez no se tropezó con el inconveniente de andar eligiendo los alojamientos.

»Al entrar en la ciudad se sentía uno oprimido el corazón al contemplar aquellas tristes ruinas, poco antes convertidas en hermosas casas y anchurosas calles; todo se había desplomado, todo había cambiado de forma, y los escombros aún humeantes exhalaban unos vapores que formando nubes en la atmósfera llegaban á oscurecer al sol, dando á su disco un color rojizo y sangriento; apenas se distinguía el lugar que ocupaban las calles, y los palacios de piedra eran los únicos que conservaban algún resto de lo que habían sido: aislados sobre montones de carbón y cenizas y oscurecidos con el humo parecían despojos de la antigüedad las tristes ruinas de una ciudad nueva. Cada uno buscaba dónde poder alojarse, pero era muy difícil encontrar casas contiguas. De manera que era menester ocupar un terreno dilatado para dar alojamiento á una simple compañía.

»Las iglesias no sufrieron tanto en atención al poco combustible que entra en su construcción, pero se les reservó una suerte todavía más desgraciada: la mayor parte de ellas fueron transformadas en cuarteles y caballerizas, y aquellas elevadas bóvedas, donde poco antes resonaban los himnos sagrados y armoniosos, no oyeron otra cosa que el relincho de los caballos y las insolentes blasfemias de los soldados.

XIV.

»Si bien la población de Moscou había desaparecido completamente, todavía pululaban entre los escombros y ceniza muchos de aquellos seres desgraciados á quienes la miseria fuerza á mirar con indiferencia todos los acontecimientos; andaban por las calles con los soldados, prestándoles sus servicios, y se contaban por felices con sólo poder recoger los géneros que aquéllos desechaban. Abundaban en gran manera las mujeres públicas y estas miserables criaturas fueron tal vez las únicas que sacaron algún fruto del saqueo de la ciudad. Otras hubo más dignas de compasión, mas el corazón se resiste á describir los excesos de la inmoralidad, así como también la fuerza del hambre y de la miseria de que fué víctima aquella ciudad.

»Abrigaba también la ciudad de Moscou una clase de hombres, los más despreciables de todos, dado que rescataron sus crímenes con otros mucho mayores: tales eran, los forzados. Mientras duró el incendio de la ciudad, se señalaron aquellos bárbaros por la audacia con que ejecutaban las órdenes que habían recibido: provistos de candelillas fosfóricas, renovaban el incendio en los puntos que se había extinguido y se metían furtivamente en las casas habitadas para entregarlas á las llamas; muchos de ellos fueron cogidos con las teas en las manos y su prematuro suplicio no pudo servir de escarmiento.

»El pueblo que detesta al vencedor miró estos suplicios como una medida política, y en efecto, estas víctimas por demasiado oscuras no podían expiar el delito; la causa se seguía sin aparato y por lo mismo no ponía en claro un hecho como aquél ni podía justificar á los franceses de un modo patente á los ojos del mundo.

»Muchos de los moscovitas que se habían escondido en los montes vecinos, creyendo que no había peligro volvieron á la ciudad, cuando vieron que el fuego se había extinguido; unos buscaban sus moradas y no las encontraban, otros iban á refugiarse en el santuario de su Dios, y al verlo ocupado por caballos, retrocedían horrorizados; los paseos causaban horror, viendo los árboles medio quemados y colgados de ellos muchos de los incendiarios. Entre tales horrores, andaban los desgraciados que habían quedado sin morada recogiendo algunos materiales con que formar una miserable barraca en los sitios más recónditos de la ciudad. Por carecer de alimentos se veían reducidos á cavar la tierra y extraer de ella las raíces de las legumbres que los soldados habían cogido, ó bien revolviendo los escombros escarbaban entre las cenizas para procurarse los alimentos que el fuego no había consumido enteramente. Pálidos, flacos, casi desnudos y con paso macilento mostraban claramente lo mucho que padecían. Por último, no faltaron algunos que, acordándose de que se habían echado á pique barcas cargadas de granos, se esforzaron en sacarlos del río para sustentarse con aquel alimento fermentado y hediondo.

XV.

»Removiendo los escombros de Moscou se encontraban sin grande dificultad almacenes de azúcar, de vino y de aguardiente; mas estos hallazgos, tan preciosos en otros tiempos, eran de poca utilidad para un ejército que había consumido todas las hortalizas de las cercanías é iba acabando por momentos las provisiones de pan y carne. La falta de forrajes perjudicaba en gran manera la caballería y para obtenerlos era preciso entrar cada día en reñidos combates, nada ventajosos á los franceses, porque la pérdida más insignificante era sumamente sensible estando á tanta distancia de la patria.

»Una abundancia aparente cubría la miseria real; carecían de pan y de carne y sus mesas estaban provistas de dulces esquisitos, café, té, y de vinos generosos, y los platos de porcelana y vasos de cristal de que se servían, daban á entender que el lujo se hermanaba con la pobreza. La multitud de necesidades que le rodeaban hacían casi nulo el valor del dinero y el soldado se veía en la necesidad de acudir á los trueques para procurarse lo necesario.

»Entretanto Napoleón abrigaba todavía la esperanza de atraer con sus proclamas almibaradas á los que habían convertido su patria en una hoguera para librarse de su yugo. Para conseguir su objeto é inspirarles confianza, había dividido en cuarteles los restos de la ciudad, nombrando un comandante para cada uno de ellos é instituyendo magistrados para que administrasen justicia á los poquísimos vecinos que se habían quedado. Fué nombrado gobernador de Moscou el cónsul general Lesseps y publicó un edicto para anunciar á los moradores las *intenciones paternales* de Napoleón; pero tales promesas no llegaron á noticias de los moscovitas, y áun cuando hubiesen llegado, no es probable que las hubiesen escuchado si atendemos á que consideraban á Napoleón como la fuente de todos sus males. A más de que los unos habían huido á la otra parte del Volga y los demás, mezclados con el ejército ruso, estaban dominados de un odio legítimo y sólo respiraban venganza.»

Hasta aquí el elocuente historiador de aquel gran desastre.

XVI.

Entretanto, el ejército francés se encontraba encerrado en las cercanías de Moscou, asediado por todas partes y con poca caballería. Aun en sus mismas estancias no estaban seguros los franceses, molestados de continuo por los cosacos y campesinos, que detenían los correos, mataban á los forrajeadores y causaban males sin cuento.

Napoleón, para hacer ver que no tenía miedo, pasaba revista diariamente, usando de una severidad nunca vista con los coroneles para que tuviesen sus regimientos en el mayor orden.

El pueblo esperaba el invierno como á su vengador, y sin embargo, no venía. Tal tardanza hizo creer á Napoleón que el clima de Moscou era igual que el de París. Engreido con su vanidad creía, sin duda, dominar á las estaciones, y esperaba tal vez que el *sol de Austerlitz* le alumbraría hasta el polo ó que, nuevo Josué, se pararía este astro á su voz para proteger sus pasos vacilantes.

Los rusos habían renovado audazmente las hostilidades; Napoleón comenzó á ver claro y el día 19 de Octubre dió orden de salir de Moscou hacia la Kaluga. Esto, era empero, una falsa maniobra. El ejército francés emprendía la retirada.

Antes de abandonar la ciudad, el duque de Treviso había hecho volar el Kremlín por medio de una mina. ¡Ya no existía Moscou!



CAPÍTULO VI

De Moscou á Krasnoe

I

La situación del ejército francés no podía ser más horrorosa. Los combates que debía sostener con los rusos eran incesantes; cuantas ciudades, aldeas, villas y palacios encontraba á su paso, estaban reducidos á un montón de escombros; los únicos seres vivientes con quienes tropezaba eran heridos, enfermos ó miserables criaturas llenas de quemaduras horribles, víctimas de los incendios. De vez en cuando, entablábase una sangrienta batalla que dejaba cubierto el campo de miles de cadáveres y que resultaba enteramente infructuosa para el francés. Así sucedió en Malo-Jaroslawetz, tomada y vuelta á tomar siete veces; Napoleón se apoderó de ella al fin, es cierto, pero con otra batalla como aquella se queda solo.

El déspota dió orden de destruirlo todo, de saquear, destruir, violar y asesinar. Los caballos sólo podían comer la paja de los jergones de las miserables camas que todavía quedaban en algunas casas; esto no bastaba y fué preciso abandonar las piezas y furgones; los artilleros, para impedir que cayesen en poder de los rusos las cajas de municiones, las hacían volar, produciendo á lo lejos un ruido semejante al de los truenos.

La orden dada por Napoleón de arrasarlo todo, aumentaba la angustia de los que venían detrás; así es que la retaguardia, al mando del ilustre Davout, era la que más sufría todos los horrores de aquella espantosa marcha, oyendo retumbar incesantemente á corta distancia los cañonazos de los perseguidores.

A todo esto comenzaba el frío; los soldados debían dormir al raso, privados de todo techo bajo que cobijarse, famélicos y extenuados; dichosos los que conseguían poder echarse sobre las cenizas aún calientes de las casas.

Hacía nueve días que el ejército francés había salido de Moscou, y cuanto más se acercaba á su deseada patria, más desierto y desolado encontraba el país. El 29 de Octubre acamparon los tristes perseguidos en el campo de batalla de Borodino, donde tan sangrienta victoria habían alcanzado. Con horror pudieron contemplar entonces que al cabo de cincuenta y dos días todavía permanecían insepultos los cadáveres. ¡Espantoso cuadro! Allí se veían juntos y amontonados aquellos veinte mil hombres que se habían degollado unos á otros, entonces tan silenciosos como en la tumba y poco antes furiosos de rabia y sedientos de sangre; la mayor parte de estos cadáveres se conservaban sin corromperse por efecto del hielo de que el suelo estaba cubierto. Y sin embargo, ¡aun estaba de humor la vanidad francesa para sentirse regocijados los soldados pudiendo enseñar el lugar en donde cada uno había realizado alguna proeza! ¿Qué les había producido aquella victoria? ¡Allí se volvían á ver, al cabo de un mes y medio, famélicos, helados, vencidos, acosados sin tregua por los vengativos moscovitas!

Las dificultades de la marcha eran inauditas, inimaginables; á cada paso encontrábanse arrecifes de tierra, prados pantanosos, arroyos helados de pérfi-

da resistencia para permitir el paso á los primeros y quebrarse luégo la capa sólida, ríos de impetuosa corriente y resbaladizas pendientes. Los cosacos atacaban á cada momento la retaguardia, valiéndose los carreros de la confusión para robar los equipajes; los merodeadores, seguros ya de la manera como podían hacerse con botín, simulaban por la noche ataques del enemigo y se apoderaban de lo que movía su codicia.

II.

«El día 2 de Noviembre, tres horas antes de amanecer,—dice Segur,—se levantó el campo para poder llegar á Wiazma antes que los rusos; la noche era muy oscura y temiendo tropezar unos con otros caminaban á tientas y con tanta lentitud que permitía dar rienda suelta á los melancólicos pensamientos; esta marcha nocturna, acompañada de un silencio profundo, tenía algo de espantoso; á pesar de la precaución con que se caminaba no podía evitarse el que muchos cayesen en las zanjas que había á los lados del camino y que otros rodaran por los barrancos que lo cortaban; la aurora era esperada por todos con viva impaciencia, porque al paso que la grata claridad les hiciese menos molesta la marcha, les proporcionaría evitar las asechanzas que el enemigo, como práctico del terreno que pisaba, podía haberles puesto á cada paso.»

Después de un combate sangrientísimo pudo atravesar el ejército la ciudad de Wiazma; las pocas casas que habían quedado en pié cuando el primer incendio, ardieron entonces, debido á las teas de los napoleónicos.

El ejército francés vivaqueó en un bosque donde se encontraba un convoy de enfermos que había salido de Moscou mucho antes que las demás tropas. Los soldados, rendidos de cansancio, se prometían disfrutar una hora de sueño, pero fuéles imposible por el fragoroso cañoneo de los rusos. Las detonaciones repercutían por los valles y movían un estrépito horroroso.

A la una de la noche seguían su marcha aquellas masas de desventurados, temerosos siempre de nuevos ataques de los rusos. El hambre, la sed, la fatiga y la postración era tanta en hombres y caballos que luégo de caer uno de éstos era arrebatado por los soldados, los cuales se lo repartían á trozos que comían con avidez después de haberlos tenido algún rato sobre las ascuas. Otros caían rendidos de cansancio, se echaban alrededor de alguna hoguera y se negaban á levantarse para seguir la marcha, prefiriendo la muerte á dar un paso más.

Sólo una esperanza sostenía á aquellos desgraciados: llegar á Smolensko. Allí estaba la tierra de promisión, allí encontrarían pan, allí podrían apagar su sed, sobre todo, ¡oh dicha incomparable! allí podrían dormir... *¡Smolensko! ¡Smolensko!* era la única palabra que pronunciaban sus resecados labios, el talismán que les obligaba á andar, el único y verdadero consuelo de aquellos infelices.

Era el día 5 de Noviembre y sólo faltaban veinte leguas, que podían hacer en tres días... Los soldadós estaban radiantes de júbilo; ¡tres días faltaban tan solamente para salir de aquel infierno en que yacían desde el 19 de Octubre! La alegría era divina, celestial; todo lo olvidarían dentro poco, de todo estarían provistos... comerían, dormirían...

De pronto, el cielo, hasta entonces sereno y radiante, cubrióse de un frío y opaco vapor; bandadas de nubes, grises y siniestras, ocultaron el sol y desplomóse sobre los ateridos soldados horrible tempestad de nieve. Al cabo de una hora cielo, y tierra eran de un mismo color; las montañas de tierra se confundían con las trombas de la nevada; reinaba profunda oscuridad y el viento silbaba horrísonamente, cortando como punzantes cuchillos los rostros de los infelices. Caían helados entre filas la mayor parte, sin que nadie acudiese á levantarlos; descalzos, semi-desnudos, hambrientos, desfallecidos, abrasados de sed, seguían los otros maquinalmente, cayéndoseles los fusiles de las manos, desapareciendo á cada instante en las zanjas y barrancos, hundiéndose en las profundidades de las cortaduras. Bandadas de cuervos y manadas de perros que seguían al ejército disputábanse entonces los cadáveres y los moribundos, removiendo la nieve y hartándose de carne humana.

El ejército se desbandó; los rezagados formaron el mayor número; cada uno tiraba por su lado en busca de una choza que incendiar para gozar un momento de calor antes de entregar la vida. Partidas de paisanos daban caza á los extraviados y les hacían sufrir mil tormentos en venganza de los desastres que habían ocasionado los invasores.

Cuando aquellos deshechos regimientos pudieron

llegar á Doroghoboni, se encontraron con que al pasar por allí el feroz Atila de los tiempos modernos, había mandado arrasarlo todo, destruirlo todo, arrojar el aguardiente de los almacenes, arrojar la harina, quemar, aniquilar... ¡Como si tras de él no marchase un ejército! El déspota infernal se complacía en que pereciesen de hambre, de sed, de frío y de horrible insomnio aquellas legiones que había llevado á la sepultura arrancándolas de sus hogares.

Los rusos en cambio alcanzaban las mayores ventajas sin padecer en lo más mínimo. Llevado de su vanidoso deseo de llegar pronto á Moscou, causa única de su ruina, Bonaparte había dejado á sus espaldas considerables masas enemigas que ahora se oponían á su retirada. El duque de Reggio, impotente para ahuyentar á las fuerzas que guardaban el Dwina, pidió refuerzos á Napoleón; envióle éste el cuerpo de ejército del duque de Bellune y toda la expedición quedó aniquilada por la falta de víveres y el rigor del invierno.

Los rusos tenían perfectamente formado su plan: coger vivo á Napoleón y pasar á cuchillo a todo el ejército.

Bajo el peso de tan horrendas desgracias seguía el desventurado ejército que había salido de Moscou. Napoleón iba siempre una jornada antes; los demás cuerpos iban alternando, aunque el mejor conservado era el 4.°, que iba por lo común á la vanguardia, mandado por el virey de Italia, Eugenio de Beauharnais, así como el 3.°, mandado por Ney, formaba siempre á retaguardia.

Salidos de Doroghoboni, dirigiéronse hacia Witepsk. El día 8 de Noviembre encontrábase el ejército francés á orillas del Vop, que era preciso atravesar en medio de las incesantes acometidas de los cosacos. Los zapadores habían construido el día antes un puente, pero sobrevino una avenida apenas había quedado concluido y quedó inutilizado enteramente. No cabía más recurso que vadear aquella impetuosa corriente, profunda y cenagosa.

Eugenio de Beauharnais, sereno siempre, buscó un héroe que quisiera sacrificarse dando ejemplo.

—¡Coronel Saligny!—exclamó dirigiéndose al marqués de Lagarde, que estaba á pié contemplando los témpanos que arrastraba el hielo.—¡Vadead el río con mi guardia real!

El marqués de Lagarde, heroico, dejóse deslizar desde la escurridiza margen hasta la helada corriente, con agua hasta la cintura, al mismo tiempo que resonaba agudo y desesperado un grito de mujer. Al ver los regimientos de la guardia aquel arranque de intrepidez, siguieron todos á Saligny y se encontraron al cabo de algunos minutos, que parecían siglos, á la otra parte del Vop.

Muchos habían perecido ahogados. El resto del ejército permanecía aún en la otra parte.

Tratóse luégo de que pasara la artillería, pero hundiéronse las cureñas en el fangoso álveo del río y quedó obstruido el paso para el inmenso número de equipajes, furgones y carros que venían detrás.

Octavio de Saligny repasó el vado y se dirigió á un precioso carruaje.

—¡Diana!—murmuró.

—¡Oh, bien mío!—exclamó una débil voz.

III.

Restablecida Diana de su herida, había abandonado la abadía de Zegnivorod, presentándose en Moscou el día antes de la marcha del ejército.

Al abandonar la capital, instalóla Saligny en un carruaje y fué siguiendo al ejército en su desastrosa retirada, padeciendo ambos como todos los demás. Saligny hacía inauditos esfuerzos para que la desventurada mujer no se muriese de hambre y frío, y vigilaba con incesante cuidado que nadie robase los caballos del carruaje ó saquease lo que éste contenía. Envuelta en pieles y capotes, Diana sufría, sin embargo, los horrores de aquella estación mortífera.

Iba siempre cerca de ella el bueno de Allain Gauthier, el asistente del marqués, fiel á su amo como un perro.

Diana había visto á Octavio ponerse al frente de los dos regimientos que habían vadeado el Vop y había arrojado aquel grito, harto oido por el bravo coronel, que sentía hacérsele pedazos el corazón al considerar que quizás iba á dejar en el más horrible abandono á aquella infeliz mujer.

La desdichada se había desmayado y al volver Octavio á su lado apenas había recobrado el conocimiento.

El paso para los carruajes había quedado enteramente inutilizado á consecuencia del atascamiento de los cañones. Era un material inmenso que había que dejar allí.

Los rusos atacaban entre tanto y rodeaban á las

desfallecidas tropas que estaban á la orilla sin pasar. De un momento á otro podía llegar el resto de las fuerzas y quedar todos prisioneros, es decir, ser pasados á cuchillo por los cosacos.

Resonó entonces el grito de: *¡Sálvese quien pueda!* y muchos se precipitaron al río.

No tardó en formarse un paso horrible, constituido por los ahogados, hombres y caballos, cañones y carros, lujosísimas calesas y toda suerte de equipajes.

Otros, codiciosos de botín, delirantes, sin duda, pues de nada había de servirles, andaban registrando los carruajes y robando todo lo que podían llevar sobre sí.

Un grupo de granaderos que iba saqueando los carruajes, rodeó el de Saligny en ocasión en que éste trataba de reanimar á Diana haciéndola tragar algunas gotas de aguardiente, preciosamente conservado desde Moscou. Aquellos infelices creyeron ver abierto el cielo al contemplar la botella y se acercaron en ademán de arrebatársela de las manos.

Octavio, que sentía heladas las manos de Diana y no contaba con más salvación que aquella escasa cantidad de líquido, exclamó en tono amenazador:

—¡Dejadme! ¡Ay del que se atreva á tocar esta botella!

Gauthier subió entonces al pescante y arreó los caballos.

Los granaderos lanzaron un grito de furor y clavaron sus bayonetas en el vientre de los pobres animales, prorumpiendo en brutales carcajadas y siniestros gritos.

En esto una nube de cosacos rodeó el coche, alanceando á los miserables y haciendo contra ellos numerosas descargas.

Saligny y Diana, dentro del carruaje, se estrecharon dándose el último adiós.

Abrióse la portezuela y aparecieron varios ginetes rusos que hicieron señal á Saligny de que bajase.

Este dió un beso á Diana, que había vuelto á quedar sin sentido, y puso pié en tierra.

IV.

De pronto oyó una voz conocida que daba orden de respetar la vida del prisionero.

Saligny buscó con los ojos al jefe que había pronunciado aquellas palabras y vió á Alejo Tchernicheff, que era el que mandaba las fuerzas, restablecido ya de la herida recibida en Smolensko.

—Marqués de Lagarde,—exclamó desmontando,—no tengáis el menor cuidado por vuestra vida, antes bien vamos á ayudaros en lo que podamos. Ea, seguidme y pasaréis unas cuantas horas sin que os falte nada.

—Viene una mujer conmigo, comandante,—respondió Saligny.

—Tanto mejor; la condesa la recibirá perfectamente y podrá quedar á su lado sin que le pese.

—¿Sabéis algo del conde de Teglew?—repuso Saligny.

—Noticias inmejorables: el coronel Revoredo lo rescató al ser conducido á Wilna.

Bajó Diana del carruaje y se dirigieron todos hacia un castillo que se divisaba desde allí, al cual llegaron al cabo de una hora.

Octavio y Diana, precedidos del comandante de tiradores, se encontraron en un salón en el cual apareció al breve rato la condesa de Teglew.

—El cielo os ha conducido aquí, Octavio,—dijo Aurora.—Nuestras valientes partidas acaban de traer prisionero al duque de Orthez, al cual encontraron en la abadía de Zegnivorod. El bravo Tchernicheff se ha reconocido autor de la muerte del general Roussel y el odioso general ha firmado una declaración en igual sentido. Con eso podéis afirmar plenamente la inocencia de Conrado.

—Cumpliré sin dilación este cometido, condesa, una vez pueda.

—Pronto podréis, Octavio. Sólo os retendré aquí el tiempo que necesitéis para reponer un tanto vuestras fuerzas. Pero, ¿esta señora? ¡En qué estado se encuentra, Dios mío! Permitidme que le ofrezca mi lecho para que pueda descansar hasta vuestra partida, si es que no prefiere quedarse aquí hasta la paz.

A pesar de lo decaido que estaba el ánimo de Diana, tuvo fuerzas para exclamar apasionadamente:

—Gracias, señora, desde el fondo de mi corazón os doy las más rendidas gracias, pero os ruego por compasión no me separéis del coronel.

Aurora miró con extrañeza á Saligny; éste comprendió aquella mirada y repuso:

—La condesa de la Chategneraie está bajo mi protección, Aurora, después de haber sido villanamente engañada por el duque de Orthez.

Oyóse en esto el rumor de una partida de caballería que se iba acercando y al poco tiempo entró en

el salón un bizarro joven con insignias de coronel.

—Don Francisco Revoredo, libertador del conde de Teglew y en la actualidad su edecán,—dijo Aurora, presentando al antiguo marino á Saligny.

El recién llegado pareció quedar lleno de profunda sorpresa al oir aquel nombre, hasta el extremo de llamarle la atención á Octavio.

—¿Conocíaisme acaso?—preguntó el marqués al español.

—No tenía ese honor, mi coronel,—replicó Revoredo,—personalmente, pero había oido hablar muchas veces de vos en Cádiz.

—Permitidme, sin embargo, que me haya parecido singular la sorpresa que se ha pintado en vuestro rostro al oir mi nombre.

Revoredo vaciló un instante y repuso:

—¡Es que ha sido rara coincidencia encontrarnos ahora, cuando acabo de recibir noticias de España que os interesan!

—¿Qué decís?—respondió Saligny.

—Sí, he tenido carta del brigadier Espinosa...

Saligny, agitado por febril impaciencia, exclamó:

—Hablad, y no temáis contarme cualquier desventura.

—El brigadier Espinosa me escribe, pues, que su mujer, doña Estrella de Montespino...

Palideció Octavio al oir aquel nombre.

—Acabad,—murmuró el coronel.

—Había partido á Francia llamada por su madre...

—¡Julia muerta!—exclamó el coronel, bajando la cabeza.

—¡No, no muerta! La condesa de Montespino ha entrado en un convento.

V.

Reinó profundo silencio.

—¿Os han dado algún pormenor sobre ese rapto?—repuso Saligny.

Revoredo titubeó un momento y contestó:

—No ha sido ningún rapto; la condesa se ha retirado al claustro de su plena voluntad.

—¿Sabéis en cuál, en qué convento?

—No, nada me dicen sobre eso.

—¿Y no sabéis tampoco si dejó nada escrito para mí?

—No sé tampoco.

—¡Es imposible que Julia no me haya dado ninguna explicación!

—Es fácil que se haya extraviado la carta, si es que os mandó alguna. Bien sabéis lo difíciles que son las comunicaciones entre Francia y vuestro ejército. De todas maneras, no os quepa duda de que doña Estrella y su madre regresaron juntas á España y que una vez allí la condesa de Montespino se dirigió á un monasterio para acabar en él sus días.

Diana escuchaba ansiosamente las palabras de Revoredo, mirando llena de piedad á Octavio de Saligny.

Los ojos de éste se encontraron con los de Diana, y el coronel no pudo reprimir una triste sonrisa, mezclada con inefable agradecimiento.

Diana y el coronel Saligny fueron invitados á comer y á descansar allí aquella noche. Excusado es decir que si apenas pudieron probar bocado, fuéles imposible, enteramente, conciliar el sueño.

Al día siguiente, cerca de mediodía, llamó Aurora á Revoredo para que acompañara al prisionero y á su compañera hasta la orilla del río.

Saligny se despidió de la condesa, lo mismo que Diana.

Un triste espectáculo se ofreció á su vista al repasar el puente levadizo.

Un piquete de cosacos acababa de pasar llevando gran número de prisioneros.

VI.

Las orillas del Vop presentaban un horrible espectáculo. En la margen en que había quedado detenida la impedimenta de los franceses, hormigueaban los cosacos destruyéndolo todo, pegando fuego á los más preciosos objetos, que de nada les servían, y pasando entre los heridos franceses que allí habían quedado, á los cuales habían despojado de sus uniformes, dejándoles que pereciesen desnudos sobre la nieve.

El carruaje en que habían sido conducidos Saligny y Diana debió detenerse por ser imposible pasar á la orilla opuesta. No había más vado que el espantoso camino formado por los muertos hacinados, por los cañones y cureñas revueltos, por los furgones y carros volcados y amontonados.

El ejército francés se había perdido de vista por completo.

Revoredo entregó un salvo conducto á Saligny y le estrechó la mano.

El coronel tomó en brazos á Diana y apoyándose ora en la boca de un cañon, ora en un miembro humano, ora en la lanza de un carro, ora en una rueda, pudo llegar á la otra orilla.

¡Nieve! ¡Todo era nieve! ¿Cómo sobrevivir á aquella temperatura glacial?

Así anduvieron por espacio de una hora.

Comenzaban ya á encontrar rezagados franceses, que, tendidos sobre el hielo, acababan su vida sin darse cuenta de la proximidad de la muerte. A veces topaban con un ginete muerto sobre su caballo, muerto también, fúnebres estatuas ecuestres...

Por fin, al caer de la tarde pudieron llegar Octavio y su animosa amiga á la pequeña ciudad de Doukhovchtchina, abandonada por todos sus habitantes, pero en la cual el ejército francés había podido rehacerse algún tanto de las horribles calamidades que sobre él pesaban.

Pocas horas hacía que se encontraban allí cuando se dió orden de partir nuevamente; no se tuvo compasión de aquella ciudad que tanto había favorecido á las tropas, que en ella habían podido pasar cerca dos días enteros al abrigo de las inclemencias del cielo y de los horrores del hambre, y se la pegó fuego.

«Aunque hacía tiempo que el ejército estaba acostumbrado á este género de devastación,—dice Segur,—no pudo menos de quedar pasmado al ver el espectáculo tan horrible como sorprendente que produce en las tinieblas un bosque cubierto de nieve cuando está alumbrado por torrentes de llamas. Los árboles cubiertos de una corteza de hielo deslumbraban los ojos y daban como al través de un prisma los colores más vivos y las tintas más suaves; las ramas de los álamos se inclinaban hacia la tierra á manera de sauces llorones, y los témpanos de hielo de que estaba cubierta la llanura, con la luz que reflejaban, presentaban al rededor de los soldados una lluvia de diamantes, de rayos de luz y de chispas.»

Era la noche lóbrega en extremo pero las llamas del incendio de aquella ciudad y de cuantos pueblos se encontraban al paso formaban como auroras boreales, iluminando el camino con fatídica claridad. Sólo se libraban de ser quemados los pueblos sepultados en la nieve.

Los enormes lebreles que abandonando los lugares que habían sido incendiados iban siguiendo al ejército, arrojábanse sobre los desvalidos soldados que quedaban á retaguardia, ladrando como si estuviesen rabiosos y disputando á los hambrientos rezagados los restos de caballos muertos que iban quedando por el camino.

VII.

Octavio y Diana pasaban iguales tormentos que los demás. La desdichada mujer estaba desfallecida y exánime. Era cosa lastimosa ver andar sobre la nieve á numerosas mujeres descalzas, sin más abrigo que un vestido de seda ó de percal ó á lo más con algún capote quitado á un muerto.

Saligny había podido encontrar un caballo y llevaba consigo á la desdichada. Helábanse los dos pero eran infinitamente más felices que multitud de seres que iban muriendo á su lado, transidos de hambre, sed y frío.

De pronto Saligny oyó un débil quejido detrás de él. Volvió la cabeza y vió caer exánime á una joven cuyo semblante no le era desconocido.

—¡Andrea!—exclamó.

La moribunda levantó los ojos.

—¿Me conocéis?—repuso balbuceando.

—¡Oh, sí! Sois la esposa de Armando de Lanjuinais. ¿Qué es de él?

—Nada sé; desapareció en los combates cuando íbamos á pasar el río.

—Vaya, ya lo volveréis á ver. Subid ahora á caballo. Seguiréis con nosotros. ¡Valor!

Octavio había desmontado y cogiendo á la infeliz huérfana de Villafranca de los Barros la colocó al lado de Diana.

—Pronto llegaremos á Smolensko y allí saldremos de todas estas miserias. Tened confianza, Andrea, y no desmayéis.

Aquella pobre mujer había querido seguir á Lanjuinais hasta el corazón de Rusia sin temor á las catástrofes que podían ocurrir, y le había faltado de pronto el que era su único amparo, al intentar vadear las cenagosas ondas del Vop. Los rusos no habían querido abusar de ella y la habían abandonado en la orilla.

—¿Oís?—exclamó Saligny.—¡Las campanas de Smolensko! Poco tardaremos ya en llegar.

Ibanse acercando, en efecto, á la ciudad, poseídos

todos de inmenso júbilo ante la idea de que allí nadarían en la abundancia.

Estaban ya nada más que á media legua cuando vieron venir hacia ellos grandes pelotones de soldados franceses pertenecientes á la guarnición de la ciudad.

—¡Nos vienen á traer víveres!—exclamaron gozosos los que iban.

Pero no tardaron en llegar hasta ellos las voces de los que venían á su encuentro gritando:

—¡Caballos! ¡Caballos!

En un principio el horror que encerraban tales palabras impidió que fuesen comprendidas de la columna, pero no tardó en conocerse todo su espantoso significado.

La guarnición de Smolensko, famélica, salía en busca de los caballos para mitigar el hambre que reinaba en la plaza...

VIII.

Los cosacos habían desbaratado por completo la retaguardia cuando ya estaban dentro las restantes fuerzas; los que habían logrado salvarse se habían encaramado á lo alto de un monte, enteramente cubierto de una capa de hielo, y se dejaban caer desde la cima, deslizándose por la ladera, por cuyo medio podían llegar á veces hasta las murallas, cubiertos de sangre.

Al propio tiempo que el 4.º cuerpo, habían llegado á Smolensko los demás que venían por otros caminos, de modo que se reunió allí todo el ejército, excepto los cuerpos de Víctor y Gouvión Saint-Cyr.

Reinaba un viento huracanado y el termómetro señalaba 22º bajo cero, pero á pesar de esto, más cuidaban los soldados de ir en busca de víveres que no de alojamiento.

Los cosacos no cesaban de perseguir á los que todavía no habían podido entrar en la plaza.

Entretanto, los soldados acuartelados en la catedral y en los edificios que habían podido librarse del primer incendio aguardaban el momento del rancho. Pasaban, empero, horas y más horas y nada daba indicio de que se pudiese comer.

Sólo la guardia imperial nadaba en la abundancia.

Llegó la noche; salieron muchos en busca de un pedazo de caballo y hallaron la muerte en medio de la calle. Allí caían helados, unos alrededer de una hoguera, otros tendidos sobre los furgones.

Las noticias que se recibían eran desastrosas. No sólo reinaba el hambre en el ejército sino que era inevitable una gran batalla al tratar de pasar el Dnieper ó el Beresina.

Así pasaron tres días durante las cuales no hizo más que empeorar á cada momento la situación.

Sin embargo, otra cosa preocupaba más que todo esto á Napoleón.

Acababa de saber que se había descubierto en París una gravísima conspiración republicana, á cuyo frente estaba el general Malet, contando con gran parte del Senado y los altos funcionarios.

Napoleón cayó en un sombrío estupor y dió orden de salir inmediatamente, partiendo él antes que nadie con los cazadores de á caballo y los lanceros polacos y ordenando severamente que se dejasen en Smolensko todas las mujeres, fuesen voladas las iglesias é incendiadas las casas.

Napoleón era tierno, humano y muy galante.

La cosa se cumplió casi al pié de la letra, ya que no del todo, por haber podido evadirse algunas mujeres.

Por fortuna, al mismo tiempo que salían los franceses entró en la ciudad el hetmann Platow y estorbó se realizase la bárbara orden del déspota.

IX.

«Desde Smolensko á la aldea de Doubna, distante tres leguas,—dice un testigo ocular,—que también había sido incendiada, se veía un inmenso parque de artillería que fué preciso dejar al enemigo: el camino estaba enteramente cubierto de cañones y cajas de municiones, que no habían podido ser clavados ni voladas por falta de tiempo. Los caballos de tiro, exánimes y sin fuerzas para resistir la fatiga, caían muertos unos sobre otros; en pocos días habían muerto más de treinta mil. Todos los caminos por donde no podían pasar los carruajes veíanse cubiertos de armas, cascos, chaquetas y caballos; el valle estaba sembrado de baules descerrajados, de maletas abiertas y de todo género de ropas. Los cadáveres de los soldados hubieran obstruido pronto los caminos á no haberse llenado con ellos las zanjas y los baches.»

Finalmente, después de sangrientos combates á cada momento repetidos, pudo llegar el ejército francés á Krasnoe. Desde la salida de Moscou, hacía

veintinueve días, habían hecho los rusos 30.000 prisioneros, tomado 500 cañones y apoderádose de todo el botín y los bagajes que los napoleónicos se habían llevado de Moscou. Habían muerto de frío, miseria, ó de resultas de las heridas, 40.000 franceses, quedando reducido aquel inmenso ejército á 30.000 hombres, de los cuales sólo los 8.000 de la guardia imperial estaban en disposición de poder combatir.

¡Y pensar que Krasnoe estaba á mitad del camino de Moscou al Niemen y quedaban dos cordilleras que atravesar todavía!

Los rusos reunían todos sus ejércitos para cortar la retirada á Napoleón al intentar atravesar el Beresina. El emperador, lívido y sombrío, dió orden de salir á marchas forzadas para llegar antes que Tchiskagow, Wittgenstein y Stengel.

En cambio, todo era alegría en el ejército de Alejandro. Miranda y Revoredo tenían á sus órdenes gran parte de aquellos españoles que habían quedado en Dinamarca cuando la retirada del marqués de la Romana, á los cuales había incorporado Napoleón en la legión danesa y que aprovechándose ahora de las circunstancias habían recobrado su libertad.



CAPÍTULO VII

Extrañas aventuras

I

El capitán Armando de Lanjuinais había caido herido de dos balazos y una cuchillada en uno de los combates sostenidos á orillas del Vop. Largas horas estuvo sin conocimiento, confundido entre cadáveres rusos y franceses. El frío horrible lo helaba todo y todo lo dejaba sin vida.

Al siguiente día volvió en sí el desgraciado oficial y contempló con horror la situación en que se encontraba. No había alma viviente á su alrededor; los que habían caido heridos la víspera habían muerto todos bajo la acción del frío y muchos yacían cubiertos de nieve.

Armando pensó al momento en su pobre Andrea. ¿Qué habría sido de ella, privada de su arrimo, en aquellas fatales circunstancias, cuando todo sentimiento delicado se había perdido, cuando la necesidad rompía los más cariñosos lazos, cuando el egoismo, el afán de vivir, la gloria de poder roer un pedazo de caballo cambiaban en odio feroz las más antiguas y leales amistades?

Dos dias pasó de esta manera, imposibilitado de moverse; por fin, haciendo un supremo esfuerzo, exánime y extenuado, arrastróse Armando por el suelo fangoso y helado sobre el que había permanecido durante tanto tiempo; sus miembros entumecidos se negaban á moverse y sentía como si un aro de hierro le apretase las sienes.

Llegaba hasta él, aumentando la desesperación de su ánimo, el furioso rugido del Vop, corriendo encajonado, aumentada su corriente con las lluvias y los hielos. No se le presentaba otra espectativa que la de caer prisionero de las partidas de cosacos. Nada le importaba la muerte en cuanto á sí, pero no podía pensar sin un estremecimiento de espanto en la suerte de Andrea.

Las heridas que había recibido en un muslo y en el cuello impedíanle tenerse en pié.

Siempre arrastrándose, pudo llegar á orillas del Vop, sin que hasta donde alcanzaba la vista pudiese ver medio alguno de vadearlo.

En cambio, era inmenso el botín de guerra que yacía esparcido á lo largo de las márgenes en una extensión de una legua. El número de carruajes de lujo que los franceses se habían llevado de Moscou y habían tenido que abandonar allí, era, sobre todo, extraordinario.

Llegó la noche. Lanjuinais sentíase en inminente riesgo de morir helado; por otra parte, hacía tres días que no había probado la menor cantidad de alimento. Por fortuna, había encontrado una cantimplora de aguardiente que quitó de manos de un oficial ruso, cadáver ya. Gracias al precioso licor había podido resistir la horrible situación en que se encontraba.

El capitán, resuelto ya á acabar allí su vida, no quiso hacerlo sin darse el sublime placer de sentir la divina sensación de algún calor; todavía quedaban bajo las cenizas de las extinguidas hogueras algunos tizones; cogió uno y con él pudo pegar fuego á un carruaje.

No tardó en arder la lujosa carretela, iluminando con su resplandor la trágica escena de que formaba parte.

Lanjuinais sintió un goce celestial al recibir la ardiente caricia del fuego; pronto añadió nuevo combustible á la hoguera y más y más, disfrutando toda la noche de la dulce sensación que le proporcionaba el voraz elemento.

Hacia la madrugada, y como si aquella hoguera hubiese sido un mágico conjuro, vióse rodeado de extraños seres, moribundos, exánimes, mudos, mutilados, heridos, que habían acudido en torno del fuego antes de exhalar el último suspiro.

II.

Todos permanecían silenciosos y mudos; aquellos rostros macilentos, lívidos, desencajados, presentaban extraños rasgos al reflejar la roja claridad de la hoguera.

Sobre un fondo de fango, que manchaba el resto del suelo ocupado por la nieve, ardían en confuso amontonamiento, furgones, ruedas, cureñas, cajas, todo lo informe de una catástrofe, todo lo precioso de una ruina.

El grupo de fantasmas que rodeaba la hoguera era lo más siniestro que cabía imaginar. Hombres, mujeres, niños, lebreles, cuervos revoloteando; todos los uniformes, todos los andrajos, todos los harapos, fraternizando en una sola sensación. Había judíos, un general francés, dos ó tres jefes rusos, desertores españoles, niños de las incendiadas aldeas. Oíanse estertores de agonía y gruñidos de placer; miraban los unos con ojos llenos de estupor y los otros lanzando feroces ojeadas; la mayor parte estaban tendidos, acurrucados otros; algunos agonizantes contemplaban con cierta salvaje delectación cómo ardían sus vestidos, dichosos de morir envueltos dentro de una llama.

Lanjuinais creyó reconocer de pronto una cara conocida. ¿Pero cómo podía serlo la de un coronel ruso?

Sin embargo, no cabía duda: aquella fisonomía era la del comandante M. Firmín de la Fanfare.

—¡Eh!—exclamó Lanjuinais, dirigiéndose á él.—¿Os habéis pasado al enemigo?

—¡Diablo!—contestó el interpelado.—¿Quién habla francés aquí?

—El demonio que os conozca, La Fanfare. ¿De dónde habéis sacado esos arreos?

—¡Lanjuinais!—contestó el digno comandante.—¡En buena ocasión nos hemos topado! Por lo demás esos arreos que decís los he conquistado legítimamente en el campo de batalla.

—¿Disteis muerte al difunto coronel?

—Nada de eso, lo saqueé después de muerto. Disfrazado de ruso y fingiendo que me había vuelto mudo, ¡ved qué sacrificio! pude atravesar una extensión de muchas leguas entre esos brutos de cosacos hasta venir á parar aquí en seguimiento del grande emperador. Bien provisto iba mi pobre antecesor, pues encontréme en los bolsillos de mi *caftán* gran cantidad de rublos y no pocos papeles. ¡Pardiez, que hay entre ellos muchas cartas para distintos oficiales!

—Suerte ha sido.

—Hay tres ó cuatro para el marqués de Lagarde. Se conoce que sorprendieron algún correo nuestro y que el bueno del coronel no quiso violar el secreto de la correspondencia, apoderándose tan sólo de lo que le pareció interesante.

—Todas las entregaremos á su tiempo, comandante.

—¿Pero cómo salir de aquí? Es imposible pasar el río.

—Más imposible es que estemos vivos.

—Verdad es.

—¿Hay por aquí algún otro francés?—exclamó Lanjuinais.

Dos de los presentes contestaron afirmativamente. Más había, pero estaban agonizando.

Eran los que habían hablado un capitán de artillería y un ingeniero, aunque difícil hubiera sido poder precisar, sin saberlo antes, á qué estado pertenecían, tan abigarrados eran los andrajos con que procuraban cubrir su desnudez.

—Somos cuatro, pues, los que nada tenemos que hacer aquí,—continuó diciendo Lanjuinais.—Al romper el alba partiremos en busca de un vado.

De pronto una sombra de las que se calentaban se puso en pié. No podía distinguirse quién era ni á qué sexo pertenecía, pero así que habló pudo reconocerse en ella á una joven.

—Yo os guiaré,—exclamó.

—¡Kolia!—repuso el ingeniero.—¿Tú aquí?

La joven miró hacia donde estaba el que había hablado y contestó:

—Dios me ha guiado para que os salvara. Seguidme todos.

La Fanfare y el capitán de artillería cogieron á Lanjuinais en brazos y se lo llevaron mientras el oficial de ingenieros y Kolia marchaban delante.

Los que quedaron se estrecharon todavía más alrededor de la hoguera; nadie reparaba en que muriese el que tenía al lado más que para apartarle y poder acercarse al fuego un poco más que antes.

III.

La que el oficial de ingenieros había llamado Kolia era una mujer de alta y casi imponente estatura, blanca y rubia, de esculturales líneas y expresión extrañísima, llena como de una especie de exaltado misticismo.

No habían andado veinte pasos nuestros franceses cuando oyeron tras sí una voz cascada que gritó:

—¡Kolia, Koliuchka, hija mía, amiga mía!...

Detúvose la joven como si se hubiese parado de repente el resorte que parecía hacerla mover, y contestó:

—Aquí os esperamos, Dimitri Demianitch. ¿Cómo no figurarme que nos habiais ya seguido? Satanás habrá sido, pues, quien me habrá hecho olvidar de vos.

—Satanás está siempre presente; la nieve no le arredra. ¡Señor Dios! ¡Señor Dios! ¡Señor Dios!

—¡Bendito, bendito, bendito, amén! ¡Perdonadnos, Señor Dios, nuestras maldades! Amén, amén, amén.

El hombre iba acercándose con gran trabajo por llevar arrastrando una pesada cadena que chirriaba al rozar con la helada superficie del suelo.

—Animo, Dimitri Demianitch,—exclamó Kolia, dirigiéndose hacia él.—Pronto llegaremos á alguna *isba* (1) donde podremos reparar nuestras fuerzas. El Señor nos vé y nos prestará su auxilio.

Los tristes viajeros iban siguiendo camino del río arriba; algunos enormes lebreles habían acudido en su seguimiento, ladrando furiosamente.

Misterioso poder debía tener Kolia en su voz ó en su mirada cuando al volverse y decir: «¡Quietos!» se callaron, apresurándose á lamer sus manos.

Todavía quedaban carruajes por el paraje donde se encontraban. Escogió Kolia uno entre los más ligeros y no tardó, ayudada de sus compañeros, en improvisar un tiro con los perros. Púsose en la *telega* á Lanjuinais y siguió su marcha la comitiva.

—Satanás no duerme nunca, hermanos míos,—exclamó Dimitri Demianitch en un lenguaje bastante parecido al francés,—y lo mismo está entre los rusos que entre vosotros. Los justos sólo temen á Dios y sólo odian al diablo. Todos somos hijos del Señor.

El oficial de ingenieros parecía obedecer pasivamente todas las órdenes que con su mirada le daba Kolia. Los demás seguían indiferentes, preocupados tan sólo por la falta absoluta de toda esperanza de cruzar el río, mugiente y furioso.

Al cabo de tres horas de marcha distinguióse una casa de cuya chimenea salía blanca columna de humo.

—Bendito, bendito, bendito el Señor,—exclamó Dimitri.—Allí mora una buena alma.

Encamináronse todos al lugar que tal indicio daba de ser habitado, cuando de pronto Kolia exclamó:

—¡Atrás! No hay allí ninguna buena alma, hay los hijos del infierno.

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras, salió de allí una mujer, triste y hermosa, que demostró quedar hondamente sorprendida y como contrariada al ver el grupo.

IV.

Cualquiera hubiera dado la razón á Dimitri Demianitch, que no á Kolia, al ver á la pálida beldad que había salido al encuentro de los fugitivos. Era un dechado de hermosura judía, con sus negros cabellos, el color algo cetrino, los ojos ardientes y oscuros, su aire reconcentrado y su magnífico talle también.

—¿Hay algo que comer y que beber, pagando?—exclamó el oficial de artillería.

—Podéis entrar, señores,—respondió la joven;—no os faltará hospitalidad en esta casa.

—¡Cállate tú, hija de Israel!—repuso Kolia.—Ningún cristiano puede penetrar en las guaridas que habitáis, perros malditos.

—Os perdono vuestras injurias, hermana,—repuso la hebrea;—Dios es testigo de lo mal que nos juzgáis.

—Seguidme al punto, Guyón,—replicó Kolia diri-

(1) Casita de campo.

giéndose al ingeniero.—Los demás pueden hacer lo que gusten.

—¡Señor, Dios mío,—prorumpió diciendo en esto Dimitri Demianitch,—no pongas más á prueba nuestra flaca naturaleza! Corramos, corramos, huyendo de la presencia de esos miserables. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡Dios santo, Dios santo, Dios santo.!..

El buen La Fanfare y el oficial de artillería hicieron presente á su compañero que no entraba en sus cuentas dejar de descansar un rato bajo techado y poder saborear una taza de *samovar* (1) acompañada de un buen plato de coles, guisado nacional de la Santa Rusia. En cuanto á Lanjuinais, agradecido á los cuidados de Kolia y deseoso sobre todo de incorporarse al ejército para ver si daba con Andrea, dejó comprender sus deseos de no abandonar la compañía de su extraña protectora.

—Esperadnos más arriba,—exclamó La Fanfare,—que ya nos reuniremos pronto.

El digno comandante y el oficial de artillería entraron en la *isba*, donde encontraron un grupo de chiquillos, sucios y andrajosos, sentados alrededor de una anciana que parecía ser su abuela.

Todo lo menester encontraron allí los fugitivos para saciar su hambre, apagar su sed y restablecer un poco el movimiento natural de la sangre.

El artillero creyó deber corresponder á la hospitalidad recibida dirigiendo algunas galantes frases á la joven, que ésta acogió con cierta extrañeza mezclada de desprecio.

Picóse, sin duda, el digno discípulo de Marte de semejante acogida y arrojó sobre la mesa un puñado de monedas; muchos eran ricos en aquel ejército, aunque de nada servía el dinero en semejantes circunstancias.

La hebrea había hecho un movimiento para retirar las monedas y devolvérselas al militar, cuando asomó en el dintel de una puerta una figura de judío, sórdido y repulsivo, y exclamó:

—Trae eso acá, Susana y que Dios les pague á esos valientes franceses su generoso proceder.

Brilló un relámpago en los ojos de la joven, herida en su orgullo, y bajando la cabeza dirigióse al aposento.

En este momento oyóse un débil quejido en otro cuarto inmediato.

(1) Una especie de té.

Montreuil, que así se llamaba el oficial, preguntó á la joven cuando volvió á salir:

—¿Qué hombre es ese que tenéis ahí?

—Es un herido, señor oficial,—repuso ella en tono ligeramente tembloroso.

—¿Un judío?

—No, un cristiano.

—Sea como fuere, disponed de nosotros si podemos hacer algo por él.

—Gracias, nada necesita.

—Feliz es.

—No envidiéis su suerte.

—¿Tan malo está?

—Muriéndose.

—¿Es francés?

—No.

—¿Luego será ruso?

—No.

—¿Pues de qué país es?

—No sé.

—¿Qué uniforme lleva?

—Encontrámosle casi desnudo.

—¿Joven?

—Sí.

—¡Qué misterio!

—No vale la pena de que os ocupéis tanto en esto. No hay misterio alguno. Es un herido y se le debe respetar.

—Nadie trata de ocasionarle la menor molestia. Pero es extraño cómo haya venido á parar aquí.

—La guerra tiene sus azares; lo mismo os hubiera podido suceder á vos.

—Lástima que no me haya pasado, para tener el placer de verme asistido por tan bella enfermera.

Oyóse otra vez el gemido que salía del oscuro aposento y otra vez corrió allí Susana.

Montreuil no pudo contener su curiosidad y se acercó de puntillas al cuartucho.

V.

Sobre un montón de húmeda paja y mal cubierto con algunas pieles de carnero, había un hombre en cuyo semblante se reflejaba hondo sufrimiento.

Relució en la oscuridad la dorada placa imperial que llevaba el oficial en su chacó, y el herido, como si hubiese recibido una conmoción eléctrica, exclamó en puro español:

—¡Miserables! ¡Miserables esbirros del emperador!

Volvióse Susana con violencia y al encontrarse cara á cara con Montreuil, exclamó:

—No os había dado derecho para espiar lo que pasa aquí.

El judío salió otra vez de su chiribitil y repuso:

—Susana, habla con más respeto á esos señores; han pagado bien y el otro no ha pagado nada.

La joven miró al hombre, haciendo una desdeñosa mueca y contestó:

—Pagará también, señor y esposo mío.

Montreuil se dirigió entonces al repulsivo personaje y le preguntó:

—¿Por qué se toma tanto interés vuestra mujer por ese español?

—Dejadla, está loca,—contestó el judío.—Creyó reconocer en él la imagen de los individuos de su familia; mi mujer se llama Susana Rodríguez y desciende de judíos españoles que no han olvidado todavía la lengua de aquel país. Encontró herido á orillas del río á ese mozo y reconoció en él á uno de los oficiales de España que Napoleón mandó incorporar al Grande Ejército, procedentes de los que no pudieron evadirse de Dinamarca con el marqués de la Romana. Trájoselo aquí y ahí la tenéis creyendo que está curando á un hermanito.

Lo que el judío había dicho era verdad; el parecido entre Susana y el herido era sorprendente.

—¿Están ahí los franceses?—exclamó con voz apenas perceptible el paciente.

—Descuidad, son fugitivos,—contestó en castellano la joven.—Guardad silencio, empero.

—¡Miserables!—volvió á exclamar el herido.—Asesinaron á Mora para apoderarse del vino y el aceite con que debía curar á los heridos...

—Cuidad no os oigan, amigo mío...

—¡Infames! ¡Dejaron morir á sus hermanos de armas!...

—¡Callad, por Dios!

—¡Un hombre como era Mora, tan digno, tan generoso! Murió como un héroe, disputando á aquellos desalmados los frascos que contenían los ingredientes del bálsamo...

—Vengado quedó, no obstante; yo estaba en medio de la pelea; una mujer, al lado de Mora, defendía con desesperación los codiciados frascos encerrados en la maleta del desventurado. Cayó herido á los golpes de sus contrarios y entonces ella, convertida en nueva furia infernal, dió muerte con las pistolas del muerto, con los fusiles cargados que encontró por tierra y con la daga que arrancó del cinturón de un cosaco, á la mayor parte de los que habían matado á su esposo adorado. Más hizo aún, yo lo ví. Antes de huir dejó sobre el campo de batalla una botella muy grande de un líquido negruzco, semejante á vino. Muchos fueron los que bebieron del fatal licor y todos cayeron sin vida. Era láudano... Después no pude ya saber qué se había hecho de ella. Hermosa era como una mañana de Mayo, pero al transfigurarse su rostro con el furor de la venganza, asemejaba á horrible furia...

—¡Pobre Helga!—contestó el herido.

—Vos, entonces, desnudando vuestro sable os batisteis contra los cuatro franceses que habían podido librarse de la venganza de la terrible danesa, matasteis á dos, y por fin, al caer casi degollado por las cuchilladas y golpes de los otros, me acerqué para libertaros. Temblaron á mi vista y huyeron amparados por una extraña mujer, que apareció en el campo de batalla en compañía de un hombre que arrastraba una cadena. Yo, cubierta de sangre, debí de parecer horrible visión... ella, la otra, en cambio, blanca como la nieve, con ojos de cielo y aire de diosa, asemejaba la imagen de la pureza y de la misericordia. Y sin embargo, yo salvé á un hombre indefenso, noble, que vertía su sangre en aras de un deber de humanidad, mientras ella salvaba á dos miserables asesinos...

VI.

Montreuil escuchaba desde fuera sin comprender el lenguaje de la judía.

—Creo, compañero, que aquí estorbamos,—repuso en esto La Fanfare, que había oido la conversación y había comprendido parte de la misma.—Lanjuinais nos estará esperando.

Montreuil, sombrío, respondió:

—No me quiero mover de aquí.

—¿Cómo que no? Según eso tenéis ganas de que se planten aquí los cosacos á la hora menos pensada y nos hagan desandar el camino que hemos hecho desde Moscou.

—Interésame vivamente esa mujer.

—¡Uf! ¡Una judía! En fin, haced lo que queráis.

Yo no puedo, en conciencia, dejar de proseguir mi camino, pues tengo que entregar á sus destinatarios las cartas que me he encontrado en los bolsillos de mi nuevo uniforme. Sólo os advierto que creo cometéis una grave imprudencia en no querer incorporaros cuanto antes al ejército.

—Esperad un instante, pues,—repuso Montreuil.

La judía estaba al lado del herido. El artillero entró bruscamente y poniéndole una mano sobre el hombro, exclamó:

—Sois mi prisionera. Seguidme.

El herido se había incorporado violentamente al ver entrar en el camaranchón al francés y poseido de una fuerza extraña alargó su brazo á un escabel que había al lado del montón de paja que le servía de lecho, cogió una pistola y disparó.

Montreuil cayó sin vida.

Asombrado La Fanfare, penetró en el aposento y se sintió horrorizado ante aquel lúgubre cuadro; por su parte el judío, la anciana y los muchachos que estaban acurrucados en un rincón, corrieron todos, armándose la más espantosa gritería que fuese dable imaginar.

—¡Salid!—exclamó Susana dirigiéndose á La Fanfare.— Ese hombre fué uno de los que mataron á Mora y acababa ahora de insultarme.

—Bien muerto está. Yo lo he hecho.

La Fanfare, no repuesto de la emoción, vacilaba sobre lo que debía hacer.

—Permitidme,—contestó,—que sin querer averiguar el derecho que tuvisteis en obrar de la manera que habéis obrado, me quede aquí hasta dar sepultura á mi infeliz amigo.

—Eso enhorabuena; yo os ayudaré. Cogedlo por la cabeza y yo por los piés.

El pobre comandante y la judía llevaron el cadáver á alguna distancia de la casa.

—La nieve le servirá de sepultura,—exclamó Susana.—Ved.

Y arrodillándose sobre la helada capa que cubría el suelo, cubrió en breve el cadáver, que desapareció bajo un montón de témpanos.

—El lo quiso,—exclamó la judía.—Quería llevarme prisionera y de hacerlo hubiérase muerto un herido á quien cuido.

—¿Y por qué se había de morir?

—Mi marido lo hubiera asesinado.

—¿Tiene celos?

—No, es que ocasiona algunos gastos.

—¡Diablo! Merecería, pues, que á un hombre así, vos que parecéis tan resuelta, le hicieseis entrar en razón.

—¡Vos qué sabéis!

—Verdad es. Nada sé.

—Ea, seguid ahora vuestro camino, y si jamás os encontráis con algún amigo de Mora ó de Helga, su esposa, decidle que quedan bien vengados.

El buen La Fanfare parecía, sin embargo, hacerse un poco el remolón.

—¿Os queréis quedar, pues?—repuso la joven.—Sea como queráis, pero no os respondo de que no llegue una partida antes de media hora.

—Me voy, bella niña, me voy, pero conste que voy á extraviarme por esos pintorescos desiertos de blanca nieve...

—Imposible. Seguid siempre por la margen arriba y llegaréis á un vado. Además, vais vestido con uniforme ruso...

—Sí, es verdad. Adiós, niña, y pelillos á la mar.

VII.

El pobre comandante siguió la devastada y solitaria orilla, horrorizado del espectáculo que acababa de presenciar, cuando de pronto creyó descubrir á alguna distancia la silueta de un hombre á caballo, inmóvil, sin embargo. Acercóse para ver si distinguía el uniforme y vió que era el de un general francés.

—¿Qué demonios hará aquí este hombre?—exclamó.—Vamos allá á ver qué le ocurre.

El fingido coronel ruso se encontró al cabo de algunos minutos cerca del general á caballo, que no dió muestra alguna de moverse.

—¡Extraño caso! Pero, ¡calle! ¿No es acaso éste el duque de Orthez? ¿De dónde diablos habrá salido? Yo le creía prisionero de los rusos... ¡Eh, general!

La Fanfare estaba ya junto al caballo. Cogió las manos del ginete y pudo convencerse, con espanto, de que tenía delante dos seres helados.

—¿Pero por dónde habrá venido á parar aquí este pobre duque?—exclamaba La Fanfare.

Entonces, como si hubiese querido alguien contestarle, oyóse lejano rumor, imposible de referir á una causa determinada.

—¡Ea! Quedad con Dios, mi general,—repuso La

Fanfare.—Hay, á lo que parece, *peril en la demeure.*

La Fanfare se dirigió de nuevo á la orilla del Vop, pero no había llegado todavía cuando distinguió en la cumbre de un montecillo cubierto enteramente de nieve, un piquete de caballería enemiga.

—¡Perdido soy!—exclamó el benemérito comandante.—¡Razón tuvo aquella extraña mujer al decir que no entrásemos en la casa del judío!

VIII.

El destacamento estaba á unos cincuenta pasos del comandante cuando éste vió que el jefe mandaba hacer alto y se dirigía solo hacia él.

A medida que avanzaba el ginete expresaba su fisonomía creciente sorpresa, hasta que por fin exclamó con no disimulada alegría, en puro francés:

—¡Monsieur de La Fanfare! ¡Vos por estas soledades y en tal uniforme!

Creyó soñar el buen La Fanfare al escuchar su nombre en labios de un jefe cosaco y repuso:

—Confieso, caballero, que no acierto en este momento á recordar en qué ocasión he tenido el placer de veros, aunque estoy seguro de que nos hemos tratado mucho...

—¿No os acordáis ya de Miranda?...

—¡Voto á tal! ¡El mismo! ¿Pero qué diablos hacéis aquí vestido de cosaco?

—Algo más que vos, disfrazado de coronel ruso, mi querido La Fanfare. ¡Vaya qué ocurrencia habéis tenido! Pero, en fin, ¿qué puedo hacer por vos? Ya sabéis que en todas partes soy el mismo y que me acuerdo muy mucho del digno gobernador de la cárcel de Villa y del caballeroso jefe de Santa Olalla.

—Siendo así y apreciándoos vuestros buenos recuerdos, os quedaría muy reconocido si me dejarais seguir mi camino, á fin de reunirme con mis pobres compañeros.

—Nada más fácil, pero como me temo que si dais con alguna otra partida no es probable que topéis con otro amigo Miranda, creo sería lo mejor os facilitase una escolta hasta cerca los puertos de Orcha. Al llegar á Gusinoe despediréis á los soldados y trataréis de llegar como podáis hasta dichos puertos, donde encontraréis á los vuestros. ¿No tenéis ningún mapa?

—Sí, por cierto. Aquí traigo dos ó tres, pero no entiendo las letras.

—No es extraño, tomad éste y así iréis más guiado. Recordadlo bien, de Gusinoe á Orcha. Enteráos bien por cualquiera de los innumerables franceses que encontraréis por el camino, heridos ó extraviados.

La Fanfare dió mil gracias á Miranda por sus buenos oficios y partió acompañado de varios lanceros, siguiendo siempre las orillas del cenagoso Vop.



CAPÍTULO VIII

Fascinación

I

Andaban silenciosamente aquellos hombres, cuyos tipos aparecían sumamente diversos. Conocíase, en efecto, que procedían de muy distintas razas, ya que al lado de feroces fisonomías tártaras era fácil observar los rasgos peculiares de los andaluces y de los catalanes, y hasta uno había que realizaba el ideal de los rubios héroes escandinavos.

Era éste, el cual mandaba la fuerza, un joven de apuesta figura y desembarazado continente; eran finas sus manos, pequeños sus piés, y mostraba en sus ojos extraña dureza que contrastaba con la corrección suave y dulce de su rostro. La Fanfare no pudo menos de extrañarse de que un joven al parecer tan delicado se diese á correr por aquellos temibles campos de batalla cuyos horrores sobrepujaban á cuanto era posible imaginar, lo cual hacía que le mirase con insistencia.

—¿Me conocéis acaso, coronel?—exclamó de pronto en puro francés el oficial, dejando oir una voz de argentino timbre.

—¡Cuánto me alegro de tener con quien hablar, caballero, ya que veo que os explicáis perfectamente en esta lengua! Por lo demás, no tengo presente que antes de ahora haya tenido el placer de haberos visto nunca.

—Lo mismo os digo, señor,—replicó con acento marcadamente irónico el oficial,—pero como algunas veces hemos estado juntos el coronel Miranda y yo, creí no me hubiéseis visto con él, ya que parece sois tan amigo suyo.

—¡Oh! ¡Mucho que sí! Somos amigos excelentes y probados.

—¿Desde esta campaña?

—¡Quiá! ¡Desde el año 8!

—¿Desde el año 8? ¿Estaba Miranda en Rusia entonces?

La Fanfare olvidaba lamentablemente que se había convertido en coronel ruso.

—Es que... hice la guerra en España; nada, por gusto...

—¿Con quién?

La Fanfare estuvo sublime.

—Pues, con los míos...

—¿Cómo con los vuestros?

—Ya se ve que sí, según que estábamos en paz ó en guerra con Napoleón.

—Vamos, comprendo.

—De esta manera ha podido ser como yo conociese á Miranda en el año 8.

—¿Os gustó España, coronel?

—Mucho que sí, mi querido oficial; excelente país, hermosísimas mujeres.

—¿Con que os fijasteis en sus mujeres?

—¿Quién no se fija en ellas? Por ellas sólo merece que cualquiera se arriesgue á conquistar aquel edén.

—¿Y los hombres?

—En esa parte, permitidme que os sea franco, caballero oficial, no me fijé tanto.

—¿Estuvísteis en Barcelona?

—No, no estuve; casi nunca me moví de Andalucía.

—¿Conocisteis allí algún jefe español?

—A muchos conocí. Por ejemplo, al coronel Méndez...

—¿Un amigo del coronel Espinosa?

—Precisamente; Espinosa es ahora brigadier.

—Le conozco mucho.

La Fanfare creyó haber entendido mal y repuso:

—¿Vos conocéis al brigadier Espinosa?

—Os repito que sí, que le conozco mucho.

—¿Luego habéis estado también en España?

—No, por desgracia.

—¿Pues cómo puede ser eso?

—Nos conocimos en Dinamarca.

—¡En Dinamarca! De allí era una pobre mujer de la cual há poco he recibido noticias, aunque en bien terribles circunstancias.

—¿Una mujer? ¿Sabéis cómo se llamaba?

—Sí, Helga.

—¡Helga!

—¿Parece que os ha sorprendido ese nombre?

—¿Y qué decían?

—Decían, pues, que había perdido á su marido y que había dado muerte á varios de los matadores, pero no es eso lo más triste, sino que en mi presencia cayó muerto un desdichado oficial á quien una judía acusó de ser uno de ellos también.

—¿Un oficial de ingenieros?

—No, de artillería.

—¡Ah! ¿Y cómo le conoció esa judía?

—Por un herido, amigo del muerto, que tiene recogido en su casa.

—¡Cuánto os agradezco esas noticias, buen amigo! ¿Dónde está esa casa?

—No está lejos. Mirad, detrás de aquel montecillo, casi tocando al río.

—¿Y del oficial de ingenieros, nada sabéis?

—No sé dónde habrá ido á parar. Marchó juntamente con un amigo muy íntimo de Miranda, con el bravo capitán Lanjuinais, gravemente herido.

—Quizás podremos encontrarles.

—Tanto mejor para ellos, pues no es fácil toparse con más amable oficial que vos. ¿Cómo os llamáis?

—Por ahora Hermann Ivanitch, coronel.

Tres días anduvieron nuestros viajeros en medio de un deshecho temporal de nieve. La llanura inmensa, blanca, por donde transitaban no ofrecía á la vista el menor objeto que se destacase sobre la monótona planicie, ni un árbol, ni una casa. La espesa nevada que caía impedíales ver el cielo. Una claridad gris oscura, si podemos decirlo así, guiábales por aquellas soledades. Al fin, cuando iba acabando el día tercero llegaron hasta ellos distintos y acompasados los ecos de las campanas de Gusinoe.

Ya era hora, pues se habían agotado los víveres por completo.

—¡Vaya, que estamos cerca!—dijo el oficial á La Fanfare.—Desde aquí se apercibe ya el incendio de la villa.

II.

Así era, en efecto; al través de la nieve divisábase una columna de negruzco humo, llegando á la vez hasta ellos las acres emanaciones de la quema.

—Aviados estamos,—pensó para sí La Fanfare. —¡Buen hospedaje nos espera en esas ruinas!

Algunas casas, sin embargo, especialmente las situadas extramuros, se habían libertado de la tea incendiaria de los franceses. Los cosacos emprendieron la marcha hacia una de ellas, de lóbrego aspecto, casi con más aire de cárcel que de morada de un particular.

La puerta estaba abierta de par en par y la casa abandonada al parecer.

Desmontaron todos los ginetes y dejaron los caballos en un establo. Luégo se echaron á buscar por los bajos y dieron con alguna cantidad de harina de avena de la cual se aprovecharon lo mejor que pudieron. Aquello fué el único alimento que pudieron utilizar; en punto á bebidas no encontraron la menor huella de que se hubiese probado allí jamás otra cosa que agua.

El oficial se acomodó entre los soldados sobre la paja con que habían cubierto el suelo alrededor de una hoguera, y La Fanfare, olvidado de sus insignias de coronel, hizo lo mismo. Al cabo de una hora dormía todo el mundo menos el centinela colocado á la puerta.

La nieve había cesado de caer desatándose en cambio un huracanado viento, tan frío que cortaba la piel. Oíasele silbar espantosamente, derribando aleros y chimeneas y serpenteando por todas las rendijas y aberturas.

De pronto se dejó oir un extraño ruido, áspero y

metálico, como si fuese el de una cadena que rozase por el suelo.

El centinela fué á avisar al oficial; éste despertó y prestó profunda atención al rumor.

Era evidente que se percibían pasos en el piso de arriba y que había alguien que golpeaba el pavimento y arrastraba pesados hierros.

Así pasaron algunos minutos sin que el rumor cesase.

Luégo oyóse un concierto de voces, entre las cuales despuntaba la de una mujer. Era un canto religioso que resonaba extrañamente, acompañado por los furiosos silbidos del viento.

El canto interrumpió el sueño de la Fanfare que se creyó transportado á alguna iglesia griega donde hiciera el gasto la música de la capilla imperial.

Sus instintos filarmónicos triunfaron de todo otro pensamiento y acercándose al oido de su acompañante exclamó:

—¡Esta mujer canta como un ángel!

El oficial empero no parecía participar del embeleso que embargaba los sentidos del digno melómano, según se veía contraida y fosca su mirada.

Púsose en pié, amartilló las dos pistolas que llevaba en el cinto y exclamó en tono breve y bajo:

—Nadie me siga. Sólo en caso de que os llame acudiréis.

Y al acabar de decir esto puso el pié en la empinada escalera que conducía á las habitaciones altas. El resplandor del incendio de la ciudad alumbraba su camino, iluminando con rojo fulgor el interior de la casa, cuyas ventanas había derribado el vendabal.

III.

El oficial se detuvo en el primer piso. No había puerta alguna y así pudo penetrar sin obstáculo. La oscuridad era allí profunda por no tener la pieza ninguna abertura; un débil resplandor que salía de un apartado aposento, le sirvió de guía para internarse. De allí era donde partían los cantos.

Tres eran las voces: una de mujer, otra de hombre, joven al parecer, y otra de viejo, cascada y áspera.

Poco le faltaba á Hermann Ivanitch para encontrarse junto al aposento cuando cesaron de súbito los cantos, escuchándose de nuevo el ruido de la cadena y de unos pasos como saltos, mezclado con estridentes risotadas y feroces aullidos.

El aventurero oficial se ocultó tras de un cortinaje de la antesala al notar que iban á salir los extraños huéspedes de aquella casa.

Extrañísima fué entonces la escena que se le ofreció. Una mujer alta, de escultural presencia, y un oficial francés, del arma de ingenieros, un *voltigeur*, llevaban en brazos á una especie de figura humana, presa de horrible convulsión epiléptica y arrastrando en pos de sí larga y pesada cadena.

Impotentes, al fin, para dominarle dejáronle en el suelo. El oficial francés entró de nuevo en la pieza de donde acababan de salir y volvió al punto con una antorcha. El viejo se revolcaba entretanto en el suelo, echando espumarajos por su boca y retorciéndose entre terribles convulsiones.

El ataque duró cerca de un cuarto de hora; así que hubo cesado, la mujer y el oficial salieron dejando solo al viejo.

La antorcha había quedado allí también, alumbrando al epiléptico.

Hermann Ivanitch fué tras de los dos jóvenes, en medio de la mayor oscuridad.

IV.

Era evidente que los dos extraños personajes conocían perfectamente el terreno que pisaban según la facilidad con que andaban á oscuras por entre los corredores y aposentos por donde atravesaban; seguíales, sin embargo, con no menor presteza, Hermann Ivanitch, silencioso como una sombra.

Así llegaron al pié de una escalera que conducía al segundo piso. Con sorpresa de Hermann subió solo el oficial, volviéndose la mujer.

Dudó por un momento el audaz aventurero acerca qué partido iba á tomar, hasta que en breve se decidió á seguir al oficial antes que á la mujer.

Pasaron minutos y más minutos, un cuarto de hora, media hora...

A la luz del incendio pudo distinguir Hermann Ivanitch á un oficial de ingenieros francés, en actitud como dormida, cerrados los ojos, apoyado contra la pared, frente á la puerta.

Oyóse luégo ruido de pasos.

El incendio se aproximaba y el aposento estaba de cada vez más iluminado.

La mujer de alta estatura subió las escaleras pausadamente.

Iba envuelta en un caftán negro y cubría su cabeza un gorro de pieles.

Por fin destacóse su figura en el umbral de la puerta.

Hermann Ivanitch se había retirado á lo alto de la escalera, envuelto en la sombra. Desde allí podía ver sin ser visto, dominando el aposento, que venía en frente.

La mujer era quizás hermosa, quizás fea, pues no podía distinguirse por cubrirle la mayor parte del rostro la opulenta cabellera rubia, deshecha en enmarañados rizos, que salían por debajo la gorra.

Sólo era posible asegurar que era admirablemente formada.

Oyóse un ronco gemido, acompañado de palabras incomprensibles que murmuraba el oficial francés.

La mujer penetró lentamente en el cuarto, dando ora algunos pasos hacia adelante, ora volviendo atrás, silenciosa siempre.

El oficial, como fascinado por la presencia de la mujer, abrió los ojos y miró.

La mujer estaba delante de él, casi tocándole.

El francés permanecía inmóvil.

Retiróse luégo hasta la puerta la extraña aparición y quedó allí como clavada.

Luégo, como si le faltaran fuerzas, cayó desvanecida, lanzando un agudo grito.

El oficial francés, como si viera alguna figura ante sus ojos, exclamó:

—¡Helga! ¡Helga!

Estremecióse Hermann Ivanitch al oir aquel nombre y lanzóse hacia el aposento, saltando por sobre el cuerpo de la fascinadora, atravesada en el dintel.

—¡Yo soy Helga!—gritó con terrible acento.—¿Qué me quieres tú, francés?

V.

El aposento, desnudo enteramente de muebles, estaba en cambio alumbrado como por infernal resplandor.

El oficial de ingenieros cayó de rodillas al ver ante sí la amenazadora figura de la danesa, vestida con el traje de los cosacos del Don.

Luégo lanzó una siniestra carcajada y cayó al suelo acometido de un ataque igual al que había dado al hombre de la cadena.

La mujer que iba con él, volvió en sí entonces y quedó sorprendida al distinguir aquel inesperado testigo.

—¿Quién sois?—exclamó.

—Una víctima que ha de vengarse de ese hombre,—repuso Helga,—de ese hombre que mató á mi marido y quiso deshonrarme á mí.

—Nada tenéis que ver ya con él,—exclamó la aparición.—Su alma no es la misma que era antes y se ha redimido ya de todos sus pecados. ¡Gloria á Dios por ello!

Helga pareció no comprender aquel lenguaje y replicó:

—Los infames siempre son infames y los asesinos, asesinos siempre.

—El capitán Guyón no es lo uno ni lo otro. Dimitri Demianitch lo ha convertido á la fe del verdadero Dios, librándole de caer en poder de Satanás.

—Sin embargo, no le ha librado de caer en poder mío.

—¿Y qué poder es el vuestro, desventurada?

—Pronto vais á verlo. Pero antes, necesito ver una vez á ese Guyón por quien tanto habéis hecho.

—¡Oh, no! ¡No volveréis á verle! Si sois Helga, la danesa, hartas veces os ha visto ya...

—¿A mí? ¿Desde cuándo si no es desde la infausta noche en que el ejército francés quedó detenido á orillas del Vop?

—Desde hace un momento. Tengo yo poder para evocar vuestra imagen siempre que quiero; así es que Guyón, que está enamorado de vos desde que os vió, exige de mí incesantemente que le haga aparecer vuestra figura.

—¿Ese poder tenéis?

—No dudéis de ello. ¿A quién queréis que os haga ver, sino?

—¡Mirad que voy á poneros á prueba y que soy dueña de acabar con vos si así se me antoja!

—Tengo por obligación practicar la humildad y no contestaré á vuestras amenazas. Sabed, empero, que me basta querer para que así sea.

—Parece que me provocáis.

—No os provoco, antes bien quiero daros el espectáculo de que veáis aparecer ahora á vuestro esposo. Miradme y pensad en él.

Helga, pues ella era, en efecto, el pretendido Her-

mann Ivanitch, sintióse poseida de indecible malestar ante la poderosa fijeza con que la desconocida clavaba en ella sus ojos.

VI.

A este punto el oficial pareció volver en sí y exclamó:

—¡Kolia! ¡Kolia! Quiero ver á Helga otra vez, otra vez...

Guyón no había reparado que Helga estaba allí bien presente...

La joven sufría la fascinadora acción de Kolia, quedando como aletargada. Sus párpados se habían cerrado pesadamente y su respiración era fatigosa.

Kolia dió algunos pasos atrás, acercóse de nuevo, volvió á retroceder y se balanceó como tambaleando en el dintel.

Helga dió un grito.

—¡Pablo! ¡Pablo mío!—exclamó luégo.—Ven, ven...

Guyón sintió correr un sudor frío por su cuerpo al oir aquella voz.

Levantóse trémulo y vacilante y miró á Helga.

—¡Tú! ¡Helga! ¿Con que no eres fantástica visión? ¡Helga!

—¡Aparta, aparta, no la hables!—gritó Kolia con desesperado acento.

Helga había despertado, en efecto, del sueño magnético y miraba con extrañeza á Guyón.

—¿Dónde está Pablo?—exclamó.—¡Dímelo! ¡Tú lo sabes! ¿Qué has hecho de él? ¡Tú, tú lo mataste!...

—No, no lo maté, Helga...

—Tú y otros.

—¡Te juro que no, que yo no!...

—Sí, ¡tú fuiste el que se atrevió conmigo!...

—¡Compadécete de mí! No lo hubiera hecho á no haberte amado tanto...

—¿Tú?

—¡Sí! Mátame ahora y moriré contento.

Kolia había desaparecido entretanto.

Helga y Guyón permanecieron silenciosos hasta que oyeron fuera de la casa la bronca y cascada voz de Dimitri que gritaba:

—¡Malditos sean los perjuros á la fe del Señor! ¡Anatema, anatema, anatema!

Los ecos de aquellas palabras repercutieron en el silencio de la noche.

Helga y Guyón seguían callados y se miraban.

VII.

Había cesado el viento y vuelto á caer nieve en abundancia.

Amanecía, si es que tal puede llamarse la aparición de una débil claridad, distinta apenas de la lobreguez de la noche.

Oyóse de pronto un prolongado ruido como de descargas de fusilería.

—¿Qué será?—exclamó alarmado Guyón.—Deben ser los nuestros...

Eran los franceses, en efecto, según reconoció por el redoble de los tambores que entraban en la villa batiendo marcha.

Los cosacos habían subido precipitadamente hacia lo alto de la casa buscando á su jefe.

—¡Hermann Ivanitch,—exclamó uno de ellos,—los franceses están aquí!...

—Yo os salvaré á todos,—repuso Guyón.—Nadie osará entrar en esta casa. Permaneced todos aquí en silencio y no os mováis hasta que yo os avise.

Guyón bajó la escalera y se encontró en el zaguán, topándose allí con el comandante La Fanfare, que al oir el conocido toque de los tambores franceses se disponía á salir.

—Comandante,—exclamó Guyón,—un momento. Saldremos juntos.

—¿Vos en esta casa, capitán?—contestó asombrado La Fanfare.—¿Luego están también aquí el loco aquel que está siempre echando bendiciones y anatemas y aquella especie de bruja que le acompaña? ¿Y Lanjuinais?

—Lanjuinais está arriba, pero los otros se han marchado ya. Prudencia. No hay que hablar de nada respecto á los cosacos que os han acompañado.

—No tengáis cuidado; le estoy muy agradecido á ese excelente joven que manda la escolta; es un apreciable oficial.

Los dos amigos salieron á la calle, causando no poca sorpresa á la columna, que entraba en el pueblo completamente destrozada.

Era el cuerpo de ejército de Miguel Ney, que acababa de librar un terrible combate para abrirse paso.

Había quedado muy á retaguardia y los rusos la tenían cercado para impedir su reunión al grueso

del ejército que marchaba delante. Aquellos heroicos soldados habían andado veinte leguas en dos días.

Guyón y La Fanfare manifestaron que estaba allí también Lanjuinais, al cual fueron á buscar para ser transportado á los hospitales de Orcha. Luégo que la columna se disponía á ponerse otra vez en marcha, volvió el oficial al solitario caserón para dar aviso á Helga y á los soldados de lo que pasaba.

VIII.

—Vengo á entregarme á vuestra disposición,—exclamó el joven,—y á constituirme voluntariamente en prisionero.

—No tengo fuerzas para vengarme más,—repuso Helga.—Sólo deseo salir cuanto antes de aquí por las horribles emociones que he experimentado bajo este techo. ¡Oh, qué extraña mujer!

—Permitidme que os dé breve cuenta del motivo por qué me habéis visto en su compañía.

—Hablad.

—Después de la espantosa escena en que murió vuestro desgraciado esposo y en la cual podéis creer, pues os lo juro, que tomé parte defendiéndole contra los demás...

—¿Vos le defendísteis?

—Os repito que esta es la verdad...

—Seguid.

—Luégo que hubieron sucumbido casi todos á los disparos de vuestras pistolas y á los golpes de vuestro puñal y del militar español que os acompañaba, encontrámonos algunos extraviados con una botella dejada al azar sobre la nieve. Arrojámonos todos para ser los primeros en cogerla, y después de larga porfía, yo fuí quien tuvo la fatalidad de encentarla. Apenas había probado un sorbo del licor que contenía, sentí una gran pesadez en mi cabeza; apoderóse de mí invencible sueño y caí en tierra sin ánimo para poderme tener en pié. Al día siguiente desperté cual si saliera de una horrible pesadilla, pero pronto ví confirmada la realidad de todo, contemplando á la mayor parte de mis compañeros convertidos en frios cadáveres. Solo Montreuil y yo pudimos escapar con vida.

Volví la vista á mi alrededor y ví como una mujer, judía al parecer, se llevaba en hombros al oficial que había peleado á vuestro lado; no reparó en nosotros sin duda; al poco rato llamónos la atención la aparición de un miserable viejo, cubierto de andrajos, acompañado de una joven de peregrina belleza. Iban recorriendo las márgenes del río predicando en lengua mezcla de francés y ruso, el arrepentimiento y la penitencia. Montreuil se les echó á reir pero no yo, que llevado de irresistible impulso, exclamé:—¡Perdón para mí! ¡Perdón, sí!—¿Qué culpas tenéis vos sobre la conciencia?—preguntóme aquella mujer.—Entónces la confesé que cegado por mi pasión había querido arrebataros del lado del cadáver de vuestro esposo llevándoos conmigo.—Seguidme,—contestó,—yo tengo poder para haceros ver á vuestra amada siempre que queráis.—¿Vos?—repliqué.—¿Vos podéis hacer que yo vea á Helga siempre que queráis?—Afirmóse ella en lo dicho, y ante sus resueltas afirmaciones roguela que al punto me diera la prueba de lo dicho. Clavó en mí sus ojos, sentí que se trastornaba mi cabeza, caí en una especie de estupor, y tras de algunas imágenes confusas que surgieron de no sé dónde,—fuera de mí, delante de mí,—aparecióseme vuestra imagen adorada... No fué menester más; seguíla humildemente prestándome á todas sus exigencias, haciéndole coro en sus oraciones, hasta que un día, sorprendidos por horrible tempestad de nieve, nos extraviamos.

Una noche estábamos una multitud de errantes extranjeros calentándonos en torno de una hoguera, cuando el bravo capitán Lanjuinais, herido, dió la señal de que le siguieran los franceses que allí hubiese; yo era uno de ellos, pero con sorpresa inmensa levantóse también Kolia, que había llegado no sé cómo ni de dónde. Ella fué la protectora, la que verdaderamente salvó la vida á Lanjuinais. Luégo tropezamos con la judía que se había llevado á nuestro amigo. Kolia no quiso refugiarse en la isba de aquellos deicidas, y seguimos nuestro camino con Lanjuinais. Los otros dos se quedaron allí; Montreuil murió á manos del oficial herido y La Fanfare después de mil vicisitudes, tuvo la suerte de topar con Miranda, vuestro antiguo amigo, debiendo á éste su salvación. Ahora, ya lo sabéis todo y disponed de mí.

IX.

Helga había escuchado atentamente la relación del joven capitán.

Gruesas lágrimas corrieron de sus ojos al terminar, pensando en su adorado Pablo.

Guyón, altivo en medio de su perfecta cortesía, no quiso interrumpir aquel dolor.

No obstante, urgía el tiempo y había que tomar cuanto antes una determinación.

Helga pareció volver en sí, miró á Guyón y exclamó en tono resuelto:

—Idos. Os perdono.

Palideció el joven al oir estas palabras, y repuso:

—Siempre acataré vuestras órdenes, pero antes de partir he de deciros que jamás os olvidaré, que os amaré eternamente y que habréis sido la única mujer que yo habré amado.

Y sin esperar á que Helga contestara, lanzóse fuera del aposento, reuniéndose al poco rato con la columna, que se dirigía á Krasnoe.

X.

Los lanceros del Don montaron á caballo y se dispusieron á regresar al castillo de Aurora, de donde procedían. Así pasaron tres largos días.

Helga deseaba llegar cuanto antes á la *isba* de que le había hablado Guyón, donde debía encontrarse el oficial español herido; sabía su situación por lo que le había indicado La Fanfare y así no se equivocó al llamar en dicha casa.

Abrióle la puerta el judío, que se deshizo en serviles cortesías al verse en presencia del gallardo ginete.

—Conducidme al cuarto de vuestro huésped,—exclamó Helga, sin reparar en el profundo silencio que reinaba en la casita.

—¿De qué huésped habláis, caballero oficial?—repuso el israelita.

—Del herido que tenéis aquí.

—Aquí no hay herido alguno ni más habitantes que yo, mi anciana madre y mis hijos, que están ahora junto al río tratando de recoger alguna leña...

—¿Cómo es eso? ¿Desde cuándo no tenéis aquí á vuestra esposa...

—¿Mi esposa?...

—Sí.

—No sé...

—Hablad, y cuidad que os va la cabeza en lo que contestéis.

—Pues...

—¡Decid!

—No están aquí ni mi esposa ni ese herido de que hablábais...

—¿Dónde están, pues?

—Eso os lo dirá Dimitri Demianitch.

—¿Ese loco á quien acompaña una mujer?

—Precisamente.

—¡Villano! ¿Y cómo dejasteis que os arrebataran á vuestra mujer y á ese herido que estaba confiado á vuestra hospitalidad?

—Yo no sé cómo fué... Estuvieron aquí y se los llevaron...

—¿Cuándo fué eso?

—Ayer...

—¡Qué desgracia! ¿Pero cómo pudisteis entregar vuestra esposa y vuestro huésped á un viejo loco y á una débil mujer?

—Nada de eso, caballero. Iban una porción de *inocentes.*

—¿De *inocentes?*

—Sí, forman una secta... ¿No sabéis que Kolia es la *Virgen madre?*

—No lo sabía, ciertamente.

—Creo no os será difícil encontrarlos, sin embargo. Quizás estén en Smolensko.

—¡Mirad que si vuestra indicación es falsa lo vais á pagar muy caro!

—Pues bien, os aseguro, caballero oficial, que están en Smolensko.

—¿Cómo lo sabéis?

—Porque allí reside de ordinario Kolia, y dijo que quería volverse á casa.

—Bien está, judío. Pero ten presente que si me has engañado...

—No os he engañado, mi joven oficial, no os he engañado.

Helga no quiso oir más y dió orden á su gente de dirigirse á la carretera de Smolensko.

XI.

A la siguiente jornada Helga dió con los que buscaba, encontrándolos en una capilla abandonada de los alrededores de la ciudad.

La fanatizada Kolia llevaba á la judía fuertemente atada, acusándola de hechicería, por considerar imposible que un oficial español, y por ende cristiano, se hubiese resignado á aceptar los cuidados de una despreciable hija de Israel.

El herido, en cambio, parecía muy contento por su parte de los cuidados de Susana.

Helga sintió que no tenía razón alguna en interrumpir aquella dulce correspondencia y se limitó á mandar que acto seguido soltase Kolia á los que se había llevado de la isba contra su voluntad.

Kolia fijó en el bizarro ginete su profunda y trastornada mirada y exclamó:

—No sois hombre sino mujer.

El oficial, que era un valiente capitán del regimiento de Asturias llamado Gonzalvo, miró entonces á Helga y repuso:

—¡Oh, sí! Vos sois la viuda de Pablo Mora. ¡Gracias, señora, ya que os deberé mi libertad!

Iban á ponerse en camino los rescatados prisioneros, juntamente con la escolta que mandaba Helga, cuando Kolia, apareciendo en el dintel de la capilla y sosteniendo al decrépito *inocente* de quien era humilde sierva, exclamó:

—¡Os oponéis á la voluntad del cielo! ¡La judía y ese cristiano se aman y Dios no puede consentir tal crimen, como tampoco que vos améis al capitán francés!... Todos sois lo mismo pero la justicia divina caerá sobre todos vosotros... Id, dejadme, pero yo haré que jamás podáis conciliar el sueño sin que lo turben horribles visiones... Tú, ingrata viuda, verás sin cesar ante tí la sangrienta imagen de tu esposo asesinado... Tú, miserable español, la sombra del judío... del judío que se casó con esa mujer para encubrir su deshonra... ¡Y tú, judía maldita, verás de continuo el espectro del que tu marido asesinó para que quisieras casarte con él!... ¡Id, id, malditos!...

Todos bajaron la cabeza ante las imprecaciones de la visionaria y al cabo de algunos minutos oían como la cadena del loco iba rebotando de peña en peña, alejándose en dirección á Smolensko.



CAPÍTULO IX

El paso del Beresina

I

Ney, marchando con sus tropas formadas en cuadro, encontró á Napoleón en Orcha. Allí pudieron, por fin, reunirse todos los dispersos, pero áun así el ejército no tenía consistencia alguna y carecía casi por completo de artillería y de caballos.

Andrea tuvo el consuelo de encontrar por fin á su esposo y La Fanfare se deshizo ante todo el mundo en elogios del bravo duque de Elchingen, que había demostrado en aquella retirada hasta dónde rayaba su serenidad y pericia.

De este modo pasaron algunas horas en que fué posible rehacerse algún tanto, pero no por eso reinaba la menor tranquilidad, ya que de todas partes se recibían las más desastrosas noticias. Dudábase de la fidelidad del príncipe de Schwartzemberg, cuya conducta daba lugar á terribles sospechas de complicidad con los rusos; Ojarowski se había apoderado del único puente que tenían los franceses para pasar el Beresina, frustrándose de esta manera el plan del emperador de ganar la delantera á Kutusoff; Dombrowski había sido derrotado; Oudinot se había dejado sorprender en Polosek y no terminaban nunca sus disputas con Mac-Donald; Víctor ejecutaba tarde todas las órdenes que se le comunicaban y Gouvión Saint-Cyr pecaba no menos de remiso. No parecía sino que nadie confiaba ya en la anterior estrella de Napoleón y que había desaparecido por completo toda esperanza de poder salir ya nunca más de aquel infierno de nieve.

Todo se conjuraba, sí, contra el ejército francés. Tchittschakoff había entrado en Minsk, donde estaban los hospitales y almacenes de la expedición, y se había apoderado de todo: acopios de subsistencias para mantener á cien mil hombres durante seis meses, una inmensa cantidad de municiones, artillería, trenes de puentes, todo había caido en poder de los rusos.

El 21 de Noviembre abandonó el ejército francés la ciudad de Orcha, no sin haber antes pegado fuego á las casas en que había podido gozar un día de descanso y de hartura.

Todos los esfuerzos de Napoleón se dirigían á aumentar en lo posible el contingente de sus fuerzas y á este objeto mandó publicar á són de tambor una orden disponiendo que los soldados dispersos que no acudiesen á incorporarse á sus regimientos serían pasados por las armas, y que los generales y oficiales quedarían privados de sus empleos.

Semejante pregón no produjo, sin embargo, ningún efecto, pues apenas se había puesto en marcha el ejército cuando ya la carretera estaba obstruida por los rezagados, que se tendían voluptuosamente en el suelo prefiriendo morir antes que dar un paso más.

II.

Había dejado de nevar por algunas horas, pero en cambio habíanse convertido los caminos en un inmenso cenagal, con motivo del deshielo.

El camino de Orcha á Tolocrín, que seguía aquel ejército, era, con todo, uno de los mejores de Europa; además de estar en línea recta, tenía por ambos lados dos filas de álamos cuyas ramas, cargadas entonces de nieve y carámbanos se inclinaban hasta el suelo á manera de sauces llorones, y, sin embargo, aquellas alamedas majestuosas eran para el ejército francés ocasión de hondo desaliento y horrible angustia.

Diana de la Chategneraie iba en un coche entre los bajages. Era grande su desfallecimiento, hasta el punto de que nadie hubiera reconocido en aquella mujer de hundidos ojos y escavadas mejillas á la elegante dama de otros tiempos.

Octavio acudía á cada momento á ver á la pobre mujer, desesperado por no poder darla un pedazo de pan, que no se encontraba á cambio de oro. Diana, desfallecida, miraba con extraviados ojos á su desventurado amante, que debía pugnar por contener sus lágrimas.

La columna seguía su marcha silenciosa; sólo interrumpían la siniestra quietud las blasfemias escapadas de boca de los soldados que caían exánimes ó bien los lamentos de los que, deseosos de seguir, se encontraban faltos de fuerzas para dar un paso más.

Una de las veces que Saligny iba á ver á Diana, oyóse llamar por un cazador de la guardia que yacía en el suelo, medio hundido en el fango.

—¿Qué quieres?—contestó Octavio.

—Coronel, conozco que voy á morir en breve y desearía de vos un último favor.

—Dí.

—Dejo en Francia una madre á quien adoro; la pobre vieja no tiene más esperanza que mis brazos para ayudarla á vivir y va á quedar sumida en la más horrible miseria.

—¿Dónde está?

—Esperad, ahí tenéis ese bolsillo, esos papeles y esas joyas que me pertenecen en buen derecho y entregádselo. La encontraréis en París, calle del Hombre Armado, 8. Preguntad por madame Blum.

—Descuida, que si llego vivo allá cumpliré tu encargo, y en caso de morir, haré por dejarlo confiado á otro.

—Gracias, mi coronel. En cuanto á vos, os nombro también heredero de algo.

—¿Tú á mí?

—Sí, tomad este pan; de nada me ha de servir, pues voy á morir pronto...

III.

El coronel vaciló entre el egoismo de socorrer á Diana y el horror de privar de aquel único consuelo á un moribundo.

—No vaciléis, coronel Saligny. Tomad este pan, y si os parece que vale algo, pagádselo á mi madre.

—Gracias, gracias, mi pobre amigo,—respondió Saligny.—Quédate un pedazo, sin embargo...

El soldado no contestó, empero; el frío había cerrado sus párpados y helado su sangre. Había desaparecido por completo todo indicio de sensibilidad y el sueño en que yacía era tan profundo que el infeliz no debía ya jamás despertar de él.

Saligny corrió hacia el coche y entregó á Diana el precioso alimento. La joven pareció recobrar la perdida energía de su ánimo al ver el pan y lo llevó ávidamente á su boca, como si fuera celestial manjar siendo así que era una informe masa de harina de avena.

Entonces pasó junto al carruaje una mujer llevando un niño en brazos, lanzando desesperados gritos:

—¡Mi hijo se muere!—exclamaba la pobre madre. —¡Malditos todos, que me negáis un pedazo de pan para mi ángel!

Octavio se estremeció al oir aquella voz y corrió tras de la desventurada mujer.

—Seguidme,—la dijo.

La infeliz miró con asombro á Octavio y contestó:

—¿Qué me queréis? ¿Acaso tenéis pan que darme?

—Sí, tengo pan.

Llegaron en esto junto á Diana. La joven comprendió al punto lo que Saligny esperaba de ella y alargó el resto del pan á la desdichada madre.

—Gracias, gracias, Diana de mi alma,—murmuró Saligny, estrechándola contra su corazón.

—Dios os lo pague, señora,—exclamó la madre, deshaciéndose en llanto.—Poco soy, pero quizás llegará día en que pueda demostraros mi reconocimiento. Si jamás se os ocurre tenerme que menester para algo, preguntad por Clotilde Mathieu, cantinera del 4.° de granaderos. Siempre me tendréis cerca de vos esperando vuestras órdenes.

La pobre mujer no quiso, en efecto, apartarse del carruaje.

—Ahora recuerdo, mi buen señor,—repuso acercándose al coronel que se disponía á volver á sus filas,—que el comandante La Fanfare buscaba á un coronel de húsares llamado el marqués de Lagarde. ¿Seríais vos, acaso?

—Yo soy, sí.

—Os buscaba, pues, para entregaros unas cartas, pero nadie estaba de buen talante para contestarle.

—¿Unas cartas?—repuso Saligny.

—Sí, tres ó cuatro, según oí que decía.

—¿Sabéis por dónde anda el comandante?

—Muy á la vanguardia, con mi regimiento. Yo los he dejado porque nadie ha querido darme un poco de carne de caballo, ni de galleta; mirad si es larga la línea, y, sin embargo, hasta que no os he encontrado, con nadie he podido dar que se compadeciera de esta pobre criatura.

—¿Con que decís que el comandante La Fanfare va á la vanguardia?

—Sí, aunque será difícil podáis reconocerle, pues va medio vestido de ruso.

—Oh, sí, lo encontraré. Subid, buena mujer, en ese coche y de este modo os será más fácil el camino.

IV.

Saligny se puso en busca de La Fanfare. Nada más lastimoso que el espectáculo que se ofrecía á su vista al atravesar por entre las desordenadas masas que componían los restos del Grande Ejército.

La marcha se hacía embarazosísima por tropezarse á cada paso con soldados tendidos en el suelo, resueltos á no seguir al resto y á acabar allí su vida.

El paisaje era por otra parte capaz de despertar la más profunda tristeza en el ánimo mejor templado. No era ciertamente un desierto como el país que habían atravesado entre Moscou y el Dnieper, pero aunque estuviese algo poblado, según era de ver por las casas y pueblecillos que á veces encontraban, estaba á la sazón abandonado por todos sus moradores.

No había brillado el sol un solo minuto durante toda aquella retirada, pero no era ya tan solamente la niebla lo que oscurecía la atmósfera sino que no había dejado por un momento de mostrarse encapotado el cielo por negros y densos nubarrones.

A consecuencia del deshielo el frío era más horroroso que nunca y recordaba aquella terrible noche de Smolensko en que el termómetro de Reaumur señalaba 22° bajo cero. El viento era helado y cortante como el filo de una navaja y de vez en cuando arrastraba partículas de nieve que azotaban el rostro de los desdichados caminantes.

V.

Eran las once de la mañana; divisábase un pueblecillo á un lado de la carretera y los soldados, desfallecidos, pidieron á sus jefes se hiciera un momento de alto para pasar una hora siquiera al abrigo de aquellas débiles casas de madera.

Tal petición era inadmisible pues no había tiempo que perder y urgía llegar cuanto antes al Beresina, en cuya orilla de allende se agolpaban inmensas fuerzas contrarias para impedir el paso á los franceses.

Los soldados, sin embargo, obstináronse en llegarse hasta el pueblo; atraíanles, en efecto, aquellas casas cuyos puntiagudos techos y altos campanarios estaban caprichosamente cubiertos de nieve, sin que la más ligera humareda diese testimonio, sin embargo, de haber allí alma viviente.

Saligny se encontraba precisamente entonces entre los alborotados soldados, á quienes en vano trataban de hacer entrar en razón sus jefes, á pesar de tener tantas ganas como ellos de ir á calentarse un ratito cabe las llamas de las casas, convenientemente incendiadas...

Ya algunos se habían salido de la carretera, tirando los fusiles y tomando el camino del pueblecillo.

Un comandante de extraño uniforme, coronada la cabeza por colosal gorra de pelo y arrastrando por el suelo el holgado caftán de un ruso, procuraba contener á los fugitivos.

De pronto vió al marqués de Lagarde y exclamó:

—¡Voto al diablo! Al fin dí con vos y á fe que no podíais presentaros en mejor ocasión. A ver si me ayudáis á contener á esos que quieren escabullirse.

—¡Vos, La Fanfare! Pues venía precisamente en busca vuestra; sé que tenéis unas cartas...

—Sí, tomad, pero hacedme el obsequio de no entreteneros ahora en esas tonterías...

Octavio había lanzado un grito de sorpresa al fijarse en la letra de los sobres.

Todas las cartas eran de Julia de Montespino.

VI.

—¡Eh, coronel! ¡Que no estamos aquí para eso! Mirad cómo se escapan esos tunantes. ¡Pillos! ¿Pero no veis cómo se me largan todos, coronel? ¡Tunantes! ¡Tránsfugas!

Octavio, sin atender á lo que La Fanfare le predicaba, leía con avidez una de las cartas.

—¡Enhoramala os entregué esos papelotes!—gritaba desesperado La Fanfare.—No tengo quien me ayude... ¡Capitán! ¡Teniente! ¡Pero si no hay nadie!

—¿Qué? ¿Qué queréis?—exclamó de pronto Saligny.

—Pues, hombre, me estoy desgañitando hace una hora diciéndoos que esos condenados se me escapan y vos aquí, tan tranquilo...

—¿Qué he de hacer?

—Nada, vayamos los dos tras ellos y á ver si les hacemos volver grupas.

—Vamos.

Octavio había desenvainado su sable y sin reparar en si le seguía ó no La Fanfare, la emprendía á sablazo limpio contra los fugitivos, que convencidos con tan poderosas razones, echaban á correr, en efecto, incorporándose de nuevo á la columna.

—Gracias, gracias, marqués,—exclamaba La Fanfare cada vez que volvía al redil una de sus extraviadas ovejas.

—¿Por qué me habéis entregado esas cartas?—repuso Saligny, cogiendo fuertemente al pobre comandante por las muñecas.—¡El infierno debió encargaros que me hiriérais en medio del corazón!

La Fanfare creyó que el pobre marqués de Lagarde se había vuelto loco y más cuando le vió llorar á lágrima viva...

VII.

Octavio pareció volver en sí, y sin decir nada al comandante volvió otra vez á su puesto, sin acercarse á ver á Diana.

No quedó, por lo tanto, poco sorprendido cuando al caer la tarde, esto es, antes de las cuatro, pues los días son cortísimos en aquella estación y en tal paraje, se encontró con la joven á su lado.

—¡Octavio!—exclamó.—¡Qué ansia! ¡Tanto tiempo sin verte! ¿Qué tienes? ¿Qué eran esas cartas?

—Nada, querida mía. Noticias de París...

—¿De París?

—Sí...

—¡Cómo me engañas!

—No, no te engaño.

—Mira, Octavio, nada me ocultes... ¡Cuán fácil es morir aquí con sólo dejar que la muerte se acerque, la muerte que se cierne sobre todos!... Dime una sola palabra y no temas que jamás vuelvas á oir hablar de mí...

—¡Diana! ¡Tú morir!...

—¿Qué he de hacer si no me amas?...

—Sí, te amo...

—No, pobre Octavio, no soy yo la mujer que posee tu corazón... Adiós...

—¡Diana! ¡Oh, mi buena Diana!

—Habla...

—La carta que obligaste á escribir con amenazas á la monja de Santiago, la ha escrito después ella de plena gracia, en plena libertad...

—¡Desgraciada!

—Ha vuelto á un convento...

—Respeta su voluntad.

—Arrepiéntese de haber escuchado las palabras de un francés...

—Será efecto de un momentáneo remordimiento.

—¡Oh, no! Habla á cada momento de un fraile que la ha aconsejado...

—Serénate, vida mía... Si no te ofenden mis palabras, yo haré por consolarte... Yo te amo... Nadie te ha amado nunca como yo...

—Sí, es verdad...

—¡Te lo juro!

—Tú eres buena, sí...

—Ella también, pero más desgraciada que yo.

—¡Huir de mí! ¡Sin una palabra de afecto, respirando sólo vergüenza!...

—¡Oh, cuánto me alegraría yo si pudiese alegrarme de tus penas! Al fin serás mío, mío solamente.

—Al comunicarme Revoredo esta noticia en el castillo de Aurora, habíame manifestado que Julia había obrado á instigaciones de su hija... No es así, un fraile lo ha hecho todo.

—Respeta la voluntad de esa infeliz mujer, Octavio. Ella había faltado á sus votos. No quieras oponerte á su resolución...

—¡Sin una frase siquiera de consuelo, ni de perdón!...

—Esa sería, sin duda, la prueba á que la sujetaría su confesor para concederle la absolución.

—¡Pero es robarme un corazón que era mío!...

—¡Oh! La amas, sí, la amas siempre...

—A tí, á tí, tan solamente, Diana...

—Si una mujer te ha inferido tan cruel herida, yo sabré cicatrizarla, sí, Octavio...

—Gracias por tus palabras, pobre Diana

—No recuerdes más esa triste desgracia, Octavio mío, y pensemos únicamente en hacer bien á los que en este instante sufren y mueren... ¡Cuántos son!

La idea de la realidad presentóse de nuevo á la mente del marqués de Lagarde.

VIII.

No cesaba de oirse á retaguardia continuo tiroteo, procedente de las partidas sueltas de cosacos que iban hostigando á los míseros franceses. Aquella noche acamparon en Kokanovo y los siguientes días en Robri, Narscha y Nemonitza. «Los días eran sumamente cortos, dice un testigo presencial, y no obstante las pequeñas marchas que se hacían, siempre les alcanzaba una parte de la noche, lo cual era causa de que muchos infelices se extraviaran ó perecieran.

Muchos de éstos llegaban tarde á los vivaques y como todos los cuerpos estaban mezclados no era fácil encontrar aquel al cual pertenecían y mucho menos que nadie supiese indicarlo; de esto resultaba que después de haber caminado todo el día tenían que vagar toda la noche para encontrar á sus jefes, mas como raras veces podían alcanzar esta dicha, se echaban á dormir, y no sabiendo la hora en que se levantaba el campo, se encontraban al despertar en poder del enemigo.»

Al llegar á Weselowo, á orillas del Beresina, reunióse al ejército el mariscal Víctor, con numerosas fuerzas é inmensa impedimenta. La acumulación de tanta gente y de tantos bagajes produjo una confusión indescriptible y nadie sabía por dónde ir ni qué camino había de tomar.

IX.

Habíanse construido dos puentes en Borisow para aparentar que el ejército se disponía á pasar por allí, pero la intención del emperador era cruzarlo por Weselowo algunas leguas más arriba. Allí fué, pues, donde quedó acampado aquel antes tan admirable ejército, reducido ahora á informes masas de seres humanos.

Era el 27 de Noviembre. Habíanse construido precipitadamente dos puentes, uno para la artillería y otro para la gente de á pié. Por la tarde, á las dos, la guardia imperial, con Napoleón al frente, hendió aquel inmenso tropel que ocupaba la orilla del río y pasó á la otra parte. Siguieron luégo pasando algunas otras fuerzas, pero con lentitud extremada por necesitar á cada momento composturas los frágiles puentes que se habían echado. El río arrastraba enormes témpanos y llevaba una corriente impetuosa.

El duque de Bellune ocupaba las alturas de Weselowo, con encargo de proteger la retirada y de contener á las tropas de Wittgenstein que se dirigían á atacar á los franceses para obligarles á arrojarse al río.

La orilla que ocupaban los míseros perseguidos estaba convertida en un inmenso lodazal. Dichoso el que encontraba un charco helado donde descansar. «Los soldados, pálidos, flacos, hambrientos,—dice el testigo presencial antes citado,—yertos de frío y sin más abrigo que unos girones de pellizas ó de pieles de carnero quemadas, estaban en lo más riguroso de la estación, amontonados y gimiendo en aquella ribera fatal. Alemanes, polacos, italianos, españoles, croatos, portugueses y franceses, todos mezclados, gritaban, se llamaban unos á otros y reñían cada uno á su modo y en su lengua; finalmente, los oficiales y áun los generales, envueltos en pellizas sucias y grasientas, estaban confundidos con los soldados y reñían con los que les empujaban ó faltaban al respeto, formando todo una confusión difícil de describir.»

Había llegado á su colmo la horrible miseria de aquel ejército.

X.

Era oscura la noche; el viento soplaba con ímpetu espantoso, aumentando el horror de la situación; las hogueras que habían encendido los soldados, fulguraban siniestramente rodeadas de hombres que, silenciosos y ceñudos, parecían mirarse con mutuo aborrecimiento.

No así en torno de uno de los fuegos.

¡Eran españoles! Catalanes en su mayor parte.

—*¡Vatúa Deu!*—exclamaba un robusto tambor mayor, llamado Serra (1).—¡Si cuando estaba yo en Barcelona, trabajando en la calle den Cuch, me hubiesen dicho que tenía que verme aquí, hubiéralo creido cosa de brujería!

—Cozas más eztrañaz se ven, compare,—contestó un oficial del regimiento de Guadalajara.—Yo zí que he eztado en la batalla de Urubamba, en el Perú, y luégo en la guerra de laz Naranjaz y dempué en Stralzunda y ahora en ezo Pirineo de la Ruzia...

El digno preopinante no tuvo tiempo, empero, de continuar enumerando su hoja de servicios por haberse visto bruscamente atacado por Serra, que le frotaba enérgicamente la nariz con un puñado de nieve.

—¡Que le *abrazo* (abraso) á zu merced zi no me deja!...—gritaba el valeroso teniente Gutiérrez.

—*¡Vatúa redeu!*—contestaba Serra.—*¡Sobre tot lo nas!*

Era que el pobre oficial tenía helada la nariz y Serra sabía que no había medio mejor para devolverle su vitalidad que frotar con nieve aquel interesante órgano.

Los demás se habían tumbado, cansados, decaidos, inertes.

—*¡Apa, minyons!*—exclamaba el tambor mayor.—*¡Arriba!*

—Déjeme usted,—contestó un comandante. Tengo sueño...

—No durmáis... Vais á morir helados... *¡Arriba!*

—Si vuelve V. á tocarme le soplo un tiro,—dijo un soldado.

—Pues os tocaré á todos. ¿No pensáis en España?

—¡Eh! Dormid como nosotros...

—Que me maten los rusos ó la nieve, es enteramente igual...

—¡Layeta!

—¡Callad!...

—Si huyéramos...

—¡Virgen de Montserrat!

—¡Ay, San Magín!

—¡Ay, San Narciso!

—¡Qué lucecitas hay por ahí!...

Un soldado aragonés se puso bruscamente en pié y como si fuera presa de un vértigo, exclamó:

—Lo que yo digo es que me c... en Napoleón y en todos los suyos; que me muero y se me dan (aquí la palabra que pasa por haber dicho posteriormente Cambronne), los rusos, los austriacos y... Conque buenas noches, y que se diviertan los de Camporell...

El pobre soldado se tiró al suelo, sobre la nieve, y se hundió la bayoneta en el vientre.

XI.

En otro grupo pasaba una escena diferente. Una pobre cantinera, llevando de la mano á un niño de pocos años, pedía por compasión un poco de alimento para ella y su hijo. Los soldados, sordos á sus clamores, no contestaban palabra, profundamente ensimismados y fijos los ojos en los tizones que chisporroteaban en la hoguera en torno de la cual formaban círculo.

—Hacedme esta caridad, mis buenos señores,—exclamaba la pobre mujer.—¿Tú, Rambaud, no escuchas mi llanto? Acuérdate...

—Idos al diablo tú y el chiquillo. Nos estáis amolando horriblemente...

—¡Rambaud! Ten piedad de nosotros...

—¡Arre allá, vieja, bruja... Fuera de aquí!...

—Rambaud, nada más que un pedacito de caballo...

—¡Reventaras de una vez!

Un sargento miró á la desdichada y exclamó:

—Toma eso, Margot. Hay que ser galante con las señoras...

La pobre cantinera no podía creer tanta dicha... ¡Era una galleta!

Todos se volvieron al oir el ruido que producía la hambrienta Margaritilla al romper con sus dientes aquel durísimo cuerpo.

—Más falta les hubiera hecho á otros que á ese par de estorbos,—murmuró Rambaud.

—Sois un canalla,—repuso el sargento.—¡Tratar de esta manera á su querida! Bien os bebiais todo el aguardiente de la cantina cuando había aguardiente en el mundo.

—El canalla sois vos, sargento Champfleury...

—¡Callaseis de una vez, cotorras!—interrumpió diciendo un veterano. Y se puso á cantar la canción famosa:

Quand Bourbon vit Marseille.

(1) El autor de estas líneas ha tenido en su niñez ocasión de conocer á este héroe.

—¿Sois realista?—replicó un *caporal.*

—Soy enemigo del emperador, por bruto y por bellaco. Nos ha dejado abandonados.

—Pues yo soy republicano; bien empleado nos está cuanto nos pasa por no haberle pegado cuatro tiros cuando disolvió la asamblea de los Quinientos. ¡Venirnos á mandar un hombre como ese que no le llegaba á la suela de los zapatos al general Hoche!

—Ni á Meunier.

—Ni á Kleber.

—Ni á Moreau.

—Ni á Desaix.

—¡Eh! ¡Váyanse al diablo él y todos los suyos! ¡Muera el emperador!

—¡Viva!—exclamó un teniente de cazadores de la guardia, que estaba reconociendo á caballo el campamento, dando órdenes.

—¡Al agua el teniente y al fuego ese jamelgo!—aullaron los soldados.

Y la cosa tuvo efecto en un abrir y cerrar de ojos.

XII.

Eran las ocho de la noche; la hora y la ocasión eran propicias para que valido de la oscuridad el ejército, atravesara el río por los puentes antes de que Víctor no pudiese seguir conteniendo las embestidas del formidable ejército de Wittgenstein.

Dióse orden, pues, de que se formaran las tropas y se dirigieran al puente para pasar á la otra orilla.

—No me muevo de aquí,—contestó un capitán al recibir la orden que le daba un oficial de estado mayor.—Mejor se está en esta orilla que en la otra, donde ya sabemos que no hay más que pantanos. Esta hoguera que aquí me calienta no podría yo tenerla á la otra parte; así, pues, me quedo.

—¡Mirad que corréis peligro de que lleguen los rusos y os lleven á Siberia!

—Tanto se me dá. No quiero alejarme de esta hoguera ni dar un paso. Con que no me importunéis más y buscad á otro para que os siga.

Casi nadie quiso pasar entonces, pues no había quien se aviniera á dejar el calor de la hoguera para meterse en agua hasta la cintura, según se decía que era el caso en los que pasaban á la orilla opuesta. Todo el mundo quería dormir, aunque fuese sobre el hielo, prefiriendo aquella hora de olvido que no ponerse en salvo.

Así pasó la noche; al día siguiente la orilla presentaba un aspecto fantástico; el inmenso material que había debido quedar allí, presentaba un completo cambio de forma; los tablones, las vigas, las cureñas, la armazón de los coches, los carros y las cajas habían servido para hacer barracas, bajo las cuales los soldados se habían cobijado voluptuosamente por espacio de algunas horas; aquellos tugurios de madera eran palacios suntuosos para los miserables que se albergaban en ellos.

El Beresina atravesaba la nevada llanura, arrastrando en sus cenagosas olas multitud de cadáveres, témpanos, pertrechos de guerra y animales muertos, ofreciendo un espectáculo lúgubre y aterrador. A lo lejos levantábanse bajas colinas cuyos bosques, cubiertos de nieve, parecían asambleas de blancas fantasmas; en medio de la planicie, los desbandados restos del ejército francés formaban como unas manchas oscuras, dejando un rastro de lodo y de cadáveres en sus movimientos de una parte á otra. Hundidos en la nieve, aparecían en la superficie culatas de cañones, plumeros, cascos, miembros humanos y troncos carbonizados, y junto al río, entre las hogueras, veíanse vagar, silenciosos y solitarios, hombres, mujeres y niños, lívidos, horribles, cadavéricos.

XIII.

De pronto se oyó tronar el cañón de los rusos, empezando á correr en consecuencia gravísimas noticias, de todo punto ciertas. La división Partonneaux, encargada de contener al enemigo, se había visto arrollada por Wittgenstein y había caido prisionera; el general ruso, al frente de otros dos cuerpos de ejército que se le habían incorporado, estaba atacando al duque de Bellune, que se sostenía heroicamente en las alturas de Wesselowo y Studzianka para dar tiempo á que los que no habían cruzado todavía el Beresina pudiesen hacerlo.

Tan cerca estaban los rusos que algunas granadas suyas vinieron á caer en medio de los soldados, que corrían de un lado para otro, buscando su salvación en los puentes.

La aglomeración era espantosa en la entrada de cada uno, tocándose entonces las consecuencias del retraso en no haberse verificado la operación la noche antes.

Aquella multitud no obedecía á orden alguna, ni reconocía jefes, ni leyes, ni deberes; era la anarquía presa de desesperación, la derrota perseguida por la miseria, el egoismo avivado por la fatalidad.

XIV.

Eran las ocho de la mañana cuando resonó una horrible exclamación de millares de voces, seguida de un espantoso estruendo.

El puente construido para el paso de la caballería y la artillería, se había hundido, arrastrando consigo al fondo del Beresina, hombres, caballos y cañones. El río parecía sediento de trofeos y secundaba perfectamente la campaña devastadora de los rusos.

Entonces ocurrió una escena espantosa. Los artilleros que todavía se encontraban en la orilla, lanzaron sus trenes y la caballería cargó sobre la multitud de soldados de á pié que pasaban por el puente que tenían destinado.

Aquel estrecho pasadizo, aquella frágil armazón de tablas convirtióse en un infierno. Los artilleros descargaban furiosos latigazos á los caballos para lanzarlos á escape entre la multitud que obstruía el puente; caían los infelices bajo las ruedas de las cureñas, que les dejaban aplastados, mientras á su vez la caballería penetraba como una tromba brutalmente en el puente y saltaba por sobre todos los obstáculos, atropellando, golpeando, matando, estrujando y aplastando; los que podían sacar un brazo de entre aquel espantoso remolino, se asían á las patas de los caballos ó se cogían á las ruedas de los cañones; los que conseguían levantarse y salir de debajo de los montones de heridos y cadáveres, arrojábanse al río desde el pretil y eran arrastrados por las cenagosas olas; otros se mantenían en pié sobre los témpanos, agarrándose, para no caer, en los caballetes del puente, pero no tardaba en ceder el traidor apoyo y se ahogaban, tras de luchar inútilmente con las angustias de una horrible agonía.

El cielo se mostraba inclemente más que nunca, cayendo una espesa nevada que impedía ver lo que ocurría á pocos pasos. Sólo se distinguía cada vez más próximo el cañón de los rusos.

El único puente que quedaba, una vez hubieron pasado la artillería y algunos bagajes apareció atestado de montones de centenares de cadáveres que tenían obstruido el paso. Muchos habían perecido á sablazos ó á bayonetazos en la horrorosa refriega que se había trabado. El puente era de todo punto insuficiente para que pudiesen pasar todos los que quedaban en la orilla antes de que llegasen los rusos.

XV.

Acercábase la noche, oscura y llena de horror. El frio era excesivo y el viento silbaba con siniestras modulaciones.

A la otra parte de las colinas distinguíase un rojizo resplandor, intermitente, seguido de fuertes estampidos.

Eran los rusos que atacaban Wesselovo, heroicamente defendido por el mariscal Víctor.

Sin embargo, de un momento á otro había de declararse en retirada para salvar los escasos restos que del 9.º cuerpo tenía á sus órdenes.

Los soldados que áun conservaban algún ánimo y pocas ó muchas fuerzas, precipitábanse á la entrada del puente, ávidos de huir de la fatal orilla; en cambio, muchos otros, desalentados y taciturnos, no daban señal de pensar en ponerse en salvo.

Un grupo de varios hombres y mujeres forcejeaba inútilmente por abrirse paso entre la aglomeración de fugitivos, siendo brutalmente rechazados á cada tentativa.

De súbito reventó una granada cerca de ellos y se produjo un espantoso pánico; una oleada de seres humanos deshizo el grupo y arrastró en un remolino á una de las mujeres.

Oyóse salir de entre las maldiciones y blasfemias de los que huían un grito desgarrador.

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo!—decía una voz de mujer.

—¡Callaras con mil diablos, vieja loca!—respondió otra voz.

Era la infeliz cantinera Margot, que había perdido á su hijo al ser arrebatada por el espantoso oleaje de la masa que huía, como presa de vertiginoso impulso. Bruscamente la masa retrocedió, barrida por las balas rojas de los rusos.

Imposible era acercarse á la cabeza del puente; todos se atropellaban, disputándose el paso sable en mano y las culatas en lo alto. Entonces se arrojaron muchos al río con la ilusión de poder cruzarlo á nado; los que se encontraban en la orilla fueron precipitados por los otros y la cantinera cayó al agua. Su niño estaba allí, agarrado á un tambor que flo-

taba, arrastrado por la corriente. La pobre madre lanzó un indescriptible grito y desapareció en la fangosa profundidad.

XVI.

De pronto oyóse un lejano rumor como el de mil martillos que golpeasen sobre un inmenso yunque, y se vió avanzar en dirección al puente una masa reluciente, impetuosa, semejante á monstruosa avalancha.

Era el noveno cuerpo, que abandonaba Weslowo para reunirse con Napoleón.

Los caballos hendieron como una cuña el gentío agolpado en las inmediaciones del puente, la infantería siguió detrás y finalmente la artillería.

Lo que siguió después fué indecible; los que se habían visto contenidos precipitáronse tras del último furgón, logrando por fin pasar el puente algunos miles.

Todo quedó en profundo silencio.

Junto al puente apareció un hombre á caballo y con voz entera y serena exclamó:

—¿Queda por ahí alguien que quiera ir á llevar un parte al general Fournier?

Acercóse una sombra al que había hablado y contestó:

—Mi general, estoy á vuestras órdenes.

—¿Sois vos el coronel Saligny?

—Como vos sois el general Eblé.

—Tomad mi caballo y avisad volando al general Fournier que abandone al punto la posición que conserva todavía y que se ponga en salvo. Al llegar aquí procurará hacer pasar el puente á los rezagados; yo, para obligarles á ello, desde ahora procederé á quemar todos los vivacs. Finalmente, cuando vea que los rusos estén muy cerca, hará pasar á sus hombres y pegará fuego al puente, sin reparar en los que queden á esta parte.

Octavio saludó y desapareció en la oscuridad.

No tardó en arder el vivac; muchos perecieron en las llamas, prefiriendo morir abrasados que incorporarse de donde yacían; los que se decidieron á pasar el puente fueron muchos, pero no la mayoría. El sufrimiento y la apatía eran tan grandes que algunos millares de hombres no quisieron levantarse del suelo, donde estaban echados, perdido el propio instinto de conservación.

Al cabo de una hora llegaba la retaguardia; extendióse por ambos lados de la cabecera del puente procurando despertar á los aletargados, pero eran inútiles sus esfuerzos, nadie se movía. Los que se calentaban al rededor de las hogueras se obstinaban en no levantarse, otros celebraban ruidosos festines de carne de caballo y se mofaban de las conminaciones que se les dirigían para que se apresuraran á pasar el puente. Otros bailaban y gesticulaban cual si hubiesen perdido la razón. De pronto llegaron hasta allí terribles rociadas de metralla; los rusos estaban á tiro de cañón.

La retaguardia pasó precipitadamente el puente y trepando por los montones de cadáveres que lo obstruían, pudo ganar la orilla opuesta.

Octavio de Saligny buscó el coche en que había dejado á Diana y encontró en él á varios granaderos en vez de la condesa.

Un horrible vocerío le hizo volver en sí.

El puente ardía.



CAPÍTULO X

La balsa

I

Nada más lúgubre que aquella situación.

El puente, cargado de hombres, mujeres y niños, á quienes la metralla había devuelto el sentimiento de la realidad, y falto de apoyo en un estribo, se había desplomado, pereciendo ahogados cuantos se encontraban en él. Al propio tiempo, los que venían huyendo de las balas rusas empujaron á los infelices que se encontraban á orillas del Beresina, precipitándose unos y otros en sus aguas.

Octavio, como si hubiese perdido la razón, cayó en un profundo estado de estupor. Ruda pesadez cerró sus párpados, y sin fuerzas para luchar contra la traidora soñolencia, se echó sobre el cuello de su caballo.

El incendio del vivac se iba extinguiendo, y en cambio aparecían iluminadas por el fulgor de las hogueras de los rusos las colinas en que hasta hacía poco había resistido la retaguardia francesa.

Salían del río gritos lastimeros, crujidos, mil ruidos extraños, cuerpos que caían, otros que chocaban, y distinguíanse mil y mil formas siniestras, relucientes, oscuras, confusas, horribles. Algunos tablones ardían sobre el agua, sostenidos encima de la superficie por otros despojos.

Multitud de seres humanos vagaban fantásticamente junto al río, cual sombras errantes por las orillas de la laguna Estigia, que buscasen acercarse á la barca fatal.

Y para acabar de hacer más espantosa aún aquella escena, redoblaba la furia del nevasco y reinaba más impetuoso que nunca el cierzo huracanado, lanzando amenazadores bramidos. A su hálito mortífero caían en los oscuros lodazales los infelices extraviados; otros sentíanse helados repentinamente y los más débiles eran violentamente derribados al suelo, donde les aguardaba la muerte por el frío.

«Los furiosos elementos,—dice un historiador que presenció aquellas escenas,—parecían haberse desencadenado para afligir á la naturaleza y arruinar á los hombres.»

Vencedores y vencidos yacían postrados en aquel campo de desolación y miseria, sólo que los rusos estaban en las alturas, calentándose en torno de grandes hogueras, y los franceses gemían en la oscuridad, arrullados por el siniestro rumor del río que se oponía á su paso.

II.

El marqués de Lagarde no había vuelto en sí; el sueño le tenía vencido y permanecía inmóvil sobre su caballo.

Un grupo que pasaba por allí vió aquel hombre y se arrojó brutalmente sobre él, derribando al ginete y al pobre bruto.

—¡Un caballo! ¡Pues no es poca fortuna encontrarnos ahora con un caballo!—exclamaba uno.—Me tienen ya harto los sorbetes de nieve rusa.

—¡Voto al diablo! ¡Despertad, buen hombre! Os convidamos á una chuleta.

—No siempre se encuentra ocasión de regalarse de este modo; de fijo que en Siberia no pasaremos nunca tan buenos ratos como el que nos espera ahora.

—Verdad es que tenemos carne,—repuso otro,—pero no tenemos fuego.

—¿Para qué sirve el pedernal?

—Pero como no tenemos madera de ninguna clase, ni yesca, ni paja, y aunque lo tuviéramos, con ese airecillo...

—Tendremos que volver al vivac para cocerlo.

—¿Y si los rusos nos largan algún aviso?

—¿Y qué? El que lo reciba se quedará con él.

—Corriente, vamos allá. Pero, calle, ¿no es éste el coronel?

—El mismo. ¡Eh! ¡Coronel Saligny! ¡Vaya qué broma! Está espirando...

—¡Oh, no! Hay que convidarle de todas maneras...

—¡Señor marqués!...

—Fregarle bien con nieve...

—¡Calle! Parece que vuelve en sí.

Así era, en efecto; gracias á la intervención de aquellos desventurados, el coronel había podido librarse de morir helado.

Sus primeras palabras fueron que le dejasen dormir.

—¡Dormir! ¡Dormir cuando hay una hembra que no hace más que pedir por vos!

Octavio pareció recobrar el uso de su razón y exclamó:

—¿Qué decís? ¡Diana! ¿Dónde está Diana?

—Pues estaba por allá abajo, aunque es difícil deciros en qué parte estará ahora.

—¿Pero dónde estaba?

—Muy allá abajo, os digo, junto al río con otras mujeres, metidas en un coche.

—Allí la ví también yo,—dijo uno;—en una carretela, regalándose como una aristócrata con un pedazo de remolacha helada.

—Pídeme cuanto quieras por conducirme á donde dices.

—¿Qué me podéis dar vos? ¡Tuvierais siquiera un pedazo de galleta! ¡Que no os acompaño, vamos! Ahora, si queréis ser de la partida, os invitamos á comernos vuestro caballito, guisado á la Bonaparte.

Saligny, empero, dejando á aquellos desdichados, se encaminó en dirección hacia donde le habían indicado.

III.

En un largo trecho tropezaba á cada momento con negras sombras que vagaban silenciosamente por el ribazo. De vez en cuando un ruido sordo daba á comprender que la sombra había buscado el último descanso en el cauce del funesto río. Encontrábanse también de vez en cuando algunos árboles, parecidos á esqueletos de nieve, que alargaban sus ramas devastadas como brazos secos y amenazantes.

Largo tiempo anduvo sobre el hielo y la nieve el coronel cuando al fin vió una carretela descubierta, ¡sangriento sarcasmo! de la cual salían débiles gemidos.

—¡Diana!—exclamó el infeliz amante.

—Aquí está. Corred pronto, coronel, ¡oh, la pobre!

La que había hablado era Andrea que se encontró con Diana al ser ésta arrojada del coche de Saligny por los granaderos. Llenas de terror ambas por la metralla de los rusos, habían huido, locas de espanto, buscando un vado, no parando hasta aquel apartado lugar, refugiándose en la carretela, cuyos lujosos forros y almohadones habían sido arrancados.

Octavio cogió las manos de la desdichada mujer, que estaban heladas.

—¡Valor, valor, amor mío!—exclamó.—Nada temas...

—¡Octavio!

—Sí, yo soy!

—Déjame. ¡Qué sueño!

—¡No, no duermas, por Dios, vuelve en tí!...

—¡Qué frío!

—Espera, espera un momento.

El coronel recordó que había tropezado cerca de allí con multitud de muertos y corrió á despojarlos de sus vestidos para abrigar á su amada.

No tardó en volver con multitud de informes restos de capotes y chaquetas, y envolvió con ellos á la pobre mujer. Con todo, estaban tan empapados de nieve que en los primeros instantes ocasionaron á la débil criatura un frío violento. Por fin se reaccionó algo y Saligny sintió cómo volvía á sus manos el calor.

Andrea tenía abrazada estrechamente á Diana.

—Gracias, mi buena amiga,—exclamó Saligny.—¿Y Lanjuinais?

—Logró salvarlo La Fanfare.

—¿Y vos?

—No pude seguirlos, rechazada por la muchedumbre de soldados que se precipitaron detrás de la retaguardia. Cuando logré poner el pié en el puente ya estaba ardiendo; apenas si pude escapar de allí.

—¿No hay aquí ningún hombre?—exclamó Saligny tratando de ver en torno suyo.

Nadie respondió.

—Esperemos que venga el día,—repuso Octavio, —para decidir lo que debamos hacer para salvarnos.

IV.

Poco tiempo había trascurrido cuando se oyó distintamente el murmullo de numerosas voces.

—¿Serán rusos?—exclamó Saligny.

—No, son españoles,—replicó Andrea, llena de alegría.

Españoles eran, en efecto, que no habían querido seguir á los franceses en su retirada, seguros de que quedándose con los rusos habían de volver antes á su amada patria.

Andrea bajó del carruaje y adelantándose hacia donde venían sus compatriotas, exclamó:

—¡Pronto, corred, socorro!

—¡Una española aquí!—replicó el que iba al frente del pelotón.

—Sí, andad; hay una señora que se está muriendo; ¿Traéis algo de vino ó de aguardiente, cualquier licor?

—Hija, de eso no hay que hablar,—repuso un soldado murciano;—pero no nos ha de faltar nada al ser de día, ya que los rusos nos lo darán todo.

—¿Estáis seguros de ello?

—Pues claro está que sí. ¿Acaso no somos amigos suyos y ellos muy amigos nuestros? Precisamente nos dirigíamos ahora á hacer rancho aparte, para no confundirnos con los franceses, que se están helando junto allí donde estaba el puente, pero ¿de dónde habéis salido vos en este paraje? ¿Sois acaso afrancesada?

—¡No!

—Explicaos, pues.

—Permitidme que no lo haga por ahora, pero para que veais si soy digna de que todo español pueda tener en mí completa confianza, preguntad al general Miranda, que sirve ahora con los rusos, si es merecedora ó no de completa estimación Andrea de Villafranca.

—Basta que vos lo digáis, paisana,—repuso el jefe del pelotón;—disponed desde este momento de nuestra poquísima utilidad. ¿Van otras personas con vos?

—Sí, una señora.

—¿Y hombres?

—Uno también.

—¿Francés?

—Aunque lo sea, no es enemigo de nuestra patria, pues pidió su licencia para no hacer la guerra contra los españoles.

—Siendo así, es de los nuestros.

El pelotón llegó junto á la carretela. Saligny se adelantó á aquellos hombres y dijo:

—Por más que en esta campaña hayáis peleado junto á los franceses, comprendo que obráis en este momento como aliados de los rusos, por lo cual me constituyo en prisionero vuestro. Os ruego, empero, que os hagáis cargo del delicado estado en que se encuentra la infeliz señora á quien acompaño y procuréis evitarla cualquiera emoción desagradable.

—¿Vuestro nombre?—replicó el que mandada el grupo.

—Octavio de Saligny.

—¡Ah! He oido hablar mucho de vos como amigo de los españoles, y no sé si algo más de una española.

—Gracias,—replicó Saligny con voz sombría.—Es cierto lo que decís.

—Siendo así, no queremos infligiros el pesar de llevaros prisionero, sino de procuraros en seguida la libertad.

—¡La libertad! La libertad está en la orilla opuesta.

—Pues por eso.

—¿Qué queréis decir?

—Que vamos entre todos á hacer de manera que podáis pasar á la otra orilla. Ea, ya veréis cuán pronto estaréis allí; nosotros no estamos porque no hemos querido. Seguidme; más arriba hay una infinidad de tablas y cuerdas; haremos una balsa, os embarcáis y en un momento os encontraréis en la margen opuesta.

Pusiéronse todos en marcha y no tardaron en llegar á donde el jefe español había manifestado. Había allí, en efecto, multitud de equipajes, tablas, tambores, vigas, cuerdas, palos y herramientas.

Los tambores formaron la base de la balsa, fuertemente reunidos. Colocáronse encima varias tablas

sujetas con cordeles y por fin fué lanzado al agua el salvador aparato, retenido por medio de dos cables.

—¡Ea! ¡Saltad y que Dios os guíe!—exclamó el jefe, que era un comandante del regimiento de caballería de Algarbe.

—Gracias, amigos míos,—repuso Saligny.—Confío en que nos habremos de volver á ver.

Saligny fué el primero en ocupar la balsa y en pos de él Diana y Andrea. El coronel apoyóse en un palo contra el ribazo y empujó con violencia la frágil embarcación para lanzarla hasta la otra orilla. La balsa empero al encontrarse en medio de la corriente chocó con un enorme témpano y se desvió arrastrada, por el ímpetu de las aguas. Por espacio de algunos minutos, que parecieron siglos, se creyó que iba á zozobrar, cuando un nuevo choque la arrojó contra la deseada tierra.

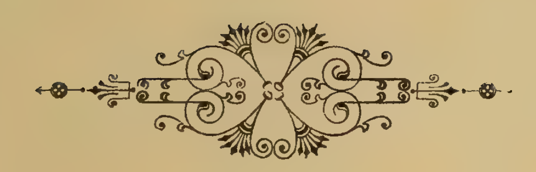
Con auxilio de una cuerda sujeta á un bastón ferrado que Saligny clavó en la margen, quedó detenida la balsa.

Los tres fugitivos estaban salvos.

Lejos, muy lejos, divisábanse las hogueras del vivac ruso y en lo bajo, junto al río, veíanse las llamas del vivac francés incendiado.

Veinte mil hombres, doscientos cañones é inmenso número de bagajes caían al rayar el día en poder de los moscovitas.

Las predicciones del principio de la campaña quedaban cumplidas espantosamente.



CAPÍTULO XI

Wilna

I

Los tristes fugitivos se encontraron en medio de una llanura pantanosa en la cual no se distinguía señal alguna que denotase la presencia de un sér viviente.

Su desamparo era extremo, su situación verdaderamente horrible.

Comenzaba á clarear y merced al débil resplandor de aquella pálida aurora distinguieron allá lejos una masa negra que se movía sobre la nieve.

Eran los restos del ejército francés.

Dirigiéronse hacia aquel punto y al cabo de cuatro horas de camino, extenuados, exánimes, helados, sin fuerzas, se reunieron á la retaguardia, mandada por Ney.

Aquellos hombres marchaban en el mayor desorden, dejando sembrado el suelo de fusiles y de sables; ¿para qué habían de servir las armas? No se trataba de combatir sino de conquistar un mendrugo, y el mendrugo no se conquistaba á tiros.

En tal estado llegaron aquellas fuerzas á Kamen, al anochecer del 29.

Nadie daba importancia al encuentro de un amigo ó de un camarada; lo mismo daba haber logrado pasar el Beresina que haber quedado á la otra orilla. El caso era igual. La misma nieve, el mismo frío horroroso, la misma hambre y la misma sed.

Nadie hablaba cuando alrededor de las hogueras del vivac se reunían quince ó veinte hombres. Si alguno, vencido por el sueño, se caía muerto, nadie le miraba siquiera; si otro resbalaba hasta las llamas, nadie se movía para retirarlo de allí. ¿De qué podía servirle á nadie salvarle la vida? La muerte era tan poderosa en aquellos dominios que era empeño insensato querer oponerse á sus decretos.

Así se pasó la noche siguiente á aquella de la fatal catástrofe del Beresina.

Amanecía cuando se dió orden de marchar á Placenkovice, pero apenas habían andado una legua, introdújose el más espantoso pánico entre aquella masa de hombres, desarmados en su mayor parte. Los cosacos se encontraban en la ciudad y atacaban la vanguardia.

Hubo que replegarse de nuevo en Kamen, hasta que por fin recibieron noticias de que quedaba libre el paso.

Para colmo de horror, el frío acrecía de cada instante más. En cuanto á víveres no los había. ¿De dónde habían de sacarlos? El que podía conseguir un pedazo de caballo se tenía por harto dichoso.

Napoleon se mostraba inquieto; aquella comitiva de veinte mil hambrientos, desnudos, descalzos, harapientos, desmoralizados, le ponía de mal talante.

Bonito ejército aquel rebaño de miserables; había traido cuatrocientos mil guerreros y sesenta mil caballos; los guerreros habían quedado reducidos á unos cuantos granaderos de la guardia, y en cuanto á los caballos habían tenido el honor de servir de gazofia á los famélicos y su piel de vestido á los que se habían quedado en cueros.

No había sido esta precisamente la idea del tirano

al penetrar en el corazón de Rusia contra todo lo que aconsejaba la más vulgar prudencia y la más ligera reflexión. El vencedor de cien batallas huía derrotado, acosado por los bárbaros hijos de la estepa, y llevaba tras sí, en vez de un ejército, una siniestra cuadrilla.

La victoria había hecho su carnaval transformando á aquellos héroes de epopeya en grotescos mascarones.

II.

El noble Eugenio de Beauharnais conmovido ante aquella situación inmensamente horrible, decidió hacer un esfuerzo para ver de sacar siquiera fuese por algunas horas, de su miserísimo estado á aquel ejército infeliz.

Había sabido que en Ilia existían escondidas muchas provisiones, hechas por los judíos, y se adelantó á buscarlas, seguido por unos cuantos hombres decididos.

La marcha fué penosísima, pero al fin llegaron. El hecho era cierto: había provisiones para un día; los judíos las vendieron á peso de oro y cuando las tropas llegaron pudieron experimentar el incomparable placer de poder comer un rancho.

La noche se pasó señalando el termómetro *28° Reamur bajo cero*. La mortandad fué crecidísima.

Al día siguiente era imposible de todo punto estar de pié sin peligro de morir helado. A algunas leguas de Ilia se encontraba la ciudad de Molodestchino, donde quizás habría alojamiento para todos.

Doce horas anduvo sin parar aquel miserable tropel de hombres, al través del bosque nevado; muchos quedaron allí por haberse sentado por un momento en el tronco de un árbol ó por haberse visto precisados á hacer alguna necesidad. La menor detención era la muerte segura.

Por fin, al anochecer divisaron los campanarios de Molodestchino. A poco de haber llegado la vanguardia, mandada por Beauharnais, entró Napoleón, dictando el terrible boletín 29, en que daba cuenta á Francia y á Europa de la fatal ruina de la expedición.

Dos días estuvo allí el ejército, reponiéndose un tanto de sus dolores y miserias aunque diezmado por la inclemencia del invierno; encontráronse víveres, algunos vestuarios, y tras de tanta miseria parecía aquella pobre ciudad la imagen del paraíso.

La acogida que los habitantes de Molodestchino dispensaron á los decaidos franceses, no pudo ser más cordial; eran lituanios creidos de que Napoleón había ido á Rusia para reconstituir la nación polaca. ¡En tales sandeces pensaba á fe el emperador!

No era posible, sin embargo, prorogar por más tiempo la estancia, y al amanecer del 4 de Diciembre se dió orden de marchar hacia Smorghoni.

III.

Desde que Andrea hubo encontrado de nuevo á Lanjuinais, no se había separado de él un solo instante; el pobre capitán había seguido penosamente al ejército, apoyado en el brazo de la valiente española.

Llegados á Molodestchino se les había alojado, en compañía de otros oficiales, en casa de un judío. Lanjuinais tuvo la dicha de poder echarse sobre un sucio jergón de paja y de probar un poco de carnero; no cabía mayor felicidad.

Por su parte, Octavio y Diana habían logrado á fuerza de oro procurarse abrigos de pieles; la pobre mujer había resistido más de lo que era de esperar, educada como había sido en medio de las más refinadas comodidades.

En cuanto al digno La Fanfare difícil hubiera sido á su más íntimo conocido reconocerle bajo el caprichoso traje con que se había ataviado. Cubría su cabeza un gorro de pieles de astrakán con las insignias de coronel ruso; el *caftán* se había convertido en una casaca de severo corte; los pantalones estaban hechos de piel de caballo y cada pié mostraba diferente calzado; el derecho consistía en una bota de montar y el izquierdo en una gorra de pelo sabiamente adaptada á la disposición de aquella extremidad; en cuanto á las interioridades de su revestimiento, hubiérase dicho un verdadero museo de indumentaria; nadie por ejemplo sabía de dónde procedía un velo turco que le servía de corbata, una casulla que llevaba sobre la camisa y un gorro catalán que le defendía el pecho, aplicado entre la casulla y la camisa.

Filarmónico siempre y fidelísimo á las melodías exquisitas de Monsigny, Filidor y Mehul, había cobrado singular cariño á un músico del regimiento de Asturias, un pobre muchacho navarro que le había llenado de admiración al oirle cantar la noche

fatal del Beresina, paseándose de arriba abajo por el ribazo mientras los demás se dormían, una extraña copla en una lengua incomprensible. Incomprensible como que era un *aurrescu*. Pero si no le entendió una palabra La Fanfare al solitario músico, tampoco entendió éste á aquel extraño fantasmón, lo cual no fué óbice para que comprendiera que era un excelente sujeto desde el momento que le regaló media galleta.

No fué menester más para que se estableciese la más profunda amistad entre el bravo comandante y el distinguido *requinto*, llamado Fermín Expósito, natural de Pamplona, hijo de padres incógnitos. Juntos pasaron el puente, juntos desbalijaron varios cadáveres y juntos, en fin, se sentaron al amor de la lumbre al llegar á Kamen.

Excusado es decir que los dos artistas, tocayos á mayor abundamiento, se alojaron en Molodestchino en la misma casa, que era un barracón de madera, destartalado, helado y húmedo, pero que ofrecía la inmensa ventaja de resguardar del viento y de la nieve triunfantes á la sazón en toda la línea. Ardía una hoguera en medio de la pieza y á su fulgor veíase una escalera de mano que conducía á un agujero del cual salía una viva claridad, cosa natural supuesto que aquel agujero daba entrada á un estrecho chiribitil donde estaba recogida la familia del dueño.

Fermín, que tenía un hambre devoradora, dirigióse al pié de la escalera y llamó, apareciendo en la abertura un rostro de judío.

El navarro dejó entender que se trataba de comer y el amo bajó al instante, aunque con las manos vacías.

—No nos entenderemos,—dijo para sí Fermín.—Este judío quiere cuartos y yo estoy sin blanca. Será preciso apelar á los grandes recursos. Ved, La Fanfare,—repuso,—si tenéis por ahí alguna moneda para darle á ese bandido.

La Fanfare que se estaba calentando junto al fuego respondió:

—No llevo encima ni un franco; sólo tengo brillantes, esmeraldas y otras monedas así.

—De este modo estamos ya salvados. Dadle un brillante al podenco ese y que nos traiga pan y vino. Vos os haréis entender mejor que yo.

Entendiéronse, en efecto; La Fanfare y Fermín comieron y bebieron, tras de lo cual Fermín hizo prodigios con su requinto quedando al poco rato profundamente dormidos el ejecutante y su apasionado admirador.

IV.

No había pasado mucho tiempo cuando el judío y un joven hijo suyo bajaban otra vez en silencio por la escalera, acercándose á paso de lobo hacia los rendidos extranjeros, únicos que se habían alojado por aquel paraje.

Los dos miserables no habían observado, empero, que tras ellos había bajado también con el mayor sigilo un nuevo personaje.

Era una joven de atezada fisonomía, en nada semejante al tipo judío; arrojóse al suelo y llegó hasta ellos, arrastrándose como una culebra.

Los dos bandidos se arrojaron sobre los dormidos alojados y se disponían á estrangularlos con sendas cuerdas cuando rápida como una saeta cayó sobre el viejo la extraña aparecida, arrojándolo á la hoguera y luchando luégo á brazo partido con el hijo, que lanzaba rugidos de furor al verse rechazado.

Despertóse Fermín de su pesado sueño y al contemplar aquella escena y darse cuenta de lo que pasaba, sacó una afilada navaja y la hundió por la espalda al que bregaba con la niña, empujando luégo con los piés al que se asaba en la hoguera.

El navarro fijóse entonces en su salvadora y reconoció en ella á una gitana, si bien mucho más interesante en su tipo que las que tenemos por aquí; flaca, enmarañados los cabellos, hundidos y abrasadores los ojos, de color de tabaco la piel, vestida de andrajos, y sin embargo, irresistiblemente seductora.

La dificultad consistía en entenderse para darle las gracias, pero Fermín salió del paso estrechándole fuertemente la mano y La Fanfare haciéndole una cortesía digna de un marqués del tiempo de Luís XIV.

La bohemia se encogió de hombros, hizo seña de que esperasen y subiendo al camaranchón volvió al cabo de un momento con una *zymbala* (1) y mostrándola á Fermín señaló luégo el requinto que éste había tocado.

—¡Oh fraternidad artística!—exclamó La Fanfare.—¡El arte nos ha salvado!

(1) Instrumento de cuerdas de latón y acero que se toca con palillos.

V.

No pensaba en este orden de ideas Fermín Expósito, á quien la aparición de la tzigana había trastornado completamente la mollera haciéndole olvidar de todo, como que se le había ocurrido nada menos que llevarse á aquella flamenca á Pamplona, resuelto á reunirse, si era preciso, con cualquier cuadrilla de gitanos, determinación nada extraña de la patria de *Preciosa*.

La mocita no parecía por otra parte mirar con malos ojos al consumado requinto y le dió á entender que deseaba partir de aquella casa; no era muy apetitoso salir al aire libre, pero Fermín sabía donde estaban algunos camaradas y al ser de día los tres artistas abandonaron la barraca para ir á instalarse en otra, donde había algunos soldados del Algarbe.

¡Oh dicha de las dichas! Uno de aquel regimiento era *flamenco*, á pesar de la proscripción que pesaba entonces sobre los de su raza para servir en el ejército; no aparecía gitano en la fe de bautismo oficial, pero lo era de pura sangre, educado en la Macarena.

—Jiménez me sacará de apuros,—dijo Fermín para sus capotes, pues llevaba dos.—Quizás la entenderá de alguna cosa.

Dirigióse Fermín al sevillano y le enteró en cuatro palabras de lo que quería. Pusiéronse al habla los dos bohemios y no tardó Jiménez en manifestar á Fermín que aquella flamenca tenía ganas de salir de Rusia para volverse á la Moldavia; que se la había llevado de allí un boyardo ruso cuando regresaron á Rusia las tropas de Kutusoff; que aquellos judíos la habían detenido al huir del castillo del boyardo con la esperanza de que éste les recompensaría bien, y que les había salvado á La Fanfare y á él por hacer un favor á un músico tan admirable como demostró ser Fermín al ejecutar unas difíciles variaciones de requinto sobre motivos de un aire vascongado sumamente parecido á un aire bohemio que tocaba ella en su *zymbala*.

Encantado quedó Fermín con aquellas explicaciones; volvieron todos á comer en grande sopas hechas de galleta y ajos, bebieron buena cantidad de aguardiente y olvidaron por un momento los desastres de la retirada ante la idea de poder escabullirse á la primera ocasión del poder de aquel emperador que de tal manera había llevado al matadero al mayor ejército que había visto el mundo después de los de Jerjes.

VI.

Al salir al cabo de dos días los restos de la *Grande Armée* en dirección á Smorghoni, después de haber pasado tan excelentes horas en Molodestchino, hiciéronse más insufribles que nunca las horribles penalidades de aquella marcha.

El terreno era una inmensa serie de pantanos que hubiera sido imposible vadear á no estar afortunadamente helados; por fin, y tras las pérdidas de costumbre por causa del frío, llegaron aquellas desbandadas tropas á la miserable ciudad de Smorghoni, que encontraron enteramente desierta, pudiendo á duras penas dar con algunos barriles de galleta, que fueron ávidamente disputados y vendidos después los trozos á elevados precios.

Los soldados quedaron sorprendidos, no obstante, al ver que Napoleón pasaba de largo, acompañado solamente de Caulaincourt, Duroc y Lobau; no comprendían ciertamente tal celeridad, ni á qué venía aquel correr á escape los caballos de su coche.

El emperador llegó á Benitza, á media legua de Smorghoni, y mandó se le presentaran los jefes de los cuerpos de ejército.

—Estoy resuelto, Duroc,—decía Bonaparte, paseándose por la sala que ocupaba, con las manos cruzadas por detrás.—Es indispensable, digan lo que quieran.

—Señor, vuestra majestad imperial obra siempre admirablemente y cuanto haga merecerá la aprobación de todos.

—No, ahora, no, pero antes soy yo que nadie.

—Ciertamente, señor.

—¿Qué me importan á mí esos inútiles soldados que me siguen? ¿Qué puedo yo hacer con esos estantiguas? Necesito otro ejército, pronto, pronto, y el Senado me lo dará.

—Indudablemente, señor.

—Con otro ejército puedo estar tranquilo; ¿qué caso harían de sus tratados los gobiernos á quienes he obligado á aliarse á mi imperio si me viesen tan sólo con esos montones de lisiados que vienen á mi rastra?

—Señor, tenéis razón.

—Todos esos mariscales son unos brutos; toda la culpa de lo que ha sucedido la tienen ellos.

—Creo lo mismo, señor.

—Aquí nadie ha obedecido; si me hubiesen obedecido estaríamos perfectamente en Petersburgo; todos quieren saber más que yo y yo me he mostrado demasiado condescendiente.

—Es indudable.

—Fuera de Ney, los demás se han portado detestablemente.

—Ney es un gran general.

—¿Qué me dices de Davout? ¡Oh, qué hombre más cargante con sus pretensiones de táctico! En cuanto á Víctor, parece empeñado en contradecirme siempre y Oudinot y él se dejarían sacar un ojo para que el otro quedase ciego. En cuanto á Schwartzemberg no hay que dudarlo, es un traidor.

—Señor, es la triste verdad cuanto os dignáis decir.

—Mi resolución de partir al momento no puede ser discutida por nadie que me sea leal. Sin un nuevo ejército, se me presentan los rusos en el Rhin; además, urge que yo llegue á París antes de que á mis buenos amigos los prusianos no se les ocurra cerrarme el paso. ¡Estaría bueno!

—Imposible, señor.

—Francia es una nación entusiasta por la gloria y no se negará á darme los hombres y el dinero que yo pida.

—Sin falta alguna y con el mayor placer, señor.

—Yo no soy tan sólo el jefe de este ejército que tantos disgustos me ha causado, soy ante todo el emperador de los franceses, el emperador Napoleón.

—Sí, señor. Vuestra resolución es grande, es magnánima. Dejemos á estos que se arreglen como puedan.

—Además, yo no he sido vencido por ningún general, he sido vencido por el frío. ¿Acaso podía yo hacer subir el termómetro?

—¡Oh, señor, si eso pudieseis, cuánto os lo agradeceríamos todos! Figuráos que estamos á 28 grados de Reamur bajo cero.

Napoleón, empero, abstraido, no escuchaba á su fiel Duroc.

—¿No llegan todavía esos?—exclamó impaciente.

—Pronto deberán estar aquí, señor.

—Yo dejaré aquí á Berthier para que vea de poner algún orden en esto.

—Nadie más indicado que él, señor.

—En cuanto al mando en jefe, veremos.

—Siempre el que V. M. I. designe, será el más á propósito.

VII.

Oyóse en esto el sordo ruido ocasionado por varios carruajes pasando sobre la nieve, y á los pocos instantes eran anunciados los comandantes en jefe de los cuerpos de ejército.

Entraron todos y Napoleón, cambiando su fisonomía malhumorada en otra sonriente, dijo:

—Señores mariscales, creo aprobaréis unánimemente mi resolución de separarme al momento de vosotros para marchar á París sin dilación. Estoy muy satisfecho de la lealtad con que se han conducido todos en las inesperadas circunstancias que han hecho malograr el objeto de la expedición; basta esta manifestación para que sea conocido mi parecer; así, pues, no daré proclama alguna á esos restos de los ejércitos que entraron con tanta bizarría en Rusia, alcanzando los laureles del Moscowa; sirva esto por consiguiente de aviso para que no se hable de mi marcha en estos momentos. Hasta París, señores.

El emperador se dirigió á la puerta y al pasar por delante de Joaquín Murat, entrególe el bastón de mando y exclamó riendo:

—A vos, rey de Nápoles.

Quedaba, pues, nombrado general en jefe el *héroe* del Dos de Mayo.

Napoleón se dirigió á otro gabinete y los generales se volvieron á Smorghoni.

Al cabo de un rato salían cuatro señores, que se instalaban en dos coches, partiendo á escape en dirección á Wilna.

Los equipajes de Napoleón salían poco tiempo después, escoltados por tres regimientos de caballería napolitanos, únicos que se conservaban íntegros en todo aquel ejército; tal fenómeno dependía de qué desde su entrada en Rusia habían estado acuartelados en la Lituania y no se habían encontrado, por lo tanto, en los terribles trances porque debió pasar el grueso de la expedición.

VIII.

Napoleón huía de sus soldados, disfrazado de sim-

ple paisano. Así pagaba lo que habían hecho por él.

Terrible descontento produjo en los mariscales el hecho de haber Napoleón entregado el mando al desconceptuado Murat; aquello fué la señal de la más completa desorganización resolviendo cada uno obrar por su cuenta sin atender para nada las órdenes del flamante general en jefe. Los coroneles dejaron el mando de sus regimientos, que se vieron privados enteramente de jefes, los cuales no quisieron cargar por más tiempo con el peso de un mando lleno de dificultades. Los soldados, al verse entregados á sus solas fuerzas, sin saber á quién acudir ni de quién recibir instrucciones, diéronse á cometer toda clase de excesos, seguros de que nadie había de pedirles cuenta de ello. Y eso que aún no se sabía la fuga de Napoleón.

Los horrores del frío habían llegado á su colmo; nunca habían sido tan formidables sus efectos como entonces; se morían á miles los soldados, sin que nadie les tendiese una mano amiga ni les dirigiese siquiera una mirada en su agonía.

Todo estaba perdido, todos estaban condenados á perecer.

Muchos abanderados se detenían, á riesgo de morir helados, para cavar un surco en tierra y enterrar las águilas y banderas que tantas veces habían salido vencedoras en las batallas.

Espectáculo tristísimo era ver á muchos veteranos besar las banderas antes de separarse de ellas; aquellos soldados de mejillas tiznadas, sucias de la sangre de la carne de caballo y con los bigotes blanqueados por el hielo, habían acabado por perder la expresión humana y asemejaban una inmensa banda escapada de un manicomio ó como siniestros aparecidos de un fúnebre carnaval. La eterna blancura de la nieve les tenía cegados y sus entrecejos contraidos incesantemente, habían concluido por no perder su fruncimiento, dándoles á todos un aspecto amenazador.

Todos los lazos se habían roto; cuando caía un camarada era despojado acto continuo por el que le sobrevivía, con feroz egoismo, con el placer de ser el despojador y no la víctima.

La marcha se hacía no al paso, sino saltando, pateando, golpeando el suelo con los piés para no quedar helados. Vistas de lejos, aquellas tropas parecían enjambres de fantásticos brujos, epilépticos poseidos del baile de San Vito.

El cielo parecía poder tocarse con la punta de las bayonetas; cuando por algunas horas dejaba de nevar, asemejaba una sábana de plomo pronta á caer sobre los desdichados. Pero no era plomo lo que caía, era peor, era nieve, que en vez de aplastar heroicamente helaba la vida y convertía al soldado en estatua quebradiza.

Y esto duraba días y más días, y si parecía imposible que pudiesen ser mayores los desastres de una marcha, eran superiores infinitamente los del día siguiente. Si por acaso se encontraba un pueblo por el camino, y se encontraban poquísimos, pues la Lituania era una comarca misérrima, era al punto incendiado para servir de hoguera á aquellos cuarenta mil miserables; cuarenta mil de los cuales sólo una quinta parte venían de Moscou, pues los otros se habían agregado hacía poco tiempo, procedentes de las reservas dejadas en Lituania; los que habían salido de Moscou habían perecido casi absolutamente todos ó caido prisioneros.

Era inútil pensar en encontrar provisiones de ninguna especie en ninguna de las villas; encontraron Jonprouoi desmantelado, Ochiniana sin alma viviente, Rowno Pole desierto. Al llegar á Ronkoni era tanto el sueño que les dominaba que vencidos por él quedáronse dormidos casi todos; al poco rato empero debieron dispertar asfixiados por el humo que salía de todas las casas, pues los despiertos pegaban fuego sin reparar en dónde para calentarse.

¡Oh, qué infierno, qué desolación aquella! A la fuerza debía de mejorar pronto el tiempo, llegado al colmo del horror. El frío desde Moscou á Krasnoe y desde Krasnoe al Beresina había sido una primavera. El frío era aquel, aquel que parecía salir de los pantanos helados sobre los que pasaba la artillería de grueso calibre. ¡Oh, á qué buen país les había llevado el emperador!

El emperador debía, sin duda, esperarles en Wilna; no le habían visto desde Smorghoni. ¿Estaría malo, acaso, el invicto emperador, el grande emperador?

IX.

El 9 de Diciembre, once días después de la funesta noche del Beresina, entraban en Wilna aquellas hordas indisciplinadas.

Había llegado, empero, á tal punto el pánico, que nadie osaba separarse un paso de la informe colum

na que formaban aquellos deshechos ejércitos; por este motivo, debiendo entrar en tres columnas por tres distintas puertas, no pudo ser así; nadie quería apartarse de los otros y se produjo la misma confusión que al pasar el puente del Beresina, resultando infinidad de aplastados, asfixiados y descalabrados. Ya se sabía que no podía menos de ser así.

Por fin pudieron meterse los que no habían sufrido grandes desperfectos en sus personas, y ¡qué placer, qué delicia, qué paradisíacos goces les esperaban allí! Wilna era un inmenso depósito de aguardientes...

Excusado será decir que la mortandad fué horrorosa.

X.

Estando en plena borrachera, acudióseles á algunos la idea de que querían ver al emperador.

Entonces se supo toda la verdad: el emperador había huido.

Aun á los más embriagados dejóles llenos de estupor la increible noticia.

¡Huir Napoleón! ¡Dejarles en medio del peligro!

¡Ah! ¡No les trataba así cuando se apropiaba las victorias que ellos le alcanzaban; pero no era extraño, no, lo que Napoleón les había hecho, porque ya se sabía que Napoleón solía jugar esta especie de partidas, ya se sabía que había abandonado también al ejército de Egipto cuando lo vió imposibilitado de poderle dar más renombre, ya se sabía que había mandado matar á los apestados de Jaffa!

¡Ah! Bien merecido lo tenían. Ellos adoraban al emperador sabiendo bien que era el traidor de Brumario, el estafador de coronas, el asesino del duque de Enghien, el repudiador de Josefina, un bandido... ¡Pero si les había dado tanta gloria!... Pero ¡ay de él cuando llegasen á París! ¡ya se acordaría entonces de la pillada que les había hecho! ¡Llegar á París! ¡Disparate! ¿Era posible acaso llegar á París? El presente estaba en Wilna; en Wilna, lleno de aguardiente. ¡Al diablo Napoleón! Otros tontos que se fiasen más de él; pero, ¡vaya qué manera de burlarse de los veteranos de Marengo, Austerlitz y Friedland, nombrar para que les mandase... á Murat!

Estaba visto, nada mejor que Wilna; los judíos tenían escondido el aguardiente. Romperlo todo, desfondar los barriles... ¡Qué delicia! ¡Cuántos charcos de aguardiente sobre el hielo de las calles!... Se muere contento de este modo. ¡Wilna, paraíso de los espectros, consuelo de los sedientos y los hambrientos! ¡Wilna, donde los judíos guardaban en sus cuevas tesoros de alcohólicas bebidas!

Suenan tiros en la muralla. ¡Bah! Serán los cosacos. ¡Que entren cuando quieran!

Tocan á generala. ¡Qué guasa, tocar á generala! ¿Acaso cree Murat que los soldados tienen fusiles para tirar? Los fusiles quedaron por el camino. Quizás son los mismos con que tiran los cosacos. Se baten las tropas, pero los huéspedes de Wilna no son tropas... Están allí para divertirse... Las judías son hermosísimas, más guapas que la emperatriz y las mariscalas...

¡Qué risa! ¿Pues no se escapa Murat? ¿Pues no huye? ¡Hace como su amo! ¡Vaya qué reyes y emperadores se estilan en el año doce! ¡Murat huyendo! Pues si los soldados hicieran como él, ¿qué se diría? Que no tienen dignidad, que deshonran el uniforme... ¡Vaya con mil diablos Murat! ¡Oh, qué delicioso es el aguardiente de Wilna!

XI.

Al fin no hay más remedio, la noche es fría y oscura como la horrible imagen de la muerte. Bastante se ha bebido desde ayer; hay que salvar el pellejo, pero no sin llevarse algún recuerdo de la inolvidable ciudad; no estará de más un poquito de pillaje. ¡Oh, esos judíos! Tienen joyas y mujeres bellas; las mujeres se tienen ya bien conocidas; además, en todas partes las hay. Las joyas, y sobre todo las galletas y las remolachas, son harina de otro costal; hay que llevárselas.

¡Vaya al infierno la maldita llamada! ¿Acaso puede un pobre soldado dejar de meterse en los bolsillos,—¡oh, quién tuviera una mochila!—ese gorro tan caliente y este manto, ¡qué bueno! y estas botas, y estas sayas y este reloj?

¡Vaya al infierno la maldita llamada! ¿Querrá Murat, tal vez, que vayamos también á hacerle compañía?

XII.

La una de la madrugada. ¡Buena hora para salir á paseo! Hermosísimo espectáculo. ¡Adelante, y los

que tengan frío que se queden; se quedan doce mil; más frío tendrán en la Siberia!

Parece que los lobos escoltan al ejército francés: guardia de honor; sin embargo, menos feroces son los lobos que los judíos. Quizás van juntos.

Y los cosacos detrás, picando la retaguardia. ¡Ah! ¿Y quién irá á retaguardia? Eso tiene no andar de prisa, ó ir demasiado cargado.

¡A Kouwo! ¡Los héroes del Moscowa salen de Wilna á la una de la madrugada para llegar á Kouwo! ¡Pronto estarán allí!

¿Qué es esto? Un monte, alto, alto, todo blanco, ancho, derecho; un pán de azúcar, un sorbete...

No se puede pasar... ¡Cómo se acercan esos diablos de cosacos! Tiran á quema ropa. ¡Que tiren! Las manos de los héroes del Moscowa están bien ahora en los bolsillos. ¿Qué ha de darles Napoleón?

Hay que esperar se haga de día para ver de flanquear el pan de azúcar. Los armones servirán para hacer hogueras, ¡al fuego todo lo inútil!

¿Qué es eso? ¡El tesoro de Napoleón! Lo ha dejado ahí, ha arrojado el lastre.

La tempestad está aquí para tragárselo todo.

¡Plata! ¡Cuánta plata! ¡Pero cómo pesa! ¡Oh, quién tuviera oro! ¡Sesenta francos en plata á cambio de un luís de oro! ¿Quién quiere aguardiente? ¡Treinta francos un vaso de aguardiente!

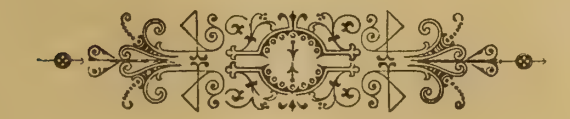
No dejar nada para los cosacos. Que esperen; el ejército francés va á ponerse en marcha al ser de día. Ya les dejaremos la cruz de San Juan y los estandartes que les quitamos, pero ni un franco, ni una barrica de alcohol.

¡Oh, qué feria! ¿Quién me compra un uniforme de mariscal? ¿Quién me compra un gabán y un sombrero del emperador? ¿Coronel Saligny, cuánto dais por un abrigo de pieles de la emperatriz de Rusia? ¡Mirad que esa se os va á quedar entre las manos si no la abrigáis bien!... Después de una borrachera no hay cosa peor que un enfriamiento.

¡Qué bien arden esas hogueras! ¿Qué grita ese? Ha metido los piés en el fuego y no los puede sacar ahora; está de moda eso; nada mejor que el plato nuevo, hombre asado á la Napoleón. A falta de caballos, bueno es el soldado; carne suculenta la de un vencedor de Europa. Nada más blando ni cómodo, por otra, parte que sentarse al amor de esta lumbre sobre un cadáver ó casi cadáver. ¡Callarse! ¡Estos muertos no acaban nunca de chillar!

La gente está tan contenta que todos bailan.—No, no quiero daros más galleta, coronel Saligny, comed soldado.—¡Anda tú, andrajosa, ni que fuese tu Lanjuinais el mariscal Davout! No es mi remolacha para un triste capitán á punto de irse al otro mundo.—¡Champagne! ¿Pues no está bebiendo champagne el comandante La Fanfare, vestido de gran canciller? Guardad un poco para la coronela, comandante. ¡Bah! ¡Ya se lo ha metido en el baul el otro músico!

¡Pero están lloviendo balas! Los cosacos cogen franceses como pájaros dormidos y matan héroes del Moscowa como chinches. ¡Largo! Los vencedores de Europa han perdido los fusiles... ¡Huyamos!... Soy tesorero imperial interino... Llevo en una faltriquera ocho libras de tesoro francés.



CAPITULO XII

De Wilna á Berlín

I

La marcha desde el desfiladero de Ponary, en cuya entrada debieron vivaquear los franceses á la salida de Wilna, hasta Eve, fué no menos desgraciada que la que conoce ya el lector.

Murat perdió por completo la cabeza, que nunca había tenido muy firme, y aquellas manadas de soldados, sin moral ni decisión, perseguidas por los cosacos, huían horrorosamente desordenadas, presas de indescriptible zozobra.

Todos los mariscales, intendentes y jefes de alta graduación yacían postrados, sin tener apenas quien les asistiese y los llevase á cuestas ó arrastrando sobre una piel de caballo.

La infinidad de enfermos y heridos que habían podido librarse de las catástrofes de Moscou, Krasnoe y el Beresina, cayeron todos en poder de los rusos, puesto que quedaron rezagados por el camino por no haber quien cuidase de recogerlos ni de auxiliarlos siquiera en el último momento.

Todo eran órdenes y contraórdenes; nadie sabía qué camino había de seguir, y para colmo de infortunios, no cesaban un momento los disparos de cañón contra la retaguardia, envuelta á cada momento por nubes de cosacos.

II.

El emperador hacía tres días que había salido de Wilna cuando entraron los restos de la *Grande Armée*.

Los tres regimientos de caballería que le acompañaban formaban una vanguardia extendida por ambos lados de la carretera, al objeto de flanquear el terreno para evitar cualquier sorpresa. Venían luégo los dos coches rodeados por un segundo regimiento y formaba el tercero la retaguardia, escoltando los bagajes y el tesoro imperial. La salida de Wilna se efectuó á las cuatro de la madrugada en medio de un horroroso temporal de viento.

Así el convoy llegó hasta el monte de Ponary, donde hemos visto se detuvo el ejército al salir casi huyendo de Wilna. Los caballos no podían escalar en manera alguna la resbaladiza pendiente de la colina, que formaba como una barrera, y todos quedaron detenidos.

La situación era crítica á no poder más; era preciso continuar la marcha á toda costa, pudiendo por desgracia presentarse de un momento á otro los cosacos.

Por fin se dió con un desfiladero, el mismo porque atravesaron después las tropas. Era una garganta larga y estrecha, encajonada entre dos cortaduras del monte, cubierta de nieve en un espesor de más de dos varas.

No había más remedio que pasar por allí; adelantóse con toda clase de precauciones y al fin pudo salirse á la otra parte, si bien dejando abandonados todos los bagajes.

Algunos ginetes habían quedado rezagados, sin poder conseguir que sus caballos les llevasen más

adelante. Allí debían esperar la muerte, en aquella zanja de nieve.

Haría como media hora que había pasado el emperador cuando los desdichados italianos oyeron rumor de caballos que venían por el desfiladero.

Eran cinco ginetes.

Detuviéronse al tropezar con los rezagados y el que parecía jefe se dirigió á uno de ellos y le preguntó:

—¿Cuánto tiempo hace que ha pasado por aquí Napoleón? Nada has de temer si dices la verdad.

—Media hora.

—¿Sabes qué camino ha tomado?

—No estoy seguro si irán á Kowno por Evé ó por Newtoki.

—¿Pero van á Kowno?

—Sí.

—Bien está; tomad estos víveres en pago. Ahora permitidnos que os quitemos vuestros uniformes, ponéos los nuestros y si no tenéis bastante con ellos, encontraréis en la falda del monte todo el guardaropas de vuestro amo. No tengáis cuidado de los cosacos, pues no llegarán hasta que hayan salido de Wilna los restos del ejército. Conque, *á rivedersi*.

Los cinco improvisados napoleonistas espolearon á sus monturas y se incorporaban al cabo de una hora á la columna que acompañaba al emperador.

III.

El jefe que había despojado á los lanceros italianos y sus cuatro subordinados, colocáronse á retaguardia por de pronto, pero al anochecer y después de quince horas de marcha, cuando vieron que estaban para llegar á Evé, fuéronse introduciendo entre los que formaban el centro.

Las fisonomías de aquellos cinco ginetes no presentaban en manera alguna los rasgos característicos de los moscovitas y cosacos, antes bien, eran indudablemente caras del mediodía, por lo cual no llamaron la atención de nadie.

El que parecía jefe se colocó al lado del coche en que iba Napoleón, sin perderlo de vista.

Vió como Bonaparte, vestido como un *bourgeois de la rue Saint-Denis*, bajaba del carruaje apoyado en el brazo de un compadre y que en lugar de instalarse en una casa principal, lo hacía en una de pobre apariencia.

El emperador quería viajar de riguroso incógnito.

IV.

Pusiéronse centinelas alrededor del pueblo, retenes en la entrada y la salida y mandáronse patrullas que recorriesen los caminos.

Una densa niebla impedía ver los objetos á tres pasos; era una niebla helada, densa, agitada por el cierzo; los uniformes estaban calados de humedad y cada vez que venía una ráfaga el rostro recibía como cortantes cuchilladas.

Los cinco hombres no se separaban un momento; la oscuridad les favorecía y á una señal del jefe apartáronse del retén de que formaban parte y se juntaron á poca distancia.

—Vamos á dar el golpe,—dijo el jefe en voz muy baja y puro castellano.

—Decid qué hemos de hacer, general,—contestó uno de los soldados con acento andaluz.

—Vos, Guevara, y vos, López, saldréis en seguida á la carretera y al llegar á tiro de fusil tocaréis marcha con los clarines, la marcha de la caballería rusa.

—Bien está.

—Ríos, Montagut y yo, validos de la confusión que se introducirá entre los napolitanos, nos encargaremos del coche de Napoleón, apoderándonos de las riendas y el pescante antes de que los cocheros tengan tiempo. Una vez fuera del pueblo llevaremos el coche á donde están los nuestros; conviene que el emperador no muera, sino que quede prisionero. ¿Estáis decididos? Pensadlo otra vez aún...

—Estamos decididos.

—Gracias, pues, amigos míos, y manos á la obra. Salid ya vosotros dos, mientras los tres que aquí quedamos nos acercamos al alojamiento de Bonaparte.

V.

El que así hablaba era el antiguo teniente de navío, D. Francisco Revoredo, llegado á general de división rusa á consecuencia de los inapreciables servicios prestados á la causa anti-napoleónica.

La recomendación de Miranda le había facilitado mucho también poder hacer tan brillante carrera, pues el ilustre organizador de las guerrillas rusas

gozaba de alto favor cerca del emperador Alejandro.

Revoredo había sustituido á Miranda en los últimos tiempos y conseguido formar una división muy notable con los españoles que había logrado reunir, ora de entre los prisioneros, ora de los que quedaron á la otra orilla del Beresina, á las órdenes, como vimos, de un comandante de caballería de Algarbe.

Este era uno de los cuatro que habían acompañado á Revoredo en su atrevida expedición: llamábase don Manuel Guevara; los otros tres, López, Montagut y Ríos, eran respectivamente dos capitanes de Guadalajara y un teniente de Asturias.

VI.

López y Guevara salieron de Evé sin que nadie lo advirtiese á causa de la niebla. Llegados á la distancia convenida, detuvieron sus caballos y sacaron los clarines que llevaban ocultos.

El silencio de la noche quedó interrumpido de pronto con los ecos de la marcha de la caballería rusa...

Entonces, como si aquellas trompetas hubiesen querido producir el efecto de las del Juicio, oyóse inmensa gritería en el pueblo, correr de caballos, vociferaciones y todas las terribles escenas que acompañan á un ejército acometido del pánico.

Revoredo, Montagut y Ríos se habían apoderado ya del coche de Napoleón; el emperador salió precipitadamente, seguido de Caulaincourt, se metió en el carruaje y sin reparar en si le seguía escolta ó tenía que marchar solo, gritó:

—¡Reventad los caballos, volando, por la derecha!..

Revoredo, que ocupaba el pescante junto con Ríos, fustigó á los caballos y el coche de Napoleón salió de Evé, desapareciendo al cabo de un momento en las revueltas de la carretera que conducía á Kowno.

Entretanto los regimientos napolitanos no sabían á quién obedecer ni qué partido tomar.

Guevara y López habían vuelto grupas y se dirigían, dando un rodeo, á Sizmori, donde se encontraba una partida de cosacos mandada por el conde de Zemoín.

Al cabo de un largo rato de zozobra y viendo que los cosacos no parecían por ningún lado, pusiéronse en marcha los regimientos italianos, á la rastra de Napoleón. Este, sin embargo, llevaba ya más de media legua de delantera á su escolta.

Divisábase á lo lejos el caserío de Sizmori. Allí debían estar los cosacos de Zembín.

Revoredo sacó un silbato y dejó oir la señal convenida.

Nadie respondió.

VII.

Sobresaltado Napoleón al oir aquel silbido abrió la portezuela del carruaje y se precipitó fuera del mismo, seguro que semejante señal era un aviso para entregarlo.

El emperador corría con ligereza, retrocediendo rápidamente, seguido por Revoredo y Montagut, mientras Ríos impedía á Caulaincourt que bajase del carruaje.

Al fin consiguieron darle alcance.

—Estáis en nuestro poder y ya no os escaparéis, —exclamó Revoredo.—¡Rendíos, emperador Napoleón!

Bonaparte se detuvo, cruzóse de brazos y repuso mirando á Revoredo, vestido de lancero napolitano:

—¿Quién sois vos? ¿Qué mal os he hecho á vosotros?

—No somos lo que parecemos, general Bonaparte, como tampoco lo parecéis vos en estos momentos. Somos rusos, españoles, lo que queráis, pero enemigos vuestros. Seguidnos, pues; no os exigimos que nos entreguéis la espada, porque no la lleváis. ¡Ea, subid de nuevo al coche y no os aconsejo queráis evadiros pues os podría costar caro!

Mordióse Napoleón los labios con rabiosa ira y bajando la cabeza puso el pié en el estribo para tomar asiento en el carruaje.

De pronto percibióse rumor de caballería que venía hacia ellos, procedente del pueblo.

Tocóle entonces lanzar un terrible juramento á Revoredo; no eran los cosacos los que venían, era uno de los regimientos napolitanos que en vez de seguir el camino tomado por el coche de Napoleón había tomado el que habían seguido Guevara y López.

Sin embargo, aunque así fuese, no se comprendía cómo no habían encontrado allí á los cosacos del conde de Zembín, que tenían orden de esperar en Sizmori la entrega de Napoleón, jurada por Revoredo.

Esta era precisamente la idea que le había llevado á Rusia: apoderarse de Bonaparte.

Al ver los tres denodados españoles que se aproximaban los escuadrones enemigos por frente y por retaguardia picaron sus caballos y no tuvieron más remedio que soltar á su imperial prisionero.

Aun no se había eclipsado la estrella de Bonaparte...

Napoleón demostró un pesísimo humor cuando Duroc y Lobau le preguntaron que por qué motivo estaba parado allí el coche, sin nadie que le guiase. Bonaparte no les contestó, pero sus sabuesos advirtieron perfectamente que estaba lívido.

VIII.

¿Por qué causa se había malogrado el audaz golpe de mano de Revoredo? ¿Por qué la empresa tan felizmente comenzada había acabado por esterilizarse? ¿Qué se había hecho de la partida de cosacos en cuyas manos debía Revoredo dejar seguro y bien custodiado á Napoleón?

Los cosacos habían llegado, efectivamente, á Sizmori á las cuatro de la tarde y se habían alojado en las casas del pueblo con trazas de preparar allí una emboscada.

Mandaba la partida el conde de Zembin, noble boyardo, joven, valiente y leal á la causa de la Santa Rusia.

El conde se había instalado en una casa del pueblo y puesto centinelas en el campanario y en las avenidas del lugar; un largo cordón de caballería guardaba el camino por donde se esperaba al emperador, hasta una distancia de media legua hacia Evé.

Apenas se acababan de llevar á cabo tales disposiciones presentóse á la vista del lugar un coche cuyo conductor ostentaba la librea de la servidumbre imperial rusa. Llegado á las avanzadas dióse á reconocer un militar que iba en el carruaje y al punto se le franqueó el paso.

Llegado el coche á Sizmori detúvose ante el alojamiento del conde de Zembín y bajaron un coronel moscovita y una señora, enteramente cubierta por un manto forrado de pieles.

Penetraron ambos personajes en la morada del conde; quedóse el coronel en una de las antesalas y la señora se dirigió al gabinete en que se encontraba el conde con sus ayudantes.

Alzó sin vacilar el pesado cortinaje que ocultaba la puerta y se encontró en presencia del jefe de caballería, arrojándose en sus brazos sin tener en cuenta la presencia de los oficiales.

Estos, como es natural, creyeron estar de más, y previo un profundo saludo dejaron solos al conde y á su desconocida visitante.

IX.

—¡Iza!—exclamó el boyardo.—¡Iza! ¿qué dichosa estrella ha podido guiarte hasta aquí? Creíate encerrada todavía en los horribles calabozos de Cronstadt, ¡pobre ángel mío! y cuando pensaba, tras de un hecho brillante, pedir tu gracia al emperador recibo la alegría inefable de estrecharte contra mi corazón.

—El emperador se convenció de mi inocencia y castigó de muerte á mis enemigos. Fuí puesta en seguida en libertad y no sólo esto sino que dió orden de que si quería partir de Petersburgo me acompañase á donde quiera me dirigiese un ayudante suyo para que nadie osase contravenir cuantas órdenes me pluguiese dar.

—¡Noble corazón el del czar!

—No tenemos, empero, tiempo que perder. Napoleón, al salir de Wilna, torció de camino y queda frustrado, por lo tanto, el plan de Revoredo.

—¿Cómo sabes tú eso? ¿Quién te ha enterado de ese plan?

—Revoredo mismo. Hay que huir de aquí en seguida. No será Napoleón quien llegue dentro de poco, será el general Loisón.

—¡Imposible!

—¡Oh, no, es la verdad, Boreslao! Huye pronto.

—¡Jamás! Aquí moriré en todo caso. Esta es la consigna que he recibido y he de cumplirla.

—Considera que yo puedo llevarte donde puedas apoderarte de Napoleón. ¿Qué vas á hacer aquí? ¿A quién has de aguardar?

—¿Pero es posible eso que me dices? Sabíase de cierto que el emperador tenía que pasar por el desfiladero de Pomary. Allí había de estar apostado Revoredo con cuatro hombres decididos, introducirse en las filas de la escolta, apoderarse del emperador y traerlo aquí para ser conducido en seguida á Siberia. ¿Cómo ha podido torcer de camino Bonaparte?

—No sé, pero no ha pasado por el desfiladero sino

que ha tomado por Newtoki, dando un gran rodeo para llegar á Kowno. Si quieres cogerlo, todavía estás á tiempo emboscándote á orillas del Niemen antes de que él llegue para pasar el río.

—¡Iza! ¡Me dan miedo tus palabras!...

—¡Oh, Boreslao! ¿Dudas de mí? ¿Acaso el motivo de mi prisión no fué tu amor?...

—¡Amor fatal!

—Loisón se acerca... ¡Puede sorprenderte de un momento á otro!... ¡Huye!... ¡Huye, siquiera por compasión á esta desgraciada!

—¡Iza! He jurado no separarme de aquí.

—Aquí te espera la muerte, la tuya y la de tus valientes... Quizás la mía...

—¡Oh! ¡La tuya!

—Yo he venido atravesando mil peligros tan sólo para librarte de la suerte que te espera... ¡Boreslao! ¡Salgamos, huyamos!...

—¡Maldición sobre mí si me has engañado, Iza!

El conde dió orden de marchar en dirección á Kowno y Sizmori quedó abandonado. A las pocas horas resonaba en el silencio de la noche el silbido de Revoredo y nadie contestaba; en cambio llegaba la división Loisón, que sin embargo había recibido orden de no incorporarse al emperador hasta Kowno.

X.

Los cosacos de Zembín quedaron asombrados al recibir la orden de marcha y no dejaron de murmurar al ver que el boyardo viajaba en el carruaje de la desconocida dama que había llegado aquella tarde. Iba el coche á vanguardia bastante separado del resto de la fuerza. Esta había tomado el camino de Kowno, haciendo alto á las siete de la noche en el miserable pueblecillo de Ziensky, á media jornada de dicha ciudad.

Era aquella hora la misma en que Napoleón quedaba libre de Revoredo y se le reunía la división Loisón. Todas las tropas se habían reconcentrado en Sizmori.

En esto se presentó un personaje, que cualquiera hubiera dicho era el mismo que aquella tarde había acompañado á Iza hasta el alojamiento del conde de Zembín, y pidió ver á Duroc.

Breve fué la conferencia, y sin reparar en el frío glacial que se dejaba sentir dióse orden de continuar la marcha hacia Kowno.

Al cabo de dos horas de marcha la partida del conde de Zembín caía prisionera en poder de los lanceros de Capua.

XI.

El copo fué instantáneo sin que nadie tuviese tiempo de escapar; toda la caballería cosaca, en vez de estar diseminada vivaqueaba en unos vastos horreos aislados. Sólo el conde de Zembín se había alojado en una casa, la mejor del pueblo.

El coronel ruso que había acompañado hasta Sizmori á Iza, se presentó entonces con el uniforme de coronel de gendarmes franceses en la habitación del desdichado boyardo, dulcemente dormido en brazos de Iza.

Esta lanzó entonces una carcajada cuyo eco hizo despertar al descuidado ruso.

—¡Traición!—gritó Zembín amartillando una pistola.—¡Infeliz! ¡Me has vendido, pero aquí vas á morir!

Iza lanzó otra carcajada. El tiro no había salido.

—¿Te figuras que no había previsto yo esta escena trágica?—exclamó la miserable mujer.—Afortunadamente no es gran ciencia saber cambiar una pistola por otra mientras el galán duerme en brazos de su bella. Aquí está la tuya; nada me costaría matarte, pero prefiero que Napoleón pueda llevarte vivo á Vincennes.

—Sois mi prisionero, coronel,—exclamó en esto el polizonte.—En verdad que, aunque algo caro, es inapreciable el servicio que nos ha prestado esta señorita.

XII.

El digno esbirro hacía mucho favor á Iza llamándola señorita, pues era simplemente hija de un siervo del conde de Zembín.

El conde ignoraba que el padre de Iza había muerto hacía muchos años á consecuencia de un bárbaro azotamiento con el knout que por un capricho de boyardo aburrido había ordenado el padre de Boreslao. El moujick había hecho jurar á sus hijos que le vengarían y todos habían extendido sus manos sobre el moribundo, pronunciando sangrientos votos.

Iza tenía entonces doce años; fingióse su muerte y un boyardo polaco costeó su educación en París, de

donde regresó al cabo de cinco años siendo reconocida como hija por su protector, pero ocultando siempre su verdadero origen.

Había conseguido que el joven conde de Zembín se fijase en ella, y gracias á las sabias lecciones adquiridas en la capital de Francia, logró trastornarle completamente la cabeza, obligándole á hacer locuras que le arruinaban.

El emperador Alejandro, como buen padre de sus súbditos, había cortado por lo sano haciéndola encerrar en Cronstad y mandando al conde que se pusiera al frente de una partida de cosacos, pero la adiestrada cortesana tuvo maña para seducir al comandante de la fortaleza y escapar de allí, con ánimo siempre de labrar la desgracia de Zembín.

Quería no solamente reducirle á la miseria, sino dejarle sin honra.

Iba en su busca para reunirse con él cuando, al entrar los rusos en Smorodoni, después de la precipitada salida de los franceses, quiso la fatalidad que Revoredo y el conde de Zembín se hospedaran en la misma casa á donde había ido ella á parar; Iza quedó desconocida disfrazada de judía, sorprendió todas las conversaciones de los dos guerrilleros y en su vista tomó las disposiciones necesarias para malograr la tentativa.

Había corrido á encontrar al general Loisón y le había enterado de todo, poniendo éste á sus órdenes un sabueso de Savary, muy hábil en semejantes materias.

De ahí la aparición de Loisón en Szimori y el copo de los cosacos en Ziensky.

El conde quedó al cuidado del sabueso, que delegó sus atribuciones en Iza. Desde entonces fué su vida un largo martirio. La hija del moujick se vengaba con el espantoso refinamiento de aquella raza que sólo deja de ser esclava y rastrera para ser feroz é implacable.

XIII.

Mientras Napoleón, libre de aquel gran peligro en que se había encontrado, corría hacia París cruzando montes y salvando ríos, como alma que lleva el diablo, los restos del ejército seguían su marcha desde Evé hasta Kowno, perseguidos incesantemente por los cosacos.

Horribles habían sido las angustias de Octavio de Saligny al ver á cada paso caer inerte en sus brazos á la infeliz Diana. La comunidad de sufrimientos, el heroismo con que aquella mujer lo sobrellevaba todo y la idea de que no debía contar para nunca más con la que tanto había adorado, habían despertado en él cierto indecible sentimiento hacia su antigua amante.

La salida de Evé, efectuada el 11 de Diciembre, coincidió con la noticia de que los rusos habían hecho prisioneros en Wilna á más de doce mil franceses.

La columna marchaba á la buena de Dios, sin orden ni concierto.

La desbandada era general. ¡Valiente jefe estaba Murat para dirigir aquello! Y como si no bastase una incapacidad como la del rey de Nápoles para cuidar de aquella gente, agregábase la imposibilidad de poder hacer nada los mejores mariscales, que á duras penas encontraban quienes quisieran irles arrastrando, postrados como estaban, paralizados, por la enfermedad.

Finalmente, después de haber vivaqueado en Zienski, teatro de las escenas que hace poco hemos referido, dieron vista aquellos abatidos grupos el día 12 á la ciudad de Kowno, que se citaba cual una verdadera tierra de promisión, como se había citado antes Smolensko y luégo Wiazma y últimamente Wilna. Tantos desengaños habían acabado por infiltrar en aquel ejército una filosofía severamente *á posteriori*, absteniéndose todos de creer lo que la experiencia no dejase plenamente comprobado.

Kowno resultó verdaderamente, si no una tierra, cuando menos un mar de promisión para aquellos hombres extenuados, desnudos, desfallecidos y sin aliento.

Un mar de vino, de licores y de aguardiente: mar de veneno.

XIV.

El espectáculo que dieron aquellas turbas de fantasmas borrachos era verdaderamente espeluznante.

Acampaban en las calles, sobre la nieve, temerosos de que los judíos no les asesinasen, como había sucedido en Wilna, donde los alojados eran arrojados por las ventanas en venganza del saqueo á que se habían entregado. En Kowno, en vez de saquear las casas, fueron saqueados únicamente los almacenes de la administración militar; al momento se llenó

todo de prendas de vestuario, de harina y de ron. Muchas calles estaban llenas de barriles desfondados y el líquido derramado formaba grandes charcas en las que abrevaban á la vez perros, hombres, mujeres y caballos, muriendo muchos allí mismo sin poderse levantar.

Algunos graciosos pegaban fuego al alcohol, que se convertía en azulada llama á cuyo alrededor se improvisaban bailes insensatos.

La mortandad había sido tan horrenda que el cuarto cuerpo, mandado por el príncipe Eugenio Beauharnais, virey de Italia, había quedado reducido á diez ó doce soldados y ocho oficiales de estado mayor, desmontados, siendo así que su efectivo al entrar en campaña era de 52.400 hombres y 9.100 caballos; Ney, que mandaba el tercer cuerpo, de igual efectivo que el anterior, se encontró *sin un solo soldado*, ¡aquellas brillantes divisiones que mandaba seis meses antes, habían quedado aniquiladas!

La salida de Kowno fué tan desastrosa como la entrada en Wilna; todos los supervivientes querían pasar á la vez por el puente sobre el Niemen y se estrujaban y magullaban sin compasión; esfuerzos harto inútiles, sin embargo, pues no era menester pasar el puente para ganar la otra orilla, ya que el río estaba completamente helado y hubiera permitido el paso de la artillería de grueso calibre, si hubiese quedado una sola pieza.

El ejército dejaba, como siempre, siendo inútil repetirlo, un rastro de cadáveres helados; hombres que habían resistido hasta entonces todas las crueles pruebas de aquel clima, morían cuando habían franqueado ya el límite de Rusia.

Dos días seguidos fueron pasando el Niemen por el puente de Kowno grupos de rezagados, hasta que no se vió ya ningún otro francés. *Cuatrocientos mil hombres y sesenta mil caballos* habían pasado por allí para conquistar la Rusia, y salían apenas *veinte mil* desdichados, heridos, desarmados, abatidos, convertidos en espectros, y áun más de doce mil de ellos no se habían encontrado en Moscou, sino que habían quedado de guarnición en la Lituania.

Apenas se encontraron aquellos veinte mil hombres allende el Niemen, diéronse una porción de órdenes contradictorias sobre el camino que habían de tomar; unos entendieron que era hacia Gumbinen y otros hacia Tilsitt; gran número se encaminaron á este último punto y cayeron prisioneros de los cosacos. Los que tomaron el camino de Gumbinen no cayeron prisioneros pero tuvieron que abandonar los bagajes y un soberbio parque de artillería recién llegado de Koenigsberg.

Muchos soldados que se habían esparcido por los pueblos de Polonia, creidos de que los cosacos dejarían de perseguirles, se vieron sorprendidos por los feroces lanceros del Don, que atravesando el Niemen, helado en toda su extensión, se derramaron por las llanuras del ducado de Varsovia, haciéndoles prisioneros ó matándolos.

Así acabó aquella expedición. Apenas volvieron ocho mil hombres de los cuatrocientos mil que habían formado parte de ella. Ocho mil estropeados, enfermos, heridos ó inútiles.

Los polacos, que se habían sublevado en favor de Napoleón, sufrieron después crueles castigos en pago de su rebelión contra el autócrata de todas las Rusias. Este fué el resultado que obtuvieron de su adhesión á Bonaparte.

Murat se largó, dejando el bulto al virey de Italia, quien recogió los ocho mil supervivientes y se metió en Berlín, á donde llegó á fines de Enero de 1813, quemando antes los puentes sobre el Oder para evitar la persecución de los rusos.

XV.

Octavio de Saligny y Diana habían podido llegar sanos y salvos á Koenigsberg; pero no así el capitán Lanjuinais, que murió de resultas del frío cuando ya había pasado el Niemen.

Andrea fué recogida por unos soldados españoles que quedaron en Koenigsberg, esperando la llegada de los rusos para incorporarse á la división española que mandaban Miranda y Revoredo.

Estos dos héroes, terminada la guerra, pidieron permiso al emperador para regresar á España juntamente con los bravos soldados que procedentes de la expedición de Dinamarca habían formado parte de la *Grande Armée*.

El emperador puso á su disposición un buque de guerra, y aquellos escasos restos, pues apenas llegarían á doscientos hombres, se dirigieron á Riga para ser devueltos á su patria, tras de tantos años de ausencia.

Miranda y Revoredo volvían con el grado de generales de división y Revoredo con un título de con-

de, distinción que Miranda había rehusado. Juntamente con ellos, embarcóse también la valerosa Helga, eternamente fiel á la memoria de su malogrado esposo. La joven volvió al seno de su familia, desembarcando en Fionia al atravesar el Gran Belt.

En cuanto á Aurora de Osorio susurrábase que estaba próxima á perpetuar la dinastía de los condes de Teglew, cuyo actual representante ocupaba un alto lugar en el palacio imperial de San Petersburgo.

Horrible había de ser el fin alcanzado por la expedición á Rusia, á cuyo frente se había colocado altaneramente Napoleón I para verse al cabo de algunos meses obligado á desertar como el último tránsfuga. Cegado por la estúpida embriaguez que es inherente á todos los reyes absolutos, creyó que podría vencer á los elementos, creyó que podría subyugar á los rusos fanatizados por la idea de la independencia de su patria, y ya se ha visto el resultado. Luégo vendrán hablando del *genio* y del *talento* de esos hombres que se figuran superiores á los demás porque la suerte les ha favorecido, siendo así que el último capitán de granaderos hubiera comprendido que aquella campaña era una insensatez; todos lo comprendían también menos Napoleón I. A habérsele ocurrido á otro semejante desatino, no hubiera habido en el diccionario palabras bastante duras para censurar su ligereza, su impremeditación, su temeridad; sólo cuando se vió toda la extensión de la inmensa catástrofe se cayó entonces en la cuenta de que Napoleón había cometido un crimen imperdonable conduciendo á una muerte cierta á los bravos soldados que le habían conquistado el renombre de que gozaba.

No parece sino que á esos soberbios mandarines que se figuran ser más que los otros, les ataca cierta forma de locura. Para ellos se dijo aquello de: *Quos Deus vult perdere, prius dementat...* Por desgracia, sólo caen en el oprobio y sólo sufren el castigo cuando han hecho el mal.

Pero dejemos ya de ocuparnos en lo que pasaba fuera y volvamos á España para ver qué les había acontecido á nuestros amigos mientras la *Grande Armée* quedaba sepultada en la nieve de los campos moscovitas, reanudando nuestro relato donde lo interrumpimos, poco después de la batalla de los Arapiles.



LIBRO DUODÈCIMO

VITORIA Y SAN MARCIAL

CAPÍTULO PRIMERO

La península á comienzos de 1813

I

Dejamos al ejército anglo-portugués retirándose desordenadamente á Portugal tras de la descomunal batalla librada á los puercos de los bosques de Tamames el 16 de Noviembre de 1812; dejamos también á José Napoleón otra vez en Madrid, donde entró el 3 de Diciembre, el mismo día en que su imperial hermano, después de la catástrofe del Beresina, daba en Molodestchino el boletín anunciando á Europa la ruina de la expedición á Rusia, y vimos, finalmente, que se estaba preparando todo para realizar una enérgica campaña la primavera siguiente, que hacían presagiar fuese dichosa el terrible desastre de la *Grande Armée* y los trofeos alcanzados el verano pasado contra los invasores en los suaves climas bañados por el cristalino Tormes y el undoso Guadalquivir.

Aquel descanso en que permanecieron los ejércitos aliados durante el invierno de 1812 á 1813 fué no poco provechoso y conveniente, pues pudieron tener academias los oficiales y practicarse en todo linaje de evoluciones los soldados, que de esta manera adquirieron hábitos de aseo, subordinación y marcialidad que les hacían verdaderamente admirables.

Dimos cuenta también de la nueva organización que habían recibido los ejércitos; considerábase como la principal base de operaciones el anglo-portugués, que estaba acantonado en el vecino reino, frontero á Ciudad-Rodrigo, extendiéndose por su derecha, hacia Extremadura, y por su izquierda, esto es, por Galicia y Asturias, el 4.° ejército español al mando de Castaños, que tenía por jefe de E. M. al intrépido y sabio D. Pedro Agustín Girón. Recordaremos también que este 4.° ejército estaba dividido en tres cuerpos: mandaban las divisiones del que se encontraba en Extremadura y Castilla Morillo, y el conde de España; San Román, Bárcena y Porlier tenían á su cargo las del centro, ocupando el Vierzo y Asturias, y finalmente, el 3.° cuerpo lo constituían la división Longa, que operaba á orillas del Ebro alto, la división vascongada de Mendizábal y la navarro-aragonesa de Mina.

Las dos divisiones del cuerpo de la derecha iban juntas con los anglo-portugueses. El total de los tres cuerpos del 4.° ejército español eran 40.000 hombres y 3.600 caballos.

Los franceses, después de evacuar Andalucía, habían invernado en Castilla la Nueva, teniendo Soult su cuartel general en Toledo, mientras José se encontraba en Madrid. El ejército llamado, antes, de Portugal, se había establecido en Castilla la Vieja y Leon, esperando de un momento á otro el avance de los aliados; mandábalo á principios de 1813 el gene-

ral Reille, que residía en Valladolid. El total de franceses en toda España podía suponerse en 80.000 hombres.

A fines de Marzo salió Soult para Francia llevándose 6.000 soldados para ayudar á Napoleón, que se las había con los alemanes después de haberle dado el Senado un nuevo ejército de 350.000 hombres. ¡Vaya qué sangría! El duque de Dalmacia no quiso, empero, largarse de Toledo sin cometer los más brutales atropellos y los más escandalosos desmanes. El pobre José se encargó entonces del mando del ejército que dejaba el zurradísimo mariscal y se fué á Valladolid con parte de los franceses que había en Castilla la Nueva.

Los ejércitos aliados se mantuvieron quietos todo el invierno, conforme al plan concertado por Wellington.

II.

No sucedía lo mismo en las provincias del Norte y de Levante. En las primeras tenían los franceses un ejército mandado por Clausel, cuyo cuartel general era Vitoria; eran tropas que iban mermando de cada día más, muy faltadas sobre todo de oficiales. Allí consiguieron numerosos triunfos Longa y Mendizábal. Admirable fué la heroica defensa de Castro-Urdiales, en Mayo de 1813, en la cual se cubrió de gloria su brioso gobernador D. Pedro Pablo Alvarez, que sólo cedió después de haber obligado anteriormente á levantar el sitio á Clausel y Palombini. Asaltado por fin Castro-Urdiales, hicieron los castreños una defensa desesperada, arrojando al mar los cañones y pertrechos de guerra antes que entregarlos al francés. Este pagó tanto heroismo entrando á saco la villa, incendiando y matando á multitud de infelices vecinos.

En cambio, Tafalla, ocupada por los franceses, había sido asediada por Mina y se rendía al ir á asaltar el castillo las tropas de aquel intrépido general. Mina demolió las fortificaciones levantadas por los napoleónicos y envió los prisioneros á los depósitos. Igualmente se apoderó de Sos, destruyendo también las obras de defensa que habían construido los franceses y coronó sus proezas desbaratando en Lodosa una columna enemiga á la cual hizo 300 prisioneros.

Acosado Mina por Abbé y Clausel, que con numerosas fuerzas le cercaban como si se tratara de acorralar á una fiera, hizo admirables contramarchas, obligó á rendirse á la guarnición de Mendigorría, que se llevó prisionera, y pudo burlar aquel ojeo dejando á sus perseguidores corridos y avergonzados.

III.

En Cataluña operaban el 1.° ejército español, los migueletes y los somatenes. Era general en jefe don Francisco de Copons, pero hasta Marzo ejerció interinamente el mando el intrépido barón de Eroles. El plan que se seguía era huir de acciones generales, estrechar las plazas, sorprender las comunicaciones y arruinar y desfortalecer los puntos que se tomaban.

El general francés era Decaén, que residía en Vich y tenía á Lamarque en Gerona, Mauricio Mathieu en Barcelona y Bertoletti en Tarragona, dependiendo él á sú vez del mariscal Suchet, jefe de todas las fuerzas que se encontraban en la antigua corona de Aragón. El total de franceses que había en Cataluña ascendía á unos 16.000 hombres y 800 caballos y á corta diferencia el de españoles. Ilustráronse con sus victorias Eroles, Llauder, Rovira y Copons, que les hizo perder 600 hombres en el Coll de Santa Cristina.

En Aragón se sostenían Durán, el Empecinado, Villacampa y Sarsfield, con parte del segundo ejército; los dos últimos se arrimaban á la frontera de Cataluña, el Empecinado llegaba á veces hasta Soria y Navarra, cuando no se ponía á las puertas de Madrid interceptando las comunicaciones con Alcalá, y por último Durán atraía hacia sí los franceses que estaban en la raya de Castilla la Nueva con Aragón. Todos guerrearon durante los meses de invierno, molestando continuamente al enemigo.

Finalmente en Valencia estaban el resto del 2.° ejército, la división mallorquina de Whittingham y la división anglo-siciliana de Murray, mandada algo después por lord Guillermo Bentinck. Todas estas fuerzas y las de Aragón estaban á las órdenes de Elío, que tenía su cuartel general en Murcia.

El 15 de Marzo habían conseguido los mallorquines una señalada victoria sobre los invasores, arrojando de Alcoy á los franceses y posesionándose de aquella ciudad. Alarmado Suchet por el movimiento de avance de las tropas anglo-hispano-sicilianas,

cuya reunión constituía un verdadero peligro, dado su número, enteróse de la situación de cada una de las divisiones y creyendo que la del general Miyares, apostado en Yecla, era la más flaca, trató de coparla, confiado en lo aislada que se encontraba de las otras. Eran los de Miyares 4.000 hombres, muchos más los de Suchet. Estos les sorprendieron el 11 de Abril dentro del pueblo; defendiéronse los nuestros palmo á palmo por las calles, cubriéndose de gloria los regimientos de Burgos y de Cádiz, pero al fin hubo que ceder, quedando, empero, muy alta la honra militar.

Envalentonado Suchet dirigióse en seguida contra Villena, cuando había ya anochecido, obligando á capitular al batallón de Vélez-Málaga, única fuerza que allí había, dejada con la mayor imprudencia por Elío, á pesar de los consejos que se le habían dado para que no lo hiciera.

Creido ya Suchet de que se había de comer crudo á todo el mundo, fué á atacar á las tropas aliadas, que habían tomado posiciones en las alturas de Castalla, testigo pocos meses antes de la vergonzosa derrota de D. José O'Donnell por el mismo Suchet. No sucedió así esta vez: todos los jefes se portaron admirablemente; no estaba Elío, pero estaban Whittingham y el inglés M. Federico Adam, jefes principales, con los coroneles Romero, Casas, Casteras, Ochoa, Campbell y otros. Perdieron los franceses más de 1.000 hombres y Suchet tuvo que retirarse precipitadamente perseguido por Murray, que no le dejó hasta saber que había llegado á Onteniente. El escarmiento de Suchet había sido duro, justo castigo á su soberbia.

Finalmente, había un 3.° ejército español en Sierra-Morena, al mando del duque del Parque, y organizaba otro de reserva, en Cádiz, el conde de la Bisbal.

Tal era el estado de las cosas de la guerra en la península al dar principio la campaña de 1813.



CAPÍTULO II

Charras y lanceros

I

Grande animación reinaba en el pueblo de Tamames el día 24 de Mayo de 1813. Lord Wellington había llegado por la mañana con dos divisiones inglesas, una portuguesa y considerable número de escuadrones de caballería escocesa. El recibimiento de los leales habitantes de aquel pueblo había sido entusiasta, pero no bastaba esto á explicar la alegría que se veía reflejada en todos los semblantes.

—¡Qué guapo es este inglés!—decía una linda charra cuya cabeza estaba convertida en un rosal.

—Y muy guapo que es,—respondía á su lado una amiga menos bonita que la preopinante,—pero me gusta más aún por lo serio que por lo guapo. No mira á nadie.

—Pues á mí no me gustan los militares si no miran á las niñas y las echan flores.

—Tú eres una española del día, una liberala, Isabelina.

—Teresa, yo soy tan buena española como tú.

—¿Por qué eres liberala, pues?

—Porque sí, porque los liberales son guapos y los servilones no pasarán nunca de ser unos cernícalos. ¿Pues qué te figuras tú que es Velintón sino liberal, y muy liberal por cierto, y amigo y muy amigo de los diputados del Congreso que mandan ahora en lugar del rey?

La discusión originada con motivo de las prendas físicas de Su Gracia el duque de Ciudad-Rodrigo, hubiera acabado quizás de una manera lamentable á no haberla interrumpido una caterva de muchachos que á grito pelado pasaron por la plaza cantando la canción popular de la batalla de Arapiles:

Velintón en Arapiles
Á Marmón y sus parciales
Para almorzar les dispuso
Un gran pisto de tomaááátes.
Y tanto les dió
Que les fastidió
Y á contarlo fueron
A Napoleón.
¡Y viva la nación!
¡Y viva Velintón!

Atraían sobre todo la curiosidad de los dignos tamamenses las tropas inglesas, cuyos encarnados uniformes eran una novedad para aquellos sencillos habitantes, no menos que los regimientos de higlanders, formados de robustos montañeses, de elevada estatura, rubios, de ojos azules y marcial continente. Llevaban el traje de su país: gorra adornada de plumas, ceñido el cuerpo por una especie de chaleco, una falda corta ó tonelete en vez de pantalón, con una piel de zorra delante, á manera de delantal, y un *dirk* ó puñal pendiente á la cintura, desnudas las piernas y cruzado el pecho por el *plaid*, larga banda de tartán de cuadros de vivos colores, sujeta por un broche. Iban armados de fusiles y se distinguían de los ingleses por una expresión mucho más abierta y su aire decidido.

La presencia de aquellas hermosas tropas tenían completamente abstraidos á los vecinos y vecinas del pueblecito cuando de pronto vino á sacarles de su contemplación el lejano eco de clarines que tocaba la marcha de caballería española.

—¡Es don Julián! ¡Don Julián que viene! ¡Don Julián!—exclamaron cuantos se encontraban en la plaza, corriendo á todo correr hacia la carretera de Ciudad-Rodrigo.

Era, en efecto, D. Julián Sánchez que al frente de sus lanceros venía á incorporarse á Wellington, juntamente con la división del conde de España.

El duque abrazó con efusión al denodado caudillo salamanquino y le obligó á compartir con él su alojamiento.

III.

La presencia de los lanceros puso fuera de sí á todas las buenas mozas de Tamames, no siendo la menos alborotada Isabelita, á quien conocemos ya por su adhesión á la causa constitucional.

Vivía la niña en una granja cercana al pueblo, y poniendo fin á una larga conferencia celebrada con un bizarro lancero, dadas ya de mucho las doce, no tuvo más remedio que irse á casa, donde la esperaban.

El lancero no quiso, sin embargo, que marchase sola, y la invitó galantemente á subir en su caballo para hacer el camino.

Isabel no se hizo de rogar; púsose de un brinco sobre el tordillo, cogió las riendas y el caballito echó á andar alegremente, llevando al lado á su dueño, ó mejor dicho, llevándolo á sus piés Isabelina.

El lancero dejó á la niña así que estuvieron cerca de la granja y se despidió de ella con un cordial apretón de manos, no sin quedar en que volverían á verse así que quedase despachada la comida.

Iba á entrar la niña en casa cuando apareció en la puerta una matrona, con gestos y ademanes absolutamente agresivos.

—¿De dónde vienes á estas horas?—exclamó blandiendo una respetable tranca.—¡Qué desvergüenza, Santo Cristo del Perdón! ¡Venirse á caballo! ¡Ya no falta más sino que empuñes también una lanza y te des á correr por esos trigos de Dios!

—¿Qué mal hago yo, madre? ¿Es malo ir á caballo porque el caballo es de un lancero?

—Ya la soltó, ¡un lancero! Buenos son esos lanceros que no piensan más que en cortejos y amoríos.

—¿Que no son buenos los lanceros? Pues poquito que les quiere Velintón; ¿no sabe V. que don Julián está convidado á comer con él?

—Tú sí que vas á comer lo que no tendrías ganas de probar; entra, entra, y verás qué julepe...

Pero Isabelina, con la misma ligereza con que don Julián pasaba entre los franceses sin poder cogerlo, siguió la dirección de una tangente al círculo trazado por la tranca, llegando sana y salva al pié de la escalera que conducía á los pisos superiores.

—Déjala, mujer,—exclamó en esto el marido, saliendo de un cuarto donde se guardaban los aperos de labranza.—¿No ves que es una niña?

—Una niña que me causa la muerte con esos devaneos. ¡Habráse visto! ¡Atreverse á escuchar los requiebros de un mozo, un perdido, un estudiantón de teología que más debiera pensar en Dios que no en las mundanales tentaciones!

—Déjalo estar, mujer; más vale que se dedique á matar franceses que no á quemarse las cejas para cantar misa. De sobras tendréis curas que la digan y no salen todos los días valientes como los de don Julián.

—¿Pero no ves que esa chiquitina cualquier día se nos va con ellos? ¡Si ya aprende á montar á caballo!

—¡Bah, todo eso tendrá adelantado! Vaya, vamos á comer.

En esto se dejó oir la voz de Isabelina cantando, mientras ponía la mesa, la canción favorita entonces de todo aquel país:

Cuando don Julián Sánchez
Monta á caballo,
Se dicen los franceses
Ya viene el diablo.
Ea, ea, ea,
Ea, ea, eh,
Era un lancerito
Que me viene á ver,
Él me quiere mucho
Yo le quiero á él.

—

Un lancero me lleva
Puesta en la lanza.
¿Si querrá que yo vaya
Con él á Francia?

Ea, ea, ea,
Ea, ea, eh,
Era un lancerito
Que me viene á ver,
Él me quiere mucho
Yo le quiero á él (1).

—¿No ves qué descaro? ¡Atreverse todavía!...—exclamó la airada charra.

—Pues que se quieran,—repuso el marido.—Yo no soy lancero porque voy ya cuesta abajo, que á tener veinte años, ¡vive Dios, que no había de tener don Julián quien me ganara!..,

Del mismo parecer fueron también tres arrapiezos que corearon á voz en cuello la canción de su hermanita y lloraron como unos desesperados mientras engullían los sopirritones, queriendo que les llevasen á ver á Velintón y á don Julián.

IV.

El lancero esperaba á Isabel en el mismo punto donde la había dejado, á la sombra de un olmo, orilla de un arroyo, pero no parecía estar del mejor talante.

La intrépida niña no esperó á acabar de quitar la mesa para salir de nuevo á *hablar* con el lancero, confiada en que las maternales amenazas no llegarían á tener cumplido efecto, pues estaba acostumbrada de muchos meses á semejantes mohinas.

Era Isabel indudablemente la más bonita charra de Tamames y sus contornos. De arrogante figura no hay para qué decirlo siéndolo todas las de aquel país, pero era además de eso verdaderamente bella por sus hermosas trenzas rubias, sus dulces ojos de color de cielo, fina nariz y encendidos labios, que formaban una deliciosa mancha encarnada sobre la blancura de la tez, graciosamente matizada por algunas graciosas pecas.

Tienen fama las charras de ser enamoradas y sensibles, y no se desmintió tan lisonjero mote en aquella heroica época. Aquellas hasta entonces solitarias montañas y llanuras viéronse convertidas durante la guerra en principal teatro, y los salamanquinos, que de luengos años no habían visto en su territorio más que naturales del país, pudieron contemplar desde el año ocho todo linaje de gentes extranjeras, desde los hijos del Vístula á los románticos montañeses de los *clans* de Escocia, desde los petulantes provenzales á los fríos ingleses, desde los italianos de Franceschi á los alemanes de Leval.

Tal cambio en sus costumbres y monótona existencia removió las profundas fibras de su sér y puso en conmoción las pasiones y sentimientos latentes en sus ánimos; de ahí que en aquella tierra donde el valor había sido siempre un distintivo de sus hijos, probado en los peligrosos ejercicios taurinos de los *herraderos*, donde las mujeres habían amado con pasión cantada por los insignes poetas de la escuela salmantina, surgieran guerreros como los que se cubrían de gloria á las órdenes de don Julián Sánchez, se hicieran defensas como la de Ciudad-Rodrigo y se dieran casos de abnegación femenina como los innumerables que corrían de boca en boca.

El lancero no pudo contener un movimiento de orgullo al ver venir hacia él á la bella niña, disipándose la expresión algo sombría, hasta entonces, de su rostro, y exclamó:

—¡Por Dios y por los santos, que si no tuviera yo, por la obligación que me he impuesto, que pelear por la patria y por la libertad, batiérame como don Quijote, por la dama de mis pensamientos, la sin par Isabel Fresneda!

—Gracias mil, señor caballero, por sus corteses frases,—respondió Isabel con deliciosa ironía, enseñando sus blancos dientes.—Espero, sin embargo, que la patria y la libertad no harán que olvidéis en las batallas á la fermosa fembra ó castellana, como mejor quisiérades, del castillo ó granja, según más vos acomode, de los Chaparros.

—Señora mía, prometo que enviaré á los piés de vuestra fermosura á un desaforado gigantazo que vendrá á suplicaros os dignéis disponer de su futura suerte.

—¿Eso me prometéis, señor caballero... de la Herméutica?

—Eso os juro, serenísima señora princesa de los candeales...

Si el mozo no era lerdo, la moza no era menos lista y tenía ciertos barruntos de los libros que había tirado el buen bachiller Luís Martínez.

La conversación en medio de toda su chunga tenía cierta gravedad.

(1) Recogida, lo mismo que la anterior, por el insigne Mesonero Romanos.

—Basta ya de caballerías, en plural,—dijo Luís,—y vengamos ahora á lo que tenía que decirte, Isabel mía.

El lancero tomó de las riendas al caballo y pasito á paso fueron acercándose al pueblo la niña y el galán.

—Isabelina, la campaña que ahora ha comenzado será larga tal vez y quién sabe si peligrosa: vamos á jugar la partida decisiva. Yo juro serte fiel eternamente; prométeme tú que si muero no te casarás con otro que con quien haya peleado en favor de nuestra sagrada independencia. Corren por ahí malos españoles que han osado abandonar la causa nacional... ¡anatema sobre ellos! Si á la hora de morir se me representase que pudieses tú unirte en tu vida con alguno de ellos, creo que tendría fuerzas todavía para venir á maldecirte.

—Me ofendes, Luís, con todo lo que has dicho. Perderte á tí, sería yo morirme. ¿Qué piensas, pues, en que dé mi mano á otro? ¿Qué te atreves á advertirme de que me niegue á recibir ni la salvación eterna de un afrancesado?

—Gracias, Isabelina, y no hablemos más de eso, que de todos modos es una tontería, pues harto sé yo que ninguna bala ha de tocarme, aunque pasen cien mil por donde yo me encuentre. Pero eres tan bella, eres tan hermosa, que no debes extrañar que tenga yo celos hasta de mi propia sombra.

—¿Por qué me hablas así y me miras con esos ojos?

—Por nada, créelo; aprensiones mías.

—¿Pero aprensiones de qué? ¿Qué motivo tienes, por mínimo que sea, para dirigirme esas palabras que me has dicho?

—Oye, pues; hay un oficial en el estado mayor del conde de España que no ha dejado de mirarte mientras estábamos hablando y luégo nos ha venido siguiendo, hasta que al reparar que yo había notado su importunidad, ha vuelto grupas; pues bien, quiera Dios que me equivoque, pero la cara de ese hombre no me gusta, la cara de ese hombre me hace sospechar no sea un traidor. Pero yo seguiré sus pasos, yo le vigilaré.

—¡Visiones tuyas! Si no es más que por eso por lo que me has hablado con tanta ceremonia, cree que hay más motivo para que me ría que no para que haga mucho caso de tus palabras. Bien harás en vigilarle si te parece un felón, pero en cuanto á mí, no debes imaginar siquiera que yo me vuelva á acordar más, siquiera, de lo que me has dicho. ¡Ea, lancerito mío! á matar gigantes y no descuidarse en mandarme vivo al gran Alifanfarón ó al terrible Caraculiambro.

—¡Cómo me tranquiliza tu risa franca y tu mirada clara y límpida, más que las aguas de este arroyo! Gracias, Isabel mía, pero no puedo ya detenerme más. Tocan á montar y nosotros vamos á la vanguardia. Adiós, quiéreme siempre y está segura de que terminada la campaña en vez de volver al seminario nos iremos juntos á la vicaría.

No pudo contener la niña algunas lágrimas, quitóse una rosa de las que llevaba en la cabeza y dióla á Luís Martínez, que la llevó á sus labios, ostentándola luégo en su pecho, sujeta en los alamares de la chaquetilla.

Las tropas anglo-hispano-portuguesas salieron de Tamames, atravesando por los espesos bosques de aquel terreno áspero y quebrado y pernoctaron en Alba de Tormes, otra vez en poder nuestro, gracias á la bizarría de Morillo.

Además de la división de este general encontrábase también en Alba la inglesa de Hill, formando ambas la derecha del ejército aliado.

V.

Al día siguiente entraba Enrique Osorio en el alojamiento ocupado por el brigadier Espinosa, héroe principal de la toma de Alba de Tormes, alcanzada por los cazadores de la Unión.

Espinosa quedó visiblemente afectado recordando sin duda las tristes escenas de la muerte de Rosario.

Osorio le abrazó cariñosamente y sin mentar para nada lo anteriormente ocurrido, hablóle en seguida de la campaña en que iban á pelear juntos.

—Ya verás cómo no paramos hasta París,—exclamó Osorio.—Me conviene ir allí sin falta.

—¿Pues, por qué?—repuso Espinosa, creyendo adivinar el motivo.

—¡Qué! ¿No sabes acaso que los franceses se me llevaron á Eponina?

—Nada sabía de eso.

—Lo que oyes. Tenía yo á la pobre muchacha muy guardadita en Salamanca, donde iba á verla todas las veces que podía escabullirme, y creí que estaría segura también allí aunque debiésemos retirarnos y volver Salamanca á caer otra vez en manos de los

vencidos de Arapiles. Entran, en esto, el día de San Eugenio, el 15 de Noviembre, y no se les ocurre mejor manera de desquitarse de la derrota anterior que volando las mejores calles, templos y edificios de la infeliz ciudad. Eponina vivía en la calle Larga; empiezan á reventar minas, á arder casas, á desplomarse paredes y campanarios y la pobre muchacha, sobrecogida de terror, se lanza á la calle, despavorida y medio asfixiada por el humo. Corre sin saber á donde y tropieza con una patrulla. ¡Alto! Interrogatorio al canto. ¿Una francesa? ¿Quién es usted? Sale un barbilindo: *¡Oh, ma belle! ¡Ma belle infidele!* Cuatro tiros ó seguirme. ¿Qué había de hacer la pobre muchacha? ¡A Francia! No sola, sin embargo, sino en compañía de tres ó cuatro sobrinas de la *tía Fingida* destinadas á los *menus plaisirs* de los *gros banquiers* del *grande Empire*. Ahí ves.

—¿Y has tenido noticias suyas?

—Puntuales y exactísimas desde *Toulouse*. No falta en Madrid quien se encarga de recibir cartitas que van á parar á Ciudad-Rodrigo.

—Me alegro de tanta fidelidad.

—Por lo mismo, estoy en el deber de ir á rescatar á esa paloma del poder de los milanos que la cercan.

—Iremos á Tolosa, pues; no hay más que decir.

—Iremos, sí, señor. ¡No faltaba más sino que no fuéramos!

—Adelante, pues, que si necesitáis caballo ahí está el mío...

—Gracias, don Roldán, ya tengo, pero sí os ruego me dejéis vuestra espada de combate cuando llegue el momento de batirme con el mozo que se llevó mi princesa.

—¿Sabéis quién es?

—Sí, sí. ¡Oh, prosa vil! Un auditor del Conseil d' Etat, un pekin, M. Anacarsis Diomedes, *Le Roy des Trois-Barbouillards*.

—En este caso, más que con Enrique Osorio, debiera batirse con el senhor José Luís Cristóbal Barretto Silva Figueira Leal Coutinho de Castello Grosso, nuestro simpático comisario de guerra portugués.

VI.

Había sido el intento de los franceses impedir el paso del Duero á los ejércitos aliados, pero les había salido mal este propósito, puesto que varias divisiones inglesas habían cruzado ya el río en Portugal, con gran sorpresa de los enemigos, sobrecogidos, y que no atinaban por dónde habían podido plantarse aquellas tropas á la derecha del río.

La izquierda de Wellington se encontraba, pues, á la otra orilla del Duero, disponiéndose ahora á cruzarlo por Toro el centro y la derecha. Había para ello que pasar el Tormes por Salamanca y en su virtud dió Wellington orden de marchar sobre esta ciudad, ocupada por Villatte.

Todos ardían en deseos de pelear, distinguiéndose, empero, los lanceros de don Julián, que como hijos del país estaban irritadísimos contra los franceses por los desmanes cometidos desde que habían vuelto á enseñorearse de aquellos pueblos, cuando la retirada de Wellington á Portugal, medio año antes.

Ya los franceses conocieron que iba á combatirse con más furor que nunca por el carácter de las recientes refriegas que había habido. El ataque de Alba de Tormes, por Morillo, habíase verificado con un ímpetu y aplomo que no estaban acostumbrados á ver los contrarios. La guarnición francesa de Alba, compuesta de infantería y caballería, fué arrojada al otro lado del río, perseguida por los nuestros y no paró hasta Huerta.

Los franceses, para contrarestar la marcha de los aliados, habían abocado á Castilla la Vieja los tres ejércitos del Norte, Centro y Mediodía, reasumiendo el mando en jefe José Napoleón, que tenía establecido en Valladolid su cuartel general. Era su jefe de estado mayor el mariscal Jourdán y estaban á sus órdenes Reille, Clausel, Drouet d' Erlón, Gazán, Foy, etc.

José veía con desesperación que iba á perder la línea del Duero, después de haber tenido que abandonar la del Tajo. Pronto iba á convencerse el francés del poderoso talento militar de Wellington y á la vez del alto grado de instrucción, disciplina y marcialidad que habían adquirido de pocos meses á aquella parte los ejércitos españoles.

VII.

El 27 de Mayo abandonaban los franceses á Salamanca después de un recio combate en el cual dejaron 200 prisioneros y tuvieron grandes bajas. De nuevo veía la ciudad entrar á las tropas españolas y á los ingleses de Wellington, con la confianza ahora de que ya no volverían más los franceses, tantas ve-

ces arrojados de allí y vueltos á dejar sentir su ominoso yugo.

El capitán Osorio fué á hospedarse en su casa con Espinosa, sintiéndose hondamente conmovido al encontrarse allí con el marido de su hermana.

Pasaron los dos á un salón adornado con retratos de familia, entre los cuales figuraba uno bellísimo de Aurora, obra de Bayeu.

Mirólo Enrique largo rato y dijo á Espinosa:

—Falta el de tu mujer.

—Espero, sin embargo, que pronto tendremos ocasión de que pueda estar aquí con los demás. Se lo encargaremos á Goya, cuando vayamos á Madrid.

—¡Qué disgusto me dió esa muchacha con su escapatoria con el polaco! Pero luégo he vuelto á tener noticias suyas y todo se lo perdono ya.

—¿Qué has sabido?

—Hará dos meses recibí cartas de Cádiz, de los generales Miranda y Revoredo, en que me daban las más gratas noticias respecto á la acogida que les había dispensado en Rusia.

—¡Cómo! ¿Están ya otra vez aquí Miranda y Revoredo?

—¿Pues no lo sabías?

—¡Hemos estado tanto tiempo sin recibir cartas en los acuartelamientos de Extremadura!

—Es extraño, sin embargo, que no tuvieses noticia de esto.

—Y mucho que lo siento, ligándome tan estrecha amistad con esos bravos patriotas.

—¿Quién era el encargado de recibir la correspondencia?

—Un oficial de E. M. de D. Carlos de España, pero no hay nada que sospechar de él.

—Sin embargo, parece extraño que habiéndote escrito Miranda, según me dice, repetidas veces, haya ocurrido semejante extravío.

—Procuraré enterarme de cómo ha sido, tanto más cuanto que según creo ese oficial debe de estar aquí con el general España.

—Creo que harás muy bien; pero volviendo á lo que estábamos diciendo, ha sido para mí una grande satisfacción saber que Aurora ha dejado para siempre de sentir simpatía alguna por nuestros enemigos y creo que por tu parte habrás aprobado también lo hecho por la condesa Julia.

—Sí, por cierto; mucho me satisfizo que á pesar de la horrible pena que debió causarle, rompiera aquellos sacrílegos amores y volviera al seno de la religión, pero me entristece saber que no se contentó con la vida del convento, sino que desapareció para hacer penitencia en lo más salvaje de estas sierras. Nadie ha sabido darme razón de ella, por más que he preguntado mil veces durante el camino al atravesar las montañas que separan Leon de Extremadura.

—Grande fué su culpa y grande ha de ser también la expiación; por lo demás, el marqués de Lagarde se consoló perfectamente con su antigua querida.

—El marqués es noble y generoso; fué tan desastrosa aquella expedición, que quizás obraría movido más bien por lástima que para buscar un consuelo á su dolor.

—Eso creo también; Eponina me dice que la condesa de la Chategneraie no es la misma de antes, sino que está muy desmejorada y áun se barrunta si le dan como accesos de locura.

—¡Pobre mujer!

—No dirás eso de la duquesa de Orgiva...

—¿Por qué? ¿Ha olvidado ya á su malogrado esposo?

—No digo que lo haya olvidado, pero sí que Revoredo parece muy esperanzado de conseguir su blanca mano.

—En este caso, estará contento también mi amigo Fraser. Pronto deberemos vernos y entonces sabré á qué altura se encuentra en sus relaciones con doña Brianda.

—¿Dónde está ese amigo?

—A la otra parte del Duero, con Graham.

En esto entró un criado á anunciar que un lancero pedía hablar en seguida á D. Enrique Osorio.

Salió el joven capitán y al cabo de un rato volvió á entrar.

—¿Cómo se llama ese oficial de E. M. de quien hablábamos, encargado de recibir la correspondencia?

—No recuerdo bien. Creo que Pérez.

—El mismo es, Manuel Pérez Silva. Un lancero acaba de llegar para noticiarme que le ha sorprendido abriendo un pliego dirigido al conde de España por el duque de Ciudad-Rodrigo. El lancero lo traía para entregarlo al conde en persona, pero el otro se lo ha quitado, mandándole que se retirase en seguida. El lancero ha hecho como que obedecía, pero como corteja á la hija de la casa, le ha encargado mirase lo que hacía el oficial, y Mencigüela, que así se llama la muchacha, ha corrido á decirle que el caballero aquel había entrado en la cocina, como un

vulgarísimo mortal, había colocado el pliego sobre un puchero de agua hirviente y que al favor del húmedo calorcillo que de allí salía se había despegado al poco rato la oblea del sobre, leyendo entonces lo que decía el contenido, de donde inferirás que no es malo que los lanceros sean enamorados y que las charras sean sensibles.

—Bien está; ya cuidaremos entre los dos de ajustarle las cuentas á ese señorito.

—Recuerda bien el nombre, Manuel Pérez Silva.

VIII.

Dos días permanecieron en Salamanca las tropas acaudilladas por Wellington; el 29 de Mayo salió el duque llevándose el centro y retrocediendo á la frontera de Portugal, donde pasó el Duero, frente á Miranda, habiendo dejado entre el Tormes y el Duero las divisiones España, Morillo y la inglesa de Hill, pero no la caballería de D. Julián Sánchez, que había querido de todas maneras que le acompañara.

Los movimientos de Wellington habían sido ejecutados con tales precauciones y tanta celeridad que el enemigo los ignoró del todo hasta que se vió encima todas aquellas tropas, conociendo entonces claramente el sabio y bien entendido plan del duque de Ciudad-Rodrigo, y cayendo, aunque tarde, en que era inútil é imposible la línea del Duero.

Puestos la izquierda y el centro del ejército aliado á la derecha del Duero, y engrosadas aquellas hermosas tropas con las divisiones que estaban en el Vierzo y Asturias, mandadas respectivamente por don Pedro Agustín Girón y el bizarrísimo Porlier, entraron juntas en Toro, donde aguardaron se les reuniesen Hill y Morillo. El conde de España quedó con su división guarneciendo Zamora, Salamanca, Ciudad-Rodrigo y Toro, y todas las demás pusiéronse en marcha el 6 de Junio, acaudilladas por Wellington y adelantando tan rápidamente que el día 12 se encontraba el ala derecha frente á Burgos y la izquierda en Palencia.

José Napoleón se había retirado de Valladolid ya el día 4 y se encontraba por entonces en la antigua cabeza de Castilla, que abandonó con todas sus tropas el 13 de Junio.

La caballería de D. Julián Sánchez había hecho proezas todos aquellos días, especialmente en un choque que hubo entre Toro y Tordesillas, y posteriormente también, al presentarse Hill delante de Burgos.

Los franceses antes de abandonar esta ciudad volaron el castillo, que quedó reducido á un montón de escombros, pero no fué esto lo malo, sino que había en los almacenes infinidad de bombas y granadas que ocasionaron desgracias sin cuento en la ciudad, lo mismo en edificios que en personas.

IX.

Después de la *heroica* hazaña que acabamos de referir, tomaron los franceses el camino de Vitoria yendo por Pancorbo y Miranda de Ebro, si bien no muy de priesa.

Creía José Napoleón que con poner el Ebro por en medio entre los aliados y los franceses estarían éstos mejor resguardados, además de tener cerca su ejército del Norte y cercana la frontera del imperio. Estar á la otra parte, era como estar en Francia, decíase el buen hombre.

No contaba, empero, el excelente José con que los españoles que le venían á la zaga corrían más que sus tropas y que al pasar éstas el Ebro por Miranda lo habían cruzado ya por Polientes, más arriba, las divisiones de Girón, Porlier y Graham. El centro, mandado por Wellington, lo atravesó por San Martín de Linés, en el valle de Valderribles, y la derecha aliada por Puente de Arenas, en la merindad de Valdivielso. El 18 agregóse á Graham la división Longa, en Medina de Pomar.

A pesar de estarse en el mes de Junio no podía ser más desapacible el tiempo que reinaba. Las marchas de los aliados eran admirables bajo el punto de vista estratégico, pero aumentaban más el mérito de su rigorosa precisión las penalidades que debían sobrellevar aquellas beneméritas tropas.

Estaban intransitables los caminos, tanto por el terreno, fragosísimo de suyo, como por las copiosas lluvias que habían sobrevenido. No era la nieve, como en Rusia, lo que obstruía el paso, sino el barro; así es que los zapadores tenían que abrir continuamente camino para que pudiese pasar la artillería, hundida á cada momento en aquellos lodazales.

El país que atravesaba el ejército anglo-hispano-lusitano era de los más pobres de España, y en consecuencia muy despoblado y con los efectos de la guerra más miserable que nunca. Tierra estéril de

suyo y devastada por la invasión extranjera, no era ciertamente á propósito para bastar á la provisión de aquel numeroso ejército.

Reinó, pues, el hambre á veces, pero todo lo sobrellevaban con paciencia aquellas tropas, confiadas en que se acercaba el momento de aplastar para siempre á los ejércitos enviados por Napoleón para tener avasallada la península.

X.

La presencia de los aliados allende el Ebro desconcertó completamente á José y á los generales que estaban á sus órdenes. Antes los habían visto á la otra orilla que pensar en cómo disputarles el paso. La aparición rápida, inesperada, de Wellington en las montañas de Vizcaya y Alava y la presencia del cuarto ejército español, al mando de D. Pedro Agustín Girón, junto á Bilbao, ocasionó á José y á las tropas que regía un verdadero pánico, reconcentrándose precipitadamente en Vitoria, fortificándose en Bilbao y Santoña y abandonando Castro-Urdiales y Guetaria.

Todo anunciaba la proximidad de una batalla campal, que de ganarla los franceses no haría más que demorar por algún tiempo más la guerra, pero que de perderla era el fin decisivo de la invasión extranjera, la retirada vergonzosa del rey intruso, el triunfo supremo de España sobre Napoleón.

El día 20 de Junio tenía Wellington sus cuarteles en Subijana de Alava, su izquierda frente á Vitoria y su derecha, compuesta de los ingleses de Hill, los portugueses del conde de Amarante y la división Morillo, frente á las alturas de Nanclares.

Mendizábal bloqueaba á Santoña, mientras el ejército de reserva, organizado en Andalucía por el conde de la Bisbal y llegado ya á Castilla la Vieja, quedaba en Pancorbo sitiando á la guarnición que habían dejado allí imprudentemente los franceses.

XI.

Espinosa, Méndez y Fraser se encontraron otra vez juntos en el campamento de Nanclares. El bizarro teniente coronel mandaba un batallón del regimiento de la Constitución y Fraser era ayudante de Hill.

Muchos meses habían pasado sin que hubiesen tenido noticia los dos militares españoles de su amigo el inglés, si bien éste había estado perfectamente enterado de los brillantes hechos de armas de Espinosa en el ataque de Alba de Tormes al frente de los cazadores de la Unión y de la brigada Doyle, no menos que del temerario comportamiento de Méndez al desalojar á los franceses de las alturas de Hormazas, cuya derrota fué la señal del abandono de Burgos.

—¡Qué marcha esta!—exclamó Méndez dirigiéndose á Fraser.—¡Qué gran general el duque de Ciudad-Rodrigo! En menos de un mes tropas salidas del fondo de Extremadura, Portugal, Galicia y Asturias se encuentran hoy cercando á los franceses en sus últimas defensas. La línea del Duero, las líneas del Carrión y del Pisuerga, la línea del Ebro, finalmente, han sido franqueadas por los aliados con una regularidad como á compás.

—Gracias mil en nombre de mi nación, amigos míos,—repuso Fraser;—aquí es donde se habrá formado lord Wellington para en su día batir á Napoleón ya de una vez para siempre, en su campo decisivo. El duque de Ciudad-Rodrigo no duda ni por un momento del buen éxito de la batalla que se prepara, seguro del valor y disciplina de todos sus soldados.

—Aunque así no fuera, bastarían á darle ilustre fama el avance y comienzo de la actual campaña,—replicó Espinosa.—¡Qué seguridad! ¡Qué manera de calcular con precisión matemática las marchas, de anticiparse á los designios del enemigo, de prevenir todos sus movimientos, de tener á éste en continua alarma y recelo, de obligarle á abandonar casi sin resistencia sus mejores puestos, Alba, Salamanca, Toro, Zamora, Valladolid, Burgos, Miranda, Castro-Urdiales!

—Maniobras han sido que denotan en vuestro general un estratégico de primer orden y merece loor eterno.

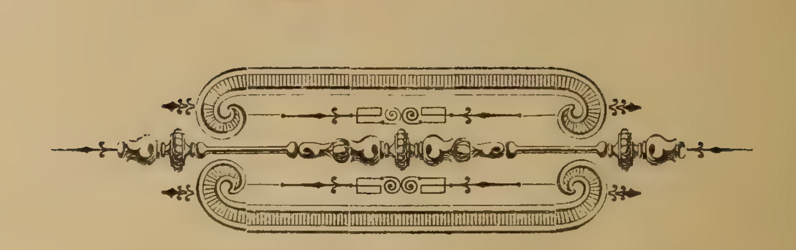
—¿Qué no se puede hacer con soldados como vosotros? Nada ha bastado á hacer flaquear vuestro valor en medio de los críticos instantes que hemos tenido que pasar. Vuestros generales han secundado todas las órdenes con una puntualidad y precisión que bastarían por sí solas para estar orgulloso de poder disponer de tales capacidades. No hablo de la pericia y valor del intrépido Morillo, ni de la incomparable osadía de Porlier. ¿Qué hay superior á la gran estrategia de D. Pedro Agustín Girón, compareciendo en Villalpando á la hora prefijada á pesar

de haber tenido que vadear ríos crecidos con las lluvias y que atravesar por entre franceses, esquivando dar batallas según se le había prevenido?

—Todo dará ahora su resultado,—dijo Espinosa.—Las armas aliadas, vencedoras en la próxima batalla, darán la paz al mundo, derrocando de su pedestal al tirano opresor de Europa.

Tal era el espíritu que animaba sin distinción á las tropas que conducidas por el *duque de Hierro* desde el lejano occidente de España, hasta tocar en la frontera francesa, esperaban impacientes la señal de comenzar el fuego.

En esta situación les dejaremos, trasladándonos ahora á la desamparada capital del reino, donde ocurrían cosas muy dignas de ser contadas, para lo cual deberemos retroceder un mes atrás.



CAPÍTULO III

La familia Tamajón

I

La marcha de Soult á Francia en Abril del año en que se desarrollaron los sucesos de que estamos dando cuenta, había sido ocasión de que las tropas que ocupaban antes á Castilla la Nueva se encontrasen muy disminuidas; así fué que quedó sumamente mermada la guarnición de Madrid, obligando lo reducido de su número á mostrarse los invasores más comedidos que hasta entonces con los naturales, si bien lo que ganaban los madrileños en buen trato lo perdían en dinero, ya que las contribuciones eran incesantes y onerosísimas.

Daban las dos de la tarde del día 25 de Mayo de 1813 y se preparaban los honrados moradores del cuarto segundo de la casa número 37 de la calle de los Leones á despachar la invariable olla de garbanzos, servida ya en la mesa, cuando dos aldabonazos dados en la puerta de la calle, hicieron suspender el comienzo de aquel importante acto.

Digamos ahora que los habitantes de aquel cuarto eran el señor D. Toribio Tamajón, administrador general de los bienes de D.ª María de los Dolores Portocarrero Orozco de las Cuatrosendas, marquesa viuda de Montefuego, y la apreciable familia del preinserto administrador, compuesta de su señora doña Emerenciana, de dos niñas casaderas, llamadas respectivamente Juliana y Felipa, y de un mocito de unos doce años conocido familiarmente por Curro, y no había más, puesto que la familia no podía permitirse el lujo de tener criada en razón á lo malo de los tiempos.

Modestísimo era el ajuar de la casa: sillas de Vitoria y una mesita de pino con un velón de cuatro picos en el recibidor, adornado además con varias estampas representando la historia de Loth y sus hijas, con caras y trajes éstas de la época del Directorio; una mesa cuadrada de madera blanca, que podía extenderse levantando dos tablas dobladas á cada lado, algunas sillas, dos sillones de enea y un canario dentro de una jaula en el comedor, sirviendo aquí de adorno en las paredes dos guitarras y una pandereta; una sala con alcoba, con balcones á la calle, en la parte de delante, amueblada con sofá de estrechísimo asiento, sillas de madera barnizada con respaldos en que había pintados unos países, sendas cornucopias en las cuatro paredes y una cómoda sobre la cual descansaba un gigantesco escaparate con figuras, montes y árboles de bulto representando la Resurrección y seguidamente el despacho del dueño de la casa, consistente en una mesa pintada de negro y sobre ella un enorme tintero de plomo, legajos y un *quinquet;* un armario sobrado pequeño, si era para guardar los libros, con cortinillas de percal de color de rosa para evitar la curiosidad de los que quisieran enterarse del contenido y un gran cuadro representando el lienzo de la Verónica de tamaño más que natural y de dibujo eminentemente fantástico.

Varios cuartos oscuros en que no osamos penetrar por respeto á la castidad, servían de dormitorio, suponiendo que una especie de calabocillo sería el sagrado de la cocina en que se confeccionaban el cho-

colate y los garbanzos diariamente y los estofados de carnero los domingos.

II.

Ocupándonos ahora en el personal de la casa, debemos decir que D. Toribio Tamajón era un respetable quincuagenario, alto, flaquísimo de carnes, de aire modesto y covachuelista y fisonomía eminentemente insignificante, como de hombre poco dado á pensamientos de alto vuelto y exceptuado de tempestuosas pasiones; sólo se le conocía cierta afición al jaquete y á las comedias de espectáculo, pero en lo demás era dechado de la más perfecta templanza, una de las más apreciables virtudes cardinales.

Formaba contraste con él, por lo que respecta al volumen y estatura, su digna esposa D.ª Emerenciana Carvajal, antigua maestra costurera, beldad celebradísima en los buenos tiempos del príncipe de la Paz y espejo de pulcritud en su vestido y partes subyacentes y adyacentes. Era blanca sin ponerse polvos ni cosa de droguería, de ojos negros y brillantes, nariz algo desenfadada y delicioso cuello, cortito pero redondo, con un lunar en el lado derecho.

Julianita se parecía á su papá en punto á delgadez y porte humilde; iba siempre de negro por haber hecho voto de vestir diez años el hábito de los Dolores y era reputada como bordadora habilísima; nada había en su fisonomía morenita que llamase la atención, á no ser cuando oía hablar de los franceses, en cuyo caso frunciánse sus negros ojos con extraña expresión, como de odio mezclado con desprecio, y se ponía pálida.

La hermanita, Felipa, era en cambio un pimpollo en toda la extensión de la palabra; gustábale hasta rayar en manía el color de rosa; era rubia, insolentemente bonita, lozana, bien modelada, reidora y sobradamente ceceosa.

Y con decir ahora que Curro era un muchacho viva imagen de su madre, y por contera, jefe de pelea de los chicos de su barrio, quedan terminadas las filiaciones de toda la familia.

III.

Bueno será ahora que, hecho ya el retrato físico, demos ligera cuenta de la historia económica, moral y política de los Tamajones, datos importantísimos, como verá en lo sucesivo el curioso lector, para la comprensión de ciertos hechos, porque de la aparente tranquilidad de aquel hogar que parecía una égloga, podía decirse también con el poeta: *Latet anguis sub herba...*

En efecto, la hidra de la política se albergaba allí, disimulada y esperando la ocasión de devorar á alguien; allí estaban representados los tres partidos, nada más que tres, en que se dividían entonces los españoles; don Toribio, Juliana y Curro profesaban en alta voz sus opiniones netamente favorables al rey absoluto; la señora de la casa, antiguo ídolo de diversos poetas, era liberal, como Quintana, y la hermosa Felipa, ¡horror de los horrores! abrigaba en lo más recóndito de su fuero interno execrandas tendencias josefinas...

Corolario de tan lamentables diferencias políticas, afortunadamente no salidas á la superficie todavía, eran los distintos gustos literarios de las niñas, puesto que los papás no se metían en tales cosas como era leer libros; no ocultaba Juliana su afición á las comedias calderonianas, y aceptaba, á falta de ellas, los espantables engendros de D. Bernardino José de Reinoso y Quiñones, D. Manuel de Iparraguirre, Solano, Mello, Solo, Laviano y demás malandrines, al paso que Felipa era moratinista decidida y enemiga verdaderamente implacable de las comedias *desarregladas.*

No habían trascendido tales diferencias á otras esferas más delicadas que el arte y la poesía, reinando completa unanimidad respecto á religión.

Para concluir, diremos que el señor don Toribio recibía de la marquesa de Montefuego la cantidad de ochocientos reales vellón al mes, figurando como ingresos adicionales los bordados de Juliana y la costura de Felipa, pues ha llegado ya el caso de decir que Felipa era la encargada de *confeccionar* los trajes de la Excma. Sra. doña María de los Dolores Portocarrero, etc., etc.

IV.

Repitiéronse los dos aldabonazos, sin dar tiempo á que Julianita saliese á la escalera á preguntar: *¿Quién?* visto lo cual abrió la puerta Felipa, pronunciando el conciso pronombre propio de aquel caso en todos tiempos.

—De parte de la señora marquesa, que vaya en

seguida doña Felipa á su casa. Díganle que el coche está esperando.

—¿Qué te querrá con estas prisas la señora?—dijo Juliana.

—No sé, como no le haya dado la manía de no dejarme comer á la hora.

—Anda, pues, niña, y vuelve pronto,—repuso doña Emerenciana.

—No tardes, sí,—añadió don Toribio.

—Despacha pronto,—agregó á lo dicho Curro.

—No estén Vdes. con cuidado,—respondió Felipa,—el coche me volverá en seguida.

Felipa entró en la sala, se puso una flor, prendióse la amplia mantilla, salió á la puerta, santiguóse y murmuró:

—¡Dios me perdone!...

Luégo bajó rápidamente las escaleras y al llegar al portal vió que al extremo de la calle, junto á la del Desengaño, había parado un vehículo.

La niña entró en el coche, que era uno de los llamados *bombés*, y el carruaje partió en dirección al portillo de Santa Bárbara.

V.

Al llegar á Tejares, donde hoy está Chamberí, apareció tras del carruaje un caballero joven, ginete en un brioso alazán; volvió la cabeza el cochero al rumor del galope á que venía el caballo y detuvo el bombé.

El joven, que iba vestido de paisano, con la mayor elegancia, acercóse á la portezuela, á punto que asomaba por ella la linda cabecita rubia de Felipa.

—Gracias, querida mía,—exclamó el caballero.—¡Al fin podremos ser felices!

Y diciendo esto abrió la portezuela y subió al coche, dando orden al auriga de que enganchase el nuevo caballo y arrease en seguida.

Al caer de la tarde el bombé se detenía en Torrelodones y los dos viajeros se instalaban en el parador del pueblo, pretextando tener que hacer noche allí para encontrarse al día siguiente en el Escorial.

El ventero les destinó el único cuarto disponible que había en la posada y los dos jóvenes se apresuraron á instalarse en el camaranchón, no sin cerrar cuidadosamente la puerta y la ventana del mismo.

La habitación quedó alumbrada por un enorme candil colgado de un alambre en uno de los rincones y pudo verse que el ginete tendría unos treinta años y era alto, robusto, de señoril talante y aire militar. Llevaba sombrero redondo, larga levita, calzón corto con polainas muy altas, zapatos de oreja con hebilla de plata, corbata monumental y zapatos de talón herrado, según la moda elegante de 1813, venida de Inglaterra.

Quitado el sombrero apareció en toda su gallardía la cabeza del *currutaco:* pelo castaño, despejada frente, ojos negros, correcta nariz, boca pequeña y ovalado rostro, formando el conjunto un tipo varonil.

Leíase en aquel semblante como cierta fatiga ó melancolía, procedente más bien del alma que del cuerpo; algunas arrugas cruzaban su frente pálida y sus ojos revelaban interior tristeza. El joven miró á Felipa con profunda ternura, y cogiéndole una mano dijo:

—¡Pobre niña mía! ¡Qué sacrificio te has impuesto!

—Ninguno, te lo juro.

—No cabía otro medio, eso había de ser.

—¿Qué hacer sino?

—Tú juzgarás mi conducta.

—Ya ves como no vacilé un instante.

—Digan de mí lo que quieran, pero de tí...

—Ahora sabrán quién era la que tú amabas.

—¡Cuánto te debo, Felipa!

—Más yo á tí.

—Sin embargo, no estoy tranquilo todavía; así que amanezca seguiremos nuestro camino. Necesitamos poner mucha tierra entre Madrid y nosotros.

—¿Temes todavía?

—No por mí, pero tu padre...

—¡Pobre padre! El dolor le impedirá dar ningún paso.

—Mucho siento lo hecho, pero ellos se tienen la culpa.

—¡Tan bueno como eres!

—La fatalidad me ha perseguido en todas ocasiones. Ahora mismo, las apariencias me condenarán siendo inocente.

—Nada temas; ya para siempre podremos ser dichosos. ¿Avisaste á tu madre?

—No quise decirle nada todavía. Lo sabrá después.

—¿Y nos perdonará, verdad?

—¿Cómo no perdonarnos? Pero debes estar rendida; descansa, bien mío.

—¡Oh, tú también, mi vida!

Y así lo hicieron, quedando profundamente dormidos los dos amantes.

VI.

Daban las cuatro de la tarde y la tardanza de Felipa en volver empezaba á inquietar á su familia; por fin, al oirse las cinco en el reloj del Carmen no pudo contener su impaciencia don Toribio y fué al palacio, calle del Clavel, á enterarse de si estaba todavía allí su hija.

Don Toribio quedó aterrado al decirle que Felipa no había estado allí desde hacía dos días; pálido como un difunto y anonadado de dolor iba á retirarse cuando recibió recado de presentarse al momento en las habitaciones de la marquesa, modelo de suntuosidad.

Don Toribio no podía tenerse en pié y se había sentado en un rincón de un lujoso gabinete, ocultando su cabeza entre sus manos y sin poder contener las lágrimas que inundaban su semblante.

Un leve ruido le hizo volver en sí y al levantar la cabeza vió que estaba delante de él la marquesa de Montefuego, mirándole con ojos de terrible cólera.

—Le felicito á V. muy cordialmente, señor mío,—exclamó la dama, que era un admirabte modelo de esculturales formas, hermosísimo rostro y arrogante porte.—¡No sabía yo que Felipilla fuese capaz de trastornar de tal manera la cabeza de los más encumbrados aristócratas!

—¿Qué dice V., señora?—exclamó don Toribio, cesando de llorar de repente y tomando su fisonomía un aire amenazador.—¿Se permite V. insultar á mi pobre hija, que es tan honrada como usted?

—¡Su pobre hija! ¡Pues no la llama este buen hombre *su pobre hija!*

—Señora marquesa... me está V. atormentando el alma... ¡Hable V. y tenga lástima de este desdichado padre!

—¿Pero V. se figura que yo soy tan necia para que crea en su ignorancia y que no comprenda todo ese fingimiento con que viene usted?

—Señora, yo le juro á V. que nada sé y la suplico me diga dónde está mi hija; tendré valor para escucharlo todo...

—En este caso no es á mí á quien tiene V. que dirigirse; pregunte V. por Felipa al señor duque de Nueda.

Don Toribio, que estaba de pié, cayó desvanecido al suelo.

La marquesa le cogió por los brazos y le levantó bruscamente, haciéndole sentar en un sillón; cerró luégo las puertas y se sentó frente al pobre hombre, que se enjugaba el frío sudor que corría por su frente.

VII.

—Va V. á escucharme;—le dijo.

Don Toribio, sin fuerzas para contestar, hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—Bien sabe V. por qué está V. en esta casa; su padre de V. era administrador del mío y lo fueron también sus abuelos; aquí han comido ustedes el pan desde largos años.

El administrador actual no pudo menos de hacer una reverencia.

—No contenta con tenerle á V. en mi casa y para protegerles más, encargué á su hija de V. los trajes que me hubieran podido hacer las costureras de moda; esto hizo que su hija de V. se encontrase muchas veces aquí y que yo la tratase, no como á mi costurera, sino insensiblemente como á uno de la casa.

De nuevo volvió á saludar el administrador.

—Semejante proceder exigía algún reconocimiento por parte de todos ustedes...

—Todos le estamos á usía profundísimamente reconocidos, señora marquesa,—dijo interrumpiéndola don Toribio.

—No todos, por desgracia...

Hubo un momento de silencio y la marquesa siguió diciendo:

—Mi posición no me permitía reparar en las frecuentes salidas de Felipa con el duque...

—¿Qué dice V., señora?

—No me permitía dar crédito tampoco á las noticias que á veces me venían de que se había visto á Felipa y al duque en amorosa compañía por las soledades de la carretera de Aragón, y algunas veces, por las umbrosas arboledas de la Casa de Campo, lejos, muy lejos...

—¡Oh, Dios mío!

—¿Cómo la marquesa de Montefuego podía rebajarse á tener celos de una costurerilla? Hubiera sido con alguna de las desenvueltas manolas de Lava-

piés ó Maravillas y más caso hubiera hecho, quizás, pero de una pobre muchacha de honrada familia, con sus puntas y ribetes señoriles (la marquesa no dijo *cursi* por no haberse afortunadamente inventado todavía la palabra), ¿qué celos había yo de tener ni cómo había yo de creer fuese verdad ninguna de las hablillas que llegaban á mis oidos?

Don Toribio, baja la cabeza, escuchaba inmovil á la altiva dama.

—Ahora, como voy á decir cosas que pueden asustarle á V., conviene que le diga que las escuche bien para tenerlas muy presentes. Felipa era la querida de mi amante desde hace dos años.

—¡Señora, eso es una infamia que le han contado á usted! ¡Se lo juro á usted!

—¡Pobre hombre!

—¡Mi hija, mi Felipilla, mi pimpollo, ser la querida de nadie! ¡Ni del rey, señora, que me lo hubiese exigido!

—Cerca le anduvo, siendo el duque de Nueda caballerizo mayor de palacio..,

—Siga V. diciendo; repito que tendré valor,—contestó don Toribio, abrumado bajo el peso de la vergüenza.

—El duque y yo manteníamos relaciones, ya en vida de mi esposo; yo le adoraba, él también en un principio; nada desde la hora en que vió á Felipa; ya ve V. si le hablo á V. claro. Estas relaciones tomaron un carácter muy distinto desde que los reyes aceptaron los tratos de Napoleón. El duque juró no servir jamás á los Borbones y á falta de republicanos con quienes contar para establecer una república se hizo afrancesado, en odio á los que abandonaron á los españoles y cayeron ó se dejaron caer en las redes del emperador.

Don Toribió recordó entonces los audaces propósitos tenidos á veces de sobremesa por Felipilla.

—El duque se afilió desde entonces á una sociedad secreta y le secundé por mi parte cuanto pude. Quizás á ser más hombre el rey José...

—¡Conque yo comia el pan de una afrancesada! —exclamó al oir esto el honrado patriota.—¡Comí vuestro pan y no sentí que me quemaba las entrañas! Podéis darlo á otro, señora, jurándoos que no pararé hasta no devolveros todas las monedas que de vos he recibido.

—No es hora de hablar de eso,—contestó la marquesa con indiferencia.—Volvamos á nuestro asunto.

VIII.

—Os decía, pues, que el duque de Nueda era mi amante; esto sólo lo sabíamos él y yo, gracias á lo cual tengo yo buenos amigos en el campo de los leales, amigos que me creen de los suyos cuando por desgracia he debido hacerles traición mil veces sin que pudieran atinar de qué parte procedían las ventas... Esta tarde, cuando había partido ya vuestra hija y se había reunido ya con ella el señor caballerizo mayor de palacio, ha venido uno de los más audaces campeones españoles á darme cuenta de lo ocurrido, un amigo de la casa, que conoce á Felipilla de verla por aquí y se ha extrañado de su viaje con el tal palaciego. Yo, que tengo, según os he dicho, muy buenas relaciones con los leales, se lo he mandado á contar en seguida á un capitán de guerrilleros que se encuentra en Torrelodones para que me traigan sin falta á esos tortolillos, en el momento mismo, que no tardará muchas horas, que emprenda su retirada la guarnición de Madrid.

—¡Qué horror! ¡Mi hija traida presa como afrancesada!

—Ni más ni menos. Dejo ahora á vuestra elección la suerte de esa señorita, que era para lo que os había mandado llamar.

—Podía perdonarla su deshonor de mujer, no su traición á la patria.

—En cuanto al duque de Nueda, queda á mi voluntad disponer de él. Esto es lo que tenía que deciros.

Don Toribio se levantó y dijo:

—¿Dónde quedarán los presos?

—En palacio.

—Está bien, adios, señora marquesa, y tened por cierto que esta habrá sido la última vez para siempre de haber puesto los piés en vuestra morada.

—¡Lástima que no hayáis podido infiltrar esas ideas en la cabeza de vuestra hija!

IX.

Don Toribio llegó á su casa sin poder de momento articular una palabra.

Doña Emerenciana, desesperada, exclamó angustiosamente:

—¿Ha muerto Felipa?

—No, no ha muerto, nos ha deshonrado,—repuso Juliana, fría y terrible como una imagen de acero.

—¡Deshonrado, deshonrado, sí!—repitió don Toribio, rompiendo en amargo llanto.

—¿Pero qué ha hecho?—preguntó de nuevo doña Emerenciana.

—Ha huido de nosotros...

—¡Ha huido! ¿Pero con quién ha huido?

Don Toribio cogió por las manos á su mujer y á su hija y con voz baja y sombría, como si él mismo no quisiera oir sus palabras, murmuró:

—Ha huido con un afrancesado.

—¡Hija mía!—exclamó la madre.

—¡Maldita ella!—repuso Juliana.

—¿Y saben eso las gentes?—se apresuró á decir doña Emerenciana.

—Lo sabe la marquesa.

—¿Ella te lo ha dicho?

—Sí.

—¡Es que ha huido con su amante!—dijo Juliana.

—¿Cómo sabes tú que la marquesa tuviera un amante?—replicó asombrado don Toribio.

—No se lo puedo decir ahora á V., papá,—contestó la niña,—pero sus hijas de V. sabían que el duque de Nueda era el amante de la marquesa de Montefuego.

—¿Y qué más sabiais?

—Todo.

—¿Todo?

—Sí.

—¡Oh! ¿Por qué no me decíais que comíamos el pan de una afrancesada?

—No ha llegado todavía la ocasión de poder decirlo. Además, las pagas de V. están íntegras desde el día que lo supe y puede V. devolverlas cuando quiera.

—¡Hija mía! ¡Tú nos mantenías á todos!

—Gano de sobras para continuar haciéndolo.

—¿Y tú sabías los amoríos de tu hermana?

—Sí, los sabía, pero no quién fuese su amador.

—¿Ni lo sospechabas?

—No lo sospeché hasta hace pocas horas.

—¡Oh, Julianita! ¡Tú nos salvarás á todos!

—¡Salvaros á todos! ¿Cómo recobrar la honra una vez perdida?

—A lo menos á los ojos de la gente.

—¡Triste hipocresía!

—Eres sobradamente dura con tu hermana,—exclamó doña Emerenciana.—¡Piensa que todas sois de una misma sangre.

—Sepáranos ahora insondable abismo. ¡Oh, qué vergüenza!

—¡Pero si nadie lo sabe!...—volvió á decir la pobre mujer.

—Lo sabe ya la única persona ante quien me humillo, después de venerar á mis padres.

—¿Quién?

—Lo sabe nuestra bienhechora, nuestro amparo...

—No sé de quién hablas...

—Tampoco lo sabréis hasta que llegue el caso. ¡Qué va á decir ahora! ¡Qué va á pensar! ¡Aquel amante era un afrancesado!

Reinó un momento de silencio, sólo interrumpido por los sollozos de la madre.

—¿Pero tú crees que volverá Felipa?—exclamó la pobre mujer, mirando á su hija como si estuviera en su mano el alcanzarlo.

—Volverá así que yo vaya á ver á esa persona.

—¡Ah! No será preciso eso,—exclamó don Toribio.—Han salido ya en su busca los guerrilleros por la carretera de Francia y la dejarán en palacio así que salgan los franceses.

—¡Para entonces será mi castigo!

—¡Los guerrilleros!—repuso doña Emerenciana. ¡Ah! ¡Los matarán quizá!

—No, vivos los traerán, te lo aseguro,—contestó el marido. La marquesa quiere tomar la venganza de su falso amante por su misma mano y yo la de mi desnaturalizada hija con mi propia autoridad.

—¡No, no te atreverás á tocarla ni un cabello!—exclamó la esposa, como si estuviera allí Felipilla.

—Felipa tendrá que hacer lo que yo disponga,—repuso á este punto Juliana.

Don Toribio no replicó, subyugado por el tono de extraña autoridad con que hablaba la joven.

Nadie hubiera dicho que aquella fuese la Juliana de hacía pocas horas. La cólera y la vergüenza habían encendido el rostro descolorido de la niña, sus ojos lanzaban llamas, su aire humilde y modesto se había trocado en erguida actitud y su voz suave y plácida vibraba con imponente acento. Deshecha la cabellera caía por sus espaldas en larguísimo rizo, y su mirada llena de profunda cólera y de firmeza, parecía la de una heroína guerrera.

Don Toribio y doña Emerenciana miraban asombrados á su hija, rendidos á la imperiosa gravedad

de aquella niña que se revelaba entonces á su vista bajo tan inesperada apariencia.

Entonces recordaron muchas palabras y frases que antes no habían comprendido y se hicieron cargo de que Juliana salía á veces á horas intempestivas y escribía mucho. Muchas veces les había anunciado victorias y fracasos cuando áun nada se sabía en Madrid; estaba visto que la niña contaba con altas relaciones y que disponía de grandes medios de acción.

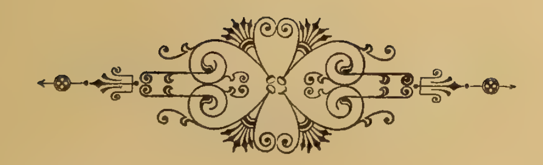
Bien mirado, su misma figura se presentaba siempre bajo dos aspectos: á veces era una niña modesta, insignificante, de humilde aire, pero otras se manifestaba vehementísima, su semblante aparecía hermosamente transfigurado y nadie hubiera creido fuese la pobre bordadora de la calle de los Leones.

La niña se dirigió á su cuarto y volvió á presentarse al cabo de un momento.

—He de salir,—dijo á sus padres.—Esperadme y no os inquietéis si no vuelvo hasta mañana.

Los acongojados padres miraron partir á la niña y ésta no tardó en desaparecer en las sombras que envolvían las desiertas calles de Madrid.

Era muy raro, sin embargo, que muchas de las personas que encontraba al paso la saludasen respetuosamente.



CAPÍTULO IV

En la Casa de Campo

I

Los fugitivos que dejamos dormidos en Torrelodones despertaron sobresaltados al oir el redoblado són de un tambor que indicaba la proximidad de una guerrilla española.

El duque de Nueda entreabrió la ventana para ver si era posible escapar todavía, pero vió que la partida tenía rodeada la casa.

Felipa no había perdido del todo su tranquilidad y le dijo:

—No nos apuremos, veamos si nos dirán nada.

Pero apenas había acabado de decir estas palabras cuando llamaron á la puerta:

—Señor,—dijo el ventero,—tenga usía la bondad de bajar en seguida con esa señora, pues acaba de llegar una partida que viene en busca de usías.

Era imposible pensar en hacer la menor resistencia.

—¡Valor!—exclamó Felipa.

El duque, más abatido, abrió la puerta y bajó las escaleras seguido de la joven.

En el zaguán estaba el jefe de la fuerza, que no era otro que Lorenzo, el que vimos en la venta de Guadarrama cuando el rapto de Julia de Montespino por las gentes de la condesa de la Chategneraie.

—Señor duque,—dijo en tono respetuoso el capitán de la guerrilla,—me veo en la precisión de detener á usía y á la señorita á quien V. S. acompaña; la orden recibida es de acompañarlos á ambos hasta Madrid, donde serán entregados á determinada autoridad, pero como faltan todavía algunas horas para entrar allí hasta que hayan salido los franceses, nos dirigiremos á la Casa de Campo, donde se van reuniendo las guerrillas de los alrededores.

—Estoy á vuestras órdenes, capitán,—replicó el duque,—pero os ruego guardéis á la señora que va conmigo las consideraciones que merece la que es inocente de toda culpa.

—No era precisa semejante recomendación, señor duque, además de que no hay motivo alguno para que se os crea causante de ningún daño. Seguid, pues.

Alboreaba con todos los encantos de una mañana de Mayo y la naturaleza convidaba más bien á las dulces emociones de la paz que no á los fieros sentimientos de la guerra. Los guerrilleros, alegres ante la espectativa de la próxima entrada en Madrid y henchidos de la más pura satisfacción, miraban sin encono ni mala voluntad á los detenidos, despertando en ellos más bien maliciosos pensamientos que no malos propósitos la vista de la enamorada pareja.

—Podéis seguir los dos en vuestro coche,—le dijo Lorenzo al joven duque;—el camino es largo y la señora podría cansarse ó temer por vos si no os veía á su lado.

—Gracias, capitán,—contestó el duque.—Quedo muy obligado á vuestras atenciones.

II.

Solos en el carruaje el duque y Felipa, dijo ésta:

—¿Cómo habrá podido ser eso? Mi padre era incapaz de tomar una resolución tan extremada, ni tiene conocido alguno por estos pueblos que haya podido enterarle de habernos visto.

—Los tiene la marquesa,—contestó el joven, cuyo nombre era Luís.—Ella ha sido, no me cabe duda.

—¿Pero tiene poder la marquesa para enviar en nuestra busca las guerrillas españolas?

—Nadie sabe más que nosotros sus relaciones con el rey José, lo cual le permite ser amiga de todos los personajes adictos á la causa fernandista.

—Imposible parece tanto disimulo. ¡La querida del rey José no ser conocida de los partidarios del rey Fernando!

—Sólo puede pasar eso en mujer tan astuta é insinuante como es ella.

—¿Y qué querrá ahora de nosotros?

—Esto es lo que estaba yo pensando; decir que soy afrancesado, no es cosa nueva, siendo como he sido alto funcionario de palacio, ni hay que figurarse que pueda yo ser objeto de venganza alguna por parte del pueblo, que de seguro guardará con los comprometidos con el nuevo régimen la consideración debida á los vencidos. Todo me hace sospechar que la marquesa quiere que me entreguen en sus manos...

—¡Oh! ¡Para causar tu muerte!

—No será, Dios mediante. Pero si por mi parte no abrigo temor alguno, siento espantoso temor al pensar en lo que va á ser de tí, entregada por la fuerza á tu familia... Esta es la verdadera venganza de la marquesa...

—¡Antes me mataré yo misma! No por mis pobres padres...

—¡Oh, sí, Juliana!

—¡Qué carácter el suyo! Todo lo sabía y callaba.

—¿Qué haremos, pues, si me llevan á ella?

—Queda un solo medio para desarmar su cólera. Sí, y yo lo encontraré. Bastará que, bajo mi palabra, me dejen libre un cuarto de hora así que estemos en Madrid.

—¿Mi hermana atenderá á nadie?

—Atenderá á quien yo sé.

—Ella, tan fanática por la causa de la independencia, querrá tomar en mí terrible venganza de mi amor hacia tan significado amigo de los franceses como eres tú. Creerá deshonra para la familia lo que es para mí título de gloria...

—Estoy cierto de lo que te digo; Juliana tendrá que recibirte sin demostrar el menor desvío si logro poner en planta lo que intento.

—Si es así, Dios lo quiera, porqne no es la muerte lo que temo sino perderte, perder á mi amor, perder á mi esposo adorado...

—La duquesa de Nueda no se separará de su esposo sino por la muerte de éste,—murmuró Luís sonriendo dulcemente.

III.

Empezaban á divisarse los bosques de la Casa de Campo, formando como un cuadro oscuro sobre aquel árido terreno; llegaban distintos hasta el coche los ecos de cornetas y tambores y oíanse toques de marcha por distintos puntos.

Multitud de carruajes escoltados por caballería francesa pasaban por la carretera que conducía al Escorial, perpendicular al camino de atajo por donde trascurría la partida de Lorenzo.

Por fin llegaron á las cercas de la Casa de Campo, presentándose al entrar en la posesión la animada escena de un campamento.

Habíanse reunido allí infinidad de partidas cuyos individuos formaban corros bajo la sombra de los árboles, cantando, riendo, jugando ó entregados á los más positivos goces de saborear la recién cogida y ya aderezada caza.

La entrada de la partida de Lorenzo fué saludada con vivas y aclamaciones, como sucedía cada vez que se presentaba alguna con sus jefes al frente; allí estaban Palarea, Abril, Chaleco, Gómez, Fermín, el Abuelo, San Martín y otros menos importantes.

A la voz de ¡alto! dada por Lorenzo, detúvose su gente y bajaron del coche el duque y Felipa, presentándose enseguida un edecán á avisar á Lorenzo se presentase al *general*.

El capitán fué conducido á orillas del estanque, donde se veía un mariscal de campo que hablaba con un ginete vestido de paisano.

Llegado á su presencia, saludó Lorenzo á su superior, cuyo aire marcial y tostado rostro revelaban en él á un militar avezado á la vida de campamento.

—Tengo mucho placer en conocer personalmente al bravo capitán de los guerrilleros de Guadarrama, y no me son ignoradas las altas pruebas de generosidad y nobleza que tiene V. dadas en repetidas ocasiones,—dijo el jefe.

—Gracias, mi general,—repuso Lorenzo;—nunca he hecho más que lo que el honor y el bien de la patria prescribían.

—¿Habéis traido aquí dos personas detenidas esta madrugada?

—Sí, mi general.

—¿Dónde ha sido?

—En Torrelodones.

—¿Por orden de quién?

—Del señor general duque del Principado.

—¿Tenéis orden de entregar los presos á alguna autoridad militar?

—La orden es de dejarles detenidos en palacio, á disposición de dicho señor duque ó de la persona en quien delegue sus veces.

—Esa orden no puede llevarse á efecto por no tener jurisdicción en Madrid el señor duque del Principado. Por lo tanto me entregaréis al momento l o detenidos como comandante general del ejército de ocupación de Madrid.

—Quedan desde este momento á vuestra disposición, mi general.

—Bien está. Haréis entrega de ellos al comandante gobernador del campamento y haréis presente al duque de Nueda que comparezca aquí para enterarle de su suerte.

—A la orden, mi general.

Retiróse Lorenzo y el general le dijo entonces al ginete:

—Aguardaos donde no os vea el duque.

IV.

No tardó en presentarse el caballerizo mayor, hasta entonces, del palacio de José.

El general le fué al encuentro y le alargó la mano.

El duque de Nueda quedó sorprendido al reparar en su fisonomía, pero conociéndose que no recordaba bien quién era aquel personaje.

—Vuestro padre, don Luís,—dijo el general,—fué buen amigo del mío, y no estaría bien que el hijo del general Miranda consintiese ú ocasionara el menor daño al hijo de un correligionario republicano de 1795.

—¡Vos sois D. Fernando Miranda, el general que tanto ha hecho en esta guerra y en la de Rusia!

—Nada de particular he hecho, don Luís, pero de todas maneras celebro que mi buena suerte me haya proporcionado esta coyuntura para serviros en algo.

—Mil gracias anticipadas, general.

—Dejáos de eso y llamadme sencillamente Miranda, pero vengamos al caso: una persona á quien estimo sobre todo lo del mundo, acaba de escribirme, noticiosa de que á instancias de la marquesa de Montefuego, querida de vuestro rey...

—¿Sabiais eso?

—Puesto que lo digo... Que á instancias de la marquesa y valida de una orden en blanco del duque del Principado, antecesor del buen Bonaparte en sus favores...

—Brujo sois sin duda, mi querido Miranda...

—Se había mandado deteneros donde se os encontrase á vos y á la joven que iba con vos, camino de Francia, con encargo de que se os dejase arrestados en palacio. La hermana de esa joven ha ido á encontrar á la persona de quien os he hablado, rogándole hiciese lo posible para que Felipa no volviese á poner los piés en Madrid, ó de lo contrario, que fuese para ir encerrada en un convento.

—¡Imposible eso!—contestó el duque.—Pueden matarla, pero no obligarla á ser monja. Felipa es mi esposa desde hace un año, y si hasta ahora ha sido un secreto nuestro enlace, deja de serlo ya para siempre desde este momento.

—Juliana se ha mostrado inexorable respecto á sus intenciones para con vuestra esposa, tachándola de ser el baldón de su familia, pero afortunadamente es tan clara y notoria la adhesión de ésta á nuestra causa, que no es menester que ningún terrible castigo ni penoso extrañamiento caigan sobre Felipa para que nadie crea á los padres y hermanos inmiscuidos en lo más mínimo en los amores y aficiones de vuestra mujer.

—Tenéis razón en eso.

—Debo deciros ahora, mi querido duque, que áun prescindiendo de la consideración, que he tenido muy presente, de la amistad y comunidad de ideas de nuestros padres, bastábame saber que se os perseguía por orden de la marquesa para interesarme en vuestro favor, áun perteneciendo como pertenecéis al bando de los napoleónicos.

—Soy napoleónico por no haber republicanos y repugnarme ser borbónico.

Miranda le miró con altivez y contestóle:

—Tampoco soy yo borbónico y no obstante no me he pasado al bando del usurpador. ¿Dónde veis al

rey Fernando en nada de lo que hacemos? Guíanos sólo el sentimiento del patriotismo y la justicia de nuestra causa al no querer que se nos imponga á la fuerza una cosa que quizás de otra manera hubiera tenido efecto.

—Yo creí obrar en bien de la patria obrando como lo hice,—contestó Luís.

—No os lo niego,—contestó Miranda,—pero anduvisteis equivocado al confundir la causa de la democracia con la del usurpador.

—¿Qué usurpador es este ante quien se humilla el rey Fernando pidiéndole, como quien pide limosna, que le conceda la mano de una Bonaparte y que le declare su hijo adoptivo? ¡Triste oficio el vuestro! ¡Defender no á un Bonaparte, sino á un aspirante á Bonaparte-consorte!

—¡Os repito que no nos batimos por el rey, sino por España, por la nación, por la libertad!

—Eso vos, pero no otros.

—Todos, pero tiempo tendremos para aclarar eso. Os decía, pues, que me bastaba saber se os perseguía á instigaciones de la marquesa de Montefuego para que yo me interesara á favor vuestro. Téngola asaz conocida á esa señora; ella fué quien, cuando era regente el duque del Principado, estuvo á punto de llevar á cabo aquel embrollo de una conferencia entre emisarios de José Napoleón y representantes de las Cortes de Cádiz; ella quien tuvo valimiento para que se nombrase al traidor canónigo Peña, alma de aquella intriga, vicario general castrense de Galicia; ella, ahora mismo, quien trata de sobornar al ejército del duque del Parque para que se pase á vuestro bando y proclame rey á José I. ¡A buena hora, vive Dios! Bastábame, por lo tanto, saber de qué parte os venían las persecuciones para que creyese un deber de conciencia ponerme de vuestro lado.

V.

El duque de Nueda miraba á su interlocutor sin poder disimular la sorpresa que le causaban sus palabras.

—Todo lo que habéis dicho es cierto,—repuso,—y precisamente lo último á que os habéis referido ha motivado mi huida de Madrid, pues yo mismo fuí quien desbarató el complot. Más que los guerrilleros debiera haberme mandado perseguir el pobre general Hugo, á quien se dió á entender que era negocio concluido, cuando ni por un momento tuvo visos de posible realización. Pero permitidme ahora os manifieste que me deja asombrado la exactitud de todas vuestras confidencias.

—Y sin embargo, nada más sencillo que la manera como han llegado á mi noticia. ¿Habéis oido hablar alguna vez á la que es hoy vuestra esposa, de una novicia de las Salesas llamada Carmen Ramírez?

—¿La protectora de Juliana?

—Esa misma; pues Carmen Ramírez es mi futura mujer y tiene medios para escribirme todo lo que sabe.

—¿Y lo sabía por Juliana?

—Por Juliana, que encontraba en el devocionario de Felipa las cartas que le escribiais vos y que ella guardaba allí; pero no es esto lo único, perdonad que os lo confiese, sino que más de una vez habéis creido estar hablando con Felipa y no era ella, sino otra prodigiosamente parecida á vuestra amante en la figura y en la voz. Reconozco que era abusar de vuestra confianza, pero hacéos cargo de que todos los medios son buenos cuando se trata de conjurar los peligros que amenazan á la patria.

—¿A qué ocultaros ya nada, cuando veo que lo sabéis todo? Mis relaciones con la marquesa datan de algunos años, cuando estaba su marido de capitán general de Cuba y duraron hasta el momento mismo en que ví á Felipa, en que dejé de querer para siempre á Dolores. Ella, por su parte, no tardó en corresponder á las galanterías del rey José, por más que intentara persuadirme de que no existían semejantes relaciones, que se hicieron bien patentes cuando la marquesa se encontró en estado interesante y el rey reconoció secretamente como suya aquella niña. El rey exigió de mí que diera mi mano á su favorita y ésta me juraba que había sido violentada por nuestro dueño y señor, y que yo era el único hombre á quien amaba. ¡Engaño y mentira todo! La marquesa se hubiera consolado muy bien de su fugitivo Eneas á no haberse sentido herida en su orgullo. La idea de que su antiguo amante la había abandonado para entregar su corazón á una humilde y pobre costurera, eso era lo que la había hecho sangre, lo que la había ofendido mortalmente. Acabó por ser mayor que nunca su odio al saber que yo había desbaratado sus intrigas poniendo sobre aviso al duque del Parque y á sus honrados genera-

les de lo que se estaba tramando; yo, Miranda, pertenezco al partido francés, pero aborrezco las traiciones. No había tiempo que perder, la marquesa contaba con altas influencias en los dos campos y no acerté mejor solución que huir de Madrid y trasladarme á Francia para sincerarme de cuantas acusaciones se me pudiesen dirigir.

—No esperaba menos de vos,—dijo Miranda.—Ved ahora qué resolvéis que os parezca lo más acertado.

—Si puedo creer que estamos en libertad mi esposa y yo, os diré lo que he determinado.

—Libres estáis.

—En este caso, y antes que nada, firmaré una declaración reconociendo la soberanía única de la nación española; bien veis que será espontánea de este modo mi profesión de fe.

—Nadie podrá acusaros de haber obrado por interés.

—Os ruego que entreguéis á la familia de Felipa dicha acta, juntamente con la fe de matrimonio.

—Lo haré gustoso.

—Hecho esto, desearía trasladarme á Cádiz y desde allí á Inglaterra.

—Apruebo vuestro pensamiento y podéis desde este instante ponerlo todo por obra.

Así fué; Miranda guardó cuidadosamente los dos documentos que le entregó el duque y éste y Felipa salieron al mediodía de la Casa de Campo con dirección á Aranjuez, viendo desde lejos las numerosas cúpulas y torres de las iglesias de Madrid y la gigantesca mole del palacio de Oriente, testigo á aquella hora de la más descomunal confusión y barahunda.

Este desenlace tuvo, afortunadamente pacífico y moral, aquella fuga de los paternos lares que amenazaba terminar trágicamente, de lo cual se deduce que no siempre queda en este mundo triunfante el vicio y apabullada la virtud, sino que también se dan casos, como en los antiguos libros escritos según le *vieil jeu*, de haber muchachas bonitas que hacen perder la cabeza á los duques y les llevan mansamente al redil de la vicaría, obligándoles á cantar la palinodia de sus extravíos políticos ó filosóficos.



CAPÍTULO V

Estética

I

Mientras fuera de Madrid ocurrían las escenas que acabamos de relatar, acaecían en el seno de la capital otras radicalísimamente distintas.

No había quedado en toda la corte coche ni acémila por embargar, desde el carretón á la calesa, desde la berlina al bombé, desde la carretela á la galera, desde el carro á la carroza de marfil. Todos los afrancesados de más viso corrían afanosamente á las plazas de la Armería, Palacio y Oriente, donde se organizaba el inmenso convoy en que habían de salir de Madrid la guarnición, los empleados y los comprometidos, entre cuyo número figuraban hombres de no escaso mérito, malamente seducidos por el régimen bonapartista, entre otros, si bien se encontraban ya muchos en Francia, Meléndez Valdés, Cambronero, Moratín, Salas, Hervás, Silvela, García Suelto, el abate Marchena, Burgos, Reinoso, González Arnao, Melón, Amorós, el célebre D. Domingo Badía y Leblich (Alí-Bey), el retórico Hermosilla, D. Alberto Lista, Muriel, Miñano, Estala, Llorente, etcétera, tan sabios, tan ilustrados, tan doctos, tan excelentes poetas como se quiera, pero inferiores bajo todos conceptos á Quintana, Toreno, Martínez de la Rosa, Capmany, Muñoz Torrero, Villanueva, Isidoro Máiquez, Argüelles, Gallardo, Sánchez Barbero, Alcalá Galiano, Saviñón y otros mil, leales á la causa nacional.

Decíamos, pues, que estaban las plazas inmediatas al palacio real atarugadas de todo linaje de vehículos, siendo indescriptible la confusión y espantoso el pánico que reinaba, creyéndose que de un momento á otro iba á presentarse ante las tapias de la capital el ejército del duque del Parque.—*¡Sálvese quien pueda!*—tal era el grito general.

Y sin embargo, no había quizás motivo para tanto, ya que los franceses en aquella tercera ocupación «no eran ya,—dice el amenísimo Mesonero Romanos,—aquellas tropas altaneras y despóticas de 1808 y su presencia en la capital no causaba ya el terror ni el espanto del vecindario. Los reveses de la guerra prolongada habíanles dado á conocer lo precario de su dominación y el vecindario de Madrid se inclinaba á mirarlos como huéspedes transitorios y en modo alguno como tiranos dominadores.»

Pero si hasta entonces no había motivo para pegarles cuatro tiros á cada uno, húbolo para llamar sobre ellos todas las maldiciones del Erebo infernal según la manera juanillonesca, afanatriz, timadora y rampantísima como se despidieron, dando lugar á uno de los más escandalosos entre todos aquellos *ilustres pillajes* de que hablaba Pablo Luís Courrier.

II.

Las órdenes de arrebañarlo todo comunicadas por Pepe Botellas al general Hugo, no pudieron empero tener todo el efecto apetecido á causa de haberse llevado bonitamente, ya de antes, Murat y Soult, mucho y bueno, pero tantas eran nuestras riquezas que á pesar de lo abundantemente que habían vendi-

miado Soult y Murat en la viña de los cuadros españoles ó propiedad de los españoles, todavía el rebusco era asaz apetitoso.

Dirigía con gran pericia los pillajes uno de los principales afrancesados, empleado en la Real Academia de San Fernando por obra y gracia del odioso ministro de Policía Pablo Arribas. La mañana del 26 de Mayo hallábase, pues, este personaje insigne en una de las habitaciones del piso bajo del palacio real y departía con él un comandante *soultiano* no menos aficionado al arte de Apeles que á los productos de la cerámica y de todas las artes decorativas en general.

—Me temo que encontraremos ya poco que valga la pena,—decíale el comandante al director de pillajes;—en primer lugar, S. M. el rey de Nápoles, Joaquín Murat, se marchó con todos los Correggios que había en este palacio y en casa del príncipe de la Paz y en la del duque de Alba; recuerdo que del palacio de Alba se llevó un *Mercurio instruyendo al Amor en presencia de Venus*, obra de rechupete, y no digo nada de *La oración del Huerto* y de la *Sacra Familia,* que estaban aquí; el gran duque de Berg tiene una afición loca á la pintura y se está formando un gabinetito de mi flor. ¡Si vierais cómo se está arreglando en Nápoles! Tiene un verdadero flaco por los Correggios. ¡Y lo que ha sacado de Sicilia!

El director de los pillajes lanzó un suspiro y exclamó:—

—¡Soult! ¡Ese ha sido quien lo ha entendido más que nadie! Todos los Rubens de las dominicas de Loeche, fueron á parar á sus insaciables colecciones; me parece que estoy viendo y tocando todavía aquel *Triunfo de la Religión*. ¡Pasmosa obra! Sin contar con que se llevó lo mejor que había en Sevilla de Bartolomé Esteban Murillo y de Francisco Zurbarán... Arrebañó, sobre todo, con una *Santa Isabel, reina de Hungría, curando á los leprosos*, (1) que es de todo punto obra divina.

—¿Y en Toledo? ¿Sabéis si queda algo que llevarnos?

—Algo hay, muy escondido, sin embargo; Grecos, Tristanes y Mainos, pero escarmentados con tantas barbaridades como han hecho allí los nuestros, es fácil cueste mucho dar con ellos. No sé, francamente, á qué ha venido pegar fuego á San Juan de los Reyes y al Alcázar de Carlos Quinto; podíamos haber aprovechado mucho de las librerías y archivos incendiados.

—Los soldados se han divertido con tales luminarias; de todas maneras, ¿qué les importaban á ellos esos monumentos si en su vida han de volverlos á ver más?

—Con todo, no vayan ahora á hacer lo mismo con el Escorial y nos quemen algunos cuadritos que todavía estamos á tiempo de ir á recoger. ¡Ah! ¿Sabéis que acabo de recibir de allí dos verdaderos *chefs d' œuvre*? Vais á ver, seguidme.

III.

Los dos salteadores de museos se dirigieron al patio, donde estaban hacinados multitud de cuadros en desordenado montón; el director de pillajes tiró de una de las tablas que estaban en lo alto de aquel revuelto *maremagnum* y sacó... pues sacó: *¡La Perla!!!*

—¡Ved qué Rafael!—exclamó con orgullo, como si fuese el verdadero dueño del cuadro.—Es para el rey; así me lo manifiesta en carta particular.

—¡Diablo!—repuso el comandante.—¿Pues cómo tenían arrinconado eso en el Escorial?

—Pues, ¿y qué os parece este otro?—repuso el director, tirando de nuevo de entre el montón.—*¡La Virgen del Pez!* también para el rey José.

—Magníficos ambos, amigo don Antonio. Pero áun queda cosa mejor.

—Claro está que sí: ese cuadro que *tenemos* arriba del *Pasmo de Sicilia;* como que me lo tiene encargado también el rey nuestro señor. Pero yo sé un escondrijo, amigo Cherchemidí, que... vamos, vais á relameros los bigotes cuando veáis aquello.

—¿Qué es, qué es?—preguntó afanoso M. Agenor Cherchemidí.

—¡Oh! *¡Boccato di cardinale* mi querido colega! ¡Diablo, cuando los vea la princesa Borghese!

—¡Jé, jé! *¡Capisco, capisco!...*

—Unas *Venus*...

---

(1) Esta ha sido una de las poquísimas obras que han vuelto á España y honran dignamente el museo de la Academia de Bellas Artes de San Fernando; los Correggios fueron vendidos por la viuda de Murat á varios ingleses y figuran actualmente en Londres; *La escuela del Amor* se pagó en 11.000 guineas. Correggios, Sartos, Murillos, Zurbaranes, Rubens y Van Dycks fueron objeto de la rapacidad de los invasores; hoy se ufanan con ellos en el extranjero, sin que haya esperanza de que jamás pueda recobrar España aquellas joyas que fueron suyas.

—*¡Mío caro!*

—Del Ticiano, cáspita, del Ticiano.

—*¡Oh, quel plaisir!*

—Las *Venus del perrito*... ¡Dos! ¡Dos, nada menos, mi excelente M. Agenor!

—¡Pero vamos, don Antonio, allá! ¿Dónde están esos prodigios?

—En el reservado de la Academia de San Fernando.

—Corriendo, mi buen don Antonio, corriendo. Ya sé que os gusta ese género...

—¿Cómo ser indiferente á la hermosura? ¡Oh, la estética, siempre la estética, *mon petit ami!*

—Sin embargo, á vuestra edad...

—Soy hombre capaz de darle quince y raya á nuestro augusto monarca en lo enamorado.

—No lo dudo, mi excelente don Antonio, por más que dejáis mucho que desear bajo el punto de vista estético, porque vamos, á la verdad, no sois ningún Antinoo...

—No me vengáis con pullitas, mi caro M. Agenor, que no es sólo la belleza plástica la que logra conmover á las señoras. Concedióme el cielo regularcillas dotes poéticas y cuando compongo algún soneto erótico para mandárselo á alguna dama, logro ablandarla en seguida, dejándola pasmada de admiración.

—¡Qué oigo, estimado amigo! ¿También tenéis tratos con Erato?

—De menos nos hizo Dios, mi apreciable M. Agenor. Pero se hace tarde y no tenemos tiempo que perder. Vamos ya por las Venus.

—¿Y nada más?

—No creo quede ya gran cosa, después de sacado lo mejor de los conventos del Rosario, San Francisco, San Felipe y D.ª María de Molina; ya sabéis que todo eso va á los museos de París. A no ser que nos llevásemos algo de Velázquez...

—¡Quiá, hombre! ¡Vaya unos mamarrachos! De ese nada; que se lo queden los brigantes. Nosotros, nada más que la estética, ya lo sabéis.

—Al avío, pues, ¡oh distinguido *connaisseur!* (1).

(1) En 1815 fueron restituidos los cuadros de *La Perla, La Virgen del Pez, el Pasmo de Sicilia* y *Las Venus* del Ticiano, así como los cuadros robados de los conventos antedichos; el general Hugo se los había llevado todos en el convoy. Las citadas obras de Rafael y el Ticiano quedóselas como *recuerdo* el buen José y al restituirlas se encontraban en tan lastimoso estado que fué precisa una habilísima restauración.

Vamos á desamortizar todas esas bellezas que yacen escondidas por los rincones de los palacios y templos de este Madrid. Europa entera podrá admirarlas ahora; con que, lejos de querernos mal por ello los españoles, todavía tendrían que agradecernos nuestros cuidados. ¡Pues no faltaba sino que los mejores Rafaeles, Rubens, Murillos, Ticianos, Van Dycks y Zurbaranes estuviesen pudriéndose ahí, en esta península que tiene el mal gusto de no querer á nuestro amado rey, á quien llaman borracho y tuerto, siendo así que es más hermoso que un sol!

Los dos aficionados á la estética, de los otros, se dieron el brazo y salieron de palacio cantando la canción de Beranguer: *Le petit homme grise*, seguidos de una numerosa partida y de un inmenso número de carros.

IV.

La cuadrilla se dirigió, unos tras otros, á todos los archivos, secretarías y establecimientos de donde se pudiese sacar poco ó mucho. Los depósitos de artillería é ingenieros, la armería, el depósito hidrográfico, el gabinete de historia natural, el archivo de Indias, el del Consejo de Castilla, el de la Academia de la Historia, todo fué saqueado, llevándose de allí cuanto les pareció curioso ó interesante, libros, papeles, modelos, instrumentos, pinturas, muebles, obras de arte, todo lo aprovechable, cotizable ó valioso. El general Hugo supo cumplir perfectamente la orden de despojo.

Los bonapartistas querían despedirse dejando eterna memoria de su paso; aquellos eran los hombres que se jactaban de ser los representantes de la civilización moderna; ¡donosa civilización, que consistía en sembrar por do quiera la devastación y la ruina, en incendiar los pueblos, en volar los monumentos, en robar las obras de arte para venderlas ó lucirlas los mariscales en sus palacios! Era la civilización suya la que Verres introdujo en sus proconsulados. La civilización viene siempre con la libertad, jamás con el despotismo. Los legisladores de Cádiz eran los grandes promovedores de la civilización nacional; los soldados de Napoleón I no pasaban, en cambio, de ser más que serviles instrumentos de su odioso amo, destructores de todos los adelantos, agentes forzados de la imbécil cuanto instable fuerza bruta.

CAPÍTULO VI

La marquesa de Montefuego

I

Al anochecer, era indescriptible la confusión que reinaba en todas las calles de Madrid. Aquel éxodo que recordaba el de los israelitas al dejar las ollas de Egipto, presentaba rasgos tragi-cómicos, dignos de memorable recuerdo. Más de un francés se vió perseguido por *ingleses*, sin haberlos hasta muchas leguas al Norte, á orillas del Zadorra; más de una chispera se negó á seguir al *mosiú* que hasta entonces había pagado peinetas, mantillas, basquiñas, zapatitos con galgas, pulseras y rosarios; más de un lacayo de buena casa se obstinó en permanecer en la capital, así el Empecinado debiera hacerle rajas, y en cambio más de cuatro hijos de Faraón y sus caras mitades y familias respectivas, se incorporaron al convoy y birlaron cofres y maletas con sin igual destreza.

El rebusco de acémilas y carruajes se hacía con un ardor digno de mejor causa; coches de colleras, retirados en el fondo de las caballerizas desde el reinado de Felipe V, aparecían de nuevo á la luz del sol; mulas inválidas y pencos moribundos eran dados de alta y enganchados á sillas de posta que habían hecho el servicio de jornada en tiempos de Carlos II; no quedó en Madrid vehículo carnavalesco ni carromato arqueológico que no fuera embargado para el transporte de los miserables fugitivos.

El vecindario miraba sin ira ni rencor á los desdichados tránsfugas de la causa nacional, que ahora debían compartir con extranjeras gentes las tristezas de la emigración y el ludibrio del vencimiento, justo castigo á su perversidad, justo castigo agravado todavía más por la innoble manera como eran acogidos por los franceses, que no podían disimular el desprecio que les inspiraban aquellos débiles españoles.

No iban los afrancesados con la frente alta y la conciencia serena; la humillante situación que ellos mismos se habían procurado les llenaba de vergüenza y comprendían que no era aquel el camino de la regeneración nacional; jamás podía esperarse de Napoleón bien alguno en favor de nadie, guiado como obraba siempre por el solo impulso de su vanidoso egoismo.

Digámoslo todo, sin embargo; aquella partida, si era mirada con general regocijo por los leales madrileños, no despertaba, en cambio, el entusiasmo de cuando salió José después de la batalla de Arapiles. El malestar era tan profundo y las privaciones tan intensas que nadie esperaba mejor bienestar material con el cambio de dominadores, y por desgracia la idea culminante,—al fin el hombre es débil y flaca la naturaleza humana,—era que el pan fuese barato. Madrid había pagado un horrible contingente al hambre y se dejaban sentir todavía los efectos de la plaga del año 1812, en que perecieron veinte mil personas por falta de alimento.

Todo el mundo esperaba, pues, los acontecimientos y se deseaba la pronta terminación de la guerra, temiendo no reapareciese aquel espantoso espectro. ¡El hambre, la muerte, el incendio, la ruina, la mi-

seria, la orfandad, estas eran las grandes ventajas que reportaban los pueblos de la presencia en el trono de Francia de aquel monstruoso engendro del infierno, llamado Napoleón Bonaparte!

II.

La marquesa de Montefuego velaba.

Sentada, ó mejor dicho, recostada en un sillón, con señales de hondo abatimiento y de acerbo dolor, enjugábase á cada momento las lágrimas que caían de sus hermosos ojos.

Veíase sola, abandonada de todos; había sabido desde hacía muchas horas que sus proyectos contra el duque de Nueda habían quedado frustrados, gracias á la intervención de Miranda, y pensaba que todas sus intrigas quedarían descubiertas y que todos se apartarían de ella con horror.

Era la marquesa una dama de regia presencia,—regia según el concepto tradicional del porte, estatura y majestad de las reinas,—y áun quizás había cruzado alguna vez por su mente la idea de compartir el trono con José I, si éste hubiese tenido la desgracia de perder á su señora.

Vestía á la sazón un traje de raso rojo, exageradamente escotado, según la moda imperial, y su cabellera negra y opulenta caía esparcida sobre los albos hombros, haciendo resaltar más todavía su nevada blancura.

La marquesa no podía desechar los recuerdos que en tropel acudían á su mente. Su niñez y su primera juventud, transcurridas en la Habana, su vida de la corte, cuando la llevó allí su esposo, de mucha más edad que ella, sus primeros amores con el duque de Nueda y luégo arrastrada por el demonio del orgullo su papel de querida del intruso, y para dominar en dos campos á la vez, sus favores al duque del Principado, regente de la monarquía española.

Todo aquello se había disipado; un grano de arena había sido suficiente para ello; unos amoríos, un trapicheo, un cortejo de tapadillo del duque de Nueda con su costurerilla.

Quedábale una hija, pero esto, que hubiera sido el supremo consuelo para una mujer humilde, no satisfacía á aquella orgullosa dama, emblema de la vanidad aristocrática.

No se crea que todas las madres sean como se complace en concebirlas el general modo de pensar. Esto no es común en el pueblo, pero tampoco es raro en la *high-life*, como ahora dicen. Las reinas de los salones no suelen cuidarse mucho de sus hijos, ya que para eso están las pasiegas, las ayas inglesas, los *Sacré-Cœur* ó las institutrices. Nada más *shocking* que una duquesa *couveuse* ó que aparezca dando de mamar á los vizcondesitos ó marquesitas en agraz que lleva al mundo.

No tiene nada, pues, de extraño que la marquesa de Montefuego no recordara siquiera que le quedaba un sér en el mundo á quien amar y en quien pensar á todas hóras. ¡Ah, otras eran las ideas que batallaban en su cabeza, otros los pensamientos que acudían á su mente, otros los sentimientos que sentía removerse en su corazón!

Sin embargo... ¡quizás áun era madre la que no se acordaba de su hija!

III.

Dieron las dos en un precioso reloj estilo de Luís XVI que había sobre la mesa de una consola.

La marquesa oyó el ruido de un coche que paraba á la puerta del jardín, al cual daban los balcones del gabinete en que se encontraba.

Aquel ruido llamóle la atención y abrió uno de los postigos para ver de qué dependía aquella parada allí.

Era oscura la noche, pero áun con eso pudo distinguir que la puertecilla se abría en aquel momento y que salía por allí una sombra.

Oyóse de nuevo el ruido del coche, que se alejó con rapidísima velocidad.

La marquesa se sintió poseida de terror, de un terror inmenso, indefinible...

Sin fuerzas para llamar ni ánimo para dar un paso, quedó cogida al postigo no viendo ante sí más que la negra masa de los árboles semejantes á espectros de gigantes.

Luégo oyó gritos, alaridos, voces, exclamaciones, llantos...

De pronto, rompiéndose el nudo que tenía en la garganta y como empujada por un resorte, lanzóse hacia donde se oia el vocerío, derribando cuantos muebles encontraba al paso en medio de la oscuridad.

El ama venía hacia ella loca de terror...

—¡Mi hija, mi hija!—exclamó la infeliz señora.

El ama quedó mirando con estupor á la madre, sin tener valor para contestar.

IV.

La turba criadesca y lacayuna que estaba alborotando la casa, quedó en silencio al ver á la marquesa.

—¡Mi hija, mi hija, que me han robado! ¡Oh, Dios mío! ¡Que me han robado á mi hija! ¡Mi Lucía! ¡Ay, qué será de ella! ¡Oh, niña, pobrecita mía! ¡Me la han robado, Dios mío! ¡Ay de mí! ¡Desventuradas las dos! ¡Me la han robado!

La villana turba miraba á su dueña con imbécil asombro, indiferente á su dolor.

Por fin, uno de los porteros dijo:

—Señora, no ha sido por la puerta principal...

—Bien lo sé, por el jardín... ¿Dónde teníais la niña, ama?

—Señora... La había dado á Catujilla para que la hiciese dormir... pero Catujilla ..

—La ha robado, huyendo por el jardín...

—Señora marquesa... No sabemos... pero no se la encuentra por ninguna parte...

—¡Ella ha sido la ladrona de mi niña!...

—Corred, corred todos, avisad al corregidor; que pongan en seguida el coche...

—Señora, no hay ningún coche en las caballerizas... Todos los han embargado los malditos franceses...

—¿Qué importa? Iré á pié, pronto, abrid, Joaquín. Corred todos por todas partes, buscad á mi hija, tomad todo el dinero que queráis... Dadles dinero á todos, mayordomo. ¡Oh, tened lástima de mí! ¡Oh, hija mía! Buscadla, volvédmela... Corramos, corramos, vamos, no os detengáis... Pedidme todo lo que queráis... ¡Mi hija, Dios mío! ¡Robada, robada por Catujilla!... ¡Ah! Ya está abierto... Corred, no dejéis de buscar, amigos míos... Yo iré á todas partes también... ¡Oh, Dios mío!

La pobre mujer se encontró en la calle; enteramente á oscuras y sin saber por dónde andaba llegó á la Red de San Luís, por donde transitaban multitud de carruajes. El general Hugo quizás podía hacer algo... ó el ministro de Policía... ó el corregidor...

La desdichada recorrió todas las oficinas, donde se echaban á reir al preguntar por las autoridades. Allí no había gobernadores, ni corregidores, ni ministros. ¡Vaya con qué embajadas salía la buena mujer aquella! La cuestión consistía en salir pronto, cuanto antes. ¿No sabía que los guerrilleros estaban en la Casa de Campo y no querían aguardar más? Pronto, pronto, al coche y á guillárselas... ¡Qué niña ni qué ocho cuartos! ¡Bonita ocasión para venirse á aquella hora con tales zarandajas! Quizás la escucharían los futuros regidores...

La desgraciada vagaba de una parte á otra, hasta que, por fin, cayó desvanecida en la plaza de las Salesas.

V.

Al volver en sí la desventurada madre se encontró en una celda del convento.

Miró en torno de sí y vió junto á la cabecera del lecho en que yacía, dulce y silenciosa, una novicia.

La débil claridad de los primeros rayos de la aurora penetraba en el aposento por la ventana entornada.

Oíase gorjeo de pájaros, el murmullo de un surtidor y el toque del *Ave-María*, repetido por las campanas de uno en otro templo.

La marquesa pareció por un momento no darse cuerpo de su situación, hasta que, asaltada al fin por la idea de la realidad, saltó de la cama exclamando con acento desgarrador:

—¡Mi hija! ¡Me la han robado! ¡Ah! Dejadme salir de aquí... ¿Dónde he estado yo? ¡Ay, Dios mío! ¡Quién sabe ya dónde estará ella! Señores, abridme, dejadme ir en seguida.

La novicia cogió llena de viva compasión las manos de la desesperada señora y dijo:

—¡Qué horrible desgracia! ¿Han robado á vuestra hija?

—Sí... Vos no sabéis... Dejadme ir... Voy á buscarla... ¡Oh, Dios mío!...

—Decidme, sin embargo... Os han traido aquí y me ha tocado estar en vela, ¿quién sois, señora?

—La marquesa de Montefuego... Mi hija se llama Lucía... Tiene año y medio... rubia... muy hermosa... un lunar en el pecho... Pero dejadme salir ya... Iré á ver á Sainz de Baranda.... El deberá ser ahora el corregidor... La ha robado una esclava mulata que traje de la Habana, Catujilla, una joven, lleva una basquiña rayada de azul...

La novicia al oir el nombre de la dama miróla con cierta sorpresa que no pudo notar la desdichada.

—Salid cuando queráis, señora,—repuso la joven dulcemente,—y tened por bien seguro que rogaré sin cesar para que pronto podáis tener la inmensa dicha de tener de nuevo á vuestra hija en los brazos.

—¡Ah! ¡Cuánto bien me habéis hecho! ¿Con que vos tenéis esperanzas de que pueda encontrarla, de que me la vuelvan?...

—Señora, sería vuestra desgracia tan horrible que no es permitido esperar pueda consentir Dios tormento tan espantoso.

—Tenéis razón, sí... ¡Oh, qué buena sois! ¡Rogad por mí!... Vos lo lograréis si queréis rogar á Dios por esta mujer... Yo no puedo... Yo no soy como vos un ángel, sino que estoy llena de pecados... Os lo diré todo, pero ahora quiero irme, necesito buscar á mi Lucía... Decídselo á todo el mundo... es rubita, blanca, hermosa... un lunar en el pecho, un poco más abajo del cuello... Lleva bordadas mis armas en los vestidos... unos aretes de oro con las armas también, zapatitos de seda blanca con cordones de oro... Rogad por mí, mi buena hermanita... Acompañadme... Catujilla es la ladrona de mi niña... Una mulata... tiene ahora veinte años... lleva aretes de concha... Una cicatriz en la muñeca derecha. ¡Ay, si la encuentro!

La novicia condujo á la marquesa por entre un dédalo de corredores y escaleras y por último se encontró en la portería.

—Adiós, adiós,—exclamó la pobre madre.—Ya volveré á veros, hoy, hoy mismo.

—Señora,—contestó la joven,—tened valor y confianza y que Dios nos oiga á todos.

La novicia volvió á su celda y escribió rápidamente una carta.

Luégo bajó á la portería y dió orden se entregase corriendo á la persona á quien iba dirigida.

La hermana portera leyó el sobre y refunfuñó:

—De fijo no crecerán yerbas desde las Salesas á la calle de los Leones. Siempre esa bendita doña Juliana Tamajón y siempre la notita de *urgente*, pero como la muy ilustre madre superiora tiene encargado tan severamente se cumplan sin tardanza todas las órdenes de esa niñita, no hay más remedio que decir: «¡Piernas, valedme!...» Con que... andandito... Pero, señor, lo que yo digo, ¿por qué la señora doña Juliana Tamajón, no se traslada á la calle del Barquillo, ó á la del Almirante, que están cerquita? ¡Dios de misericordia, irse ahora á la calle de los Leones!...

Por fin llegó un momento en que cesó el monólogo de la digna portera y ligera como una ninfa mitológica, echó á andar por plazas y calles, llegando á la de los Leones á las siete en punto de la mañana.

VI.

Juliana tenía ya noticia del desenlace ocurrido en la fuga de su hermana y no pudo menos de alegrarse de que hubiese terminado tan felizmente; así, en lugar de convertirse Felipa en afrancesada, había dejado de pertenecer el duque de Nueda al bando bonapartista. El resto de la familia, sumida en un principio en el más amargo dolor, había recibido también con indecible alegría la noticia del noble comportamiento de don Luís.

Don Toribio había experimentado, sin embargo, el día antes, la más violenta cólera al presenciar el despojo de que eran objeto todos los edificios de la capital.

—¡Que le llamen á esto guerra de conquista ni de dominación!—exclamaba.—¡Esto es una guerra de piratas, una campaña de rapiña!

Bien oyeron y comprendieron varios franceses lo que decía don Toribio, pero se limitaron á contestar:

—Nosotros hacemos lo que manda el general Hugo y el general Hugo se limita á obedecer lo que le manda el rey José.

Toda la noche estuvo soñando el buen hombre que los franceses se presentaban en su casa para llevarse el escaparate de la Resurrección, que él tenía por obra de peregrina traza, á pesar de los lamentables descuidos de perspectiva con que estaban colocados los soldados romanos, las rocas y los árboles, tamañitos éstos como el dedo meñique mientras los legionarios medían el que menos palmo y medio.

El aldabonazo de la portera hízole despertar de su pesadilla y corrió á abrir la puerta á la matinal visitadora.

—¿Usted por aquí tan tempranito, sor Sinforiana? —exclamó don Toribio.—¿Con que, qué la trae por aquí de bueno?

—Esta cartita para doña Julianita. Vea V. lo que dice aquí...

—¡Canastos! *¡Urgente!* Voy, voy á despertarla en

seguida, sor Sinforiana. La pobrecita se ha acostado tarde esta noche...

—¿Siempre con las banderitas, eh?

—¿Qué se ha de hacer? Pero cuidado con lo que se habla, que hay muchos espías y podríamos tener todos un disgusto.

—¡Oh! No hay cuidado ya ahora; ya están todos fuera los gabachos, como que no me ha costado poco trabajo llegar aquí teniendo que atravesar por tantas calles llenas de carros y galeras cargadas de trastos.

—Bien, bien, sor Sinforiana, voy á eso y hasta más ver.

—Sí, don Toribio, y descuide V. en cuanto á mi silencio, pues harto sabe V. que tienen que sacarme las palabras á estirones.

Y la vieja fué bajando las escaleras murmurando:

—¡Bonita soy yo para decir nada, y eso que si quisiera!...

VII.

Juliana estuvo vestida en un momento y salió á la calle dirigiéndose rápidamente al convento de las Salesas, siéndole franqueadas al momento las puertas de la clausura.

Carmen la aguardaba en aquel mismo claustro donde fray Anacleto la había encontrado á ella y á Rosario á raiz de los terribles sucesos de últimos del año 1808.

La joven no había abandonadodes de entonces aquel retiro, altamente á propósito para pasar aquellos largos años de separación en que Miranda luchaba, peleaba y trabajaba por la causa de la independencia española.

El bravo patriota gozaba de tan notoria reputación que el hecho de ser Carmen su prometida bastaba para que ésta dispusiese de un poder sin límites entre los leales de Madrid.

Carmen no había variado en nada desde la época en que por primera vez hablamos de ella; muy rubia, de gallarda estatura, sonrosado color y gracioso aire, descubríase á la vez en ella cierta profunda y misteriosa distinción que se revelaba en la penetración de su mirada y en la contracción de sus labios.

Nada más opuesto á ella que Juliana, bajita, morena, delgada, con ojos de fuego, encarnados labios y franca fisonomía. Parecía que nunca debiese vestir otro traje que el negro que llevaba, del mismo modo que Carmen la blancura de sus tocas y de su hábito.

—Sentémonos, mi querida amiga,—dijo Carmen,—allí, junto al surtidor.

Era el mismo sitio en que años antes hablaban una mañana ella y Rosario de sus amantes.

—Te he mandado llamar para enterarte de una novedad extraña por demás. Esta noche ha sido recogida en la plazuela y traida aquí, la marquesa de Montefuego...

—¡Qué dices!

—¡Pobre mujer! ¡La han robado su hija!

—¡Qué horror! ¿Y cómo ha sido?

—Según se desprende de sus palabras, la ladrona ha sido una esclava mulata que trajo de la Habana...

—¡Catujilla!

—La misma. ¿La conoces?

—Mucho que sí. Era la confidente de los amores de la marquesa con el rey intruso.

—¡Ah! En este caso, quizás el movil de este robo haya sido exigir mucho dinero por el rescate.

—Lo mismo me figuro.

—¿Sabes si esa esclava tenía algún novio ó algún amante?

—No, no se le conocía ninguno, pero ejercía suma influencia sobre ella una vieja manola tenida por bruja por la gente de su barrio.

—En este caso, ella quizás podría dar razón.

—Creo que debe empezarse por ahí.

—Encárgate, pues, de ello y haz todo cuanto puedas en favor de esa desdichada madre.

—¡Singular mudanza! ¡Tener yo que convertirme en protectora de la marquesa!

—Motivo de más para que sea infinito su reconocimiento. Dispón al momento de nuestros hermanos.

—Sin pérdida de tiempo.

—¡Cuánto te debería la marquesa si pudieses devolverle su hija!

—Voy á avisar al punto á Urquiola para que me acompañe á la calle del Ave María.

—¡Oh, sí! No te olvides de participarme cuanto ocurra.

—Adiós, Carmen mía. Confío en alcanzar lo que buscamos.

—Dios te acompañe, Juliana.

La niña salió del convento, dirigióse á la calle de Alcalá, dió un recado al portero de una grandiosa casa y al poco rato apareció un apuesto joven que

saludó respetuosamente á la increiblemente poderosa Julianita Tamajón.

Era un gallardo mancebo de unos veinticinco años, alto, de franca y hermosa fisonomía y finos modales, que lo mismo que su elegante traje negro de caballero, indicaban su distinguida posición social. Pertenecía, en efecto, á una de las más opulentas familias de San Sebastián y á pesar de su juventud era considerado como uno de los hombres de más influjo entre el pueblo de Madrid. Era grande su popularidad, lo cual quizás dependía de sus caritativos sentimientos, que le llevaban de continuo á la cabecera de los enfermos ó á las bohardillas de los pobres.

Especialmente habíase distinguido mucho en el año 1812, cuando la terrible hambre que reinaba en la capital; el joven salvó entonces la vida á más de una familia.

En breves palabras enteróle la niña de lo que ocurría y de que convenía avistarse al momento con la vieja manola del Avapiés.



CAPÍTULO VII

Pesquisas

I

Llegaron los dos jóvenes á la calle del Ave María, detuviéronse ante una casa de ruín apariencia y empezaron á subir por una empinada y lúgubre escalera, hasta llegar á una guardilla. El compañero de Juliana llamó á una puerta mugrienta, de mal unidas tablas, y no tardó en abrir una vieja de atezado color, blancos cabellos, arrugado rostro, rechoncha y andrajosa, con todos los rasgos fisonómicos de la raza gitana.

El joven quedó en el recibidor y las dos mujeres penetraron en otra pieza.

—¿Sois vos Manuela Gómez?—preguntó Juliana, fijando en los de la vieja sus penetrantes y hermosos ojos.

La gitana tembló al oir aquel nombre y repuso con voz balbuciente:

—No, no soy yo... Me llamo Paca Jiménez...

—Os llamáis Manuela Gómez; no queráis disimular nada porque sé quién sois y todo lo que os ha pasado en este mundo.

—Le juro á V. que yo no soy lo que su merced se figura...

—Basta de embustes; vuestra hija...

—¿Mi hija?... ¡Ah! No siga su merced. Diga qué quiere V. de mí.

—A ver si nos entenderemos, pues. Debo advertiros que no trato de haceros ningún mal y que podéis contar con que se os dará todo el dinero que pidáis.

—Hable su merced, señora.

—La marquesa de Montefuego, á quien debéis conocer muy bien...

—No la conozco.

—Es el ama de Catujilla.

—¿Catujilla?

—Ved que yo sé conocer las cosas y que según como os portéis ahora...

—Hable su merced.

—La marquesa ha perdido su hija, Catujilla la ha robado y vos sabéis por qué y dónde está.

—¿Yo?

—¡Manuela!...

Estremecióse la vieja al oir aquel nombre, pero se repuso de la emoción y replicó:

—No sé nada.

—¿Dónde está la niña?

—¡Que no sé nada le digo á su merced!

—¿No hablaréis?

—No sé qué decir á su merced.

—Mirad que puedo haceros mucho daño.

—No sé de qué me habla su merced.

—En ese caso... tampoco os diré una cosa.

II.

La gitana palideció bajo su tostado rostro.

—¿Qué me diríais?—exclamó.

—Os diría... lo que queréis saber,—repuso Juliana.

—¿Me diriais?...

—Sí.

—¿Conque lo sabéis?

—Sí.

—¡Ay, señorita de mi alma! ¿Dónde está?...

—Hablad vos antes y pensad que no hay que reparar en dinero.

Quedó un momento pensativa la vieja y repuso en tono firme:

—Si no me lo decís todo ahora no sabréis una palabra.

—Hablaré cuando me deis la niña.

—¡Ahora!

—¡No, ahora no!

—En ese caso, ya sé lo que ha pasado. Juanilla ha muerto. No contéis ya con la niña.

Juliana se encontró en la situación más angustiosa que cabe imaginar. La madre de Juanilla había dicho la verdad: su hija había perecido entre las llamas del bosque de Arlabán, incendiado por Gaspar López.

III.

—¡Hasta ahora no he sabido que mi hija hubiese muerto! Gracias por la noticia,—exclamó la vieja con horrenda mirada.

Juliana sintió correr por sus venas un frío glacial al considerar que aquellas palabras eran la sentencia de la infeliz criatura que trataba de rescatar, y tuvo valor para cometer un crimen, para engañar á la otra madre infeliz.

—Juana no ha muerto,—exclamó.—Está viva.

—¡Mentís!

—Creed que está viva.

—¿Dónde?

—¿Dónde?... En la partida de Mina.

—¿Por qué no sé de ella, pues, hace más de un año?

—Habrá sido imposible que llegase á vuestro poder ninguna carta suya.

—No, medios tenía para escribirme.

—¡Ahora recuerdo!... Es que estuvo mala...

—¡Mentís!

—Os vuelvo á repetir que no... Ya veréis como vuestra hija está sana y salva y volverá á vuestro lado...

—Cuando eso sea, sabréis dónde está la otra.

—Pues entonces, nada sabréis tampoco.

—Mi hija ha muerto y quiero ahora vengarla. Ya lo sabéis.

Juliana estaba horriblemente pálida.

—No será lo que decís,—exclamó.—Dadme la niña en seguida.

—No sé dónde está.

—En Madrid.

—Repito que nada sé.

—¡Hablad!

—¡No hablaré!

—En este caso me obligaréis á trataros como no deseo hacer.

—¿Vos? ¿Qué poder tenéis para hacerme nada á mí?

En aquel momento oyóse lejano rumor de músicas que tocaban himnos patrióticos, acompañados de inmensos vivas y aclamaciones á la causa española.

—Madrid está otra vez en nuestro poder,—exclamó Juliana.—Por última vez, ¿queréis hablar?

—Repito que no sé más sino que esos mataron á mi Juanilla.

—Pero aunque así fuera, ¿qué culpa tiene esa pobre mujer de lo que le pasa á vuestra hija? ¿Qué culpa tiene esa inocente criatura? Vengáos en todo caso en su matador.

—¿En su matador?—exclamó la horrible vieja.—¿Sabéis quién fué su matador?

—Aun no os he asegurado que vuestra hija hubiese muerto...

—Habéis querido engañarme diciendo que estaba viva.

—Pues bien, si os he engañado, Dios me perdone. Pero no os engañaré ahora, con una condición, y es que me habéis de decir dónde está la niña. Así que yo la tenga, os diré el nombre del matador.

—¡Juradlo!

—¡Lo juro!

—En el nombre de Dios.

—¡En el nombre de Dios juro que os revelaré él nombre del matador!

—En este caso volved al anochecer y la encontraréis aquí; las condiciones son ese nombre y doscientas onzas. ¡Es la hija del rey!

—No puede ser tras tantas horas. Ahora mismo, y ahora mismo os diré el nombre. Las doscientas onzas están ya aquí.

—Sea. Esperadme, pues.

—No penséis en iros sola, pues yo he de acompañaros.

—De este modo no salgo.

—Bien, pero no creáis escaparos. Sé las señas de Catujilla y estarán avisadas todas las guardias de las puertas.

—No me escaparé, pero no quiero que me sigáis.

—Bien. Aquí aguardaremos. Mirad las doscientas onzas.

Juliana salió á hablar con el joven y volvió al cuarto donde estaba la gitana, mostrándole aquella cantidad.

—Serán para Catujilla,—dijo la vieja.

Y diciendo esto, abrió la puerta y desapareció bajando lentamente las escaleras.

IV.

—¿Creéis que volverá?—dijo Urquiola.

—Sí, la idea de saber el nombre del matador de su hijo la obligará á ello.

—¿Vos lo sabéis?

—Lo sé de fijo, pero el matador murió á la vez con su víctima. Fué un extraño asesinato y suicidio á un tiempo; él y ella perecieron abrasados por el incendio. Ambos eran traidores y desleales y el que fué un tiempo el comandante Aráztegui, convertido luégo en el guerrillero Gaspar López, dióse este castigo horrible, haciendo espiar del mismo modo á su cómplice sus delitos.

—¡Espantoso castigo! ¡Morir quemados!

—Mucho tiempo pasó ignorándose el paradero de ambos, hasta que Garroyo lo escribió á Carmen, habiéndolo sabido al reunirse con Mina hace algunos meses.

—¡Pobre madre!

—¡Oh, no digáis eso! Es tan perversa criminal como su hija. Bien lo saben algunos bravos españoles que estuvieron á punto de ser condenados á muerte en Stralsunda mediante una orden falsificada que ella se encargó de trasmitir.

—¿Pues cómo fiáis de ella ahora?

—Ciégala el afán de vengarse del matador de su hija.

—¡Y ha muerto!

—Muerto, sí, pero yo no la he dicho si estaba muerto ó vivo.

—¿Y si no volviera?

—De todas maneras, sabemos que ella está complicada en el crimen. Nada costará encontrarla y emplear otros procedimientos...

—Estaré temblando, Juliana, hasta verle de nuevo.

—No tengáis cuidado alguno. Tenemos ya el hilo de la trama. No nos escaparán. Pero silencio, oigo pasos... ocultémonos, y por si acaso, tened preparadas las pistolas.

V.

Llamaron á la puerta y al cabo de un corto rato de no recibir contestación, mientras Juliana y Urquiola se escondían detrás las pringosas cortinas de una alcoba apareció un majo de siniestra catadura, que quedó sorprendido al parecer ante la soledad de la habitación.

—¡Nadie!—murmuró el majo.—Es extraño. ¿Por dónde andará Catuja?

Urquiola miraba al majo y de pronto lanzóse fuera de la alcoba, pistola en mano.

El majo quedó helado de terror ante aquella aparición, sin tiempo para echar mano á la navaja, pues Urquiola le apuntaba á la cabeza.

—¡Alto!—exclamó.—Boca abajo.

El recién llegado no se lo hizo repetir.

—¡Fuera armas!—repuso Urquiola.

El postrado desconocido tiró á un lado una descomunal navaja.

Urquiola le puso una rodilla sobre la espalda, dejóle sentir el frío de la boca de una pistola en el pescuezo y dijo:

—¿Dónde está la niña que habéis robado?

—La tiene Catujilla, en la calle del Tribulete, en la taberna de la Zurda.

—¿Está allí ahora?

—Sí.

—Vamos á verlo, pues. ¡Juliana!...

La niña, á quien el majo no había podido ver, salió corriendo.

—Has de saber que si acaso has mentido voy á dejarte tieso.

—No he mentido.

—¿Qué venías á hacer á aquí?

—Pues, á ver á Paca...

—¿A Paca?

—Sí, á ver qué se hacía de la chiquilla.

—¿Qué había que hacer?

—Pedir algunos cuartos á su padre...

—¿Y por qué no á su madre?

—¡Como su padre tiene más!...

—¿Fuisteis vosotros quienes tramaron el secuestro?

—Catujilla estaba enojada con el ama y la jaleamos para que diese el golpe.

—¿Por qué estaba enojada?

—Cuestión de palabras.

—¿De cuándo conocías tú á Catujilla?

—Conocíala de verla en palacio, cuando yo era furriel de los jurados.

—¿Tú fuiste jurado?

—¿Qué había de hacer? Era el año del hambre...

—¿Y cómo conociste á esa otra?

—¿A la Paca?

—Sí.

—Hace un año, en casa de Arribas.

—¿Era de la policía?

—Acertasteis. ¡No hay nadie como ella para descubrir secretos y servir de pasa-pliegos!

—¿Y no la conocías de antes?

—No.

—¿No conociste á su hija?

—Tampoco.

—¿Y á qué vinieron esas amistades de Catujilla y esa mujer?

—La mulata supo que la Paca echaba las cartas y vino á que se las hiciera.

—¿Qué le dijo la Paca?

—Que ya sabía que poseía muchos secretos de la señora, y poquito á poco, sin que la mulata lo notara, se lo hizo cantar todo.

—Y sabiéndolo, quisisteis aprovecharos.

—Eso.

—¿Cómo la indujisteis á cometer una acción tan horrible?

—Paca le dijo que no sufriera más las insolencias que á veces le decía la marquesa, la muchacha se envalentonó, contestó fuerte á su señora, vino aquí y Paca le dió á entender que podría ser feliz si robaba la niña.

—¿Y qué hace ahora Catujilla en la taberna de la Zurda?

—La tenemos allí detenida para que no charle.

—¿Presa?

—Es decir, privada de salir de allí, pero no se la hace ningún mal.

—Cuanto más habláis, más se ve lo miserables que sois.

—Mi amo... ella y nosotros nos podemos decir de tú. Todos somos afrancesados y entre nosotros no puede haber confianza ni honradez.

—¿Sabes que está tu vida entre mis manos y que si me has engañado vas á morir ahí como un perro?

—No le he engañado á V. S., mi amo, pero suplico á V. S. que después de esto no quiera hacerme ya ningún daño.

—Nada te haré, pero tendrás que salir de Madrid al momento.

—¡Si no es más que eso!...

—Tú y la vieja.

—El demonio cargue con ella. ¿Y adónde hemos de ir?

—Pues, con los franceses.

—¡Jesucristo!

—No hay más.

—Se hará lo que V. S. mande, mi amo.

VI.

En aquel momento entró Juliana y dijo:

—Catujilla no está ya allí, ni tampoco la niña. La vieja se las ha llevado.

Estremecióse el majo y exclamó:

—¡Corred, pronto, pues me temo no vayan á matar á la chiquilla!

—¿Dónde hemos de ir?

—¡Quizás estarán en casa de Pepa, la carnicera del Rastro!

—Llévanos allí,—dijo Urquiola.

El majo se levantó, miró á los jóvenes con cobarde bajeza y salió seguido de ambos.

Mientras andaban por la calle, Urquiola hizo señas á varios transeuntes que siguieron al grupo de aquellas tres personas.

En esto llegaron á la calle de las Velas.

—Cuidado,—le dijo Urquiola al majo,—me respondéis con vuestra vida de cualquier contrariedad. Ved si están. Llamad á la puerta de la calle.

El rufián obedeció y al cabo de un momento resonó en la escalera una voz de mujer, desapacible en alto grado, que gritó:

—¿Quién está llamando?

—¿Está ahí la Paca?—repuso el majo.

Reinó durante dos largos minutos terrible silencio.

Al fin la voz de mujer se dejó oir de nuevo, diciendo:

—Sube, Geromo.

Urquiola, empero, se interpuso en la escalera, apartando al majo, que se vió sujeto por dos hombres que de pronto aparecieron allí.

Dos más siguieron á Urquiola, y en pos de ellos iba Juliana.

La puerta estaba abierta y en el dintel se encontraba una manola no menos vieja y fea que la Paca. La harpía cerró de golpe al ver á Urquiola, lanzando una especie de aullido, pero el joven y los dos hombres que le seguían no tardaron un momento en echar la puerta abajo á puntapiés.

Oyéronse chillidos de mujeres y el llanto de una niña.

—Aquí está,—exclamó Urquiola, lleno de alegría, precipitándose en una pieza que, como toda la casa, exhalaba hediondo olor de carne.

Allí estaban Catujilla con la niña, Paca y la manola á quien el rufián había llamado Pepa.

VII.

Juliana se apoderó al momento de la pobre Lucía, á quien llenó de besos y caricias.

—¿Por qué no has vuelto á tu casa?—preguntó en seguida á la gitana.

Paca fijó en ella sus ojos feroces y contestó:

—Quería traeros la niña de la misma manera que está el matador de mi hija.

—Esto quiere decir que sabéis que el matador murió juntamente con ella.

—Eso quería decir, sí.

—¿Y por lo mismo me hubiérais traido muerta á esa inocente criatura?

—Muerta como una res. Pepa sabe hacerlo á las mil maravillas.

—Mientes,—exclamó la repugnante vieja,—yo no he querido hacer lo que me pediais esa esclava y tú.—Querían venir con tres ó cuatro chisperos y mataros á los dos si os encontraban todavía en su casa.

—¿Cómo habéis sabido que el comandante Aráztegui murió abrasado, lo mismo que Juanilla?—preguntó Juliana.

—Es lo primero que he oido contaban en la taberna de la Zurda unos guerrilleros que habían servido en la partida de Mina,—repuso la vieja,—sólo que no habían dicho ese nombre sino Gaspar López. ¡Ay, si me dejarais media hora libre nada más!

—¿Qué nuevo crimen estáis tramando?—exclamó Urquiola.

—Yo me lo sé y á nadie le importa más que á mí, pero no faltará quien me encargue...

—Ea, vamos ya,—replicó Urquiola.—Ha llegado la hora de que se os haga justicia.

Cada uno de los tres hombres cogió por el brazo á una de las tres fieras y bajaron á la calle, seguidos por Juliana.

Al llegar al portal encontraron al tío Geromo, tiritando de miedo.

—También ese,—dijo Urquiola.—¡Eh! No tengas cuidado,—repuso luégo dirigiéndole la palabra;—es nada más que cuestión de que estés á la sombra hasta que les hayan apretado el gaznate á tus daifas.

Las mujeres fueron dejadas en la cárcel de villa mientras Juliana corría á la calle del Clavel, donde vivía la marquesa de Montefuego.



CAPÍTULO VIII

Al Norte

I

No estaba á aquella hora la marquesa.

Era el mediodía del 27 de Mayo de 1813.

Las calles de la capital rebosaban animación extraordinaria.

Los guerrilleros iban y venían, llevados en triunfo por los entusiastas madrileños, que se disputaban darles alojamiento en sus casas.

En medio de aquel barullo discurría no obstante una pobre madre que no veía nada, ni nada oía, pensando únicamente en su hija.

Juliana quedó perpleja sobre si esperaría á la marquesa en su casa ó correría en su busca, cosa difícil sin saber por qué parte andaría vagando la infeliz.

Por otra parte, no quería en manera alguna dejar á la niña en poder de los criados.

—Voy á las Salesas,—dijo,—y allí la dejaré á Carmen para correr en seguida en busca de esa desventurada.

Juliana, ligera como una madrileña, se encontró en pocos minutos junto al convento, no sin haber recibido por el camino descargas cerradas de requiebros por parte de los bravos soldados que gozaban en aquellos momentos del inefable placer de ver caras bonitas tras tantos años de continuo pelear con bigotudos gabachos.

La joven penetró en el monasterio y fué conducida al momento á la celda de Carmen.

La hermosa rubia dió un grito de alegría al ver que Juliana traía en brazos á la inocente niña robada.

—Gracias, mi buena Juliana, eres un ángel,—exclamó, llenándola de besos.

—Quédate con esa inocente,—respondió la morenita,—mientras yo corro en busca de su madre. Tú serás quien se la entregue.

Y sin decir más salió otra vez sin saber á punto fijo qué rumbo tomar para encontrar á la marquesa, decidiéndose por fin á salir á la calle de Alcalá.

—Quizás estará en algún templo rezando,—exclamó de pronto.—Veamos, entremos aquí.

Y Juliana, al decir esto, penetró en la iglesia de San José.

No vió á nadie, preguntó á un sacristán y le respondió que la señora de quien hablaba había estado allí aquella mañana, pero que hacía ya muchas horas.

Nada bastaba á desanimar á Juliana; volvió al palacio de la calle del Clavel; la marquesa no había parecido todavía; corrió á la casa de Villa, á distintas oficinas, entró en varios templos, pero nadie sabía darle razón de la persona á quien buscaba.

Por fin tuvo un momento de inspiración.

—¿Qué estoy buscando?—exclamó.—Estará en mi casa.

Y corrió hacia la calle de los Leones, anhelante y ávida de consolar á la infeliz madre.

No se había engañado Juliana; la marquesa estaba allí, pero ¡cuán desconocida del día antes!

El mismo don Toribio había olvidado su anterior resentimiento conmovido ante el lastimoso estado de

la que había sido un tiempo la más orgullosa de las bellezas de Madrid.

II.

Había envejecido diez años en aquellas pocas horas; sus ojos estaban secos de tanto llorar y parecía que miraban de un modo extraviado. No podía acertar á contestar á una sola palabra cual si hubiese perdido la facultad de hablar.

Al ver á Juliana pareció que de pronto recobrara toda su esperanza, arrojóse á los piés de la niña y exclamó:

—¡Mi hija, Juliana! ¡Mi hija!

—Venid, venid pronto,—contestó la joven.—¡Vuestra hija os espera!

La marquesa lanzó un grito indefinible y se precipitó hacia la escalera.

—¡Mi hija!—exclamaba la pobre mujer.—¡La habéis encontrado vos! ¡La habéis salvado! Debéis ser santos todos los de vuestra casa. ¡Ay, mi Julianita! Corramos, corramos... ¿Dónde está? Dios te bendiga, Julianita... ¡Ah! Sí, ya sé... Está en las Salesas con aquella monjita tan hermosa. También debe ser santa... Vamos... ¡Ay, cuando yo vea de nuevo á mi niñita...

Las dos mujeres iban como llevadas en alas del viento, con paso rapidísimo, y no tardaron en distinguir la amarillenta fachada de piedra del suntuoso convento.

—¡Allí está, allí está! Ya me lo dijo anoche aquella niña... Todas las santas se conocen y hacen venir á ellas los angelitos... Como nos acercamos... ¡Ah!... Ya estamos, ¡ah, Dios mío!... Es ella... ¡Ay mi niña! Allí...

Carmen se encontraba en el dintel de la puerta con una criatura en brazos...

La madre se arrojó sobre la monja, arrebatóle la niña y cayó desvanecida en los brazos de las dos amigas.

III.

Al volver en sí la marquesa y encontrarse en sus brazos aquel fruto de sus entrañas, rompió en inextinguible llanto.

Era tanta su felicidad que ni por un momento pensó en castigar á los raptores, atenta únicamente á la dicha de estrechar una y mil veces contra su pecho á la angelical criatura.

La marquesa permaneció todo el día en el convento y hasta la noche no resolvió retirarse á su casa.

—Quiero que todos viváis conmigo desde hoy en adelante,—dijo la marquesa.—Mi casa ha de ser la vuestra. Trasladáos allí en seguida y obrad como verdaderos dueños.

—¡Señora!...—repuso Juliana.

—Concédeme esto, que es el único favor que te pido, Julianita,—contestó la alborozada madre.—Anda, corre ahora mismo á avisar á tus padres y á Curro que estén allí á recibirme. Dispónlo todo para cuando las dos vayamos.

Juliana no quiso oponerse por de pronto á los deseos de la marquesa y cumplió exactamente lo que la había manifestado.

Don Toribio, doña Emerenciana y Curro se instalaron en la calle del Clavel, en las habitaciones más modestas que encontraron, mientras Juliana volvía á las Salesas para recoger á la marquesa.

—¡Ah! No os moveréis más de mi lado, ¿verdad?—exclamó la pobre señora al encontrarlos en su casa.

—No, marquesa,—contestó don Toribio.—Siempre estaremos á vuestras órdenes.

—Nada de órdenes, ¿acaso no os debo la mayor de las dichas que puede haber en el mundo? ¿Sin vosotros, qué hubiera sido de mi hija?

—Hemos hecho lo que debíamos, señora marquesa,—contestó doña Emerenciana.—¿Qué corazón habrá que no se compadezca de una situación tan horrible como era la en que vos os encontrabais?

—Jamás podré pagaros semejante beneficio.

—¡Oh, sí! Nos basta la satisfacción de haber podido conseguir evitaros un eterno tormento.

—Gracias, gracias mis buenos amigos,—replicó la marquesa.—A vosotros deberé la felicidad del resto de mi vida.

¿Cómo ponderar la alegría de aquella pobre mujer que tras de tantas horas de terrible angustia, horas que habían parecido eternas por lo largas, gozaba del bien inestimable de poder besar una y mil veces á aquel inocente sér, amenazado de horrible muerte en poder de aquellos desalmados?

La gratitud de la marquesa hacia Juliana era, como debía ser, inmensa. Duros padecimientos experimentados en el transcurso de algunas horas habían

cambiado totalmente á la dama, en cuyo corazón ardía ahora con todo su fulgor la llama de la maternidad latente hasta entonces. Duro había sido el frote para que lograse encenderse, pero podía darse por feliz al conocerse madre, cosa que no había sentido hasta el momento de la desaparición de Catujilla.

La marquesa de Montefuego comprendió entonces cuán criminal había sido al tener olvidada á la hija de sus entrañas, confiándola á manos mercenarias, y sintió punzantes remordimientos. La aristocrática dama debía cambiar desde entonces de costumbres, trocándose en aborrecimiento y antipatía lo que había sido para ella objeto de vanidad y agrado.

IV.

Diferente escena era la que ocurría á las mismas horas en el convento de las Salesas.

Después de una ausencia larguísima y de haber corrido los más inauditos riesgos, entraba en Madrid el general Miranda y corría á abrazar de nuevo á su fiel prometida.

Caía la tarde cuando el bravo guerrillero trasponía el dintel del convento. De pié, en el atrio, estaba Carmen, que desde una ventana le había visto de lejos y había bajado á recibirle.

Nadie se encontraba presente más que los dos enamorados y así el joven pudo á su sabor besar apasionadamente la frente de su amada.

Miranda era el mismo hombre de siempre, sin que al parecer hubiesen corrido los años para él; en cambio Carmen era mucho más alta que cuando la vió por última vez, antes de la batalla de la Albuera, y con la estatura habíase desenvuelto también el encanto de su talle.

—¡Fernando!—pudo decir la joven llorando de alegría.

—¡Carmen!—contestó él estrechándola contra su corazón.—¡Te quiero siempre lo mismo!

En esto apareció discretamente la portera y cesaron sus transportes.

—Si quieren sus mercedes hablar un rato,—dijo algo confusa la buena mujer,—pueden hacerlo en el aposento inmediato.

—Gracias, madre,—contestó Miranda; con mucho gusto.

Los dos amantes entraron en una sala iluminada por una lámpara colgada del techo y sin otros muebles que un banco y pasaron largo tiempo contándose respectivamente lo que les había sucedido desde su última separación.

Miranda, refirió en lenguaje lleno de sencillez y sin embargo, elocuentísimo, su campaña de Rusia y las graves peripecias porque había atravesado; contó también las desventuras de sus amigos, la muerte de Rosario y de Matilde y el arrepentimiento de la condesa de Montespino; no pudo ocultar sus sentimientos de invencible aversión al huésped de Valencey y se mostró exaltadamente partidario de que España se constituyese en república, dando así el ejemplo á Francia para que se negase á continuar en el miserable servilismo á que la tenía sujeta su improvisado emperador.

Carmen, huérfana de padre y madre desde hacía dos años, dió cuenta á Miranda de su cooperación á los fines que se proponía la sociedad secreta que había fundado aquél durante su estancia en Madrid el año 1811, de la cual era también Juliana uno de los más activos miembros. Mucho había conseguido dicha asociación, sorprendiendo á veces los planes más secretamente tramados y desbaratando en otras ciertas cábalas é intrigas para entrar en tratos el rey intruso con las Cortes de Cádiz; el último servicio que había prestado era el descubrimiento de una especie de *timo* ó embrollo que tenía por objeto dar á entender que el 3.° cuerpo de ejército, al mando del duque del Parque, se pasaría á Pepe Botellas. El general Hugo no cayó en la cuenta de que le estaban embaucando y escribe muy formalmente en sus *Memorias* que poco antes de su salida de Madrid se le habían hecho proposiciones de las cuales tuvo noticia José, según las cuales, ofrecía pasarse á las banderas del intruso el cuerpo entero de que hablamos. La cosa no tenía fundamento alguno y todo dependía de *haberse quedado*, y empleamos esta frase, no por gusto, sino como la más adecuada al caso, con el crédulo general falsos emisarios. Sin embargo, bastaba la simple intención de querer arrojar esa negra mancha sobre un ejército mandado por tan honrados, fieles y preclaros generales como eran el príncipe de Anglona, el marqués de las Cuevas, Cruz Mourgeón y D. Manuel Sisternes, sin contar al vencedor de Tamames, que lo regía en jefe, para que fuese necesario protestar de tan menguada acusación. ¡Buena ocasión para adherirse á la causa napoleónica cuando los franceses se encontraban ya

con un pié en la frontera y cuando todo hacía presagiar el próximo derrumbamiento del déspota de Europa!

La conversación de los dos jóvenes se prolongó hasta la hora de tener que cerrar el convento, retirándose Miranda prendado como nunca de la discreción y hermosura de su bella prometida. La vida del claustro la había preservado de las contrariedades de la común existencia y en la apacible soledad del monasterio, entre flores y piadosos ejercicios, habían adquirido sus facciones algo de la serenidad de las primeras vírgenes cristianas juntamente con el peligroso atractivo de las mujeres que entienden y cultivan la vida del arte. Carmen era, efectivamente, consumada música y nadie como ella sabía cantar una romanza de Mozart ó ejecutar una sonata de Beethoven.

V.

Así pasaron algunos días al cabo de los cuales Miranda quedó algo sorprendido, pues no era hombre para sorprenderse nunca del todo, al recibir un billete de la marquesa de Montefuego rogándole se dignara pasar por su casa. El joven no creyó deber desatender á los deseos de la hermosa dama y se dirigió acto seguido al palacio de la calle del Clavel.

No conocía personalmente á la marquesa ni ésta tampoco á él, pero así que se vieron pudieron comprender que eran dignos uno de otro, puesto que si la bella cubana revelaba ser mujer de talento y discreción, Miranda aparecía al momento como dechado de resolución y energía.

—Gracias por vuestra atención, general,—dijo la dueña de la casa, después de estrechar afectuosamente la mano al guerrillero.—De alguna manera he de pagar vuestro noble proceder en cierto asunto que me concernía algún tanto y por cuyo acertado desenlace os felicito.

—Señora,—contestó el joven,—ignoro á qué asunto os referís ni tampoco hay para qué entrar en explicaciones de cuál sea; entonces como siempre habré hecho tan sólo lo que el deber ordena y lo que la conciencia dicta á un caballero; no tenéis, por lo tanto, por qué pagar en manera alguna ningún servicio que haya podido tener el honor de prestaros, bastándome saber que haya tenido la suerte de poder seros útil en algo.

—No insistiré en recordaros á qué suceso aludo, pero sí en lo que tenía intención de deciros, lo cual, si no queréis estimar como testimonio de mi gratitud, sé de cierto que agradeceréis como patriota.

—En este caso, soy yo, señora, quien os ruega me dispenséis la gracia de comunicarme cualquiera revelación que pueda ser en provecho de nuestra causa.

—A eso voy, pues. Supongo os dirigiréis al ejército de Wellington.

—Precisamente mañana mismo saldré de Madrid con ese objeto.

—Pues bien, en el estado mayor del conde de España, figura un oficial llamado Manuel Pérez Silva, que será bueno procuréis alejar del lugar de las operaciones. Nada más puedo deciros.

—Basta con esta sencilla indicación para que crea debe ser negocio importante la expulsión de ese hombre.

—Mucho que sí.

—Gracias, pues, señora.

La marquesa había hablado más con los ojos que con los labios y Miranda comprendió que el llamado Manuel Pérez Silva debía constituir un peligro para la causa que defendían los aliados.

El bravo general despidióse de la aristocrática dama y resolvió marchar sin pérdida de tiempo á incorporarse á la división Morillo, donde tenía un mando. Despidióse de Carmen aquella tarde y al amanecer del siguiente día, que era el 8 de Junio, tomó por la carretera de Francia seguido de una escolta de veinte soldados de caballería del Algarbe que habían formado parte de la pequeña división española que había organizado en Rusia.

VI.

Por donde quiera pasaba la columnita, engrosada con varios guerrilleros que se le habían unido en Guadarrama, que no tenían ya franceses que combatir ni convoyes que sorprender, veíanse lamentables huellas de la devastación ocasionada por los franceses en su retirada.

No hay para qué decir que el saqueo de cuadros y objetos artísticos continuó de lo lindo. Era lo único que les quedaba á aquellos pueblos esquilmados, arruinados, empobrecidos, misérrimos y aniquila-

dos por las contribuciones impuestas por los franceses durante su ominosa dominación en las Castillas; contribuciones verdaderamente bárbaras que superaron, y es cuanto cabe decir, á las que tuvo que sufrir Andalucía bajo el poder del procónsul duque de Dalmacia.

Al llegar á Valladolid, evacuado hacía ya tiempo por José, supieron que Hugo se había juntado allí con el grueso del ejército bonapartista, habiendo hasta aquel momento debido pasar los fugitivos por los más amargos trances y haciéndose visible el desdén con que trataban los franceses á aquellos tránsfugas que sólo les servían ya de estorbo.

Aquellos tristes renegados espiaban ahora su falta de dignidad y patriotismo; habían aceptado la monarquía de José I, creyendo de esta manera servir los intereses de la libertad, engañándose empero miserablemente al suponer que la libertad pudiese venir de manos de un Bonaparte. Los medios empleados por éste para apoderarse del trono de los Borbones habían sido poco conformes con lo que la decencia y la honra de una nación exigen. Podía Napoleón haber echado á los Borbones de otra manera, sin atentar á la sagrada independencia española, pero desde el momento en que un simple asunto dinástico adquirió las proporciones de una cuestión nacional, nadie, por liberal que fuese ni por anti-borbónico debía abrazar la causa del invasor, y eso que los afrancesados no eran anti-borbónicos sino borbónicos con *archi*.

No era mostrar gran sinceridad liberal confiar en las promesas de los Bonapartes; conformes en que el pobre José era una excelente persona, que llegaba á hacerse respetar hasta de sus más encarnizados enemigos si llegaban á conocerle algo de cerca, como era caso común en Madrid, pero lo mismo José que todos los demás, no podían hacer más que bailar al són que les tocaba Napoleón, y de no someterse, no les quedaba más remedio que dejarlo para que otro viniese.

Y en prueba de que los que habían abrazado la causa del francés no lo habían hecho por amor á las ideas liberales, es que no hubo afrancesado que á la vuelta de Fernando no le adulase asquerosamente, como sucedió con D. Félix José Reinoso, que en un libro publicado en 1816 llamaba *celestial* al Tiberio español.

No, no era Bonaparte el representante de la libertad sino la nación española, sin reyes, sin más autoridades directivas que las admirables juntas regionales, aquellas juntas que convirtieron *de hecho* á España en una república federal; aquellas juntas á cuyos esfuerzos se debieron las victorias que se alcanzaban y que cuando nada había constituido ni organizado, constituyeron y organizaron ejércitos, recursos, planes y servicios. Pero los afrancesados no podían sufrir semejante régimen y así se hicieron bonapartistas, no para ser liberales, sino por no poder ser cortesanos de Fernando. Ya lo fueron después y estuvieron en escandaloso candelero bajo los auspicios de aquel rey de nefasta memoria.

Nadie tenía derecho más que la nación á disponer de sus destinos; si la dignidad nacional, ó como se dijo después, *España con honra* (frase de Ayala imitada de la de Méndez Núñez en el Callao), creía del caso un cambio de dinastía, no era Napoleón quién debía imponerlo, sino la nación misma. Lo que hizo Riego el año 1820 al proclamar la Constitución del año 1812 y lo que hicieron en Cádiz los montpensieristas, ó lo que fueren, el año 1868, hubiera podido hacerse también el año 1808 sin necesidad de que un cambio realizado por la voluntad nacional debiese aparecer como imposición de un aventurero coronado.

No, no merecen consideración alguna los que en aquellos días de peligro para la patria, abandonaron la causa sostenida por sus nobles hijos para ir á doblar la rodilla ante el rey intruso. Echándoselas la mayor parte de aquellos galófilos de ser *personas ilustradas*, no debían acatar un régimen que era la representación de la fuerza bruta, enemigo de la inteligencia y de la espontaneidad artística, y no se diga que los defensores de la independencia fuesen ignorantes y rudos paisanos guiados por los frailes, pues es insufrible esa leyenda de los frailes; si hubo quien se portase mal en aquel entonces, fueron los curas y los frailes, con honrosas excepciones. ¿Pues no dió acaso mucho quehacer el padre Consolación predicando á los guerrilleros se pasasen á los franceses? ¿Dónde estaban el clero de Sevilla y de Granada, el clero de Madrid, el clero de Tarragona, —refugiado en Palma de Mallorca,— el clero de Valencia, cuyo arzobispo no se atrevió á entrar en Valencia hasta que estuvo allí Suchet? Si hubo frailes como los de Zaragoza que se portaron heroicamente fué, no por ser frailes, sino por ser aragoneses. ¿A

quién se invocaba, sino á Numancia y á Sagunto? Y si por acaso en algunas localidades se imploraba el auxilio de santos y Vírgenes era no por otra cosa sino para que viniesen en auxilio de la patria en peligro, no para defenderles á ellos, supuesto que nadie les atacaba.

Véase en cambio de qué manera el sentimiento liberal alentaba á la mayor parte de los defensores, porque como hemos dicho en otras ocasiones, aquel movimiento ocasionado por la avilantez de Napoleón fué el 89 de la península ibérica. ¿Dudará nadie de las convicciones liberales de Castaños, Morillo, Mendizábal, Mina, Porlier, el Empecinado, Manso, López Baños, Lacy, Copons y Nava, Zayas, San Miguel, Vidal, el duque de Rivas y tantos otros como derramaron su sangre en los campos de batalla? No es esto decir que todos los guerrilleros y generales fuesen partidarios de la libertad, pero sí que no eran todos serviles. Y áun dá la casualidad de que los liberales eran los mejores y de que los sectarios del absolutismo, Cuesta, Eguía, Areizaga, Imaz, Andriani, etc., habían demostrado la más absoluta incapacidad.

Volviendo, pues, á lo que decíamos á propósito de los afrancesados, repetiremos que no se les puede absolver de su infidencia y que no representaron partido ni idea alguna, sino simplemente debilidad de carácter, egoismo ó falta de pudor patriótico.

VII.

Dejó Miranda las orillas del Pisuerga y se encaminó á Burgos, á cuya ciudad llegó el día 15 de Junio.

La ciudad presentaba un aspecto desolador á consecuencia de la voladura del castillo, llevada á cabo por los franceses, pues como dijimos ya, había dentro infinidad de bombas y granadas que reventaron cayendo sobre la ciudad y ocasionando lamentables destrozos y numerosas víctimas.

Los burgaleses no se quejaban, empero, de semejante brutalidad ante la inmensa satisfacción de verse libres de aquellas gentes que por tantos años habían dejado sentir su yugo sobre la ciudad, abrumando al vecindario con toda suerte de exacciones y entregándose á las dulzuras de la dominación conquistadora.

Aquellos dignos castellanos habían tenido ocasión de verle la cara al déspota de Europa y habían quedado asaz edificados acerca de lo que podía esperarse de un hombre cuyo rostro recordaba el de los emperadores romanos más sanguinarios de pasados tiempos.

Todavía duraban allí los lamentos por la desdichada batalla de Gamonal, perdida por la inepcia del marqués de Belveder el año 1808.

Miranda animó todavía más las esperanzas de los paisanos con quienes habló, y finalmente, después de atravesar los imponentes desfiladeros de Pancorbo, en cuyo castillo existía aún guarnición francesa, y de cruzar el Ebro por Miranda, llegó á Nanclares el día 21, por la madrugada, oyendo desde lejos el tronar de los cañones.

Comenzaba la batalla de Vitoria.



CAPÍTULO IX

Vitoria

I

Dejamos á los ejércitos francés y anglo-hispano-lusitano próximos á llegar á las manos, y diremos ahora cuáles eran sus respectivas posiciones.

Los franceses ocupaban un frente de tres leguas, cubriendo los caminos reales de Bilbao, Francia, Laguardia y Madrid; extendían su línea desde el puente de Villodas, por su derecha, hasta el pueblo de Avechuco, más allá de Vitoria, por su izquierda. Formaba ésta el ejército del mediodía á las órdenes del conde de Gazán, apoyado en Arganzón y orillas del Zadorra hasta el puente de Villodas; el centro, constituido por el ejército del mismo título y mandado por Drouet d'Erlón, ocupaba la orilla izquierda del mencionado río, siguiendo unas colinas y estribando principalmente en un cerro circular, formidablemente artillado, y la derecha, regida por el conde de Reille, que tenía á su cargo el ejército llamado anteriormente de Portugal, se había fortificado en Avechuco. Cada cuerpo tenía una reserva. Faltaba Foy, que se encontraba en la costa, Clausel, ocupado en perseguir á Mina, y Maucune, que escoltaba hacia Francia el convoy que había dirigido Hugo hasta Burgos. Mandaba todo el ejército el titulado rey José, llevando de jefe de Estado Mayor al mariscal Jourdán y era su intención permanecer á la defensiva, aconsejado por el héroe de Fleurus, triste figura siempre desde que dejó de servir á la república para militar á las órdenes de Napoleón.

Ya dijimos antes cuáles eran las posiciones del ejército aliado; añadiremos ahora que constaba de 35.000 ingleses, 25.000 portugueses y unos 12.000 españoles (Morillo, Longa y Girón). En este total, había 9.200 hombres á caballo. La fuerza de los franceses era algo inferior.

II.

Despuntaba la aurora el día 21 de Junio de 1813 cuando el general Morillo recibía orden de atacar la izquierda enemiga, alojada en las alturas de Arganzón, lo cual hizo con su acostumbrado denuedo, quedando herido pero sin abandonar el campo. Reforzado Gazán, resistía desesperadamente cuando acudió Hill en auxilio de Morillo, y juntos españoles é ingleses lograron desalojar al enemigo embocándose en seguida en un desfiladero y apoderándose de Subijana de Alava, punto que cubría la izquierda enemiga y que inútilmente trató ésta de rescatar, estrellándose contra la impavidez de los españoles.

La posesión de Subijana de Alava fué la señal para que se adelantase el centro británico que pudo fácilmente atravesar el Zadorra por no haber atinado los franceses en sus cuitas romper los puentes; atacó el centro el cerro artillado que dijimos ya, tomólo tras de una sangrienta lucha y formados los aliados en escalones de dos y tres líneas fueron avanzando hacia Vitoria. Amigos de no negar á nadie lo suyo, debemos decir que ingleses y portugueses se batieron con una intrepidez digna de elogio y que por su parte los franceses recejaban también en buen orden

sacando partido de cualquier descuido, según aconteció con la brigada de Colville, que se desvió algo costándole esto 550 bajas.

A las diez de la mañana llegaron en auxilio de la izquierda española las divisiones de Longa y la portuguesa de Pack, y haciéndose dueños de los lugares de Abechuco y Gamarra mayor y menor, cortaron la retirada al enemigo, ocupando la carretera de Bayona. Cundió entonces un espantoso desorden entre los franceses y emprendieron la fuga hacia Salvatierra, dejando el campo cubierto de cadáveres y de despojos. Valientemente se portaron españoles y portugueses, como hijos al fin de un mismo suelo.

Quedaban todavía enfrente de la izquierda española dos divisiones enteras del ejército de Reille que al caer de la tarde se retiraron temerosas de ser embestidas por la espalda, precipitándose en consecuencia toda la derecha enemiga camino de Pamplona, en vista de no poder entrar en Francia por el camino de Bayona.

III.

Todo lo abandonaron los franceses, artillería, bagajes, almacenes, las cajas militares, provisiones, armas, etc., no conservando más que un cañón y un obús. Perdieron los ejércitos napoleónicos 151 cañones y tuvieron 8.000 bajas entre muertos y heridos, y 5.000 los aliados, de los cuales 3.300 eran ingleses, 1.000 portugueses y 600 españoles. Compréndese que los nuestros fueron proporcionalmente en tanto número por haber sido la división Morillo la que primero había atacado las fuertes posiciones ocupadas por Gazán, y las de Longa y Girón, lo que había contribuido más á apoderarse de la carretera de Bayona, intentada recuperar varias veces por Reille que había hecho para ello muchos esfuerzos desesperados.

El pobre José huyó á uña de caballo, perdiendo el sombrero y abandonando su coche; en él se cogieron importantes correspondencias, espadas, objetos primorosos y otros... que es excusado nombrar, pero cuya existencia revelaba en el intruso un carácter eminentemente previsor en los usos ordinarios de la vida.

—¡Horrible desastre!—exclamó el acongojado hermano de Napoleón.—¡Hemos perdido España para siempre!

IV.

Dueñas ya de Vitoria las tropas aliadas, temióse por de pronto que los ingleses no cometieran en la ciudad los estrupicios á que les inclinaba su especial idiosincracia, pues todavía se recordaba con espanto su comportamiento cuando la retirada de John More al través de Castilla, el Vierzo y la comarca gallega; cuidó de evitarlo D. Miguel de Alava y los hijos de John Bull refrenaron por de pronto sus ardorosos ímpetus, á lo cual no les quedaron poco agradecidos los moradores de la capital alavesa, pero si la ciudad se mantuvo tranquila y no tuvo que presenciar escena alguna desgarradora, no pasó lo mismo á poca distancia, en la carretera de Francia, por donde huían, presa de espantoso pánico, los afrancesados que habían salido de Madrid en el inmenso convoy dirigido por el general Hugo, ahora á cargo de Marcune.

Miranda, que había visto los lamentables espectáculos del abandono de riquezas y botín á orillas del Vop, al pié del monte de Wilna y en las riberas del Beresina, creyó por un momento ver reproducida la misma escena. Allí había coches de todas clases, lujosísimos los unos hasta el mayor extremo del fausto, paupérrimos otros; cajas llenas de metálico, pertenecientes á los regimientos, cuyo contenido se repartieron los vencedores, si bien pronto lo trocaron por otras cosas en las tiendas de la ciudad; lo mismo que en Wilna, se estableció una especie de cambio de monedas, dándose ocho duros de plata por una guinea, por ser de más fácil transporte. Por allí se encontró rodando el bastón de mando del desdichado Jourdán, sobre quien iba á fulminar sus más espantosos rayos el *invencible* héroe de Rusia, y finalmente, allí encontró Wellington el nombramiento de feld-mariscal de la Gran Bretaña con que le recompensó el príncipe regente.

Los soldados no creían lo que veían; ¡qué de alhajas y pedrerías, qué de uniformes y trajes de ceremonia, qué de muebles raros y lujosos, qué de vinos, licores y fiambres, qué de armas preciosas, qué de cofres llenos de libros raros, de objetos artísticos, de cuadros, delicadas baratijas y señoriles dijes, se encontraban esparcidos por el suelo! ¡No había que negar que los tales afrancesados se preparaban á darse en Francia la gran vida!

Y á todo esto era un clamor incesante, pues todo el mundo huía y nadie encontraba á los suyos, y se formaba un concierto indescriptible de gritos, maldiciones, ayes, llantos y vociferaciones. Allí estaban multitud de oficiales y soldados jurados con sus esposas é hijos, empleados comprometidos, polizontes y clérigos.

Wellington mandó que todas las mujeres y niños fuesen trasladados á Pamplona con los mayores miramientos, quedando prisioneros los hombres.

Por desgracia, el botín no fué tan completo como hubiera sido de desear, pues parte había salido anticipadamente en otro convoy y en éste era precisamente donde iban los cuadros que se había llevado Hugo.

Muchos franceses tuvieron que guarecerse en las asperezas de las Vascongadas, llegando allí en el mayor estado de indisciplina, desnudos, por pequeños grupos ó de uno en uno, desposeidos del antiguo prestigio y ante la espectativa de ver invadida Francia por aquellos mismos cuya patria habían ellos allanado sin motivo ni pretexto.

V.

El grueso del ejército de José se dirigió á Pamplona, perseguido por Wellington y Morillo, quemando, asolando y cometiendo todo linaje de tropelías y barbaridades en los pueblos que encontraban en el tránsito. Tanto era el pánico de que iban poseidos que al llegar á la capital navarra, quisieron saltar por las murallas para no esperar á que les abriesen las puertas, que estaban, á la sazón, y muy prudentemente, cerradas, deteniéndose de hacerlo ante los disparos de los franceses de dentro, que ignoraban á qué venía aquel extraño asalto.

José mandó se fortificara Pamplona, porque sí, para decir que áun podía mandar alguna cosa, y escapó con el ex-ejército del Centro por Vera. Desde lo alto de aquellas cumbres que dividen las dos naciones saludaron los soldados franceses con lágrimas de regocijo el suelo de su patria; desde allí pudieron divisar las risueñas riberas del Nive y del Adour, paisaje que tanto contrasta con la aridez y desolado aspecto de la parte española que está á tocar; otros se metieron en Francia por Velate y varias divisiones lo hicieron por Roncesvalles, de siniestro recuerdo para los descendientes de Roldán.

José, acongojado y sombrío, lanzó desde lo alto de aquellas cimas una mirada de desesperación á aquella tierra indómita de donde le habían arrojado, á aquella tierra que no habían podido sujetar las aguerridas legiones vencedoras en cien combates, á aquella tierra que no había querido sufrir el yugo tiránico que quería imponerle un déspota y que había triunfado por el pecho de sus hijos, por su carácter imposible de doblar y por su tenacidad asombrosa. Había creido Napoleón tener bastante con algunos regimientos para imponer su orgullosa voluntad á la península y había tenido que contemplar con rabia y dolor cómo se deshacían aquí al soplo de la muerte sus mejores veteranos y sus más valientes soldados, cómo se consumían sus tesoros, cómo se eclipsaba su estrella, cómo perdían batallas sus mejores generales, cómo eran arrojados desde las costas de Portugal y Andalucía á la otra parte de los Pirineos.

Y esto no lo había alcanzado ninguna nación montada según la clásica diplomacia, con ejércitos *á la Federica* y generales de academia, sino que todo era debido al espíritu del país, á la natural bravura é independencia de sus hijos, á la dignidad de sus sentimientos. Aquí había visto lo que costaba apoderarse de cualquier ciudad, sin murallas apenas, sin riquezas y de escaso vecindario; aquí había visto que tomar á Dantzig con sus formidables defensas costaba menos que apoderarse de Gerona con sus cuarteados muros; aquí había visto que entrar en Zaragoza era empresa muy superior á apoderarse de toda Italia después de Marengo; aquí había visto que la celebrada defensa de Génova por el mariscal Massena dejaba mucho que desear comparada con la de Alvarez de Castro; aquí se había encontrado con algo más difícil que flanquear el fuerte de Bard, colocado en la desembocadura del desfiladero de San Bernardo: con Torres-Vedras; aquí había visto, en fin, que no se conseguía nada con ganar una batalla porque al día siguiente había más combatientes que la víspera.

¡Necia ilusión la del emperador! Había hecho despertar de su letargo á un pueblo embrutecido por el fanatismo y la monarquía absoluta; había devuelto la conciencia de su decoro á un país olvidado de su papel en el mundo; había sembrado la semilla de la libertad queriendo implantar su tiranía exótica y había engendrado el ansia de ser respetados y libres á

los que estaban sumidos en el lodazal del servilismo, despertando los apagados bríos de una raza guerrera y los arrebatos de una nación que había hecho prisioneros reyes franceses en Pavía.

Esto había sacado Napoleón de sus proyectos para avasallar á España. Desde el bofetón de Bailén, Europa le había perdido el miedo, y ahora aquella tierra á quien le había mandado un rey como si se tratara de una Westfalia ó una Holanda, ó un Nápoles, se lo devolvía, se lo arrojaba, se lo escupía.



CAPÍTULO X

En Zaragoza

I

Sentados al pié de una haya, en un frondoso bosque á orillas del Ebro, no lejos de Pedrola, encontrábanse el comandante Garroyo, el capitán Antequera, el capitán D. Enrique Osorio y el subteniente don Juan Ortego.

Era una calurosa mañana del 5 de Julio y la división de Mina, juntamente con los lanceros de D. Julián Sánchez, incorporado á la misma por orden de Wellington, descansaban de las rudas fatigas de aquellos últimos días.

Desde la entrega de Valencia había corrido Garroyo los azares de la vida de campaña, combatiendo sin tregua por las orillas del Júcar á las órdenes de Villacampa y llevando á cabo distinguidas acciones; fué trasladado á la división de Mina, en la cual siguió ejerciendo el mismo mando que antes, logrando que Juan Ortego pudiese ostentar la charretera de oficial, bien ganada en multitud de refriegas.

Petra y Esther se encontraban en Zaragoza, apenas vistas de nadie, en una modesta casa de la calle de Santa María; allí estaban desde su salida de Valencia, sin que desde entonces hubiesen visto más á sus amados, por más que tuviesen con frecuencia noticias unos de otros.

—Batidos y arrojados á la otra parte de la frontera José y Gazán,—decía Osorio, que acababa de llegar del Norte,—quedaba en Vizcaya la división de Foy, que juntando á sus fuerzas las guarniciones de Bilbao y otros puntos opuso en Mondragón una tenaz resistencia á D. Gabriel de Mendizábal; cejó luégo hacia Tolosa y atacado por Longa y Graham fué retirándose hacia Andraín, de posición en posición, hasta que por fin pudo ganar la frontera, perseguido, empero, por D. Pedro Agustín Girón, que ha sido el primero en pisar tierra francesa. Rindióse Pasajes á D. Francisco Longa.

—Como Pancorbo al conde de la Bisbal,—interrumpió diciendo Ortego,—tomándose uno de los fuertes por asalto y capitulando el otro.

—¡Brava hazaña!—replicó Osorio,—porque conozco lo escabrosísimo de aquel terreno y lo defendible que es. Por fin, amigos míos, dejé á los ingleses en Hernani, á D. Pablo Morillo en Roncesvalles y á O'Donnell y al conde de España sitiando á Pamplona.

—Pues nosotros,—dijo Antequera,—juntamente con los lanceros de don Julián, y mientras V. se estaba curando de su herida, la emprendimos con Clausel, al cual obligamos á retirar la guarnición de Logroño, Tudela y Calahorra y á ampararse de Zaragoza hasta que después de muchas marchas y contramarchas se metió en Francia por Canfranc.

—Todo va bien en el Norte,—contestó Garroyo;—todo ha sido recuperado menos esas tres plazas de Santoña, San Sebastián y Pamplona que no tardarán en caer en poder de los sitiadores; ya no hay un solo francés en Leon ni Castilla la Vieja y sólo tres plazas suyas en Castilla la Nueva, Vascongadas y Navarra. Ojalá las cosas marchen del mismo modo en Valencia y Cataluña, y no hablo de Aragón, porque

creo que todos estamos resueltos á acabar ya de una vez con esa ocupación extranjera que nos empobrece y deshonra.

—No tardaremos en pelear,—repuso Osorio,—y creo que no hemos de ser menos afortunados que hasta ahora, pero urge, á la verdad, que echemos ya de una vez para siempre de Zaragoza á sus odiosos ocupantes.

—Eso se hará, y pronto,—contestó Garroyo.

—Mucha honra será para nosotros entrar en la inmortal ciudad,—replicó Osorio.

—Y cuando estemos confío os encontraréis á las mil maravillas y podréis acabar de restableceros de ese rasguño.

—No fué nada.

—Con todo, os ha privado de poder tomar parte en estas últimas operaciones, y es cosa que me ha dolido, pues nuestra persecución á Clausel ha sido verdaderamente incansable, aburriéndole al pobre general, que ya no sabía dónde darla.

—Lo que á mí me gustaría,—dijo á este punto Ortego,—sería que viniese Suchet á habérselas con nosotros; tengo ganas de darle á entender á ese general que aquí no nos mamamos el dedo como en otras partes y que no queremos, de los franceses, ni salud.

—Yo creo que si Suchet tiene que abandonar Valencia va á morírsenos de nostalgia,—exclamó Antequera.—Mi hombre se encontraba allí como el pez en el agua y de seguro le habrá escocido más de lo regular tener que dejar sus vastas haciendas de la Albufera.

—Pues no tendrá más remedio que declararse en retirada,—dijo Garroyo,—á pesar de sus increibles ventajas en Cataluña. ¡Imposible parece, en efecto, que el general Murray se haya mostrado tan ridículamente incapaz, dando motivo á dudar si otro hombre hubiera tenido la habilidad de hacerlo tan mal como ese buen inglés! Embárcase en Alicante con la división anglo-siciliana y la de Witthingam, fuerte la expedición de más de 20.000 hombres y 1.000 caballos, desembarca en Salou, pone sitio á Tarragona, cuando la cuestión estaba en tomar la plaza de rebate, pues sólo había 2.000 hombres de guarnición y las murallas estaban desmoronadas, y así que se disponía á dar un asalto llega á sus oidos que venía Suchet y le falta tiempo para embarcarse más que de prisa dejando pasmados á los de dentro, que no acertaban á comprender cómo podía ser aquello y lo tomaban por una estratagema..... ¡la honrosa estratagema de la fuga! y estaban que no les llegaba la camisa al cuerpo pensando qué endiablada combinación se le había ocurrido al terrible inglés. Manda á parte de la caballería y la artillería retroceder por la carretera para destruir el castillo del Coll de Balaguer y tropiezan allí con Suchet que iba en socorro de Tarragona y se quedó viendo visiones sin comprender de dónde venía aquella gente ni de dónde salía la escuadra que se divisaba próxima á la costa. Y de la misma manera que se había sobrecogido Bertoletti al verle embarcar, sin saber por qué, sobrecogióse Suchet, desconcertado ante la aparición de aquellas tropas que no sabía por qué estaban allí y se retira también, profundamente preocupado por tan extraña estrategia. Finalmente, Murray embarcó su caballería y artillería en las playas de la Atmetlla y pudieron así los franceses introducir socorros en Tarragona, procedentes de Tortosa y de Barcelona, mientras Murray volvía á Alicante con 18 cañones menos. Afortunadamente se le relevó ya del mando y lo desempeña ahora un general de quien se tienen las mejores noticias bajo todo linaje de conceptos: sir William Bentinick. Sin embargo, repito que estas ventajas no bastan para que Suchet pueda estarse tranquilo en Valencia después del desenlace que ha tenido la campaña del Norte y que no le queda más remedio que acercarse al Ebro para estar prevenido ante un corte de retirada.

Esto era, en efecto, lo que había pasado con la expedición enviada en socorro de Tarragona, que hubiera podido tener el más feliz éxito á estar mandada por otro hombre que el inolvidable sir John Murray.

II.

Oyóse en esto redoble de tambores y los cuatro amigos se separaron para ir á formar.

—¡Vienen los franceses á atacarnos!—decíase entre filas.

—¿A atacarnos? ¡Pues si vamos nosotros á atacarles á ellos y á echarles de Tarragona!—respondían algunos aragoneses.

Entablóse efectivamente una recia pelea, cuyo resultado fué que Mina se apoderase de Casa-Blanca, Torrero y la Bernardona, mientras los lanceros de don Julián Sánchez causaban doscientos muertos

al enemigo. Los combates duraron tres días, al cabo de los cuales presentóse Durán, que se juntó á los dos intrépidos caudillos ya citados.

Disponíanse los tres á atacar á Zaragoza cuando llegaron varios emisarios con la noticia de que Paris se disponía á evacuar la ciudad con un gran convoy, viniendo confirmado á las pocas horas el aviso, añadiéndose que Paris había dejado una guarnición de quinientos hombres en la Aljafería y que había volado un ojo del puente de Piedra para que los de la otra parte no pudiesen perseguirle, creyéndose que había tomado la vía de Mequinenza.

—¡Ya es nuestra otra vez Zaragoza!—exclamaban entusiasmados los bravos hijos de Aragón.—¡A Zaragoza todos!

Empero no fué así; mediaban entre Mina y Durán algunas rivalidades, por lo cual fué designado para entrar en la ciudad D. Julián Sánchez, quien debía hacerlo aquella misma noche, (8 de Julio de 1813), mientras Durán lo haría al día siguiente y Mina quedaba encargado de perseguir á Paris y ver de quitarle el convoy.

III.

El recibimiento que la heróica ciudad hizo á los lanceros de D. Julián Sánchez fué tierno y conmovedor como ninguno. Todas las casas aparecían iluminadas y con colgaduras, y las zaragozanas, espléndidas de belleza, presentáronse vestidas con trajes de color claro en vez del de luto con que conmemoraban las fechas de las calamidades sufridas en aquel sitio homérico que inmortalizó su nombre.

Mucho habían sentido Garroyo, Antequera y Ortego no entrar en la ciudad, aunque suponían lo verificarían pronto, y entretanto habían encargado á Osorio fuese á dar noticias suyas á sus amadas, puesto que también vivía ahora en Zaragoza la novia de Ortego, aquella Eugenia de Ojos-Negros, que los tenía azules.

El joven capitán, convaleciente, como hemos ya indicado, de una ligera herida recibida en la batalla de Vitoria, quedó sorprendido ante la belleza de aquellas mujeres, tan dignas de ser amadas por aquellos hombres de corazón que en tal extremo las querían.

Petra, sobre todo, era una mujer prodigiosamente hermosa y brillaba tanto por su figura como por su discreción; diferente era el carácter de Esther, melancólica siempre, y no menos el de Eugenia, tipo perfecto de la gallardía y desenfado aragoneses.

La vida era muy dura para aquellas pobres jóvenes, pues reinaba en Zaragoza, como en todas partes, fuera de Valencia, espantosa miseria, esa miseria horrible que trae consigo la guerra y que en Aragón se dejaba sentir todavía más que en otras partes por la pobreza del suelo y las brutales exacciones de los procónsules. Zaragoza estaba convertida durante la dominación francesa en una nueva Varsovia y pesaba allí con mano de hierro la tiranía aniquiladora del invasor. Eran tantos los horrores que allí habían ocurrido que los habitantes de Zaragoza creían experimentar una pesadilla al recordarlo.

La fama justísima de caballeros y valientes de que gozaban con justo título los lanceros de D. Julián Sánchez, hizo que fuesen muy agasajados por los vecinos, que se disputaban tenerles en sus casas para obsequiarles con la cordialidad propia de aquella tierra.

IV.

Al siguiente entró el general Durán, siendo recibido por no menos concurso de gente que D. Julián Sánchez y aclamado con iguales muestras de entusiasmo. Era Durán uno de los mejores guerrilleros de aquella parte y había recogido no pocos laureles, pues lo que emprendía era siempre cosa de bulto.

Mientras el valiente soriano emprendía, pues, el sitio de la Aljafería y aventaba á los franceses de La Almunia, Mina, que había vadeado el Ebro, corría en persecución de Paris, á quien divisó en una altura cerca de Leciñena, alcanzándole finalmente en Alcubierre.

Aquello era un verdadero *mare magnum* de carruajes, cañones, caballos, gente de á pié y carretones de mano; mezclados con los soldados había paisanos franceses y no pocas paisanas, niños, algún cura y dos ó tres alguaciles. La voz de que llegaba Mina había sembrado el más espantoso pánico y todos gritaban, lloraban y huían, presa de indescriptible terror. No hubo, empero, quien tuviese motivos para temer nada, pues era sabida la caballerosidad del intrépido navarro, su profundo respeto á las mujeres y su amor á los niños. Mina les dejó marchar

á todos y sólo se quedó con la artillería y el convoy, consistente en mucha parte éste en el fruto del saqueo hecho en edificios públicos y particulares, según los mismos procedimientos y bajo iguales instrucciones que en Madrid. Con todo no pudieron salvarse muchas preciosidades existentes en el palacio de la Diputación é infinidad de legajos sacados del archivo de la misma.

V.

Regresó Mina á Zaragoza y entró en la ciudad en medio del más frenético entusiasmo.

Garroyo, que no había estado allí hacía muchos años, Garroyo, hijo de Zaragoza, sintió oprimírsele el corazón al ver el espectáculo que presentaba la ciudad, recientes todavía las huellas del terrible segundo sitio. Multitud de casas aparecían enteramente derruidas, otras cuarteadas, otras acribilladas á balazos, como si una monstruosa fiera hubiese roido su corteza; eran innumerables las mujeres que iban vestidas aún de luto, luto que habían jurado no dejar hasta ser libre España; aquellas calles estrechas y tortuosas parecían los senderos de un inmenso cementerio y no bastaban la animación de los vivas y las alegres jotas que se oían para dejar de sentirse hondamente afectado ante aquella inmensa ruina, ante aquellos edificios reducidos á escombros, ante aquella muchedumbre de seres vestidos de negro que lloraban la pérdida del padre, del esposo, del hijo ó del hermano.

Hermosa aparecía de aquel modo la ciudad, como la viva imagen de España, y contrastaba singularmente el aspecto de sus casas, agujereadas y semidestruidas, con la animación de los semblantes y los cantos patrióticos que salían de todas las bocas. Y á todo esto, ni una palabra que recordase el heroismo de aquellos nobles zaragozanos, ni una alusión á lo hecho por cada uno; no parecía sino que creyesen que habían cumplido estrictamente con su deber y que estaban dispuestos á cumplirlo de nuevo si volvían los franceses, que no entrarían tampoco, no, sin probar antes lo que cuesta empeñarse en que sea una cosa cuando Zaragoza se empeña en que sea otra.

Garroyo y sus amigos se dirigieron corriendo á la calle de Santa María, donde vieron en un balcón, esperándoles, á sus tres amantes.

Venían ellos curtidos por la vida de campamento, tostados por el sol, rotos los uniformes, pero arrogantes en su porte, bellos en su marcial figura, admirables en su gallardía.

VI.

La escena que sucedió al abrazarse de nuevo aquellos grandes corazones, no cabe ser descrita; las mujeres lloraban, los hombres, serios, hacían esfuerzos para contenerse.

—¡Eh! Basta, chiquillas, — exclamó Garroyo.— Aquí estamos todos sanos y enteros, gracias á los Padre-nuestros que habéis dicho por nosotros. Esto va á acabar pronto y vamos á darnos después todos los regalos de este mundo. Ya lo ves tú, rubia, te traigo aquí un subteniente en vez de un cabo.

—¿Y por qué no es V. general, don Manuel?—replicó Eugenia.

—Porque no quiero quebraderos de cabeza, y sobre todo, porque no he hecho nada para mandar á tanta gente; me contento con que mi mujer sea comandanta y guapa.

—Pues yo me contento con que me quieras tan sólo,—repuso Petra con coquetería,—aunque fueses soldado raso.

—Gracias, condesa. Eso hubiera querido ser, y en vez de tener que continuar con el chafarote al lado, irme á casa después de la guerra y vivir los dos bien arrimaditos, sin tener que pensar en separarnos ya nunca más. ¿Pero está V. callada, Esther? ¿Qué le ha parecido á V. Zaragoza?

—No podía encontrar otra ciudad que fuera más de mi gusto.

—Lo creo bien, y no es porque yo haya nacido aquí, pero gente como esta...

—¿Habrás estado muy triste, sin embargo?—preguntó Antequera.

—Triste, como todos, por no verte, pero he sentido aquí un consuelo tan grande...

Y apareció un subido rubor á las mejillas de la hermosa pálida.

—¿Qué?...

—Vaya, pues lo diré yo,—exclamó Eugenia.— Esther se hizo bautizar en la Seo y no deja de ir todos los días á rezar á la Virgen del Pilar.

Antequera estrechó fuertemente la mano de su amante sin añadir palabra, pero bien conoció la jo-

ven que aquella señal de gratitud revelaba una alegría inmensa.

—Al ver la confianza de todos los de aquí ponían en la Virgen su patrona, se sintió poseída de tal fervor, que no sosegó hasta recibir el bautismo.

—Todo va bien,—dijo Garroyo.—Allí nos casaremos todos, en la basílica del Pilar.

—¡Oh, no hay que pensar en eso todavía!—replicó Eugenia.—Hasta que no quede un francés en toda España.

—No tardarán en haberse largado todos.

—¿Y qué nos han traido ustedes de sus expediciones?—volvió á decir Eugenia.

—Verdad que nos olvidábamos. Juan te trae para tí un vestido de señora todo cuajado de perlas, y yo á Petra una corona de condesa para que represente una comedia. Dí, tú, Manolo.

—Yo te traigo un aderezo con un medallón que lleva un retrato que se te parece mucho,—dijo Antequera dirigiéndose á Esther.—Luego lo traerán todo los asistentes; es del botín del otro día, cuando le quitamos el convoy á Paris. Ya veis como pensamos en vosotras. Por supuesto, todo de los gabachos, pues de lo que se llevaron de aquí, se ha devuelto cada cosa á su dueño.

En aquel momento llamaron los asistentes, trayendo los objetos mencionados.

—¡Vaya! Ponéoslo todo,—exclamó Garroyo,—sin cuidado alguno, pues vamos á retirarnos entretanto.

Grandes risotadas indicaron á los tres caballeros que las mujeres se probaban respectivamente el traje y los aderezos.

VII.

Entraron de nuevo y quedaron encantados verdaderamente al ver á Eugenia con una amazona de terciopelo de un vivísimo encarnado que hacía resaltar su rubio pelo y su blanca tez; Petra parecía que no debiese quitarse nunca la corona y Esther recordaba la figura de su tocaya, según la relación bíblica.

—¡Bravo, bien! — exclamó Garroyo. — Tuvimos mucho gusto en la elección; se conoce que todo esto era de una misma señora, pues en ese aderezo hay también sobre los escudos una corona de condesa. ¿Quién diablos será ella?

—Se lo preguntaremos á D. Miguel Ondariz, que es hombre que entiende de blasones.

—¡Calle,—exclamó Eugenia,—en este bolsillo hay un papel! A ver, á ver, pues; dice:—*A madame la comtese de la Chategneraie...*»

—¿Cómo?—repuso Garroyo.—Déjame eso, Eugenia.

El comandante miró el papel y dijo:

—Es una carta. Veamos, sin embargo. Está en francés, pero voy á traducirla, dice así: «La presente os encontrará en Rusia, para donde sé que habéis partido en busca de Octavio. Sed feliz con él, sin reparo alguno, pues desde este momento no pertenezco ya al mundo, sino á Dios, al cual debo terribles cuentas que precisan una larga expiación.—Julia de Montespino, hoy *Madre Angeles*.—Castillo de Saligny (Beaune), 15 de Setiembre de 1812.»

—Eugenia,—repuso el comandante,—si no te interesa ese papel...

—¡Oh! ¡Ciertamente que no!

—Pues en ese caso voy á guardarle. ¿Quién sabe lo que puede valer aún?

—Guardadlo enhorabuena.

—Es cosa que puede interesar á algún amigo mío.

—Nada tiene V. que decir, deseando solamente que si esta rara casualidad puede favorecer á alguien, sea cuanto antes mejor.

—Precisamente,—repuso Garroyo en tono extraño. —*Cuanto antes, mejor*.—Y luégo repuso para sí:— Como M. Octavio de Saligny debe de estar ya en Francia...

VIII.

No ignoraba Garroyo el nombre y las desdichadas relaciones de la madre de Estrella con un oficial francés é interesóle vivamente por lo tanto el contenido de aquella carta. Púsose luégo á pensar por qué extrañas circunstancias se encontraban en Zaragoza aquellos objetos pertenecientes al parecer de la condesa de la Chategneraie, y de deducción en deducción, creyó adivinar que tal vez procedería del saqueo que los mismos franceses hicieron de los equipajes, diferentes veces, en la retirada de Rusia; era posible que algún soldado, ó quién sabe si oficial, se hubiese deshecho del cofre que los contenía en la primera ocasión oportuna y que alguno de los jefes franceses que se encontraban en Zaragoza los hubiese traido de Francia.

Esta explicación del hecho pareció racional á Garroyo, el cual pensó dar cuenta de ello á Miranda cuando le viese y hasta se prometía entregar la carta en propias manos de Saligny, si, como todo hacía presagiar, llegaban á invadir los españoles el entonces vecino imperio.

No pensó pues más en el asunto y dedicó todo su tiempo á Petra, cuya belleza le tenía confundido, lo mismo que á Antequera la interesante figura de Esther y á Ortego la gracia franca y seductora de Eugenia. Horas felices fueron aquellas para todos, horas sin historia más que para los que sentían latir al unísono sus corazones sin que el menor celaje empañara su dicha ni el menor contratiempo turbase su serenidad, á no ser la precisión ineludible de una separación.

IX.

Todo anunciaba, empero, que pronto tendría término la guerra. Sabían que Suchet había abandonado su ínsula Barataria, que esto vino á ser para él su estancia en Valencia, cuidando empero de dejar guarnecidos los castillos de Sagunto, Peñíscola, Denia y Morella, para poder volver en un caso favorable á su querida ciudad, y fortificando notablemente la plaza de Tortosa, donde dejó 4.500 hombres al mando del general Robert. Súpose también que habían sido evacuados Teruel y Alcañiz y muchos otros pueblos, guardando sólo Mequinenza, y colmó á todos de satisfacción saber que había quitado al brutal y odioso gobernador de Lérida, Henriot, sustituyéndole por Lamarque, y por fin que había establecido su cuartel general en Villafranca del Panadés, para estar á igual distancia de Tarragona y Barcelona, todavía en poder de los sicarios de aquel funesto mariscal.

La gran novedad, empero, consistía en el decreto dado por Napoleón separando del mando á su hermano y al pobre Jourdán y nombrando sucesor de ambos á Soult, con el título de lugarteniente general del emperador en España; es probable que el gran aficionado á cuadros confiase en ser coronado rey en vez de Pepe Botellas, ya que una vez se le había escapado la corona de Lusitania.

¡Lucido había quedado el triste José, declarado cesante sin más ni más!

Los españoles, empero, hicieron poco caso del tal nombramiento. Soult sabía que aquí se acostumbraba á derrotarle como en la Albuera ó hacerle perder los estribos como cuando iba á caza de la Romana, que le mareaba con sus *romerías* sin dejarse dar alcance.

Por otra parte, nadie ignoraba que las cosas de Napoleón iban en el extranjero de mal en peor, que tenía ahora en contra suya el Austria, pronta á declararle la guerra, como si no tuviese bastante con la que sostenía contra los rusos y los prusianos, y que no podía sacar de España ni un solo hombre, bien que ya se los mandaban de aquí por sobre la frontera. «ESTA SITUACIÓN,—dice el ardiente bonapartista monsieur de Norvins,—PRUEBA EVIDENTEMENTE QUE LA ESPAÑA FUÉ LA VERDADERA CAUSA DE LA CAIDA DE NAPOLEÓN.» (Norvins, *Historia de Napoleón*, libro XIV, capítulo I.)



CAPÍTULO XI

En Zarauz

I

Dejemos á nuestros amigos seguir la suerte de la guerra trasladándose con Mina y D. Julián Sánchez al bloqueo de Zaragoza, Jaca y Monzón y veamos lo que había sido del bravo Miranda á su llegada á Nanclares precisamente cuando comenzaba la batalla de Vitoria.

Incorporado al momento á la división Morillo había tomado el mando al quedar herido el bizarro caudillo y había continuado atacando tenazmente la posición en que se habían hecho fuertes los franceses, acometiendo sin cejar y dando tiempo á que llegara de refuerzo la división Hill. El fué también quien indicó á Hill el paso del desfiladero entre las alturas y el río, flanqueando de este modo los primeros y apoderándose, con asombro y terror del enemigo, del pueblo de Subijana de Alava. Finalmente, en el ataque del cerro circular que formaba el centro francés viósele siempre al frente de los regimientos, dirigiendo con gran pericia la colocación de dos brigadas de artillería inglesas que se encargaron de batir aquel formidable atrincheramiento.

Terminada la batalla y entradas en Vitoria las tropas vencedoras, alojáronse juntamente en una misma casa, como solían hacerlo siempre, Miranda, Espinosa, Méndez y Fraser.

Los cuatro amigos diéronse un estrecho abrazo al verse de nuevo, felicitando los dos últimos al primero por el justo galardón con que el Czar había recompensado sus servicios, reconociéndole luégo el empleo la Regencia española.

—Soy, sin embargo, el mismo de siempre,—contestó Miranda;—he nacido para obrar con entera independencia y no sé si podré avenirme á la sujeción de la disciplina militar; de todas maneras y mientras haya guerra, seguiré luciendo los entorchados, pero no creo continuar una vez estemos en paz, que no creo haya de tardar, según mis noticias. Pero hablando ahora de otra cosa, ¿visteis al conde de España cuando os incorporasteis á Wellington en Salamanca?

—Sí, por cierto. Allí le dejamos entonces encargado de guarnecer Ciudad-Rodrigo, Alba y la capital; ya sabrás que ahora está en Pamplona. Es hombre que nunca me ha gustado el tal francés, pero, ¿por qué me lo preguntas?

—Es que tengo muy recomendado se vigile á un oficial de su estado mayor...

—¿Manuel Pérez Silva?—contestó Espinosa.

—El mismo. ¿Sabías tú ya algo?

—Nada más sino que abre los pliegos dirigidos á su general; hay, sin embargo, quien está á la mira de todo lo que hace, cuya comisión se encargó á uno de los lanceros de D. Julián Sánchez, y con mayor motivo, ahora en que don Julián se ha reunido á los sitiadores de Pamplona.

—Mis noticias son únicamente que conviene apartar á ese hombre del teatro de las operaciones. ¿Tendremos otro Dupuy?

—¡Quiá! No creo pase de ser un Aráztegui.

—¿Pero ese joven encargado de su vigilancia, es

capaz de penetrar en el secreto de lo que trame el tal Pérez?

—De sobras,—repuso Espinosa.—Es el bachiller en teología, Luís Martínez, muy enamorado de cierta charra hacia la cual ese oficial manifestó ciertas inclinaciones.

—En este caso, nada he de añadir. Si se figura que pretendía ser su rival, no es posible mejor elección. Dejemos ya eso, pues, y hablemos del resultado de esta batalla de hoy.

Pero no tuvieron tiempo para ello, pues aparecieron multitud de ayudantes en busca de los cuatro para que se pusieran al frente de sus respectivas fuerzas al objeto de continuar la persecución, según de ello y demás que sucedió dimos cuenta ya en otro capítulo.

II.

El día 12 de aquel mismo mes de Julio tomaba posesión Soult del cargo de lugarteniente general de Napoleón en España. Sus primeras medidas fueron refundir todos los ejércitos echados de la península en uno solo, fuerte de 70.000 hombres, repartido en tres trozos á las órdenes de Reille, Drouet d' Erlón y Clausel, y dar esta proclama, fechada en su cuartel general de San Juan de Pié de Puerto. Decía así el vano y jactancioso mariscalote: «*Culpa es de otros* (¡qué manera de *echarles el muerto á los compañeros!)* el estado actual del ejército: sea gloria nuestra el mejorarle.—He dado parte al emperador de vuestro valor y de vuestro celo.—Son sus órdenes echar al enemigo de esas cumbres *(¡Ya te lo dirán de misas!)* desde donde atalaya nuestros fértiles valles y forzarles á repasar el Ebro.—Plantaremos en breve nuestras tiendas en tierra española y de ella sacaremos los recursos que nos sean necesarios *(That was the question)*.—Fechemos en Vitoria nuestros primeros triunfos y celebremos allí el día del cumpleaños del emperador.»

Las primeras proezas que se proponía llevar á cabo el señor duque de Dalmacia eran hacer levantar el bloqueo de Pamplona y el sitio de San Sebastián, gobernada esta plaza por el bizarro y acreditado general Rey, que tenía á sus órdenes 4.000 franceses escogidos. El asedio de San Sebastián estaba á cargo de Graham, así como el bloqueo de Pamplona al de don Enrique O'Donnell, Carlos de España y Mina, y habían comenzado ambos á principios de Julio.

III.

Iba á ponerse á prueba la pericia militar de Wellington.

Tratábase de contrarrestar los esfuerzos de Soult, guerrero hábil cuando quería, y entonces era ocasión de tener que serlo.

Soult había dejado entrever que atacaría á los sitiadores de San Sebastián y de Pamplona, pero cuidando de no dar á entender por cuál de los dos empezaría.

De este modo obligaba á Wellington á que debiese atender á dos puntos á la vez separados por una distancia de diez y seis leguas.

Wellington se encontraba así en el caso de tener que cubrir muchos pasos, por el peligro que había en dejar indefenso ningún paraje. Para ello necesitaba fraccionar mucho las fuerzas de su mando, y esto traía consigo el peligro de que fuese arrollado cualquiera de los trozos por el fuerte ejército de Soult.

Los dos ejércitos se miraban atentamente, acampando en las cumbres, uno frente á otro, de tal manera que las avanzadas sólo se encontraban separadas por una distancia de 150 varas.

Podían ver los bonapartistas cómo los ingleses se mostraban fríos y taciturnos, revelando empero en sus semblantes la altanería de quienes estaban amenazando hollar de un momento á otro el patrio suelo de sus aborrecidos rivales, y los ingleses, por su parte, miraban á los franceses joviales y risueños por encontrarse en sus patrios lares.

Aquellos ingleses que Napoleon había querido arrojar al mar se encontraban ahora en las cimas de los montes que separan España y Francia. Las casacas encarnadas aparecían á la vista de los pueblos franceses.

Las posiciones de los aliados eran éstas: Morillo en Roncesvalles; en Viscarret, Cole; en Olague, Picton; Hill, en el valle del Baztán; los portugueses del conde de Amarante, en los Alduides; más ingleses en Vera, el puerto de Echola y Santisteban, y finalmente el cuarto ejército español, mandado ahora por Freire, á orillas del Bidasoa, sirviendo para mantener las comunicaciones con los ingleses la división Longa.

Como se ve, los aliados se extendían por toda la

frontera occidental ocupando los mejores puntos estratégicos.

IV.

El 25 de Julio comenzaron las operaciones.

Soult en persona mandaba las fuerzas, que atacaron por Roncesvalles, por donde logró meterse á pesar de la bizarrísima defensa hecha por el regimiento de Leon, luégo que hubieron cejado Cole y Wing. Aquel valiente cuerpo se sostuvo contra 35.000 hombres en la fábrica de municiones de Orbaiceta hasta que quedaron gastadas sus municiones. Drouet d'Erlón consiguió por su parte introducirse por el valle del Baztán, burlando la vigilancia de los portugueses, lo cual motivó que los aliados se replegaran al objeto de poner á Pamplona á cubierto de cualquier golpe de mano.

Durante una semana fué un continuo pelear entre franceses y aliados; nada más interesante para un militar que el estudio de las sabias combinaciones de Wellington y Soult en aquellas jornadas que algunos han llamado la batalla de los Pirineos. «Fueron por ambos lados,—dice Toreno,—muy acertadas y bien entendidas las marchas y movimientos, ya perpendiculares, ya en dirección paralela, que cada cual imaginó ó se vió obligado á practicar, graduándose esta de parte muy importante y difícil en el arte de la guerra, si bien adecuada para que el hombre de profundo ingenio desdoble sus facultades empleadas á la vez en percibir muchos objetos y en abrazar un número grande de combinaciones; sobre todo, siendo como aquí el campo de la lid un país quebrado y montuoso, lleno de desfiladeros y revueltas en donde no es muy hacedero al general en jefe obrar desembarazadamente y con voluntad exclusiva y pronta.»

El tablero era digno, en efecto, de las dos altas capacidades que allí luchaban; la cuestión quedaba reducida, para el uno, á meterse dentro, y para el otro, á echarlo fuera otra vez, y esto se logró en una semana.

Al caer la tarde del día 1.° de Agosto los aliados se encontraban otra vez en las posiciones que ocupaban ocho días antes y los franceses de vuelta á Francia, siendo digna de elogio su hábil retirada por el Baztán, pero no menos merecedora de encomio la pericia de Wellington al arrojar á Soult de las posiciones que había tomado en Roncesvalles.

Las pérdidas ocurridas en tan numerosos combates fueron 6.000 por parte de los aliados y 8.000 por la de los franceses, contando muertos, heridos y extraviados.

V.

Grande alegría produjo en toda España la noticia de que los franceses habían tenido que volver á su país rabo entre piernas, y teníase ya por seguro que no tardarían en caer en nuestro poder las plazas que todavía conservaba en el Norte el enemigo.

Entre las principales familias de San Sebastián contábase entonces la de un antiguo marino llamado don Juan de Urquiola, padre del joven que vimos en Madrid prestar tan eficaz auxilio á Juliana cuando el secuestro de la hija de la marquesa de Montefuego. Tenía don Juan una hija llamada Dolores que se educaba en las Salesas y era amiga íntima de Carmen, y sabedora de que los aliados iban á entrar de un momento á otro en la ciudad, no se le ocurrió mejor idea que la de dirigirse al Norte y ver á sus padres, de los cuales estaba separada hacía tres años.

Puso en conocimiento de Carmen este pensamiento y la hermosa, joven que deseaba ver á Miranda no menos que su amiga á su familia, acogió con alegría tal idea. Dicho y hecho, pues; poco trabajo costó alcanzar el permiso y las dos niñas salieron de Madrid alegremente el 6 de Agosto, acompañadas del hermano de la guipuzcoana, llamado Ignacio.

Hacían el viaje en una silla de posta, bastante cómodamente, y así llegaron á Hernani sin que les ocurriera ninguna otra novedad más que la de reparar en el alborozo de los pueblos al verse libres de la dominación francesa.

Ignoraba por entonces Carmen el paradero de Miranda, al cual suponía con Morillo en Roncesvalles, y nadie lo sabía, por otra parte, pues desde la entrada de Soult en Francia y después de una breve conferencia celebrada con Wellington, no se le había visto más en el campamento.

Las dos niñas y Urquiola habíanse establecido interinamente en Zarauz esperando llegase el momento de salir los franceses ó de apoderarse los ingleses de la plaza para ir á reunirse con la familia de don Juan.

Eran harto calurosos los días y no pudieron resistir las dos amigas á la tentación de ir á bañarse en

la cercana playa. Fuéronse en una calesa, solas y al caer de la tarde y pudieron creer los peces, si es que creen algo, que de nuevo habitaban en las ondas las ondinas.

Nada más bello, en efecto, que aquellas dos niñas, fuertes y hermosas como dos ninfas de Rubens, vestidas con blancas y holgadas batas, parecidas á flotantes cendales, ágiles en el nadar, bulliciosas y risueñas.

El sol se ponía tras las verdes colinas en un supremo resplandor de oro y de púrpura; el mar parecía de esmeralda y el cielo se mostraba de un azul como el de los fondos del Ticiano.

De vez en cuando llegaba hasta allí, apagado y ronco, el eco de los cañonazos de San Sebastián, que venía á dar fe de la realidad y á velar la dulce placidez del paisaje.

Las dos niñas permanecieron en el mar hasta llegada la noche; salieron entonces, sacudiendo sus vestidos, pegados al cuerpo, y se dirigieron á la calesa, donde habían dejado los que traían puestos.

Vueltas á vestir, subieron al carruaje, que guiaba Cármen, y emprendieron de nuevo el camino de Zarauz.

Las dos jovenes no habian notado que al llegar allí había un oficial inglés, que se había escondido entre las frondosas ramas de una encina y que no había perdido ninguno de sus movimientos.

Luégo que hubo partido la calesa, el oficial bajó del árbol y se dirigió al pueblecito donde estaba su regimiento.

—¡Se llama Carmen,—dijo,—nombre español!

VI.

Al día siguiente, lo primero que vió la joven al asomarse al balcón fué á un oficial inglés, de la división Graham, que lucía por la calle su consumada pericia en equitación haciendo verificar al caballo toda suerte de saltos, corvetas y caracoleos.

La poca afición de la niña á todo lo referente al *sport* le hizo mirar con indiferencia los arriesgados ejercicios del ginete, joven capitán de *horse guards*, hermoso como un querubín y elegante como S. A. el príncipe regente, después Jorge IV, á quien los *fashionables* londinenses saludaban con el nombre de *arbiter elegantiarum*.

El oficial no se desanimó por eso, sino que esperó á que la niña saliese de casa para continuar á pié las tentativas hechas á caballo. Pasó y volvió á pasar por su lado, miróla, volvióla á mirar, aunque sin dirigirla una palabra y dió muestras de abrigar formales pretensiones de querer ser un segundo Lovelace.

Lo único que había era que Carmen no era ninguna Clarisa Harlowe ni mucho menos.

¿Cómo diablos se las compuso el inglés para enviar á Carmen un ramillete de preciosas dalias y camelias? ¿Cómo fué que tropezaba siempre con él doquiera que fuese? ¿En virtud de qué misterioso amuleto sabía el inglés que le gustaba la música de Mozart y recibía al día siguiente de haber manifestado tales preferencias la ópera de *Cosí fan tutte*? Imposible nos ha sido averiguarlo; sólo diremos, sí, que la obra no debía pertenecer á sir Arturo Ringer, que así se llamaba el capitán, puesto que en el reverso de la portada se leía este nombre: *Byron*.

No es que Carmen lo notase, pero lo notó Dolores, que no parecía muy disgustada de ver al gallardo inglés y que dijo al reparar en aquella firma:

—¡Será algún amigo de sir Arturo!—suposición no infundada, ciertamente, pues eran realmente amigos de la infancia, camaradas en el arte de ponerse la corbata al revés de los demás, esto es, baja y de color negro, y al mismo tiempo comunes admiradores de las españolas con preferencia al bello sexo universal.

VII.

Llegó en esto el 30 de Agosto, y el capitán, sin darse por resentido de tan continuadas muestras de desdén, ó séanse calabazas, atrevióse á hacer lo que en su timidez no había osado hasta entonces, esto es, escribir, no á Carmen, sino á Dolores, para decir lo siguiente: «Señorita: Espero no llevará V. á mal que sin tener el honor de hallarme relacionado con usted me atreva á participarle que mañana se dará el asalto á la plaza de San Sebastián, la cual quedará enteramente evacuada por los franceses antes del mediodía. Espero que esta nueva podrá proporcionar á V. el placer de prepararse para reunirse mañana con su respetable familia.—Cap. A. Ringer.»

No hay para qué decir el mágico efecto que en todos produjo la misiva; en Dolores por estar cercana de poder abrazar á sus ancianos padres y á sus hermanos y en Carmen por sentirse instintivamente más

cerca de Miranda y ser la toma de San Sebastián señal evidente de la pronta terminación de la guerra y con ello del día feliz en que se uniría á su adorado para no separarse más de él.

Dispusieron pues todo lo conveniente para ponerse en camino al día siguiente al amanecer y al llegar á Zubieta pudieron convencerse de las palabras de sir Arturo; el cañoneo que desde su salida de Zarauz no había cesado un momento, dejó de oirse al mediodía.

En las murallas de San Sebastián tremolaban las banderas inglesa y portuguesa, no la española, sin embargo. A las primeras horas de la tarde vieron pasar más de 700 prisioneros franceses, en medio de una lluvia torrencial.

Urquiola, que acompañaba á las jóvenes, preguntó á un oficial por las pérdidas ocurridas.

—Hemos tenido 500 muertos y 1.500 heridos,—repuso el interpelado,—pero sobre todo la desgracia irreparable ha sido la de sir Roberto Fletcher, el ingeniero de Torres-Vedras.

—¿Y los franceses?

—Hemos cogido esos prisioneros pero los demás se han refugiado en el castillo. El general Rey ha hecho una buena defensa. Pero dispensadme que os pregunte, ¿vais á San Sebastián?

—Sí,—repuso Urquiola.

—Pues mejor sería que no fueseis.

—¿Que no fuésemos? Extraño me parece lo que decís.

El inglés se encogió de hombros y repuso:

—Pues haced lo que os parezca,—siguiendo su marcha sin añadir palabra más.

Urquiola creyó no deber hacer caso de semejante recomendación, pensando que el capitán se referiría al peligro que pudiese correr por estar todavía el castillo en poder de los franceses, y por lo mismo no hizo presente á Carmen ni á Dolores la singular advertencia del inglés.

Todos los sitiadores se encontraban ya dentro de la plaza, formados en uno de los paseos.

Los tres jóvenes se dirigieron á casa de Urquiola, situada en la calle de Garibay, pudiendo abrirse paso á duras penas entre la multitud que victoriaba gozosa á los ingleses, contemplando de paso el hermoso espectáculo que presentaba la ciudad engalanada de súbito con vistosas colgaduras y arcos de triunfo.

Sucedía esto á las cinco de la tarde.

Urquiola abrazó á sus hijos con lágrimas de ternura, compartidas por todos los que contemplaban aquella tierna escena.

Era un anciano venerable, antiguo héroe de los mares del Norte y cuya intrepidez era conocida lo mismo de los franceses que de los demás marinos que iban á Terranova.

De pronto la sala en que se encontraban apareció iluminada por un siniestro resplandor rojizo.

Era San Sebastián que ardía, incendiado por nuestros *caros* aliados los ingleses de mister Graham.

. . . .



CAPÍTULO XII

El incendio de San Sebastián por los ingleses

I

Una turba de soldados borrachos entró en la casa, después de haber derribado la puerta á culatazos, viniendo á su frente el interesante capitán sir Arturo Ringer.

Entregada aquella honrada familia á los transportes del afecto que todos sus individuos se profesaban no había tenido ocasión de ver los espantosos acontecimientos de que venía siendo objeto la ciudad desde el mismo momento en que se había dado la antigua voz de «rompan filas.»

Las más lindas jóvenes de la ciudad se encontraban ricamente ataviadas en las puertas de sus casas con bandejas de refrescos para obsequiar á los recién entrados cuando en vez de la cordial correspondencia que tenían derecho á esperar, viéronse brutalmente derribadas por aquellas feroces hordas, molidas á sablazos é infamemente violadas. No quedó allí mujer con honra: las hijas eran arrebatadas de los brazos de sus madres, las esposas forzadas en presencia del cadáver de sus maridos... no quedó ninguna por brutalizar... Ni en Rioseco, ni en Uclés, ni en Córdoba, ni en Tarragona habían llegado los franceses á tal grado de brutalidad y de barbarie.

En pos de la violación vino el saqueo; todo fué pillado, robado y destruido; los desenfrenados instintos de los ingleses, que habían podido darse rienda suelta en la retirada de John Moore y se habían visto reprimidos por Wellington y don Miguel de lava después de la batalla de Vitoria, poníanse de manifiesto ahora en toda su repugnante crueldad, cinismo y sordidez. Nunca las fieras de los bosques dieron pruebas de semejante abyecta irracionalidad.

Todo, todo absolutamente lo que hubiesen podido hacer los ingleses (y nada absolutamente hicieron por nuestra cara, pues trabajaban *pro domo sua*, convirtiendo á España en teatro de la guerra de Inglaterra contra Francia, como había hecho antes Amílcar dando en España la batalla contra Roma y sacando de aquí la gente y el dinero para hacerla), todo absolutamente, decimos, quedó borrado aquel día, día de infamia para los innobles soldados de Graham, padrón de ignominia para la lealtad británica.

II.

Al ver aquella turba de soldados ebrios y al oficial que insolentemente entraba dando sablazos á los muebles, adelantóse Ignacio Urquiola pistola en mano, pero antes de que pudiese hacer ademán alguno, arrojáronse sobre él varios de aquellos testafermos, derribándole al suelo y clavándole sus bayonetas.

—¡Infames!—gritó el anciano.—¡Infames asesinos! ¡Infames y cobardes ladrones de honras y de haciendas!

Una descarga fué la respuesta, cayendo el noble viejo al suelo, acribillado á balazos.

Dolores, perseguida por los soldados y Carmen por



Ringer, huyeron despavoridas, no empero sin que la borracha soldadesca se apoderase de la infeliz Dolores, víctima del desenfreno de aquellos abyectos mercenarios.

Carmen, acongojada y resuelta á quitarse la vida antes que dejarse arrebatar la honra, había conseguido llegar hasta un gabinete del último piso. Había allí una imagen de la Virgen y la joven se postró ante ella, como el único amparo que la quedaba.

Oyéronse pasos y luégo golpes en la puerta. Carmen abrió el balcón y retrocedió horrorizada ante el espectáculo que se ofreció á su vista. Toda la ciudad ardía por sus cuatro costados; el humo del incendio y el sofocante calor que subía de aquel inmenso horno, dejaron á la joven sin sentido.

El oficial, furioso y lanzando horribles juramentos, vista la inutilidad de sus esfuerzos para derribar la puerta, hizo saltar la cerradura con su puñal y penetró en el cuarto.

Carmen había vuelto en sí al oir el ruido de la puerta, abierta con violencia por sir Arturo, y corrió al balcón con ánimo de arrojarse por él, pero el inglés, que conoció su intención, cerróla el paso.

La joven volvió la cabeza á todas partes buscando una salida... ¡Todo inútil! No había por donde salir.

El inglés, ebrio de vino y sangre y sediento de lujuria, acercóse á Carmen, entablándose entre los dos una desesperada lucha, lucha á brazo partido. La joven escupía al rostro del infame y estaba á punto de vencerle cuando el oficial, ¡noble estratagema! armóle una zancadilla que la hizo caer al suelo.

Carmen, falta ya de fuerzas, sintióse cogida por los brazos y arrastrada por el villano.

De pronto creyó soñar...

Había oido la voz de Miranda.

—¡Fernando! ¡Fernando!—gritó una voz desesperada.—¡Sálvame! ¡Salva á tu Carmen!

III.

Era Miranda, sí, que encargado por Wellington de hacer un reconocimiento desde la frontera hasta Tolosa de Francia, acababa de llegar en busca de Wellington, por haberle dicho en Irún que probablemente lo encontraría en San Sebastián.

Era Miranda, horrorizado y encendido de vergüenza al ver el incalificable comportamiento de los ingleses.

Amigo de Urquiola, había corrido á su casa al objeto de preservales del estrago, si por ventura era tiempo todavía. ¡Lo que encontró fueron los cadáveres de Ignacio y de su padre y lo que presenció fué el sombrío llanto de Dolores!...

Cuando oyó que la joven le dijo:—Arriba encontraréis á Carmen,—el bravo guerrero sintió como si le hubiesen arrojado encima una caldera de plomo derretido.

Rápido como el rayo subió en dos saltos las escaleras y se precipitó en el cuarto con la espada desnuda, lívido y terrible.

Vió á Ringer que tenía á Carmen cogida por la cintura, y arrojándose sobre él le clavó el arma en el pecho, exclamando:

—¡Muere, miserable ladrón!

La espada había quedado hundida hasta el puño.

Sir Arturo, que cayó bañado en un mar de sangre, lanzó un sordo rugido.

—¡Oh, Fernando,—exclamó la niña,—me has salvado la vida y el honor!

—Demos sepultura á los honrados muertos de abajo, mientras queda ahí ese infame, y salgamos en seguida, llevándonos á Dolores.

Hartos de sangre y cargados de botín habíanse largado ya los ingleses, pegando antes fuego á la casa, que ardía ya por la planta baja.

—Es peligroso perder un instante,—repuso Miranda asomándose al balcón y viendo salir las llamas por las rejas del piso bajo.—Sígueme al punto, iremos por Dolores y tendremos que descolgarnos luégo por los balcones, pues el fuego ha invadido la escalera.

Miranda bajó al primer piso y encontró á la pobre niña sin conocimiento, pronta á ser devorada por las llamas. El pavimento estaba, en efecto, caldeado y amenazaba venirse abajo.

El joven se acercó con precaución, tomó á la joven en sus brazos y la llevó al balcón de otra pieza, donde estaba también Carmen.

Hizo luégo varias tiras con una manta, anudándolas fuertemente, y sujetó en los hierros de la baranda la improvisada cuerda.

Esta era suficientemente larga, hasta llegar al piso de la calle, pero debía pasar tocando casi con las llamas.

—Un momento todavía,—repuso Miranda, recogiendo la cuerda.

Al cabo de pocos minutos volvió con un cántaro de agua y mojó bien las tiras de lana.

Dolores no parecía comprender lo que estaba ocurriendo.

—¡Ea, valor!—repuso Miranda.

Quitóse en seguida el cinturón, pasólo por bajo los sobacos de Dolores, ató enmedio de la espalda el otro extremo de la cuerda y bajó á la niña, que no tardó en encontrarse en la calle.

—Desatáos,—gritó Miranda.

Dolores pareció volver en sí, considerando el peligro de sus amigos, y dejó ir libremente el extremo atado al cinturón.

—No es preciso que me bajes,—dijo Carmen,—yo lo haré sola.

Así fué, en efecto. La valiente joven se deslizó en un momento.

Tocóle el turno á Miranda, oyendo así que pasaba á la parte de afuera del balcón, el ruido del techo que se desplomaba, convertido en una inmensa boca por donde salían las llamas del piso bajo.

Los tres corrieron fuera de la ciudad, atravesando por enmedio del incendio, y se dirigieron á Zubieta, donde se habían refugiado los desdichados habitantes de aquella infeliz ciudad.

IV.

La *proeza* llevada á cabo por los ingleses vale la pena de ser eternamente recordada, no tan sólo por los habitantes de San Sebastián, que no la olvidarán nunca, ciertamente, sino por todos los españoles. Véase en qué términos dá cuenta de ella Toreno:

«Melancolízase y se estremece el ánimo al recordar escena tan lamentable y trágica á que no dieron ocasión los desapercibidos y pacíficos habitantes, que alegres y alborozados salieron al encuentro de los que miraban como libertadores, recibiendo en recompensa amenazas, insultos y malos tratos... Robos, violencia, muertes, horrores sin cuento, sucediéronse con presteza y atropelladamente. Ni la ancianidad decrépita, ni la tierna infancia pudieron preservarse de la licencia y desenfreno de la soldadesca, que furiosa, forzaba á las hijas en el regazo de las madres, á las madres en los brazos de los maridos, y á las mujeres todas por doquiera.

»¡Qué deshonra y atrocidad! Tras ella sobrevino al anochecer el voraz incendio; si casual, si puesto de intento, ignorámoslo todavía. La ciudad entera ardió; sólo sesenta casas se habían destruido durante el sitio: ahora consumiéronse todas, excepto cuarenta, de seiscientas que antes San Sebastián contaba. Caudales, mercaderías, papeles, casi todo pereció, y también los archivos del Consulado y Ayuntamiento, precioso depósito de exquisitas memorias y antigüedades.

»Más de 1.500 familias quedaron desvalidas, y muchas, saliendo como sombras de enmedio de los escombros, dejábanse ver con semblantes pálidos y macilentos, desarropado el cuerpo y martillado el corazón con tan repetidos y dolorosos golpes. Ruina y destrozo que no se creyera obra de soldados de una nación aliada, europea y culta, sino estrago y asolamiento de enemigas y salvajes bandas venidas de Africa.

Y dice D. Modesto Lafuente, haciéndose cargo del juicio emitido por el conde de Toreno: «Por desgracia, lejos de ser recargadas, pecan tal vez de débiles, aunque parezca imposible, las tintas que empleó este escritor para bosquejar el cuadro de aquella noche funesta, una de las más horribles que se registrarán en la historia de las calamidades de los pueblos. Y no sabemos cómo tan ilustrado historiador pudo, hablando del incendio, estampar aquellas palabras: «Si casual, si puesto de intento, ignorámoslo todavía.» ¡Ojalá tuviéramos el consuelo de ignorarlo! ¡Ojalá de testimonios auténticos no resultara la dolorosa convicción de haber sido puesto, ¡horroriza el pensarlo! por los mismos que se decían nuestros amigos y aliados, por los defensores de la causa española, por aquellos mismos á quienes los pacíficos habitantes de San Sebastián salían alegres y alborozados á recibir como libertadores!»

V.

Miranda estrba rebosando indignación por la conducta observada por los aliados en San Sebastián, sentimiento compartido por todos los españoles. Lord Wellington hizo oidos de inglés, es decir, de mercader, ante las justas exigencias del ayuntamiento y vecindario en demanda de reparación moral y material. Nada se alcanzó, y los habitantes tuvieron que reedificar á sus expensas la infeliz ciudad, de la

cual, como queda dicho, sólo habían quedado cuarenta casas, siendo totalmente incendiadas 560.

Si los compatriotas de Byron quisieron darse el gustazo de ver repetidas las hazañas de Sardanápalo y de Nerón, hay que reconocer que lo tuvieron cumplido. ¡Valientes amigos nos habíamos echado! Otra vez los cartagineses se nos habían metido aquí. Bueno es no olvidarlo para que nunca fíe España en extranjeros auxilios. Lo mismo que hicimos con los ingleses lo habríamos alcanzado también sin ellos, puesto que, al fin y al cabo, y examinadas atentamente las causas de nuestra victoria, se verá que todo dependió de las guerrillas que obligaban á Napoleón á mantener aquí un ejército numerosísimo que le hacía falta para otras partes. Esa gran revulsión á su poderío, causada por las guerrillas, motivó los desastres que siguieron á la fatal catástrofe de Rusia.

VI.

Dolores no parecía la misma que en el convento.

Era antes una morenita agraciada, de finas facciones, carita redonda y llena de hoyuelos, ojos negros, grandes y vivarachos, sombreados por largas pestañas, boca menuda en la que lucían dos hileras de blanquísimos dientes, esbelto talle y regular estatura. La pobre niña aparecía ahora desfallecida, verdosa, contraido el semblante por la vergüenza y el rencor, cercados los párpados por moradas ojeras y decaido el aire como el de una enferma gravemente atacada de doloroso sufrimiento.

La vista de los soldados ingleses que paseaban por el pueblo la producía terribles crisis nerviosas, por lo cual Miranda creyó del caso apartar de allí á la infeliz y pedir licencia á Wellington para ir á servir á las órdenes del conde de España, que tenía puesto sitio á Pamplona, según dijimos ya.

En su conversación con el duque quejóse amargamente el joven general del comportamiento de las tropas inglesas en San Sebastián, dándole Wellington toda clase de excusas y pidiéndole señalase á los culpables de la violación de Dolores para castigarlos severamente.

—Los culpables no sé quiénes son,—replicó Miranda,—pero respecto al que los mandaba, ya me hice justicia por mí mismo.

—¿Qué hicisteis?—replicó el generalísimo.

—Lo maté como se mata á un ladrón,—repuso Miranda.—Sí, como un ladrón murió sir Arturo Ringer.

Wellington se mordió los labios y murmuró:

—Razón tuvisteis. Esos señores oficiales se figuran que se puede tratar á las poblaciones de España como trataban á las de la India.

VII.

Miranda se incorporó efectivamente al ejército que bloqueaba Pamplona. Allí estaban la división España y don Julián Sánchez y desde Agosto una división del tercer ejército, ó sea el del duque del Parque, mandada por el bizarro príncipe de Anglona.

La plaza resistía tenazmente y tenía víveres todavía para más de un mes.

El conde de España, casi nos sabe mal el decirlo, se portaba muy bien y daba muestras de alta capacidad militar.

Miranda encontró en seguida á Enrique Osorio, preguntándole por el oficial Pérez.

El joven se echó á reir y contestó:

—¡Ya no es de este mundo!

—¿Cómo?

—Se le fusiló en toda regla.

—Tanto mejor, si era merecedor de ello.

—Era un traidor, pero no logró llevar á cabo sus infames propósitos, ó á lo menos no le salieron tan bien como él hubiera querido.

—¿Qué fué eso?

—Avisó á Cassán, gobernador de la plaza, que Soult venía en su socorro y que hiciese una salida para secundar el ataque de que íbamos á ser objeto por parte de los recién llegados, indicando que la división más floja era la de Aymerich. Gracias á que Luís Martínez, mi asistente, descubrió la treta; el francés hizo con todo la salida, pero el conde de España desbarató á los que formaban la columna y les obligó á meterse de nuevo en la ciudad, no sin que tuviésemos, empero, algunas pérdidas. Creyó deber ponerse en salvo el tunante, pero no contaba con que Luís no le perdía de vista, y así, corrió tras él, cogiéndole al tocar las murallas de Pamplona y trayéndole atado codo con codo. El conde de España, ya sabéis qué carácter tan extraño tiene, mandólo encerrar en un calabozo obligándole á silbar incesantemente y mandando, cuando cesase de hacerlo, se le diesen carreras de baquetas.

Miranda hizo un gesto de disgusto.

—Por fin, cansado de tanto silbar, cosa propia de soplones, fué sometido á consejo de guerra y se cumplió la fatal sentencia.

—Sensible es siempre la aplicación de la pena capital.

—¿Qué queriais se hiciese? Además, que por lo que se pudo traslucir á última hora, ese oficial era un intrigante; él fué quien armó todo aquel enredo de pasarse el 3.° cuerpo de ejército á Pepe Botellas. Teníasele en Madrid por hijo de Godoy, cosa que no sería extraña dada la hermosura de su madre y su ostentoso modo de vivir, siendo simplemente viuda de un pobre criado de palacio, ayudante del guardamangier.

—¡Pobre mujer! ¿Con que su madre vive?

—Vive en París; se fué con María Luísa y no gustándole Compiegne, se marchó á la capital.

Los dos amigos hablaron luégo largo rato sobre los sucesos en que habían tomado parte cada uno.

—¿Os parece seguro Tafalla para que dejemos allí á esas muchachas que me he traido?—repuso luégo Miranda.

—Seguro del todo.

—Pues en este caso voy para allá. ¿Conocéis allí á alguien?

—Soy amigo del cura, y creo que si le decís que sois mi amigo, no consentirá que vayan á la posada.

—Tanto mejor.

—Buscad en este caso al padre Mariano y decidle que el hijo de D. Juan Osorio le encarga os atienda en cuanto le digáis.

—Gracias, Enrique.

VIII.

A las pocas horas pusiéronse en camino Miranda y las dos jóvenes y al llegar á Biurrún encontraron parte de la división de Mina, que estaba haciendo alto en el pueblo y venía de Jaca en dirección á Pamplona.

Al saber que había un general en el pueblo, presentósele el jefe que mandaba el batallón.

—¡Garroyo!—exclamó Miranda al ver á su antiguo camarada.

—¡Miranda!—repuso éste, lleno de alegría.

Los dos amigos se abrazaron estrechamente.

—¿Dónde vas?—dijo Garroyo, después de pasada la tierna emoción que había experimentado, no menos profunda que la de Miranda.

—A Tafalla, donde pienso dejar á Carmen y á una amiga suya.

—¿Por qué no las mandas á Zaragoza, donde encontrarían á Petra?

—¡Ah! Perfectamente. Pero no puedo alejarme tanto.

—Eso es lo de menos, si es que no tienes inconveniente en que las escolte hasta allí un hombre de confianza.

—Al contrario, con el mayor gusto.

—Corriente, pues. Irá Ortego, el que conoces ya de Dinamarca.

—¡Excelente muchacho!

—Es ahora subteniente.

—Vamos, merecido lo tiene.

—Saldrá, pues, Ortego con algunos ginetes y te dejará á esas niñas en toda seguridad.

—Gracias mil, mi querido Garroyo.

Todo se hizo como se había dispuesto; las dos jóvenes llegaron á Zaragoza, donde se instalaron en una casa cercana á la en que vivían Rosario, Esther y Eugenia, en la misma calle de Santa María, y los dos amigos se pusieron en camino para Pamplona, donde los dejaremos por ahora.



CAPÍTULO XIII

San Marcial

I

Mientras ocurrían en San Sebastián las tristes escenas que hemos relatado, acontecían sucesos muy diversos en no lejano sitio, todos en honor y gloria de las armas españolas, que adquirían uno de los más puros y legítimos lauros de toda la campaña.

Los franceses querían á toda costa, visto el malogro de su tentativa para hacer levantar el bloqueo de Pamplona, impedir que continuase el sitio de San Sebastián, y á este objeto decidieron cruzar el Bidasoa, forzando la línea española que guardaba aquella parte de la frontera, hallándose acantonadas nuestras tropas, pertenecientes al 4.° cuerpo, en los campos de Zorueta, San Marcial, Irún y Fuenterrabía, teniendo detrás la división Longa y algunos ingleses.

Mandaba á los españoles el bizarro D. Manuel Freire, general en jefe del 4.° cuerpo, y las divisiones ocupaban los siguientes puntos: Losada, Zorueta; Porlier, San Marcial; y Mendizábal, Irún y Fuenterrabía.

Todas ellas estaban formadas de tropas excelentes y aguerridas, dignas de los ilustres jefes que las mandaban. La intrepidez de Porlier, Mendizábal, Losada y Ezpeleta eran garantía de victoria, no menos que la pericia del general en jefe.

El terreno en que operaban era quebradísimo y muy arbolado; situados los españoles en las cumbres de los montes veían correr á sus piés el caudaloso Bidasoa, encajonado entre las rocas, límpido como un cristal.

Todos los que estaban á la parte de acá habían jurado que no volverían de nuevo los franceses á pisar el sagrado suelo de la patria. El año 1808 habían entrado pérfidamente, so capa de amigos; ahora... era diferente. La gente estaba prevenida.

II.

Amanecía el día 31 de Agosto de 1813.

La mañana era más que alegre, verdaderamente deliciosa. Desde lo alto veíanse los valles envueltos en vaporosa bruma, ora semejante á blanca humareda que brotase del suelo, ora á flotantes mantos de gasa. El río estaba cubierto por fina niebla que no dejaba ver sus cristalinas ondas y sólo se percibía su murmullo. Todas las yerbas exhalaban penetrante perfume y se mostraban cubiertas de rocío, y en los árboles daban su concierto los ruiseñores, único melodioso rumor que turbase el profundo silencio que reinaba.

Salió el sol entre sonrosados arreboles y al momento el eco de algunas detonaciones, procedentes de los puestos avanzados, dió á entender que el enemigo se aproximaba.

Así era, en efecto; grandes masas de enemigos procedentes de San Juan de Luz, habían atravesado el Bidasoa por el vado de Saraburo, apoderándose de las alturas de Irachaval.

Adelantaron luégo con ánimo de apoderarse de las sierras de San Marcial y de Zoraya, pero al llegar á medio tiro de fusil, una descarga redoblada de

los nuestros hízoles retroceder ante la magnitud de las pérdidas experimentadas.

Volvieron, no obstante, á querer probar fortuna por la parte de Zoraya, pagando de nuevo caramente su tentativa; pensaron entonces que quizás serían más afortunados dirigiendo sus esfuerzos contra San Marcial, y á este fin, emplazando su artillería en la orilla francesa, en la altura llamada de Luís XIV, consiguieron echar un puente volante junto al paraje denominado de las Nasas.

El empuje iba á ser terrible, según la embestida que traían las columnas que habían pasado el puente; Porlier, que observaba desde la ermita que está en lo alto de la sierra, se coloca al frente de la primera brigada de su división, desgálgase monte abajo y sale al encuentro de los que venían, obligándoles á retroceder, pero los que no pudieron lograr el puente debieron arrojarse al agua.

Visto que era imposible abrirse paso por allí y cada vez más presurosos para volar en socorro de San Sebastián, intentaron atacar la izquierda, que regían D. Gabriel de Mendizábal y el general Losada. Dos columnas de cazadores se encargaron de apoderarse de aquellas cumbres y lograron, en los primeros instantes, hacerse dueños del campamento establecido en una de ellas, pero acudió Porlier con el segundo batallón de infantería de marina y juntos todos arrollaron á los cazadores, que fueron cargados por tres batallones de voluntarios guipuzcoanos al mando de D. Juan de Ugartemendía.

Los regimientos de Guadalajara, Asturias y la Corona, desquitáronse aquel día de la triste jornada de Espinosa de los Monteros. El enemigo replegóse en el mayor desorden por el puente de las Nasas y los que no pudieron, debieron hacerlo con grave peligro por el mismo vado que habían atravesado por la mañana, viniendo ahora muy crecido el río á consecuencia de una fuerte lluvia.

III.

Tal fué aquella gloriosa batalla, ganada únicamente por los españoles, que demostraron no tener que menester ajeno auxilio para vencer á los ejércitos franceses; era la segunda vez que éstos eran derrotados en aquel mismo sitio (1552-1813).

El generalísimo Wellington se presentó en el lugar de la acción al caer de la tarde, felicitando calurosamente al bizarro Freire, no menos que á Porlier, Mendizábal y Ezpeleta, y dió la siguiente proclama, publicada en la *Gaceta* de Madrid del 19 de Octubre de aquel año. Dice así, textualmente copiada:

«Guerreros del mundo civilizado, aprended á serlo de los individuos del 4.° ejército español, que tengo la dicha de mandar. Cada soldado de él merece con más motivo que yo el bastón que empuño; el terror, la arrogancia, la serenidad y la muerte misma, de todo disponen á su arbitrio. Dos divisiones inglesas fueron testigos de este original y singularísimo combate, sin ayudarles en cosa alguna por disposición mía para que se llevasen ellos solos una gloria que no tiene compañera en los anales de la historia. Españoles, dedicáos todos á premiar á los infatigables gallegos; distinguidos sean hasta el fin de los siglos por haber llevado su denuedo y bizarría á donde nadie llegó hasta ahora, á donde con dificultad podrán llegar otros y á donde sólo ellos mismos se podrán exceder, si acaso es posible. Nación española: la sangre vertida de tantos Cides victoriosos ha hecho que diez y ocho mil enemigos con una numerosa artillería, desaparecieran como el humo para que no nos ofendan jamás. Franceses, huid, pues, ó pedid que os dictemos leyes, porque el 4.° ejército vá tras de vosotros y de vuestros caudillos á enseñarles á ser soldados.»

Cuando el frío, el impasible, el descontentadizo *duque de Hierro* se expresaba en tan calurosos términos mucho debía ser lo que habían hecho los españoles. Y mucho habían hecho en efecto. Véase lo que decía el general Freire en la orden del día siguiente: «Hemos perdido bastante gente y muchos y muy beneméritos jefes y oficiales, habiendo compañía donde no ha quedado ningún oficial.» Allí murieron ó quedaron heridos, en efecto, 161 jefes y oficiales, entre ellos el esforzado coronel de Asturias D. Fernando de Miranda, muerto gloriosamente al rechazar á los franceses que atacaban las posiciones de Soroya, y 2.642 soldados. Entre los heridos lo fueron el general Losada, hermano del conde de San Román, muerto en Espinosa, los brigadieres Castañón y Roselló y el coronel Laviña. El brigadier Sánchez Salvador perdió dos caballos.

Esto prueba la furia de las acometidas de los contrarios y la intrepidez con que los nuestros resistieron, dejando á última hora la defensiva para tomar

la ofensiva, dando terribles cargas á los franceses. Estos, conociendo que era cuestión de vida ó muerte para mantener todavía su orgullo el prestar auxilio á San Sebastián, hicieron esfuerzos desesperados para forzar la línea que se les oponía. Inútiles fueron todas sus tentativas y mal parado quedó Reille de su temerario propósito.

IV.

Fué la batalla de San Marcial una de las que puede estar más orgullosa nuestra nación; no solamente no logró su objeto el francés, sino que debió volverse precipitadamente á Francia, imposibilitado de poder entrar por allí. Sirva esto de memoria por si nunca llegara el caso de otra invasión, cosa que decimos sencillamente como hipótesis á la manera que en la actualidad hacen simulacros los franceses, figurando que entra un ejército español por Perpiñán y lo derrotan completamente en Carcasona.

La fama se ha empeñado, empero, en conceder más importancia á Talavera, la Albuera y Arapiles que á San Marcial, siendo así que esta última fué una batalla genuinamente española, mientras que la de los Arapiles fué únicamente un triunfo de los ingleses, y la Albuera y Talavera sólo fueron españolas por mitad, aunque algo más Vitoria.

En cuanto á los resultados, no puede negarse que no cede en importancia San Marcial á las referidas victorias, no precisamente por las pérdidas materiales causadas al francés, sino por contener su intento de invasión, lo cual impidió pudiera hacer levantar el cerco de San Sebastián.

Sólo una cosa entristece el ánimo y es pensar que uno de los principales héroes de aquella jornada, el intrépido y jamás vencido Porlier, debía acabar su vida en un patíbulo por orden de S. M. el rey Don Fernando VII de Borbón.



CAPÍTULO XIV

Después de la batalla

I

Todo campo de batalla es lúgubre al acercarse la noche; los vencedores vivaquean en él y sienten estremecimientos de horror.

Extenso era el frente ocupado por las tropas del general Freire y todo él era bosque. El aspecto que por la mañana presentaba era tan diferente del que ofrecía entonces, como diferente es una mansión paradisíaca de un antro del infierno. Parecía aquello una región separada de la primera por todo el espacio del horror.

Los árboles semejaban fantasmas monstruosos; cañones que yacían por el suelo, reflejaban á la luz de las hogueras como gigantescos caimanes verdinegros; oíanse gritos de dolor, chillidos de lechuzas, graznidos de cuervos, estallidos extraños, rumores pavorosos.

Todo el detritus de una batalla obstruía los senderos; montones de cadáveres horriblemente destrozados impedían á veces el paso; algunos de ellos guardaban una posición grotesca, sorprendidos por la muerte.

Muchos perros de los caseríos cercanos habían acudido al olor de la carne y devoraban asquerosamente los miembros esparcidos por do quier.

De lo hondo de los valles, de lo profundo de las zanjas, de lo más intrincado de los matorrales, salían lamentos y aullidos.

Era la hora de las visiones; aquellos misteriosos bosques del Norte encierran todos lúgubres leyendas.

El campamento español rebosaba júbilo y alegría, pero al ser media noche, no faltó quien se sintiera dominado por invencible tristeza.

Porlier meditaba.

II.

Era un hombre joven, de simpática figura, llano y franco en su trato, adorado de sus soldados. Sus proezas en aquella guerra habían sido verdaderamente admirables, rayando en legendarias. Había llevado á feliz término empresas que parecían imposibles y cuando nuestros ejércitos hubieron quedado enteramente destruidos después de Ocaña y sólo había las guerrillas para mantener encendida la guerra, Porlier, con Mina y el Empecinado, había sido uno de los indomables mantenedores de la independencia.

Aquel día no habían sido menos homéricas sus proezas que en Aguilar de Campóo, en sus invasiones de los pueblos y ciudades ocupadas por los franceses en el Cantábrico, en sus incursiones por tierra de Castilla y en sus incesantes peleas hasta obligar al enemigo á evacuar Asturias.

Precisamente un año antes había entrado Porlier en Santander, echando de allí á los franceses, que salieron precipitadamente al solo anuncio de que se acercaba el *Marquesito*.

Porlier recordaba con alegría y tristeza aquel día memorable; había hecho jurar á los leales santande-

rinos la Constitución de 1812, acto realizado en medio de las más fervientes aclamaciones y del más ardiente entusiasmo. Recordaba la alegría pintada en todos los semblantes al prestar juramento al sagrado Código que venía á proclamar el dogma de la dignidad de los ciudadanos y el decoro personal del hombre. España, que era una nación más degradada que Turquía ó que el más servil imperio asiático gobernado por eunucos y favoritos, España, había sido regenerada por el Dos de Mayo y no quería caer de nuevo en el lodazal de inmundicia en que se había arrastrado durante la dominación godoyina; no quería que en vez del título de nación se la tuviese que calificar nuevamente de pocilga donde todas las concupiscencias se diesen rienda suelta, donde el tráfico de dinero y la lujuria fuesen los únicos agentes de gobierno, ó por mejor decir, de autoridad sobre los demás.

¿Iban á ser estériles tantos sacrificios? ¿La obra de la independencia, llevada á término con las solas fuerzas del país, sería luégo inutilizada por el rey Fernando? Poco, muy poco fiaba Porlier en aquel siniestro personaje; tenía motivos para conocer de cerca su profunda hipocresía, su doblez solapada, sus crueles instintos, su avidez de sangre que rayaba como en una especie de monomanía, sus innobles apetitos y su odio á los que no querían sufrir de nuevo la ignominia de una corte absolutista.

¿Acaso peleaba España para darse el gustazo de que le volviesen á su amado monarca? ¿Acaso aquellos torrentes de sangre, derramados en uno y otro campo, reconocían por objeto que volviese á Madrid el héroe del Escorial? Poca importancia concedía, sin embargo, Napoleón al huésped de Valencey cuando apenas si se dignaba ocuparse en él. ¡No, no! Otro era el móvil que impulsaba á combatir á los españoles, móvil más elevado que el nombre de un monarca. Era que en España rebrotaba el espíritu ahogado por Napoleón, era que la Revolución Francesa se había encarnado entonces por una especie de *avatar* en la revolución española; era que la Constitución republicana y los principios de 1789, sofocados bajo el peso del despotismo imperial, renacían en España; era que lo sucedido en Francia á consecuencia de la feroz tiranía de los nobles había acontecido aquí bajo la indignación producida por la perfidia y deslealtad de los invasores. Esta era la verdadera interpretación de lo que estaba pasando desde el año 1808.

Maldito lo que había pensado Porlier en el ausente Fernando al pelear en San Marcial á pecho descubierto, al cargar al frente de una brigada de voluntarios á los cazadores de Reille, al descolgarse monte abajo para salir al encuentro de los acometedores, ni al mirar cómo se retiraban precipitadamente los franceses allende el Bidasoa. Pensaba, sí, en la dichosa suerte que se merecía la nación española que tales hijos contaba, pensaba en lo mucho que valía aquella España que combatía entonces por su honor y que demostraba de qué manera sabía rechazar las invasiones cuando en vez de un Don Rodrigo ó una María Luísa regía los destinos de la patria el pueblo soberano.

III.

Ocupaba Porlier la ermita que corona la sierra de San Marcial y estaba allí también, paseándose por la plazoleta que se encontraba antes de la capilla, su antiguo ayudante Ramón de Pravia, vuelto ahora á sus órdenes después de haber servido con Espinosa, desde que se incorporó á él en Cádiz, cuando la expedición de Zayas al condado de Niebla.

Era, decíamos, la noche después de la batalla.

El bravo joven había recibido hacía pocos días noticias de Teresa de Salas, la hermosa joven del valle de Onís, en que le daba cuenta de un extraño suceso: era el caso que algunos traginantes del valle de Pas, que iban á Oviedo, extraviados una noche por la áspera sierra de Cabrales se habían refugiado en una cueva, encontrando allí á una mujer que, según se veía, debía hacer vida penitente. Primero la habían tomado por una horrible bruja según el abandono de su vestido, su fosca mirada y el poder que tenía para no morir de frío yendo casi desnuda, sin más abrigo que algunos harapos y la larguísima cabellera que le tapaba las carnes, pero al oir su dulce voz y al ver las lágrimas que derramaba cambiaron de parecer y la tuvieron por una santa. Solamente un montón de hojas secas y una cruz muy grande hecha con dos ramas de encina era lo que se veía en la cueva, conociéndose claramente en la demacración de la penitente y en su rostro descolorido y atezado las grandes privaciones que sufría. La mujer no había dado señal alguna por donde se pudiese colegir quién era ni les había preguntado nada tampoco á ello. Los pasiegos le habían dejado algunas

provisiones que llevaban y habían avisado á los vecinos de los caseríos que de vez en cuando se acercasen por allí para hacer lo mismo, única manera de que al mejor día no muriese extenuada de hambre aquella infeliz solitaria.

Teresa parecía haberse interesado mucho por aquella misteriosa mujer, sin saber por qué, hallándose decidida á ir en persona á visitarla. Así lo había hecho pero sin encontrarla ya. Llena de curiosidad, sin embargo, había mirado por todas partes sin observar nada que revelara la presencia allí de un sér humano. No había nada absolutamente que pudiera dar el menor indicio de la condición de la penitente. La cruz estaba allí, pero no pasaban de ser dos ramas de encina. El montón de hojas secas también, pero no eran más que hojas secas. Todo quedaba envuelto en el más profundo misterio.

Teresa buscó nuevamente á la infeliz arrepentida, pero todo en vano, sin que nadie supiese darla razón de dónde pudiese haber ido.

Tal era el contenido de la carta, desde cuyo recibo se había sentido Pravia en extremo preocupado.

IV.

Desde la plazoleta se dominaba enteramente el curso del río y los bosques en que habían peleado los combatientes de ambas partes. Veíanse las hogueras del vivac español y al otro lado del río, tras de las colinas, el resplandor del vivac francés. Llegaban hasta arriba, distintamente, las alegres coplas que cantaban los vencedores, ruido de guitarras y panderetas, carcajadas y voces.

Todo cesó al tocar *silencio* las cornetas. Ya no se oyó entonces más que el grito de los centinelas.

La noche era tempestuosa; había cesado la lluvia durante algunas horas, pero oíase el rumor de lejanos trueno y el cielo se mostraba preñado de negras nubes.

Empezaron á caer gruesas gotas, convirtiéndose en breve en furioso aguacero.

Pravia se retiró á la ermita, cuando de pronto creyó oir un grito de socorro á la otra parte del monte, ahogado en seguida por la poderosa voz del trueno.

Había sido un grito extraño; hubiérase dicho que de mujer; grito de terror extraordinario, de loco miedo.

El joven se dirigió hacia donde creía había salido aquella voz y vió relucir en la oscuridad como un círculo de ascuas...

—¡Tres lobos!—exclamó.—¡Adelante!

Las ascuas no se movieron pero dejóse sentir un coro de feroces aullidos.

Pravia se fué acercando, pistola y sable en las manos.

Encontróse ya á pocos pasos y pudo ver lo que pasaba.

Una especie de sombra humana estaba recostada contra una roca, al pié de una cortadura, con los brazos extendidos hacia las fieras, que no parecía sino que gozasen en el terror de su víctima antes de arrojarse sobre ella.

Pravia disparó una bala á uno de los lobos y lo hizo rodar por el suelo.

Volvió á disparar con una segunda pistola y cayó otro.

El lobo que había quedado vivo huyó, sin esperar.

Todo había pasado en un momento.

Pravia estaba acostumbrado de niño á la caza de osos y de lobos y tenía certera puntería. La segunda bala había debido pasar casi tocando con la sombra.

Esta permanecía muda.

V.

No había que dudar.

Aquella era la mujer de quien le había hablado Teresa en su carta.

La misma, sí; semi-desnuda, con la larguísima cabellera, demacrada, de fosco mirar y rostro tostado por el sol y la intemperie.

Todo esto había visto Pravia al fulgor de los relámpagos.

—¿Adónde ibais, buena mujer, con semejante tiempo?—dijo con cariñoso acento Ramón.

—Nada me preguntéis,—repuso ella.—Dejadme seguir mi camino. Dios os pagará lo que habéis hecho por mí.

—Con todo, bien necesitáis un momento de descanso.

—No.

—¿Pero adónde queréis ir ahora?

—Dejadme.

—Extraño es lo que decís. ¿Acaso pretendéis pasar á Francia?

—¡A Francia!—repuso ella con cierto espanto.—¡Oh, no! No, á Francia.

—Pues allí iréis si continuáis vuestro camino; sólo está el río en medio.

—Yo ya sé dónde voy.

—Permitidme, sin embargo, que os detenga aquí un corto rato. Mirad, aquí arriba hay una ermita y en ella podréis pasar la noche.

—Os agradezco vuestro cuidado, pero no puedo guarecerme nunca bajo techado ni hablar con ningún mortal.

—No trataré más, siendo así, de haceros faltar á vuestros votos, aunque no creáis por eso que deje de saber quién sois.

—¿Yo?

—Sí. Vuestra penitencia es excesiva; hay aquí un sacerdote y tiene poder para conmutaros esos votos.

—No quiero.

—Bien está, pero sabed que los centinelas no os dejarán pasar, ó bien pueden mataros, tomándoos por una espía francesa.

Aquellas palabras parecieron conmover violentamente á la desconocida.

—¡Yo espía francesa!—repuso.

—Sí.

—Me quedaré hasta ser de día.

—En hora buena. ¡Ea, seguidme!

—No, aquí mismo.

—Pueden volver los lobos.

—¡Los lobos!

—Vamos, buena mujer, seguidme.

La mujer siguió silenciosamente.

—No os verá nadie,—repuso Pravia.

Los dos siguieron por un sendero que conducía á unas ruinas detrás de la ermita; allí había existido un cementerio, abandonado ya desde largos años.

—No os podréis quejar de que os lleve á ningún lugar profano,—dijo Pravia.—Esto era antes un campo-santo. Esperad ahora un momento y no hagáis ninguna imprudencia.

El joven fué á buscar un pan, algunas rajas de queso y un cántaro de agua y volvió á donde estaba la mujer.

—Comed algo y bebed,—repuso.

La desconocida obedeció, permaneciendo en una especie de estupor hasta que quedó dormida.

Pravia estuvo á su lado toda la noche, velando su sueño.

VI.

A las primeras horas de la mañana y á luz de los arreboles del alba, el joven pudo reparar mejor en la misteriosa penitente.

Era una mujer que parecía tener unos cuarenta años y conservaba restos de peregrina hermosura, por más que su rostro estuviese desfigurado por las huellas de largos padecimientos. El pelo presentaba numerosas hebras plateadas que contrastaban con la negrura del resto; los ojos estaban rodeados por un cerco casi negro; corrían dos profundas arrugas á cada lado de la ajada boca y en la frente se veían numerosos surcos que atestiguaban continuas preocupaciones.

Nada había comparable á la miseria de sus andrajos; veíase sobre sus carnes una especie de antiguo hábito blanco, hendido y roto por todas partes, dejando ver á intervalos la desnudez de dentro; cubría su cabeza un trozo de capuchón no menos maltratado y estaban protegidos los piés por unos zapatos sin forma ni consistencia, encontrados quizás al acaso. Y, sin embargo, todo respiraba distinción en aquella mujer, la finura de la piel, la pequeñez de las manos y los piés, la mirada y la voz.

La mujer dió un suspiro y murmuró, sonriendo inefablemente, esta palabra:

—*¡Estrella!*

VII.

Estremecióse Pravia al oir aquella palabra y miró con penetrante atención á la desdichada, cuyo sueño parecía el de una santa.

Estrella era el nombre de la esposa del brigadier Espinosa.

Y singular extrañeza... ¡no había duda!... los rasgos de su fisonomía eran idénticos.

Entonces recordó vagamente el joven que había oido hablar de cierta historia en que figuraba una monja que se había escapado con un jefe francés, añadiéndose que unían á la misma misteriosos lazos con la esposa del brigadier.

—¿Será esa?—murmuró Pravia.—En este caso, ¡harto está penando para borrar su falta!

La mujer despertó, mirando llena de extrañeza á su alrededor.

Todo sonreía de nuevo; todo eran aromas y armonías.

—¿Habéis descansado, señora?—preguntó respetuosamente Pravia.

Miróle ella con extrañeza al oirse llamar señora y respondió con tono que denunciaba su distinguida educación:

—Mil gracias, caballero; sí, he descansado muy bien, pero tengo la cabeza tan débil que de nada me acuerdo... ¿Dónde estoy?

—Estáis en el campamento español de San Marcial, señora, pasado San Sebastián.

—¡Ah! Sí... San Sebastián... Verdad... ¡Qué horror!... Mas, decidme... No sé qué quiero preguntaros...

—Hablad, señora, con toda confianza. Soy leal y deseo seros útil en alguna cosa.

—¿Sabéis... sabéis por dónde he de tomar para ir á Roncesvalles?

—¿A Roncesvalles? Lejos está todavía. Mas permitidme que os haga una ligera pregunta. ¿Puedo saber á quién buscáis?

—No, no busco á nadie...

—Siendo así, no insistiré, pero me permitiréis ofreceros una recomendación si la necesitáis.

—¿Una recomendación para alguien que se encuentra en Roncesvalles?—repuso con visible emoción la mujer.

—Sí, para uno de los jefes...

—¿Para uno de los jefes?

—Persona excelente, noble, en extremo honrado y caballero.

—¿Y es?...

—Es, señora... el brigadier Espinosa.

La mujer dió un grito y repuso, llena de agitación:

—¿Vos conocéis al brigadier Espinosa?

—Mucho que sí; he servido con él en Andalucía, Extremadura y Castilla.

—¿Y conocéis?...

—Conozco también mucho á otra persona...

—¡Decid! ¡Decid por piedad!

—Creo que no os causaré ningún pesar si os digo que conozco también á su señora...

—Hablad... habladme de ella...

—¿Qué he de deciros? ¡Se os parece tanto!...

La mujer bajó la cabeza y rompió á llorar amargamente.

VIII.

—Señora,—repuso Pravia,—tranquilizáos, animáos y esperad aún días venturosos. Yo os conduciré adonde queréis...

—¡No, gracias! ¡Yo sabré encontrarlos!

—¿Pero sabéis bien que doña Estrella?...

—¡Oh! ¡Estrella! ¡Mi Estrella! Sí; está con su marido...

—Ved que Roncesvalles está convertido hoy en un campamento y que es un desfiladero de rocas casi inaccesibles; imposible que una mujer pueda subir allí.

—Ella está en Orbaiceta.

—¡Ah! ¿Pero lo sabéis bien?

—¿Cómo no saberlo? Vengo de las Jurdes caminando sin descanso de sol á sol, de noche muchas veces, y me he enterado cada día de dónde estaba el general Morillo, á cuyas órdenes sirve el brigadier. Estrella salió de Cádiz y estuvo en Salamanca poco después que hubieron salido las tropas aliadas y á raíz de la batalla de Vitoria se puso en camino para reunirse con Ricardo. Ved si estoy bien informada.

—Verdad es, señora; ahora bien, permitidme nuevamente que os acompañe; me dais pena al veros tan sola.

—Agradezco vuestro interés, pero he hecho voto de no hablar siquiera sino por pura precisión y ya veis cuánto tiempo hace que estoy faltando.

—Votos absurdos, pero antes de separarnos, permitidme, señora, que me atreva á dirigiros una observación...

—Decid.

—Perdonadme ante todo mi indiscreto atrevimiento, mas al veros de este modo, vuestra hija...

Bajó la cabeza la infeliz sin interrumpir al joven.

—Al veros en tan lastimoso estado vais á infligirla un dolor inmenso.

—¡Oh! No, mi hija no me verá, mi hija no me reconocerá; yo quiero verla, quiero besar sus manos antes de morir, quiero escuchar su voz, pero no quiero causarle la vergüenza de que ella se encuentre de nuevo frente á frente con su madre.

—¡Inútil precaución! Harto os reconocerá por más que pretendáis desfiguraros.

—¡Oh, Dios mío! Es que yo no quiero que me conozca...

—¿Queréis privarla de ese consuelo?

—¡Ah! Se avergonzaría...

—No, no lo creáis, se arrojaría á vuestros piés.

—¿Eso creéis?

—No lo creo, me atrevo á jurarlo.

—Gracias, gracias, caballero, por vuestras palabras. Decidme qué queréis que haga. Desde que me habéis dicho que mi hija no me rechazará, haré todo cuanto me mandéis.

—En este caso, y agradeciéndoos profundamente vuestra confianza en mí, os suplico os dignéis aceptar un nuevo traje y mi compañía.

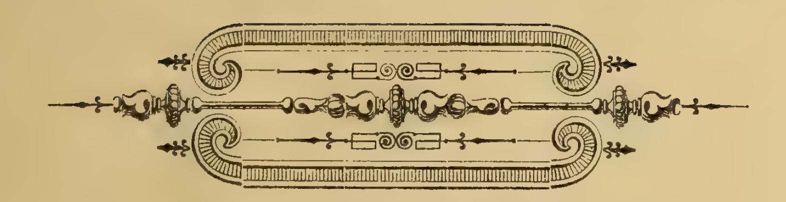
—Disponed de mí.

—Esperad aquí mismo y yo volveré con todo lo menester.

Ramon de Pravia enteró á Porlier de lo que creyó conveniente poder decir, sin citar ninguna persona, y pidió permiso á su general para acompañar á aquella mujer hasta Roncesvalles, no habiendo para qué decir que el valiente general le concedió en seguida su venia, puesto que no era de esperar se reanudasen por de pronto las operaciones.

El joven oficial mandó á Irún por un traje de señora y entretanto bajó nuevas provisiones á la infeliz, cuyo semblante aparecía sumamente transfigurado.

Al mediodía estuvo el traje en San Marcial, y la antigua abadesa de Santiago y Ramón de Pravia emprendieron en sendos caballos el camino de Navarra.



CAPÍTULO XV

Madre é hija

I

Después de atravesar el valle de Baztán siguiendo las orillas del Bidasoa, llegaron los dos viajeros á Orbaiceta al cabo de dos días de fatigosa y no interrumpida marcha.

Era de noche cuando llegaron al pueblo y Pravia recomendó á su compañera procurase contener su emoción para no dar lugar á que nadie sospechase la causa que la traía allí.

Durante el camino no había hecho Julia más que hablar de su hija, refiriendo á su compañero de viaje el motivo que la había impulsado á abandonar el castillo de la Beaune.

—La soledad en que quedé,—dijo,—hizo que me reconcentrara en mi conciencia; supe que la antigua amante de Saligny había partido á Rusia con ánimo de recobrar allí el perdido amor y me creí un obstáculo para que dos seres que podían ser felices no lo lograran por mi culpa. Escribí, pues, una carta á la condesa de la Chategneraie y mandé llamar á un fraile italiano para que me aconsejase qué resolución debía tomar. El padre Francesco me dijo que estaba en el caso de pedir perdón á mi hija y de romper para siempre con Octavio, entrando luégo en un convento para hacer allí una vida de rigurosísima penitencia. La carta que escribí á Octavio era dura, demasiado dura quizás... No la escribí con el corazón, sino para que me aborreciera y me olvidara. Tanta fué la impresión que me causó aquel fatal escrito, que caí gravemente enferma. Súpolo Estrella y vino á verme, pero se interpuso el padre Francesco y me hizo entender que yo debía renunciar para siempre á cuanto me ligase con el mundo y que me estaba prohibido pensar en nadie más que en Dios. Una noche, mientras dormía Estrella, huí del castillo, corrí á Salamanca, sufrí los más duros tratamientos en mi antiguo monasterio y cuando me creí que no había ya más tormento que padecer ni más humillaciones que apurar, y consultándolo antes con mi confesor, salí de allí y me dirigí á las Jurdes, viviendo de yerbas y raices, padeciendo hambre, sed, frío, calor, falta de sueño, martirizándome, orando sin cesar. Así pasó medio año, cuando un día, me sentí atacada de una enfermedad mortal...

—¡Oh, no!—dijo Pravia.—Viviréis feliz muchos años...

—Mi mal no tiene remedio; moriré á la caida de las hojas. Esto despertó en mí deseos invencibles de ver á mi hija una vez más, una sola vez. Supliquéle á mi confesor me concediese esta gracia y así lo hizo. Iba á marchar á Cádiz cuando supe que Estrella salía de allí; dijéronmelo en Ciudad-Rodrigo unos amigos á quienes se lo había participado Estrella, los cuales no me reconocieron bajo los andrajos con que pedía limosna; fuime á Salamanca creyendo que pasarían por allí. ¡Ay, había pasado ya! Entonces fuí tras ella, preguntando á cada momento, buscando los caminos desiertos para que no me detuvieran ni los guerrilleros ni los franceses, hasta que al llegar la otra noche á San Sebastián ví que estaba ardiendo. Seguí mi camino, extraviéme por los bosques y es-

taba á punto de ser devorada por los lobos cuando acudisteis en mi auxilio...

Pravia había procurado infundir esperanza á la pobre mujer y se sintió hondamente conmovido con la relación de su triste vida.

II.

Luégo de haber dejado instalada á Julia en la posada dirigióse Pravia á Roncesvalles, sin reparar en la oscuridad de la noche, llevando por guía á un contrabandista, conocedor del terreno.

Llegaron allí al amanecer y lo primero que hizo el joven fué presentarse al brigadier Espinosa, que se encontraba instalado en una *borda* ó cabaña de miserable aspecto.

Espinosa quedó sorprendido en extremo al ver al valiente asturiano, conociendo que alguna grave novedad motivaba su presencia.

—¿Capitán, qué ocurre?—preguntó.

—Mi brigadier, desearía estuviésemos á solas.

—A solas estamos, hablad.

—Es el caso que la madre de vuestra esposa se encuentra cerca de aquí, deseosa de ver á su hija, cosa que yo no he querido realizara hasta saber vuestra determinación sobre este punto.

El joven explicóle brevemente todo lo ocurrido y Espinosa contestó:

—Habéis obrado con todos los miramientos naturales en un tan cumplido caballero como sois; por lo demás, creo comprenderéis claramente que en modo alguno puedo oponerme á la voluntad de una desgraciada. Id, pues, y avisad antes á Estrella.

Pravia se despidió del coronel y bajó corriendo á Orbaiceta á participar á la esposa del brigadier la próxima llegada de su madre.

III.

Estrella había abandonado Cádiz, como sabemos ya por la conversación tenida por Julia en el camino, así que empezó la campaña destinada á barrer á los franceses allende el Pirineo.

La joven no había perdido ninguna de sus cualidades, pero una profunda tristeza había venido á velar la expresión de su fisonomía, tristeza dimanada del pensamiento en su madre cuyo paradero ignoraba por completo desde que desapareció de su lado, en el castillo de Saligny, mientras ella dormía. No sabía absolutamente Estrella qué camino ni qué resolución había tomado ni qué móvil la había impelido á abandonarla tan bruscamente sin dejar ni una seña, ni un solo testimonio de cariño. Pensaba á veces no hubiese marchado á Rusia y perecido allí; otras veces se figuraba no estuviese de nuevo en el convento de Salamanca, pero aunque así era la verdad, había significado la pobre arrepentida el deseo de que no se revelara su presencia allí y por esta razón no lo había sabido la desconsolada hija. Con todo, y por una secreta intuición, imposible de atribuir á indicio alguno y propia únicamente del instinto, había acabado por creer que su madre debía estar entregada á dura penitencia, pues era imposible que pudiese perseverar en la vida sacrílega que por una verdadera fatalidad había debido hacer por aquellos últimos años.

Encontrábase Estrella en un balcón mirando las cumbres de Roncesvalles, llenas de terrible majestad, cuando vió dirigirse hacia la casa que ocupaba al joven ayudante de Porlier, á quien conocía mucho de Oviedo y Cádiz, y lo mismo que Espinosa, presintió que le traía allí algún grave negocio.

El joven se presentó ante la interesante brigadiera, que le recibió con la mayor afabilidad, aunque poseida de profunda emoción.

—Señora,—dijo,—acabo de llegar en este momento de Roncesvalles, donde he tenido el honor de ver al brigadier y puedo en consecuencia daros las mejores noticias respecto de su estado.

—Gracias, capitán, —repuso Estrella.—Creo, sin embargo, que más tendréis que decirme todavía.

—Os he participado, señora, que había visto á vuestro esposo para que estéis enteramente segura de lo que voy á anunciaros.

—Concluid... No sé si me atreva á pensar lo que me parece queréis decirme...

—Comprenderéis que si una mala noticia afecta profundamente, no menos afectan á veces las mejores...

—¡Ah! ¡Mi madre!... ¿Verdad? ¿Verdad que sabéis dónde está mi madre? Corramos, capitán... ¡Dios os bendiga!

—Sí, vuestra madre... que espera el momento de arrojarse en vuestros brazos...

—¡Oh, madre mía! ¿Dónde estás?...

—Tened valor. Vais á verla en seguida...

—No, quiero ir con vos.

—Imposible... Todos se enterarían... Aguardad un solo momento.

Estrella quiso seguir al capitán, pero éste había ya desaparecido.

Fuése corriendo á la posada, donde encontró rezando á Julia.

—Vamos, ha llegado la hora,—exclamó alegremente Pravia.

Medio desvanecida ella, cogióse del brazo del capitán y dirigiéronse á casa de Estrella.

La joven, que se había quedado en su cuarto rezando también, dió un grito al ver aparecer á su madre en el dintel de la puerta, impresionada por la demacración de su semblante y las hondas huellas dejadas en todo su cuerpo por las ásperas mortificaciones á que se había entregado.

Las dos mujeres se arrojaron en brazos una de otra, sin fuerzas para hablar, llorando silenciosamente.

IV.

Julia se había arrodillado á los piés de su hija y la besaba ardientemente las manos; la joven no había reparado en ello por tener ocultos los ojos con el pañuelo con que se enjugaba el llanto, pero así que vió á su madre en aquella actitud, levantóla como si fuese una pluma, sentóla y se postró ante ella, obligándola á no moverse de como estaba.

Pravia se había retirado, afectado por aquella escena.

Las dos mujeres no hacían más que mirarse y besarse á cada momento.

—¡Madre!

—¡Hija de mi alma! ¡Estrella! ¡Niña mía!

Tales eran las únicas palabras que se dijeron durante muchas horas, que se deslizaron con la rapidez de la dicha más celeste.

La intemperie había curtido el rostro de la penitente, antes blanco como la leche, y las privaciones la habían enflaquecido su cuerpo, modelo un tiempo de suaves redondeces, lo cual hacía que se pareciese extraordinariamente á Estrella, cuyo rostro trigüeño y esbelto talle describimos ya.

—¡Oh, madre! Siempre he pensado en vos, en vos solamente.

—Y yo en tí, siempre, vida mía; no han sido las penitencias ni los dolores los que me han hecho sufrir, Estrella mía; ha sido mi único tormento no verte, pensar lo mal que me juzgarías, pensar que me maldecías quizás...

—Nunca, madre mía, nunca... Lo mismo que estaba sucediendo he pensado siempre.

—Para todo he tenido fuerzas menos para llevar hasta el extremo el sacrificio de no poder verte una vez más.

—Gracias, madre mía. Pero no érais vos sola la que sufriais con esto, también yo experimentaba ese gran dolor.

—¡Cuán feliz soy ahora, en cambio!...

—Y lo seréis siempre; nunca más os habéis de separar de mí.

—¡Ay! ¡Desdichada!

—¿Por qué decís eso?

—Nada, no hagas caso.

—¿Pensáis, quizás, abandonarme de nuevo, volver á esa horrible vida?...

—No, no me moveré más de tu lado.

—Olvidadlo ya todo, no penséis más que en mí y yo no pensaré más que en vos.

—¡Eres un ángel!

—Una santa, vos.

—Desgraciadas fatalidades han sido las que se han opuesto hasta hoy á nuestra dicha.

—Todo cambiará ahora.

—Un momento solo como los que estoy pasando, basta á hacerme creer, sin embargo, que soy la más dichosa de las madres.

—Lo seréis siempre.

—¿Tú crees que Dios me lo habrá perdonado todo?

—¡Oh, sí! ¡Cuánto no habéis sufrido!

—Si quisiera tener piedad de mí...

—¿Qué? La tendrá, madre mía, Dios es bueno.

—Ruégale por mí, Estrella mía.

—Todos ven que sois una mártir.

—¡Si esta dicha de ahora pudiese gozarla tan sólo un corto tiempo!...

—¿Qué decís?

—Pero no será. ¡Ay de mí!

—Abandonad esas ideas. Ya veréis qué buena os pondréis en seguida...

—No quiero afligirte, vida mía. No, no hablemos más de estas cosas.

—Son tristes huellas de vuestros pasados sufri-

mientos que se disiparán al soplo de la felicidad presente.

—Dios te oirá, hija mía.

—¿Por qué no os ha de oir también á vos si se lo rogáis?

—¡Ah! ¡Qué desgracia fué la de tener que separarte de mi regazo cuando naciste!

—Después os encontré y me pareció que siempre había estado junto á vos.

—Si nunca hubiese estado yo separada de tí, ninguna mujer hubiera sido más dichosa ni más honrada.

Así estuvieron hablando largo rato madre é hija, olvidadas de cuanto pasaba y confundidas en un solo pensamiento.

Al caer de la tarde Pravia se despidió de ellas sin querer escuchar las palabras de infinito reconocimiento que ambas le dirigían y volvió á incorporarse con Porlier.

V.

Los presentimientos de Julia eran harto fundados, por desgracia. Los largos meses que había pasado en aquella áspera penitencia, las profundas conmociones experimentadas por su espíritu y la tristeza infinita que la agobiaba sin cesar habían minado su salud, acabando por engendrar una de esas terribles enfermedades que zapan sordamente la existencia y no perdonan.

Era visible que la ex-abadesa de Santiago enflaquecía más de cada vez. Aunque la sonrisa no desaparecía nunca de sus labios, era tan honda la tristeza de su rostro que todavía aumentaba la compasión que inspiraba aquel pobre sér.

La frescura de aquellos valles contribuía, sin embargo, á demorar el desenlace de la enfermedad.

Fueron llamados varios médicos para examinar el estado de la enferma y todos hicieron los más funestos augurios.

Uno de ellos, sin embargo, manifestó ciertas esperanzas en el uso de unas aguas no lejos de allí, cuyo empleo recomendó eficazmente á la enferma.

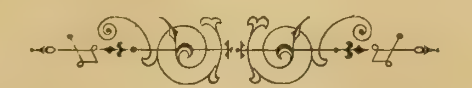
—Id á Panticosa,—exclamó el galeno.—No estaréis allí con gran comodidad, pero quizás podréis encontrar todo el remedio que buscamos.

Así se hizo, en efecto. Las aguas parecieron obrar con virtud maravillosa y la pobre mujer se encontró altamente mejorada.

Sucedía esto á mediados de Setiembre, en cuyo punto dejaremos esta relación para reanudarla oportunamente.

Estrella y su madre regresaron á Orbaiceta.

Las tropas españolas conservaban las mismas posiciones que el 31 de Agosto y se disponían á entrar en Francia, gran suceso que narraremos más adelante y que parecía imposible hubiese podido ocurrir al pensar que hubo un momento, después de Ocaña, en que sólo estaba libre del dominio napoleónico aquel sagrado pedazo de tierra llamado Cádiz, paladión de nuestra independencia, cuna de la libertad. Aquel rincón de España había sido la palanca para derribar al coloso que disponía de los destinos de Europa desde el Vístula al Guadiana. Cádiz había sido el muro resistente en que se habían estrellado las legiones imperiales, como se estrellaban también las olas del Océano. Aquel extremo de España debía levantar á la patria en peso del abismo á que estaba abocada; aquella punta de Europa debía servir de punto de apoyo á Europa entera para arrojar á Santa Elena al feroz asesino del duque de Enghien, inhumanamente fusilado, como otros, para dar gusto á la sed de sangre, á la monomanía homicida del tirano...



CAPÍTULO XVI

Más hazañas de Suchet

I

Hablamos ya del malogro de la tentativa de Murray para apoderarse de Tarragona, en poder del francés desde el *28 de Junio* del año 11, día eternamente fatídico, día de luto y de tristeza, día de maldición y día de odio inextinguible contra el bárbaro ordenador de las matanzas, día que todo catalán no dejará jamás de recordar, preñado el pecho de irreconciliable aborrecimiento y de lastimoso duelo.

La situación de la ciudad había sido desde entonces la propia de todos los pueblos que gimen bajo el peso de sanguinario despotismo. Todo eran exacciones, arbitrariedades, encarcelamientos, destierros, espionajes, vergonzosos tratos, irritantes precauciones, despotismo, y como obligado cortejo, la miseria, que tales son los males fatalmente inherentes á todo régimen basado en el poder de la fuerza bruta.

A fines de Julio los aliados tenían estrechada completamente la plaza, formando la línea de cerco los mallorquines de Wittingham, una división del tercer cuerpo al mando del príncipe de Anglona y los anglo-sicilianos de Bentinck, cuyo general ejercía el mando en jefe. Encontrábase por su parte, cercano allí, el bravo y caballeroso Copons, que causaba incesantes pérdidas y privaciones al enemigo cogiéndole convoyes y estorbándole sus comunicaciones.

La plaza estaba mandada por Bartoletti y su guarnición se componía de italianos, tropa más odiada por los naturales que los mismos franceses.

El general Bentinck era un hombre á propósito para todo menos para la guerra, y no porque dejase de tener un valor personal extraordinario sino por el horror que le inspiraba toda idea de derramamiento de sangre. Era un varón sencillísimo en sus costumbres, enemigo del boato, dulce, caritativo, verdadero *cuákero* convertido en jefe de un ejército.

II.

Era también un liberal sincero, ó como se decía entonces en Inglaterra un *radical;* lleno de espíritu justiciero, probo, honradísimo, cualidades eminentes, sin duda, pero no precisamente las más indispensables para ejercer el mando de tropas en campaña. La sangre le causaba horror y colocaba á Napoleón entre el número de los mayores monstruos que hubiesen afligido como una plaga á la humanidad. Filósofo profundo y hombre de una ilustración vastísima, entristecíase á la idea de que había que sacrificar vidas humanas en aras de la ambición de aquel déspota. Lord Bentinck estaba pintado en una palabra: no era un inglés, era *un hombre;* no era un militar de profesión era un general que defendía la causa de la justicia, poseido de horror á la guerra.

No eran esas ciertamente las ideas ni las intenciones de Suchet. ¡A buena hora venirle á éste con liberalismos ni respetos á la vida humana! Suchet había sacado tajada del sitio de Tarragona; era mariscal, habíase erigido en califa de Valencia y al solo pensamiento de perder su Barataria se encolerizaba y hubiera destruido medio mundo.

—Si tengo que soltar Tarragona,—exclamó,—sólo les dejaré un montón de ruinas.

III.

Un hombre había, empero, que se encargaba de parar un poco los piés al impetuoso duque de la Albufera y este hombre era D. José Manso, aquel gran catalán que tanta gloria consiguió para sí y tantos beneficios prestó á la santa causa de la independencia española, hombre cuyas hazañas recuerdan las de los antiguos héroes caballerescos á pesar de ser humilde su linaje, y cuyo nombre es objeto de perenne veneración por parte de todos los buenos patriotas.

El 7 de Agosto había atacado Manso á un batallón de italianos que custodiaban los molinos harineros de San Sadurní. Aquellos molinos proveían en grandísima abundancia á los franceses y convenía á toda costa inutilizarlos; 700 hombres estaban encargados de su defensa: 400 fueron muertos ó quedaron prisioneros y toda la harina fué repartida entre los paisanos. La acometida había sido tan de súbito que antes de que tuviesen tiempo de apercibirse de ello ya tenían encima á los terribles guerrilleros catalanes.

—Si Manso llega á meterse en Tarragona,—pensó Suchet,—va á hacer alguna de las suyas. Jamás perdonará los fusilamientos de soldados que mandé ejecutar en Molins de Rey, ni los ahorcamientos de paisanos y mujeres que creí oportuno verificar para seguir *aterrando* al país. No hay más remedio; es preciso sacar de allí á Bartoletti y á sus dos mil italianos; si ahora de 700 sólo ha dejado 300, ¡diablo! ¿qué haría con 2.000?

Y hé aquí por qué el mariscal Suchet decidió volar sin más tardanza en socorro de Bartoletti, llamando á Decaén para que saliese de Valls con su división, á Mauricio Mathieu para que viniera de Barcelona y á Maximiliano Lamarque para que en seguida se pusiese en camino desde Lérida, formando un total de 30.000 veteranos con inmensa caballería.

Al ver reunidas tantas fuerzas delante de sí, puso Bentinck sus tropas en orden de batalla delante de Tarragona,

caló el chapeo, requirió la espada,
miró al soslayo, fuése

y emprendió la retirada hacia los desfiladeros del Hospitalet, perseguido por el duque de la Albufera; no pasó, sin embargo, más adelante, «pensando sólo Suchet, dice Toreno, en demoler y evacuar á Tarragona.»

IV.

El 18 de Agosto encontrábase Suchet dentro dicha plaza, que encontró casi desierta, gracias al alejamiento de las clases *acomodadas* y al terrible degüello de que habían sido objeto dos años antes las clases *incomodadas*.

Como siempre, pagaban el pato los pobres y menesterosos, que no sabiendo á qué prócer ni personaje acudir para remediar su miseria, habían acabado por poner su confianza en el ínclito San Magín, cuya imagen pintada en la pared se veneraba y sigue venerando en una capilla situada en lo más alto de la ciudad.

Suchet sintió no encontrar ocasión oportuna para darse de nuevo el gusto de unos cuantos ahorcamientos y fusilamientos (hay gente que parece gozar en esto) y así no sabiendo cómo desahogar su mal humor mandó volar todo lo que pudiese recordar algún hecho notable de la ciudad.

La noche del 18 al 19 los habitantes de la ciudad, que ya se temían alguna nueva hazaña del feroz *Chuchet*, despertaron despavoridos al horroroso estruendo de cien y cien minas que reventaban casi al mismo tiempo ocasionando la voladura de un sinnúmero de edificios.

Eran la apoteosis de la dominación bonapartista. La torre del Patriarca, inmenso palacio que servía de residencia arzobispal y en el cual había pernoctado Francisco I cuando iba camino de Madrid, prisionero en Pavía, caía para siempre convertida en una verdadera montaña de escombros. Caía gran parte del palacio de Augusto, no quedando de él más que el actual *Castillo de Pilatos;* volaban las murallas y los fuertes y ardían los archivos notariales.

Al amanecer la ciudad asemejaba á un volcán; contemplada desde fuera veíase salir de todo su recinto una inmensa columna de humo y llamas, semejante á un cráter.

Los habitantes huían despavoridos por entre las ruinas, que se desplomaban con fragoroso estruendo, y lanzaban terribles imprecaciones contra el francés que de tal manera emulaba la rabia destructora de

los bárbaros que en antiguos tiempos tantas veces arrasaron la gran metrópoli española.

V.

Mientras esto ocurría en la ciudad, acaecía una escena muy distinta en el fuerte del Olivo, volado y abandonado desde el día anterior.

Daban las tres de la mañana y era profunda la oscuridad que reinaba; sin embargo, es costumbre en los labradores salir á aquella hora para dirigirse á sus trabajos, y este era el motivo por qué se encontraba en tal instante pasando contiguo al fuerte un honrado labriego llamado Roque Simó que se dirigía á una de las viñas cercanas al Olivo.

Iba el buen hombre á pié, con la azada al hombro y la bota al costado, cuando creyó oir golpes de azadón en el ángulo posterior del fuerte contiguo al camino de la Secuita.

—¿A qué vendrá cavar aquí á tales horas?—preguntóse Roque.—No creo que intenten sembrar nada en el fuerte. ¿Enterrarán algún muerto?

El labrador, lleno de curiosidad, procuró ocultarse bajo de un frondoso algarrobo cuyas ramas llegaban al suelo formando dentro un verdadero pabellón donde se podía dar un baile y esperó ver en qué paraba aquello.

De pronto apareció en el adarve de la muralla una figura que se destacaba vigorosamente sobre el fondo del cielo, débilmente iluminado ya por las primeras luces de la mañana.

—¡Cuerno!—exclamó Roque.—¡Es un general francés! La cosa promete.

Al poco rato el general salía á caballo bajando á la ciudad y Roque entraba sigilosamente én el castillo, viendo desde allí la inmensa humareda que salía del casco de la población y oyendo las incesantes detonaciones de las minas que reventaban á cada momento.

VI.

Luégo oyó ruido de tambores y músicas y distinguió una columna francesa que marchaba por la carretera de Barcelona.

—Ya están fuera,—continuó diciendo Simó, reducido al empleo del soliloquio.—¡El diablo cargue con todos ellos!

El labrador se dirigió hacia el sitio donde creyó debía haberse abierto el hoyo, pero nada vió por de pronto que le indicase el lugar preciso. Todo el suelo estaba cubierto de pedruscos en una grande extensión.

El trabajo prometía ser largo y Roque temía le sorprendiera alguien y quisiera ser partícipe en el *tesoro*, pues estaba cierto de que se trataba de un tesoro enterrado allí por el general.

Ya el sol picaba de lo lindo y pasaban sin cesar por el camino numerosos carros con dirección á Tarragona, conduciendo familias que iban á oir misa en San Magín, cuya festividad acertaba á ser aquel día.

Roque resolvió dejar su faena para la noche, no alejándose, empero, del Olivo para vigilar su querido descubrimiento.

Al anochecer fuése á casa, dejando oculto el azadón en el algarrobo, y volvió al cabo de una hora con una piqueta y un rollo de cuerda.

VII.

A las diez de la noche Roque Simó se dirigió de nuevo al paraje donde había visto por la mañana al general; desembarazó el terreno de las piedras de que estaba lleno y comenzó á cavar, á la buena de Dios.

Por más que ahondaba el hoyo, nada encontraba sin embargo.

Así pasó gran parte de la noche, sin resultado alguno en sus excavaciones.

De pronto creyó oir ruido, cesó en su tarea y prestó atención.

Nada más volvió á percibir, sin embargo.

—¡Bah! Será algún conejo,—se dijo para sí,—pues no creo que *las almas* del cementerio tengan ganas de cansarse subiendo esta empinada cuesta.

Hay que advertir que el cementerio de Tarragona está al mismo pié del cerro en cuya cima se levanta el fuerte.

Tranquilizado con esta reflexión algo materialista volvió Roque á continuar su ruda faena.

Oyóse de nuevo el ruido.

Esta vez sí que Roque tuvo miedo.

Miedo que aumentó espantosamente al ver que adelantaba lentamente hacia él una visión horrible.

¡Un fantasma!

Pero un fantasma clásico, envuelto en una sábana blanca, con la cara enharinada, ajos en los dientes, una vela en una mano y una guadaña en la otra.

—¡Muerto soy!—exclamó Simó, que cayó de rodillas, más de miedo que por reverencia.

El digno labrador recordó entonces la fórmula que debía dirigirse á los fantasmas.

—*¿Qué voleu de la part de Deu?*—exclamó tiritando de terror.

—*¡Que no tornis may mes aquí!*—repuso la aparición con voz sepulcral.

—Este fantasma es catalán,—pensó Roque para sus adentros, y recogiendo sus fuerzas en un sublime rasgo de valor, echó á correr con toda la ligereza propia de un alma que ha estado á punto de llevarse el diablo.

Roque no quiso pasar por delante del cementerio y tomó por otro camino. llamado del Angel, ávido de referir cuanto antes á su familia el tremendo caso.

VIII.

Apenas el fantasma hubo visto la velocidad con que Roque tomaba las de Villadiego, despojóse de la sábana, quitóse los ajos de la boca, dejó con cuidado la guadaña en el suelo y valido de la vela miró con atención el trabajo hecho anteriormente por Simó.

—Un labrador no conoce tan bien como un sepulturero dónde se ha enterrado algo,—exclamó, y con segura decisión apartóse algunos pasos y dió principio á una excavación nueva.

A seis palmos de profundidad vió una caja de hierro.

—Este difunto no está bien aquí,—continuó diciendo;—que vaya al campo-santo.

El ex-fantasma cogió la caja y bajó con ligereza la cuesta, entrando familiarmente en el cementerio.

IX.

—Ahí está el sepulturero, con una caja que no es para enterrar,—dijo el hombre, dirigiéndose á una mujer que estaba á la puerta.

—¿De veras, marido, habéis encontrado algo?

—¿Pues no lo ves, Tecleta?—repuso el hombre. ¿No ves qué caja? ¡Y pensar que si no llegamos á celebrar la noche de San Magín no hubiera oido ruido en el Olivo y el pobre Roque hubiera cargado con los grandes tesoros que, sin duda, contendrá esta caja! Yo prometo mandarle decir un oficio á San Magín en pago del beneficio que nos ha proporcionado. ¡Un milagro! ¡Un verdadero milagro! Pero ya estoy impaciente por saber qué hay aquí dentro.

Con destreza suma hizo saltar el sepulturero la cerradura del cofre, abriendo la misteriosa caja.

La cara que puso el desdichado al ver lo que contenía, sólo puede compararse á la que puso su mujer.

¡El cofrecito no contenía más que papeles!

X.

—¡Te has lucido!—exclamó la esposa, saliendo de su estupor, con tono lleno de rabieta.

—Sin embargo, quizás esos papeles digan algo que nos pueda hacer ricos. Espera, voy á leer uno, pues todos son iguales: *Banque de France*... ¡Bah! Al fuego todo esto, ¡ni siquiera serviría para hacer milochas los chicos!

Y el sepulturero con la mayor frescura del mundo encendió un papel en el candil que alumbraba la cocina é hizo una hoguera con tres millones de francos, escondidos en el Olivo por el general Marini.

XI.

La tarde del día siguiente entró en la plaza el general Sarsfield, ocupándose en seguida, ayudado del paisanaje, en descombrar el recinto y apagar el incendio de las casas que seguían ardiendo todavía.

Lord William Bentinck volvió del Hospitalet y se enderezó á Villafranca del Panadés, ayudado por Copons, que se había situado á su izquierda, campando por Martorell y San Sadurní, puntos en que se encontraba también el coronel Manso. Suchet habíase entretanto establecido en la línea de Llobregat, construyendo varios reductos en la ribera izquierda y fortificando formidablemente la cabeza del puente de Molins de Rey.

Las divisiones del ejército que se habían encontrado en Cataluña, fueron enviadas al Norte por orden del generalísimo, por lo cual quedó encargada del sitio de Tortosa la quinta división del 2.° ejército al mando del Empecinado. El duque del Parque, general en jefe del 3.° y poco afortunado siempre después de la victoria de Tamames, fué sustituido en aquel puesto por el príncipe de Anglona.

CAPITULO XVII

El hostal del Xipreret

I

Bentinck se encontraba, como hemos dicho, en Villafranca, á donde había llegado á fines de Agosto.

Tenía á sus órdenes una fuerza de rara composición, á saber: un regimiento británico, otro regimiento calabrés y una brigada de la división española de Sarsfield, al mando de D. José de Torres.

El general inglés pensó que para ponerse á cubierto de todo ataque ofensivo de Suchet, era lo mejor fortificar el escarpadísimo puerto de Ordal, por donde pasa la carretera de Barcelona á Valencia, y así lo hizo.

Es aquel un terreno áspero y montuoso, cubierto de bosques que lo hacen propio para sorpresas y emboscadas. En lo más alto de la cima está una elevada cruz llamada la *Cruz de Ordal,* desde donde se descubre un inmenso territorio: el llano de Barcelona, la ciudad, la costa de Levante y de Poniente, el Panadés y el curso del Llobregat desde las faldas de Montserrat. La montaña está cortada por profundas regatas y precipicios que ocasionan vértigos. Un puente de dos filas de arcos superpuestos y elevadísimos, une dos montañas separadas por horroroso abismo.

Tal era el sitio elegido por el general inglés para servir de resistencia á cualquier intentona del enemigo. Dista Ordal tres leguas de Villafranca.

Bentinck colocó al regimiento calabrés en un reducto antiguo, armado con cuatro cañones pequeños, junto á la Cruz; el regimiento británico se acomodó á la derecha y la brigada española á la izquierda.

Así quedaron establecidas las fuerzas aliadas, esperando de un momento á otro la aparición del enemigo.

II.

Subiendo por la parte de Barcelona y en el punto en que empieza lo más fragoso del puerto, había en la época de que hablamos un mesón, ú *hostal,* llamado del *Xipreret*, cuyo nombre no hay para qué decir había recibido de un ciprés que allí había.

Era una casa viejísima ya entonces, de tosca construcción, grande, compuesta de planta baja, un piso y el desván. Un ancho portalón y varios balconcillos, caprichosamente abiertos sin orden ni simetría, con barandas de madera pintadas de azul, interrumpían la monotonía de las denegridas paredes de la fachada, que terminaba en una punta coronada por un jarro de alfarería barnizado de verde. Poyos de piedra junto á la puerta, un pozo, un lavadero y una balsa al lado de la casa, un carro, bajo el cual se veía siempre echado á un enorme perrazo y varios pucheros convertidos en macetas, donde florecían claveles, albahacas y pensamientos, formaban el primer término de la decoración, cuyo fondo constituían los pinares, que iban elevándose hasta la cima y cuya espesura se veía interrumpida por los zig-zags de la polvorienta carretera.

Mucho tiempo hacía que los moradores del mesón no habían visto pasar por delante de la casa ningún

traginante ni viajero, sino únicamente regimientos franceses ó bien soldados de Manso, amén de alguno que otro vecino de Cervelló ó de Vallirana, que se arriesgaba á llegarse hasta alguna casa de Ordal para sus negocios. Esto era muy raro, sin embargo, por manera que lo más común era que pasasen meses enteros sin que discurriese nadie por la carretera.

Los domingos veíanse salir del hostal del Xipreret dos mujeres, madre é hija, cubiertas con capuchas de lana blanca, que bajaban á Vallirana á oir misa, ó cuando no, se dirigían á la iglesia de Ordal, escondida entre los pinares.

Era uno de los primeros días de Setiembre y las dos mujeres no faltaron á su piadosa obligación, encaminándose aquel día á la iglesia del pueblo, cuyas casas se encuentran sumamente diseminadas.

Los calabreses, apostados en el reducto de la cima, habían puesto varios centinelas en los contornos y uno de ellos dió la voz de *¡quién vive!* á las dos mujeres, contestando la más joven con las palabras de costumbre.

El alba iluminaba con su dulce claridad aquel paisaje, siempre agreste y melancólico, y á su luz miráronse la joven y el soldado, ella movida por el extraño traje del siciliano y éste con no disimulado interés, ya dependiese de la belleza de la niña, que era mucha, ya de las magníficas arracadas de esmeraldas que llevaba, indicio de su buena posición.

El centinela fué relevado á poco de haber entrado en la iglesia las dos mujeres; éstas oyeron misa y se volvieron á casa apretando el paso á causa del extremado calor que se dejaba sentir, pues ya había salido el sol.

El calabrés salió del reducto, miró el camino que tomaban madre é hija y siguió tras ellas.

III.

Era quizás algo expuesto alejarse tanto del fuerte, pero no parecía importarle esto un ardite al extranjero, que sin fusil ni arma alguna visible iba bajando por los rápidos zig-zags de la carretera, sin perder de vista á las dos mujeres.

Estas entraron entonces en el mesón, no muy tranquilas al parecer respecto al seguimiento de que eran objeto por parte de aquel extraño militar.

El calabrés no se paró en barras y llegó hasta la puerta, sin hacer caso de los feroces aullidos del perrazo, que demostraba intenciones de todo punto hostiles contra el inesperado visitante.

No pareció muy satisfecho el italiano cuando en vez de la joven se encontró con que salía á recibirle el hostelero, hombre de más que mediana edad, rudo aspecto y viril fisonomía, representando en su conjunto el tipo de los montañeses catalanes, lo mismo en traje que en figura.

—¡Calla, *Negre!*—exclamó dirigiéndose al mastín. —¿Qué queréis?—repuso luégo, dirigiéndose al soldado, usando la lengua catalana.

El calabrés no se dió por vencido ante la aspereza que demostraba el mesonero, y con asombro de éste contestóle en catalán también, si bien con marcado acento italiano:

—He de hablaros.

—Cuando gustéis.

—A solas.

—A solas estamos ya.

—Pueden oirnos las mujeres. Alejadlas.

—Mis mujeres no escuchan. Decid ya de una vez qué es lo que os trae.

—Conviene que un hombre decidido á todo vaya á Martorell. Se pagará bien el servicio.

—¿Qué servicio?

—Llevar un parte.

—¿A quién?

—Al coronel Manso.

—¿Y quién sois vos para mandar partes á Manso?

—Es que quien debía ir era yo y no sé el camino.

—Pues que vaya otro que lo sepa.

—Podriais acompañarme vos.

—No puedo.

—¿Por qué no podéis?

—Porque... no quiero.

—Mirad que está en mi mano obligaros á ello por la fuerza.

—Soy un hombre honrado y no quiero sufrir vuestras amenazas. ¡Salid de aquí!

—Quien saldrá seréis vos.

—¿Yo? ¡Estáis loco!

—No lo creáis...

Oyéronse en esto fuertes ladridos del perro.

—¿Quién vendrá por ahí?—murmuró el mesonero dejando al soldado en el zaguán y saliendo afuera.

Cuatro calabreses se dirigían á todo correr hacia el hostal.

IV.

Sus fachas poco tranquilizadoras hicieron recelar al mesonero no tratasen de jugarle una mala partida, y así se disponía á cerrar la puerta cuando oyó gritos en la habitación que ocupaban las mujeres en el primer piso.

Corrió en seguida, subiendo precipitadamente las escaleras, sin cuidarse ya de cerrar la puerta, y vió á su mujer y á su hija arrodilladas ante el calabrés, que cuchillo en mano exigía el dinero y las joyas.

Volvióse el miserable al oir los pasos del hostalero y dijo:

—No hagáis resistencia. Venga todo lo que tengáis en onzas y alhajas.

Ya en esto se oía subir á los cuatro restantes facinerosos, que se habían desembarazado del perro á sablazos.

Cogieron al mesonero y lo agarrotaron bárbaramente en una silla, haciendo lo mismo con su esposa, procediendo en seguida con avidez á registrar los cofres y arquimesas, pero sin encontrar dinero.

—¿Dónde están los cuartos?—exclamó el calabrés que había llegado primero.

—No tengo,—repuso el dueño.

—Os dejaremos á los dos durante cinco minutos para que decidáis y si acaso no viene eso podréis daros por muertos, pero no de un tiro ni de una cuchillada, sino en medio de los mayores tormentos. En cuanto á la muchacha, que venga con nosotros á servirnos el almuerzo.

La joven miró á su padre de cierto modo y siguió sin replicar á los bandidos, que se instalaron en la cocina, situada al extremo opuesto de la habitación en que estaban detenidos los padres.

Avezada á servir á toda clase de gentes, de no muy escogido trato, no pareció Felisa, que así se llamaba la hija de los venteros, sentirse muy corrida por las groserías de los comensales ni había tampoco perdido gran cosa la serenidad, á pesar del espantoso trance en que se encontraban ella y sus padres.

El vino corría en abundancia y se habían apurado ya varios porrones.

—Esperad que os traiga más,—dijo Felisa.—Voy á la bodega á llenar otra vez este porrón. Bebed sin cuidado alguno, pues todo se arreglará bien y os volveréis con los bolsillos bien llenos de onzas.

Felisa salió, fuése á la bodega y apareció de nuevo al cabo de un minuto, llevando en una mano un porrón y sosteniendo con la otra un objeto envuelto en el delantal.

—Bebed, mientras pongo en fresco esta sandía,—repuso, dejando el objeto dentro un cubo.—Voy por agua al pozo.

Apenas había salido Felisa cuando resonó un horrorísimo estampido, volando toda la parte de la casa donde correspondía la cocina, pero sin sufrir daño la restante, donde estaban los viejos.

La sandía era una granada que hacía poco tiempo se había llevado el mesonero como trofeo, después de haber sorprendido á un convoy que iba á San Sadurní.

V.

La joven entró de nuevo, así que hubo cesado de salir humo y polvo, y corrió antes que nada á ver si quedaba algún bandido incólume para que no pudiera hacer daño á los ancianos.

Salvando los escombros y ruinas humeantes que obstruían el paso, dirigióse hacia donde había existido antes la cocina, cuyo techo se había desplomado, cayendo allí cuantos muebles había en el cuarto correspondiente del primer piso.

Tremendo espectáculo se ofreció á su vista. Dos de los bandidos tenían la cabeza separada del tronco y los otros tres exhalaban lastimeros gritos, rotos brazos y piernas por los cascos del proyectil y el choque de los pesados muebles y las vigas que habían caido de arriba.

Felisa miró fijamente aquella escena y exclamó:

—Si no lo sabíais por ser extranjeros, ya podréis dar razón ahora de lo qué es venganza catalana.

Visto que no había peligro de que pudiesen hacer nada los tres heridos, corrió la joven hacia sus padres, que no habían tenido más novedad que la emoción causada por el estallido, pues el viejo había comprendido por la mirada de su hija que había pensado valerse de aquel medio, si era posible, para deshacerse de los ladrones.

Acto seguido rompió las fuertes ataduras que sujetaban á sus infelices padres y bajaron los tres á contemplar el espectáculo que ofrecían aquellas ruinas.

—Voy á avisar en seguida lo ocurrido,—dijo el hostalero.—Quedáos aquí vosotras y cerráos bien en los cuartos de arriba. Quiero ver al mismo general inglés.

El ventero iba á salir cuando se vió bajar del puerto á algunos ginetes que iban á reconocer la causa de la formidable explosión que se habia oido.

—No son los italianos, sino españoles,—dijo el ventero.

El piquete llegó en esto al hostal del Xipreret.

—Buenos días tengáis,—dijo el sargento que mandaba la fuerza.—¿Qué diablos ha pasado aquí, Antón?

VI.

El que había hablado de esta suerte era un joven de Villafranca, que militaba al principio en la partida de Manso y que se había incorporado después á la brigada Torres, de la división de Sarsfield, compuesta casi toda de catalanes.

Desde que se encontraban en Ordal había estado varias veces en el mesón, sin que ninguna necesidad estratégica ni ordenancista motivase tales reconocimientos, no cabiendo otra explicación lógica de semejantes expediciones que la atracción ejercida por los negros ojos de Felisa. Esta, por su parte, parecía agradecer mucho al militar su temerario proceder, y á falta de escogidas frases se lo manifestaba con elocuentes miradas, y si no mienten nuestros informes, con los mejores claveles, pensamientos y ramos de albahaca que florecían en los tiestos colocados en el borde del lavadero. Porque al sargento le gustaba mucho ver como lavaba aquella Nausicaa ordalense, sin duda porque sus brazos eran torneados y morenos como los de una griega y sacaban una ropa blanca como el ampo de la nieve.

Antón respondió á la pregunta del sargento, diciendo:

—Han venido ladrones y Felisa ha dado cuenta de ellos de la mejor manera que ha podido.

El sargento miró á la joven, cuyo rostro de aterciopelado cutis se encendió con el color de los claveles.

—¿Qué ha sido eso, Felisa?—preguntó.—¡No te creía tan valiente! Sea enhorabuena, por lo tanto.

—Nada más que una bomba que les ha dejado para postres y que ha reventado, matando á dos y dejando descalabrados á los tres restantes,—repuso Antón con cierto orgullo.—Entrad por allí dentro y podréis oirlo de boca de los heridos.

VII.

El sargento penetró en las ruinas del hogar y vió el tremendo espectáculo que presentaba todo aquello.

—*¡Póvero Gennaro! ¡Póvero Prudenzio!*—exclamaba uno de ellos, que no tenía más que un brazo roto.

Los otros se encontraban en el estertor de la agonía y gemían lastimosamente.

—¿Habiais venido á robar aquí?—preguntó el sargento.

—No, no, *mio signore*,—contestó el que hablaba.

—¿Que no habiais venido á eso?—replicó el jefe del pelotón.—¿Pues á qué habíais venido?

—Yo no, *má* sí los otros. Yo no soy *latrone.*

—¿Conque los otros lo eran?

—Sí, *mio signore.* Eran de la banda de *Fra Diavolo.*

—¡Ah! ¿Ese gran bandido italiano?...

—Sí, el que fué muerto por el general Hugo. Un gran *brigante, signore.* Había sido *frate.*

—Y esos que iban con Frá Diavolo, ¿quiénes eran?

—Los *morte, signore; Gennaro y Prudenzio.*

—¿No os da vergüenza que semejantes bandoleros figurasen en la valiente legión calabresa?

—Ah, *io non sonno reo, signore. Io sonno un buon fanciullo.*

—¿Conque declaras que esos dos habían venido aquí á robar?

—Sí, *mio signore, ma non io.*

—¿Y los otros dos?

—*Eranno amici, má non* habían *stato mai piu briganti.*

—¿Y habían acudido también para robar?

—Yo *creddo* que *Gennaro* les había *parlato d'una fanciulla di qui.*

—¡Ah, bribones!

—*Gennaro non habea voluto que se permetesse alcuno nessuna libertá; la questione era tutta di dennaro, di dobblone, di onza...*

—Pues ya veis como os salió el tiro por la culata.

—*¡Má sendo due compagnoni di Frá Diavolo!* ¡Cosa *incredibile!*

—Al más listo se la pegan; pero ya hemos acába-

do. Vamos á llevaros ahora á Villafranca y allí os curaréis en el hospital hasta que os peguen cuatro tiros.

—¡Ah! *Non sonno culpabile di niente, mio signore. Sonno un fanciullo apreciato di tutti; demandate á tutto il mondo per Liborio Testaferro é vedrete comme sonno un gentil galantuomo.*

—Vamos á sacar á esos tunantes de entre los escombros,—dijo el sargento cuyo nombre era Ramón Cantallops.—El delito está plenamente probado y nadie se atreverá á molestaros para nada. Mucho me duele que esas tropas, que tan brillantemente se condujeron en la acción de Castalla, deban recibir el disgusto de saber lo que han hecho esos desalmados.

Los dos muertos y los tres heridos fueron extraidos de entre los escombros y conducidos los últimos en el carro, mientras que los muertos quedaron allí en tanto se disponían las formalidades de enterramiento.

VIII.

El piquete se detuvo algunas horas en el mesón.

Conocíase que el sargento Cantallops sabía bien que no había peligro por entonces y que podía permitirse algún retardo en el desempeño de su comisión.

A mayor abundamiento había mandado á cuatro soldados para dar la verdadera explicación del hecho, á la vez que acompañaban á los heridos.

Los ocho hombres que quedaron hicieron un enorme consumo de huevos estrellados, *rosolis* y rosquillas, por no haber á mano cosa de más miga.

Sin embargo, si hubiesen podido penetrar en la parte alta de la casa hubieran visto al sargento dando cuenta de un arroz con pollo, jamón y un salchichón de Vich, amén de otras cosas reservadas para los domingos y fiestas de guardar.

Y hubieran visto también que Felisa sacaba una botella veneranda, llena de polvo y telarañas, y la destapaba mientras Antón pronunciaba estas palabras estupefacientes:

—Esta botella de malvasía de Sitjes es del día que nació mi madre.

Conque calculando que Antón tuviese 60 años, era indudable que la botella debía ser cuando menos del 1740.

—La quiero destapar hoy,—añadió,—ya que hoy hemos vuelto á nacer todos.

—Marido, puedes dar las gracias á San Ramón á quien no he dejado de invocar.

—Creo que las gracias podeis darlas á Antón, que le quitó la bomba á Decaén,—replicó Cantallops,—y á Felisa que sabía cómo se pegaba fuego á la espoleta.

—Esa chica ha sido una segunda *Rossa* de Tarragona,—exclamó Antón;—sólo que en vez de matar franceses ha matado brigantes.

En esto empezaron á llenarse los vasos de la preciosa malvasía contemporánea de Fernando VI.

—Hemos de brindar,—dijo Cantallops.

—Brindemos, pues,—repuso Antón.

—Porque dentro de un año sea yo subteniente y Felisa mi mujer.

La chica bajó los ojos ruborizándose, mientras Antón chocaba su vaso con el del sargento.

—Tuya será mi hija,—le dijo. Y bajando la voz, añadió:—¡Y no creas que deje de tener muy buenos patacones!

Por la tarde Cantallops y su gente abandonaron el *hostal del Xipreret* y emprendieron la vuelta del campamento.

Al día siguiente debió volver al meson para proceder al enterramiento de los dos cadáveres que habían sido dejados bajo un cobertizo, y fueron sepultados en el cementerio de Vallirana.

Toda la comarca quedó consternada al saber las trágicas ocurrencias del hostal y Felisa adquirió proporciones gigantescas, al saberse que había sido capaz de largarles una bomba á los bandoleros.

El general Bentinck se mostró muy disgustado del hecho de los calabreses, cuya división se mostró no ménos indignada por la conducta de aquellos cinco tunantes que se habían enganchado como voluntarios con el propósito de huir de la persecución de que eran objeto los numerosos bandoleros que infestaban en aquella época el reino de Nápoles.

La división calabresa prometió vindicarse de aquel borrón en la próxima batalla, deseando todos llegase cuanto antes la hora de demostrar su valor y disciplina.

CAPÍTULO XVIII

La cruz de Ordal

I

Habían pasado algunos días desde los sucesos que hemos referido anteriormente.

Era el 12 de Setiembre.

La noche presentábase oscura y tempestuosa. Un viento abrasador agitaba las ramas de los árboles produciendo siniestros silbidos y levantando nubes de polvo.

Un relámpago seguido del ruido de lejano trueno iluminó el agreste paisaje en que se encontraban las tropas aliadas, desencadenándose desde entonces terrible aguacero.

Los españoles acampaban á la izquierda de la Cruz, extendiéndose por la carretera.

El furioso vendabal impedía oir ningún rumor.

A las doce había cesado la lluvia, pero no el viento, que silbaba lúgubremente.

De pronto ua descarga casi á quemaropa hizo ver á los españoles que tenían á los franceses de Suchet encima.

Era una columna á cuyo frente iba el general Mesclop, que atacaba con ímpetu violentísimo, con todo el *elan* que ha hecho famosas las cargas de las tropas francesas.

Sólo tropas españolas, dignas herederas siempre de los heróicos tercios de Flandes, podían resistir aquella tremenda acometida.

Los granaderos y cazadores del regimiento de Aragón aguantaron la briosa carga sin ceder un palmo.

Los franceses retrocedieron, tomaron aliento y volvieron á embestir de nuevo con no menor violencia.

Otra vez se estrellaron contra el valor y serenidad de aquellos bravos.

En uno de los ataques cayó mortalmente herido el bravo coronel sir Federico Adams, que mandaba la acción, siendo reemplazado por D. José de Torres.

Los franceses comprendieron que no podían en manera alguna desbaratar la izquierda y dirigieron sus esfuerzos contra la derecha, compuesta tan sólo de tropas británicas.

II.

Encargóse de ello el entonces valiente comandante y después famoso mariscal Bugeaud.

Bugeaud era el ímpetu en persona y arrolló como una tromba á los ingleses, que cedieron á la embestida furiosa del 116 de línea.

Rota la derecha, cedió al momento el centro, ó sea el reducto ocupado por los calabreses, que emprendieron á correr por aquellos montes en busca del puerto de Sitjes, abandonando los cañones del fuertecito.

Sola, la izquierda, no podía resistir la embestida del ejército de Suchet en peso, y se replegó en buen orden hacia Martorell y San Sadurní, para reunirse á Copons, como así sucedió sin el menor percance.

Lord Bentinck, que al ruido del cañoneo acudía á Ordal, llegó tarde, de modo que al ver que era inútil

pensar en rescatar la posición, volvió grupas, haciendo cara, no obstante, á algunos escuadrones franceses que venían en perseguimiento de los que se habían replegado. En cuanto á los calabreses, tuvieron la suerte de poder librarse de Decaén, con quien tropezaron, y amparados por Manso, que se los encontró, llegaron sanos y salvos á Sitjes.

Inquieto Suchet por la suerte de Decaén, á quien había mandado viniese por San Feliu de Llobregat, dirigióse hacia allí al objeto de auxiliarle, si por acaso se veía apurado, quedando en consecuencia abandonado por algún tiempo el puerto de Ordal, hallándose el resto de los acometedores á la otra parte de la cordillera, persiguiendo á Bentinck.

Era cuando los calabreses topaban en su desbandada con Decaén, siendo este encuentro la causa de la demora que inquietaba al duque de la Albufera.

El choque de los sicilianos contra los franceses fué la señal de su dispersión, y así se dieron todos á correr sin saber á dónde iban á parar, pero con intención de dar algún golpe de mano si podían.

No les faltó ocasión.

Tres merodeadores se dirigieron al hostal del Xipreret, llamaron. pero nadie les contestó.

Recelosos, empero, de alguna nueva broma como la de la sandía, abstuviéronse prudentemente de querer entrar por la fuerza, y viendo que al parecer no había franceses por la cima, se dirigieron otra vez allí con ánimo de desbalijar á los muertos que había en el reducto y sus inmediaciones.

III.

De pronto distinguieron un hombre y una mujer al pié de la cruz. El hombre tenía aún un trabuco en la mano, como si hubiese tomado parte en la acción.

—Ellos son,—dijo uno de los calabreses á sus dos compinches.—Si ven que nos metemos en el reducto quizás lo dirán después á los españoles. Nos estorban para merodear. ¡Lástima grande, pues hay muchos ingleses que llevan los bolsillos llenos de onzas!

—No hay más,—dijo uno,—que quitárnoslos de delante. Primero al viejo.

Y apuntando con su fusil le dió de lleno en el pecho, cayendo el infeliz Antón bañado en sangre.

—¡Los franceses!—exclamó otro que se preparaba ya para disparar contra Felisa.—¡Perdidos somos!

—¡Una idea! Peguemos fuego al bosque por esta parte para estorbarles el paso.

—Pronto, pues.

No costó mucho producir un incendio.

—¿Por dónde salir ahora?—exclamó el asesino de Antón.

—¡Corpo di Bacco! por la izquierda. ¡Sálvese quien pueda!

Los dos cómplices se perdieron de vista en un instante mientras el asesino no acertaba á salir, por miedo á tener que pasar por delante de Felisa.

IV.

La joven estaba arrodillada ante su padre, tratando de restañar la sangre que manaba de su herida y dando gritos de socorro.

Antón, con fuerzas todavía para hablar, murmuraba:

—Han sido italianos... Yo he visto al que huía...

—¡Padre! ¡Oh, qué infames! Mas yo os juro que no habrán de escapar. Yo sabré su nombre.

En esto, el asesino, colocado entre los franceses que subían por la parte de Villafranca, y la cruz, á cuyo pié estaban la víctima y su hija, decidióse por pasar por el lado de los últimos, preso, sin embargo, de supersticioso terror á la vista de la cruz.

Felisa oyó ruido en la maleza y volvió los ojos hacia allí, viendo al calabrés.

—¡Tú has sido,—exclamó,—mas no te escaparás!

El calabrés quedó inmutado al oir aquella voz y huyó lleno de espanto.

Felisa dejó á su padre, cogió el trabuco, cargado todavía, que estaba á su lado, y corrió tras el fugitivo.

Este se volvió é hizo fuego, pasando una bala junto al rostro de la joven.

Felisa apoyó el trabuco contra su cintura, dirigió su enorme boca contra el calabrés y soltó el gatillo.

Una tremenda detonación ensordeció los aires y se oyó un juramento.

El fuego avanzaba rápidamente.

La joven miró al calabrés, que herido en el suelo, contemplaba con espanto la proximidad de las llamas y dijo:

—Tú lo quisiste. Anda á hacer compañía á los otros dos.

En seguida corrió hacia donde estaba su padre,



TÚ HAS SIDO, ESCLAMÓ, MAS NO TE ESCAPARÁS

cargólo sobre sus espaldas y se encaminó á su casa.

—¡Padre!—exclamó.—Vengado estáis, tened valor ahora y uo temáis por vuestra vida; pronto estaréis curado.

La herida no era, afortunadamente, penetrante, sino que la bala había circunvolucionado saliendo por la espalda.

—Voy á ver á madre,—dijo después de haber curado al valiente Antón.

La pobre mujer estaba muy enferma, en efecto, desde la terrible escena de los calabreses.

Felisa, sin embargo, parecía llevarles á todos la salud.

V.

Los franceses no habían conseguido nada de la semi-ventaja obtenida en Ordal, cuyo punto abandonaron en seguida, volviendo de nuevo á colocarse detrás del Llobregat: los calabreses, embarcados en Sitjes, desembarcaron en Vendrell y volvieron á ocupar á Villafranca, y los regimientos ingleses se acantonaron en Tarragona.

Aun pueden leerse actualmente en los claustros de aquella catedral los letreros, escritos en inglés, que indicaban el sitio que ocupaba cada compañía del regimiento alojado en dicho lugar.

Lord Bentinck, de cada día menos aficionado á la guerra pidió volver á Sicilia y fué relevado por sir William Clintón, general de fama que tanto debía distinguirse después en Waterloo.

A consecuencia de la nueva organización dada por Napoleón á los ejércitos de Levante, encargóse Suchet del mando en jefe de todas las tropas que había en la corona de Aragón, largándose en consecuencia Decaén, gobernador general de Cataluña, nunca muy devoto del duque de la Albufera.

Este, á quien gustaba darse tono, creyó del caso trasladar su residencia á Barcelona.

El ejército leal de Cataluña seguía á las órdenes de Copons, que generalmente tenía su cuartel general en Vich.

En este estado permanecieron ambos ejércitos lo restante de aquel año 1813. Las cosas no habían dejado de marchar bastante bien en Cataluña, donde se había rescatado Tarragona del poder del francés, mientras seguía bloqueada Tortosa por el Empecinado.

En cambio, era de lamentar el verdadero saqueo de que era objeto Barcelona, sumida desde el primer momento en la dura opresión de los procónsules napoleónicos, lo cual no fué obstáculo para que Cataluña contribuyera en más de quince millones de duros para la causa nacional desde que había empezado la guerra, sin contar las derramas y repartimientos particulares de muchos pueblos *(Gaceta de Vich* del 16 de Marzo de 1810).



LIBRO DÈCIMOTERCIO

LOS ESPAÑOLES EN FRANCIA

CAPÍTULO PRIMERO

Allende el Bidasoa

I

Se acercaba el desenlace del gran drama empezado en las calles de Madrid el Dos de Mayo de 1808.

Todo daba á comprender que la estrella de Napoleón iba á eclipsarse para siempre.

El Austria acababa de declarar la guerra al emperador, uniéndose á Rusia y Prusia.

El ejército anglo-hispano-lusitano, regido por el generalísimo Wellington, se aprestaba á cambiar la faz de la guerra invadiendo el suelo francés.

Había permanecido todo el mes de Setiembre en las posiciones mismas en que lo dejamos, en las cumbres de los Pirineos occidentales, desde la desembocadura del Bidasoa á los Alduides.

Formaban la extrema derecha en los Alduides, don Francisco Espoz y Mina con la 8.ª división y la de Clinton, la portuguesa de Hamilton, la de Stewart y la de Hill; el centro, en Vera, D. Pedro Agustín Girón con el ejército de reserva, la división Longa y la inglesa de Alten, y la izquierda el cuarto ejército español de Freire con Bárcena, Porlier y Ezpeleta, la división Graham y la brigada portuguesa de Wilson, á orillas del Bidasoa, entre el monte Aya y el mar.

El generalísimo tenía su cuartel general en Lesaca.

Por su parte Soult había aumentado su ejército con 30.000 quintos, haciendo grandes obras de defensa en la línea del Bidasoa é introduciendo en sus tropas severísima disciplina. Tenía su cuartel general en San Juan de Luz, fortificando también mucho á Bayona.

Tal era la disposición de ambos ejércitos.

Los españoles iban á pisar suelo de Francia.

II.

Era el 6 de Octubre de 1813.

La noche tempestuosa como pocas. Caía el agua á torrentes.

Los generales habían recibido ya el día antes la instrucción que señalaba á cada uno su lugar en el ataque.

La señal de avance debía ser para los ingleses un cohete disparado desde el campanario de Fuenterrabía y para los españoles, una bandera blanca izada en la ermita de San Marcial, y si era de noche, tres grandes hogueras en la cima.

El avance debía verificarse á un tiempo en toda la línea.

Todos estaban impacientes porque se diera cuanto antes la señal.

—Tendremos que esperar á que baje la marea,—

decían los que conocían el país;—lo menos hasta las ocho de la mañana no habrá descendido el nivel del Bidasoa.

Eran las ocho en punto cuando los españoles vieron izada la bandera blanca en San Marcial.

III.

Las divisiones anglo-portuguesas de la izquierda, formadas en cuatro columnas vadearon, el Bidasoa por los pasos de Fuenterrabía y Behovia; junto á ellas y más arriba, por Sarabuco, efectuáronlo Freire, Porlier, Bárcena, Ezpeleta y Goicoechea, teniendo que sufrir un fuego mortífero por parte de los franceses apostados en las alturas fronteras.

De pronto cae atravesado el pecho de un balazo el bizarro coronel del regimiento de Benavente don Antonio Losada, y vacilan las tropas.

Ezpeleta ve aquello, arrebata la bandera de manos del que la llevaba y se lanza al río.

El regimiento de Benavente, entusiasmado con aquella acción, lánzase en pos del general y se encuentra en la otra orilla, ardiendo en deseos de vengar la muerte de su querido coronel y de secundar el esfuerzo del valiente general.

Trepan ágiles y decididos por el fragoso terreno que se les presenta delante y se apoderan de Biriatou, desalojando de allí á los franceses que defendían el pueblo, mientras los voluntarios de la Corona flanquean la montaña de Mandale y clavan en la cumbre la bandera española.

Avanzan todavía más los nuestros y se apoderan de la Montaña Verde, desde cuyo punto pueden contemplar á los anglo-portugueses dueños de la montaña de Luís XIV.

No contentos todavía los nuestros con haberse enseñoreado de todas las posiciones marcadas en las instrucciones circuladas por Wellington, persiguen á los franceses camino de Urogue, haciéndoles numerosos prisioneros.

No se portaba menos bizarramente el centro, apoderándose Longa de los atrincheramientos de Vera, haciendo 700 prisioneros al enemigo y obligando Girón á replegarse á los imperiales al amparo de una ermita situada en lo más alto de la montaña de la Rhune, de donde acabaron de arrojarles poco después los regimientos de las Órdenes y Almería.

Ya estaba dentro de Francia el ejército aliado, perdiendo Soult su primera línea. Los españoles habían experimentado sensibles pérdidas, 750 hombres, mientras que los ingleses sólo contaban 580 y 230 los portugueses. Dependía esto de haberse encomendado á los nuestros la toma de los puntos más escabrosos. La Rhune especialmente, era punto menos que inaccesible. ¡Bien se portó D. Pedro Agustín Girón, futuro duque de Ahumada!

IV.

Crítica era la situación del generalísimo, debiendo contener á la vez las intenciones, conocidas ya en San Sebastián, de parte de sus tropas, calmar á la vez las justas ganas de los españoles por desquitarse de los desaguisados cometidos en su tierra por los napoleónicos y refrenar prudentemente al paisanaje, que quería echar su cuarto á espadas en punto á rechazar ó dañar cuando menos á los invasores.

De todo salió bien el *duque de Hierro*. Impuso recio castigo á varios oficiales británicos que se habían permitido brutales atrevimientos en Urogue, mandó ahorcar á varios merodeadores españoles y en cuanto á varios paisanos que le trajeron, acusados de haber hecho fuego en Roncesvalles contra Morillo, los envió bonitamente á Inglaterra en vez de fusilarlos, como hacían aquí los franceses con los guerrilleros. En punto á los soldados españoles no hubo necesidad de dictar orden alguna por portarse admirablemente y dar pruebas de la más severa disciplina, á pesar de las muchas privaciones y escaseces que tuvieron que sufrir.

Luégo mandó Wellington echar tres puentes sobre el Bidasoa y esperar la noticia de la rendición de Pamplona para seguir el movimiento de avance hacia el interior de Francia, cuya fausta nueva se recibió el 31 de Octubre, no cabiendo en ello poca gloria, por trabajo que nos cueste decirlo, al conde de España, que demostró en todas ocasiones ser tan experto militar como bárbaro gobernante.

No quedaba en todo el Norte de España más plaza ocupada por los franceses que Santoña, bloqueada por Mendizábal.

V.

Soult se retiró á su segunda línea, detrás del Nivelle, formando dicha posición un semicírculo: á la de-

recha las eminencias de Socoa, frente á San Juan de Luz, Urogue y Ciboure, en el centro las alturas de Sase y la montaña de la Petite Rhune, y á la izquierda las montañas de Mondarín, la Espolette y Cambo. Todo el frente estaba defendido por reductos, atrincheramientos y árboles cortados, teniendo á sus piés el Nivelle y multitud de pantanos. Más allá de la izquierda francesa estaba San Juan de Pié de Puerto, delante cuya plaza se encontraba Mina.

Como se ve, no podía estar más encastillado el duque de Dalmacia.

De pronto empezaron á caer grandes lluvias que entorpecieron la marcha de las operaciones, con gran descontento de los aliados, que ansiaban llegar de nuevo cuanto antes á las manos con los soberbios soldados de Bonaparte.

VI.

Espinosa, Méndez y Miranda, á las órdenes de don Pablo Morillo, se encontraban en el campamento establecido en las faldas del Mondarín, formando en la extrema derecha de los aliados.

Miranda acababa de regresar de Pamplona, de donde había salido así que hubo entrado en la plaza con el conde de España.

Era aquel día el 2 de Noviembre, aumentando la natural tristeza de la fecha el tiempo borrascoso que reinaba.

Alojados en una choza de pastores, llegaba hasta ellos la plañidera canturia de una aldeana que mecía á su hijo en una cuna en un cercano aposento.

Todos los presentes estaban tristes á pesar de las brillantes victorias conseguidas.

Faltaba allí Garroyo, con el cual era imposible la melancolía.

Miranda mismo, tan enérgico y resuelto siempre, sentíase poseido de la general tristeza.

—¡Cuánta sangre!—exclamó por fin Espinosa.

—¡Cuántos muertos!—murmuró Méndez.

—Acábaramos ya de una vez con ese monstruo,—repuso Miranda.

—Parece imposible que hayan transcurrido con tanta rapidez esos años de guerra que llevamos,—continuó diciendo el brigadier.

—Verdad es,—replicó Méndez.

—Yo creo que estoy soñando siempre,—agregó Miranda.

Callaron los tres hombres, oyéndose tan sólo la melancólica *complainte* de la pastora.

—Comprendo todo lo que estáis pensando,—dijo al cabo de un rato Miranda.—¡Día es el de hoy que debe inspirarnos tristísimos recuerdos! ¡Dios nos perdone á todos y á los seres que lloráis vosotros!

—Razón tienes, Miranda,—contestó Espinosa.—¡Pobre Rosario! ¡Pobre Matilde!

—¡Quién hubiera podido presumir jamás que tal debiese ser su fin!—dijo Méndez.

—Parece que haya pesado sobre vosotros extraña fatalidad,—replicó á su vez Miranda.—En cuanto á mí, ¿quién sabe lo que me tendrá aún reservado el destino?

—Cuando recuerdo el fin que tuvo Rosario, no puedo menos de sentirme afectado en lo más profundo de mi alma. ¡Malhadada hora la en que marchamos á Dinamarca!

—No malhadada, bendita mil veces,—murmuró Méndez.

—Perdóname, Enrique, mis palabras.

—Sí,—prosiguió diciendo Méndez con exaltación;—fué aquel tiempo el más feliz de nuestra vida. Yo amé por vez primera, con toda la vehemencia de mi alma; tú, al lado de Rosario, eras dichoso, dichoso inmensamente, al ver palpable la abnegación de la desdichada niña; no me niegues que sentiste extrañas y deliciosas emociones al convencerte de la pasión de Julieta, y, por fin, Garroyo encontró allí los tesoros de amor de la generosa Petra... ¡Juventud! Allí te dejamos para siempre, en las frías y monótonas islas dinamarquesas. ¡Todo para mí se ha desvanecido como el humo! No así vosotros. ¡Dios quiera que por larguísimos años podáis tener el consuelo y la envidiada dicha de poseer una Estrella y una Carmen!

Nada contestaron los dos amigos, en cuyos semblantes se leía profundo enternecimiento al pensar en la desventura de Méndez.

—¡Cuántos muertos en pocos años!—continuó diciendo éste.—¡Julieta, Matilde, Rosario, fantasmas adorados que venís á visitarnos en sueños! ¡Como un soplo os desvanecisteis después de habernos aparecido como graciosas visiones del mundo ideal! Más, más espíritus que se ciernen sobre nuestras frentes: allí veo á Dupuy y á Kindeland, los infames traidores, semejantes á dos sombras del infierno; allí á Juana y á Aráztegui, que ni áun después de purificados por el fuego de la ardiente selva osan levantar

del suelo la cabeza; allí á fray Anacleto, espirando entre visiones desesperantes, y al conde de Latour cayendo deshecho el cráneo por caballeresco impulso...

—No los ves á todos como yo,—repuso Miranda, con sombrío acento.—Extiéndese ante mí horrendo campo de nieve, todo nieve, nieve hasta el cielo. ¡Vieras esos miles y miles de cadáveres que yo veo, vieras esas horribles escenas de degüello y miseria, de incendio y desolación! Mira allí á Conrado Walewsky, atravesado á balazos; mira á Lanjuinais helado, abandonado; mira esos millares de cadáveres medio calcinados y congelados por la otra mitad y mira cómo arden las ciudades y las aldeas, los bosques y los castillos, lanzando sus rojos reflejos sobre el blanco manto de toda la Rusia... No, no habéis visto el horror en todo su espantoso mayor grado; no habéis visto matar el amigo á su amigo más querido para arrebatarle un trozo de caballo ó un puñado de harina. ¡Rusia! ¡Visión terrible! ¡Visión de fuego y sangre!

—Estamos trastornados todos,—dijo á su vez Espinosa.—Tú has visto escenas de tremendo horror, yo recuerdo escenas de terribles sacudimientos... Recuerdo á la abadesa de Santiago entregada á un militar francés... A Aurora en brazos de un polaco... Recuerdo á la viuda de Antonio Albenza próxima quizás á dar de nuevo su amor... ¡Oh, corazón humano! ¡Qué sacudimientos los tuyos, qué trepidaciones las que te hacen vibrar á veces con más violencia que desatado huracán!

—Muévennos á voluntad fuerzas extrañas,—exclamó Miranda.—La revolución ha trascendido de las colectividades á los individuos. Los corazones no están seguros. No parece sino que estamos engendrando sentimientos nuevos para la generación que nos ha de suceder.

—El mundo sufre estremecimientos que se traducen en sacudidas de las naciones y los hombres,—contestó Miranda.—Cosas he visto que á pesar de haber visto tanto me han producido profunda impresión: gentes al parecer indignas que poseían un corazón hidalgo, madres que no parecían tales y lo han demostrado en el trance terrible de serles robados sus hijos. ¡Dichosa la calma de la paz! ¡Dichosa la humildad de la virtud!

—El heroismo atormenta,—dijo Méndez.—El corazón se deshace á puro sentir grandes cosas.

—Nunca tanto como ahora,—repuso Miranda.—¡Cansados estamos todos de sentir tanto! Devóranos á todos el ansia del ideal; no contentos con amar lo que ama todo hombre, una mujer, vamos tras de ese fantasma de libertad para hacer felices á todos.

—Es el sentimiento que reemplaza al de los antiguos místicos, más difícil, empero,—replicó Méndez.—¡Oh, pueblo! ¿Qué poder tienes para avivar así la llama del sentimiento, para enardecer de tal manera los corazones y hacerte amar con toda la pasión de un ideal que querer reducir á la realidad?

—¡Todo se lo merece el pueblo!—dijo Espinosa.—El pueblo es Madrid, Zaragoza, Gerona, Astorga, Ciudad-Rodrigo, Tarragona, Tarifa, Cádiz; es el Empecinado, es Mina, es Porlier, es Manso, es Villacampa. ¿Cómo no querer á un pueblo si es así?

—El alma se engrandece al consagrarse al amor de muchos,—contestó Miranda;—yo he visto más que un pueblo, yo he visto á los moujicks de Rusia; cada moujick vale más que el primer magnate.

VII.

Los tres hombres guardaron silencio, embebidos en hondos pensamientos.

Había cesado el canto de la madre y sólo se dejaba oir el incesante rumor del aguacero.

Espinosa, Miranda y Méndez permanecieron largo rato en aquella meditación, abstraidos de cuanto les rodeaba, pensando cada uno en los muertos que le eran queridos.

Parecía que en aquel día solemne y antes de romper de nuevo el fuego quisiesen los tres rebuscar en su conciencia por si tenían algo de que pedir perdón á las sombras que se les aparecían.

Los tres hombres sentíanse tranquila la conciencia.

Al fin Miranda rompió el silencio y exclamó:

—¡Ah! Si en vez de Staaps me hubiese tocado á mí hundir el puñal en el pecho de Napoleón, no habría visto quizás morir á los centenares de miles de hombres que han contemplado mis ojos. ¡Guerra, guerra al monstruo! ¡Guerra al causante de todas las lágrimas que se vierten en el mundo! ¡Muera el funesto vencedor de Austerlitz y de Friedland! ¡Muera el fatal derrotado de Rusia, donde perdió medio millón de hombres! ¡Muera el maldecido derrotado de Leipzig, donde ha dejado trescientos mil cadáveres! No pensemos más que en librar al mundo de un tirano.

¡Abajo la fiera que devora la sangre de Europa! ¡Compañeros, amigos, desechemos las tristes ideas que nos distraían de cumplir con nuestro deber! ¡Guerra á muerte al verdugo de la humanidad! ¡Guerra á muerte á Napoleón Bonaparte!

—Tú lo has dicho,—exclamó Espinosa.—¡Guerra al infame!

—Matemos á los que matan,—murmuró Méndez.

VIII.

El toque de llamada interrumpió la conversación.

Los tres militares parecieron salir de un sueño y sus semblantes recobraron la expresión habitual.

El sol se dejaba ver de nuevo, iluminando con sus últimos resplandores la alta cumbre del Mondarín, árido y peñascoso como un inmenso gigante de piedra desollado.

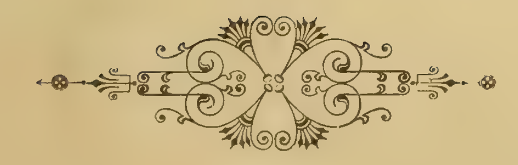
El toque de llamada era para que se reuniesen todas las fuerzas de la derecha al objeto de pasarlas revista el comandante general de aquella ala, sir Rolando Hill.

Formaron en las faldas del monte las divisiones inglesas Stewart y Clintón, la portuguesa de Hamilton y la de Morillo.

Hill se mostró altamente satisfecho de la policía de las tropas y pronunció una breve alocución manifestando que se acercaba el momento de romper de nuevo el fuego. Distinguió mucho, sobre todo, á Morillo y á los generales que le acompañaban, haciéndoles presente que á la división española tocaría lo más difícil de las operaciones que en breve iban á emprenderse.

El espíritu del ejército aliado era excelente; su presencia en el suelo francés había acrecentado su confianza y el papel inverso que desempeñaban ahora, tomando la ofensiva en vez de limitarse á repeler á los invasores, convertía á cada soldado en un igual á los aguerridos veteranos imperialistas.

¡Qué cambio! En vez de encontrarse los napoleónicos en país extranjero combatiendo para arrebatarle su libertad, en vez de hacer fuego contra austriacos, rusos, prusianos, españoles ó alemanes, tenía que atender ahora á procurar que los españoles, ingleses y portugueses no se metiesen en París.



CAPÍTULO II

Allende el Nivelle

I

La noche del 9 de Noviembre dióse la orden de estar todo dispuesto para el ataque al siguiente día.

Los aliados guardaban la siguiente formación: derecha, Hill con las divisiones que ya sabemos, delante de Mondarín, Ainohue y el Cambo; centro derecho, Beresford con Colville, Lecor y Lowry Cole; centro izquierdo, Girón con el ejército de reserva de Andalucía, división ligera del barón de Alten, división Longa y 4.° ejército español con Freire, Bárcena y Barco, teniendo de reserva á Porlier; el centro debía atacar la montaña de la Petite Rhune, Sare, Ascain y Choquetemborde; izquierda, Hope, sucesor de Graham; dicha ala debía limitarse á aprovecharse de cualquier descuido del enemigo.

El generalísimo tenía su cuartel general en el centro.

No había amanecido aún cuando se movieron todos los cuerpos, empezando el ataque sir Lowry Cole, que se apoderaba al cabo de una hora de violento fuego de un reducto á la izquierda de Sare, mientras Girón ganaba á su vez dicho pueblo, después de una tenaz resistencia. La brigada española, guiada por D. Juan Dounie, fué la que entró primero en aquel lugar, señalando su presencia en el mismo con un gran repique de campanas. Por su parte, la división ligera de Alten habíase enseñoreado también de la Petite Rhune, no quedando á los franceses de su atrincherado y fuerte centro más que un gran reducto.

Eran las diez de la mañana y Wellington decidió dar un ataque general para apoderarse de aquel formidable obstáculo; atacaron Girón y Longa con sin igual denuedo y al cabo de breves horas caía en su poder el reducto, con los 560 hombres que lo defendían.

Por su parte no conseguía menos triunfos la derecha; Morillo acometía los apostaderos enemigos de la falda del Mondarín, Stewart atacaba al enemigo por retaguardia y el general Hill le arrojaba de Ainohue.

A su vez el general Freire tomaba á Ascain y Hope el reducto de Socoa, contribuyendo también de este modo la izquierda aliada al feliz éxito del avance general.

A las cuatro de la tarde, en todas las posiciones ocupadas por Soult el día antes, flotaban las banderas aliadas.

II.

Soult intentó un último esfuerzo antes de encerrarse en el campo atrincherado que tenía dispuesto en Bayona y se hizo fuerte en una eminencia situada detrás del Nivelle, llamada de Saint-Pé.

Eran unas alturas escarpadísimas, casi inaccesibles. El río venía crecidísimo y era impetuosa su corriente. Por fortuna, no había cuidado el francés de volar en su retirada tres puentes por donde podía atravesarse, fronteros al pueblo de Saint-Pé; Beresford atacó aquellas encumbradas cimas y aventó de

allí á los franceses, cuya ala derecha se encontró con dicho general á retaguardia.

Al punto procuró Soult sacarla de aquella peligrosa situación, haciendo que se abandonara San Juan de Luz y se rompieran los puentes que establecen comunicación entre las orillas del Nivelle, cerca de su desembocadura en el golfo de Vizcaya, reconcentrando en Bayona los 60.000 hombres que constituían su ejército.

Por la noche las tropas aliadas vivaqueaban á la derecha del Nivelle y Wellington establecía su cuartel general en San Juan de Luz.

Los aliados habían perdido 3.000 hombres, pero mucho mayor número los franceses, cayendo además en poder de los primeros 51 cañones, 1.500 prisioneros y 400 heridos.

III.

El mal tiempo impidió continuar avanzando, por lo cual decidió Wellington no pasar más adelante por entonces. Los ríos y arroyos venían muy crecidos todos, siendo muchos de ellos imposible de vadear y reinaba, además, cuando cesaba la lluvia, una niebla densísima que no dejaba percibir los objetos aún á corta distancia.

El generalísimo decidió, pues, asegurar sus estancias y estableció una línea defensiva que empezaba en Biarritz, seguía por la carretera hasta Arcangues y proseguía por la izquierda del Nive por Arrauntz, Ustaritz, Larresore y Cambo.

Todo iba bien en cuanto á gloria, pero esto no bastaba. El ejército invasor experimentaba terribles penalidades, siendo las subsistencias de cada día más difíciles. Cierto es que de Inglaterra se enviaban víveres por mar, pero los fuertes temporales impedían que los buques pudiesen llegar cuando se les esperaba. No había más, reinaba el hambre...

En punto á abastecimientos que llegasen de España por tierra, poco había que contar con ellos; mandábanse á precio de oro algunos ganados procedentes de las más lejanas provincias, que generalmente iban á parar á poder de los ingleses que los pagaban á precios fabulosos, pero nada más; España estaba exhausta, miserable, desprovista de todo. Nuestros soldados no tenían tiendas de campaña, ni vestuario, ni camisa, ni zapatos, ni había allí hospitales, ni medicinas, ni nada. «Consecuencia necesaria,—dice Toreno,—ya de los males que abrumaban á todos, y procedían del mismo origen, y ya de los que eran peculiares á los españoles, agotados sus haberes y caudales con la prolongada guerra y no ayudados por la administración pública, nunca bien entendida en sus diversos ramos y no mejorada ahora; dolencia añeja y como endémica del suelo peninsular, á los remedios muy rebelde y de curación enfadosa y tarda.»

¡Profeta fué en esto el eminente historiador! Cuarenta y cinco años han pasado desde que escribía las anteriores líneas y si resucitase el autor, quedaría pasmado al ver que la cosa... está peor que entonces.

IV.

Semejante situación fué causa de que Wellington experimentase la más viva inquietud respecto á lo que podrían hacer las tropas cuando se viesen reducidas á tener que perecer de hambre ó poco menos.

No es esto decir que se hubiese presentado el menor síntoma de indisciplina, pero nadie podía asegurar que la abnegación de los soldados llegase hasta el punto de caer desfallecidos de necesidad sin procurar antes adquirir por fuerza lo que no se podía tener de grado.

Dábanle cuidado sobre todo los españoles, más necesitados aún que los ingleses y con mucho mayor motivo encolerizados contra los franceses que habían arruinado su nación que no los británicos, que se habían visto libres de la presencia de bonapartistas en su isla.

El mal tiempo impedía continuar de pronto las operaciones y el generalísimo resolvió desprenderse de algunas fuerzas que no necesitaba por entonces.

Esto hizo que diera orden á Freire para que volvieran á España los ejércitos 4.° y de reserva, excepto la división Morillo; así se hizo y en consecuencia las divisiones Bárcena y Losada acamparon en las cercanías de Irún, donde tenía Freire su cuartel general; Longa se fué á Castilla, D. Carlos de España continuó en Pamplona, Mendizábal bloqueando á Santoña, Mina y Porlier cercando á Jaca y el ejército de reserva, al mando de Girón, se instaló por todo el valle del Baztán, alejándose después hacia Puente la Reina y pueblos inmediatos.

Solo quedó con los ingleses la división Morillo,

que ocupaba el extremo de la derecha, es decir, el pueblecillo de Cambo, al pié del Mondarín, por la parte que mira á Francia.

V.

En un delicioso valle á poca distancia del pueblo y en el punto mismo donde se levanta hoy un elegante balneario, había por aquellos tiempos una choza de pastores, cuyos habitantes habían debido estrecharse un poco para dar alojamiento á doce soldados españoles, cazadores de la Unión.

Componíase la familia de un viejo, una muchachuela de unos quince años y una mujer de cuarenta, madrastra de la niña. El hombre, llamado Pedro Jáuregui, había sido gran contrabandista en sus verdes años y guardaba todavía de su antiguo oficio el instinto belicoso y la audacia de las resoluciones; á pesar de sus sesenta y pico temíanle los moradores del valle, á lo cual no dejaba de contribuir también su figura poco tranquilizadora, ya que era duro y bravío su rostro, recia su complexión y certero el tiro de su fusil, que no dejaba nunca. Usaba boina, zamarra de pieles y zuecos, y sus vacas tenían fama de ser las mejores de Cambo y sus contornos.

No causaba tanto miedo Jaquelina, que así se llamaba la muchachuela, y si ningún mozo de por allí se había atrevido á decirle nunca:—*¡Buenos ojos tienes!*—á pesar de ser esto una verdad como un templo, no era ciertamente por falta de admiradores sino por respetuoso miramiento al cayado y á la honda del tío Pedro, nada sufrido respecto á este particular. Y no era que por su parte diese grandes pruebas de mimo á Jaquelina, pues la pobre iba siempre descalza, sin más envoltorios que una camisa de algodón y unas sayas de bayeta, lastimosamente injuriadas por la acción de los tiempos. No obstante, en las épocas de frío usaba Jaquelina un pellico heredado de su madre, amén de unos enormes zuecos cuya construcción se remontaba, sin duda, al tiempo de Enrique IV, según era su hechura.

Tal simplicidad en su toilette no impedía, sin embargo, que Jaquelina fuese una criatura enormemente seductora, á pesar de su tez ultra-trigueña. Su cabellera era una enmarañada é inextricable selva de ensortijado y negrísimo pelo, fuerte y mate, que según su independiente voluntad ora jugueteaba por la cara, ora caía formando verdaderas cascadas por las desnudas espaldas, rebasando los límites de la cintura, como una crin. Bajo la frente estrecha y semi-lunar, formaban las cejas dos arcos dulcemente curvos, vecinos á unas larguísimas pestañas que sombreaban dos ojos grandes, salvajes, como los de un antílope, ojos sin blanco apenas, tanta era la magnitud de las niñas. No diremos si la nariz podría haberse aproximado algo más al ideal griego de lo que era en realidad, pero así y todo, nada podía oponerse á su caprichoso arremangamiento, contenido, sin embargo, dentro los límites de lo *charmant;* la boca parecía haberse terminado apresuradamente sin darle tiempo para perfeccionar los ángulos, que eran redondos y no permitían pudiese cerrarse nunca del todo, inconveniente que permitía admirar en toda ocasión los dientes blancos y apretados de la muchacha, de la cual diremos para terminar pronto su vera efigies, que era alta, lozana, esbelta y fuerte. Sabemos de buena tinta que habiéndola visto un día el rector de la Academia de Bayona, que fué á Cambo á tomar las aguas sulfurosas, exclamó:—*¡Es una Venus agreste!*

Respecto á Úrsula, que así se llamaba la madrastra, había sido una hermosura de Arlés, de cuyo primitivo estado conservaba todavía algunos buenos restos; sin embargo, inspiraba viva antipatía su mirada dura, que contrastaba con la mirada virginal de Jaquelina. Iba vestida según el modo de las labradoras ricas y se decía que el tío Pedro estaba de ella furiosamente celoso, si bien Úrsula le tenía verdaderamente metido en el bolsillo.

Debemos completar este rápido croquis diciendo que el tío Pedro Jáuregui era bonapartista furioso á pesar de haber perdido un hijo en Austerlitz, otro en Friedland y otro en la jornada de Espinosa de los Monteros.

VI.

La presencia de los cazadores de la Unión introdujo, como es natural, la más profunda alteración en la familia.

El tío Pedro no podía dominar el humor de todos los diablos en que le había puesto la invasión de su choza por los españoles. Su corazón de bonapartista sufría dolores sin cuento al ver en tierra de Francia á los descendientes de Bernardo del Carpio y su cuidado de esposo veíase expuesto á los más inso-

portables sobresaltos al ver ocupada su casa por doce buenos mozos.

Ursula, por su parte, ardía en ira rabiosa al considerar que aquellos extranjeros iban á ocasionarle crecidos gastos, lo cual era para la avarienta y miserable mujer, mil veces más cruel que las más sangrientas humillaciones del patriotismo.

Porque Ursula era una implacable usurera, modelo de codicia y de áspera sordidez.

El tío Pedro descollaba por su carácter violento é intratable, pero su mujer era aborrecible por sus vergonzosos manejos para allegar un franco, sin piedad ni compasión.

Odiaba, además, con mortal rencor, á Jaquelina, reducida á ir vestida con los andrajos que á la madrastra no servían.

Pedro Jáuregui no se atrevía á contradecir á la terrible arlesiana y se limitaba á evitar que nadie se acercase á su hija.

VII.

Hacía dos días que los soldados se encontraban en su estrecho alojamiento, sin que pudiesen alabarse de haber conocido todavía las grandes excelencias *du beau pays de la France.*

En punto á alimentación habíanse debido limitar á comer castañas, bajo todas las formas y maneras de que son susceptibles de ser comidas. En cuanto á pan no lo había, ni mucho menos carne y menos todavía vino.

Por manera que si la sabia naturaleza no hubiese dispuesto que las castañas viniesen por Todos los Santos, es seguro que los doce cazadores de la Unión se hubiesen muerto de hambre.

Sin embargo, aquella castañofagia se hacía ya pesada, por lo cual se encargó á uno de los más caracterizados cazadores ver de entrar en negociaciones con Pedro Jáuregui para ver si era posible variar algo aquel régimen excesivamente frugívoro.

El comisionado era un bravo mozo de Figueras llamado Ballester.

—No hay otra cosa,—respondió secamente el amo, al venirle el cazador con la embajada.

—Con todo, quizás la patrona hallaría medio de procurarnos, pagando, por supuesto...

—La patrona no ha de cuidarse para nada de vosotros.

—Perdonad, patrón, pero creo que quien cuida de una casa es la mujer.

—Excusad palabras. Mi mujer es como si no existiera para vos y los demás, y jamás os permitáis ponérosla otra vez en boca.

Ballester era algo vivo de genio, pero se contuvo al ver que el tío Pedro casi le triplicaba la edad.

—Bien está, patrón,—contestó,—comeremos castañas y no os hablaremos ya nunca más de vuestra mujer.

Ocurría esto al mediodía y los cazadores resolvieron salir de la choza, aprovechando el sereno, para ver si podían dar con algo que pudiese reemplazar los eternos *marrons.*

¡Oh, dicha inefable! Ni que hubiesen sido onzas de oro hubieran tenido igual alegría nuestros beneméritos militares al ver el bosque adonde habían ido á parar atarugado enteramente de setas.

—¡Soberbio plato!—exclamó un granadino.—Bien venido sea á falta de gazpacho.

—¡Oh, quién tuviera un poco de aceite!—repuso un manchego.—Nunca están tan sabrosas como fritas.

—Estén como quieran,—añadió un extremeño.—Sin jamón, lo mismo me dá comerlas de un modo que de otro.

—Si estuviésemos en Tarragona,—exclamó uno del país, —veríais lo que es bueno, hechas con *coca.*

—Por desgracia estamos en Cambo,—repuso un cordobés,—y tenemos tanta hambre que no podemos esperar á volver á España para guisarlas de la manera más á propósito. Soy de parecer, pues, que comamos en seguida.

—¡Comamos!

—¡Comamos!

—¡Comamos!

VIII.

Los soldados encendieron una hoguera, se sentaron alrededor y cada uno puso sobre las brasas los hongos que había recogido, dando cuenta de ellos en breves minutos.

—¿Sabéis que el patrón me está cargando ya?—dijo el cordobés, que era un arrogante mocetón de linaje indudablemente árabe, aunque se llamaba Cruz.

—Dejarlo, es viejo,—contestó Ballester.

—Sin embargo, no se le puede aguantar con su cara de vinagre,—replicó el manchego que había echado de menos el aceite.

—No creo que pueda hacerle mucha gracia verse la casa llena de enemigos,—añadió un gallego.

—Con todo, me parece que pagando, bien podría servirnos en algo,—objetó el tarraconense.

—Pues yo estoy resuelto á no reparar ya más en si es joven ni si es viejo,—dijo á su vez uno natural de Ibros,—y si le veo comer *potage* de coles y patatas como ayer, me dirá, como hay Dios, dónde hay patatas y coles.

—No demos ningún escándalo,—replicó Ballester. —Demostremos la diferencia que va entre ellos y nosotros.

—Es que no sólo comen coles y patatas,—dijo á esto el tarraconense,—sino que la noche que nos alojamos vi un bacalao en la despensa como no haya visto yo otro tan desmesurado. ¡Oh, quién pudiera comerlo con *romesco!*

—¡Quita!—exclamó un hijo de Bilbao.—No hay bacalao como el que se guisa en mi tierra, á la vizcaina.

La discusión culinaria amenazaba convertirse en una tumultuosa disputa cuando una piedra, de pequeño tamaño, disparada desde lo alto de un ribazo, vino á dar en el ala posterior del sombrero de Ballester.

—¿Eh? ¿Quién es el que se bromea?—exclamó levantándose y dirigiéndose hacia aquella parte.

—Eso no vale,—dijo el cordobés.—Hubiese sido un pan ó un queso, podría pasar, pero no estamos aquí para comer piedras.

En esto Ballester, que había llegado hasta el ribazo, volvióse hacia sus compañeros exclamando:

—¡Viva! ¡Aquí hay pan y queso!

Cruz palideció, exclamando:

—¿Habrá brujas en esta tierra?

IX.

Los soldados creyeron soñar al ver un pan de extraordinario tamaño y un queso enorme al pié de un roble.

—¡Diablos! ¿Estaremos en Jauja sin saberlo?—dijo un tarifeño que había oido contar muchas cosas del Perú.

—¡Qué sorpresa!

—¡Qué milagro!

—¡Qué gusto!

—¡Qué hallazgo!

—¡Qué fortuna!

Tales fueron las frases que se escaparon respectivamente de boca del granadino, el tarraconense, el cordobés, el extremeño y el gallego.

Once bocas comieron en menos de cinco minutos y medio el gran pan y el extraordinario queso, once solamente, porque Ballester parecía que pensaba en cosas muy distintas que en comer.

Había visto lejos de allí unas vacas y en pos de ellas un zagalejo encarnado que se volvía...

X.

Los soldados se disponían á regresar á la choza cuando Ballester les dijo:

—Desearía me hiciéseis todos un favor.

—Habla,—contestaron en coro los camaradas.

—Nada dejéis traslucir al patrón y ménos á la patrona de este hallazgo.

—Bien está,—exclamaron algunos.

—¿Nos ha de comer el patrón acaso porque se lo digamos?—replicó uno que hasta entonces no había dicho nada.

—No nos comerá, ciertamente,—replicó Ballester, —pero si se lo dices corres peligro de no volver á encontrar en toda tu vida ni queso ni pan, ¿entiendes?...

Ballester había dicho esto en tono tan provocativo que el hablador de última hora creyó conveniente volver á su anterior silencio.

—Nada diremos,—agregó á lo anteriormente expuesto el cordobés, tenido por el gallo de aquella reunión.

—Nada absolutamente,—dijo á su vez el gallego, que se consideraba como el último.

Los cazadores llegaron á la choza y vieron pasar por delante de sus ojos á Úrsula que se dirigía á una pieza separada, donde comía la familia, con un pan y con un queso exactamente iguales á los que habían encontrado al pié del roble.

—¡Qué bien come esa gente!—exclamó el gallego.

—Pues no costaría nada comer tan bien como ellos,—replicó á su oido el hijo de Ibros;—veremos mañana.

CAPÍTULO III

Jaquelina

I

Conocíase que algo grave debía pasar á Ballester.

No había dormido en toda la noche.

Y se había levantado antes de rayar el alba, encaminándose al bosque.

Allí se detuvo al pié del benéfico roble de la tarde anterior, pareciendo como si debiera esperar algo.

Hacía cosa de media hora que permanecía en dicho sitio cuando se oyó el lejano ruido de un esquilón.

Y luégo el mugido de unas vacas.

Y después una voz argentina, dulce, grave, una voz de mujer que cantaba una canción del país.

Era una melodía monótona, llena de penetrante tristeza.

Anne prend la quenouille
au lever de l'oiseau...

Ballester se estremeció así que la voz se fué acercando más y más.

Por fin apareció una vaca en lo alto de un sendero, dejando sonar su esquila.

Y siguieron dos más, semejantes á marmóreos monumentos que anduviesen.

De pronto la canción dió fin y apareció Jaquelina.

Su semblante expresaba indescriptible ansiedad, mezclada de placer.

Ballester se sintió como pesaroso de encontrarse allí.

La pastora vaciló un instante, cual si pensara en retroceder, pero por fin continuó bajando, semejante á una aparición de pasadas edades.

El soldado, que hasta entonces había permanecido en el mismo sitio, cogido con una mano de una rama del roble, adelantóse al camino y saludó á Jaquelina, dándole los buenos días.

La niña se ruborizó, bajó los ojos, devolvió el saludo con un movimiento de cabeza, pero sin hablar, y pasó de largo por delante del soldado.

II.

Raimundo Ballester no era tan sólo un valiente soldado, sino también un carácter.

Hijo de una distinguida familia, había sentado plaza de voluntario en los cazadores de la Unión después de haber peleado como guerrillero en el Ampurdán á las órdenes del barón de Eroles.

Nunca había querido admitir ningún ascenso, deseando compartir todas las penalidades de los soldados de fila, poseido verdaderamente de una especie de fanatismo democrático.

En otro tiempo hubiera sido un compañero de San Francisco de Asís, y no siéndole posible ya figurar en aquella milicia de la religión resolvió entrar en la religión de la milicia.

Habíale servido de preceptor un antiguo miembro de la Convención, girondino refugiado en España, y sus lecciones habían quedado grabadas de una manera indeleble en su corazón y en su mente...

Era un espíritu generoso, amplio, independiente, profundo aborrecedor de toda tiranía, lo mismo de la tiranía de un rey que de la tiranía de una Convención.

Su educación había sido sólida y provechosa; su maestro le había enseñado primero á leer, después á escribir y dibujar á un tiempo, y finalmente, lenguas vivas, matemáticas é historia natural, esta última en las montañas de los Pirineos.

Ballester tenía viva afición al derecho, pero la guerra le hizo olvidar sus propósitos y no pensó más que en ser un soldado del pueblo.

Nada le hubiera faltado, dada la hacienda de su casa, y sin embargo, jamás quiso quebrantar su propósito de vivir de igual manera que cualquier otro soldado.

Su espíritu era más filosófico que práctico; era capaz de los mayores entusiasmos, pero movido por ideas, no por sentimientos; batíase serenamente, de una manera temeraria.

Dolíale tener que matar ningún francés, pensando si habría contribuido quizás al triunfo de la Revolución; pero al recordar que era Napoleón quien les enviaba, creía un deber de conciencia impedir que triunfasen los soldados del tirano.

Era hombre de gusto, como que detestaba todo lo que venía de Francia y en cambio se embelesaba con lo que procedía de Alemania.

Una sola producción francesa encontraba gracia ante su inexorable crítica: *Pablo y Virginia;* en cambio profesaba el mayor desprecio hacia la literatura imperial y no podía consentir que los liberales alabasen á Voltaire.

Digamos ahora que en su físico era un hombre verdaderamente hermoso; su fisonomía respiraba fuerza y belleza: parecía un hombre del Norte, rubio y de azules ojos, dotados á la par de la viveza y fuego de los españoles.

III.

El bosque, poblado de rumores, parecía una inmensa reunión de seres animados.

A pesar de estar casi desnudos de hojas los pinos' robles, fresnos, abetos y encinas que lo poblaban, la selva era risueña.

Alegrábanla los mirlos ó jilgueros que cantaban en las ramas, los arroyos que murmuraban, las vacas que mugían, las hojas caidas que se llevaba el aire, el cielo azul que se veía á través de la espesura, el olor de las hierbas, el resinoso perfume de los pinos, las pasionarias que trepaban por los troncos de los olmos, las abejas que susurraban, el rocio que brillaba sobre las corolas de las rosas silvestres, el canto de los grillos, los rayos del sol que doraban las cimas del Mondarín, tiñendo de vívida claridad las amarillentas rocas de la cumbre.

Ballester permanecía como embelesado escuchando los rumores del bosque y transportado por la magnificencia del espectáculo que le rodeaba.

Jaquelina había desaparecido.

No se oía ya el són de la esquila ni el grave mugido de las vacas.

El soldado pareció que volvía en sí.

Miró hacia donde se había dirigido la pastora y buscando sus huellas con los ojos siguió el mismo camino, un camino alfombrado de fina tierra arenisca.

El sendero seguía monte arriba y Ballester resolvió no parar hasta encontrar á Jaquelina.

Por fin, en una hondonada del bosque, al pié de una roca de la cual manaba un delgado caño de agua cristalina que formaba un charco en el suelo, filtrándose allí mismo, vió á la niña, sentada, trazando distraidamente figuras en la arena con el extremo del cayado, mirando al suelo en actitud pensativa.

El soldado estuvo largo rato contemplándola sin que ella lo notara, completamente arrobado.

Era una verdadera belleza, más bella que nunca en su abandono de entonces.

Las vacas habíanse tendido voluptuosamente en el suelo, volviendo de vez en cuando su cabeza hacia la niña, cual si esperasen una caricia suya.

La niña lo advertía y con el cayado les rozaba suavemente la cerviz, sin levantar del suelo la cabeza, pero levantando los ojos.

Aquel día llevaba sobre la camisa un pañuelo azul que cambiaba del todo su fisonomía.

Jaquelina en vez de una *Venus agreste* parecía una creación de Murillo.

IV.

Sin saber cómo, Ballester echó á andar hacia la hondonada.

El soldado llevaba una vara de fresno en la mano

y se ocupaba en quitarle las ramillas mientras bajaba á la fuente.

Jaquelina miró por casualidad hacía allí y vió al soldado, que á su vez no vió que la niña le miraba.

Levantóse rápidamente, y al llegar al pié donde terminaba el sendero, exclamó en francés:

—¡No bajéis, por Dios, no bajéis!...

Ballester se estremeció al oir la voz y quedó inmutado al ver el ademán suplicante de Jaquelina.

—¿Qué mal hago?—repuso el joven en la misma lengua.

—¡Oh, ninguno, ciertamente... pero... os lo suplico por Dios, no bajéis... alejáos!...

Ballester, ¡cosa rara é incomprensible! experimentó una especie de *sensación* de celos.

—¿Por qué me he de alejar?—repuso mirando casi con dureza á Jaquelina.

—Os lo digo por vuestro bien.

—Nada temo.

—¡Ah, creedme!...

Era tan angustiosa la expresión del rostro de Jaquelina que Ballester no pudo menos de decir:

—¿Tenéis miedo?

—Sí... Retiráos, por Dios...

—Bien está, no quiero molestaros, pero, ¿podríais decirme de quién teméis?...

—¡No!...

—¿De algún novio, acaso?...

—Yo no tengo ningún novio,—contestó gravemente la pastora.—Si os digo que os retiréis para que no os vean hablando conmigo, no es porque deba cuentas á ningún hombre...

Ballester miró profundamente á Jaquelina y dijo:

—Os dejo, pero mucho os tendría que agradecer si quisiéseis veros conmigo, sin testigos, para deciros algo que importa.

—Esta noche, á las once, me encontraréis en la alameda á la derecha del puente...

—Gracias,—repuso Ballester,—hasta las once.

V.

Jaquelina vió como el soldado desaparecía al cabo de un momento en la intrincada espesura de la selva y pareció disiparse con ello el terror de que estaba anteriormente dominada.

Por su parte, Ballester había comprendido que las súplicas de la niña para que se alejase de su lado tenían por objeto no dejar traslucir á Úrsula su caritativa conducta del día anterior para con los pobres soldados.

La niña se había atrevido, en efecto, á cometer una temeridad inaudita: á entrar en la despensa y á llevarse un pan y un queso, cuyo número tenía rigurosamente contado Úrsula.

Desde el momento en que la madrastra la viese á solas con un alojado y echase de menos las dos cosas que faltaban, se figuraría al punto que ellos dos habían sido los autores de aquel *agujero hecho en la luna*, como dicen los franceses, ó de *aquella luna*, como dicen más sencillamente en algunas partes de Cataluña.

Semejante idea hacía estremecer á Jaquelina.

Conocía bien el carácter de Úrsula y sabía hasta qué extremos horribles podía llegar su diabólica cólera.

Al llevar á cabo su generosa acción, ya había calculado Jaquelina las consecuencias que podría traer, pero creyó que siendo doce los alojados no le sería dado á Úrsula sospechar de ninguno de ellos en particular.

Otra cosa hubiera sido viéndola con Ballester; entonces la complicidad quedaba patentizada.

Por esto temblaba la niña y deseaba que se alejase el soldado.

Sin embargo, sentíase poseida, por otra parte, de invencible atracción hacia aquel joven que parecía tan bravo y tan honrado.

Jaquelina creyó oir una voz del cielo al pedirle Ballester una entrevista secreta.

VI.

El tiempo, que había sido magnífico por la mañana, empezó á ponerse cubierto al mediodía, no tardando en caer una espesa nevada.

Los soldados, mal vestidos y peor alimentados, habíanse guarecido en la choza y procuraban hacerse pasar el frío arrimados á la lumbre, bajo la ancha campana del hogar.

Pedro Jáuregui, Úrsula y Jaquelina se encontraban en un aposento de la parte de detrás, ocupados en hacer quesos.

Oíanse mugir las vacas en el establo, como inquietas por el temporal que reinaba.

El Nive bajaba crecidísimo y podía distinguirse

desde allí el estruendo de la corriente engrosada por las lluvias.

—¡Mal tiempo! — dijo el corbobés, que era muy hablador.—¡Si á lo menos tuviésemos algo que meter en el baul ó que echarnos al coleto!

—No hay más que miseria en este país de gabachos.

—Ni pan, ni vino, ni carne.

—Lo que debe haber aquí son muchos doblones enterrados,—dijo el de Ibros.

—Ni doblones, ni sueldos,—contestó el cordobés. —No hay enterrados más que hongos.

—¿Pero no nos podrían dar nada esos malditos?

—Tienen leche, tienen quesos, tienen vino, tienen jamones ahumados, tienen aguardiente y tienen chocolate,—explicó un sevillano.

—¿Cómo sabes tú tantas cosas?—repuso Ballester.

—Porque al pasar por la despensa he percibido olor de todo esto.

El guerrillero tenía, como se ve, un excelente olfato.

—Sin embargo, no quieren vendernos nada.

—Quizás desconfían de que se lo paguemos.

—En ese caso, nada mejor que reunir todos nuestros capitales y ver de cuánto podemos disponer.

—Vamos á ver, pues. Yo tengo... quince cuartos.

—Yo, media peseta columnaria.

—Un real.

—Veinte cuartos.

—Una peseta.

—Una peseta columnaria.

—Dos maravedises.

—Uno.

—Una moneda de seis cuartos.

—Diez cuartos.

—Un ochavo.

—Nada.

Debemos advertir que el poseedor de la peseta columnaria, recién llegada milagrosamente de la fábrica de Méjico, era Ballester, y que el soldado que no tenía ni un maravedís era el de Ibros.

—Saca tú las cuentas,—le dijeron al vizcaino, que pasaba por estar propuesto para cabo en gracia á sus superiores conocimientos en matemáticas elementales.

—Diablo, esperad un poco; es difícil eso...

Por fin, después de un largo rato de profundos cálculos, se vino en conclusión de que los doce hombres podían operar con un capital de más de diez y ocho reales...

—¡Somos ricos!—exclamó con satisfacción el gallego.

—¡No podemos morirnos de hambre!—añadió el que había contribuido con el maravedís.

VII.

—Necesitamos, ahora, un hombre resuelto que le haga entender al tío ese...

—Se llama el tío Pedro,—hizo observar el extremeño, que era enemigo de los apodos por llamarle á él *Choricero*, de lo cual protestaba para que no se le confundiese con Godoy.

—Bueno, al tío Pedro,—continuó diciendo el preopinante;—que le haga entender, decía, que estamos resueltos á que nos dé de comer, mediante esa suma de diez y ocho reales, y que de no acceder á ello sabremos hacerle entrar en razón por otros medios.

—¿Qué le pediremos?—preguntó el más gastrónomo de todos, que era el de Ibros.

—Pues le pediremos unas magras,—contestó el bilbaino.

—Bacalao,—añadió el tarraconense.

—Gazpacho,—repuso el hijo de Granada.

—Camarones,—creyó del caso deber decir el sevillano.

—¡Nada de eso!—interrumpió diciendo el gallego. —Me contento con unos nabitos...

—No queremos hortalizas,—objetó el extremeño. —Lo mejor será jamón.

—¿Sabéis qué digo?—manifestó á esto el cordobés.

—¿Qué dices tú, Cruz?

—Pues que traiga lo que nos pueda dar por diez y ocho reales; se entiende, de comer y beber.

—¿Quién se encarga?

—Yo creo que el que tenga mejor palique.

—En este caso, el sevillano.

—Con mucho gusto, señores,—contestó el aludido.—Voy á ver á ese tío y espero que podremos regalarnos como el mismo generalísimo.

VIII.

El sevillano era un mozo pequeñito, flaquillo, pálido y desmedrado, con un aire tan picaresco como sus ojos, gran nariz y tan aficionado á comer que cuan-

do no tenía qué se comía la mitad de las palabras; gran hablador y uno de los que más habían contribuido á la suscrición, como que había dado su realejo, que guardaba como oro en paño, procedente de la venta de un libro que se había encontrado en el despojo del botín de Vitoria y le había comprado un oficial inglés. El sevillano, que sabía deletrear el español, no podía comprender de qué utilidad podían serle al hijo de Albión las *Œuvres du marquis de Sade*.

Dirigióse nuestro macareno hacia el *Sancta Sanctorum* de la choza y con su voz naso-gutural comenzó á gritar:

—¡Patrón! ¡Eh! ¡Patrón!

El tío Pedro comprendía bien el castellano, como no podía menos de suceder tras de tantos años de relaciones circumcomerciales con los rayanos.

—¿Qué hay?—aulló Jáuregui.

—Pues hay lo siguiente, *compare:* hay que queremos comer pronto y bien.

—Es cosa que me trae sin cuidado; no tengo nada que dar.

—En mi tierra, *compare*, no se niega á nadie el pan ni la sal.

—Pues aqui no hay de eso.

—¡Extraño es!

—Conque, si no tenéis más que decirme...

—Hombre, no vaya su *mercé* tan *disparao*... Hablando se entienden las gentes.

En este punto apareció Ursula, ferozmente encendido el rostro en cólera.

—¿Qué venís á pedir aquí vosotros?—exclamó, echando al sevillano una mirada fulminante.

—Patrona, es imposible que *pagando*, ¿entendéis bien? *pagando*, nos dejéis morir de hambre.

—¿Y quién tiene la culpa de eso? Yo no os he dicho que viniérais á mi casa.

—Patrona, si tenéis hijos...

—¡No tengo, ni ganas!...—le interrumpió, diciendo con aspereza la arlesiana.

—Así no adelantamos nada,—pensó para su capote el sevillano.—Esta gente son unos cernícalos. Toquemos otro resorte.—Decía,—repuso,—que nos haríais gran favor vendiéndonos algo que comer.

—¿Cuánto tenéis?—contestó Ursula.

—Mucho.

—¿Cuánto es mucho?

—Pues siempre será cerca de un napoleón...

Ursula soltó una carcajada.

—¿Y con cinco francos queréis que yo os dé comida á doce?—exclamó.

—Se dá para lo que haya.

—Pues no hay ni siquiera para medio queso.

—¿Conque tenéis queso, eh?

—No he dicho que lo tenga yo.

—Acabemos, pues, ¿no podéis darnos nada, nada, nada?

La mujer miró con furor al sevillano y respondió:

—Nada.

—Ya veis,—replicó Jáuregui,—como nada sacáis con estorbarnos.

IX.

Aquel fracaso dejó corrido al sevillano, que fué á participar á sus compañeros el mal éxito de sus gestiones.

—Nunca llegarás á comisario de guerra,—contestóle el de Ibros.—Allá voy yo á armar la gran *bronca*.

El de Ibros era un serrano de Sierra-Morena muy conocido de los pasajeros que tenían que atravesar por Despeñaperros.

Sin llamar al dueño metióse de rondón en el aposento donde se encontraba la familia.

Había á lo menos cincuenta quesos sobre una mesa, tapados con una manta.

La despensa, que pudo ver por estar la puerta abierta, estaba provista de tal manera que hubiera dado envidia al repostero de un convento de bernardos; en un aro, convertido en cesto por medio de cuerdas de esparto que se entrecruzaban, colgado del techo, había multitud de panes, pero lo más que le sedujo fueron varios barriles llenos de vino indudablemente, cuyas espitas de latón, limpias y relucientes, brillaban en la oscuridad como sagrados emblemas de los misterios de Baco.

Al ver entrar al temerario temblaron de cólera los labios de los cónyuges.

—¡Sal tú de aqui!—exclamó la madrastra dirigiéndose á Jaquelina.

La niña obedeció al momento, refugiándose en el establo, situado en un cobertizo que había en un pequeño patio detrás de la casa.

—¿Quién os ha dado permiso para entrar donde estamos nosotros?—dijo el patrón.

—He entrado porque me ha dado la gana y por-

que tengo hambre,—replicó el serrano.—Por consiguiente, venga al punto pan, queso, jamón, bacalao y vino. Despachad.

—No lo tendréis si no nos lo robáis,—contestó Úrsula con provocativo tono,—y si lo robáis ya sabemos á quién acudir para que haga justicia.

—La justicia voy á hacérmela yo ahora,—replicó el de Ibros.—¡Toma!

El bandido sacó una navaja que llevaba oculta en el pecho y se arrojó sobre Úrsula, que consiguió parar el golpe dando un quiebro, mientras Jáuregui cogía un cuchillo de monte colgado en la pared.

El bandido se aprestaba á dar un nuevo golpe á Úrsula, que corría hacia la despensa con ánimo de encerrarse, cuando de pronto sintió sujeto el brazo por detrás y lanzó un terrible voto.

Era Jaquelina que había acudido al ruido llegando á tiempo de salvar la vida de su madrastra.

Úrsula, en vez de mostrarse agradecida, dióla un violento empellón que la hizo caer al suelo.

En esto entraron los soldados con los fusiles, sin saber lo que había pasado; Jáuregui y el de Ibros cruzaban sus navajas con increible fiereza, sin lograr herirse, diestros ambos en desviar el arma del contrario. Úrsula había logrado encerrarse en la despensa y Jaquelina yacía en el suelo sin sentido.

Ballester corrió hacia ella y vió que se había causado una profunda herida en la sién, murmurando como aterrada:

—¡Perdón, señora Úrsula! ¡Perdón, señora Úrsula!

—¡Rayo de Dios!—exclamó.—¡A ellos! ¡No dejar rastro de cuanto hay aquí, pero no matéis á nadie!

Jáuregui se vió rodeado de soldados que le sujetaron, mientras otros echaban abajo con las culatas la puerta de la despensa.

En un momento no quedaron víveres, siendo todo saqueado y vaciados los barriles.

Ballester había salido del aposento llevándose á Jaquelina en brazos al chiribitil en que dormía junto al cobertizo.

Entretanto los demás comían y bebían, Jáuregui y Úrsula proferían feroces imprecaciones, atados en dos sillas, lanzando las más terribles amenazas.

—No ha habido más remedio,—contestaba el sevillano.—No quisisteis escuchar los prudentes avisos de un hijo de la Macarena y ha tenido que haceros entrar en razón un hijo de Ibros.



CAPÍTULO IV

La canción del «Compte Arnau»

I

Al caer de la tarde y hora de pasar lista, once de los doce alojados en la choza del tío Pedro se encontraban imposibilitados por completo de acudir.

El vino de Cambo se les había subido estrepitosamente á la cabeza dando lugar á inauditas explosiones de todo género de extravagancias.

Cuanto había en la choza había venido de arriba abajo; muebles, ropas, utensilios, víveres, y casi las frágiles paredes de madera.

En tres horas ocurrieron allí dentro escenas de carnaval, de bautizos, entierros, batallas, procesiones, casamientos, comedias, cacerías, funciones de iglesia, toros y á poco más la diversión más parecida á ésta, aunque derogada hoy por hoy, un auto de fe.

Querían quemar al gallego por haberse empeñado en que la tierra daba vueltas alrededor de un pan como un sol que había quedado en el aro.

Ballester atendía, entretanto, á la pobre herida, inquietado, á la vez, profundamente al pensar en la grave situación en que iban á encontrarse él y sus camaradas.

Estos cayeron uno á uno en tierra, dominados por el más pesado sueño.

Jáuregui y Úrsula seguían atados en las sillas.

Sabíase que Wellington se mostraba severísimo contra cualquier acto de indisciplina cometido en Francia, sobre todo con los españoles, rigor que hubiera podido emplear muy oportunamente con los soldados de Graham, autores del incendio, saqueo, violaciones y asesinatos de San Sebastián.

Ballester estaba temblando de que llegase el nuevo día, temiendo que sus compañeros, al hacerse cargo de las consecuencias que podían sobrevenir del saqueo de la choza, no se entregasen á alguna desesperada resolución.

Por fin empezó á penetrar una débil claridad al través de los mal ajustados postigos de la choza.

II.

El primero de los soldados que se despertó fué el gallego, que empezó á rezar Padre-nuestros y á santiguarse al ver á sus camaradas en un estado imposible de describir.

El sevillano se había puesto unas sayas de Úrsula, el cordobés lucía á guisa de faja un pañolón de Manila, el de Ibros había trocado el sombrero apuntado por una silla de caballo y el tarraconense tenía los brazos metidos dentro unas botas de montar, al paso que habían desaparecido por completo sus pantalones.

Nunca imaginara Goya escena parecida á la de aquellos once borrachos, mezclados, revueltos, confundidos y entrecruzados asemejando un pólipo si se miraban tantas piernas y la famosa hidra de Lerna si se reparaba en las cabezas.

El segundo en volver en sí fué el manchego, sepultado bajo el peso del granadino, el cordobés, el bilbaino y el tarifeño, que lo habían tomado por un saco de aceitunas y querían prensarlo.

El pobre muchacho consiguió deslizarse por debajo los lomos de los cuatro y sacó la cabeza por entre las piernas del granadino, viendo entonces al gallego que decía oraciones y á Jáuregui y Úrsula que les miraban de una manera capaz de dejar helado al más valiente.

III.

En esto entró Ballester y encontró á los dos soldados, que le miraron con extrañeza al verle que no daba tumbos y se tenía perfectamente en pié.

—¿Qué haremos?—dijo el manchego.—Parece que estás más sereno que nosotros y debieras tomar á tu cuidado ver cómo salimos en bien de este trance.

Ballester hizo señal de que desataran á Jáuregui y á Úrsula, y aunque temblando, así lo hicieron entre el gallego y el hijo del Tomelloso.

—Hemos de hablar los tres,—dijo Ballester, gravemente.

—Para nada hemos de hablar,—contestó Úrsula. —Ya sé yo á quién he de acudir.

—No lo haréis,—contestó Ballester.

—¿Que no lo haré? ¿Y quién me lo ha de impedir?

—Las razones que os daré yo. Quizás no soy tan pobre como puedo pareceros.

Úrsula miró fijamente á Ballester y dijo:

—Bien está. Hablemos.

Salieron los tres del aposento teatro de la gresca y fueron á sentarse junto al hogar.

—No disculpo el comportamiento de mis camaradas,—dijo,—aunque cualquiera otro hubiera obrado probablemente de igual manera, y áun peor, al ver que teniendo víveres os negábais á facilitarlos, pagando, consintiendo que enfermasen y desfalleciesen de hambre antes que socorrerlos. La falta de hospitalidad es una de las más imperdonables entre cristianos, que al fin y al cabo todos lo somos, aunque en otras cosas seamos enemigos.

—Cada uno hace lo que quiere en su casa,—repuso Úrsula.

—No os diré que no, pero nunca hay derecho á negar una verdadera caridad como era la que os pedíamos, caridad á pesar de pagaros el valor de lo que nos hubiéseis vendido. Pero dejemos eso y veamos si podremos entendernos.

—Hablad.

—¿Podríais ya, desde este instante mismo, decirme á cuánto ascienden los perjuicios que os hemos causado?

Úrsula miró con ojos de hiena á Raimundo Ballester y contestóle:

—Seis mil francos.

—Mucho me parece,—replicó el ampurdanés.

—He dicho seis mil francos, porque lo que nos habéis... tomado vale seis mil francos.

—Paso por los seis mil francos. Puedo entregaros esta cantidad dentro quince días.

—¿Vos?

—Yo; seis mil francos en onzas, pero he de ir á buscarlos á Figueras, y sino yo, persona de vuestra confianza.

—Eso es comedia, pura comedia,—replicó el tío Pedro.—Vos lo que intentáis es libraros del castigo que os espera.

—En prueba que no me mueve la intención que decís,—repuso Ballester,—que si acaso dais parte al general de lo que aquí ha ocurrido, recabaré para mí toda la culpa para ser yo solo quien deba pagarlo todo. Yo fuí quien dió la señal del saqueo y todos tendrán que jurarlo así.

IV.

El tío Pedro y su mujer reconocieron que lo que Ballester decía era verdad; él había dado la señal gritando:—*¡A ellos! ¡No dejar rastro de cuanto hay aquí!*

Úrsula recordaba perfectamente estas palabras, que había oido cuando, llena de espanto, se había encerrado en la despensa.

—¿Dónde decís que tenéis esos seis mil francos?—repuso, procurando dar á su voz el tono más suave posible.

—En Figueras. Puedo ir yo en persona á buscarlos ó puedo daros una carta-orden para que mi familia los entregue á quien vosotros designéis. Entretanto y como garantía yo os entregaré una declaración de todo lo ocurrido aquí.

Úrsula miró á su marido como si le interrogase, contestando él con otra mirada que daba á entender lo arreglase del modo que proponía el soldado.

La arlesiana contestó con voz dulzona:

—Mandaremos á Figueras á un amigo nuestro, pero ya veis que ese viaje va á ocasionar algunos gastos.

—¿A cuánto os parece que pueden ascender esos gastos?

Después de reflexionar un corto rato, contando con los dedos, replicó Úrsula:

—Mil francos.

—Será, pues, entre todo, siete mil francos.

—Siete mil francos, pero contad con que tardarán quince días en estar aquí y que en este tiempo yo hubiera podido ganar algo, vendiendo lo que vuestros camaradas echaron á perder.

Ballester, revestido de una paciencia seráfica, contestó:

—Añadid á los siete mil francos los intereses de esos quince días.

—En este caso,—replicó Úrsula,—serán mil francos más.

—Total ocho mil francos.

—Ocho mil francos.

—Conformes. Voy á poner la carta y á escribir el parte. ¿Tenéis tintero, pluma y papel?

—Sí. Voy á traéroslo todo,—contestó Úrsula en tono obsequioso.

Quedaron solos Jáuregui y Ballester, y aprovechando la ausencia de su mujer, exclamó en voz baja el viejo:

—Sois un hombre honrado; las pérdidas no llegan á mil francos siquiera. Poned esa cantidad, pues yo me conformo.

—Hemos quedado en ocho mil,—repuso Ballester.

El tío Pedro iba á replicar cuando oyó que se acercaba Úrsula y enmudeció.

Aquel hombre curtido en los combates y avezado á los peligros era como Soult: tenía miedo á su mujer.

Úrsula dejó el tintero en un escabel al lado de Raimundo, dióle á éste dos papeles y el joven escribió sobre sus rodillas la carta-orden para que se entregasen al dador noventa y cinco onzas, deducidas de la legítima dote. Acto seguido extendió una relación de los sucesos ocurridos el día anterior, atribuyéndose toda la responsabilidad del saqueo y de las amenazas hechas á los cónyuges, dejando la fecha en blanco.

—Está bien,—contestó Úrsula, luégo que Ballester hubo leido ambos documentos.—Si dentro quince días no está aquí el dinero...

—Pagaré con la vida,—se apresuró á decir Raimundo.

A todo esto no habían reparado que Jaquelina había estado escuchando toda la conversación, siguiendo los movimientos de su madrastra.

La niña al verse sola había temido no entrasen los soldados y se había escondido en un oscuro aposento que recibía la luz por un ventanillo practicado al lado de la campana del hogar, desde el cual lo había visto y oido todo. Así que cesó la conferencia salió rápidamente del cuarto y fué á reunirse con los tres, no perdiendo de vista á su madre.

Esta la recibió con malos modos, contestando humildemente la niña.

Levantáronse, por fin, y Jaquelina pudo observar que Úrsula guardaba un papel en un cofre que no había podido abrir el de Ibros, mientras que se escondía otro en el seno.

Luégo salió de la choza. La niña siguióla de lejos y vió que entraba en una alquería donde habitaba un hermano suyo.

—Ursula va á encargar á M. Pascal que vaya á Figueras en busca del dinero,—murmuró Jaquelina.—El parte donde se delata el hecho está guardado en la arquimesa.

V.

Puede decirse que Raimundo y Jaquelina no habían cruzado otras palabras que las que se habían dicho en el bosque dos días antes. Sin embargo, no había sido menester que sus labios hubiesen pronunciado vanas palabras para comprenderse mutuamente.

Llevados por igual atracción acudieron uno y otro á la arboleda de la otra parte del puente.

Jaquelina encontrábase mejor de la herida que se infirió al caer al suelo, al rechazarla Ursula, después de haber desviado la cuchillada que iba á asestarla el soldado de Ibros.

A pesar de estar el cielo encapotado por negras nubes, reinaba, sin embargo, cierta débil claridad, á causa de la blanca capa de nieve que cubría la tierra.

A la misma hora que Raimundo pasaba por el puente, se encontraba también allí Jaquelina.

El río bajaba impetuoso; las aguas resonaban fragorosamente en el silencio de la noche.

Ballester se detuvo un momento para asomarse al pretil y al oir ruido de pisadas volvió la cabeza.

Era Jaquelina.

El bravo ampurdanés y la niña, sin haberse dicho palabra, se encontraron uno en brazos de otro.

—¡Venir con este tiempo!—exclamó Raimundo en voz baja.

—Nada importa el tiempo,—replicó la niña.

Sin embargo, bien se veía que Jaquelina estaba medio yerta de frío.

Raimundo se quitó la manta en que iba envuelto y cubrió con ella el cuerpo de la pobre niña.

—Vuélvete á casa en seguida,—exclamó.—No hay para qué decirte lo que habrás comprendido ya, Jaquelina: tuyo soy.

—Tuya soy también,—contestó ella,—tuya para siempre; lo que una mujer pueda hacer por su marido, lo que una madre para sus hijos, lo que un hijo para sus padres, yo lo haré por tí.

—Basta ya; te amaré siempre.

—Y yo también.

Un beso selló las palabras de ambos jóvenes.

—Volvamos, por, Dios á casa,—exclamó Ballester. —Está helando... Quédate esta manta para abrigarte por la noche... Esa mujer es una infame; te va á matar dejando que te hieles.

—No, no temas...

—Vayamos de prisa... Te quiero con toda mi alma, Jaquelina, y así que esté acabada la guerra, nos casaremos. ¿Querrás venir conmigo á mi país?

—A donde quieras.

—Ya lo sabemos todo ahora... No vuelvas á salir más de casa. Mirándonos nos comprenderemos.

—Sí, nos hablaremos con los ojos, pero quisiera tenerte junto á mí siempre, y hay un medio para ello.

—Dí.

—Toma este papel y escríbeme aquí la canción que creyendo que nadie te oía cantabas la noche que llegaste.

—¡Ah! La canción del *Compte Arnau*...

—¡Esa!

—Es muy larga...

—No importa, recuerdo perfectamente el aire. Deja el papel dentro el morral de caza que hay en una pared en la cocina. Otra cosa: para que coja toda, no pongas los versos uno debajo de otro, sino al lado... y una exigencia más... la última... fírmalo...

Ballester, que no deseaba sino que la niña le mandase algo, estuvo contentísimo al poder obedecerla.

En esto habían llegado cerca de la choza. Jaquelina se despidió de Raimundo y entró por donde había salido, esto es, por las bardas del corral, mientras el valiente ampurdanés llamaba á la puerta, que pagaba contribución al gobierno, á razón de un metro y medio de altura por otro de latitud.

VI.

Los amores de Raimundo y Jaquelina tenían una espiritualidad que era lo único espiritualista que existía dentro las fronteras del imperio.

Era un amor desenfrenadamente ideal, sin más intervención sensual que los dos ojos de cada uno. Verdad es que si los ojos de Ballester eran hermosos, en cambio los de Jaquelina eran divinos.

Los días iban pasando dulcemente para ambos, aunque no así para los restantes alojados, cuyo número había quedado muy reducido, cansados de no comer allí más que castañas el bilbaino, el cordobés, el sevillano y el de Ibros. Estos dignos mozos habían encontrado la tierra de promisión en una soberbia quinta cuyos dueños vivían en París, pero cuyo administrador, poseido de un miedo cerval, trataba á los españoles á cuerpo de rey.

Llegó en esto el día 8 de Diciembre, plazo en que debía volver de Figueras M. Pascal con las noventa y cinco onzas ofrecidas á cambio del silencio sobre lo ocurrido en la choza.

Ballester esperaba con impaciencia el regreso del enviado, si bien estaba seguro de que no faltaría un solo real de la suma que debía recoger.

Había acabado de comer la familia cuando llamaron á la puerta.

El corazón de Raimundo palpitó con violencia.

Era M. Pascal, que sin mirarle y dirigiéndose á Ursula, exclamó con frío sarcasmo:

—¡Ni un cuarto!

VII.

Ballester quedó mudo de estupor.

—Bien sabíais que era imposible me entregasen ese dinero,—dijo el francés, volviéndose hacia el pobre joven.

—Me insultáis al afirmar eso,—respondió.—¿Qué ha pasado?

—No lo ignoráis para obligarme á repetíroslo.

—Os pido que me digáis qué causas han impedido que os entregasen la parte de mi legítima.

—Bien debéis saber que vuestro padre murió en la acción de San Privat...

—¿Mi padre?... ¡Muerto!

—Y que vuestra madre fué arcabuceada por los soldados de Mesclop, por espía del coronel Llauder.

—¡Malditos sean los que la asesinaron!

—Naturalmente; no había nadie que quisiese aceptar el documento, que aquí os devuelvo.

Ursula miraba con ojos crueles al pobre mozo.

—Bien está,—repuso Ballester.—Disponed de mí.

—Tratos son tratos,—contestó la arlesiana, y diciendo esto salió del hogar para ir al aposento donde estaba el cofre.

Ursula lo abrió y sacó un papel doblado en cuatro partes y volvió á aparecer ante Raimundo.

—Yo mismo os acompañaré á ver al general,—exclamó éste con arrogancia.

—Gracias, iré yo sola.

Y la furia abrió la puerta, siguiéndola M. Pascal, que dirigió á Ballester una mirada de usurero á quien han engañado.

VIII.

¿Por qué motivo, en vez de venir á prender á Ballester, supo éste que el general Morillo había echado á Ursula de su presencia á cajas destempladas después de leer el papel, rompiéndolo á pedazos?

¿Por qué motivo tardaba tanto Jaquelina en volver de misa?

¿Por qué tardaba también tanto en volver Ursula?

En esto estaba pensando Raimundo Ballester cuando sonaron tambores y cornetas, llamando á formar, para marchar en seguida.

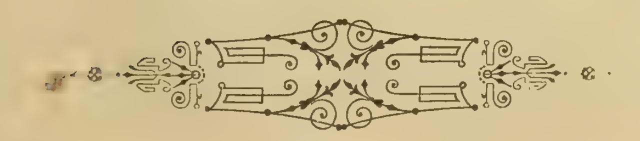
Raimundo salió de la choza y al ir á cargarse el fusil en el hombro reparó que había un papelito atravesado por la baqueta.

El papelito decía sencillamente: *En Mont de Marsán.*

En el camino no se hablaba de otra cosa, con grandes risotadas, sino de que una mujer de Cambo había solicitado con vivo empeño ver al general Morillo para entregarle un papel en el que se refería como un demonio todo cubierto de llamas se presentó á una condesa que había sido su mujer y le contaba muchas cosas del infierno.

El general se había enfadado tanto que por poco no manda hacer con aquella loca la segunda parte de lo que sucedió con las brujas de Zugarramundi, contentándose por último con tres días de cárcel, á pan y agua.

Raimundo Ballester recordó entonces la canción del *Compte Arnau*...



CAPITULO V

Allende el Nive

I

La derecha aliada cruzó el Nive por distintos puntos: Morillo por los vados de la Isleta y Cavarre, Hill por Cambo y Beresford por Ustariz, permaneciendo la izquierda en las mismas líneas, pues Wellington sólo quería por entonces hacerse dueño del Nive superior.

Los anglo-hispano-lusitanos se portaron bizarramente arrojando á los franceses de las posiciones desde las cuales se oponían á su avance. Morillo les hizo abandonar el cerro de Urcuray y los anglo-portugueses les obligaron á retirarse más allá de Villefranche.

Dueños los aliados de aquellos estratégicos puntos viéronse atacados al siguiente día, 10 de Diciembre, por los franceses, empeñados en rescatar las perdidas posiciones, pero fueron repelidos con grandes pérdidas sin conseguir su intento de que los anglo-españoles repasasen el Nive.

Llegó la noche.

Espinosa recorría las avanzadas de los españoles, situadas en la falda septentrional del Urcuray, cuando los escuchas le advirtieron que se percibía rumor de caballería que venían por el camino que conducía al campo francés.

El brigadier prestó oido y percibió distintamente el galopar de varios caballos.

No fué esto sólo: veíanse brillar bayonetas entre los árboles.

Al pronto se dió la voz de alarma y los españoles formaron precipitadamente.

A medio tiro de fusil de las avanzadas detuviéronse entonces cuatro ginetes, adelantando uno de ellos.

II.

—¡Alto! ¿Quién vive?—gritó el centinela español.

—España y Alemania,—contestó el desconocido.

—¿Qué gente?

—El coronel del regimiento de Francfort.

Espinosa mandó al centinela que diese la voz de *adelante* y aguardó la llegada del jefe extranjero.

El ginete alargó su mano á Espinosa y dijo:

—Soy el coronel Krusse y mando dos batallones fuertes de 1.300 hombres. Obligado á pelear, á la fuerza, bajo las banderas de Bonaparte ha llegado el momento de acabar con tanta tiranía, pues creo sabréis ya que Napoleón ha debido regresar á Francia, derrotado en Leipzig. Los bávaros hicieron en aquella batalla lo que yo, bávaro también, me propongo hacer ahora. Recibidme, pues, con mi gente, pero con una sola condición y es que no hagamos armas contra los que han sido hasta ahora nuestros compañeros y nos permitáis regresar á nuestro país embarcándonos en San Sebastián para Hamburgo.

—No tengo facultades para decidir, por lo cual será preciso que veamos al general Morillo,—contestó Espinosa,—aunque os puedo asegurar que vuestra noble conducta será altamente aplaudida.

El brigadier acompañó á Krusse hasta el alojamiento de Morillo y quedó convenido en admitir

acto seguido bajo las banderas aliadas á los dos batallones alemanes, que eran uno de Francfort y otro de Nassau.

Aquella evasión produjo un efecto fatal en el ejército de Soult, siendo señal de continuas desconfianzas respecto á las tropas extranjeras que figuraban en él.

III.

El combate continuó los días 11 y 12, tratando el francés de rechazar á la izquierda inglesa, que como hemos dicho conservaba las primitivas posiciones de aquende el río; viendo al fin que era inútil pensar en que aquellos regimientos británicos, terribles en su silencio, retrocediesen un solo paso, intentó el duque de Dalmacia dar de nuevo un *furibundo y desapoderado acometimiento*, dice Toreno, á la derecha, siendo objeto de desesperada embestida unas alturas que defendían los portugueses.

Los lusitanos, formados en cuadro, resistieron sólidamente las tremendas cargas de los coraceros imperiales, que no pudieron romper ni descantillar siquiera las macizas murallas que formaban aquellos heroicos regimientos.

Cinco días habían transcurrido desde el avance de los aliados, durante los cuales peleóse casi sin cesar, debiendo Soult emprender la retirada hacia Bayona, perdiendo la línea del Nive como antes la del Nivelle.

Aquellas jornadas habían costado más de 6.000 bajas al francés y 5.000 á los aliados, la mitad de las cuales correspondían á los portugueses, que habían llevado el peso de la última refriega, la más mortífera y destructora.

Soult, que contaba todavía con 50.000 hombres y 6.000 caballos, apoyó su derecha en el campo atrincherado de Bayona, colocó el centro á la otra parte del Adour, cuyo río se junta con el Nive en dicha ciudad y extendió su izquierda á lo largo del Bidouse, fortificando convenientemente á San Juan de Pié de Puerto, Navarreins y Dax.

Wellington procuró atrincherarse bien en las posiciones conquistadas, siguiendo su sistema de adelantar sólidamente y dedicó todos sus desvelos á que las tropas observasen la más rígida disciplina al objeto de no dar pretexto alguno á que el paisanaje se levantase contra los invasores. El duque conocía bien la influencia de las guerrillas y las temía en Francia.

IV.

Precisamente lo mismo se le ocurría á Soult.

Targo tiempo estuvo madurando su proyecto, pensando en la manera cómo podría realizarlo.

Por fin se le ocurrió que nadie mejor para ello que el general Harispe de Bigorre, que había demostrado especiales condiciones de guerrillero en la campaña que la República sostuvo en 1793 y 94 contra España por haber cometido Godoy la torpeza de abandonar la neutralidad armada para secundar los planes egoistas de Pitt, contrariamente á los sabios planes del gran conde de Aranda.

Harispe podía, indudablemente, hacer mucho, siendo uno de los mejores divisionarios que tenía Suchet.

Este accedió á ceder á Soult al general baigorriano, que llegó á Bayona al cabo de algunos días.

Harispe mostróse poco satisfecho de los auxiliares que le ofrecía el duque de Dalmacia y pidió elegirlos por sí mismo.

—Designad á quienes mejor os parezca,—contestóle Soult,—pues necesito indispensablemente que se levanten partidas contra los españoles.

—En ese caso, empezaré por pediros varios oficiales que hicieron la guerra de España y se encuentran ahora en Tolosa.

—¿Quiénes son?

—El coronel Saligny, el comandante La Fanfare, el capitán Guyón, el capitán Maupín y algunos otros que se encuentran actualmente en vuestras filas.

—¿Sabéis dónde están los que habéis citado?

—Sí. Saligny se encuentra á estas horas en Mentón y los otros tres en Perpiñán. Es preciso avisarles para que comparezcan en seguida.

—Al momento, mi querido general. Bien sabéis que no os puedo negar nada.

Efectivamente pusiéronse las órdenes al momento.

V.

Los cuatro militares llegaron á Bayona á últimos de Diciembre.

Saligny había envejecido mucho, pero no así los otros tres, para los cuales la campaña de Rusia pa-

recía haber sido únicamente un fortificante régimen para engordar.

El marqués de Lagarde se había visto imposibilitado de poder tomar parte en la guerra con Alemania á pesar del empeño del mariscal Davout en llevárselo consigo. El motivo de semejante abstención era el mal estado de salud de Diana de la Chategneraie, á quien los médicos habían recomendado el clima de Cannes ó Mentón, en atención á los temores de una enfermedad de pecho.

Saligny creyó de su deber no abandonar á aquella desgraciada en tan triste situación y por eso rehusó las proposiciones del ilustre príncipe de Eckmülh, con el cual había contraido viva amistad en el trayecto desde Berlín á París.

En cuanto á La Fanfare, estaba cansado y prefirió la tranquila existencia de la vida de guarnición que no ir á recoger laureles en Bautzen, Lutzen y Wurtzen para tener que trocarlos en Leipzig por la más espantosa derrota. Guyón acababa de salir de un manicomio, trastornada su razón por las escenas de la retirada y Maupín había podido librarse de que Larrey le cortase un par de miembros gracias á que le habían dejado en un pueblecillo de Polonia, hasta donde no alcanzaba la cuchilla del eminente operador.

Al verse de nuevo los cuatro amigos dentro las murallas de Bayona, parecióles que había sido un sueño todo lo ocurrido desde el día fatal que atravesaron el Niemen, frente á Kowno, para entrar en Rusia.

VI.

Harispe y sus ayudantes consiguieron en breve levantar el paisanaje.

El digno general se creía vuelto á los heroicos tiempos de la República, cuando la patria en peligro le había encargado rechazara la invasión del Sur.

Pero, ¡ah! no respondían ahora los pueblos con el entusiasmo de cuando combatían por la salvación de la República, de la libertad y de los derechos conquistados. ¡Cuánta diferencia!

En 1793 y 1794 estaba interesada la nación entera, en 1813 un partido...

Con todo, áun había quien sentía alguna simpatía por Napoleón, y gracias á esto, y gracias sobre todo á la confianza que inspiraban los jefes encargados de la organización, pudieron formarse varias partidas harto militarizadas, sin embargo, y faltas de la iniciativa peculiar á las nuestras.

Eran *guerillas,* según escribían ellos; esta *erre* de menos señala una diferencia capital entre unas y otras.

Podrá parecer pueril esta observación, pero acusa una parodia en vez de una identidad.

Además, no estaban al frente de las partidas gentes del país, sino que las mandaban jefes que llamaríamos *cuneros.*

A pesar de no ser partidas de húsares.

Además, ¿qué motivos tenían los *gros bonets* de los pueblos para estar irritados con los invasores, como sucedía aquí?

La disciplina de las tropas aliadas era prodigiosa, llegando de puro meticulosa á hacerse insoportable.

Todo se pagaba en buena moneda, á nadie se faltaba, los soldados semejaban ser cartujos y los oficiales y jefes parecían tener miedo de molestar haciendo ruido, tanto era el comedimiento, la urbanidad y reserva de los ejércitos que acaudillaba Su Gracia el duque de Ciudad-Rodrigo.

VII.

El 1.° de Enero de 1814 se encontraba La Fanfare en San Juan de Pié de Puerto cuando le avisaron que por uno de los valles iba á desembocar un fuerte trozo de la división de Mina.

El comandante salió al frente de una columna provista de artillería de montaña y tomó posiciones en las cumbres de los dos cerros que formaban dicho valle.

No tardó en romperse un vivo fuego por ambas partes, pero por desgracia la artillería de campaña, hábilmente colocada, contuvo la embestida de los españoles.

Algunos soldados del batallón de Daroca seguían adelantando, sin embargo, á pesar de verse casi cortados.

La Fanfare, que veía con asombro aquel avance temerario, iba á mandar hacer una descarga cuando de pronto dió la voz de:—¡Alto el fuego!

Los españoles, sorprendidos, se detuvieron á su vez, y con pasmo, tanto de su parte como de los franceses, vieron que el comandante napoleónico se

adelantaba y se adelantaba también ¡el músico! que servía de jefe al grupo de los invasores, abrazándose ambos estrechamente y exclamando:

—¡*Firmin! ¡Oh, mon cher Firmin!*

—¡Monsieur Fermín! ¡Amigo M. Fermín!

—¿No os parece que no vendría mal celebrásemos un pequeño armisticio?

—Con mucho gusto, mi comandante.

—En ese caso, ¡*descendez-armes!* ¡*Armes à terre!*

—¡Descansen! ¡Pabellones!

VIII.

Españoles y franceses dejaron sus armas, estupefactos al ver las cordiales muestras de desinteresado afecto que mutuamente se prodigaban ambos caudillos.

—¡Vaya un encuentro!—exclamaba La Fanfare.—A poco más me ocasionáis un irreparable disgusto, mi estimado joven. Figuráos cuánto no hubiera sentido haber tenido la desgracia de despacharos, como iba á suceder sin remedio si no llego á reconoceros. ¿Y qué tal? ¿Qué se hace por aquí? ¿Dónde dejasteis á aquella hermosa chica? No os volví á ver más desde Wilna. ¡Cuántos trabajos, voto al demonio! Os confieso que desde entonces le tomé un aborrecimiento espantoso al frío. Por eso no quise volver luégo á Alemania, á pesar de ser un país esencialmente musical, y preferí agazaparme en Perpiñán, que es como estar en España. ¡Oh! ¡España! ¡Clima delicioso! ¿Cuándo acabaremos de estar en guerra, mi querido artista? Os confesaré que creo que el emperador está perdido... En fin, dichoso el día en que no andaremos más á linternazos. ¡Es horrible! ¿Pero qué queréis esperar de un hombre que define la música diciendo que es el menos desagradable de los ruidos? ¡Estos valles, estas montañas protestarían de tales palabras si tuviesen manera de escribir una sinfonía! Ya que no pueden ellos, hacedlo vos... Figuráos qué efecto produciría un andante que expresase la tranquila apacibilidad de estos Pirineos; luégo un *larghetto* figurando una pastora que apacienta por aquí sus ganados, después un *allegro feroce* que tradujese en sonidos el fragoroso estruendo de una tempestad, y finalmente podría venir otro *allegro moderato* basado en el casamiento de la pastora con el gallardo pastor...

Fermín, apabullado bajo aquel torrente de palabras, procuró recordar algo de lo que le había preguntado M. La Fanfare y contestó:

—Gracias por vuestra confianza en mis luces musicales, pero debo deciros que desde Wilna no he vuelto á tocar más. La gitana se me escapó en Kowno y no he vuelto á saber más de ella. Embarquéme en Riga con el general Miranda y una vez en la península me incorporé á la división del general España, con el cual entré en Pamplona. Visto que allí no había nada que hacer y que era excusado pensar en música, me fuí con Mina, y hoy intentábamos apoderarnos de San Juan de Pié de Puerto, lo cual hubiéramos logrado, de seguro, á no ser vos uno de los que se han opuesto á ello...

La Fanfare saludó cortesmente al valeroso vencido, en actitud semejante á la del marqués de Espínola recibiendo las llaves de Breda de manos de Justino de Nassau.

IX.

Fermín cogió á La Fanfare por una mano y le dijo:

—Comandante, toda resistencia contra nosotros es inútil. Desengañáos: la estrella de Napoleón se ha apagado ya para siempre.

—No os diré que no, ¿pero qué queréis que hagamos?

—¡Demonio, lo que estamos haciendo ahora! un armisticio.

—Creed que por mi parte sería cosa que me dejaría encantado, pero como no soy duque ni mariscal, sino un simple comandante...

—Verdad es, mi buen M. Fermín. Ya sé que si de vos dependiese...

—¡Oh, si de mí dependiese! Entonces no habría más contiendas que los pacíficos certámenes de las bellas artes; los campos de batalla serían los teatros y museos... ¡Ah! ¿Por qué no me hizo nacer Dios bajo el reinado de un Leon X ó de un soberano como vuestro Fernando VI? Por cierto, Fermín, que ya que estamos hablando de reyes, os podré dar noticias de nuestro interesante huésped de Valencey.

—Excusad el molestaros...

—Bien, bien, como gustéis, *mon petit ami*... Sin embargo, quizás os hubiera alegrado saber los buenos términos en que están vuestro excelente príncipe y mi augusto emperador.

—No, creed que me trae sin cuidado, pues nosotros

dependemos tan sólo de la Regencia, que á estas horas y juntamente con la corte debe estar ya instalada en Madrid.

—Perfectamente; creo que por hoy la conferencia ha sido ya bastante larga...

—El tiempo siempre parece corto hablando con vos, mi espiritual M. de la Fanfare; pero creo que tendremos ocasión de vernos á menudo,

—¡Ah, sí! Contad con que todo esto va á acabar pronto...

—¿Y cómo acabará?

—¡Je, je, *mon cher petit ami!... Rirá bien qui rirá le dernier...*

—En ese caso, estad seguro que reiremos nosotros hasta desternillarnos de risa.

Los dos amigos se separaron después de darse de nuevo las más afectuosas pruebas de mutua estimación. Los franceses regresaron á San Juan de Pié de Puerto y los españoles se retiraron á la otra parte de la frontera, esperando nueva ocasión de meterse por aquellos valles.

Así se pasó todo aquel mes; Wellington, circunspecto siempre, no quería internarse sin estar seguro de la firmeza de las posiciones que una tras otra iban cayendo en su poder.

X.

Poco después de haber las tropas anglo-hispano-lusitanas invadido los departamentos del Mediodía de Francia, llegando hasta Bayona, penetraban por el Norte y el Este los ejércitos coaligados de Rusia, Prusia y Austria, cruzando el Rhin por tres puntos.

En Haguenau, Colonia, Treviso, Epinal, Forbach, Nancy, Langres, Dijón, Toul, Chalons y Bar de l'Anne acampaban los implacables enemigos del improvisado emperador. Joaquín Murat, el verdugo de Madrid, hecho de golpe y porrazo rey de Nápoles porque así le había dado la gana á Bonaparte, volvía sus armas contra él y mandaba 30.000 napolitanos á unirse al ejército que marchaba contra Francia. Finalmente Augereau, duque de Castiglione, aquel villano verdugo del inmortal Alvarez de Castro, amenazaba con entregar Lyon à los aliados, como así lo hizo efectivamente.



CAPÍTULO VI

Valencey

I

El lector nos permitirá que retrocedamos dos meses atrás, esto es, hasta mediados de Noviembre de 1813, cuando los anglo-hispano-lusitanos se encontraban atrincherados en la línea del Nive aguardando ocasión de irse internando hasta el corazón de Francia.

Napoleón, acosado por todas partes, perdidos los ejércitos que había conducido á Alemania y sin esperanzas de poder arrancar otros á la docilidad de los Cuerpos Colegisladores, pensó en aprovechar los cien mil hombres que todavía le quedaban combatiendo con los españoles desde Bayona á Gerona. Soult y Suchet, aportando cada uno su contingente, podían presentarse á orillas del Loira ó dirigirse á Lyon, para impedir con Augereau la entrada de los austriacos de Bubna, que querían hacerlo por allí.

Para esto bastaba soltar al huésped de Valencey; vuelto Fernando á sus amados súbditos, España adoptaba la neutralidad, Wellington se encontraba con la mitad de fuerzas, y por lo tanto, veríase imposibilitado de dar un paso más.

Con esto conseguiría, también, introducir la cizaña entre los aliados, á quienes la repentina neutralidad de España haría titubear respecto á la confianza que podían abrigar mutuamente.

El plan era verdaderamente maquiavélico.

Necesitábase, empero, un hombre hábil y astuto para llevarlo á cabo.

Y convenía, sobre todo, que nada trasluciese la Regencia.

Napoleón encontró al hombre que buscaba.

Fijóse en M. Laforest, consejero de Estado y persona de toda confianza, y lo mandó á Valencey bajo el fingido nombre de M. Dubois.

II.

Nada más triste que el Berry, provincia que con estar exactamente en el centro de Francia era entonces una de las más despobladas y miserables.

Los bosques ocupaban casi toda la superficie del departamento del Indre, uno de los dos en que se halla actualmente dividida dicha región; á la derecha de dicho río el suelo está casi cubierto de estanques y pantanos que esparcen una humedad peligrosa, pero es más malsana aún la ribera izquierda ó *Brenne*, comprendida entre el Indre y la carretera de Limoges á Tours; todo aquel espacio está ocupado por inmensas masas de agua poco profundas ó *landas* cuyas exhalaciones son funestísimas.

En la época á que nos referimos, encontrábase, pasada la Brenne y remontando hasta Chateauroux, un verdadero oasis de granito y de verdura, un laberinto en que todo era refugio y misterio. Por doquiera salían del suelo grandes bloques, que subían unos sobre otros como inmensos cantos rodados, dejando entre sí profundos valles arenosos por los cuales serpenteaban mil corrientes de agua. La vegetación, por otra parte, era soberbia: todas las colinas estaban cubiertas por enormes castaños, mientras que en

las cañadas y regatas estaban cuajadas de espesos chaparros, perales silvestres, madreselvas, enebros grandes como árboles y acebos corpulentos, cuyas raíces se arrastraban á manera de monstruosas serpientes ó bien se lanzaban de una á otra parte de los senderos, formando verdaderos puentes sobre las arenas desmoronadas.

Podia caminarse por allí horas enteras sin que nadie pudiese ver al pasajero, pues los bosques no formaban ni una sola calva, constituyendo un verdadero refugio para los que no querían ser capturados.

El año 13 el Berry se encontraba más miserable que nunca; antes de la Revolución había algún tráfico á causa de la explotación de las canteras de granito, de las cuales se sacaba la piedra para construir iglesias y castillos, pero no edificándose ya unos ni otras habíase paralizado aquel recurso.

Las selvas de aquel país fueron habitadas en tiempo inmemorial por los druidas y hoy mismo pueden verse muchos dólmenes en la espesura de aquellas masas de árboles.

Atravesando el oasis de bosques de que hemos hablado y acercándonos más á Chateauroux, se encontraba una carretera, construida al través de viñas y de bosques, paralela al río. Venía luégo una llanura baja, cubierta de prados inmensos, y el viajero veía en el centro una ciudad muy pequeña y un palacio muy grande: era Valencey.

III.

Valencey era una mansión deliciosa. Esto se comprenderá mejor con decir que dicho castillo había sido edificado por Enrique IV para destinarlo á la bella duquesa de Etampes, de cuya familia fué propiedad hasta la época de la Revolución. Entonces compró el *chateau* el príncipe de Talleyrand, que introdujo en él grandes mejoras. Sabido es que el repugnante tránsfuga tenía un gusto delicadísimo.

Era por lo tanto Valencey una morada verdaderamente regia, con sus torrecillas puntiagudas que flanqueaban los cuatro ángulos del cuerpo central, su fachada risueña, de rojiza piedra, los adornos de los portales y ventanas, las caprichosas cresterías de las cornisas, las balaustradas de sus balcones y tejadillos y las alegres galerías de las fachadas laterales.

Rodeaban al palacio bellísimos jardines á estilo de Versalles, con hermosas fuentes y estanques adornados de estatuas mitológicas, frondosas alamedas, inmensas *pelouses*, caprichosos pabellones y glorietas y todo lo que se solía entonces *poner* en los jardines, llenos de artificio y de convencionalismo.

Desde las ventanas de Valencey divisábase un imponente panorama; por un lado los bosques druídicos del Berry con sus masas de árboles y sus canteras de granito, y por otro lado las Landas inmensas, cuajadas de junqueras y plantas acuáticas que formaban manchas verdosas sobre la superficie blanquecina de las lagunas.

IV.

Era una tarde lluviosa y fría.

Sentado al amor de la lumbre encendida en la chimenea de un lujoso salón, hallábase un joven vestido de negro, alto y robusto, de estrecha frente, ojos oscuros sombreados por espesas cejas, abultada nariz, labio inferior grueso y salido y aceitunado color.

Estaba al parecer hondamente pensativo, fumando maquinalmente un enorme cigarro y moviendo con impaciencia una de las piernas.

El ayuda de cámara levantó un cortinaje de tapicería encarnada que cubría una puerta y anunció:

—El señor D. Juan de Amézaga.

El joven hizo un gesto de disgusto al oir tal nombre, contestando apenas al saludo que le dirigió el recién llegado.

Era éste un tipo completo de palaciego, dicho lo cual, queda hecha su descripción.

—¿Qué tenemos?—preguntó el joven caballero, mirando distraidamente el fuego del cigarro y quitando con el meñique la ceniza.

—Señor,—contestó el señor Amézaga,—noticias de la más alta importancia. Un monsieur Dubois pide ver á V. M. con la mayor urgencia.

—¿Dubois? ¿Y quién es Dubois?

—Un emisario de S. M. imperial.

—En este caso, que pase al momento,—repuso el joven, sin poder ocultar su alegría.

—Señor, es que exige que la audiencia que se digne concederle V. M. sea secreta.

—Muy bien que hace. Retírate en seguida, pues, y que entre M. Dubois.

Don Juan de Amézaga volvió á saludar, salió del salón rabo entre piernas y al cabo de un breve espacio de tiempo volvióse á oir la voz del ayuda de cámara que decía:

—El señor D. Renato Dubois.

V.

El tal Dubois era una verdadera figura de diplomático; su rostro parecía una máscara de cera hecha para expresar la impasibilidad; era ya entrado en años, calvo, algo encorvado, grave y flacó; llevaba anteojos y vestía también de negro, luciendo hermosos diamantes en la chorrera.

El diplomático hizo un cortesano saludo y dijo:

—Su M. I. el emperador de los franceses y rey de Italia, se ha dignado entregarme esta carta para vuestra alteza.

El joven á quien Dubois había llamado *Vuestra alteza* y Amézaga *Vuestra majestad*, tomó la carta y leyó lo que sigue:

«Primo mío: Las circunstancias actuales en que se halla mi imperio y mi política me hacen desear acabar de una vez con los negocios de España. La Inglaterra fomenta en ella la anarquía y el jacobinismo y procura aniquilar la monarquía y destruir la nobleza para establecer una república. No puedo menos de sentir en sumo grado la destrucción de una nación tan vecina á mis estados y en la que tengo tantos intereses marítimos y comunes.

»Deseo, pues, quitar á la influencia inglesa cualquier pretexto y restablecer los vínculos de amistad y de buenos vecinos que tanto tiempo han existido entre las dos naciones.

»Envío á V. A. R. al conde de Laforest, con un nombre fingido, y puede V. A. dar asenso á todo lo que diga. Deseo que V. A. esté persuadido de los sentimientos de amor y estimación que le profeso.

»No teniendo más fin esta carta, ruego á Dios guarde á V. A., primo mío, muchos años.—Saint-Cloud, 12 de Noviembre de 1813.—Vuestro primo: NAPOLEÓN (1).»

Don Fernando no pudo disimular la alegría inmensa que le había producido la lectura de aquel papel, pero procuró dominar su emoción y aparentar cierto aire resignado.

—¿Puedo enterar á mi tío y á mi hermano de lo que me escribe S. M. Imperial?—preguntó al emisario.

—Vuestra A. R. obrará muy bien en hacerlo así, —contestó Dubois,—y áun convendría estuviesen presentes en todas cuantas audiencias se digne concederme V. A. real. Verdad es que tengo orden también de que sean las únicas personas que puedan oir lo que entre V. A. R. y yo se diga.

—Voy á mandar avisar á los infantes,—dijo Don Fernando.

El rey de España tocó una campanilla y acudió al momento D. Juan Amézaga.

—Pasa recado á los infantes de que aquí les aguardo para un importante negocio.

Amézaga saludó al rey y guiñó el ojo á Laforest, saliendo al momento á cumplir lo ordenado.

VI.

No le costó poco trabajo al palaciego arrancar al infante Don Antonio de una especie de taller de tornero donde se entretenía en hacer molinillos de chocolatera, trompos, bochas, cucharas y otras peregrinas obras de aquel oficio. En cambio, el infante Don Carlos María Isidro se negó á recibir á Amézaga, alegando que no podía interrumpir sus devociones. Precisos fueron cuatro ó cinco recados para hacer que compareciera. El pobre hombre estaba creido de que era preciso estar siempre rezando en aquel maldito antro infernal para separar de allí la cólera celeste, provocada por la biblioteca de M. de Talleyrand.

¡Ironía del destino! ¡Colocar á Don Carlos María Isidro de Borbón bajo el mismo techo que cobijaba la más atea, la más libertina, la más revolucionaria y la más sabionda librería que hubiese á la sazón en las cinco partes del mundo! Porque no hay que decir quién era Talleyrand, espíritu que se componía á un tiempo de todas las corrupciones del antiguo régimen, de todas las concupiscencias del napoleonismo y de todas las malas pasiones revolucionarias.

Bueno será, antes de pasar más adelante, trazar un ligero retrato de los tres augustos huéspedes de Valencey y de varios de sus cortesanos, y al objeto de

(1) Esta carta y alguna más que insertaremos, son oficiales y están tomadas del libro de Escoiquiz titulado: *Idea sencilla de las razones que motivaron el viaje de el rey Don Fernando VII á Bayona.*—Madrid, 1814.—Imprenta Real.

Los discursos y diálogos están parafraseados siguiendo lo que dice la misma obra.

evitarnos molestias y errores, nos valdremos de las cartas de María Luísa, insertas en la *Historia* de Toreno, tomo I, pág. 438, *passim*.

VII.

Decía la reina de España á su hija la de Etruria en 26 de Marzo de 1808: «Desde el momento de la renuncia mi hijo trató á su padre con todo el desprecio que puede tratarlo un rey sin consideración alguna para con sus padres... El nos da priesa para que salgamos de aquí señalándonos la ciudad de Badajoz para residencia. Entretanto, nos deja sin consideración alguna, manifestando gran contento de ser ya rey y de que nosotros nos alejemos de aquí.

. . . .

»Mi hijo ha hecho esta conspiración para destronar al rey, su padre... Pero mi hijo (que no tiene carácter alguno y mucho menos el de la sinceridad) jamás ha querido servirse de él *(Godoy)* y siempre le ha declarado la guerra, como al rey, su padre, y á mí.

»Su ambición es grande y mira á sus padres como si no lo fuesen. ¿Qué hará para los demás?»

En 27 de Marzo escribía María Luísa á Murat:

«Mi hijo no sabe nada de lo que tratamos y conviene que ignore todos nuestros pasos. Su carácter es falso, nada le afecta, es insensible y no inclinado á la clemencia. Está dirigido por hombres malos y hará todo por la ambición que le domina; promete, pero no siempre cumple sus promesas.

»El embajador es todo de mi hijo, lo cual me hace temblar, porque mi hijo no quiere al gran duque *(Murat)* ni al emperador, sino sólo al despotismo. El gran duque debe estar persuadido que no digo esto por venganza ni resentimiento de los malos tratos que nos hace sufrir...»

Lo que sigue está tomado de una nota de la reina, también para Murat:

«...Mi hijo estuvo ayer, después de comer, con Infantado, con Escoiquiz, que es un clérigo maligno, y con San Carlos, que es peor que todos ellos, y esto nos hace temblar, porque duró la conferencia secreta desde la una y media hasta las tres y media. El gentil-hombre que va con mi hijo Carlos, es primo de San Carlos; tiene talento y bastante instrucción, pero es un americano maligno y muy enemigo nuestro, como su primo San Carlos, sin embargo de que todo lo que son lo han recibido del rey, mi marido, á instancias del pobre príncipe de la Paz, de quien ellos decían ser parientes.»

De otra nota al mismo:

«...A todos los que nos siguen aplican el título de desertores. Yo recelo que traman alguna grande intriga contra nosotros y que estamos en grande riesgo, porque Infantado y los otros son tan malos y peores que los demás... Es necesario que *(Murat* y *Napoleón)* tomen algunas medidas para contener las abominables intenciones de estos malignos y para que mi hijo se canse de dedicarse á pensar todo lo que sea contra su padre y contra el príncipe de la Paz... El clérigo Escoiquiz es también de los más malos.»

Los siguientes párrafos están tomados de otra nota de la reina á Murat, remitida por medio de la reina de Etruria en 1.º de Abril de 1808:

«. . . . .

»Mi hijo tiene muy mal corazón, su carácter es cruel; jamás ha tenido amor á su padre ni á mí; sus consejeros son sanguinarios; no se complacen sino en hacer desdichados, sin exceptuar al padre ni á la madre. Quieren hacernos todo el mal posible...»

Hablando del infante Don Carlos, dice en otra carta: «Mi hijo tiene veinte años, sin experiencia ni conocimiento del mundo; los que le acompañan y todos los demás, le habrán dado instrucciones á su gusto...»

Cuatro palabras sobre el infante don Antonio: «Mi hijo ha dado todas sus facultades al infante don Antonio, su tío, el cual tiene muy poco talento y luces; pero es cruel é inclinado á cuanto pueda ser pesadumbre del rey, mi marido, y mía y del príncipe de la Paz y de mi hija Luísa.»

VIII.

Toda esta correspondencia se hallaba inserta en el *Monitor* del 5 de Febrero de 1810 y no es posible pasar los ojos sobre ella sin sentirse encendido el rostro de vergüenza al ver el papel indigno que ante Napoleón estaba representando aquella corte. Las cartas que le escribían todos y cada uno al emperador eran para tentar á cualquiera de hacer lo que hizo el ogro de Córcega. ¡A qué estado había llegado España!

Todos á porfía rivalizaban en adular á Bonaparte;

en 1807 el príncipe Fernando le pedía en los más humildes términos se dignase tomarlo bajo su protección y le concediese la mano de una princesa imperial; después del motín de Aranjuez, preparado por el infame Caballero y el conde de Montijo, los reyes Carlos IV, María Luísa y la de Etruria, se convierten en pobres importunos de Murat, del cual lo esperan todo y al cual tratan con una veneración que descorazona. ¡Qué intrigas! ¡Qué cabezas las de todos aquellos príncipes y magnates!

¡Ni en tiempo de Carlos II llegó más bajo el nivel moral de la monarquía!

Pero la conducta verdaderamente deplorable era la de Fernando, guiado siempre por los consejos del estúpido Escoiquiz; era preciso estar poseido de una verdadera ceguedad para dejarse embaucar hasta el extremo de ir á entregarse en Bayona, pero Fernando no quería un trono cimentado en el amor de los españoles sino afianzado en la protección de Bonaparte.

Aquel viaje á Bayona es, sí, un hecho verdaderamente inexplicable. A la primera carta en que Fernando le pedía al emperador su protección y la mano de una princesa de su familia, vino á añadirse otra que escribió en Vitoria, esto es, ya casi en la raya de Francia. Habíase quedado en que Napoleón iría á Madrid á reconocer por rey á Fernando; luégo se dijo que se verían en Burgos, y allí se acordó que en lugar de venir Napoleón á España iría Fernando á Bayona. Pues bien: detenido en Vitoria, dudoso entre si daría ó no el último paso, escribió, repetimos, una nueva carta á Bonaparte, tratando de averiguar cuáles eran sus intenciones. Pues bien, Napoleón le contestó con otra de la cual entresacamos los siguientes párrafos: «No sería conforme al interés de la España que se persiguiese á un príncipe *(Godoy)* que se ha casado con una princesa de la familia real y que tanto tiempo ha gobernado el reino... Esta causa fomentaría el odio y las pasiones sediciosas; el resultado sería funesto para vuestra corona. Vuestra A. R. no tiene á ella otros derechos sino los que su madre le ha trasmitido: si la causa mancha su honor, V. A. destruye sus derechos.»

¿Cómo Fernando tuvo valor para continuar su camino después de leer el párrafo de que *no tenía otros derechos al trono que los que le había trasmitido su madre?* «Frase altamente afrentosa al honor de la reina,—dice Toreno,—y no menos indecorosa al que la escribía que ofensiva á aquel á quien iba dirigida.» Y á todo esto, sin contener la carta de Napoleón una sola frase que le comprometiese á nada.

Fernando VII, empero, metióse en Francia; ocurrieron luégo entre él, los reyes padres y Napoleón los escándalos del palacio de Marrac, cerca de Bayona, y acabó todo aquello por ser destinado á Valencey á esperar el desenlace de los acontecimientos.

Pero ahora recordamos haber dejado á Don Cárlos rezando el rosario y bueno será que volvamos á él.

IX.

Por fin se le pudo convencer, pues, al pobre Don Carlos, de que su presencia era indispensable en la real cámara y acabando de mascullar varios Padrenuestros dirigióse allí precedido del asqueroso Amézaga, que quedó en la antesala, mohino y cabizbajo, si bien con ánimo de otear lo que allí ocurriese y ver de pescar algo de lo que se tratase.

Don Fernando hizo leer á los infantes la imperial misiva, quedando ambos como asustados de su contenido, irresolutos sobre lo que habían de pensar de tan inesperada salida.

Monsieur Laforest, ó M. Dubois, según se quiera, quiso aprovechar aquel aturrullamiento y espetó el siguiente discurso, de cuya exactitud se encarga de responder D. Juan de Escoiquiz, que lo transcribe en su libro tal como lo copiamos aquí.

Sentáronse Fernando, su tío y su hermano y el conde de Laforest, de pié, les habló de esta manera:

—El emperador, que ha querido me presente bajo un nombre supuesto para que esta negociación sea secreta, me ha enviado para decir á V. A. R. que, queriendo componer las desavenencias que había entre padres é hijos, hizo cuanto pudo en Bayona para efectuarlo, pero que los ingleses lo han destruido todo, introduciendo la anarquía y el jacobinismo en España, cuyo suelo está talado y asolado, la religión destruida, el clero perdido, la nobleza abatida, la marina sin otra existencia que el nombre, las colonias de América desmembradas y en insurrección, y en fin, todo en ella arruinado. Aquellos isleños no quieren otra cosa que erigir la monarquía en república, y, sin embargo, para engañar al pueblo, en todos los actos públicos ponen á V. A. R. á la cabeza. Yo bien sé, señor, que V. A. R. no ha tenido la menor parte en todo lo que ha pasado en este

tiempo, pero no obstante, se valen para todo del nombre de V. A. R., pues no se oye de su boca más que Fernando VII.

El francés hablaba con una suficiencia solemne, que producía en sus oyentes una verdadera admiración por las cualidades oratorias de M. de Laforest.

—Esto no impide que reine allí una verdadera anarquía,—continuó diciendo el diplomático,—pues al mismo tiempo que tienen las Cortes en Cádiz y aparentan querer un rey, *sus deseos no son otros que el establecer una república*. Este desorden ha conmovido al emperador, que me ha encargado haga presente á V. A. R. este funesto estado, á fin de que se sirva decirme los medios que le parezcan oportunos, ya para conciliar el interés respectivo de ambas naciones, ya para que vuelva *la tranquilidad á un reino* acreedor á que le posea una persona del carácter y dignidad de V. A. real. Considerando, pues, su majestad imperial mi larga experiencia en los negocios, pues hace más de cuarenta años que sigo la carrera diplomática y he estado en todas las cortes, me ha honrado con esta comisión, que espero desempeñar á satisfacción del emperador y de vuestra alteza real, deseando que se trate con el mayor secreto, porque si los ingleses llegasen por casualidad á saberla, no pararían hasta encontrar medios de impedirla.

Aquí concluyó su arenga el digno negociador, al cual había escuchado Don Fernando con inequívocas señales de viva satisfacción; sin embargo, contestó:

—Señór Dubois, un asunto tan serio como el de que me habéis hablado y que tan de sorpresa me ha cogido, exige mucha reflexión y tiempo para ser debidamente contestado, por lo cual, cuando llegue el caso, ya cuidaré de que se os avise.

Insistió Laforest en que la contestación se la diese acto continuo, pues urgía por momentos, pero Fernando se mantuvo en su reserva.

Las prisas de Laforest se comprenden perfectamente: invadían la Francia cinco ejércitos, por el Norte, el Este y el Mediodía á la vez, y era conveniente disminuir en lo posible el contingente de los que ocupaban ya el Mediodía. Con 40.000 españoles de menos y 100.000 franceses de más, ocupados entonces en la guerra de España, podía aún restablecer el equilibrio.

Al día siguiente pidió nueva audiencia Laforest, que no vivía para acabar cuanto antes de dar feliz cima y remate á su peliaguda empresa.

X.

En lugar de hacer presión á Fernando con lo de la república, mentira disparatadísima, pues jamás podía esperarse semejante cosa de los *torys*, entonces dueños del poder, el bueno de Laforest utilizó el recurso de la unión ibérica bajo el cetro de los Braganzas.

Fernando se excusó de nuevo de dar ninguna respuesta afirmativa alegando que le era preciso entenderse con la Regencia. Cruzáronse luégo algunas cartas entre el cautivo príncipe y Napoleón, hasta que por fin dispuso éste que se trasladara á Valencey el duque de San Carlos, que hasta entonces había estado confinado en el pueblo de Lons-le-Saulnier.

Celebráronse de nuevo conferencias entre el rey, los infantes, Laforest y San Carlos, y autorizados estos últimos por sus respectivos soberanos, firmaron un tratado, si bien no debía considerarse como perfectamente concluido y ratificado hasta encontrarse el rey Fernando en Madrid, restituido á su trono.

Este tratado, estipulado el día 8 de Diciembre de 1813, abrazaba entre otros extremos, los siguientes:

Napoleón reconocía la soberanía de Fernando y la integridad del territorio; obligábase á evacuar en seguida las plazas que ocupaba todavía, pero en cambio Fernando debía obligar á hacer lo mismo á los ingleses; los comprometidos con José serían reintegrados en el pleno goce de sus derechos, honores y prerogativas; obligación por parte de Fernando de señalar una pensión á sus padres, residentes entonces en Marsella, por no probarles el clima de Compiegne, etc., etc.

XI.

Quedó encargado San Carlos de llevar este tratado á España para que lo ratificase la Regencia.

Antes de partir fué llamado aquel antipático personaje á presencia del rey. Fernando lo llevó á una ventana y en voz baja le habló así:

—Si como sospecho, lo mismo la Regencia que las Cortes son inclinadas al jacobinismo, nada has

de decir sino contentarte con insistir buenamente en la ratificación; á tí te revelaré, sin embargo, que luégo que yo me vea libre, decidiré si es conveniente continuar ó no la guerra, según lo requiera el interés de mis reinos; empero, nada de esto les hables á los regentes, pues temo de su infidelidad que diesen noticia de mis intenciones al gobierno francés y entonces todo se echaría á perder. Si, por el contrario, conoces que los regentes y los diputados no tienen compromisos con los jacobinos, diles que ratifiquen temporalmente el tratado y que hagan entender á los ingleses que estoy resuelto á declararlo forzado y nulo cuando vuelva á España.

—Perfectamente entendido, señor.

—Confío en tu adhesión, San Carlos. Y á propósito, no conviene que hagas el viaje con este nombre. Llámate... ¿Cómo dijo se llamaba Laforest?

—Dubois, señor.

—Dubois... En este caso, llámate tú Ducós. Que nadie trasluzca nada, sobre todo. ¡Buena la haríamos si los ingleses llegasen á oler algo!

—Nadie podrá adivinar quién soy, señor.

—Mucha cautela, monsieur Ducós.

—Señor, bien sabéis cuánto es mi celo en servir á vuestra majestad.

Fernando miró partir á San Carlos y murmuró:

—A otra.

XII.

Es el caso, rarísimo é inexplicable, que mientras al parecer Fernando VII abrigaba la intención de declararse desligado del tratado así que estuviese de vuelta en España, andaban por aquí unos comisionados franceses *con encargo de introducir desconfianza respecto de los ingleses y trabajar ahincadamente para que éstos saliesen de España.*

Dirigía á los tales intrigantes cierto M. Tassín, *sujeto inquieto, muy entremetido y de secretos amaños,* dice Toreno. Eran los principales emisarios un tal M. Duclerc y un tal M. Magdeleine, *hombre muy gordo y de aparente buen natural.*

Duclerc procuró entenderse con Mina y M. Magdeleine con un bilbaino llamado Echevarría, pero descubierta la trama fueron ambos presos por orden de la Regencia. «Trataba la Regencia de que se castigase ejemplarmente á semejantes enredadores,—dice el citado autor,—cuando tuvo que detenerse, sabedora de que entre los documentos había algunos que aparecían firmados de puño y letra de persona muy elevada y augusta. Suspendiéronse, de resultas, las diligencias judiciales y procuróse dar treguas al asunto y áun echarle tierra. No faltó quien entonces pensase, y fundadamente, que todo ello había sido pura fragua y falsificación de D. Juan Amézaga, hombre mal reputado é instrumento secreto del gobierno francés, pero mudaron de dictamen ó quedaron perplejos al averiguar que los arrestados recobraron su libertad al tornar Fernando á España y que recibieron en 1815 una suma considerable *(doscientos mil y pico de francos)* á trueque de que entregasen papeles, al parecer importantes, que todavía conservaban en su poder y con cuya publicación amenazaban al rey Fernando soberbia y desacatadamente.»

Por manera que mientras el duque de San Carlos trataba de hacerles una jugarreta á los franceses, Duclerc y Magdeleine intentaban hacer lo mismo con los ingleses... *¡Misterios!* se dirá, pero no tanto como parece, si se atiende á que de nuevo rodeaba á Fernando la camarilla estúpida, imbécil y malvada de 1808, estando allí, por orden de Napoleón, el necio é hipócrita Escoiquiz, el bestial San Carlos, Macanaz, Labrador, etc., todos los cuales conservaban todavía una ciega admiración á Bonaparte. Todos, de fijo, en su fuero interno, estaban prontos á unirse á Napoleón contra los ingleses, hasta tal punto eran miopes, menguados y torpes aquellos grandes estadistas del absolutismo.

También había dispuesto Napoleón que pasaran á residir en Valencey el ilustre Palafox y el general don José de Zayas, que hasta entonces habían permanecido estrechamente encerrados en la fortaleza de Vincennes.

CAPÍTULO VII

En Madrid

I

Un repique general de campanas, salvas de artillería y músicas que daban sus ecos al viento tocando patrióticos himnos, despertaron al leal vecindario de Madrid el día 5 de Enero de 1814.

Era que entraba en la capital la Regencia del Reino, juntamente con los diputados á Cortes, aunque éstos no venían formando cuerpo.

Sin reparar en el aguacero torrencial que caía ni en el frío extremadísimo que se dejaba sentir, el pueblo entero corría hacia el puente de Toledo, por donde habían de hacer su entrada los tres ilustres próceres que estaban al frente de los destinos de España.

Los curiosos que estaban en buen sitio pudieron ver en el interior de una de las carrozas de palacio á tres señores muy diferentes en su aire, fisonomía y traje, pero que revelaban ser los regentes por ocupar su carroza el lugar en que solía figurar la del monarca cuando salía la corte con todo el ceremonial de las grandes ocasiones.

De aquellos tres hombres, el que ocupaba el testero era el cardenal D. Luís de Borbón, bajito, esmirriado, tímido, vestido de púrpura y cubierto de bandas, y los dos que ocupaban el sitio opuesto eran don Pedro Agar, general de tierra, bajo, risueño y algo obeso, y D. Gabriel Ciscar, general de marina, sabio profundo, de alta estatura y avinagrado gesto.

La comitiva, compuesta de todas las comisiones oficiales de la corte, como juntas, academias, tribunales, etc., detúvose al fin en la plaza de Palacio, en cuyo edificio se alojaron los regentes.

II.

Habían acabado apenas éstos de instalarse y el pueblo de Madrid sentíase más confiado que nunca y más esperanzado de lo que lo había estado jamás desde que comenzó la guerra, cuando empezó á correr la voz de que había llegado á Madrid el duque de San Carlos, procedente de Valencey.

Era generalmente aborrecido el tal duque de toda clase de personas; había sido ayo de Fernando y figurado mucho en el célebre é inolvidable proceso del Escorial, por cuyo motivo había sido desterrado de la corte. La reina María Luísa decía de él que era el más falso de todos los amigos de su hijo, y razón tenía al expresarse así, pues conocía bien al tal San Carlos, antiguo adulador de Godoy, hasta el punto de forjar un árbol genealógico que demostrase su entronque y parentesco con el poderoso extremeño, por más que él fuese americano.

Otro motivo que tenían los madrileños y los españoles en general para desconfiar de la rectitud y del talento de San Carlos, era haber sido uno de los que indujeron á Fernando VII á ir á meterse en la boca del lobo, cuando el incalificable viaje á Bayona. No es de extrañar, por lo tanto, que la noticia de la llegada de aquel palaciego produjese en la capital un efecto desastroso, tomándole por su cuenta los pe-

riódicos, los ciegos, los autores de tonadillas y la gente maleante, todos los cuales le acribillaban con punzantes y ofensivas alusiones y le llenaban de injurias más ó menos ingeniosas.

La Regencia trató á San Carlos con el mayor desdén, cosa que ya temían en Valencey, por lo cual y sin esperar su regreso mandó don Fernando á Madrid al héroe de Zaragoza, D. José de Palafox, con iguales documentos é instrucciones, si bien encargándole de palabra diera muchas expresiones al embajador inglés.

Por fin, el día 8, y antes de que llegase Palafox, fué recibido San Carlos, á quien le pareció que como sospechaba su augusto discípulo, estaba la Regencia inficionada por el *espíritu jacobino* (¡jacobinos el cardenalito de la Escala, Ciscar y Agar!) y en su consecuencia nada habló de los ulteriores propósitos de Fernando, caso de poder verse de nuevo en el trono.

—La respuesta de la Regencia es muy sencilla y muy clara,—contestó D. Pedro Agar al duque de San Carlos,—y la tiene trazada por el decreto dado por las Cortes extraordinarias en 1.° de Enero de 1811 y aprobado por unanimidad en la votación.

—¿Qué decreto es ese?—repuso el palaciego.

—El decreto es este: «Las Cortes no reconocerán, antes bien tendrán por nulo y de ningún valor ni efecto, todo acto, tratado, comercio ó transacción de cualquier clase ó naturaleza... otorgados por el rey mientras permaneciese en el estado de opresión y falta de libertad en que se halla... pues jamás le considerará libre la nación ni le prestará obediencia hasta verle entre sus fieles súbditos en el seno del Congreso nacional... ó del gobierno formado por las Cortes.»

El pobre emisario parecía no entender aquellas enormidades; jamás hubiera podido creer que el jacobinismo llegara á expresarse con tamaña audacia.

Este decreto, juntamente con una carta muy digna y muy enérgica en que no se hablaba una sola palabra relativamente al tratado, fué la respuesta que se llevó San Carlos á Valencey, saliendo de Madrid despechadísimo por los desaires recibidos y por las coplas picarescas de que le habían llenado los oidos.

Tampoco se fué muy satisfecho Palafox. La carta que llevaba éste contenía este párrafo importantísimo: *A V. M. se debe el restablecimiento, desde su cautiverio, de las Cortes, haciendo libre á su pueblo y ahuyentando del trono de la España el monstruo feroz del despotismo.* «Aludía esta indicación,—dice Toreno,—al decreto que diera el rey en 1808, muy á las calladas, en Bayona, para convocar las Cortes, trayéndole sin duda á la memoria la Regencia por recelarse ya del rumbo que querían algunos siguiera S. M. al volver á España.»

III.

La gravedad del asunto hizo que la Regencia diera cuenta del mismo á las Cortes.

Reuníanse éstas entonces en el destartalado teatro de los Caños del Peral, mientras acababa de habilitarse el antiguo convento de Doña María de Aragón.

Presidía el diputado por Salamanca D. Jerónimo Díez. La legislatura se había abierto el 15 de Enero.

La composición de aquella asamblea era algo extraña. Las Cortes extraordinarias habíanse disuelto el año anterior el día 20 de Setiembre, coincidiendo la terminación de las mismas con la aparición de la fiebre amarilla en Cádiz, de la cual enfermaron más de sesenta diputados, muriendo veinte.

El día 26 de aquel mismo mes constituyéronse ya las nuevas Cortes ordinarias, pero como muchos diputados no se atrevían á ponerse en camino para Cádiz por hacer allí estragos *el vómito* y otros debían venir de larguísimas distancias, acordóse que los diputados de las extraordinarias hiciesen las veces de suplente, para que ninguna provincia dejase de tener representación.

Esto era tanto más conveniente en cuanto las elecciones recién verificadas habían sido muy favorables á los anti-reformadores, que de no encontrarse con los suplentes hubieran formado quizás una mayoría altamente desfavorable á todo lo que trascendiese á progreso y decoro nacional.

Triste es decirlo, pero los electores dieron sus votos en gran parte á gentes desafectas á la obra inmortal llevada á cabo por los ilustres hombres del año 1812. Hé aquí en qué términos explica el conde de Toreno las causas de semejante proceder por parte del cuerpo electoral, como decimos hoy: «Coadyuvaron á esto los que se creían ofendidos en sus personas y cercenados en sus intereses por las alteraciones y nuevos arreglos y que auguraban mayores daños en un porvenir no lejano. Estaban en ese

caso algunos individuos de la nobleza, si bien los menos; bastantes magistrados, muchos cabildos eclesiásticos y casi todo el clero regular, los que juntos ó separados influyeron sobradamente y cada uno á su manera en las elecciones, ayudados de una turbamulta de curiales y dependientes de justicia que vivían de abusos, siendo éstos y los religiosos mendicantes los más bulliciosos é inquietos de todos, como herrumbre la más pegadiza y roedora de las que consumían á España hasta en sus entrañas; habiendo los últimos llegado á formar en parte del pueblo, de cuya plebe comunmente nacían, una especie de singular demagogia, pordiosera y afrailada, supersticiosa y muy repugnante.»

Nada más curioso que este párrafo que revela cuáles eran las costumbres electorales en 1814. El gobierno, lejos de *hacer* las elecciones, perdíalas por la influencia de una *turbamulta de curiales y dependientes de justicia que vivian de abusos* y por el entrometimiento de los frailes mendicantes, *herrumbre la más pegadiza y roedora de las que consumian á España hasta en sus entrañas.*

En cuanto á la *singular demagogia pordiosera y afrailada, supersticiosa y muy repugnante* de que habla Toreno, debía cambiar de nombre al cabo de setenta años y llamarse desde entonces las *honradas masas.*

IV.

Gracias á la no comparecencia de muchos diputados propietarios y á tener que ocupar por lo tanto el lugar de éstos los suplentes, que procedían de las anteriores Cortes, mantuviéronse en equilibrio los dos bandos.

Era el patriarca, por decirlo así, del grupo liberal el sabio geógrafo D. Isidro Antillón, verdadero hombre de Estado, de alta capacidad y clarísima penetración y no menos poseido de férvido entusiasmo por la regeneración moral y material de España. Esto motivó que á poco de haberse abierto en Cádiz las Cortes ordinarias, fuese objeto de una aleve tentativa de asesinato por parte de los anti-reformadores, acción villana cuya infamia aumentaba el hecho de no poder Antillón defenderse en manera alguna, por su estado achacoso y quebrantada salud. No murió por entonces Antillón, aunque recibió varias heridas, pero murió más adelante de un modo lastimoso y no merecido, aunque con visos de proceder jurídico.

Entre los nuevos diputados distinguióse principalmente D. Francisco Martínez de la Rosa, uno de los primeros campeones de la libertad española, joven de vasta instrucción, incontrastable entereza y elocuencia admirable. La popularidad de Martínez de la Rosa era inmensa en aquella época, mucho mayor quizás que otras que hemos visto posteriormente. Hé aquí en qué términos lo describe el amenísimo Mesonero Romanos: «... Joven apuesto y distinguido, de señoril talante, medianamente alto, de rostro enjuto y moreno, ojos árabes y rasgados, cabello negro y espeso, y cuyas facciones en general, aunque bastante abultadas, formaban, sin embargo, un semblante agradable y simpático.» A cuyas prendas hay que agregar que era Martínez de la Rosa hombre elegantísimo y enamorado y que lo siguió siendo hasta lo último de su vida.

Figuraban también en preeminente lugar entre los nuevos diputados del partido liberal D. Tomás Isturiz, D. José Canga Argüelles, Cuartero, el presbítero López Cepero, etc.

Las sesiones habían comenzado en Cádiz, luégo en la isla de Leon, y finalmente, según dejamos ya dicho, trasladáronse á Madrid las Cortes y la Regencia, instalándose ésta en el Palacio Real y las primeras en el teatro de los Caños.

V.

Al recibir el Congreso el mensaje de la Regencia en que se daba cuenta de la misión encargada á San Carlos y Palafox, decidió se consultase ante todo al Consejo de Estado la conducta que habría que seguir caso de entrar el rey de nuevo en España, pues todo inducía á creer que Napoleón soltaría en breve á Fernando, que sólo servía ya de estorbo, lo mismo si se firmaba el tratado que si no se firmaba.

El Consejo de Estado dictaminó: «Que no se permitiese ejercer la autoridad real á Fernando VII hasta que hubiese jurado la Constitución en el seno del Congreso, y que se nombrase una diputación que al entrar S. M. libre en España le presentase la nueva ley fundamental y le enterase del estado del país y de sus sacrificios y muchos padecimientos.»

En vista de esta consulta y de lo manifestado por la Regencia, deliberaron las Cortes, y por fin, el 2 de

Febrero se publicó un decreto cuya sustancia venía á ser: «Que no se reconocería por libre al rey ni se le obedecería hasta que hubiese jurado la Constitución; que así se le hiciese saber al momento de entrar en España; que no se permitiese entrar fuerza armada con el rey, á menos que no fuesen prisioneros españoles, cuidando en tal caso de conciliar el alivio de éstos con el orden del Estado; que no se permitiese á ningún extranjero ni á ningún afrancesado acompañar al rey; que la Regencia señalase la ruta que debía seguir el monarca; que el presidente fuese á recibirle por el camino, etc., etc.»

Las Cortes aprobaron el decreto y acordaron publicarlo juntamente con un manifiesto, obra de Martínez de la Rosa, con lo cual dicho se está si sería grandilocuente, dada la ocasión en que se escribía y la pluma ilustre del que lo redactaba (1).

Quizás alguien se extrañará de que las Cortes pusiesen tantas condiciones para dar posesión al rey, pero téngase presente que todo el mundo estaba escarmentado y que se tenían noticias ciertas y positivas de que el general O'Donnell (don Enrique) conspiraba en Córdoba, juntamente con D. Bernardo Mozo de Rosales, Gómez Calderón y muchos otros para derribar todo lo hecho por las Cortes, entendiéndose bajo cuerda los expresados personajes con el duque de San Carlos.

VI.

La cosa se puso de manifiesto bien á las claras el día 3 de Febrero, esto es, al siguiente de haberse aprobado el decreto, que sólo tuvo en contra diez ó doce votos.

Fué el caso que un tal D. Juan López Reina, diputado por Sevilla, hombre de escaso valer, escribano de profesión y ciego instrumento de los anti-reformadores, pidió la palabra y *echó* este *discursillo*, sin exordios ni ambajes de ningún género:

—Cuando nació el Señor Don Fernando VII, nació con un derecho á la absoluta soberanía de la nación española; cuando por abdicación del Señor Don Carlos IV obtuvo la corona, quedó en propiedad del ejercicio absoluto de rey y señor... *(Tumulto indescriptible. Muchos diputados llaman al orden al orador.)*

El señor Reina.—Un representante de la nación puede exponer lo que juzgue conveniente en las Cortes y éstas estimarlo ó desestimarlo...

Una voz.—Sí, si se encierra en los límites de la Constitución; no, si se sale de ellos.

El señor Reina.—Luégo que restituido el señor Don Fernando VII á la nación española vuelva á ocupar el trono, indispensable es que siga ejerciendo la soberanía absoluta desde el momento que pise la raya... *(Aumenta la confusión. El tumulto es indescriptible. Muchos señores diputados prorumpen en gritos y expresiones que el ruido no deja percibir.)*

Corolario: El escribano D. Juan López Reina fué hecho conde ó marqués ó duque ó algo así, al volver Fernando.

Pensaron entonces los diputados que formaban el partido absolutista que sería un gran medio para lograr sus fines poder cambiar la Regencia, á cuyo objeto trataron de obtener una votación por sorpresa, cosa que desbarataron los diputados liberales, que comprendieron el fin que se proponían aquellos hábiles parlamentarios. Esto prueba que en España todo el mundo es bueno para cabildear y fraguar planes y emboscadas en los pasillos.

A última hora el general Villacampa, gobernador militar de Madrid, arrestaba por conspiradores á un tal D. Juan Garrido, al presbítero D. José González y á algunos soldados, gratificados por los trastornadores con una peseta diaria, aguardiente y pan.

Como se vé, los absolutistas sabían conspirar también para derribar las Cortes y la Regencia. Su objeto era proclamar regenta á la infanta Doña Carlota Joaquina de Borbón, princesa del Brasil, de lo cual parece tenía dicha señora muchas ganas.

Tal fué el desenlace que tuvo ante las Cortes españolas el tratado concluido en Valencey entre don José Miguel de Carvajal duque de San Carlos y monsieur de Laforest. El historiador napoleónico M. de Norvins dice con extrañísima ignorancia: «Nunca se ha sabido quién consiguió diferir la ejecución de este tratado... Se ha acusado al ministro de la Guerra, Clarke, de no haber dado, cuando menos, orden alguna á los mariscales Soult y Suchet.» De lo cual resulta que para M. de Norvins el tratado estaba listo y arreglado en todas sus partes y sólo faltaba cumplirlo, echando la culpa de ello al ministro de la Guerra de Bonaparte. Pues, entonces, ¿á qué ir á la Regencia para que ratificara nada? ¡Meditemos!

(1) Tráelo Toreno en el apéndice del tomo III, pág. 391 y siguientes. Es un verdadero modelo en su género, que deja muy atrás otros manifiestos más célebres en punto á lenguaje y estilo.

CAPÍTULO VIII

Antes de Tolosa

I

Volvamos ya al mediodía de Francia donde encontraremos á los ejércitos aliados, y reanudemos nuestra relación en el mismo punto y lugar donde la dejamos.

Pasóse todo el mes de Enero y la mitad primera del siguiente sin que los aliados verificasen movimiento alguno á causa del mal tiempo, pero no fué así apenas éste empezó á ablandar, pues tan pronto estuvieron transitables los caminos dió Wellington la orden de avance, resuelto á llevar la guerra hasta el mismo corazón de Francia.

Ofrecíase ahora tener que pasar el Adour y embestir á Bayona, y tocó romper el fuego, como siempre, á la derecha, mandada por Hill y de la cual formaba parte la división Morillo.

El 14 de Febrero las avanzadas de Hill aventaban los piquetes que defendían el paso del río Joyeuse, los cuales pertenecían á la división de Harispe; éste se replegó sobre Garris, á cuyo punto fué á reunírsele también el general Paris. Este movimiento dió por resultado cortar la comunicación del grueso del ejército francés con San Juan de Pié de Puerto, cuya plaza quedó bloqueada por Mina, que á este efecto salió del Baztán y ocupó Baigorry y Bidarry.

Digamos para tranquilidad de sus numerosos amigos que el coronel Saligny y los capitanes Guyón y Maupín se encontraban con Harispe en Garrís y que únicamente había quedado en San Juan el digno comandante La Fanfare.

Al día siguiente, 15, tocóle su vez á la división Morillo, que obligó á repasar el Bidouse á las tropas de Harispe, las cuales repasaron también varios *gaves* ó torrentes, cuyas aguas proceden de los Pirineos, en todos cuyos combates perdieron gente los franceses, cediendo sin gran empeño al ímpetu de los invasores.

II.

Soult tenía dispuesto su plan, que era reconcentrar todas sus tropas detrás del casi infranqueable *gave* de Pau; había dejado que Bayona, bien fortificada, se defendiese por su único esfuerzo y trasladó su cuartel general á Orthez, punto que escogió para dar la batalla.

Dificilísimo era el paso del Adour, pero todo pudo vencerse; á este objeto dispuso Wellington que entrara de nuevo en Francia el 4.° ejército español, mandado como antes por D. Manuel Freire, quien llevaba de divisionarios á Ezpeleta, Plasencia y Méndez Vigo, y que se acercara más de lo que estaba al Nivelle la división de D. Carlos de España.

El paso del Adour se verificó por tres puentes de barcas, contribuyendo al buen éxito de la operación el uso de cohetes á la *congreve*, rarísimos proyectiles entonces, que emplearon los ingleses contra los buques de guerra apostados en el río para impedir el paso. Dichos cohetes sirvieron también de mucho para rechazar los ataques de la infantería de Bayona, que hizo varias salidas, si bien todas infructuo–

sas, para oponerse á que los aliados se hicieran dueños de la orilla derecha.

Construyóse luégo un magnífico puente de barcas que asegurase la comunicación entre ambas márgenes, capaz para permitir el paso de la artillería y defendido de cualquier ataque de la flotilla francesa y procedióse al bloqueo de Bayona y al del campo atrincherado contiguo á la plaza.

Bien afirmada la posición, siguieron adelante los aliados enderezándose á Orthez.

Los españoles habían desempeñado un papel brillantísimo en aquellos movimientos: Freire había sido el principal encargado de bloquear á Bayona; don Carlos de España había contribuido en gran manera el paso del Adour y Morillo acababa de rodear la plaza de Navarreins.

III.

Soult había escogido para sus posiciones unas lomas que iban de Orthez hasta Dax. Su fuerza eran 40.000 hombres.

La batalla dada el 27 de Febrero fué reñidísima, mostrando en ella Soult dotes de gran general, pero nada le valió, los ingleses le vencieron en toda la línea y se cebaron verdaderamente en los fugitivos. Perdieron los franceses 12.000 hombres, gran número de prisioneros y muchos cañones; los anglo-lusitanos 2.500. No tomaron parte los españoles, á no ser el general Álava, inseparable de Wellington, el cual general fué herido, aunque no de gravedad, «en parte sensible y blanda que siempre provoca á risa,» dice con mucha gracia Toreno.

Aquel día corrió mucho riesgo la vida del generalísimo. Estaba éste apeado y bromeaba con Álava sobre la herida que le habían causado los de Soult, cuando una bala de fusil vino á dar en el pomo de su espada y le tocó en el muslo, causándole el golpe tal estremecimiento que inmediatamente le derribó al suelo.

Los franceses se retiraron en el mayor desorden, acuchillados por la caballería inglesa, sembrando el pánico por do quiera pasaban. Por fin, se detuvieron en Agen, desde donde fueron á parar á Tarbes.

Los aliados, por su parte, entraron sin resistencia en Mont de Marsán, capital del departamento de las Landas, en Cazeres y Aire. El movimiento de Soult corriéndose hacia los Pirineos Orientales, dejaba al descubierto Burdeos, en cuya capital tenían mucho partido los legitimistas.

No tardaron los ingleses en entrar en esta ciudad, llamados por los realistas, que proclamaron por rey de Francia al conde de Provenza bajo el nombre de Luís XVIII. Soult publicó una proclama llenando de baldón á los que habían reclamado el auxilio del extranjero para restaurar á los Borbones.

IV.

Morillo se encontraba en Mont de Marsán á primeros de Marzo.

Era dicha ciudad, en aquella época, altamente pintoresca, conservando muchos restos de la Edad media; modernamente ha sido objeto de grandes reformas y aparece con todo el carácter de una población cómoda y favorecida por el gobierno.

Las tropas españolas que formaban parte de la izquierda aliada habían experimentado viva extrañeza al atravesar aquel país, cuya geografía jamás hubieran llegado á imaginar.

Desde Orthez á Mont de Marsán veíanse, á la izquierda, inmensas llanuras cubiertas de bosques de negros pinos y de inmensos estanques, los cuales cruzaban los habitantes montados en grandes zancos. Dilatadas praderas en que pacían algunos rebaños, estériles arenales y algunas miserables cabañas perdidas en aquellas soledades prestaban al paisaje una fisonomía de todo punto especial.

Llegados á la ciudad parecióles á nuestros expedicionarios que acabasen de verificar una expedición fantástica, tanto era el contraste entre el camino y el punto de parada.

No hay para qué decir que los soldados españoles no hicieron más que entrar en sus alojamientos y echarse en seguida de nuevo á la calle, como si las seis leguas que habían hecho de jornada aquel día no hubiesen influido para nada en el estado de sus fuerzas, y eso que concluida la batalla había sostenido Morillo un fuerte choque con Harispe, que debió cederle el paso después de causarse mutuamente un corto número de bajas.

V.

Hallábanse por la tarde algunos soldados bebiendo en la fuente de la plaza de la Audiencia, cuando uno

de ellos retiróse precipitadamente, dirigiéndose á una casa que hacía esquina á la calle Imperial.

Una joven estaba esperándole, al parecer, en la entrada de la misma.

El soldado se llegó á la niña y exclamó:

—¡Jaquelina!

—¡Raimundo!—contestó ella.

—¿Cómo corresponder al número de beneficios que te debo? Todo se me apareció claro y distinto al saber el uso que habías hecho del papel que me hiciste escribir. ¡Corazón noble!

—¿Acaso podía yo consentir que murieses, siendo inocente?

—Sin embargo, comprometiste para siempre tu porvenir. ¡Todo por mí!

—Dejemos de hablar de eso. Somos libres, estamos libres.

—¡Yo te juro que antes moriré mil veces que atreverse nadie á faltarte!

—Estoy del todo segura aquí.

—¿Con quién vives?

—Yo no sé quién es, pero es una señora que me quiere mucho.

—¿Una señora?

—Sí, una gran señora.

—Raro caso. ¿Y desde cuándo la conoces?

—Desde muy niña me tenía dicho que fuese á vivir con ella, pero yo no quería abandonar á mi padre. Siempre venía á Cambo á visitarnos y cada vez insistía más en su pretensión de que fuese á hacerla compañía.

—¿Vive sola?

—Sola, con varias criadas.

—¿Y tú, qué haces?

—Nada, no consiente què haga nada.

—¿Y no visita ningún hombre la casa?

—Algunos viejos.

—¿Es aquí?

—Aquí.

—Magnífico edificio, parece un palacio. Pero, ahora que reparo en ello, ¡estás hecha una señorita! ¡qué elegante! Vas á avergonzarte si te ven hablando con un soldado.

—¡Oh, nunca, Raimundo! Debajo del capote de un soldado hay casi siempre un corazón de oro.

—En cuanto á esto, no envidio el suyo á nadie. Pero hablemos de nuestra actual situación. Creo que la guerra va á terminar pronto...

—En seguida.

—¿Cómo en seguida? ¿Sabes algo?

—Mucho.

—¿Tú?

—Yo; ¡no sé qué te extraña!

—Nada me extraña, pues te creo discreta é inteligente como la más encopetada embajadora, ¿pero de dónde has sacado lo que dices que sabes?

—De las conversaciones de mi señora con los señores que vienen de tertulia cada noche.

—¡Oiga! ¿Y no podría saber qué se dice allí de bueno?

—Sin ninguna clase de inconveniente, pero vamos á llamar la atención si nos ven aquí. Iremos á dar una vuelta por el paseo del río.

—Vamos allá.

El soldado ofreció galantemente su brazo á Jaquelina y se encaminaron al lugar indicado.

VI.

Anochecía y no era fácil distinguir claramente á qué clase pertenecían los solitarios paseantes.

—Creo que te podrá aprovechar de algo lo que he llegado á saber,—dijo Jaquelina.

—Sin duda alguna, pero si alguien ha de perjudicarse...

—No, es cosa que no puede perjudicar á nadie, pues cuanto voy á decirte estará sucediendo ya á estas horas, pero quizás podrá servir para que no se derrame ya más sangre.

—Habla.

—Sabe, pues, que está á punto de ser puesto en libertad el rey Fernando y que el Papa pronto volverá también á Roma, saliendo del cautiverio en que le tiene Bonaparte.

—¿Qué dices?

—Es seguro también que pronto será rey de Francia el llamado Luís XVIII; Angulema se encuentra ahora en Burdeos con el mariscal inglés Beresford. La población les recibió en palmas.

—Los pueblos suelen mudar de opinión.

—El conde de Artois se encuentra en el cuartel general de lord Wellington y el duque de Berry en Bretaña. Sábese de cierto que el mariscal Augereau se ha pasado también á los enemigos del emperador y que abrirá las puertas de Lyon así que se presenten los aliados.

—¿Es decir que Napoleón está perdido?

—Perdido sin remedio. ¡Si vieses qué alegría hay en casa!

—¿Cómo?

—Esos señores que vienen son todos furibundos partidarios de los Borbones. Si quieres que te diga la verdad, yo no puedo sufrir á Bonaparte, pero me da grima que los extranjeros nos impongan otro rey.

VII.

No seguiremos más adelante dando cuenta de la conversación de los dos amantes; sin embargo, conviene decir que Raimundo Ballester quedó más prendado que nunca de la bella Jaquelina, cuya discreción corría parejas con sus excelentes sentimientos.

La joven había sufrido una completa transformación en Mont-de-Marsán. Iba entonces vestida con traje de menestrala acomodada: gorrita ó *bonnet*, corpiño azul algo escotado, zagalejo encarnado corto con delantal blanco y zapato bajo; el pelo, cuidadosamente peinado, formaba dos ondas que bajaban ocultando los lados de la frente.

La señora que la había recogido llamábase madama de Deliroux y corrían acerca de su juventud más de cuatro historias de escabrosa explicación. Para muchos era innegable que había sido una de las principales maravilleras del 1794 y enlazaban esto con la edad de Jaquelina.

Nada tendría de particular lo que la maledicencia sospechaba, puesto que las madres francesas del siglo XVIII no constituyen, ciertamente, un modelo que imitar bajo ningún concepto y muchísimo menos las madres aristócratas, como se jactaba de ser por los cuatro costados madama de Deliroux.

Ello es que durante la breve permanencia de las tropas de Morillo en Mont-de-Marsán las relaciones de Ballester y Jaquelina adquirieron toda la formalidad necesaria para hacer esperar que terminarían al pié del altar. Habían sido los suyos unos amores dignos de ser estudiados y descritos por pluma menos tosca que la nuestra, pues la humilde condición social de aquellos nuevos Romeo y Julieta no impidió que los principios de su pasión fuesen altamente novelescos é idealistas, ya que se habían amado desde que se vieron y que no fué menester que hablaran para que uno y otro quedaran convencidos de la mutua correspondencia. No siempre los amores sublimados y excelsos se refugian en las clases elevadas; también hay poemas en las chozas.

VIII.

A mediados de Marzo cambiaron bastante las posiciones de los españoles.

La división de D. Carlos de España fué enviada á bloquear á Bayona; el 4.° ejército de Freire, con Ezpeleta, Garcés de Marsilla, Bárcena, Mendizábal, Méndez Vigo, Carrillo, etc., fué incorporado al centro, siendo llamado también con dicho objeto D. Julián Sánchez; en cuanto á Morillo, se dispuso que formara como siempre á la derecha, dejando una brigada que bloqueara á Navarreins.

Miranda, Espinosa y Méndez fueron destinados á formar parte de una división que se formó con varias brigadas del 4.° ejército, á la cual se llamó división provincial, reuniéndose también á la misma el sempiterno comandante Garroyo, cansado de estarse parado delante de San Juan de Pié de Puerto.

No hemos de describir la conmovedora escena de la reunión de todos aquellos bravos y leales amigos, verificada en Castelnau el 17 de Marzo. Allí se encontraron todos: Enrique Osorio, Espinosa, Miranda, Fraser, Méndez, Garroyo, Ortego y Antequera, todos buenos, sanos y salvos tras de tantos peligros y aventuras.

Reunidos por la noche en casa de Miranda diéronse noticias de sus amantes. Carmen y Dolores en Zaragoza, lo mismo que Petra, Esther y Eugenia; doña Brianda y la duquesa de Orgiva sabíase que habían llegado á Madrid poco después de haberse trasladado allí la Regencia; Estrella y su madre habíanse instalado también allí; faltaba Eponina, pero Enrique Osorio se proponía rescatarla pronto de manos del pícaro de M. des Trois Barbouillards, auditor del Consejo de Estado.

IX.

Luégo que todos hubieron dado salida á la efusión de sus sentimientos de mutua estimación, dijo Fraser:

—El duque está muy enojado con el general O'Donnell y me permitiréis que crea que con justificado motivo.

—¿Qué nueva jugarreta estará tramando el conde de la Bisbal?—replicó Miranda, poco devoto de aquella familia, si bien reconocía los servicios prestados por don Enrique en Cataluña.

—El duque deseaba que el ejército de reserva acudiese también á participar de los laureles que recogen en esta tierra de Francia los denodados soldados españoles; quería que si Morillo podía jactarse de ser el héroe del Mondarín y D. Pedro Agustín Girón el de la Rhune y D. Manuel Freire el del paso del Adour, pudiera también el conde de la Bisbal enorgullecerse de haber hecho esta gloriosa campaña, pero no ha sido así; á la insinuación de Wellington para que el ejército de reserva pasara la frontera ha contestado O'Donnell desabridamente alegando toda clase de pretextos para no hacerlo y pidiendo por el contrario se le diese orden de marcharse de la raya y entrar en Castilla.

—¡Bravo!—exclamó Miranda con ironía.

—O'Donnell supone que sus tropas han perdido toda disciplina, que están desorganizadas, rendidas, hambrientas, desnudas, destrozadas, miserables, perdidas...

—Sí, sí,—repuso Miranda.—*¡Capisco, capisco!*

—Y creed, amigos míos, que no tiene razón en ello el conde de la Bisbal. El ejército de reserva se encuentra en un estado brillante y su disciplina es inmejorable.

—El príncipe de Anglona, que lo ha regido hasta ahora,—exclamó Espinosa,—sabe tan bien como O'Donnell el modo de tener las tropas y es injuriarle suponer que las ha dejado en el estado que supone el conde de la Bisbal.

—Harto le constaba al duque de Ciudad-Rodrigo lo que decís, mi brigadier,—respondió Fraser,—pero no es menester ser muy avisado para comprender el verdadero objeto de la negativa de O'Donnell y su afán por internarse en Castilla.

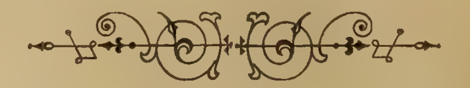
—Claro está que eso lo sabe cualquiera,—exclamó Miranda.—O'Donnell ha estado conspirando en Córdoba con Mozo de Rosales, Gómez Calderón y otros, para derribar á los regentes. Villacampa ha tenido que poner presos á algunos de los conspiradores de Madrid y á varios soldados á quienes daban una peseta, pan y aguardiente. Lo que O'Donnell quiere es acercarse á la capital para sostener con su ejército los planes de los anti-reformadores y trastornar el gobierno y las cortes así que se presente ocasión oportuna.

—Pues no lo hará,—replicó Fraser,—porque el generalísimo le ha prohibido se guarde bien de internarse, señalándole por estancias las orillas del alto Ebro. Para nada quiere ya Wellington á O'Donnell á causa de semejante comportamiento, y así ha dirigido una invitación en igual sentido al príncipe de Anglona, general en jefe del tercer ejército, franqueándole seis millones de reales y 6.000 vestuarios. Es de esperar que el general aceptará.

—Aceptará sin ningún género de duda,—replicó Espinosa.—Tengo la honra de ser amigo de D. Pedro Agustín Girón y estoy seguro de que se portará como quien es.

—Veremos si ahora acabamos pronto con el duque de Dalmacia,—dijo Miranda,—y volvemos pronto á España, pues temo que habremos de ser allí muy necesarios todos cuantos nos preciamos de decididos liberales. Hoy sale de Valencey Fernando VII, soltado al fin por Bonaparte, y le acompaña una camarilla de la que no hay que fiar.

—Estaremos á la mira,—dijo Espinosa,—para que se cumpla el decreto dado por las Cortes el 2 de Febrero, y ahora, á Tolosa.



CAPÍTULO IX

Tolosa

I

Vamos á dar cuenta de la última batalla que se dió en la guerra de la Independencia, batalla cuyo campo no fué ya el sagrado suelo de la patria sino tierra francesa; batalla sangrienta y decisiva, en la cual el valor español rayó tan alto como en las más gloriosas acciones y en cuya ocasión demostraron nuestros soldados ser tan aptos para los ataques impetuosos como para las defensas tenaces.

Soult se había ido retirando precipitadamente desde Tarbes á Tolosa, llevando tres días de delantera á los aliados, cuya marcha había de ser por precisión mucho más lenta que la del duque de Dalmacia, el cual, para ir más de prisa se había aligerado de toda la impedimenta.

El tiempo era lluvioso, como venía siéndolo desde la entrada de los invasores en Francia; finalmente el 23 de Marzo aparecieron los anglo-hispano-lusitanos ante los muros de la hermosa capital del Languedoc, donde se encontraba ya Soult desde el día 24.

Temíase no acudiesen en su auxilio refuerzos de Suchet, y á este objeto tratóse de echar un puente en la aldea de Portet, situada más arriba de la ciudad y más abajo de la confluencia del Ariege y el Garona, pero no fué posible por la anchura del cauce y la rapidez de la corriente, por lo cual fué preciso echarlo más arriba de la confluencia, en el punto llamado Roque. Cruzó Beresford el Garona, pero hízose dueño en seguida del puente del Ariege. Aquel paraje tenía, sin embargo, el inconveniente de ser muy pegadizo y gredoso, por lo cual Wellington mandó repasar los dos ríos buscando un lugar más á propósito, el cual se encontró media legua más abajo de Tolosa. El Garona tenía 130 varas de ancho y se echó un puente que quedó terminado en breves horas.

El 4 de Abril comenzaron á cruzar el río algunas divisiones, pero de pronto vino una crecida que obligó á retirar el puente, quedando en consecuencia separadas por el río las dos mitades del ejército, grave contratiempo que hubiera podido ocasionar un verdadero desastre, pero que no consiguió animar á Soult para un ataque, atento sobre todo á la defensiva. De buena nos libramos.

Así se pasaron cuatro días, desperdiciando Soult la ocasión de poder destruir las fuerzas que se encontraban á la orilla derecha, muy inferiores en número á las de que él disponía. Por fin, el día 8 empezaron á bajar las aguas y se apresuró á pasar el resto del ejército.

II.

Es Tolosa una plaza verdaderamente estratégica; rodeánla por todas partes, menos por Mediodía, ríos, canales y acequias que constituyen excelentes fosos naturales, agregándose á ello la existencia de fortificaciones de todo punto formidables. Soult había tenido buen cuidado, después de la derrota de Orthez, de aumentar sólidamente los medios de defensa de Tolosa,

decidido á convertir dicha ciudad en inexpugnable baluarte.

A este objeto mandó levantar cinco reductos, poco separados entre sí, en unas colinas del Este de la ciudad, llamadas del Calvinet, fortificando también el Sur con no poca presteza y robustez, obligando á todos los tolosanos útiles á trabajar en dichas obras, lo cual cumplieron bastante á regañadientes.

Se conoce que á aquellos dignos vasallos del emperador les gustaba mucho ir á incomodar á los demás, pero les dolía que les fuesen otros á poner sitio.

El duque de Dalmacia tenía á sus órdenes treinta mil soldados aguerridos, sin contar la guardia urbana, mandados por Clausel, Reille y Drouet d' Erlón. Los aliados eran naturalmente muchos más.

Dichos 30.000 hombres estaban repartidos en torno de la ciudad y en los reductos y fuertes.

III.

El punto principal del ataque debía ser la línea del Este, defendida por los canales de Languedoc y de la Brienne y por los cinco reductos de que hemos hablado. Beresford debía atacar la derecha, Freire el centro y Ezpeleta la izquierda.

Llegó en esto el día 10 de Abril y comenzó el ataque al dar las siete de la mañana.

Avanzaron los nuestros guiados, por los generales Freire, Bárcena, D. Gabriel de Mendizábal y los brigadieres Ezpeleta y Garcés de Marsilla, haciéndolo con tal denuedo que obligaron al punto á la brigada Saint-Paul á replegarse en el reducto grande, abandonando el altozano de la Pujade, que ocuparon inmediatamente los españoles, mientras Beresford con Cole y Clinton, envolvía la derecha imperialista.

Dueños los nuestros de la Pujade, emplazaron allí la artillería portuguesa, dejando de reserva la brigada Garcés de Marsilla, y viendo el feliz resultado del ataque, resolvieron ir contra los reductos *Grande* y *Triangular*, defendidos respectivamente por Villatte y Harispe.

IV.

Entre el canal á cuyas orillas se encontraban los españoles y los dos reductos que se preparaban á atacar, había frondosos jardines y criaderos que era preciso atravesar.

Apenas habían penetrado los nuestros en la espesura, cuando un diluvio de horrorosa metralla, granadas y balas, esparcieron el destrozo y la muerte entre los batallones españoles.

En los jardines había emboscada la división Armañac y al pié de las fortificaciones se había colocado numerosa artillería para que rasantes los fuegos causasen mayor estrago en nuestras filas.

No por eso cedieron los nuestros, á cuyo frente iban Freire y Mendizábal.

—¡A la bayoneta! —exclamó el héroe de San Marcial.

Y obedeciendo la orden, mudos, terribles, sin disparar un solo tiro, atravesaron los españoles la espesa arboleda y llegaron á tocar las líneas avanzadas de los reductos.

Parecíales que habían salido del infierno.

La artillería francesa había hecho verdaderamente estragos pero había sido impotente para contener la admirable embestida de los bravos soldados de Freire.

De pronto corrieron graves noticias. La división Ezpeleta se encontraba en gran peligro.

Estaban aquellas tropas atacando por la carretera de Albi al objeto de auxiliar el movimiento de Freire, cuando al ir á atravesar el puente de Matabiau descubrieron emboscado un gran trozo enemigo que hacía á quema-ropa mortífero fuego, obligando á los nuestros á detenerse por un momento.

Notólo Soult y mandó á Armagnac que se dirigiera contra ellos á la bayoneta.

La valiente división veíase diezmada literalmente por los fuegos mortíferos cruzados que contra ella se dirigían y que revelaban el profundo estudio y la hábil manera con que se había preparado Soult.

Cejaron algunos, pero no todos; ni una pulgada retrocedieron unos cuantos húsares de Cantabria, al mando del bizarrísimo oficial D. Vicente Sierra, y no menos extraordinariamente brilló el regimiento de igual nombre, el cual se mantuvo firme y denodado, recibiendo la metralla de los reductos sin querer apartarse del sitio en que se encontraba, hasta que se vió obligado á ello por lord Wellington, que se presentó allí maravillado de tanto valor. Con su vida pagaron el honor de las armas españolas el coronel del expresado regimiento de Cantabria, D. Leonardo Sicilia, D. Francisco Balanzat, que mandaba el de la Corona, el jefe de E. M. don José Ortega y otros

héroes cuyos nombres sentimos no conocer en este momento. También vertieron su sangre, recibiendo heridas más ó menos graves, el bizarrísimo D. Gabriel de Mendizábal y los brigadieres Ezpeleta, Méndez Vigo y Carrillo. Gracias á los esfuerzos de todos esos dignísimos caudillos, consiguióse rehacer la desconcertada hueste, que se desquitó desde entonces cumplidamente del anterior quebranto.

Hay que advertir que los medios de defensa dispuestos por Soult eran verdaderamente formidables y que la artillería francesa demostraba aquel día un arrojo superior á cuanto hasta entonces se había visto.

V.

Mientras los españoles estaban frente á las trincheras de los fuertes *Grande* y *Triangular*, situados á la izquierda de la línea, hacia el Norte, Beresford se apoderaba del reducto de la derecha, llamado La Sypière, y atacaba con admirable arrojo los dos reductos del centro, llamados *Les Agustins* y *Le Colombier*, los cuales no tardaban en caer en poder de Pack, así como el primero lo habían ganado Cole y Clinton. Finalmente acabaron por ceder los dos reductos del Norte, en los cuales entró Freire.

Mientras Beresford y Freire se apoderaban de aquellos fuertes que vomitaban un fuego verdaderamente infernal, intentaba Picton ganar los puentes de la embocadura del canal, pero tuvo que replegarse para evitar el terrible fuego de artillería y fusilería que le abrasaba por enfrente y flanco. Grande y admirable fué, hay que confesarlo, la resistencia de los franceses en aquella batalla; conocíase que peleaban á la desesperada y que se batían con el supremo valor de los que antes de sucumbir quieren dejar colocada en alto puesto su fama militar. Aquel día la lucha fué espantosamente sangrienta; parapetados tras de sus fuertes y lleno el terreno de baterías emboscadas, fué la batalla un duelo á muerte. Soult se portó como nunca y cumplió como un gran soldado.

La batalla se había empeñado también por la parte del arrabal del Mediodía, donde estaba Reille; Hill y Morillo le obligaron á desamparar las obras exteriores y tuvo que refugiarse detrás de las murallas.

Dueños los aliados de los cinco reductos de las colinas del Calvinet, volvieron los cañones contra al ciudad, la cual se rindió enseguida. Eran las cuatro de la tarde; hacía nueve horas que duraba el fuego.

El duque de Dalmacia retiróse entonces á la otra parte del canal, que le servía como de segunda línea, pugnando empero algunas divisiones por reconquistar las perdidas posiciones, á cuya idea se opuso Soult, vista la inutilidad de toda tentativa encaminada á aquel objeto. Era, empero, tanta la desesperada ira de los franceses al verse arrojados de sus fortificaciones y al pensar que Tolosa había caido en poder de los ingleses, portugueses y españoles, que hasta última hora estuvieron hostilizando á la izquierda aliada.

VI.

La batalla fué tan sangrienta como ruda; peleóse por ambas partes con un encarnizamiento inusitado, ávidos los franceses de intentar un supremo esfuerzo para salvarse y no menos empeñados los aliados en aplastar á los bonapartistas. Vióse que todos los generales tomaban á pecho acabar de una vez y que los napoleónicos parecían considerar la batalla como un duelo; allí murió Taupín y cayeron heridos Harispe, Gasquet, Lamorandière, Baurot y Dauture.

La pérdida de los aliados fué de 4.714 hombres, de ellos 2.000 españoles.

Todo el día 11 se mantuvo Soult á la otra parte del canal del Mediodía sin que Wellington diese orden de hostilizarlo, y tomó por la noche la carretera de Carcassona, al objeto de ir á reunirse con Suchet, siendo aquel el único camino que le quedaba abierto, dejando en la ciudad los heridos, así como un inmenso parque de artillería y grandes almacenes de provisiones, acumuladas allí en la espectativa de una larga resistencia, que tan corta fué, sin embargo.

Los bravos tolosanos, que habían seguido atentamente desde los tejados y campanarios todas las peripecias de la batalla, ocultáronse en sus casas una vez vieron ondear en los reductos las banderas de los aliados, temiendo lo que podrían hacer éstos al entrar en la ciudad y profiriendo contra Soult las más amargas quejas por haberles comprometido de tal manera.

Nada tiene de extraño semejante proceder, pues Tolosa no era ni había sido nunca bonapartista, sino borbónica, y les dolía á los hijos de Clemencia Isaura tener que verse molestados por culpa del emperador. Tranquilizáronse, sin embargo, al saber que el ejér-

cito anglo-hispano-portugués era un modelo de disciplina y que el papel que iba á desempeñar era el de libertador antes que de adversario.

El día 12 entraron los aliados en la ciudad y fueron recibidos con grandes y ruidosísimas aclamaciones, esmerándose los tolosanos en obsequiar y agasajar á porfía á los nuevos huéspedes.

VII.

Al mediodía llegaron á la ciudad, causando no poca sorpresa el verlos juntos, un coronel inglés y un coronel francés, los cuales fueron rodeados al momento por un numeroso grupo de curiosos.

Dirigiéronse ambos al *Capitolio* (léase Casas Consistoriales), donde se alojaba Wellington, y volvieron á salir al poco rato, no disimulando ya lo que contenían los pliegos, á pesar de que todo el mundo lo presumía.

Los ejércitos aliados del Norte habían entrado en París el 31 de Marzo.

Ya se susurraba esto hacía días, tanto en la ciudad como en los campamentos, pero al verlo confirmado oficialmente, no hubo quien no acusase, lo mismo á Soult que á Wellington, de haber dado la sangrienta batalla cuyos ecos no se habían extinguido todavía, ocasionando un derramamiento de sangre enteramente inútil.

Por eso dijimos que la acción había tenido más aires de duelo que de batalla.

Soult y Wellington se aborrecían de muerte; dolíanle al primero los desastres de Portugal y Talavera y el orgulloso inglés no podía acallar sus deseos de humillar las armas de Bonaparte.

Pero no era tan sólo la entrada de los aliados lo que había ocurrido en la capital de Francia: el Senado había establecido el día 1.° un gobierno provisional presidido por Talleyrand, que había decretado el destronamiento de Bonaparte, el cual había abdicado á su vez; añadíase que se le había señalado, como único dominio y residencia, la isla de Elba, no lejos de la costa toscana, conservando el título de emperador; habían sido llamados de nuevo los Borbones y mientras llegaba el señor rey Luís XVIII, ejercía el mando el conde de Artois, que había de ser á su vez el último Borbón que reinara en Francia.

Este conde de Artois era aquel pisaverde que tantas insolencias había dicho contra su infeliz cuñada la desgraciada María Antonieta. Ahora se las echaba de hombre formal.

VIII.

Por la noche hubo gran función en el teatro.

Representábase, ¡oh adulación! la ópera de Monsigny: *Ricardo Corazón de leon,* y llenaba el teatro una numerosa y escogida concurrencia.

Y á la verdad, mucho había que ver allí, pues aunque Tolosa no era entonces ni la mitad tan poblada ni importante como ahora, tenía fama, en cambio, de ser una *pepinière de beautés*, lo cual, gracias al cielo, continúa siendo, á pesar de la mala voluntad con que *le Nord* mira al *Midi*, figurando como principal *anti-midista* un hijo del país.

Proclamemos muy alto, como dicen los periódicos, que si en Francia quieren presentar alguna belleza de primer orden tienen que acudir al *Midi* y sacarla de Tolosa, Arlés, *Marssseille,* Aviñón, etc. Verdad es que ellos dicen que no hay nada como la *parisienne* y el *parisianismo,* pero convendría ver de dónde proceden las parisienses más bonitas: de fijo no vienen de la Bretaña, ni de la Normandía, ni de la Borgoña, ni de la Auvernia. La gente del Norte será más interesante para muchos que la del *Midi,* pero no admite comparación una y otra raza en punto á belleza y simpatía exterior.

Nada más extraño que el efecto que ofrecía el teatro atestado de espectadores, pertenecientes á las diversas naciones y vestidos con los más llamativos trajes. Destacábanse sobre los fracs negros de los paisanos, uniformes ingleses, escoceses, españoles, portugueses y alemanes; aquí y allá formaban alegres notas de color los bonitos trajes de algunas curiosas ribereñas que habían querido ver qué cara tenían los ingleses y los portugueses y los españoles que iban á traer á los Borbones. Porque preciso es confesarlo: así como abundan ahora en Tolosa los bonapartistas, abundaban entonces mucho los borbónicos.

IX.

Llamaban la atención en un palco principal el general Miranda, el brigadier Espinosa, el teniente coronel Méndez, el comandante Garroyo y los capitanes Osorio y Antequera, cuyas proezas eran muy

conocidas y habían trascendido á los naturales.

Digamos que ninguno de ellos daba pruebas de interesarse gran cosa por la ópera que se representaba, verdadero rasgo de adulación á Wellington, de quien al parecer querían hacer los legitimistas una especie de Plantagenet, con viva contrariedad del seco y delgado general, nunca amigo de fiestas ni de públicas manifestaciones de alegría.

El caso es que cada vez que el tenor acababa de cantar un aria, y las cantaba á docenas, el público entusiasmado se volvía hacia Su Gracia, cuyo descontento era visible, despreciando quizás interiormente aquellas muestras de servilismo.

Verdad es que traía á los Borbones, pero no era menos cierto que no debía dar gusto á nadie ver invadida la patria por extranjeras tropas.

Los aplausos eran sobre todo ruidosísimos en un palco situado bajo el que ocupaban nuestros amigos, tanto que Osorio quiso ver quién era aquel mal patriota que tan desconsideradamente se olvidaba de la mesura que convenía guardar en una situación tan delicada como aquella.

—Aunque haya caido Napoleón,—dijo Miranda,—estamos aquí nosotros y deberían aplaudir menos. Palmoteen cuanto quieran cuando nos hayamos marchado, pero no ahora.

—Tienes razón sobrada,—contestó Espinosa.—¡Quién sabe si muchos de los que tales muestras dan de satisfacción por la caida del tirano, no han recibido de él recompensas y mercedes!

En esto Enrique Osorio, que no había cesado en su manejo para enterarse de quién era el insoportable palmoteador del palco de platea, exclamó:

—Ahí abajo tienes uno, M. Agenor Le Roi des Trois Barbouillards, joven auditor del Consejo de Estado.

Espinosa, sorprendido, repuso:

—¿Eh? ¿Pues y?...

—Voy á ver,—contestó Enrique.

El bravo capitán de lanceros de D. Julián Sánchez salió del palco y fué á colocarse en otro, frontero al mismo, donde había varios jefes y oficiales del regimiento de Cantabria.

Enrique Osorio reparó en una figura de mujer que había junto á M. Agenor.

Era una joven elegantísimamente vestida y costosamente ataviada con preciosas joyas y plumas, pero sin embargo de ir vestida como una duquesa, algo revelaba en ella que no era precisamente un tipo de aristocrática virtud; M. Agenor se tomaba, en efecto, algunas libertades.

Osorio se puso sobre sí y creyó que no debía dar importancia á aquella patente infidelidad, si bien estaba resuelto á que Eponina, pues ya el lector habrá caido en la cuenta de que era ella, comprendiese que estaba enterado de su traición.

El bizarro capitán aprovechó el momento de la salida para colocarse al paso de la ingrata cuando se retirara.

No tardó en abrirse la puerta del palco, apareciendo Eponina envuelta en un precioso abrigo de pieles.

Enrique la saludó haciendo una profundísima reverencia.

Turbóse la bella y exclamó rápidamente:

—Mañana á la noche, á las ocho, en el Puente Nuevo.

Nada respondió Osorio.

X.

En aquellos tiempos todavía no gozaba el *demimonde* de las preeminencias sociales y literarias que disfruta en el presente.

Más aún, no se había inventado todavía la palabreja.

Trátase, pues, de describir una pasión verdaderamente histórica, si bien poseemos preciosos datos para dar de ella una verídica idea.

Los amores del caballerete Desgrieux y Manón Lescaut no habían logrado pasar todavía del dominio de lo fenomenal y novelesco; las baronesas d'Ange no formaban aún ninguna clase ni ejercían esas pasiones avasalladoras que han inspirado la mollera de tanto dramaturgo contemporáneo.

Las bailarinas, las cantatrices ligeras, las comiquillas y las porteritas bonitas y cursis no habían levantado aún de cascos á los *hombres de honor*, los cuales se limitaban á tomarlas como un entretenimiento de *jeunesse*.

Las costumbres habíanse morigerado algo, comparadas con las del siglo XVIII. Conocíase la acción profundamente etológica de la Revolución francesa. Saint-Just, decretando la virtud por medio de la guillotina, había hecho algunas conversiones, y no pocas también Napoleón Bonaparte dirigiendo la

atención principal hacia la gloria... de servirle á él.

La época era brutal y los amores ocupaban un lugar muy secundario entre las pasiones comunes. Monsieur Agenor de Le Roi des Trois Barbouillards tenía á Eponina en calidad de mueble de precio, sin el menor átomo de afecto cordial ó animado.

Por su parte Eponina se encontraba bien en su situación, sin sentir mayores ambiciones que las de presentarse bien vestida y poder ir al teatro. No aspiraba todavía á una renta vitalicia, á ningún hotel ni á jugar á la Bolsa para ganar de golpe y porrazo algunos milloncejos.

Cuando la hablaban de sus aventuras en España, decía que nuestro país era el país de los *chateaux*, es decir, de los castillos en el aire.

Los amoríos de Eponina y Osorio habían sido, pues, para la francesita *des chateaux en Espagne*.

Osorio, sin embargo, creía que los castillos de su tierra habían dado pruebas de ser muy fuertes en la guerra con los moros.

XI.

La verdad es que el digno salamanquino estaba, sino celoso, picado.

Creía que Eponina habría hecho en Tolosa una vida retirada y penitente, esperando á su libertador, como Melisendra á don Gayferos y se encontraba con que iba al teatro muy compuesta y muy guapa, llamando la atención de toda la *haute volée* de Tolosa.

Resolvió, pues, acabar pronto con aquella pasioncilla y á este objeto llamó á Luís Martínez, el bachiller en teología, novio de Isabelina.

—Luís,—exclamó,—vas á hacerme un favor.

—Dí qué quieres,—contestó el interpelado.

—Esta noche, á las ocho en punto, te plantas en el Puente Nuevo vestido con mi uniforme y esperas á que una señora venga á decirte algo.

—Esperaré á que venga á decirme algo.

—Contestarás lo que mejor te parezca.

—Bien.

—Y obrarás según estimes más conveniente, partiendo siempre de la suposición que tú eres yo.

—Nos parecemos bastante.

—¿Sabes chapurrear el francés?

—*Aliquid chapurreatur.*

—Después le dices á la señora que yo soy yo y que ahí tiene eso.

Enrique entregó un paquete de cartas á Martínez.

—Se trata de una aventura de esas que servían á nuestros antiguos autores dramáticos para enjaretar una comedia en tres jornadas:

.....Noche, disfraz,
engaño y violencia.

—Es decir que Camacho va á hacer el papel de *D. Juan Tenorio* y Eponina el de *D.ª Ana de Ulloa.*

—Justo y cabal, será una variante del *Convidado de piedra.*

—Está seguro de que la cosa marchará á pedir de boca.

Por desgracia, Luís Martínez tuvo razón de sobras en su profecía.

Bien se había vengado Enrique Osorio.

Eponina guardó prudente silencio, sin embargo, y M. Agenor hizo el papel de Filiberto Gonzaga, sin reparar en ello.

XII.

Vamos á terminar este capítulo dando rápida cuenta de las últimas operaciones de la guerra.

Desde que las cosas le habían ido tan mal en Alemania al emperador, empezó éste á sacar gente de Cataluña; primero mandó marchar á Francia á Severoli con 9.000 italianos y luégo la mayor parte de la caballería y la artillería y 10.000 hombres más, que recibieron orden de ir á Lyon, de manera que sólo quedaron en Cataluña Suchet con un par de divisiones, Robert y Habert. El primero había abandonado ya la línea del Llobregat, encontrándose en Gerona desde primeros de Febrero. Robert seguía en Tortosa, con muy poca gente y Habert, se encontraba bloqueado en Barcelona con 9.000 hombres.

Gracias á una fea deslealtad, digna de la mayor reprobación, cayeron en nuestro poder Lérida, Monzón y Mequinenza. El 17 se rindió Jaca á la pericia de Mina; los capitulados juraron no volver á tomar las armas contra España, pero luégo faltaron á lo convenido, lo cual en ninguna ocasión es disculpable.

A primeros de Marzo, Napoleón pidió otros diez mil hombres á Suchet para enviarles á Lyon. El mariscal, apurado, debió encerrarse en el castillo de Figueras.

CAPÍTULO X

Da fin la guerra.—Opiniones sobre la misma

I

A mediados de Abril celebróse un armisticio entre Wellington y Soult y luégo otro entre el mismo y Suchet; cesaron pues las hostilidades entre los ejércitos aliados y el francés y se convino en que en breve serían entregadas á los españoles las plazas que todavía conservaba en su poder el enemigo y eran: Benasque, Tortosa, Murviedro, Peñíscola, Santoña, Barcelona, Hostalrich y Figueras. Juntamente con estas plazas fueron devueltos los generales, tropas y particulares que Napoleón había tenido presos.

Las tropas anglo-hispano-lusitanas que habían invadido el territorio francés por la parte del Mediodía, regresaron también á nuestro suelo, acantonándose en las provincias fronterizas donde las volveremos á encontrar más adelante.

Aquí acaban las páginas dedicadas á la lucha inmortal sostenida por los españoles contra Napoleón I. «Así terminó, por fin, esta guerra,—dice el historiador Chao,—tan fecunda en glorias como en ruinas y estrago para España, vergonzosa y funesta para la Francia. Perdió ésta en nuestro suelo, según cálculos probables durante los seis años, sobre trescientos mil hombres. Quizás no fué menor la de los españoles que perecieron con las armas en la mano y á consecuencia de las tropelías, el abandono de los hospitales, las enfermedades, el hambre y todos los males que forman el cortejo ordinario de las guerras. De modo que la ambición de un solo hombre, en una sola nación y en solo un lustro, costó á la humanidad un millón de víctimas.»

«La guerra de la Independencia Española de 1808 á 1814,—dice á su vez D. Julián Sanz Martínez, en su *Resúmen histórico-militar* de la misma,—forma una epopeya gloriosísima para esta nación, y el heroísmo de que dieron testimonio en aquellos seis años de continuos combates los españoles servirá perdurablemente de ejemplo á todos los pueblos del universo que se vean amenazados como nuestros abuelos con la pérdida de su independencia y libertad.

»Creyóse Napoleón I que para sus ejércitos compuestos de soldados aguerridos en cien combates no había ningún imposible, y así como venciera á Rusia, Austria y Prusia, propúsose vencer también á España, máxime cuando halló á esta nación sin ejércitos, sin tesoro y sin un gobierno hábil que supiera dignamente regir sus destinos y velar por la integridad de la patria. Pero el emperador engañóse en sus cálculos para dominar la España y sus soldados, aquellos que habían combatido á las orillas del Rhin, Danubio y Niemen, ornando sus frentes con la aureola de la victoria, vinieron á nuestro territorio á sucumbir sin vencer, deslustrando así su brillante historia y la de aquellos generales franceses tales como Ney, Soult, Jourdán, Saint-Cyr, Augereau, Mac Donald, Víctor y tantos otros á quienes siempre había acariciado la fortuna en los campos de batalla.

»Y no fué sólo esta la gloria de los españoles, pues débeles la Europa el triunfo que luégo los ejércitos de ella alcanzaron sobre los de Napoleón, porque la

constancia y el heroismo de aquéllos alentó á todas las naciones para hacer la guerra al tirano, que cual nuevo César, quería desde París regir el mundo.»

Y dice en otra parte el mismo distinguido escritor militar: «Si nuestros padres tuvieron por auxiliares á algunos cuerpos de tropas inglesas mandadas por el duque de Wellington, áun cuando éstas prestaron distinguidos servicios en pro de la liberación de nuestro territorio, en cuya empresa estaban interesadas por conveniencia propia, no por eso se debe á los soldados ni al caudillo británico el éxito obtenido. Si el pueblo español hubiese permanecido, no indiferente, porque se trataba de su independencia y libertad, sino menos entusiasta por su patria, no lo duden los hijos de Albión, las aguerridas cohortes del primer Napoleón hubieran vencido en España y en Inglaterra. Tengan presente para rebatir esta afirmación nuestra, fundada en los hechos, los escatimadores de la gloria de España en la guerra de la Independencia, y principalmente los historiadores británicos Napier y Londonderry, cuál era el estado de Europa á fines de 1807.

»Napoleón había vencido á Rusia y á Austria en Austerlitz (1805); á Prusia, en Jena (1806), y las demás naciones, abatidas aquéllas, doblaban la cerviz á la menor insinuación del emperador Napoleón. Éste, como consecuencia de aquellas victorias, había anexionado al territorio francés varios estados de Alemania y llevado sus águilas triunfantes á las orillas del Rhin, Danubio y Tajo, ondeando, por consiguiente, el águila napoleónica en Berlín, Viena y Lisboa. Expuesta la situación de Europa tal como era á fines de 1807, si no hubiera sido por el heroismo de la nación española, que sin tener en cuenta que los medios de que podía disponer para la guerra contra el coloso no tenían comparación con los de éste, infinitamente superiores, dígannos los escritores ingleses: ¿Qué hubiera sido de su nación y de las demás de Europa si España, más débil que Rusia, Austria y Prusia, se hubiese dejado sojuzgar como éstas en el primer combate empeñado con el enemigo de su independencia? España, levantándose como un solo hombre contra el conquistador Napoleón, hizo revivir una lucha apaciguada ya en Europa, á excepción hecha de Inglaterra, que, merced á su potente marina y á su situación geográfica, permanecía aún inaccesible á los franceses. A España, pues, es deudora Inglaterra y la Europa entera de su triunfo sobre el más famoso capitán moderno;» en apoyo de lo cual cita el autor las proféticas palabras de Pitt de que tiene conocimiento el lector por haberlas transcrito en el libro I de esta obra.

II.

El señor D. Antonio Ferrer del Río dedica á su vez á nuestra gran epopeya nacional las siguientes líneas que resumen perfectamente el aspecto general de la guerra.

«Memorable será hasta la consumación de los siglos la gran jornada del Dos de Mayo, en que el desbandado paisanaje desafió heróicamente á los aguerridos y veteranos domadores de Europa; jornada en que subieron á las regiones de la inmortalidad á costa de su sangre D. Luís Daoiz y D. Pedro Velarde, que simbolizan históricamente á las primeras víctimas de la independencia española; víctimas sacrificadas, después del combate, en el Prado y en la montaña del Príncipe Pío y otros puntos con arcabuceamientos inhumanos.

»Llegada á Bayona la noticia de este arranque patriótico del pueblo madrileño, Napoleón se quitó la máscara del todo, y no en ademán de soberano prepotente, sino á guisa de vulgar jugador de manos, se apresuró á escamotear la corona de España, obligando á Fernando á que se la devolviera á su padre, á éste á que la trasmitiera á su persona, y regalándola por sí á su hermano José Bonaparte, que ya en Nápoles se ceñía otra. No siendo expeditas á la sazón las comunicaciones, áun mueven más á pasmo la celeridad con que se cruzaron por todos los ámbitos de la nación indignada las noticias del heroismo de los hijos de Madrid y de la vileza del emperador de los franceses y la prontitud con que todas las provincias españolas se alzaron como un solo hombre al santo grito de independencia, formando uniformemente juntas, compuestas de personas de viso y de arraigo, para arbitrar recursos y regir el patriótico y violento impulso de las muchedumbres y oponer fuerzas respetables á las legiones invasoras. Prestamente comenzó la lucha: ninguna importancia tuvo la farsa de las Cortes de Bayona, á donde fueron unos cuantos españoles débiles ó á impulsos de malos consejos, y menos la Constitución allí otorgada y el reconocimiento vano de José Bonaparte, pues todo el interés se concentraba en el espectáculo de todo

un pueblo enardecido y puesto en armas y resueltísimo á morir ó vencer en sangrientas lides contra los que habían abusado traidoramente de su proverbial hidalguía y de su noble confianza. Si los castellanos viejos sufrían sin caer de ánimo la doble derrota de Cabezón y de Rioseco, á la par los catalanes en las angosturas del Bruch alcanzaban el primer triunfo y Valencia rechazaba á Suchet de sus muros y Zaragoza daba nobles muestras del férreo tesón de sus hijos. Cuatro meses cabales hacía de la renuncia de Carlos IV por salvar á su valido la existencia, cuando en los campos de Bailén tuvo gloriosísimo término la primera campaña, con la rendición de más de 20.000 franceses, llevados por el general Dupont á posesionarse de Andalucía, y vencidos por un ejército allegadizo y entusiasta á las órdenes del popularísimo D. Francisco Javier Castaños.

»Apenas había llegado el rey intruso á la corte, se hubo de alejar muy de prisa cuando supo el desastre de sus soldados, noticia que circuló rápidamente por todas partes, excitando la admiración de las naciones y demostrándoles que las huestes de Napoleón distaban mucho de ser invencibles y que no hay poder humano capaz de aherrojar á pueblos abominadores de extranjera coyunda. Tal quedaron aquí los asuntos del tirano de Europa, que se creyó en el deber perentorio de venir personalmente á mejorar su aspecto para saciar la ambición predominadora á todo trance. Afortunadamente se logró bastante respiro, y aprovechóse en la formación de una Suprema Junta central de España é Indias, á propuesta del ya octogenario conde de Floridablanca, su dignísimo presidente, donde concurrieron preclaros varones, entre los cuales hizo punta D. Gaspar Melchor de Jovellanos. En el palacio de Aranjuez fué su instalación por el mes de Octubre. Todas las Juntas habían publicado alocuciones ó proclamas en el sentido unísono de introducir políticas reformas, que imposibilitaran la reproducción de males afrentosos como los que habían sufrido los españoles durante la interminable serie de veinte años. No había de desnaturalizar la Junta central el anhelo bien pronunciado de todos; así en su seno se habló de Cortes, echando por tal manera la gran semilla que más adelante produjo sus frutos. No pudo aquella corporación nacional proseguir en Aranjuez de asiento, pues Napoleón avanzaba por Burgos y Somosierra sobre la corte, y la batalla de Tudela nos fué terriblemente contraria. De resultas marchóse á Sevilla, donde su esclarecido presidente bajó al sepulcro, tan agobiado por la edad y los achaques como por las desventuras de la patria, aunque sin desconfiar nunca de que había de salir triunfante.

»No abrió sus puertas á Napoleón el pueblo heróico del Dos de Mayo, antes bien, con su defensa temeraria patentizó al mundo su animadversión al yugo extranjero y su amor á la independencia nativa. De todos modos, ninguna influencia tuvo en el sesgo general de las cosas que Napoleón dejase instalado otra vez á su hermano en la corte. Sin descanso prosiguió la guerra: nada importaba á los españoles perder batallas como las de Medellín y de Ocaña; donde quiera pululaban guerrillas que hostigaban á los contrarios y les sorprendían al revolver de cualquier monte y les arrebataban convoyes, desbandándose á caso pensado y volviéndose á reunir á corta distancia y engrosándose de continuo. Así los acosaron sin reposo y año tras año, Mina en Navarra, el Empecinado en Castilla la Nueva, el cura Merino en la otra Castilla, Villacampa en Aragón, don Julián Sánchez en Salamanca, Palarea en Toledo, Longa en las provincias Vascongadas, Manso en Cataluña, y muchos más en otros puntos, formando como una red vastísima de hostilidades y enredando cotidianamente á los enemigos en sus mallas, cuando no iban en cuerpo de ejército á las operaciones. Plazas de ínfimo orden ó ciudades abiertas resistieron días y días el empuje belicoso de ejércitos acostumbrados á cantar victoria desde que se desplegaban en batalla sobre todos los campos; inmarcesibles laureles ganaron para sí é hicieron ganar al ejército y al pueblo con heróica bizarría, Palafox en Zaragoza, Alvarez de Castro en Gerona, Santocildes en Astorga, Herrasti en Ciudad-Rodrigo, Copons y Navia en Tarifa, Menacho en Badajoz y Contreras en Tarragona, donde sólo pudieron los franceses penetrar por asalto y á fuerza de sangre.

»A vista de tan inquebrantable constancia no vacilaron en hacer aquí pié los ingleses para combatir á su capital enemigo. Wellington capitaneó á los aliados; sobre los campos de Talavera dió la señal de la victoria; fuerte se hizo hábilmente dentro de Portugal en las famosas líneas de Torres-Vedras, y desde allí, con lento y estudiado avance y venciendo siempre con las banderas española, británica y portuguesa unidas, pasó por los campos de Fuentes de

Oñoro, de los Arapiles y de Vitoria, y antes que ningún otro ejército de la coaligada Europa operó triunfalmente dentro de Francia. Y entretanto, desde el 24 de Setiembre de 1810 funcionaban las Cortes generales y extraordinarias, al principio en la isla de Leon, y dentro de Cádiz poco más adelante, sin miedo á las bombas que los cañones del mariscal Víctor vomitaban contra los muros. Sus tareas comenzaron gallardamente, proclamando la soberanía nacional y la libertad de imprenta. Luégo sobre las bases de la unidad católica y del trono de Fernando establecieron la Constitución política de la monarquía española, que empezó á regir á los cuatro años justos del nuevo reinado; y abolieron los señoríos ominosos y la Inquisición execrable, é iniciaron otras saludabilísimas reformas. Acatadas fueron las Cortes y la Regencia de un cabo á otro de España; su autoridad mantuvo el espíritu público y dió unidad vigorosa á la lucha, sin asomos de transigencia, haciendo siempre de la independencia punto de honra y acreditando más amor á la libertad que á la vida. Muchos volúmenes se pudieran llenar con las felicitaciones que llegaron de todas partes á aquellas célebres Cortes donde compitieron admirablemente eclesiásticos y seglares en ilustración y patriotismo, y donde ya brillaron hombres como D. Diego Muñoz Torrero, D. Agustín Argüelles, D. José María Calatrava, el conde de Toreno y otros dignísimos iniciadores del liberalismo en España. A principios del año de 1814 se trasladó á Madrid la Regencia y se instalaron las Cortes ordinarias de seguida, comenzando ya á hacer figura D. Francisco Martínez de la Rosa. Por entonces ya pisaban el territorio de Francia los ejércitos de los soberanos coaligados de Europa, que iban á tomar supremo desquite de sus decsastres en Marengo, Austerlitz y Jena y muchos más campos de batalla. Alternativas de paz y de guerra habían tenido con Napoleón victorioso las naciones austriaca, rusa y prusiana, regidas por sus príncipes y todo; solamente la nación española, abandonada á sí misma, y haciendo cuestión de vida ó muerte su independencia, se mantuvo inquebrantable, sin soltar un momento las armas hasta conseguir que los extranjeros desaparecieran ahuyentados de su territorio.»

Tócanos volver ahora la hoja y después de contar las hazañas y grandezas de un pueblo generoso y noble, pintar las torpezas y vergüenzas con que dió principio á su reinado el fatídico rey Fernando VII.



LIBRO DÈCIMOCUARTO

LA VUELTA DEL DESEADO

CAPÍTULO PRIMERO

De Valencey á Valencia

I

No salió poco escamado y no menos furioso de Madrid el señor D. José Miguel de Carvajal, duque de San Carlos, después de la honrosa comisión que le confiara el augusto huésped de Valencey.

La negativa de la Regencia á ratificar el tratado concluido entre el señor Carvajal y el señor Dubois puso á Don Fernando en grande aprieto, temeroso de que Napoleón dejara de continuar en sus propósitos de soltarle.

El bueno del duque corrió á París á ver si podía dar con su imperial majestad, pero Napoleón tenía otras cosas algo más importantes en que pensar que no en recibir al duque de San Carlos.

Buscóle por todas partes sin que en ninguna pudiera dar con él, cosa que nada tenía de particular, atendido á que Bonaparte mudaba de lugar á cada paso, según lo exigía la guerra que llevaba entonces, «andando siempre por caminos y veredas y como quien dice, á campo traviesa.»

El emperador, apuradísimo y necesitado de los soldados que tenían Suchet y Soult, apresuróse en consecuencia y sin necesidad de tener que valerse de nadie, á dar orden de que se pusiera en libertad al detenido príncipe, sin esperar á saber qué respuesta había dado la Regencia.

Creía Napoleón que en el mero hecho de regresar Fernando á España todo estaría concluido ya, en lo cual se engañaba, como se había engañado en otras cosas.

Véase sino como continuó la guerra, á pesar de la presencia del Deseado en su tierra natal.

Fernando pisó el suelo de España el 22 de Marzo y el armisticio entre Wellington y los duques de Dalmacia y de la Albufera no se concluyó hasta el 18 y 19 de Abril.

No se trataba ya de restablecer á Fernando en su trono, sino de derribar á Napoleón.

Lo cual no era lo mismo.

II.

El viaje desde Valencey á la frontera presentó varias particularidades dignas de ser referidas.

La salida no se verificó hasta el día 13 de Marzo, á pesar de haberse recibido los pasaportes el día 7 con indecible júbilo de S. M. y de SS. AA., así como de cuantos debían regresar á España.

El rey mandó al general Zayas que le precediese en el camino, á cuyo efecto salió el 10 con una carta para la Regencia y orden de que se preparase lo necesario para el recibimiento de S. M. en los pueblos del tránsito.

El 16 llegó aquel digno militar á Gerona, donde estaba el cuartel general del 1.r ejército. Ya dijimos como Suchet se había retirado á Figueras.

Desde Gerona partió Zayas para Madrid, acompañado de un oficial de estado mayor.

La carta que entregó á la Regencia decía, entre otras cosas: «En cuanto al restablecimiento de las Cortes, de que me habla la Regencia, como todo lo que pueda haberse hecho durante mi ausencia que sea útil al reino, merecerá mi aprobación, como conforme á mis reales intenciones.»

No hay para qué decir lo bien acogido que fué Zayas en Madrid, tanto por las simpatías que inspiraba su nombre y el aplauso que siempre habían merecido sus hechos como por ser portador de tan grata misiva.

La carta que Zayas había traido, era, en efecto, muy distinta de cuantas se habían recibido hasta entonces, en las cuales no se hablaba nunca de Cortes, guardando todas una marcada extrañeza y estudiado desvío.

Las Cortes dieron en consecuencia un decreto atestiguando la satisfacción y aprecio que las mismas hacían con tan fausto motivo del general don José Zayas.

III.

Don Fernando VII y los infantes Don Antonio y Don Carlos salieron de Valencey con rumbo á Perpiñán, pasando por Tolosa.

Tal era el itinerario que Napoleón había dispuesto al objeto de que el rey de España no pudiera toparse con los ingleses.

Suchet salió de Figueras para aguardar al rey en Perpiñán, á cuya ciudad llegó éste el día de San José.

Fernando VII recibió con la mayor distinción al expresado general, dándole gracias por el modo como se había portado en las provincias donde había hecho la guerra.

Indudablemente al rey Fernando le habían enterado bastante malamente del modo como hacía la guerra el hombre de Tarragona y de Murviedro. No sabría tampoco que en el trayecto de Segorbe á Teruel mandó arcabucear á 200 prisioneros rezagados.

El rey Fernando había dispuesto que las postas salieran en seguida de Perpiñán y siguieran sin detenerse hasta Valencia, pero el duque de la Albufera, olvidado de los cumplidos de que había sido objeto, se opuso á ello por de pronto y no con las mejores formas.

—Mis instrucciones son de que V. M. se dirija desde Perpiñán á Barcelona, donde está el general Habert con 8.000 hombres, y quede allí en rehenes hasta que se realice la vuelta á Francia de las guarniciones bloqueadas en el Principado y en el reino de Valencia.

Protestó el rey de semejante medida, tan odiosa como inútil y no quería ceder Suchet, hasta que al fin convínose en pedir nuevas instrucciones al gobierno para ver qué es lo que se hacía, quedando entre tanto en prendas en Perpiñán el infante don Carlos María Isidro.

IV.

El 22 de Marzo de 1814 el rey pisó de nuevo la tierra de España, debiendo pararse en Figueras á causa de una fuerte avenida que había experimentado el Fluviá.

Iba con él el mariscal Suchet, el cual suplicó á S. M. tratase de suavizar la suerte de los prisioneros y viese de que pudieran volver cuanto antes á Francia las guarniciones bloqueadas.

Dícese si también S. M. ofreció entonces á dicho mariscal que le conservaría la propiedad de la Albufera de Valencia, que Napoleón le había donado en premio á la conquista de dicha ciudad.

Ello es que no sabemos cómo se las ha compuesto el señor de Suchet para pasar á la historia como un tipo de hombre muy dulce y muy humano. Eso es una verdadera impostura; aquel hombre fué uno de los más sanguinarios que asolaron el suelo español. Todo francés imparcial debe condenar las vergüenzas de Tarragona, y así lo ha hecho M. Emilio Montegut, que en un artículo publicado hace años en la *Revista de ambos mundos*, cita aquellos bárbaros asesinatos como un oprobio para la fama de los que los cometieron.

Si es verdad que Fernando VII prometió conservarle el título y las propiedades de la Albufera, no hay más remedio que suponer que ignoraba por completo los altos hechos y gestas del susodicho general, cuya fama es tan cruel que ha quedado como

proverbial entre el pueblo de la antigua metrópoli tarraconense.

V.

En cumplimiento de lo dispuesto por la Regencia, el general en jefe que debía recibir al rey era don Francisco de Copons y Navia, por ser Cataluña la provincia en que ejercía jurisdicción aquel dignísimo caudillo, ilustrado en la defensa de Tarifa y en las operaciones últimamente verificadas en el principado catalán.

Avisado Copons de que el rey se venía acercando á la raya, trasladó el 21 su cuartel general desde Gerona á Báscara, colocando sus tropas el 24, al salir el sol, á la derecha del Fluviá.

Lo mismo hicieron con las suyas los jefes franceses de la orilla opuesta, formando unas y otras vistoso anfiteatro.

Oyéronse en seguida y alternativamente en ambos campos salvas y músicas que retumbaban por el valle, y no tardaron en acudir al oir el ruido y algazara de los soldados, bandadas de paisanos procedentes de las comarcas vecinas.

Extraño espectáculo, por cierto, ver regresar á un rey á quien nadie había hecho prisionero, sino que había ido él mismo á entregarse imprudentemente en manos de su enemigo.

Napoleón obró con gran deslealtad, con asquerosa mala fe, pero en cambio Fernando VII se dejó coger de una manera incomprensible.

Así es que á aquel acto, por más que fuese muy pintoresco, le faltaba grandeza.

No se trataba de la vuelta de un rey arrebatado de entre los suyos en medio de un sangriento combate, como Francisco I después de Pavía, sino de la víctima de un abuso de confianza.

Al poner Fernando VII el pié en la orilla derecha del Fluviá, límite entonces de ambos ejércitos, adelantóse Copons, y doblando la rodilla en tierra, ofreció al rey sus respetos, pronunciando un breve y gratulatorio discurso y entregando á S. M. un pliego sellado y lacrado que le había sido remitido por la Regencia del Reino.

Revistó enseguida, S. M. las tropas, acompañado del infante Don Antonio, las cuales desfilaron en columna de honor, «aclamando los soldados unánimemente al rey,—dice el conde de Toreno,—con vivas de efusión verdadera, no prorumpidos en virtud de mandato anterior y expreso.»

VI.

Entraron todos el mismo día en Gerona, «cuyos adornos y colgaduras eran ruinas y escombros y su alfombrado arreboles aún y salpicaduras de la sangre que durante el sitio había corrido en abundancia y arroyado sus calles. Espectáculo sublime, si bien triste, cuya vista debió conmover al monarca y excitarle á meditación profunda, destinada á labrar la felicidad de un pueblo que al defender los propios hogares había sustentado también y confundido con los suyos los intereses de la corona.»

En esto Suchet puso en libertad á Don Carlos, que entró en Gerona el día 26.

Don Fernando manifestó entonces á Copons que era preciso que se dejaran volver libres á Francia las guarniciones de las plazas bloqueadas por los españoles.

—Señor,—contestó Copons,—lo que V. M. me propone es imposible; no me es lícito separarme de los decretos de las Cortes, terminantes en la materia, que prohiben tratar con el francés en tanto no sea de conformidad con los aliados.

Mordióse el rey los labios y repuso:

—Bien está.

—Señor,—repuso Copons,—considere V. M. que al dictar semejante decreto tuvo en cuenta la Regencia la posibilidad de que esas tropas, veteranas y muy aguerridas, fuesen á engrosar las filas del emperador, contra cuyas tropas están las de V. M. peleando quizás á estas horas, en unión con los ejércitos anglo-portugueses.

El rey pareció no prestar oido á lo que había manifestado el caballeroso general en jefe del primer ejército y al quedar solo escribió esta carta á la Regencia, toda de su puño y letra: «Acabo de llegar á ésta perfectamente bueno, gracias á Dios, y el general Copons me ha entregado al instante la carta de la Regencia y documentos que la acompañan; me enteraré de todo, asegurando á la Regencia que nada ocupa tanto mi corazón como darla pruebas de mi satisfacción y mi anhelo por hacer cuanto pueda conducir al bien de mis vasallos. Es para mí de mucho consuelo verme ya en mi territorio, en medio de una nación y de un ejército que me ha acredi-

tado una fidelidad tan constante como generosa.»

Otra vez volvía á encerrarse el rey en su sistema de siniestra reserva.

VII.

Los palaciegos y alguien procedente de Madrid enteraron á Fernando VII de lo que había ocurrido recientemente en las Cortes.

Relativamente á los presupuestos, dice Toreno: «Poco discrepaban los trabajos presentados ahora an ambos ramos (gastos é ingresos) de los que acerca de lo mismo examinaron las Cortes extraordinarias y ordinarias de Setiembre y Octubre anterior, causando sólo enfado la diferencia que se advertía entre la fuerza armada real y disponible y la total que se pagaba; diferencia muy notable, en verdad, nacida de la muchedumbre de comisionados y asistentes que se han consentido siempre en nuestro ejército y de otros abusos de la administración militar, roedora lepra, honda y muy añeja, de difícil y vigorosa cura, pero á la que se ha de aplicar tarde ó temprano remedio eficaz y vigoroso si se quiere en España orden y economía prudente en la inversión de los caudales públicos.»

Las Cortes habían hecho varias economías *á la española* en las plantillas de los ministerios;

Un reglamento para la milicia nacional, en la cual debían servir todos los ciudadanos de 20 á 25 años, con pocas excepciones;

Fijar en 40 millones de reales la dotación de la casa real, con la posesión de los palacios, bosques, dehesas y terrenos que hubiesen disfrutado los predecesores de Fernando VII;

Asignar á los infantes Don Antonio y Don Carlos 150.000 ducados á cada uno, olvidándose del todo de los reyes padres y del infante Don Francisco, que estaba con ellos,

Y finalmente, perder mucho tiempo en hacer ó *echar* discursos, como dicen ahora.

Sin embargo, no era nada de esto lo que hacía las delicias de los palaciegos.

Nada más sabroso, en efecto, que la intriga del impostor Audinot.

VIII.

Era el caso que un francés llamado Juan Barteau, pensó que podrían ganarse algunos cuartos comprometiendo á los liberales, cuyo noble servicio no podrían, claro está, dejar de recompensar los antireformadores.

A este objeto pensó que siendo el *divino Argüelles* el más respetado y elocuente de los constitucionales, sería una gran cosa tratar de inutilizarlo, y si era posible, deshonrarlo.

Imaginó, pues, que no sería grano de anís figurar que Argüelles y los principales jefes del partido liberal estaban de acuerdo con Napoleón para fundar en la península una república con el título de *República Iberiana* (!), cuya idea se suponía había ido á Bonaparte por Talleyrand.

Esta invención extravagante y ridícula encontró sin embargo quien fuese capaz de acogerla, especialmente entre el vulgo de las gentes, propenso siempre á comulgar con ruedas de molino.

Dió lugar, por lo tanto, la delación de Juan Barteau, que mudó su nombre por el de *Luis Audinot*, á no pocas hablillas, siendo la cuestión de la *República Iberiana* objeto de todas los conversaciones.

Argüelles, cuya honradez y lealtad eran más que acrisoladas, como todo el mundo sabe, hizo una representación á las Cortes pidiendo se le oyese judicialmente en desagravio de su honor ofendido.

Formóse causa, efectivamente, la cual seguía sus trámites á la llegada del rey á Gerona, con gran contentamiento de muchos cortesanos afiliados al partido servil, los cuales esperaban sacar mucho partido de la infame calumnia de Juan Barteau.

Felizmente, éste cantó á tiempo quiénes eran los personajes del partido absolutista que le habían dado á entender forjase aquel enredo.

El pago que de sus cómplices recibió Audinot fué que le metieran en un calabozo para que allí se pudriera.

Desesperado y fuera de sí el impostor, suicidóse en su prisión al cabo de algún tiempo.

Tal fueron las hazañas y el fin del calumniador Juan Barteau, criado de la duquesa vieja de Osuna.

IX.

El rey salió de Gerona con dirección á Tarragona, empero sin pasar por la capital del Principado, ocupada todavía por Habert.

De Tarragona trasladáronse los augustos viajeros

á la hoy ciudad de Reus, en donde permanecieron el día 2 de Abril.

En dicho punto fué donde empezaron á notarse muchos cabildeos entre el rey y varias personas de su séquito, muchas audiencias reservadas, muchas visitas de personajes públicamente descontentos del orden de cosas existente, recados, cartas, cuchicheos y misteriosos pasos.

Todo estaba preparado para continuar al siguiente día la ruta señalada por la Regencia, esto es, siguiendo la costa del Mediterráneo hasta Valencia, cuando el ilustre Palafox recibió una exposición de sus paisanos para que en vez de dirigirse á Madrid por Valencia, hiciese el rey el viaje por Zaragoza.

El noble caballero, leal y digno en todas ocasiones, creyó del caso deber manifestar al rey los deseos de los zaragozanos, ansiosos de verle y contemplarle de cerca.

Los consejeros de Fernando animáronle á que no desatendiese la súplica de los hijos de Zaragoza, con lo cual á la vez que conseguía se le tributase una ovación, demostraba á la Regencia su voluntad de no sujetarse por más tiempo á las medidas dictadas por ella, molestas en sumo grado y depresivas á su entender á la majestad real.

Salió, pues, el rey de Reus y en vez de dirigirse á Valencia se encaminó á Zaragoza, tomando por Poblet y Lérida y llegando á aquella inmortal ciudad el día 6 de Abril, tiempo de Semana Santa en aquel año.

No hay para qué decir el inmenso entusiasmo con que fué recibido Fernando VII, realzado por la presencia de D. José de Palafox, ídolo entonces muy reverenciado y querido de sus habitadores. Tanto entusiasmo, tanto fanatismo, tan frenéticas demostraciones de ardiente adhesión influyeron quizás para que Fernando VII creyese que lo mejor era mandar á su antojo, sin Cortes que menoscabasen su poder absoluto. El aplauso popular obró como eficaz aguijón para que el rey saliese de dudas y tomase un partido decisivo.

El rey salió de Zaragoza infinitamente complacido del entusiástico recibimiento que se le había hecho, y llegó el día 11 á Daroca, donde ocurrieron sucesos importantes.

X.

Todos los que iban á la rastra de S. M. desvivíanse porque se decidiese cuanto antes acerca de la conducta política que debía seguir en lo sucesivo.

A este objeto celebróse una junta la noche misma de haber llegado la corte á Daroca.

Por la tarde había llegado el tío Pedro, *id est*, el conde de Montijo, que asistió, como es de suponer, á la reunión, compuesta de los duques del Infantado y San Carlos, Palafox y el mentado Montijo.

Todos, menos el ilustre Palafox, fueron de parecer no jurase el rey la Constitución.

En esto entraron Osuna y el duque de Frías; éste opinó que el rey debía jurar, introduciendo después en el Código fundamental las alteraciones que creyese convenientes. Osuna no dijo nada, ni que sí, ni que no.

Finalmente, levantóse la sesión sin haber acordado nada.

Es decir, sí se acordó algo, pero á cencerros tapados, y fué que el tío Pedro marchase á Madrid corriendo á disponer los ánimos del pueblo á favor del rey neto, ó más bien de pervertirlos, en lo que era gran maestro aquel conde,— dice el de Toreno,— muy ligado siempre con gente pendenciera y bulliciosa.

XI.

La entrada en la siempre liberal y heróica ciudad de Teruel fué de distinto carácter que la de Zaragoza.

Allí toda la gente puso especial cuidado en que figurasen entre las percalinas y farolillos muchos letreros alegóricos al caso, «que S. M. leyó atentamente y áun aplaudió, amaestrado desde la niñez en la escuela del disimulo,» dice el historiador antes citado.

Para que los cortesanos pudiesen ejercer más á sus anchas sus manejos, separóse allí de la comitiva el bravo y liberal general Copons, que debió volver al territorio de su mando por encontrarse ya fuera de su distrito.

Hasta entonces había sido aquel ilustre guerrero una barrera opuesta á los torcidos planes de la camarilla; su acrisolada lealtad era garantía segura de que nadie se atrevería á atacar la legalidad fundada por las Cortes de Cádiz; fuera él podían los San Carlos y Escoiquices dar rienda suelta á sus perversas inclinaciones.

XII.

El día 15 llegaron Fernando VII y Don Carlos á Segorbe, multiplicándose allí las marañas y enredos que comenzaron á notarse en Reus.

Allí acudió el infante Don Antonio procedente de Valencia, acompañado de Macanaz. Buen refuerzo les llegaba al canónigo y al ayo.

Comparecieron también el duque del Infantado y el insoportable D. Pedro Gómez Labrador, verdadero personaje de figurón con infundios de profundo diplomático.

Estos dos grandes hombres de Estado, uno de los cuales había sido causa de la infausta rota de Uclés, Macanaz y el duque de San Carlos, reuniéronse por la noche con Palafox y el duque de Frias para tratar nuevamente de si Don Fernando VII debía jurar ó no la Constitución. Tarea excusada, supuesto que ya estaba en Madrid el tío Pedro tratando de sacar partido de la manolería para que pudiese triunfar el absolutismo y que Escoiquiz se encontraba en Valencia mangoneando con el mismo intento.

Estaban los cinco próceres muy enfrascados en la discusión cuando se presentó *inopinadamente*, ¡válgame Dios! se presentó ¡Don Carlos María Isidro! á ver qué salía de tanto hablar.

Don José de Palafox y el duque de Frias, es decir, las dos personas más respetables de la reunión, repitieron ante el infante las razones que creían justas para que el rey jurase el Código inmortal promulgado por las sabias Cortes de Cádiz.

Osuna se manifestó también inclinado á que su majestad jurase la Constitución, si bien no mostró en ello el ardor que el ilustre defensor de Zaragoza y el digno duque de Frias. Atribuye esto Toreno á estar influido el descendiente del gran Girón «por una dama de quien estaba muy apasionado, la cual, muy hosca entonces contra los liberales, amansó después y cayó en opinión opuesta y muy exagerada.»

El duque del Infantado, prototipo de políticos desidiosos é incapaces y de generales que no daban pié con bola, y con esto no poco mujeriego soltó estas razones:

—Aquí no hay más que tres caminos: jurar, no jurar ó jurar con restricciones. En cuantoá no jurar, participo mucho de los temores del duque de Frias, por cuyo motivo me inclino a creer que tal vez, salvo siempre mejores informes, que tal vez, digo, no sería malo que se tratara de hacer algo, si bien con cierta medida y hasta cierto punto, porque, señores, en fin... Creo que hay que ir con mucho pulso y que lo mejor sería que se hiciese todo de la mejor manera posible, por lo cual quién sabe si acaso no podría el rey jurar, pero de manera que el juramento no menoscabara su real autoridad... Creo, por lo tanto, que lo que conviene es que S. M. haga lo que más le convenga y quizás lo que más conviene es que se haga hasta cierto punto lo que opina el duque de Frias, si bien con mucho tino y mucho pulso, porque en fin, las circunstancias pueden obligar á ladearse á veces...

—¿Qué decis vos, Macanaz?—preguntó Palafox.

—No tengo para qué repetir aquí lo que he dejado manifestado ya á S. M. y á S. A.,—replicó secamente el futuro ministro.—Su majestad y su alteza están enterados ya de mi modo de pensar en el asunto.

—¿Qué dice el duque de San Carlos?—preguntó á su vez el de Frias.

—Tampoco tengo que dar cuenta aquí de mis opiniones,—replicó Carvajal,—porque las he manifestado ya á S. M. y á su alteza.

XIII.

Saltó en esto D. Pedro Gómez Labrador, hecho un basilisco, encendidos los ojos, crispados los puños, erizada la melena, pálido, lívido, epiléptico y pegando un gran puñetazo en la mesa y soltando un ajo redondo como una bala de cañón estalló largando el siguiente metrallazo:

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Qué es esto? ¿Qué acabo de oir? ¿Jurar? ¿Jurar el rey? ¿Jurar la Constitución? ¡Oh maldad! ¡Oh perversidad! ¡Oh feroz propósito! Nunca, nunca, nunca; jamás, jamás, jamás, jamás, jamás. ¡Jurar! ¡Oh sacrílego pensamiento! ¡Oh, ofensa mortal á la dignidad del trono! ¡Oh infernal, diabólica, pestilencial idea! ¿Qué es eso de Constitución? ¿Qué es eso de libertad? Cosas de cuatro pillos, de cuatro perdidos, sí, de cuatro perdidos.

Enjugóse Labrador el sudor que bañaba su frente, pasóse el pañuelo por el cogote y echando á Palafox una mirada monstruosamente amenazadora, continuó diciendo:

—Jamás debe jurar el rey; no puede, no debe, no

conviene. ¡Ah! humillarse ante los liberalotes, ante los *libertetes*, ante, digámoslo claro, señores, ¡ante los francmasones! Porque eso, eso es lo que hay, los francmasones, que fueron los que cortaron la cabeza á S. M. el rey Don Luís XVI y á su excelente esposa. ¡Los liberales! ¡Palabra, señores, que me revienta!

Labrador dió otro puñetazo en la mesa derribando un candelabro, que don Pedro miró caer como si hubiera sido un liberal.

No dió poco que hacer el tal candelabro, cuyos cirios se rompieron y apagaron rociando de cera los calzones de Macanaz y de San Carlos y chamuscando la casaca del duque del Infantado.

—Los liberales no merecen más que palo, palo y palo,—continuó diciendo D. Pedro Gómez.—Hay que meterlos en un puño (si la frase no fué esta debió ser algo parecida); sí, para los liberales ¡exterminio, exterminio y exterminio!

Labrador tosió y volvió á la carga.

—¡Me gustan esas ideas de democratismo! Es decir, que el rey no puede hacer lo que le dé la real gana, como si para eso no hubiese criado Dios á los reyes. ¡A qué tiempos hemos llegado, señores! ¡Desconocer el derecho del rey á las vidas y haciendas de sus vasallos, á ser obedecido ciegamente, á poder mandar todo cuanto le acomode! ¡Bárbaros, infames jacobinos! Yo les mandaría á todos á la horca, porque nada hay que me horrorice tanto como la guillotina.

Gómez no ocultó la satisfacción que le producía ver las señales de asentimiento que hacía Don Carlos con la cabeza. Esto le alentó para continuar... rebuznando.

—¡Garrotazo y tente tieso! Hé aquí el gran sistema. Al pueblo pan y palo, y mejor todavía palo seco. ¡Miserables insectos! ¡Viles escarabajitos! ¡Innobles siervos que se figuran que son algo! Pues qué, ¿acaso un grosero patán, un menestralillo, un artesanillo, un rústico labrador, un pelele cualquiera, son algo, representan algo? Escóndanse todos para siempre siete estadios bajo tierra donde estamos nosotros.

—Tiene mucha razón Labrador,—dijo Don Carlos al oido de Macanaz.

—Y esos pobretones, esos villanos, esa canalla, esa gentuza, esa chusma, ¿venirnos ahora con que jure el rey? ¿Pero están locos? ¿De dónde han sacado eso? ¡Jurar el señor Don Fernando VII esa infame Constitución, aborto del infierno, vomitada por la hidra revolucionaria! ¡esa Constitución abominable inventada por los malvados francmasones de la isla gaditana! ¡Oh, qué castigo no merecen los que tal atentado osan meditar! A presidio, á la horca el cardenalito, á la horca Agar, á la horca Ciscar, mueran quemados, asados y descuartizados Muñoz Torrero, Cuartero y Cepero, Argüelles, ese monstruo del averno y toda esa chusma liberalesca de Toreno, Martínez de la Rosa, Isturiz y demás satánicos satélites de los jacobinos. Termino, por consiguiente, manifestando que yo creo, que yo sostengo, que yo afirmo, que yo voto por que el rey mande ahorcar al primero que le hable de jurar la Constitución; que ahorque en seguida á todos los diputados reformadores, que mande á presidio á todos los liberales, que se ponga una inquisición en cada calle y que se establezca francamente el sistema despótico tal como lo practican el Gran Señpr y el Gran Kan de Tartaria. Sí, gritemos todos lo que el señor conde de Montijo está encargado de hacer que griten los chisperos: *¡Vivan las cadenas! ¡Muera la nación!*

El *discurso* de D. Pedro Gómez Labrador (que tan *brillante* papel representó un año después en el Congreso de Viena) mereció los más calurosos elogios de Don Carlos, Macanaz y San Carlos. Osuna le miraba asombrado, Infantado se había dormido y Palafox y Frías le miraban más bien con lástima que con ira.

—¿Quedamos, pues, en que?... — supo decir Don Carlos.

—Señor,—replicó Palafox,—creo que aún no hemos quedado en nada.

Palafox sentía traspasado su corazón de dolor al ver el sesgo que tomaban las cosas.

La corte salió de Segorbe para Valencia, á donde llegó el 16 de Abril.

Durante el camino menudearon mensajes y recados procedentes de aquella ciudad, convertida en foco principal de los manejos de los serviles.

Allí iba á decidirse la ulterior conducta del rey, claramente expresada ya para todos los que no estaban cegados por el optimismo.

¡Quién sabe si de entonces datan todas las sucesivas desgracias de esta nación desventurada!

CAPÍTULO II

En Valencia

I

Antes de dar cuenta de lo ocurrido, cuando llegó el rey, conviene referir un significativo hecho acaecido algunos días antes.

Al salir Fernando VII de Reus quedóse allí su tío el infante Don Antonio aquejado de una ligera indisposición.

Dicho Don Antonio en vez de reunirse á su augusto sobrino, que iba camino de Zaragoza, siguió en dirección á Valencia, donde se encontraba ya el cardenal de Borbón, presidente de la Regencia.

Fué éste á cumplimentarle y presentóse al poco rato con el mismo objeto el general en jefe del segundo ejército D. Francisco Javier Elío.

Este general, cuyo desacertado comportamiento en Villena, (donde por culpa suya había hecho prisioneros Suchet á 1.000 hombres del batallón de Vélez-Málaga), había sido muy censurado, no podía perdonar á los liberales las palabras que contra él se habían dicho en las Cortes y estaba deseoso de vengarse.

Aprovechó, pues, la ocasión de encontrarse allí el presidente de la Regencia y después de cambiados los cumplidos de ordenanza con Don Antonio, trató de demostrar el poco caso que hacía del cardenal-regente.

—Señor,—exclamó dirigiéndose á Don Antonio, en presencia de aquél,—pido á V. A. se digne darme el *santo* que han de pedir las guardias.

—Vuecencia no sabe su obligación, señor general, y da muestras de ignorar á quién debe dirigirse,—exclamó en esto, alterado en extremo el cardenal de Borbón.—Debe saber V. E. que mientras no esté aquí el rey, de nadie más que de mí ha de recibir vuecencia ninguna clase de órdenes y que no consentiré en manera alguna otra falta por ignorancia como la que vuecencia acaba de cometer. Yo soy el presidente de la Regencia y no debe V. E. olvidarlo por ningún concepto. De todas maneras, no quiero consentir quede sin castigo su acción...

—Señor,—exclamó Don Antonio,—suplico á vuestra alteza aplaque un poco su enojo...

—Lo haré por acceder al ruego de V. A.,—contestó el cardenal, — pero repito á V. E., señor general Elío, que se guarde mucho de incurrir otra vez en faltas como la de hoy. No permitiré que ni vuecencia ni nadie falte en lo más mínimo á la majestad de la nación que represento.

Despidióse en esto el digno regente, cuya salida dejó asombrados á los circunstantes por ser considerado generalmente como hombre manso y sin hiel, quedando Elío corrido y deseoso de que llegase cuanto antes Fernando VII para hacer pagar cara su zurribanda al cardenalito.

En esto fueron llegando á Valencia multitud de pajarracos ávidos de contarle al rey los desmanes de los pícaros liberales para que se dignara ajustarles bien las cuentas.

No hay que decir que los liberales no habían enviado á nadie para contrarrestar los manejos de los emisarios absolutistas; sólo estaban allí el cardenal

de Borbón y el ministro D. José Luyando, hombres de bien á carta cabal, pero nada más que hombres de bien.

En cambio bullían y se agitaban Pérez Villamil, antiguo vocal de la regencia del *Quintillo*, el perverso Lardizábal y cien otros, poseídos de feroces apetitos de exterminio contra los liberales.

II.

Un repique general de campanas anunció que el rey se iba acercando.

Salió corriendo Elío á su encuentro, topándose con él en Murviedro.

Allí le echó un discurso del cual haremos gracia al lector, vertiendo amargas quejas en nombre de los ejércitos y acabando por decir:

—Empuñe, empuñe V. M. este bastón que llevo y con eso adquirirá nuevo valor y fortaleza.

El rey no parecía tener muchas ganas de tomarlo, pero Elío insistió diciendo:

—Empúñelo, empúñelo V. M. y yo sabré de cierto que una vez V. M. se haya dignado tocarlo, seré invencible con él.

Dióle al fin ese gusto y Elío se quedó sin bastón.

Cosa que no necesitaba, pues de lo que se trataba era de dar con palo.

III.

Siguió su camino la comitiva.

Elío le contó al rey la peluca que le había echado el cardenalito con ocasión de haberle pedido el *santo* al infante Don Antonio.

El rey escuchaba con poca atención lo que le refería el poco afortunado causante de los prisioneros de Villena.

En esto llegaron á Puzol donde estaba esperando á S. M. el presidente de la Regencia.

Al verle el rey frunció el ceño, sin disimular el enojo que le causaba la presencia del ilustre Regente.

El cardenal saludó al rey con el más profundo respeto, pero Fernando VII no quiso contentarse con aquellas cortesías y alargó su mano al presidente de la Regencia para que se la besara.

El cardenal se hizo el desentendido.

—Te mando que me beses la mano,—exclamó en tono airado el monarca.

El cardenal iba á excusarse pero el rey, encolerizado, gritó con voz descompuesta:

—Obedéceme al punto; bésame la mano.

Su Eminencia le besó la mano.

Al levantar la cabeza estaba lívido; miró en torno suyo y tuvo miedo.

El cardenal había visto en un momento todo lo que les esperaba á los buenos españoles.

IV.

Una de las grandes injusticias de la inmortalidad es que no figure entre sus lápidas el nombre de don Justo Pastor Pérez.

Justo y *Pastor* son nombres de pila.

J. P. Pérez había sido hasta el día 16 de Abril de 1814 un modesto empleado, que no es lo mismo que un empleado modesto.

Su oficina era la Contaduría de Rentas decimales, vulgo diezmos.

En honor á la verdad, en lugar del cliché de «nadie le aventajaba,» etc., hay que decir que todos le aventajaban en buena letra, puntualidad, aplicación y comprensión.

Sólo dejaba atrás á los demás empleados como fumador. Era, sí, un gran fumador Justo Pérez.

Sin embargo, amaba al rey Fernando VII.

Y decía que los españoles no serían jamás decentes hasta que fuesen esclavos del rey.

Y por esto deseaba ardiente y noblemente el despotismo.

Justo Pastor Pérez era digno de vivir en nuestros días... en Dahomey.

Justo Pastor Pérez, empleado de rentas decimales, creyó tocar con las manos al cielo así que hubo visto al rey.

Y de la misma manera que uno recibe una pedrada en el occipucio, recibió él una idea de no se sabe dónde.

La idea de fundar un periódico.

V.

Pérez (Justo Pastor) imaginó muchos títulos.

El primero se lo sugirió su propio primer nombre.

Quería titularlo: *La Balanza*.

Pero luégo cayó en la cuenta de que esto era un emblema republicano y lo dejó correr.

El segundo arrebato de inspiración le vino de su segundo nombre.

—Lo titularé *El Cayado*, ó *La Honda*, ó bien *El Buey*.

Pero cuando se había decidido casi por titularle *El Buey*, cayó en la cuenta de que sólo podría decir *mú*, y varió de idea.

—¡Qué bestia soy!—exclamó.—El título verdadero es este: *El Fernandino*.

Y se llamó *El Fernandino*.

Fernandino suena mucho mejor que *Fernandista* ó *Fernandesco*.

VI.

Y apareció de un modo clandestino *El Fernandino*.

Cuyo primer número nos dijo uno que lo había leido, que decía poco menos lo que sigue:

«*¡Te Deum laudamus!* ¡Ya está aquí nuestro amado Rey y Señor Don Fernando VII, que viene rebosando salud! Lo que ahora conviene es no dejar un *negro* para remedio y pegarles cuatro tiros á esos malvados democratistas que quieren sumir á España en todos los horrores de la libertad y del progreso.

»Creemos que estas serán también las honradas intenciones del señor general Elío, el cual después que S. M. el Rey ha salido del *Te-Deum* celebrado en la Catedral para dar gracias al Todopoderoso por los favores que le dispensaba, le ha presentado la oficialidad del brillante ejército que manda, á la cual ha preguntado estando delante S. M. el Rey: «¿Juran »ustedes sostener al Rey en la plenitud de sus dere- »chos?» A cuya pregunta han respondido todos hirviendo en entusiasmo frenético, indescriptible y sin igual: «¡Sí, juramos!»

»Puede decirse, por consiguiente, que Valencia habrá tenido la honra de que S. M. el Rey empiece á ejercer en ella la soberanía absoluta, sin importarle un ardite de todo lo que han hecho y tramado las infames Cortes; así lo da á entender la angelical sonrisa con que ha acogido el juramento de los valerosos oficiales del sabio, ilustre, grande é invencible general D. Francisco Javier de Elío.»

VII.

El Fernandino, desbocándose del todo, como dice Toreno, se despachaba que era un gusto.

Los números sucesivos contenían sueltos y noticias del tenor siguiente, poco más ó menos:

«Ha producido la mejor impresión en el Real ánimo de nuestro celestial monarca la representación que ha traido el señor D. Bernardo Mozo de Rosales, el cual á costa de grandes peligros consiguió evadirse de Madrid para tener el honor de poner á los reales piés de S. M. el expresado papel.

»Nada más bello ni sublime que este inmortal memorial que empieza con estas hermosísimas palabras: «*Señor: Era costumbre en los antiguos persas...*» (1) y acaba no menos razonablemente. Sobre todo, es divino aquello de: «*La monarquía absoluta es obra de la razón y de la inteligencia, subordinada á la ley divina...*» A la verdad, hombres como el señor Mozo de Rosales entran pocos en libra. Ese simplaina de D. José Bartolomé Gallardo le llama *Muelle-flojo;* pues bien, sépase que S. M. el Rey tiene pensado hacerle marqués de Mata Florida, por cuya honrosa distinción felicitamos anticipadamente al señor de Mozo, ante el cual se abre un porvenir hermosísimo, no cabiendo duda alguna que llegará á ser con el tiempo uno de nuestros primeros absolutistas. ¡Viva el despotismo! ¡Muera la Constitución!»

Otro día salía un artículo por el estilo:

«La Divina Providencia ha dado al fin su merecido al pérfido Bonaparte, á ese advenedizo, á ese antiguo teniente de artillería que tuvo la avilantez de querer ser no solamente rey, sino emperador, tratando poco menos que á puntapiés á no pocas y pocas respetables testas coronadas. ¡Muera Napoleón! Ya sabemos que á poco no le despachurran por el camino varios fieles vasallos de S. M. el Rey Don Luís XVIII que hace 19 años es rey de Francia, aunque nadie lo hubiera dicho, pero que no hay más remedio que creerlo por haberlo así afirmado él en un Real Decreto.

»Tenemos, por consiguiente, caido á *Buonaparte*, mientras que en cambio el general Elío no cesa de ofrecerse á cada momento á S. M. el Rey. El ilustre vencedor de cien batallas, cuyos nombres no recordamos en este momento, está contentísimo con el bastón que se dignó empuñar el Rey (Q. D. G.) á sus

(1) El curioso lector puede ver tan estrafalario documento en la *Historia de España*, de Dunham, arreglada por Alcalá Galiano, tomo III.

instancias y cree que lo podrá romper por las costillas de muchos liberales que se atrevieron á decir que no supo lo que se pescaba en la victoriosa acción de Villena.

»No saben los libertetes lo que les espera así que la Divina Providencia haya dejado instalado á su majestad el Rey en el Palacio de sus gloriosos mayores acompañado de la 2.ª división del 2.° ejército, que será regida en persona por su invicto general en jefe.»

VIII.

El parlanchín *Fernandino* no se callaba nada; así es que pocos días antes de continuar S. M. su viaje á Madrid, decía aproximadamente:

«Rabien, rabien, rabien los libertetes. Los acontecimientos se precipitan más aprisa de lo que se creen los innobles defensores de los derechos del pueblo. No lo digan Vdes. á nadie, pero hay cada reunión, cada junta, cada consejillo, que tiembla el misterio. El general Elío se ha comprometido á devolver al rey todos los derechos que le habían robado los usurpadores de Cádiz, mil veces más infames que *Buonaparte*. No ha de quedar un liberal para remedio. Mañana se dará orden de que regresen á Madrid el cardenal de Borbón y D. José Luyando, que aquí no hacen más que estorbar.

»Lo bueno es que esos simplainas de diputados que van á charlar en el antiguo convento de Doña María de Aragón, no recelan nada de lo que les va á pasar. ¡Ah, bobos! ¡Ah, mentecatos! ¡Pronto os lo dirán de misas!

A este *artículo* seguían varios sueltos:—«Sabemos de buena tinta que el invencible y denodado general don Santiago Whittingham se va acercando á Madrid al objeto de secundar con la caballería las miras de S. M., que no cree tener bastante con la división que le acompañará al mando del no menos denodado y anti-reformador general Elío.»

—«Según noticias que recibimos acerca de los grandes trabajos hechos por el Excmo. Sr. conde del Montijo para tener de su parte á las más descaradas manolas y beneméritos chisperos, no puede ser más satisfactorio el estado de la cosa. No esperábamos menos de una clase que en todo tiempo ha demostrado su profunda adhesión á los reyes. ¡Viva la manolería! ¡Vivan los toros! ¡Abajo la fatal manía de pensar! ¡Vivan las peinetas! Por lo demás, las corridas reales que se preparan excederán en magnificencia á cuanto se ha visto hasta el día. Hablen luégo de progresos y de adelantos los reformadores: el verdadero progreso consiste en esos hermosos espectáculos que ofrecen los mataderos y los circos taurinos, ya que por desgracia estamos privados de disfrutar por ahora de aquellas incomparables fiestas llamadas autos de fe.»

—«Sabemos que una de las primeras medidas del Rey N. S. (Q. D. G.) será el inmediato restablecimiento del Santo Tribunal de la Inquisición.»

Finalmente, el día 4 de Mayo insertaba en lugar preferente el siguiente aviso: «Restablecido S. M. el Rey Don Fernando VII (Q. D. G.) de la indisposición gotosa que le ha obligado á permanecer entre nosotros más días de lo que pensaba, saldrá mañana para la villa de Madrid,» etc., etc.

Tales fueron las cosas que pasaron en Valencia.

¡Y á todo esto, los diputados liberales tan tranquilos y confiados, como si el rey les debiese de dar dulces al verlos! ¡Desdichados!



CAPÍTULO III

En el que se cuentan muy buenas cosas

I

Enemigos lo mismo de lisonjas que de apasionados ataques debemos confesar paladinamente que el viaje del rey desde Valencia á Aranjuez fué una continuada ovación.

En todos los pueblos del tránsito fué tan extremado el regocijo que rayaba en verdadero frenesí.

Para colmo de satisfacción, así que entraban en un pueblo gritaban los soldados de Elío:

—¡Viva el rey!

—¡Vivááa!—contestaban mil ó dos mil voces.

—¡Muera la Constitución!

—¡Mueráaa!—volvían á contestar.

—¡Mueran las Cortes!

—¡Mueráaan!

—¡A arrancar la lápida!

—¡Muera la lápidáaa!

Y si la lápida no moría, por lo menos quedaba hecha pedazos, recobrando en su virtud la *Plaza de la Constitución* su primitivo nombre de Plaza Mayor ó de la Fuente, ó del Santo este ó el otro.

¡Buenos soldados estaban los de Elío y buenos paisanos los *dilapidadores!*

A todo lo cual los pobres liberales estaban con el alma en un hilo, preguntándose á qué venía que hubiesen derramado su sangre por la independencia española si los soldados de Elío les atropellaban ahora brutalmente y á los que habían estado en buenos términos con los franceses les amenazaban con enviarles á presidio.

Semejante situación y la espectativa de lo que se preparaba, helaba verdaderamente de espanto.

II.

Mientras ocurrían semejantes cosas en el tránsito de la real comitiva, pasaban otras muy distintas en Madrid.

Instaladas todavía las Cortes en el antiguo teatro de los Caños del Real, veíanse concurridísimos los palcos que servían de galería, los cuales se convertían con harta frecuencia en campo de Agramante donde liberales y servilones llegaban á las manos en defensa de los oradores de los respectivos bandos.

La conversación general era sobre los propósitos de que vendría animado Don Fernando VII.

Muchos concurrentes traíanse periódicos para leer durante los discursos pesados siendo el más popular de todos *La Abeja Madrileña*, que redactaba D. Bartolomé José Gallardo.

Solazábanse los reformadores con los chistes y gracias, no todos del mejor gusto, con que sazonaba don Bartolomé la reseña de las sesiones parlamentarias, gustando sobre todo los motes que ponía á los corifeos de los dos partidos: decíale á Argüelles, *el Divino;* á Martínez de la Rosa, *el barón del Bello Rosal;* á Calderón, *Caldo pútrido;* al clérigo D. Antonio Joaquín Pérez, *el Preste Juan;* á Mozo de Rosales, *Muelle Flojo* (después fué conocido con el

nombre de *Mata-Cerrajeros*); á Ostolaza, *Ostiones;* á Calatrava, *el Maestre*, etc., ~~etc.~~

A esto se reducían únicamente por entonces los trabajos de los liberales, muy confiados en que era imposible que el rey soñase siquiera en tocar nada de lo que habían hecho y estaban haciendo las Cortes. Los absolutistas callaban en cambio y conspiraban sin tregua ni descanso.

III.

La conmemoración del Dos de Mayo hizo cesar por algunas horas la inquinia que se profesaban los de uno y otro bando.

Celebróse una función magnífica, con gran procesión, inmenso entusiasmo y envidiable fraternidad.

Iban en la comitiva que se dirigió desde el parque de Monteleón al Campo de la Lealtad, hombres de todos partidos: Ballesteros y Eguía, el conde de España y D. Pedro Villacampa, Castaños y el Empecinado, Argüelles y Ostolaza, Calatrava y Muñoz Torrero, Inguanzo y Mozo de Rosales, Toreno y el conde de Montijo, Isidoro Máiquez y Gómez Calderón.

Parecía que nunca más debía romperse aquella concordia y que las cenizas de Daoiz y Velarde debían ser el lazo de unión, ó cuando menos la enseña de la tolerancia, por parte de los absolutistas, pero no fué así. De otra manera venían rodando las cosas gracias á la conducta seguida por Fernando VII desde que volvió á poner los piés en España.

Al acabar la solemne función comenzó á esparcirse el rumor de que el rey había de firmar en Valencia un decreto que echaba por tierra todo lo hecho por las Cortes, pero ningún liberal quería persuadirse de ello, pues suponían que el rey no podía escuchar á un solo partido sino que debía sobreponerse á los dos que había en la nación para dominarles y regirles sabia y cuerdamente. Nada bastaba á desengañar á aquellos ilusos de las noticias cada vez más sombrías que llegaban de la corte.

Aquel mismo día, 2 de Mayo, estrenóse el nuevo local del convento de Doña María de Aragón, ocupado hasta entonces por los agustinos calzados, «sirviendo así de función inaugural del salón nuevo,—dice Toreno,—una muy lúgubre, como para presagiar lo astroso y funesto en el porvenir de aquel sitio, donde se hundieron luégo y más de una vez las instituciones generosas y conservadoras de la libertad del Estado.»

IV.

Al cabo de algunos días supieron las Cortes que se acercaba el rey á Madrid y en consecuencia nombraron una comisión que saliera á recibirle en el camino y cumplimentarle. Dicha comisión se componía de seis diputados é iba presidida por el obispo de Urgel, D. Francisco de la Dueña Cisneros, hombre bastante templado.

Los enviados encontraron al rey en la Mancha, el día 10 de Mayo, cuando iba por la carretera, por lo cual juzgaron prudente retroceder hasta el pueblo inmediato al objeto de dar mayor solemnidad al acto de ofrecerle sus respetos y dirigirle las más sinceras felicitaciones por su dichoso regreso.

Cuando se presentaron en la posada se les contestó que el rey no quería recibirles y que esperasen en Aranjuez.

De esta manera se portaba aquel hombre «de corazón dañado y de sentimientos siempre ruines.» Bien afablemente había acogido la representación de los sesenta y nueve infames diputados *persas* que le había presentado Mozo de Rosales y bien contento estaba al verse rodeado de cuantos decían oprobios de los liberales.

¿En qué se apoyaba Fernando VII para mostrarse tan altanero con los legítimos representantes de la nación española?

«Inmediatamente después de las renuncias de Bayona,—dice el señor Ferrer del Río,—se halló sin aliento para aprovechar medios de escape, que la lealtad le hacía expeditos; á los principios de la lucha dirigió una proclama á los españoles á fin de que desistieran del temerario empeño de medirse con el emperador pujante; nadie le tomó la delantera en dirigir plácemes al usurpador de su trono, con lo que vino á ser ni más ni menos que el primer afrancesado; luégo pidióle con increible desdoro la insignia de la *Orden Real de España*, sustituida á las antiguas condecoraciones; desde su cautiverio de Valencey y siempre en compañía de su hermano Don Carlos y de su tío Don Antonio, del canónigo don Juan Escoiquiz y de otros hombres de su talla, conspiradores en el Escorial y asistentes á las menguadas escenas de Bayona, á donde le llevaron con

ceguera torpe y hasta digna de befa si no hubiera sido ocasión de gran derramamiento de sangre y llanto, una vez y otra felicitaba calurosamente á Napoleón por sus triunfos y le volvía á demandar con humilde insistencia una princesa de su familia en matrimonio. Y todavía, cuando tocaba á su fin la preponderancia del emperador de los franceses, no tenía ánimo para resistir á su voluntad y admitía un tratado inaceptable y despachaba emisarios para que lo reconociesen nuestras Cortes, bien que sin fruto, pues muy previsoras las de Cádiz, habían decretado no asentir á nada que firmase el monarca mientras no estuviese libre y en tierra propia. Tras de referir hechos de tal especie, por demás estarían los comentarios.»

«Triste y doloroso es confesarlo,—dice el mismo historiador,—pero á no atravesarse el sentimiento nacional de por medio sin duda valía más José Bonaparte que se desvivía por merecer el afecto de los españoles, siempre anhelante por su ventura y con dotes personales para labrarla por buenas y seguras vías, si la nota de usurpador é intruso no le inhabilitara radicalmente á los ojos de un pueblo que antepone á todo la honra.»

Digamos ahora nosotros que en las Cortes había no pocos partidarios de que se brindase con la corona real á Wellington, sabido lo cual por Napoleón fué causa quizás de que soltase á Fernando. Lo que hubiera sido aquí Wellington como rey es quizás lo mismo que fué Bernadotte en Suecia, y francamente, de ser así, no hubiera habido por qué quejarse.

V.

El rey pernoctó aquel día en Alcázar de San Juan.

A la misma hora en que S. M. departía, después de una suculenta cena, con sus buenos amigos, ocurría en Madrid lo siguiente:

Los dos regentes D. Pedro Agar y D. Gabriel Ciscar, los ministros D. Juan Alvarez Guerra y D. Manuel García Herreros y los diputados D. Diego Muñóz Torrero, D. Agustín Argüelles, D. Francisco Martínez de la Rosa, D. Antonio Oliveros, D. Manuel López Cepero, D. José Canga Argüelles, D. Antonio Larrazábal, D. Joaquín Lorenzo Villanueva, D. Miguel Ramos Arispe, D. José Calatrava, D. Francisco Gutiérrez de Terán y D. Dionisio Capaz, eran sorprendidos en la cama con terrible aparato y arrastrados á viva fuerza á los calabozos de las cárceles por uno de los seides de Elío, D. Francisco Eguía, nombrado secretamente por Fernando VII capitán general de Castilla la Nueva, en reemplazo del patriota Villacampa.

Iban á las órdenes del *héroe* de Sierra-Morena (el que hacía *I Feroci Romani* antes de Ocaña), los infames alcaldes de casa y corte D. Ignacio Martínez de Villela, D. Antonio Alcalá Galiano (no confundirlo con el eminente escritor de este mismo nombre), D. Francisco Leiva y D. Jaime Alvarez de Mendieta; algunos de ellos habían sido diputados en las cortes extraordinarias.

Negóse á desempeñar encargo tan criminal y odioso el respetabilísimo magistrado D. José María Puig, que rechazó indignado las proposiciones del malvado Eguía.

Además de los dichos fueron arrastrados también á las cárceles, D. Manuel José Quintana y el duque de Noblejas, con su hermano y otros varios.

Los presos fueron encerrados en el cuartel de Guardias de Corps y en otras cárceles de Madrid, «metiendo á algunos en calabozos estrechos y fétidos, sin luz ni ventilación, á manera de lo que se usa con foragidos ó delincuentes atroces,» (Toreno). Entre los que fueron arrojados á los más horribles calabozos estaba el integérrimo y sabio D. José de Canga Argüelles, antiguo ministro de Hacienda.

Todos aquellos dignos diputados, todos aquellos ilustres patricios, habían asistido por la tarde bien descuidadamente á la sesión celebrada por las Cortes.

La tropa que iba sorprendiendo en sus casas á aquellos beneméritos españoles, acusados falsamente de haber querido establecer la república, iba acompañada de mucha frailería y no poco populacho, que prorumpían en aguardentosos y salvajes gritos contra los ilustres presos, entonando esta copla:

Mueran los liberales,
muera la Constitución,
viva el rey Don Fernando,
la patria y religión.

VI.

Al día siguiente apareció pegado en las esquinas de Madrid el célebre é incalificable manifiesto firmado el día 4 de Mayo en Valencia, obra de D. Pedro

Gómez Labrador y de Pérez Villamil, que á vuelta de no pocas divagaciones concluía declarando «*aquella constitución y decretos* (de las Cortes) *nulos y de ningún valor ni efecto, ahora ni en tiempo alguno, como si no hubiesen pasado jamás tales actos y se quitasen de en medio del tiempo y sin obligación en mis pueblos y súbditos, de cualquier clase y condición, á cumplirlos ni guardarlos. Y como el que quisiere sostenerlos y contradijese esta real declaración... atentaría contra las prerogativas de mi soberanía y la felicidad de la nación y causaría turbación y desasosiego en estos mis reinos, declaro reo de lesa majestad á quien tal osase ó intentase, y que como á tal se le imponga pena de la vida, ora lo ejecute de hecho, ora por escrito, ora de palabra ó incitando ó de cualquier modo exhortando y persuadiendo á que se guarden y observen dicha constitución y decretos.*»

Este inolvidable manifiesto va firmado: Yo el Rey y á seguida: *Pedro de Macanaz.*

Había llevado la pluma, haciendo de secretario de Labrador, el señor D. Antonio Moreno, antiguo ayudante de peluquero de palacio y posteriormente consejero de Hacienda.

La población, que había ignorado en su mayoría las prisiones verificadas á altas horas de la noche no acababa de dar crédito á lo que leía cuando hubo de convencerse de ello por lo que ahora vamos á contar por boca de un ilustre contemporáneo.

VII.

«Al aparecer en *La Gaceta* del 11 este Real decreto,—dice Mesonero Romanos en sus curiosísimas *Memorias de un setentón,*—la población de Madrid quedó suspensa y vacilante entre las más opuestas apreciaciones y dudosas esperanzas; pero muy luégo hubo de salir de su error al saber las prisiones verificadas en la noche anterior y el terrible aparato con que se había cuidado de revestir el golpe de Estado. Faltábala aún conocer la segunda parte del *programa*, elaborado, acaso sin su conocimiento,—quiero hacerle esta justicia,—por los pérfidos consejeros de Fernando; y esta segunda parte era el movimiento y manifestación *popular* preparada con dos ó tres centenares de personas, de la ínfima plebe, reclutadas al efecto en las tabernas y mataderos, para salir por las calles ultrajando todos los objetos relacionados con el Gobierno constitucional, atacando á todas las personas que les cuadrase señalar con los epítetos de *flamasones*, *herejes* y *judíos*, al compás de los correspondientes gritos de: *¡Viva la Religión! ¡abajo las Cortes! ¡viva Fernando VII! ¡viva la Inquisición!* etc. Con tales disposiciones, la turba hostil y desenfrenada corrió á la Plaza Mayor, invadió la casa Panadería, y arrancando la lápida de la Constitución (que se les señaló como símbolo), la hicieron mil pedazos, que metidos luégo en un serón arrastraron por todo Madrid, y muy especialmente por delante de las cárceles y cuarteles, en donde se les dijo que estaban presos los liberales, redoblando allí los insultos, amenazas y tentativas más hostiles. Trasladáronse luégo al palacio de las Cortes,—á aquel mismo edificio que pocos días antes había contribuido á decorar el vecindario de Madrid,—apedrearon y mutilaron las estatuas y letreros, invadieron la sala de sesiones y rompieron é inutilizaron todos los efectos que pudieron haber á las manos; todo con el encarnizamiento y saña propios de una horda de salvajes, y como si estuvieran,—que sí lo estarían,—*embriagados* de furor, contra objetos y personas que desconocían completamente y de los que no habían recibido el menor agravio; y al paso, no satisfechos con las vociferaciones más horribles contra las personas de los presos y con las amenazas de muerte y exterminio, detenían á todo transeunte que no se unía á ellos y que en su semblante, su traje ó sus modales daba á conocer que no pertenecía á su clase y sentimientos; y siguiendo sus dañados impulsos, arrancaban á unos el sombrero blanco ó la corbata negra, que eran, según decían, señales de *flamasón;* cortaban á otros las borlas de las botas, que entonces se llevaban por encima del pantalón ajustado, y á las mujeres las *galgas*, ó sean las cintas con que sujetaban el zapato, y llevaban entonces entrelazadas hasta la pantorrilla, echando todos estos objetos en el serón en medio de las carcajadas y los insultos más groseros contra los pobres pacientes. Siento haber de decirlo, pero de todos los espectáculos de extravío popular más ó menos espontáneo que he presenciado en mi larga vida, el más grosero, repugnante y antipático fué sin duda alguna el que en aquel funesto día me tocó contemplar en la plazuela de Herradores á mi salida del aula de latinidad, cuando se dirigían las turbas al monasterio de San Martín. Terminada al caer del día aquella brutal algarada, los apalabrados torna-

ron satisfechos á sus tabernas á *liquidar* el precio de su hazaña, ó tal vez á recibir el jornal para repetirla al siguiente día.»

VIII.

La misma noche en que fueron encarcelados los diputados, presentóse Eguía al presidente de las Cortes, que lo era el que Gallardo llamaba el *Preste Juan*, y le intimó de orden del rey quedar aquéllas disueltas y acabadas del todo. «No opuso Pérez á ello óbice ni reparo alguno,—dice el conde de Toreno, —y antes créese que obedeció de buena voluntad, estando en el número de los que firmaron la representación de los sesenta y nueve, y en el secreto, según se presumió, de todo lo que ocurría entonces. Una mitra con que le galardonaron después dió fuerza á la sospecha concebida de haber procedido en connivencia con los destruidores de las Cortes, y por lo tanto, indigna y culpablemente.»

El ojeo continuó sin cesar los siguientes días, ofreciendo aquel golpe de Estado un acabado modelo de lo que han sido algunos otros, si bien excede á todos en brutalidad y cobardía.

Desde Madrid extendióse la cacería á las provincias, siendo conducidos á la corte como criminales multitud de insignes patriotas y diputados esclarecidos, entre ellos D. Juan Nicasio Gallego, Beña, Saviñón, Sánchez Barbero, Isidoro Máiquez, Solís, Tapia, etc., acabando por henchirse de hombres inocentes y dignísimos todas las cárceles, en las que de día y de noche, sigilosamente y sin guardar formalidad alguna, vaciaban encarnizados enemigos la flor y gloria de España. No pudieron ser habidos á dicha suya el conde de Toreno, Caneja, Díaz del Moral, Isturiz, Tacón y Rodrigo, que habían tenido tiempo de emigrar; el rey ordenó que al momento fuesen secuestrados todos sus bienes.

IX.

El día 13 de Mayo entró el rey Don Fernando VII en su villa de Madrid, encontrándose ya allí el egregio y heroico Sr. D. Santiago Whittingham, aquel rayo de la guerra, aquel terror de los franceses, con 6.000 infantes, 2.500 caballos y seis piezas. Han dicho algunos historiadores que ningún general español había querido encargarse de esta función. Elío se había quedado en Aranjuez, dispuesto á caer sobre Madrid á la menor señal de alterarse el orden público.

Tales precauciones eran menester para que se creyese seguro aquel Fernando que cuando fué proclamado rey entró en Madrid en medio del más ardiente entusiasmo, sin escolta de ninguna clase. A tal extremo le habían conducido hombres que preferían ante todo saciar personales venganzas por ofensas que ellos mismos se habían granjeado, queriendo que el rey, á imitación de lo que cuentan de Domiciano, acabase á la vez y de un golpe con lo mejor y más florido de España.

La entrada del rey fué solemnizada con grandes fiestas oficiales. La que dió el embajador inglés duró diez días y costó cien mil duros.

X.

No todos los poetas estaban á la sombra.

Quedaban todavía algunos. ¡Qué diablo! para lo que era menester bastante había con D. Diego Rabadán y D. Juan Bautista Arriaza.

Cuando Fernando entró el día 13 por la puerta de Atocha, pudo convencerse de que Arriaza era un pistonudo poeta.

Sobre todo, nada embustero ni adulador.

Arriaza había tenido á su cargo el relleno poético del arco de la calle de Alcalá, si bien por modestia empleó la prosa.

Los demás arcos tenían aleluyas de verdad.

El rey se dirigió á la iglesia de Santo Tomás, donde estaba depositada á la sazón la Virgen de Atocha, por haber convertido los franceses en cuartel el templo de aquel nombre.

Al llegar á la Plaza Mayor atravesó por una calle central que habían formado entre sus cajones y tinglados los vendedores de comestibles, que ocupaban casi por completo todo el recinto. Dichos vendedores levantaron tres ó cuatro arcos de verdura.

Digamos la verdad, toda la verdad. El rey debió llegar á palacio ensordecido con tantos vivas como le dirigieron por el camino. Dice Mesonero Romanos «que la parte más humilde y bulliciosa de la población se había asociado con entusiasmo al movimiento, y que las autoridades, con sus disposiciones previas, habían cuidado de revestir el acto de modo que pudiera aplicársele la frase sacramental de un *entu-*

siasmo imposible de describir. Delante del coche cerrado en que venía Fernando con su hermano Don Carlos y su tío Don Antonio, marchaba una numerosa muchedumbre formando danzas vistosas y paloteos al són de la gaita y del tamboril; grupos de desenvueltas manolas de Lavapiés con su traje clásico,—que entonces brillaba en todo su esplendor,—repicaban panderos y castañuelas; otros de robustos chisperos del Barquillo y Maravillas haciendo suertes de gimnasia, y áun pretendiendo abalanzarse al coche para arrastrarle por sus propias manos, á lo que se opuso muy cuerdamente Fernando, prefiriendo fiar su seguridad á la sensatez de sus mulas á ensayar los patrióticos arranques de este tiro casi racional. Seguía, en fin, al carruaje, no como de costumbre una escolta de Guardias de Corps, sino una verdadera división de ejército, al mando del general D. Santiago Whittingham, que se ofreció á escoltar al Rey hasta dejarle en el palacio de sus antepasados, que tan imprudentemente había abandonado seis años antes.»

Toreno manifiesta, sin embargo, que «no hubo aquel desahogo y universal contentamiento que era de esperar en ocasión tan plausible, lastimado el oido de muchos y quebrantado el corazón con los sollozos y lágrimas de las familias de tantos inocentes, sepultados ahora en oscuros encierros y calabozos.»

XI.

El 24 de Mayo hizo también su entrada en Madrid lord Wellington, duque de Ciudad-Rodrigo, sin que su presencia influyera en lo más mínimo para que cesaran las persecuciones contra los liberales, á pesar de ser amigos personales suyos muchos de ellos y quizás haberlo querido para rey.

El alma de todas las persecuciones eran Ostolaza, Macanaz, Eguía y un ex-fraile del Escorial llamado Agustín de Castro, que había pasado por todos los grados de la apostasía; josefino, liberal y entonces director del periodicucho *El Centinela de la Mancha*, cuyo estilo imitaba el conde de Torremúzquiz en su *Procurador general de la Nación y del Rey*, pagado por el gobierno.

No tardó en formarse en seguida una *camarilla*,—cuya palabra viene precisamente de entonces,—descollando entre aquella cáfila de palaciegos un tal don Antonio Ugarte, «esportillero de niño y después agente de negocios, con mucha gramática parda para hacer los suyos,—dice Ferrer del Río,—sin otras dotes que las de serle familiar el lenguaje de la lisonja á la par que el del más estúpido fanatismo, y Pedro Collado (a) *Chamorro*, antiguo aguador de la fuente del Berro, admitido en la baja servidumbre de Fernando desde que era príncipe de Asturias y encumbrado á vueltas de la conspiración del Escorial y del cautiverio de Valencey á su afectuosa confianza, por serle muy gratas sus familiares chocarrerías y sus propósitos groseros contra cuantos propendían á novedades; y el duque de Alagón privaba, al mismo tiempo, no desempeñando mejor oficio que el de guiar al monarca en sus frecuentes excursiones á los barrios bajos y relacionarle con garbosas y descocadas manolas ó el de atender á sus solaces sin que se moviera de palacio. Además de este clandestino influjo, lo ejercían á la descubierta no más legítimo el embajador ruso Tasticheff y el nuncio romano Gravina.»

¡Qué adorable cosa el absolutismo!

El medio más lucrativo entonces era ser espía, delator ó testigo falso, especialmente contra los parientes. Distinguiéronse muy mucho en este sentido los señores Villa Gómez, D. Joaquín Pérez, D. Manuel del Pozo, Mozo de Rosales, Inguanzo, el obispo de Pamplona, el marqués de Lazán, Torremúzquiz y el conde de Buenavista. Este declaró muy formal que en un café de Cádiz habían pronunciado varios diputados, presididos por Flórez Estrada, sentencia de muerte contra Fernando VII.

Por su parte un tal Chaperón sobornaba en Sevilla á los antiguos criados de López Cepero para qué declararan contra su amo, y Jiménez, obispo de Astorga, denunciaba por liberal al virtuoso Ruíz de Padrón.

XII.

Las cosas habían vuelto todas al ser y estado que tenían en 1808, según disponía el Real Decreto de 4 de Mayo.

Regía el principio de que: «*El Rey es la suprema autoridad de la Nación y de su real voluntad emanan todas las leyes y disposiciones relativas al Gobierno de la Monarquía.*»

Esta autoridad claro está que podía delegarla el

monarca en quien le diese la real gana, lo mismo en su caballo, como Calígula, que en un Olivares, como Felipe IV, ó que en un Chamorro, si tal era su gusto.

El 21 de Julio se dió un decreto restableciendo el Tribunal de la Inquisición; firmaba el decreto Macanaz, cuyo abuelo pasó gran parte de su vida en las mazmorras del Santo Oficio y murió en el destierro por haber escrito contra la Inquisición.

España estaba en camino de ser inmensamente feliz, gloriosa y respetada.

Fueron suprimidos los ministerios de Gobernación y Ultramar que las Cortes habían creado.

Los cinco ministerios subsistentes, esto es: Estado, Hacienda, Gracia y Justicia, Guerra y Marina, fueron instalados en las covachuelas de palacio.

Los ministros se redujeron á secretarios de despacho.

Recobró sus abigarradas atribuciones el Real y Supremo Consejo de Castilla, con sus salas de *Gobierno*, de *Justicia*, de *Provincia* y de *Mil y quinientos*, constituyendo una mezcla informe de cuerpo consultivo, tribunal y autoridad gubernativa.

Resucitaron también, ¡oh, qué gusto! los Consejos Supremos de las *Indias*, *Hacienda*, *Ordenes* y *Guerra*.

¡Qué bonita organización! Con esto y buenas corridas de toros, España se engrandecía, se enriquecía, prosperaba, adelantaba y constituía la envidia de los pueblos civilizados.

¡Cuánto no debemos á Fernando VII, que no quiso seguir (por entonces) *la senda* trazada por los pícaros doceañistas!

Eramos... ¡el asombro de Europa!

Villela, Galiano y de Leyva formaban un triunvirato jurídico hasta allá...



CAPÍTULO IV

Trágico fin de varios personajes de esta obra

I

Luégo que Wellington hubo concluido el armisticio con los mariscales Soult y Suchet, regresaron á España las tropas españolas que habían tomado parte en la expedición contra Francia.

A primeros de Mayo se encontraba en Oyarzún el tercer ejército al mando del príncipe de Anglona; el de reserva, regido por O'Donnell, en Puente la Reina, y el 4.°, gobernado por D. Manuel Freire, en Irún.

A éste volvían á pertenecer, después de haber formado parte de la división provisional, el general Miranda, el brigadier Espinosa, Méndez, Garroyo, Antequera y Ortego.

La noche del 10 de Mayo se encontraban todos ellos reunidos, viéndose pintado en sus semblantes el más profundo abatimiento.

—¡Infaustas noticias!—exclamó Miranda.

—La corte juega ya á cartas vistas,—replicó Garroyo.—No hay que abrigar ninguna clase de esperanza.

—¿Dejaremos, sin embargo, que las Cortes sucumban, sin que nadie ose protestar honradamente?—dijo Méndez.

—No cabe más que resignarnos,—repuso Antequera.—No podemos hacer nada.

—Sin embargo, lo que se está tramando es una iniquidad,—insistió diciendo Méndez.

—¿Y qué? ¿Qué podemos hacer nosotros?—volvió á replicar Garroyo.—No contéis con nadie.

—¿Qué se sabe de los demás ejércitos?—preguntó Antequera.

—Malas noticias. Las tropas de Copons, tibias; Elío, capitaneando el bando de los serviles y ardiendo en rabiosa sed de venganza; O'Donnell empleando su falacia de siempre y el príncipe de Anglona amenazado por sus oficiales por tacharle de amigo de los reformadores.

—Sin embargo, yo creo que á pesar de todo debemos intentar algo y defender la legalidad,—dijo Méndez.

—Yo siempre seguiré á mis amigos,—exclamó á su vez Miranda,—y estoy dispuesto á ir á donde se quiera.

—Hay que dar aviso, sin embargo, al general Freire.

—Vamos á verle, pues.

—¿Quiénes irán?

—Garroyo y Méndez.

Espinosa había guardado silencio durante toda la conversación.

II.

Los dos bravos militares se dirigieron á la posada del héroe de San Marcial.

El general les recibió con la mayor afabilidad.

Sabían que podían fiar de la reconocida honradez de Freire, jamás ni en ningún caso desmentida.

Expusiéronle sus planes, para que si no estaba conforme con ellos se lo manifestase claramente.

El general se negó á todo movimiento, haciendo á

los enviados juiciosas reflexiones acerca de los impedimentos que presentaría la ejecución de la empresa, siendo, á su entender, el mayor de todos el soldado mismo, de propensión dudosa, si no contraria á lo que ellos premeditaban.

Los dos amigos se retiraron, convencidos de la verdad de lo que el general Freire les había hecho observar.

No habían notado, sin embargo, que una señora vestida de luto había escuchado desde la antesala todo lo que se había hablado.

Aquella señora era la madre de Manuel Pérez Silva, fusilado en Pamplona por Luís Martínez, el amigo de Enrique Osorio.

Había llegado de París pocos días antes para desempeñar su oficio de espía.

Entonces estaba destinada á espiar á Freire, cuyo ejército profesaba conocidamente ideas liberales.

Doña Carlota acababa de hacer un gran descubrimiento.

III.

—Nada hay que esperar, — dijeron Garroyo y Méndez á sus amigos, así que estuvieron de regreso. —Los soldados no secundarían el grito que daríamos.

—¿Qué hacer en este caso?—exclamó Antequera.

—Esperemos.

—Esperemos pues.

—No hay que desanimarnos. El ejército tiene ilustres jefes que jamás se avendrán á reconocer la monarquía absoluta. Dado el entusiasmo general que despierta el nombre de Fernando, sería temerario ahora intentar el menor movimiento.

—Tienes razón.

—Conviene fundar en seguida sociedades secretas para trabajar con toda seguridad.

—Es una buena idea.

—De la misma manera que *ellos* lo han tramado todo en la oscuridad; también nosotros prepararemos en la sombra el golpe que un día ú otro habremos de dar.

—Miranda queda encargado de todo.

—Con mucho gusto, pero antes que nada, pienso dejar de servir. Mi grado está reconocido por la Regencia y esto bastará para que el nuevo gobierno no me lo reconozca.

—¿Qué generales han sido los testaferros de Ostolaza?

—Eguía, Elío y Whittingham.

—¡Valientes guerreros!

—Lo bueno ha sido lo hecho por el conde de la Bisbal. Ha mandado á su ayudante á felicitar al rey, con dos cartas, la una en sentido liberal y la otra llena de servilismo. Según como la cosa pinte, el ayudante entregará la que más convenga.

—¡Vaya una diplomacia!

—Es preciso no fiar nunca del general O'Donnell. No lo olvidemos.

—¡Triste situación la nuestra!—exclamó Espinosa.

IV.

Separáronse los allí reunidos.

A media noche una turba de policíacos penetraba en los alojamientos del general Miranda, de Espinosa, Méndez y Garroyo.

Los cuatro bizarros militares fueron conducidos á la Aduana y al despuntar el día salieron para Madrid, escoltados por un piquete de dragones mandado por uno de los principales insubordinados contra el príncipe de Anglona.

Durante el tránsito debieron sufrir todo género de malos tratamientos, negándoles á veces hasta el agua y privándoles del sueño si así se le antojaba al oficial que les custodiaba.

El día 26 llegaron finalmente á la coronada villa, siendo encerrados Espinosa y Miranda en el cuartel de guardias de Corps y Méndez y Garroyo en la cárcel de Corte.

¿Cómo el ejército cooperó á aquella contra-revolución que tanto luto y tantas humillaciones debía acarrear á España?

Dicen algunos que «todo dependió de no haber hecho las Cortes solidarios los intereses de las tropas del mantenimiento de la Constitución; algo se había hecho, por ejemplo, la abolición de la cualidad de noble para poder ingresar en las escuelas militares y en el colegio naval, la creación de la cruz de San Fernando para premiar acciones de guerra y la fundación de una especie de monte-pío para las viudas y huérfanos, pero el estado exhausto del Tesoro y la miseria general hizo imposible la ejecución de dichas medidas lo cual dificultó el asegurarse la adhesión de muchos hombres que mejor deseaban mejo-

rar en lo presente que no adquirir ventajas para lo porvenir.

»El antiguo gobierno había tenido la habilidad de mantener en las tropas lo que se llama *espíritu de cuerpo* que les hacía considerar sus intereses propios como separados de los intereses de los demás ciudadanos, no dependiendo en gran parte su poderío más que del cuidado que se había puesto en excitar la rivalidad y en establecer distinciones en ambas clases. Los inocentes legisladores de Cádiz no supieron acabar con semejante organización, siendo así que no puede existir ningún gobierno liberal sin la concordia entre el ejército y el pueblo; las Cortes hubieran debido crear un ejército verdaderamente constitucional, adicto á las nuevas instituciones, pero en lugar de hacerlo, conservaron la antigua organización, eminentemente privilegiada, anti-popular y aislada de la vida común.

»El mal plan de defensa adoptado por los generales españoles y los desastres continuos que de ello resultaban eran suficientes por sí mismos para aniquilar el espíritu guerrero que animaba á las tropas y ahogar aquel generoso ardor de que con tanta frecuencia habían dado pruebas. Y si á tales motivos de descontento añadimos la falta de pagas, la desnudez de ropas y las privaciones de toda suerte que habían sufrido por espacio de cinco años, se comprenderá fácilmente que el ejército debía hallarse harto dispuesto á recibir las impresiones desfavorables que procuraban esparcir los emisarios del partido servil, cuyos agentes se encontraban do quiera hubiese tropas. Estos agentes empleaban todos los medios que la malevolencia y el odio podían sugerirles y por más que si hubiesen reflexionado un momento hubieran comprendido las tropas y las milicias que sus sufrimientos eran inevitable resultado de la plaga de la guerra y de la ruina completa del país, arrastrados sin embargo, por los conspiradores reaccionarios que querían debilitar su confianza, atribuían todos los reveses que se experimentaban y todas las privaciones que sufrían en los campamentos, á los vicios del gobierno y á la ineficacia de sus medidas. Si durante la etapa de una columna los ayuntamientos, ó bien por ignorancia ó por coadyuvar á los planes de los serviles, oponían alguna dificultad para procurar alojamiento ó provisiones, ya la tropa empezaba á echar ternos contra la Constitución, que, según decían, ocasionaba semejantes desórdenes.

»Al mismo tiempo no paraban los emisarios absolutista de alabar el tiempo viejo, pintándolo como una era de felicidad y de delicia, al paso que abultaban exageradamente las calamidades presentes. ¡Qué grandes hombres aquellos que habían corrompido las costumbres del pueblo y degradado la monarquía! En cambio los regentes y ministros eran lo más perverso de la nación y tenían la culpa de todo lo que estaba sucediendo desde el año 1808....

»Y el gobierno, en lugar de castigar rudamente á esos propaladores de calumnias no parecía sino que ponía empeño en protegerles...

»Los soldados conservaban, en medio de todo, las mayores simpatías hacia los diputados, y no se paró hasta estirpar también aquella peligrosa adhesión, desconceptuándoles é imputándoles los mayores crímenes y traiciones. Los agentes de los serviles supieron valerse á este objeto de una frase pronunciada en la tribuna de las Cortes por uno de los más elocuentes y célebres diputados. Decía el orador que los ejércitos de ambos partidos habían cometido durante la guerra de la Independencia los más monstruosos excesos, deshaciéndose luégo en invectivas contra la profesión militar en general y subiendo de punto á cada momento tan imprudentes frases, hasta el extremo de acabar llamando á los militares *mercenarios privilegiados* y *asesinos asalariados*.

»Aunque este absurdo anatema hubiera debido quedar neutralizado por su misma extravagancia y por más que los actos de las Cortes desmintiesen á cada momento tamañas imputaciones, que no podían estar peor aplicadas á aquellos que tanto valor habían desplegado y tantos sacrificios se habían impuesto en defensa de la patria, ello es que produjo el más funesto efecto en la opinión del ejército. Las expresiones de dicho diputado llegaron á noticia de todos los regimientos, sacando de ellas el mayor provecho el partido servil, que hizo entender á las tropas que aquellas palabras injuriosas eran expresión de los sentimientos de la mayoría de las Cortes.

»Aquellas palabras les llegaron al alma, como es natural, á muchos dignísimos jefes y oficiales. Así es que cuando Elío, que debía no pocos favores y distinciones al partido liberal y los que pagó con la más insigne deslealtad, preguntó á los oficiales y soldados de su ejército qué pensaban respecto á la abolición de la Constitución y si estaban dispuestos á perseguir á los patriotas, respondieron con las palabras

presenciadas en las Cortes por el imprudente orador de quien hemos hablado.

»Sin embargo, el ejército no debía tardar en ver el desengaño y su cooperación al golpe de Estado contra-revolucionario ser correspondida con la más negra ingratitud.»—(Mr. Edward Blaquière.)

V.

La persecución era más desenfrenada cada día.

Imperaba en todo su patibulario esplendor el terror blanco, dirigido por Ostolaza y el duque de San Carlos.

No se hablaba más que de causas.

Los serviles le habían tomado gusto á la cosa y se refocilaban que era un contento cazando liberales.

Los famosos *Comités de Salvación pública* del tiempo de la Revolución francesa, quedaban muy por debajo en punto á odiosidad á lo que hacían los jueces encargados de las causas.

La mayoría no habían dado motivo ni pretexto alguno para ser detenidos, pero en algo se había de conocer que regía el gobierno absoluto.

Nadie estaba seguro de que Eguía no compareciese á la hora menos pensada y se lo llevase á uno á la cárcel.

Guardábanse mucho las gentes de hablar palabra sobre el gobierno, lo cual hubiera podido costar serios disgustos.

Tampoco recibían muchas visitas los presos, por temor de infundir sospechas los visitantes.

A tal estado había venido á parar la nación terminada la guerra de la independencia.

VI.

Carmen, Estrella y la condesa Julia marcharon respectivamente á Madrid al saber la prisión de Miranda y Espinosa, lo mismo que Petra al tener noticia de la de Garroyo, llegando á la corte los primeros días de Junio.

Dolores, Esther y Eugenia habían quedado en Zaragoza, donde á la sazón se encontraban también Antequera y Ortego.

Acto seguido fueron Carmen y Estrella al cuartel de Guardias de Corps, costándoles gran trabajo se les permitiese entrar.

La entrevista fué dolorosa, como puede suponerse.

—Os salvaremos, — exclamó Carmen, — pronto, pronto.

—Nunca he dudado de que saldríamos de aquí sanos y salvos,—dijo Miranda.—Me queda mucho que hacer todavía en este mundo para dejarlo tan pronto.

Por su parte, Estrella y Espinosa hablaban en voz baja, cruzando palabras de apasionado amor.

—Es una infamia lo que está pasando,—exclamó después Estrella.

—Espero que vendrán días mejores.

—Malhadada hora aquella en que pisó el suelo español ese aborrecible tirano.

—La conducta del rey es hasta cierto punto disculpable,—contestó el brigadier.—Pasó su primera juventud en triste soledad, alejado del lado de sus padres y oprimido por Godoy; esto le hizo ser receloso, desconfiado, extremadamente suspicaz; la cautividad de Valencey no hizo más que extremar semejantes cualidades y ahora que se ve otra vez en el trono se ha despertado en él vengativa saña contra aquellos que se figura pueden intentar desposeerle de sus absolutos derechos. No da buen fruto el árbol criado en malas condiciones.

—¿Pero así olvida lo que han hecho por él los hombres á quienes ahora persigue de muerte? ¿Así recompensa á los que derramaron su sangre en aras de la honra nacional? En cambio, mira quiénes son los que le rodean: Infantado, Villamil, Eguía, Elío, Ostolaza, Alagón, Escoiquiz, Ugarte, Grijalva, Artieda, Chamorro... ¡Grandes consejeros, ilustres capitanes por cierto!

—Es imposible que el rey continúe en esta senda; es imposible, sí, que quiera mandar á los españoles como á una manada de carneros, y estoy seguro de que volverá sobre su acuerdo y templará el rigor que hasta ahora ha demostrado.

—Sí, pero entretanto puede el fiscal dejar despachada la causa...

—Nada temo.

—Son capaces de todo.

—Soy inocente.

—Y eso, ¿qué importa? Es preciso que salgáis de aquí al momento.

—¿Huir?

—Sin dilación. Yo te juro que saldrás de aquí á no tardar.

—Serénate, no corro peligro alguno.

—¡Ah! ¡Mal conoces á esa gente! Vuestra existen-



GRACIAS, CARMEN! EXCLAMÓ M[illegible]

cia es una acusación para sus conciencias menguadas.

La conversación acabó aquí, por haber avisado el centinela que había cesado la hora de la comunicación.

—Hasta mañana,—dijeron las dos mujeres.

—Hasta mañana,—contestaron Miranda y Espinosa.

VII.

Carmen y Estrella comenzaron en seguida á hacer toda clase de diligencias para conseguir la libertad de su amante la una y de su esposo la otra.

Carmen fué con Juliana Tamajón á ver á la marquesa de Montefuego, muy influyente á la sazón, mientras que Estrella se dirigía á ver á la duquesa de Órgiva y á la condesa de Torrenegra.

Las noticias que recibieron fueron, empero, desconsoladoras; no había esperanza alguna.

Más aún... sabíase que Miranda y Espinosa iban á ser condenados á muerte.

Respecto á Miranda no tenía nada de extraño, ya que había hablado en favor de la Constitución, pero sí Espinosa, que nada había dicho, encerrándose en la mayor reserva y guardando el más profundo silencio.

—Es preciso salvarlos,—exclamó Carmen,—y no hemos de reparar en medios. Estoy resuelta á emplear hasta el último recurso.

Los presos estaban custodiados por una compañía de *Guardias de la Real Persona*, que este título acababan de recibir los antiguos *Guardias de Corps*. Imposible era intentar el soborno con aquellos leales militares, y así era preciso apelar á la violencia ó al engaño.

Érales imposible lo primero á dos débiles mujeres, pero quedaba lo segundo.

Carmen y Estrella habían meditado un plan.

VIII.

Al día siguiente volvieron las dos mujeres á ver á sus amados presos.

—Esta noche recibiréis la libertad,—dijo Carmen.

—¡Imposible!—repuso Espinosa.

—Sí. Os conducirán á una casa donde estaremos nosotras y allí podréis permanecer ocultos y seguros hasta que cambie la situación,—repuso Estrella.

—¿Luego es una fuga lo que nos proponéis?—contestó el brigadier.

—Es la salvación de vuestra vida. Una vez fuera de aquí, intentaremos lo mismo con Méndez y Garroyo.

—¡Pobres amigos nuestros! ¿Habéis visto á Petra?

—Sí. Ella también trabaja sin descanso.

—¿Pero qué idea lleváis?

—No es preciso decirla. Sólo has de obedecer ciegamente al oficial á quien te entregarán. Conoceréis que es el convenido por ser *Andando* la primera palabra que dirá al veros.

—A las ocho se os dará la orden de salir.

—¿Y si el plan se malogra?

—Si el plan se malogra... haremos por inventar otro.

Una corneta dió la señal de que saliesen los visitantes.

Mientras Espinosa y Estrella se disponían á separarse, Carmen murmuró acercándose á su amante:

—Te amo más que mi vida. Si así no fuese no habría hecho lo que he hecho.

—¿Qué has hecho, pues?

—He falsificado una orden.

—¡Dios nos perdone! Una cosa he de rogarte ahora. ¿Me seguirás donde quiera que yo vaya?

—A todas partes.

—¿Aun á América?

—¡Sí! Llévame donde te plazca.

—Gracias, Carmen,—exclamó Miranda, sin poder contener casi la emoción que le embargaba.

IX.

Nadie hubiera conocido á Juliana Tamajón al presentarse al caer de la tarde en la casa que ocupaban Carmen y Estrella, en la calle de Leganitos.

Iba, en efecto, disfrazada de teniente de *cazadores artilleros de reales guardias españolas de infantería* (sic), sentándole maravillosamente el vistoso uniforme que usaban aquellas compañías.

No cabía oponer reparo alguno á la marcialidad del aire, ni siquiera á la expresión hombruna de la cara, desfigurada con un bigotito de puntiagudas guías.

La niña entregó un pliego abierto á las dos amigas que leyeron lo siguiente:

«El Rey N. S. (Q. D. G.) se ha dignado mandar se

haga entrega al teniente Fernández, portador de la presente, del ex-general D. Fernando Miranda y Téllez y del ex-brigadier D. Ricardo Espinosa, para ser conducidos desde ese Cuartel á esta Capitanía general, facilitándosele para ello una escolta de dos hombres.» El pliego llevaba el membrete de dicha oficina y á su pié una firma que decía: *Francisco Eguía.*

Comparado el membrete y la firma con los de otro pliego que puso Juliana de manifiesto, no cabía notar la más ligera diferencia.

—No hay que tener reparo alguno en ello,—exclamó Carmen.—¿Acaso no se han valido los generales españoles de iguales medios para apoderarse de algunas plazas? Es guerra admitida en estos tiempos. Además, todas las estratagemas son buenas para salvar á un inocente cuando nadie reporta en ello ningún perjuicio. Juliana, te deberé más que la vida.

Estrella abrazó estrechamente á la valerosa niña y exclamó:

—¡Sólo Dios puede pagarte tan gran favor, Juliana!

X.

A las siete y media aparecía á la puerta del cuartel de Guardias de Corps un apuesto oficial de cazadores artilleros, etc., pidiendo por el comandante de las prisiones.

No tardó en aparecer éste, cuya facha revelaba bien claramente que no procedía de los elegantes guardias, y tanto era así, en efecto, que procedía de los *Tiradores de Cádiz,* batallón formado al principio de la guerra con los presidiarios de aquella ciudad y que tan indecorosamente se portó en la batalla de Lerín.

El oficial, después de saludar con el mayor desembarazo á dicho señor, llamado D. Saturnino Tiberio (era expósito, á los cuales se acostumbraba poner los nombres más estrafalarios), le entregó un pliego.

El comandante Tiberio no parecía estar muy fuerte en escrituras, por lo cual reclamó las luces de un sargento.

—Está bien,—dijo Tiberio, acabada la lectura.—Le daré á V. esos dos presos y una pareja para que les acompañe.

—Me figuro, mi comandante,—replicó el oficial,—que la cabeza les huele á pólvora.

—¡Mueran todos ellos!—exclamó el ex-tirador.—¡Mala casta esa de los negros! ¡Pillos, más que pillos!

Al poco rato aparecían Miranda y Espinosa, seguidos de dos soldados de línea.

—¡Andando!—exclamó el oficial.—Pero no és preciso que vayan ustedes por la calle con tanto entorchado. ¡Fuera eso! Ya no son ustedes nada. Soldados, quitadles esas insignias.

Los dos soldados iban á verificarlo cuando Miranda y Espinosa se quitaron las casacas, tirándolas al suelo.

—Así, fresquitos,—repuso el oficial.—¡Marchen!

XI.

El grupo salió del cuartel y al llegar á la plazuela de Afligidos, dijo el oficial á los soldados:

—Podéis volveros, puesto que ya estamos.

Los dos soldados saludaron, terciando las armas, pusiéronlas al hombro y echaron á andar de vuelta al cuartel de la calle del Conde-Duque.

—Todo ha ido á pedir de boca,—exclamó en esto el oficial.—Corred en seguida, Leganitos, 49, bajos, donde encontraréis á Carmen y á Estrella. Hasta más ver.

Los dos amigos se dirigieron precipitadamente á donde les había indicado el oficial.

¡Oh, dicha! Allí estaban sus amores, sus corazones, sus amadas prendas...

—¡Libres! ¡Libres!—exclamaron todos.

Acordóse sin pérdida de tiempo lo que había que hacer para librarse de cualquier pesquisa. La casa tenía pocos vecinos, pero todos furiosamente realistas.

Por dicha celeste, ¡no había portero!

Convínose, pues, que aquella misma noche Espinosa pasaría á casa la condesa de Torrenegra en calidad de criado y que Miranda se vestiría de cura instalándose en casa la duquesa de Orgiva; no había en ello inconveniente alguno en cuanto era amigo de Revoredo, presunto esposo de la bella, á quien visitaba á todas horas.

Todo quedó perfectamente arreglado aquella misma noche.

Ahora, lo que convenía sobre todo, era salvar á Méndez y Garroyo, que yacían sepultados en un calabozo inmundo de la cárcel de Corte.

XII.

Petra no sosegaba un momento.

Había visto ya á Estrella y á Carmen, pero siendo diferente la organización de la cárcel de Corte que la del cuartel de Guardias de Corps, no era posible pensar en órdenes falsificadas para conseguir la libertad de los presos.

Dicha prisión dependía enteramente de la sala de Alcaldes de Casa y Corte, y había, por lo tanto, que entendérselas con los golillas, á quienes no era tan fácil sorprender como á un rudo soldadote de los *tiradores de Cádiz*.

Sin embargo, quizás la cosa tendría remedio todavía.

Petra procuró hablar á solas con un honrado alguacil, insinuando muy diestramente ciertas cosas.

El golilla no contestó, pero no se enfadó tampoco.

A los dos días de haberse fugado Miranda y Espinosa, Petra fué á la hora de costumbre á ver á Garroyo y á Méndez, cuando con asombro que rayó en espanto, oyó que decíael alcaide:

—No están ya. Se me han escapado esta noche, pero si llego á cogerlos, ¡vive Dios que les he de descuartizar!

¿Qué había sucedido, pues?

La cosa se explicaba de esta manera: El alguacil Pedro Interián Muñoz y un cura desconocido habían penetrado en los calabozos donde estaban Méndez y Garroyo, saliendo al poco rato; esto sucedía al caer de la tarde del día antes, cuando al ir el alcaide á la mañana siguiente á llamar á dichos presos para que fueran á declarar, se encontró con que uno y otro calabozo estaban vacíos, apareciendo á la vez limada en un corredor la reja de una ventana que daba á la calle y una escala de cuerda pendiente de la misma. Conocíase, pues, que el alguacil y el cura habíanles proporcionado herramientas y aquella escala, mediante lo cual habían podido los presos abrir la puerta de sus calabozos, limar la reja y saltar afuera.

Semejante explicación era verdadera de todo punto, debiendo añadir tan sólo por nuestra parte que quien había sobornado al alguacil había sido Miranda, á quien Petra había comunicado la conversación tenida con él.

Petra había ido á ver á sus amigas, que le habían enterado del paradero de Espinosa y Miranda y le faltó tiempo para correr á encontrarles. Espinosa le había entregado diez onzas y Miranda se había encargado de la parte activa.

XIII.

Al verse libres pensaron los dos amigos qué partido tomarían para disimular su filiación de manera que no pudiese dar con ellos la policía.

Después de reflexionar un breve rato, resolvieron que Méndez fuese en busca de Fraser, que había venido con Wellington, y figurase como criado suyo mientras que Garroyo entraría, ¡Dios de Israel! de sacristán en el convento de las Recogidas, á cuya superiora conocía mucho Petra.

Instaláronse por de pronto en casa de un inglés amigo de Méndez, en cuyo domicilio podían considerarse seguros por entonces, ya que nadie había de atreverse á sospechar que un súbdito británico albergase á dos *infames* liberales.

Todo salió á pedir de boca.

Fraser se había casado el día antes con doña Brianda y acogió á Méndez como á su propio hermano, invitándole á partir con ellos á Londres, donde permanecería mientras durasen aquellas circunstancias.

El bravo teniente coronel, que se ahogaba en aquella atmósfera de servilismo, aceptó lleno de alegría, despidiéndose antes secretamente de sus amigos, después de pasar algunos días con Espinosa. Cuando Fraser fué nombrado para un alto cargo en la India inglesa, Méndez ingresó en aquel ejército con el empleo de coronel.

Miranda hacía un cura perfecto, tanto que pudo pasar á Lisboa acompañado de Carmen. Allí se despojó de sus hábitos y se casó en la iglesia de la Estrella con su bien amada compañera, partiendo ambos para Venezuela á fines de Julio de 1814.

Espinosa logró llegar hasta Gibraltar y emigró á Inglaterra, para donde partieron también al poco tiempo Estrella y su madre. Allí recibieron carta de la duquesa de Orgiva participándoles su enlace con el general Revoredo.

Al cabo de tres largos meses de desempeñar concienzudamente sus funciones de sacristán, pudo Garroyo trasponer la frontera francesa y establecerse en París como maestro de armas. Juntósele Petra á los pocos días y no se movieron ya de allí. Uno de

los mejores amigos del profesor era el coronel Saligny, muy afectado á consecuencia de haberse vuelto loca la condesa de la Chategneraie.

Antequera y Esther lo mismo que Ortego y Eugenia habían doblado también su cuello á la nupcial coyunda y vivían en Zaragoza, donde se encontraba de guarnición el regimiento de la Princesa.

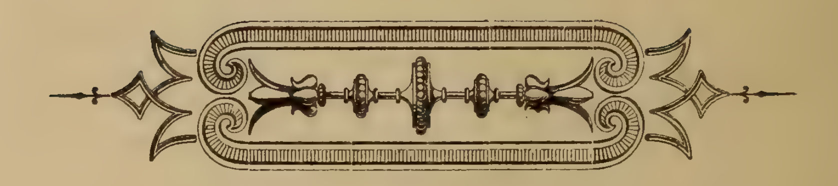
Los lanceros de D. Julián Sánchez habían dado mucho que hacer á los párrocos del país con tantos casamientos como hicieron. Enrique Osorio dió su mano á Dolores Urquiola el mismo día que se unían ante el altar Luís Martínez é Isabelina Fresneda.

Finalmente casóse también Raimundo Ballester con Jaquelina, siendo una de las mejores parejas de Figueras.

No habrá olvidado el lector al digno oficial don Juan de Castro, antiguo sargento del regimiento de la Princesa. Don Juan encontróse, pues, como el pez en el agua al establecerse el nuevo orden de cosas, y fué nombrado coronel, distinguiéndose por su acendrado amor á la monarquía absoluta y mereciendo toda clase de recompensas por lo bien que se portaba persiguiendo liberales.

No concluiremos esta rápida reseña sin decir que la antigua mesonera de Mansilla de las Mulas, S. A. la princesa mariscala de Lugano, Mad. Encarnación Díez, era el ídolo de la buena sociedad parisiense, llegando á inspirar celos á la misma madame de Blacas, favorita de cierto augusto personaje.

Tal fué el trágico fin que tuvieron nuestros héroes.



CAPÍTULO V

1814

I

¡Año feliz y memorable! ¡Año envidiable, en que se mostró deliciosamente opaco como nunca el hermoso eclipse de la reacción! ¡Qué gusto! ¡Qué bienestar el de la nación española! ¡Oh ideal de tantos chirúmenes contemporáneos! ¿Quién no desea, quién no sueña en que vuelvan aquellos archifelicísimos tiempos?

La nación tenía la gran suerte de disfrutar del régimen absoluto neto, puro, íntegro, acabado y redondo. El rey Fernando era dueño y señor de todo y sus amados súbditos acogían con el mayor deleite las sabias órdenes que se le ocurría dictar á cada momento así como los distintos ministerios que solía cambiar cada dos meses.

Nada más agradable por otra parte que la manera como el rey Fernando trataba, y sobre todo, despedía á sus ministros. Echaba á los unos por ser *cortos de vista*, á los otros por ser *largos de manos*, á aquel por *inepto* y al de más allá por *demasiado entendido*. El rey Fernando tenía, por lo tanto, mucha más inventiva y un ingenio incomparablemente mayor que el gran Luís XIV, el cual no sabía dar otra razón cuando cambiaba á un ministro que decirle:—*Vótre nez me deplait.*

¡Qué adelanto en la instrucción pública! Todos los sabios tenían por seguro ir á dar de narices en la Inquisición si se atrevían á abrir la boca, pero en cambio la tauromaquia estaba considerada como la más elevada manifestación del genio nacional.

No salían absolutamente más periódicos que *La Gaceta* y el *Diario de Avisos,* en virtud de las prohibición dictada por el Excmo. Sr. D. Francisco de Eguía y Letona.

La Gaceta sólo salía, afortunadamente, en días alternos y para lo que había de traer más hubiera valido no saliera ninguno.

Los teatros del Príncipe y de la Cruz veíanse privados de dirección por estar en los calabozos purgando sus pecados liberales Isidoro Máiquez y Bernardo Gil. El poeta predilecto de la corte era Arriaza y el director de la Academia Española el duque de San Carlos. Rabadán, sentado en su puesto de libros viejos de la plazuela de las Descalzas, daba conferencias de literatura á la juventud estudiosa y creaba un género al cual debía más adelante legar González Estrada el nombre de su periódico. La moda era encasquetar á los niños una gorra francesa llamada *cachucha* y meterles el cuerpo, brazos y piernas en una sola pieza, pantalón-chaqueta. Las señoras llevaban sombreros inmensos si seguían la moda de París y pequeños si la moda inglesa. Las trabillas estaban á la orden del día, y como los elegantes se solían hacer vestir por los sastres de Londres y recibían los trajes por mar, llamábanse *paquetes*. El sombrero apuntado se había sustituido por el morrión y en vez de calzones usabase pantalón ancho. Goya vivía emigrado y Alenza no pintaba ya sus inimitables cuadros de género. El conde de Montijo era académico, lo mismo que el duque de Hijar. Las casas eran asaltadas y para evitarlo se atrancaban

con gruesas barras las puertas y balcones. Se asesinaba á las seis de la tarde en medio de la calle. Los restos de los reos descuartizados el viernes de Pasión eran expuestos en jaulas de hierro el sábado de Ramos al pié de la torre de Santa Cruz. La bailarina Antonia Molino era la querida del corregidor, conde de Motezuma, y de ahí que estuviese en moda el romance del *Corregidor y la Molinera*. Había ejercicios de disciplina en la bóveda de San Ginés y tertulias de confianza en casa la duquesa vieja de Osuna. Don Nicolás María Siera era juez de imprenta. Estaban prohibidos *La vida es sueño* y *El sí de las niñas*. Moratín se dejaba morir de hambre en Barcelona, salvándole el dulce poeta Cabanyes. Don Francisco Javier de Burgos tenía escrita la comedia *Los tres iguales*, que Máiquez se negaba á representar por mala, negativa que debía costarle perder primero la razón y después la vida. El clero comenzaba á murmurar, no ocultando sus preferencias por el infante Don Carlos María Isidro. El libro más leido á escondidas eran *Las ruinas de Palmira* y el más leido en público la filosofía de Jaccquier, que servía de texto. La Inquisición estaba en la calle de la Inquisición, que ahora lleva el nombre, por no hacer demasiado brusco el cambio, de Isabel la Católica. Había un futuro Moratín que se llamaba Gorostiza, esperando que apareciese un segundo Gorostiza que se llamaba Bretón de los Herreros. Rivelles, no teniendo que comer, pintaba paredes en vez de pintar cuadros que revelasen su genio. Alcalá Galiano, secretario de legación en Suecia, era declarado cesante. Hablábase con elogio como de un profundo diplomático de D. Pedro Gómez Havella, marqués de Labrador, y con sorna del ministro de Gracia y Justicia, Lozano de Torres. El conde de Toreno estaba condenado á muerte por Fernando VII. Uno de los mejores poetas de la época era el sombrerero don Domingo Avrial, que hacía décimas en loor á la real familia. En cambio llevaba el grillete de presidiario un poeta liberal llamado D. Teodoro de la Calle, que escribía mejor que Quintana. Los palaciegos decían que el único hombre á quien apreciaba el rey era Martínez de la Rosa, condenado á presidio. El rey asistía á los consejos de la Inquisición y almorzaba con los ministros del Santo-Oficio después de vistas las causas. Las grandes notabilidades científicas eran Mestre y Ortega, boticarios de Palacio, y el gran médico el señor Chimioni. Sabíase que el presidente del Consejo de Castilla, Martínez Villela, tenía por querida á una mulata llamada Inés. La Hacienda se denominaba *Real* y la Deuda *Nacional*. Los cafés eran todos tildados de liberales por lo cual los absolutistas no concurrían á ellos. Ballesteros era mal visto; en cambio se ponderaban los servicios que Eguía y Elío habían prestado en la guerra. Whittingham era un héroe. Mina y el Empecinado unos migueletes. Alacha é Imaz habían sido muy leales; Porlier era sospechoso. Los literatos Villarino, Regato, García y Marina eran condenados á muerte ó á presidio, lo mismo que el general Moscoso y el coronel Landaburu y los alcaldes de Cádiz, Senderos é Iriarte. El conde de Cemera-Jandiola, el general Alava, el íntimo de Wellington, y García, director de la compañía de Filipinas, eran encarcelados. Macanaz, después de ser el más cruel perseguidor de los liberales, era enviado á un castillo por sus escandalosos cohechos; vendía beneficios eclesiásticos al mejor postor. Le sucedió D. Tomás Moyano, hombre de carácter irreprochable. El duque de San Carlos y Escoiquiz cayeron con él. Poco antes de Navidad habíase celebrado en la plaza Mayor un magnífico *auto de fe* con todos los periódicos y obras políticas publicadas durante la guerra; luégo de haberse quemado cantóse un gran oficio y un *Te-Deum*. El bandido más célebre era Melchor, que operaba en la carretera de Madrid á Lisboa. Los viajeros preferidos para ser asesinados y robados eran los ingleses. Estaba prohibida la entrada en España de los periódicos de esta nación, sin duda para que no se supiese la lástima que España inspiraba á la Europa entera. Asegurábase que muchos generales se aprovechaban de la oscuridad de la noche para pedir limosna en vista de que no les pagaban. Francisco Xavier, obispo de Almería é inquisidor general, publicaba un decreto fulminante del papa Pío VII contra las sociedades secretas. Morillo, después de haber prometido dar el grito de *Constitución* al frente de las tropas que se enviaban á Venezuela, se desdecía y hacía penitencia llevando un cirio en una procesión.

EPÍLOGO

I

Tristísimos fueron los acontecimientos que fueron sobreviniendo terminada la guerra. Jamás se vió una nación recoger tales frutos de una victoria. En el interior la más escandalosa é insensata de las reacciones; en el concierto europeo los desaires y humillaciones más inauditas y crueles.

¿Qué papel habíamos de hacer, en efecto, en el congreso de Viena con un gobierno como el que nos regía? España, que había sido la que habia herido á Aquiles en su talón, mirábase desdeñada y arrojada de su primitiva importancia á potencia de segundo orden y conminada á devolver á Portugal la plaza de Olivenza. Mientras Rusia, Prusia é Inglaterra hacían para sí la parte del leon, la nación de Bailén se veía negado absolutamente lo poquísimo que pretendía, esto es, la devolución de los principados de Parma, Plasencia, Guastalla y Etruria, en Italia; sólo sacamos de allí, repetimos, la relegación á un puesto secundario en la categoría de potencia europea y el microscópico principado de Luca para la ex-reina de Etruria y su familia.

II.

El clero fué declarado exento de pagar ningún impuesto; resultado: que no hubo dinero para pagar á nadie; cohechábase en las oficinas que era un gusto; todo se vendía: los empleos, la justicia, la impunidad. Los ministros eran los primeros en cohechar, ora en dinero, ora en mujeres, mientras fueran un poco bonitas. Las antesalas de los ministros y de los favoritos estaban llenas siempre de señoras de todas clases, desde duquesas á lugareñas. Dichas antesalas eran el punto de reunión de todos los Tenorios de Madrid, que iban allí sin más objeto que el de contraer relaciones con las bellas solicitantes.

De vez en cuando salía algún decreto sobre instrucción pública, pastos ó beneficencia para entretener á los bobos, que no era más que una mofa añadida á los ultrajes inferidos á la nación española.

III.

Veamos ahora cómo era tratado el ejército, aquel ejército á cuya complicidad en su mayoría fué debido el triunfo del despotismo en 1814, aquellos soldados que habían tenido corazón y aliento para anonadar al pueblo del que habían salido.

Primero se hicieron grandes y magníficas promesas, que tardaron poquísimo tiempo en verse de todo punto disipadas. Apenas el partido servil pudo contar con la protección de Inglaterra y de la Santa Alianza, cuando fueron desterrados ó alejados de las filas todos los sospechosos de constitucionalismo; licenciáronse muchos regimientos, que fueron reemplazados por otros á la devoción del bando dominante. En cuanto á la marina, sabida es la opinión de Fernando VII:—*Poca y mal pagada.*

IV.

Semejante situación justifica cumplidamente la resolución heróica de Mina de desbaratar los proyectos de los serviles ó dejar para siempre el suelo de la patria.

Encontrábase Mina en Madrid cuando la entrada del rey, é indignado de lo que veía, trabajó para que se le reuniesen todos los jefes liberales que había en la capital, al objeto de oponerse todos juntos al decreto del 4 de Mayo; no pudo alcanzarlo, sin embargo, por lo cual se trasladó á Pamplona, cuya guarnición, que ascendía á 4,000 hombres, se colocó inmediatamente á su lado. Todo estaba ya á punto é iba á proclamarse la Constitución cuando las intri-

gas de Ezpeleta, nombrado recientemente capitán general de Navarra, y las de muchos curas, juntamente con la cobardía de algunos oficiales, dieron al traste con los planes del ilustre patriota. Mina tuvo tiempo de escapar y se refugió en Francia.

Hay que decir ahora que ningún liberal confundía al rey Fernando VII con los ministros é hipócritas mitrados que le rodeaban, y de aquí que muchos se dirigiesen á él con representaciones más ó menos enérgicas. Uno de estos bien intencionados españoles fué D. Juan Martín Díez, el *Empecinado*.

Nada más elocuente, enérgico y sencillo que el documento que el noble guerrillero hizo llegar á las reales manos el día 12 de Febrero de 1815 aconsejando á S. M. la reunión de Cortes. Todo el mundo quedó asombrado al ver que no se arrojaba al autor á algún horrible calabozo. No se le arrojó por entonces... La venganza debía ser de otro carácter; sin embargo, se le desterró al año siguiente; ya vendría después lo demás... (1).

V.

Uno de los primeros generales señalados á las iras de los serviles fué D. JUAN DÍAZ PORLIER, nombre que vivirá eternamente en el corazón de todos los amigos de la libertad; así es que le faltó tiempo al gobierno para condenarle á cuatro años de prisión en el castillo de San Antonio de la Coruña, donde ingresó el 10 de Agosto de 1814.

Las fatigas de la guerra y la cautividad en aquellos calabozos habían alterado en tanto grado su salud que al cabo de un año no se le pudo negar el permiso de ir á tomar las aguas de Arteyo, para cuyo pueblo salió á últimos de Agosto de 1815, custodiado por un oficial y doce soldados. Apenas se había instalado Porlier en una casita de campo á orillas del mar cuando empezaron á dirigírsele los más desesperados ruegos para que fuera á sacar á las guarniciones de la Coruña y del Ferrol del horrible estado en que se encontraban, hambrientas, desnudas y sin percibir el menor socorro. No pudo resistir Porlier las ardientes súplicas de sus desgraciados compañeros de armas, y aunque el lastimoso estado de su salud hubiera sido bastante á rehusar tal honor, creyó que ninguna consideración era bastante á intentar la salvación de la patria.

Cuando todo estuvo preparado entró Porlier en la Coruña, la noche del 18 de Setiembre, acompañado del teniente Castañeira y de los doce hombres de su escolta, como de una guardia de honor. La guarnición se componía de 2.000 hombres escasos. Las tropas estaban formadas en el cuartel. Porlier se presentó allí, desenvainó su espada y después de conversar separadamente con los oficiales y los soldados manifestó que no se trataba de ejercer violencia de ninguna clase en la persona del soberano y que no había para qué decir el motivo que le había traido allí, pues harto claro era para necesitar explicaciones, encaminándose todo en bien de la patria y del ejército. Recomendó, sobre todo, la moderación y la más estricta disciplina y acabó diciendo que el movimiento no se limitaba tan solamente á la Coruña sino que debía extenderse á todas las provincias, contándose entre los generales que querían la caida de un gobierno tan funesto á la nación, Ballesteros, Castaños, Lacy y otros muchos.

Las tropas manifestaron su adhesión á la idea de Porlier y éste dió en seguida orden de que se dividiera el regimiento de Lugo, al mando del coronel Cabrera, y que marchara por destacamentos, después de haber hecho distribuir algunos cartuchos. Al mismo tiempo hizo que algunos hombres resueltos fueran á detener al capitán general, á su secretario, la comisión militar y varios personajes serviles, mandando se les tratara con el mayor respeto. Todo se verificó sin la menor resistencia, al paso que eran puestos en libertad los personajes detenidos por delitos políticos. El invicto general dió en seguida una proclama hábil y elocuentísima, redactada por él y por un auditor de guerra llamado Santurio, discípulo de Jovellanos. Al mediodía fué proclamada la Constitución á los gritos de: *¡Viva el rey, por la Constitución!* El ayuntamiento y los frailes no quisieron adherirse, por lo cual el primero fué reemplazado por otro.

---

(1) Cuando fué derribada de nuevo la Constitución el año 1823, vivía el Empecinado en Roa, á inmediaciones de su pueblo nativo; formósele entonces causa y durante el curso de la misma el corregidor lo hacía exponer los días de mercado en la plaza pública dentro una jaula de hierro, complaciéndose en los insultos y desmanes del populacho contra su persona y no parando hasta conducirle á la horca, no sin que en la carrera estallara de indignación el brio del mártir ilustre, en términos de romper las esposas y de forcejear desesperadamente por desasirse de sus verdugos. Así murió el gran guerrillero, el héroe legendario, el terror de los veteranos del Imperio.

VI.

Porlier salió de la Coruña para dirigirse á Santiago, cuya guarnición estaba convenido se le reuniría si por acaso recibía orden de salir contra él y fraternizaría en seguida si Porlier se presentaba á la vista de la ciudad.

La noche del 21 de Setiembre se encontraban en Órdenes las fuerzas sublevadas, esperando amaneciese para ponerse en camino para Santiago. ¡Fatal retardo! Los frailes de Santiago habían sobornado á fuerza de oro á varios sargentos y soldados. A las ocho de la noche el sargento Chacón reunía á sus compañeros para proponerles coger á los jefes y oficiales y entregarlos á la justicia. Así se hizo; rodeóse el pueblo por un cordón de soldados con la consigna de no dejar salir á nadie, y al dar las diez y media presentábase Chacón en la posada donde se encontraba Porlier cenando con sus oficiales, intimándoles la rendición en nombre del rey. ¡El oro del cabildo de Santiago había hecho este milagro! Muchos pundonorosos oficiales echaron mano á su espada ó á sus pistolas para defenderse de los traidores; todo fué en vano, Porlier y sus compañeros fueron maniatados, guardados de vista por los sargentos y al ser de día fueron conducidos á Santiago, siendo arrojados á los calabozos de la Inquisición. El cabildo de Santiago cantó un *Te-Deum* en acción de gracias.

El día 25 Porlier y sus compañeros fueron sacados de las mazmorras de Santiago y conducidos á la Coruña para ser juzgados. Iba Porlier casi desnudo y se le había cargado con más de 50 libras de hierro, encerrándolo en el calabozo más inmundo de la cárcel. Tuvo por defensor al coronel Miranda. La sentencia del tribunal fué de muerte en la horca y degradación.

La ejecución tuvo efecto el 5 de Octubre. A las once y media de la mañana el cadáver de Porlier se balanceaba al extremo de una cuerda de cáñamo. Este fué el fin del invicto héroe de la guerra de la Independencia.

Un detalle: cuando el fiscal le leyó la sentencia y pronunció la palabra *traidor,* Porlier hizo un movimiento bajo el peso de sus cadenas y lanzándole una mirada terrible exclamó:—*¡Traidor! ¡Diga V. el más fiel servidor de la patria!*

Porlier quería apasionadamente á su mujer y el día antes de morir ahorcado le escribió por dos veces. Hizo testamento dejando todo lo que poseía á su esposa doña Josefa Queipo de Llano, hermana del ilustre historiador de la guerra de la Independencia, dejando dicho que cuando hubiese ocasión de ser transportadas sus cenizas á lugar agradable á su esposa, ésta hiciese grabar en el monumento la inscripción siguiente: «Aquí yacen los restos de Juan Díaz Porlier, que fué oficial general de los ejércitos de España. Fué dichoso en todo cuanto emprendió contra los enemigos extranjeros de su patria y murió víctima de las disensiones civiles. ¡Corazones que ardéis por la gloria, respetad las cenizas de un desgraciado patriota!»

El día de la ejecución fué de inmenso luto para la Coruña. Porlier, impaciente por llegar al lugar de la ejecución, marchaba á paso acelerado y subió con rapidez la escalera del patíbulo. En el momento en que el verdugo le arrojó el dogal al cuello, sacó un pañuelo blanco con el cual se enjugó una lágrima y lo dió en seguida á un cura, rogando lo entregase á su viuda. Esta señora, después que hubieron sido secuestrados todos los bienes de su marido, fué encerrada en el convento de Betanzos, donde permaneció seis años, esto es, hasta el restablecimiento de la Constitución.

VII.

La noble empresa intentada por Porlier produjo un recrudecimiento terrible de tiranía. Ballesteros fué desterrado á la Alhambra; el Empecinado fué sacado de Leon, donde residia, y encerrado en el castillo de Monzón; cayeron en desgracia, ¿quién lo diría? ¡Ostolaza, Castro y Escoiquiz! Persiguiéronse sañudamente las sociedades secretas, encargándose el arzobispo de Granada de denunciar las que existían en aquella capital. Formóse un complot misterioso en el que entraron el abogado y ex-guerrillero D. Vicente Richart y los generales O'Donoju y Renovales, este último, uno de los héroes de Zaragoza; descubierta la conspiración fué ahorcado Richart; nada se le pudo probar á O'Donoju, y en cuanto á Renovales, emigró á Inglaterra, desde cuyo punto ofreció sus servicios á la república de Venezuela.

Lacy, ídolo del ejército y amadísimo de los catalanes, se encontraba desterrado en Cataluña, teatro de

sus gloriosas proezas; topóse en Caldetas con el general Milans del Bosch, el hermano de éste don Rafael, y el teniente-coronel del regimiento de Tarragona, de guarnición en Arenys, D. José Quer y convinose en dar el grito de Constitución. La tentativa se malogró por la traición de dos oficiales llamados Apentel y Nandín, que todo lo debían á Lacy. Descubiertos todos, pudo salvarse Quer gracias á la nobleza del oficial Cabrera, mientras Milans lograba embarcarse en Badalona. Lacy fué entregado por el dueño de una casa de campo en que se hallaba refugiado, cerca ya de la frontera. Fué condenado á muerte, pero como el clamor que se levantó pidiendo gracia para él hacía temer que la guarnición de Barcelona se negase á prestarse á la ejecución se acudió al subterfugio infame de embarcarlo para Palma de Mallorca, propalando la voz de que se le conmutaba la pena por la de confinamiento. Apenas hacía cuatro días que se encontraba en el castillo de Bellver cuando se le presentó en el calabozo el fiscal de la causa y le leyó la sentencia, que debía ser ejecutada al día siguiente á las cinco de la mañana. Concediósele la gracia de morir fusilado en vez de ahorcado.

Castaños era capitán general de Cataluña. Era amigo íntimo de Lacy y no creemos que le hubiese costado gran cosa salvarle la vida.

Poco después eran ejecutados en Valencia el coronel Vidal y además los paisanos Beltrán de Lis.

El día 17 de Diciembre salían de las cárceles de Madrid, después de diez y nueve meses de encierro, los señores siguientes: Argüelles, para ocho años al Fijo de Ceuta; Calatrava, ocho años á Melilla; Muñoz Torrero, seis años al convento de Erbón; D. Joaquín Lorenzo Villanueva, seis años al de Salceda; Nicasio Gallego, cuatro años á la Cartuja de Jerez; Martínez de la Rosa, ocho años de presidio al Peñón; Sánchez Barbero, ocho años al presidio de Melilla, y así sucesivamente D. Ramón Feliu, García Herrero, López Cepero, Canga Argüelles, Arispe, etc., etc., etc. Saviñón había muerto en la cárcel.

Hablando de las causas formadas á estos ilustres españoles dice el conde de Toreno: «Tres comisiones escogidas sucesivamente entre los mayores adversarios de los perseguidos, no osaron condenarles. Ordenó Fernando por sí mismo lo que repugnaron fallar hombres feroces y sedientos de venganza. Necesitaríase la pluma de un Tácito para pintar ciertos rasgos y sucesos de aquel tiempo, dignos en esta parte de ponerse al lado de los de un Tiberio ó de un Calígula y de hacer con ellos buen juego.»

Tal era el estado de la nación española al terminar la guerra de la Independencia.

¡Lúgubre final, por cierto, el de nuestra inmortal epopeya!

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO

ÍNDICE DE CAPÍTULOS

DE

EL GRITO DE INDEPENDENCIA

TOMO SEGUNDO

PÁGINAS

LIBRO OCTAVO

Los guerrilleros

LIBRO NOVENO

Tarragona

PÁGINAS

LIBRO DÉCIMO

La Constitución

LIBRO UNDÉCIMO

Rusia

LIBRO DUODÉCIMO

Vitoria y San Marcial

PÁGINAS

LIBRO DÉCIMOTERCIO

Los españoles en Francia

LIBRO DÉCIMOCUARTO

La vuelta del Deseado

PLANTILLA PARA LA COLOCACIÓN DE LÁMINAS

DE

EL GRITO DE INDEPENDENCIA

TOMO SEGUNDO

